
BIBLIOTECA
Vladimir Acosta
El monstruo
y sus entrañas
Un estudio crítico
de la sociedad estadounidense
MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA
Editorial Galac

BIBLIOTECA VLADIMIR ACOSTA

EL MONSTRUO Y SUS ENTRAÑAS

Un estudio crítico de la sociedad estadounidense

VLADIMIR ACOSTA

EL MONSTRUO Y SUS ENTRAÑAS

Un estudio crítico de la sociedad estadounidense





1era edición Editorial Galac, S.A., 2017
2da edición Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020
Editorial Galac, 2020

El monstruo y sus entrañas.
Un estudio crítico de la sociedad estadounidense

Diseño de portada: Javier J. Véliz

Diseño, diagramación y concepto gráfico: Odalis C. Vargas B.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: DC2020001138
ISBN: 978-980-01-2126-9



A Adriana

Índice

Introducción

Este libro, que he titulado *El monstruo y sus entrañas* a partir de una conocida frase de José Martí es, como explico en su subtítulo, un estudio crítico de la sociedad estadounidense. Y en esta corta introducción quiero detenerme a analizar el significado de cada una de las tres ideas que componen el subtítulo.

I

Que el libro es un estudio significa que no es un ensayo apresurado y repetidor de cosas mil veces dichas ni un panfleto superficial cargado de calificativos y lleno de panorámicas, de esa suerte de paneos que apenas rozan los problemas sobrevolándolos a distancia. Es un examen serio, extenso, minucioso, de lo que creo son las áreas clave del tema. Se trata de un trabajo que es producto de varias décadas de lecturas y reflexiones sobre Estados Unidos y sobre su sociedad. Examinar a fondo la sociedad estadounidense más allá de las superficialidades y clichés de siempre, ha sido uno de los fines de esta investigación a la que he dedicado mucho tiempo, aunque siempre compartido con otras preocupaciones, temas de estudio diferentes y tareas que también han dado sus frutos en docencia, investigación, ensayos, libros y programas radiales y televisivos. En la Escuela de Sociología de la UCV impartí docencia durante años sobre la historia de Estados Unidos, su sociedad colonial, su Independencia, su proceso de desarrollo capitalista, su imperialismo agresor hacia América Latina y sobre algunos de sus problemas actuales. En la misma Escuela promoví y dirigí, en la pasada década de los noventa, una secuencia de seminarios dedicados a examinar la sociedad estadounidense, que no pudieron lamentablemente dar origen a una cátedra permanente porque en la estructura del pénsum de la Escuela las cátedras no tenían cabida, solo los departamentos. En años más recientes dediqué algunos programas radiales y de *La otra mirada*, secuencia de programas históricos y culturales de televisión que

realicé en esos años, a exponer e ilustrar diversos temas relativos a Estados Unidos.

Basados en lectura y relectura de textos, en análisis, discusiones y reflexiones, esos seminarios, cursos y programas mediáticos me permitieron acumular una apreciable masa de apuntes y de primeras versiones de un futuro libro que pensaba dedicar al tema, analizando en él la sociedad estadounidense en profundidad y exponiendo sus rasgos más permanentes y estructurales. Pero otras tareas, y otras lecturas e investigaciones de las que han salido varios libros, me forzaron a diferir ese proyecto hasta el presente. Aun siendo profesor titular jubilado de la UCV, las dificultades de la situación actual me forzaron a dictar clases y seminarios en otras instituciones, lo que además de ayudarme a enfrentar esas dificultades económicas, me permitió algo más importante: retomar, actualizar y profundizar el estudio de la sociedad estadounidense enriqueciendo esbozos y redacciones iniciales del libro que no había podido terminar hasta entonces, para que esa larga y accidentada investigación pudiera al fin dar como resultado este libro. En él he puesto todo mi esfuerzo para que sea un examen cuidadoso y profundo del tema. Su preparación y redacción, interrumpida muchas veces, me ha ocupado estos dos últimos años y me ha brindado al cabo la satisfacción de verlo concluido. Aun cuando uno sabe perfectamente que eso es un decir, que en estos y otros casos no hay resultados definitivos porque como sucede con toda investigación, esta es también incompleta, imperfecta y queda abierta y sujeta a estudio y análisis de nuevas e imprevistas situaciones, que en este caso derivan de la seria amenaza que el destructivo poder militar de unos Estados Unidos decadentes y desesperados, sedientos como siempre de dominio, representan para el futuro cercano de este mundo.

II

En fin, el libro es un estudio. Pero en un terreno tan polémico y manipulable como este resulta claro que hay estudios y *estudios*, algunos de los cuales ni siquiera merecen ese nombre porque son solo instrumentos interesados de propaganda apologética y barata para servir los intereses del gobierno estadounidense y contribuir al embrutecimiento de un público domesticado que todo se lo traga y que está acostumbrado, como se decía en el viejo mundo eclesiástico, a comulgar con ruedas de molino. De modo que lo

que debe quedar absolutamente claro es que este libro no es un examen apologético, abstracto y complaciente de la sociedad estadounidense ni tampoco un enfoque que pretenda ser neutro y mantenerse al margen de definiciones problemáticas. Existen demasiados ensayos de esa clase, inútiles y condenables por razones obvias. No, este es un estudio crítico de la sociedad estadounidense, de sus taras y problemas, de sus componentes estructurales más negativos y perversos: un enfoque crítico de una sociedad vendida al mundo como modelo de sociedad y democracia por sus apologetas casi siempre tarifados; en fin, una sociedad poderosa sobre la cual la avalancha de textos, filmes y documentales complacientes, cómplices y a menudo serviles es inmensa. Sin olvidar el permanente bombardeo que descargan sobre nosotros los medios controlados por el poder mundial de Estados Unidos para embellecer y promocionar su sociedad, su sistema político y su forma de vida; un bombardeo que resulta infinito e insoportable por decir lo menos.

Por supuesto que la sociedad estadounidense, como cualquier otra, tiene sus luces y sus sombras y como el estudio que hago de ella lo amerita, me refiero también a algunas de esas luces cuando son parte de contextos históricos, sociales o antropológicos que examino, dominados, a fin de cuentas, por las sombras. Pero lo que me interesa no es detenerme en lo que esa sociedad intenta mostrar falsamente acerca de sí misma por medio de sus manipulaciones y su propaganda para embellecerse sino, por el contrario, mostrar lo que oculta, lo que trata de disimular porque constituye un sustrato permanente del que derivan su profunda pero hipócrita religiosidad y su omnipresente fundamentalismo; su arraigado e invencible racismo; su permanente xenofobia; su autopromoción como país indispensable y excepcional; su insaciable expansionismo conducente a un imperialismo criminal que vive de la guerra y de la invasión y destrucción de países y de continentes; su derechismo insuperable, que no se reduce como quieren sus apologetas a los pocos años de dominio del execrado Joseph McCarthy; su sistema de gobierno mismo, que se pretende modelo inigualable de democracia y que no es sino un envejecido sistema republicano y elitesco basado en una Constitución dieciochesca pasada de moda y remendada y que ha servido de base en tiempos recientes para que esa sociedad que la venera como una reliquia, pero cuyos sucesivos gobiernos pisotean derechos civiles en ella consagrados, se convierta en una plutocracia oligárquica, una sociedad gobernada por una

reducida pero poderosa minoría de multimillonarios y en la que la desigualdad social y la pobreza alcanzan niveles escandalosos que van camino de resultar comparables a los de los países pobres que sus guerras, saqueos e invasiones han reducido a la miseria.

III

El objeto de este estudio crítico es pues la sociedad estadounidense. A estudiarla, a analizarla con visión crítica bien sustentada y a tratar de ir desmontando sus más importantes y arraigados mitos –integrados al tejido de esa sociedad desde los tiempos coloniales hasta hoy– está dedicado este libro. Y creo que ello merece un comentario. Debo hacerlo para dar fin a esta breve introducción, porque resulta importante dejar en claro por qué razón estimo que lo que mejor justifica este trabajo es justamente que ese sea su tema. Dos cosas resaltan aquí. La primera de ellas es la paradoja de que una aplastante mayoría de latinoamericanos, aun habiendo sufrido por siglos en carne propia las amenazas, invasiones militares y dominio pleno del poder neocolonialista e imperial estadounidense, no conoce esa sociedad sino a través de visiones propagandísticas apresuradas, de tragarse sin masticar los usuales mitos que ella difunde, y de compartir del modo más acrítico los mismos clichés cargados de mentiras favorables, repetidos hasta el cansancio en folletos, películas y documentales, o celebrados en programas televisivos y en discursos superficiales o tarifados por periodistas o intelectuales cómodos o complacientes.

Existe, ciertamente, una importante minoría de latinoamericanos que conoce bien, y puede decirse que a fondo, la parte de la política exterior estadounidense referida a sus agresiones, golpes de Estado e invasiones a nuestros países. Y se han producido en este campo excelentes estudios, obra de mexicanos, argentinos, uruguayos, centroamericanos, colombianos, cubanos y venezolanos, que cubren con buena información y calidad expositiva diversas áreas de ese campo relativo al dominio del imperialismo norteamericano sobre nuestro continente. Ejemplo de ello son, entre muchos autores hispanoamericanos, Ramiro Guerra, Carlos Pereyra, Juan Ortega y Medina, Gregorio Selser, Vivian Trías, Atilio Boron, Luis Suárez Salazar, Clara Nieto y Demetrio Boersner. Pero lo que casi no se toca, o apenas se examina, casi siempre de manera superficial e incompleta en nuestro mundo intelectual latinoamericano, es lo tocante a la sociedad estadounidense estudiada como tal desde una

perspectiva interna, histórica, socioantropológica, de sus estructuras sociales y culturales profundas, de sus componentes más arraigados y reaccionarios. Y este es un examen que nos ha hecho mucha falta no solo para conocer las raíces del poder norteamericano que a diario se nos impone, sino también sus contradicciones internas y sus debilidades. Porque esos componentes estructurales que menciono y que deberíamos conocer bien para entender y aprovechar sus límites y contradicciones, esos componentes que solemos subestimar o hasta ignorar, son justamente los que refuerzan la política imperial de Estados Unidos garantizándole la complicidad, el apoyo o la complaciente indiferencia de la aplastante mayoría de su población. Sin ello, el militarismo e imperialismo estadounidenses no podrían disponer de tanta fuerza, pues ese respaldo interno, estimulado por los poderosos medios de que dispone y convertido incluso en parte inseparable de la identidad nacional del país, de lo que los Estados Unidos llaman lo «americano», es lo que le ha permitido a su imperio y a su hipócrita clase dominante encubrir sus reiteradas mentiras y embellecer sus cotidianos y monstruosos crímenes sin que haya, salvo excepción, verdaderas protestas internas que se le opongan. (La guerra de Vietnam ha sido el único caso en que eso ha ocurrido. La masiva y efímera protesta mediática contra el inicio de la invasión de Irak en 2003 se evaporó sin consecuencias con la misma prontitud con la que había estallado).

Numerosos ensayos, libros y trabajos tocantes a esos temas se han producido en los propios Estados Unidos y han sido obra de estudiosos, investigadores y activistas políticos y sociales estadounidenses. Muchos de esos estudios son particularmente ricos y valiosos, y he utilizado en estas décadas y en este libro buena parte de ellos. Menciono sobre todo obras de autores conocidos como Noam Chomsky, James Petras, Howard Zinn y también a Michael Moore y Peter Scowen, pero igualmente a otros menos famosos mas no por ello menos importantes, como Albert Weinberg, Seymour Martin Lipset, Reginald Horsman, Karen Armstrong, Robert Dahl, Richard Barnett, Gary Nash, James Loewen, Charles Beard, Dee Brown, Eli Ginzberg y Alfred Eichner, Richard Rovere, Harold Bloom, Frederick Lewis Allen, Marvin Harris y Samuel Flagg Bemis, entre otros. He seguido a varios de ellos en la exposición de algunos temas y les debo mucho. Sin embargo, pese a su indiscutible valor, encuentro en estas obras varias limitaciones. Algunas de ellas son muy genéricas o aun siendo profundas, se reducen a

examinar a fondo solo uno o varios temas, ya que es ese su único objetivo. Salvo excepciones, casi todas se quedan en el plano político y militar y omiten o apenas tocan planos sociales y culturales más profundos, como es el caso de la religiosidad, el calvinismo y el fundamentalismo, el excepcionalismo, el racismo y el culto y poder de las ultraderechas, todos componentes estructurales de la sociedad estadounidense. Además, al leerlos y estudiarlos, incluso en los casos de quienes sí se involucran a fondo en el examen de esos delicados temas, se percibe que sus valiosas críticas tienen o suelen tener límites marcados en diversos grados por su condición de estadounidenses que después de todo se han formado en esos valores, que no dejan de ser miembros de esa sociedad a la que critican y que no se atreven o no pueden salirse o alejarse un poco más de ella para poder verla mejor a cierta distancia y analizarla con más independencia y mayor profundidad.

El objetivo y la justificación misma de este libro es que trata de involucrarse a fondo en esa dirección haciendo un estudio crítico serio, documentado y nada complaciente de lo que llamo rasgos estructurales de esa sociedad, algo que hasta ahora no encontré –al menos planteado en esos términos y abarcando lo que intento abarcar– en ninguna de las obras leídas, estudiadas y revisadas que se acercan al tema en su conjunto o que se quedan en el examen y crítica, en ciertos casos profunda y radical, pero las más de las veces limitada, de alguno de esos rasgos. Para evitar malas interpretaciones debo aclarar que de lo que digo no se deriva en absoluto la idea absurda de que ningún autor estadounidense pueda ser capaz de hacer un análisis realmente demoledor de los rasgos estructurales de su sociedad. Nadie mejor que ellos, que tienen los materiales disponibles y toda la capacidad para hacerlo. Lo único que apunto es que hasta el presente no lo han hecho; o que en todo caso hasta ahora, en la rica bibliografía que he examinado no logré encontrar nada que me permita pensar lo contrario. (En mi opinión, lo que se acerca más es el reciente libro de Oliver Stone y Peter Kuznick, pero que no pasa del plano político, del que hace una sólida crítica, reforzada con los diez programas televisivos hechos por ambos autores, apoyados en el texto del libro, aunque limitados en este al último medio siglo.) Solo por eso creo que en ese terreno, ser un investigador cuidadoso pero no estadounidense ayuda a dejar de lado, o a poder liberarse de las ataduras que, a fin de cuentas y salvo excepciones muy concretas, sujetan de alguna forma a todo

investigador norteamericano nacido, educado y formado –como ya señalé– en esa sociedad y en sus arraigados valores, que habría más bien que calificar de antivalores. Varios autores europeos recientes, todos de izquierda, han apuntado en esta dirección, aunque limitándose en cada caso al estudio de un solo tema. Menciono en particular al brillante investigador que es Domenico Losurdo y a lúcidas investigadoras como Marianne Debouzy, Giuliana Muscio y MarieFrance Toinet. Y es como latinoamericano, e investigador crítico de la sociedad estadounidense y de los rasgos estructurales que constituyen su base y determinan de alguna forma su vida social, su soberbia y su desprecio por los otros pueblos, que he intentado por medio de este libro aprovechar esa ventaja.

Pero como hasta ahora solo he mencionado autores a algunos de los cuales he seguido en varios temas, debo también reiterar que este libro es una investigación y no una mera organización de ideas a partir de autores y fuentes de segunda mano. Las ideas clave que derivo del análisis de esos y otros textos son todas mías y asumo la responsabilidad por emitirlas y defenderlas.

Como puede apreciarse en la bibliografía que añado al final, la base de esta obra es una investigación y un estudio crítico de todas las fuentes de primera mano de las que he dispuesto, como son –entre muchas otras que no voy a repetir aquí– las memorias de Thomas Jefferson, James Madison, James Monroe, John Quincy Adams, James Polk, Abraham Lincoln, Ulyses Simpson Grant; y textos emanados de otros presidentes como Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson, Franklin Delano Roosevelt, Harry Truman, Dwight Eisenhower y presidentes más recientes. De igual manera, también he considerado en mi investigación los documentos fundamentales de la historia estadounidense: las obras de autores y predicadores de tiempos coloniales, el Pacto del *Mayflower*, la Declaración de Independencia, los textos de las constituciones estadales, la recopilación –obra de Madison– de las intervenciones de los llamados Padres Fundadores en la Convención de Filadelfia que elaboró la Constitución en 1787, el texto de la Constitución y sus enmiendas, y toda una larga serie de escritos que figuran en esa bibliografía, como recopilaciones de leyes, los textos de las audiencias de los comités del Congreso estadounidense en tiempos del mccarthismo dominante en las décadas de los cuarenta y cincuenta del pasado siglo, así como los documentos y textos de leyes propias del neomccarthismo que

se impone en Estados Unidos a partir del sospechoso atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001.

En fin, y para terminar, el libro, dividido en tres partes, consta de diez capítulos. La primera parte consta de los dos primeros capítulos, dedicados a examinar el enorme peso de la religión en la sociedad estadounidense, el mito de su temprana separación entre Iglesia y Estado, las principales corrientes religiosas y el rol del calvinismo y el fundamentalismo protestante en la vida cotidiana de esa sociedad. La segunda parte está integrada por los capítulos tres, cuatro y cinco. El tema del tercer capítulo es el estudio del racismo estructural que ha dominado y domina esa sociedad desde sus mismos inicios coloniales y que para no extenderme demasiado me centro solo en el ejercido contra la población indígena desde un comienzo y contra la población negra desde el inicio de la esclavitud en el siglo XVII hasta el presente. El capítulo cuarto es un estudio del sistema político estadounidense y de los mitos construidos por su clase dominante en torno a él, mitificando su Constitución y haciendo pasar por democrático un régimen republicano y elitesco dominado por los esclavistas del Sur que ha terminado en tiempos más recientes convertido en el sistema de dominio de una minoría plutocrática militarizada que intenta a cualquier costo mantener su poder mundial. El quinto capítulo estudia, también desde sus orígenes coloniales, el expansionismo norteamericano basado en mitos como el de la Ciudad en la Colina y en teorías como el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe, que sirvieron de base para convertir a Estados Unidos en un país imperialista que de dominar a América Latina pasó a imponérsele también a Europa, Australia y a la mayor parte de Asia y África; imperialismo por cierto aún no consciente del ostensible inicio de su decadencia, y que luce dispuesto a conservar, a partir de su poder financiero, militar y mediático, la hegemonía que todavía mantiene sobre el resto del planeta. La tercera parte está integrada por los cinco capítulos restantes y se dedica a estudiar el peso de las ultraderechas en la historia de Estados Unidos, dominio al que califico de mccarthismo para evitar caer en la trampa de limitarlo al exclusivo período de poder de McCarthy, convirtiéndolo en una corta excepción vivida por una sociedad democrática cuando en verdad ese ultraderechismo, al menos desde la propia inpendencia, ha dominado y domina toda la historia política del país. El capítulo sexto estudia los orígenes dieciochescos de ese ultrade-

rechismo y abarca luego todo el siglo XIX. El séptimo estudia los años veinte del pasado siglo examinando el Gran Espantajo Rojo y el auge paralelo del fundamentalismo y del segundo Ku Klux Klan. El octavo capítulo analiza el cuadro de los años treinta. El noveno estudia el mccarthismo propiamente dicho, obra de Truman y Eisenhower y en el que McCarthy ejerce apenas un corto pero terrible dominio de cinco años, entre 1950 y 1954. El décimo y último estudia la evolución y diversidad de esas ultraderechas posmccarthistas en la segunda mitad del siglo XX llegando hasta los recientes años de Bush II y Obama, años en que Estados Unidos culmina su conversión en sociedad elitesca y plutocrática regida por esa ultraderecha militarizada y en que empieza a emprender con lentitud y en medio de imprevisibles altibajos el camino de inevitable decadencia que espera a todo imperio.

Vladimir Acosta
Caracas, julio de 2017

Primera parte

Estados Unidos: Sociedad religiosa y fundamentalista

Capítulo 1

Estados Unidos: Estado, religión y corrientes religiosas

Los Estados Unidos son una sociedad profundamente religiosa en la que la religión se manifiesta en todas partes y a cada paso; una sociedad atada al cristianismo y a la Biblia, tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento (y en buena medida, como sociedad dominada por el protestantismo, puede decirse que en ella el peso del Antiguo Testamento es incluso mayor que el del Nuevo, que, por supuesto, no es pequeño). Además, ese protestantismo, activo y creativo, se ha reproducido sin parar y también se ha diversificado en una multitud de iglesias y grupos religiosos, de modo que esa presencia y esa dominación se ejercen por medio de una serie de grandes corrientes y una infinidad de sectas medianas y pequeñas de todo tipo y de variados y curiosos nombres; sectas y corrientes que penetran toda la vida cotidiana de los estadounidenses. De todos los países desarrollados, modernos, industriales del actual mundo capitalista, los Estados Unidos son el más atrasado en este campo. Los domina el cristianismo en su versión protestante, puritana y calvinista, porque el catolicismo es religión minoritaria aunque cada vez más importante; y en gran medida el peso del fundamentalismo cristiano en ese país es realmente descomunal. Tanto que, como veremos pronto, en términos de su formulación moderna, ese fundamentalismo cristiano es un producto del país y constituye una de sus más arraigadas expresiones culturales. En fin, que en esa sociedad que pretende ser modelo superior y excepcional de modernidad, de separación de Estado e Iglesia, el dominio de la religión y de la Biblia es total y del mismo participan todas las corrientes y sectas propias del protestantismo.

Ejemplo llamativo de esto es que toda la región del sur, la más atrasada del país, y en la que es mayor el dominio de la religión protestante y de sus sectas, y con ella la concomitante presencia absoluta de la Biblia, es llamada *The Bible Belt,* el Cinturón bíblico. Y es de notar el interesante hecho de que pese a toda su

religiosidad, sus cantos religiosos y sus Biblias, ese Sur, sobre todo el más profundo, es también la región más violenta y más racista de todo Estados Unidos, es la patria de la esclavitud, del Ku Klux Klan y de los linchamientos y quemas de indefensos negros vivos.

Por cierto, en Estados Unidos, donde todo se comercializa y se convierte en mercancía, no resulta nada extraño que en ese cinturón bíblico territorial se haya promocionado en décadas anteriores la venta de un cinturón bíblico *personal* para que cada creyente pudiera vivir en forma permanente en contacto con la Biblia y absorber directamente de ella su mensaje y su sabiduría. (Al menos eso prometía el mensaje publicitario que lo promocionaba: «Carry the Word of God with you daily», «Lleve con usted a diario la palabra de Dios»). Esa sabiduría y esa sensación de estar en forma permanente comunicado, así fuese por ósmosis, con el dios judeocristiano se adquiría en la forma más sencilla: bastaba en esos años con usar, por supuesto después de comprarlo y pagarlo, un cinturón de cuero provisto de un bolsillo en el cual se metía la Biblia (en realidad se trataba solo del Nuevo Testamento en la conocida versión del rey Jacobo porque el Viejo Testamento, que sería la verdadera Biblia, resultaba demasiado grueso para meterlo en un simple, delgado y cómodo bolsillo). O sea, que la publicidad era claramente engañosa, algo por lo demás normal en el capitalismo. En el aviso que tengo a mano, y que data de 1987, el cinturón bíblico que debía llevar todo creyente se vendía por «solo 19,95 dólares». A decir verdad, no era barato. Pero este es un precio viejo; y de existir aún, el cinturón actual probablemente sería más moderno en su diseño y valdría más caro. Aunque dudo que aún exista, pues los rápidos avances tecnológicos de las tres últimas décadas (computadoras, Internet, celulares, tabletas, redes) parecen haberlo hecho innecesario.

¿Iglesia y Estado separados? *¿Separados cómo y de qué?*

Conviene señalar esto, porque uno de los mitos fundacionales de Estados Unidos es que habría sido el primer país en separar el Estado de la Iglesia. Esto es, que la reunión de las trece colonias originarias que lograron su Independencia de la Gran Bretaña en 1783 y que luego se convirtieron en 1787, al aprobar su Constitución, en un nuevo país independiente con el nombre de Estados Unidos de América, lo habrían hecho separando el Estado, el nue-

vo Estado, de la Iglesia, es decir, de toda sujeción o dependencia religiosa, lo que con la excepcionalidad que los caracteriza lo habrían logrado, además, en forma pacífica, sin disparar un tiro, antes de que lo lograra cualquier otro país. Y esto no es otra cosa que una gran mentira, que un verdadero mito fundacional.

Lo primero que habría que decir a este respecto es que en realidad no existe ni siquiera hoy, a casi dos siglos y tres décadas de la creación de Estados Unidos, ningún país en el que se haya logrado separar en forma plena y definida el Estado de la Iglesia y mantener en forma permanente esa necesaria separación. Uruguay sería el más cercano a ello. Lo más que existe son países, en realidad muy pocos, que se aproximan a esta definida separación, pero aún sin lograrlo por completo y a los que empero se califica de Estados aconfesionales o laicos, habiendo grados de separación o laicización entre ellos. Y que por otro lado, existe sobre todo una cierta cantidad de países, que por cierto incluye a varios de los más modernos y avanzados, que son declaradamente confesionales pues siguen teniendo legalmente una religión de Estado, ya sea esta protestante o católica. Es el caso de Inglaterra, anglicana; de Dinamarca, luterana; de Costa Rica y Argentina, católicas; y de España, hipócritamente aconfesional, porque en realidad es un Estado dominado a plenitud por el catolicismo más intransigente. Es decir, que no existe hasta hoy ningún Estado que en forma libre se declare laico y soberano ante una religión, cualquiera que ella sea, y que obligue a la Iglesia o a las iglesias existentes y activas en su territorio a aceptar esa soberanía estatal y a limitar sus actividades al campo estrictamente religioso, sin injerencia alguna en la política ni derecho a recibir dinero del Estado y haciendo además que sus actividades se circunscriban a ese definido campo, que a fin de cuentas es privado y no estatal.

Eso no significa que no se hayan hecho en algunos países intentos de lograrlo, pero lo cierto es que Estados Unidos, ni entonces en 1787 ni mucho menos después, podría haber sido uno de ellos. Esos intentos han sido varios; y todos más tarde o más temprano acabaron fracasando. El primero de ellos lo hizo la Francia revolucionaria en tiempos de la Revolución Francesa, más exactamente durante el dominio de los jacobinos radicales liderados por Robespierre en 1792-1794. Pero, conscientes del carácter demasiado prematuro de su tentativa, se vieron obligados a tratar de reemplazar la religión católica, que era la de la casi totalidad del país, por otra religión, por una religión racional que en el fondo no era más

que una suerte de intento de purificación o racionalización del cristianismo, con un Ser Supremo, un culto a la Razón y una veneración de la Libertad que muy poco tenía que ver con la intolerancia propia de la Iglesia y de la religión cristianas. Ni tampoco con la intolerancia política propia de esta etapa radical de la Revolución, que se sentía acosada por todas partes y respondía guillotinando.

El único intento verdaderamente radical tuvo lugar en Rusia, pero bastante más tarde, ya en el siglo XX y fue el llevado a cabo a partir de 1917 por la Revolución comunista encabezada por Lenin y el partido bolchevique. En esa Rusia revolucionaria sí se logró una absoluta separación de la Iglesia y el Estado. El Estado se declaró laico e independiente de toda religión. Y la Iglesia, en este caso cristiana ortodoxa, la dominante en la mayor parte del vasto país, lo mismo que las otras, no solo fue forzada a aceptar la independencia del Estado y a someterse a una posición subordinada a él fuera de la política, sino que como se trataba de una poderosa fuerza autoritaria, reaccionaria y opuesta a la Revolución, fue perseguida en forma sistemática con el objetivo, bastante utópico por cierto, de erradicar la religión, de eliminar la alienación religiosa Sabemos que eso alimentó una solapada y a veces hasta explosiva guerra religiosa interna en el seno de la Unión Soviética durante toda su existencia, y también que a la larga el objetivo irrealizable de erradicar la religión (ya que aquí no se trató de mera separación entre Iglesia y Estado sino de un plan de destrucción de aquella por este) se derrumbó por completo con el derrumbe mismo del socialismo o comunismo soviético en el verano de 1991.

Hubo intentos parecidos en otros casos, como en varios países de América Latina en la segunda segunda mitad del siglo XIX, en el contexto de la imposición de las llamadas reformas liberales, que atacaron el conservatismo y redujeron el poder enorme de la Iglesia; y, sobre todo, en ese mismo siglo XX, en que la mayor parte de los países del mundo occidental, europeos y americanos, lograron mal que bien y luego de luchas internas y a veces de auténticas guerras religiosas, un cierto grado de separación de Estado e Iglesia, en estos casos siempre católica, pero sin lograr que esta última perdiese su primacía y sin evitar que conservase la mayor parte de sus consagrados derechos.

En Venezuela, luego del antecedente temprano marcado por Páez en 1830, se logró un importante avance en tiempos de Guzmán Blanco durante la década de los setenta del siglo XIX. Pero una parte de él se fue quedando en el camino en tiempos más re-

cientes. En México se había logrado algo similar antes, a mediados de ese siglo, con las guerras de la Reforma, en las que tuvo protagonismo Benito Juárez. Pero como esos logros se perdieron en tiempos de la dictadura de Porfirio Díaz, la Revolución mexicana que siguió a partir de 1910 logró una separación bastante radical entre ambos poderes, con superioridad e independencia del Estado, declarado laico, que quedó establecida en la avanzada Constitución de 1917 y que debió pasar por la difícil tarea que fue vencer en los años treinta del siglo XX la rebelión campesina de los cristeros, aunque el neoliberalismo mexicano que gobierna el país desde fines de los ochenta del mismo siglo XX hasta hoy ha vuelto a echar por tierra la mayor parte de lo logrado con esa Constitución. Un proceso de laicización menos explosivo pero igualmente profundo, y sobre todo más perdurable, es el que tuvo lugar en el Uruguay de las dos primeras décadas del siglo XX –bajo el dominio del liberalismo que tuvo por principal figura a José Battle y Ordóñez–, separación de Iglesia y Estado que fue definida por la Constitución de 1918, ratificada en constituciones sucesivas y que se mantiene hasta el presente, aunque amenazada recientemente por la Iglesia, que quiere volver a echar atrás las cosas.

Y en la Guerra Civil Española de 1936-1939, los republicanos más radicales enfrentaron con firmeza y con las armas en la mano a la Iglesia más retrógrada, reaccionaria y poderosa de Europa, que era su propia Iglesia, la española. El clima fue otra vez de intensa guerra religiosa. Los obispos españoles paseaban bajo palio a Franco, como si este fuera lo que ellos llaman el Santísimo Sacramento, mientras una famosa foto mostraba a varios milicianos armados descargando sus fusiles contra una imponente estatua de Cristo Rey, el más poderoso símbolo de la derecha cristiana. En este caso los logros fueron pocos. La revolución española fue derrotada. Con el triunfo del franquismo la Iglesia aumentó su poder, y en las décadas siguientes volvió a hacer de España el país europeo más dominado por la Iglesia, algo que las décadas posfranquistas neoliberales ni siquiera han intentado maquillar.

En fin, que no hay por ninguna parte de este mundo occidental, el que se considera más avanzado en ese decisivo campo, ningún país en que se haya logrado una verdadera separación entre Estado e Iglesia, pues siempre esta, la Iglesia cristiana en cualquiera de sus formas, más allá de la incompleta separación formal y limitada entre ella y el Estado, fijada en leyes y textos constitucionales, sigue conservando un claro predominio religioso y un papel a

menudo decisivo en la política. Y mal puede Estados Unidos, país en el que la religión ejerce un dominio pleno aceptado por toda la población y en el que los presidentes se consideran enviados de Dios, pretender haber sido, ya en 1787, el primer país en haber logrado (y sin conflicto alguno) esa decisiva separación de ambos poderes, el político y el religioso.

Esto es falso. Pese a lo que se repite a menudo, la Constitución de Estados Unidos no separa en forma absoluta y radical el Estado de la Iglesia ni mucho menos declara que el Estado sea ateo o que carezca de religión, mientras al mismo tiempo permite, lo que en cambio sí hace, el libre ejercicio de todas las religiones en su territorio. No, al fundarse Estados Unidos en 1787 lo que la Constitución separó, evitando hablar del tema en forma directa, fue el Estado de *las* iglesias (todas ellas cristianas), pero no de *la* Iglesia y de la religión misma (por supuesto cristiana), porque el Estado resultó ser él mismo cristiano y protestante, aunque sin definirse por ninguna iglesia en particular ni por el predominio político en su territorio de ninguna corriente religiosa protestante (y menos aún, católica o judía). Esto es, plena libertad religiosa dentro de una enorme diversidad de corrientes religiosas e iglesias (casi todas ellas protestantes, pero incluyendo en esa plena libertad a las minorías católicas y hasta judías); todo ello en un Estado que no incluyó ni excluyó en el texto constitucional aprobado su definición como Estado cristiano y protestante, pero que lo era y podía serlo sin estar sujeto a ninguna de sus múltiples corrientes. Y ese era el objetivo.

Pero para entender y ubicar bien esto se hace necesario examinar, así sea en forma somera, la evolución histórica en Europa del tema referente a religión, Iglesia y Estado junto con el de la tolerancia desde fines de la Edad Media hasta el siglo XVIII y compararlo con la aparición y evolución de esos mismos temas en las trece colonias británicas de América del Norte desde el siglo XVII hasta su Independencia en 1783, así como su ulterior conversión en Estados Unidos en 1787, al aprobarse en septiembre de ese año la Constitución llamada a regir la nueva Unión.

Veamos entonces.

Para los siglos finales del medioevo puede decirse que toda Europa era cristiana. Desde finales del Imperio Romano y a todo lo largo de la Edad Media, el cristianismo se había ido difundiendo por Europa, a veces por obra más o menos pacífica de misioneros, o por la fácil conversión de un rey pagano que se encargaba de

imponerle la nueva religión a su pueblo, pero en la mayoría de los casos lo hizo directamente por medio de la fuerza, la violencia y la destrucción de las religiones propias de los pueblos a los que se cristianizaba. Había, sí, una división entre los propios cristianos producto del cisma que en el siglo XI había separado definitivamente a los cristianos latinos, que se llamaron a sí mismos católicos, de los cristianos griegos, llamados ortodoxos, de modo que la parte oriental de Europa, como era el caso del imperio ruso, era ortodoxa y no católica, además de que la parte sudoriental del continente, incluida la propia Grecia, estaba sometida a los turcos, cuya religión era el islam sunnita. Pero para lo que ahora me interesa, lo tocante a la Europa Oriental puede dejarse de lado, porque no tiene ninguna importancia en lo que sigue.

Y lo que sigue es que en el siglo XVI el catolicismo papal sufre una profunda división. Estallan la Reforma y el surgimiento del protestantismo con dirigentes como Lutero, Calvino, Knox y otros. Ese protestantismo da origen a varias corrientes religiosas: luteranas, calvinistas, presbiterianas; y también al anglicanismo, y a otras menores pero no menos importantes. La Iglesia católica papista, apoyada por los Estados que se definen como católicos, responde al protestantismo con violencia, utiliza todos sus recursos, prepara una Contrarreforma y lo que resulta de todo esto son las terribles guerras de religión que van a ensangrentar a Europa a todo lo largo del siglo XVI y durante la primera mitad del siglo XVII. A la intolerancia católica se opone la intolerancia protestante, no hay el menor espacio para la disidencia religiosa; y en este terreno la principal diferencia entre catolicismo y protestantismo es que el primero se mantiene unido bajo el férreo dominio papal mientras que el último, en cambio, se va dividiendo en corrientes y sectas que incluso se oponen y enfrentan unas a otras en lo interno por motivo de sus creencias, mientras por encima de ello las mantiene unidas el odio común al papismo que las condena y persigue a todas con furia y el enfrentamiento abierto con este y sus inmodificables dogmas.

El resultado es que, por la religión y por el Estado que la apoya y la sostiene en cada caso, Europa queda prácticamente dividida en dos mitades: una católica o papista, sometida al Papa, y la otra protestante, bajo el dominio de cualquiera de sus diversas modalidades. La parte correspondiente al sur y centro del continente se mantiene firmemente católica. Es el caso de Portugal, España, Italia, Austria y Francia, pese a que en esta última la guerra

religiosa lleva a enfrentamientos violentos y a masacres como la de la famosa Noche de San Bartolomé. A su vez, la parte nórdica de Europa se convierte toda en protestante: Inglaterra, Escocia, Holanda, Suiza, Alemania, y los tres países escandinavos: Suecia, Noruega y Dinamarca. Y por su parte, en forma aplastante, Irlanda se mantiene católica y papista.

En todo ese tiempo –siglos XVI y XVII– y en todos esos países, reina la intolerancia más absoluta. Los Estados europeos se definen por la religión y la religión es en todos ellos religión de Estado, lo que priva de derechos, incluido el de existir, a cualquier disidencia o minoría religiosa. Y el caso es que en todos ellos hay o sobreviven minorías religiosas, a veces importantes. En los países de Estado protestante se trata de minorías católicas, papistas, que son perseguidas y a las que la vida y el ejercicio religioso se les hace difícil o imposible. En los países de Estado católico se trata, en cambio, de minorías protestantes que viven situaciones similares y a las cuales se persigue, se somete a la Inquisición, como en España, o en el mejor de los casos se las expulsa del país.

En Inglaterra, que nos interesa particularmente porque es entonces, en el siglo XVII, la metrópoli formal de sus colonias norteamericanas que luego van a constituir los Estados Unidos, hay varios virajes y cambios de religión porque en los siglos XVI y XVII se pasa varias veces de soberanos protestantes a católicos y de católicos a protestantes, con las consecuencias que eran de esperarse para corrientes dominantes o aceptadas que se convertían en perseguidas o viceversa. Enrique VIII proclama y dirige la conversión inglesa del catolicismo al anglicanismo, pero su hija María, llamada la Sangrienta o la Sanguinaria, restablece el catolicismo y se casa con Felipe II de España, el más poderoso e intolerante rey católico. Elizabeth I, su hermanastra, impone de nuevo el protestantismo, mientras en Escocia María Estuardo es católica. A Elizabeth la sucede en 1603 el hijo de María Estuardo, Jacobo I, que ha sido educado en el protestantismo. Su hijo y heredero Carlos I es protestante, pero después de la revolución de Cromwell y la restauración que sigue, el nuevo rey, Carlos II, vuelve a imponer el catolicismo, que se mantiene con su sucesor Jacobo II, y es solo con la «Gloriosa» revolución de 1688, que acaba con los Estuardo, que Inglaterra regresa otra vez al protestantismo y desde entonces este se mantiene como religión de Estado sin nuevos sustos ni volteretas.

Es aquí, en medio de este cuadro europeo de intolerancia, de luchas incesantes entre catolicismo y protestantismo y de persecu-

ciones religiosas de todo tipo, que los futuros Estados Unidos, esto es, que lo que constituía en ese entonces el variado grupo formado por las colonias británicas del norte de América, entra a desempeñar un papel clave y a convertirse para los perseguidos por motivos religiosos en una auténtica esperanza. Y lo desempeña porque para esas corrientes religiosas perseguidas, casi todas protestantes, pero también católicas en algunos casos, América (aunque solo se trata de una franja de la América del Norte, porque el resto del continente está en manos de españoles o portugueses, que son intolerantes, inquisitoriales y papistas), es decir, esa América colonizada por Inglaterra con amplia libertad, representa un paraíso terrenal al que es posible llegar cruzando el océano que lo separa de la infernal Europa; porque se convierte para todas esas corrientes religiosas perseguidas en una suerte de Tierra Prometida como la que la Biblia le ofreció a los antiguos israelitas. Pero que no es una tierra casi desértica como Palestina, sino fértil, de excelente clima, llena de bosques, montañas, praderas y anchos ríos, una tierra inmensa, abierta, libre, en la que están seguros de que podrán practicar con libertad sus religiones y organizar partes de ella como territorios libres, de acuerdo a su fe, valores y usos y costumbres sociales. (Y en la que, como era de suponer, habitaban desde tiempo inmemorial pueblos indígenas que, Biblia en mano, estos pretendidos santos se dedicarán a exterminar, sintiéndose como nuevos y verdaderos israelitas).

De esta manera se van poblando los territorios norteamericanos sobre los que Inglaterra ejerce una soberanía bastante flexible, compartida con empresas marítimas privadas que se encargan del contrato y traslado de los nuevos pobladores. Se trata de territorios que se amplían y diversifican gracias a ese rápido crecimiento poblacional y a la diversidad religiosa de esos nuevos pobladores, todos ellos europeos nórdicos, todos blancos, todos en busca de un nuevo mundo en el que esperan prosperar en libertad, pero procedentes de distintos países y contextos de intolerancia, protestantes en su casi totalidad, pero entre los que también hay emigrantes católicos prófugos de la represión que sufren en sus países de origen.

Como todo paraíso soñado por humanos, este resultó relativo y limitado, humanizado, apenas se logró materializarlo en este mundo. Por supuesto, los emigrantes no eran todos santos ni «padres peregrinos», ni siquiera los consagrados con este nombre por la historia oficial estadounidense, tan creadora como es de mitos. El racismo, el autoritarismo y la intolerancia dominaban a esos colonos y es

claro que no todos los que emigraron a las colonias norteamericanas lo hicieron por motivos religiosos, aun si éstos también jugaron su papel.. Los motivos económicos y comerciales y las ansias de dominación social tuvieron un papel central y en realidad fueron mucho más importantes que los meramente religiosos, aunque entre los grupos protestantes, luteranos, y sobre todo calvinistas, ambas cosas resultaban estrechamente relacionadas y hasta identificables, ya que entre ellos obtener éxito económico era la mejor prueba de que se contaba con la bendición de Dios. Las luchas por el poder en las colonias fueron intensas y hubo frecuentes expresiones de descontento y rebeldía. La intolerancia religiosa, en especial la de los puritanos, los llamados Padres Peregrinos, impuso una asfixiante teocracia en Massachusetts y obligó a su principal crítico (Roger Williams, un defensor de la tolerancia y la separación de la Iglesia y el Estado) a emigrar a tierras vecinas para formar allí una nueva colonia, libre y tolerante. Así nació la colonia de Rhode Island. Las diferencias sociales crecieron en las colonias y pronto se produjo el conflicto usual de clases entre la minoría de ricos y la mayoría de pobres, y hasta de indigentes. Huir hacia el interior, hacia el territorio indio, era la sola esperanza de esos pobres, pero no todos y no siempre podían hacerlo. Por otra parte, los colonos empezaron pronto a masacrar a la población indígena o a expulsarla de sus tierras. Además, desde temprano importaron esclavos negros del África o de las vecinas Antillas francesas o españolas para usarlos como mano de obra servil en el Norte, donde pronto se instalaron manufacturas o empresas agrícolas y mineras; o para explotarlos como esclavos en el Sur, en el que aparecieron tempranamente las grandes plantaciones de tabaco, de caña de azúcar y algo más adelante de algodón, en las que la creciente mano de obra esclava resultaba indispensable.

De todas formas, el resultado que me interesa ahora destacar, pensando ya en el siglo XVIII, es la enorme diversidad de corrientes religiosas y el peso decisivo de la religión sobre todas esas sociedades coloniales que, salvo por algunos lazos, son bastante independientes unas de otras; y que de hecho conforman *grosso modo* tres grupos de colonias: las cuatro del Norte, en las que dominan la agricultura, la manufactura y el comercio, las cuatro del Centro, en las que domina sobre todo el comercio, y las cinco del Sur, que son colonias agrarias, colonias de plantación, todas esclavistas, algo que en el Norte y hasta en el Centro cuenta cada vez menos porque en ellas disminuye la esclavitud, mientras en el expansivo Sur aumentan los esclavos. En todas esas colonias se ha

ido imponiendo con esfuerzo un alto grado de tolerancia religiosa, y las corrientes y sectas crecen con frecuencia y rapidez producto de divisiones de las religiones tradicionales dominantes y de la aparición de nuevas sectas por medio de los llamados *revivals*, es decir, de auténticos renacimientos religiosos movidos por predicadores populares que brotan por doquier, reanimando en todas partes el espíritu religioso de la población.

Esas trece colonias, celosas de sus diversas expresiones de protestantismo (los católicos solo tienen cierto peso en Maryland, una de las colonias del Sur), de las libertades políticas que han conquistado y de la relativa autonomía que les ha permitido obtener esos logros, se unen en 1776 porque les resulta indispensable la unión para obtener su independencia de una Inglaterra que ha empezado a oprimirlas, a imponerles impuestos sin consultarles y a cerrarles espacios territoriales indispensables para su expansión. Y logran independizarse con su decisión, con el liderazgo de Washington, con el papel desempeñado por la élite de abogados norteños y plantadores sudistas que por su capacidad política imponen su hegemonía, y por supuesto por la ayuda militar de potencias europeas enemigas y rivales de Inglaterra, como Francia y España, que han contribuido en forma decisiva a su victoria, obtenida en 1783 luego de una guerra corta sin mucho apoyo popular, pero que les permite mantener su hegemonía sin tener que hacerle concesiones al pueblo ni abolir la esclavitud, ni reformar el sistema social elitesco del que son los principales beneficiarios.

Es entonces cuando a esas excolonias se les presenta el principal problema, porque están conscientes de que si vuelven a separarse les va a ser difícil conservar su independencia en ese mundo colonial que es el de entonces y que lo que necesitan hacer es reunirse todas, pese a sus diferencias, para formar un nuevo Estado soberano capaz de garantizarles que mantendrán la libertad que han obtenido. Y es, luego de un corto período de inestabilidad y anarquía, que se deciden, en 1787, a discutir la forma de hacerlo, para lo que deben aprobar una Constitución que resuelva ese conflicto y garantice esa unidad. No intento ahora examinar las discusiones y conflictos que llenaron ese debate en medio de los cuales se aprobó al cabo la Constitución. Lo haré en un próximo capítulo. Me basta ahora con señalar que las diferencias entre esas colonias eran muy grandes (en el fondo se trataba de dos países, como lo puso en evidencia el conflicto que condujo al cabo a la guerra civil entre Norte y Sur en 1861-1865) y que aunque estaban

todas resignadas a encontrar soluciones aceptables, a lo que no estaban dispuestas era a sacrificar sus sistemas políticos y su libertad religiosa, que veían amenazados por el logro de esa Unión.

De modo que la solución al fin adoptada fue la de formar un Estado central que por las peculiaridades de la situación (pues se trataba de unir en él con flexibilidad diversos estados diferentes, defensores de su autonomía) se llamó Estado federal. Ese Estado asumió el poder político de la nueva Unión, sus relaciones internacionales y las relativas al intercambio entre las diferentes provincias, ahora llamadas estados, y le garantizó a todos y a cada uno de esos territorios el derecho a mantener sus sistemas políticos republicanos y a conservar la libertad religiosa más absoluta. Eso significó que el nuevo Estado federal no pudiera definirse como Estado de ninguna de las iglesias y corrientes religiosas de los estados, pero dando por sentado que ese Estado, así esto no apareciera en el texto de la Constitución, no era laico sino cristiano, protestante, algo que los presidentes de Estados Unidos se encargarían de poner en evidencia a cada paso. De modo que para formar el Estado y conservar la libertad religiosa de cada colonia la única forma posible era que el Estado no asumiera la religión de ninguna de ellas, todas cristianas, pero sin dejar él mismo de ser cristiano. O dicho en otras palabras, que no hay separación entre Iglesia y Estado, entre Estado y religión, porque el Estado es cristiano y protestante. Lo que sí hay es que el Estado no se define por ninguna de las corrientes e iglesias protestantes existentes, para poder conservar la unidad del nuevo país lograda con tanto esfuerzo.

Lo más positivo e invalorable que tiene la Constitución de Estados Unidos es que su texto, redactado en fecha tan temprana, llega al extremo radical de no hablar de religión y ni siquiera mencionar a Dios, salvo dos veces de paso, algo realmente extraordinario cuando vemos que todavía en estos tiempos actuales, más de dos siglos después, constituciones aprobadas por estados modernos y gobiernos que incluso se autocalifican de revolucionarios, inician sus textos constitucionales invocando a Dios Todopoderoso, es decir, derivando los derechos del pueblo no exclusivamente de la propia soberanía de este sino del apoyo o la voluntad de Dios. En ese aspecto, y solo en este aspecto, es imposible negar que la Constitución estadounidense es un modelo y un ejemplo.

Así, separación del Estado respecto de las iglesias cristianas, pero no de la Iglesia ni de la religión cristiana misma, en este caso protestante. En cierta forma, así lo expresa la Declaración de Dere-

chos aprobada en 1791, que contiene las diez primeras enmiendas a la Constitución. La primera de ellas comienza diciendo textualmente: «El Congreso no hará ley alguna por la que adopte una religión como oficial del Estado o se prohíba practicarla libremente». Esto se ha entendido usualmente como expresión de clara separación entre Estado e Iglesia, cuando realmente lo que muestra es algo más simple: no que el Estado fuese o debiese declararse ateo o extraño a la religión (por supuesto, cristiana, protestante), sino que para poder conservar la Unión no podía declararse dependiente de ninguna, debiendo por tanto abstenerse de declararse fiel de cualquiera de las tantas religiones e iglesias existentes en Estados Unidos. Pero sin que ello excluyera en de ningún modo que ese mismo Estado fuese cristiano, protestante y bíblico, como ya había mostrado a la escala de las diversas colonias la reciente historia colonial. Y por si hubiese alguna duda, desde el propio George Washington en adelante, los presidentes estadounidenses empezaron uno tras otro a demostrarlo y a incluir la fidelidad a la religión cristiana protestante en sus discursos y mensajes.

En fin, que en Estados Unidos el Estado federal es cristiano, protestante, bíblico y en cada estado de la Unión predomina con toda libertad alguna corriente cristiana, protestante, mientras el Estado federal es cristiano en lo esencial, como expresión de un Pueblo Elegido, cristiano, bíblico, excepcional, pero sin definirse por ninguna religión o Iglesia y garantizando a sus habitantes, al menos en teoría, el derecho a disfrutar de plena libertad religiosa. Eso es así desde 1787 y el texto no ha cambiado. Lo que sí ha hecho, en todo caso, es empeorar por obra de sus presidentes y de sus líderes, no solo religiosos sino 'laicos', pues aquellos, siendo políticos laicos, actúan como líderes religiosos. Todos dicen actuar en nombre de Dios, aseguran hacer la política que Dios les manda y justifican sus actos y, sobre todo, sus crímenes, como ordenados por el propio Dios, que a menudo habla con ellos.

Basta recordar o escuchar cómo hablan los presidentes de Estados Unidos (todos), cómo terminan sus discursos con un *God bless America*, cómo está Dios en el dólar, y cómo hablan con Él o reciben directa inspiración suya para sus políticas criminales. Los ejemplos son muchos, y puede decirse que casi cada presidente estadounidense tiene uno porque todos se creen mensajeros de Dios. Pero no alargaré más las cosas repitiendo esto, y voy a mencionar unos pocos ejemplos.

Presidentes que hablan con Dios y reciben sus instrucciones

El primer caso que comentaré es el de William McKinley, quien gobernó Estados Unidos entre marzo de 1897 y septiembre de 1901, cuando fue asesinado por un joven anarquista. Su entrevista con Dios tuvo lugar poco antes de que, inspirado por Él, tomara la decisión imperialista de ocupar las Filipinas.

Estados Unidos había logrado derrotar, en 1898, a España para apoderarse al fin de Cuba y Puerto Rico en el Caribe. Pero sus intereses lo habían involucrado ya en el Pacífico por lo que, siendo ya dueño de Hawaii, se veía ahora ante la urgente necesidad de decidir si se adueñaba también de las Filipinas, en las que igual que en Cuba, una lucha independentista estaba cerca de derrotar a los españoles aunque, igual que los cubanos, los patriotas filipinos se oponían a la intervención estadounidense pues no querían cambiar la dominación española por el colonialismo norteamericano. A McKinley se le planteó todo ello en medio de una polémica política interna entre la recién creada Liga Antiimperialista, que se oponía a toda expansión colonial y extracontinental del país, y los poderosos grupos imperialistas que lo instaban en cambio a celebrar el imperio y a tomar la decisión de apoderarse de las rebeldes islas, ahogando a sangre y fuego si fuera necesario (como en efecto ocurrió) la lucha independentista del pueblo filipino. Después de mucho vacilar, el presidente McKinley tomó la decisión imperial de apoderarse de las islas y envió a los *marines* a hacerlo.

Pero en esa criminal decisión, que llevó a Estados Unidos a embarcarse en una brutal guerra de violencia racista y de exterminio de pueblos enteros, estuvo implicado Dios, esto es, el Dios judeocristiano, porque McKinley así lo declaró. En efecto, casi un año más tarde un grupo de ministros protestantes lo entrevistó en la Casa Blanca, preguntándole las razones por las que había tomado la difícil decisión de apoderarse de las Filipinas; y McKinley les dijo que todo había sido obra de Dios.

Les confesó que él dudaba:

> Solía caminar por la Casa Blanca noche tras noche, hasta la medianoche, y no me avergüenza decirles, caballeros, que más de una noche me arrodillé y recé a Dios Todopoderoso para que me iluminara y guiara. Una noche –era tarde ya– me vino [el mensaje de Dios] de la siguiente forma; no sé cómo sucedió, pero me vino: Que no podíamos devolver las Filipinas a España porque eso sería cobarde y deshonroso; que no podíamos dejar a los filipinos solos,

> porque no estaban preparados para la autodeterminación (…) que solo cabía hacer una cosa: hacernos cargo de ellos para educarlos, civilizarlos, cristianizarlos (…). Después, me fui a dormir a la cama y dormí profundamente.

Aquí vemos a McKinley no solo asumir la llamada «carga del hombre blanco» del conocido poema imperialista y racista de Rudyard Kipling, que data justamente de 1898, sino pasear por los corredores de la Casa Blanca como pasea el Papa por los jardines del Vaticano, y declarar como declararía Pío XII en 1950, que había recibido un mensaje del propio Dios. En el caso de Pío XII fue un mensaje religioso: decretar como nuevo dogma católico el de la Asunción de María. En el de McKinley, que después de todo no era papa sino Presidente de Estados Unidos, el mensaje fue político-militar: se trataba de apoderarse de las Filipinas (aunque, según el mismo McKinley, Dios le habría hablado ingenuamente de educar y civilizar a los filipinos y no, como él hizo, de colonizarlos, encerrarlos en horribles campos de concentración, fusilarlos y masacrarlos).

William Taft, realmente un hombre de peso (pesaba 140 kilos), fue Presidente de Estados Unidos de marzo de 1909 a marzo de 1913 y su nombre está asociado a la llamada «Democracia del Dólar», que es el nombre que suele darse a la política imperial de Estados Unidos sobre Centroamérica y el Caribe, imponiendo su dominio sobre toda la región a fuerza de presiones económicas, y de invasiones y agresiones cada vez que se hizo necesario. Taft agredió en 1912 a la Nicaragua progresista de Zelaya y al México de la Revolución mexicana, habiendo estado su embajador, Henry Lane Wilson, implicado abiertamente en el golpe derechista de Victoriano Huerta y en el cobarde asesinato del presidente mexicano Francisco Madero y de su vicepresidente Pino Suárez.

En todas estas piadosas obras Taft se sintió guiado y acompañado por Dios; y si McKinley había sido más bien algo tímido al narrar su experiencia, Taft fue en esto mucho más directo. En 1912, ante el caos que vivía México luego del derrocamiento y asesinato de Madero, y dispuesto ya a que sus tropas invadieran el país vecino (cosa de la que se encargó su piadoso sucesor Woodrow Wilson en 1914), Taft declaró:

> No vamos a intervenir en México hasta que no quede otra opción, pero tengo que proteger a mi gente allí, en la medida en que me sea posible, así como sus bienes, haciendo entender al gobierno de México que hay un Dios en Israel y que está en guardia. Si no, no harán

> caso a nuestras abundantes e importantes quejas y no darán la protección que es necesaria y que pueden dar.

Lo que llama sobre todo la atención en este agresivo discurso no es tanto la amenaza. Después de todo, Estados Unidos ya había invadido México en 1846 y, al vencerlo en una guerra criminal, le había robado más de la mitad de su territorio. México conocía ya ese discurso y sabía lo que podía significar, aunque esta vez todo su pueblo andaba en armas. Lo que de verdad llama la atención es la mención del Dios de Israel, listo además para el ataque. Y es que no se trata de Israel sino de Estados Unidos. Y el Dios de Israel del que habla Taft no es el Dios judío sino el Jesús cristiano. No había en 1912 ningún Estado de Israel ni Taft podía hablar en nombre de ese Estado inexistente. Sí había unos Estados Unidos cristianos, de los que él era presidente y jefe de su ejército. Lo que Taft le estaba diciendo a los mexicanos, y de hecho al mundo entero, es que ellos, los Estados Unidos que él dirigía y representaba, eran el Nuevo Israel, el nuevo Pueblo Elegido de Dios, y que esta vez no se trataba de los antiguos israelitas, que después de todo no fueron fieles a Dios y no supieron reconocer al Mesías que era Jesús, sino de un nuevo Israel cristiano, amado de Dios, que reunía, sí, la fuerza bíblica del viejo Israel, pero que al ser cristiano y disfrutar del favoritismo divino y al disponer del poder militar de que disponía, resultaba a todas luces invencible y único. Esos eran, pues, los Estados Unidos, y Taft hablaba en su nombre.

Harry Truman, sucesor de Franklin Delano Roosevelt, fue presidente de Estados Unidos entre 1945 y 1952; y entre otras obras suyas como iniciar la Guerra Fría y el mccarthismo antes de McCarthy, es mundialmente conocido y recordado como el responsable, en su calidad de presidente de ese país, del criminal lanzamiento de las dos bombas atómicas, una de uranio y otra de plutonio, arrojadas por aviones militares norteamericanos, una el 6 y la otra el 9 de agosto de 1945, sobre las poblaciones japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Pues bien, Truman declaró con orgullo que estos dos bombardeos, causantes de centenares de miles de muertos civiles, habían contado con la bendición de Dios, quien había dado la bomba atómica a su pueblo favorito, Estados Unidos, y no a sus enemigos, para que la emplearan en beneficio de lo que ellos siempre han defendido: la democracia y la libertad. Esto fue lo que dijo Truman:

> Damos gracias a Dios de que la bomba haya ido a parar a nuestras manos y no a las de nuestros enemigos; y le pedimos que Él nos guíe para utilizarla según sus designios y para sus fines.

Es decir, que Dios decidió que la bomba atómica fuese creación de Estados Unidos porque ello era parte del plan divino. Y que Estados Unidos, por supuesto, como acababan de hacer en Hiroshima y Nagasaki, la utilizaría siguiendo los designios y planes divinos; designios y planes que, no hace falta decirlo, el propio Dios, como había hecho antes tantas veces, se encargaría de hacérselo saber al pueblo estadounidense por intermedio de su Presidente.

George W. Bush hijo es uno de los grandes genocidas de nuestro tiempo. Gobernó Estados Unidos entre enero de 2001 y enero de 2009. Fue el vencedor de su primera elección, caracterizada por un fraude descomunal y escandaloso. Después del cada vez más sospechoso ataque a las torres del World Trade Center neoyorquino desató la invasión de Afganistán, y a continuación, basada en nuevas patrañas, la invasión y destrucción de Irak.

Están todavía frescas sus menciones de que Dios no solo apoyaba todos sus actos políticos (es decir, sus crímenes e invasiones), sino que era quien se los ordenaba. También las imágenes de cómo iniciaba las reuniones de su gabinete con oraciones y lecturas de la Biblia. Y cómo, luego de preparar a distancia masivos asesinatos de pueblos, se iba a los jardines de la Casa Blanca a rezarle a Dios, o acudía con su familia a un templo de su religión metodista para asistir al culto religioso como si fuese un inocente parroquiano y no un político genocida con las manos chorreando sangre humana.

Sobre su usual comunicación con Dios y su inspiración divina, basta un solo ejemplo. Bush le contó al conocido periodista estadounidense Bob Woodward que antes de ordenar la invasión de Irak en marzo de 2003 estuvo «rezando para reunir fuerzas a fin de cumplir con la voluntad del Señor», voluntad que evidentemente era atacar y destruir Irak como al parecer le dijo meses más tarde a un ministro palestino; y que después de ordenar la invasión se fue a los jardines de la Casa Blanca y allí rezó para que sus tropas invasoras estuvieran seguras «bajo la protección del Todopoderoso». Y cuando Woodward, recordando que Bush padre, en 1991, siendo entonces presidente, luego de derrotar a Saddam Hussein no se atrevió a desencadenar la invasión masiva y la destrucción de Irak, le preguntó si había recibido algún consejo de él, de su padre, George W. le respondió en forma rotunda: «No. Mi padre en la tierra no era

el padre adecuado al que debía pedir consejo, porque hay un Padre más alto, y es a ese (es decir, a Dios Padre) al que me dirigí».

Eso son los Estados Unidos. Un país en el que los presidentes, y no solamente ellos, sino también sus secretarios de Estado, sus ministros, jueces y representantes hacen todo en nombre de Dios y con su consentimiento; y hablan a menudo con Él, que los ama, los dirige y aconseja, haciendo así que la política del país sea la mejor expresión de los planes y designios divinos. Eso es Estados Unidos: un país en el que los presidentes, todos protestantes salvo uno de ellos, le hacen la competencia desde la Casa Blanca al Papa católico como representantes suyos en la Tierra. ¿Es este el país que pretende no solo haber sido el primero en separar la Iglesia del Estado sino el que, más de dos siglos después, seguiría manteniendo esa separación? En Estados Unidos, religión y Estado son una y la misma cosa. Es un país cristiano, bíblico, modélico y excepcional, cuya política y cuyos cuyos crímenes, igual que sucedía en viejas sociedades del pasado, son siempre envueltos en un manto religioso que los santifica. Dios siempre está con Estados Unidos: *God bless America*. Es su nuevo Pueblo Elegido, su Nuevo Israel, pero que a diferencia del viejo Israel bíblico, que erraba, pecaba y abandonaba a Dios, este no se equivoca; y por eso es que Dios está siempre con él, indicándole qué hacer, qué gobernante extranjero hay que derrocar, qué país hay que invadir y qué pueblo del mundo hay que masacrar sin la menor piedad, tal como, según nos cuenta la Biblia judía, hicieron los antiguos israelitas para adueñarse de Palestina siempre dirigidos por Dios (Y como sus herederos sionistas de hoy vienen haciendo con el pueblo palestino actual desde hace más de seis décadas).

Las diversas iglesias y corrientes religiosas[1]

Dado que a lo largo de toda la parte anterior de este capítulo he estado haciendo reiterada referencia a la diversidad religiosa que caracteriza a Estados Unidos desde sus orígenes coloniales, y a la importancia que ha tenido en ellos esa diversidad desde entonces hasta el presente, creo indispensable tratar en lo que sigue de examinarla con un poco más de precisión a fin de poder detenerme con cierto detalle en lo tocante a sus casos más representativos. Eso sí, debo dejar claro de una vez por todas que lo que sigue no es un estudio en profundidad de la religión estadounidense y de sus distintas expresiones. No soy yo el más calificado para hacerlo ni

es ese el objetivo de este libro. Sobre la religión en Estados Unidos existen numerosos trabajos de mucha calidad, obra de calificados especialistas estadounidenses, a los que remito, siendo mencionados varios de ellos en la bibliografía. Lo que intento es algo bastante más modesto pero no por ello menos importante: dar una visión panorámica que ayude a comprender mejor los temas religiosos y sociopolíticos de los que trato en este mismo estudio, que son fundamentales para entender la sociedad estadounidense y para desmontar varios de sus mitos, tan importantes en un campo en extremo delicado, difícil y manipulado como es siempre el de la religión; campo, además, que en Estados Unidos conforma justamente una de las principales fuerzas dominantes y se halla presente por doquier.

De entrada quiero señalar dos cosas.

La primera es que la diversidad de religiones, iglesias y sectas religiosas en Estados Unidos constituye un fenómeno único, sobre todo cuando se piensa que se trata de la primera potencia del mundo, y que ese país capitalista e imperialista se presenta con orgullo a sí mismo como modelo de desarrollo económico y ejemplo superior de modernidad. En *El libro negro de América*, es decir, de Estados Unidos, su autor, Peter Scowen, cita la edición de 1996 de la *Encyclopedia of American Religion,* la cual contabiliza para esa fecha más de 2 150 religiones organizadas en el país. Sí, 2 150 religiones, cifra casi increíble, que además de las iglesias o congregaciones más grandes e importantes, incluye a otras de nombres realmente insólitos, como una que se hace llamar Nudist Christian Church of the Blessed Virgin Jesus (Iglesia Cristiana Nudista del Bendito Jesús Virgen). Por mi parte he averiguado que esa iglesia, promotora del nudismo, existe todavía. Ha actuado en el norte de Estados Unidos y en la frontera con Canadá. Su líder se hace llamar Zeus Cosmos, es autor de un libro (*Book of Zeus*), ha constituido una comunidad nudista, se ha movido sobre todo en las universidades, vendiendo franelas y afiches que promueven el nudismo en nombre de Jesús Virgen, y ha sido arrestado varias veces por pegar calcomanías nudistas, en 2002 por pintar esvásticas, y en 2006 por meter volantes con fotos suyas desnudo en buzones de correo de casas y apartamentos.

Pero también quisiera mencionar otra curiosa religión, surgida en California. Se trata de la Iglesia de Hakeem, creada en 1977. Lo primero que Hakeem, su fundador, trataba de hacerle creer a sus seguidores era que Dios estaba en ellos, algo nada original, y que

con convicción y esfuerzo podrían lograr lo que quisieran, idea en la que todo estadounidense es educado. Pero lo que sí era original, al menos como proyecto religioso, fue lo que este estafador añadió luego: un programa llamado *Dare to be Rich* («Atrévete a ser rico») que, envuelto en una hábil capa de religiosidad, no era otra cosa que el juego tramposo de la pirámide, inventado por el estafador italoestadounidense Carlo Ponzi en los años veinte del siglo XX, y mejor conocido como juego de la pirámide de Ponzi.

Hakeem, cuyo nombre completo es Hakeem Abdul Rasheed, logró estafar a una buena cifra de incautos con esa curiosa mezcla de mensaje religioso y apelación al natural deseo de tanta gente de hacerse rica con facilidad y creyendo contar para ello con la ayuda de Dios. Consiguió montar una pirámide enorme y todo funcionó bien por un año, de manera que en poco tiempo Rasheed y una asociada suya sí lograron hacerse ricos. Pero al producirse el inevitable agotamiento de la pirámide y quedar estafada la mayor parte de los jugadores, el escándalo terminó en demanda, la Iglesia de Hakeem fue disuelta por la policía y Rasheed fue llevado a juicio, aunque curiosamente logró ser absuelto. En su libro *La cultura norteamericana contemporánea,* el conocido antropólogo estadounidense Marvin Harris habla de esta iglesia, pero he logrado también tener acceso en Internet a datos más recientes, incluido el documento del juicio al que Hakeem fue sometido.

La segunda tiene que ver con las estadísticas religiosas. Y es que llama la atención que en Estados Unidos, donde existen prácticamente estadísticas regulares y precisas de todo y donde los censos, que se hacen con regularidad, son envidiables por su exactitud y riqueza, en cambio, las estadísticas sobre religión sean incompletas, irregulares y hasta bastante difíciles de obtener. El Census Bureau recogió estadísticas religiosas en el ámbito federal en 1906, 1926 y 1936, pero luego suspendió la recopilación de las mismas al considerar que eran problemáticas. La razón esgrimida es que podían generar reacciones negativas entre los consultados, lo que podía afectar la exactitud de los datos recogidos. Había, en efecto, personas que no querían declarar o no querían definir de cuál Iglesia formaban parte. Solo en 2002 se intentó otra vez recopilar información federal sobre religión, pero el asunto no parece estabilizado hasta ahora.

De modo que la información religiosa se obtiene por otras vías y, en algunos casos, no hay forma de conseguir datos exactos o actualizados. Los musulmanes, por ejemplo, son renuentes, con

toda razón, a ofrecer datos religiosos. Los judíos, en cambio, tienen su propio organismo capaz de recopilar y publicar estadísticas sobre su religión y sus adeptos. Las otras religiones, la católica y las protestantes, también hacen sus recuentos periódicos, pero estos no son del todo confiables, a veces por fallas técnicas, pero sobre todo porque suelen manipular con frecuencia las cifras de fieles en función de sus intereses.

Afortunadamente existen en Estados Unidos varios organismos independientes que llenan ese vacío, siendo el más confiable el Pew Research Institute que, entre otras cosas, brinda con regularidad estadísticas sobre religión y las difunde por Internet. Se consiguen datos de 2015, los más recientes. Pero no siempre esas estadísticas son suficientemente detalladas, como ocurre en el caso de las iglesias protestantes, y a veces es difícil obtener la información que se busca cuando se trata de iglesias menores. De todas formas, en la medida de lo posible dan una idea bastante aproximada y, sobre todo, actual de esa inmensa diversidad.

En el territorio inicial ocupado por las colonias británicas de América del Norte y en los tres territorios vecinos de estas: por el Norte, el Oeste y el Sur, se produce desde temprano la presencia de una diversidad de iglesias y religiones. En estos tres casos se trata de católicos, ya sean estos españoles o franceses, pronto rivales de los colonos ingleses protestantes. Los españoles han estado presentes en ese Sur desde el siglo XVI, en toda la parte que más adelante, ya en tiempos republicanos –en el siglo XIX–, los Estados Unidos le arrancan a España, sobre todo a México, desde Florida hasta California. Se trata, por supuesto, de misioneros jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos. Esos católicos españoles fundan iglesias, monasterios y crean muchas misiones y pueblos. Los franceses se han expandido en el siglo XVII y en el territorio que entonces ocupan: Canadá, los Grandes Lagos y Louisiana, también son misioneros pero esta vez franceses, ya sean franciscanos, jesuitas o de otras órdenes; y han creado iglesias, pueblos y misiones y cristianizado a los indígenas, con los que por lo general mantienen buenas relaciones. El catolicismo papista es así la primera religión europea que se instala en Norteamérica, pero sin ocupar, salvo por la excepción de Maryland, pequeña colonia fundada por el hijo de *lord* Baltimore en 1632, la larga franja de territorio (desde Massachusetts hasta Virginia) que desde 1607 empiezan a ocupar y a repartirse las sucesivas olas de colonos británicos.

Y es en ese territorio donde se produce, desde temprano, esa diversidad de religiones que va a caracterizar el paisaje religioso de los futuros Estados Unidos. Los siglos XVII y XVIII, asociados a los conflictos religiosos europeos y a la intolerancia que domina por doquier en el Viejo Mundo, son fundamentales en ese proceso. La primera Iglesia en instalarse es la anglicana o Iglesia de Inglaterra, que es la Iglesia mayoritaria, oficial y dominante en la metrópoli. La instalación del anglicanismo se va haciendo en las sucesivas colonias, pero su instalación acaba fracasando porque no crece ni cuenta con suficientes párrocos y obispos, y sobre todo porque las olas sucesivas de inmigrantes que llegan pertenecen a otras iglesias y religiones protestantes o son disidentes del anglicanismo. Además, tanto sus cifras de fieles y la firme decisión de estos para exigir libertad de cultos como el clima de tolerancia que en medio de rivalidades se va imponiendo sobre el intento de los anglicanos de ejercer también su dominio sobre los nuevos territorios americanos, los ayudan a conquistar sus derechos.

Y lo que va a dominar en estos nuevos territorios es el puritanismo calvinista, que pronto se constituye en la mayoría religiosa en las colonias aunque dando origen a nuevas corrientes e iglesias que llevan otros nombres y que cuestionan o minimizan algunos de los fundamentos originales de su propia religión. Los puritanos, calvinistas estrictos, dominan pronto en todo el norte, particularmente en las colonias llamadas Nueva Inglaterra, en especial en Massachusetts. Calvinistas holandeses se instalan en Manhattan y fundan Nueva Ámsterdam, futura Nueva York. Los hugonotes, calvinistas franceses, lo hacen en Nueva Inglaterra, Nueva York, Virginia y en las dos Carolinas. Calvinistas y luteranos alemanes se asientan en Pennsylvania, y luteranos suecos se instalan en Delaware. También se establecen en colonias del norte los presbiterianos o calvinistas escoceses y los congregacionalistas.

Asimismo se instalan en las colonias los hermanos moravos, que en el siglo XVIII aparecen en Pennsylvania, Georgia y Carolina del Norte. Los *shakers*, miembros de una secta pacifista inglesa fundada en el siglo XVIII y que desde entonces esperan la segunda venida de Cristo, se instalan en una colina cercana a Nueva York. Por su parte los menonitas, anabaptistas holandeses también pacifistas, se sitúan en Pennsylvania, Virginia y Ohio. Y hasta grupos judíos logran asentarse también en Rhode Island, Pennsylvania y Nueva York.

Por cierto, Pennsylvania es la tierra de los cuáqueros. Estos, que se llaman a sí mismos Amigos o Sociedad Religiosa de Amigos, son un grupo religioso fundado en Inglaterra hacia mediados del siglo XVII como grupo disidente por George Fox. Los cuáqueros emigran pronto a las colonias americanas, sobre todo a Massachusetts, donde los puritanos los consideraron peligrosos herejes y ahorcaron a varios de ellos, entre los cuales había una mujer, Mary Dyer. Huyeron a Providence, en Rhode Island, donde fueron protegidos por Roger Williams. Progresaron, aunque siempre encontraron rechazo por ser amistosos, fraternales, igualitarios, defensores de los indios, enemigos de la esclavitud y partidarios de separar la Iglesia del Estado. Pero carecían de territorio propio. La situación cambió cuando en 1681 el rey Carlos II de Inglaterra le entregó al cuáquero William Penn un territorio en las colonias situado al oeste y sur de Nueva Jersey, donde por fin pudieron instalarse en paz, practicar con libertad su religión, tener buenas relaciones con los indios y progresar fundando ciudades, entre ellas la capital de la colonia, a la que Penn llamó Filadelfia, «ciudad del amor fraternal», y haciendo de esta, llamada posteriormente Pennsylvania, una colonia próspera, acogedora y ejemplar.

Así, como lo muestran esos procesos migratorios, el intolerante puritanismo se vio forzado, luego de mucha resistencia, a irse abriendo, aunque fuera en parte, a convivir con corrientes disidentes propias o con otras nuevas religiones ansiosas de disponer de territorios en los que ejercer sin trabas la libertad religiosa y económica que reclamaban. En efecto, ola tras ola de inmigrantes se van incorporando a las colonias nuevos disidentes cuya presencia genera inevitables rechazos y conflictos: los baptistas ingleses, que combinan rasgos puritanos con elementos del antiguo anabaptismo (como el bautismo por inmersión de los adultos), seguidos un siglo después por los metodistas, también ingleses, que tienen prácticas religiosas parecidas. Unos y otros son producto del primero de esos grandes *awakenings* o «despertares», que de Inglaterra van a pasar pronto a las colonias inglesas y luego a Estados Unidos, y que son grandes movimientos masivos, de pueblo, que perduran por años; que sacuden, haciéndolas despertar, a las religiones instaladas y de los que se derivan escisiones o nuevas religiones más sencillas y dinámicas. Los despertares son movidos y protagonizados por predicadores laicos, espontáneos, sencillos, venidos del pueblo, que reúnen a las gentes en verdaderas multitudes fuera de las iglesias, en espacios abiertos, y que provocan

entre ellas delirios religiosos, suerte de prácticas chamánicas, de sacudidas, espasmos, bailes y trances, que implican *revivals* (avivamientos), y que son más capaces que las viejas religiones ya institucionalizadas de atraer en masa a nuevos y emocionados seguidores, los cuales sienten que en ellas han encontrado la salvación que buscan.

En el siglo XIX sigue la diversidad, en medio de crisis, división de las mayores religiones protestantes y aparición de nuevas religiones. En las primeras décadas de ese siglo, el puritanismo dominante se ve afectado por el aumento del intelectualismo, el deísmo y el racionalismo entre grupos de intelectuales que intentan reducir el peso de la religión. Esto da base a la respuesta virulenta de esas religiones, al antimasonismo y al nativismo que examinaré en otro de los capítulos. Importancia especial tiene el crecimiento demográfico y territorial del Oeste, basado en la expulsión de indígenas, la ocupación de nuevos territorios y el sostenido aumento poblacional. Los episcopalianos, anglicanos, no lograron mucha influencia en esta zona. Tampoco los congregacionalistas; sí algo, en cambio, los presbiterianos y los luteranos alemanes. Los que mayor influencia logran en el Oeste son los metodistas y los baptistas, ambas iglesias grandes, sencillas y populares, que se convierten en las mayores religiones protestantes y llevan a cabo una actividad misionera permanente entre los colonos de esta área.

Pero el fenómeno religioso más importante de la primera mitad del siglo XIX y quizá de toda la historia religiosa estadounidense sea la aparición de los mormones. Aunque su cifra de creyentes, luego de una fuerte explosión inicial, nunca llegó a ser muy grande y en la actualidad sigue siendo baja, lo cierto es que la religión de los mormones, cuyo nombre oficial es Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, es la religión más original de Estados Unidos. En el estudio que hace de los mormones en su libro *La religión en los Estados Unidos*, Harold Bloom no duda en afirmar que los mormones son la principal religión estadounidense. A mí, aun respetando la opinión de Bloom, me parecería suficiente con aceptar que es la más original. Pero en todo caso, habría que estar de acuerdo en que importante u original lo es no tanto por su tamaño, sino por ser la única que se corresponde con la excepcionalidad que tanto predican los estadounidenses. En efecto, no obstante sus referencias inevitables al judaísmo y a las Diez Tribus Perdidas de Israel, se trata de una religión plenamente estadounidense. Su creador es un verdadero profeta, un profeta

estadounidense, algo excepcional, como pretende ser todo en Estados Unidos. No cualquier país tiene un profeta. Ese profeta es un joven laico, de nombre corriente, Joseph Smith, que se siente inspirado por Dios, habla con un ángel y afirma haber descubierto unas placas sagradas asociadas al antiguo Israel y a la llegada en el remoto pasado de antiguos israelitas de las Tribus Perdidas al territorio de Estados Unidos. En todo caso, él parecía creer en serio todo ese confuso pastel. Ese profeta estadounidense traduce, guiado por un ángel, un libro inspirado, *El libro de Mormón*, crea una nueva religión mezcla de judaísmo, cristianismo y gnosticismo, religión que suscita un verdadero movimiento de masas; es decir, que lo que Smith persigue como gran objetivo no es reunir tras sus ideas a un grupo de gentes sino a todo un pueblo, al pueblo de Estados Unidos (y más delante al de todo el mundo).

Los mormones rompen esquemas religiosos, incluso en un contexto abierto en ese campo como Estados Unidos. Encuentran resistencia entre los defensores de la religión tradicional. Smith muere asesinado como otros profetas, aunque se defiende de sus asesinos peleando a tiros por su vida, algo excepcional en un profeta pero corriente en una sociedad cargada de violencia y en la que todos están armados, como es la sociedad estadounidense. Muerto Smith, su heredero y continuador, Brigham Young, asume el mando y ante el rechazo encontrado en el Este, decide conducir al pueblo mormón hacia el Oeste. Una multitud de fieles, hombres y mujeres, lo sigue, recorriendo más de dos mil kilómetros, cruzando todos los inmensos Estados Unidos a lo ancho, de Este a Oeste, hasta llegar a lo que es el actual estado de Utah, en el Lejano Oeste. En ese territorio semidesértico y poco poblado, Young funda la ciudad de Salt Lake City e instala en ella una auténtica teocracia. Los mormones, que practican a gran escala la poligamia, a la que llaman *matrimonio plural*, crecen, tienen sentido empresarial, logran un importante desarrollo económico y se mantienen en ese territorio en medio de conflictos con el Estado federal hasta que en 1890, ya muerto Young desde hacía años, aceptan abandonar la poligamia sometiéndose a las leyes de Estados Unidos, siendo autorizados por el Gobierno federal a conservar el gobierno de Utah, nuevo estado. Así se incorporan a la sociedad estadounidense. Más adelante preciso algunas de las ideas propias de la religión mormona y me refiero a los mormones actuales, que son, por cierto, bastante diferentes de los protagonistas de ese asombroso cuadro inicial de persecuciones y epopeya.

Hay otros fenómenos importantes en los Estados Unidos del siglo XIX que inciden sobre las iglesias y corrientes religiosas. Uno de ellos es la inmigración y el otro la agudización del conflicto por la esclavitud, que lleva en forma inevitable a la secesión del Sur y al estallido de la Guerra Civil para mantener la Unión.

La inmigración europea incrementa grandemente la población de Estados Unidos, que en 1830 es de 12,8 millones y que alcanza en 1860 la cifra de 31,5 millones. El papel clave de la inmigración en esto es claro. Entre 1830 y 1860 la cifra de inmigrantes, todos ellos europeos blancos, llegados al país, es de 4,9 millones. En esa inmigración la mayor parte sigue siendo germánica y anglosajona, pero ya empieza a aumentar la de europeos mediterráneos, italianos, en este caso; y sigue siendo grande la de irlandeses, que constituyen casi la mitad de los inmigrantes entre esas dos fechas. El luteranismo se beneficia de esa inmigración alemana, que suma 1,3 millones entre ambas fechas. Pero el principal beneficiario es el catolicismo, que ha venido creciendo en forma casi solapada. La Iglesia católica ha aprovechado muy bien las anexiones de Louisiana, Texas y California por Estados Unidos, porque todas ellas han aportado católicos al país. Y lo que más la ha beneficiado es la enorme cifra de la inmigración irlandesa y el comienzo, que se va a masificar en las décadas siguientes, de la inmigración italiana, toda católica, pronto seguida por la polaca, también católica. El hecho es que para 1860 el catolicismo se ha convertido en la primera religión del país, aunque la suma de las principales religiones protestantes lo supera con claridad. Este hecho va a tener consecuencias serias porque las amenazas y ataques de grupos protestantes contra los católicos van a aumentar, ya que se acusa a los católicos de no ser verdaderos americanos por ser súbditos de un poder extranjero enemigo de Estados Unidos, como es el poder del Papa, enemigo declarado del protestantismo, y que buscaría por medio de los católicos apoderarse del país y someterlo a su dominio.

El otro tema es el de la esclavitud. Los Estados Unidos eran en realidad dos naciones, dos sociedades diferentes, la del Norte y la del Sur, y el esclavismo, dominante en todo el Sur, indispensable para el sistema de plantación del que dependían su economía y su elitesca forma de vida, acentuaba el conflicto entre ambas. El enfrentamiento entre abolicionistas y esclavistas se agudizó a mediados del siglo XIX y fue elemento clave del estallido de la Guerra Civil. No tanto por razones morales o por principios ideológicos, sino por los intereses políticos y económicos que estaban en juego:

para los nordistas la conservación de la Unión, para los sudistas su supervivencia misma como sociedad. Y ese enfrentamiento afectó necesariamente a las diversas religiones estadounidenses, obligadas a definirse frente al espinoso tema.

En cuanto a definirse, los menos afectados fueron puritanos, católicos y mormones. Los puritanos, ya en decadencia como corriente específica y representados a mediados del siglo XIX por los congregacionalistas, se habían definido desde la época de la colonia frente al tema, y la Biblia, en especial el Antiguo Testamento, les había servido para justificar la esclavitud. Los católicos también la justificaban, en su caso con el Nuevo Testamento. Tenían mucho peso en el Sur y su alianza con los plantadores esclavistas los comprometió en forma abierta con la defensa de la esclavitud, lo mismo que su presencia en el Partido Demócrata, que fue durante la Guerra Civil y la ulterior reconstrucción el partido de los esclavistas y terratenientes en el Sur. Por su parte los mormones, que eran abolicionistas como su fundador Joseph Smith, estaban bastante lejos del centro del conflicto, viviendo allá en Salt Lake City y disfrutando de su poligamia como los santos y venerados patriarcas del antiguo Israel.

De modo que las religiones que se vieron más afectadas por el candente tema de la esclavitud fueron los metodistas y los baptistas, que ya para esos mediados del siglo XIX eran las dos religiones protestantes más grandes e importantes de Estados Unidos. Y ambas, aunque en principio y durante las décadas anteriores se habían mostrado partidarias de la abolición, se vieron ahora forzadas a dividirse. Los metodistas y los baptistas del Norte reiteraron su pronunciamiento a favor de la abolición. Pero los del Sur, demasiado comprometidos con los sudistas, pasaron a defender la esclavitud de los negros (que en el Sur se llamaba púdicamente *the Peculiar Institution*) como una institución bíblica y, por tanto, humana y sacra. Los metodistas del Norte siguieron siendo abolicionistas, mientras los del Sur trataban de justificar la esclavitud. El caso de los baptistas fue el más dramático. Pese a todas sus declaraciones tempranas en defensa de la libertad de religión y pensamiento, los baptistas se quedaron cortos en lo tocante a defender la libertad personal y condenar la esclavitud. En tiempos del Primer Gran Despertar tanto ellos como los metodistas habían condenado la esclavitud y llamado a manumitir a los esclavos, pero en las décadas siguientes, a medida que el debate entre esclavistas y antiesclavistas se hacía más virulento, empezaron a suavizar sus posiciones. En el siglo XIX las iglesias baptistas se expandieron no solo por el Norte sino tam-

bién –y bastante– por el Sur. Muchos plantadores esclavistas y hasta varios predicadores se hicieron baptistas. Así, mientras los baptistas norteños seguían siendo antiesclavistas, los del Sur debieron ajustar su posición a los intereses de los plantadores. La división entre ambos grupos se produjo, lo que obligó a los baptistas del Sur, donde tenían una presencia muy importante, a convocar una convención para unificar posiciones acerca de la esclavitud. En esa convención de los baptistas del Sur, reunida en 1845, descubrieron que la Biblia que leían a diario aprobaba la esclavitud y que los cristianos sudistas no solo la toleraban, sino que la necesitaban.

Declararon entonces que, después de todo, la esclavitud era una institución humana que debía por tanto mantenerse, y que lo que había que hacer era pedirle a los dueños de esclavos que trataran a estos en forma paternal, lo que llevó a los negros baptistas a crear iglesias baptistas negras separadas por completo de las que apoyaban la esclavitud. La libertad de los esclavos se logró al final de la Guerra Civil, pero los baptistas del Sur siguieron apoyando a los explantadores y tratando de convencer a los negros de que aceptaran la segregación y las humillantes leyes Jim Crow. Fue mucho más adelante, ya en pleno siglo XX, que los baptistas sudistas redujeron su racismo contra los negros, lo que les permitió incrementar bastante más su cifra de seguidores.

Aunque en el resto del siglo XIX y en el curso del siglo XX ese cuadro religioso estadounidense sufre nuevas modificaciones y se enriquece, creo que con esto es suficiente para dar idea de la riqueza y complejidad del mismo y de la infinita influencia que ejerce sobre la vida, la economía y la política de Estados Unidos, tanto ayer como hoy. De todas formas, más adelante mostraré algunas de esas nuevas modificaciones y me detendré en las más importantes. Por lo pronto voy a intentar añadir unas pocas nuevas precisiones a las principales y más peculiares de esas corrientes protestantes estadounidenses.

Adventistas

Los adventistas se caracterizan por creer inminente el Segundo Advenimiento o venida de Cristo. El movimiento adventista fue producto del *Second Great Awakening* (Segundo Gran Despertar), que desde cerca de 1790 hasta casi mediados del siglo XIX revivió con nuevas fuerzas al protestantismo estadounidense, sobre todo a baptistas y metodistas. Su fundador fue William Miller, originalmente un predicador baptista laico, quien creó la religión

adventista en 1831 a partir de sus prédicas sobre la inminente Segunda Venida de Cristo.

Los movimientos adventistas son varios y han dado origen a distintas iglesias, en las que se disiente sobre algunos temas centrales como la naturaleza de la inmortalidad y la eternidad o no del castigo de los pecadores, pero lo que los une como religión es su idea central, la creencia ciega en esa Segunda Venida de Cristo que Miller, tras dos años de estudiar a fondo la Biblia y de examinar otros libros que hablaban de su inminencia y de las señales que ya la estaban anunciando, la fijó para el año 1843 basándose en cálculos hechos por él a partir de la conocida profecía bíblica de Daniel, aunque luego de algunas dudas precisó que tendría lugar el 22 de octubre de 1844.

Las prédicas de Miller lograron atraer a más de 50.000 personas que se incorporaron al adventismo y que se dedicaron a esperar, en medio de una emocionada tensión y una gran esperanza, esa segunda venida del Salvador. Pero Cristo los dejó esperando. Decepcionados, los fieles designaron esa fecha como *the Great Dissapointment* (el Gran Chasco o la Gran Decepción) y, como era de esperar, el movimiento sufrió una desmoralización terrible y prácticamente se vino abajo. Miller, desesperado, porque creía fielmente en esa Segunda Venida, no acertó nunca a explicar el motivo del Gran Chasco. Murió en 1849. No obstante, sus más fieles seguidores lograron rescatar el movimiento, aunque este se fragmentó en cuatro grupos, de los que solo sobreviven los llamados Adventistas del Séptimo Día, y mantuvieron la idea que les daba sustento, la de la Segunda Venida, pero para evitarse nuevos problemas prefirieron no fijarle fecha. (Es también el caso de los testigos de Jehovah, que en cierta forma derivan, pero no inmediatamente, del millerismo adventista).

Esa prudente decisión de no fijar fecha a la Segunda Venida rescató al adventismo, pero le dificultó crecer como antes. La idea de la fecha era demasiado tentadora y uno de los sucesores de Miller, un religioso llamado Jonas Wendell, tras estudiar otra vez la cronología bíblica, decidió correr de nuevo el riesgo y la fijó para 1868. El resultado fue que Cristo los volvió a embarcar. Wendell no cedió en su idea, revisó todo e insistió en que la Segunda Venida sería en 1873. Todavía hubo tercos fieles que esperaron, pero Cristo tampoco vino y Wendell finalmente se rindió. Murió poco después.

Empero, el adventismo no desapareció por ello, sino que intentó incluso ofrecer varias explicaciones del Gran Chasco, dicien-

do unos que Cristo sí había vuelto, pero solo en forma espiritual, y otros que sí había ocurrido algo, pero que no se lo había captado y entendido. Lo cierto es que la idea de la Segunda Venida seguía siendo atractiva por su enorme carga de esperanza mesiánica, apocalíptica y milenarista, de modo que por medio de los Adventistas del Séptimo Día el adventismo se mantuvo, aunque sin dejar de ser una pequeña religión.

Adventistas del Séptimo Día

Derivan del adventismo original de Miller, pero se caracterizan porque además de mantener la idea adventista de la Segunda Venida de Cristo, pero sin fecha precisa (aunque tampoco han resistido la tentación de fijarla, como hicieron, de manera sutil, en 1975), se ciñen como los judíos estrictos a la rigurosa observancia del sábado, séptimo día de la semana, día que ellos dedican al reposo y a la adoración de Dios.

Después del Gran Chasco y de la fragmentación del adventismo original, el grupo que sobrevivió mejor fue el de esos Adventistas del Séptimo Día, y fueron ellos los que organizaron y revivieron el movimiento a partir de 1863.

Su libro es la Biblia, a la que consideran la absoluta y sagrada palabra de Dios. No solo lo tienen como libro sagrado e infalible sino que es para ellos la única fuente de sus creencias, tal como hacen los protestantes fundamentalistas. Para ellos la fe en Jesucristo salva. Consideran, por otra parte, que el mundo vive el conflicto permanente entre Jesús y Satanás que se inició con la rebelión originaria de este contra Yahveh-Dios. Creen en un juicio investigador a cargo de los cristianos profesos o santos, que permite, revisando los libros sagrados, determinar quién se salva y quién se condena. Al menos la condena no es a pasar la eternidad sufriendo torturas en el infierno, sino la de sufrir tras la muerte la absoluta y definitiva destrucción. Otra creencia importante de los Adventistas del Séptimo Día es que conservan de los anabaptistas la idea del bautismo por inmersión.

Sin abandonar la religión que practican, los Adventistas del Séptimo Día han devenido en una gran organización empresarial dedicada a la salud, que organiza y mantiene dietas sanas, crea y organiza clínicas médicas y produce, promociona y vende alimentos saludables. Uno de esos alimentos es el mundialmente conocido Corn Flakes de Kellogg. El promotor de esa empresa fue John Harvey Kellogg, miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo

Día, y el fundador fue su hermano William Kellogg. Los Adventistas del Séptimo Día fueron los grandes promotores del consumo de cereal con leche y azúcar como desayuno diario, saludable e ideal, y este modelo de consumo se ha difundido e impuesto en todo el mundo. En todo caso, se considera que la dieta usual de los Adventistas del Séptimo Día, combinada con la atención médica regular que reciben, resulta saludable, pues un estudio de expectativas de vida (no sé si hecho por ellos mismos) muestra que entre sus miembros esa expectativa promedio es de 88 años.

Según datos del Pew Research Center, para el año 2008 los Adventistas del Séptimo Día contaban con 938.000 fieles y representaban 0,4 % de la población de Estados Unidos.

Baptistas

Los baptistas, que constituyen un grupo variado de iglesias evangélicas que comparten rasgos comunes, se definen ante todo por su doctrina de que el bautismo de niños carece de valor, siendo este válido solo si se bautiza a creyentes racionales, adultos, conscientes de su fe. Además, debe tratarse de una inmersión completa del cuerpo del neófito en agua corriente y no una simple aspersión de unas gotas de esta sobre el bautizante. Esa idea del bautismo de adultos en las aguas de un río intenta reproducir el de Jesús en el Jordán por Juan el Bautista, tal como narra el Evangelio de Mateo, y deriva, sin duda, de los anabaptistas medievales, condenados por la Iglesia católica, y de sus herederos renacentistas; aunque los baptistas minimizan esta idea y atribuyen su fundación como corriente religiosa al pastor John Smyth, cercano a la corriente menonita, quien habría creado la Iglesia baptista en Ámsterdam en 1609 como ruptura tardía con la Iglesia anglicana y sus posiciones moderadas.

Pocos años más tarde había ya una congregación de la Iglesia baptista en Londres y unas décadas después llegaron baptistas a las colonias inglesas de América del Norte, donde no encontraron mucha aceptación, sobre todo en Massachusetts o Nueva Inglaterra, siendo rechazados y perseguidos por los puritanos, igual que los católicos habían perseguido antes a sus antepasados anabaptistas. Los primeros baptistas debieron huir de Massachusetts hacia Providence, Rhode Island, nueva colonia fundada por Roger Williams y de ella empezaron a expandirse. Han tenido protagonismo en varios *awakenings* y r*evivals*. Hoy, los diversos grupos de iglesias baptistas, encabezados por la Convención Baptista del

Sur, constituyen la mayor comunidad protestante de Estados Unidos, superada en número solo por los católicos y superior a todas las otras corrientes protestantes, aunque ellos prefieren que se los califique de evangélicos. En todo caso, los datos más recientes, de 2012, hablan de más de 35 millones de baptistas en Estados Unidos, lo que representa 11, 5 % de la población del país.

Las creencias básicas de los baptistas, sustento de su fe, parten de que el bautismo del nuevo creyente adulto por inmersión completa en agua corriente, precedida de una declaración de fe en Jesucristo y en la salvación por el bautismo, es un verdadero renacer. Por eso se los llama también renacidos. Jesucristo salva, es su Señor, su Rey y Juez de la Iglesia y la conciencia. Toda jerarquía eclesiástica es rechazada por ellos. Los baptistas se congregan en asambleas dirigidas por líderes de la comunidad que sirven fielmente a Jesús y que reciben orientación del Espíritu Santo. Esas asambleas son libres e independientes y en ellas participan activamente todos los fieles, de modo que las decisiones derivan de lo que en ellas se decide. Y la base de todo es la Biblia. La Biblia toda es santa palabra de Dios, contiene su voluntad y es la única fuente de sabiduría y autoridad. En medio de todo esto, los baptistas defienden la libertad de conciencia y de elección. Se trata de un derecho divino y, por tanto, quien lo viole se estaría oponiendo a la voluntad de Dios. Son defensores de la libertad religiosa. Los baptistas niegan varios sacramentos, entre ellos la transubstanciación, estimando que la repartición de pan y vino por Jesús en la Última Cena fue solo un acto simbólico y no la conversión física de estas sustancias en su cuerpo y en su sangre. La salvación es por la gracia, pero no excluye las buenas obras que el elegido pueda hacer como resultado de esta.

Metodistas

Igual que los baptistas, la Iglesia metodista fue fundada en Inglaterra, pero más tarde, ya en el siglo XVIII. Se considera que su fundador fue el clérigo inglés John Wesley y que nació en torno a 1740 de un *revival* que tuvo lugar entonces en tierra inglesa, provocado por Wesley, por su hermano Charles y por otro teólogo llamado George Whitefield, los cuales decidieron renovar, reanimar, la Iglesia de Inglaterra mediante predicación fuera de los templos, abierta, al aire libre, basada en un estudio de la Biblia al que ellos llamaron *acercamiento metódico*. Los metodistas hablaban de la necesidad

de renacer, la justificación por la fe, la salvación por la gracia y la acción del Espíritu Santo. Y así empezaron a atraer a muchos nuevos fieles. En los años siguientes Wesley y sus seguidores crearon sociedades metodistas, aunque Wesley declaró que nunca intentó que esas sociedades fueran a conformar una nueva Iglesia, ya que solo quería renovar la fe cristiana. Y condenó incluso el nombre de «metodistas» que se empezó a dar a sus seguidores. Fue solo años más tarde, luego de morir él en 1791, que el metodismo se declaró Iglesia separada.

Pero esto no es del todo cierto, porque dos décadas antes los metodistas, dirigidos por Wesley desde Inglaterra, habían empezado a trasladarse a las colonias americanas y a crear sociedades en ellas. En pocos años se instalaron en todas las colonias: en Nueva York, Filadelfia, Nueva Jersey, Delaware y Maryland, entre otras. Atrajeron a mucha gente con su trabajo misionero, su estilo abierto y su mensaje. Pero eso les provocó el rechazo de los celosos dirigentes de las iglesias locales. La crisis se resolvió luego de lograda la Independencia, y Wesley aprobó en 1784 la idea de crear en los recientes Estados Unidos una Iglesia metodista independiente. Fue a partir de entonces que el metodismo arraigó en el país, fue creciendo en forma sostenida, participó en el Segundo y el Tercero de los grandes despertares y en numerosos *revivals,* y hoy las diversas iglesias metodistas que la integran son la segunda más importante corriente protestante de Estados Unidos. Para 2008 contaban con 11,3 millones de fieles y representaban 5,0% de la población según datos del Pew Research Institute.

La teología de los metodistas es claramente calvinista, pero como el calvinismo radical había sido suavizado por el teólogo holandés Jacobo Arminio, pronto se dividieron en dos corrientes: la principal, mayoritaria, moderada, seguidora de Arminio, que es la de Wesley, y la otra, radical, minoritaria, encabezada por Whitefield, que se hace llamar metodista calvinista. Los metodistas seguidores de Wesley no aceptan la predestinación absoluta del calvinismo radical sino que la matizan, la convierten en predestinación moderada, haciendo que la gracia divina no impida en cierta forma el libre albedrío. Creen en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, siendo Jesús Dios y consustancial con su Padre. Aceptan el Credo de Nicea, y de los siete sacramentos solo dos: el bautismo, siempre que sea en la edad adulta y por inmersión, igual que lo aceptan los baptistas; y la comunión, en la que recibirían el cuerpo y la sangre de Cristo, signos de redención.

Insisten, además, en el estudio metódico de la Biblia, considerada como texto sagrado y fuente de toda verdad.

Luteranos

La historia de los luteranos en Estados Unidos resulta complicada y repetitiva porque lo que la caracteriza, luego de su instalación un tanto tardía en las colonias, son las dificultades, las crisis, las divisiones y los reagrupamientos. Los primeros luteranos llegaron a las colonias norteamericanas en el siglo XVIII procedentes de Suecia y, como vimos antes, se instalaron en Delaware y en Pennsylvania. Fueron reforzados por una buena cifra de inmigrantes alemanes, sobre todo a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Pero en general se mantuvieron como grupo religioso aislado y les costó mucho integrarse a la sociedad estadounidense y abandonar el alemán por el inglés.

En la actualidad están reunidos en varios grupos ecuménicos que han ido superando rivalidades y le permiten una cierta unidad a esa importante iglesia. Datos del Pew Research Institute de 2008 daban una cifra de 8.674.000 luteranos en Estados Unidos, lo que representaba para entonces 3,8 % de la población del país.

Pentecostales

Como religión, el pentecostalismo deriva de un movimiento de santidad nacido del metodismo, el cual aparece en los inicios del siglo XIX como resultado del Segundo Gran Despertar. Hacia 1840 ese movimiento empieza a predicar la doctrina del bautismo por el Espíritu Santo. Y es de allí que deriva el pentecostalismo, que en realidad se constituye en 1901. Es un movimiento de renovación cristiana, protestante, centrado en el logro de una experiencia personal directa de Dios, experiencia extática, emotiva, por medio del llamado bautismo en el Espíritu Santo. Su nombre deriva directamente, como es obvio, de la cristiana fiesta de Pentecostés, en la que, según lo narrado en los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu Santo se apareció a los apóstoles que estaban reunidos, desparramando sobre ellos llamaradas de fuego y dotándolos del don de lenguas, algo que todos empezaron a aprovechar de inmediato para escándalo de los judíos, que los veían hablar lenguas extrañas (xenoglosia) o utilizar palabras incoherentes, confusas, propias de otras lenguas (glosolalia).

El pentecostalismo no es exactamente una iglesia sino un conjunto de iglesias que comparten esa creencia en el bautismo en el Espíritu Santo. Son varias las corrientes que lo conforman (histórico, clásico, unicitario y carismático), es decir, que pese a sus diferencias, todas ellas se autodesignan como pentecostales.

Tienen influencia calvinista, pero más bien arminiana porque no aceptan la predestinación estricta ni que la crucifixión de Jesús haya sido para salvar solamente a unos pocos elegidos. Son fundamentalistas en sus posiciones. Pero en realidad la influencia dominante en ellos (la cual no reconocen) es el chamanismo, al punto que en su excelente libro *La religión en los Estados Unidos*, Harold Bloom dice que el pentecostalismo es el chamanismo estadounidense. En efecto, el bautismo en el Espíritu Santo, que se realiza en las que ellos llaman Asambleas de Dios, es una auténtica sesión de chamanismo, en la que se logra el éxtasis de cada recién bautizado al recibir el Espíritu Santo, quien baja del cielo derramándose en forma de Jesucristo sobre toda la masa de fieles y provocando entre estos sacudidas espasmódicas, repentinas caídas, gritos diversos, actos de glosolalia y xenoglosia, y a veces hasta milagrosas curaciones.

Los pentecostales se consideran miembros de la Iglesia de Cristo y son fieles del Espíritu Santo. Algunos creen en la Trinidad Cristiana, aunque en su seno se dan corrientes que insisten en que Dios es uno y no trino, siendo Jesús solo manifestación de Dios. Pero cualquiera sea el caso, Jesús es siempre el personaje principal, al que identifican con el Espíritu Santo.

El punto de partida del pentecostalismo es que Jesús salva. La salvación es don de Dios, que gracias a la crucifixión de Jesús, Aquel concede a los humanos creyentes. Y el bautismo, esencial para ellos como para todo cristiano, es obra de Jesús. Así, en lo que los pentecostales llaman *bautismo del Espíritu Santo* es Jesús quien bautiza con el Espíritu Santo.

Los pentecostales adquirieron notoriedad e incrementaron grandemente la cifra de sus fieles gracias al papel desempeñado por uno de sus más destacados miembros, el carismático e histriónico predicador Jimmy Swaggart, uno de los más hábiles predicadores fundamentalistas que coparon los medios televisivos en Estados Unidos desde los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, siendo seguidos fielmente por millones y millones de embobados estadounidenses.

Los pentecostales esperan la Segunda Venida de Jesús. Para ellos esa venida está próxima, aunque no tiene fecha. Lo que ellos recomiendan a sus fieles es llevar, mientras esperan por esa ansiada venida, una vida santa en la que sean capaces de compartir una profunda dedicación religiosa con frecuentes trabajos cristianos.

La Segunda Venida de Jesús la ven formada por varios momentos distintos. El primero es el Arrebatamiento de la Iglesia. A este sigue la Gran Tribulación, asociada a la aparición del Anticristo. Luego se alcanzaría el Reino Milenial, que culminaría con la Nueva Jerusalén y la Resurrección de los Muertos para pasar todos por el Juicio Final, que decidiría el destino eterno de cada uno de ellos. En fin, un buen pastel chamanista envuelto en ideas cristianas.

Los pentecostales, según datos del Pew Research Institute, para el año 2008 contaban con 7.948.000 fieles, equivalentes a 3,5 % de la población del país.

Presbiterianos

Los presbiterianos son la Iglesia calvinista que se basa en las enseñanzas del predicador escocés John Knox, promotor del calvinismo en Escocia y uno de los principales teólogos protestantes del proceso de Reforma del siglo XVI. Esa Iglesia reformada se desarrolló en Escocia, Inglaterra y en el norte de Irlanda, y de las Islas Británicas pasó a las colonias americanas del Norte, donde pronto se difundió. La teología presbiteriana es calvinista, basada en la Biblia protestante y en la enseñanza de Calvino. La distingue en lo organizativo como corriente religiosa su oposición al episcopalismo, es decir, al gobierno de la Iglesia por obispos, como ocurre en el anglicanismo. Para los presbiterianos, que rechazan por aristocrático el gobierno de los obispos, la Iglesia debe estar dirigida por presbíteros, como ocurría entre los primeros cristianos, según la propia Biblia, antes de que aparecieran los obispos.

Presbítero en griego significa anciano; y aunque entre los presbiterianos los presbíteros no son siempre ancianos, lo que importa es que sean siempre miembros de la comunidad reconocidos por su sabiduría y no que pretendan dominarla como autoridades.

Los presbiterianos se establecen en Pennsylvania, en Filadelfia, en 1705, pero pronto empiezan a vivir sucesivos conflictos religiosos internos y a experimentar divisiones y nuevos reagrupamientos. Así llegan al siglo XX y lo más importante de su historia es que,

a principios de ese siglo, aparecen jugando un papel esencial en el inicio del moderno fundamentalismo estadounidense; y décadas más tarde en su proyección masiva mediante el uso por predicadores fundamentalistas de los grandes medios audiovisuales. Voy a examinar ese proceso en el siguiente capítulo. En todo caso, datos del Pew Research Institute de 2008 dan una cifra de 4.723.000 presbiterianos, equivalente a 2,1 % de la población estadounidense.

Mormones

Como ya se ha dicho antes bastante acerca de los mormones o Iglesia de los Santos de Jesucristo de los Últimos Días, me limito ahora a añadir unas pocas cosas. Vimos que la base religiosa de los mormones es la Biblia y con ella *El libro de Mormón*, aunque también cuentan y se citan algunas reflexiones y declaraciones del profeta y fundador de la Iglesia, Joseph Smith. Señalamos que después de sus entrevistas milagrosas con el ángel, Moroni, y de descifrar el texto de las placas metálicas que este le mostró y de las que tradujo *El libro de Mormón*, Smith, que funda la religión mormona en Ohio en 1830, se traslada luego con sus numerosos seguidores hasta Missouri y se instalan en la pequeña ciudad de Nauvoo, fundada y bautizada por Smith, donde encuentran rechazo y Smith es asesinado en 1844. Es entonces cuando Brigham Young asume la jefatura del pueblo mormón y decide trasladarlo al Lejano Oeste, al otro lado de Estados Unidos. Cruzan el Mississippi, atraviesan las praderas del centro del continente, que aún no es estadounidense, y se instalan en una zona semidesértica vecina de un gran lago salado en lo que hoy es el estado de Utah. La región era todavía territorio mexicano, pero como resultado de la guerra criminal de Estados Unidos contra México, iniciada en 1846 y concluida con la derrota mexicana en 1848, pasó a poder de los estadounidenses.

En 1847, Brigham Young funda la ciudad de Salt Lake City, que se convierte en la capital de los mormones y que de pequeño pueblo se convierte en las décadas siguientes en una pequeña y bien organizada ciudad. El gobierno de Estados Unidos se muestra muy incómodo con la existencia de la comunidad mormona no solo por su independencia sino por la poligamia que practica legalmente con el nombre de *matrimonio plural* y siguiendo en esto a los viejos patriarcas del antiguo Israel. Smith la practicó con cierta prudencia y moderación, pero Young reunió una importante cifra de esposas a su lado y los otros líderes lo imitaron. Y lo cierto

es que esta costumbre jugó un papel muy importante en el crecimiento sostenido de la comunidad. Tropas del gobierno de Estados Unidos atacaron dos veces Salt Lake City, pero sin éxito. Y el problema solo se resolvió en 1890, al decidir los mormones aceptar las leyes de Estados Unidos y abandonar la poligamia, aunque algunos la conservaron por un tiempo.

Concluida esa etapa heroica, los mormones empiezan a cambiar. Desde temprano han mostrado una gran capacidad de trabajo y una enorme facilidad para el comercio, la industria y los negocios. Salt Lake City se convierte pronto en una ciudad que no deja de prosperar y de crecer, llenándose de empresas y de bancos y de participación en ferrocarriles; y muchos son los mormones que se convierten en empresarios prósperos y ricos. Ese ha sido el camino desde entonces. Los mormones, cada vez más lejos de esa etapa heroica, nunca lograron convertirse en la religión de todo el pueblo de Estados Unidos pero en la actualidad, a pesar de que son una iglesia menor en cuanto a la cifra de fieles o seguidores, son en cambio una comunidad importante y de mucho peso por el poder económico y político logrado por sus adeptos. Y desde hace ya décadas se sabe, aunque ellos lo niegan, que manejan importantes cargos en los organismos de seguridad de Estados Unidos, empezando por los que desempeñan en esa siniestra organización criminal que es la CIA.

Según los datos de 2008 del Pew Research Institute que vengo citando, los mormones para esa fecha eran 3.158.000, lo que constituía 1,4 % de la población de Estados Unidos.

Testigos de Jehová

Los Testigos de Jehová son un movimiento milenarista cristiano, protestante, que sueña con el Armagedón, el Apocalipsis y el triunfo final de Jehová contra todo un mundo como el actual, dominado completamente por Satanás. Armagedón es un confuso término bíblico. Se refiere al antiguo mundo judío, pero solo aparece en el Apocalipsis cristiano y hace referencia a un monte Megido que no existe ni existió; pero lo que sí existió fue la antigua ciudad de Megido, frente a cuyo sitio se extendía una vasta llanura en la que se dieron varias batallas. Los Adventistas del Séptimo Día descartaron el inexistente monte y decidieron que Armagedón sería el sitio de la batalla final previa a la Segunda Venida de Cristo, con la que se iniciaría el milenio que lleva al fin del mundo.

Esa es la lectura que aceptan los Testigos de Jehová: después de Armagedón y en medio de un terrible cuadro apocalíptico que desean sea pronto y consideran inminente, se alcanzaría el Milenio, el definitivo Reino de Dios, en el que participarían los elegidos, que para ellos son solo una élite de 144.000 personas, cifra que intenta reproducir lo que según la Biblia judía habría sido la suma de los integrantes de las antiguas Doce tribus de Israel.

El movimiento de los Testigos de Jehova fue formado por Charles Taze Russell, que venía del fracasado milenarismo adventista de Miller. Russell promovió y dirigió por décadas un movimiento de estudiantes de la Biblia; y en los años setenta del siglo XIX, acompañado por un teólogo llamado Franklin Rutherford, fundó un organismo doctrinal difusor de folletos y libros de corte adventista y milenarista, llamado *Zion's Watch Tower Tract Society*, que fue la base de los Testigos de Jehová. Pero este nombre fue adoptado por esos estudiosos en 1931, muchos años después de la muerte de Russell, para diferenciar su movimiento de otros grupos de estudiantes de la Biblia.

A diferencia de los movimientos e iglesias protestantes, que permiten la libre lectura de la Biblia, los Testigos de Jehová se oponen a esa libre lectura. Tienen y usan su propia Biblia, traducida por ellos, y solo el cuerpo gobernante que los dirige, un grupo de ancianos que tienen su sede en Brooklyn, puede hacer interpretaciones del texto bíblico. Los Testigos de Jehová no leen otra cosa que sus propios libros e interpretaciones de la Biblia y se someten dócilmente a lo que sus gobernantes les dicen. De la Biblia, sus libros favoritos son los judíos, es decir, los del Antiguo Testamento; y del Nuevo Testamento, el Apocalipsis atribuido a Juan.

Las creencias de los Testigos de Jehová, que se autocalifican de restauradores del cristianismo primitivo, difieren en muchos puntos esenciales no solamente del catolicismo, sino también del protestantismo. Rechazan la Trinidad cristiana, la existencia del infierno y la inmortalidad del alma. No consideran dios a Jesucristo y su adoración está toda dirigida a Jehová, que no es el suavizado Dios Padre cristiano sino Yahveh, el furibundo dios judío, dios guerrero, tribal, intolerante; dios de conquista, que odia a sus enemigos hasta la quinta generación y que llama al exterminio de otros pueblos distintos al judío y a despojarlos de sus tierras.

Los Testigos de Jehová, capaces, mientras esperan el soñado Armagedón, el Apocalipsis y el fin del mundo, de inundar este con

sus folletos de propaganda, son una religión cerrada que se caracteriza por la arrogancia, la intolerancia y el desprecio por otras religiones, llamando incluso a sus fieles a reducir o evitar tratos con quienes las practican. Esperan ansiosamente la Segunda Venida de Cristo y se atrevieron a fijarle fecha varias veces, la última en 1975, repitiendo el fracaso del adventismo inicial del que derivan, pero sin que esto los afectara. Desde 1975 hablan de que en esa fecha sí se produjo una venida espiritual de Jesucristo, y afirman que en consecuencia el mundo actual, podrido como está, vive desde entonces sus últimos días.

Rechazan el patriotismo, el servicio militar, el saludo a cualquier bandera, condenan la Navidad, las fiestas de cumpleaños y buena parte de otras fiestas.

De sus ideas centrales una des más cuestionables es que se oponen rotundamente a las transfusiones de sangre, no importando para nada las vidas que estén o puedan estar en juego. Pese a estas problemáticas limitaciones, los Testigos de Jehová, que han sido perseguidos muchas veces, tienen seguidores en todo el mundo y de acuerdo con una encuesta del Pew Research Institute, en 2008 contaban en Estados Unidos con 1.914.000 adeptos, lo que constituía 0,8 % de la población del país.

Para dar fin a este corto recuento, conviene decir algo sobre los cuáqueros y sobre el calvinismo.

Cuáqueros

No son exactamente una Iglesia sino una corriente religiosa libre y muy diversificada cuyo lazo de unión original es la creencia, compartida con otras corrientes protestantes, de que cada ser humano puede vivir por su cuenta una experiencia directa de Dios sin necesidad de mediadores porque hay algo de divinidad en él (o en ella), y porque los cuáqueros cuentan con una luz interior alimentada por el Espíritu Santo y por la Biblia. Pero además de eso, lo que constituye su originalidad como religión son otras cosas. Su nombre oficial es Religious Society of Friends (Sociedad Religiosa de Amigos, o más simplemente Amigos). Se organizaron como sociedad religiosa disidente del anglicanismo en la conflictiva Inglaterra de mediados del siglo XVII y su fundador oficial fue George Fox, pero pronto se los conoció como *quakers*, cuáqueros, que en inglés significa tembladores, sea porque experimentaban temblores al recibir a Dios o porque Fox los había llamado a temblar en el nombre del Señor.

Se difundieron por las Islas Británicas, pese a que su lucha por la libertad religiosa y su oposición al anglicanismo, religión oficial, los condenaron a amenazas y persecuciones. Pronto muchos cuáqueros pasaron a las colonias americanas, donde también encontraron resistencia y sufrieron persecuciones, pero a pesar de ello lograron difundirse, aunque con dificultad. La solución para ellos llegó cuando William Penn, un joven y respetado cuáquero inglés, logró del rey británico Carlos II, que tenía una deuda con su padre, que le concediera en propiedad, en 1681, un vasto territorio en las colonias, situado al sur y al oeste de Nueva Jersey, y permitiera la libre emigración de cuáqueros, en especial a ese territorio. Así nació la nueva colonia, que pronto se llamó Pennsylvania y cuya capital, fundada por Penn en 1682, fue bautizada como Filadelfia, la Ciudad del Amor Fraternal.

Los cuáqueros se identifican con el cristianismo primitivo y creen que su luz interior, dirigida por el Espíritu Santo, los guía en la búsqueda de ese camino de salvación. Son pacifistas, enemigos de la violencia y partidarios de evitar los conflictos. Son partidarios de respetar los acuerdos logrados, algo que al principio intentaron aplicar en sus tratos con los indios. Defienden la idea de llevar una vida sencilla y modesta en la que a la religión se le dé la debida importancia. Desde su fundación se opusieron a la trata de negros y a la esclavitud, siendo los primeros en hacerlo cuando reyes, nobles ingleses y científicos y filósofos como Newton y Locke participaban en compañías negreras en calidad de accionistas, y cuando buena parte de las colonias americanas vivía de la esclavitud y dependía de ella. En 1947 les fue otorgado el Premio Nobel de la Paz.

No obstante, los tiempos cambian; y los cuáqueros, que son solidarios en tantos campos, son también calvinistas en lo económico por lo que su idea de que el éxito económico es signo de favoritismo de Dios ha llevado a que muchos de ellos hoy sean poderosos empresarios o gerentes de grandes corporaciones internacionales. En cuanto a su expansión, cuantitativamente no son muchos; y en la actualidad no pasan de cien mil adeptos en los Estados Unidos, repartidos entre las numerosas corrientes que se autocalifican de cuáqueras.

…

Debido a que incluir en un solo capítulo todas las dimensiones de la religiosidad estadounidense de las que necesito hablar

lo haría demasiado largo, prefiero dejar para el próximo el análisis de dos temas claves, que son indispensables para completar y terminar de comprender el complejo panorama religioso estadounidense y el dominio pleno que ambos ejercen sobre el país. Se trata en primer término del fundamentalismo protestante, moderna creación de los Estados Unidos, y en segundo término del papel que ha desempeñado y desempeña el calvinismo en la sociedad estadounidense, incluido el que ha tenido en la aparición y desarrollo del fundamentalismo. Y es que fundamentalismo y calvinismo, estrechamente relacionados, tienen un papel esencial en la vida y en el cuadro religioso de la sociedad estadounidense de antes y de hoy.

Notas

1 Para el examen de la diversidad religiosa existente en los Estados Unidos, aparte de libros leídos y releídos desde mucho antes sobre la religión estadounidense y sobre temas conexos, he examinado ahora diversos textos, ensayos, documentos y manuales relacionados en forma directa con el tema, incluidos artículos de prensa digital y de Internet, difíciles de obtener por otra vía. Pero por ahora quisiera destacar tres libros que me han sido de mucha utilidad. El primero y más útil es el ensayo de Harold Bloom *La religión en los Estados Unidos*, el más interesante de los tres, rico en informaciones y análisis y también en tomas de posición fundamentadas que no siempre comparto. También *La religion aux États-Unis*, ensayo de Jean-Pierre Martin que incluye una buena colección de importantes documentos religiosos que cubren desde el siglo XVII hasta la pasada década de los ochenta. Por último, un tercer libro, corto, denso y más reciente: *La religion aux États-Unis*, de Isabelle Richet. Los detalles sobre estos y otros libros están incluidos en la bibliografía.

Capítulo II

Estados Unidos: fundamentalismo y calvinismo

Después de haber echado una mirada a las principales iglesias y corrientes protestantes existentes en Estados Unidos, tal como lo hicimos en el capítulo anterior, surge una inevitable pregunta: ¿por qué en esa larga lista, en la que sí está la Iglesia luterana, no figura en cambio la Iglesia calvinista, siendo –como he dicho varias veces– el calvinismo el pensamiento más importante, difundido, influyente y poderoso dentro del rico panorama religioso de Estados Unidos?, hasta el punto de que sea perfectamente válido decir que la vida religiosa estadounidense es dominada por el calvinismo en sus diversas formas. La respuesta a esa pregunta es sencilla y tiene una clara explicación. Como los calvinistas, los luteranos, nacidos en Alemania y derivados de las predicaciones de Lutero, se extendieron al calor de la Reforma protestante a diversos países del norte y centro de Europa, en particular a buena parte de la propia Alemania y a los países escandinavos. Los calvinistas, en cambio, seguidores de las ideas religiosas de Calvino y llamados calvinistas por los luteranos pero que prefirieron autocalificarse de *reformados* o de *cristianos reformados*, nacieron en Francia, pero expulsado Calvino de esta, se impusieron en Suiza, donde el teólogo alcanzó en Ginebra la cúspide de su poder; y luego se extendieron a diversos países europeos, especialmente a Holanda, el Palatinado alemán, Inglaterra, Escocia y a la propia Francia. Sin embargo, a diferencia de los luteranos, que siguieron llamándose así en los diversos países en que se instalaron, los calvinistas recibieron nombres distintos en casi cada uno de los territorios en que echaron raíces o intentaron arraigarse. Así, los calvinistas ingleses fueron llamados puritanos; los escoceses, cuyo líder fue John Knox, se convirtieron en presbiterianos y en congregacionalistas; y los franceses fueron bautizados como hugonotes. Y para remate, en los siglos siguientes, de varias de esas primigenias formas calvinistas

fueron surgiendo nuevas iglesias y grupos religiosos, como fue el caso de baptistas, metodistas y adventistas, y de varias de sus derivaciones. Todo ello sin contar con que el calvinismo mismo se dividió en el siglo XVII, en Holanda, entre una corriente llamada intransigente o gomarista, del nombre de Franciscus Gomarus (que se mantuvo fiel a los cinco puntos fundamentales planteados por Calvino); y otra corriente, derivada de la crítica de dos de esos puntos hecha por el teólogo holandés Jacobo Arminio, que recibió el nombre de arminiana o remonstrante. Ese conflicto fue resuelto por el Sínodo de Dordrecht, reunido en esa ciudad de Holanda en 1619, con asistencia de calvinistas de varios países europeos y en el contexto de la lucha holandesa por lograr su independencia de España. El sínodo, que aprobó los llamados Cánones de Dordrecht, ratificó por clara mayoría la validez de los cinco puntos calvinistas fundamentales defendidos por los gomaristas y expulsó del calvinismo oficial a los arminianos, aunque estos siguieron considerándose calvinistas.

Pero en el caso que más me interesa ahora, el de Estados Unidos, el calvinismo, que penetra y domina todo o casi todo el pensamiento religioso protestante diversificado en ese país, y distribuido como está entre diversas corrientes, es la fuente central del fundamentalismo.

El fundamentalismo

Lo primero que hay que decir es que la mayor parte de las gentes de hoy cree que el fundamentalismo es solo islámico, que es una creación de los musulmanes, que solamente existe entre ellos y que sería algo inconcebible entre religiones tan modernas y civilizadas como son el cristianismo y el judaísmo. Los medios occidentales, escritos y audiovisuales, dominados justamente desde Estados Unidos e impuestos por ellos a todo el mundo, nos lo muestran así a diario, bombardeándonos con aterrorizantes noticias y con «análisis» no menos aterrorizantes e interesados que convierten en verdad indiscutible esa visión sesgada y parcial. Es cierto que las corrientes fundamentalistas, su intransigencia y sus horribles crímenes religiosos tienen hoy una enorme fuerza en el islam, pero lo que es falso es que el fundamentalismo sea exclusividad suya y que sea algo extraño al judaísmo y al cristianismo.

En *El libro negro de América*, obra antes citada, hablando del fundamentalismo protestante estadounidense y comparándolo con

el islámico en el plano de las constantes referencias a Dios que se hacen en ambos casos para justificar políticas y crímenes, su autor, Peter Scowen, compara un discurso de Osama ben Laden con otro de Harry Truman. Ben Laden no es capaz de decir ni una corta frase acerca de sus logros o planes políticos sin mencionar a Alá con todos sus atributos. Truman dice que la bomba atómica la puso Dios en manos de los Estados Unidos y que estos están realizando con ella los planes del propio Dios. En este sentido no hay duda de que el discurso es el mismo. Añado por mi parte que Truman usó la bomba atómica que Dios le dio como regalo para cumplir su voluntad; no la suya sino la de Dios, aunque ambas eran la misma. Y que con las dos bombas que ordenó arrojar sobre Japón masacró más de 200.000 personas. Ben Laden, si es que fue realmente él quien organizó desde una cueva en Afganistán la voladura de las torres del World Trade Center neoyorkino, lo habría hecho por órdenes de Alá. Pero por no disponer de bombas atómicas se quedó corto, ya que la cifra de muertos en este atentado solo llegó a 3.000. Es decir que si se comparan estos dos crímenes horrendos, mucho más asesino fue Truman que Ben Laden. Scowen también hace unas cortas referencias a George W. Bush. En realidad, también pudo haber traído a colación declaraciones de corte similar de ese otro genocida y fundamentalista que fue Ronald Reagan. Y más aún, para completar las cosas, añadir declaraciones igualmente fundamentalistas de dirigentes del Estado sionista de Israel, desde Ben-Gurión, Golda Meier y Menahem Begin hasta Ariel Sharon, Lieberman y Netanyahu, incluidos entre ellos algunos importantes rabinos sionistas judíos que también aseguran que masacrar palestinos es orden de Yahveh. Pero no olvidemos que pocos autores se atreven a hacer esto último, porque ese es un tema tabú.

Coincido, por supuesto, con lo que expone Scowen. Y lo que quiero demostrar con lo que añado es que aunque el concepto de fundamentalismo es moderno y nace en Estados Unidos entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, el fundamentalismo, aunque sin disponer todavía de ese nombre moderno, es rasgo o componente estructural de las tres religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam, y que en cambio un fundamentalismo similar habría sido imposible en las viejas religiones politeístas que dominaron en el mundo antiguo (egipcia, mesopotámica, persa, griega, romana, india, china) por el simple hecho de que esas religiones, aunque tendían a tener un dios principal, disponían no

obstante de un panteón de muchos dioses y diosas (algo inconcebible en las tres religiones monoteístas, que además de fundamentalistas son también todas machistas); es decir, que esas viejas religiones adoraban varios dioses y no uno solo. Y por supuesto, siendo politeístas como eran, no pensaban que hubiese un dios único ni que los dioses de otros pueblos fuesen necesariamente falsos dioses o demonios.

Los pueblos antiguos se enfrentaban a menudo en guerras. Esas guerras estaban llenas de crueldad y crímenes horribles como es usual en todas las guerras, incluidas las actuales (cuyos protagonistas colonialistas e imperialistas tratan en forma hipócrita de disimularlos). Y sus viejos imperios invadían países y masacraban pueblos, pero no lo hacían exclusivamente para imponerles su religión. Lo hacían para someterlos a su dominio, para conquistarlos, apropiarse de sus riquezas o masacrarlos y exterminarlos si ofrecían demasiada resistencia. Pero las guerras de esos imperios contra otros pueblos no se hacían para imponerles a la fuerza la religión. Claro que para sacralizar sus guerras invocaban el apoyo de sus dioses y que al vencer a otros pueblos y a sus divinidades, los suyos, como dioses victoriosos, se mostraban superiores a los de los pueblos derrotados y podían serles impuestos, pero no para forzarlos a abandonar los suyos ni para hacer desaparecer sus religiones. Los pueblos vencidos incorporaban, sí, los dioses del vencedor a su panteón politeísta, pero también los vencedores, sobre todo cuando los derrotados tenían culturas más ricas y desarrolladas que las suyas, al cabo igualmente asimilaban e incorporaban a sus panteones muchos dioses de los pueblos vencidos. Así ampliaban, diversificaban y enriquecían esos panteones. Y mientras más dioses, menos posibilidad de intolerancia; esto es, mientras más dioses, mayor imposibilidad de fundamentalismo.

El mejor ejemplo de esto es el de los romanos, que construyeron el mayor imperio de la Antigüedad, un imperio que cubría todo el mundo mediterráneo europeo y africano y buena parte del Asia Menor, que sometieron a diversos pueblos y difundieron entre ellos su cultura, sus templos y sus dioses y diosas, pero que también asimilaron y adoptaron muchas deidades de esos pueblos vencidos y de sus religiones. En la Roma imperial se adoraba a Osiris y a Isis, a Cibeles, Atis, Astarté, Ishtar, Baco, Mitra y tantos otros dioses y diosas extranjeros, sin dejar por ello los romanos de adorar a los propios: Júpiter, Hera, Marte, Venus, Mercurio,

Vulcano y los otros dioses de su panteón, en el que además fueron incluyendo a los propios emperadores romanos, divinizados luego de su muerte.

Imaginarse a los judíos, a los cristianos de cualquier pelambre o a los musulmanes de cualquiera de sus distintas corrientes o sectas haciendo lo mismo resultaría algo inconcebible porque para esas religiones solo hay un dios, el suyo, que más allá de nombres y desarrollos ulteriores de cada religión es, en su origen y en el fondo, el mismo[1]. Aunque esas religiones no solo consideran a todos los otros dioses como dioses falsos o como demonios a los que hay que erradicar por cualquier medio, sino que se han masacrado también unas a otras. Así, los cristianos, derivados del judaísmo, han pasado cerca de dos milenios persiguiendo y masacrando a los judíos por no haber reconocido a Jesús como Mesías (aunque ahora ambas religiones son amigas íntimas y se enfrentan juntas al islam); y esos mismos cristianos llevan ya bastante más de un milenio guerreando contra los musulmanes mediante cruzadas, conquistas territoriales y sujeción colonial de sus países. Los musulmanes, cuya religión en general ha sido la más tolerante de las tres, y que además tratan de respetar a las que llaman religiones del Libro (judíos y cristianos), también han perseguido y masacrado cristianos, y sus grupos fundamentalistas actuales cometen todo tipo de horribles crímenes. Por su parte los judíos, instalados en su Estado sionista de Israel y dominados por la intolerancia y el sionismo más fundamentalista y racista, llevan casi un siglo dedicados a despreciar, expulsar de sus tierras y masacrar sin descanso al pueblo palestino.

Y es que el fundamentalismo es rasgo constitutivo y estructural de esas tres religiones, puesto que no es más que la otra cara de su monoteísmo. De modo que toda religión monoteísta es en esencia fundamentalista o contiene el fundamentalismo como matriz, dado que ese fundamentalismo deriva del mero hecho de considerarse a sí misma y a su Dios como únicos y verdaderos y a todos los otros dioses y religiones como meros instrumentos de Satán. Eso es lo que sucede con el judaísmo, el cristianismo y el islam, religiones del Libro las tres (Biblia, Nuevo Testamento y Corán), y en varios casos también religiones de pueblos elegidos, como es el caso de Israel y de ese nuevo Israel que es el pueblo estadounidense, cuyas iglesias protestantes y evangélicas han sido la matriz del fundamentalismo protestante moderno, nacido en ese país desde fines del siglo XIX.

Para evitar malentendidos hay que decir de una vez por todas que eso no significa, por supuesto, que el fundamentalismo sea el único rasgo de esas religiones, o que toda su conducta como religiones a lo largo de su existencia haya estado dominada por el fundamentalismo. Este está siempre latente en ellas porque es parte de su esencia, pero para imponerse requiere contextos y situaciones favorables que lo hagan pasar a primer plano. Así, pese a lo que vemos hoy, el fundamentalismo es y ha sido más importante en el judaísmo y en el cristianismo que en el islam. Este declara respetar a las religiones del Libro, o sea al judaísmo y al cristianismo; venera a Abraham, Moisés y Elías; y considera también a Jesús como profeta. El cristianismo, en cambio, ha denigrado siempre del islam como religión, la ha considerado su principal enemiga antes de que aparecieran sus tres modernos competidores en el odio cristiano: el socialismo, el marxismo y el comunismo; y ha despreciado y descalificado siempre a Mahoma y al Corán. Y el judaísmo, que además de ser una religión racial, racista y tribal, lo que ha limitado seriamente su expansión demográfica y territorial, es la más monoteísta, intransigente y fundamentalista de las tres, pudo sin embargo vivir por muchos siglos bajo gobiernos musulmanes, que les permitían practicar con libertad su credo, aun considerando los judíos al islam como religión inferior. Y esto mientras que en otras partes, como en Europa, los cristianos encerraban a los judíos, los masacraban o los forzaban a convertirse renegando de su fe.

Ese fundamentalismo, que estalla al darse condiciones favorables que lo hacen pasar a primer plano y que pueden durar décadas o siglos, ha estado activo a lo largo de la historia de las tres religiones monoteístas, desatando en ellas oleadas de abierta intolerancia, denuncias de herejía, persecuciones, cruzadas, inquisiciones, encarcelamientos, torturas, hogueras, conquistas territoriales, masacres y espantosas guerras religiosas. Esto no cuenta en el caso del judaísmo por su excepcional condición de ser religión tribal y racial que –como señalé antes– limitaba su expansión, y también por su condición de religión perseguida o, cuando más, tolerada en el mejor de los casos. En su larga historia, si se excluye el clásico período bíblico, los judíos hasta no hace mucho, hasta la creación del Estado de Israel, han sido más bien víctimas que promotores y beneficiarios de intolerancia y fundamentalismo, de expansión territorial y masacre de otros pueblos. Es ahora, con el sionismo

y el Estado de Israel, que tienen el poder, la fuerza militar y la víctima escogida para serlo. Pero sí ha tenido vigencia permanente en el cristianismo y en el islam, que son religiones universales, que no son raciales ni están atadas a una raza o pueblo («elegido») en particular y que por estar abiertas a todos los seres humanos a cambio solo de que estos acepten sus ideas fundamentales, se han expandido por todo el mundo y son en la actualidad las dos religiones más grandes y difundidas del planeta.

Pero antes de entrar a analizar en detalle el fundamentalismo protestante estadounidense, sus manifestaciones e influencia, me resulta indispensable precisar algo que nos lleva otra vez al decisivo tema de la relación entre Estado e Iglesia, o entre religión y política, tema que tratamos al inicio. El fundamentalismo del que venimos hablando es en principio una expresión religiosa, una manifestación intransigente y sectaria de pensamiento religioso, ya se produzca en el cristianismo católico o protestante, el islam o el judaísmo.Pero si ese fundamentalismo se limitara solo al mundo de la religión su importancia no pasaría de ser limitada, aun si, como se entiende, estuviese afectando con su intolerancia sectaria a una parte determinada de la sociedad, acumulando en ella odio y violencia contenida. Lo que convierte al fundamentalismo religioso en un peligro real y en una verdadera amenaza para la sociedad en que nace, y para otras sociedades distintas a ella, es que no se limita a permanecer en el campo de lo meramente religioso sino que para lograr imponerse necesita forzosamente convertirse en político, es decir, tener o adquirir poder político –o incluso ser, desde su nacimiento mismo, parte esencial del Estado que gobierna la sociedad en la que nace, el cual sería entonces en ese caso un Estado religioso, Estado dependiente de la Iglesia o de la religión que ha dado nacimiento y forma concreta a ese fundamentalismo religioso.

Eso es lo que pasa hoy con el fundamentalismo religioso en las sociedades del islam actual. Salvo excepción limitada, se trata de sociedades en las que nunca se separó ni siquiera parcialmente el Estado de la Iglesia o la religión de la política. El islam, ya sea sunnita o chiita, es en los países islámicos religión de Estado. En ellos no se tolera disidencia religiosa alguna y aún menos cualquier forma de laicismo. Como hemos visto, el islam, como religión monoteísta estricta que es, contiene en forma potencial el fundamentalismo e incluso este puede expresarse como forma sagrada de la *yihad*. Pero en verdad, en el mundo islámico el fundamentalismo

ha surgido, sobre todo, desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy, en que ha adquirido sus formas más violentas y brutales, como respuesta al fracaso de sus sociedades, producto del saqueo colonial e imperialista que les impusieran y que incluso mantienen sobre ellos Europa y Estados Unidos; ha surgido como la busca de un renacer religioso que intenta, por un camino más que discutible como es ese, recuperar la identidad de pueblos humillados y saqueados por el Occidente cristiano, colonialista, imperialista, racista y rico. Resulta notorio el caso de Arabia Saudita, país feudal y autoritario en que el wahabismo sunnita es religión de Estado y sirve para que esa reaccionaria monarquía árabe promueva, financie y arme en todo el mundo musulmán a organizaciones político-religiosas fundamentalistas cada vez más criminales. En otros casos y países musulmanes se trata de estados en crisis o en franca descomposición, de sociedades desesperadas que viven invasiones estadounidenses o europeas que las destruyen para saquearlas, y en las que corrientes fundamentalistas armadas y virulentas que apelan a lo único que está a su alcance, el terrorismo, cuentan con fuerza militar propia o con apoyo de sectores de esos estados en descomposición; y hasta con capacidad de reclutamiento en Europa de jóvenes musulmanes, europeos de segunda o tercera generación, a los que el racismo europeo humilla a diario negándoles posibilidades de integrarse como ciudadanos a los países en que viven y a ejercer en ellos los derechos que les corresponden.

Es lo que pasa también con el fundamentalismo judío actual en el Estado sionista de Israel. Pese a todo su disfraz de modernidad occidental y a su sesgada y bien promocionada democracia, el Estado israelí se declara judío, es decir, Estado religioso, del mismo modo que Arabia Saudita se declara wahabita o Irán chiita. En Israel, que ocupa la tierra palestina, además del apoyo estadounidense y europeo que lo sostiene y financia; además del colonialismo y racismo de siempre, propio de una religión que se considera superior a todas y de un pueblo que se considera elegido por Dios y que con el respaldo de Este puede masacrar a otros pueblos Biblia en mano, en ese Israel domina cada vez más el fundamentalismo religioso que es a un tiempo político y militar porque se apoya en el Estado y en el ejército para explotar y despreciar a diario al pueblo palestino, y para masacrarlo a voluntad cada vez que se rebela contra la explotación que sufre y cada vez que se resiste contra la expulsión implacable de su tierra, o contra

el proceso de exterminio programado que el sionismo fundamentalista y racista israelita viene llevando a cabo contra él desde hace ya por lo menos siete décadas. Todo ante la mirada indiferente del poder mundial que tiene como líder a Estados Unidos, otro Pueblo Elegido por el mismo Dios, y que tiene como cómplices serviles a los países europeos.

Ese fundamentalismo todavía sin nombre y esa intolerancia ciega del cristianismo medieval y renacentista dominaron por largos siglos en Europa. El cristianismo latino, católico y papista había ido imponiendo su dominio absoluto por todo el Viejo Continente, salvo su parte oriental, dominada por el cristianismo griego llamado ortodoxo. Durante todos esos siglos el dominio del catolicismo fue no solo religioso sino también político, y los Estados europeos eran todos Estados religiosos sometidos en lo esencial al dominio de la Iglesia cristiana. No había el menor espacio para la disidencia religiosa. Y para evitarla y mantener su control sobre la vida de las gentes, el cristianismo se sirvió de los Estados que le estaban sometidos. El todavía innominado fundamentalismo católico se impuso por doquier ayudado por el Estado, las órdenes religiosas y las universidades (que fueron además creación de la Europa medieval), y por las más variadas formas de intolerancia, tanto interna como externa: condenas por disidencia o herejía, creación de la Inquisición, torturas justificadas por la Iglesia, quema de herejes, cruzadas no solo contra musulmanes y judíos del mundo árabe y del llamado Cercano Oriente sino contra otras manifestaciones cristianas europeas consideradas por el poderoso y arrogante papado romano como maniqueas o heterodoxas, caso de cátaros o de husitas.

En el siglo XVI, españoles y portugueses dan inicio a gran escala al colonialismo europeo con la conquista de América, la masacre y cristianización forzosa de las poblaciones indígenas americanas y la destrucción de sus culturas. El cristianismo papal, en crisis desde los últimos siglos medievales, se divide en ese siglo entre católicos y protestantes, cada grupo con el apoyo de aquellos Estados que se identifican con sus ideas; y la intolerancia fundamentalista de cada corriente da origen a terribles guerras de religión que ensangrientan toda Europa y que se prolongan hasta el siglo XVII. El proceso de separación de Iglesia y Estado y de cese de la intolerancia capaz de limitar esa violencia ni siquiera se inicia todavía. Los Estados siguen siendo Estados religiosos y

las religiones dominantes en ellos, religiones de Estado. Estados e iglesias dominantes, católicas o protestantes, desatan horribles cazas de supuestas brujas que queman o ahorcan a muchos miles de mujeres, persiguen con saña toda disidencia y atacan u obligan a emigrar a cualquier nueva corriente religiosa que exija libertad para existir.

En los siglos XVIII y XIX las revoluciones europeas producen al fin enormes cambios que las contrarrevoluciones que las siguen se encargan de desmontar en su mayor parte. Las colonizaciones continúan, dirigidas ahora a Asia y África; y mientras la intolerancia cristiana se empaña ahora de racismo, misioneros cristianos van imponiendo sus religiones a los nuevos pueblos colonizados. Empero, la tolerancia religiosa se va abriendo camino lentamente y la sólida y estrecha relación de Estado e Iglesia empieza poco a poco a resquebrajarse. El poder de las iglesias cristianas, católicas o protestantes, también se debilita y el pensamiento científico se va abriendo camino. Pero no es sino en las décadas finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX que varios importantes países europeos logran, con gran esfuerzo y pobres resultados, una incompleta separación de Iglesia y Estado, que al menos se acompaña de una franca tolerancia política y religiosa que reduce en algo la hegemonía de la Iglesia dominante, católica o protestante, mientras garantiza la plena libertad de cultos. Con ello se logra lo principal: que la amenaza del fundamentalismo cristiano se reduzca en lo esencial al solo campo religioso y que cualquier poder inquisitorial de la Iglesia quede al fin excluido.

Es en un contexto societario moderno como este que va cobrando forma y que se constituye, como una fuerza definida, el fundamentalismo estadounidense. En los Estados Unidos de fines del siglo XIX y comienzos del XX existen y actúan, con plena libertad, centenares de religiones, casi todas protestantes, y la aparición de nuevos grupos religiosos en medio de *awakenings* y *revivals* es cosa muy frecuente, casi cotidiana. En esa sociedad, el Estado, aunque cristiano protestante, no está atado a ninguna iglesia particular ni depende de ella, mientras permite en cambio que todas gocen de absoluta libertad. En esa sociedad, en la que las elitescas estructuras republicanas originarias han ido cobrando poco a poco perfiles algo más democráticos, no hay posibilidad de que una Iglesia en particular o una determinada corriente fundamentalista se haga dueña del poder imponiendo por la fuerza a la

sociedad su credo sectario y sus principios. De allí deriva que por más fuerte que sea el fundamentalismo estadounidense, que nace y crece en una sociedad caracterizada por rasgos semejantes, aunque también busque adquirir influencia y poder político, no pueda, como sí podían los viejos fundamentalismos cristianos del pasado europeo, imponerse por la violencia y con el apoyo del Estado, sino que tenga como único camino para crecer y ganar adeptos el de aprovechar los recursos socioeconómicos, políticos, culturales y mediáticos que esa misma sociedad pone a su alcance.

El fundamentalismo estadounidense[2]

El contexto socioeconómico y cultural en el que aparece y cobra nombre propio el fundamentalismo estadounidense es el propio de finales del siglo XIX en los países capitalistas más desarrollados, como Inglaterra, Francia y Alemania, que se disputan con fuerza el liderazgo europeo, pero sin llegar todavía a abiertas explosiones de violencia. La guerra franco-prusiana había sido una excepción. Estados Unidos recibe influencia cultural y científica de esa Europa capitalista desarrollada, y vive procesos conflictivos comparables a los que están viviendo los países y pueblos europeos. Conviene, a este respecto, no olvidar que la economía, la política, la ciencia y la cultura europeas, protagonizadas por sus países más cultos, ricos y desarrollados, es la que entonces domina el mundo, mientras Estados Unidos, cuyo crecimiento y modernización aumentan a ritmo acelerado saliendo fortalecido de cada crisis de su capitalismo salvaje y ascendente, espera por su turno para desplazar a Europa y asumir ese dominio, para lo cual tendrá que esperar hasta el final de la Gran Guerra europea o Primera Guerra Mundial. Estados Unidos recibe, pues, esa múltiple influencia, pero la filtra a través de sus rasgos peculiares propios: los de un país en creciente auge económico y demográfico; un país dominado por la religión en sus más diversas formas, iglesias y renovaciones; un país en que aumenta el flujo de inmigrantes que ya no proceden todos como antes de países protestantes del norte de Europa; un país, en fin, en que el inevitable reconocimiento de la inmensa fuerza de la ciencia no solo como fuente de progreso e infinito desarrollo, sino como competidora ventajosa de la religión conduce –como pasa en Europa, pero con resultados más amplios e intensos– a enfrentamientos ideológicos entre los grupos progresistas laicos o religiosos y las iglesias y corrientes religiosas más

tradicionales y conservadoras, aferradas a la Biblia y a la defensa literal y estricta de su texto.

La religión es de nuevo lo que en Estados Unidos domina el cuadro, porque por más desarrollado que sea ya el país para esos fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX (y esto me parece que es rasgo permanente y hasta ahora escasamente modificable suyo a todo lo largo de su historia) es a través de ella, de la religión, y de sus más diversas corrientes, sectas o iglesias, que se expresan no solo los conflictos propiamente religiosos sino también los conflictos sociales, culturales y hasta económicos que, asumiendo por lo general formas religiosas o vinculándose de alguna manera a ellas, afectan y movilizan a la población, tanto a la más tradicional y atrasada, que es la inmensa y aborregada mayoría del país, sujeta a una dependencia religiosa que ella misma elige, como a las propias élites, incluidas, salvo excepción, las más radicales, las no creyentes, que son siempre una estrecha y selecta minoría, brillante a veces, pero incapaz de conectarse en forma orgánica con la mayoría atrasada y profundamente religiosa de ese pueblo.

Así, el conflicto entre religión y ciencia que sacude a Europa, pero que tiene en ella límites definidos entre religiosos y laicos con creciente aunque lenta ventaja para estos, en Estados Unidos resulta envuelto en todos sus planos y componentes por la religión, y los principales espacios para discutir sobre ellos en el extenso país norteamericano son las iglesias y universidades religiosas. Las críticas que algunos le hacen a la ciencia por su creciente poder destructivo –y Estados Unidos lo ha comprobado poco antes en su terrible y devastadora Guerra de Secesión– se traduce en lecturas milenaristas y apocalípticas, porque los grupos religiosos que actúan en el país empiezan a ver esa seria amenaza destructiva hecha posible por la ciencia y la técnica a una escala mayor que nunca, y como infalible anuncio divino de un catastrófico y cercano fin del mundo asociado al milenio final de que hablan la Biblia y la tradición cristianas.

Y en cuanto a lo que domina en ese siglo XIX, caracterizado por el peso creciente del pensamiento racional y científico que se traduce en confianza en la ciencia y en el progreso humano, ese pensamiento debe enfrentarse a la religión, y más concretamente al sacralizado texto de la Biblia. Esa aceptación de lo planteado por la ciencia y su obra crítica cobra especial relieve en lo tocante a la crítica histórica y antropológica, la cual ha venido cuestionan-

do verdades y fechas consagradas y repetidas por siglos. Esto hace inevitable el conflicto frontal con la Biblia, católica o protestante, porque es ella la fuente sacralizada de esas supuestas verdades irrefutables. Las afirmaciones bíblicas sobre esos y otros temas carecen de base, son míticas o incluso absurdas, impuestas desde siglos por la Iglesia cristiana como verdades indiscutibles e incontestables, porque la Biblia es para católicos y protestantes la absoluta verdad de Dios. Los temas principales y más sensibles de ese enfrentamiento son, entre otros, lo tocante a la edad de la Tierra, a su origen planetario, al origen de las especies y en particular al del hombre, tal como se expone en la teoría de la evolución de Darwin.

En esencia el debate va a ser el mismo en Europa y en Estados Unidos, pero hay importantes diferencias entre ambos, porque en Europa es sobre todo un debate que se produce entre ciencia y religión, entre científicos de universidades e institutos laicos y religiosos de iglesias e institutos religiosos, y sus protagonistas son en lo esencial laicos y científicos, por un lado, y sacerdotes y dirigentes religiosos por el otro. En Estados Unidos, en cambio, el debate se convierte en puramente religioso y es llevado a cabo dentro del terreno propiamente de la religión, porque sus protagonistas son líderes religiosos de diversas iglesias y los centros principales y casi únicos de discusión son universidades dominadas por iglesias o fundadas y dirigidas por esos líderes religiosos.

El fundamentalismo protestante surge del intenso debate teológico que tiene lugar en Estados Unidos desde esas décadas finales del siglo XIX hasta el inicio de la tercera década del siglo XX, debate que tiene por contendientes a las dos corrientes en que se ha ido dividiendo el protestantismo estadounidense frente a la crítica científica de la Biblia, que se ha convertido en un problema grave para el dogmatismo religioso; problema que es ya imposible de eludir. La primera de esas corrientes reúne a teólogos de diversas iglesias, los cuales aceptan varias de esas críticas y proponen un debate sereno sobre la relación entre Biblia y ciencia, esto es, entre las fundadas afirmaciones que acerca de sus errores ha venido difundiendo la ciencia moderna y la verdad intrínseca que ellos le atribuyen a la Biblia como obra inspirada por Dios. Esa corriente la forman los llamados protestantes progresistas, teólogos moderados que quieren sostener la fe en la Biblia como base de sus religiones e iglesias, pero mediante una suerte de modernización crítica de la misma, capaz de conciliarla con la ciencia

aunque mostrando incluso las inconsistencias de esta última y la factibilidad de explicar la Biblia de manera científica, garantizando así la conservación de su vigencia y de su valor religioso, que de cualquier forma es indispensable para ellos. La otra corriente, representada sobre todo por sectores de las iglesias calvinistas más rigurosas y dadas al estudio de la Biblia, como son la mayor parte de los presbiterianos y de los baptistas, se niega en forma rotunda a aceptar ese debate, descalifica a sus adversarios como cómplices de la conspiración movida por una ciencia sospechosa de ser agnóstica o atea contra el sagrado texto bíblico y defienden de la manera más intransigente la inerrancia e infalibilidad de su Biblia que, como obra de Dios, sagrada e inspirada por Él, al ser verdad divina y fuente de todo saber humano, no puede contener errores ni falsedades de ninguna clase. Estos últimos son los intransigentes, los dogmáticos cerrados, que se calificarían pronto ellos mismos de fundamentalistas.

El debate transcurre a lo largo de varias tensas décadas y no pretendo ahora analizarlo en todos sus detalles. Me bastará con señalar algunos hitos, personajes y claves del mismo. Y para el examen de los hechos me baso sobre todo en el minucioso estudio de ese proceso que hace Karen Armstrong en su citado libro, aunque también me sirvo de otras fuentes e informaciones disponibles en Internet y, como suelo hacer, acompaño ese examen de muchas reflexiones propias.

Entre los grupos progresistas que defendían el carácter científico del texto bíblico debe señalarse al presbiteriano Arthur Tappan Pierson y sobre todo al Seminario de la Nueva Luz Presbiteriana de la Universidad de Princeton. Este quiso fundir una lectura científica de la Biblia con la defensa extrema de su carácter sagrado e infalible, algo imposible porque era un simple disparate. Allí destacaron dos teólogos, sucesivos profesores de la Cátedra de Teología, Charles Hodge y su hijo Archibald. Ambos dictaron seminarios y escribieron textos para excluir toda lectura simbólica o alegórica del texto bíblico, a fin de hacer del mismo un texto directo, inspirado e infalible en todas y cada una de sus palabras, lo que solo podía generar una gran confusión y llevarlos directamente al fundamentalimo. Algo que sí aportó Charles Hodge al debate fue poner sobre el tapete una lectura crítica de *El origen de las especies* de Darwin, lo que cobraría protagonismo ideológico en los posteriores años veinte, época de auge del fundamentalismo.

De modo que los dos Hodge parecen, en mi opinión, haber sido fundamentalistas sin proponérselo.

Otros teólogos progresistas, como Henry Ward Beecher, fueron más liberales y llegaron a defender la crítica de la Biblia y la teoría de la evolución de Darwin. Otros del mismo corte plantearon que no había contradicción alguna entre ciencia y fe religiosa. Pero esto a lo único que contribuyó fue a darle fuerza y razones a los fundamentalistas, que se sentían agredidos por esas críticas que afectaban la sacralidad de la Biblia y que, a fin de cuentas, con sus posiciones intransigentes en este terreno, opuestas a todo compromiso con la modernidad, resultaban más coherentes que las de sus confusos adversarios; y por supuesto pronto terminaron imponiéndose.

Se han señalado y destacado muchos antecedentes directos del fundamentalismo, pero creo que el más cercano y preciso de ellos tiene que ver con Dwight Moody, teólogo *revivalista* que tempranamente, en 1886, había fundado en Chicago el Instituto Bíblico Moody. Ese instituto se opuso en forma frontal a toda crítica bíblica y se convirtió pronto en una referencia para el fundamentalismo que estaba en tren de definirse. Pero en las décadas siguientes se crearon otras instituciones de igual corte fundamentalista. William Bell Riley creó la Escuela Bíblica del Noroeste en 1902, y años más tarde aparecen dos personajes que pronto tendrán incidencia directa en la denominación del fundamentalismo y en su primer intento de difusión masiva. Se trata de los hermanos Lyman y Milton Stewart. Ambos eran magnates petroleros, enriquecidos en las décadas anteriores, muy religiosos los dos, y convertidos en su madurez en filántropos. En 1908, Lyman Steward, Milton y un ministro presbiteriano llamado Thomas C. Horton fundan el Instituto Bíblico de Los Ángeles, mejor conocido como Biola University, que va a ser uno de los principales centros de difusión del fundamentalismo. Y también en esos años finiseculares juega un papel importante en ello la Niagara Bible Conference.

Sin embargo, son los presbiterianos de Princeton, conservadores furibundos, los que toman la delantera. Enfrentados a discursos liberales que consideran amenazantes, como el del profesor Charles Eliot, de la Universidad de Harvard, proclaman y publican en 1910 una lista de cinco puntos esenciales de lo que más tarde va a ser llamado fundamentalismo. Esos puntos son:

I. La infalibilidad de la Biblia y de las Sagradas Escrituras.
II. La Inmaculada Concepción de María.
III. La muerte de Jesús en la cruz como sacrificio redentor de toda la humanidad.
IV. La Resurrección de Jesús como hecho indiscutible.
V. La realidad indiscutible de sus milagros.

Estos dos últimos fueron modificados con posterioridad. El cuarto se amplió a menudo como Resurrección de la Carne, y el quinto se convirtió en la declaración premilenarista de que Jesucristo pronto volvería para restablecer en la Tierra el Reino milenario que precede al Juicio Final.

Lo que viene a continuación es el lanzamiento público y masivo del fundamentalismo. Esto va a ser la obra de los hermanos Stewart, quienes financian de 1910 a 1915 la edición de enormes tirajes de doce libros titulados *The Fundamentals. A Testimony of the Truth* (*Los fundamentales. Un testimonio de la verdad*), que muy pronto fueron conocidos como *The Fundamentals*. Esos libros contenían noventa ensayos, todos basados en los cinco puntos proclamados y difundidos como sagrados y fundamentales por los presbiterianos de Princeton. Los ensayos eran obra de sesenta y cuatro calificados autores, todos ellos teólogos fundamentalistas, o por lo menos conservadores. En esos diversos ensayos se defendían las creencias más ortodoxas del protestantismo riguroso y se criticaba y condenaba todo lo que se saliera, así fuese en algo, de ellas. En consecuencia, sus víctimas eran básicamente la crítica religiosa, el modernismo que era su fuente, la teología liberal, el catolicismo romano-papista, el evolucionismo, el ateísmo y el cientificismo cristiano.

Se hizo una masiva edición de bolsillo para facilitar su difusión y su lectura. Por eso los libros eran gratuitos y la edición de cada uno de los doce tomos alcanzó los tres millones de ejemplares. Esos libros (hoy se consiguen en Internet en una edición de cuatro tomos que contiene los doce originales) se enviaron en esos años (1910-1915) a todos los pastores y ministros religiosos y también a las universidades controladas por las diversas iglesias a fin de que los leyeran no solo los pastores, sino los profesores y estudiantes de teología a todo lo largo y ancho del país. De modo que, desde su origen, la masiva difusión del fundamentalismo fue producto de una estrecha asociación entre Iglesia espiritual y riqueza

material, esto último a gran escala por tratarse de una alianza de teólogos y estudiosos de la teología protestante más rigurosa con empresarios multimillonarios capaces de financiar ese proyecto de difusión masiva de las ideas religiosas con las que ellos simpatizaban. De otra forma las ideas del fundamentalismo habrían tenido que seguir el largo y dificultoso camino de una propagación muy lenta, basada en humildes movilizaciones de profetas carentes de recursos, como se suponía que había sido el camino seguido por el cristianismo y sus apóstoles en sus primeros tiempos.

No obstante ese esfuerzo millonario, la verdadera difusión masiva del fundamentalismo y su rápido crecimiento como ideología dominante del pensamiento más conservador va a producirse algo más tarde, después de la Primera Guerra Mundial y ya en los comienzos de la tercera década de ese mismo siglo XX.

En efecto, por su duración y extensión, por su espantosa mortandad, sus monstruosos escenarios de horror y de muerte, y también por sus resultados, que desmontaron en casi toda Europa el viejo y consolidado mundo conservador de preguerra –disolviendo grandes imperios, derribando monarquías, creando nuevas repúblicas y provocando revoluciones socialistas o comunistas como la alemana y la rusa–, la Gran Guerra europea había ido cobrando en esos años indudables ribetes apocalípticos y milenaristas no solo para los fundamentalistas estadounidenses sino para todos los protestantes, incluidos entre ellos los conservadores que hasta entonces no se habían decidido por el fundamentalismo.

El fundamentalismo cobró de esta forma nuevas fuerzas y el premilenarismo, esto es, la idea de que el fin del mundo estaba cerca y Cristo vendría a imponer pronto su Reino milenario, empezó a ser vista por muchas de esas corrientes como algo inminente para lo que había que prepararse. Al fundamentalismo se fueron sumando así, en esos primeros años veinte, nuevas iglesias, como los adventistas del Séptimo Día, los metodistas y los episcopalianos; y hasta los mormones y los pentecostales.

También ayudó mucho a los fundamentalistas el panorama estadounidense de posguerra. En primer término, porque la opinión mayoritaria en Estados Unidos, conservadora y derechista como siempre, era que no quería ser tocada ni afectada por ese terrible cuadro de violencia, de cambios sociales y de revoluciones en el que los fantasmas más amenazantes eran el terrorismo y el bolchevismo. De ahí que se acentuara el conservatismo, se resaltara el

excepcionalismo estadounidense y se buscara aislar al país de los peligros revolucionarios y modernizadores que estaban estallando en la Europa de posguerra. De ahí que también se desatara internamente una feroz epidemia de xenofobia, de racismo y de miedo, el llamado Gran Espantajo Rojo, dirigido contra los extranjeros, contra los trabajadores y contra esos terribles peligros invasores que eran el comunismo, el terrorismo y el anarquismo.

En segundo término, porque los fundamentalistas sacaron mucho provecho de ese cuadro, caracterizado por un sordo conflicto entre ideas como la intransigencia puritana, la Ley Seca, el excepcionalismo que se había atribuido desde siempre al país y el aislacionismo, cercanas todas al fundamentalismo y apoyadas por la población más atrasada y tradicional, la población rural o de pequeñas ciudades que seguía siendo la mayoría, y la rebelión urbana que se manifestaba entre la población, sobre todo joven y femenina de las grandes ciudades, las más desarrolladas, más modernas, que estaban en mejores condiciones para liberarse de viejas y tradicionales ataduras sociales y religiosas pero que, a fin de cuentas, no dejaba de ser minoritaria. Para mediados de los años veinte el fundamentalismo había triunfado en esa lucha, había encontrado ya su propio nombre, *fundamentalismo*, que fue popularizado desde 1922 por el pastor baptista Curtis Lee Laws, quien incluso había dado una definición exacta del mismo[3]; contaba con un gran apoyo sobre todo en el Sur y en el Medio Oeste; y hasta había encontrado un prestigioso y combativo líder, William Jennings Bryan, que había sido tres veces candidato presidencial, fue secretario de Estado durante el gobierno de Woodrow Wilson y tenía una apreciable audiencia, porque salvo por su intransigente fundamentalismo bíblico, en todo lo demás se mostraba como un hombre bastante abierto y flexible en términos políticos y sociales.

El Proceso del Mono

El fundamentalismo, que se encuentra en su apogeo, igual por cierto que el Ku Klux Klan en su segunda versión, que también se halla en su cénit en esos años, recibe en forma sorpresiva en el verano de 1925 un golpe serio, terrible, que logra apagar su ímpetu y debilitar su crecimiento al menos por varias décadas: se trata del famoso Caso Scopes, mejor conocido como el Proceso del Mono. En los años anteriores a 1925 los fundamentalistas, justamente por obra de Bryan, que por su dogmatismo bíblico era enemigo rotun-

do de la teoría de la evolución de Darwin, habían incorporado, de hecho, un nuevo punto esencial a los cinco puntos fundantes: el rechazo frontal de esa teoría, considerada por ellos como la más peligrosa amenaza modernista contra sus principios fundamentales. Y no solo habían llevado el rechazo de la teoría de Darwin al primer plano religioso sino que, aprovechando el apoyo político que habían venido buscando y obteniendo, sobre todo en el Sur y el Medio Oeste, del Partido Republicano y de diversas autoridades locales tanto políticas como religiosas, siempre unidas, habían conseguido que en varios estados de estas dos regiones, esas autoridades prohibieran no solo la enseñanza, sino la mera mención de esa teoría en las escuelas y liceos bajo su jurisdicción. De modo que enseñar la teoría de la evolución se había convertido en anatema y hacerlo en esos estados quedaba prohibido, siendo sancionada esa violación de la ley con severas penas de multa y hasta de cárcel.

El llamado Caso Scopes o Proceso del Mono tiene lugar en la pequeña ciudad de Dayton, en el estado sudista de Tennessee, en julio de 1925, pero no es más que la sorpresiva explosión de un proceso acumulativo que se ha venido llevando a cabo en años anteriores en varios estados del Sur y en el que Bryan ha desempeñado papel protagónico. Aunque encontrando resistencia y rechazo en todos los casos, los fundamentalistas, con su terca insistencia y aprovechando coyunturas favorables, consiguen aprobar la prohibición de enseñar la teoría de Darwin en los estados de Florida y Oklahoma en 1923; y en 1924, en California y Carolina del Sur. En Tennessee se logra, después de varios ensayos frustrados, en 1925, por obra de Bryan y de John Washington Butler, legislador estatal. La llamada Ley Butler o *Butler Act* dice así:

> Es ilegal en todo establecimiento educativo del estado de Tennessee la enseñanza de cualquier teoría que niegue la historia de la divina creación del hombre tal como está explicada en la Biblia y reemplazarla por la enseñanza de que el hombre desciende de un orden de animales inferiores.

Esta es la ley que la ACLU (American Civil Liberties Union), creada en 1920, una organización realmente democrática y abierta de defensa de los derechos humanos y de las libertades ciudadanas, se propone combatir y de ser posible hacer derogar.

Promovido por la ACLU, se elabora un hábil plan para enfrentar la ley, lo cual supone encontrar un profesor de secundaria

que sea capaz de atreverse a exponer en clase a sus alumnos la prohibida teoría de la evolución, ofreciéndole correr con todos los gastos que cause esa violación de la ley. La ACLU convence a dos personajes influyentes y progresistas del estado, un comerciante y un farmacéutico, para que consigan al profesor que se necesita. Ambos conocen a John Thomas Scopes, que es un joven profesor de física, de veinticuatro años de edad, que es entrenador de *football* de los alumnos del liceo de Dayton y que está supliendo a un profesor de Biología, lo que le facilitaría hablar del tema prohibido en una de sus clases. Lo convocan, se reúnen con él, y Scopes, que es hijo de un militante socialista, acepta a cambio de que la ACLU pague la multa que sin duda le será impuesta y que le consigan un buen abogado defensor, porque también es seguro que habrá un proceso judicial y que él será juzgado.

Scopes cumplió su promesa. A principios de mayo de 1925 expuso en clase la teoría de la evolución. Cuando se supo lo que había hecho, la reacción de las autoridades y de la mayor parte de la población no se hizo esperar. Las autoridades decidieron someterlo de inmediato a juicio, quedando fijada la fecha de este para el siguiente mes de agosto, y la mayoría del pueblo, conservador, temeroso, dominado por diversos grupos religiosos beligerantes y con mucha gente cercana al fundamentalismo, se mostró escandalizada y condenó la conducta del joven profesor. Mientras la ACLU se dedicaba a buscarle un buen abogado defensor, la Asociación Mundial de Cristianos Fundamentalistas, dirigida por William Bell Riley, dispuesta a cortar en seco esta provocación, le pidió al propio William Jennings Bryan que asumiera en el juicio el papel de fiscal acusador. Bryan aceptó encantado y la ACLU se vio forzada a encontrar un abogado defensor capaz de enfrentar a un rival de la talla de Bryan. El escogido fue Clarence Darrow, abogado brillante, decidido y famoso, culto, liberal, prácticamente ateo y defensor de la teoría de la evolución. Darrow, que ya se había enfrentado antes a Bryan, aceptó complacido, y así lo que en un principio no era sino un juicio local en un pequeño y casi insignificante pueblo del Sur, se convirtió de pronto en un acontecimiento de alcance nacional en el que se preveía un duelo de titanes capaz de interesar al país y de atraer a periodistas y a gentes de todo Estados Unidos. La prensa, que ya contaba en esos años con recursos y medios modernos y con facilidades para difundir con rapidez sus informaciones, asumió el protagonismo informativo en el proce-

so. Gentes de todos los estados se desplazaron hacia Dayton, que debió muy contento prepararse a toda prisa para acoger a tantos y tan variados visitantes; y todo el país quedó pendiente de lo que iba a suceder en ese interesante e inesperado juicio.

El juicio no prometía ofrecer sorpresa alguna. Todo en él estaba preparado para que triunfaran el fundamentalismo y la Ley Butler y se condenara la teoría darwinista. Y ello era ahora más seguro, pues se contaba nada menos que con la presencia de un fiscal como Bryan, veterano político, brillante polemista y orador y sobre todo, conocedor a fondo de la Biblia. El jurado elegido era todo fundamentalista o muy conservador, y el propio juez se inclinaba en forma abierta a coincidir con él y con las acusaciones de la Fiscalía. De modo que Darrow, no obstante su reconocida habilitad como litigante, tenía escasas posibilidades de salir vencedor del parcializado encuentro. Debía, en todo caso, contar con los testigos favorables y con las autoridades científicas que tenía previsto invitar para que sus opiniones fueran escuchadas. Y podía contar también con que el público que asistía a las sesiones estaba dividido, pues aunque la clara mayoría de los asistentes era conservadora o fundamentalista, o en todo caso veneradora fiel del texto bíblico, también había entre los asistentes una cierta representación de partidarios de la crítica bíblica y del derecho de los seguidores de Darwin a exponer y defender su teoría, sin olvidar que se contaba con una presencia importante de periodistas y de visitantes de otros estados, que apoyaban esta última posición o que simplemente eran curiosos atentos, dispuestos a dejarse convencer por las más claras exposiciones y los mejores argumentos.

Las escasas posibilidades de Darrow disminuyen al ver que el juez rechaza a todos los científicos que ha invitado y que sus testigos, acosados por Bryan, no resultan muy efectivos. El juicio está perdido y la cara de Scopes es la mejor indicación de ello. Pero entonces el hábil Darrow, no encontrando ningún apoyo para su defensa del darwinismo, intenta una insólita jugada para voltear la situación: le pide a Bryan, que es el fiscal, que suba al estrado de los testigos para interrogarlo sobre la Biblia en su calidad de experto en ella, y el engreído Bryan, seguro de sí mismo y de su saber bíblico, acepta el reto y sube al estrado de los testigos para que Darrow lo interrogue. Y a partir de aquí, con mucha paciencia y gran habilidad, Darrow, mostrando de paso un sólido e inesperado saber bíblico, lo hace caer en contradicciones, lo va aplastando

poco a poco, y lo pone en ridículo al interrogarlo sobre la certeza e infalibilidad del texto bíblico.

Esta es la parte más interesante del famoso juicio, cuyo texto completo está disponible en Internet. Me limito solo a mostrar lo principal. En medio de una tensión creciente, de ásperas disputas entre los abogados asesores de la defensa y de la Fiscalía, de miedos de los impotentes fundamentalistas que ven que el techo les está cayendo encima y de sucesivos estallidos de risas del público, Darrow va interrogando a Bryan sobre distintos temas y puntos de la Biblia, mostrando uno tras otro sus disparates y derrumbando su inerrancia y su supuesta infalibilidad: la fecha de creación del mundo, la duración de los siete días de esa creación, las esposas de Caín y Abel, el Diluvio Universal y los peces, Josué que hace pararse al sol, Jonás tragado por la ballena y varios otros.

Darrow empieza por preguntarle a Bryan por la forma de leer y entender la Biblia, y una vez que este defiende la lectura literal porque todo lo que la Biblia dice es exacto, le pregunta si cree que Jonás fue tragado por una ballena y que luego de vivir tres días en el vientre de esta, el animal lo vomitó sano y salvo. Bryan dice que sí, que lo cree y que eso es exacto porque la Biblia así lo dice. Darrow le pregunta entonces qué haría si la Biblia hubiese dicho lo contrario: que fue Jonás quien se tragó la ballena, ¿lo creería? «Sí –le responde Bryan–, si la Biblia lo dijera, yo lo creería».

No hay duda, eso se llama lectura literal. Luego Darrow le pregunta ahora si cree lo que dice también la Biblia, que para ganar una batalla Josué hizo que el sol se detuviera hasta que él la hubiera ganado. Por supuesto, Bryan así lo cree y se lo dice. Darrow le pregunta entonces si él cree que el sol gira en torno a la Tierra como afirma la Biblia, pues solo así Josué habría podido intentar detenerlo; y Bryan, acorralado, al responderle que es al revés, que es la Tierra la que gira en torno al sol, se ve forzado a hablar ahora de interpretación del texto bíblico y no de lectura literal.

Aquí empieza el derrumbe de Bryan, que tercamente insiste en continuar en el estrado de los testigos y seguir soportando el interrogatorio. Darrow le pregunta por la fecha del diluvio. Bryan dice que no la sabe. Darrow le señala que los fundamentalistas han fijado esa fecha, lo mismo que la de la creación del mundo. Esta última, la de la creación del mundo, habría tenido lugar en el año 4004 antes de Cristo y el día exacto de la creación habría sido el 23 de octubre de ese año. Al preguntarle Darrow si cree que esa es la

fecha y que el mundo solo tiene menos de seis mil años, Bryan, que sabe que eso carece de base, responde que no se atreve a afirmarlo.

Entonces Darrow le pregunta:
–Pero dígame, acerca de eso, ¿qué piensa usted?

Y Bryan responde:
–Yo no pienso en las cosas en que no pienso.

Y Darrow le dice:
–¡Ah!, ¿piensa usted entonces en las cosas en que sí piensa?
–Bueno, de vez en cuando.

La respuesta de Bryan no puede menos que hacer que el público estalle en risotadas.

Y esto no es todo, porque el implacable Darrow lo sigue acorralando. Entrando en el tema de la creación del mundo, le pregunta:

–Si una vez creados Adán y Eva y solo existiendo ellos y sus dos hijos, Caín y Abel, es decir, siendo Eva la única mujer que había en el mundo, ¿dónde consiguió Caín una esposa?

Bryan no puede responder porque la única respuesta posible era decir que el hijo mayor de Adán se había acostado con su madre, pues a Caín la Biblia le atribuye descendencia. O atribuirle a Adán y Eva haber tenido una desconocida hija hembra, acerca de la cual la Biblia nada dice. Y de todas formas, ya fuese con la madre o con la hermana, el incesto resultaba inevitable. Darrow, que no desea alborotar demasiado las cosas, entiende y respeta ese silencio, cambia de tema y sigue:

–¿Se creó el mundo en siete días?

Bryan responde que sí, que él así lo cree. Pero vuelve a caer en una lectura interpretativa de la Biblia, porque al preguntarle Darrow si esos días fueron de 24 horas, él responde que sí. Y cuando Darrow le dice que eso no habría sido posible, él insiste de todas formas en que sí, pues siendo días, por fuerza debió durar cada uno 24 horas.

Y entonces Darrow lo acosa:
–¿Cómo pudieron ser días de 24 horas los tres primeros si el sol fue creado en el cuarto día? ¿Cuánto duraron en verdad esos días?

Bryan no tiene respuesta.

Y antes, a propósito del tema del diluvio, Darrow le había leído el texto bíblico en el que se afirma que todos los animales que no entraron en el arca de Noé murieron ahogados.

–¿Usted lo cree? –le pregunta Darrow.
–Sí, lo creo.

Y Darrow remata con esta mortal puñalada:

–¿Y los peces? ¿También se ahogaron?

La victoria de Darrow es total, la derrota de Bryan rotunda y la inerrancia de la Biblia se derrumba por completo. Y no solo en ese pequeño pueblo del Sur que es Dayton sino a todo lo largo y ancho de Estados Unidos, porque el juicio tiene alcances nacionales, y porque toda la prensa, siempre amante de tubazos y de escándalos, se encarga de inmediato de difundir a todo el país el debate haciendo énfasis en sus detalles.

Pero de todos modos el juicio está perdido. El jurado condena a Scopes y el joven profesor es multado con cien dólares, una cifra respetable en esos años. Nada grave: la ACLU se encarga de pagar la multa y Scopes queda libre. Lo importante es el severo golpe sufrido por el fundamentalismo. La verdad bíblica queda seriamente herida en lo más noble, en su credibilidad y en su supuesto carácter científico. A esto hay que agregar que el maltratado Bryan, que es ya un hombre viejo, de sesenta y cinco años, deprimido como queda luego del juicio, enferma y muere unos días después, lo que en un momento tan grave como ese deja al fundamentalismo sin su líder.

El repliegue

Muchos autores afirman que después de esa derrota el fundamentalismo prácticamente se hunde y casi desaparece. Lo mismo se dijo en el caso del Ku Klux Klan que, curiosamente, después de un crecimiento comparable al del fundamentalismo, en esos mismos años veinte, también sufrió un golpe serio en las mismas fechas en que tuvo lugar el Proceso del Mono, en ese año fatal para ambos que fue 1925; golpe que en su caso no derivó de una disputa religiosa sino que fue producto de una violación y asesinato cometidos por su máximo líder. Pero ninguno de estos dos movimientos desapareció, aunque el golpe recibido los debilitó a ambos seriamente. El Ku Klux Klan, tras un lento repliegue y un regreso a terrenos más limitados, como los estados sudistas, se fue diversificando por

medio de varios movimientos de extrema derecha que continuaron con otros nombres su política xenófoba, racista y anticomunista en las décadas siguientes; asunto del que hablaré más adelante.

Por su parte el fundamentalismo, mientras asimilaba el duro golpe (y exceptuando el Sur, el Cinturón Bíblico, donde seguía en cambio vivo y muy activo) se veía forzado a un inevitable repliegue, que lo hizo abandonar en lo esencial la esfera y las discusiones públicas para refugiarse en universidades e institutos religiosos protestantes, dedicándose a cerrar filas y a formar cuadros en ellos con profesores, estudiantes y egresados, todo con la esperanza de volver a los espacios públicos y a la búsqueda de necesarios apoyos políticos derechistas apenas se creara de nuevo en el país un contexto que le fuese favorable.

Pero mientras llegaba ese nuevo contexto favorable, los fundamentalistas trabajaron a diario para sobrevivir, fortalecer sus principios y crecer, aunque sin hacer mucho ruido como hacían antes. En su citado libro, Karen Armstrong analiza con lucidez y mucha información lo que logra el fundamentalismo estadounidense en esos años que separan el Proceso del Mono de la Segunda Guerra Mundial. Y no es poco. Permaneciendo fuera de los espacios públicos para restañar sus heridas y fortalecer sus ideas, los fundamentalistas se concentran –como dije– en las universidades e institutos religiosos y se dedican a formar nuevos adeptos y nuevos cuadros. La autora señala que para 1930 había no menos de cincuenta universidades fundamentalistas en Estados Unidos y que en los años siguientes se crearon otras veintiséis. Pero además de eso empezaron también a descubrir los medios, en especial los nuevos como la radio, para entonces ya masificada. Crearon de este modo lo que Armstrong llama imperios editoriales y grandes redes de radiodifusión. El más importante de esos centros de estudio que fundaron fue la Universidad Bob Jones, creada en Florida en 1927 y trasladada luego a Carolina del Sur. Esa universidad fue su principal instrumento para formar profesores y estudiantes y, sobre todo, nuevos cuadros defensores y difusores del fundamentalismo. Este se hace entonces más derechista, rígido, cerrado e intransigente; y como muy bien señala Karen Armstrong, el premilenarismo se convierte en una de sus principales armas, lo que le permite a sus fieles ver las bombas, las matanzas y la destrucción terrible causada por la Segunda Guerra Mundial como un irrefutable anuncio apocalíptico de la cercanía de la esperada por ellos

Segunda Venida de Jesús. Y llegan hasta a decir que el lanzamiento de la bomba atómica había sido predicho por San Pedro en su Segunda Epístola.

Hay empero otra cosa que quiero comentar a este respecto. Karen Armstrong hace referencia a un grupo llamado Defensores de la Fe Cristiana, fundado (en los años treinta) por un baptista de nombre Gerald Winrod, que en la década de los veinte se oponía a que la teoría de la evolución fuera enseñada en escuelas y liceos y que en esos años treinta, después de visitar Alemania, regresó a Estados Unidos convertido en admirador de los nazis y enemigo rotundo de los judíos. Estrechos amigos de Winrod eran otros dos personajes de igual perfil: Billy James Hargis, pastor protestante anticomunista, fundador de una tal Cruzada Cristiana que tenía a la Unión Soviética como una sociedad satánica dispuesta a apoderarse de Estados Unidos para imponerles el comunismo, y Carl McIntire, presbiteriano fundamentalista como Winrod, que creó una corriente ultraderechista de su propia iglesia: la Iglesia Bíblica Presbiteriana, y que luego, en los años cincuenta, se hizo seguidor de Joseph McCarthy en su lucha contra el comunismo. Lo que Karen Armstrong omite es que la Cruzada Cristiana de Hargis fue fundada más tarde, en 1950; que Winrod, de quien hablo en detalle más adelante, era también desde los años veinte un activo militante del Ku Klux Klan y que sus fulanos Defensores de la Fe Cristiana, además de ser todos fundamentalistas religiosos, no eran más que una de las varias organizaciones de derecha que derivaron del mismo Klan, luego de su crisis de 1925, y que continuaron difundiendo en el país sus ideas xenófobas, racistas y anticomunistas en la década de los treinta, además de promover activamente la ciega admiración del nazismo y de copiar algunos de sus rasgos.

Es por eso que comparo lo que parecería ser solo una mera coincidencia entre el auge y la crisis del fundamentalismo y el del Ku Klux Klan, porque pienso que no es del todo casual, ya que ambas organizaciones eran de extrema derecha en un ambiente que les resultaba favorable y que de pronto cambió, en un caso por el Proceso del Mono, en el otro por una violación y un asesinato, y que aunque tenían también sus diferencias (los fundamentalistas eran pacíficos y no violaban mujeres ni linchaban negros), no dejaban por ello de tener también rasgos comunes, siendo los miembros del Klan no solo nativistas, racistas y xenófobos, sino también firmes fundamentalistas y anticomunistas.

La coyuntura favorable empieza a perfilarse desde la segunda mitad de los años cuarenta con el comienzo de la Guerra Fría y del mccarthismo que inicia Truman bajo presión republicana, y que lleva a su plenitud la histeria anticomunista desatada por el senador Joseph McCarthy. Dentro de ese nuevo contexto los fundamentalistas, que en esas dos décadas y media anteriores, de relativo encierro en universidades e institutos, se han hecho más reaccionarios y agresivos, y también más dogmáticos porque han ido forjado durante ese tiempo una auténtica contracultura religiosa para poder enfrentar con posibilidades de éxito a su enemigo central el modernismo, van descubriendo varias cosas que pueden aprovechar.

Una de esas cosas es que ellos mismos han crecido casi sin darse cuenta, porque la cifra de estadounidenses que comparte sus ideas básicas ha aumentado en esos años y son muchos de ellos los que creen en forma literal todo lo que dice la Biblia, como la creación del mundo en siete días, que Jonás fue tragado y vomitado sano y salvo por una ballena, o que Josúe paró el sol para ganar una batalla antes de que anocheciera, y que son además dóciles creyentes que esperan con temor creciente el Apocalipsis y el fin del mundo anunciado por su libro sagrado; Apocalipsis y fin del mundo de los que ven señales que les hacen pensar a diario en su cercanía o inmediatez.

Otra es que el poder y peso de ese miedo no se limitan a lo religioso, sino que su carácter apocalíptico tiene que ver con que de manera extraña Dios le ha dado ahora la bomba atómica también a los rusos, cuyo comunismo ateo tiene incidencia directa sobre Europa Oriental, y porque desde 1949, con el triunfo de los comunistas chinos, se ha creado un enorme campo socialista-comunista capaz de competir con la absoluta hegemonía que Estados Unidos había adquirido después de concluida la Segunda Guerra Mundial. El comunismo y el socialismo siguen ganando terreno en el mundo; la derecha política estadounidense ha traído de nuevo al primer plano a su viejo enemigo, el comunismo ruso, ahora más potente que en décadas anteriores y ampliado por el triunfo comunista chino; y el mccarthismo está viviendo un nuevo auge que, como es de esperar, no solo pretende enfrentar cualquier real o supuesta amenaza comunista interna sino que sirve, sobre todo, por su histérica virulencia, para aumentar por doquier los terrores de los ciudadanos. El terreno, pues, resulta por muchas razones de nuevo favorable.

Sin embargo, es luego de la década de los cincuenta, y sobre todo en los sesenta y setenta, que el fundamentalismo recobra en verdad protagonismo. Es en esas décadas cuando va a incrementar realmente su peso religioso y político y su fuerza dentro de la siempre conservadora sociedad estadounidense. Y aquí, además de que los temores apocalípticos siguen siendo una buena base, lo ayudan otras cosas.

Una de ellas, como hace notar también Karen Armstrong, es la modernización del Sur, porque esta en forma paradójica, con dos o tres décadas de retardo, recrea ahora en el atrasado, tradicional y poco urbanizado Sur la misma modernidad urbanizadora capaz de sacudir viejos y arraigados valores tradicionales que viviera el Norte en la década de los veinte. Desarrolla industrias, amplía las viejas ciudades sudistas y atrae a mucha gente moderna del Norte. E introduce de manera inevitable nuevos valores y formas de vida que atentan contra la existencia tradicional sudista y que provocan el rechazo abierto de los sectores más tradicionales y atrasados, opuestos a que esas influencias, que tienen contenidos antirreligiosos peligrosos para ellos, pongan en peligro la vieja religión, la *old religion*, y sus viejas y arraigadas tradiciones nativistas y conservadoras. En ese descontento, que une a millones de personas en la defensa de sus valores sociales sustentados en la Biblia, encuentra el fundamentalismo una de las más grandes fuentes de su crecimiento.

Otra de esas cosas favorables es que la creciente injerencia del Estado federal enfrentando conductas generadas por esos valores tradicionales imperantes en el Sur provoca resistencia y en ella también se apoyan, por supuesto, los fundamentalistas para crecer, respaldándola y ganando mucho apoyo popular. Las leyes federales que enfrentan la segregación y las que defienden los derechos de las mujeres constituyen un buen ejemplo, lo mismo que las que defienden la enseñanza laica e intentan, con base en la Primera Enmienda, excluir la enseñanza religiosa específica de las escuelas estatales. Todas ellas generan una enorme resistencia por el tradicionalismo sudista; y en todas esas protestas los tradicionalistas encuentran apoyo firme de los fundamentalistas, afectados también por esa amenazante modernidad. Y esa es otra fuente de crecimiento del fundamentalismo protestante más recalcitrante en el Sur, en ese bien llamado Cinturón Bíblico.

Pero el fundamentalismo, y esto va a ser algo decisivo, descubre que ese cuadro favorable no es suficiente para garantizar su crecimiento y aumento de poder. Y va descubriendo pronto dos cosas esenciales que le servirán para convertirse por fin en una verdadera y creciente fuerza nacional, aprovechando esas condiciones favorables: una, que el camino para utilizar y ampliar eso no es ya el de antes, el de limitarse a la simple prédica sobre temas religiosos hecha en iglesias y universidades, el de la lenta lucha por ganar apoyo político de la derecha más extrema y hacer aprobar leyes contra la evolución, que sigue siendo esencial para ellos, y contra otros odiados enemigos como el sexo libre, la homosexualidad, el lesbianismo, el feminismo y los nuevos derechos por los que vienen luchando las mujeres. El nuevo camino se lo abrirán los nuevos medios masivos de comunicación; dicho en otras palabras, la televisión, que permite llegar en vivo y en directo a millones de personas, llevándoles el mensaje religioso fundamentalista acompañado, por supuesto, de espectáculo, de *show*, de cantos, de distracción, de chismes, de ataques y calumnias contra los enemigos, de todo recurso manipulador que pueda ser divinizado, asociado siempre con Dios y sus mandatos, y así ganarse esas masas y convertirlas en fieles y ciegas seguidoras de lo que se les diga. Y otra, que esos medios también permiten obtener recursos directos de los fieles y ampliar la posibilidad de ganar apoyo político realmente en grande.

Y si el instrumento de poder y comunicación es la televisión, a partir de ahora los nuevos líderes del fundamentalismo van a ser los predicadores televisivos, hombres capaces de convertirse en líderes mediáticos, en conductores carismáticos de grandes masas, en verdaderos ídolos venerados por el pueblo; y también (al menos eso se cree ingenuamente en un principio) más sanos y confiables que los políticos corrientes. Esos predicadores televisivos hablan con Dios, transmiten su mensaje a masas dóciles y abobadas, hacen hasta milagros por televisión, milagros que van perfeccionando con el tiempo, y con ellos se hace más fácil también ganar y masificar el apoyo político necesario que sus iglesias requieren para hacer posible su dominio. De modo que el fundamentalismo empieza a pensar y actuar en grande. El Proceso del Mono parece haber quedado para la historia, ser ya historia, una desagradable historia que es preferible olvidar, aunque no totalmente. Por delante, además, lo que los nuevos fundamentalistas

tienen son nuevos despertares y *revivals*. Y a partir de ahora estos serán mucho más grandes y efectivos que los de antes porque sus promotores serán los líderes religiosos televisivos, todos ellos predicadores, ministros de iglesias fundamentalistas; todos ellos hombres que mueven millones de personas a lo largo y ancho del país y que pueden hacer con esos fieles televidentes lo que quieran. Ello hará que no sean solo miles sino millones de hombres y mujeres los que revivan, sanen y renazcan de esos grandes *revivals* y despertares directamente promovidos y dirigidos desde la televisión.

Tenemos entonces que ver ahora quiénes son esos nuevos líderes religiosos mediáticos, llamados corrientemente televangelistas, cómo aparecen y se hacen ricos y poderosos, y sobre todo cómo actúan. Mencionaré solo los principales y examinaré sus *currícula*, disponibles (aunque bastante embellecidos) en Internet. Aunque también de varios textos escritos disponibles es posible obtener descripciones menos favorables de la conducta de algunos de ellos. En todo caso, por ahora solo los revisaré hasta los años ochenta, década de grandes escándalos que ellos protagonizan o en los que aparecen involucrados. Pero más adelante volveré a ocuparme de ellos.

Mencionaré entonces a Billy Graham, el más famoso y moderado de todos; y luego a Jimmy Swaggart, Jerry Falwell y Pat Robertson, que es de todos el más reaccionario, agresivo y provocador.

Billy Graham

Hoy retirado de los medios por los achaques y los años (murió en febrero de 2018, poco después de salida la primera edición de este libro), Billy Graham fue el primero de esos predicadores fundamentalistas en convertirse en fenómeno televisivo ya desde fines de los cuarenta. Hijo de padres presbiterianos, calvinistas, es baptista del Sur, es decir, calvinista, fundamentalista, pero ha sido siempre moderado y ha pasado, antes de llegar al baptismo, por diversas iglesias protestantes. Se definía como cristiano evangélico. Actuó como predicador o evangelista mediático al menos desde 1950. En 2017 era un anciano enfermo de noventa y ocho años, pues había nacido en noviembre de 1918. Se asegura que es el predicador que ha predicado en persona el evangelio a más gentes. Se calcula que como predicador radial y televisivo se habría comunicado en directo con 2.200 millones de personas.

Estuvo involucrado en política desde fines de los cuarenta, cuando empezó a actuar en radio y televisión. Como sudista apoyó

la segregación racial aunque evitando definirse frente a ella, incluso en pleno movimiento negro por los derechos civiles. Pero poco después empezó a oponerse a la segregación y lo hizo desde entonces.

En 1950 visitó a Truman, pero este declaró que Graham le parecía un hombre falso, solo interesado en ver su nombre en la prensa. Luego fue amigo cercano de Eisenhower y así conoció a Nixon. Graham fue miembro del Partido Demócrata, aunque como amigo íntimo de Nixon, estuvo al lado de los republicanos durante la presidencia de este. Sin embargo, disimuló sus compromisos políticos posteriormente. En 1979 se negó a unirse a la Moral Majority de Jerry Falwell porque la moralidad no podía reducirse al sexo. Ha sido, empero, consejero de todos los presidentes desde Eisenhower y salvo en lo de Watergate, de Nixon apoyó todas sus políticas y crímenes. Respaldó la Guerra Fría, la guerra de Corea, la de Vietnam y la invasión de Irak por Bush hijo, de la cual le pareció que saldría una nueva paz y un nuevo orden del mundo. Eso es, en términos fundamentalistas, lo que en Estados Unidos se llama moderación. Graham se ha declarado siempre enemigo del comunismo, pero visitó Corea del Norte y en 1999 alabó a Kim Il Sung diciendo que era un comunista diferente y que había luchado por la libertad de su país contra los invasores japoneses.

Jimmy Swaggart

Nacido en 1935, Swaggart, considerado después de Graham uno de los grandes del televangelismo, no es calvinista sino pentecostal. Su ministerio televisivo se inicia en 1975 y pronto se convierte en internacional por los millones de personas de todo el mundo que lo siguen. En los ochenta su programa semanal era transmitido por más de tres mil estaciones de cable en numerosos países y era seguido por ocho millones de personas en Estados Unidos y quinientos millones de seres en el mundo. Uno de esos fieles seguidores era, por cierto, Harold Bloom, que así lo admite en su libro *La religión en los Estados Unidos*, en el que se confiesa sincero y ardiente fanático suyo y al que considera el más extraordinario de todos esos televangelistas masivos. Es su opinión. El programa de Swaggart se llama *Un estudio de la palabra de Dios* y Swaggart dirige desde 1984 un seminario, el WEBC o World Evangelism Bible College, en el que forma líderes religiosos y misioneros.

Pese a su simpatía y éxito masivo, Swaggart no dejaba de ser un intransigente fundamentalista que predicaba una religión del

odio mientras se ufanaba en sus programas de salvar cien mil almas por semana. Tuvo serios problemas en sus programas por ataques e insultos reiterados a personas y a grupos musicales que lo demandaron en tribunales, y problemas fuera de su espacio televivivo porque, pese a ser defensor del puritanismo más estricto, quedó en evidencia como hipócrita al ser descubierto en 1988 con una joven prostituta. Ante ese hecho, reaccionó con una habilidad que muchos calificaron de cinismo: en uno de sus siguientes programas se presentó con cara de vergüenza, se arrodilló ante las cámaras gritando que había pecado y que pedía con lágrimas perdón de Dios, pero sin decir nada de prostitutas ni de cuál había sido su pecado. Swaggart calumnió a músicos como Steve Harris y al grupo de *heavy metal* Iron Maiden entre 1986 y 1988, acusándolos de diabólicos. Debió pagar una millonada por esa demanda y otra algo menor a Marvin Gorman, pastor al que también había insultado y calumniado. Después de la historia de la prostituta fue sacado de su programa por un año, pero luego volvió, recuperando su audiencia, que había disminuido un poco luego del escándalo. En 1991 reincidió, esta vez con una prostituta callejera, aunque en esta ocasión no le pasó nada.

Jerry Falwell

Televangelista, baptista del Sur y fundamentalista, Falwell fue un hombre profundamente reaccionario, nacido en 1933 y muerto en 2007. Como religiosopolítico conservador estuvo identificado con el Partido Republicano. Fue pastor de una enorme comunidad religiosa baptista del Sur, fundó la Iglesia de Saint Thomas Road Baptist Church; una academia religiosa, la Lynchbourg Christian Academy en 1976 y la Liberty University en 1971, y fue el cofundador de la Moral Majority en 1979.

Nació en Lynchbourg, Virginia. En 1956 fundó la Saint Thomas Road Baptist Church con treinta y cinco miembros. La iglesia creció en poco tiempo y él comenzó también en ese mismo año su ministerio radiotelevisivo, The Old Time Gospel Hour. En los cincuenta y sesenta se enfrentó a Martin Luther King y a su lucha por los derechos civiles de la población negra y luego a la desegregación racial en las escuelas públicas por el Gobierno federal. La escuela que fundó en Lynchbourg, Liberty Christian Academy, era una academia privada solo para estudiantes blancos. Se oponía a dejar entrar en ella a estudiantes negros con el argumento falaz de

que era una academia cristiana y no una academia segregada. Pero fue forzado a abrirla a estudiantes negros. Apoyó la segregación hasta el final y respaldó a George Wallace en su lucha por impedir el acceso de estudiantes negros a las escuelas y liceos desegregados por el Estado federal. En realidad, su posición además de segregacionista iba contra todas las escuelas públicas; y declaró en 1987:

> Sueño con ver el día en que no haya escuelas públicas, como ocurría en los primeros tiempos de Estados Unidos (porque en las trece colonias las escuelas eran todas religiosas); un día en que las iglesias hayan conquistado esas escuelas y sean los cristianos quienes las manejen. ¡Qué día feliz sería ese!

A diferencia de Swaggart y de los esposos Bakker, Falwell se cuidaba mucho de hacer payasadas y excentricidades en sus programas. Estos eran veneno serio y pronto lograron también una enorme audiencia. En 1979 funda Moral Majority que pronto se convierte, en los ochenta, en el más grande y poderoso *lobby* de grupos de cristianos evangélicos, léase fundamentalistas, de Estados Unidos. Se definía como pro vida, pro familia tradicional, pro moral y pro americano. Apoyó a Reagan y en su elección en 1980 le brindó casi dos tercios de los votos de cristianos evangélicos blancos del país. Carter, que perdió su reelección ante Reagan, candidato del fundamentalismo, denunció que el grupo de Falwell había pagado diez millones de dólares en comerciales en radio y TV del Sur para presentarlo a él, un sudista, como traidor al Sur y para decir que ya no era más un cristiano. Falwell y su Moral Majority apoyaron a los republicanos y a su política, lo que llevó a que Billy Graham se atreviera a hacerle una tímida crítica por apoyar salidas políticas exentas de elementos morales.

Falwell no solo apoyó la guerra contra Vietnam con todos sus crímenes, sino que consideraba que los objetivos políticos del gobierno habían sido limitados porque se debía hacer una guerra total contra el norte del país pues el Presidente de Estados Unidos, «como ministro que es de Dios –dijo–, tiene el derecho a usar armas mortíferas contra quienes, como los comunistas vietnamitas, encarnan el Mal».

Falwell apoyó a Israel, habló de sionismo cristiano y atacó con odio a los musulmanes, defendió el *apartheid* en Sudáfrica y dijo que suprimirlo traería el triunfo de una peligrosa revolución negra apoyada por la Unión Soviética. Condenó siempre la

homosexualidad como prohibida por la Biblia, apoyó la campaña de Anita Bryant «Salvad a nuestros niños», insultó y agredió en sus programas a homosexuales y lesbianas. En 1993 declaró que el sida no era solo un castigo de Dios contra los homosexuales, sino el castigo de Dios a la sociedad que los toleraba. Cuando supo que la conocida actriz y presentadora televisiva Ellen DeGeneres era lesbiana la llamó Ellen *Degenerate*.

Pat Robertson

Nacido en 1930, Robertson es baptista del Sur, fundamentalista, televangelista, empresario, creador y presidente de organizaciones como Christian Broadcasting Network, Christian Coalition, International Family Entertainment Inc. y American Center for Law and Justice. Es también presidente de la Regent University. Milita en el Partido Republicano y todavía conduce el show televisivo *The 700 Club*, que se difunde por las redes dependientes de CBN y por otras redes estadounidenses. Inició su actividad de televangelista en 1960 al instalar en Virginia la CBN. Era una estación pequeña que pronto se convirtió en un canal bien dotado, su programa alcanzó una enorme difusión y él una gran popularidad con sus mensajes religiosos siempre derechistas y fundamentalistas. Recibía donaciones por millones. La CBN montó una red de cableras. Siguió creciendo sin parar. Sacando dinero de sus indefensas víctimas televisivas se hizo multimillonario; y se expresa por su principal programa, *The 700 Club*.

Como fundamentalista, Robertson apoyó desde un principio a los republicanos, su partido. Pero en 1986 anunció que quería ser en la venidera y cercana elección el candidato presidencial de este. Tres millones apoyaron su propuesta y Robertson anunció que había obtenido varios millones de dólares como fondo. Su propuesta, reaccionaria como las de los otros precandidatos, no obtuvo mucho apoyo, quedando en todas las consultas por detrás de Bush, decidiendo al final, como fiel militante, pasarle a este sus votos y volver a su actividad de predicador televisivo.

La intolerancia religiosa de Robertson es proverbial. Ha dicho a sus seguidores que algunas corrientes protestantes alojan el espíritu del Anticristo. Denunció al hinduismo como demoníaco y al islam como satánico. Sus acusaciones contra la homosexualidad han sido permanentes y siempre agresivas, lo mismo que su condena al aborto y al feminismo.

El *modus operandi* de estos predicadores, que es el secreto de su éxito, es digno de ser conocido dados los alcances gigantescos de este, pero también y sobre todo por las trampas, sordideces y estafas que constituyen su sustancia, y que al menos en gran parte han terminado siendo descubiertas y denunciadas. La gran maravilla de este televangelismo no ha sido tanto la atracción masiva de público lograda por el carisma de los predicadores, por su capacidad de conductores de masas apoyada en el poder inmenso de la religión, y sobre todo por el enorme peso de las principales corrientes fundamentalistas protestantes (baptistas, presbiterianos, pentecostales y hasta metodistas) en un país tan domesticado por el embrutecimiento religioso como es Estados Unidos. Si ese carisma hubiese estado dedicado exclusivamente a atraer nuevos fieles para cualquiera de estas corrientes religiosas, no se habría tratado de otra cosa que del hecho de que esas corrientes querían aprovecharse del poder inmenso de esos nuevos medios de comunicación para llegar con ellos hasta millones de personas y captarlas para sus iglesias con un mensaje y un compromiso religioso. De haber sido solo así, la oposición se habría planteado como antes entre quienes, como ellos, querían aumentar el dominio de la religión sobre el pueblo estadounidense y los progresistas y liberales opuestos a ellos, que querían por el contrario fortalecer el laicismo y despertar las capacidades racionales de ese mismo pueblo, adormecidas por la religión.

Pero en este caso el problema era otro porque no se trataba solo de algo político-ideológico, sino esencialmente de algo ético. El problema estuvo y sigue estando en que, exceptuando a Billy Graham, esos predicadores terminaron todos, unos más que otros, aprovechándose de su carisma y prestigio no solo personal sino religioso, reforzado porque eran ministros de sus respectivas iglesias, todas dominadas por el fundamentalismo calvinista, y porque en su calidad de tales podían presentarse ante los ingenuos televidentes como autorizados mensajeros o enviados de Dios. Y aprovecharon ese inmenso poder no sólo para enriquecerse de manera grosera mediante negocios especulativos y estafas de todo tipo y por medio de abundantes donaciones de gente rica que los financiaba, sino sobre todo, y esto es lo más cruel y miserable, explotando los problemas, miedos, enfermedades y dolencias de millones de los más pobres, crédulos e ingenuos televidentes y aprovechándose de ellos para sacarles todo el dinero posible de sus salarios y

modestas cuentas de ahorro, ofreciéndoles a cambio –en nombre de Dios o de Jesús– que entregándole a ellos sus recursos, esa pobreza sería superada o esas enfermedades y dolencias serían curadas, no importando la gravedad que hubiesen alcanzado, aunque se tratase de cánceres avanzados o mortales.

Y a diferencia de lo que sí debieron hacer esos primeros predicadores mediáticos, como el estafador Hakeem Abdul Rasheed o el predicador baptista-pentecostal-metodista Oral Roberts, ellos no tuvieron que hacer milagros directos ante las cámaras, lo que exigía forzosamente en esos casos complicidades abiertas de los supuestos sanados o trampas diversas y a menudo chapuceras. No, estos nuevos predicadores fueron protagonistas y creadores de una verdadera genialidad digna del Salón de la Fama de la Estafa. Crearon el milagro masivo que en lugar de hacer en forma directa la curación del paciente ante las cámaras, se hacía a distancia, desde el estudio televisivo, con varios anónimos pacientes que eran parte de los miles o millones de televidentes del programa; milagro curativo que el predicador, siempre a nombre de Dios, de Jesús o del Espíritu Santo, ordenaba que tuviese lugar a distancia para que más adelante el paciente que había sido curado, o que había obtenido dinero para el pago de una deuda impagable, apareciera días más tarde, feliz, ante las cámaras, convocado al programa por los asistentes del predicador para dar fe de que por orden de Dios el milagro a distancia había ocurrido.

En su ya citado estudio, el conocido antropólogo estadounidense Marvin Harris nos ha dejado varias antológicas descripciones del *modus operandi* de algunos de los más representativos y famosos de esos predicadores. Habla allí, entre otros, de los esposos Bakker, de quienes me ocuparé más adelante, de Oral Roberts, Jerry Falwell y Pat Robertson.

Oral Roberts sigue siendo primitivo y algo menos tramposo. Harris lo muestra necesitado de 50 millones de dólares para terminar un complejo hospitalario, The City of Faith Medical and Research Center (La Ciudad de la Fe), que había estado construyendo cerca de Tulsa, Oklahoma (Roberts era descendiente de indígenas de ese estado) y en el que trataba de ayudar a los pobres. Lo que se le ocurrió para obtener los dólares fue aparecer ante las cámaras con un gran pedazo de tela que él decía que era milagrosa, capaz de producir al tenerla entre las manos algo como un calor sobrenatural, muy fuerte y de origen divino. La hizo cortar

en varios miles de pequeños trozos y los vendió a los televidentes seguidores de su programa a cambio de acciones de su ciudad milagrosa y del derecho a obtener milagros especiales. Honesto o tramposo, esto resulta ingenuo comparado con las estafas que siguen, como la de Jerry Falwell en una suerte de atraco televisivo a distancia pidiéndole a sus millones de fieles, en su programa *La hora del Evangelio de siempre,* que le entregaran la décima parte de sus ingresos.

Pero el maestro en este campo es Pat Robertson. Harris lo muestra en uno de sus programas rezando arrodillado y con las manos elevadas hacia el cielo. En su oración ante los televidentes Robertson exclama: «¡Oh, Señor, cura los cánceres ahora mismo! ¡Gracias te damos, Jesús! Gracias te damos, Señor. Ayúdanos en las necesidades financieras ahora mismo ¡En el nombre de Jesús! ¡Gracias te damos, Señor!».

Luego se levanta y se dirige a los televidentes para mostrarles el resultado de sus plegarias, resultado que nadie puede ver pero que él sabe que está ocurriendo. Y exclama emocionado:

> Hay una mujer en Kansas City que tiene sinusitis. El Señor se la está curando en este momento. ¡Gracias te damos, Jesús! Hay un hombre con una necesidad económica, creo que cien mil dólares. En este momento se está satisfaciendo esa necesidad y dentro de tres días se le facilitará el dinero mediante el milagroso poder del Espíritu Santo. ¡Gracias te damos, Jesús! Hay una mujer en Cincinnati con cáncer en los ganglios linfáticos. No sé si ya le ha sido diagnosticado, pero no se encontraba bien y el Señor está disolviendo el cáncer, ¡ahora mismo! Hay una señora en Saskatchewan postrada en una silla de ruedas, con encorvamiento de la columna vertebral. El Señor la está enderezando en este momento. ¡Usted puede levantarse y caminar! Solo con pedirlo lo conseguirá. ¡Levántate y anda! ¡Gracias te damos, Jesús! ¡Amén, Amén!

De inmediato arrancan a repicar los teléfonos del estudio y empiezan a reportarse resultados milagrosos como los esperados. Y como comenta Harris, no se trata de una vulgar trampa. Es una trampa genial. Entre los millones de televidentes seguidores del programa debe haber una mujer en Kansas City con sinusitis, un hombre (Robertson tuvo la prudencia de no decir dónde, de modo que puede ser en cualquier parte de Estados Unidos o Canadá) que necesite cien mil dólares, una mujer en Cincinnati convencida de que tiene cáncer en los ganglios linfáticos sin que se lo hayan

diagnosticado (signo de que seguramente no lo tiene), y una mujer en Saskatchewan en silla de ruedas, pero Harris añade que «seguramente puede arreglárselas para enderezarse y por lo menos andar hasta el teléfono».

La estafa de los Bakker es más burda y resultó más escandalosa, mientras la de Robertson, más sutil e inteligente y repetida con naturalidad a diario, pasaba por normal y Robertson jamás debió responder nada por ella. La información sobre el escándalo asociado con el nivel de vida, las estafas y los escándalos sexuales de los Bakkers se encuentra disponible en Internet pero está algo mejor descrita y muy bien analizada por Karen Armstrong. En lo que sigue, para describirla y comentarla, me baso en ambas fuentes y agrego comentarios propios.

Los Bakker, Jim y Tammy, eran una pareja de origen humilde pero con ganas de ascender, ambos creativos y afortunados; y el televangelismo los convirtió, en pocos años, en famosos y extremadamente ricos. Jim, nacido en 1940, en un pueblo de Michigan, conoció a Tamara Faye, dos años menor que él, en 1960 en un seminario religioso en el North Central Bible College. Ella trabajaba en una *boutique* y él en un restaurante. Se casan y en Carolina del Sur ambos comienzan a trabajar para Pat Robertson, cuya CBN apenas levantaba cabeza. Los Bakker fundan *The 700 Club*, programa pronto exitoso que termina en poder de Robertson y crean para él otro que es una suerte de teatro religioso de títeres. A mitad de los años setenta se separan de Robertson y crean su exitoso programa Praise the Lord (PTL) y se hacen ricos y populares. Ella daba al programa el toque sentimental y cantaba. Se mostraba además tolerante con el sexo, con la homosexualidad y con las víctimas de sida, algo excepcional entre esos televangelistas puritanos. Su riqueza aumenta con su evangelismo comercial y llegan a crear un parque temático religioso que más se parece a Disney World que a una iglesia cristiana. Carecen de toda ética religiosa y logran acumular muchísimo dinero, lo que les permite llevar un escandaloso y despilfarrador tren de vida que empieza a llamar la atención, a suscitar críticas y a levantar serias sospechas sobre ellos y sus negocios. El PTL colapsa para ambos en 1987, al descubrirse por obra del predicador Jimmy Swaggart, que con su odio usual lo delata y agrede en forma insultante, que Jim ha debido pagar 287.000 dólares por el silencio de Jessica Hahn, su secretaria, que reclamaba que Jim la había drogado y violado mientras este negaba la acusación

y la inculpaba ella de haber consentido la relación sexual. Pero de todas formas hubo que pagarle el dinero. Mientras tanto, Tammy, enamorada locamente del cantante popular Gary Paxton, se había escapado con él y abandonado a Jimmy. Pero pronto regresó a su lado. La denuncia llevó a poner en evidencia la vida rica de los Bakker, sus ingresos, gastos derrochadores y posesiones estrafalarias, como una casa costosísima frente a la playa en California recargada de lujos ostentatorios como bañeras de oro y una perrera dotada de aire acondicionado. Pero eso no era todo, porque al Estado federal le llegaron bien fundamentadas denuncias de fraude.

El escándalo se hace así mayor y más peligroso. Jim Bakker renuncia a PTL y para salvarlo le pide a Jerry Falwell que asuma el control en forma provisoria y este acepta. Pero pronto Jim acusa a Swaggart, su denunciante, de estar negociando con Falwell para quedarse con el exitoso PTL. Entonces se descubre que Swaggart ha tenido relaciones sexuales con una joven prostituta que acaba de vender su historia contando que Swaggart tiene gustos sádicos. Y Falwell, indignado porque Bakker lo ha acusado de estar negociando con Swaggart la venta de PTL, se venga de Bakker presentando en público el testimonio jurado de varios hombres que aseguran haber tenido relaciones homosexuales con él. Además, muestra una nota en la que Tammy, su esposa, exigía para guardar silencio en lo tocante a Jessica Hahn, que se le asegurase de lo que aún quedaba de PTL 300.000 dólares anuales a Jim y 100.000 a ella más la lujosa casa de 400.000 dólares y otras prebendas. Y mientras el escándalo llega al tope, Jim es sometido a juicio por fraude y condenado al pago de una gruesa multa y a cuarenta y cinco años de cárcel. Poco después, Tammy termina casándose con Roe Messner, un millonario que ha sido socio de Jim en sus no siempre limpios negocios.

Como es de esperar, esta sórdida y novelesca historia que muestra al país la corrupción de los Bakker, el odio profundo y las agrias rivalidades que caracterizan las relaciones entre unos predicadores que más parecen empresarios feroces que amistosos hombres de Iglesia –porque lo cierto es que, pese a su condición religiosa, están mucho más cerca de los primeros que de los segundos–, constituye un verdadero golpe noble contra el prestigio del fundamentalismo y contra esos fraudulentos predicadores religiosos que son más estafadores, mentirosos, farsantes y ladrones que cualquier otra cosa.

Sin embargo, aunque esos escándalos causan inevitable daño a los fundamentalistas y les dan armas a sus adversarios liberales, no ocurre esta vez lo que sucedió con el Proceso del Mono. El poder de la televisión es enorme, la adicción y embrutecimiento de los televidentes todavía más grande, y los fundamentalistas se recuperan pronto, a veces con los mismos líderes televisivos (y hasta Jim Bakker que, gracias a una exitosa apelación, ve su condena reducida a solo ocho años, regresa a la televisión como predicador, aunque esta vez a una escala menor en una modesta televisión de estado). En otros casos, los fundamentalistas descubren y ponen de moda a nuevos predicadores que hacen lo mismo, aunque teniendo más cuidado, y que ganan apoyo masivo mientras tratan de evitar que se descubran sus inevitables trampas.

Luchas y avances recientes

Si algo hay que reconocerle al fundamentalismo, en cualquiera de sus formas, es su terquedad e insistencia en encontrar recursos y caminos, religiosos y políticos, para imponerse sobre el conjunto de la sociedad y sobre el cuadro religioso del que forma parte. Y el fundamentalismo estadounidense es un buen ejemplo de ello. Mientras enfrentan y tratan de tapar el vergonzoso escándalo causado por fraudes como el de los Bakker, los fundamentalistas de Estados Unidos en ese mismo final de los años setenta y en la década siguiente siguen luchando por imponer la inerrancia e infalibilidad de la Biblia como verdad absoluta, mientras reactivan su batalla contra la teoría de la evolución, que se ha seguido imponiendo poco a poco en la enseñanza, y que sigue siendo para ellos el principal enemigo ideológico de su antimodernismo radical. Aprovechando por una parte el enorme poder que conservan entre teólogos y estudiosos bíblicos en institutos y universidades religiosas del país, y por otra el no menos influyente poder religioso y político con el que cuentan en algunos estados, van a promover la publicación y difusión de un documento que, como los *Fundamentals* de principios de siglo, proclame ante el mundo esa inerrancia bíblica, y también llevarán a cabo un nuevo intento de imponer la versión bíblica de la Creación en las escuelas públicas.

El tema de la inerrancia bíblica fue resultado de un congreso o conferencia de más de doscientos líderes evangélicos, es decir, fundamentalistas, calvinistas, en su mayoría teólogos, ministros religiosos, profesores y estudiantes de la Biblia que se reunieron en

Chicago en octubre de 1978. La conferencia, una verdadera demostración de fuerza del fundamentalismo en su lucha contra la crítica bíblica, a la que ellos llamaban concepción o «lectura liberal del texto bíblico», fue promovida y organizada por el International Council on Biblical Inerrancy (ICBI) , dominado por los baptistas. Esos líderes religiosos centraron las discusiones del encuentro en el tema de la inerrancia bíblica, esto es, en la idea de que no hay ni puede haber errores en el texto bíblico original, que por supuesto no existe, pero del que para esos teólogos sí existen antiguas versiones confiables a las que en forma abusiva llaman *manuscritos originales*. Los teólogos bíblicos fundamentalistas saben que defender la inerrancia del texto bíblico atándose a su lectura literal estricta los puede llevar a hacer el triste papel que hizo Bryan en el Proceso del Mono, como decir que los peces se ahogaron en el Diluvio; de modo que prefirieron evitarlo, aun con los manuscritos que consideran originales, e hicieron que esa inerrancia no fuese incompatible con lecturas interpretativas o figurativas del texto bíblico mientras estas no se alejasen demasiado de lo literal.

Como se ve, esa inerrancia bíblica no deja de ser problemática incluso para teólogos y estudiosos fundamentalistas como ellos. Pero en ese caso, lo añadido a la proclamación del concepto de inerrancia es letra pequeña, de modo que a los fieles seguidores que no son especialistas ni teólogos esa declaración de inerrancia los ata con fuerza a una lectura literal y no interpretativa del texto bíblico.

Es algo parecido a lo que le ocurre a los católicos con la infalibilidad del papa. Pío IX, proponente de la idea ante el Primer Concilio Vaticano, reunido en 1870, ante las dudas y la fuerte resistencia que su propuesta provocó, debió aceptar reducir esa infalibilidad a lo que el Papa dijera hablando *ex cathedra*, sentado en la supuesta silla de San Pedro, es decir, solo al hablar del dogma cristiano. Pero para el común de los católicos, que ignoran por completo eso y que de saberlo les resultaría una sutileza incomprensible, el Papa es infalible siempre, y como obedientes ovejas que son, todos lo aceptan sin vacilar y jamás lo discuten. Así, el resultado final de ese encuentro fundamentalista fue la llamada Declaración de Chicago, Chicago Statement on Biblical Inerrancy, emitida en octubre de 1978 y firmada por los más de doscientos asistentes al evento; declaración que expone los detalles del tema, que no voy a comentar porque no añade al fundamentalismo nada nuevo, y porque puede leerse en versión digitalizada en Internet.

Es en esos mismos años ochenta que los fundamentalistas replantean el tema de la teoría de la evolución, como habían hecho antes del Proceso del Mono, y que de nuevo lo hacen en el inefable Sur del país. Pero en Estados Unidos los tiempos habían cambiado, incluso para el Sur, y por eso la actitud que asumieron para tratar de imponer su dogma bíblico fue más inteligente en apariencia, menos absolutista que la asumida por ellos en la anterior década de los veinte, lo que los obligaba a adoptar una política defensiva. En efecto, ya no podían evitar que en las escuelas públicas se siguiera enseñando la teoría de la evolución. Y para no caer en una disputa entre ciencia y religión en la que iban a ser derrotados, esta vez con más razón, evitaron repetir sus argumentos religiosos del pasado: que la teoría de la evolución no era más que una hipótesis, discutible y dudosa, atea, mientras que el relato verdadero era el bíblico por ser la palabra sagrada de Dios y porque no hacía del hombre un mero y triste mono lampiño producto de una más que discutible evolución, sino un ser superior, único, creado de una vez por Dios, que aloja la chispa divina que el propio Dios le transmitió al recién creado Adán insuflándosela en la boca con su aliento.

Aunque esa era su creencia, ya no era posible plantear la discusión en esos términos. Prefirieron plantearla en términos de ciencia. En su propuesta aceptaban entonces, tragando duro, que el darwinismo sí era una hipótesis científica, pero, eso sí, que ello no lo convertía en única verdad, porque el creacionismo bíblico también era hipótesis científica, y con igual o mayor valor y posibilidades de ser cierta. Lo que reclamaban entonces era que al lado de la teoría darwinista se enseñase también en las escuelas el relato bíblico, la «ciencia bíblica de la Creación», como ahora preferían llamarla. Y no solo exigieron eso, sino que plantearon lo que llamaban «el derecho a la igualdad», esto es, que el tiempo que se dedicara a enseñar la teoría científica evolucionista fuese igual al que se les diera a ellos para exponer la ciencia creacionista bíblica. Así y solo así, decían, los estudiantes podrían con conocimiento de causa escoger la que prefirieran entre ambas teorías (confiando ellos, por supuesto, que trayendo ya como traían al liceo la enseñanza religiosa que les brindaran antes sus padres y los ministros de la Iglesia a la que asistían, las probabilidades de que esos estudiantes eligieran el relato bíblico serían mucho mayores).

Es dentro de estos parámetros y siempre en el Sur, aunque esta vez no en Tennessee sino en Arkansas, que los fundamentalistas promueven en 1981 el proceso judicial que terminó siendo bautizado por la prensa como Segundo Proceso del mono o Segundo caso Scopes. Habían hecho aprobar una ley, la Ley 590, que permitía enseñar en las escuelas públicas del estado la llamada «ciencia de la Creación» al lado de la teoría de Darwin, dándoles el mismo tiempo de exposición a ambas. Y otra vez fue la ACLU la que demandó la anulación de la Ley porque violaba la Primera Enmienda. Una de las cosas curiosas de este juicio fue que entre los que apoyaban la Ley había muchos científicos, mientras que entre los que se oponían a ella hubo muchos clérigos, aunque no fundamentalistas. También hubo científicos opuestos a la Ley, como el famoso Stephen Jay Gould. El juicio se prolongó por cuatro años y en 1985 el juez de la causa, William Overton, le dio la razón a la ACLU porque la «ciencia de la Creación» no era una teoría científica alternativa a la teoría de la evolución sino una doctrina religiosa relativa al Dios bíblico cristiano y al relato del Génesis, por lo que la Ley 590 era inconstitucional al tratar de imponer la religión en una escuela estadal. En Louisiana se había presentado también en 1981 una demanda contra otra ley del mismo corte impuesta por los fundamentalistas; y en ese mismo año 1985 un tribunal de apelaciones declaró inconstitucional esa otra ley[4].

Por cierto, un año antes, en 1980, tuvieron lugar las elecciones presidenciales que ganó Ronald Reagan, candidato apoyado por el fundamentalismo. En su campaña, Reagan secundó la idea de exponer ambas teorías en las escuelas del Estado, lo que le ganó muchos adeptos de extrema derecha para ganar las elecciones y la Presidencia. Pero luego, sin dejar de ser fundamentalista, abandonó el polémico tema y hasta se presentó en TV con *Bonzo*, el chimpancé que lo había acompañado décadas atrás en una de sus películas. Y se mostró en esa entrevista hablando muy bien de la inteligencia del simpático aunque envejecido simio. La verdad es que en mi opinión, la teoría de la evolución no salió muy bien parada de este espectáculo porque el chimpancé parecía más inteligente y evolucionado que ese hombre mediocre, reaccionario y genocida que era Reagan. Y los fundamentalistas tampoco salieron ganando porque en el más que hipotético caso de que hubiese habido en esa ocasión una chispa divina flotando en el ambiente, esta seguramente le habría tocado a *Bonzo* y no a Reagan.

Luego de estas derrotas y escándalos, el fundamentalismo parece otra vez perder impulso y reducir en algo su presencia. Pero lo cierto es que aunque por años parezca perder fuerza, siempre renace de sus cenizas como el fénix del antiguo Bestiario, porque tiene una base permanente y extensa en esa sociedad religiosa y bíblica que es la sociedad estadounidense, que son sus ciudadanos y sus líderes políticos y religiosos. El hecho es que el fundamentalismo es componente estructural de la religión estadounidense, de sus corrientes protestantes. Y cómo no serlo de manera estructural y permanente en un país como Estados Unidos en el que resulta impresionante la cifra de habitantes adultos que considera a la Biblia como única fuente del saber; que cree que el mundo fue creado en siete días; que Dios provocó el Diluvio Universal; que la Tierra es plana; que Josué paró el sol, es decir, que el sol gira alrededor de la Tierra; que Jonás fue tragado y vomitado por la ballena, y una larga secuencia de disparates similares, todos expuestos como verdades absolutas en el Viejo Testamento, el judío, para no mencionar ahora los del Nuevo Testamento, el cristiano, y en particular los del Apocalipsis, que entre otras cosas dice que cuando llegue el fin del mundo las estrellas del cielo caerán sobre la Tierra como caen los higos, frutos de la higuera, cuando esta es sacudida por un fuerte viento.

De modo que vemos otra vez al fundamentalismo cobrar nuevas fuerzas y protagonismo luego del 11 de septiembre de 2001. Y ese poder y esa fuerza siguen vivos, formando parte activa tanto de la política interna como de la política internacional de Estados Unidos.

En los días siguientes al 11 de septiembre los principales televangelistas, como Jerry Falwell y Pat Robertson, siempre escuchados y seguidos por los fundamentalistas, siempre capaces de alcanzar en Estados Unidos audiencias masivas de millones de personas, fijaron posición sobre lo ocurrido. Vale la pena recordar sus declaraciones y lo que ha sido la parte más reciente de sus currícula.

Falwell estuvo en el programa de Pat Robertson, *The 700 Club*, en donde declaró:

> Creo que los culpables son los paganos, los partidarios del aborto, las feministas y los gays y lesbianas que tratan de convertir su forma de vida en una alternativa válida. Igual culpa tienen la ACLU y todos los que han tratado de secularizar América. Apunto mi dedo hacia sus rostros y les digo: «Ustedes contribuyeron a que ocurriera esto».

Y añadió que por haberlo permitido, «América se lo merecía», frase de la que después se vio forzado a decir que se arrepentía de haberla pronunciado.

Robertson fue igualmente contundente. A raíz del 11 de septiembre, invitado por Jerry Falwell a su programa («tú me invitas a mí al tuyo y luego te invito a ti al mío»), coincidió con este en que los homosexuales y lesbianas, lo mismo que la ACLU y los grupos feministas, habían sido los culpables del ataque contra las torres del World Trade Center neoyorkino. Y ya en una ocasión anterior, en agosto de 1993, había hecho en su programa esta declaración en relación a las feministas:

> El programa feminista no trata de la igualdad de derechos para las mujeres. Se trata de un movimiento político socialista y antifamilia que incita a las mujeres a abandonar a sus maridos, matar a sus hijos, practicar la brujería, destruir el capitalismo y hacerse lesbianas.

Esa misma tónica la ha mantenido en años más recientes: Robertson, que apoya en todo a Israel y que se autocalifica de sionista cristiano, se indignó cuando en 2005 Ariel Sharon debió retirarse de la Franja de Gaza y suspender, por lo pronto, la matanza de palestinos. Y cuando tiempo después Sharon sufrió un accidente cerebrovascular que lo paralizó, aseguró que lo que le había pasado era castigo de Dios por haber dividido la Tierra Prometida de Israel, tierra divina, tierra del propio Dios. Y hasta los sionistas israelitas tuvieron que protestar (por supuesto hipócritamente) contra esta declaración.

También dijo que las muertes causadas en Nueva Orleans por el huracán Katrina eran castigo de Dios a Estados Unidos por su política tolerante con el aborto. Y en 2010 aseguró que el destructor terremoto que había golpeado a Haití era un castigo de Dios contra los haitianos por haber hecho un pacto con el diablo para lograr su independencia. Robertson es un claro agente imperialista, cómplice y defensor de todos los crímenes del gobierno estadounidense. Como fiel seguidor de Reagan y defensor de sus crímenes, fue uno de los que financió a la Contra nicaragüense. Y el 22 de agosto de 2005 habló en uno de sus programas de *The 700 Club* de asesinar al presidente venezolano Hugo Chávez: «En vista de que Chávez piensa que nosotros estamos intentando asesinarlo, yo creo que deberíamos de una vez atrevernos a hacerlo. Eso nos saldría menos caro que iniciar una guerra». El escándalo

que se armó lo obligó a rectificar en cuanto al asesinato, pero no le impidió seguir diciendo que en lugar de asesinar a Chávez había otras formas de sacarlo del poder, como secuestrarlo utilizando un comando; y tampoco de seguir acusando a Chávez de estar aliado con terroristas como Carlos, haber ido a Irán a buscar tecnología nuclear y presentar a Sadam Hussein y a Fidel Castro como sus amigos. Lo siguió acusando de intentar derrocar a los gobiernos democráticos de América del Sur, empezando por el colombiano. Y para concluir, añadió que después de todo no era nada grave que se creyera que él había apoyado la idea de matar a Chávez, porque un pastor protestante alemán llamado Dietrich Bonhoeffer había apoyado en 1944 el intento de asesinar a Hitler.

Aunque fueron criticados por sus excesos y por algunas frases demasiado agresivas, lo cierto es que estos personajes de extrema derecha, predicadores del odio, la xenofobia y el racismo, se movían como peces en el agua en ese nuevo ambiente de odio, de mccarthismo, de histeria racista y xenofóbica apoyada por la religión que se impuso en Estados Unidos a partir del 11 de septiembre de 2001. Con Bush hijo se desataron esas furias. A cambio de ofrecerle supuesta seguridad a la asustada ciudadanía se sacrificó lo que sobrevivía de democracia y de libertades personales en esa plutocracia imperial que es el sistema político estadounidense, imponiéndole a una población pasiva y domesticada una secuencia de leyes represivas y violadoras de derechos esenciales consagrados en la Constitución del país. Y en términos más estrictamente fundamentalistas, George W. Bush rechazó también el evolucionismo y revivió la teoría del «diseño inteligente» como si se tratase de una teoría científica que debía enseñarse en las escuelas públicas para competir con el darwinismo evolucionista laico y ateo, siendo que esa teoría ya había sido rechazada por la Corte Suprema cuando se intentó imponerla en algunas escuelas del Sur en 1989.

En pocas palabras, ese diseño inteligente o ciencia de la creación es una teoría pseudocientífica cuyo argumento central es que en el universo, y más aún en el mundo de los seres vivos, existen demasiados elementos que hacen pensar en un plan divino obra de un Ser Organizador que aunque los defensores de esta teoría evitan designarlo por su nombre, no es otro que el del viejo y terco Yahveh, el mismo dios judeocristiano de otras veces. Esos elementos apuntarían a lo sagrado y no podrían ser reducidos a simple obra de la selección natural de que hablara Darwin y de la que en

la actualidad siguen hablando, tratando de perfeccionarla, los evolucionistas más modernos. En dos platos, se trata no de una teoría científica sino de una teoría religiosa que ofrece, mejorados y disfrazados de ciencia, los mismos argumentos del fundamentalismo de siempre para defender la validez de la misma creación bíblica. Bush hijo trató de hacer que se enseñara de nuevo en las escuelas públicas, pero en 2005 de nuevo un tribunal, esta vez estadal pero apoyado en las decisiones previas de la Corte Suprema a ese respecto, impidió que se hiciera, porque chocaba con lo establecido en la Primera Enmienda de la Constitución.

Faltaría, sin embargo, para terminar este análisis del fundamentalismo protestante estadounidense, tocar un tema que es central y que hasta el presente no he mencionado. Se trata de la dimensión internacional, es decir, de la forma en que el fundamentalismo estadounidense se proyecta al mundo entero, revelándose así, para quien se arriesgue a analizarlo sin prejuicios, que ese fundamentalismo no solo tiene una poderosa incidencia en la política interna de Estados Unidos, sino que es el corazón mismo de su política exterior y el determinante fundamental de los rasgos y objetivos de esa política.

El conocido sociólogo noruego Johan Galtung es autor de un pequeño y valioso libro: *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*, editado en español en 1999, que va al fondo de este problema y que constituye un interesante análisis del asunto. Pero no voy a tocar este tema ni a hacer comentarios sobre él ahora. Y no voy a hacerlo por tres razones: la primera es porque el análisis del fundamentalismo estadounidense que he hecho en este ensayo ha rebasado ya la extensión que me había propuesto. La segunda, porque el tema introducido por Galtung toca la política exterior estadounidense y mi intención en este ensayo ha sido limitarme al papel que desempeña el pensamiento fundamentalista en la religión, en la vida cotidiana y en la política interna de Estados Unidos y no en su política exterior, por importante que sea y es esta última. Y la tercera, porque voy a tocar ese tema y a referirme a los planteamientos de Galtung en otro capítulo de este libro.

De modo que en lo que sigue, retomaré el comentario que inicié al comienzo de este capítulo acerca del calvinismo y paso a examinar la poderosa influencia que este desempeña en la vida estadounidense, influencia relacionada en forma estrecha con la

íntima relación que guardan en lo religioso y en lo político calvinismo y fundamentalismo.

El calvinismo en la vida cotidiana estadounidense

Creo que de lo que hemos visto y comentado a lo largo de estos dos capítulos dedicados a examinar el inmenso papel que desempeña la religión en la sociedad estadounidense, ha quedado clara la influencia del calvinismo en esa sociedad, aun si ninguna de las tantas iglesias, corrientes y sectas de todo tipo que llenan el panorama religioso de Estados Unidos lleva el nombre de calvinista. Al comienzo de este segundo capítulo vimos el porqué de la ausencia de ese nombre. Pero ya en el primero, al describir origen, raíces, creencias y prácticas usuales de esas diversas religiones que llevan otros nombres, ninguno de los cuales hace la menor referencia a Calvino, encontramos a menudo que en las principales de ellas –como entre baptistas, metodistas, presbiterianos y congregacionalistas–, y también en otras menores (como adventistas y Testigos de Jehová), algunas ideas del calvinismo, ya sea este gomarista o en menor grado arminiano, no dejan de estar presentes. Y que en el caso de las Iglesias principales son las que las dominan. También vimos que en su origen, prácticas y desarrollo el fundamentalismo ha estado asociado de manera muy estrecha a ese pensamiento y a esas ideas calvinistas o que remiten al calvinismo más riguroso.

Pero lo que quiero examinar ahora no es ya la poderosa incidencia del calvinismo en esas Iglesias mencionadas y en el propio fundamentalismo, que han marcado la historia religiosa de Estados Unidos, sino la incidencia de las ideas calvinistas en la conducta usual y en la valoración misma de la vida cotidiana de la mayor parte del pueblo estadounidense, aun si, como es frecuente, este no tiene del todo claro la procedencia de esas ideas y normas de conducta que, sin dejarle elegir otro camino, son las que condicionan y modelan su vida diaria.

El calvinismo, producto del progresivo enfrentamiento de las sucesivas ideas de Calvino con las de luteranos y católicos, es la más radical de las dos grandes religiones nacidas de la Reforma protestante del siglo XVI; y es también, sin la menor duda, la más dogmática, depurada y pesimista de ambas. Dogmática por basarse en unos principios absolutamente cerrados y rigurosos, incluso más cerrados que los de otras corrientes protestantes.

Depurada porque, al menos en su versión original, temprana, es la más simple y sencilla de las dos grandes religiones protestantes (luterana y calvinista) en cuanto al modo de vida estricto y sobrio que propugna entre sus fieles, y a la sobriedad de sus ritos y su culto. Pesimista, en fin, porque su teoría de la predestinación, de la gracia divina y de los marcos que impone a la salvación humana son tan limitantes y reducidos que no merecen otro nombre.

El calvinismo que, como dijimos, prefiere llamarse *religión reformada* por sus diferencias con el luteranismo, es una religión de la gracia, de la salvación, de la simplicidad institucional (es una religión barata, como decían Marx y Engels) y también es la religión de la reevaluación en términos favorables de la actividad económica, del interés comercial y hasta de la usura.

Desde Calvino, y ratificados en 1619 por el Sínodo de Dordrecht (ciudad holandesa mejor conocida como Dort), el calvinismo se basa en cinco principios religiosos fundamentales. En inglés, al menos desde 1905, por obra de Cleland Boyd McAfee, ministro estadounidense de la Presbyterian Union, se suele organizarlos como recurso mnemotécnico, de modo que de la sucesión de las iniciales de cada punto resulte la palabra TULIP, que en inglés significa tulipán y que hace sin duda alusión a Holanda, famosa por el cultivo de estas hermosas plantas de bellas flores, el cual por cierto se estaba introduciendo en el País Bajo en las primeras décadas del siglo XVII. Así puede leerse:

Total Depravity of man,
Unconditional Election by God of Saints,
Limited Atonement of Christ sacrifice,
Irrestible Grace,
Perseverance of the Saints.

Pero esto no deja de ser engañoso porque detrás de ese hermoso acróstico del nombre de una bella flor, se oculta una visión terrible y pesimista del destino humano, visión que poco tiene que ver con flores. En español, los cinco puntos serían los siguientes:

I. La depravación del hombre es total. El calvinismo parte de la idea de que la caída del hombre en el Paraíso fue total porque la desobediencia de Adán fue un monstruoso crimen contra Dios. Para Calvino el hombre es por naturaleza pecador, y desde que cometió ese horrendo pecado

está depravado, muerto en forma definitiva. Es decir que no tiene salvación alguna si cree que esta depende de sí mismo y de sus obras.

II. La elección de Dios es incondicional. El calvinismo proclama que ese hombre depravado y muerto solo puede salvarse si Dios lo elige para salvarse. De lo contrario está perdido. Esa elección divina es incondicional, es elección de Dios y depende solo de su soberana voluntad. No hay que buscar otra explicación. Es más, se trata de una elección que Dios ha hecho desde el principio de los tiempos, de una vez y para siempre, de modo que de los seres humanos, desde antes de nacer, unos están destinados por Dios a salvarse y otros a condenarse; y eso es irreversible, es decir, nada puede cambiarlo, y no requiere explicación humana porque es decisión de Dios que no tiene por qué dar a los hombres, malos y pecadores, explicación ninguna de sus actos.

III. La expiación mediante el sacrificio de Jesús es limitada. Para el calvinismo este punto es central, aunque otras religiones protestantes, incluidos los renuentes arminianos, lo condenan. El punto se refiere a Jesucristo y a la redención. Lo que el calvinismo afirma es que Jesús no se sacrificó en la cruz para salvarse él solo ni tampoco para salvar a toda la humanidad, sino que se sacrificó por orden de Dios para salvar solo a algunos hombres, que son los elegidos. Por eso se habla de expiación limitada.

IV. La gracia divina es irresistible. El calvinismo reitera que el hombre no puede salvarse por sí mismo ni por sus buenas obras. La salvación del hombre es decisión libre de Dios, solo Dios puede salvarlo, y lo ha hecho por medio del sacrificio de Jesucristo, que ha perdonado el pecado de Adán. Pero no para todos, solo para los que han recibido desde el principio mismo de los tiempos Su gracia, la gracia de Dios. Así, a los que van a salvarse Dios les otorga la gracia; y esa gracia es irresistible porque esos hombres están predestinados a salvarse y no pueden eludir la gracia divina ni pueden tampoco apartarse o desviarse del camino de la salvación en el que Dios los ha colocado.

V. Los santos irremisiblemente perseveran en la gracia. Los elegidos, los santos, son pues perseverantes y pueden mostrar esa perseverancia en el Bien mediante la fe y las buenas obras, pero estas serían inútiles sin la gracia y la elección divina. Dios los ha elegido, son santos, y para fortalecer su fe les da en vida señales favorables de esa elección, de que son elegidos. Y el éxito económico es una de ellas, quizás la principal.

Así pues, esos son sus principios religiosos: la idea de predestinación; la de que no todos pueden salvarse; la de que la fe y las buenas obras son útiles solo para los elegidos; y la de que Dios da a esos elegidos salgunas señales de que lo son. Y de ellas, de hecho la principal es la relación entre el éxito económico y la predestinación a salvarse; y por ende, la relación contraria que de ella se deriva como su otra cara, esto es, la que existe entre el fracaso personal y la condena eterna.

El arminianismo solo atenúa esta visión dura, selectiva y extrema en lo tocante a la predestinación, a la limitación de la gracia y a la reducción de los alcances salvíficos del sacrificio de Cristo en la cruz, pero ello no cambia lo esencial de la salvación y la condena ni de las señales favorables, sobre todo económicas, que ofrece Dios a los predestinados.

Es cierto que el calvinismo, en su forma puritana, fue la religión fundante de la sociedad estadounidense desde el inicio de los tiempos coloniales. Fue la religión de los sacralizados Padres Peregrinos, los fundadores de la colonia norteña de Nueva Inglaterra, en la que el puritanismo calvinista dominante impuso una sociedad de corte teocrático en que se persiguió toda disidencia, se hizo huir a partidarios de mayor libertad religiosa y separación de Estado e Iglesia como fueron Roger Williams y luego los cuáqueros; se quemó a mujeres como Mary Dyer y se organizaron cazas de brujas como la de Salem en 1692. El calvinismo se fue difundiendo después por medio de la aparición de nuevas religiones como la presbiteriana, la metodista y la baptista, y luego de otras más, producto de diversas divisiones y *revivals*. Pero también es verdad que ese calvinismo estricto y riguroso se fue diluyendo con la creciente diversidad de corrientes religiosas que lo asumieron o que declararon participar de sus ideas. De hecho, no solo en las corrientes que con razón llamamos calvinistas sino incluso en el propio fundamentalismo, esas ideas calvinistas, que pueden

también ser arminianas, como ocurre con los metodistas, aparecen a menudo combinadas con ideas de otra procedencia religiosa o simplemente sin que en ninguna de ellas haya correspondencia plena entre los puntos que les sirven de base y los cinco puntos centrales del calvinismo clásico descritos más arriba.

No voy ahora a entrar en los detalles de ese fenómeno. No me considero suficientemente calificado para intentarlo ni tampoco creo que sea necesario hacerlo. Lo que sí creo, y es esto lo que me interesa señalar, es que las ideas calvinistas, así como se han diluido entre tantas iglesias y corrientes religiosas que participan de él, se han difundido a toda la población estadounidense hasta el punto de convertirse en ideas y actitudes que dominan su conducta cotidiana y su jerarquía de valores, más allá del campo estricto de su pertenencia a determinada religión o de su simpatía por una de ellas. Es decir, que en el terreno de la escala de valores que domina su conducta y su vida cotidiana, la mayoría aplastante de los estadounidenses de hoy actúa y se mueve condicionada por varios patrones básicos de corte calvinista.

El *primer patrón* es el individualismo extremo, que hace al hombre responsable único y exclusivo de sus actos y del resultado de los mismos, excluyendo de ellos a la sociedad, lo que es una idea central de todo el protestantismo; y más concretamente del calvinismo dominante en Estados Unidos. Con todo lo medieval y conservador que era, el catolicismo papista (y en buena medida lo sigue siendo el catolicismo actual) partía de una visión societaria y social en la que el hombre era parte central y superior de la sociedad pero sin estar separado radicalmente de ella, salvo por el hecho de haber sido creado a imagen del propio Dios. Pero en todo lo demás el hombre era un ser social, y si a fin de cuentas las estructuras sociales eran inmodificables y justas por ser también obra de Dios, podía admitirse al menos (y la Iglesia católica así lo admitía) cierto grado de responsabilidad social en el éxito o en el fracaso del hombre. En el primer caso, para rebajar ese éxito y hacer al exitoso más humilde (y de paso para sacarle prebendas, tierras o dinero); en el segundo, para consolar al perdedor y llamarlo a la resignación, y sobre todo a la esperanza de que, como muestra la famosa parábola del rico Epulón y el mendigo Lázaro, en el Más Allá que a todos espera luego de la muerte las cosas fueran diferentes. Es decir, que los pobres y la pobreza eran celebrados y los ricos y la riqueza condenados, así fuera solo

de palabra, porque la Iglesia misma era rica y poderosa y estaba poco interesada en cambiar una sociedad de la que era el sostén y la principal beneficiaria.

El protestantismo rompió con todo eso haciendo del hombre sometido un hombre libre, al menos en el campo religioso; un hombre capaz de traducir la Biblia y de leerla libremente por su cuenta, y capaz, incluso, de basarse en ella para crear nuevas iglesias cristianas que deberían ser más fieles al cristianismo original que el corrompido papismo romano. Pero así, ese hombre supuestamente libre fue convertido en alguien separado de las ataduras de la sociedad, un hombre que, al menos ante Dios, era dueño soberano de sus actos y exclusivo responsable de ellos. De modo que éxitos o fracasos se convertían en exclusivas responsabilidades personales de las que ya no era posible seguir culpando como antes, ni siquiera en parte, a la sociedad. Es de allí, ya sea en su forma luterana y sobre todo en la calvinista, que deriva ese extremo individualismo que es propio de sociedades capitalistas como Estados Unidos, dominadas por el calvinismo; individualismo que libera a la sociedad de toda culpa en lo tocante a triunfos o fracasos personales. Y es partiendo de la defensa de los derechos del individuo propia del viejo liberalismo clásico, que los modernos partidarios del extremo individualismo, los políticos y teóricos neoliberales que dominan el pensamiento actual, revitalizan esa idea y la llevan a su forma extrema para intentar convencernos de que hablando en forma estricta, no existe sociedad sino solo individuos, individuos responsables de sus actos.

El *segundo patrón* calvinista es la celebración del éxito y la admiración y el respeto que se brinda a quienes lo logran. En ese molde rígido del calvinismo, en que los elegidos son pocos y las buenas obras son inútiles porque solo le sirven a los que ya son elegidos, lo que permite que ellos mismos se reconozcan como tales es que Dios les dé señales claras de que lo son. Y para las religiones protestantes, que nacen en el contexto histórico europeo del primer auge del ascendente capitalismo, esas señales son fundamentalmente económicas, y el éxito que se celebra y admira en ese contexto capitalista estimulado por religiones como el calvinismo, es el económico: empresarial o comercial. Y mientras el catolicismo medieval condenaba la riqueza, al menos de palabra, el calvinismo, en cambio, la celebra y la promueve, dándole a esa riqueza carácter religioso y haciendo de ella la señal que hace a

los exitosos, a los ricos, a los capitalistas, no candidatos verbales o parabólicos al fuego del infierno como pretendían los hipócritas papistas, sino los elegidos de Dios, que así reciben de este la prueba divina de que lo son y a los que, además de su triunfo en este mundo, les espera en el otro la felicidad eterna.

Y así, ya más modernamente, resulta entonces que el calvinismo estadounidense, que por medio del fundamentalismo tanto condena la teoría darwinista de la evolución para imponer su sagrada lectura creacionista bíblica, apoya del evolucionismo darwinista esa perversión suya desarrollada en medio del capitalismo salvaje que se impone en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, que es el llamado darwinismo social, teoría de la supervivencia y dominio de los más aptos, que por una conversión de la selección natural en selección social son los capitalistas triunfadores, los ricos, los poderosos, los que en medio de una lucha feroz e implacable, lejana de cualquier forma de piedad religiosa, se imponen no solo por su esfuerzo personal y su innegable habilidad para los negocios, sino también por la manera brutal con que sacan del camino a sus rivales, por la forma criminal en que explotan a los trabajadores, por su insaciable sed de riqueza y de poder y por el empleo de todos los recursos de este para lograr, usándolos, su triunfo.

El *tercer* y último patrón calvinista, que no es sino la otra cara del segundo, es el de la condena de los pobres, de los no exitosos, de los fracasados. Estos no tienen cómo culpar a la sociedad de su fracaso, que es económico y social. Son pobres y fracasados por incapaces, porque no han sabido aprovechar como los ricos las oportunidades que la sociedad les brindó. Son los únicos y exclusivos responsables de su pobreza, del mismo modo que los exitosos lo son de su éxito económico y social. Solo les queda resignarse. Pero no les sirve de mucho porque hay algo peor, puesto que son más que meros perdedores, ya que su fracaso es en el fondo obra del propio Dios, producto de la predestinación hecha por Él desde el inicio de los tiempos, antes de que ellos nacieran, y de la selección divina de elegidos y perdedores en la que fueron condenados a perder. En buena medida son malditos de Dios y carecen de esperanza, porque si son en verdad creyentes deben saber que después de la muerte lo que les espera es el infierno. Esta es la cara más cruel, sórdida y terrible del calvinismo por más que los arminianos hayan tratado de suavizarla[5].

Así pues, en Estados Unidos, los ricos y muy ricos, los millonarios y multimillonarios, los que han tenido rotundo éxito personal y económico son admirados por los medios y por el grueso de la población (incluyendo entre sus admiradores a sus víctimas: los pobres); esos ricos y multimillonarios son vistos como predestinados y como modelo mismo del éxito del país y de lo maravilloso y excepcional que es su sistema de vida «americano». Y lo que más se admira y celebra en ellos es el éxito personal, visto siempre como producto del esfuerzo, del trabajo, del ahorro, del sacrificio e ignorando de manera hipócrita y cómplice que esa riqueza y ese éxito económico son, asimismo, producto del robo, de la intriga, de la liquidación y ruina de rivales y competidores, y de la explotación de los obreros. Además, se admira sobre todo a los millonarios que no solo acumulan un capital inmenso sino que una vez muy ricos y cuando ya están en su vejez destinan buena parte de su riqueza a obras filantrópicas, a ayuda social, e incluso que antes de llegar a esa vejez ya destinan recursos a suerte de limosnas en forma de donaciones, que de paso los ayudan a ganar respeto y admiración popular a cambio de ahorrarse el pago de impuestos; o en todo caso, al menos a reducir los pagos.

Esta idea filantrópica o llamado a la filantropía de los muy ricos es de claro corte calvinista no solo porque apela a la caridad cristiana como vía de ayuda a los pobres que sirve para aumentar al mismo tiempo el prestigio de los ricos como hombres generosos, sino también porque intenta mantener viva la idea de que como el éxito económico es siempre personal dada su condición de señal divina de que quien lo logra es un elegido, la riqueza no debería transmitirse por herencia, porque los herederos del exitoso tendrían que demostrar también con su esfuerzo y su trabajo su condición de elegidos, algo que nada sino su éxito personal sería capaz de demostrar. Por eso, en principio, en su vejez todo millonario calvinista debería dedicar toda o casi toda su riqueza adquirida a esa obra filantrópica, para que sus hijos y sucesores tuvieran que probar también ellos que eran elegidos al triunfar desde el principio con su propio esfuerzo.

Pero eso es demasiado pedir. Hasta allí no llegan las cosas, porque ningún capitalista, por muy calvinista que fuera, cometería semejante idiotez; y porque si tratara de hacerlo sus herederos se lo impedirían acusándolo de loco. Pero también porque los tiempos han cambiado mucho desde el siglo XVI, tiempo de esfuerzo

directo y de sudores familiares para alcanzar la riqueza a fuerza de trabajo personal. Ya en el siglo XVII el puritanismo de Nueva Inglaterra declaró que los hijos heredaban la condición de elegidos de sus padres. Además de ello, el desarrollo enorme del capitalismo, los gigantescos avances tecnológicos y el consiguiente cambio de mentalidades han generado, sobre todo en estas últimas décadas de feroz neoliberalismo, un capitalismo más salvaje y explotador que nunca, dominado por corporaciones y empresas parasitarias y por una concentración de riqueza que ha convertido a la sociedad norteamericana en una plutocracia sometida por una minoría de multimillonarios que apenas representan un mínimo porcentaje de la población del país (y al que los pobres han empezado a perderles el respeto). Los grandes capitalistas han ido dejando de lado la vieja idea del ahorro y la vida dura de los ricos, reemplazándola por la idea del consumo y la ostentación. No obstante, el peso del calvinismo en Estados Unidos sigue siendo tan importante que, al menos de palabra, varios multimillonarios estadounidenses de hoy, como Bill Gates y Warren Buffet, han prometido que entregarían a su muerte la mayor parte de su inmensa fortuna para que sea dedicada a obras filantrópicas.

Volviendo al delicado tema de los pobres, de los perdedores, de los que fracasan, estos con mayor razón aún, en el caso de Estados Unidos, no tienen a quién culpar, porque la sociedad estadounidense, definida como democrática, igualitaria y abierta, de iguales oportunidades para todos, no tiene ni puede tener ninguna culpa. Si ellos fracasaron fue solo por incapaces que no supieron aprovechar las grandes y reiteradas oportunidades que esa sociedad les brindaba. Esa interesada y sesgada descripción oculta, por supuesto, desigualdades, diferencias e injusticias sociales propias de una sociedad brutalmente capitalista como es la de Estados Unidos y ofrece la idea falsa de que en esa carrera por el éxito, teñida de religión, todos los competidores parten del mismo punto, al mismo tiempo, con la misma fuerza, con las mismas piernas sanas y robustas, con el mismo fuelle pulmonar y con las mismas oportunidades. Es fácil entender lo difícil que resulta que crezcan ideas socialistas y ocasiones de crear, sostener y desarrollar organizaciones socialistas masivas en ese cuadro de extremo individualismo, de exaltación de la sociedad estadounidense descrita como un excepcional y superior modelo de democracia y oportunidades para todos, acompañado de la culpabilización personal de cada uno de los millones

y millones de fracasados que ella produce. Las ocasiones de abrir campo a ideas socialistas solo han sido muy raras y costosas en Estados Unidos, y han estado siempre asociadas a períodos de profundas crisis económicas que, pese a su proclamada excepcionalidad, también han afectado al capitalismo estadounidense. Aunque este siempre se ha repuesto de ellas y vuelto a recobrar su arrogancia y a proclamar y reanimar sus reiterados mitos, empezando por el de su democracia igualitaria y el de su excepcionalidad.

Esto es vital para entender la sociedad estadounidense y la fuerza de su capitalismo. El sistema capitalista, llamado en Estados Unidos «sistema americano», es inmejorable. Es más, es parte esencial de la condición de americano, o sea, de estadounidense. No hay sociedad a la que culpar de ningún fracaso individual. Y organizarse para luchar contra ella, contra esa sociedad, contra ese sistema que es la esencia del americanismo, que es parte de la identidad misma de sus ciudadanos, equivale a amenazar esa identidad, a traicionar al país, a ser su enemigo, y a merecer por ello castigo legal además del religioso, ambos fundidos, como ocurre siempre en ese país.

De modo que a los perdedores solo les quedan dos caminos: resignarse o rebelarse. Y en cada uno de los casos conviene precisar varias cosas. Los que se resignan, por estar impregnados de esa mentalidad calvinista que no deja alternativa, son la gran mayoría. Esos pobres, esos fracasados, se dedican a ver televisión, que no falta en ninguna casa por pobre que sea, a recibir mensajes de telebasura, a ver embrutecedores programas de televisión y de violencia; o de deportes que no practican, y a atiborrarse de auténtica comida chatarra mientras la miran: hamburguesas, pizzas o papitas fritas. O, combinado con todo esto, a vivir y pasar horas pegados de teléfonos celulares que los aíslan por completo del mundo mientras creen que están inmersos a plenitud en él. En pocas palabras, que se dedican a vegetar, a perder tiempo, a engordar como cerdos y a embrutecerse cada vez más. Esto ayuda a entender por qué, a diferencia del pasado, del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, en que los ricos eran gordos y los pobres flacos, aquellos por comer mucho y estos por comer poco, y en las tiendas y negocios se colocaban carteles mostrando a un empresario (que vendía solo al contado) gordo y sonriente, hoy la cosa es al revés. Desde hace décadas los ricos, millonarios y gerentes de poderosas corporaciones internacionales son siempre delgados, elegantes, estilizados,

con aspecto de deportistas, siempre jóvenes o de aspecto juvenil, televisivos, que viven a dieta y hacen deportes para conservar la figura. Es difícil ver un alto gerente empresarial que sea gordo, por lo menos en Estados Unidos.

Los gordos, a menudo obesos, son ahora casi siempre los pobres. Las cifras de obesos en Estados Unidos son impresionantes. Y ya no solo son obesos los pobres, sino también gentes de clase media y hasta estudiantes y empleados, que comen la misma basura en su casa o en la calle. La mala alimentación, rápida, poco nutritiva y cargada de preservativos, grasas y azúcares, se ha convertido en un negocio capitalista que está afectando a buena parte de la población, empezando desde la niñez. Por cierto, como ocurre con todos esos perversos modelos estadounidenses que se hacen mundiales de inmediato, este también se ha difundido por doquier por obra de fabricantes de chatarra alimenticia y de esas grandes transnacionales de la alimentación basura que son McDonald's, el Coronel de Kentucky, las pizzerías gringas y diversas productoras de fritangas, y que están instaladas en todo el mundo, envenenando a la población y engordando, sobre todo, a los pobres y a los niños.

Pero volvamos a Estados Unidos y a sus pobres.

Además de hundirse en la resignación, a esos pobres resignados la sociedad les brinda la posibilidad de convertirse en receptores de las obras de caridad de todas las iglesias protestantes, que se ocupan de hacer esas labores caritativas ofreciendo ayuda social, a veces alimentos o medicinas y también consuelo espiritual; y ayudando a que los pobres, potenciales rebeldes, no se vayan por el camino de la rebelión, de la lucha social. Es cierto que la caridad cristiana, otra dimensión de la religiosidad de esa sociedad norteamericana, llena una función social que escasea en esa sociedad individualista y carente de un Estado que se ocupe realmente de sus pobres, y hace sentir bien a quienes la practican. Pero es que también sirve para impedir o para frenar la lucha social, la organización de los más pobres, y para hacer que se vuelvan sirvientes dóciles y complacientes de las iglesias, de sus fundaciones sociales y, en general, de los que los ayudan dándoles trabajos que dependen solo de su voluntad y que ni crean derechos ni estimulan la organización de esos pobres. Limosna cristiana en lugar de conciencia social. Y todos felices. Los ricos, alegres porque eso frena la lucha de clases; los religiosos, contentos de sus buenas obras, que los acercan al cielo, ya que ellos sí van a salvarse; y los pobres, domesticados y resignados a su servilismo.

Pero en Estados Unidos nada es gratis, ni siquiera la caridad cristiana. Es ayuda a cambio de trabajo, a cambio de que colaboren en la iglesia limpiando, arreglando muebles, pintando el frente o quitando las malas hierbas del jardín. Este es otro mecanismo muy difundido e importante dirigido a estimular la religiosidad, la resignación de los pobres y fracasados a su triste destino, y para evitar posibles revueltas y crímenes.

Sin embargo no todos los pobres, perdedores o fracasados aceptan ese destino. Los que no se resignan a aceptarlo son, como es de esperarse, una minoría que solamente aumenta en tiempos de crisis. Se trata. por lo general, de pobres en los que también por razones religiosas la influencia del calvinismo es baja o hasta nula, o que han terminado simplemente por resistirse a ella.

Se trata, sobre todo, de la población negra más pobre, asociada a otras corrientes religiosas con menor influencia calvinista (aunque los baptistas, que reúnen a mucha población negra, lo son). O se trata, porque también los hay, de pobres y negros que están menos influidos por la religión y su pasividad. O bien que a causa del hambre y la represión sufridas han terminado dando prioridad a su necesidad de protestar o de rebelarse por sobre el peso adormecedor de sus creencias. Y es bueno destacar que esa proporción ha aumentado con la decadencia indetenible de una sociedad estadounidense en la que para 2008 el 1 % de la población se apropiaba de más de un tercio (42 %) de su producto interno bruto, de la quiebra creciente de sus valores y del enorme aumento de su pobreza, que para 2014 había alcanzado ya la impresionante cifra de 46,5 millones de pobres.

Esos pobres que rechazan la pasividad y escogen la protesta son solo un porcentaje pequeño del gran total de pobres. Y además, su protesta no es la protesta organizada contra el sistema que los arruina, porque eso está excluido hasta ahora y porque no existen organizaciones de lucha para ello, ya sean estas sindicales o políticas. De modo que a esos potenciales rebeldes solamente les quedan sus propias organizaciones negras, que también son de corte religioso, esto es, sus iglesias y sus comunidades.

Pero estas últimas suelen ser siempre pacifistas. Y solo cuando las cosas se desbordan y la violencia policial se incrementa en forma brutal contra ellos han surgido organizaciones de lucha, pacíficas, sí, pero bien estructuradas y efectivas, como el movimiento de Martin Luther King, o armadas y preparadas para la resistencia,

como fueron el movimiento revolucionario de Malcolm X y las Panteras Negras. También se han producido a lo largo de las últimas seis décadas grandes manifestaciones de protesta contra el racismo constante y asesino de que son víctimas a diario los negros; protestas que la policía reprime brutalmente armas en mano y que siempre terminan en violencia, en incendios, en barrios destruidos y en numerosas muertes.

De modo que lo ordinario es que el rechazo de la resignación no conduzca a organizar una lucha social con objetivos claros sino a la protesta individual y violenta contra lo más inmediato, a agresiones concretas; esto es, contra lo que está al alcance de un rebelde o de un grupo de rebeldes que carecen de claridad de objetivos, de perspectivas y de visión de conjunto.

En otras palabras, que ese rechazo a la resignación a lo que conduce, por lo general, es a la delincuencia, al robo, a la droga, al tráfico de estupefacientes, al atraco pequeño, a la agresión contra otros seres igualmente débiles: mujeres o parejas de ancianos, no importando si son blancos o negros. Esos delitos los llevan siempre a cabo pequeños grupos armados dedicados a la delincuencia, lo que los conduce directamente a la cárcel o a la muerte a manos de la policía. Que por cierto, debido a su racismo no solo mata a los negros pobres cuando son delincuentes, sino que lo hace cada vez que quiere, acusándolos de serlo después de haberles dado muerte a sangre fría. Y casi siempre, esos policías asesinos son absueltos.

Y aquí volvemos a tropezarnos con el fundamentalismo.

Los Estados Unidos son el primer país del mundo por su enorme cifra de prisioneros, varios millones, los cuales en su aplastante mayoría son negros, negros pobres. Esto no es excepcional, en cualquier país las cárceles están llenas de pobres y no de ricos. Lo excepcional aquí son las cifras y el racismo. Los ricos, sobre todo ricos blancos, cometen todo tipo de delitos, y solo raras veces van a la cárcel. También es importante y creciente la cifra de mujeres, especialmente negras, presas.

Los datos son realmente espeluznantes. Según el Departamento de Justicia, el total de presos en los diversos tipos de cárceles del país para 2007 era de 2.385.213 personas. Si se le sumaban las personas sometidas a algún tipo de control policial, que para ese entonces eran 5.035.000, el total ascendía a 7.420.428 personas. Cualquiera de las dos cifras era la más alta del mundo, un récord absoluto. El aumento de la cifra de presos fue enorme desde el

11 de septiembre de 2001 y la aprobación de la Patriot Act contribuyó a ello, lo mismo que el endurecimiento de la lucha contra las drogas. El hecho es que China, atacada siempre por Estados Unidos en este terreno, con más de 1.200 millones de habitantes, el cuádruple de la población estadounidense, tenía para esa misma fecha sólo millón y medio de presos.

Datos más recientes muestran la misma situación. Para 2014, según el mismo Departamento de Justicia, Estados Unidos sigue pasando de 2.2 millones de presos y es además el primero del mundo en población encarcelada por cada 100.000 habitantes. Es el primero con 698, le siguen Ruanda con 492, Rusia con 446, Brasil con 301 y Australia con 151. China ocupa solo el séptimo lugar luego de España, con 119. La cantidad de presos en cárceles privadas aumentó enormemente y la lucha contra las drogas (contra los pobres y débiles, sobre todo negros, no contra los peces gordos, que son inmunes) incrementó la cifra de encarcelados por estos delitos, que en 1980 eran 40.900 y en 2014 llegó a 488.400 personas. También aumentó el tiempo de condena para delitos de consumo y tráfico de drogas. Se aumentaron las penas, su duración y también el castigo y la extensión de las condenas por reincidencia. El aumento y agravamiento de estas últimas penas incrementó también las condenas a cadena perpetua: para 2012 sumaban 159.520 personas, mientras que en 1984 eran menos de 34.000.

Pero pese a lo que revelan, estas cifras son neutras y asépticas y no muestran lo que es en realidad el infernal mundo de las cárceles estadounidenses, un mundo siniestro que es similar y hasta peor que el de países a los que Estados Unidos critica cada año en nombre de unos derechos humanos que es el primero en violar y atropellar.

Las cárceles de Estados Unidos están concebidas no como un espacio de rehabilitación sino como un centro de castigo, como un infierno, una suerte de recurso de masiva limpieza social que en buena parte es solo limpieza étnica contra los pobres y los débiles, ya que esos presos son en su inmensa mayoría los negros y los latinos. En las cárceles de Estados Unidos se reúne y mezcla, sin orden alguno, todo tipo de delitos, desde ligeras infracciones de leyes de tránsito o tenencia mínima de drogas hasta grandes robos con efracción, atracos a mano armada y violaciones y asesinatos diversos. Y en ellas se encierra a adolescentes indefensos con veteranos violadores y asesinos, lo que lleva siempre a la violación de

esos jóvenes con la complicidad o indiferencia de los carceleros y con el desprecio de estos por sus advertencias o reclamos.

Todo esto ha sido denunciado muchas veces sin ningún resultado por Human Rights Watch. Es posible consultar sus denuncias, que Estados Unidos por supuesto no difunde. La violencia y el hacinamiento más terrible conviven en esas cárceles con el racismo y la xenofobia, obligando a los presos, para sobrevivir, a organizarse en bandas como en cualquier país del Tercer Mundo. La excepción son las cárceles de alta seguridad, en las que los presos considerados peligrosos son aislados por completo en áreas casi inaccesibles, encerrados en calabozos iluminados en forma permanente, con todos sus movimientos controlados día y noche, que por lo general el preso no distingue debido a la permanente iluminación, y sus derechos mínimos atropellados sin descanso.

Antes de 2001 las cárceles privadas, muchas de las cuales corresponden a este modelo, eran pocas. Pero a partir de entonces se han convertido en un gran negocio, rentable y corrupto, porque el Estado le ha entregado a privados, a empresarios carceleros, la mayor parte de las prisiones, tanto las de alta seguridad como las corrientes. (Aunque en fecha reciente ha reconocido el fracaso de ese sistema y está planteando eliminarlo para volver al modelo anterior, en el que el Estado las controlaba y administraba todas).

La religión y el fundamentalismo están presentes en este triste panorama porque, como señalé antes y como plantean los estudiosos y los más severos críticos de ese horrible sistema penitenciario, las cárceles estadounidenses no están concebidas para reeducar y rehabilitar a los delincuentes presos a fin de reincorporarlos en la medida de lo posible a la sociedad, sino solo como espacios para castigarlos y aislarlos de ella. Y si es posible, para exterminarlos. El enorme peso de la religión está asociado a este sórdido cuadro de aislamiento y de castigo porque en esencia se trata de una visión fundamentalista de la delincuencia, que convencida de la perfección del sistema político y socioeconómico existente en Estados Unidos, es incapaz de ver que la sociedad estadounidense no puede menos que generar la terrible delincuencia y criminalidad que produce.

Y la produce por muchos motivos. Se trata de una sociedad que rinde culto a la violencia y al éxito, logrado por cualquier medio; y en la que la violencia es el camino usual para enfrentar y resolver, armas en mano, cualquier disputa y diferencia. Se trata de una sociedad en la que todos están armados, a partir del derecho

a usar armas que les da la Segunda Enmienda de la Constitución; en que es fácil adquirir armas de guerra; y en la que esa poderosa organización que es la Asociación Nacional del Rifle se opone a toda posible limitación de ese derecho. Se trata de una sociedad dominada por la droga, porque Estados Unidos es el primer consumidor de drogas del mundo y el negocio de la droga, con su carga de destrucción humana y de violencia, crece en el país día tras día. Se trata de una sociedad plutocrática en la que una minoría de multimillonarios acumula ilimitadas riquezas mientras crecen los pobres y grupos medios que se empobrecen, aumentan las desigualdades y los odios sociales se acentúan. Y no habiendo caminos para dar forma organizativa o política a lo que no son sino odios de clase, la única vía para expresarlos es el robo, el atraco a mano armada o el asesinato. Se trata, en fin, de una sociedad en que la represión sexual es grande, una sociedad en la que millones de hombres resultan incapaces de hallar un camino amoroso y sexual compartido, libre y sano, que sea distinto a la violencia y el sadismo a que los incita la pornografía *hardcore* que se exhibe por doquier y también a la asfixiante represión sexual a que llaman sus iglesias, porque una y otras, cada una a su manera, consideran a las mujeres como provocadoras o agentes del pecado, lo que suele traer en cualquiera de esos casos explosiones incontrolables de violencia. ¿Cómo no va a haber una terrible violencia cotidiana en una sociedad como esa, dominada por el individualismo y consumismo más desenfrenados, y que además, con su arrogancia imperial vive agrediendo a otros países; que los invade y destruye, que vive en buena parte de esa violencia y de la venta de armas de guerra, y que no solo destruye con ellas a países a los que quiere someter a su dominio para robarles sus recursos, sino que también destruye a sus propios jóvenes, envenenados de droga, de frustraciones y de odios, y convertidos en enfermos, locos o asesinos seriales que ametrallan a grupos humanos en calles, discotecas, escuelas o supermercados?

Pero el fundamentalismo dominante no ve o no quiere ver nada de eso. Se limita a identificar la espantosa violencia que corroe al país no como un problema social que tiene causas como las señaladas, sino como un simple y grave problema religioso, como el Mal al que hay que aplastar como enemigo. Y ve a los delincuentes como agentes de ese Mal, a los que se debe aislar, encerrar y condenar a largas penas que incluyen en muchos casos la de muerte.

En Estados Unidos existe un rico sistema de leyes, pero los jueces y los jurados que intentan adaptar las condenas al tipo y magnitud del delito que se imputa al que se juzga, se sienten a menudo presionados por la opinión pública a imponer casi siempre las penas más severas. Cierto que abundan los crímenes horrendos, pero conocerlos lo que acentúa en la población es la exigencia inmediata de penas severas, incluso para delitos menores que no las merecen.

Y como en su gran mayoría los presos son negros y pobres y carecen de la posibilidad de poder pagarse buenos abogados defensores, eso resulta fácil; y no causa problemas de conciencia en quienes los condenan porque, a fin de cuentas, se trata de una lucha del Bien contra el Mal en la cual a este no se le puede ni debe dar ninguna tregua. El tema de las cárceles se relaciona con el fundamentalismo religioso porque sin necesidad de análisis y políticas sociales, de lo que se trata para una gran parte de la población estadounidense es de rechazar y aplastar el Mal, encarnado en el delincuente preso, que a menudo es también el negro, el pobre, el extraño, el diferente[6].

Notas

1 Aquí me parece necesario, antes de seguir, hacer una larga pero esclarecedora digresión. El dios de las tres grandes religiones monoteístas: judía, cristiana y musulmana, las cuales están emparentadas de manera muy estrecha, es uno y el mismo. Es decir que Yahveh, Dios Padre y Allāh son el mismo dios semita a un tiempo judío y árabe, solo que con distintos nombres. De hecho, en el texto del Génesis bíblico el dios hebreo aparece con dos nombres, y una de las cuatro versiones que lo integran, la llamada elohista, lo llama Él, cuyo plural es Elohim, mientras que otra lo llama Yahveh, de donde se hizo derivar Jehová. Es claro que en su origen Él y Al o Allāh, son el mismo. Judíos y árabes antiguos usaban solo puntos y guiones en lugar de vocales. Por su parte los cristianos, cuyo Dios –al que llaman Dios Padre porque los Padres de la Iglesia lo metieron en una absurda Trinidad con Jesucristo como Hijo y con el Espíritu Santo– no sería otra cosa que el mismo espíritu de Yahveh, pero del que ellos hicieron una tercera persona separada para completar su Trinidad. Llamaron al suyo Dios, derivándolo de Zeus (Theós), nombre propio del principal dios griego, que significaba Dios. De modo que su dios, una forma suavizada del furibundo dios tribal y racista que es Yahveh, recibió un nombre de origen no semita sino griego y como su nombre significa Dios, adquirió así la doble ventaja de que no se trata de un dios sino del Dios, del único, al que no hay más nada que añadir porque es el dios que se llama Dios. El nombre del mismo dios en las otras dos religiones monoteístas parece ser más una manifestación de Dios que el propio Dios, pese a que judaísmo e islam son religiones más estrictamente monoteístas

que el propio cristianismo, el cual, con su confusa Trinidad, en realidad tiene tres dioses en lugar de uno. De hecho, para el cristianismo el principal Dios de los tres no es el opacado Yahveh convertido en Dios Padre, sino Jesús, su deificado Hijo, que es el verdadero Dios cristiano.

2 Entre los muchos libros y estudios recientes sobre el fundamentalismo estadounidense he utilizado, sobre todo, el excelente libro de Karen Armstrong, *The Battle for God. Fundamentalism in Judaism, Christianity and Islam* con traducción al español [*Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el islam*]. En relación a este tema y a otros similares, véase también: Klaus Kienzler, *El fundamentalismo religioso*; Johan Galtung, *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*; Gordon Golding, *Le procès du singe. La Bible contre Darwin*; y el ya citado Marvin Harris, *La cultura norteamericana contemporánea*. Igualmente, me he servido de otros textos no dedicados exclusivamente a este tema, de muchos artículos sobre las diferentes dimensiones del mismo publicados en prensa y, sobre todo, de Internet, de donde he logrado obtener buena parte de la información que necesitaba, principalmente acerca de algunos personajes. La colección digitalizada de *The Fundamentals* es una de esas fuentes accesibles. Las referencias detalladas de los libros utilizados pueden consultarse en la bibliografía.

3 «El fundamentalismo es una protesta contra esa interpretación racionalista del cristianismo que busca desacreditar la creencia en lo sobrenatural. Cuando se desarrolla a plenitud, ese racionalismo desprecia los milagros del Antiguo Testamento, deja de lado el nacimiento virginal de Nuestro Señor como cosa increíble, se ríe de la credulidad de aquellos que aceptan muchos de los milagros del Nuevo Testamento, reduce la resurrección de Nuestro Señor al mero hecho de que la muerte no puso fin a su existencia, y borra por completo las promesas de su Segunda Venida como si se tratase de un ocioso sueño. No importa por cuál nombre sean conocidos esos modernistas. El simple hecho que cuenta es que, al despojar al cristianismo de su contenido sobrenatural, están socavando los fundamentos de nuestra sagrada religión. Ellos se jactan diciendo que así están fortaleciendo esos fundamentos y haciendo más racional el cristianismo y más aceptable por el pueblo pensante. El cristianismo se basa y fundamenta en la creencia en lo sobrenatural, y cuando se lo despoja de lo sobrenatural deja de ser una religión y se convierte en un elevado sistema de ética» (Curtis Lee Laws, «Baptist Fundamentals», *Herald & Presbyter,* vol. 92, nº 29, Monfort & Company, Cincinnati, 19 de julio de 1922, p. 10). [Traducción mía.VA].

4 Para el examen de este Segundo Proceso del mono me baso en Richard Milner, *Diccionario de la Evolución* (Stephen Jay Gould, prólogo), Vox-Bibliograf, Barcelona, 1995, en especial pp. 564-566. Aunque, por supuesto, las reflexiones que hago al respecto son todas mías.

5 Hay aquí una contradicción fundamental del calvinismo que sus seguidores dejan de lado y que sus críticos ignoran. Y es que si Dios decidió desde el origen de los tiempos y sin explicación alguna, pues no tiene por qué darla, que por un lado unos hombres estén llamados a recibir su gracia divina y a salvarse, recibiendo como muestra de ello el éxito económico que tendrán en esta vida, y que por otro lado otros hombres, que constituyen la gran mayoría

de la humanidad, estén destinados a condenarse, recibiendo como muestra de ello el fracaso, sobre todo económico, que les espera en esta vida, resulta entonces carente de todo sentido que se les diga a estos que ellos tienen la culpa de su fracaso, pues es claro que no la tienen (y tampoco la tendría la sociedad), ya que ese destino se los ha impuesto el propio Dios, y eso es algo que ellos no pueden modificar hagan lo que hagan. Solo que meterse en este tema es peligroso, porque lo que de ello se deriva es que ese Dios se revela así como un ser monstruoso, injusto y arbitrario, capaz de premiar sin razón a una minoría de la humanidad a la que destina a la felicidad eterna mientras condena, igualmente sin razón, a la mayoría de los seres humanos al infierno, desde su entrada a este mundo terrenal, entrada que para nada ha dependido de ellos, y sin que tengan la más mínima posibilidad de que, al menos, su conducta los ayude a encontrar un camino que gracias a su propio esfuerzo y a su perseverancia en una vida justa les permita salvarse en lugar de condenarse por toda la eternidad. Y es que el calvinismo, que condena *a priori* a la mayoría de los seres humanos al fracaso y al infierno, y que además los engaña al hacerles saber que es por su propia culpa que fracasan y se condenan (y no que es por la culpa irreversible de una arbitraria, injusta y monstruosa decisión divina), es en verdad una religión mucho más terrible y pesimista de lo que suele admitirse cuando se omite o se deja de lado esta absurda e insostenible contradicción fundamental.

6 Para la parte final de este capítulo sobre las cárceles estadounidenses me he apoyado en mucha información actualizada disponible en Internet; también en *El libro negro de América*, de Peter Scowen, citado antes, y en el primer capítulo del libro *Turbocapitalismo* de Edward Luttwak, ambos incluidos en la bibliografía.

Segunda parte

Estados Unidos:
Sociedad racista, elitesca, expansiva e imperialista

Capítulo III

Estados Unidos: La sociedad más racista del planeta[1]

Hablando de las sociedades modernas, Estados Unidos es la sociedad más racista de todas. Todas ellas son racistas en algún grado; y ese racismo se exacerba en situaciones determinadas, ya sea por la inmigración o por conflictos políticos que cobran dimensión racial, a menudo guerras o invasiones. Pero la sociedad estadounidense es la más racista de todas porque se trata de una sociedad penetrada de manera estructural por el racismo más profundo, por un racismo de muy hondas raíces religiosas, de modo que aunque las coyunturas lo exacerban, en realidad no depende de esas coyunturas porque, repito, es estructural, constitutivo desde los orígenes mismos de esa sociedad que, empero, se sigue presentando a sí misma como modelo de democracia y libertad y como promotora de derechos humanos.

Basta echar una rápida mirada a su historia y a su presente mismo para comprobarlo. ¿Cómo no va a ser profundamente racista una sociedad que se basa abiertamente en la absoluta y mil veces proclamada superioridad racial de su población blanca europea de origen nórdico, anglosajón y protestante? ¿Cómo no va a ser profundamente racista una sociedad que, por considerarla inferior y desechable, se ha dedicado por siglos a una abierta limpieza étnica de una parte importante de su propia población, de su población indígena originaria, a la que ha despreciado, despojado de sus tierras, obligado por fuerza a abandonarlas, masacrado mediante sucesivas operaciones militares de exterminio masivo encubiertas y justificadas con el hipócrita nombre de Guerras indias, encerrado en reservas que no eran sino campos de concentración capaces de inspirar al propio Hitler, y que sigue expropiando y despreciando a los pocos sobrevivientes de esa población originaria de millones de seres humanos? ¿Cómo no va a ser profundamente racista una sociedad que mantuvo a millones de negros

arrancados y traídos por la fuerza del África y a sus sucesivos descendientes estadounidenses sometidos a un sistema brutal de esclavitud cuya eliminación costó al país una sangrienta y destructiva guerra civil; y que luego de ser eliminada por ley en 1865 esa esclavitud, la reemplazó por un sistema de segregación racial que se mantuvo por otro siglo; y que incluso después de lograda por la lucha de esa población negra su igualdad política con la población blanca, al menos en el papel, la sigue manteniendo discriminada en muchos terrenos al tiempo que sus sectores más pobres, considerados siempre sospechosos, son encarcelados y asesinados a diario por la policía?

El racismo es, pues, componente esencial de esa sociedad desde sus orígenes hasta hoy. Hay en ella un poderoso y enorme núcleo racista que puede irradiar hacia otros pueblos, adversarios, enemigos o simplemente inmigrantes, como ocurre en otras sociedades, pero que en Estados Unidos es racismo abierto y permanente contra sectores integrantes de su propia población. Se trata de un fenómeno hasta ahora irreversible y que es una de las expresiones esenciales y al mismo tiempo uno de los sustentos básicos del llamado excepcionalismo estadounidense, de su imperial arrogancia, de su autoatribuida condición de pueblo único, elegido por Dios para imponer su dominio al mundo entero.

Esto podría parecer paradójico, porque desde su origen colonial hasta hoy Estados Unidos ha sido el producto de una variada, renovada y permanente inmigración y también porque otro de los mitos fundantes del país es el tema del llamado *melting pot*, es decir, de que el país norteño es el maravilloso y admirable producto de esa permanente fusión de pueblos, en una suerte de crisol de razas o de olla revuelta de los mismos. Y vale la pena echarle una atenta mirada a ese arraigado mito.

Desde la Colonia y a todo lo largo del siglo XIX, Estados Unidos fue producto de un interminable proceso migratorio europeo, de un trasplante de población europea blanca a un territorio que, producto de otro mito fundante, era considerado como un paraíso vacío, ignorando la existencia de la población indígena que lo habitaba desde milenios antes de la llegada de esos colonos o inmigrantes invasores, todos ellos, por supuesto, de raza blanca.

Es esa primera inmigración europea la que da origen al racismo estructural e irreversible de la sociedad estadounidense. Esa población inicial la forman europeos protestantes del nor-

te de Europa, ante todo calvinistas ingleses y escoceses; junto a calvinistas holandeses, hugonotes franceses, alemanes luteranos y calvinistas, suecos luteranos; seguidos por grupos de varias sectas y corrientes protestantes en general calvinistas (baptistas, metodistas, presbiterianos, congregacionalistas, adventistas). También luteranos y cuáqueros. A estos vinieron después a añadirse otras corrientes del mismo corte puritano que surgen en los propios Estados Unidos. Igualmente se cuelan católicos, como los que fundan Maryland, pero que al menos hasta mediados del siglo XIX, pese a su crecimiento sostenido, lento y silencioso, forman una clara minoría sin mucho peso ante la aplastante mayoría que es protestante, puritana, calvinista.

Esto lo examinamos en los dos capítulos anteriores y a pesar de su estrecha relación con el racismo, no voy a repetir lo dicho. Solo quiero insistir en que esa primera inmigración europea norteña y puritana es la que va a constituir, como veremos pronto, el núcleo duro y extenso del racismo estadounidense.

Y hay que señalar que hacia mediados del siglo XIX la visión racista de esa población de origen europeo nórdico, anglosajón, germánico, es decir, ario, como empezaba a decirse entonces en Europa, se reforzó con la lectura racista que se imponía también en esta; lectura que procedía, a su vez, de las clasificaciones de razas humanas establecidas por científicos sociales y filósofos de la Ilustración, como Blumenthal, Kant y otros, en la segunda mitad del siglo XVIII. Esas ideas racistas tuvieron una enorme influencia en Estados Unidos en esos mediados del siglo XIX, reforzando y dándole la base «científica» necesaria al racismo hasta entonces de exclusiva base religiosa propio de esa población estadounidense de origen europeo *Wasp* (White Anglo-Saxon Protestant), es decir, blanca, anglosajona y protestante, dueña y explotadora de esclavos negros y masacradora sistemática de la población indígena. Así, apoyados en el saber «científico» y sin ningún cargo de conciencia, pudieron seguir despreciando y explotando esclavos negros y masacrando abiertamente indios. Y también empezaron los *Wasp* a aplicar su racismo y su xenofobia contra otras poblaciones de inmigrantes blancos.

Porque luego, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, a esta primera inmigración nórdica, que continúa siendo mayoritaria en las cifras de inmigrantes pero que en proporción va disminuyendo, se le suman otras

migraciones también europeas y blancas, pero de otro origen geográfico, racial y religioso.

Se trata sobre todo de italianos del sur, todos católicos (napolitanos, calabreses, sicilianos); de irlandeses, que que han estado emigrando a Estados Unidos desde un principio, antes de comienzos del siglo XIX, pero que pese a su condición de blancos y británicos tienen el defecto grave de ser también católicos, es decir, papistas. En el caso de los italianos, que comparten con los irlandeses dicho defecto, se les desprecia además porque a veces, producto del sol mediterráneo del sur de Italia, sus pieles son bronceadas, es decir, que en algunos casos parecen ser algo menos blancos, lo que se atribuye más bien a mezcla con árabes o con africanos negros. También empieza entonces a cobrar peso la emigración procedente del Este de Europa. En este caso se trata de eslavos, que son muy blancos y cristianos pero son ortodoxos, sobre todo los rusos; pero también emigran a Estados Unidos miembros de otros pueblos que huyen de la dictadura zarista, como los polacos, que son tan blancos como sus opresores rusos pero son católicos (o judíos). Hay además muchos judíos que igualmente huyen del Imperio ruso, de las persecuciones y matanzas o *pogroms* que en Rusia tienen lugar, obra de bandas armadas antijudías que se hacen llamar Centurias Negras. Pero los judíos proceden no solo de Rusia sino de Polonia y de los países bálticos. Asimismo llegan a Estados Unidos, en esas décadas finales del siglo XIX, muchos otros judíos que huyen del antijudaísmo reinante en toda Europa y que proceden de Alemania, Austria y Francia, además de muchos griegos pobres que vienen de Grecia pero también de Turquía.

Es decir, que en esta nueva etapa del proceso migratorio hacia Estados Unidos se trata de que a la cifra en lento descenso de inmigrantes blancos y protestantes procedentes del norte de Europa se va sumando una cifra creciente de inmigrantes que proceden de otra Europa, una Europa no protestante y además pobre; es decir que, salvo los judíos, quienes la abandonan no emigran por razones en las que pesa la persecución religiosa, sino que solo emigran porque se los está comiendo la pobreza y buscan una esperanza en el mito de «América», de unos Estados Unidos en que los esperan sin falta la libertad y la riqueza.

Esa otra inmigración es recibida por necesidad, porque Estados Unidos, que está en pleno y acelerado crecimiento industrial, necesita mucha mano de obra barata para sus industrias y ya no

puede sacarla de la Europa desarrollada dado que esta también se encuentra en pleno crecimiento industrial.

Esa nueva inmigración ya no puede marchar hacia el Oeste buscando nuevas tierras porque estas son cada vez más escasas y solo con dificultad lo hacen unos pocos. Por eso, en su gran mayoría, esa masa de inmigrantes pobres se apila en barrios urbanos paupérrimos y sórdidos llenos de suciedad y de miseria que han crecido en las ciudades del Este (como Nueva York o Chicago) junto con las profundas desigualdades que genera ese capitalismo salvaje y sin control estatal que es el estadounidense. Esos inmigrantes tienen, además, serias dificultades para adaptarse o integrarse, empezando por el idioma, y también porque buena parte de ellos son analfabetos procedentes de las áreas más atrasadas de Europa. De modo que esa enorme masa de inmigrantes es despreciada por ser otra, por ser diferente, por ser pobre, por ser de otros pueblos a los que se tiene por extraños, por ser de otra religión, por tener otras costumbres, por resultar más difíciles de asimilar.

El núcleo fundador y los que se le han ido sumando por reproducción y por incorporación de nuevos inmigrantes de similar religión y origen, que son pues los *Wasp*, considera inferiores a esos otros inmigrantes recién llegados, los ve en su miseria dispuestos a emplearse por cualquier medio, compitiendo con ventaja por puestos de trabajo con los obreros blancos de pura cepa americana; sospecha de esos recién llegados; les atribuye costumbres extrañas; teme además que sean rebeldes, anarquistas o terroristas y que escondan armas o pongan bombas. De allí que ese núcleo fundador y quienes comparten su poder y sus ideas desplieguen todo su racismo, su desprecio, sus temores y su xenofobia sobre esa otra emigración.

En esas mismas décadas se incorpora otra inmigración todavía más despreciada por el racismo *Wasp*. Se trata de inmigrantes no griegos que proceden del decadente y amenazado imperio turco, y que son turcos, sirios, libaneses y árabes. Al menos no son muchos. Y también se ha venido incorporando otra inmigración aún más despreciada que viene por el Oeste, que entra sobre todo por California y no por Nueva York, aunque también llega al Este y a sus grandes ciudades. Es la inmigración china.

Los chinos, que huyen de la China saqueada por Occidente, son despreciados por su pobreza y, sobre todo, por sus rasgos y su color. Se los considera amarillos, extraños e inferiores. Vienen a

hacer los trabajos más miserables: son sirvientes, lavanderos, planchadores, cocineros, barrenderos en ciudades y haciendas. Son ellos la principal fuerza de trabajo asalariado en la construcción del ferrocarril transcontinental. Y no solo son despreciados sino que se los persigue, se los agrede y se los mata impunemente. Su inmigración es prohibida, aunque sin demasiado éxito, desde las últimas décadas del siglo XIX. Además, no solo se concentran en el Oeste, en California y estados vecinos, sino que también crean colonias en el Este, en sus grandes ciudades como Nueva York y muchas otras.

Hay otras migraciones menores también despreciadas y que entran a Estados Unidos por California. Se trata de hawaianos, japoneses, indochinos, indios y otros. Los hawaianos, desde 1898 son, en cierta medida, ya estadounidenses, y aunque no son considerados todavía ciudadanos de un nuevo estado de la Unión (tendrán que esperar para ello hasta 1959), la isla ha sido desde 1893 incorporada a Estados Unidos como una suerte de territorio colonial después de un golpe de Estado imperialista que derrocó a su reina, Liliuokalani, incómoda para los intereses imperiales estadounidenses.

Y en las áreas fronterizas con México, es decir, en los territorios que Estados Unidos le arrancó a ese país vecino con la criminal guerra de 1846-1848, abundan los mexicanos, ya sean indios, mestizos y hasta blancos, todos despreciados y tratados como perros. (Examinaré más adelante este tema al hablar del *Destino Manifiesto* y de la mencionada guerra de 1846-1848).

Ahora bien, desde la tercera década del siglo XX la inmigración es reducida por ley y se hace más limitada y selectiva, porque el Estado considera que es ya suficiente con los muchos millones de inmigrantes recibidos y porque además sospecha de estos últimos que pueden ser peligrosos anarquistas, comunistas, socialistas, terroristas, en fin, rebeldes amenazantes; y hay una histeria contra todos ellos en Estados Unidos. Son los terribles años del Gran Espantajo Rojo y el auge del segundo Ku Klux Klan, de lo que también hablaré más adelante.

En los años treinta hay nuevas migraciones judías a consecuencia del nazismo europeo y también alguna migración procedente de México o del Caribe. Pero es en las décadas ulteriores a la Segunda Guerra Mundial que esta última inmigración aumenta y que empieza pronto a crecer en Estados Unidos la cifra de la despreciada población que los racistas estadounidenses llaman latina. No obstante, por razones de espacio no hablaré en cambio de ese tema.

¿Y qué decir entonces del *melting pot*?

Que en lo esencial es un mito, una mentira. La sociedad estadounidense anglosajona, protestante, pura y blanca jamás promovió el mestizaje, ni siquiera cultural, es decir, entre poblaciones blancas de distinto origen y mucho menos entre grupos étnicos o raciales diferentes. De hecho, como veremos, condenó ese mestizaje hasta por ley.

La pureza racial fue desde el comienzo tema sagrado para la sociedad estadounidense blanca, anglosajona y puritana. Se condenaban y hasta en algunos estados sudistas se sancionaban como delitos graves las relaciones interraciales entre población blanca e india y con más razón entre población blanca y negra. Por supuesto, si un blanco se acostaba con una india o una negra la sanción era solo moral, y casarse con ella era prohibido por la ley y de hecho casi imposible. En cambio, que un indio y sobre todo un negro tuviese relaciones con una mujer blanca era considerado en el Sur como violación, y el indio o el negro eran linchados. En el caso de los negros lo usual era quemarlos vivos. Pero tampoco eran bien vistas las relaciones interraciales o matrimoniales entre *Wasp* y mujer u hombre blanco que no lo fuera.

Además, algo importante a señalar es que en esa sociedad multirracial que era y es Estados Unidos, los grupos étnicos o raciales solían estar desde un principio separados; y es así como se han mantenido a lo largo de décadas y décadas, aun con los relativos procesos de integración territorial que se han producido en tiempos más recientes. En ciudades como Nueva York, Chicago, Washington o Filadelfia, lo usual era y es ver barrios urbanos ocupados por grupos étnicos diferentes que además viven en frecuente rivalidad. Barrios de irlandeses, de italianos del sur, de judíos, de polacos, griegos o rusos, de árabes, de chinos y más recientemente de latinos. Las relaciones no eran ni son fáciles y había (y sigue habiendo) muchos problemas de diverso tipo y sobre todo, conflictos raciales entre unos y otros.

Por supuesto, como en toda sociedad multiétnica o multirracial, aun en las más cerradas y racistas como la de Estados Unidos, las relaciones sexuales o amorosas entre hombres y mujeres de esas diversas razas, pueblos o grupos étnicos se producen y llevan a formas de mestizaje, pero no porque la sociedad lo promueva. Y en el caso de Estados Unidos esa sociedad mostró desde el principio que estaba en contra y fue estableciendo leyes para evitarlo y sancionarlo.

Y lo poco que se cita para intentar mostrar lo contrario son siempre casos excepcionales.

Como veremos en lo que sigue, al hablar del racismo anti-indio, algunos colonos puritanos de los primeros tiempos tuvieron relaciones con indias. Y se cita siempre el caso de Pocahontas, joven india virginiana tempranamente aculturada que se casó con el puritano John Rolfe**,** plantador de tabaco. Pero como mostraré más adelante, se trata de algo excepcional, sobre todo por su aceptación social; y la historia de Pocahontas salvando la vida del capital John Smith es todo un mito.

Hubo, sí, casos de otros colonos blancos que vivieron con indias y hasta que se casaron con ellas. Ocurrió en el Oeste en el siglo XIX y particularmente en la zona fronteriza con México. Incluso se dieron casos, muchísimo más raros, de indios aculturados que se casaron con mujeres blancas, como ocurrió con Charles Eastman, defensor indio que se casó con la hermosa poetisa blanca Elaine Goodale. Pero son las auténticas excepciones que siempre se mencionan.

Lo que sí hubo, siendo además algo más frecuente, fue que plantadores blancos del Sur, en medio del racismo imperante contra los esclavos negros, se acoplaran con esclavas negras jóvenes y bellas y las convirtieran en sus amantes, generando hijos mulatos que podían ser manumitidos. Luego veremos cómo se bloqueó esto. No conozco ningún caso de plantador o rico blanco del Sur que se casara con una mujer negra. Y todavía menos un caso de negro libre que se casara en el Sur con mujer blanca sin que fuera linchado incluso antes de intentarlo.

Pero con el tiempo, décadas, casi siglos, en los que la lucha de negros e indios por sus derechos ha logrado avances en tiempos más recientes, en que las cosas van cambiando poco a poco en este terreno, las relaciones amorosas o sexuales interraciales se han ido liberalizando un poco, sobre todo en el Norte, porque todavía en el Sur, en este terreno no escasean del todo los partidarios de linchar a los negros que se atrevan a intentar acostarse o casarse con mujeres blancas.

Sin embargo, es de señalar que en la segunda mitad del siglo XX, cuando la población negra conquistó al fin derechos igualitarios que le habían sido negados después del triunfo del Norte en la Guerra Civil, también se han condenado modernamente entre los negros esas relaciones interraciales a partir del llamado «orgullo negro», considerando que semejante búsqueda de relaciones

interraciales, que parte de una visión masculina, es una forma de estimar que las mujeres blancas son mejores o más bellas que las negras, algo que desde esa perspectiva se rechaza de plano. Cabe preguntarse si no hay aquí también una dimensión racista de corte defensivo que tiende a dificultar y a condenar el mestizaje y a mantener la separación racial con apoyo no solo de los blancos racistas sino, como en este caso, de los propios negros; o de sectores de ellos.

De modo que el racismo estadounidense parece tener muchas e insospechadas facetas y aristas. Para abreviar el tema voy a tocar en este capítulo tan solo las tres expresiones de ese racismo que me parecen las principales y más brutales, aunque las otras tampoco están muy lejos de ello porque, a fin de cuentas, derivan de las mismas premisas que se manifiestan en las tres que voy a comentar.

Me refiero, en primer término, al racismo contra la población indígena, que es el primigenio, el fundante y el más criminal de todos, ya que casi llegó a exterminar a la población indígena, como era su objetivo.

Luego, al racismo más conocido y difundido, que es el relativo a la población negra de origen africano, primero esclava y luego formalmente libre.

Y en tercer término a la primera forma de racismo brutal contra una población que no era exactamente de Estados Unidos, sino de un país vecino, invadido por estos para robarle territorio. Es el caso del racismo contra la población mexicana, asociado al inicio de la puesta en práctica de la doctrina del Destino Manifiesto, modelo de racismo contra otras poblaciones luego agredidas o invadidas por Estados Unidos en décadas o en siglos siguientes. Examinaré esto en el capítulo V.

I. El racismo antiindio[2]

Es el primero, el fundante, el más profundo y destructor de todos porque se traduce en abiertas masacres, en auténticas limpiezas étnicas. Empieza dominado por una lectura religiosa al iniciarse la Colonia; adquiere en el siglo XVIII un carácter más claramente político-ideológico que se incrementa con la Independencia, y luego de ella va mostrando en forma abierta y ya sin ambages su carácter económico de lucha por la tierra, carácter que se expresa en las primeras expulsiones (*removals*) de indígenas, en buena parte aculturados, instalados desde tiempos inmemoriales en tierras que

habían pasado a formar parte de los recién creados Estados Unidos, y que se mantiene y expande a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX a medida que la conquista del Oeste pone a los excolonos, ahora como nuevos colonos estadounidenses, y a las tropas que los protegen como tales, en contacto con las tribus de la pradera. Es un proceso que sobre todo en ese siglo conduce a acuerdos engañosos, violados uno tras otro por los blancos, sobre respeto a tierras dejadas a los indígenas, lo que lleva a las mal llamadas guerras indias, que no son sino horribles masacres de indígenas de las que las más famosas son Sand Creek y Wounded Knee y que se van traduciendo en el exterminio de todas esas grandes tribus y en el encierro de sus escasos sobrevivientes en *reservas indias* que son auténticos campos de concentración en los que los pueblos indígenas ven destruidas sus culturas, enferman, mueren de hambre, mengua o enfermedades, a veces provocadas por quienes están a cargo de esas siniestras reservas.

La dimensión religiosa original

Sus orígenes se hallan en el racismo y la xenofobia calvinistas. Pero esta historia de los orígenes coloniales de Estados Unidos es un relato muy confuso, muy manipulado, falsificado e idealizado, dirigido a crear el embellecido mito fundante que la historia oficial estadounidese ha elaborado a partir de esas manipulaciones y que hace difícil encontrar la verdad detrás de tanta confusión.

La idea central de este mito es falsear, idealizar y embellecer lo tocante a los puritanos calvinistas llamados luego Padres Peregrinos, que solo se instalan en Nueva Inglaterra en 1620, y usarlos como punto de partida fundante del excepcionalismo estadounidense mientras se minimiza o silencia la primera verdadera colonización británica de la costa este norteamericana, que es la creación en 1607 de la colonia *non sancta* de Virginia, y las feas experiencias que vive en sus orígenes, por lo que no sirve para ser utilizada como fuente de ese excepcionalismo. La colonia de Virginia, que tiene antecedentes con Walter Raleigh desde 1596 y que fue bautizada así por este en honor de la reina Elizabeth I, se instala con capital en Jamestown en 1607. Se trata de colonizadores cuyo objetivo primordial, económico y no disimulado detrás de un santo puritanismo, es la creación de plantaciones y la búsqueda de trabajadores (pronto serán esclavos negros) para sembrar tabaco y exportarlo sacando de ello grandes ganancias.

Esos colonos no forman un grupo coherente, son heterogéneos, hay entre ellos desde nobles y militares hasta vagos y delincuentes, incluidos muchos artesanos. Más que una colonia, Virginia es una empresa mercantilista promovida por la compañía naviera inglesa del mismo nombre, que goza de libertad para organizar los viajes y escoger los futuros colonos, los cuales viajan a América en busca de poder y éxito económico soñando con encontrar, como los españoles, riqueza fácil y mano de obra disponible. Las relaciones de los virginianos con los indios fueron brutales desde el comienzo. No sabiendo qué sembrar ni cómo, y viendo que en respuesta a su violencia los indios les cortaban el suministro de los alimentos que al principio les vendían, se dedicaron a entrar en aldeas indias en busca de alimento y dispuestos a seguir masacrando a sus habitantes. Robaron y mataron, incendiaron chozas, saquearon tumbas y excavaron agujeros en el suelo en busca de reservas de maíz.

Los indios respondían a su violencia con violencia. Y por supuesto, les negaban alimentos. De modo que el hambre los acosaba. Gary Nash describe ese pavoroso cuadro. Mataron los caballos y se los comieron; luego fue el turno de perros, gatos, ratas y ratones. No hallando más nada vivo qué comer pasaron al canibalismo y desenterraron cadáveres para devorarlos. Un colono llegó hasta a matar a su mujer, la descuartizó y cocinó los trozos para alimentarse con ellos. Luego apresaron indios y los forzaron a enseñarles a sembrar y a cosechar. La situación fue mejorando para los sobrevivientes, que estuvieron a punto de abandonar la colonia, pero la tensión seguía y su disposición para asesinar a los indios no cesaba. Estos siguieron acosándolos. Por supuesto, no hay en esas historias horrendas ningún excepcionalismo que sirva de modelo a exaltar, algo que en cambio, con unas cuantas mentiras, manipulaciones y silencios cómplices, sí podía encontrarse o hasta fabricarse en el caso de los puritanos colonizadores de Nueva Inglaterra, los embellecidos Padres Peregrinos, convertidos así sin razón en fundadores de los Estados Unidos.

Los Peregrinos, calvinistas estrictos, llegan a América en noviembre de 1620, llenos de religiosidad y proyectos terrenales. Llegan huyendo de la intolerancia europea. Debieron huir de Inglaterra, donde se llamaban *separados*, y refugiarse en Holanda, que en ese entonces era el único país tolerante de Europa, pero no se adaptaron bien allí porque querían un territorio libre y propio para desarrollar su proyecto de sociedad calvinista rigurosa,

también intolerante y además teocrática. Salieron pues de Leyden, en Holanda, en un barco de hermoso nombre, el *Mayflower*, que debía llevarlos a la costa inglesa norteamericana. La historia del viaje es muy confusa. No está claro por qué y cómo, si el barco se dirigía a Virginia, terminaron llegando a Nueva Inglaterra. Lo que sí se sabe es que en el *Mayflower* ellos eran una clara minoría de apenas treinta y cinco puritanos entre ciento dos pasajeros y que el plan de estos era unirse a la colonia virginiana, conseguir tierras y trabajar allí para obtener ganancias. Los puritanos traían sus biblias y sus convenios, como el que firmaron en el barco, el Pacto del *Mayflower* que, como veremos en un próximo capítulo, fue solo la hábil maniobra de la minoría puritana para proponer un más que dudoso acuerdo «democrático» cuando ellos lo que planeaban era imponer una teocracia calvinista en la nueva colonia que deseaban crear. Algo que sí está claro es que esos puritanos no estaban preparados para sobrevivir en ese Nuevo Mundo desconocido por ellos, no importando lo fértil, rico y abundante que este fuera en agua, ríos, bosques, prados, montañas y frutos. Ellos no traían herramientas, animales ni semillas, nada sabían de agricultura ni tampoco mucho acerca de trabajar con sus propias manos. En realidad, pensaban encontrar a otros hombres que trabajaran para ellos. De modo que habrían muerto en el primer invierno, riguroso como lo son todos en esas latitudes norteñas, de no haber sido por varias circunstancias favorables que, como elegidos de Dios que creían que eran, atribuyeron a previsión divina en su favor.

Antes de ellos otros ingleses y franceses, comerciantes o pescadores, recorrían usualmente ese territorio; y una de las cosas que trajeron a él fue la peste. En realidad, aunque se habló de peste, de lo que se trató más bien fue de enfermedades infecciosas para las que europeos como ellos tenían inmunidad, pero que para los indígenas americanos, que no las conocían, resultaban tan mortales como una verdadera peste. Tres años antes de la llegada de los Peregrinos esa peste contaminó a los indígenas y exterminó a la mayor parte de las tribus de la costa, dejando bastante debilitadas a las que lograron sobrevivir. Más adelante los puritanos celebraron esa peste y la consideraron una bendición de Dios. Por lo pronto, hambrientos y desesperados como estaban, entraron en aldeas indígenas abandonadas, llenas de cadáveres y tumbas, a robar comida y a desenterrar los cadáveres para encontrar semillas de maíz en las tumbas. Pero esta fue una

circunstancia ocasional que pese a lo afortunada que resultaba para ellos, tenía, además, duración y límites precisos e inmediatos.

La otra circunstancia, más feliz y perdurable, fue la suerte que tuvieron de hallar indígenas aculturados que los ayudaron y los pusieron en contacto con tribus amistosas. Mourt, uno de los tempranos colonos, menciona a un indio, Samoset, que los descubrió a ellos recién llegados, los saludó en inglés y los puso luego en contacto con Massasoit, el gigantesco cacique de la tribu wampanoag, que les brindó toda su ayuda. Y es de pensar que habría sido en ese intervalo entre la aparición de Samoset y su regreso con Massasoit que entraron en aldeas indias abandonadas en busca de objetos y maíz. Con Massasoit venía otro indígena aculturado, además inteligente y hábil, que había estado antes en Inglaterra como servidor de un comerciante inglés; que estaba de regreso a su tierra, en la que descubrió que las gentes de su tribu habían muerto de peste y se unió a otra tribu; que hablaba el idioma inglés además de varias lenguas indígenas; y que admiraba a los ingleses. Ese indígena, llamado Squanto (oTisquantum), y sobre cuya vida y viajes se ha creado todo un mito, fue en todo caso su verdadera salvación. Squanto los ayudó a fortalecer su relación amistosa con Massasoit, los puso en contacto con otras tribus vecinas, las cuales por intermedio de sus caciques también se declararon amigas, y entre todas les proporcionaron alimento y herramientas, les ofrecieron pieles de osos y de castores para abrigarse y les mostraron cómo obtenerlas, enseñándoles además a pescar y a localizar los ríos en que abundaba la pesca; en fin, a moverse en esa nueva tierra que no conocían, a obtener los materiales necesarios para construir sus viviendas y, sobre todo, les mostraron esa maravillosa planta que es el maíz, enseñándoles la forma de sembrarlo y cosecharlo. De modo que la relación con los indios empezó bien, como a ellos les convenía. Solo que pronto, una vez establecidos, su racismo blanco y su fundamentalismo calvinista los llevarían a despreciarlos y enfrentarlos.

Muchos peregrinos enfermaron y murieron de hambre y frío, pero los sobrevivientes lograron instalarse. Cortaron leña, construyeron viviendas e iglesias, pescaron, sembraron maíz y progresaron pronto, de modo que dos años más tarde, en 1622, habían consolidado su comunidad y empezado a progresar y a crecer en población con las llegadas sucesivas de nuevos inmigrantes ingleses, aunque no todos eran calvinistas. Y en ese contexto se ubicó ulteriormente el mito creado en torno al Día de Acción de Gracias, que celebran

en noviembre de cada año los Estados Unidos. En este acto todo es falso, postizo y ulterior. Lo que se celebra y con frecuencia se escenifica es una fiesta que habrían organizado los Padres Peregrinos para celebrar con un acto festivo de agradecimiento a Dios la exitosa cosecha que habían logrado en 1622 después de dos años de hambre y escasez. A la mencionada fiesta habrían invitado a los indígenas amigos para compartir con ellos el pavo preparado para ese almuerzo o esa cena, acompañado de maíz y calabazas. Varias de las pinturas que se han dedicado modernamente a rememorar el día y la fiesta, muestran a un grupo de prósperos peregrinos que han invitado a unos indios más bien pobres y semidesnudos a comer y que en forma generosa les ofrecen alimentos, como el maíz, la calabaza y el pavo, como si los indígenas no los conocieran. El pavo, convertido en alimento principal y en símbolo de ese día, es ave americana, desconocida hasta entonces por los peregrinos, y también les había sido ofrecido antes a ellos por los generosos amigos indígenas, que les habían mostrado además cómo criarlo y cómo comerlo, así como sembrar calabazas y maíz.

Pero el mito no acaba aquí. Es más, es justo aquí donde comienza. Lo que el falso Día de Acción de Gracias encubre no es otra cosa que una fiesta agraria de fin de cosecha, porque de haberse dado, aunque en verdad no se dio, tendría que haber sido una suerte de fiesta de cosecha. Pero no organizada por los Peregrinos sino por los indios. Y los invitados tendrían que haber sido ellos, no los indios. Las fiestas de cosecha, que se celebran en el hemisferio norte en septiembre o en octubre, esto es, a fines del verano o al comienzo del otoño, las han celebrado por milenios todas las culturas agrarias asiáticas y europeas. Eran pues, fiestas de origen pagano que los campesinos cristianos de Europa continuaban celebrando en esas fechas y que, sin duda también celebraban por su cuenta, desde hacía siglos y sin ninguna influencia cristiana, las tribus cultivadoras del Norte de América. Pero los Peregrinos no eran campesinos sino habitantes de ciudades y como rigurosos calvinistas que eran, no podían tener el menor interés en fiestas de ese tipo, impregnadas de olor pagano.

El Día de Acción de Gracias con sus Peregrinos, sus indios, su fiesta y su pavo, es una invención tardía de los estadounidenses de la segunda mitad del siglo XIX. Tiene una fecha y es 1863, en tiempos de la Guerra de Secesión. Y su creador fue Abraham Lincoln, que la proclamó ese año como Fiesta Nacional. Detrás de

esta decisión de Lincoln estaba la idea de crear sagrados vínculos de unidad en un país entonces dividido por esa sangrienta Guerra Civil. Pero en ese Día de Acción de Gracias inventado en 1863 no se incluyó como históricos protagonistas a los ya desaparecidos Padres Peregrinos. Nadie los mencionó ni los relacionó con ella. Fue solo en los años 1890, casi tres décadas más tarde, que se los hizo históricos protagonistas de la fiesta, que se los resucitó simbólicamente para que vinieran a ella a comerse el pavo, un pavo que ya debía estar frío, y a compartirlo con los primeros indios que esos colonos vieron y de los que para 1863 quedaban al menos unos pocos, diezmados como estaban para ese entonces por tantas brutales matanzas y expulsiones de sus tierras. Y había sido apenas en los años 1870 que se usó por primera vez el nombre de Peregrinos para referirse a ellos, a los puritanos del *Mayflower*, iniciándose así el proceso de sacralizarlos y convertirlos en símbolo primigenio de la patria[3].

Volviendo a los Peregrinos reales, los del siglo XVII, digamos que una vez instalados, cubriendo sus necesidades, recibiendo con regularidad apoyo y nuevos pobladores de la Europa nórdica, blanca y protestante, traídos por las empresas navieras que desde las Islas británicas manejaban el comercio entre esa flexible metrópoli que era Inglaterra y esas colonias relativamente libres que eran las que ocupaban la costa este norteamericana como ellos, esos colonos puritanos pudieron plantearse como cristianos reformados una de las tareas que les correspondía: la labor misionera, la de evangelizar y cristianizar a otros pueblos, como esos indígenas, la de llevarles la luz de Cristo y la esperanza de la Salvación. Pero desde el inicio esa tarea les estaba negada o severamente limitada por su fundamentalismo calvinista y su consiguiente racismo, que hacían de ellos un pueblo único, elegido y superior. Como dijera con auténtica humildad cristiana el predicador puritano Peter Burkley citando un famoso sermón del líder puritano John Winthrop pronunciado en 1630:

> Nosotros, el pueblo de Nueva Inglaterra, somos como una Ciudad fundada sobre una colina, a la vista de toda la Tierra; y los ojos del mundo están en nosotros porque profesamos ser un pueblo en alianza con Dios[4].

La diferencia en este campo entre calvinismo y catolicismo es esencial. En efecto, para el catolicismo la labor misionera y la

evangelización de otros pueblos eran (y son) un problema sencillo, como venían mostrando desde el anterior siglo XVI españoles y portugueses católicos en Centro y Sudamérica, y españoles y franceses católicos en el sur, centro, oeste y norte de Norteamérica. Para un misionero católico, cristianizar es simple. La visión universalista del catolicismo excluye el racismo, al menos en el plano religioso: todos los hombres son iguales y a todos puede y debe serles llevado el mensaje salvífico cristiano. Su forma de cristianizar a esos pueblos de cualquier continente, color y religión previa que sean (salvo que se trate del judaísmo o del islam con las que, como se entiende fácilmente, esa norma no es válida) es de una simpleza total. Tanta, que a esos pueblos paganos se los puede cristianizar en masa. Basta con enseñarles unas cortas nociones de cristianismo legibles o dictadas por un sacerdote o a partir de un catecismo elemental y luego asperjarles con un hisopo unas gotas de agua bendita mientras se les cambian sus nombres paganos por nombres cristianos. Así, en América se venía cristianizando para el catolicismo papista a enteros pueblos indígenas y a masas de esclavos negros (que no por ser bautizados dejaban por ello de seguir siendo esclavos).

Pero para el pesimista, racista y selecto calvinismo, el de los puritanos, la cosa no era tan sencilla ni tan masificable. Era algo mucho más complejo y podía ser incluso imposible tratándose de pueblos extraños o distintos de los pueblos europeos blancos entre los que ese calvinismo había nacido, marcado como estaba desde su origen por su fundamentalismo y su racismo, por ser la religión de un Pueblo Elegido y escogido por Dios para una salvación decidida por Él, y que no estaba al alcance de quien no hubiese recibido de Él esa llamada. Para calvinistas estrictos como eran esos puritanos, la conversión al calvinismo no podía ser masiva ni estar al alcance de cualquier pueblo; y no dependía tampoco del evangelizador sino del evangelizado. Dicho en otras palabras, la conversión dependía de que Dios hubiera mostrado a cada elegido, no a una multitud amorfa e impreparada, que lo había seleccionado como santo, como destinado a salvarse y que él mismo hubiera sentido esa llamada. La conversión era, pues, individual y no masiva, pero como tal estaba sujeta a una elección de Dios y esa elección no estaba al alcance de cualquiera porque los elegidos son pocos. (Solo los ulteriores *revivals* la hicieron accesible, siglos más tarde, en esa forma masiva por obra de iglesias calvinistas bastante menos rigu-

rosas como baptistas y metodistas). Y en el caso de los indios americanos eso resultaba imposible porque el racismo de los puritanos los consideró desde un comienzo como seres inferiores, hombres, sí, pero inferiores, degradados, salvajes, casi animales, entre los que era imposible que Dios eligiera a alguien ni que alguno de ellos experimentara el llamado divino necesario para la salvación.

Es más, también desde un principio los puritanos, seguidores del Antiguo Testamento como eran, creían, igual que los hebreos antiguos, que habían llegado a una Tierra Prometida que debían conquistar. Y como en su Biblia leían que en la Tierra Prometida los antiguos hebreos habían encontrado enemigos paganos a los que enfrentaron y exterminaron, enemigos debían ser también para ellos los indígenas americanos, esos pueblos inferiores renuentes a la salvación. Pero como ellos no eran hebreos sino cristianos rigurosos, ese enemigo religioso que eran los indios, refractarios a aceptar el cristianismo reformado, indignos de ser llamados por Dios a salvarse, no podían ser otra cosa que instrumentos y agentes del Diablo, de Satán. Así, esos indígenas que antes los habían salvado de morir de frío e inanición se convirtieron pronto, por obra de su racismo y fundamentalismo calvinistas, en enemigos que debían ser arrojados de sus tierras y de ser posible exterminados, con lo que detrás o debajo de esa lectura religiosa empezó a sacar sus afiladas y negras uñas la motivación central que estaba en el fondo de toda esa superestructura religiosa: la de que ellos necesitaban tierras para su creciente expansión territorial, tierras que estaban ocupadas por los indígenas; que para ocuparlas había que echarlos de ellas; y que como los indígenas iban sin duda a resistirse, habría por fuerza que hacerles la guerra y tratar de exterminarlos.

En este terreno, las más terribles guerras provocadas por los Peregrinos, ahora bien armados y con apoyo inglés, fueron la guerra contra los pequots en 1637-1638 y la guerra del rey Felipe entre 1675 y 1678. La primera fue una guerra de exterminio contra esa pequeña pero combativa tribu. Contó con el apoyo de los narragansett, tribu rival suya y condujo a la total destrucción del pueblo pequot. El santo predicador puritano Cotton Mather, citado por Gary Nash, lo celebró en estos términos: «En poco más de una hora se eliminaron del mundo, que estaba agobiado con ellos, quinientos o seiscientos de aquellos bárbaros». Si no fuera porque las cifras de exterminio de enemigos que están de más en el mundo

porque estorban a Estados Unidos son mucho mayores y se logran en mucho menos tiempo en las guerras estadounidenses de hoy, uno creería estar oyendo a Bush II; y esto solo por no citar a otros presidentes norteamericanos igualmente asesinos, o que lo son pero prefieren ser hipócritas.

La guerra del rey Felipe fue la terrible confrontación librada después contra Metacomet, bautizado como Phillip y llamado por ello King Phillip, el rey Felipe. Metacomet era el cacique de los wampanoag, la tribu que había apoyado y ayudado en todo a los Peregrinos desde su misma llegada, y tras conformar una poderosa alianza india contra ellos y su amenaza, los enfrentó con valor y audacia, de modo que derrotarlo fue muy difícil, aunque con el apoyo de los ingleses los wampanoag fueron prácticamente aniquilados, lo mismo que las otras tribus. El resultado fue que el modo de vida indígena quedó erradicado de Nueva Inglaterra, que desaparecieron los indios, que los pocos sobrevivientes fueron expulsados o vendidos como esclavos en las Antillas, y que Felipe, capturado, terminó preso y fue pronto asesinado.

En su libro *Magnalia Christi Americana*, que es una historia eclesiástica de Nueva Inglaterra, Cotton Mather, citado esta vez por Ortega y Medina, explica la decisiva participación protagónica de Jesucristo, a la manera del Yahveh del Antiguo Testamento, en la victoria de los puritanos contra el rey Felipe:

> El glorioso Señor Jesucristo, al que ellos [los indios seguidores de Felipe, antiguos aliados de los puritanos] habían desairado, estaba con nuestro ejército y el día fue maravillosamente ganado contra los empedernidos infieles. Su ciudad quedó reducida a cenizas; unos veinte capitanes indios fueron muertos; una desolación proporcional extirpó a los salvajes de categoría inferior; una enfermedad mortal y una terrible hambre persiguió [sic] de tal modo a los restantes que podemos afirmar que ninguno de ellos quedó vivo sobre la faz de la tierra. ¡Tal fue la rápida venganza, oh Jesús bendito, tomada contra aquellos paganos que no querían conocerte ni invocar tu nombre!

Antes de que veamos cómo las relaciones colonos-indios se definen del lado de los primeros por la descalificación y la guerra, creo necesario hacer una corta referencia al tema del mestizaje; o más exactamente, como ocurre en este caso, al tema del rechazo frontal del mestizaje por parte de los puritanos, lo que lo hizo imposible o muy difícil por ser siempre reprimido y castigado. Puede decirse que el mestizaje es, de algún modo, uno de los resultados

inevitables que se producen en el contexto de encuentros no meramente furtivos, sino de cierta permanencia o duración entre pueblos distintos, enfrentamientos de dos o más sociedades o pueblos extraños, ya sea porque no se conocen ni se conocían antes de encontrarse, siempre en medio de naturales tensiones, ya sea que uno de ellos, como en este caso, aun siendo minoritario, está ocupando territorio ajeno, el del otro. Y lo hace porque cuenta con ventajas que le dan posibilidades de imponerse, ya sean ventajas tecnológicas o militares que resultan decisivas, o ventajas culturales y organizativas, más lentas en imponerse, las cuales derivan del hecho de proceder –el grupo más favorecido– de un tipo de sociedad mejor organizada o más avanzada en uno y otro campo, en el de la tecnología y las armas y en el de la organización social, y porque cuenta con la posesión de recursos suficientes para imponer de alguna manera al otro su cultura.

Todo indica que el mestizaje tenía en principio grandes posibilidades para darse, más y mejores, incluso, que las que se dieron en la colonización española o portuguesa del siglo XVI en América Central y Sudamérica. En los casos de la colonización española y portuguesa, salvo escasas excepciones (que también las hubo: españoles que se casaron con princesas incas o tribus indias que ofrecían a los conquistadores mujeres jóvenes para establecer alianzas), el mestizaje fue producto las más de las veces de imposición del conquistador español o portugués, de sujeción y de violencia ejercida por ellos sobre los indios para apoderarse de sus mujeres y mucho menos de que estas, aunque también sucedió en varios casos, aceptaran por voluntad propia emparejarse así fuese como concubinas con conquistadores, por atracción, por interés en llevar mejor vida, o para darle mejores perspectivas de vida y de supervivencia a los hijos que pudieran derivarse de esas relaciones.

Pero en el Norte de América las condiciones eran un tanto diferentes. Los *westerns* estadounidenses nos han impuesto la imagen estereotipada, repetida hasta el cansancio, de largas filas de pacíficos colonos blancos europeos que se dirigen hacia el Oeste en sus carretas, acompañados siempre de sus esposas y sus hijos, esto es, que esos colonos estaban siempre casados con mujeres blancas como ellos, que eran puritanos y que por tanto no solo no les interesaban los indios como mano de obra, ya que ellos venían a trabajar con sus propias manos, sino que, estando casados, tampoco tenían necesidad de mujeres indias que les sirvieran de compañeras

y menos aún de concubinas, algo execrado por el rigorismo puritano que ellos y sus esposas compartían. Y por el desprecio racista que unos y otras sentían por las indígenas. Además, en la hipótesis negada de que lo hubiesen intentado, es de pensar que tampoco lo habrían logrado porque los indios se resistirían y esos colonos, aunque sabían defenderse, no eran guerreros como los conquistadores españoles y portugueses, que por su condición de militares y por las armas de que disponían, siempre podían imponerse a los indios por la fuerza y robarles las mujeres jóvenes para hacer de las bellas sus amantes y de las menos favorecidas sus sirvientas.

En el Norte los colonos no eran por supuesto guerreros salvo excepción, aunque solían disponer de armas como defensa frente a los indios. Y hubo también entre ellos algunos nobles que fueron luego electos gobernadores o designados como jefes de milicias. En realidad, en su gran mayoría, los colonos eran religiosos, pastores protestantes, teólogos, artesanos, trabajadores sin especialización precisa, y también había entre ellos una cuota de *indentured servants*, forzados a trabajar hasta que con su trabajo pagaran a los transportistas el adeudado precio de sus pasajes marítimos. En todo caso, el estereotipo de los colonos casados puede ser bastante cierto si se trata de los colonos del siglo XIX pero no lo es tratándose de los primeros, los de los siglos XVII y XVIII, porque lo cierto es que muchos de ellos, aunque casados, habían dejado a sus mujeres en Europa, y otros, que constituían un alto porcentaje, eran solteros o carentes de mujeres, de modo que la posibilidad de que pudieran intentar conseguir mujeres indias no solo como concubinas, sino como esposas formales, era real.

Además, los indios con los cuales los colonos puritanos establecieron relaciones antes de que se impusiera la violencia, eran bastante amistosos y los admiraban sinceramente. Y aquí funcionó también en un principio lo que por siglos ha sido usual en esas relaciones: que se trate de fortalecer esos lazos amistosos por medio de matrimonios, mediante la creación de lazos sanguíneos, ofreciendo en este caso los indígenas mujeres libres y jóvenes de sus tribus para que se casaran con colonos. Así lo intentaron en un principio los caciques amigos con los puritanos y muchos de estos estaban dispuestos a aceptarlo. Por cierto, las mujeres indígenas de América del Norte, de las tribus con las que tenían relaciones los puritanos, eran por lo general no solo hermosas sino libres. Disfrutaban de mucha libertad sexual, carecían de prejuicios cristianos

contra el sexo, y cuando se sentían atraídas por jóvenes puritanos no temían manifestarlo y mostrarles su interés en ayuntarse. Por su parte, los testigos, colonos muchos de ellos, describen a esas mujeres indígenas como altas, delgadas, de cuerpos hermosos y flexibles, de facciones finas y agradables e incluso a muchas de ellas como muy atractivas y muy bellas.

Pero el fundamentalismo y el racismo calvinista de los puritanos cortó en seco esa posibilidad de mestizaje. El pueblo calvinista, puritano, era un pueblo superior, elegido por Dios; y los predicadores puritanos condenaron todo mestizaje porque ese pueblo superior y elegido no había venido a América a cruzarse por lujuria con un pueblo inferior, que ni siquiera era blanco porque su tez era bronceada; con un pueblo salvaje que los degradaría porque sus miembros estaban casi al nivel de los animales; un pueblo cuyos individuos, hombres y sobre todo mujeres, eran irreductibles pecadores condenados al infierno y servidores de Satán.

En la teocracia que habían impuesto los padres puritanos esa condena era muy grave y no solo tenía consecuencias religiosas para el futuro, sino también políticas y personales en lo inmediato. Se prohibió todo contacto físico de hombres puritanos con indias y de mujeres puritanas con indios. A los que se atrevieran a violar estas normas les fueron impuestas penas físicas y condenas: la primera vez azotes o latigazos y para los reincidentes, expulsiones de la comunidad y la colonia. Y hubo hasta penas de muerte.

Citando a George Willison, Ortega y Medina señala que por seducir a un indio una tal *madame* de Duxbury fue sentenciada a recibir en sus espaldas desnudas los azotes que le propinó un verdugo en la carreta en que se la paseó por las calles de Plymouth a fin de someterla al escarnio público; y que se la obligó a llevar desde entonces en la manga izquierda de su vestido un brazalete con las letras AB, habiéndosele dicho que si se la veía en la calle sin el brazalete le serían marcadas esas dos letras con hierro caliente al rojo en las mejillas. Y señala que, después de todo, tuvo suerte porque por el mismo delito en la igualmente puritana Connecticut o en Boston la pena habría sido de muerte. Al indio solo se le dieron latigazos pues él no había sido el seductor sino el seducido. También una sirvienta blanca denunciada por haber tenido «sucias actividades» con un indio fue azotada en público como infame pecadora, y un hombre blanco llamado John Dawe fue azotado hasta hacerlo sangrar por haber incitado a una india a

acostarse con él. La escasez de mujeres blancas era tal que algunos hombres solteros se iban a convivir con ellas en los pueblos indios, mientras otros, menos decididos, caían en el bestialismo. En esos casos, tal como lo ordenaba el Antiguo Testamento, la condena era a muerte, aunque en la moderna y civilizada Nueva Inglaterra se prefería ahorcar a los pecadores en lugar de sacarlos del pueblo y matarlos a pedradas. Así, concluye el propio Ortega, se perdió la ocasión de aprovechar incluso el mestizaje que habría permitido a los hombres blancos casados con mujeres indias adquirir tierras de sus tribus sin necesidad de provocar guerras ni matanzas.

Por eso lo de Pocahontas es un caso excepcional sobre el que, como era de esperarse, se forjó un mito. Y por supuesto, el hecho se produce en Virginia y no en la calvinista Nueva Inglaterra, donde no tenía cabida alguna. La tensión entre indios y colonos virginianos era grande y a la violencia de estos, los indios habían empezado a responder de igual manera. Powathan, que era el jefe indígena más poderoso de la región, líder de una alianza india, buscaba llegar a acuerdos con los colonos. En medio de esto se produce un hecho extraño: un colono, John Smith, exmilitar, es capturado mientras explora territorio indio. Se lo somete a lo que parece ser un ritual de muerte y la hija favorita del cacique, una chica de unos diez o doce años llamada Pocahontas, lo salva. Pero todo indica que su padre fue cómplice de ello porque buscaba llegar a un acuerdo con los colonos. Así, la chica sirve de puente entre ambos y empieza a visitar la colonia como una suerte de embajadora que trata de rebajar en algo la tensión existente. Pero como los enfrentamientos siguen y se agudizan, en una de esas ocasiones Pocahontas es capturada por los colonos y se la mantiene prisionera en Jamestown, ofreciéndole a Powathan liberarla a cambio de la entrega de rehenes y alimentos. El proceso tarda en medio de los choques, y Pocahontas aprende inglés y se convierte al cristianismo, siendo bautizada como Rebeca. Y se casa, además, con un plantador viudo y rico, introductor del cultivo de tabaco en Virginia, hombre mucho mayor que ella, que se llama John Rolfe, lo cual ayuda a que el conflicto entre Powathan y los colonos dé paso a cierto tipo de negociaciones. Como en el caso del Día de Acción de Gracias, sobre esto los estadounidenses del siglo XIX construyeron un romántico mito y una suerte de versión americana de Romeo y Julieta, no con dos jóvenes sino con un viejo y una niña, no con dos familias enfrentadas sino con dos pueblos

enemigos, y además con un final feliz, porque Rolfe viajó poco después con Pocahontas a Inglaterra, aunque la chica murió en circunstancias desconocidas al iniciar ambos el viaje de regreso, en 1617, cuando apenas rondaba los veintiún o veintidós años.

En todo caso, romántico o de conveniencia, el matrimonio era bastante desigual porque Rolfe era un hombre viudo y ya maduro, un exitoso plantador, y Pocahontas apenas una adolescente, al parecer bella y treinta años menor que él. Pero Rolfe, que era además hombre religioso, o quizá un gran hipócrita, para mostrar a la comunidad virginiana que solo se había casado con la bella muchacha india para lograr de Powathan que volviera a hacerle llegar alimentos a la colonia, que estaba por perecer a causa del hambre, dejó constancia de que no se había casado con la chica por ningún deseo carnal sino por el bien de la plantación, de la colonia y que lo había hecho por el honor de esta y por la mayor gloria de Dios.

En resumen, pues, este es el plano religioso original, el que domina el racismo antiindio del siglo XVII. Los colonos, en su mayoría religiosos, puritanos, calvinistas, no solo son dueños de Nueva Inglaterra sino que tienen enorme peso por medio de diversas formas de calvinismo en todas las otras colonias. Los protestantes veneran el Antiguo Testamento judío; y en este caso, el de los colonos americanos, se trata de ser ellos Israel, de ser ellos el pueblo de Dios, su nuevo Pueblo Elegido, y de la adoración de Yahveh, al que a veces como cristianos llaman Dios, es decir, Dios Padre, y al que otras veces llaman directamente Yahveh. Sienten y proclaman que son el nuevo Israel, la Ciudad en la Colina. Se creen en la Tierra Prometida, que están ocupándola por voluntad de Dios y protegidos por Él. (Se trata de ese dios tribal intolerante, asesino, genocida y pleno de odio racial que es Yahveh). Consideran que esa tierra nueva es suya, que pueden ocuparla a sangre y fuego como habrían hecho los israelitas según el Libro de Josué, matando a sus habitantes sin piedad ni sentimiento de culpa y siguiendo órdenes de ese dios, de Yahveh, el asesino serial. Celebran como obra de Dios las matanzas que realizan. Le atribuyen todos los defectos y crímenes a los indios y no los consideran humanos, sino bestias a las que se debe exterminar. Consideran que las enfermedades que les han traído, a las cuales ellos son inmunes, y para las que los indios carecen de defensa son obra de Dios, que así los ayuda exterminándolos. Santos predicadores puritanos como Increase y Cotton Mather así lo proclamaron y dejaron escrito. Como ellos,

otros celebran las enfermedades y pestes que diezman a los indios; e incluso, como ocurrió algunas veces, cuando pudieron hacerlo, los colonos llegaron hasta a contaminar de viruela frazadas y cobertores que ofrecían a los indios como regalos.

Pocas veces y solo por muy poco tiempo intentaron en algunos casos cristianizar a los indios. Lo hacen más adelante algunas sectas, como los cuáqueros, que quieren respetarlos, convivir en paz con ellos y tratarlos como iguales, aunque eso no pasa del tiempo de presencia física de William Penn en Pennsylvania. Pero casi todas las otras iglesias los consideran incapacitados para salvarse, para recibir su religión, porque eso depende de Dios y no de ellos mismos, y ni Dios los ha llamado para salvarse ni ellos son dignos de recibir ese llamado. A los indios los tienen por agentes del demonio, por carne de pecado y de infierno, sin esperanza. No son elegidos ni pueden serlo. Están llamados a la condena eterna y matarlos en masa no es pecado.

Y tanto desprecian e ignoran la condición humana de los indios que a menudo aprovechan que las primeras poblaciones indígenas con las que se topan son pequeñas, modestas, y están diseminadas en amplios territorios, para decir que esa Tierra Prometida que Yahveh les ha dado está vacía. (Son los precursores cristianos de los sionistas judíos que en el siglo XX hablaban de que la Palestina que estaban ocupando por la fuerza armada y Biblia en mano era una tierra sin pueblo, para ellos que eran un pueblo sin tierra. Parece que en esto de la ocupación de tierras ajenas en nombre del fundamentalismo religioso y de la Biblia no hubiese nada nuevo bajo el sol, como por cierto se dice en el Eclesiastés bíblico).

La dimensión político-filosófica

Esa dimensión sustituye en gran parte a la dimensión religiosa dominante, expresada, como hemos visto, a cada paso en la Colonia. Se impone a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. A partor de entonces se suceden nuevos enfrentamientos con los indios. El primero de ellos es producto de la extensión a las colonias norteamericanas de la guerra colonial (Guerra de los Siete Años) que se libra entre Inglaterra y Francia, guerra en la que, con razón, los indios apoyan a los franceses contra los colonos británicos que les roban sus tierras y los matan, y en la que estos, armados y organizados en milicias, desencadenan nuevas olas de violencia y racismo antiindio. Sigue luego la Guerra de Independencia que poco

después esos mismos colonos libran contra Inglaterra, la cual les quiere hacer pagar el costo de la anterior guerra colonial con impuestos que no les han sido consultados, que afectan sus intereses productivos y comerciales, y que para colmo ha decidido cerrarles el camino de su necesaria expansión hacia el Oeste y hacia el Sur. A continuación, en las décadas inmediatamente ulteriores a la Independencia los colonos, convertidos en libres e independientes ciudadanos de los recién creados Estados Unidos, cada vez más necesitados de tierras para su indetenible crecimiento, se dan cuenta de que ya no necesitan más argumentos de corte directamente religioso para seguir despojando a los indios de sus territorios ancestrales. Ya habían utilizado en los enfrentamientos previos cada vez menos esos argumentos de mero corte religioso contra ellos y cada vez más argumentos político-filosóficos y militares del más franco y laico carácter racista: que los indios eran sucios, salvajes, cobardes, crueles y traidores, repugnantes alimañas, verdaderos monstruos de aspecto humano solo dignos de muerte, de exterminio.

De esta manera pasan ahora a una nueva etapa en la que esos argumentos político-filosóficos van a dominar por completo: el de que los indios son enemigos del progreso humano que ellos por el contrario encarnan y que ni siquiera tienen derecho a poseer en forma colectiva unas tierras que no ponen a producir ni privatizan para poder servir de sustento a un sostenido progreso económico, como sucedería si ellos –los blancos– fueran sus dueños, pues ellos sí las privatizarían y pondrían a producir. Pero como buenos cristianos puritanos que son, prefieren, hasta donde sea posible, convencer a los indios de que les cedan en forma progresiva sus tierras mediante legales y rigurosos contratos de venta, lo que poco más tarde, cuando ellos quebranten uno tras otro los contratos, obligará a sus ingenuas o forzadas víctimas a trasladarse hacia el Oeste, del otro lado del Mississippi, a regiones desconocidas y que hasta entonces a los blancos aún no les interesan (pero que saben que algo más tarde también les interesarán). Y así hasta que lleguen a las orillas del Pacífico y ya no queden ya más indios, ni más tierras que ocupar.

Como es de suponer, esas negociaciones con los indígenas pronto se revelan como planes hipócritas dirigidos a despojarlos de sus tierras y siempre terminan en guerras contra ellos, en matanzas, en destrucción de aldeas y en su expulsión legal de los territorios que les son expropiados, es decir, robados. Y lo que quiero destacar ahora es que desde ese momento, por muy religiosos que

puedan ser, los blancos no necesitan más argumentos religiosos. Les basta con basarse en nuevas ideas político-filosóficas que están de moda en Europa entre los grandes pensadores enfrentados a la monarquía absoluta y a la vieja y decadente sociedad feudal; ideas que son más terrenales, «científicas», realistas, y que guardan, además, estrecha relación con su realidad americana y con la justificación de lo que ellos están haciendo para expulsar a los indios de sus tierras y para matarlos si se oponen o se resisten. Así, aunque sin desaparecer del todo, Yahveh y Jesucristo le ceden el paso a John Locke, el filósofo y pensador político británico que es uno de los creadores fundamentales del pensamiento liberal y que empero, de algún modo, pese a toda su modernidad individualista y capitalista temprana, no deja de basar sus teorías sobre el progreso humano, la propiedad de la tierra y su necesario uso productivo, en la voluntad divina y en los propósitos directos del propio Dios. Y por supuesto, de servirse también de su acomodaticia lectura de esos propósitos para justificar las expropiaciones, las matanzas, las guerras y el exterminio mismo de los indios.

No intentaré en este ensayo analizar esos argumentos de Locke[5] ni su fundamentación. No es este el lugar ni hay espacio para ello. Lo que sí debo precisar aquí con más detalle es la forma en que el filósofo político inglés justifica la expropiación de las tierras y hasta el exterminio de los indígenas norteamericanos, así como lo referente a sus cercanas relaciones con el contexto colonial de Norteamérica. Y es necesario hacerlo porque desde entonces Locke se convierte en la fuente principal que va a alimentar tanto la política y las ideas de los llamados Padres Fundadores en tiempos de la Independencia, como las de sus continuadores racistas y esclavistas a todo lo largo del siglo XIX, dirigidas a justificar la esclavitud de los negros y la expulsión de los indios de sus tierras, seguida de las necesarias masacres de aquellos que se rebelaran.

Locke (1632-1704), reconocido filósofo y pensador político, uno de los padres del pensamiento liberal, reúne, como suele pasar con el liberalismo de los siglos XVIII y XIX, el rasgo paradójico de ser promotor del liberalismo político y económico y la plena libertad individual, y ser al mismo tiempo –sin ver en ello ninguna contradicción– defensor radical de la esclavitud de negros e indios y de la masacre de estos, en caso de que se aferren a la defensa del uso comunal y no privado de sus tierras. Pero ese rasgo es solo paradójico en apariencia, porque lo que Locke defiende en realidad

es el poder y la libertad política y económica de la burguesía blanca en ascenso en Inglaterra y en Europa y su ilimitado derecho de propiedad, que supone la defensa de la esclavitud negra con la que se enriquece y el exterminio de todo «salvaje» que se oponga al progreso encarnado en ella, en su libertad sin límite y en su forma privada de propiedad.

En los siglos XVII y XVIII la esclavitud es rasgo aún dominante y principal fuente de lucro de las burguesías de Inglaterra y Holanda, países que mientras se dedican al tráfico de esclavos se presentan como modelos de liberalismo sin ver tampoco la menor contradicción en ello. Como ocurre con la realeza y la burguesía británicas, Locke es también accionista de la principal empresa esclavista inglesa, la Royal African Company, lo que le brinda pingües beneficios. Y aun más que en Europa, la esclavitud domina en Estados Unidos, en los que, sobre todo en el Sur, su peso es esencial. De modo que defender la esclavitud no plantea ningún problema. Locke lo hace; y lo demuestra con su propia praxis de negrero asociado.

Pero en Estados Unidos, como en otros países coloniales, existe un cuadro peculiar porque los colonos, los grupos blancos dominantes, no solo defienden la esclavitud que practican en su beneficio, sino que se enfrentan también a las poblaciones indígenas a las que necesitan expulsar de las tierras que ocupan. Y justamente es Locke quien les facilita los argumentos necesarios para ello. En su *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, publicado en 1690, Locke se remonta a un estado originario de naturaleza que no es beligerante como el de Hobbes, en el que la tierra la ha dado Dios en propiedad común a la especie humana pero para que esta aproveche sus frutos y la haga producir, no para que esté ociosa o desperdiciada, que es lo que los indios americanos hacen con ella. Locke, que antes ha señalado que los hombres que no se ciñan a las normas de ese estado de naturaleza o que impidan el trabajo libre de otros hombres, los que sí quieren hacer producir la tierra y hasta acumular extensiones de ella una vez que la aparición del dinero lo ha hecho posible, se convierten en agresores que merecen ser esclavizados. Más aún, si queriendo defender su irracional sistema colectivista de uso de tierras se empeñan en mantener actitudes opuestas al progreso encarnado por quienes necesitan esa tierra en propiedad privada para hacerla producir riquezas como manda Dios, esos hombres se convierten en enemigos cuya conducta los

rebaja al nivel de peligrosas bestias: bestias que como tales merecen ser exterminadas como alimañas sin ningún cargo de conciencia por los que encarnan el futuro y el progreso.

Se ha escrito que la obra política de Locke, y en especial su *Segundo Tratado,* en el que se exponen los argumentos que vengo criticando, incidió en forma decisiva sobre esta política de expropiación y exterminio de los indígenas y de apropiación de sus tierras por los colonos en Estados Unidos desde los tiempos finales de la Colonia en el siglo XVIII y sobre todo después, en el siglo XIX, ya que los colonos, convertidos en estadounidenses independientes, los consideraban como un obstáculo opuesto al progreso que ellos encarnaban y estaban convencidos de que sacarlos del camino por cualquier medio era la real voluntad de Dios. No hay duda de que esto es cierto y de que el pensamiento de Locke que, como veremos en el próximo capítulo, influye además en la Constitución de Estados Unidos, es la principal base político-filosófica del racismo y de la expropiación y el exterminio llevados a cabo en forma sistemática por los nuevos colonos del norte, del sur y del sureste a todo lo largo del siglo XIX contra los indígenas norteamericanos.

Pero lo que se olvida es que todo indica que fue más bien la conducta temprana de los colonos la que llevó a Locke a desarrollar su teoría, la que expone en el *Segundo Tratado*; o en todo caso a tomar lo que deseaba plantear acerca de las sociedades indígenas norteamericanas como el mejor ejemplo para fundamentarla. En efecto, Locke tuvo temprana relación con las colonias norteamericanas, en concreto con las Carolinas, colonias del Sur, colonias esclavistas. En la década de 1660, es decir, cerca de treinta años antes de publicar el *Segundo Tratado*, Locke fue secretario de *lord* Shaftesbury, *lord proprietor* de las Carolinas, conoció en forma directa la realidad social de estas y redactó para ellas las Fundamental Constitutions of Carolina. Es decir, que tuvo que ser influido por su conocimiento de esa realidad cuando redactó y terminó en 1690 su *Segundo Tratado*. Y esto, por supuesto, para nada excluye que luego ese *Segundo Tratado*, texto famoso que hacía autoridad entre los liberales, haya sido, como en realidad fue, instrumento básico de filosofía política para fundamentar y justificar la política de expropiación, masacre y esclavizamiento de la población indígena que se resistía a ser expropiada de sus ancestrales tierras vendiéndolas a los blancos y a permitir que estos las privatizaran, las lanzaran al mercado y las pusieran a producir en grande a costa

de su hambre y su miseria. Ya Washington, propietario de esclavos, calificaba a los indios de «bestias salvajes del bosque» y hablaba de «forzarlos, como a lobos, a retirarse de sus tierras»; y Jefferson, también esclavista, aunque reconocía y lamentaba la crueldad de las guerras indias libradas antes de la Independencia, hablaba de la conveniencia de expulsarlos de sus territorios. Como veremos en lo que sigue, las tropas estadounidenses del siglo XIX se encargaron de materializar a plenitud esas ideas.

El plano económico: substrato de todo

Creo que a lo largo de la exposición que vengo haciendo hasta ahora de los argumentos, en un primer tiempo religiosos y luego político-filosóficos, en que el feroz racismo antiindio de los colonos británicos de Norteamérica se ha apoyado desde la Colonia hasta fines del siglo XVIII como principales rasgos promotores de su enfrentamiento con las poblaciones indígenas norteamericanas, hemos tenido ocasión clara y reiterada de ver que bajo ese elaborado parapeto religioso y político-ideológico se movía un fondo económico esencial representado por la insaciable necesidad de tierras que había movido a esos colonos a venir a América.

De modo que lo que vamos a ver en lo que sigue, esto es, a todo lo largo del siglo XIX, siglo de la mayor expansión territorial estadounidense, es que ese fondo económico oculto o semioculto por la religión o la política pasa ahora en forma abierta a primer plano en la argumentación y en la conducta racista de estos nuevos ciudadanos norteamericanos que han reemplazado a los antiguos colonos y que necesitan continuar incluso con más énfasis la expansión territorial iniciada por aquellos. Y el paso a primer plano de esa necesidad económica ahora expresada sin envolturas de ninguna clase, pero siempre heredera de ese pasado, implica que el Estado y con él los nuevos colonos, se deshagan, porque en estos tiempos modernos ya no las necesitan tanto como antes, de esas superestructuras religiosas y político-ideológicas en las que, sin duda, han creído, siguen creyendo, y que les han sido hasta entonces de enorme utilidad para justificar su ansia de tierras. El plano económico, que en el fondo es el principal del cuadro, queda ahora al descubierto sin envolturas religiosas. Acaso conserva, para mostrarlo en ocasionales discursos políticos, argumentos derivados de Locke y de otros pensadores liberales esclavistas como él, pero expresados en forma más moderna, más pragmática: la necesidad

económica o socioeconómica de expropiar a los indios de sus tierras echándolos de ellas o simplemente exterminándolos se expresa en ese siglo XIX, terrible para los indios (y también para los esclavos negros), con la más absoluta claridad. Los colonos norteamericanos necesitan esas tierras para su progreso y crecimiento económico; y los indios, que constituyen un obstáculo, simplemente están de más y deben ser apartados del camino, exterminados o encerrados para que perezcan en campos de concentración llamados púdicamente reservas indias. Y puede decirse sin temor que se trata simplemente de un genocidio planificado y progresivo.

Sería demasiado largo examinar el desarrollo en el siglo XIX de esa política de expulsión, masacre y exterminio indígena. Y no voy a hacerlo. Me limito a señalar algunos de sus momentos más conflictivos y el papel desempeñado por los líderes indios que se resistieron y lucharon contra ese proceso que llevaba a la destrucción de sus pueblos por obra y decisión del Estado norteamericano y de sus ambiciosos colonos.

Una primera fase se inicia en las primeras décadas del siglo XIX y se trata del sórdido proceso de despojo de sus tierras llevado a cabo contra los shawnees, tribu que habita extensos territorios del Norte, vecinos de Canadá, y cuyo jefe, Tecumseh, al frente de su pueblo, libra una heroica guerra defensiva contra la agresión estadounidense. Los blancos, sirviéndose del alcohol para emborrachar a los indios, han logrado hacerles firmar contratos por los que les entregan sus tierras y han empezado a expulsarlos de ellas. Tecumseh, cansado de tratar de evitar una guerra contra los bien armados blancos, decide enfrentarlos, destruye el alcohol, expulsa a los traficantes y rescata a su tribu. Los blancos, cuyo líder es William Henry Harrison, gobernador de Indiana, deciden atacar a traición a los shawnees. Harrison se presenta en noviembre de 1811 en Tippecanoe, poblado indio, hablando de paz, pero en la noche ataca por sorpresa y masacra a sus habitantes, presentando luego esta cobarde masacre como una heroica victoria que lo hace famoso y que décadas más adelante le ayudará a convertirse en Presidente de Estados Unidos. Después de la masacre, en la que uno de los asesinados es su hermano, llamado el Profeta, Tecumseh se prepara para una guerra de guerrillas y en 1812 se alía con los ingleses al iniciarse la guerra de Estados Unidos contra Inglaterra, llamada Segunda Guerra de Independencia por la historia oficial estadounidense, pero que no es sino un enfrentamiento entre es-

tos y su antigua metrópoli por objetivos de comercio marítimo y, sobre todo, por territorios continentales, como Canadá, que los colonos ambicionan y que continúan en poder de los ingleses.

En los años que siguen, Tecumseh, luchando por sus tierras, propina tres sucesivas y contundentes derrotas a los agresores estadounidenses. Aplasta al general Hull y recupera las tierras que le han sido robadas a su tribu. Harrison no se atreve a enfrentarlo, se encierra en un fuerte y envía a hacerlo a Winchester, otro general, y Tecumseh lo derrota. Y luego, en una sorpresiva acción de tipo «Vuelvan caras», sorprende y derrota al general Clay, enviado a combatir por Harrison, que sigue sin salir del fuerte en que se mantiene esperando. Pero en una cuarta batalla, en medio de la cual los ingleses lo abandonan, Tecumseh es derrotado y muere combatiendo con valor. A los vencidos shawnees no les queda otro camino que rendirse.

Lo que sigue en las décadas de los veinte y los treinta del siglo XIX es la «mudanza» (*removal*) o expulsión de sus tierras de las cinco tribus sedentarias y aculturadas del Este: los creek, choctaw, chickasaw, cherokees y semínolas.

La necesidad de tierras y de minerales por parte de los colonos blancos, y su franco racismo contra los indios, alimentan y dan forma a esa política. Los colonos quieren pieles, madera, construir canales, ocupar nuevos territorios para su crecimiento y también buscar plata y oro, que empiezan a aparecer en esas décadas. Y los indios que ocupan desde tiempo inmemorial esas tierras ansiadas por ellos son ahora un obstáculo que hay que «remover». Pero los indios al este del Mississippi eran casi todos sedentarios, agricultores. No eran nómadas. Y aunque es cierto que cazaban en sus vastos territorios, vivían más de la tierra y de la siembra que de la caza y la pesca. Cultivaban plantas y criaban animales. Habitaban aldeas y pueblos permanentes. De modo que no se los podía calificar de salvajes. Sin embargo, los colonos blancos lo hacían; y es esa versión la que se sigue manteniendo en la historia oficial estadounidense para justificar la expulsión y la matanza.

Esa batalla duró dos décadas. Fue una larga combinación de muchas y diversas cosas: hipócrita paternalismo estatal; presión y provocaciones abiertas de los colonos; incesante resistencia indígena; leguleyería administrativa de los abogados blancos y sus organismos políticos estatales para imponer su voluntad a los indios; empleo de recursos de todo tipo para engañar, sobornar o

comprar a los indígenas mediante promesas o emborrachándolos con whisky adulterado para hacerlos firmar documentos en los que cedían sus tierras sin consultar con sus caciques. Y todo salpicado por una incesante rebatiña de tierras que gobernadores y políticos blancos fueron los primeros en aprovechar, por algunos actos de violencia, y hasta por una abierta rebelión en un caso, terminó en el inevitable *removal*, en que una tras otra de las tribus amenazadas fueron forzadas por el poder político y militar de los colonos blancos a trasladarse en condiciones terribles al otro lado del Mississippi, un territorio para ellos desconocido con otro clima y otra tierra cuyos posibles recursos ignoraban y que para ellos carecía de los atributos sagrados asociados en cambio a sus tierras ancestrales, las tierras de sus dioses y sus antepasados.

Las cinco tribus vivían en territorios que los colonos blancos querían a toda costa y que eran todos vecinos del que ya ocupaban, todo él al este del Mississippi. Los creek o muscogee vivían en los actuales estados de Georgia, Alabama y Mississippi; los choctaw en parte de Mississippi, Florida, Alabama y Louisiana; los chickasaw en tierras de los actuales Mississippi, Alabama y Tennessee; los cherokees repartidos entre Georgia, Alabama, Tennessee y ambas Carolinas; y los semínolas en el norte y la mayor parte de la península de la Florida.

Desde el mismo inicio de esa lucha de los colonos blancos por las tierras mencionadas de los indios y por los minerales ricos que empiezan a descubrirse en ellas, es decir, ya desde tiempos de la guerra de 1812-1814 contra los ingleses, Andrew Jackson tiene un papel protagónico en ella, y ese protagonismo es mayor en la parte final y decisiva de la lucha, que corresponde a los años 1829-1837, en que ejerce la presidencia de Estados Unidos. Jackson, descrito por la historia oficial estadounidense no solo como héroe militar de la guerra contra Inglaterra, en la que jugó un papel importante, sino como un demócrata, término más que discutible este último, que oculta su condición de terrateniente racista, especulador de tierras, asesino masivo de indios, dueño de esclavos y negrero esclavista, desempeña el papel central en este proceso de expropiación y expulsión de los indios de sus tierras, parte de las cuales, por cierto, se las apropian él y sus más cercanos familiares y amigos. La política de Jackson implicó violar leyes federales favorables a los indios, ofrecerles a estos contratos engañosos en los que él se presentaba como su poderoso «padre blanco», y de los que se hizo fa-

mosa su engañosa y cínica frase, incluida en varios de ellos, de que «mientras creciera la hierba y corriera el agua» los indios podían estar seguros y confiados en que esos contratos no serían violados. Detrás de esas mentiras y manipulaciones, el claro objetivo de Jackson era «remover», es decir, expulsar a los indios de sus tierras, obligándolos a desplazarse a territorios situados del otro lado del Mississippi y amenazarlos con presiones y violencia estatal directa en caso de que se negaran o resistieran a hacerlo.

Sería demasiado largo entrar en los detalles, a veces confusos, de este cruel proceso de remoción. Los choctaw y los chickasaw fueron los primeros en aceptar la privatización de sus tierras. Los creek sí hicieron resistencia temprana y pelearon contra Jackson pero éste les quemó un poblado y con ayuda de los cherokees los derrotó en una sangrienta batalla que fue una verdadera masacre. La mitad de las tierras creeks fue privatizada entre los sobrevivientes o rematada entre los colonos blancos. De ellas, Jackson se reservó una parte. Poco después esos creek, arruinados, hambrientos y sin tierras, se negaron a emigrar hacia el Oeste. Se rebelaron, se los enfrentó y hubo otra masacre. Los choctaw no querían emigrar pero los sobornaron, les hicieron firmar un engañoso contrato y les ofrecieron una tierra fértil del otro lado del Mississippi. Una parte de ellos se resistió a emigrar. La mayoría aceptó y en 1831 buena parte de esa emigración masiva de más de 13.000 choctaws iniciada en medio de un invierno cada vez más frío y sin encontrar el apoyo material que el Estado les había ofrecido para alimentarse y para cruzar el río, murió de pulmonía, de hambre o como víctimas de una epidemia de cólera.

El caso más cruel y terrible fue el de los cherokees. Los cherokees no solo no eran nómadas ni cazadores sino que además de haberse convertido pronto en agricultores y sedentarios se habían ido adaptando con gran facilidad a la cultura y a los patrones de vida de los blancos estadounidenses, hasta el punto de que los imitaban en sus pueblos, caminos, siembras y casas, y habían logrado asimilar su cultura y hasta su religión. Los cherokees habían fraccionado y privatizado sus tierras y como los choctaw y los chickasaw habían adquirido esclavos negros para que trabajaran en sus pequeñas y medianas plantaciones en las que sembraban lo mismo que las colonias blancas del Sur. Hablaban inglés, se convirtieron al cristianismo, construyeron iglesias e hicieron venir misioneros protestantes a sus pueblos para que manejaran las iglesias y enseñaran

el catecismo a sus hijos. Revelaron tener un espíritu capitalista-empresarial, realmente asombroso, comparable al de los blancos más hábiles y creativos, y sus pueblos poco tenían que envidiarle a los de los colonos a los que imitaban. Un cherokee particularmente brillante llamado Sequoyah creó un diccionario y una gramática de la hasta entonces solo hablada lengua cherokee para alfabetizar a los más jóvenes y muy pronto contaron con una imprenta, libros y folletos y con un diario impreso en su propia lengua.

Se consideraban ciudadanos estadounidenses; y así como aceptaban sus deberes, pedían al Estado que les reconociera sus derechos. Es decir, que constituían un pueblo civilizado, que se comportaban como ciudadanos norteamericanos y que nadie podía acusarlos de salvajes. Pero de nada les sirvió. ¿Por qué no podían los colonos blancos aceptarlos como ciudadanos de su país y reconocerles sus derechos? Simplemente porque no eran blancos, porque eran indios, y porque los colonos necesitaban sus tierras y debían echarlos de ellas y destruir su civilización y su cultura, que eran las mismas suyas, pero que ellos no podían aceptarlas por su racismo, su xenofobia y su condición de Nuevo Pueblo Elegido, de que solo ellos eran la Ciudad en la Colina. Y aquí es indispensable insistir en esto: a los cherokees se los expulsa de sus tierras ancestrales no por ser «salvajes», esto es, cazadores, sino por ser civilizados, es decir, agricultores, porque como indios no tenían derecho a serlo.

El defensor de los cherokees en Georgia, William Witt, mostró su asombro al constatar que se les negaba el derecho a modificar «su propia condición y a convertirse en agricultores». El gobernador de Georgia, Troup, le respondió en su discurso ante la Asamblea del estado diciendo que a los cherokees se les había reconocido el derecho a usar la tierra para cazar. «Por lo tanto –dijo–, el hecho de cambiar su modo de vida [de la caza por la agricultura] modificó esencialmente ese derecho, quedando como apropiadores de las tierras para labranza y no para caza como estaba establecido», lo cual «violó el espíritu y las leyes de los tratados y perjudicó a Georgia». Como señala Albert Weinberg, de quien tomo estas referencias, la opinión del gobernador de Georgia contradecía el criterio civilizatorio aceptado de que las tierras debían dedicarse a la labranza y no a la caza. Pero Troup no tuvo la menor vergüenza en concluir su discurso racista diciendo que «si bien el suelo de Georgia estaba destinado a la labranza, quienes debían realizar esas labores eran los blancos y no los indios»[6]. Y a los cherokees

se les atacó, se les robó el oro que habían hallado en sus minas, les invadieron sus tierras y se los expulsó de ellas obligándolos a emigrar hacia el otro lado del Mississippi mediante un terrible y mortífero éxodo cuyo amargo recorrido en un frío y letal invierno ellos bautizaron con un nombre triste e inmortal: el de *Sendero de las L*ágrimas.

La tribu que resiste y pelea por su tierra y sus derechos, y que libra contra Jackson y los gobernadores blancos que lo suceden una guerra feroz que dura unos ocho años en los pantanos de Florida, es la de los semínolas, encabezados por Osceola, su valeroso y combativo cacique. Jackson, que acusa a la Florida entonces española de ser refugio de indios rebeldes y esclavos fugitivos, desata la agresión contra ella y fuerza en 1819 a España a venderle la península a Estados Unidos. Los semínolas, bastante libres con los españoles, se resignan ahora a soportar el racista dominio estadounidense y lo hacen sin muchos problemas hasta 1835. En esa fecha el nuevo gobernador, un tal general Thompson, convoca a todos los líderes indios al fuerte en que reside para informarles que en unos meses deberían dejar sus tierras para ser trasladados del otro lado del Mississippi, añadiendo que quienes se opusieran a ello serían encarcelados. Indignado, Osceola se niega, defendiendo su tierra y condenando el carácter traidor de la convocatoria. Thompson lo encierra en un calabozo y lo condena a muerte. Pero Osceola logra escapar y se lanza a la guerra de guerrillas contra las fuerzas de Thompson. La guerra es brutal y destructiva. Osceola y sus combatientes indios dominan el terreno, se mueven con velocidad asombrosa, atacan por sorpresa, destruyen, queman y desaparecen con la misma rapidez y en la misma forma sorpresiva en que han surgido. En un sorpresivo ataque, Osceola captura y mata a Thompson. Los semínolas, invencibles en los pantanos de Florida, se mantienen luchando sin descanso. En 1837 un nuevo gobernador, un tal general Jessup, ofrece a los indios condiciones dignas para lograr la paz. Con la garantía escrita de respetar su vida que le da Jessup, Osceola acude al fuerte a firmarla, pero el traidor Jessup lo hace encarcelar y Osceola muere asesinado, no habiendo quedado nunca claro si fue en ese momento o días después, cuando se lo conducía a otra cárcel. Sus sucesores continuaron la guerra hasta 1842, pero la mayor parte de los semínolas pereció en esos combates y los escasos sobrevivientes fueron enviados a una reserva india en el desierto cercano a la lejana California.

A las décadas siguientes, las de la segunda mitad del siglo XIX, les tocará ver la parte final, la más masiva y sistemática de este genocidio planificado. La expansión territorial y demográfica de Estados Unidos tiene para entonces como objetivo la ocupación y desarrollo de los vastos territorios que van desde la margen derecha del Mississippi hasta las lejanas playas californianas y oregonesas del Pacífico. Esas praderas, cruzadas por ríos y al norte y al oeste por montañas, esos inmensos y prometedores territorios tampoco constituyen una Tierra Prometida libre de habitantes. Esas tierras están ocupadas, también desde tiempos inmemoriales, por diversas poblaciones indígenas que se mueven en ellas, que las disfrutan en forma colectiva, que de ellas sacan su sustento y que además las tienen por sagradas, por estar asociadas a su forma de vida, a sus dioses y a sus antepasados.

Conquistar y colonizar esas tierras no resulta tarea fácil para los colonos que las ambicionan, pese al apoyo ideológico, político-económico y militar que les da el Estado como protagonista y promotor que es de esa ocupación territorial embellecida por la historia oficial como epopeya o Conquista del Oeste. Conquista que, como cualquier otra, por más que sus cantores la embellezcan no es otra cosa que la invasión y ocupación forzosa de un territorio ajeno por una población invasora que cuenta con recursos, armas y apoyo suficiente para imponerse, someter y de ser necesario exterminar al pueblo o a los pueblos que lo habitan, y que de ordinario se oponen a esa ocupación y a ese exterminio.

En esas inmensas praderas del Oeste viven diversas tribus. Y estas son distintas en mucho de las del Este. Viven en grandes extensiones territoriales, son seminómadas, tienen ciertos cultivos, pero sobre todo dependen de la caza y necesitan sus vastas tierras. Los colonos las quieren y también las necesitan. Y son los nuevos territorios y los nuevos estados de la Unión nacidos de aquellos, de acuerdo con la Ordenanza de 1787, los que asumen el protagonismo en esta conquista. Y sus fuerzas políticas y militares protegen a los colonos, negocian con los jefes indígenas y tratan de imponerles que cedan parte de sus territorios, que vendan sus tierras y que firmen contratos engañosos. Al principio los indios se dejan engañar, impresionados por su respeto por el hombre blanco, por el poder armado de los militares del Este y por el nombre de ese «Gran Padre blanco» que es el lejano Presidente de Estados Unidos. Pero es después de largos períodos de pasividad que

van descubriendo que los blancos, y sobre todo sus funcionarios estatales y abogados, son una banda de tramposos, mentirosos y ladrones que los engañan para quitarles sus tierras haciéndoles firmar contratos del tipo «mientras crezca la tierra y corra el agua», contratos que violan apenas necesitan apoderarse también de las tierras que les han dejado «para siempre». Comerciantes blancos los emborrachan con whisky para hacerles firmar contratos en los que los hacen ceder sus tierras, vendiéndolas por nada o a cambio de más whisky. Se sienten engañados y estafados por los blancos, protestan o se rebelan; y cada vez que lo hacen reclamando justicia, el poder de los blancos apela a su última y decisiva razón: la de las armas, la de la violencia. Es así como por fin los indios, siempre atropellados, despreciados y humillados, aprenden a responderles de la misma forma.

Y es que esos indios, aunque no son siempre guerreros, saben y tienen cómo defenderse. Han aprendido a domar y a criar los caballos, que a partir de la Conquista española llenan la pradera, y se han convertido en jinetes excepcionales. Saben organizar emboscadas, se defienden bien con sus lanzas, arcos y flechas y, a medida que deben enfrentarse a los colonos y a las tropas del Estado, se las arreglan para obtener y manejar también armas de fuego. De jinetes se convierten en guerreros a caballo y ni a los colonos ni a las fuerzas militares del Estado luchar contra ellos les resulta tan fácil y sin costo como había sido décadas antes, al enfrentar y destruir a los cherokees. Los indios son masacrados, pero tras cada masacre aprenden y mejoran, aun si el futuro se les hace cada vez más negro. Los colonos deben proteger sus pueblos, casas y sembrados, y los soldados que los apoyan deben aumentar su número, construir fuertes protegidos y emplear verdaderas tácticas de guerra. Pero su odio racista los lleva a realizar matanzas y a cometer crímenes horrendos. Ahora más que nunca los indios son un obstáculo opuesto al progreso, capaz incluso de oponérsele por las armas, de modo que es necesario someterlos y más aún, exterminarlos. No es muy probable que los funcionarios estatales y los soldados que llevan a cabo esas guerras y esas matanzas hayan oído hablar de John Locke, pero sin que ellos mismos lo sepan, es Locke quien dispara sus fusiles y quien degüella a los indios con sus cuchillos y sus sables.

Las llamadas guerras indias se hacen inevitables. Pero son guerras formales, guerras ofensivas solo para los soldados blancos,

que forman ejércitos regulares y usan armas de guerra, incluidos cañones. Para los indios se trata siempre de guerras defensivas, de guerras de guerrillas, apoyadas en la sorpresa y en el conocimiento del terreno, porque no conforman ejércitos ni poseen armas de guerra. Las principales tribus de la pradera son las que resisten y combaten: apaches, cheyennes y sioux, cada una de las cuales abarca muchos grupos. Y sus principales jefes son grandes líderes y guerreros: Cochise, Gerónimo, Dull Knife, Little Wolf, Crazy Horse, y también Sitting Bull.

Los apaches habitan amplios territorios de Arizona, Colorado y Nuevo México. Se habían antes replegado a zonas montañosas para evitar una guerra con los españoles, pero los colonos estadounidenses los atacan desde el momento en que se apoderan de esas tierras, que antes habían sido parte de México. Cochise es el jefe de los apaches chiricauas y quiere evitar la guerra, pero luego de varias agresiones se ve obligado a enfrentarlos. Los apaches se revelan como guerreros implacables. Tras varios años de dura guerra, se firma una paz que los colonos rompen pronto. Para enfrentarlos, Cochise se alía con los apaches mezcaleros. Son quince años de una guerra terrible y destructiva. Cochise ataca siempre con éxito y nunca es capturado. Pero sabe que esa guerra carece de futuro para los apaches y logra un nuevo acuerdo de paz en 1872, aceptable para su pueblo. En 1874 muere. Pero el avance y la agresión de las tropas estadounidenses se reinicia y es entonces Gerónimo, nuevo jefe de los chiricauas, quien defiende a los apaches librando una implacable guerra de guerrillas. Pero todo es inútil. Los apaches no tienen futuro. Gerónimo se rinde en 1886 y los apaches se resignan a permanecer en sus reservas.

Los CHEYENNES ocupaban para el siglo XIX un extenso territorio que iba desde Arkansas en el Este hasta las Black Hills en el Oeste. Para entonces combinaban la caza con la agricultura, tenían poblados estables, como jinetes llamaban la atención por su destreza y eran una tribu todavía grande y poderosa más bien pacífica, pero no exenta de valor guerrero. En 1850, ante el avance de los colonos blancos, aceptan un acuerdo con el Gobierno federal. Pero las provocaciones y crímenes de los blancos los llevan a la guerra; y en ella, teniendo como jefes a Dull Knife y a Little Wolf, se revelan como los más valientes y hábiles jinetes y guerreros, atacando pueblos, sembradíos, diligencias y caravanas por doquier en Kansas, Wyoming y Colorado. Se alían con los sioux y eso los hace más

poderosos. Pero es luego de la horrible y monstruosa matanza que las tropas norteñas hacen en Sand Creek en 1864 que en venganza aumentan su violencia contra los asesinos blancos. En 1866 Dull Knife masacra a un destacamento de soldados norteños y en 1868 él y Little Wolf asaltan un tren de la Union Pacific. Pero en 1874 se descubre oro en las Black Hills y la invasión de blancos armados y sedientos de riqueza se hace indetenible, apoyada en las tropas del Ejército de Estados Unidos. La alianza de cheyennes y sioux encabezada por Dull Knife y Little Wolf y contando con el valiente sioux Crazy Horse, logra una contundente victoria en la famosa batalla de Little Big Horn en 1876, el más grande éxito de los indios en esas guerras, donde vencen y matan al tan famoso y valiente como arrogante y torpe general George Armstrong Custer. Pero la respuesta del ejército estadounidense es descomunal: las tierras y poblados de los cheyennes son arrasados, los indios masacrados, y Dull Knife y Little Wolf, con lo que sobrevive de su diezmado pueblo, deben rendirse al año siguiente y son todos encerrados en una inhóspita reserva. Allí el exterminio es lento pero indetenible. En 1879 ambos jefes escapan con los sobrevivientes para tratar de llegar a Canadá, pero cerca de la frontera son capturados y llevados a otra reserva, y Dull Knife muere algo después.

Los SIOUX, jinetes, cazadores y guerreros, constituían una multitud de tribus distribuidas entre los actuales estados de Minnesota, las dos Dakotas y Montana. Se los describe como fuertes, valientes, orgullosos y de elevada estatura. En relación con los colonos blancos y las tropas estadounidenses que invaden sus territorios desde mediados del siglo XIX, su historia no difiere de la de las otras tribus de las praderas y montañas del Oeste. Deberán enfrentarse a oleadas de colonos hambrientos de tierras y buscadores de oro que invaden uno tras otro sus territorios. Los funcionarios de los nuevos estados de la Unión les hacen firmar tratados que son violados cuando aún no se ha secado la tinta del papel en que se los ha escrito. Los sioux protestan, se resisten, se rebelan y combaten, uniéndose las diversas tribus para enfrentar a los colonos y al ejército que los respalda. En 1862 enfrentan la violación del primero de esos tratados. Estalla la violencia, destruyen y queman pueblos y sembradíos y logran un nuevo acuerdo de paz al año siguiente. Pese a nuevas violaciones de los blancos, esa paz se mantiene hasta 1874.

Pero el descubrimiento de oro en las Black Hills ese año y los nuevos atropellos de los colonos buscadores del metal conducen

a una nueva guerra, en la que se destaca Crazy Horse, un joven, valeroso y audaz guerrero. Los sioux, aliados con los cheyennes, logran la victoria de Little Big Horn en 1876, en la que muere Custer y en la que se destaca Crazy Horse. Pero el principal líder sioux no es un guerrero sino un hábil político, un dirigente excepcional que es Sitting Bull, el más culto y capaz de todos los jefes indios que denuncian los crímenes y atropellos de los colonos blancos y el Estado norteamericano. Sitting Bull los denuncia ante los propios funcionarios, desmonta varios de esos tratados hipócritas y se convierte en el dirigente indio más admirado y respetado de todos, no solo por los sioux sino por todas las otras tribus. El papel que desempeña en esas décadas Sitting Bull es demasiado largo para examinarlo aquí. De todas formas el resultado de la lucha de los sioux es el mismo. Al cabo son derrotados y diezmados, los que sobreviven terminan encerrados en miserables reservas y Sitting Bull, viejo y golpeado aunque firme y lúcido como siempre, es acusado sin base por el Estado federal de promover la contagiosa Danza de los Espíritus que está movilizando a miles de indios y que no es sino la última y triste expresión de rebeldía, en este caso mística, mesiánica y pasiva, de los derrotados pero otra vez esperanzados indios del Oeste. Sitting Bull tiene, sí, conocimiento de ella, pero no comparte su ingenuo optimismo. El gobierno de Estados Unidos ordena de todos modos encarcelarlo; y al intentar su captura, el 15 de diciembre de 1890, el viejo líder indio se resiste y es asesinado de un balazo de fusil en la cabeza.

Esas guerras indias terminan cada vez más en masacres de indígenas. Las matanzas son muchas, pero las más monstruosas y terribles son las de Sand Creek y Wounded Knee. La primera fue la cobarde obra de las tropas del ejército de Estados Unidos en noviembre de 1864. La que le sigue en violencia absurda y en fea criminalidad es la de Wounded Knee, la última, la que cierra este terrible siglo de violencia contra los indios, cometida por el mismo ejército de Estados Unidos en diciembre de 1890.

En 1851 cheyennes y arapahoes firman un tratado de paz a cambio de tierras con el gobierno de Estados Unidos, que se mantiene hasta 1858 cuando se produce una invasión de unos cien mil buscadores de oro, que se ha descubierto en el Pike Peak. Colonos y mineros invaden tierras indias y cierran el acceso de los indios al valle del río Platt, territorio en el que cazan los bisontes. El conflicto entre cheyennes y colonos estalla y el gobierno interviene para

lograr la paz imponiendo un nuevo tratado en 1861, que les recorta a los indios nuevos territorios y que solo firman unos pocos jefes cheyennes y arapahoes, pero que el Estado considera válido. Esos jefes, Black Kettle y White Antelope por los cheyennes y Little Raven y Left Hand por los arapahoes, quieren mantener la paz a cualquier precio, pero el gobernador del recién creado estado de Colorado, John Evans, es enemigo abierto de los indios y se dispone a enfrentarlos y exterminarlos. Edward Wynkoop, un coronel que quiere mantener la paz, es reemplazado por otro coronel, Scott Anthony, otro furibundo enemigo de los indios, dispuesto a acabar con ellos. Para completar el siniestro trío, se cuenta con un tal coronel John Chivington, combinación de predicador metodista y militar cobarde, que es jefe de una milicia de voluntarios de Colorado: el Primer Regimiento de Caballería del Estado, adscrito al ejército de Estados Unidos. Chivington es un enemigo feroz de los indígenas que solo habla de matarlos a todos, hombres, mujeres y niños, de arrancarles el cuero cabelludo y de bañarse en su sangre. Maldice a Joseph Cramer, un sargento, por simpatizar con los indios; y lo reemplaza diciéndole que él ha venido a matar indios, que cree que es honorable y permitido por Dios usar cualquier forma para exterminarlos. Y concluye gritándole que hay que matarlos y escalparlos a todos, a los adultos y a los niños, sin permitir que estos crezcan, «porque de las liendres salen los piojos».

Los milicianos, por su parte, son una manga de cobardes que saben que entrando a formar parte de esa milicia estatal evitan tener que incorporarse como verdaderos soldados a la sangrienta Guerra Civil que acaba de empezar, porque la tarea de la milicia es sencilla y de poco riesgo: perseguir y matar indios, algo más fácil, sobre todo si se ataca por sorpresa campamentos indígenas en los que no hay guerreros sino solo mujeres, niños y ancianos desarmados.

Encabezada por Chivington, esta es la tropa que, luego de pasar una noche emborrachándose, lleva a cabo la espantosa masacre de Sand Creek. Allí, en esa cañada cercana al fuerte que sirve de cuartel a las tropas del Estado, el gobernador Evans ha forzado a concentrarse al grupo de cheyennes y arapahoes pacíficos que han dado claras muestras de ser amigos de los blancos y de estar dispuestos a aceptar la paz que les sea impuesta. Es ya noviembre. Queda poco tiempo para que los guerreros salgan a cazar y matar los búfalos cuya carne les es necesaria para el riguroso invierno que se acerca, de modo que para ese entonces los indios guerreros,

confiados en la paz, están ausentes de Sand Creek y que de los seiscientos indios que hay en el campamento casi todos son niños y mujeres, y los pocos hombres que las acompañan son ancianos. Cuadro ideal para que el cobarde Chivington y sus muchachos puedan darse un verdadero banquete asesinando indios indefensos a mansalva.

Y es eso lo que va a producirse al amanecer del 29 de noviembre de 1864. La tropa de Chivington, unos setecientos soldados que han pasado la noche bebiendo, ahora, todos en silencio y desplegando sus armas, rodean el campamento en el que nadie se espera una agresión. Las mujeres oyen ruido y creen que es una manada de búfalos, pero pronto se inician las ráfagas de fusiles y empiezan a caer heridas o muertas tanto ellas como sus hijos. El sorprendido Black Kettel, al descubrir que soldados los atacan sin razón, clava en el suelo un asta elevada con una gran bandera estadounidense para que niños, mujeres y hombres se protejan con ella. Esa bandera le ha sido regalada poco antes por un general de la Unión como símbolo de seguridad, diciéndole que jamás soldados de Estados Unidos serían capaces de dispararle a gente pacífica refugiada en torno a ella. Y al lado de la bandera de Estados Unidos otro indio clava un palo con una bandera blanca. Pero inmunes a esto, los soldados siguen disparando y matando a todos sin piedad. White Antelope y Left Hand, que piden parar la matanza, caen acribillados a tiros. El cuadro es espantoso, solo pocos indios y mujeres escapan. El suelo del campamento, lleno de sangre, rebosa de cadáveres de mujeres y de niños. Los soldados rematan y mutilan a los heridos. A una india que brazos en alto les pide piedad le cortan con sus sables ambos brazos para que muera desangrada. Y no contentos con esto, se dedican a cortar los sexos de los cadáveres, de hombres y sobre todo de mujeres, para exhibirlos con orgullo como trofeos de guerra y colgarlos de sus sombreros o de las sillas de sus caballos. Un soldado corta los testículos al cadáver de White Antelope para hacerse una bolsa de guardar tabaco.

Luego Chivington ordena incendiar el campamento, en el que los cadáveres de indios son cerca de doscientos, y la «heroica» tropa blanca se retira para volver al fuerte y luego entrar a Denver a contar su hazaña, pues Chivington dice que ha librado una fiera batalla en la que ha vencido y que la prueba de ello es que hay unas dos docenas de soldados heridos y varios muertos. (Solo que casi todos han muerto porque, borrachos y enloquecidos de odio racis-

ta como estaban, se dispararon por error ellos mismos unos sobre otros). Esa horrenda masacre, que generó un enorme escándalo y una serie de denuncias fundamentadas hechas por los sobrevivientes, fue condenada por el ejército de Estados Unidos, que sometió a juicio al cobarde Chivington por deshonrar con su vergonzosa conducta el uniforme militar que portaba, algo que no era la primera vez que sucedía. Pero no se lo condenó a nada. Chivington dejó el ejército y trató de hacer carrera política, pero el recuerdo de la masacre lo persiguió. No tuvo éxito; y siguió vivo hasta 1894, cuando murió en su cama, tranquilo, como cualquier mortal inocente.

El contexto que rodea la horrible y cruel masacre de Wounded Knee, la que cierra el siglo XIX y el ciclo de matanzas genocidas iniciado en la Colonia, es particularmente triste. Asociado como está al asesinato de Sitting Bull, ocurrido apenas unos meses antes y que ha conmovido a todo el pueblo indio, es el contexto creado por la acelerada y creciente difusión de la Danza de los Espíritus entre las tribus indias sometidas a la vida humillante en las reservas y a la amenaza inminente de su muerte lenta, de su propia desaparición incluso como pueblos. Los pueblos indios han danzado siempre por diversos motivos, de modo que aquí lo original (y en este caso, además, lo más triste) es la profunda ingenuidad y la falsa esperanza alimentadas por esta nueva danza, que en realidad es un movimiento religioso chamánico, pacífico, mesiánico, esperanzador y cristiano.

En 1890, el gobierno de Estados Unidos, decidido a acabar con los modos de vida indígenas basados en relaciones tribales y en propiedad agraria colectiva para forzar a los indios a adaptarse al sistema de vida del hombre blanco, rompe el último tratado con los lakotas, sioux, que les garantizaba todavía una reserva de tierras en Dakota del Sur y les divide en pequeñas parcelas familiares la poca tierra que les deja. Además de ello les reduce las raciones de alimento que les proporcionaba, necesarias porque los bisontes habían sido exterminados. Esta decisión coincide con un año de sequía y el saldo de todo ello es la hambruna y la desintegración de lo que aún sobrevive de la nación sioux en pequeños y desesperados grupos tribales en busca de alimento, así fuese en las detestadas reservas.

Es en ese mismo año 1890 que surge la Danza de los Espíritus. Un jefe indio paiute, predicador indígena cristianizado al que llaman Jack Wilson pero cuyo nombre real es Wovoka, empieza

a predicar entre los indios que Jesucristo se le apareció el año anterior en medio de un eclipse solar revelándole que él sería desde entonces el mesías de su pueblo. Anuncia que los espíritus de los antepasados van a volver, que los hombres blancos van a desaparecer y que los indígenas volverán a disfrutar de sus tierras y a vivir por fin en paz. Unas décadas antes este mensaje podría haber sido un llamado a la guerra, pero en este nuevo contexto en el que los pueblos indígenas, débiles, derrotados y diezmados, están casi al borde de la desaparición, el mensaje de Wovoka es pacífico y combina rasgos chamánicos como los que se expresan en la danza, que invoca a los espíritus y suele provocar trances, con el pacifismo asociado al mensaje usual de los cristianos. La danza y sus ideas se difunden con rapidez, y varias tribus se incorporan pronto a un movimiento como ese, que viene a despertar con esa ingenua fantasía su optimismo y su esperanza. Otros dudan; y pronto Kicking Bear y Short Bull, dos guerreros lakotas de la reserva de Pine Ridge, agregan a la danza que los bailarines deben vestir unas túnicas blancas de algodón (*ghost shirts*) que los harían inmunes a las probables armas y balas de los blancos.

El jefe lakota Spotted Elk, mejor conocido como Big Foot, medio hermano de Sitting Bull y escogido por su tribu como jefe, acosado por el hambre y por una severa pulmonía que lo ha atacado y lo tiene escupiendo sangre y con dificultad para respirar, decide trasladarse con su tribu a la reserva de Pine Ridge. Pero el gobierno ha ordenado encarcelarlo, acusado como Sitting Bull de probable promotor de disturbios asociados a la Danza de los Espíritus. Una patrulla militar dirigida por el coronel Samuel Whitside con 200 soldados y dos poderosos cañones Hotchkiss de 42 milímetros intercepta en camino al grupo de Big Foot, pero viendo su grave estado y tomando en cuenta que está por caer la noche, Whitside prefiere diferir el desarme del grupo y el encarcelamiento de Big Foot hasta la mañana siguiente para evitar un probable choque armado y una matanza. Decide llevar al grupo al cercano sitio de Wounded Knee, una cañada en la cual ya está concentrado otro grupo de cheyennes y sioux junto con sus mujeres y sus hijos. Los alojan en el sitio, les ofrecen tiendas y raciones y los cuentan: son ciento veinte hombres y doscientas treinta mujeres y niños, que se suman así al grupo de hombres, mujeres y niños que ya está concentrado en Wounded Knee. El total de indígenas es de cerca de seiscientos. Los soldados de Whitside se ocupan de rodear el

lugar. Esa misma noche se incorporan a su tropa los restos del famoso Séptimo de Caballería, el viejo regimiento de Custer, dirigidos por el coronel James Forsyth; y es este quien toma el mando, añadiendo además de sus soldados, otros dos cañones Hotchkiss. Y los cuatro son colocados en una suerte de loma desde la que se domina todo el campamento.

Temprano en la mañana del día siguiente, 29 de diciembre de 1890, se produce la masacre. El frío corta y el campamento está cubierto de nieve. El grupo de indios de Big Foot es considerado prisionero y la orden del Séptimo de Caballería es desarmarlos a todos antes de llevarlos a Nebraska a la cárcel. Se los reúne en grupo en medio del campamento y se les ordena entregar sus armas de fuego. Son pocas las que los soldados consiguen. Deciden entonces registrar las tiendas en que los prisioneros han dormido y revolver sus pertenencias en busca no solo de armas de fuego sino de otros objetos que puedan ser usados como armas blancas. Los indios se indignan, se sienten humillados y protestan. Pero es inútil. El propio Big Foot, gravemente enfermo como está, es llevado al medio del campo para someterlo a revisión. La rabia de los indios crece y los soldados se preparan para disparar en masa al primer movimiento o ruido sospechoso. Un chamán llamado Yellow Bird empieza a bailar la Danza de los Espíritus y a cantar. Unos soldados tratan de desarmar a un indio llamado Black Coyote, que se niega a entregar su rifle gritando que le ha costado muy caro. Es sordo y no escucha a quienes le dicen que lo entregue. En el forcejeo, de pronto suena un disparo. En un instante, los soldados abren fuego en forma indiscriminada en todas direcciones y la masacre comienza.

Prácticamente todos los indios están desarmados, pero los soldados los matan a diestra y siniestra, disparan desde todos lados como locos sobre los hombres, las mujeres y los niños, y desde el montículo los cuatro cañones ametralladora empiezan a escupir fuego y a matar indios como moscas. El indefenso Big Foot es cosido a balazos igual que decenas de hombres, niños y mujeres. Algunos indios intentan escapar, pero los soldados de caballería los persiguen por los alrededores y los matan. La cifra total de muertos, admitida por el ejército estadounidense luego de intentar por años reducirla, se acerca a trescientos cincuenta indios. Los soldados tienen veinticinco muertos pero, dado que disparaban como locos en todas direcciones, prácticamente todos son víctimas de las

armas y disparos de sus propios compañeros. La naturaleza contribuye al cuadro con una tormenta de nieve y los cadáveres de los indios se quedan dos o tres días tirados en el campamento hasta que unos soldados se encargan de abrir una honda fosa común y arrojarlos en ella. La fotografía que muestra esto y la del cadáver de Big Foot acribillado a balazos y tirado en medio de la nieve dejaron un recuerdo imborrable de esta horrible masacre[7].

Con esta matanza puede decirse que se llega al fin de la frontera. El Oeste, incluido el más lejano, está todo ocupado. La expansión territorial estadounidense ha logrado ocupar todo el continente de una costa a otra y los colonos han pasado las Rocosas y llegado hasta las playas del Pacífico. Desde décadas antes hay un ferrocarril que va de costa a costa. Los trenes están desplazando poco a poco a las carretas y a las diligencias. En fin, que al parecer el progreso y la civilización blanca dominan por doquier y apenas en algunos sitios asoman temerosos unos bronceados rostros indios. Así, la tantas veces citada frase del general William Tecumseh Sherman, aquello de que el único indio bueno es el indio muerto, usada por los ingleses mucho antes, en el siglo XVI, para decir lo mismo de los irlandeses a los que entonces masacraban, parece ahora haber perdido vigencia pero porque prácticamente ya no quedan indios. Solo unos pocos, débiles, enfermos y encerrados en esas tristes reservas que son cárceles en las que los prisioneros mueren poco a poco, desprovistos de esperanza y a veces envueltos en frazadas o cobijas que se les ofrecen, expresamente contaminadas de viruela[8].

Y sin embargo, como ocurriera también en la América española desde el siglo XVII, después del genocidio de la Conquista que casi los extermina aunque por razones diferentes, los indios sobreviven, se recuperan y poco a poco empiezan a crecer de nuevo, siempre despreciados y humillados, siempre considerados inferiores, pero constantemente dispuestos a luchar por recuperar algunas de sus viejas tierras, porque se les garantice igualdad con la población blanca y porque, al fin, se les reconozcan sus derechos ciudadanos. Leonard Peltier, líder indígena luchador por la tierra y los derechos de los suyos, encarcelado en 1977, bajo el gobierno de James Carter, es hoy el prisionero más antiguo entre los varios millones que se hallan en las cárceles estadounidenses, condenado a prisión perpetua como producto de un confuso enfrentamiento en una protesta violenta por la tierra en la que se le atribuyó, con pruebas más que dudosas, la muerte de dos de los policías que lo enfrentaron.

II. El racismo antinegro

Esta es la otra gran dimensión del estructural racismo estadounidense. Se trata de un racismo tan criminal como el practicado contra la población indígena originaria del territorio norteamericano, pero más difícil de defender y justificar por la misma mayoría racista blanca que masacraba indígenas sin cargos de conciencia. Lo es porque se trata de un racismo profundo, abierto y cotidiano que se ejerce contra una parte de la sociedad y de la población de Estados Unidos desde su mismo origen esclavista y colonial. De una parte innegable de ella, porque para los racistas blancos había en este terreno una clara diferencia entre indios y negros. A los indios se los veía como seres salvajes extraños a Estados Unidos, como ocupantes de extensos territorios que los blancos europeos, ellos, únicos y verdaderos estadounidenses, deseaban. O como habitantes indeseables de territorios ya ocupados por ellos, pero de los que no había sido posible hasta entonces expulsar, encerrar o eliminar ese cuerpo extraño, ese obstáculo que eran los pueblos indígenas. A los negros en cambio, ya fuesen esclavos, como ocurrió hasta 1865, o formalmente libres, como ha sido desde entonces, no se les podía negar la condición de ser integrantes de la sociedad estadounidense y de su población, por incómodo que a la mayoría blanca racista le resultara admitir eso. Y no podía negárseles porque esos negros vivían o sobrevivían en el territorio del país, sometidos a sus leyes racistas y trabajando para los amos o propietarios blancos que vivían de ellos, de su sudor, de su trabajo; y porque su Constitución, aprobada en 1787 y mostrada con orgullo al mundo como admirable modelo de democracia, aun manteniéndolos como esclavos, esto es, como objetos sujetos a compra y venta, los contaba de manera interesada como habitantes (solo para permitirle al Sur esclavista aumentar su cifra de diputados), aunque esos negros esclavos, en clara condición de inferioridad respecto a sus amos blancos, carecieran de todo derecho humano, incluido por supuesto el del voto, ya que hombres como ellos, reducidos a meros objetos, no podían gozar de esos derechos.

Ahora bien, debo decir de una vez que el objeto de este capítulo no es examinar en detalle el largo y dramático proceso esclavista a que estuvo sometida la población negra estadounidense. Un proceso que va desde la Colonia hasta 1865, con su libertad formal luego de la victoria del Norte en la Guerra Civil; que sigue con su recaída bajo el dominio racista de los propietarios y

terratenientes sudistas y su sujeción a la monstruosa segregación racial que reemplazó la esclavitud por las leyes llamadas Jim Crow, apoyadas en la represión más brutal y en la permanente amenaza del Ku Klux Klan; que va dando origen a la lucha de esa población negra contra este nuevo sistema racista de terror, explotación, humillación, exclusión y linchamientos que se prolongó por décadas y a la forma en que solo un siglo después de la Guerra Civil, en la década de los sesenta del pasado siglo XX, se conquistó la igualdad racial, aunque de nuevo solamente en el papel. Tampoco intento examinar en detalle las luchas y protestas masivas, cada vez más fuertes, de la población negra y de sus diversas organizaciones en el último tercio del pasado siglo XX por conquistar una igualdad y unos derechos civiles reales que significasen el fin del racismo y de la segregación, algo por lo que se sigue luchando y que aún no se logra. Y que no termina de lograrse porque el racismo, no me canso de repetirlo, es un componente estructural hasta ahora insuperable de esa sociedad estadounidense que a diario proclama su carácter igualitario y democrático, mientras también lo niega a diario con su conducta racista y xenófoba contra negros, indios, pobres e inmigrantes.

El objeto de este capítulo es, pues, bastante más modesto. Voy a detenerme, sí, con más calma en el examen del período colonial porque es en ese decisivo período que se conforma en su estructura misma, y en sus rasgos y dimensiones esenciales, el racismo antinegro que dominará desde entonces toda la historia falsamente democrática e igualitaria de Estados Unidos. Pero en cambio me referiré en forma más rápida a los períodos siguientes, en los que desde entonces hasta hoy ese racismo estructural, íntimo, hasta ahora insuperable, propio de la sociedad estadounidense, no hace sino aceptar cambios formales favorables a los negros, como los de la segunda mitad del siglo XX, presionado por las luchas de estos pero conservando vivas y bien regadas sus profundas e inextirpables raíces. De modo que lo que a veces, por breves momentos, parece atenuación del odio racial de los supremacistas blancos contra la población negra no es más que su necesaria acumulación de fuerzas para provocar nuevos y más brutales estallidos de violencia racial contra ella, violencia que siempre se mantiene por más tiempo en primer plano, apoyada por la solapada o abierta complicidad de las fuerzas represivas internas, las cuales son incluso a menudo sus protagonistas.

Como señalan los estudiosos del tema, el negro no es el único ser humano que llega a las colonias británicas norteamericanas como siervo, pero sí es el único que no solo no recupera la libertad luego de un cierto período de trabajo forzoso, como ocurría con los otros siervos, sino que en poco tiempo se convierte en esclavo, pasando de siervo provisional a siervo permanente y luego a siervo hereditario, es decir, a esclavo, que además transmite esta condición servil a sus descendientes.

Los primeros negros que llegaron a Virginia, en 1619, fueron comprados a un navío holandés armado que había despojado a un barco portugués de ellos, y no fueron declarados esclavos. Fueron asimilados a los llamados *indentured servants* blancos, esto es, a servidores provisionales que pagaban con trabajo durante cinco o siete años el pasaje que no habían pagado, quedando luego libres. Lo mismo pasó con otros pocos negros que llegaron en los años y décadas siguientes los cuales, luego de años de trabajo, igual que los sirvientes blancos contratados, quedaron libres; y al parecer, en uno que otro caso hasta recibieron tierra e instrumentos de trabajo agrario. Pero la esclavitud se iba imponiendo en Virginia, aunque en forma lenta. En 1670, cuando la colonia contaba con cuarenta mil habitantes, había dos mil negros, lo que era solo 5 % del total. Es decir, que para entonces los negros eran pocos. Una de las razones de ello es que Virginia vivía de exportar tabaco, que se cultiva en pequeñas propiedades, sin mucha mano de obra, y esta era sobre todo blanca. Además, aunque la siembra es trabajo arduo, trabajo de hombres, el trato de la hoja, su selección y envoltura son labor delicada, para lo que es mejor trabajo libre que trabajo esclavo y labor de mujeres más que labor de hombres, aunque no fue esta la norma en Virginia, donde durante la mayor parte del siglo XVII todo ese trabajo, tanto el de la siembra como el del procesamiento de la hoja lo hacían sobre todo *indentured servants* blancos. En fin, que había entonces en Virginia pocas plantaciones grandes, que no requerían muchos esclavos, que los *indentured servants* blancos cubrían las necesidades de trabajo, y que como resultado de todo ello la cifra de esclavos negros era más bien pequeña.

Es decir, que la esclavitud negra no es inmediata. Pero lo que sí empieza pronto es el racismo contra el negro. El negro es diferente y todo apunta a que los colonos ingleses, racistas como son, lo consideren extraño e inferior. Y a que lo asocien pronto con la

esclavitud. El negro es físicamente distinto, e igual que le pasaba a los europeos medievales y a los españoles y portugueses renacentistas antes de que se acostumbraran a tratar con ellos, a los colonos británicos sus rasgos les parecen feos, deformes y hasta monstruosos al compararlos con los suyos, que para ellos son modélicos. Es lo mismo que ocurre cuando seres y pueblos de rasgos físicos muy diferentes se encuentran o se descubren por primera vez. Además está el color, algo fundamental en este caso porque hace que salte a simple vista la diferencia que se busca resaltar como prueba de la inferioridad del otro. Y aquí se trata justamente de un color como el negro, no solo asociado desde los más remotos tiempos humanos con fenómenos naturales suscitadores de miedo como la oscuridad, las sombras y la noche, sino cargado además de inferioridad por la religión judeocristiana de los colonos protestantes blancos y marcado con esa inferioridad en su libro sagrado, en su Biblia. Porque en ella el negro es objeto de la maldición de Noé, porque la Biblia carga con ella a la raza negra y hace derivar de esa maldición el destino al que se la condena: el de ser sometida a sujeción, ya sea a servidumbre o a esclavitud.

Pero hay otras cosas que ayudan a los racistas blancos a considerarlos inferiores. Los negros han sido arrancados de su lejana tierra africana para –si sobrevivían a la espantosa travesía del Atlántico– ser vendidos como esclavos en un distante, extraño y desconocido continente. Esos negros, desarrapados y semidesnudos, de nariz ancha, labios gruesos y cabellos crespos, les parecen a los colonos racistas seres sacados de otro mundo. No son cristianos, hablan lenguas incomprensibles, no se sabe si tienen religión, poseen costumbres que a los colonos blancos les parecen extrañas; y adaptarse a este nuevo mundo desconocido en que están solos –carecen de toda ventaja y ni siquiera tienen libertad personal ni mínimas condiciones de vida humana– les resulta harto difícil y los coloca en posición de franca inferioridad. Y en esa forma se los trata, como inferiores, como objetos, como mera mercancía humana. Es lo mismo que le habría pasado a un hombre blanco de esa misma época que hubiese sido secuestrado y llevado de pronto, solo y desarmado, a un continente lejano, extraño y desconocido, distinto del suyo, donde todos los habitantes fueran diferentes a él y tuviesen otro color de piel, hablaran lenguas raras e incomprensibles, lo asustaran con sus armas y sus costumbres, lo vendiesen como esclavo, como objeto, le revisaran

la dentadura como si se tratara de un caballo, lo golpearan a latigazos y lo forzaran a trabajar sin descanso tratándolo de paso como se trata a una bestia salvaje.

Aquí conviene mencionar a Morgan Godwyn. Godwyn fue un ministro protestante del siglo XVII, que estuvo en Barbados y en Virginia, que fue firme defensor de los negros y los indios, que recogió sus experiencias en un libro, *The Negro's and Indian's Advocate* (*El abogado de negros e indios*), publicado por cuenta suya en Londres en 1680, y que como era de esperarse fracasó en su proyecto de convencer a los colonos ingleses blancos de que le dieran a los esclavos negros un trato humano, los hicieran cristianos y los trataran como cristianos. Su libro es un largo y apabullante alegato basado en fuentes y argumentos de todo tipo y de toda procedencia (griegos, latinos, judíos, cristianos) dirigido a demostrar que los negros, sean esclavos o no, tienen los mismos derechos naturales al ejercicio y privilegios de la religión cristiana que tienen los otros hombres y que es injusto que se los prive de ellos. Godwyn añade que para que salgan del penoso estado en que se encuentran debe hacérselos cristianos y no hay razón para que se les niegue ese derecho. Y acaba su prólogo asegurando que en su exposición va a demostrar la debilidad de los argumentos que se exponen para sostener esa injusticia, cosa que intenta hacer, como he dicho, con minucioso lujo de argumentos y detalles.

Se pregunta si la causa del desprecio hacia los negros y de que sean acusados de obtusos y flemáticos no será justamente la falta de cristianismo y de educación a que se los somete y si es que acaso no hay también entre el propio pueblo cristiano hombres que por su ignorancia, vidas viciosas y prácticas bárbaras no podrían ser acusados de lo mismo.

Pero no es esto lo que piensan los colonos virginianos. Todos le decían que los negros eran bestias sin alma y que la religión no estaba hecha para ellos. Godwyn cuenta que intentando bautizar a un esclavo negro de treinta años, que hablaba inglés a la perfección y le suplicaba que lo bautizara, la dueña del hombre le envió un mensaje diciéndole que ese bautismo de nada servía y que bautizar a ese esclavo era tan inútil como bautizar a su perra negra. Más adelante comenta que los plantadores a los que intentó hacerles cambiar de opinión acerca de la inferioridad de los negros le daban siempre esta misma respuesta: «¿Qué, cristianizarlos? ¿Convertir en cristianos a esos perros negros? ¿Es que

acaso son ellos como nosotros? Y hasta sobre eso Godwyn tiene una respuesta, que los colonos obviamente no comparten:

> Me parece que la consideración de la forma y figura de los cuerpos de nuestros negros, sus extremidades y miembros, su voz y aspecto, concuerda en todo con los de los otros hombres; unido esto a su risibilidad y discurso (facultades peculiares del hombre) deberían constituir prueba suficiente.

Y es que Godwyn es simplemente una excepción. Predicadores de mucha más fama que él como el varias veces citado Cotton Mather, así como despreciaban a los indios, declaraban que los negros eran inferiores; hombres eran, sí, pero condenados a la esclavitud. Mather era propietario de esclavos y su congregación religiosa lo era también. Justificaba la esclavitud negra en la maldición bíblica. En un sermón, en 1696, le decía a los esclavos miembros de su iglesia que pusieran atención a sus palabras, que las Sagradas Escrituras permitían a los gentiles tener esclavos, pero que ellos al morir serían libres en el Señor, de modo que solo tenían que soportar un poco para que con la muerte y el cielo que los esperaba si así se comportaban, esas penas se convirtieran en eterna felicidad. Quizá Mather intentaba decirles de otro modo que en la Segunda Epístola atribuida a Pedro, el apóstol ordenaba a los esclavos soportar los castigos de sus amos con paciencia y sin rebeldía porque al morir, en el cielo serían libres. Y esa y no otra era la posición asumida por predicadores y colonos. De modo que los llamados de Godwyn a estos últimos y a declarar a los negros esclavos iguales a ellos, los esclavistas, así fuese solo en el plano religioso, les resultaban totalmente inaceptables. Los negros eran inferiores, estaban condenados a ser esclavos. Educarlos y darles demasiada religión era no solo inútil sino también peligroso porque hablarles de igualdad podía llevarlos a la rebelión, y lo mejor era dejar las cosas como estaban.

La presencia de negros y pronto de negros esclavos no es por supuesto exclusividad de Virginia. Para mediados del siglo XVII hay negros esclavos en todas las colonias del Sur y también en las del Centro y del Norte. Solo que son más abundantes y necesarios en las colonias sudistas, como Virginia, Maryland y Carolina, porque en estas (y en parte también en las del Centro, como Nueva York, donde además de comercio y de navegación hay algunas haciendas) se impone pronto el sistema de plantaciones dirigido

a la siembra de productos agrícolas de exportación (tabaco, arroz, añil), sistema que requiere en forma masiva de mano de obra esclava, mientras que en las colonias norteñas, como Massachusetts, Rhode Island y Nuevo Hampshire, dedicadas más bien a la producción interna agrícola, ganadera y minera en mediana escala y, sobre todo, a la manufactura, el comercio y la navegación comercial, esa mano de obra resulta mucho menos necesaria. De manera que desde las últimas décadas del siglo XVII la tendencia de las colonias sudistas es a aumentar su cifra de esclavos negros, mientras en las del Norte ocurre lo contrario y en ellas la cifra de esclavos se reduce y poco a poco va rumbo a desaparecer.

Algo importante acerca de la cifra de esclavos negros en las colonias del Sur como Virginia, Maryland y Carolina es que una de las razones de que esa cifra aumente y crezca en el último tercio del siglo XVII con rapidez es que esas colonias esclavistas abandonan desde entonces la importación de *indentured servants* blancos y los reemplazan por esclavos negros, no solo porque la explotación de tabaco, arroz y añil está aumentando y con ello aumentan la cantidad y el tamaño de las plantaciones, sino también porque a los plantadores sudistas les es más barato usar esclavos negros que *indentured servants*, ya que los esclavos se mantienen con menos costo en ropa y alimento, deben trabajar toda la vida y no siete años, y en caso de tener hijos, estos son nuevos esclavos que no hay que comprar ni que pagar por separado.

Lo que frena un poco la importación masiva de esclavos es el precio de estos, porque en los fines del siglo XVII la trata es todavía monopolio de portugueses y, sobre todo, de holandeses, que los han ido desplazando. Pero Inglaterra, que cuenta ya con una poderosa flota, que ha fundado una compañía para el tráfico y la importación de esclavos africanos a América, la Royal African Company, y está superando a Holanda como potencia marítima y compitiendo con ella como traficante de carne humana, se está metiendo de lleno en la trata. Y desde comienzos del siglo XVIII, con motivo de la Paz de Utrech que pone fin a la guerra de Sucesión española, logra desde 1713 que España le acuerde con exclusividad el derecho de asiento, lo que la convierte prácticamente en la principal nación involucrada en el llamado comercio triangular, esto es, el que se ocupa de la compra de esclavos negros en las costas del África Occidental, de su traslado a través del Atlántico y de su venta a las colonias americanas, continentales e isleñas, tanto españolas como británicas.

Pero también las colonias británicas del Norte y el Centro, como Massachusetts y Nueva York, que han ido desarrollando poderosas marinas mercantes, logran arrancarle al monopólico poder colonial inglés el derecho a incorporarse a esa trata de esclavos entre las Antillas y las colonias esclavistas del Sur, vendiéndole a estas últimas productos manufactureros y, sobre todo, esclavos africanos traídos de las Antillas. Todo este sórdido negocio de compra-venta y tráfico de carne humana sirve para enriquecer a Inglaterra y a las colonias británicas del Norte, que de él sacan grandes beneficios, necesarios para su crecimiento manufacturero, mientras contribuyen a saciar la necesidad de esclavos de sus hermanas del Sur, como Virginia, Maryland y las dos Carolinas, contentas de que la abundante oferta de negros hubiese hecho bajar el precio de los esclavos que tanto requerían para sus prósperas plantaciones. Pero también hay que decir que su alegría encontró pronto límites al darse cuenta de que aunque su crecimiento económico exigía disponer de más esclavos, había que evitar el peligro de que esa importación excesiva llevara a poner en peligro el dominio de la población blanca sobre sus esclavos. De hecho llegó un punto, hacia mediados del siglo XVIII, en que Virginia y Maryland empezaron a aprobar leyes contra la importación de esclavos o a favor de aumentarle a esta el arancel. Y como mostraré más adelante, otra de las razones de este rechazo a la libre importación de esclavos por parte de estas dos colonias era que no solo tenían cubierta su necesidad de mano de obra esclava sino que se hallaban en condiciones de criar y exportar negros a las colonias esclavistas vecinas, como las Carolinas y sobre todo Georgia. Pero en todo caso, lo que quiero poner ahora en evidencia es que desde fines del siglo XVII y sobre todo a lo largo del siglo XVIII tanto las colonias del Norte y del Centro como las del Sur viven, a fin de cuentas, de la esclavitud. Las del Norte y el Centro viven de la trata y venta de esclavos porque la esclavitud cuenta poco en ellas (exceptuando el caso de unas grandes haciendas esclavistas en Narragansett y en el valle del río Hudson), mientras que las del Sur viven de explotar a los negros como esclavos en sus plantaciones y dependen de su trabajo, sin el cual su sistema productivo exportador y hasta su misma elitesca y exquisita sociedad terminarían por venirse abajo sin remedio.

Incluso al principio, cuando los negros eran siervos provisorios como muchos siervos blancos, y eran pocos, los colonos siem-

pre dudaron de que esos hombres tan diferentes a ellos pudieran ser integrados y cuando fue creciendo la cifra de negros, importados ahora como esclavos en las décadas siguientes, esa ya difícil posibilidad, si es que la hubo, quedó excluida de plano. Pero hubo para ello dos etapas. En una primera fase la servidumbre de los negros se extendió a la duración de su vida, y en una fase siguiente se la hizo hereditaria, de modo que sus hijos e hijas también serían esclavos. Todo esto se justificaba, cuando los colonos tenían necesidad de hacerlo, en que el negro era distinto, inferior, y que por ello era esclavo. Y lo que había que hacer era impedir que dejara de serlo, porque ya existía un problema que los colonos empezaban a ver como peligroso e insoluble si no se le ponía coto: el de la cifra de negros libres, de negros que no eran esclavos; y a ellos les parecía no solo inconveniente que algunos negros no lo fueran, sino que además consideraban imposible que esos negros inferiores pudieran integrarse como iguales a ellos, los blancos europeos, en una sociedad dominada ya por la esclavitud y en la que los esclavos eran ahora todos negros y solo negros.

Así, una vez que el racismo se impuso y que la esclavitud fue la norma, los colonos debieron legislar al respecto. Tuvieron para ello la mayor libertad porque legalmente no había esclavitud en Inglaterra y lo que los ingleses estaban descubriendo, y en lo que sí querían participar, era el negocio de la trata, traslado y venta de esclavos. Los colonos americanos empezaron así a aprobar leyes y reglamentos al respecto. Pese al creciente peso de los negros sirvientes en Virginia, la primera ley que estableció la esclavitud vitalicia para los negros la aprobaron los puritanos de Massachusetts en 1641. Siguieron Virginia en 1661 y Maryland en 1663, y pronto cada colonia contó con una ley o Código Negro que establecía y reglamentaba la esclavitud de su población negra.

Algo más tarde, empezando por Virginia y su ley de 1705, los esclavos negros fueron declarados bienes muebles y carentes de todo derecho. Se los podía vender como cosas, romper sus familias, consideradas meras parejas de animales arrejuntados para copular, vendiendo por separado a maridos de mujeres y a mujeres de maridos lo mismo que a ambos sin sus hijos o a estos sin sus padres. Sus matrimonios no eran válidos. Se les prohibía tener propiedades, ni siquiera muebles y objetos menores de uso. Tampoco podían firmar contratos. Para mantenerlos en su sitio se aprobaron rígidas leyes contra la fuga de esclavos y contra las complicidades

de negros libres o de blancos en ellas. Y hubo castigos terribles y mutilaciones para esclavos capturados luego de escaparse. Solamente en el Norte, donde la esclavitud iba disminuyendo, las leyes eran algo menos rigurosas: los esclavos podían tener propiedades, sus lazos familiares eran respetados y hasta podían declarar y atestiguar en tribunales. Pero en cambio los negros libres, considerados seres inferiores, se hallaban sometidos a una segregación racial que les impedía integrarse a la sociedad en condiciones semejantes a las de los hombres blancos, resultándoles difícil hasta encontrar trabajo porque la prioridad era para los blancos, lo que a menudo los condenaba al desempleo, a la vagancia o a la delincuencia. Entonces se los criticaba y se los despreciaba por ser desempleados, vagos o delincuentes, algo que no solo demostraba su inferioridad racial y su inadaptabilidad social sino que además ponía en claro que su presencia era un creciente peligro que había que contener. Y en el Sur todo fue aún peor para ellos, porque además de lo señalado en el caso del Norte, se empezó incluso a cuestionar su condición de negros libres. Varias leyes establecieron esto. Lo hizo Maryland desde 1663, al aprobar una ley que consideraba esclavo a todo negro. La ley aprobada en Carolina del Sur en 1740 fue aún más clara: estableció que todo negro que dijera ser libre era en realidad sospechoso de ser esclavo y que debía demostrar a las autoridades que así se lo exigieran, que en verdad era hombre libre y no esclavo, algo que no siempre le resultaba fácil al no saber leer y escribir y al no estar acostumbrado a manejar documentos.

Contra lo que muchos creen, el racismo contra el negro no es una exclusividad del Sur. Es común a ambos, al Norte y el Sur, y de hecho la segregación racial contra el negro se inicia en el Norte, no en el Sur. En el Sur el negro no está segregado porque es esclavo y está integrado como tal a la sociedad sudista como sector inferior y clave de su sistema productivo. Los negros libres son escasos en el Sur. Y no hay negros pobres que deambulen por los campos o las calles de las ciudades (que además son pocas y poco importantes en el Sur, salvo Charleston, Richmond o Savannah) porque los negros como esclavos tienen trabajo, sustento y vivienda. Trabajo en exceso en las plantaciones; sustento el necesario para sobrevivir, y vivienda, ya sea que habiten en sus chozas de esclavos en las plantaciones o en las casas señoriales de los plantadores a quienes sirven como criados. Pero lo cierto es que en el Sur escasean los negros libres y los negros delincuentes, y esto es un argumento que esgrimen

los esclavistas sureños en defensa de la esclavitud. Es en el Norte, en que la esclavitud fue disminuyendo desde temprano, donde se va creando una población de negros libres que no tienen posibilidades de integrarse, que son despreciados por los blancos y carecen de derechos. Carecen además de recursos, los blancos les niegan trabajo; los primeros gremios que se crean más adelante los excluyen, de modo que solo pueden vivir en guetos negros en medio de la pobreza y la miseria y en ellos viven realmente segregados. Muchos son los que se ven forzados a vagar, mendigar o robar, lo que acrecienta el racismo y el desprecio contra ellos. El racismo del Norte nada tiene que envidiarle al del Sur. Como he dicho varias veces, es estructural a la sociedad estadounidense, consustancial con ella.

Quedaban, empero, varios problemas a resolver para cerrar por completo las férreas cadenas que mantenían a los negros como esclavos. Uno de ellos fue el obstáculo representado por el cristianismo, aunque este en realidad era un obstáculo ambiguo y contorneable. Y ya lo habían contorneado la Iglesia católica y sus misioneros en las colonias españolas y francesas. En ellas los esclavos eran cristianizados en masa y hasta se les daba cierta instrucción católica, pero eso no los hacía menos esclavos. Porque la Iglesia católica toleraba la esclavitud. Lo que la Iglesia intentaba era «domesticarlos», es decir, hacerlos dóciles y resignados esperando una libertad que solo verían en la otra vida, la vida eterna. Los colonos protestantes hicieron lo mismo, pero con su legalista hipocresía puritana prefirieron dejarlo todo establecido en sus códigos. En esto el modelo fue Virginia, cada vez más llena de esclavos, cuya Asamblea decidió en 1667 que un negro bautizado seguía siendo esclavo y en 1682 que los colonos podían adquirir negros como esclavos, fuesen o no cristianos. Y ese modelo fue seguido por las otras colonias.

Otro problema fue el del creciente y sostenido aumento de la cifra de negros libres. Para hacerle frente se aprobaron leyes rígidas que obstaculizaban o prohibían la manumisión. Virginia la condicionó en 1691 a que el amo que manumitía a algunos de sus esclavos los hiciera salir de la colonia, y en 1723 la prohibió en términos absolutos. Y también se aprobaron normas que permitían perseguir a los negros libres y dificultarles la vida diaria. Pero la cifra de negros libres no dejaba de crecer.

El tercer problema, el más importante de todos, fue el del mestizaje, es decir, el de cómo prohibir y evitar el cruce racial entre blancos y negros. El criterio adoptado a ese respecto desde el

tiempo de la Colonia es el mismo que en esa sociedad profundamente racista que fue y sigue siendo Estados Unidos ha regulado desde entonces las relaciones raciales referentes a todo posible pero condenable trato carnal o, peor aún, a toda relación concubinaria o matrimonial entre seres humanos blancos anglosajones protestantes y seres humanos de la raza considerada como inferior: la raza negra.

Dado su abierto y proclamado racismo, la abrumadora mayoría de los colonos británicos, y en particular los predicadores calvinistas, sentían un auténtico terror por el mestizaje. Nada los horrorizaba más que ver surgir entre ellos una creciente cifra de mulatos hijos de colonos que manchara la blancura que querían mantener en sus colonias para evitar que se repitiera en ellas el caso de las españolas y francesas católicas, llenas de todo tipo de mestizos, zambos y mulatos. No sé si ese terror al mestizaje fue una de las razones por las que en la esclavitud estadounidense la disparidad entre la cifra de hombres y la de mujeres fuera bastante reducida, dando mayores posibilidades a que los esclavos encontraran parejas entre las esclavas y no tuvieran que buscarlas fuera de las plantaciones, algo bastante diferente de lo que ocurría con los esclavos en las colonias españolas y portuguesas, en las que la cifra de hombres superaba ampliamente la de las mujeres, sobre todo al principio, en el siglo XVI. Pero es que, de todas formas, en casos similares de cercanía o convivencia de razas, resulta inevitable que surja el mestizaje que los colonos británicos querían evitar a toda costa. Y es de pensar que en su caso, justamente por la existencia de una cifra mayor de esclavas negras, jóvenes, fuertes, y también hermosas, la tentación para los plantadores podía ser mayor, esto es, para el cruce blanco-negra. Así, sea lo que sea de todo ello, lo cierto es que pese a todas las amenazas y condenas de los predicadores y pastores, esto era algo que también empezaba a producirse en sus impolutas colonias blancas protestantes, porque también entre sus colonos los había que eran menos racistas, que se sentían atraídos por las negras, o que vivían solos por ser viudos, solteros o muy jóvenes y carentes de esposas blancas. De modo que no era raro que algunos de ellos, que a veces se ayuntaban con indias, lo hiciesen también con esclavas negras jóvenes y que de esas relaciones empezaran a nacer hijos que para empeorar las cosas tendrían la piel más clara y ya no serían forzosamente esclavos, sino que podrían ser declarados libres por sus padres.

Esto último era algo que empezaba a ocurrir debido a que aunque, como dije, la legislación inglesa nada decía al respecto pues no había esclavitud formal en Inglaterra, sí se aplicaba en ella, como en otras partes de Europa, un antiguo derecho común aceptado por todos según el cual los hijos heredaban la calidad o condición propia del padre, que era el cabeza y jefe de familia; esto es, que en una relación entre hombre blanco y mujer negra, como empezaba también a darse en las colonias británicas norteamericanas, los posibles o probables hijos mulatos de algunas de esas relaciones heredaran la calidad de blancos de sus padres y los derechos propios de estos, como sería en primer lugar la libertad.

Empero, esa ausencia de legislación inglesa les dejaba a los colonos las manos libres para decidir. Y los predicadores, apoyados por la abrumadora mayoría de aquellos y por sus asambleas, estaban dispuestos a impedir ese mestizaje a cualquier precio. Lo hicieron de entrada, desde muy temprano, con condenas morales y duros castigos cada vez que esas condenas no resultaron suficientemente disuasivas. Aunque al parecer la persecución del mestizaje fue firme y las condenas y castigos para los culpables fueron muchas, en la valiosa recopilación de Helen Catterall de casos judiciales relativos a la esclavitud estadounidense y el negro (*Judicial Cases concerning American Slavery and the Negro*), estas escasean. Al menos, la autora cita un ejemplo temprano de castigo corporal por esa causa en Virginia en septiembre de 1630: un tal Hugh Davis fue azotado ante una asamblea de negros y otros «por abusar de sí mismo para deshonra de Dios y vergüenza de la Cristiandad por profanar su cuerpo al yacer con una negra» (por cierto, el texto dice en forma despectiva y ambigua «*lying with a negro*» sin discriminar sexo, para lo cual debería haber escrito «*lying with a negro woman*», como se aclara en otros casos, pero debe entenderse que se trataba de una mujer negra, porque de lo contrario la pena no habría sido de azotes sino de muerte por apedreamiento fuera del pueblo, como mandaba el Antiguo Testamento para las condenas por bestialismo o sodomía).

De todas formas, la solución encontrada fue otra, mucho más radical y menos dependiente de juicios y castigos. Se trató de una solución absurdamente racista, que solo una sociedad como esa podría haber aprobado; una solución que eliminó de plano, no el mestizaje físico mismo, algo imposible y que siempre podía darse y castigarse, sino su existencia legal como tal, al aprobar las

asambleas coloniales leyes que impedían por completo el reconocimiento legal de su existencia. De ahí en adelante podrían seguir habiendo juicios rigurosos y condenas firmes para los que mantuvieran relaciones interraciales, pero el mestizaje mismo como concepto quedaba eliminado, no importando para nada que de esas relaciones ilícitas se derivase progenie, pues en esa progenie, cualquiera fuese el color de los hijos, no habría ya más mestizos. Y por ley todos serían declarados negros.

El proceso jurídico de eliminación legal del mestizaje lo inició Virginia. Y fue la respuesta casi inmediata al caso Elizabeth Key. Esta joven mujer de ancestros africanos reclamó en un juicio ante la Corte virginiana su derecho a ser libre porque su padre había sido un inglés blanco y ella era cristiana bautizada, y su abogado, otro inglés, que era además su marido, ganó el proceso en 1655. Ante esto y para evitar nuevas amenazas, la asamblea de Virginia, apoyándose en una antigua ley romana, *Partus sequitur ventrem*, que establecía que los hijos de vientre esclavo eran esclavos, hizo aprobar por ley en 1662 que los hijos o hijas de esas relaciones que en principio eran de padre blanco con madre negra heredaran legalmente no la condición del padre, esto es, del blanco además libre, sino la de la madre, esto es, la de la negra, que además era esclava. Y Maryland, que al año siguiente había aprobado una ley que le daba a los hijos de padre blanco y madre negra la condición del padre, viendo su error, corrigió su ley meses más tarde para adoptar la legislación virginiana, que se convirtió en modélica, siendo imitada pronto por todas las otras colonias[9].

Pero al descubrir que, aunque raros, también había casos contrarios, es decir, en los que la relación interracial era de mujer blanca libre con hombre negro esclavo, lo que de paso provocaba la inevitable condena de la mujer a ser azotada, separada del hijo, sometida a trabajos forzados y, a menudo, a ser marcada y expulsada en forma ignominiosa de la comunidad, hubo que decidir para esos casos lo contrario, que era por cierto lo establecido en el derecho común: que el hijo heredase la condición del padre y no la de la madre.

Hasta aquí llegó la Colonia en su racismo irracional; y fue la misma Virginia, ya como estado sudista y racista de la Unión Americana, la que perfeccionó esa acomodaticia ley que para hacer que todo hijo de una relación interracial fuese declarado negro lo hacía heredar la condición de la madre y no la del padre –cuando

el padre era blanco y la madre negra–, pero que al tratarse de hijo de padre negro y madre blanca hacía exactamente lo contrario. Todo ello con la misma ley, poniendo en evidencia su carácter no solo racista, lo que estaba claro, sino acomodaticio y absurdo. Y la Asamblea virginiana la perfeccionó al aprobar, en 1924, en pleno siglo XX, la Racial Integrity Act, cumbre legal del racismo más absurdo, basada en la *hipofiliación*; ley esta que fue popularmente conocida como *One drop of blood*, esto es, que la filiación de los hijos se hacía siempre por la raza considerada inferior, la negra, y que bastaba que alguien tuviese una sola gota de sangre negra en sus venas, esto es, algún ancestro negro por lejano que fuese y no obstante su fenotipo, según el cual podía ser físicamente blanco o blanca, para que de todas formas debiese ser considerado negro o negra ante la ley, con todas las consecuencias legales, humanas y segregacionistas que esto tenía (y sigue teniendo hoy).

Pero para no romper la continuidad de mi exposición con este inevitable salto temporal retomaré ese tema hacia el final de la misma, al tratar sobre el siglo XX, porque una vez estructurado ese racismo antinegro desde los siglos XVII y XVIII, esto es, desde el período colonial, lo que toca ahora es examinar, así sea con rapidez, la evolución de ese racismo antinegro durante la guerra de Independencia y luego en Estados Unidos a todo lo largo del siglo XIX, incluyendo por supuesto la expansión de la esclavitud con el racismo que la acompaña, la guerra de Secesión que estalla al iniciarse la década de los sesenta de ese siglo y el subsiguiente establecimiento en el Sur de la más monstruosa segregación racial y social contra la población negra, supuestamente liberada de la esclavitud después del triunfo del Norte abolicionista sobre el Sur esclavista en esa terrible y devastadora Guerra Civil.

La independencia, la esclavitud y el racismo

Sobre la Independencia estadounidense solo hay tres cosas que quiero tocar, todas en relación con el racismo antinegro propio de la esclavitud.

La guerra de Independencia norteamericana, la creación de Estados Unidos y la elaboración de la Constitución que los rige desde 1787, y que en ese país se sigue presentando como un modelo único e insuperable de democracia e igualdad, están totalmente dominadas por los temas de la esclavitud y la trata de negros y por el profundo racismo, casi siempre disfrazado, con que se abordan

esos temas y con la forma, por lo general, hipócrita y acomodaticia en que se los resuelve.

El tema de los negros, de la esclavitud y de la trata era absolutamente inevitable. El primer censo de población de Estados Unidos es el de 1790 –cuya cifra total de habitantes es de 3.929.326 personas–, pero Ginzberg y Eichner, basados en las estimaciones usuales dicen que al producirse el inicio de la revolución de Independencia había en las trece colonias norteamericanas 500.000 negros para una población total que era de 2.500.000 habitantes, es decir, que 1 de cada cinco habitantes era negro. Y añaden que de ese medio millón de negros, 475.000 eran esclavos y 25.000 negros libres. Pero como suele suceder, las cifras globales son engañosas, porque en las colonias del Norte y del Centro los negros eran pocos, mientras que en las del Sur se concentraban casi todos, en especial en varias de ellas.

Así, Fohlen aporta varios datos precisos. La más alta proporción de negros la tenía Carolina del Sur, en la que para 1780 la cifra de esclavos negros (54 %) sobrepasaba la mitad de la población libre y blanca: 97.000 negros de 180.000 habitantes. Y en Georgia, la colonia más reciente, el porcentaje de negros esclavos era de 37 %: 21.000 negros para 56.000 habitantes. Virginia era la colonia sudista con más negros (220.000), pero también era la más poblada de las trece, ya que su población total alcanzaba los 560.000 habitantes. Fohlen añade que para 1780 las seis colonias del Sur (que en realidad son aquí cinco más Delaware, usualmente incluida en las del Centro), para una población total de 1.340.000 habitantes tenían 520.000 negros, esto es, 38 % del total de estos. Las colonias del Norte y del Centro, sin Delaware, tenían apenas 3,8 % de la población negra; y solo Nueva York, con 210.000 habitantes, tenía un 10 % de negros, siendo la colonia no sudista con mayor cifra de estos. Creo que eso nos da una idea bastante aproximada del peso e importancia de la esclavitud y de los esclavos negros en esa sociedad estadounidense que iniciaba en 1776 la lucha por su Independencia.

La guerra, que dura cerca de siete años, hasta 1783, termina como es sabido con la victoria de los colonos norteamericanos contra la metrópoli inglesa. Esa guerra independentista, encabezada por las clases dominantes de las colonias del Norte y del Sur, los abogados y comerciantes de Boston y los plantadores esclavistas virginianos que son sus principales líderes, no es por supuesto una guerra popular, una guerra de liberación, ni quienes la dirigen tie-

nen el más mínimo interés en que lo sea. Se trata simplemente de que quieren salir del dominio inglés, con apoyo político y militar de dos potencias europeas enemigas de Gran Bretaña como son Francia y España, y mantener, ya sin tutela inglesa y sin promover ningún cambio social o económico, el sistema comercial y sobre todo esclavista y racista del que son amos y beneficiarios.

En sus documentos y proclamas, empezando por el texto de la Declaración de Independencia, los líderes americanos del conflicto lo presentan como una lucha por la libertad, algo que el gobierno inglés cuestiona. Y en verdad en ese plano ideológico y propagandístico, cuya base teórica y argumentos son parte del liberalismo con el que unos y otros se identifican, ese enfrentamiento entre metrópoli y colonia rebelde no es más que un cínico y manipulador modelo de mera hipocresía. Y lo es porque la libertad que defienden los líderes y publicistas de los colonos norteamericanos es tan sesgada y cuestionable como la que, por su parte, se atribuyen los gobernantes ingleses y sus intelectuales.

En su excelente libro *Contrahistoria del liberalismo*, Domenico Losurdo hace un detallado y brillante análisis de este engañoso tema, que tras ese lenguaje libertario intenta ocultar el esclavismo y racismo antinegro que se hallan en el centro del problema. Los colonos rebeldes se autocalifican de luchadores por la libertad, dejando de lado que la sociedad que encabezan es una sociedad racista y esclavista que masacra a la población indígena y vive de la explotación de sus esclavos negros, carentes de toda libertad. Es con ese bien fundado argumento que los gobernantes ingleses y sus intelectuales descalifican su lucha y con ello la increíble hipocresía con la que encubren mediante eufemismos esa realidad. Pero los colonos norteamericanos les responden llamándolos también hipócritas. Y con igual razón, porque Inglaterra, convertida en dueña de la trata de negros con la que se enriquece traficando y vendiendo carne humana, carne de negros esclavos, es indigna de mostrarse como tierra de libertad, como una tierra libre en la que no hay esclavos (lo que por lo demás tampoco es del todo cierto porque sí existen varios miles de esclavos negros en Inglaterra y Escocia en el siglo XVIII y sí se realizan en ambos países subastas de negros, igual que en las colonias norteamericanas, aunque por supuesto menores y menos frecuentes).

De modo que ambos mienten y ambos tienen razón, porque los colonos rebeldes norteamericanos condenan y limitan la duración

de la trata (aunque sus colonias del norte también la practican y sacan provecho de ella), pero nada dicen de la esclavitud en la que toda su sociedad está implicada. Y porque los gobernantes ingleses denuncian la esclavitud para desmontar la falsa libertad defendida por los colonos americanos esclavistas, pero en cambio nada dicen de la trata de negros que ha sido y es aún en ese siglo XVIII la principal fuente de su riqueza y de su creciente acumulación capitalista.

Ahora bien, entrando al desarrollo de la guerra de Independencia y a las trabas racistas que limitaban a los líderes rebeldes de las colonias, tanto a los del Norte y Centro como sobre todo a los del Sur, a los plantadores esclavistas virginianos, que eran los líderes principales, la más acuciante de esas trabas es la que tuvo que ver desde el comienzo de la lucha con tener que definirse a favor o en contra de la participación de negros, libres y hasta esclavos, en las tropas independentistas. Aquí el racismo blanco de los virginianos hizo todo lo posible para impedir esa presencia, hasta que los hizo cambiar de actitud el miedo a perder la guerra y a que los negros, libres o esclavos, algo que ya venía pasando, siguieran uniéndose a las tropas inglesas, como antes hicieran los indios uniéndose a los franceses en la disputa territorial norteamericana que fuera parte importante de la Guerra de los Siete Años entre Inglaterra y Francia.

La Guerra de Independencia estadounidense no era popular, la mayor parte del pueblo, de los pobres, de los mulatos y los negros, era más bien indiferente o estaba incluso en contra. Las razones de esto eran claras. Los líderes de la Independencia, deseosos de salir del dominio colonial inglés, no tenían el menor interés en modificar un cuadro social y económico como el existente en las colonias, que los beneficiaba a ellos y que estaba basado en la esclavitud negra, mientras que, por su parte, los ingleses eran protagonistas y defensores de la trata. Pero en concreto, los negros, libres o esclavos, estaban más cerca de dejarse seducir por los ingleses, que les ofrecían a unos trabajo y a otros la libertad mientras los colonos blancos, que decían luchar por la libertad pero se la negaban a ellos, preferían buscar el apoyo de colonialistas franceses y españoles, rivales o enemigos de Inglaterra, y trataban, igual que los ingleses, de atraer a su lado a mercenarios alemanes.

Fue solo al final, luego de muchas dudas y negativas, que Washington se decide a admitir negros libres en las tropas inde-

pendentistas del Norte y a que se fuerce a las colonias del Sur encabezadas por Virginia a incorporar en ellas a esclavos negros. Eso sí, como carne de cañón, a lo más en los rangos inferiores de la tropa y siempre bajo el mando de jefes blancos. Y ese es el mismo modelo racista que se dará en la Guerra de Secesión en el siglo XIX y en las dos guerras mundiales del siglo XX.

Una vez más, el hecho central aquí es el racismo.

Los llamados Padres Fundadores, líderes de la Independencia, sobre todo los virginianos, no solo son propietarios de esclavos sino que son racistas, supremacistas blancos, aunque en sus discursos y en algunas de sus reflexiones intentan suavizar ese racismo. Como esclavistas que son, sus críticas a la esclavitud no van más allá de las palabras y de cierto paternalismo. Y aun cuando en algunos casos quisieran asumir posiciones más firmes, lo cierto es que no lo hacen porque lo que cuenta por encima de todo para ellos es lograr y conservar la difícil unión de esas trece heterogéneas y autónomas provincias para formar con ellas un Estado.

Hay por supuesto contradicciones entre ellos, producto de las diferencias entre Norte y Sur y de la influencia que va logrando no el pensamiento ilustrado europeo, que es esclavista, sino el abolicionismo que quiere suprimir la esclavitud empezando, al menos, por prohibir la trata; y también porque varios de ellos parecieran intuir a veces que lo que están construyendo con tanto esfuerzo después de lograr la Independencia, no es en realidad un país sino que son dos países, uno formado por las excolonias del Norte y del Centro y otro formado por las excolonias del Sur. Y que esa Unión, que quieren mantener a toda costa haciendo las concesiones necesarias a los dueños de esclavos como ellos mismos, se sostiene por lazos muy débiles, lazos cruzados por todas partes por el ineludible tema de la esclavitud, tema que ellos consideran imposible de resolver y sobre el que toman medidas inmediatas, débiles e hipócritas, porque piensan que es preferible dejarlo a cargo del tiempo para que sea este el que logre superarlo poco a poco salvando así la Unión. Lo que no previeron, aunque no era muy difícil de prever, fue que lo que iba a hacer el tiempo sería agravarlo hasta que se produjera brutalmente su explosión y para que lo que la Independencia no había podido o no se había atrevido a hacer, lo hiciera la sangrienta guerra civil que fue la Guerra de Secesión.

Como supremacistas blancos que eran, la posición de los líderes virginianos como Washington y Jefferson (y también Madison)

sobre los negros y la esclavitud está marcada por el racismo. Son todos ellos racistas, las pocas excepciones son las de hombres como John Jay y Alexander Hamilton, hombres del Norte, que al menos son abolicionistas, creadores de una Sociedad neoyorkina para manumisión de los esclavos (lo que no excluye del todo el racismo), y sobre todo Benjamin Franklin, de Pennsylvania. Es Franklin, pese a que también cree que los negros son inferiores, el que más abiertamente se opone a la esclavitud con diversas propuestas, llegando hasta enviar en 1790 al Congreso de la Unión una Memoria en la que se exigía la supresión de la esclavitud.

Y es por eso que en repetidas ocasiones Washington, plantador y dueño de trescientos esclavos, declara inferiores a los negros, considerando imposible integrarlos como ciudadanos a la nueva república. Al menos exigía a sus capataces que los trataran bien, no los vendía y los manumitió en su testamento. Pero pensaba que liberarlos de la esclavitud era un error porque no estaban preparados para la libertad y que si no se los preparaba primero para ella, la libertad sería en sus manos una plaga. Lo mismo opinan Jefferson y Madison en varias de sus declaraciones y en su correspondencia. Jefferson, por cierto, plantador y dueño de unos doscientos esclavos, vendió muchos de ellos para pagar deudas, solía hacerlos azotar, y no manumitió a ninguno. A los esclavos los consideraba inferiores, suerte de niños incapaces de tomar decisiones, y a los negros libres, seres apestados para la sociedad a causa de su pereza y de las depredaciones a que esta los conducía[10].

Es por eso que ya se empieza a pensar, entre esos Padres Fundadores y sus continuadores inmediatos, que como es imposible integrar a esos seres inferiores e infantiles que son los negros a la sociedad estadounidense blanca, la única solución que ven posible contra la esclavitud es devolver los negros al África de la que se los trajo, casi como se devuelve a su vendedor una mercancía deteriorada o deficiente.

El lenguaje de esos Padres Fundadores es edulcorado e hipócrita tanto en la Declaración de Independencia, obra de Jefferson, como luego en la Constitución, dominada por el tema esclavista y uno de cuyos principales redactores es Madison. Como veremos con detalle en el próximo capítulo, se limitan a poner fecha al fin de la trata disfrazada púdicamente de «importación de personas»; garantizan con términos hipócritas la permanencia de la esclavitud negra, a la que nunca llaman por su nombre; hacen que un

negro valga 3/5 de un blanco para así aumentar los votos de los sudistas al Congreso; como liberales que son, proclaman el carácter sagrado del derecho de propiedad extendiéndolo a la facultad de apropiarse de la persona de otros seres humanos para hacer de ellos sus esclavos; y le regalan a los esclavistas del Sur la llamada Ley del esclavo fugitivo para que ni siquiera huyendo de estados esclavistas a estados de la Unión que no lo son, los negros esclavos puedan escaparse de la esclavitud.

La Guerra Civil

Todas las contradicciones del racismo estadounidense, que en forma hipócrita la Independencia trató de atenuar o disfrazar, luego de ir acumulándose década tras década van a estallar casi un siglo después, en 1861, con la Guerra de Secesión o Guerra Civil entre el Sur y el Norte. Pero pese a la feroz violencia y al terrible costo de esta, esas contradicciones, debido al racismo estructural y profundo que comparten ambas partes del país, tampoco son resueltas ni por la guerra, ni por la reconstrucción y ocupación militar a las que el Norte somete al Sur durante una década. Y a pesar del infructuoso esfuerzo de algunos blancos por evitarlo, el resultado de todo ello es más racismo, más opresión y más miseria de la población negra. Esta queda así atrapada entre el racismo abierto del Norte, que legalmente la ha liberado de la esclavitud pero que la desprecia y le sigue negando sus derechos, y el racismo a un tiempo abierto y solapado del Sur que, no pudiendo –como quisiera– reestablecer la esclavitud en sus estados, le impone a los negros la exclusión, la miseria, la más monstruosa y absoluta segregación racial basada en el principio «iguales pero separados» de las llamadas Leyes Jim Crow, algunas de las cuales son imitadas por el Norte, y la amenaza perpetua de una violencia brutal que se aplica con total impunidad a todos aquellos que intentan rebelarse contra esas leyes o que simplemente empiezan a organizarse y a luchar por conquistar la libertad real y la igualdad, y porque se les reconozcan los mismos derechos de que disfruta esa población blanca que salvo excepciones los desprecia, y que cuando no los agrede o los mata los mantiene a diario excluidos, sometidos y humillados.

La esclavitud negra ha alcanzado su plenitud en el sur de Estados Unidos con el cultivo y exportación del algodón. Los otros cultivos (tabaco, arroz, azúcar, añil) van decreciendo como productos de siembra y exportación y el algodón, llamado «el rey algodón»

por los plantadores esclavistas blancos, se va imponiendo desde fines del siglo XVIII, pero sobre todo en las primeras décadas del siglo XIX, como principal y casi único producto que se siembra en los estados del Sur, siempre con mano de obra esclava negra, y que se exporta en parte al Norte pero fundamentalmente a Europa, a Francia y sobre todo a Inglaterra, que está en plena Revolución Industrial y que lo necesita como materia prima esencial de su industria textil en expansión.

Lograr ese impulso que recibe la esclavitud del Sur con el cultivo y exportación de algodón, convertido así en verdadero monocultivo, requiere solventar dos cosas previas que pronto se resuelven: la invención de una máquina que permita despepitar el algodón, única manera de masificar su exportación, lo que se resuelve con la invención de esa máquina por Eli Whitney, y un aumento sustancial de la cifra de esclavos, que se resuelve por varias vías combinadas: aumentar la importación de mano de obra esclava negra, aprovechando los años previos a 1808 cuando en Estados Unidos queda prohibida la trata; seguir aprovechando en lo posible la trata clandestina, lo que después de 1808 resulta caro y peligroso porque Inglaterra, dueña de los mares y ahora abolicionista, persigue la trata luego de haberse enriquecido gracias a ella; y sobre todo, mediante una suerte de incalificable sustitución de importaciones que hace que varios estados esclavistas –como Virginia y Maryland– que tienen cómo cubrir su necesidad de esclavos, se dediquen además a su crianza sistemática, como se crían caballos o perros de raza, para venderlos a otros estados sudistas, los del Sur profundo y del Oeste, a los que se ha extendido el cultivo de algodón y cuyos plantadores o nuevos colonos están siempre necesitados de esa mano de obra negra.

Un problema que surge pronto y que va cobrando papel preponderante en la primera mitad del siglo XIX en el conflicto latente o solapado que enfrenta al Sur esclavista y al Norte, en el que el abolicionismo va cobrando fuerza, es el del Oeste. Al convertirse en Estados Unidos, las trece excolonias, recordando de algún modo su reciente condición colonial y no deseando recrearla con la expansión territorial que querían desarrollar hacia el Oeste, aprobaron en 1787 –el mismo año de la Constitución– una ordenanza, la Ordenanza del Noroeste, mediante la cual se establecía que una vez que los recientes Estados Unidos se fueran apropiando uno tras otro de esos nuevos territorios, ya fuese por mera colo-

nización blanca o por colonización blanca combinada con invasión o guerra, no se los convertiría en colonias sino que se les daría el derecho a convertirse en nuevos estados de la Unión, con los mismos derechos que las trece provincias originales, una vez que tras pasar por la condición inicial de territorios, alcanzaran la cifra de población necesaria establecida para que se los considerara y aprobara como estados.

El problema aumenta en importancia porque en esa expansión hacia el Oeste, es el Sur esclavista el que lleva la ventaja. El Sur crece más rápido dado que el monocultivo masivo de algodón agota la fertilidad del suelo y exige nuevas tierras. La demanda europea de algodón aumenta sin parar y las plantaciones necesitan expandirse con rapidez, apropiándose de esas nuevas tierras al Sur y al Oeste y llevando a ellas, por supuesto, el esclavismo. La colonización del Oeste por el Norte también crece y ocupa nuevos territorios que en principio son libres de esclavitud, pero no lo hace al mismo ritmo, de modo que el peligro que ese Norte manufacturero empieza a ver como creciente es que a medida que en la cifra de nuevos estados que se integren a la Unión sean más los esclavistas que los libres de esclavitud, van a ser aquellos los que controlen el poder, haciendo que la esclavitud se convierta en el sistema dominante en la sociedad estadounidense ya que de la cantidad de estados y de su población dependen las elecciones y los colegios electorales, es decir, tanto el control del Congreso como el de la presidencia. De hecho, después de la Independencia y a lo largo de la primera mitad del siglo XIX casi todos los presidentes han sido sudistas, plantadores virginianos los primeros de ellos. Y esta conversión del país en un estado esclavista dominado por el Sur es algo que el Norte, aunque quiere conservar la Unión, no está dispuesto a permitir.

Para evitarlo, buscando un equilibrio que se hace día tras día más difícil, se logran varios compromisos territoriales que terminan fracasando, el primero de ellos a propósito de Missouri en 1820, el cual establece el paralelo 36° 30' como frontera entre estados esclavistas y esclavos libres y a partir del cual se regula la admisión de nuevos estados para que ese delicado equilibrio no se rompa. Pero la expansión del Sur esclavista lo rompe dos décadas más tarde porque la apropiación de Texas y la criminal guerra contra México, que le permiten a Estados Unidos apoderarse de más de la mitad de los territorios mexicanos, obliga a replantear las

cosas; y en el siguiente compromiso, el de 1850, el Sur se beneficia con nuevos territorios, lo que se agrava con el llamado Acuerdo de Kansas-Nebraska en 1854, de nuevo favorable a los sudistas. Al mismo tiempo, en el Norte sigue cobrando fuerza el abolicionismo. Este fue iniciado desde la Colonia por los cuáqueros, que fueron los primeros en condenar la esclavitud y en exigir su abolición, pero para mediados del siglo XIX se ha convertido en una corriente poderosa en la que además de religiosos, se involucran también intelectuales y líderes políticos[11].

Para la segunda mitad de los años cincuenta del siglo XIX la situación parecía no esperar sino una chispa para explotar. Y sin embargo tuvieron que producirse varias chispas para que el incendio al fin se iniciara. La primera fue la Ley del esclavo fugitivo, aprobada por el Congreso en septiembre de 1850, ley apoyada en la Constitución y por la cual todo esclavo que huyera del Sur y lograra llegar a cualquier estado libre de la Unión debería ser capturado y devuelto a su amo. Las fuerzas militares y policiales estaban obligadas a hacerlo, y las gentes a denunciar la presencia del esclavo prófugo y a colaborar en su captura. Dicha ley ponía en nítida evidencia que la cobertura de los derechos de los esclavistas abarcaba todo el país.

Frente a ella, para violarla, surgió el llamado *ferrocarril subterráneo*, esto es, la ruta clandestina que cubría los caminos, pueblos y locales secretos comprometidos con la liberación de los esclavos y que permitía a los fugitivos, en escalas o estaciones preparadas a lo largo del camino, ocultarse, hallar posada, ropa, alimento y sobre todo solidaridad de abolicionistas y antiesclavistas comprometidos, para llegar con su ayuda a su destino en Canadá, donde no había esclavitud ni leyes de esclavos fugitivos y podían encontrar al fin la ansiada libertad. Los héroes de ese ferrocarril libertario fueron muchos, casi todos héroes anónimos o poco nombrados, pero suele recordarse especialmente al matrimonio cuáquero que formaban Levi y Katherine Coffin, que debieron salvar a más de dos mil esclavos, y sobre todo a Harriet Tubman, auténtica y admirable heroína negra, exesclava fugitiva ella misma, que arriesgó miles de veces su vida ayudando y protegiendo a esclavos que huían de las mismas miserias, amenazas y palizas de las que ella había sido también víctima en el Sur; y que continuó luchando toda su vida, hasta morir anciana, por la libertad de los esclavos y, luego de liberados, por la conquista de sus derechos.

A la conversión del abolicionismo en esa década en una causa popular y de la denuncia de los crímenes de la esclavitud en un estímulo masivo al combate contra ella, contribuyó también la obra de algunos intelectuales. Uno de ellos fue Frederick Douglas, antiguo esclavo que narró su vida en una biografía que tuvo gran impacto, que publicó diversos libros sobre la necesidad de abolir la esclavitud y que se convirtió en una referencia citada y respetada sobre el tema. Otra fue Harriet Beecher Stowe, joven y hermosa mujer blanca, hija de un predicador calvinista, comprometida como su esposo con la causa abolicionista, y cuya emotiva novela *La cabaña del tío Tom*, publicada en 1852, denuncia de las crueldades e injusticias de la esclavitud, se convirtió en un auténtico y justificado *best seller* que sacudió por completo a la sociedad estadounidense generando el apoyo de los enemigos de la esclavitud y creando inevitable incomodidad entre los plantadores esclavistas del Sur.

El impacto mayor, empero, fue creado por el caso Dred Scott. Scott era un esclavo negro que había nacido en Virginia y había servido a varios amos. Uno de ellos, John Emerson, médico del ejército, se trasladó en 1836 desde Missouri, estado esclavista en el que tenía su residencia, a Illinois y luego en 1837 a Wisconsin, estados libres de esclavitud, en los que Scott, al servicio de su amo, vivió durante cuatro años e incluso se casó. Emerson regresó con él a Missouri en 1840. Murió en 1843 y él trató de comprarle a la viuda su libertad y la de su familia. Pero ella se negó y entonces Scott demandó esa libertad ante un tribunal de Missouri. El proceso se alargó. Scott lo llevó a un tribunal de Nueva York que en 1848 le dio razón. Pero la viuda apeló y el caso volvió a Missouri, cuyo Tribunal Superior decidió en 1852 que Scott no podía litigar por no ser un ciudadano sino una propiedad, una mercancía. Scott volvió a apelar basado en el Compromiso de Missouri, que había trazado una divisoria entre estados esclavistas y estados libres, argumentando que él había vivido varios años en territorios libres, lo que le concedía la libertad por no haber esclavitud legal en ellos. Pero hubo nueva apelación, esta vez por parte de la viuda, su presunta dueña.

El caso fue a dar, ya a mediados de los años 1850, a la Corte Suprema de Estados Unidos. Y la inapelable decisión de esta, que hacía del problema un caso de alcance nacional, fue emitida en marzo de 1857 por el juez de la causa, Roger Taney. Según esa decisión, ninguna persona que fuese descendiente de africanos, no importando si era esclava o libre, era ni podía ser ciudadana de

Estados Unidos. Y el Compromiso de Missouri, que había declarado a varios estados libres de esclavitud y con ello libres a los esclavos que pudieran residir en ellos, era un acto írrito, carente de toda validez, porque al aprobarlo, el Congreso se había extralimitado en sus atribuciones y violado la Constitución. Scott era por tanto una propiedad, una mercancía humana carente de todo derecho, que no podía litigar en ningún tribunal y que pertenecía como propiedad a su dueño, en este caso a la viuda de Emerson y a sus descendientes. Esta decisión esclavista, que negaba todo derecho a los esclavos y hacía del esclavismo único sistema válido para la sociedad estadounidense y ya no solo para el Sur, provocó un enorme escándalo en el país y para muchos fue clara muestra de que la guerra civil estaba cada vez más cerca, o de que solo ella podía impedir el triunfo pleno del esclavismo, siempre que el Norte resultara vencedor.

A este clima de tensión vinieron a añadirse otras cosas. Una fue la creación del Partido Republicano, que contribuyó a quebrantar la dicotomía política imperante entre demócratas y *whigs*, renovando el papel de estos últimos, que se estaban disolviendo, y asumiendo el abolicionismo y el proteccionismo como programa político, mientras los demócratas se identificaban cada vez más con el Sur y el esclavismo y con su política de liberalismo económico. Otra fue que Abraham Lincoln, abolicionista moderado, se convirtió pronto en el líder del partido. Y una tercera, que Lincoln, como candidato presidencial de los republicanos ganó la presidencia en noviembre de 1860 en una reñida elección entre cuatro candidatos, gracias a la división de los indecisos demócratas que llevaron un candidato por el Norte y otro por el Sur, y a la presencia de un cuarto candidato, antiguo *whig* como Lincoln, que también arrastró parte de los votos. Lincoln ganó por poco el voto popular, que no era ni es el que cuenta, pero superó con claridad a sus rivales en el voto de los colegios, que sí era y sigue siendo el decisivo. Aunque Lincoln no era un radical ni mucho menos un revolucionario, su definición como abolicionista y proteccionista representó para los sudistas una amenaza que los obligaba a actuar pronto. El frustrado ataque armado que John Brown, que sí era un blanco radical y revolucionario, un abolicionista intransigente, acompañado por varios de sus seguidores, había llevado a cabo en octubre de 1859 contra el arsenal de Harpers Ferry, en el Sur, al norte de Virginia, le había puesto en evidencia a muchos

sudistas esa necesidad de reaccionar con prontitud, algo que la victoria de Lincoln se encargó de acelerar.

Lincoln asciende a la presidencia en marzo de 1861 y su discurso de toma de posesión más que moderado es casi inocuo y hasta complaciente con el Sur. No solo no habla de liberar a los esclavos sino que le garantiza su propiedad al Sur y dice:

> No tengo intención, ni directa ni indirectamente, de interferir con la institución de la esclavitud en los estados en que existe. No tengo ningún medio legal de hacerlo ni ninguna inclinación a hacerlo.

Lo de que carece de facultad para hacerlo es cierto, pero lo de no tener inclinación a hacerlo, que también es cierto, conforma una promesa y un compromiso que Lincoln asume con el Sur. Y buscando ese apoyo llega también en su discurso hasta a tratar de convencer al Sur de que si rompe la Unión ya no será posible que el Norte le siga devolviendo los esclavos fugitivos. Eso sí, y este punto es clave, Lincoln, que acepta la esclavitud en el Sur, a lo que se opone es a que esta se siga expandiendo hacia el Norte y el Oeste como quieren los sudistas. En lo que hace énfasis es en la conservación de la Unión, que es su objetivo. Para poner en evidencia que habla en serio, nombra de inmediato un gabinete que no podía ser más moderado. Pero aunque logra que cuatro estados esclavistas, Missouri y tres del Sur: Maryland, Kentucky y Delaware, que es más bien del Centro, no se separen de la Unión, la mayoritaria respuesta sudista es la secesión de todos los otros estados esclavistas del Sur, que deciden separarse de los Estados Unidos a los que se habían unido en 1787 porque sienten ahora en peligro su economía esclavista y su sistema de vida y entienden que para salvarlos es necesario ejercer su derecho a la separación, derecho que los nordistas partidarios de la abolición les han estado negando con el argumento de que la Unión es indivisible y que por ello no puede ser rota. Ante esta auténtica tautología, la opinión de los estados secesionistas, no desprovista de base, es que sí tienen derecho a separarse de Estados Unidos porque ahora esa Unión los perjudica y amenaza incluso con destruir su forma de vida, lo que convierte un acuerdo voluntario y beneficioso para todos como el firmado en 1787, en el encadenamiento forzoso a una Unión que carece de derecho a atarlos a ella si sus poblaciones no lo quieren y así lo manifiestan. Es más, esos estados secesionistas reunidos como Estados Confederados de América, ya desde

febrero de 1861 se han dado una nueva Constitución, similar a la de 1787, pero en la que la hipocresía original de esta acerca de la esclavitud se abandona porque en ella se habla en forma abierta de esclavos y de esclavitud y ya no más de *institución peculiar*.

Se inicia así la Guerra Civil en 1861.

En términos demográficos y económicos el Norte es el más fuerte. Cuenta con más estados y habitantes, veintitrés estados y veintidós millones, contra once estados y nueve millones del Sur. Está más urbanizado. Su economía es diversificada y productiva, cuenta con manufacturas, minas, comercio, navegación, agricultura y ganadería mientras el Sur rural, poco urbanizado, sin industrias, depende de importaciones del Norte y sobre todo de Europa y de exportar algodón hacia esta. Además, Lincoln ha logrado finalmente el apoyo de siete estados sudistas que son esclavistas pero se oponen a la secesión. De modo que la victoria del Norte parece fácil, obtenible a corto plazo y, dada la moderada posición de Lincoln, apunta también a un resultado moderado. Pero no será así. El vencedor va a ser el Norte, sí, pero la guerra, además de intensa como toda guerra civil, será también larga, abarcando cuatro terribles años (1861-1865), produciendo cerca de un millón de muertos y una espantosa destrucción del Sur. Por otro lado, el Sur resultará un hueso duro de roer, no solo porque está mejor preparado para combatir que el Norte, sino porque para los sudistas lo que está en juego es su supervivencia misma como sociedad, mientras que los nordistas solo buscan con la guerra el dominio del país y no se están jugando, como ellos, su destino. De modo que los resultados terminarán tomando un curso bastante radical, aun cuando una década más tarde, en 1876, al concluir con un pacto la ocupación del derrotado Sur por el Norte esos resultados radicales se habrán evaporado por completo; y salvo por la abolición –más nominal que real– de la esclavitud y por las tres desacatadas enmiendas que la respaldan (13.ª, 14.ª y 15.ª), lo cierto es que para los negros el resultado de la guerra será un total fracaso que los deja abandonados a su mísera suerte y que empeora para ellos las ya de por sí duras condiciones de vida y trabajo a que antes estaban sometidos.

Y aquí creo necesario precisar con más detalle la posición de Lincoln y sus ideas políticas y sociales, porque la cualidad de abolicionista y antiesclavista radical que la embellecida historia oficial estadounidense le atribuye no se corresponde en absoluto con la verdad, igual que pasa con su condición de amigo de los negros, de

libertador de estos y de partidario de su igualdad con los blancos. Todo esto carece de base real y las actitudes y declaraciones del propio Lincoln así lo demuestran. El objetivo firme y declarado de Lincoln es conservar la Unión, evitar que los Estados Unidos se dividan, y a eso subordina todo. De modo que su objetivo no es la abolición, de la cual habla, sí, pero solo aceptándola en un contexto que la haga necesaria siempre y cuando no interfiera con la conservación y salvación de la unidad del país.

Al influyente periodista Horace Greeley que, en una carta publicada como editorial del diario *The New York Tribune* a la que titula «Una oración por veinte millones», le pide a Lincoln, el 19 de agosto de 1862, en nombre de esos 20 millones, que no siga demorando la decisión de abolir la esclavitud, este le responde de inmediato, desde Washington, el día 22:

> Mi objetivo principal en esta lucha es salvar la Unión, no salvar o destruir el esclavismo. Si yo pudiera salvar la Unión sin liberar ningún esclavo, así lo haría. Si pudiera salvar la Unión liberando a todos los esclavos, así lo haría. Si pudiera salvar la Unión liberando a unos esclavos y dejando a otros como están, igualmente lo haría. Lo que yo hago respecto a la esclavitud y a los negros lo hago porque creo que eso ayuda a salvar la Unión. Y lo que dejo de hacer, no lo hago porque creo que no ayuda a salvar la Unión[12].

Difícil hablar con más claridad. De manera que Lincoln es abolicionista solo en forma coyuntural, siempre en función de que ello ayude o no a conservar la Unión. Pero es que hay más. En esa misma respuesta a Greeley, Lincoln habla de que él desea que todos los hombres sean iguales. Lo que no pasa de ser un loable deseo. En realidad, Lincoln es un supremacista blanco, aunque no lo proclama a diario sino que lo suaviza en forma hasta demagógica. Es racista, cree que los blancos son superiores a los negros. En su campaña de 1858, enfrentando a Stephen Douglas, Lincoln declara en Chicago, es decir, en el Norte abolicionista, que hay que olvidarse de esas discusiones sobre superioridad e inferioridad de razas para unirse todos como un solo pueblo, proclamando que todos los hombres fueron creados iguales. Pero dos meses más tarde, hablando ahora en el Sur esclavista, en Charleston, Lincoln habla más claro:

> Diré pues, que no estoy ni nunca he estado a favor de equiparar social y políticamente a las razas blanca y negra; que no estoy ni nunca he estado a favor de dejar votar ni formar parte de los jurados a los

> negros, ni de permitirles ocupar puestos en la administración ni de casarse con blancas.

Dice después que ambas razas deberían vivir separadas y que hay que procurarle a los negros libres otros espacios para vivir. Y a continuación añade:

> Y hasta que no puedan vivir así, mientras permanezcan juntos (los negros y los blancos) debe haber la posición superior y la inferior, y yo, tanto como cualquier otro, deseo que la posición superior la ocupe la raza blanca[13].

Además, como no cree que blancos superiores y negros inferiores puedan habitar juntos en una misma sociedad sin que los blancos se impongan y los sometan, y sin que haya guerra entre ellos, es decir, como solo pueden ser iguales viviendo separados en sociedades distintas, Lincoln es partidario de sacar del país a los negros libres, y si hay abolición también a los esclavos. Mantuvo desde un principio la idea de enviarlos al África como querían los primeros abolicionistas, los que enviaron negros libres a Liberia; pero ya como presidente, en su opinión no se trataría de enviarlos al África sino a tierras centroamericanas o caribeñas, lo que intentó buscando acuerdos con Colombia por la provincia panameña de Chiriquí y luego del rechazo, con el gobierno haitiano. No tuvo tiempo de hacer más él mismo, pero luego lo intentaron sus sucesores republicanos en la presidencia, como el general Grant, que aprovechando la crisis que vivía entonces República Dominicana entre partidarios de unirse a España y partidarios de unirse a Estados Unidos, intentó también sin éxito trasladar a ese país caribeño a los recién liberados negros estadounidenses. También se había pensado antes en Honduras. Pero los Estados Unidos no pudieron blanquearse como querían porque en eso mismo andaban (aunque no por la vía de expulsar negros sino por la de importar blancos) los países hispanoamericanos, de modo que no teniendo a dónde enviarlos, los blancos norteamericanos tuvieron que quedarse con sus negros.

El racismo manipulador de Lincoln, que omite el papel de la esclavitud en el problema y trata en forma tramposa de igualar el sufrimiento de los negros con el racismo excluyente de los blancos que lo provoca, se muestra con claridad en la conversación que sostuvo con un grupo de jóvenes negros libres a los que invitó a la Casa Blanca, y que fueron los primeros en tener semejante oca-

sión de hablar en persona con un presidente de Estados Unidos. El texto parcial de lo que les dijo, sacado de la edición de las *Obras completas de Lincoln* y reproducido por Ginzberg y Eichner (pp. 109-110), de cuya citada obra lo tomo, es el siguiente:

> Ustedes y yo pertenecemos a razas distintas. Entre nosotros existen diferencias mucho más acentuadas que entre cualesquiera otras dos razas. No voy a examinar si está bien o mal, porque no hace falta; pero esta diferencia física constituye una gran desventaja tanto para ustedes como para nosotros (…). Su raza sufre intensamente, muchas veces, por habitar entre nosotros; y nosotros sufrimos por la presencia de ustedes. En resumen, que ambas partes sufren (…). Si ustedes no estuviesen entre nosotros, no habría guerra (…). Por tanto, es mejor que nos separemos (…). Nuestra gente, debo decirlo por duro que sea, no ve con buenos ojos que ustedes, los hombres libres de color, permanezcan con nosotros.

Ahora bien, si es hipócrita y manipulador en lo tocante a su actitud acerca de la esclavitud, en cambio en su objetivo prioritario de conservar la Unión, Lincoln es consecuente y sincero y hay que reconocerle ese valor. Mantiene a toda costa, sin tocar el espinoso tema de la esclavitud, total silencio al respecto, a fin de mantener su alianza con los estados sudistas no secesionistas, lo que molesta a los abolicionistas y en particular a sus camaradas republicanos, sobre todo a los más radicales, que son muchos. Pero Lincoln no cede, porque en los dos primeros años de guerra son los sudistas secesionistas los que logran mantener la ventaja militar. Son mejores militares, tienen un jefe como el general Lee, y pese a todas las ventajas que poseen, los nordistas, improvisados en este terreno, no logran ganar batallas. Y cuando en 1862 liberan Nueva Orleans y el general nordista Fremont declara libres a los esclavos, de inmediato Lincoln lo desautoriza y destituye para no asustar a sus aliados esclavistas no secesionistas. El general Banks libera la mitad del estado de Louisiana y para evitar que le pase lo mismo que a Fremont, se queda indeciso sin saber qué hacer con los esclavos. El general Hunt, que libera partes de Florida, Georgia y Carolina del Sur, se atreve a hacer lo mismo que Fremont, liberando a los esclavos y Lincoln también lo desautoriza y destituye. Y la impresión que da Lincoln es que no quiere abolir la esclavitud, lo que genera dudas y un creciente descontento en el Norte (como había percibido Greeley), sin que esa posición suya sirva para otra cosa que no sea para mantener su alianza con los estados

esclavistas no secesionistas, pero sin detener en lo más mínimo la guerra ni la secesión de los estados esclavistas rebeldes.

Nada se logra contra la esclavitud en 1861. En el Congreso, Thaddeus Stevens, líder de los republicanos radicales, propone expropiar a los propietarios esclavistas y abolir la esclavitud, pero su propuesta es rechazada, mientras Lincoln solo habla de abolición progresiva con indemnización para los propietarios esclavistas del Sur cuyos esclavos sean liberados. Cuando al fin los nordistas dan por ganada la confusa batalla de Antietam Creek en septiembre de 1862 haciendo que Lee retroceda, Lincoln se decide a proclamar la abolición de la esclavitud para el 1.º de enero de 1863, presionado como está por la izquierda radical de su partido, encabezada por Charles Sumner y Thaddeus Stevens, abolicionistas firmes que cada vez tienen más peso en el partido y en el Congreso. Pero aunque tiene importancia política y mediática, la proclamación es solamente nominal y carece de todo efecto inmediato, es decir que no libera a ningún esclavo, porque la abolición es válida solo contra los estados secesionistas, que siguen luchando y no han sido sometidos al Norte, mientras no es válida ni aplicable en los estados esclavistas aliados, sobre los que sí hay control norteño, dado que por ningún motivo se quiere romper la alianza con ellos liberando sus esclavos.

En cuanto al famoso y sacralizado discurso de Gettysburg, pronunciado por Lincoln el 19 de noviembre de 1863 en la dedicatoria del cementerio militar vecino del campo en que se libró la sangrienta batalla del mismo nombre, ganada por el Norte en julio de ese año, y en el que termina diciendo que todo el inmenso sacrificio representado por esa costosa guerra se hace para que con la ayuda de Dios sobreviva en el país «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», este tiene un indiscutible valor político porque describe de manera inmejorable lo que es la democracia, pero carece de todo valor real porque se basa en una mentira, ya que no era eso lo que estaba en juego en la Guerra Civil estadounidense y sobre todo porque el gobierno de Estados Unidos, elitesco, xenófobo y racista hasta los tuétanos, no ha sido nunca gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Sin olvidar que al decir «y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la Tierra» lo que Lincoln está tratando en forma arrogante de decir es que en este planeta, solo en Estados Unidos puede existir –o existe– un gobierno semejante.

Suficiente con el racismo manipulador de Lincoln. La guerra se gana al fin en 1865, dejando casi destruido el Sur, que termina siendo ocupado por el Norte. La abolición ya proclamada por Lincoln, en enero de 1863, se hace finalmente real en el renuente Sur en 1865; y para darle toda su fuerza, los vencedores republicanos hacen aprobar por el Congreso la 13.ª Enmienda, que la establece en forma taxativa. Pero pronto, luego de un forcejeo de diez años entre Norte y Sur, entre republicanos y demócratas, años de la Reconstrucción y la ocupación militar del Sur, la liberación de los esclavos termina siendo reemplazada por la segregación racial.

Reconstrucción y segregación racial

El plan de Lincoln para la Reconstrucción era un proyecto moderado y muy conciliador, tal como había sido su política. Se reducía a adoptar ciertas normas políticas quizá aceptables por los esclavistas del Sur. Y carecía de propuestas económicas que ayudaran a los negros a salir de la pobreza con medidas que el Estado estaba en condiciones de aprobar y que los recién liberados negros estaban reclamando en justicia. En pocas palabras, se trataba de un plan dispuesto, siempre en nombre de la conservación, ahora rescate, de la Unión, a devolver pacíficamente a los plantadores sudistas el poder sobre los negros con tal de que hicieran unas concesiones que en su intransigencia, su deseo de revancha y su racismo no parecían dispuestos a aceptar. Lincoln no tiene tiempo de aplicar ese plan porque apenas concluida la Guerra Civil es asesinado el 15 de abril de 1865 por un fanático sudista que lo califica de tirano. Pero quien lo sucede, el vicepresidente Andrew Johnson, que es sudista, se encarga de llevarlo a cabo con todavía menos visión social y más entrega a los esclavistas del Sur, todo ello en medio de un abierto enfrentamiento con el sector más progresista y radical del Partido Republicano. Ese sector domina en el Congreso y se opone a Johnson con propuestas favorables a la población negra recién liberada de la esclavitud, propuestas que Johnson, cada vez más favorable a los sudistas, se encarga de sabotear o de vetar.

Examinar esta interesante batalla, descrita por cierto con toda su riqueza en la varias veces citada obra de Ginzberg y Eichner (capítulos 6, 7 y 8, pp. 114-206), y también, aunque en forma sintética en Fohlern, me llevaría lejos de los límites y la extensión de este capítulo. De modo que me limito solamente a decir lo que

creo esencial acerca de sus tristes resultados, racistas y excluyentes para la población negra.

Johnson es sudista pero no secesionista. Es hombre de origen humilde que ha sido despreciado por los sudistas ricos pero que ahora parece más bien estar de acuerdo con ellos; y en la visión que comparte con Lincoln de la prioridad de la Unión sobre la abolición de la esclavitud, llega muy pronto al extremo de hacerle a los ricos sudistas todo tipo de concesiones para que les sea devuelto todo el poder en sus estados y recuperen sus derechos electorales y su dominio sobre los negros, aprobando contra ellos nuevos Códigos Negros que los privan de esos derechos. Y esto es lo que con su complicidad los sudistas empiezan a hacer. Los Códigos Negros no solo privan a los negros de sus derechos, sino que en forma solapada buscan reestablecer la esclavitud. Johnson apoya todo esto, quiere restablecer la Unión a ese precio, sin cambiar nada, entregando el poder a los plantadores y aceptando su racismo y desprecio por los negros, condenados a la miseria y a la pronta amenaza del Ku Klux Klan y de otras organizaciones racistas similares.

Johnson cuenta con el apoyo de los moderados y los diputados demócratas. Pero los republicanos radicales, encabezados por Stevens y Sumner, que cuentan con mucho prestigio y apoyo en el Partido y en el Congreso, defienden los derechos de los negros y se oponen a Johnson y sus planes. En la elección parlamentaria de 1866 la fuerza de Johnson disminuye y la de los republicanos radicales aumenta. Stevens llama entonces a imponer al Sur una reconstrucción que debe ser militar, esto es, convertirse en ocupación; exige forzar a los sudistas a reconocer la abolición y propone una Enmienda constitucional (13.ª) que prohíbe expresamente la esclavitud. Además, como defensor de la educación gratuita que ha sido desde antes, propone la creación de escuelas accesibles a la población negra y exige expropiar a los grandes latifundistas, para parcelar sus tierras y entregarle a los exesclavos, que carecen de recursos para poder comprarlas, parcelas familiares de cuarenta acres acompañadas de aperos agrícolas, algo que se apoya en lo aprobado antes, en 1862, por el Congreso acerca de los nuevos colonos blancos, a los que se ofrecían por una ley de ese año, la Homestead Act, 160 acres de tierra en el Oeste a precios solidarios. Pero el Congreso rechaza la propuesta porque al parecer piensa que a los negros debe bastarles con haber recibido la libertad y que de ahora en adelante deben arreglárselas por su cuenta como puedan.

En cuanto al tema del voto de los negros, Stevens es algo renuente, pues prefiere que lo adquieran al mejorar su situación, de modo que puedan usarlo en provecho propio sin dejarse manipular. En cambio Sumner, junto con la mayoría de los republicanos, es partidario de otorgarle a los exesclavos el voto de inmediato. Stevens termina asumiendo también esa posición. Y es que el problema del voto de los negros es fundamental para que los republicanos puedan profundizar la reconstrucción del Sur y conservar el poder en los estados sudistas porque para ello necesitan contar con mayorías basadas en el acceso de los negros, ahora libres, a las asambleas y en su derecho a votar, a ser jurados y a aprobar leyes.

Pero al cabo todo esto fracasa. En el Sur hay creciente rechazo a la ocupación y al ejercicio de los derechos electorales de los negros, y ese rechazo, que no se restringe a los derechos electorales, es asumido no solo por los blancos ricos que saben que de eliminarlos depende en buena parte que puedan ellos recuperar el poder, sino también y sobre todo por los blancos pobres, que son más y que no quieren ni aceptan que los negros se les igualen. Los demócratas, partido de los esclavistas, juegan su papel defendiendo a unos y otros, es decir, a todos los blancos sudistas, y aumentan sin parar su votación. Los sudistas ponen además en práctica todo su arsenal de trampas y manipulaciones, incluido aterrorizar a los negros o corromperlos y comprarles sus votos. Por parte de los nordistas ocupantes hay errores, corrupción y desgaste por el uso del poder, de modo que aumenta el rechazo que les muestran los sudistas calificando a muchos de ellos de *carpetbaggers*, esto es, de ambiciosos mendigos trepadores, y los republicanos van perdiendo apoyo. En cuanto al Congreso, el otro centro de la batalla, Stevens muere en 1868, el intento de *impeachment* de Johnson fracasa poco antes por un voto, y aunque en la elección presidencial que sigue, la de 1868, los republicanos recuperan plenamente el poder con el triunfo de su candidato, el general Grant, héroe nordista de la guerra, los dos gobiernos de este se caracterizan, sobre todo el segundo, por una corrupción espantosa que termina de desprestigiar a los republicanos, de modo que los demócratas amenazan seriamente con recuperar la Presidencia. De hecho, la ganan en 1876.

Y entonces se produce a escala nacional un escandaloso pacto electoral entre el Norte y el Sur, es decir entre republicanos y demócratas. Estos le ceden mediante una manipulación fraudulenta a los republicanos la Presidencia que tienen ya ganada, y los

republicanos, que logran de esta forma retenerla, aceptan a cambio de ello dar por terminadas la Reconstrucción y la ocupación militar del Sur, permitiendo así que los explantadores esclavistas recuperen en este todo el poder[14].

El resultado, por supuesto, es la total derrota de los negros, que pierden todos sus derechos, son excluidos de las asambleas, de los jurados, de poder ejercer el derecho al voto y hasta resultan excluidos de las escuelas. De modo que no solo se aplican en el Sur los renovados Códigos Negros contra ellos, sino que se adopta a partir de entonces una política de segregación racial a todos los niveles que resulta peor que la misma esclavitud.

Las leyes con las que se impone esa segregación racial son las llamadas Leyes Jim Crow, nombre que deriva de un viejo espectáculo racista de danza y música titulado *Jump, Jim Crow* que data de 1828 y en el que su creador, un actor blanco disfrazado de negro, hacía mofa de los negros. Pero las leyes que adoptaron luego este nombre no se hicieron para burlarse de los recién liberados negros sino para someterlos a la segregación racial más absoluta. Las Leyes Jim Crow partieron de los Códigos Negros. Estos a su vez derivaban de los antiguos códigos aplicados contra los negros en las colonias. Pero a partir de 1830 empezaron a redactarlos y promulgarlos las legislaturas de los estados en que no había esclavitud, y estaban dirigidos a limitar los derechos de los negros libres para evitar que se igualaran a los blancos. Los estados esclavistas del Sur no necesitaban de esos códigos porque en ellos los negros eran casi todos esclavos, esto es, mercancías humanas sin derechos. Pero después de terminada la Guerra Civil, al ser liberados los negros en todo el país, los plantadores esclavistas del Sur, a medida que a partir de 1866 iban recuperando el poder en sus estados y sobre todo a partir de 1876 cuando el pacto electoral entre republicanos y demócratas les devolvió el poder pleno en ellos, empezaron a redactar y promulgar códigos similares pero no dirigidos a limitar los derechos de los negros libres, pues todos los negros lo eran ahora, sino a irlos despojando a todos de sus derechos para regresarlos a un sistema de absoluta inferioridad y sujeción. Empezaron por despojarlos del derecho al voto, les impusieron forzosas normas de trabajo, y se llegó hasta a imponerles castigos corporales y servidumbre por deudas. De este modo los nuevos códigos dieron paso en unos años a las Leyes Jim Crow, con las cuales se impuso la plena segregación racial de los negros partiendo de la hipócrita

proclamación de que ahora blancos y negros eran iguales pero que en beneficio de unos y otros debían mantenerse separados.

Se estableció la segregación en las escuelas públicas, unas abundantes y de mejor calidad para los blancos y otras, cada vez más escasas, deterioradas y de pésima calidad para los negros; la segregación en los transportes públicos como trenes y autobuses, con sectores de estos o vagones de aquellos, unos para blancos y otros para negros; segregación en los lugares públicos como parques y plazas y también en restaurantes, bares y teatros, no pudiendo los negros acceder a los de los blancos; segregación en los baños públicos y en los bebederos públicos de agua, siempre señalados unos para blancos y otros para negros. En el ejército aumentó la segregación, que se había debilitado un poco con la guerra, aunque en esta los negros no habían pasado de sargentos mientras los mandos superiores, así la tropa fuese negra, tenían que ser siempre blancos. Y lo mismo pasaba en los cuarteles y en los comedores de la tropa: o había separación total o al tratarse de espacios comunes se destinaba un sector para los blancos y otro para los negros. Todo esto se implantó en las últimas décadas del siglo XIX, pero igual ocurrió cuando empezaron a aparecer los cines a comienzos del siglo XX. Y bajo la presidencia de ese tan admirado como falso demócrata que fue Woodrow Wilson, sudista y declarado racista antinegro, se instauró la segregación racial en la administración pública y en las oficinas del gobierno.

Para despojar a los negros del derecho al voto que habían obtenido con la Reconstrucción, los racistas blancos del Sur se valieron de todos los recursos y artimañas posibles. Se los excluyó mediante impuestos que debían pagar, demostración de que sabían leer y escribir a perfección, pruebas de comprensión de textos y obligación de cumplir con requisitos rigurosos de residencia además de deber inscribirse para cada elección en el registro. Y mientras se imponían estos requisitos que hacían imposible el ejercicio del voto para los negros (sin olvidar que matones blancos y miembros del Ku Klux Klan a menudo se encargaban por la fuerza de impedirles votar) a los blancos pobres, en cambio, se les facilitaban las cosas eximiéndolos de ceñirse a estos requisitos, apelando para ello a la llamada *cláusula del abuelo*, que permitía votar a todos aquellos cuyos abuelos hubiesen votado antes de 1861, algo a lo que ningún negro podía apelar, pues antes de 1861 ningún negro, siendo esclavo, tenía derecho al voto.

Hubo por supuesto tempranos intentos de enfrentar el régimen Jim Crow y de luchar por su abolición, pero todos fracasaron y las Leyes Jim Crow pervivieron hasta 1965 por lo menos. En 1875 el consecuente Charles Sumner acompañado por Benjamin Butler, otro defensor de los derechos de la población negra, hizo aprobar por el Congreso un proyecto de ley de derechos civiles que garantizaba a todo estadounidense, con independencia de raza, color de piel o haber sido antes sometido a servidumbre, derecho a gozar del mismo trato en sitios públicos, teatros, transportes y lugares de recreación, pero la Corte Suprema invalidó esa ley declarándola inconstitucional. Y dos décadas más tarde la Corte Suprema tomó otra decisión a favor de las Leyes Jim Crow.

Desconociendo la Separate Car Act, ley aprobada en Louisiana en 1890, estableciendo que en los trenes hubiese vagones para blancos separados de los vagones para negros, Homer Plessy, luchador de origen creole por los derechos de la gente de color, negro él mismo por ley pero casi blanco de piel, se instaló el 7 de junio de 1892, con apoyo de un comité de derechos civiles de Nueva Orleans, en el vagón de blancos de un tren y fue encarcelado por negarse a abandonarlo. (Plessy estaba clasificado como *octorrom*, es decir, que por ser de ascendencia africana en su cuarta generación, tenía un octavo de sangre africana). Como antes hiciera Dred Scott contra su condición de esclavo, Plessy apeló contra esa ley segregadora pasando de corte en corte, hasta llegar a la Corte Suprema y esta en una famosa decisión, Plessy vs. Ferguson, estableció en abril de 1896 que era constitucional en Estados Unidos mantener separados a blancos de negros bajo el criterio de «separados pero iguales». Se produjeron otras protestas a lo largo de las décadas siguientes, todas con el mismo resultado negativo. Todas fueron denegadas por tribunales sucesivos hasta llegar a la Corte Suprema, verdadero templo del racismo y la segregación. Los luchadores negros y sus apoyantes solamente obtendrán el reconocimiento de sus derechos en un contexto muy diferente, con el apoyo de movimientos negros poderosos y con otra Corte Suprema, ya en los años cincuenta y sobre todo sesenta del pasado siglo XX.

En las primeras cuatro décadas de ese nuevo siglo XX lo que ocurre es que la segregación sudista es copiada y aplicada por el Norte, donde las formas de imponerla son más sutiles salvo cuando hay que apelar a una violencia racial igual o más brutal que la del Sur. Tanto en el Norte como en el Sur se discrimina y ataca a los

negros. En el Sur su mejor ejemplo es la Racial Integrity Act, Ley de integridad racial de 1924, aprobada en Virginia y que ya mencionamos antes. Pero hay que señalar que esa ley no es la única. Ocurre que en el Sur las Leyes Jim Crow llegan a su apogeo racista en las tres primeras décadas del siglo XX. Y en todos esos estados se impone el tema racista de la *hipofiliación* como manera de acabar con toda forma de mestizaje en el campo legal, ya que, aunque limitado, reprimido y perseguido, no era del todo posible eliminar el mestizaje en la realidad. El problema además para esos estados era que había muchos blancos y blancas que tenían lejanos ascendentes negros y que pasaban por blancos puros o blancas puras sin serlo realmente, aprovechándose de su aspecto y rasgos físicos.

De hecho, la rigidez de las leyes racistas se había atenuado algo en el Norte antes de la Guerra Civil porque la cifra de negros libres había ido aumentando y se habían producido algunos cruzamientos de estos con blancos. El problema era menor en el Sur, porque los negros eran esclavos y ya se había empezado a imponer la norma de la hipofiliación para los mestizos. Y fue la liberación de los esclavos la que le planteó a los supremacistas blancos del Sur la necesidad de apretar las tuercas. Las Leyes Jim Crow vinieron a poner orden. Y si afirmo que la Racial Integrity Act virginiana fue la culminación de ese racismo blanco es tanto porque es su obra más acabada como también porque varios estados sudistas habían precedido desde principios del siglo XX a Virginia en aplicar en sus leyes la *regla de una gota*. Tennessee y Louisiana lo hicieron en 1910, Texas y Arkansas en 1911, Mississippi en 1917 y Carolina del Norte en 1923. Pero es la Asamblea virginiana la que alcanza la cumbre del racismo perfeccionando su ley anterior de 1662 al aprobar en 1924 la Racial Integrity Act. Ésta solo admite dos colores: blanco y negro, y dos razas: blanca y negra, eliminando por ley el mestizaje, apoyándose en la ley romana *Partus sequitur ventrem* y estableciendo de hecho no solo que la filiación se hace siempre por la raza inferior, sino que es negro quien tenga una gota de sangre negra, es decir, algún ancestro negro por lejano que sea, no importando para nada su aspecto físico. Y además la Racial Integrity Act se acompañó de otra simpática ley, la Sterilization Act, una ley precursora de los nazis que permitía la esterilización de negros, ya fuese para prevenir las relaciones interraciales o para castigarlas, quitándole así a los sancionados por ella la posibilidad de dejar descendencia.

Por su parte, en el Norte aumenta el racismo porque ahora debe convivir con los negros y estos no son esclavos sino formalmente libres. Por eso el racismo asume también en el Norte formas reiteradas y brutales. Se les dificulta a los negros, que están llegando en masa del Sur, el acceso al trabajo y a los sindicatos obreros, que son todos racistas. Y sin embargo los trabajadores blancos los acusan de robarles sus puestos de trabajo. Se les impide vivir en las mejores zonas de las ciudades y se los condena a vivir en las áreas más pobres, que terminan convertidas en miserables guetos carentes de servicios y llenos de suciedad, de casas viejas, escuelas indignas, desempleo, basura y delincuencia. Y cuando esa segregación es quebrantada por algún motivo, o porque se acusa a jóvenes negros de violadores o delincuentes, estalla la violencia y hay entonces matanzas de negros, destrucción e incendio de las zonas en que habitan y largas secuencias de muertos y heridos. Pero en medio de todo este panorama, similar al de siempre, empieza a percibirse con lentitud un cambio: los negros empiezan a organizarse, no solo bajo el dócil patrocinio de sus iglesias, sino a disponerse para luchar por otras vías, por lo general pacíficas como la promovida por la Asociación Nacional para el avance de la gente de color (NACCP), contra la discriminación a que se hallan sometidos, e incluso a enfrentar con armas y con similar violencia a las turbas de supremacistas blancos que los agreden e intentan masacrarlos para mantener así su dominio sobre ellos.

Pero esa rebelión negra apenas comienza, y solo va a estallar a partir de los años cincuenta y sobre todo de los sesenta y setenta del pasado siglo XX. Salvo excepciones, en las décadas previas al fin de la Segunda Guerra Mundial los negros estadounidenses viven segregados, sometidos y humillados tanto en el Sur como en el Norte. Lo que domina en esas diez terribles décadas que van de 1866 a 1965 en las que la segregación racial impuesta por las Leyes Jim Crow es por doquier la norma, es el racismo más brutal y abierto, la violencia racial masiva contra los negros y los linchamientos frecuentes, todos ellos impunes porque nadie es imputado.

Un estudio reciente, de 2015, publicado por la Equal Justice Iniciative (Iniciativa por una Justicia Igual), organización de derechos humanos con sede en Alabama, muestra que luego de un detallado y cuidadoso estudio realizado en los doce estados del

Sur (Alabama, Arkansas, Florida, Georgia, Kentucky, Louisiana, Mississippi, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Tennessee, Texas y Virginia) esa organización encontró que entre 1877 y 1950 casi cuatro mil negros fueron linchados. No es poca cosa, pero las cifras son cifras y es la descripción de cada caso, y no solo de linchamientos sino de atentados, asesinatos y masacres, lo único capaz de mostrarnos la monstruosidad de estos horribles crímenes que han victimizado a la población negra liberada de la esclavitud formal. Y eso apenas hasta 1950. Por eso, entre la enorme lista de linchamientos, atentados, asesinatos y masacres de población negra por racistas blancos que llena la historia de Estados Unidos, quiero dar al menos una idea concreta de algunos de esos crímenes racistas cuyas víctimas han sido estadounidenses negros.

Thibodaux, Louisiana, 1887

En Thibodaux, en noviembre de 1887 una huelga de 10.000 trabajadores negros de plantaciones de caña, que con apoyo de los Knights of Labor, una organización sindical clasista, reclamaban una mejora de sus miserables salarios fue atacada sin razón alguna por una turba de paramilitares blancos organizados y apoyados por las autoridades y los plantadores blancos, uno de los cuales era el gobernador del estado, Samuel Douglas McEnery. La turba racista ataca con tropas, armas de fuego y artillería a los trabajadores negros y a sus familias. Lo que era una lucha salarial fue convertida por los racistas blancos del Sur en un enfrentamiento racial que había que ganar aplastando a los negros para darles una lección y mostrarles que la esclavitud no había terminado para ellos. Lo de Thibodaux fue una espantosa masacre. En tres días de enfrentamientos desiguales, de militares profesionales armados hasta con cañones contra obreros prácticamente indefensos, se calcula que al menos trescientos negros se contaron entre muertos y heridos o desaparecidos. Entre los muertos hubo muchas mujeres, niños y ancianos, todos negros. Por su cifra de muertos sería la peor matanza de negros de la historia de Estados Unidos. El sindicato fue disuelto y los sobrevivientes debieron someterse a la voluntad de los plantadores. Ningún blanco pagó por ella, y el gobernador celebró la victoria como hacían los puritanos en tiempos de la Colonia: diciendo que el Todopoderoso «había marcado el camino trazando una línea divisoria».

Omaha, Nebraska, 1891

En Omaha hay un ataque racista en 1891 que me parece necesario señalar. No se trata de una masacre, pero sí de un ejemplo típico del carácter racista de la justicia estadounidense cuando se trata de indios o negros. En octubre de 1891 una multitud de diez mil personas saca de la cárcel de Omaha a Joe Coe, llamado también George Smith, hombre negro acusado de haber violado a una niña blanca. La policía no puede impedir que se lo lleven y que lo linchen. Coe, casado y con dos hijos, fue acusado por Lizzy Yates, una niña blanca de cinco años, de haberla violado. Antes del juicio corrieron rumores de que iba a ser absuelto o de que recibiría una pena leve. Corrió también el rumor de que la niña había muerto y de que la pena de Coe serían veinte años de cárcel. Puros rumores sin base para ir calentando el ambiente y preparar el linchamiento. En realidad, Coe fue secuestrado dos veces, la primera en la sala de la Corte en que tenía lugar el juicio, la segunda directamente de la cárcel. La primera vez la multitud lo llevó a la casa de la niña y la madre dijo que lo había visto rondando la casa pero que no se atrevería a jurar que había sido él. Los secuestradores iban de regreso a la Corte a llevar a Coe de vuelta a la cárcel cuando el gobernador fue a su encuentro y en forma educada, como se hace con hombres blancos, les pidió dispersarse. Ellos así lo hicieron luego de entregarlo en la puerta de la prisión a sus guardianes. Pero esa noche reunieron una multitud, sacaron de nuevo a Coe, esta vez de la cárcel, y lo pasearon por toda la ciudad golpeándolo con fuerza, de modo que es posible que estuviera ya muerto o agonizante a causa de los golpes cuando se lo colgó finalmente de un cable del tranvía en una calle céntrica de Omaha. El examen forense que se le hizo el día siguiente al cadáver mostró que tenía tres vértebras rotas y dieciséis heridas en el cuerpo, pero el forense dictaminó que había muerto de miedo y no de los golpes o de las heridas, por lo que ninguno de los linchadores fue procesado. Nunca quedó claro si Coe había violado o no a la niña, ni tampoco si esta había sido o no violada. Pero eso no importó mucho. Total, Coe era negro. De modo que se trató de un linchamiento impecable, se vengó a la niña blanca sin saber si en verdad había sido violada, se ajustició al imputado antes de saber si era o no culpable, los linchadores hicieron justicia, y el feliz resultado de todo esto fue que hubiera en Omaha un negro menos y quedaran muchos negros aterrorizados.

Waco, Texas, 1916

El caso de Jesse Washington es parecido al de Coe pero más brutal, habiendo servido al menos para provocar una reacción en contra de los linchamientos. Tuvo lugar en 1916 en Waco, Texas, ciudad antiguamente malfamada que había adquirido luego fama de piadosa, lo que en este caso no excluía una buena dosis de racismo antinegro. Washington era un joven negro, de diecisiete años, peón agrícola, analfabeto, y al parecer con discapacidad mental. Trabajaba en la pequeña granja de una pareja de apellido Fryer y de origen británico. La esposa, Lucy, mujer de cincuenta y tres años, aparece asesinada en mayo de 1916 estando sola en la casa. El sheriff del condado, al enterarse, acude con policías y un médico. La muerte de la mujer se la había producido un fuerte golpe en la cabeza. Un vecino dijo haber visto al joven Washington rondando la casa poco antes de que se descubriera el cadáver. De inmediato se convirtió en culpable y se lo hizo preso. Washington negó ser el asesino pero se contradijo. Empezaron los rumores de que se lo iba a linchar. El sheriff lo trasladó a un condado vecino. Interrogado de nuevo, confesó y hasta dijo haber matado a la dama golpeándola en la cabeza con un martillo que fue hallado en el lugar que él indicó. La prensa empezó a hacer escándalo, inventando que el joven negro la había matado porque se resistía a ser violada y las gentes de Waco empezaron a prepararse para lincharlo. La policía, cómplice, nada hizo por evitarlo.

Al realizarse el juicio, el ambiente era de linchamiento tanto en la sala como en los alrededores. Al parecer, todo el pueblo estaba allí esperando el espectáculo. El joven negro estaba aturdido, no se oían las respuestas que daba a las preguntas que se le hacían. Los defensores no lo defendieron y en cosa de cuatro minutos el jurado lo condenó a muerte. Los funcionarios del tribunal trataron de sacarlo del lugar del juicio para llevarlo a la cárcel, pero la enorme multitud se los arrebató sin que hicieran resistencia. La inmensa y enfurecida turba empezó a golpear a Washington, le puso una cadena al cuello y se lo llevaron a rastras desnudándolo y dándole golpes y cuchilladas. Cerca del edificio había un árbol a cuyo pie otros linchadores ya habían encendido una hoguera. Washington fue castrado y se le cortaron los dedos de las manos y los pies. Luego se lo roció con aceite y usando la cadena se lo colgó del árbol y lo quemaron vivo subiéndolo y bajándolo de las llamas. El joven trató de zafarse, pero sin dedos no pudo agarrarse del árbol.

Lo dejaron colgando sometido al fuego por dos horas hasta que el cuerpo se calcinó. Alzaron luego el cuerpo calcinado que había perdido brazos y piernas. Ataron el tronco a la cola de un caballo y lo arrastraron por las calles de la ciudad mientras algunas personas tomaban fotos o guardaban restos de la cadena y del tronco como recuerdos. Al arrastrarlo, al tronco se le desprendió la cabeza y unos niños le arrancaron los dientes. En el espectáculo estuvieron presentes el alcalde, el jefe de policía y el sheriff, que ordenó a sus oficiales que dejaran hacer. Y por supuesto, no hubo juicio por esto ni nadie fue imputado.

No obstante, el linchamiento ayudó a la población negra, que ya contaba con una organización combativa y prestigiosa como la NAACP, defensora de sus derechos, a hacer una denuncia bien documentada de este horrible linchamiento del que había más que suficientes testigos, fotos, grabaciones y macabros *souvenirs* como para que ningún supremacista blanco pudiera atreverse a negar que había ocurrido y que había alcanzado esos niveles de monstruosidad.

Elaine, Arkansas, 1919

La masacre que tuvo lugar en el pequeño poblado sudista de Elaine, Arkansas, hoy convertido en un pueblo casi fantasma, compite con la de Thibodaux como la mayor masacre de población negra cometida por racistas blancos en Estados Unidos. Tuvo lugar entre el 30 de septiembre y los dos primeros días de octubre de 1919. Dentro del eterno clima de arraigado racismo antinegro del Sur hay que señalar que ese año de 1919 es el del llamado Gran Espantajo Rojo, en el que Estados Unidos, recién salido de su corta participación en la Primera Guerra Mundial, vive en medio del terror al comunismo, exagerado por medios y políticos que se aprovechan de ese miedo para justificar toda violencia empleada contra obreros y trabajadores rurales que luchan por sus derechos, a los cuales se les clava con facilidad la etiqueta de comunistas para reprimir sus luchas y poder matarlos o encarcelados acusados de querer instaurar la dictadura del proletariado en la capitalista América. Elaine forma parte de un condado rural del delta del río Arkansas. Era una región dedicada desde mucho antes al cultivo de algodón con numerosa mano de obra esclava; y en 1919 las cosas seguían allí iguales a como eran antes de la Guerra Civil, salvo que los trabajadores negros ya no eran esclavos sino medianeros sometidos al poder enorme de los plantadores.

Los negros eran la mayoría aplastante de la población, calculándose que por cada blanco había en la zona diez negros. Esos trabajadores luchaban por mejores contratos, contando para ello con apoyo de una organización sindical progresista, la Progressive Farmers and Household Union of America, y todo esto mantenía en tensión a la población blanca, cuyo racismo proverbial era algo común en esa zona. Los trabajadores se reúnen para planificar su lucha por reclamos salariales en una iglesia cercana del pueblo de Elaine. Una turba de cien blancos armados los ataca sin motivo. Los medianeros, que cuentan con un dispositivo de seguridad, se defienden y en el choque hay un blanco herido y otro muerto. Los blancos se retiran, acusando a los negros de estar preparando una insurrección y empiezan a prepararse para hacerles frente. Reúnen una turba más grande, de entre 500 y 1.000 hombres armados, procedente en gran parte de los condados vecinos. El sheriff, que los ha armado, pide ayuda al gobernador y este envía 500 soldados federales. Lo que se produce es una espantosa matanza de trabajadores negros. Los soldados los encierran en corrales, los persiguen y los matan a mansalva acusándolos de preparar una insurrección. Los otros blancos, los locales, también hacen su parte. La cifra de trabajadores negros asesinados fue manipulada por los asesinos blancos pero los datos más confiables hablan de entre 200 y 300 muertos y en general se la concreta en 237, lo que la convierte en la segunda o tercera más grande del país luego de la matanza de Thibodaux. Todos los acusados fueron negros, doce de ellos fueron enviados a la silla eléctrica, varios centenares fueron presos, la organización sindical fue disuelta; y como era usual en esos casos, ningún blanco fue imputado por su crimen.

Tulsa, Oklahoma, 1921

Ignorada hasta no hace mucho por la mayoría de los estadounidenses por haber sido conscientemente eliminada de los libros norteamericanos de historia, incluidos los que tratan de la violencia racial contra los negros y los diversos textos de estudio usados en la educación, la masacre racista que tuvo lugar en Tulsa, Oklahoma, en los días 31 de mayo y 1 de junio de 1921 y que dejó entre 200 y 300 negros muertos y más de 800 negros heridos, además de la destrucción de todo el sector de la ciudad en que vivía buena parte de la población de color, es sin duda el más brutal momento del racismo masivo estadounidense; más aun, es su verdadera cumbre. Y lo es

no solo por la alta cifra de negros muertos, comparable a las de las otras grandes masacres, como Thibadoux y Elaine, sino porque se trató de una masiva operación de guerra interna dirigida por los supremacistas blancos de Tulsa para exterminar, usando bombarderos, a la población negra de esa parte de la ciudad, Greenwood, en la que esta se concentraba, haciéndolo con complicidad o indiferencia de la población blanca de la otra parte.

Algunas circunstancias ayudaron a que un crimen semejante pudiera producirse impunemente en Tulsa. El territorio de Oklahoma, estado desde 1907, fue desde mucho antes de 1921 un espacio abiertamente racista. Muchos de sus habitantes eran sudistas blancos que habían sido propietarios de esclavos hasta el fin de la Guerra de Secesión. Esos supremacistas blancos impusieron su dominio sobre el Estado, y los negros que en él habitaban quedaron sujetos a la política en la que esos blancos basaban su dominio: racismo, agresiones y linchamientos. Entre 1907 y 1921, 26 negros, todos ellos jóvenes, fueron linchados. En Oklahoma imperaban las Leyes Jim Crow y a los negros, sometidos a la más rigurosa segregación, se les impedía votar y ser miembros de jurados. Ante el aumento de la población negra que venía buscando menos racismo y mejores condiciones de vida, el Estado trató de mantener la segregación en cuanto al hábitat e, igual que en otros estados, prohibió a los negros vivir en ciertas zonas urbanas, las mejores, reservadas para los blancos. Desde 1915 tres cosas aceleraron la tensión racial. Una fue la histeria del Gran Espantajo Rojo, que a partir de 1919 con su locura anticomunista generó miedo entre la población blanca y firme disposición entre los más racistas, que eran la mayoría, a defender su poder de cualquier amenaza. Claro que comunistas bolcheviques no había, pero los negros, que eran muchos y estaban luchando por sus derechos, eran para ellos parte clave de esa amenaza. Otra fue la presencia activa del renacido Ku Klux Klan, que contaba con mucho apoyo entre la población blanca de Tulsa y que desde 1915 aumentó sus ataques contra los negros. La tercera fue la misma Primera Guerra Mundial, porque muchos fueron los negros que participaron en ella como soldados de la Unión; que combatieron en Europa; que sufrieron en cuarteles y frentes de combate el racismo segregacionista de su país, el mismo país que proclamaba estar luchando por democracia e igualdad mientras discriminaba hasta a sus combatientes negros; y que volvieron de esa guerra dispuestos a reclamar en su país derechos civiles e igualdad con los suprema-

cistas blancos, incluso armas en mano, porque ahora habían sido soldados y sabían combatir y defenderse. De modo que el clima estaba servido para una explosión racial.

Esta se inició el 30 de mayo, *Memorial Day* (Día de los Caídos) en la tarde, cuando un empleado blanco de una tienda de ropa vio a Dick Rowland, joven negro de diecinueve años, salir corriendo del ascensor del edificio público donde se encontraba la tienda y escuchó lo que le pareció el grito de Sarah Page, la joven blanca de diecisiete años que servía de ascensorista. Nunca se supo lo que pasó realmente entre ellos. Ambos se conocían y al parecer simpatizaban y todos los testigos que conocían al joven Rowland aseguraron que nunca habría sido capaz de protagonizar una violación. Lo más probable parece haber sido que el joven, limpiabotas en un salón vecino, al entrar al ascensor (iba a un lavatorio o retrete que quedaba en la azotea del edificio) tropezó, cayéndole encima a la chica, que gritó sorprendida, y él, sabiendo que eso significaba que sería acusado de haber intentado violarla y que por ello sería linchado, prefirió huir hacia su casa. Todo esto son especulaciones sobre lo que pudo ocurrir en el ascensor, pero lo cierto es que con lo que sucedió a continuación nadie se ocupó de interrogar a los dos protagonistas ni de averiguar lo que en verdad había pasado.

En la mañana siguiente Rowland fue detenido en su casa y llevado a la comisaría de Tulsa. Pero el jefe de Policía, al recibir la llamada de un blanco que hablaba de linchar al chico, prefirió llevarlo a la cárcel que estaba en el piso más alto de la sala de la Corte de la ciudad. Sin embargo, ya el rumor corría y esa tarde un periódico racista y sensacionalista de Tulsa publicó, destacándolo en grandes titulares en primera página, que un negro había sido encarcelado por atacar a una chica en un ascensor. Las alarmas se encendieron de inmediato y los blancos racistas empezaron de una vez a preparar el linchamiento. Pronto comenzaron a llegar turbas de blancos histéricos armados ante el edificio de la Corte, dispuestas a sacar al aterrorizado Rowland para lincharlo. El sheriff trató de protegerlo y organizó a sus policías armas en mano para evitarlo. Por su parte los negros, al enterarse de lo que ocurría y sabiendo ya lo que iba a pasar, empezaron también a armarse, dispuestos como fuera a impedir el linchamiento. Se presentaron ante el edificio de la Corte para apoyar al sheriff y a sus policías, pero el sheriff les aseguró que no habría linchamiento y trató de convencerlos de retirarse. Pero como los linchadores blancos no se iban, decidieron también

quedarse. La turba blanca siguió creciendo hasta pasar de 2.000 individuos. En su mayoría estaban armados, sea porque habían sacado sus armas propias o porque habían visitado o asaltado armerías. Aparecieron luego la Guardia Nacional estadal y la inefable Legión Americana, y todo indicaba que estaban protegiendo a los blancos y que la Guardia había empezado a apresar a los negros que andaban cerca y que no estaban armados. Para medianoche la cifra de linchadores se mantenía y sus gritos aumentaban de tono mientras los negros armados se disponían a enfrentarlos.

La violencia estalla al día siguiente. Desde el amanecer del 1.º de junio hubo intercambio de disparos entre blancos y negros concentrados en la línea divisoria entre territorio blanco, que era la mayor parte de la ciudad, y territorio negro, que era el área comercial llamada Greenwood, suerte de gran centro comercial en el que regentes, dueños y empleados eran negros y en torno al cual muchos de ellos tenían sus viviendas. Hubo un tiroteo en torno a la estación de tren. En el choque frente a Greenwood los blancos sacaron pronto ventaja: eran más, estaban mejor armados y contaban con la complicidad o con el apoyo de la policía. Los negros retrocedieron hacia Greenwood, su territorio, las turbas blancas atacaron con fuego cerrado mientras los negros se replegaban más y se veían forzados a atrincherarse en casas y negocios. Los blancos entraron en la zona matando a todo el que veían, estuviese armado o no, empezaron a incendiar negocios y casas y a matar a tiros o a quemar vivos a sus habitantes: hombres, niños o mujeres.

La batalla duró todo el día en medio de pavorosos incendios y con los negros retrocediendo y resistiendo. Pero los blancos, dispuestos a exterminarlos a todos, habían decidido tomar medidas radicales, como en una guerra contra un enemigo extraño y aborrecido. Al final de la tarde empezaron a volar aviones sobre Greenwood y a bombardearlo. Con complicidad de las autoridades aéreas, los supremacistas blancos, sea que había algunos pilotos entre ellos o que pusieron esos pilotos a su servicio, lograron sacar del aeródromo de la ciudad una docena de aviones, los convirtieron en improvisados bombarderos y los cargaron con barriles de trementina o con cartuchos de dinamita para bombardear el territorio negro, arrojando esos objetos incendiarios o explosivos sobre los techos de las casas. Descrito por testigos, lo que resultó de esa combinación del fuego con las improvisadas pero explosivas bombas fue un verdadero infierno; y casas y calles se llenaron

de cadáveres y de hombres, niños y mujeres, todos negros, que gritaban en medio de explosiones, envueltos en humo y llamaradas.

Solo fue al día siguiente que 109 soldados de la Guardia Nacional de Oklahoma trataron al fin de intervenir, buscando calmar las cosas cuando ya todo el desastre y toda la matanza habían sido consumados. La primera tarea que se propusieron tanto ellos como las autoridades civiles, racistas unos y otras, fue encubrir la magnitud de la masacre de la que toda la población blanca de la ciudad había sido parte activa o cómplice y reducir oficialmente para ello el número de víctimas, cuya cifra ronda los 280 muertos y 800 heridos según los cálculos más serios. Pero lo que no podía ocultarse es que todo el gran barrio negro, la zona comercial de Greenwood, había sido destruido por completo, lo que incluía 191 tiendas, diversas iglesias, una escuela y el único hospital. En cuando a los daños, medidos en dólares de esa época, se calcularon en varios millones. Cifra enorme. De la chica ascensorista no se habló más y del joven Rowland solo se sabe que sobrevivió al no haber linchamiento, que huyó de Tulsa, y que tampoco se supo más de él.

La agresión contra Isaac Woodard,
Batesbourg, Carolina del Sur, 1946

En mi criterio, esta agresión, que no es contra un grupo ni una colectividad sino contra un simple individuo, inocente para más señas, constituye el más cobarde y criminal ejemplo del racismo estadounidense blanco contra su población negra. Por eso lo destaco entre tantos otros casos.

Isaac Woodard (a veces escrito Woodward) era un joven soldado negro norteamericano que sufrió un cobarde e imprevisto ataque racista. Ese ataque carece de toda otra causa que no sea el más irracional y ciego odio racial de un hombre blanco con poder apoyado por un grupo, o mejor aún, por toda una población racista, contra un negro al que no conoce y que no ha cometido delito alguno, un negro al que no tiene ninguna razón para agredir y dejar inválido, algo que el criminal blanco hace sabiendo además que puede hacerlo sin ningún miedo porque su agresión brutal encontrará poderosos defensores blancos, racistas como él, y así su feo crimen quedará impune.

Nacido en Carolina del Sur, y crecido en Carolina del Norte, ambos territorios racistas en los que pasó su adolescencia soportando pacíficamente la segregación racial y las Leyes Jim Crow,

Woodard se alistó como soldado en el ejército de Estados Unidos en octubre de 1942, cuando tenía veintidos años, combatió con valor en la Segunda Guerra Mundial en el área del Pacífico, alcanzó el grado de sargento y recibió varias medallas y distinciones por su valor y patriotismo como combatiente. El 12 de febrero de 1946, Woodard, que para entonces tenía veintiséis años, es descargado con honores en la base militar de Augusta, Georgia, a la que ha estado adscrito luego de la guerra y toma un autobús Greyhound que debe llevarlo a reunirse con su familia en Carolina del Norte. El autobús hace una corta parada a la salida de Augusta y Woodard, que viste su uniforme del ejército, pide permiso al chofer, que es un blanco, para ir al lavatorio. El chofer se niega de mala gana y termina aceptando dándole el permiso luego de intercambiar con él unas breves palabras. Woodard regresa a su puesto en el bus y el viaje continúa sin que haya ningún incidente. Aún en Carolina del Sur, al atardecer, el bus hace una parada en Batesburg y sin que Woodard haya hecho absolutamente nada, el chofer contacta al jefe de la policía, un blanco de nombre Lynwood Shull, que sin explicación alguna hace bajar a Woodard del vehículo. Llama a otros policías blancos y entre todos le piden sus papeles. Woodard los muestra con calma, y entonces todos sin razón deciden hacerlo preso. Lo llevan a un callejón cercano y allí empiezan a golpearlo brutalmente con sus cachiporras. Lo conducen ya maltratado y herido a la sede de la policía de la ciudad y para encarcelarlo lo acusan de causar desorden en el bus y de haber estado bebiendo cerveza con otros soldados, tan inexistentes como la cerveza.

Woodard no se resiste y es encerrado en una celda. Esa noche el jefe de policía entra en la celda y empieza a golpearlo sin razón. Su objetivo es cegarlo. Ya antes, cuando lo llevaban a la cárcel, Shull le había golpeado con fuerza los ojos con su cachiporra. Con los fuertes golpes que le propina ahora, le revienta los globos oculares y lo deja ciego. A la mañana siguiente, Shull lo conduce al juez local, blanco por supuesto, que encuentra a Woodard culpable, no se sabe de qué, y le pone una multa de cincuenta dólares. Woodard, que está ciego y ha quedado medio amnésico por los golpes recibidos en la cabeza, pide asistencia médica. Pero no se la dan. Lo dejan así, ciego y tirado en el calabozo, hasta que dos días más tarde un médico viene a examinarlo. Él no puede recordar quién es ni cómo se llama y no hay forma de saberlo porque todo indica que le han quitado sus papeles. Fi-

nalmente lo conducen a un hospital vecino en el que al fin recibe tratamiento médico, aunque los médicos le dicen que la ceguera producida por los golpes es irreversible. Entre tanto, la familia de Woodard, viendo que este no llegaba, ha denunciado su desaparición y es tres semanas más tarde que el pobre hombre es descubierto en el hospital y trasladado a un hospital militar donde se le da el trato digno que le corresponde como soldado y héroe de guerra. Woodard empieza a recobrar la memoria, pero su vista está perdida para siempre.

El crimen cometido contra Woodard no trascendió de inmediato a la prensa. Solo lo hizo algo después cuando la NAACP descubrió lo ocurrido y empezó a denunciarlo con energía en todos los medios y con todos los recursos a su alcance. Las fuerzas progresistas del país condenaron el hecho, haciendo extensiva la condena al gobierno racista de Carolina del Sur. Orson Welles, que tenía entonces un programa radial de gran audiencia, con la información que le envió el secretario ejecutivo de la NAACP, Walter Francis White, dedicó varias sesiones de su programa a condenar el crimen y a reclamar justicia. Y Woody Guthrie, el famoso poeta y cantor popular, compuso una hermosa y cruda balada titulada «The Blinding of Isaac Woodard» (El cegamiento de Isaac Woodard), que tuvo una gran repercusión. Hasta el presidente Truman se sintió obligado a actuar ante este miserable acto racista. En septiembre de 1946 se reunió con el secretario ejecutivo White, pronunció luego un discurso en una reunión de la NAACP, ordenó al Departamento de Justicia abrir una investigación al respecto y al procurador general, Tom Clark, que tomara acciones ante la despectiva indiferencia del gobierno de Carolina del Sur en lo tocante al hecho.

El gobierno carolino actuó entonces y su respuesta fue una grosera payasada en la que puso en evidencia su clara identificación con el racismo y su absoluta defensa de la agresión contra Woodard. El Gobierno federal había aprovechado para presionar a Carolina por el hecho de que el inicio de la agresión contra aquel había ocurrido en un autobús de propiedad federal, además de que la víctima había sido un soldado del ejército de Estados Unidos. Carolina aceptó hacer entonces un juicio a los imputados, pero todo fue una cínica farsa. El procurador estatal se negó a convocar testigos salvo al chofer del autobús, el promotor de la agresión. El defensor de oficio se dedicó a descalificar a Woodard

con insultos raciales y le dijo al jurado que si se atrevían a tomar una decisión condenando al jefe de policía Shull estarían provocando una nueva secesión de Carolina del Sur. Cuando le tocó hablar a Woodard y narró lo sucedido, Shull cínicamente negó todo con firmeza. Dijo que Woodard lo había amenazado con un arma de fuego y que él había usado su cachiporra en defensa propia, admitiendo con claridad que lo había golpeado con fuerza muchas veces en los ojos. El jurado declaró a Shull inocente de todos los cargos omitiendo que había reconocido haber cegado a Woodard a golpes en los ojos. Y todos los presentes que llenaban la sala del juicio se pusieron de pie y estallaron en aplausos y gritos aclamando a Shull como un héroe.

Frente a esta provocación abierta lo único que pudo hacer Truman fue promulgar un decreto u orden ejecutiva declarando en julio de 1948 el fin de la segregación racial en las Fuerzas Armadas y en las oficinas públicas. Por su parte, Woodard vivió su vida de ciego en Nueva York, muriendo en 1992, a los setenta y tres años, mientras su cegador Shull continuó viviendo la suya en Carolina del Sur hasta morir en 1997 a la edad de noventa y cinco años, tranquilo, en su cama y rodeado de sus familiares cercanos.

La monstruosidad de este crimen racista no tiene comparación. En los otros casos que he examinado, individuales o colectivos, los supremacistas blancos al menos dan o fabrican una razón. En los enfrentamientos contra grupos de población negra se trata de enfrentamientos políticos o huelgarios que pronto conducen a masacres. Y hasta en las confusas acusaciones de violación, como el destino del acusado es el linchamiento y no se hace investigación real, siempre queda una sospecha que no se aclara ni se trata de aclarar. Pero en este caso no hay ninguna razón. Y ni siquiera se intenta inventarla. Woodard es un soldado del país, héroe de guerra, tan respetuoso de la ley que se deja atropellar y golpear sin motivo por la policía y encarcelar sin haber cometido delito alguno. Su único delito es existir y ser negro y la única razón para que se lo encarcele, se lo golpee brutalmente y se lo deje ciego, es que un policía blanco racista que odia a los negros quiere hacerlo y que lo hace en un estado en el que golpear y matar impunemente a los negros es algo encomiable, celebrado por la aplastante mayoría de los blancos porque para ellos, para su policía y para sus jueces y tribunales, eso no es ningún delito[15].

Segunda mitad del siglo xx

Protestas, derechos civiles y racismo

El despertar de la lucha de la población negra solo se produce después del fin de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo desde los años cincuenta del siglo XX. Se trata ahora de una población mejor organizada y más consciente; de una población que es sobre todo urbana y que se concentra en las grandes ciudades, principalmente del Norte y del Oeste. Es una población de la que surgen nuevos líderes tanto religiosos como políticos, que luchan por sus derechos y por la conquista de la igualdad civil que se le ha negado durante todo el siglo transcurrido desde 1865, cuando se abolió en el papel la esclavitud para reemplazarla por la segregación racial. Los movimientos y líderes de esa población negra son en su mayor parte pacifistas, pero la respuesta violenta del supremacismo blanco obliga también a abrir espacio a dirigentes y movimientos radicales capaces de defenderse del racismo blanco apelando también a la violencia. Empero, la mayor parte de estos estallidos de violencia urbana y masiva son espontáneos, no preparados, producto en medio de un clima caldeado por los atropellos cotidianos de una tropelía más que se convierte en la inesperada chispa que incendia la pradera. Y se trata ahora de que esa violencia urbana y masiva es capaz de forzar al Estado federal a actuar para frenarla, haciendo concesiones importantes que, a diferencia del pasado, no son esta vez meras concesiones paternales del poder blanco sino resultado de la lucha organizada y consciente de los propios negros por conquistarlas y que se las arranca contando para ello con el apoyo de los sectores de la población blanca que se oponen, si no totalmente al racismo, por lo menos a la abierta exhibición del supremacismo blanco, entre los cuales hay una parte que es francamente solidaria con esa lucha como la hubo a mediados del siglo XIX cuando se trataba de abolir la esclavitud.

Esta historia es más reciente, es mucho mejor conocida que la que he estado examinando en estas páginas, y sus rasgos y detalles son mucho más accesibles por distintas vías. Por esa facilidad de acceso y por razones de espacio de este capítulo, me limitaré en esta última parte tan solo a enumerar con rapidez ciertos momentos, protagonistas y hechos clave de esa lucha, acerca de los cuales, repito, es fácil encontrar información más minuciosa en libros, ensayos, artículos, videos y documentales accesibles y por

supuesto porque muchos de estos últimos están disponibles en Internet, como son los conocidos casos de Rosa Parks, Martin Luther King, la Ley de Derechos Civiles de 1964, la Ley de Derecho al Voto aprobada en 1965, Malcolm X, los Black Panthers (Panteras Negras), Louis Farrakhan y de la incansable lucha librada por la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People) en defensa de los derechos de la población negra desde los tiempos de su fundación en 1909 por William Edward Burghardt Du Bois, mejor conocido como W.E.B. Du Bois.

Y lo que quiero, para concluir, es dar una apresurada idea de la secuencia de protestas que han caracterizado las luchas que durante este último medio siglo y más ha venido librando la población negra contra las reiteradas y violentas agresiones del racismo blanco contra ella.

Comienzo con el motín racial de Birmingham, Alabama, en mayo de 1963. Racistas del Ku Klux Klan, contando con la complicidad de la policía, arrojan bombas contra la iglesia parroquial del hermano de Martin Luther King y contra el hotel en que este, entonces líder local de la lucha por los derechos civiles de la población negra, había estado poco antes. Los locales son destruidos pero los líderes salvan sus vidas. La población negra reacciona, hay choques violentos entre grupos negros y supremacistas blancos; y las tropas federales deben intervenir. Este es el modelo de otras agresiones racistas (en Rochester, Nueva York, Filadelfia, Chicago y otras ciudades) que siguen provocando respuestas similares de los negros. En agosto de 1965 la detención de un motociclista negro en Watts, barrio negro de Los Ángeles, provoca un estallido de violencia racial que incendia el barrio durante cinco días. Hubo 34 muertos y más de 40 millones de dólares en daños a la propiedad. En julio de 1966 hay otra explosión de violencia racial en Hough, barrio negro de Cleveland, con incendios, cuatro muertos y muchos presos. Hay muchos otros choques raciales ese año, como un motín en Chicago, en junio, a consecuencia de que en un desfile de puertorriqueños la policía asesinó de un tiro a uno de los marchantes y el resultado fue un explosivo motín de una semana. En julio de 1967 tiene lugar un choque racial en Newark con cinco días de enfrentamientos, 26 muertos y centenares de heridos. Todo el verano de ese año 1967 está marcado por violentos choques producto del racismo antinegro de grupos o de la policía a los que la población negra responde con violencia, incendios y destrucción. La lista de motines es demasiado

larga para poder detallarla: Newark, Detroit, Nueva York, Toledo, Houston, Milwaukee y Mineápolis, entre otras. Lo mismo sucede en 1968, año particularmente explosivo. Hay una masacre en febrero en Orangeburg, en Carolina del Sur, en el *campus* de la Universidad, en la que una protesta pacífica contra la discriminación racial es agredida por la policía racista del estado matando a tres de los manifestantes, todos negros, y dejando heridos a cerca de otros treinta. El 4 de abril es asesinado en Memphis, Tennessee, Martin Luther King y esto provoca protestas indignadas de la población negra en 125 ciudades del país. Las principales ocurren en Washington, Chicago, Nueva York, Detroit, Baltimore, Kansas City, Pittsburgh, Cincinnati y Louisville. Los muertos son más de 40, y la cifra de heridos rebasa los 2.500. Unas 15.000 personas son encarceladas. Otros motines ocurren en 1969 y 1970, en Nueva York, Augusta (Georgia) y Jackson (Mississippi). La rebelión negra se prolonga hasta 1970 y empieza a perder fuerza en los años siguientes. Pero en 1978 hay motines en Houston, Texas, y en 1980 uno importante en Miami.

En el final de la década de los ochenta se inicia otro período explosivo que abarca la mitad de los noventa. Siguen en marcha el racismo blanco y las agresiones contra la población negra. Y esta responde con las más grandes y masivas explosiones raciales de violencia urbana de la historia de Estados Unidos. La absolución de los policías de Los Ángeles autores de la brutal paliza que le propinaran el 3 de marzo de 1991 al taxista negro Rodney King provoca pronto una de las más grandes de esas explosiones, y entre el 29 de abril y el 5 de mayo de 1992 toda la ciudad vive un indescriptible estallido de violencia negra que produce enfrentamientos armados con la policía, saqueos, enormes incendios y una gigantesca destrucción. En 1995 y 1996 hay explosiones similares, pero de menor alcance en Florida como reacciones frente a la brutalidad policial contra los negros.

La población negra goza hoy, al menos en términos declarativos, de iguales derechos que los blancos. Pero esto sigue siendo una farsa, y el valor de esas declaraciones oculta una profunda hipocresía, la de los Estados Unidos de siempre, los mismos que llamaban a la esclavitud *the Peculiar Institution* y que de común acuerdo evitaron mencionarla en la Constitución. La población negra de hoy sigue siendo en su aplastante mayoría pobre, discriminada, despreciada y miserable. Sobrevive en el Sur y vive en las grandes ciudades, pero tanto en aquel como en estas solo tiene acceso a la peor educación

y a los trabajos peores y peor pagados. Se la discrimina a cada paso. Se ve forzada, igual que antes, a vivir en guetos miserables, siempre sucios, faltos de servicios, llenos de basura, y lo peor, podridos por el desempleo, la bebida, la droga y la delincuencia. Las cárceles siguen llenas de negros y negras acusados de todos los delitos.

En estos últimos años, cuando se podía estimar que esa abierta violencia policial contra la población negra se había al menos reducido en algo, lo que hemos visto es una secuencia casi diaria de agresiones y de frecuentes asesinatos a sangre fría de jóvenes y adultos negros, cometidos con toda impunidad por la policía. Entre ellos: en 2009 en Oakland, California, motín racial en protesta por el asesinato de Oscar Grant; en 2014 en Ferguson, Missouri, motín racial en protesta por el asesinato de Michel Brown; en 2015, en Baltimore, motín racial en protesta por el asesinato de Freddie Gray, y otro motín racial en Ferguson en el aniversario del asesinato de Michel Brown; y en 2016, motín en Charlotte, Carolina del Norte, en septiembre, en respuesta al asesinato a tiros de Keith Lamont Scott por la inefable policía. Y en esos años en Estados Unidos había un presidente negro.

Estados Unidos: la misma historia, la misma continuidad racista desde la Colonia hasta hoy. Son ya 400 años de declarado racismo contra su población indígena, odiándola, despreciándola, expulsándola de sus tierras, masacrándola, encerrándola en campos de concentración, todo hasta llegar al punto de casi exterminarla, de casi hacerla desaparecer. Son casi 400 años de proclamado racismo contra su población negra, la que trajeron del África o desde las Antillas para esclavizarla; a la que consideraron inferior por negra y por esclava; a la que explotaron como esclava en sus plantaciones; a la que, una vez forzados a liberarla formalmente de la esclavitud, sometieron a una monstruosa segregación racial comparable a ella o hasta peor que ella; a la que impidieron integrarse a su sociedad como miembros suyos con los mismos derechos que los blancos; y a la que una vez conquistados por ellos esos derechos, al menos en el papel, han seguido sin pausa despreciando, humillando, segregando, encarcelando y matando impunemente.

En fin, que eso son los Estados Unidos, los mismos de siempre: creadores y protagonistas de un racismo estructural que llena toda su historia; que se mantiene activo no obstante los cambios sociales y políticos, las luchas, declaraciones, los compromisos y las promesas de igualdad y de derechos; un racismo que está siempre

presente; un racismo inagotable, que sigue actuando con abierta impunidad y que se niega tercamente a desaparecer. Por supuesto, un racismo que aunque se ha concentrado en indígenas y negros, no se limita a ellos y ha afectado y afecta a todas las poblaciones de otras razas, religiones y procedencia que han emigrado a Estados Unidos, racismo que se ha ejercido con igual virulencia contra católicos, ortodoxos, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, sintoístas; o contra chinos, irlandeses, griegos, italianos, serbios, polacos, rusos, turcos y otros. Y que se ejerce actualmente contra árabes y contra latinoamericanos de diversas procedencias, en especial de México, del Caribe negro y de América Central.

Estados Unidos, un país racista como ningún otro. Un país paradójico e hipócrita además en este campo. Paradójico porque es producto en buena parte de migraciones constantes y de diversa procedencia, pero que al mismo tiempo ha construido su identidad desde el racismo *wasp*, basado en el supremacismo blanco anglosajón y en el desprecio rotundo por los otros pueblos, razas y culturas. Contra todos ellos, excepcionalismo y Destino manifiesto. E hipócrita, porque celebra como uno de sus méritos el haber logrado una fusión de razas y de pueblos que ha sido muy escasa y limitada, y que si se ha dado en cierto grado, como sucede en estas últimas décadas, no ha sido en absoluto resultado de políticas estatales o religiosas promotoras de un mestizaje que su clase dominante blanca detesta y persigue, sino porque los tiempos van cambiando y porque poco a poco Estados Unidos, quiéralo o no, va rumbo a convertirse, contra la voluntad de esa mayoría supremacista blanca que va disminuyendo en porcentaje, en una sociedad multirracial y multicultural igual que tantas otras.

Notas

1 Sobre el racismo estadounidense contra indígenas y negros existe una abundante bibliografía y no escasean los buenos documentales y películas. He utilizado parte importante de todo ello y me he servido también de los recursos bibliográficos sobre esos temas disponibles en Internet. Pero quiero destacar ahora, entre otros, los libros que me han prestado la mayor ayuda y de los que he sacado informaciones e ideas. El tema del racismo estadounidense rebasa con mucho los límites que me he trazado en la elaboración de este capítulo, pero en cuanto a las obras que me han sido más útiles y cuyas huellas pueden hallarse en lo que escribo, señalo al menos estas: J. A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*; James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me*; Reginald Horsman, *La raza*

y el Destino Manifiesto; Gary Nash, *Pieles rojas*, *blancas y negras*; Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos;* Bernard Vincent, *Le Sentier des larmes;* Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee* (ed. original de lujo muy superior a la traducción española *Enterrad mi corazón en Wounded Knee,* en una pésima edición de bolsillo que al intentar abrir el libro para leerlo se despegan todas las páginas); Bruce Johansen y Roberto Maestas, *Wasi'chu. El genocidio de los primeros norteamericanos;* Eli Ginzberg y Alfred S. Eichner, *El negro y la democracia norteamericana*; Marvin Harris, *Raza y trabajo en América;* Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution* [*La esclavitud en los Estados Unidos*]; Claude Fohlen, *Histoire de l'esclavage aux États-Unis*; Nathan Irvin Huggins, *L'Odyssée Noire*; Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo;* y, sobre todo para el racismo anti-indio del siglo XIX, el viejo y valioso libro de Helen Hunt Jackson, *A Century of Dishonor*, Harper & Brothers, Nueva York, 1881, actualmente disponible en Internet.

2 Los mejores textos sobre este tema son los de Ortega y Medina, al que sigo en muchas cosas; el de Gary Nash, también muy útil; el excelente estudio de Horsman; el de Zinn, que resulta irremplazable, así como el de Leowen, valiosísimo en sus aportes, al que también he seguido y cito en varias ocasiones. Existen otros textos en relación a este tema que se mencionan en la bibliografía.

3 Sigo en esto el cuidadoso examen del tema que hace James W. Loewen en *Lies My Teacher Told Me*, Touchstone-Simon & Schuster, Nueva York, 1996, pp. 93-95.

4 El tema de la Ciudad en la Colina procede de la versión del Sermón de la Montaña en el Evangelio atribuido a Mateo.

5 De Locke es indispensable la lectura de su *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, del que abundan las ediciones. En cuanto a los estudios críticos sobre Locke, y en particular sobre lo que interesa ahora, el análisis de su pensamiento expuesto en el *Segundo Tratado…*, los mejores que conozco son el de C. B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo* [Fontanela, Barcelona, 1970]; el de Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo* [El Viejo Topo, 2007], y el capítulo II de *El sujeto y la ley*, de Franz J. Hinkelammert [Ed. Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 2003]. Hinkelammert fue el primer ganador del Premio Libertador al Pensamiento Crítico en 2005 y existe una edición venezolana de esa obra. Se trata de tres estudios excelentes, pero los más completos para el aspecto que examinamos son los de Hinkelammert y Losurdo, porque el libro de Macpherson, muy completo en otras cosas, apenas toca este asunto.

6 Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto*, Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 92.

7 Las más completas descripciones de estas masacres se leen en *Bury my Heart in Wounded Knee* de Dee Brown. Dos excelentes películas estadounidenses las recrean en su contexto y en toda su crudeza: *Soldier Blue* (1970) de Raph Nelson y *Bury my Heart in Wounded Knee* (2007) de Yves Simoneau.

8 El regalar a los indígenas norteamericanos cobijas o frazadas contaminadas de viruela no es una calumnia. De eso hablan varios estudiosos, entre ellos Ortega y Medina, pero este, aunque asegura que los colonos estadounidenses llevaron a cabo esta práctica, que con razón nos parece criminal pero que a

ellos les parecía normal y justificada, ofrece solo datos acerca de que los primeros en practicarla fueron los ingleses y afirma que de ellos pasó a los estadounidenses. Ortega y Medina dice que el general Amherst, jefe supremo de las fuerzas británicas en América durante la guerra de los Siete Años, dio instrucciones al coronel Henry Bouquet de contaminar a los indios con la viruela (se entiende que a los indios aliados con sus enemigos los franceses). Y muestra que en respuesta a esto Bouquet, en carta fechada el 13 de julio de 1763, le responde: «Trataré de inocularles la (…) con algunas cobijas que puedan caer en sus manos y tendré cuidado de no contraer yo mismo la enfermedad» (Ortega y Medina, ob. cit., p. 309). Por mi parte he encontrado la biografía del coronel sudista John Robert Baylor, furibundo enemigo de los apaches, quien fue gobernador del Territorio Confederado de Arizona en tiempos de la guerra de Secesión, el cual ordenaba a sus soldados convocar a los apaches para hacer la paz con ellos, para capturarlos cuando vinieran, matarlos a todos y apresar a sus niños para venderlos como esclavos a objeto de pagar así los gastos causados por el llamado a los apaches. Baylor les ordenaba además a sus soldados usar whisky para emborrachar a los apaches y traerlos engañados; y también se le acusó de haberle ofrecido a un grupo de hambrientos apaches unos sacos de harina que había hecho envenenar poco antes, a fin de hacerlos morir. Un resumen de la biografía de este simpático personaje está disponible en Internet.

9 Aquí debo señalar que la vieja ley romana usada por los racistas virginianos como fundamento de la suya estaba mal empleada, y que en términos jurídicos no podía servirle de base a su racismo. La ley *Partus sequitur ventrem* nada tenía que ver con discriminación racial ni con el color de piel de los hijos que nacieran de la relación sexual o marital entre un romano libre y una mujer esclava o de una romana libre y un hombre esclavo. Y no tenía que ver por una razón muy simple: porque la esclavitud romana no se basaba en el racismo y porque en la Roma republicana o imperial lo normal era que tanto el romano o romana libre o esclavista como la esclava o esclavo con quien se ayuntaban fueran blancos. En efecto, salvo excepción, los esclavos romanos eran europeos del Norte, a menudo rubios, de ojos claros y de piel tan o más blanca que la de los propios romanos; los había celtas, germánicos, godos o escandinavos, y muchos de ellos eran griegos; también los había procedentes del Cercano Oriente, es decir, que todos y todas eran blancos o blancas, lo mismo que los esclavos africanos procedentes de África del Norte, de la llamada África Blanca. Por ello, además, a la sociedad romana la libertad o manumisión de esclavos o el mestizaje con ellos no le planteaba ningún problema racial o racista. Simplemente se asimilaban y se integraban. Esclavos o manumisos podían integrarse a la sociedad romana y de hecho se integraban a ella sin que a esta se les plantearan problemas absurdos de blancura o de pureza racial ni de conflicto entre supuestas razas superiores e inferiores como se le planteaban, en cambio, a los puritanos racistas estadounidenses. En cualquiera de sus formas la esclavitud es una monstruosidad humana, pero la peor de esas formas es la que asocia la esclavitud con el color de piel, con la piel negra, y esta monstruosidad no es antigua, es moderna, y es uno de los peores productos de la modernidad capitalista.

[10] Sobre esto puede consultarse el capítulo 3 de *El negro y la democracia norteamericana*, de Ginzberg y Eichner, especialmente pp. 35-57, y las páginas 94-103 de la *Histoire de l´esclavage aux États-Unis*, de Claude Fohlen. También *Lies my Teacher told me*, de James Loewen, capítulo 5, en especial pp. 146-150, sobre Jefferson. Las referencias completas de estas obras se leen en la bibliografía.

[11] Por su parte, los abolicionistas más moderados y los esclavistas más hipócritas han preferido promover, en este caso con los negros libres pero pensando a mediano plazo también en los esclavos, la devolución de los negros al África por considerar que integrarlos a la sociedad blanca estadounidense es erróneo e imposible. Se busca para ello apoyo oficial y financiamiento, se crea desde 1816 la American Colonization Society y se logra adquirir, en 1821, una buena franja de tierra en África Occidental, hacia el golfo de Guinea, a la que se da el nombre de Liberia. Durante las dos décadas siguientes se envía a unas decenas de miles de negros a esa tierra para colonizarla, pero siendo ahora ellos hombres y mujeres libres y no esclavos. La experiencia se mantiene, pero en el fondo es un fracaso. Una parte de los negros no se adapta y regresa decepcionada y molesta a Estados Unidos, reclamando en vano su condición de estadounidenses. No obstante, la mayor parte se adapta poco a poco al nuevo país, cuya Independencia declaran en 1847, dándole Constitución y leyes copiadas de Estados Unidos. Pero esos negros libres estadounidenses, que ya no son africanos, que llevan a Liberia su cultura y sus patrones de conducta norteamericanos, terminan instalándose en la costa y convirtiéndose pronto en una minoría negra dominante, mejor preparada que la población negra nativa (campesina, tradicional y atrasada) que habita el interior. Y esa minoría de negros libres estadounidenses, convertidos en comerciantes y en terratenientes o plantadores, se impone a la población local, la somete y recrea pronto en ese nuevo territorio la relación de servidumbre y de esclavitud disfrazada de la que procede y se ha liberado, con la sola diferencia de que ahora son ellos, los miembros de esa minoría, los explotadores y no los explotados. Ellos controlan el poder, conformando familias dominantes y se enriquecen en medio de una corrupción política que no ha cesado de aumentar hasta el presente.

[12] Tanto la carta de Greeley («A Prayer for Twenty Millions») como la respuesta de Lincoln son accesibles en Internet. En el caso de esta última, es reproducida en varias obras sobre la esclavitud norteamericana, la Guerra Civil y la reconstrucción. Y así lo hacen, por supuesto, C. Fohlen (*Histoire de l´esclavage*, pp. 279-280) y E. Ginzberg y A. Eichner (ob. cit., p. 111).

[13] El texto del discurso de Lincoln puede leerse en T. Harris Williams (comp.), *Abraham Lincoln. Selected Speeches. Messages and Letters*, Rinehart, Nueva York, 1957. Lo cito a partir de Howard Zinn, *La otra historia de Estados Unidos*, Siglo XXI, México D. F., 1999, p. 143.

[14] Las elecciones presidenciaes de noviembre de 1876 fueron muy reñidas. Los republicanos habían ido perdiendo terreno. Terreno ganado por los demócratas. El candidado demócrata fue Samuel Tilden y el republicano, Rutherford Benjamin Hayes. Tilden gana con claridad el voto popular. Obtiene 4.288.000 votos, mientras Hayes solo logra 4.034.000. Y en los Colegios Electorales, que son los que deciden la elección, Tilden tiene

184 votos contra 165 de Hayes. A Tilden le falta solo un voto de Colegio Electoral para ganar la Presidencia y faltan por decidir los Colegios de cuatro estados. Uno de ellos es Oregon, que podría ser republicano, pero los otros tres, Louisiana, Florida y Carolina del Sur, son sudistas, esto es, demócratas. De modo que Tilden tiene asegurada la elección. Pero entonces se produce el fraudulento pacto al que se llama púdicamente «Compromiso de 1877». Tilden acepta ceder sus votos electorales a Hayes, que necesita veinte votos. Para que se aplique el acuerdo, el Congreso nombra una comisión paritaria de republicanos y demócratas más un juez, independiente pero que está en la pomada, y es él quien decide. Gana Hayes, que recibe los veinte votos que necesita y se convierte en Presidente, con lo que los republicanos conservan el poder. Pero el precio de esto, exigido a cambio por los demócratas, es dar fin a la Reconstrucción del Sur, sacar de él las tropas nordistas de ocupación y devolverle todo el poder a los demócratas sudistas y a los plantadores esclavistas. Así fracasa la Reconstrucción, los demócratas racistas blancos recuperan el poder perdido y el Sur reinstaura su sistema racista y excluyente como antes, salvo que no puede restablecer la esclavitud, aunque la va a reemplazar pronto por la segregación. La traición de los republicanos a los negros es total.

15 La información acerca de todas estas masacres, juicios y linchamientos está disponible en Internet, sobre todo en Wikipedia en inglés. De allí he sacado y copiado la mayor parte de lo que aquí expongo. Pero hay algunos libros en los que también se mencionan, como *La otra historia* de Howard Zinn y, sobre todo, el libro citado de James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me*, en el que descubrí hace ya varios años la entonces poco conocida masacre de Tulsa.

Capítulo IV

Estados Unidos: ¿Sociedad democrática?[1]

«La primera democracia del mundo, la más antigua de todas, la que supera en su incomparable grandeza a todas las que la han seguido porque es la más sólida, la más perfecta, la que se basa en una Constitución sagrada, única y eterna; en fin, la democracia paradigmática que –aunque inalcanzable en su perfección– debería servir de referencia o de insuperable modelo a los demás países del planeta». ¿Cuántas veces hemos escuchado o leído estas frases o frases similares, pronunciadas o escritas por políticos, ensayistas o historiadores de distinta procedencia y época y hasta de diversos credos políticos y diferentes ideologías cuando hablan de Estados Unidos, dejando ver su admiración y respeto por ese país excepcional asociado siempre, desde su mismo origen, con la democracia y con la libertad? Y no solo se las ha escuchado o leído en el pasado, cuando no era difícil que pasaran por verdades o por medias verdades (ya que una democracia esclavista es una contradicción en los términos, como son también opuestos esclavitud y libertad), sino que aún hoy se las sigue leyendo o escuchando. ¡Y cuántas veces se oye repetir eso en forma acrítica como si fuera una verdad incuestionable a mucha gente corriente, desinformada y manipulada de este mundo arrogante que se hace llamar Occidente mientras Estados Unidos impone su voluntad imperial al planeta, invade y destruye países, masacra pueblos enteros, apoya dictaduras asesinas, reduce las libertades de su propio pueblo, le impone a este el dominio plutocrático, explotador y militarista de una ínfima pero poderosa minoría, una verdadera oligarquía, y sigue matando a diario a su despreciada población negra!

Como ejemplo para ilustrar lo dicho cito varias de esas clásicas afirmaciones apologéticas sobre la democracia y la Constitución estadounidenses:

George Bancroft, reconocido historiador y estadista norteamericano del siglo XIX, afirmó en su *History of the formation of the Constitution of the United States*, publicada en 1882, que la Convención de Filadelfia gozó de la inspiración de la Biblia y que la Constitución estadounidense representó el punto culminante del plan de Dios para la unión de las trece colonias americanas. Por su parte William Gladstone, importante político y estadista inglés del mismo siglo XIX, dijo que esa Constitución era la obra más maravillosa producida en cualquier tiempo dado por el cerebro y los propósitos del hombre. Y en tiempos más recientes, Samuel Eliot Morison, otro historiador estadounidense, en su *Historia del pueblo americano,* es decir, de los Estados Unidos, insiste todavía en que es la más lograda Constitución de la Historia.

En este capítulo voy a analizar la Constitución estadounidense examinando sus precedentes más cercanos, sus rasgos y los momentos principales de la evolución de esa Constitución y esa democracia desde 1787 hasta el presente. Pero antes trataré de referirme a algunas reiteradas afirmaciones apologéticas como las citadas y como otras similares no citadas hasta el momento; afirmaciones que la historia oficial de Estados Unidos repite en forma acrítica y manipuladora sobre el contexto y el marco histórico y social en que su democracia elitesca y esclavista cobró forma.

¿*La democracia más antigua del mundo*?

Los Estados Unidos pretenden ser la primera democracia del mundo por su importancia intrínseca como democracia, algo que voy a examinar y a cuestionar más adelante. De modo que dejo de lado, por ahora, la discusión sobre la calificación de democrática dada a su Constitución. Pero, ¿es que además son también la *primera democracia del mundo* en términos cronológicos? Esta pretensión no solo es una nimiedad carente de base sino un ejemplo más de la arrogancia propia de una sociedad como la estadounidense, que quiere ser excepcional en todo, hasta en tonterías como esta y en tantas otras, porque no hay que olvidar que como primeros en todo, no solamente sus científicos, escritores, cantantes y deportistas son siempre los primeros sino que también lo son sus estafadores, mafiosos, violadores y asesinos en serie. Y cuando no lo son, porque también ocurre, entonces sus medios, dueños del mundo, se encargan de que sí lo sean. Pero volviendo a nuestro tema, debe enten-

derse que cuando los estadounidenses califican a su democracia de ser la más antigua del planeta se refieren no solo a que antes de la aprobación en 1787 de su Constitución no habría existido en el mundo otra democracia o sistema de gobierno de reconocidos rasgos democráticos, sino también que además se trataría de que de haber existido antes de esa fecha esa real o supuesta democracia, esta tendría que seguir existiendo o estar aún vigente, como la suya. (Y además se entiende, por supuesto, que para subsistir tendría que haber sufrido algunas inevitables modificaciones o enmiendas, como ha sido el caso con su propia Constitución). Pero es claro que los Estados Unidos no son la democracia más antigua y que en este mundo occidental de la era cristiana al que se limitaría esa medición no solo ocurre que otras sociedades menos conocidas la suya han precedido por muchos o por varios siglos a su pretendida primera democracia, sino que además de todo han tenido rasgos bastante más igualitarios y democráticos que esta.

El *Alþing* (*Althing*) islandés

En tal sentido, para refutar esa pretensión, se han señalado varios hechos incuestionables. Uno de ellos es que en Islandia, desde 930, existió un régimen democrático e igualitario que con algunas interrupciones temporales, y sobre todo con importantes modificaciones modernas, sigue existiendo hoy. Pero ese régimen ha pasado por muchas vicisitudes que han sido las mismas que ha vivido Islandia, sometida esta por siglos a Dinamarca, habiendo al fin recuperado uno y otra, el *Althing* e Islandia, su relativa independencia solo en la segunda mitad del siglo XX, Islandia como república formalmente soberana y el *Althing* como su asamblea. Los islandeses, creadores de las sagas, primera gran literatura medieval y primera forma medieval de la novela moderna, eran entonces un pueblo nórdico de campesinos guerreros que a principios del siglo X huyeron de Noruega, su patria originaria, a causa del autoritarismo del rey Harald I y se refugiaron en Islandia, isla entonces casi deshabitada de la que expulsaron a sus escasos habitantes, unos cuantos anacoretas cristianos (los *papar*) que habían llegado antes a ella en busca de paz y soledad.

Allí los islandeses repartieron las tierras y crearon una sociedad igualitaria, democrática, pese a que tenían esclavos, como los tenían en los siglos XVII y XVIII los «demócratas» estadounidenses de la Colonia e Independencia. Esa antigua

sociedad islandesa se basó desde 930 en una asamblea democrática y participativa llamada *Alþing* (*Althing*) que se reunía en Thingvellir, llanura vecina de la actual Reykjavik, capital de la isla. Las mujeres tenían participación en el *Althing* mediante oradores escogidos y controlados por ellas, algo que no pensaron, ocho siglos más tarde, los modernos «demócratas» estadounidenses. Opuestos a sujetarse a una dominación, los islandeses no crearon un poder ejecutivo (el *Althing* era un foro de oratoria y discusiones acompañado de una feria) sino un poder legislativo y judicial, ejercido por una asamblea llamada *Lögrétta*, más importante que el *Althing*, la cual se ocupaba de promulgar leyes orales y de resolver mediante acuerdos pacíficos los pleitos por tierras o por rivalidades familiares, muy frecuentes entre esos campesinos guerreros; pleitos que son por cierto tema usual de las llamadas *sagas de familia*.

Con el tiempo la sociedad igualitaria islandesa evolucionó, puede decirse que de manera inevitable, hacia una sociedad desigual, en la que unas familias, las más ricas y afortunadas, se hicieron con el poder, los más pobres fueron excluidos, y el *Althing* y la *Lögrétta* perdieron su condición igualitaria y democrática originaria. Y puede decirse que es justamente en esta desigualdad social y en esta sujeción y exclusión de los más pobres del poder, que esta sociedad islandesa tardía se parece a la más que discutible democracia estadounidense, sin contar con que en Islandia la esclavitud era familiar, complementaria y escasa, mientras en Estados Unidos era ella la que dominaba por completo el sistema social, y como veremos pronto, la que domina incluso la propia Constitución estadounidense aprobada en 1787.

Otros han cuestionado también la primacía en antigüedad de la Constitución estadounidense citando al respecto los Estatutos de la República de San Marino, que datan de 1600, que son un temprano ordenamiento jurídico básico promulgado por esa pequeña república enclavada en el corazón de la península italiana, y que serían equivalentes a una Constitución. Pero también se ha cuestionado que esos Estatutos constituyan en realidad una Constitución, de la que además carece San Marino. De modo que cualquiera sea el valor constitucional que se dé a esos Estatutos, lo que sí cuenta en forma decisiva y más que suficiente son el *Althing* y la *Lögrétta* islandesas, que datan sin discusión del siglo X y que dieron forma temprana a lo que habría que considerar como la

primera democracia del mundo, ocho siglos antes de la promulgación de la Constitución de Estados Unidos.

De manera que no cabe más discusión al respecto y que no hay ninguna base para calificar a la democracia estadounidense de ser la más antigua. (Y vuelvo a dejar en suspenso por ahora el concepto mismo de democracia asociado a la Constitución de Estados Unidos y a su sistema político).

La Confederación iroquesa

Pero hay algo que sí es indispensable examinar porque es bastante más moderno que el *Althing* islandés y más importante que los cuestionados Estatutos de San Marino. Y se trata de la democracia representativa y participativa imperante en el propio territorio de Estados Unidos en la Liga o Confederación iroquesa entre las cinco tribus indígenas iroquesas (cayuga, mohawk, onondaga, oneida y seneca) reunidas en esa Confederación, cuyos orígenes remontan al siglo XIV por lo menos, hacia una fecha que parece ser 1390 pero que los autores menos concesivos ubican algo más tarde, hacia 1450, aunque siempre en tiempo anterior a la llegada masiva de los europeos a América. En la Confederación iroquesa se practicaba una amplia democracia con rasgos participativos, en la que los derechos eran universales y en la que las mujeres tenían abierta participación. Y lo principal de todo esto es que esa Confederación tribal que ocupaba parte del territorio del este de los actuales Estados Unidos, que tenía su centro en torno al actual estado de Nueva York y llegaba hasta el área de los Grandes Lagos, esto es, hasta el actual territorio canadiense, no solo constituía el núcleo indígena más grande, avanzado y poderoso del territorio de los futuros Estados Unidos en tiempo de la Colonia y también (aunque bastante disminuido) durante parte del siglo XIX, sino que su organización y rasgos democráticos fueron conocidos por los líderes estadounidenses de mediados del siglo XVIII, décadas antes de la elaboración de la Constitución del país, contándose Franklin y Jefferson entre los llamados Padres Fundadores que conocieron e hicieron comentarios favorables sobre esa Confederación. De modo que tenemos aquí un claro precedente de democracia, muy anterior a la Constitución estadounidense; precedente democrático sin aristocracia y sin esclavos, situado en el corazón de Estados Unidos, conocido por algunos líderes de la Independencia y alabado por dos de los principales de ellos, pero que la historia oficial

estadounidense, poco interesada en reconocer y resaltar valores indígenas, ha intentado siempre silenciar[2].

El sistema de democracia política y económica de la Confederación iroquesa estaba contenido en una Constitución de 117 artículos a la que se llamaba Gran Ley de la Paz. La Confederación contaba además con un parlamento formado por representantes electos de la población, al cual se considera el segundo parlamento del mundo, sólo precedido por el *Althing* islandés antes mencionado. La Gran Ley de la Paz definía una suerte de Estado de Derecho que pautaba las funciones y los límites de los jefes o gobernantes. El jefe de la Confederación era un hombre, suerte de principal *sachem*, pero los clanes que la integraban, clanes familiares, eran jefaturados por mujeres. La Confederación contaba con recursos y mecanismos democráticos para limitar y controlar el poder de los jefes, tanto el de la propia Confederación como las de los clanes, siendo todos ellos y ellas revocables. Por lo demás, los jefes eran más pobres que el resto de las gentes porque por costumbre regalaban y distribuían los trofeos y botines obtenidos en tratados o en guerras y solían no guardar nada para ellos. La Gran Ley recomendaba a los líderes «tener una piel de siete capas» para soportar la crítica y corregir las fallas que les fueren imputadas. El sufragio era prácticamente universal, votaban las mujeres y no existían esclavos entre ellos. Y como la propiedad era común, ni se exigía tener bienes para ejercer cargos ni nadie tenía interés en enriquecerse. Franklin, quizás el más democrático de los llamados Padres Fundadores estadounidenses, mantuvo contacto directo y sostenido con los iroqueses, admiró el grado de autonomía y libertad personal de los integrantes de la Confederación y luego dio a conocer, publicándolos, los tratados indios asociados a ella. Y todo indica que en esos mediados del siglo XVIII el contacto entre iroqueses y colonos estadounidenses fue bastante estrecho. Ayudó a eso, en primer término, la poderosa influencia de Franklin, cercano a ellos y a sus posiciones y propuestas políticas; y en segundo lugar, que después de mantenerse al principio neutrales antes de la Guerra de los Siete Años, los iroqueses terminaron al cabo aliándose con los ingleses contra los franceses, o sea que se aliaron en fin de cuentas con los colonos. Aunque interesados en la victoria inglesa, estos últimos no eran capaces de hacer por esa victoria ningún sacrificio que afectara su autonomía o sus intereses concretos. Y fueron los iroqueses, en la persona de Canasatego, líder de los onondaga, los primeros en

proponerle, desde antes, en 1742, a las trece colonias, que se aliaran y formaran una Liga o Confederación como la que ellos ya tenían desde hacía siglos; y que, por cierto, a las cinco naciones que la integraban desde su origen se había añadido unas décadas antes (en 1714) otra, la formada por la tribu toscarora.

En julio de 1754, a petición de Franklin se reunió en Albany, estado de Nueva York, un Congreso de las trece colonias para discutir temas comunes. En él les propuso el llamado Plan de Albany, es decir, crear un gobierno unificado de todas ellas, con un presidente general apoyado por la Corona inglesa y un Gran Consejo con representantes electos de cada una de las colonias, lo que era una adaptación del modelo de la Confederación iroquesa. Pero el plan fue rechazado porque ninguna colonia quería ceder la menor parte de sus derechos o prerrogativas en nombre de una unión común que estimaban innecesaria. Y fue entonces que Franklin, que había vivido con los iroqueses y compartido ideas y propuestas con ellos, dijo, lamentando la estrechez de miras de las colonias, que a él le parecía asombroso que mientras seis naciones de salvajes ignorantes fueran capaces de formar una poderosa Confederación como la que tenían y habían hecho funcionar a lo largo de varios siglos, una pequeña unión como la que él proponía resultara imposible de ser aceptada por diez o doce colonias inglesas.

No obstante el rechazo del Plan de Albany, el tema de la Liga o Confederación iroquesa se hizo presente más adelante en el Congreso Continental y en la Convención Constitucional. En ambas se hicieron referencias favorables a los iroqueses y parece no haber duda de que las ideas organizativas de estos pudieron tener cierta influencia en las discusiones referentes a la forma de organizar políticamente el Estado federal que los llamados Padres Fundadores consideraban indispensable constituir en 1787. Pero lo que no parece estar claro es el grado de incidencia que pudo tener la democracia iroquesa en esos Padres Fundadores, siempre elitescos, temerosos del pueblo y opuestos a la participación de este en la política. De modo que esa incidencia, si la hubo, debió de ser escasa, sobre todo entre los virginianos esclavistas, porque la Constitución de Estados Unidos, a diferencia de la Confederación iroquesa, carece por completo de carácter participativo, de democratismo igualitario y de todo derecho acordado a las mujeres. Solo los cuáqueros, que también trataron con ellos, recibieron influencia de los iroqueses y reconocieron haberla recibido.

El Pacto del Mayflower*, ¿esbozo de la Constitución*?

Ahora bien, visto el escaso o nulo sustento de este argumento (el de que los Estados Unidos son la democracia más antigua del mundo) se ha apelado a otro, en este caso más cercano y del todo manipulador, que al cabo resulta igualmente inconsistente que el primero. Se trata esta vez del acuerdo o Pacto del *Mayflower,* que es presentado en las versiones de la historia oficial de Estados Unidos como el esbozo de la primera Constitución moderna del mundo y como una suerte de primer borrador de la democracia estadounidense, de lo que resultaría entonces que esta habría sido prefigurada o esbozada por los calvinistas sacralizados luego como Padres Peregrinos, llegados a la costa norteamericana en noviembre de 1620 y que al desembarcar fundaron en ella de inmediato la colonia conocida luego como Nueva Inglaterra. Se trata de una historia a la que hice referencia antes, en el primer capítulo de este libro, pero que voy ahora a examinar con más detalle.

Tanto el viaje del *Mayflower* como el pacto firmado a bordo de esa nave tienen puntos obscuros y plantean varios temas discutibles. El barco, financiado por una compañía naviera, la Company of Merchant Adventurers of London, zarpa en octubre de 1620 del puerto holandés de Leyden, donde un grupo de protestantes *separados*, esto es, de rigurosos puritanos calvinistas, se había refugiado una década antes huyendo de la persecución religiosa a que se los sometía a diario en Inglaterra. Sintiéndose no hostigados pero sí incómodos en Holanda, esos calvinistas que la historia oficial de Estados Unidos llama Padres Peregrinos se unieron a la tripulación y al pasaje del barco, formado por numerosos comerciantes y aventureros cuyo plan era trasladarse a la colonia de Virginia, donde tenían proyectado instalar una colonia propia en un territorio libre del norte virginiano que les había sido prometido por la Compañía a cambio de que con su trabajo fueran pagando *a posteriori* los pasajes. La actitud intolerante y despectiva de estos calvinistas se mostró desde el principio, pues ellos llamaban a los demás pasajeros los *strangers*, término nada amistoso que en inglés significa tanto extranjero como extraño. El viaje, incómodo y difícil como era normal en esos tiempos, se inició, como dije, en octubre de 1620. Pero no llegó al destino previsto.

La razón de eso no está clara y para explicarlo se han emitido varias hipótesis, todas ellas discutibles: pérdida del rumbo, tormen-

tas, intento de los Peregrinos de secuestrar el barco. El rumbo era difícil de perder; una tormenta podía hacer que el barco perdiera de momento la ruta pero al amainar el viento se la recuperaba; y en cuando al secuestro, si es que en verdad se lo intentó, este tenía muy pocas posibilidades de éxito porque los Peregrinos no eran marinos ni guerreros y porque además estaban en minoría, ya que solo eran entre 35 y 41 mientras el total de pasajeros ascendía a 102 personas. La cifra de mujeres no está clara pero lo que sí lo está es que estas, que no debían ser muchas, no contaban en absoluto para tomar decisiones, lo que era usual en esas sociedades y esos siglos. El único hecho claro es que el *Mayflower* llega al llamado Cabo Cod, frente a lo que será luego el puerto de Plymouth, el 11 de noviembre de 1620 (esto según el viejo calendario juliano, pues Inglaterra rechazaba aún para esas fechas el nuevo calendario gregoriano, aceptado y aplicado en cambio por los países católicos desde 1582, y solo se acogió a él en 1752). Y es allí, a bordo del barco, frente a Cabo Cod, es decir en un territorio que está al norte de la colonia de Virginia sin depender de ella, que se firma el *Mayflower Compact* o Pacto del *Mayflower*[3].

Lo que sí parece estar claro es la razón del Pacto. La mayor parte de los pasajeros, que no eran puritanos ni particularmente religiosos y que como comerciantes o aventureros eran solo gente corriente en busca de un nuevo destino en la costa americana, lo que querían era ir a Virginia para obtener tierras e incorporarse a la producción y venta de tabaco. Viendo entonces que no se iba ya a Virginia sino que se estaba a punto de desembarcar para quedarse en una tierra desconocida, hicieron saber que ellos quedaban en libertad de hacer lo que quisieran. Y este inminente peligro habría sido lo que llevó a los Peregrinos a proponerles el Pacto y a llevarlos a que lo aceptaran. El Pacto buscaba evitar el caos y era un compromiso para formar todos una colonia organizada haciendo que sus integrantes se sometieran a las leyes que fueran aprobadas para garantizar su funcionamiento. Eso habría sido lo que se aprobó a bordo del *Mayflower* ese 11 de noviembre de 1620. El texto del Pacto se perdió, pero de él han sobrevivido dos versiones tempranas que se consideran confiables y entre las cuales solo hay mínimas diferencias, usuales en textos dictados que se copiaban a mano. La transcripción que se cita usualmente es la de William Bradford, segundo de la lista de firmantes y ulterior gobernador de la Colonia, que la reprodujo en su *History of Plymouth Plantation*,

escrita en 1646 y publicada en 1669. Es un corto texto en el que en nombre de Dios y aceptando la sujeción al rey inglés Jacobo I, los firmantes, después de afirmar haber cruzado el océano para plantar la primera colonia en el norte de Virginia, declaran hecho, en forma solemne y en presencia de Dios, «el siguiente Pacto» y en su nombre afirman:

> Nos combinamos juntos en un Cuerpo Político Civil para nuestro orden y preservación y fomento de los fines antedichos; y por virtud de esto establecemos y aprobamos, constituimos y formamos, tales justas e iguales Leyes, Ordenanzas, Actas, Constituciones y Oficios, de tiempo en tiempo, según sea considerado muy propio y conveniente para el bienestar general de la colonia, a la cual prometemos toda la Obediencia y Sumisión debidas.

Luego indican que el Pacto se ha hecho en Cape Cod en la fecha ya antes mencionada y a continuación firman. Hay un total de 41 firmas, que para los estadounidenses parecerían tener igual valor que las que siguen a la Declaración de Independencia.

Este es pues el texto del Pacto del *Mayflower*. Con admiración rayana en lo religioso, la historia oficial norteamericana presenta este pacto como si se tratase de una suerte de antepasado o borrador de la Constitución estadounidense, es decir, como un temprano y providencial modelo de la democracia que según esa misma historia oficial habría estado siempre presente como norma de conducta en la excepcional historia de Estados Unidos. Así, hablando con admiración del Pacto del *Mayflower,* John Adams, uno de los Padres Fundadores, segundo presidente del país, llegó a decir en un discurso pronunciado en Plymouth en 1802 que era la única vez en la historia humana que se había producido una declaración democrática como esa antes de que se redactara la Constitución de Estados Unidos.

Pero tratemos con calma y sensatez de contextualizar ese pacto y de explorar lo que hay de cierto o falso en su excepcionalidad y en su carácter democrático. De la excepcionalidad no habría nada que añadir a lo que examinamos más arriba acerca del *Althing,* que data de 930, y hasta de la Liga o Confederación iroquesa, que existía como democracia participativa y no como mera declaración desde por lo menos dos o tres siglos antes de la llegada del *Mayflower*. De lo que sí hay bastante que decir es de su supuesto carácter democrático.

Y es que, para decirlo de una vez por todas en pocas palabras, el *Pacto del Mayflower no es un texto democrático*. De su lectura lo que queda claro es que los puritanos prometen a los otros pasajeros del *Mayflower*, es decir, a los *strangers*, que en Nueva Inglaterra, la colonia a fundar, habrá una sociedad sometida a leyes, ordenanzas, constituciones y oficios que se aprobarán en beneficio de todos. Cierto que esto parecería borrosamente a apuntar hacia una suerte de ejercicio democrático, de que las leyes que se aprueben beneficien a todos. Pero es que todas las leyes generales dicen eso, en especial las modernas como esta. Además, lo que no se dice es cómo se aprobarían esas leyes ni quiénes y cómo ejercerían el poder. Y lo único que queda claro de todo esto es que iban a ser ellos, los calvinistas, no los *strangers*, los que las harían y los que impondrían de esta forma su dominio, de cuyo selectivo y más que cuestionable carácter democrático he hablado ya en los dos primeros capítulos de este libro.

Lo repito. *El Pacto del Mayflower no es democrático*. Es la obra de una minoría organizada, homogénea y dueña de un proyecto político, como eran los Peregrinos, que se impone a una mayoría heterogénea, no organizada y carente de otro proyecto que no fuera el de cada uno de sus integrantes como individuos, como eran ellos, los *strangers*. Y en eso sí parece ser el Pacto del *Mayflower* precedente o esbozo de la sociedad estadounidense, en la que siempre hay otros, *strangers*, excluidos o lejanos del poder. Ese sí que ha sido un modelo de la conducta xenófoba, excluyente y racista de las élites estadounidenses mientras hablan de libertad y democracia, como han hecho siempre tanto dentro como fuera de Estados Unidos. A fin de cuentas, que a bordo del *Mayflower* los puritanos eran minoría, pero tenían un común proyecto político y religioso del que los otros, los *strangers,* en cambio carecían. Y fue el Pacto lo que les permitió hábilmente legalizar su poder e imponerse a los otros aun siendo ellos minoría.

Conociendo como conocemos la historia de la colonia de Nueva Inglaterra que crearon los puritanos, es claro que su proyecto no era nada democrático; o que, en todo caso era solo democrático para ellos, para los que pensaban y actuaban como ellos, y para los que compartían o compartieran su extremismo religioso. Su objetivo, pronto logrado, era crear una teocracia, en la que habría sin duda igualdad, derechos y educación religiosa para los que siguieran como fieles su religión dogmática y sectaria y se sometieran en

forma voluntaria a ella. Para los otros, los críticos, los tolerantes, los disidentes, a los que de inmediato se empezó a calumniar, a perseguir como herejes y pecadores, solo habría expulsiones, condenas, ahorcamientos, marcas con hierro en cara o brazos, pulseras humillantes, azotes y caza de brujas. Los puritanos habían huido, sí, de la intolerancia que los anglicanos ejercían contra ellos, y buscaban una nueva tierra en que instalarse, pero no para hacer de esa tierra un espacio abierto a todos los cultos y formas de pensamiento, esto es, una verdadera democracia, sino para imponer en ella su dominio intolerante. (De todo eso he hablado antes y no vale la pena repetir lo dicho).

Y entrando a los detalles, hay otra cosa que llama la atención y de la que curiosamente no se habla. El Pacto solo es firmado por cuarenta y una personas, que son el total de los puritanos. Pero los pasajeros del *Mayflower* eran ciento dos, es decir que había otras sesenta y una personas a las que se supone que iba dirigido el Pacto, ya que este era innecesario entre ellos mismos, pues estaban de acuerdo en todo. Entonces ¿solo ellos firmaron? ¿Era un pacto inútil e innecesario entre ellos mismos? ¿Y los otros, la mayoría? ¿Por qué si aceptaron el Pacto no firmaron? ¿Acaso no sabían firmar? ¿Ni siquiera con cruces? Todo esto es absurdo, eran comerciantes en su mayoría, sabían por supuesto leer y escribir, llevar libros y sacar cuentas, y también sabían leer y escribir los otros, porque para ese entonces Inglaterra era un país en el que se había reducido el analfabetismo a las minorías más pobres. ¿O es que, aunque estuvieron de acuerdo en el Pacto, se los excluyó sin explicación de la firma del documento? Se trata de preguntas y dudas curiosamente carentes de respuesta.

Y para terminar el punto:

En comparación con este cuestionable pacto lo que habría que mencionar, reconociéndole un carácter al menos algo más democrático que el cuestionable documento del *Mayflower,* es la Asamblea Ciudadana de Virginia, de su House of Burgesses o Cámara de burgueses, esto es, de ciudadanos, o mejor, de propietarios, celebrada en julio de 1619. En esa Asamblea, convocada y encabezada por el gobernador de la colonia, participaron este, su Consejo, formado por seis ciudadanos «destacados», o sea ricos, escogidos por el gobernador y los burgueses o ciudadanos, todos propietarios por supuesto, que eran los representantes de las plantaciones más grandes, y por último todos los otros terratenientes mayores de

diecisiete años, que tenían también derecho al voto. La función de estos era elegir sus representantes a la Asamblea, que fue el núcleo de origen de la ulterior Asamblea estadal de Virginia.

Esto, con mucha más razón que el cuestionable Pacto del *Mayflower*, y que además tiene lugar en julio de 1619, esto es, más de un año antes de este último, podría en todo caso ser considerado el inicio de la democracia en Estados Unidos, y así lo celebran los virginianos. Por supuesto, se trata de una democracia a la estadounidense, de una democracia limitada, elitesca, censitaria, local, masculina, solo para propietarios, excluyente de los pobres, de las mujeres, de los indios y los negros, que pronto empezarían a ser sirvientes vitalicios o esclavos. Ese es el modelo que siglo y medio más tarde recogerá, en gran parte por influencia de los virginianos, la estadounidense Constitución de 1787.

Pero los norteamericanos prefieren celebrar el Pacto del *Mayflower*. Lo que aquí pasa es que, por lo menos en lo tocante al período colonial, Virginia es una suerte de oveja negra, calificación por lo demás bien merecida, mientras que la colonia preferida por la historia oficial estadounidense es Nueva Inglaterra, a la que se le ocultan y perdonan sus crímenes, su racismo y su violencia feroz contra los indios. A Virginia, que existe desde 1607, se le niega ser la primera colonia y se la reemplaza con Nueva Inglaterra, producto de la llegada del *Mayflower* en 1620, trece años más tarde, y luego con el tramposo Día de Acción de Gracias atribuido a los puritanos. Y a Virginia se le subestima también esta decisión relativamente democrática de su Asamblea de julio de 1619 para embellecer el ambiguo Pacto de los puritanos en noviembre de 1620, Pacto nada democrático, obra de una minoría coherente, organizada y con proyecto propio para imponerse mediante un fraudulento acuerdo como ese a una mayoría que la triplicaba en número pero que en cambio era heterogénea, carente de proyecto y que además no estaba organizada como ellos.

Declaración de Independencia y constituciones estadales

Aquí, con la Declaración de Independencia y las constituciones estadales, que sí son el verdadero preámbulo de la Constitución federal de 1787, aparece y cobra prioridad el tema de la esclavitud negra, y ligado en forma estrecha a él, el tema de la trata. A partir de ahora estos dos temas van a estar de forma inevitable en primer

plano, sea que aparezcan o que se trate en forma hipócrita de ocultarlos, tanto en las constituciones estadales como sobre todo en la Constitución federal, dominada por completo por ese incómodo asunto, el de la esclavitud y el racismo contra la población negra, asunto que es clave en toda la historia de Estados Unidos, desde la Colonia hasta hoy. Y esto no podía ser de otra forma dado que, a pesar de todas sus declaraciones y proclamas acerca de la libertad y de los derechos del hombre, las colonias que van a formar los Estados Unidos son todas esclavistas o practicantes de la trata, es decir, que o viven de la esclavitud, como ocurre con las del Sur, o están involucradas en la trata y el comercio de esclavos, como sucede con las del Norte y las del Centro. Y lo mismo pasará con los propios Estados Unidos que nacen de la unión federal de ellas. De tal manera que ni la Declaración de Independencia ni la Constitución de Estados Unidos podrán escaparse de ese tema; y lo único que podrán hacer –y que harán– será eludirlo o silenciarlo con la complicidad de quienes redactan y promocionan esos documentos; o simplemente disfrazarlo, como veremos, sirviéndose de eufemismos y perífrasis de la manera más hipócrita[4].

Proclamada el 4 de julio de 1776, la Declaración de Independencia de las trece colonias norteamericanas que once años más tarde se unirían para formar los Estados Unidos de América, es considerada no solo como uno de los documentos más importantes de la historia de ese país sino como una obra de verdadero alcance universal, en la que se proclaman los Derechos del Hombre trece años antes de la declaración similar obra de la Revolución francesa, la conocida Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano aprobada por la Asamblea Nacional francesa el 26 de agosto de 1789. Y no hay duda de que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, que es además la primera de una colonia o unión de colonias en proclamar su derecho a liberarse del dominio de la metrópoli que la oprime, merece todo el reconocimiento que se le ha dado desde entonces.

No obstante, cuando se examina con más atención tanto en su contexto como en su contenido y su redacción misma esta famosa y reconocida Declaración, surgen varios problemas que tienden a limitar su de todas formas innegable alcance. Lo primero es que la Declaración de Independencia consta de dos partes: un preámbulo corto y un texto bastante largo que le sigue. Y es solo el corto preámbulo el que tiene alcance universal, porque todo el largo

resto del documento es una suerte de memorial de agravios que la colonia norteamericana le dirige a la metrópoli inglesa acusándola de diversos crímenes, atropellos y abusos contra ella en desmedro de sus derechos. Ese memorial de agravios carece de alcance universal y concierne solo a las dos partes en conflicto. Pero es que hay además críticas fundadas que se han hecho tanto al preámbulo como al memorial de agravios y que es necesario conocer para apreciar esa declaración no solo en su alcance sino también en los límites de este. Y sobre todo para ver que en una y otra de sus partes se ocultan, silencian y manipulan hechos e ideas, siendo esto lo que nos hace ver cuáles son esos límites y esas contradicciones, todas ellas intrínsecas a los rasgos estructurales de la sociedad estadounidense y relacionadas en forma directa con la doblez e hipocresía tanto de los Padres Fundadores de Estados Unidos que reclaman la Independencia como del liberalismo en que se basan tanto ellos como sus adversarios los ingleses.

La Declaración, producto de una comisión integrada por cinco destacados representantes coloniales encabezados por Thomas Jefferson, quien redactó el texto, afirma en su preámbulo que cuando un pueblo se ve obligado a disolver los vínculos que lo han ligado a otro para asumir el puesto separado e igual al que Dios y las leyes de la naturaleza le dan derecho, el respeto debido al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a esa separación. Antes de enumerar esas causas, que forman lo que califico de memorial de agravios contra Inglaterra, el texto señala cuál es su punto de partida, añadiendo a continuación que sostiene estas verdades: «que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad»; que para garantizar esos derechos se constituyen entre los hombres los gobiernos, con consentimiento de los gobernados, y que cuando una forma de gobierno se hace destructora de esos principios, el pueblo agraviado tiene derecho a abolirla para instituir un nuevo gobierno fundado en ellos y para organizar sus poderes con mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y su felicidad.

De este texto, notable sin duda, lo que resalta ante todo son dos cosas, o mejor dicho dos ausencias, ambas sospechosas. La primera es que en una sociedad esclavista como son los futuros Estados Unidos se admita con claridad que todos los hombres son creados iguales, aunque ello evidentemente excluye a los esclavos.

A menos que lo que se admita sin decirlo es que Dios los crea a todos iguales pero que los hombres tienen también el derecho de hacerlos luego desiguales convirtiendo a algunos de ellos, a los negros, en esclavos. O que los negros no son hombres sino objetos. Por eso la mención de la igualdad no pasa de ser aquí una suerte de declaración obligatoria en la que se prefiere luego no profundizar. La otra cosa, aún más llamativa, es que entre los derechos que Jefferson y los otros autores de la Declaración de Independencia le atribuyen a los hombres como regalo del Creador no aparezca la propiedad, el derecho de propiedad. Y esto sorprende sobremanera porque todos ellos son liberales de acción y pensamiento y seguidores de pensadores como Montesquieu y sobre todo como Locke, que es su pensador favorito, de modo que el reemplazo de la propiedad, que es algo central y bien concreto para el liberalismo, por algo tan impreciso e inocuo como sería el derecho a la búsqueda de la felicidad debe tener forzosamente una explicación. Todo apunta a hacer pensar que lo que se quiere decir aquí en forma solapada (para no llamarla hipócrita) es que esa búsqueda de la felicidad incluye en primer término la obtención de propiedad (y en este caso concreto igualmente la propiedad de esclavos), porque es evidente que para el liberalismo no solo no hay felicidad sin propiedad, sino que sin propiedad no es posible ser ciudadano, tener derecho a voto y al ejercicio del poder, algo central en ese nuevo gobierno de propietarios que quieren formar Jefferson y los otros y al que definen como un gobierno justo dirigido a crear mayores posibilidades de que en él se alcancen (¿lo alcancen quiénes?) esa seguridad y felicidad de que habla la Declaración.

En efecto, la decisión de reemplazar la obligatoria mención de la propiedad por la tan imprecisa como inocua «búsqueda de la Felicidad» no fue nada casual. Jefferson decidió omitir la mención de la propiedad como derecho natural e imprescriptible del hombre tal como lo exige el liberalismo del que se nutría, porque al mencionar la propiedad en un contexto como el de la sociedad esclavista norteamericana se entendería con facilidad que ese derecho incluía el de tener esclavos, lo que haría de la Declaración de Independencia un documento defensor de la esclavitud. Y esto era algo que se quería evitar a toda costa para no restarle peso ante los europeos y en particular ante los abolicionistas, que tenían una influencia creciente en Inglaterra.

Además de plantador esclavista, Jefferson era un político brillante, y es claro que también, al eludir la mención del derecho de propiedad, evitaba en el plano interno entrar en innecesaria polémica con los otros esclavistas por el delicado tema de la esclavitud. El hábil documento pudo así quedar bien con Dios y con el Diablo, porque los europeos, incluidos los abolicionistas, lo tuvieron por una proclama libertaria, y los plantadores virginianos (y no hay que olvidar que Jefferson era uno de ellos) quedaron satisfechos de que en él se evitara criticar su política esclavista.

Pero lo que Jefferson y los otros Padres Fundadores no pudieron evitar fue que se generara una intensa polémica en torno al tema de la trata. En la versión original de la Declaración, en el memorial de agravios contra los ingleses, había un texto de Jefferson en el que en nombre de la libertad que reclamaban las colonias se atacaba a Inglaterra y en concreto a los reyes ingleses acusándolos de hipócritas porque condenaban la esclavitud y afirmaban que en el territorio inglés no podía haber esclavos por ser un territorio libre al mismo tiempo que la Corona inglesa y el empresariado naviero británico se habían enriquecido por siglos –y se seguían enriqueciendo– con ese comercio de carne humana que había sido y seguía siendo la trata. La Corona era incluso la principal accionista de la Royal African Company y por los puertos ingleses seguían entrando y saliendo esclavos. El texto fue eliminado de la Declaración porque todas las colonias y no solo Virginia, Maryland y las otras esclavistas se opusieron a incluirlo, ya que todas sin excepción, unas más que otras, necesitaban la trata o vivían gracias a ella.

De cualquier manera, la polémica se generó porque los ingleses respondieron acusando a los líderes americanos también de hipócritas porque aunque intentaban criticar la trata, no solo la necesitaban y hasta la practicaban, sino que además eran esclavistas y vivían de la esclavitud. Esta polémica, rica e interesante como fue, es sin duda una clara prueba de la hipocresía tanto de los independentistas norteamericanos como de los colonialistas ingleses, involucrados unos y otros en la trata y esclavitud y beneficiándose de ella mientras hablaban sin cesar de libertad. Pero fue también –y sobre todo– una indiscutible demostración de la hipocresía esencial del propio liberalismo de que se alimentaban ambos, y de sus teóricos políticos como Locke y Montesquieu, sobre todo del primero, de Locke, que mientras proclamaba los derechos del individuo, incluido en

estos el de propiedad, defendía la libertad de que los propietarios tuviesen esclavos negros, comprados y tratados como mercancías (porque en el liberalismo el derecho de propiedad priva sobre el de libertad) y le confería a los propietarios europeos blancos como representantes de la civilización y del progreso humanos, además de esclavizar a los negros, el derecho de masacrar a poblaciones como los indígenas americanos, que al defender su propiedad colectiva de la tierra y oponerse a que los blancos los despojasen de ella y la privatizaran se convertían no solo en obstáculos al progreso, sino en bestias salvajes que debían ser exterminadas como auténticas alimañas[5].

De todas formas, y más allá de sus enormes alcances, de sus limitaciones contradictorias y de la forma tan hábil como hipócrita en que se trató de resolverlas en el texto, lo más importante de esa Declaración de Independencia es que fue, ella sí, por medio de las constituciones estadales que a partir de entonces elaboraron y aprobaron las rebeldes colonias, el indiscutible e inmediato preámbulo de la Constitución federal estadounidense de 1787.

En efecto, las constituciones estadales desempeñaron un papel central en el proceso que condujo once años más tarde, ya lograda la Independencia, a la creación de la Constitución de los Estados Unidos. Porque una indiscutible y meritoria originalidad del proceso independentista estadounidense es que al mismo tiempo que se declaraba en 1776 la Independencia, o incluso antes en casos como Massachusetts, las colonias rebeldes empezaron a transformarse de hecho en nuevos estados y, para legalizar esa nueva condición, a hacer aprobar constituciones estadales que recogieran sus propuestas políticas y les dieran forma de leyes fundamentales, es decir, carácter de textos constitucionales no solo proclamados sino escritos. Esa fue, en todo caso, la instrucción que le dio el Congreso Continental de Filadelfia a las colonias en mayo de 1776 y que estas pusieron en marcha. El proceso no fue uniforme porque las colonias contaban con cédulas de fundación u ordenamientos legales británicos y varias incluso con constituciones escritas y aprobadas durante el período colonial, con todas sus limitaciones esclavistas. De modo que algunas de ellas las dejaron iguales o apenas les hicieron unos cortos retoques a las que ya tenían, para intentar ponerlas a tono en algo con el nuevo tiempo y las nuevas ideas, pero las más importantes de ellas, como Virginia, Pennsylvania y Massachusetts, lo mismo que otras que las imitaron, elaboraron e

hicieron aprobar mediante diversas formas de consulta «popular», constituciones verdaderamente nuevas, aunque siempre moderadas, que sirvieron de fundamento para la Constitución de Estados Unidos, que fue así la primera Constitución moderna y escrita del mundo. Esta sin embargo solo se discutió y aprobó en Filadelfia en 1787, más de una década después de 1776, ya lograda la Independencia, y solo cuando las excolonias, convertidas en estados soberanos incapaces de ponerse de acuerdo, sobrevivían en medio de una aguda crisis que ponía en peligro lo logrado, y cuando aún seguía pendiente la cada vez más urgente necesidad de que se unificaran en un nuevo Estado federal.

Porque un primer intento de lograrlo lo había hecho, sin mucho éxito, el primer Congreso Continental. A este, reunido en Filadelfia desde 1775, le había tocado asumir la dirección política de la guerra, pero también se ocupó de intentar unificar a las provincias en rebeldía contra Inglaterra. Estas vivían el mismo conflicto que les había impedido unificarse en 1741 cuando Franklin propuso el Plan de Albany. En esta nueva ocasión, en que luchaban por su independencia contra el poderoso imperio británico, consideraban indispensable mantenerse unidas, pero también querían conservar sus diferencias con las otras colonias y desconfiaban de un Estado federal que seguramente vendría a imponerles un temido dominio político unificador comparable al británico al que ahora tenían como enemigo. El principal resultado de esa tensa situación fueron las constituciones estatales, sobre todo las más importantes e influyentes sobre la futura Constitución de 1787 y sobre sus primeras diez enmiendas. Pero al mismo tiempo el Congreso logró hacer aprobar por las colonias un estatuto unificador que fue el primer modelo de esa ulterior Constitución, el cual se mantuvo vigente mientras duró la guerra pero se dejó de lado una vez lograda la victoria, pues con ella las excolonias, siendo ahora estados libres, volvían a darle prioridad a su independencia con respecto de las otras y tornaban a sus disputas usuales con ellas por límites y por ocupación de nuevas tierras. Iba a ser necesario que se dieran cuenta, en medio de la crisis que siguió a la Independencia, de que era necesaria su unión para sobrevivir y por tanto su aceptación de un Estado federal y de una verdadera Constitución que fuera aceptada y ratificada «por el pueblo», es decir, por sus elites gobernantes actuando en nombre de este. Examinemos entonces primero las principales constituciones estadales que las provincias convertidas

por decisión propia en nuevos estados aprobaron en los años de la guerra y en torno a la Declaración de Independencia de 1776.

La primera de esas nuevas constituciones fue la de Virginia, redactada por George Mason, habiendo sido aprobada por la Convención virginiana el 12 de agosto de 1776. Empieza proclamando la igualdad de todos los hombres:

> Sección 1. Que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes y poseen ciertos derechos inherentes (…) en particular el disfrute de la vida y la libertad, con los medios de adquirir y poseer propiedad y perseguir y obtener felicidad y seguridad.

Celebrado por autores como Morison (*Historia del pueblo americano*, t. I, p. 327) como uno de los más grandes documentos de todos los tiempos acerca de la libertad, este preámbulo, tratando de desarrollar el texto similar de la Declaración de Independencia, comete justamente el error que esta evitó cometer. De las trece, Virginia es la principal colonia esclavista, la que tiene la más grande población de esclavos y una de las que se dedica incluso a criar negros esclavos para exportarlos a colonias esclavistas vecinas. Es decir, un auténtico modelo de igualdad y libertad. De modo que el error del redactor del texto, el esclavista George Mason, es doble: primero, proclamar la igualdad de todos los hombres y su derecho imprescriptible a la libertad en una colonia esclavista como Virginia, pero no para exigir que se dé libertad a los esclavos a fin de lograr esa igualdad sino para defender la permanencia de la esclavitud, como hará Virginia cuando participe luego en la elaboración de la Constitución federal en 1787. Y segundo, nombrar, como se dice, la soga en la casa del ahorcado, esto es, decir, como el buen y sincero liberal que es Mason, que con la vida y la libertad el tercer derecho imprescriptible del hombre es el de poseer propiedad (y no el de la «búsqueda de la felicidad», como había escrito Jefferson para evitarse problemas), lo que por supuesto, y con mayor razón al decirlo en Virginia, incluye la propiedad de esclavos, con lo que el carácter universalmente libertario de esta cínica declaración virginiana se viene por completo abajo, poniendo en evidencia su falsedad declarativa y sus graves contradicciones. Las cuales son, por cierto, las contradicciones propias de toda declaración estadounidense acerca de esos tres clásicos e hipócritas temas liberales como son la igualdad, la libertad y el derecho a la propiedad. Algo que Morison no ve o no quiere ver, igual que ocurre con tantos otros estudiosos e historiado-

res norteamericanos. Por mi parte, creo que el gran mérito de Mason al redactar esa Declaración de Derechos, mérito involuntario pues no era esa su intención, fue el de dejar esa contradicción al desnudo. Y por eso es que he querido detenerme en ella[6].

El resto de la Declaración de Derechos, y con ella de la Constitución de Virginia, no plantea mayores problemas. Se aprueban allí derechos derivados de textos y procesos ingleses medievales y modernos como la Carta Magna, la Revolución de 1648, y sobre todo el llamado Ordenamiento o Acta de Derechos de la Revolución inglesa de 1688-1689 que, como veremos pronto, ejerce una enorme influencia sobre la Constitución de Estados Unidos, siendo una de sus principales fuentes. A la declaración inicial siguen quince artículos en los que se afirma que todo poder deriva del pueblo; que el gobierno debe beneficiar a todos; que los poderes legislativo y ejecutivo deben estar separados y ser distintos del judicial; que las elecciones de miembros y representantes del pueblo deben ser libres; que no se debe suspender o ejecutar leyes sin consentimiento de los representantes del pueblo; que los juicios deben ser por jurados; que a nadie debe privarse de libertad salvo que sea mediante ley; que debe garantizarse la libertad de prensa y de opinión como uno de los fundamentos de la libertad; que no puede imponerse religión a nadie por la fuerza y que debe garantizarse a todos la libertad religiosa. Todo esto está bastante bien y solo tiene tres defectos: que habla de hombres excluyendo a las mujeres; que excluye también a los indios y a los negros; y que no define quién o quiénes son el pueblo, aunque es claro que se reduce a ellos, los poderosos, los ricos, los comerciantes y los plantadores. Esta es la misma base de la Constitución federal.

La Constitución de Pennsylvania es otra cosa. Es la excepción, la única de estas constituciones que tuvo perfiles democráticos y hasta revolucionarios y no rasgos hipócritas o conservadores, como ocurre con todas las demás. Solo que por ello mismo no duró.

La Constitución fue ratificada en septiembre de 1776 y se la considera con razón la más democrática de todas. Y es así. La Declaración de Derechos con que se inicia sigue en general a la de Virginia, pero con las importantes diferencias de que Pennsylvania no era estado esclavista, de que en él tenían mucho peso los cuáqueros, que eran abolicionistas y habían sido los primeros en condenar la esclavitud; y de que en la Declaración y en la Constitución que la seguía se planteaban ideas y formas de gobierno realmente

populares y democráticas muy distantes de la visión elitesca y censitaria y de la conducta de excluyentes amos blancos que caracterizaba a los plantadores esclavistas virginianos.

La Constitución de Pennsylvania establecía el derecho a voto de todos los hombres que hubiesen pagado impuestos, sin que se les exigiera condición de propietarios ni censo de bienes; creaba una legislatura o poder legislativo de una sola cámara, la de representantes, con miembros electos por población para un período, y un poder ejecutivo de carácter colectivo formado por doce miembros. El ejecutivo, denominado Consejo Ejecutivo Supremo, era el encargado de administrar el gobierno, y su presidente era elegido por la Legislatura y el Consejo Ejecutivo reunidos. Creó también un poder judicial, designado por el legislativo, con ejercicio de siete años y cuyos miembros podían ser removidos en cualquier momento. Estableció, además, un Consejo de Censores, que se elegían cada siete años, con la tarea de evaluar las actividades de quienes ejercían poder y que tenía capacidad de censurar acciones gubernamentales que considerara violatorias de la Constitución. Ese Consejo de Censores era el único cuerpo gubernativo con poder de convocar una Convención a objeto de hacer enmiendas a la Constitución. Pero no deja de parecer contradictorio que mientras la Constitución virginiana llamaba en uno de sus artículos a disolver el ejército, considerado innecesario en tiempos de paz, la Constitución de Pennsylvania, que decía lo mismo en lo tocante al ejército, le otorgaba empero al pueblo el derecho a tener armas para su defensa y la del estado (aunque nada indica que se tratase con ello de reemplazar al ejército por milicias populares).

En una revolución tan conservadora como la estadounidense, dominada siempre por los moderados o los más derechistas, todos ellos ricos y propietarios, enemiga de toda participación popular directa en elecciones y en el poder, despreciativa de ese pueblo al que consideraba como una inevitable fuente de problemas y al que había que mantener siempre distante y controlado, una Constitución tan fuera de los aconsejables moldes prudentes y moderados no podía durar. Y por supuesto, no duró. Tuvo el apoyo de los cuáqueros y de los colonos alemanes pobres del oeste del estado, y también el de Franklin, pero los propietarios ricos y moderados del este del estado se manifestaron en contra e hicieron todo lo posible por salir de ella. Acusaron al gobierno de dedicar los recursos del estado más para controlar a sus adversarios que para ayudar al triunfo de

la revolución. La calificaron de ser la Constitución de una chusma y no dijeron que era parte de una conspiración comunista porque aún no había comunistas en acción que conociera la derecha de Pennsylvania. El experimento tuvo sus límites, el gobierno cometió errores y fue perdiendo fuerza, y al final, al cabo de una tensa década, el pueblo se mostró contrario a la Constitución. Se aprobó en 1790 elegir otra Convención y esta cambió la Constitución por una nueva, similar a las otras, empezando por aprobar un legislativo de dos cámaras, un ejecutivo unipersonal y un régimen censitario para las elecciones. Y así este interesante experimento, excepcional dentro del panorama conservador propio de la revolución norteamericana, se dio por terminado y las cosas volvieron a su cauce.

La Constitución de Massachusetts fue la que sirvió de modelo a la moderación conservadora propia de la revolución norteamericana y de la Constitución federal. Eludió la hipocresía de la Constitución virginiana, aunque reprodujo los contenidos de su Declaración de Derechos, y evitó también el radicalismo denunciado como peligroso de la Constitución de Pennsylvania. Elaborar y aprobar la Constitución significó esfuerzo y tomó tiempo. Hubo que elaborar y someter a consulta varios proyectos. Empezó en 1775 cuando la Asamblea colonial convocó un Congreso provincial, destituyó al gobernador inglés y ordenó convocar otra Asamblea. Esta redactó una primera Constitución que fue sometida a consulta y rechazada por el pueblo. Se le consultó a continuación si quería elegir una Convención. Se la eligió y esta designó una comisión para redactar la nueva Constitución. Su redactor fue John Adams. La Constitución fue sometida a una consulta rigurosa y exigente mediante diversos pasos aprobatorios, de modo que se la aprobó por votación paso a paso y artículo por artículo. Así quedó aprobada y ratificada en junio de 1780, y se hizo efectiva en octubre de ese mismo año.

Está muy bien estructurada; y a diferencia de las otras, no es un enunciado de provisiones y quedó dividida en capítulos, secciones y artículos. En cuando a lo principal, a sus contenidos, luego de un corto preámbulo que habla de «Nosotros, el pueblo de Massachusetts» y afirma haber contado con la bondad y providencia de Dios para elaborar esa Constitución, se expone luego una Declaración de Derechos previa al texto constitucional. Esta declaración no contiene nada nuevo, sigue *grosso modo* lo expuesto en la de Virginia pero exponiendo y desarrollando cada artículo con lujo de detalles, entre ellos la lista de derechos naturales e inalienables de

todo hombre, su derecho a adorar a Dios sin que esa libertad pueda ser estorbada y garantizando más bien que sea protegida y estimulada por el gobierno civil, algo que está bastante lejos de una separación de Iglesia y Estado. Habla del gobierno como libre, soberano e independiente y además instituido para la protección, seguridad, prosperidad y felicidad del pueblo y no para beneficiar a individuos, familias o clases de hombres, algo que los gobernantes estadounidenses de estos tiempos no parecen haber leído. El resto del texto, su parte principal, es la Constitución propiamente dicha. Es un texto bastante extenso que no intento analizar y que más parece Constitución nacional que estadal. En ella son examinados en detalle los tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial; establece las formas de elección y los requisitos exigidos para quienes asumen los cargos, siendo el primero de ellos la declaración de creer en la religión cristiana y estar firmemente persuadidos de su verdad, algo que limita la libertad religiosa antes proclamada con el propio texto de la Constitución; y el segundo el de disponer de la propiedad exigida por la Constitución para poder asumir el cargo, llamando la atención que el texto dedica también un largo capítulo a examinar el papel de la Universidad de Cambridge y el estímulo que el Estado debe darle al arte y a la literatura.

Por su parte, en cuanto a la Constitución estadal, Carolina del Sur se ubicó en el extremo contrario a Pennsylvania pero también, a diferencia de ésta, la suya perduró porque como siempre, en Estados Unidos un paso hacia la izquierda es siempre peligroso y condenable, pero unos cuantos a la derecha son normales y nada tienen de criticables. La nueva Constitución de Carolina del Sur, aprobada en 1778, no solo se mantuvo dentro de las normas de las *Fundamentals Constitutions* escritas por Locke hacia 1680, en las que se defendía la esclavitud, sino que fortaleció la profunda desigualdad de clases del estado y con ella agudizó el conflicto existente entre los plantadores del Este, los más ricos, y los del Oeste, menos prósperos y con menos poder y esclavos, y entre los que se contaban también muchos pequeños propietarios y colonos recién llegados. El sistema electoral carolino establecía no solo los usuales requisitos censitarios de propiedad para votar y que en este caso exigían para ejercerlo disponer al menos de 20 hectáreas de tierra, sino unos requisitos aún más escandalosos para tener derecho a ejercer cargos de gobierno. Así, para ser electo senador se exigía disponer de posesiones de valor no inferior a 2.000 libras y para gobernador no menor

de 10.000 libras. Una verdadera democracia, «nosotros el pueblo». Tres años más tarde una nueva Constitución disfrazó un poco esto, pero Carolina del Sur se mantuvo desde entonces y se fortaleció en el siglo siguiente, seguido de cerca por Mississippi y Alabama, como el estado más reaccionario y racista de Estados Unidos.

Esto puede dar una idea del significado de esas constituciones estadales y de cómo pudieron incidir sobre la Constitución de 1787. Ahora bien, hay que añadir que los años que van desde 1783, cuando después de siete años de guerra intermitente se logra la Independencia, hasta 1787, cuando se constituyen los Estados Unidos y se aprueba la Constitución, son años conflictivos en los que las excolonias convertidas en nuevos estados no logran unirse ni resolver los conflictos económicos y territoriales que las enfrentan, y en que el Congreso Continental que intenta impulsar esa unidad se revela como un organismo impotente, incapaz de hacer respetar las decisiones que toma, y se ve consumido por la crisis económica, por la explosión de abiertos conflictos de clase y de protestas y rebeliones de antiguos soldados, campesinos y deudores. De esas rebeliones la más importante fue la de Daniel Shays, antiguo soldado; rebelión que estalló en Massachusetts el otoño de 1786 con amplio apoyo campesino, extendiéndose a estados vecinos, pero que pronto fue derrotada mediante el decidido empleo de tropas, y reprimida, aunque no con la brutalidad que algunos líderes como Samuel Adams exigían. La rebelión produjo mucho miedo entre la clase dominante del Norte. Ese miedo y esa amenaza de disolución y pérdida de lo logrado con la Independencia hace que las excolonias entiendan, al fin, que es necesaria la unidad que les permita conformar entre todas un Estado federal regido por una Constitución del mismo signo. Y este es, pues, el marco en que se aprueba la Constitución federal de Estados Unidos en septiembre de 1787.

La Convención de Filadelfia (abril-septiembre de 1787)[7]

La Convención nació de la urgencia de superar la crisis económica y social que se vivía y de enfrentar la debilidad del Congreso Continental, que había fracasado en mantener la elemental unión de los estados. Incapaz de actuar con eficiencia, al Congreso se le criticaba que sus miembros no eran representantes del pueblo y carecían de autoridad para aprobar leyes capaces de garantizar la paz y de resolver los conflictos económicos y territoriales, en especial el

tocante a las tierras del Oeste, en que andaban envueltos los estados. Había gente que daba por fracasada la Independencia y quería volver a la monarquía. Otros llegaron a pensar en un príncipe europeo para ofrecerle la corona del país. Varios patriotas, militares y civiles, temerosos de que pudiera imponerse un gobierno popular, pedían dictadura militar. El gobernador de Nueva York, George Clinton, admitió haber pensado en ello. Lewis Nicol, coronel del ejército patriota, le propuso lo mismo a Washington, que rechazó la idea. Pero otros militares insistieron. Se oponían a crear una república. Común a todos ellos y a sus propuestas era el temor al pueblo. Y hubo además protestas y revueltas campesinas. También de soldados descontentos. Howard Fast relata una de ellas en una de sus novelas históricas: *Los soberbios y los libres*. La situación era grave. Varios estados empezaban a entender que resolver esto era urgente y el miedo a la rebelión de Shays los despojó de cualquier duda que tuvieran. La Asamblea de Virginia convocó a una Convención General en Annápolis, Maryland, para discutir temas comerciales y proponer al Congreso nuevas leyes. Esa Convención, reunida en 1786, fracasó porque apenas asistieron a ella cinco estados. Pero Alexander Hamilton, el prestigioso representante de Nueva York, que había luchado en la Guerra de Independencia como asistente militar de Washington, asumió con apoyo la idea de convocar una nueva Convención General con los mismos objetivos, la cual debía reunirse en Filadelfia. Esta vez la idea funcionó y todos los estados, salvo Rhode Island, asistieron. La Convención se instaló en Filadelfia el 25 de mayo de 1787. Su objetivo era discutir problemas de comercio interestatal, pero aprovechando el ambiente favorable para crear un gobierno fuerte y eficiente, los integrantes decidieron asumir las tareas del Congreso, de modo que con ulterior y resignada aceptación de este eligieron nuevos delegados, que se encargaron de elaborar y aprobar una verdadera Constitución que lograra al fin la urgente unión de los estados.

Los delegados fueron cincuenta y cinco, todos hombres, blancos, ricos e influyentes. No había, por supuesto, mujeres ni indios ni negros. Estuvieron ausentes Jefferson, embajador en Francia, John Adams, embajador en Inglaterra y Patrick Henry, que fue electo y se negó a asistir. Pero en cambio estuvieron presentes Washington, Franklin, Hamilton, Madison, Dickinson, James Mason, James Wilson, Gouverneur Morris, Roger Sherman, Charles C. Pinckney y muchos otros, casi todos participantes en la revolución. Eran ex-

presión de una élite de abogados, plantadores esclavistas, militares, terratenientes, comerciantes y empresarios navieros, con lo que queda claro que se trató de una reunión conservadora, defensora del *statu quo* del que las clases propietarias representadas por ellos se beneficiaban. No obstante, aprobar una Constitución republicana como hicieron, implicaba realizar un importante cambio dentro de esos parámetros y dejar cierto espacio para la participación del pueblo. Y además, en su seno se expresaron opiniones polémicas minoritarias, sobre todo antiesclavistas, en las voces de delegados como Luther Martin, de Maryland, Roger Sherman, de Connecticut y Rufus King, de Massachusetts. Un hecho importante es que los delegados decidieron desde el principio discutir en secreto sin que las opiniones y los debates trascendieran al público hasta no tener redactada y aprobada la Constitución y así poder informar entonces al país. Fue sin duda una decisión prudente que evitó conflictos y problemas antes de que se hubiese dado fin a la tarea propuesta. Otra decisión prudente fue que se puso un límite, el 17 de septiembre, para concluir las reuniones de la Convención y tener listo el texto constitucional.

Coincidir en la necesidad de crear un Estado federal, en lo que estaban de acuerdo todos o casi todos los delegados, no excluía de ninguna manera que entre los representantes de las diversas excolonias hubiese serias diferencias en torno al carácter de ese Estado, a sus componentes y a las condiciones en que a él se integraría cada una de ellas. Eso explica que las discusiones buscaran siempre llegar a acuerdos haciendo mutuas concesiones lo que no siempre resultó fácil pues había contradicciones serias en los temas más importantes. Había en todo caso acuerdo casi unánime en crear una República y no una suerte de monarquía, algo que empero se atrevió a insinuar Hamilton al proponer una Cámara de Senadores y una Presidencia vitalicias[8]. Había acuerdo en que el nuevo Estado republicano contara con tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial; en que ese Estado asumiera las atribuciones de interés nacional (defensa, relaciones internacionales, comercio exterior e interestadal), que rebasaban las de las excolonias; y en que había que reconocer que los estados grandes, siendo más poblados, debían tener mayor peso que los pequeños. Pero había divergencias en lo tocante a la composición y atribuciones del legislativo; a la elección y los poderes del Presidente como cabeza del ejecutivo; a la elección y los alcances del poder judicial y a la forma de concretar la separación de

poderes entre ejecutivo y legislativo para evitar que uno de ellos se impusiera al otro. Se aprobó que el legislativo tuviera dos cámaras y que la de Representantes se eligiera mediante voto popular, pero lo que estuvo a punto de hacer fracasar la Convención fue el tema de la representación de los estados pequeños en la Cámara senatorial.

El otro aspecto conflictivo fue el del candente tema de la esclavitud. Los convencionistas, conscientes de que en torno a él se definía la contradicción principal, que oponía en este caso al Sur y al Norte, trataron de eludir su discusión por todas las vías y de la manera más hipócrita, evitando incluso mencionar las palabras «esclavo» y «esclavitud» y reemplazándolos por cínicos eufemismos y paráfrasis. Pero expulsado por la puerta, el explosivo tema regresó por la ventana cuando hubo que hablar de impuestos y de tarifas a la importación, en lo que salía a relucir que en ello estaban implicados los esclavos y la trata. Y lo mismo sucedió al calcular la cifra de población incidente sobre la de Representantes que le tocaba elegir al Sur para la Cámara baja del Congreso y sobre la exigencia del mismo Sur de que el Norte le devolviera los esclavos prófugos. Pero para no verme forzado a repetir las cosas, creo que es hora de entrar a examinar la Constitución federal, y al hablar de ella examinaré, junto con otros puntos clave, la forma hipócrita y hasta cínica en que quedaron recogidos en la Constitución esos problemas relativos a la trata, la esclavitud, el conteo sudista de los esclavos como pobladores y la obligación aceptada por los estados del Norte de devolverle a los sudistas los esclavos prófugos.

La Constitución de 1787

La Constitución de Estados Unidos, que comienza con la famosa frase «Nosotros, el pueblo…», es un texto relativamente corto; pero lo parece más de lo que es cuando solo se dice que a diferencia de constituciones modernas que contienen varios centenares de artículos, la norteamericana abarca apenas siete. Porque al examinar esos artículos se aprecia que corresponden a lo que en esas constituciones modernas se llaman títulos y que en el texto estadounidense los llamados artículos se dividen en secciones, que en los dos primeros de ellos son numerosas. De todas formas es corta, carece de las largas reflexiones políticas y filosóficas que a veces hacen pesadas a las constituciones más modernas y es en realidad bastante pragmática, por lo que elude justamente revelar el fondo

filosófico o político que está en la base de sus decisiones. De los siete artículos el primero, que es también el más largo, se refiere al Poder Legislativo, que consta de dos cámaras, una de Representantes y otra de Senadores. La primera está integrada por miembros elegidos por votación en los estados de acuerdo a la población de cada uno de ellos; la del Senado consta de dos senadores por cada estado, no importando si este es grande o pequeño y con independencia de su cifra de población. Además, esos senadores no se eligen por votación popular sino por medio de la decisión de las legislaturas de cada uno de los estados. Las otras secciones del artículo se refieren a las atribuciones de los legisladores y a las atribuciones y al funcionamiento de ambas cámaras, lo mismo que a sus relaciones con el Poder Ejecutivo. El poder del Senado, Cámara no electa, es empero mayor que el de la Cámara electa, la de Representantes. El segundo artículo se refiere al Poder Ejecutivo y en su versión original es bastante confuso y problemático. El Poder Ejecutivo lo ejerce el Presidente de los Estados Unidos, quien gobierna el país por cuatro años y lo acompaña un Vicepresidente designado para el mismo período. El sistema de elección de ambos es estatal e indirecto, no hay voto popular, y sus electores son los colegios electorales de los respectivos estados, integrados por un número de electores igual a la suma de representantes y senadores a que el estado tenga derecho en el Congreso. El voto de esos electores decide el candidato ganador en el estado, de modo que quien obtenga más votos de electores estatales en la suma de todos los estados es el ganador, tanto en el caso del Presidente como del Vicepresidente. El resto del largo artículo describe los requisitos, funciones, tareas y límites legales del Ejecutivo y se refiere a sus relaciones con el Poder Legislativo. El tercer artículo se refiere al Poder Judicial y solo dice que se deposita ese poder en una Corte Suprema y en los tribunales que el Congreso instituya y establezca; y que los jueces continúan en funciones mientras observen buena conducta. El cuarto artículo se refiere a las relaciones entre la Unión y los estados y a sus respectivos derechos. El quinto se refiere a las enmiendas a la Constitución y al proceso a seguir para hacerlas efectivas. El sexto señala que las deudas y compromisos de los estados previos a la aprobación de la Constitución serán asumidos por los Estados Unidos y que todos los funcionarios o miembros de todos los poderes deben jurar fidelidad a la Constitución, pero advierte que nunca se exigirá una declaración religiosa como condición para ocupar

ningún empleo o mandato público de Estados Unidos. El séptimo y último artículo establece que para que la Constitución entre en vigencia se requiere que al menos las convenciones de nueve de los estados (para ese entonces los estados eran trece) voten a favor de su ratificación. Esta es pues, una corta síntesis del texto de la Constitución de 1787 en su versión original. En lo que sigue voy a tratar de hacer una evaluación y una lectura crítica del mismo.

No cabe ninguna duda de que la Constitución de Estados Unidos tiene enormes méritos históricos y de que esos méritos deben ser reconocidos sin ambages. Los líderes estadounidenses de 1787 supieron con esfuerzo salir de la crisis en que se hallaban y de los peligros internos y externos que los amenazaban. Y lo hicieron atreviéndose en buena medida a romper con el pasado al rechazar los cómodos caminos tradicionales de restablecer la monarquía o aceptar un régimen militar autoritario y eligiendo, en cambio, crear e implantar un sistema de gobierno que en esos términos y hasta esos tiempos no había sido ensayado ni implantado en ningún país del mundo. Ni siquiera en Inglaterra, a la que cuando más podría calificarse de monarquía constitucional, aunque sin Constitución realmente escrita. El arriesgado camino elegido por la élite estadounidense de 1787 fue el de crear una república y no una monarquía republicana, una república con división de poderes y cierto grado de participación popular basada en una Constitución moderna de la que para entonces se podría decir que en ciertos aspectos apenas esbozados era hasta revolucionaria. Una Constitución republicana, discutida y aprobada con toda libertad por hombres libres calificados por ellos mismos de ser el pueblo. Es decir, una Constitución discutida y aprobada por una sociedad de ricos y cultos propietarios masculinos blancos, con total exclusión de las mujeres, de los hombres blancos pobres; y en su caso particular de los negros, a los que se mantenía sujetos a la esclavitud, y de los indios, que ni siquiera eran considerados por ellos seres humanos plenos y a los que se exterminaba y escalpaba sin cargos de conciencia.

Esa es sin duda su grandeza histórica. Pero hasta allí llega su modernidad, una modernidad que con razón hoy nos parece totalmente del pasado: vieja, injusta y superada. Porque es justamente por esta sujeción suya a ese elitesco, excluyente y socialmente perverso marco histórico propio del liberalismo que le sirvió de modelo societario, que comienzan y se agudizan con el tiempo las serias limitaciones de esa Constitución y del sistema sociopolíti-

co creado por los convencionistas de 1787, y que disimulándolas con los remiendos que se le han ido añadiendo a la Constitución en los siglos siguientes para no tener que reemplazarla por otra más moderna que sea realmente democrática, los estadounidenses de sucesivas generaciones, desde entonces hasta el presente, siguen defendiendo esa auténtica momia jurídica que es su Constitución como si su arcaica validez dieciochesca la sacralizara e hiciera eterna y como si en verdad fuera la mejor y más democrática Constitución del mundo. E igual sucede con su elitesco y envejecido sistema político basado teóricamente en ella, al que los estadounidenses de hoy siguen considerando como el mejor y más democrático sistema de gobierno del planeta.

Un sistema por cierto en el que, solo para señalar por ahora una entre tantas críticas posibles, mientras todas las modernas constituciones del llamado mundo occidental, latinoamericanas y europeas, que en tantas cosas han tratado de imitar a Estados Unidos, eligen sus presidentes por votación popular, directa y universal, Estados Unidos los sigue eligiendo aún por colegios electorales, en elecciones elitescas de segundo grado como si vivieran aún en el siglo XIX. Porque aunque el tiempo y el mundo que cambiaba los forzaron a hacer elecciones populares que no estaban incluidas en la Constitución, los conservadores y arcaicos colegios estadales, sacralizados por esta, organismos propios de un sistema elitesco que desconfía del pueblo, del verdadero, y que estima que lo mejor es mantenerlo lejos del poder, son todavía, ya entrado el siglo XXI, los que eligen al Presidente. En una elección que, para completar el cuadro de atraso, es más una tramposa suma de elecciones y votos estadales de segundo grado que una suma directa y sin mediaciones de todos los votos populares del país, como sería propio de cualquiera elección presidencial de carácter nacional, es decir, la que hacen todos los otros países, los que se rigen, no por momias jurídicas del siglo XVIII sino por constituciones más modernas y, sobre todo, más democráticas.

Pero veamos de una vez lo que serían en mi opinión varios rasgos o componentes clave de la Constitución estadounidense.

Una Constitución pre o protocapitalista

Esto puede sonar paradójico y en realidad lo es: que la sociedad más capitalista, industrial y desarrollada del mundo y que se sigue autocalificando de ser la más moderna de todas siga teniendo como

Constitución un texto anterior a todos los sustanciales cambios revolucionarios, socioeconómicos, políticos y culturales que llevaron al triunfo del capitalismo como modo de producción dominante dentro del sistema económico y social; cambios que están todos asociados al triunfo de la Revolución francesa y a su expansión napoleónica sobre Europa, al crecimiento económico de la Gran Bretaña, a la moderna revolución agrícola, al rápido crecimiento urbano, al traslado masivo de población del campo a la ciudad, a la aparición y crecimiento de la clase obrera moderna; al reemplazo de la artesanía y la manufactura por la gran industria mecanizada; esto es, a los avances tecnológicos que contribuyeron al desarrollo y triunfo de la gran industria, o dicho en otras palabras, a la Revolución Industrial que acompañó y fue sustento del triunfo del capitalismo como sistema y que es la obra no de Estados Unidos sino de la Europa del siglo XIX, sobre todo de Inglaterra, pero también de Francia y otros países europeos.

Por supuesto que en este caso pre o protocapitalista no significa feudal ni atrasado. Significa tan solo lo dicho: que es previa al triunfo del capitalismo moderno, industrial, como sistema dominante. No había propiamente feudalismo en Estados Unidos, varias de cuyas colonias estaban iniciando formas e instituciones propias de las etapas mercantil y manufacturera del capitalismo, aunque en pequeña escala. Tampoco quiere decir que los llamados Padres Fundadores fueran defensores del sistema tradicional de propiedad agraria. Los del Norte compartían rasgos asociados a la agricultura productiva en haciendas no esclavistas o con muy pocos esclavos, a la producción mercantil, la manufactura y el comercio exterior. Y el esclavismo de los propietarios del Sur, aunque no apuntaba a ningún desarrollo independiente como el Norte, era gran productor en monocultivos que los ataban a dependencia capitalista exterior como exportadores de bienes agrarios y compradores de bienes elaborados en Europa o en el propio Norte. En fin, que esa élite estadounidense la formaban hombres modernos, cultos y bastante avanzados para su época. Su pensamiento era mayoritariamente burgués, liberal. Pero el hecho clave es que por modernos y avanzados que ellos fueran, el capitalismo y la gran industria no habían aparecido y triunfado todavía, y menos aún en los Estados Unidos, que eran una sociedad colonial, agraria, comercial, manufacturera y sujeta al dominio de los esclavistas en el Sur. En 1776, por cierto, año de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, aparece el libro

de Adam Smith *La riqueza de las naciones* y lo que el autor escocés analiza en él es el capitalismo manufacturero, el único existente para entonces, pues apenas se iniciaba en Inglaterra la Revolución Industrial. El desarrollo capitalista estadounidense, realmente muy rápido y brutal, el que empieza a transformar aceleradamente la sociedad de Estados Unidos de agraria en industrial, es cosa del último tercio del siglo XIX, luego del costoso triunfo del Norte en la sangrienta Guerra Civil de 1861-1865; es decir, casi un siglo después de la aprobación de la Constitución, que había empezado ya para entonces a mostrar sus límites. Una rápida mirada económica a los Estados Unidos de 1787 nos ayudaría a entender mejor esto.

La Constitución es expresión de acuerdos entre diversos intereses propios de las excolonias que intentan crear un Estado que las agrupe y unifique, y además producto de la situación concreta que viven en tal sentido los recién independizados territorios que van a integrarse para formar los Estados Unidos. Hay que caracterizar para ello qué es la sociedad estadounidense de 1787 al reunirse la segunda Convención de Filadelfia, la que produce la Constitución. *Grosso modo* coexisten en ella varias sociedades diferentes que intentan unirse bajo un Estado único, un Estado federal. Son el Norte y el Centro por un lado, el Sur por el otro; y en grado menor el naciente Oeste.

Sin ser todavía capitalista y menos aún industrial, porque ni siquiera lo es para ese entonces Inglaterra, las colonias del Norte serían las más cercanas al capitalismo, pero apenas entrando a su fase manufacturera. En realidad, el Norte sigue siendo mayoritariamente agrícola, pero está más urbanizado, dominan en él comerciantes y manufactureros, dueños de manufacturas y pequeñas empresas y de minas, comerciantes y dueños de empresas navieras que participan en el comercio triangular en el que es esencial la trata. Hay cierto espíritu capitalista en ascenso, pero aún falta mucho para llegar al desarrollo industrial que solo se logrará después de la Guerra Civil, en el último tercio del siglo XIX. En el Norte domina casi por completo el trabajo libre. Hay artesanos, obreros, trabajadores y mucha pobreza y desigualdad. La esclavitud ha ido perdiendo importancia aunque todavía existe en varias zonas, pero está desapareciendo. Los delegados del Norte en la Convención no son esclavistas: son abogados, intelectuales y propietarios de Boston.

El Centro comparte rasgos con el Norte y el Sur, aunque sus similitudes son mayores con el Norte. Cierto que hay grandes

plantaciones y esclavos, pero va dominando la mano de obra libre, y lo principal son comerciantes, pequeños y medianos productores manufactureros, y sobre todo las numerosas empresas navieras que se dedican al comercio marítimo y al tráfico de esclavos. Cuenta con ciudades como Filadelfia y Nueva York y con importantes intelectuales y abogados.

El Sur, en cambio, es abiertamente esclavista. Es más bien rural, menos poblado y escasamente urbanizado. Es monoproductor agrario, dominado por los grandes plantadores de tabaco, de arroz y de azúcar que controlan el poder político y económico y que viven de explotar masivamente mano de obra negra esclava. Es rico, más rico que el Norte, pero sus desigualdades sociales son también más grandes, su desarrollo interno casi nulo y su producción basada en monocultivos para exportar hacia el Norte y hacia el exterior, se dirige no hacia el desarrollo manufacturero como el Norte sino hacia la dependencia tanto del propio Norte como del exterior, de países importadores de materias agrícolas (y pronto de algodón) como Inglaterra y Francia que, a cambio, le venden bienes elaborados y artículos de lujo. Pero cuenta con los principales y más lúcidos líderes y pensadores del proceso y su peso político y cultural en este cuenta mucho, de modo que las principales decisiones se toman a favor suyo. Son ellos los que dominan el debate sobre la Constitución y los que imponen en esta sus principales intereses.

El Oeste en cambio cuenta poco. La sociedad del Oeste es reciente pero está creciendo en población y territorio y esos nuevos territorios abiertos a la colonización están destinados (la Ordenanza del Noroeste es también de 1787, como la Constitución) a integrarse a los Estados Unidos como nuevos estados en igualdad de condiciones con los fundadores, los primeros trece. La sociedad del Oeste es rural, pero no campesina. No se trata de siervos de la tierra ni de medianeros sino de hombres libres, de granjeros o *farmers* independientes que trabajan con sus manos, se autoabastecen y producen excedentes para los mercados del Este. Pero en realidad se están formando al mismo tiempo dos *Oestes*, el Noroeste y el Suroeste, que comparten muchos rasgos pero que también tienen rasgos diferentes por depender una parte del Norte o Centro y la otra del Sur.

Los colonos blancos que vienen del Norte son racistas respecto a los indios y a los negros, pero entre ellos domina el trabajo libre y por su forma de vida como colonos son igualitaristas y democráticos entre ellos. Expulsan y matan a los indios, pero por lo general no tie-

nen esclavos. Los que vienen del Sur, en cambio, del área esclavista, y que son tan o más supremacistas blancos que los del Norte, tienden en cambio a ser terratenientes medianos o grandes y a reproducir la forma de vida del Sur del que proceden. Tienen o buscan tener esclavos y reproducir la esclavitud del Sur, del que son la ampliación territorial, como la del Noroeste es la ampliación del Norte.

Entre los colonos blancos racistas que van ocupando las tierras del Oeste el trato se basa en rasgos democráticos e igualitarios; como colonos, todos aprecian y defienden el trabajo manual, porque de él viven; y pronto empiezan a mostrar su rechazo antielitesco contra los hombres cultos y ricos del Este. Para la cuarta década del siglo XIX, cuando los hombres del Oeste sean más y estén mejor organizados –bajo el liderazgo de Andrew Jackson, plantador, esclavista y asesino de indios descrito como demócrata– van a entrar a jugar un papel importante tanto en la sociedad estadounidense como en el proceso de democratizar la propia Constitución, haciendo más amplia la participación de los hombres blancos como votantes, aunque sin modificar en nada el sistema electoral ni su carácter elitesco y censitario. Pero en 1787 nada de esto cuenta. El peso del Oeste, que también se combina pronto con esclavitud y que tampoco es garantía de democracia ni de revolución, es prácticamente nulo. En los Estados Unidos de 1787 el poder lo controlan los esclavistas del Sur, compartido en cierto grado con los abogados, comerciantes y líderes del Norte y del Centro. Y son ellos o sus representantes los principales intelectuales y políticos del nuevo país, sobre todo los plantadores virginianos, los que elaboran la Constitución y dominan por completo el panorama.

Una Constitución que no es democrática sino republicana y elitesca

La Constitución de Estados Unidos no es democrática, es republicana; y lo que se ha intentado en los siglos siguientes es añadirle una serie de remiendos para democratizarla un poco, pero sin poder evitar que mantenga su perfil republicano, que es estructural e inmodificable, pues la única forma de lograr cambiarlo a fondo sería abandonando esa vieja y atrasada Constitución para redactar y aprobar otra distinta, realmente moderna y democrática, algo que hasta ahora ha sido imposible.

La Constitución estadounidense es, pues, republicana, no democrática. Y es republicana en los dos sentidos usuales del

republicanismo clásico: republicana porque se opone a monarquía, y republicana porque se opone también a democracia.

La oposición entre republicanismo y monarquía está clara, o mejor dicho, parece clara, pero no siempre es así porque a lo que el republicanismo se opone es a la monarquía absoluta, la de derecho divino, pero en cambio puede convivir perfectamente con la monarquía siempre que se trate de una monarquía constitucional. Y de hecho lo hace en muchos casos, empezando por la Inglaterra del siglo XVIII, cuyo Estatuto, Declaración de Derechos u Ordenamiento de la Revolución de 1688-1689 fue una de las fuentes directas más importantes de la Constitución federal de 1787, como lo había sido pocos años antes de casi todas las constituciones estadales.

Para entender eso y con ello su oposición a la democracia, habría que explicar bien qué es el republicanismo. Y para hacerlo habría que ir a los orígenes de ambos, democracia y república, porque la democracia es griega, o para ser más exactos, ateniense, y el republicanismo en cambio es romano, de la Roma antigua, la Roma republicana. Y voy a intentar explicarlo de la forma más clara y sucinta.

La democracia griega, o mejor dicho, ateniense, primer modelo histórico aceptado o reconocido de democracia, es un sistema de gobierno o poder del pueblo, siempre y cuando se defina primero quién era en ella el pueblo y cómo se ejercía en ella el gobierno de este. La democracia ateniense era al mismo tiempo un régimen democrático y excluyente porque solo disfrutaban y participaban de él los hombres libres de la *polis*, que formaban una *polités* y no un *dêmos*, y estaban excluidos de ella las mujeres, incluidas las libres, los extranjeros, a los que se llamaba *metecos* y que eran muchos dado que Atenas era un puerto comercial; y por supuesto los esclavos, pues el sistema socioeconómico ateniense era esclavista, aunque esa esclavitud era más bien paternal y familiar y no a gran de escala como la romana. El protagonista y beneficiario de esa democracia no era el *dêmos*, ya que el régimen no se llamaba a sí mismo *dēmokratía* sino *politeía* o *policía*. Y se llamaba así porque era el gobierno de la *polis*, de la ciudad, tratándose en este caso de lo que modernamente llamamos una ciudad-estado, aunque el término tiene cierta ambigüedad.

Y en la *polis* esos ciudadanos compartían todos el poder. Los cargos, renovables a corto plazo, eran sorteados y los miembros de la *polités* electos para ello no podían negarse a ejercerlos. Además,

no había distinción para ellos entre libertad colectiva y libertad personal ni esta podía sobreponerse a aquella. Los derechos colectivos, los de la *polis*, privaban sobre cualquier interés personal. Dicho en otras palabras, ningún ciudadano podía negarse a participar en el gobierno de la *polis* porque de hacerlo perdería la calidad de ciudadano. La actividad de dirigir la vida y la marcha de la *polis* era justamente la política, de modo que todos ellos participaban en la política. Esa era su tarea, tarea permanente de todos, de modo que en la *polis* ateniense no tenía cabida alguna la idea moderna de gente que no se interesa por la política ni de una clase de políticos profesionales que vive de ella, pues la política era actividad cotidiana, permanente y obligatoria de todos los ciudadanos. Y en la medida en que los cargos de gobierno se sorteaban y todos los ejercían, gobernantes y gobernados, alternándose y cambiando de funciones, eran los mismos ciudadanos. No había pues entre ellos dominantes y dominados. De modo que pese a su carácter excluyente, la democracia ateniense era para los ciudadanos un auténtico modelo de democracia directa, participativa y protagónica.

Solo que esa democracia funcionó por unos pocos siglos. El crecimiento de Atenas, de su población, de su riqueza, las guerras, la aparición de inevitables desigualdades y, en consecuencia, de una aguda lucha de clases, todo ello condujo a generar conflictos sociales abiertos, a hacer brotar liderazgos populares tildados de demagógicos y amenazas de disolución de la democracia (o para ser más exactos, la disolución de la *politeía*) o de vuelta a la tiranía. Y es en ese contexto que tienen lugar las reflexiones políticas de Platón y de Aristóteles.

Platón y Aristóteles, los dos más grandes filósofos y teóricos políticos griegos, fueron ambos críticos y enemigos de la democracia. Platón así lo muestra en su famosa obra conocida como la *República* (que no se llama así, porque república es término latino, no griego, ya que el concepto de república no existía en griego antiguo. En su original griego la obra de Platón se titularía *Policía* o *Politeía*). Pero Platón y la *República* no son muy importantes en este caso. Y no lo son, en primer término porque en la *República* la teoría estadal de Platón es monárquica, absolutista, basada en la idea del rey-filósofo, hombre justo capaz de gobernar sin necesidad de leyes; y en segundo lugar porque en el diálogo el *Político* y en su ulterior obra *Las leyes* es que Platón reconoce que la idea del rey-filósofo no es suficiente para poder alcanzar un gobierno

estable y justo porque los hombres necesitan las leyes; y eso lo lleva a sugerir la idea del gobierno mixto. Es esta justamente la idea central que plantea y defiende luego con claridad Aristóteles al exponer su tesis de las seis formas de gobierno. Al hacerlo, Aristóteles muestra incluso con mayor claridad, de manera mejor explicada y fundamentada que Platón, su condena de la democracia, y lo hace en su también famosa obra la *Política* (que tampoco se titulaba así, pues en su original griego se la conocía como *Politeía*, o *Policía*, igual que la obra de Platón).

En su *Política*, Aristóteles describe seis formas de gobierno, de las que tres son buenas y tres malas, porque cada una de las buenas puede convertirse en una de las malas, la que puede derivar de ella, o darle origen al desviarse o corromperse. Las buenas son la *monarch*ía, que es el (buen) gobierno de una persona; la *aristokratía*, que es el (buen) gobierno de unos pocos (a los que él califica de ser los mejores, pues *aristokratía* significa eso: gobierno de los mejores); y la que él llama *policía* (o *politeía*), que sería el (buen) gobierno de los muchos, o para ser más exactos el gobierno propio de la *polis*, de la ciudad griega, ateniense o espartana. Y como contrapartida o producto de la corrupción de esas tres formas buenas de gobierno, Aristóteles nos describe las tres malas: tiranía, *oligarchía* y *dēmokratía*.

La *monarch*ía sería el buen gobierno de uno cuando sirve al bien o interés común. Si ese gobierno se corrompe deriva en tiranía, que sería el gobierno de uno que en lugar de gobernar para el bien común gobierna para el bien propio. La *aristokratía* sería el gobierno de pocos siempre y cuando gobiernen para el bien común. Si ese buen gobierno se corrompe deriva en *oligarch*ía, el gobierno de un grupo, de pocos (*oligos* significa pocos), no en función del bien común sino de su propio interés. La *politeía* o *policía* sería el gobierno de muchos si gobiernan para el bien común, para toda la *polis*, y la *dēmokratía* sería ese mismo gobierno al corromperse y dejar de gobernar para el bien común y hacerlo solo para la chusma o populacho, pues *dêmos* en griego significa pueblo, pero para Aristóteles la palabra tiene una connotación claramente negativa.

Es de notar que Aristóteles, tan objetivo y lógico como pretende ser, hace una trampa en función de sus preferencias o su desprecio por algunos de los gobiernos que describe. En términos objetivos el gobierno de pocos debería llamarse *oligarchía*, que en griego significa justamente «gobierno de pocos», y no *aristokratía*, que sería el gobierno de los mejores, expresión no objetiva sino calificativa por-

que para Aristóteles esos pocos con los que él se identifica serían al mismo tiempo los mejores. (Y porque él cree que el paso histórico ha sido de monarquía a aristocracia). Hay pues aquí una trampa metodológica que falsea una descripción objetiva al introducir en ella un juicio personal de valor. En realidad el buen gobierno de unos pocos tendría que llamarse *oligarchía*, dicho sin connotación alguna, y al malo habría que haberle escogido otro nombre, algo que Aristóteles no hizo (Polibio lo intentó luego). Solo que después de más de milenio y medio de uso ya no es posible cambiar eso, de modo que el gobierno de pocos quedó llamado *aristokratía* o gobierno de los mejores y su forma perversa oligarquía, que es gobierno de pocos y debía carecer de connotación moral.

Lo mismo pasa con la *dēmokratía* o democracia porque cuando en los libros y estudios políticos modernos o actuales se describe la clasificación aristotélica se hace otra trampa, esta vez no obra de Aristóteles sino de sus traductores o comentaristas, que falsifican al filósofo griego haciendo de él un defensor de la democracia. Para Aristóteles la *dēmokratía* o democracia es una forma corrupta de la forma buena que él llama *policía* o *politeía* y que por supuesto no tiene nada que ver con la siempre sospechosa institución uniformada y armada que modernamente llamamos policía sino con la *polis*, la ciudad griega, el espacio de su democracia. *Politeía* o *policía* significa gobierno de la *polis*, esto es, de la ciudad ateniense, también sin connotación, pero *dēmokratía*, su forma corrupta, que como todos saben significa gobierno del pueblo, sí viene acompañada en cambio de su carga negativa, pues para Aristóteles, crítico y enemigo de la democracia, el pueblo es una chusma incapaz de gobernar en otra forma que no sea provocando choques sociales y llevando a la sociedad al caos del que solo puede salir la tiranía.

Y es para salir de ese círculo vicioso, que como todo círculo vicioso tiende a repetirse sin cesar, que Aristóteles en busca de una forma estable y justa de gobierno, propone una combinación de las tres formas buenas: de *monarchía*, *aristokratía* y *policía* o *politeía*, pero no en proporciones iguales sino con bastante de *monarchía*, más todavía de *aristokratía* y algo, no mucho, de *policía* o *politeía*, porque el pueblo es siempre inmaduro, voluble, peligroso. Y es de esta propuesta aristotélica que los romanos van a sacar siglos después la idea de lo que se llama desde entonces República o *Rēs pūblica*, esto es, la cosa pública, que va a ser la forma de gobierno que prefieren como modélica por considerar que es de todas la mejor,

la más equilibrada y más estable. Pero cuando esto se expone en los libros usuales de teoría política, se suele falsear los nombres y se pone a Aristóteles a combinar *monarchía*, *aristokrat*ía y *dēmokratía*, lo que es un error porque Aristóteles habla de combinar *monarchía*, *aristokratía* y *politeía*, ya que –como debo repetir– para él democracia o *demokratía* no es una forma buena sino una forma corrompida.

Ahora bien, el republicanismo es eso: la *república* sería el gobierno que combina en proporciones desiguales lo mejor de las tres formas clásicas de buen gobierno a fin de lograr con ello la mayor estabilidad política en función del mayor bienestar social. Y el término no es de Aristóteles ni de Platón, porque no existía en griego, sino que es romano, de los antiguos romanos, es término latino, *Rēs pūblica*, cosa pública. Platón y Aristóteles nunca hablaron de república sino de *politeía*, de *policía*.

Y lo que domina desde entonces en Europa o en Occidente, desde el fin de la Roma antigua hasta el siglo XVIII por lo menos, es esa visión de temor y condena de la democracia, heredada de Aristóteles, porque democracia es el gobierno de la chusma, de una mayoría popular peligrosa, inconstante, voluble, impreparada y dominada más por los sentimientos y las emociones que por la razón, lo que hace que todo gobierno democrático conduzca en forma inevitable al caos y a la tiranía.

Lo que los autores más modernos de los siglos XVI y XVII empiezan a promocionar es la república, imitada de los antiguos romanos y en menor medida de las repúblicas oligárquicas y burguesas medievales, italianas o flamencas. Y luego, en el siglo XVIII, salvo excepciones como Rousseau, que defiende la democracia como válida en sociedades pequeñas y de poca desigualdad, los autores europeos que exponen tesis políticas liberales, aunque a veces se atreven a hablar de democracia, lo que en verdad promocionan como modelo moderno de Estado es la república, por supuesto una república de propietarios. Y Locke, que junto con Montesquieu es el más estudiado y admirado por los Padres Fundadores estadounidenses, es el mejor ejemplo de eso.

Esos autores europeos ilustrados, al condenar o criticar, como lo hacen, el derecho divino de los reyes, se ven obligados a aceptar su contrapartida, que es que no viniendo ya de Dios, la legitimidad de todo poder debe entonces proceder del pueblo. Pero no para que este, siempre sospechoso y despreciado, ejerza directamente el poder sino para que lo delegue en la minoría culta y dueña de

bienes (incluidos entre esos bienes los esclavos) ya que esa minoría ilustrada es la única apta para gobernar mediante alguna forma de gobierno censitario, necesaria para mantener a la masa del pueblo lo más distante del poder. La Constitución de Estados Unidos parte de esa idea republicana, la comparte a plenitud, la asume incluso en su visión antimonárquica, y la adapta a las peculiaridades y necesidades de la sociedad que quieren construir esas excolonias americanas en 1787 para crear su Estado, un Estado que les conserve sus derechos y que al mismo tiempo sea estable, es decir, un gobierno republicano y al menos nominalmente federal.

Una Constitución que no es excepcional ni obra de semidioses

La Constitución de Estados Unidos no es, por supuesto, la obra divina e inspirada por Dios que todavía se enseña a los estadounidenses a venerar como si se tratara de los Evangelios de su propia religión y con la misma veneración que se tributa a los llamados Padres Fundadores como si estos, mediante su identificación con una *voluntad general* absoluta y exclusiva, no hubiesen tenido otra meta que la de crear los Estados Unidos, y como si para lograr ese único objetivo hubiesen dejado completamente de lado sus intereses personales y de clase. Con sus innegables méritos históricos, que se ven cada vez más lejanos, y con las graves limitaciones que su texto puso desde el principio en evidencia y que cada día se hacen mayores y más retrógradas, la Constitución estadounidense es el producto de la Segunda Convención de Filadelfia y fue elaborada y redactada luego de varios meses de intensa discusión por un grupo de hombres, cincuenta y cinco en total (al final reducidos a cuarenta y dos); hombres que formaban parte destacada de la clase dominante de los estados que intentaban crear el nuevo país y que actuaron como representantes de once, doce al final, de esas trece excolonias convertidas en estados que estuvieron presentes en esa Convención de Filadelfia.

Ese grupo de hombres (no había entre ellos mujeres, que ni siquiera existían como sujetos políticos en ningún país de entonces) era sin duda culto, bien informado. Eran una auténtica élite (como lo era aquí en Venezuela la que asistió al Primer Congreso en 1811) y hay que admitir que la mayor parte o los principales de esos hombres tenían como interés primordial o dominante (pero por supuesto no único) construir los Estados Unidos, reuniendo

en ese nuevo Estado a las trece excolonias que debían formarlos pero sabiendo que para alcanzar ese objetivo no bastaba apoyarse en las similitudes existentes entre ellas, sino que era también inevitable enfrentar las diferencias y contradicciones que las oponían y tratar de hacer las concesiones necesarias para llegar a acuerdos que salvaran la amenazada Unión.

Esos hombres tenían pues intereses, sobre todo económicos, distintos y visiones distintas de la economía y la sociedad. Y esos intereses económicos elitescos, propios de ricos propietarios como ellos, que por supuesto se hacían llamar el pueblo pero que solo eran la sociedad civil de propietarios de Locke y del liberalismo que todos, unos más que otros, profesaban, pesaron en todas sus discusiones y en sus enfrentamientos.

Por supuesto, sus intereses económicos no eran siempre los mismos y, de hecho, a menudo estuvieron enfrentados. Pero se ha dicho que su gran mérito estuvo en haber subordinado muchos de esos intereses al interés general de unir a las excolonias, creando el nuevo Estado federal que era objetivo de la Convención. Hay sin duda mérito en haber logrado ese objetivo, que tuvo costos y provocó intensas discusiones, pero esto del mérito y del sacrificio hecho para lograrlo resulta cuando más una verdad a medias porque tampoco hay que exagerar el mérito, ya que ese Estado por aprobar era un objetivo común a todos ellos pues iba a ser *su* Estado y a servir a *sus* intereses económicos y políticos. Aunque las discusiones fueron en algunos casos violentas, al final solo tres se opusieron a la Constitución, al menos en la Convención misma. Lo que ocurre es que la historia oficial estadounidense más adoradora de sus sagrados Padres Fundadores ha omitido esas discusiones, a veces intensas, y esos conflictos frontales para poder presentar a todos los miembros de la Convención como una admirable pléyade de seres inspirados (Jefferson desde París los calificó de semidioses) y a la Convención como encuentro bucólico lleno de puro idealismo compartido, desprovisto por completo de intereses económicos de grupos o de clase.

Basados en los apuntes de Madison, los diarios de debates de esa Convención –que hoy son accesibles con facilidad pues son varias las ediciones baratas de ellos que se han editado– muestran esas intensas discusiones, esas opiniones distintas, ese enfrentarse de ideas y posiciones diferentes y hasta opuestas, reveladoras casi todas de los intereses económicos y políticos que estaban en juego. Pueden apreciarse también las concesiones mutuas hechas

para llegar a acuerdos y hasta la muestra de que en varios puntos muy conflictivos el acuerdo solo se produjo por cansancio o agotamiento pues no se quería rebasar las fechas previstas para dar por culminada la Convención.

Pero lo más importante de todo esto no son las discusiones y los cruces de opiniones que nos muestran los diarios de debates varias veces editados. Lo central en esto es la puesta en evidencia de los intereses económicos que estaban en juego, algo que los diarios de debates no nos muestran, más allá de permitirnos hacer algunas sugerencias inferibles a partir de esas posiciones, pero sin dejarnos descubrir la presencia y magnitud de los intereses económicos de los convencionistas, algo fundamental para entender lo que estaba en juego e incluso para entender el propio contenido de clase de la Independencia estadounidense. La historia oficial norteamericana se encargó de ignorar o de mantener secreta por más de un siglo esa comprometedora realidad, mientras un autor como el historiador George Bancroft proclamaba en sus obras históricas que en esa Convención se había cumplido el sagrado plan de Dios para lograr que las trece colonias se convirtieran en Estados Unidos.

Y sacar esa realidad a la luz, provocando un gran escándalo, fue lo que hizo el brillante historiador estadounidense Charles Beard en 1913. En ese año, Beard, que era entonces un hombre joven, publicó un notable estudio titulado *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States* (*Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*). Todo el conservatismo norteamericano le cayó encima escandalizado y como no podía desmentir lo dicho por Beard lo atacó acusándolo de marxista, algo que consideraban ellos un delito mientras en cambio la izquierda progresista lo alababa por lo mismo. Beard lo negó sin hacer mucho énfasis en ello. Pero lo que importa no es esto sino la obra misma, porque pasado más de un siglo de su publicación y habiendo dado lugar luego a tantos debates y polémicas, lo cierto es que lo expuesto en esa obra no solo arrojó una necesaria luz sobre la Convención, sus miembros, la Constitución salida de ella y el proceso mismo de Independencia, sino que sigue teniendo, sobre todo en sus informaciones económicas acerca de los constituyentes, la misma vigencia que el primer día.

Beard muestra que los representantes a la Convención fueron elegidos de acuerdo a las pautas electorales establecidas por las constituciones de sus estados, lo que hizo que solo pudieran ser

representantes los propietarios de tierras, dinero y bienes como empresas, y que en algunos estados solo pudiera elegirse a los más ricos dado que sus constituciones exigían disponer de cifras de tierras o de dinero inalcanzables no solo para los pobres y los trabajadores manuales sino incluso para pequeños granjeros, artesanos o pequeños propietarios. Los casos más escandalosos fueron los de Carolina del Sur, Georgia y Nuevo Hampshire, pero los otros estados estuvieron cerca y los menos elitescos fueron Pennsylvania y Massachusetts.

Como bien apunta Howard Zinn, Beard desnudó el trasfondo económico que se ocultaba tras la Convención de Filadelfia y puso en evidencia la relación que guardaban las posiciones asumidas por los miembros de esta con su condición social y sus intereses de clase. En efecto, al final del quinto capítulo del libro, luego de hacer en él cortas y a veces no tan cortas biografías económicas de todos los cincuenta y cinco líderes miembros de la Convención, Beard nos hace un resumen de su análisis. El porcentaje más alto de ellos, dice, eran abogados, lo que no excluía que fuesen además plantadores esclavistas, terratenientes, comerciantes o especuladores y que estuviesen relacionados con diversos tipos de negocios, incluidos por supuesto los especulativos. La mayoría de los cincuenta y cinco la formaban los plantadores, ricos poseedores de tierras y esclavos, los comerciantes y navieros, y los empresarios manufactureros. La mitad del total de la Convención la formaban prestamistas de dinero con interés y 5/6 de esos cincuenta y cinco miembros, esto es, no menos de cuarenta de ellos, se beneficiaban con bonos del gobierno y especulaban con ellos y con hipotecas. Beard detalla la lista separando los especuladores grandes de los menores. Señala, además, que había también militares y clérigos igualmente propietarios de tierras o bienes, pero lo que no había en la Convención eran pequeños granjeros ni trabajadores mecánicos, es decir, manuales.

Beard no deja de señalar que no cree que los Padres Fundadores solo pensaran en sus intereses personales o de clase, pues todos o casi todos ellos querían conformar la Unión de las excolonias en un Estado, pero puede agregarse que no es menos cierto que tuvieran siempre presentes esos intereses de grupo o de clase. Y es ello lo que nos ayuda a entender sus polémicas y agudas discusiones, pues cada grupo tendía a defender su interés de clase, lo cual no siempre beneficiaba a los otros. El Sur se oponía a las tarifas protectoras que exigían los manufactureros del Norte, los prestamistas se oponían a que se les siguieran pagando sus acreencias con dine-

ro devaluado de papel, algo que de hacerlo perjudicaría entonces a los deudores. Los especuladores con tierras del Oeste exigían protección estatal contra competidores o contra sus opositores indios. Pero los defensores de los derechos de los estados le temían a un Estado federal fuerte. Y así en otros casos. Había pues muchos temas para discutir y muchos intereses económicos en juego.

Una Constitución que no es obra exclusiva de los Padres Fundadores

Evidentemente, no. No lo fue. Aunque este mito está muy arraigado en la mente de la gran mayoría de los estadounidenses, lo cierto es que los llamados Padres Fundadores, a los que Robert Dahl, uno de los más importantes y lúcidos estudiosos del tema y de todo lo tocante a democracia, prefiere llamar *Framers*, esto es, autores, creadores, redactores, no se sacaron la Constitución de sus cerebros como sacan los magos en los circos un conejo de un sombrero de copa que antes mostraron al público como si estuviera vacío. Tampoco les cayó del cielo, producto de un plan de Dios, como escribiera el ya citado George Bancroft. Los llamados Padres Fundadores o *Framers*, los que crearon y redactaron la Constitución de Estados Unidos, no crearon todo ni estuvieron exentos de recibir influencias poderosas e importantes. Su obra fue sin duda creativa y muy valiosa, original en muchas cosas, como he repetido ya varias veces. Pero aun siendo la primera Constitución moderna, esa obra fue en buena parte producto de diversas influencias tanto antiguas como modernas, es decir, contemporáneas suyas, influencias que ellos recibieron, reconocieron, manejaron con soltura y con espíritu creativo y adaptaron al contexto estadounidense de entonces en función del tipo de sociedad que intentaban crear. Y me parece importante hacer referencia a esas influencias que contribuyeron también a darle forma humana a esa divinizada Constitución.

La influencia más antigua es Aristóteles, con su idea de las seis formas de gobierno y de que un sistema político estable solo podía ser producto de la combinación en proporciones desiguales de las tres formas puras o buenas; modelo de sistema de gobierno que los romanos convirtieron en república, como vimos antes. De todos modos, parece que en muchos casos esa influencia quizá no se recibió en forma directa. Es cierto que la mayor parte de los convencionistas debió leer, o al menos conocer la *Política* de Aristóteles como estudiantes ya que eran en su mayoría abogados y hombres

cultos. Pero ellos eran políticos, no filósofos. En todo caso, habrían manejado a Aristóteles y a su teoría de los seis sistemas políticos por la vía de otros autores más modernos. El principal fue Polibio, famoso historiador griego romanizado que en el Libro VI de sus *Historias* explica la estabilidad de Roma por haber aplicado esta en forma perfecta el modelo aristotélico; modelo que él mejora y completa en la descripción que hace al respecto como auténtico sistema republicano, de república, y no de democracia. Justamente lo que buscaban los *Framers* o Padres Fundadores para dar forma a la ansiada unión de su país.

Polibio hace, en efecto, de las formas políticas aristotélicas, que él completa y corrige, una secuencia de la propia Historia. Después de un caos original, esta comienza por la monarquía, que luego degenera en tiranía. La tiranía resulta insoportable para los mejores hombres del pueblo, que asumen entonces el gobierno, constituyéndose así una aristocracia. Mas como a su vez, esta pronto degenera en oligarquía, el pueblo se subleva e instaura una democracia. Pero como el pueblo también se corrompe, la democracia se convierte en *oclocracia* o gobierno de la chusma. El ciclo conduce así a una nueva anarquía y esta a una nueva monarquía. Empero, Roma ha logrado romper ese perverso ciclo con la imposición de un régimen mixto en el que se combinan lo mejor de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia. Y ese régimen es una república, en este caso el mejor modelo real: la poderosa e invencible República romana. Como vemos, Polibio no solo da una versión más elaborada de lo que dice Aristóteles sino que lo corrige y lo completa. Lo corrige porque donde Aristóteles habría dicho *politeía* o *policía*, él dice democracia, lo que convierte a esta en una forma buena y deja vacío el puesto negativo que Aristóteles le daba como forma perversa del gobierno del pueblo. Y eso lo obliga a inventar, con el concepto de *oclocracia*, el término que debe llenar ese vacío. Y lo completa porque a la forma mixta que imaginara Aristóteles sin darle nombre, Polibio la llama república, en función de lo que era entonces la República romana. Esta información es muy importante porque la influencia de Polibio sobre la Convención de 1787 está más que demostrada, ya que desde París, Jefferson le envió a Madison, uno de los principales protagonistas de la Convención y el principal redactor del texto de la Constitución, el Libro VI de las *Historias* de Polibio, que es donde el autor grecorromano hace estas reflexiones que he resu-

mido, las que por supuesto incidieron sobre Madison y también sobre los otros constituyentistas.

Las otras influencias que estuvieron presentes en el pensamiento de los *Framers* e incidieron sobre la Constitución, influencias más recientes que Aristóteles o Polibio, algunas medievales y otras modernas, del siglo XVII-XVIII, son los Estatutos de la Revolución inglesa de 1688-1689, las obras políticas de Locke y Montesquieu, y también como referencia más lejana la *Magna Carta* inglesa de 1215, que algunos prefieren relacionar más con la ulterior Declaración de Derechos que con la Constitución.

La influencia más directa y cercana es la que ejercen Locke y Montesquieu. Como he dicho y examinado en capítulos anteriores, la influencia de Locke es fundamental. Los Padres Fundadores conocían a fondo su obra política, en especial el *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil* y compartían sus ideas y propuestas, su visión de la sociedad civil como sociedad de propietarios identificada con el pueblo que ellos decían ser, su apoyo a la esclavitud en nombre del derecho de propiedad del cual depende la condición de ciudadano; y su defensa abierta de la expropiación de las tierras de los indios y del derecho a expulsarlos o a matarlos por ser un obstáculo al progreso que ellos, los propietarios blancos y ricos, miembros de la sociedad civil, encarnaban. Pero en el terreno concreto de la Constitución la influencia de Montesquieu es mayor que la de Locke porque aunque este había planteado antes la división de poderes, la de Montesquieu era mejor y más completa. En efecto, Locke proponía tres poderes que en realidad se reducían a dos. Los poderes de Locke son legislativo, ejecutivo y federativo, poder poco claro y de menor jerarquía que quedaba subsumido en el ejecutivo. Y no hablaba de poder judicial porque a este lo incluía también en el ejecutivo, ya que para su época los jueces carecían de independencia. De modo que lo que contaba eran estos dos: ejecutivo y legislativo, y la necesaria separación entre ambos. Pero el modelo de Montesquieu, más de medio siglo ulterior al de Locke, es mucho más perfecto. El autor francés lo expone en detalle en su obra magna, *El espíritu de las leyes*, y allí habla de los tres poderes considerados desde entonces como clásicos: legislativo, ejecutivo y judicial, y también de la separación e independencia relativa de cada uno de ellos con respecto a los otros dos. Y ese es el modelo que siguieron y aplicaron los convencionistas estadounidenses en su Constitución.

La influencia de la *Magna Carta* es vaga y remota. La importancia del documento ha sido inflada por los historiadores ingleses, que describen la reunión en Runnymede de los nobles ingleses y el rey Juan sin Tierra en 1215 como una suerte de primer Parlamento del mundo y a sus artículos como antecedente de las constituciones modernas. Hay, sí, una vaga y lejana similitud y si la reunión de Runnymede puede ser vista como precursora, también podría ser descrita como una temprana caricatura de ambas cosas. De hecho, la *Magna Carta* no es más que el documento que los señores feudales ingleses de 1215 le hacen firmar al rey Juan aprovechando la situación crítica por la que pasa entonces la Corona. Y no es más que una suerte de contrato en que los feudales ingleses, en sesenta y un artículos exponen la larga lista de derechos suyos que el rey se compromete a respetar. Su verdadero valor, y esto sí no debe ser subestimado, es que en ella, como en la Bula de Oro que los nobles húngaros le hacen aprobar al rey Andrés II en 1222, los feudales, que solo defienden sus derechos y prerrogativas, logran imponerle al poder monárquico que reconozca que la ley limita su conducta y sus derechos. Y en ambos casos se trata de ley humana y no de ley divina. Es cierto que lo logran porque son un colectivo elitesco que se ha reunido para redactar una Carta contentiva de sus derechos, pero hacer de esto Parlamento y preludio de las constituciones y la democracia modernas no deja de ser exagerado. Pero además ocurre que esa idea, la de limitar el poder real, estaba ya presente en documentos más recientes que los convencionales de 1787 tenían a su alcance y que les resultaban mucho más útiles.

Uno de ellos, mucho más importante, son los llamados Estatutos de la Revolución inglesa de 1688-1689. Estos y las decisiones tomadas en las décadas siguientes por los gobiernos ingleses de Guillermo de Orange, María su esposa y Ana su cuñada, tuvieron una incidencia importante, aunque también crítica, en la conformación de la Constitución por los convencionistas de 1787. Los estatutos ingleses, que fueron producto del llamado Parlamento-Convención de 1689, establecieron la supremacía del Parlamento sobre la monarquía y el imperio de la Ley sobre las ambiciones absolutistas de esta, lo que había sido la causa de la rebelión contra Jacobo II, último de los Estuardo y último también de los reyes católicos que han gobernado Inglaterra. A partir de Guillermo de Orange el rey se somete a la ley y la ley solo puede ser elaborada y reformada por las dos cámaras del Parlamento y con el consentimiento suyo,

con lo que la monarquía inglesa se convierte en monarquía constitucional pese a que Inglaterra carece todavía de una constitución escrita. Además de ello, la interpretación de las leyes solo puede ser obra de los tribunales, lo que implica que los jueces, hasta entonces dependientes del monarca, han pasado a ser inamovibles e independientes de toda injerencia gubernamental. Los Estatutos aprueban también una moderada Ley de tolerancia religiosa que, de hecho, garantiza la libertad de culto. Y en los años siguientes se garantiza igualmente la libertad de imprenta, lo que excluye la censura previa y solo sanciona los delitos cometidos en el uso de esa libertad si la decisión es producto de un juicio ante los tribunales competentes.

A ese modelo los constituyentes norteamericanos le critican solo dos cosas básicas: la monarquía como forma de gobierno y la estructura de la Cámara de los Lores. Le criticaron a esos Estatutos la monarquía, pese a que se trataba de una monarquía constitucional sin constitución escrita, porque los *Framer*s eran, y se declaraban casi todos, republicanos convencidos (Como ya vimos, el único de ellos que elogió la monarquía inglesa y mostró abiertas simpatías por ella, además de proponer una Presidencia vitalicia del país, escogida por una minoría de selectos electores, y un sistema similar para la Cámara del Senado, también integrada por senadores vitalicios, fue Hamilton, algo que debilitó su protagonismo en la Convención, aunque lo recuperó más adelante en la polémica por la ratificación del texto constitucional por los estados).

Y aunque hay oposición clara entre una monarquía, que por más constitucional que sea es vitalicia y hereditaria, y una Presidencia, que por más fuerte que sea es electiva y de corta duración en el cargo para quienes la ejercen, no deja de haber cierta similitud entre esa monarquía limitada por el Parlamento y una Presidencia fuerte limitada por el Congreso, como ha mostrado la evolución ulterior de la Presidencia estadounidense, que cada vez más se acerca a una monarquía, y no constitucional sino absoluta.

La oposición a institucionalizar una Cámara Alta o Cámara de los Lores como la inglesa, cámara selecta y no electiva de la que forman parte de nacimiento y por vida los aristócratas, se apoyó en el doble argumento de que en Estados Unidos no había aristocracia y de que la burguesía y el pueblo de entonces rechazarían que se intentara tratar de instaurar una cámara superior no democrática, vitalicia, hereditaria y elitesca, para hacer que ella los dirigiese.

Pero el Senado de Estados Unidos no está muy lejos de la Cámara inglesa de los Lores porque es un poder parlamentario elitesco y superior a la Cámara de Representantes, equivalente en cierta forma a la inglesa de los Comunes, y porque como solapada Cámara de Lores –aunque no vitalicia sino renovable y electiva–, la Constitución estadounidense estableció que su elección no fuese democrática (solo desde 1913, producto de una enmienda, se la elige por voto popular); y porque como cámara se la formaba –y se la sigue formando– mediante la representación igualitaria de estados desiguales, dos senadores por estado, representación nada proporcional ni democrática de los estados que conforman la Unión. Y esa Cámara elitesca tiene más importancia y más poder que la de Representantes, la electa por cifra de población y por voto popular.

A propósito de esto conviene, para terminar el examen de la Constitución, detenernos a examinar con cierto detalle lo que fueron los temas más polémicos y conflictivos que ocuparon el debate de los convencionistas, temas que en más de una ocasión amenazaron con hacer fracasar la Convención y de los que algunos de ellos se resolvieron (o mejor dicho, se difirieron) a fuerza no solo de concesiones normales sino de paráfrasis hipócritas, de silencios cómplices y de frases que quedaron recogidas en el texto de los artículos y que al sacralizar y eternizar esos textos como se hizo luego, no sirven hoy para otra cosa que para poner en evidencia la hipocresía y el carácter arcaico de esa Constitución.

Una Constitución excluyente, racista y esclavista

Los Estados Unidos son el mejor ejemplo de las perversas e insolubles contradicciones propias del liberalismo; ejemplo nítido de cómo puede hacerse explosiva la usual contradicción entre libertad y propiedad cuando esa contradicción, inherente al liberalismo (que trata en vano de ignorarla, de disfrazarla o de hacerla pasar por normal), tiene por centro la esclavitud negra, con el inevitable racismo que esta genera; y de cómo esa prioridad ilimitada de la propiedad sobre la libertad puede terminar afectando, como en su caso, las libertades mismas de los propietarios de esclavos, porque en defensa de la primacía de la propiedad, las leyes esclavistas se ven forzadas a limitar aquellas, en perjuicio de sus derechos. Y como plantea Losurdo en su *Contrahistoria del liberalismo*, el Sur esclavista de los Estados Unidos es el mejor ejemplo de ello.

La Constitución de 1787 deja ver eso con toda claridad, pese a su intento hipócrita de actuar en defensa de la esclavitud sin mencionarla. Es un silencio que grita. Por eso quiero concluir el análisis de la Constitución examinando los temas más conflictivos que dominaron el debate acerca de ella y en especial aquellos en que la innominada esclavitud mostró sus garras y todo su poder. Esos temas fueron tres: el referente al Poder Ejecutivo, sus alcances y la forma de elegirlo; el del Senado y la representacion de los estados pequeños; y el de la *innominada*, bautizada luego en el Sur como *the Peculiar Institution*.

El poder, las atribuciones del Ejecutivo y su forma de elección

La polémica se planteó entre la idea de crear un Ejecutivo fuerte que se impusiera a los estados, como querían los que luego se hicieron llamar federalistas, y la de aprobar un Ejecutivo de alcance limitado que dejase mayor poder a los estados, lo que fue la propuesta de quienes se opusieron a los primeros.

Pero estas ideas, entre las cuales podía llegarse a un acuerdo haciendo mutuas concesiones, como en efecto se hizo, se cargaron desde el inicio de otros temas igualmente conflictivos. Fueron presentadas dos propuestas o planes. El primero fue el Plan de Virginia, elaborado por Madison y presentado por Edmund Randolph. Se lo llamó el Plan de los Grandes Estados (Virginia era el mayor y más poblado de todos). Proponía un gobierno nacional fuerte formado por los tres clásicos poderes, con un Congreso de dos Cámaras: Baja, electa por el pueblo de los estados según su cifra de población y Alta, electa por la Baja. El Congreso elegiría al Poder Judicial: una Suprema Corte, y al Poder Ejecutivo: un Presidente, de modo que el Legislativo sería el poder principal y la Cámara Baja, la única electa, expresión proporcional de la cifra de habitantes. De aprobarse su Plan, Virginia, el estado más grande y más poblado, al controlar la Cámara Baja podía, junto con los otros estados esclavistas, hacerse dueña del gobierno del país.

Esa propuesta asustó a los estados más pequeños, que propusieron otro proyecto, el llamado Plan de Nueva Jersey o Plan de los Pequeños Estados, presentado por William Paterson, con muchas diferencias con el de Virginia (legislatura de una Cámara; autoridad procedente de los estados y no del pueblo; Ejecutivo colectivo, y otras), pero cuya diferencia central con él era que se oponía a la representación proporcional en el Legislativo pues esos

pequeños estados temían por su futuro ya que se veían absorbidos por los estados grandes y perdiendo su derecho a estar representados. El producto de las discusiones fue que aunque se mantuvo la primacía del Congreso y su carácter bicameral, se aceptó un Ejecutivo fuerte y un Poder Judicial separado pero nombrado por el Ejecutivo. Lo que, por cierto, hacía que el sistema de poderes, aun quedando integrado por los tres de Montesquieu, se pareciera también al sistema de Locke, al admitir una Presidencia fuerte a la que se capacitaba para designar al Poder Judicial[9].

La elección del Ejecutivo, es decir, del Presidente, fue también un problema que por sus prejuicios antipopulares los *Framers* resolvieron contra el pueblo y contra la democracia y se lo transmitieron a los norteamericanos de las generaciones siguientes hasta hoy. Los *Framers* no querían que el Presidente fuera electo por el Congreso para que no dependiera de este, pero menos aún querían que fuera electo por el pueblo porque le temían, como Aristóteles, y deseaban mantenerlo en su sitio para evitar que se produjera el caos que estaban seguros se produciría al permitirle elegir al Presidente. Y ni siquiera lo permitieron tomando en cuenta que para ese entonces «el pueblo» eran ellos, o sea, los plantadores, manufactureros, abogados, comerciantes y especuladores con tierras y con bonos, ya que sabiendo las serias diferencias que los separaban, tampoco querían que la sociedad de propietarios se dividiera en partidos, lo que también, pensaban ellos, afectaría la estabilidad del sistema estable que intentaban crear. Y la única solución que se les ocurrió fue la de los Colegios Electorales, para que fuesen estos los que eligieran al Presidente. Cada estado dispone de un Colegio Electoral integrado por un total de electores que es igual a la suma de representantes y senadores que le corresponden. Y son esos electores colegiados los que votan por los candidatos a la Presidencia, pero con una simpática peculiaridad: el candidato que gana en el estado, así sea por un voto, se queda con todos los votos colegiados que le corresponden a ese estado. Esto, como señala Dahl, es lo que los ingleses, comparando la elección con una carrera de caballos, llaman «sistema del primero que cruza el disco», y que creo que nosotros, comparándolo con un popular juego de cartas, preferiríamos llamar «sistema de caída y mesa limpia». En pocas palabras, que el que saca más votos se queda con todos los votos del estado, y el perdedor, el que llega segundo, los pierde todos.

Ese sistema de elección por Colegios Estadales, el mismo que sigue funcionando hoy como sistema de elección presidencial en Estados Unidos, hace que la elección nada democrática del presidente estadounidense no sea en realidad tampoco una elección nacional como es en cualquier país democrático moderno, sino una elección estadal, es decir, de estados, en la que cada estado elige en segundo grado y por el «sistema de caída y mesa limpia» el Presidente que le gusta entre los dos únicos candidatos posibles, para que sumando y legalizando después el resultado de los votos de todos los Colegios Estadales del país en el Colegio Electoral Federal, el Congreso pueda proclamar como Presidente al candidato que haya obtenido más votos en los Colegios Estadales, es decir, al que haya ganado esos estados mediante el «sistema de caída y mesa limpia»[10].

Ese antidemocrático sistema funcionó mal desde el principio, y ya hablaré de cómo los resultados de la elección presidencial de 1800 obligaron a aprobar una enmienda para intentar corregir el problema. Pero además, la inevitable introducción ulterior del voto popular en el elitesco sistema, introducción a la que se hizo imposible resistirse, al conservar el Colegio Electoral, obra de los Padres Fundadores inspirados por ese temor al pueblo que los apologetas aún prefieren llamar «inspiración divina», es decir, al dejar el Colegio Electoral como el que decide la elección, lo que hizo fue empeorar las cosas porque con el sistema actual el voto popular no es más que un recurso para intentar dar un barniz democrático a un sistema elitesco de segundo grado que por supuesto no lo es. Esto es así porque lo más probable, es decir, lo más frecuente en ese doble sistema es que voto popular y «sistema de caída y mesa limpia» estadal coincidan, cosa que ocurre cuando el candidato que gana el voto popular gana también la mayoría de los estados, incluyendo entre ellos a varios de los más grandes y poblados, que son los cuentan con Colegios de más votos.

En esos casos el atrasado y perverso sistema electoral de Estados Unidos pasa por democrático y moderno sin tocarle un pelo a su momificada Constitución. Pero no siempre ocurre así. En ocasiones sucede que el candidato que gana el voto popular no gana la mayoría de los estados o no gana los estados más grandes, es decir, no logra la mayoría exigida de votos de los Colegios, porque la ha obtenido el otro candidato, el que ha llegado segundo en la votación popular. Y es entonces este último el que gana. Sin contar otros muchos casos de negociaciones y trampas en las alturas,

entre partidos y Congreso, esto ha ocurrido ya seis veces en las elecciones presidenciales estadounidenses, la penúltima en 2000 y la última en 2016.

El Senado, su forma de elección y la cifra de sus miembros

Pero resuelto el problema de la elección del Presidente, a los *Framers* les quedó por resolver otro problema candente: el del Senado, es decir, el del voto y la representación proporcional. Lo que se planteó aquí fue la lucha entre estados grandes y más poblados y estados pequeños y de menor población. Y el problema se planteó con el Senado o Cámara Alta del Congreso porque había prácticamente consenso en que los miembros de la Cámara de Representantes fuesen electos con base en las cifras de población de cada estado. De lo contrario, una Constitución que establecía la elección por Colegios del Poder Ejecutivo y le daba a este la facultad de designar el Poder Judicial sin elección y que careciera además del equivalente a una Cámara de los Comunes electiva no podría ser calificada de republicana y menos aún de democrática. Por eso, siguiendo el modelo inglés y adaptándolo a la realidad norteamericana, se decidió crear una Cámara Alta o Senado que tuviera más peso que la de Representantes y que no fuera aristocrática, vitalicia y hereditaria como la inglesa de los Lores, pero sí electa en forma indirecta. Así se lograría moderar y controlar el poder y las decisiones de la Cámara de Representantes.

Esto planteaba un doble problema: el tipo de elección y el tamaño de la Cámara Alta, pues esta no podía ser otra versión de la de Representantes. En efecto, de hacer la elección de la Cámara Alta también por población se estaría duplicando la Cámara de Representantes y además los estados pequeños quedarían reducidos y hasta amenazados de perder toda representación. Los delegados de estos propusieron entonces que cada estado, con independencia de su tamaño y de su población, tuviese la misma cantidad de senadores. Los delegados de los estados grandes insistían en la representación proporcional, haciendo ver, como hizo Hamilton, que Estado era un concepto abstracto y que lo único real era la población. Los delegados de los estados pequeños amenazaban con romper la Convención si no se les daba una representación igual a la de los estados grandes. Finalmente hubo que reconocer que no se trataba de una discusión sobre principios, sino de un crudo problema de poder y que de esta manera había que verlo.

Así, solo al final, cuando el enfrentamiento estaba a punto de hacer fracasar la Convención, los partidarios de la representación proporcional como Madison, Hamilton y James Wilson, aceptaron, solo por cansancio y porque se acercaba la fecha fijada para presentar la Constitución, el llamado Compromiso de Connecticut, uno de los más pequeños estados; y se decidió que las legislaturas estadales designasen los integrantes del Senado y que este estuviese integrado por dos miembros de cada estado, con independencia de su tamaño y cifra de población.

El resultado nada democrático de esto es que se crea un Senado con representación igual entre estados desiguales. Cada estado tiene dos senadores y estos no son electos sino designados por sus legislaturas. Y esa cámara elitesca y no electiva tiene más poder que la de Representantes, que es electa por cifra de población. Pero debe quedar claro que este derecho a voto, solo reducido a la elección de la Cámara de Representantes, fue delegado por la Convención a los estados, dejando que cada uno de ellos estableciera libremente las condiciones exigidas a la población para poder votar, de modo que lo que se impuso fue un régimen censitario variable en representatividad según las especificidades e intereses de cada estado.

El dominio pleno de la esclavitud

El tercer tema, el más importante, es el de la esclavitud, el de la *innombrable*, relacionado en buena parte con el último comentado, el de la población. Este tema clave, que está siempre en el fondo de todos los debates, se expresa sobre todo en tres puntos centrales recogidos en el texto de la eterna e inmodificable Constitución, esa que Bancroft consideraba obra directa y parte del plan del propio Dios.

El primer punto es el tocante a la trata y a su fecha de supresión. Es una victoria parcial y engañosa de los antiesclavistas y abolicionistas que formaban parte de la Convención porque estos querían eliminarla de una vez y no pudieron. Debieron conformarse con un pacto. Los esclavistas eran los dueños de la Convención y del país. Los abolicionistas estaban, en cambio, en total minoría y se encontraron por ello con una doble e insuperable resistencia. La principal fue la de los estados esclavistas que necesitaban importar negros de África o de las Antillas para sostener su sistema de plantación basado en la explotación de mano de obra esclava, pues con la excepción de Virginia y Maryland, que además de ser esclavistas y disponer de enormes plantaciones llenas de esclavos negros, también criaban y

exportaban esclavos para venderlos a los estados esclavistas vecinos como Carolina del Sur, Georgia y otros, todos ellos dependían de la trata. E incluso Virginia y Maryland, a los que esta no les era indispensable, también la necesitaban porque a fin de cuentas era un excelente negocio. La otra resistencia fue la de los estados del Norte y Centro, que tenían ya pocos esclavos, pero cuyas empresas de navegación estaban involucradas a fondo en el llamado *comercio triangular,* participando de la trata y haciendo negocios jugosos con ella. Por eso hubo que permitir la trata como comercio legal por otros veinte años más, que fue, luego de intensas discusiones, lo que terminaron por aceptar los esclavistas y tratantes.

Así, con su hipocresía habitual, la Constitución habla de que en el año 1808 se suprimirá la *importación de personas*. Este párrafo insólito y de difícil comprensión para un lector actual puede leerse todavía en el Artículo primero, sección 9, del texto constitucional vigente hoy en Estados Unidos. Para quienes no lo conocen o no lo hayan leído antes, el texto dice así:

> El Congreso no podrá prohibir antes del año de mil ochocientos ocho la inmigración o importación de las personas que cualquiera de los estados ahora existentes estime oportuno admitir…

Es de notar que para que la hipocresía sea mayor, el sibilino texto habla de «inmigración o importación de personas» como si fuera la misma cosa inmigrar que ser importado; esto es, alude a los esclavos como personas para no llamarlos mercancías, pero al decir que son personas importables, que se los puede importar, lo que está demostrando es que se trata de personas-mercancía, es decir, de personas que son tratadas como objetos o cosas importables, como textiles o animales.

El segundo punto clave es el de la devolución de los esclavos fugitivos. Se lee en el Artículo IV, sección 2 de la Constitución. En él la hipocresía se convierte en elegancia de estilo, y dice así:

> Las personas obligadas a servir o laborar en un estado, con arreglo a las leyes de este, que escapen a otros, no quedarán liberadas de dichos servicios o trabajos a consecuencia de cualesquiera leyes o reglamentos del segundo, sino que serán entregados al reclamarlos la parte interesada a quien se deba tal servicio o trabajo.

Ahora bien, si nos saltamos la hipocresía, las paráfrasis y los eufemismos, el texto lo que dice es que los esclavos sometidos a

las leyes propias de estados esclavistas, esto es, del Sur, que huyan de la esclavitud y se refugien en los estados del Norte, en los que la esclavitud no existe o no es legal de acuerdo a sus leyes propias, no solo no recuperarán por ello la libertad sino que una vez que sus amos sudistas los reclamen para que vuelvan a ser esclavos en el Sur tendrán que serles devueltos sin apelación alguna.

Lo más grave de este artículo y de su alcance no es tanto que ratifique, sin darle nombre propio, la esclavitud en los estados del Sur sino que se la imponga también a los del Norte; esto es, que convierta a todo Estados Unidos en territorio dominado por la esclavitud y sujeto a sus leyes. Las leyes de los estados esclavistas son válidas en todo Estados Unidos, incluso en los estados que rechazan la esclavitud. Las leyes de los estados del Norte en lo tocante a la esclavitud que rechazan, no son válidas ni siquiera en sus propios territorios ya que en estos imperan también las leyes esclavistas del Sur. Y es la Constitución la que así lo establece. Al aceptar esa ley en su Constitución, los Estados Unidos, por lo menos hasta el fin de la Guerra Civil en 1865, cuando la esclavitud sea formalmente abolida, se declaraban sociedad esclavista, porque las leyes esclavistas y los intereses de los plantadores tenían validez en todo su territorio.

En este artículo constitucional aprobado en 1787 está la base de lo que luego, en 1850, cuando la fuga de esclavos del Sur hacia el Norte se había masificado, se aprobó como Ley del esclavo fugitivo; ley que para que no quedara duda de que Estados Unidos estaba sometido al régimen esclavista, incluso en los estados que se autocalificaban de libres porque se oponían a la esclavitud, hizo llevar ese artículo constitucional de 1787 hasta sus últimas consecuencias. Por medio de esa Ley del esclavo fugitivo los estados de los Estados Unidos que no reconocían la esclavitud quedaban obligados a devolverle a los estados esclavistas del Sur los esclavos que hubieran huido de ellos buscando libertad en los estados del Norte. Y por él no solo las autoridades militares y policiales estaban obligadas a perseguir a esos esclavos, capturarlos y devolverlos a sus amos, sino que cometían un delito sancionable en términos federales los ciudadanos que no participasen en la denuncia, caza y captura de esos esclavos pudiendo o debiendo hacerlo. Así, las leyes que protegían la propiedad del Sur se impusieron a todo Estados Unidos y en ese terreno concreto la esclavitud se hizo abiertamente ley en todos ellos.

El tercer punto es el principal de todos y también está escrito en la Constitución, en su Artículo primero, segunda sección, número tres. Y dice así:

> Los representantes y los impuestos directos se prorratearán entre los distintos estados que formen parte de esta Unión, de acuerdo con su población respectiva, la cual se determinará sumando al número total de personas libres, inclusive las obligadas a prestar servicio durante cierto término de años y excluyendo a los indios, no sujetos al pago de contribuciones, las tres quintas partes de todas las personas restantes.

La redacción en este caso es particularmente enrevesada porque es claro que lo se busca con ello es enredar y disimular las cosas; y por supuesto, no hablar de esclavitud.

De entrada se habla de representantes (es decir, de diputados al Congreso) y de impuestos directos, mezclando dos cosas que están relacionadas pero que son distintas, solo para que parezca que son la misma cosa y contribuir así a que el fondo del asunto, que es la esclavitud, que son los esclavos, se disimule de la mejor manera posible. Los impuestos directos y los representantes electos para la Cámara Baja del Congreso se prorratean entre los estados de acuerdo a su población. En esto no hay ningún problema. El problema está en lo que sigue, en cómo se calcula esa cifra de población de la que depende la cifra de votantes de los estados y, por lo tanto, su representación en el Congreso. En cada estado esa cifra es producto de excluir de ella a los indios, que no pagan tributo, de sumar la cifra de hombres libres de ese estado (las mujeres libres no cuentan), añadiéndole la de personas sujetas a servicio por varios años, los llamados *indentured servants*, que son aquellos hombres libres que deben trabajar como sirvientes para pagar con su trabajo el pasaje a América que no han pagado, recuperando su libertad plena una vez terminen de pagarlo. Pero es la frase final la que nos da la clave: a esa cifra hay que añadirle además «las tres quintas partes de todas las personas restantes». ¿Y quiénes son esas indefinidas «personas restantes»? Esas «personas restantes» son los esclavos; y lo que establece en 1787 la Constitución estadounidense es que cada esclavo, cada uno de esos hombres-mercancía, debe contarse como persona para calcular la cifra de población de cada estado; pero, eso sí, no como persona completa sino como persona negra que solo vale 3/5 de lo que vale una persona blanca, que sí es persona a plenitud.

Este asunto de los 3/5 es esencial porque al establecer la Constitución que en términos de población electoral, un negro, que no es ciudadano ni tiene derecho –como esclavo que es– a voto, se cuente como 3/5 de un blanco, es a fin de cuentas lo que le garantiza a los estados del Sur y a sus plantadores esclavistas el control político del país.

El Norte casi no tiene esclavos, de modo que no puede con ellos inflar las cifras de población de sus estados para aumentar la cifra de sus representantes. Los esclavos están todos en el Sur. De modo que es este el que contándolos, por supuesto no como votantes sino como habitantes, se garantiza el aumento de su cifra de diputados al Congreso y el mayor peso de su influencia en el país. Virginia, que es el estado más poblado (691.737 habitantes en 1790) y también el que tiene la mayor cifra de esclavos (293.400 en el mismo año), es el que se beneficia más; pero también se benefician de ello los otros estados esclavistas. El Norte termina dejándose imponer ese dominio porque al aceptar en la Constitución la cláusula de *los tres quintos* permite, como se ha mostrado varias veces, que cuatro votantes del Sur tengan más poder político que diez del Norte; que un estado esclavista elija un diputado con 10.000 votos mientras un estado libre del Norte necesite el triple para lograr lo mismo: y que Lincoln, con todo lo moderado que era, pudiera decir, poco antes de la Guerra Civil, que ningún blanco de un estado libre era igual a un blanco de los estados esclavistas[11].

De todas formas es necesario hacer notar que el asunto de los 3/5 fue resultado de una lucha. En un principio los virginianos, que habían defendido con terquedad en la Convención el voto por población contra los estados pequeños, querían ahora incluir en su cifra de población estadal la de *todos* sus esclavos, esto es, exigir que cada esclavo negro, aunque carecía de derecho a voto, fuese contado como persona, igual que cada blanco, para calcular la cifra total de población de cada estado esclavista sumando ambos parciales: el total de esclavos y el total de hombres blancos, a fin de incrementar con ello su cifra de población y hacer elegir para el Congreso más representantes que si se excluyera a los esclavos del conteo. Es decir, que para ellos los esclavos negros eran mercancía y no votaban, pero a la hora de contar la población estadal, se convertían entonces en personas. Inútil decir que esa actitud tenía apoyo de los otros estados esclavistas y que los críticos de la esclavitud se oponían en forma rotunda a aceptar semejante manipula-

ción. La discusión fue larga y aguda y estuvo llena de diversos argumentos. Y puede decirse que forzar a los virginianos y a los otros estados esclavistas a conformarse conque sus negros solo valieran cada uno 3/5 de cada blanco al contarlos como población pudo ser visto como una victoria parcial por los críticos de la esclavitud y por todos los temerosos del enorme peso político de Virginia.

No tengo tiempo ni espacio para detenerme en el examen de esa interesante discusión. Lo que puedo indicar ahora es solo que el Sur, encabezado por Virginia, pudo así disponer de más miembros en la Cámara de Representantes, controlar el Congreso y también la Presidencia del país. De los primeros seis presidentes de Estados Unidos, cuatro, por cierto los más importantes, son virginianos, y desde 1789 hasta 1829, es decir, durante los primeros cuarenta años de existencia de la Unión, el poder permanece en manos de los virginianos, todos plantadores esclavistas, por treinta y dos años. Y es de notar que estos, Washington, Jefferson, Madison y Monroe, gobiernan cada uno por dos períodos, mientras que ninguno de los otros dos, John Adams y John Quincy Adams, padre e hijo, ambos de Massachusetts, logra en cambio repetir. El dominio de los plantadores esclavistas virginianos sobre Estados Unidos en esas primeras décadas es total.

La esclavitud domina toda la Constitución y se impone a las moderadas limitaciones que trataba de imponerle el Norte. En ningún momento ni en ninguna forma la Constitución condena ese sistema. No habla de ello, ni de esclavos ni de esclavitud y cuando se ve forzada a mencionar a unos o a otra lo hace mediante perífrasis y con total hipocresía. Y mientras tanto, la esclavitud sigue dominando y avanzando.

A esto hay que sumar las brutales leyes que en las décadas siguientes los estados del Sur aprueban para proteger y reforzar la esclavitud y para condenar a quienes se atrevan a criticarla o a actuar contra ella. Como ha mostrado también Losurdo en su obra, esa política va incluyendo además leyes racistas que limitan la libertad de los propios esclavistas, algo que contradice la libertad plena de los propietarios con respecto al uso de sus propiedades que el liberalismo proclama.

Así, un plantador puede matar a golpes o a latigazos a su esclava si le viene en gana o si quiere castigarla por cualquier motivo, pero en cambio no puede acostarse con ella si le resulta atractiva y menos aún tener hijos suyos porque se lo prohíbe la ley en de-

fensa del sistema esclavista y de la pureza racial de los plantadores blancos y de su descendencia. Los ejemplos de esto abundan y han sido recogidos en muchos libros. He usado y citado varios de ellos. Y Losurdo muestra una secuencia de casos representativos. En fin, que la Constitución de Estados Unidos, proclamada como liberal y democrática y propuesta como modelo a ser imitado ante Europa y el resto de América a lo largo del siglo XIX, está completamente dominada por la esclavitud. Y más allá de la división legal que establece entre estados esclavistas y no esclavistas, son los primeros los que dominan e imponen su ley a todo el país, apoyándose por cierto en el racismo estructural que unos y otros comparten.

Es verdad que ese modelo de dominio legal de la esclavitud sobre todo el país, que el Norte trata de limitar mediante acuerdos legales y pactos territoriales que acabaron violados o superados, dura hasta el fin de la Guerra Civil con la abolición formal de la esclavitud. Pero no es menos cierto que el racismo contra la población negra continúa y que se intensifica después de la Guerra Civil, cuando con el fracaso de la Reconstrucción del Sur se aprueban la segregación y las Leyes Jim Crow y cuando, en las décadas finales del siglo XIX y sobre todo en las primeras del siglo XX, la población negra formalmente libre pero despreciada y discriminada por el racismo virulento que domina en todo el Sur, se va trasladando hacia el Norte creyendo que allí es menor, encontrándose con que en los estados norteños y del Oeste se la desprecia, segrega y discrimina igualmente. Los guetos, los linchamientos, las matanzas y la acción de organizaciones como el Ku Klux Klan y otras del mismo corte se encargan, tanto en el Sur como en el Norte, de aplicar esta política. Y el racismo y la mentalidad de esclavista, de plantador o de blanco pobre que no acepta que los inferiores negros se le igualen, sigue dominando en el país, ya sea en el Sur o en el Norte, en el Centro o el Oeste. Y gobierne quien gobierne, virginiano o de cualquier otro estado, sudista, nordista o procedente del Oeste, los Estados Unidos, por más variantes, matices o limitaciones que se hayan intentado contra ello, siguen sin poder salir de ese inmundo pantano racista que crearon desde su origen y en el que han vivido a partir de entonces, explotando, odiando, despreciando y masacrando a su población negra, esclava o libre, desde los ya viejos tiempos de la Colonia hasta el día de hoy. Y dejando tras sus pasos y sus hechos criminales un interminable reguero de sangre, muerte y cuerpos negros carbonizados por los linchamientos, una

violencia tan arraigada, terrible y persistente que haría pasar por pacíficas y dulces ovejas a los monstruosos cazadores de brujas del Renacimiento y comienzo de la modernidad, y a los terribles inquisidores eclesiásticos de la plenitud del medievo.

Ratificación de la Constitución y Declaración de Derechos

La conversión de la Constitución en un texto sagrado no fue algo inmediato. La verdad es que tomó algún tiempo hacer de ella una reliquia viviente. Conscientes de la intensidad de los debates de la Convención y las divergencias abiertas que se había logrado reducir solo mediante concesiones y acuerdos, los *Framers* tomaron dos prudentes decisiones finales: la primera, dejar abierta la posibilidad legal de añadir enmiendas a la Constitución; y la segunda, hacer que el texto que habían redactado fuera ratificado y aprobado por mayoría por las legislaturas de los estados, para que pudiera convertirse en Constitución de la Unión. Y acordaron que ya que para entonces la Unión constaba de trece estados, se requería que al menos nueve de ellos dieran su aprobación.

Como era de esperarse, el proceso de ratificación fue polémico, dando origen a intensos debates. Estos fueron en general de mucha altura; y *grosso modo* la élite del país se dividió entre los que aceptaban la Constitución y los que se oponían a ella. Los primeros fueron conocidos como *federalistas* por haber publicado en la prensa bajo el pseudónimo de *Publius* una serie de valiosos artículos recogidos luego en un libro como *Federalist's Papers* (*Papeles de El Federalista* o *Papeles Federalistas*). Entre ellos estuvieron Madison y Hamilton, y John Jay, que no había sido miembro de la Convención. Tenían además el decisivo apoyo de Washington y de Franklin, los dos líderes más respetados del país. Los otros, los que manifestaron sus diversos grados de rechazo a la Constitución, fueron llamados antifederalistas. Y entre ellos estuvieron George Mason, Luther Martin y Patrick Henry.

En los debates el principal medio de opinión lo constituyeron los diarios y la imprenta, sin olvidar que lo principal de él se produjo en las discusiones de las legislaturas de estado cuando estas tuvieron que decidir si apoyaban o no la Constitución. Se discutieron temas políticos y económicos, en los que sí se habló en forma abierta de la esclavitud y de la trata. La legislatura de Pennsylvania, dominada por los cuáqueros, condenó de nuevo ambas cosas,

pero decidió aprobar la Constitución. En la legislatura de Virginia, Madison se enfrentó a Mason, que condenaba la esclavitud, y contra él defendió en forma algo cínica la Constitución de la que había sido principal redactor, y con ella la trata, la esclavitud y la cláusula de los 3/5, que ya había defendido en *El Federalista,* todo con el falaz argumento de que los esclavos eran en efecto mercancías pero que como también eran personas se los podía contar a conveniencia en cualquiera de ambas formas. En la legislatura de Maryland, Luther Martin, en largos discursos, condenó en cambio la trata y la esclavitud como había hecho en la Convención, mientras en la de Carolina del Sur, John Rutledge llegó a defender la esclavitud en nombre de la religión cristiana, añadiendo que la trata era humana y justa porque mediante ella se trasladaba a los negros de malos países como eran los del África a un buen país como era Estados Unidos[12.]

Luego siguió, en las legislaturas estadales electas para ello, el proceso de discusión de la Constitución para decidir por mayoría de votos si se la aprobaba o no. Para su aprobación se requería el voto de nueve estados, cifra que se obtuvo entre noviembre de 1787 y junio de 1788.

Delaware, Nueva Jersey y Georgia fueron los primeros y la aprobaron por unanimidad. Los demás lo hicieron por votación, a veces muy reñida: Pennsylvania (46 a 23), Connecticut (128 a 40), Massachusetts (187 a 168), Maryland (63 a 11), Carolina del Sur (149 a 73) y Nuevo Hampshire (57 a 47). Pero aún faltaban varios estados clave que solo la aprobaron entre junio de 1788 y mayo de 1790: Virginia, en el que la polémica fue intensa (89 a 79); Nueva York, en el que el rechazo era mayor y la decisión fue aún más cerrada (30 a 27); Carolina del Norte, donde la victoria fue fácil (195 a 77); y el renuente Rhode island, el último, en el que se la aprobó por mínima diferencia (34 a 32).

Como se ve, la votación fue bastante reñida, sobre todo en los estados más grandes (los más pequeños apoyaban la Constitución porque salían ganando con la cifra de senadores que esta les acordaba). La mayoría del pueblo la rechazaba o desconfiaba de ella, solo que el sistema censitario imperante le impidió estar presente en las legislaturas. Esto es algo que varios historiadores estadounidenses modernos han comentado porque les ha llamado la atención que con tanta opinión contraria se haya logrado, empero, aprobar la Constitución. Charles Beard fue el primero de ellos

en intentar cuantificar los datos disponibles al respecto. En su ya citada *Interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos* comparó la población del país en 1790 con la reducida cifra de votantes, dejando en claro que las agudas polémicas de las legislaturas no representaban la opinión popular, porque entre la población estadounidense lo que dominaba eran la indiferencia o el rechazo. Y calculó incluso que de los casi cuatro millones que constituían para ese entonces la población total del país, solo votaron 160.000 electores, de los que 100.000 lo hicieron a favor y 60.000 en contra. Pero como hace notar Marie-France Toinet, esto ya lo había señalado en su momento el federalista John Marshall, luego presidente de la Corte Suprema, en un párrafo de su *Life of Washington*, escrita poco más tarde:

> No hay duda de que en algunos de los estados que ratificaron [la Constitución], la mayor parte del pueblo se encontraba en la oposición. En todos, las numerosas enmiendas que fueron propuestas muestran que el nuevo gobierno fue aceptado con reticencia y que lo que permitió su adopción fue más bien el miedo al desmembramiento y no la aprobación del particular sistema sometido a su examen.

Y esto es muy cierto, porque incluso en casi todas las legislaturas, al aprobar la Constitución se insistió en que necesitaba algunas enmiendas inmediatas, y entre ellas la principal fue que se promulgara de inmediato un *Bill of Rights* o Declaración de Derechos, como ya existía en varias constituciones estadales y cuya ausencia en la Constitución había sido la causa de que algunos de los miembros de la Convención, como George Mason, se negasen a firmarla, en septiembre de 1787. Se encargó a Madison redactar esa Declaración. Pero mientras se la elaboraba y aprobaba, la Constitución entró en vigencia en 1789 y Washington fue electo Presidente por unanimidad, asumiendo el cargo en mayo de 1789, aunque sin mucha emoción ni presencia popular.

La Declaración de Derechos, que reúne en un gran bloque las primeras diez enmiendas a la Constitución, fue aprobada en diciembre de 1791.Con esa necesaria *Declaración de Derechos* empiezan los remiendos a la Constitución, que en el curso de los dos siglos siguientes han terminado por convertirla, como es hoy, en una envejecida colcha de retazos. Pero no hay duda de que en estas diez primeras hay puntos importantes que intentaban democratizarla precisando derechos individuales ignorados en su texto. No

intento comentarlas todas. Solo detenerme en la mayoría de ellas y señalar varios de los aspectos que considero más relevantes.

La Primera Enmienda prohíbe al Congreso aprobar cualquier ley que establezca una religión como oficial del Estado o que prohíba practicarla libremente. Como analizamos ya en el primer capítulo de este libro, aquí está implícito que la religión del Estado y del país es el cristianismo y que por eso no hace falta decirlo. De modo que lo que se prohíbe es que alguna de sus sectas o corrientes sea declarada religión del Estado, excluyendo y prohibiendo a las demás. De lo que se trata aquí no es, como se dice a menudo, de separar Iglesia de Estado sino de mantener una Unión que es cristiana pero que está llena de corrientes religiosas y de Iglesias y que hay que respetarlas a todas para conservar la Unión. Pero hay en ella algo más importante. El texto de esa enmienda termina prohibiendo coartar la libertad de palabra o de impresión, lo mismo que prohibir las concentraciones populares que sean pacíficas y cuyo objetivo sea pedir al gobierno la reparación de agravios. Su límite real es que esa libertad de palabra o de impresión no estuvo, ni está, hoy menos que nunca, al alcance del pueblo sino solo al alcance de quienes pueden fundar y mantener medios de comunicación, para lo cual se requiere disponer de poder y de enormes sumas de dinero.

La Segunda Enmienda señala que requiriéndose de una milicia para garantizar la seguridad de un Estado libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas. Este es otro texto arcaico que, por un lado, el tiempo ha dejado sin valor, pero que por el otro ha llevado a admitir extremos monstruosos. Desde hace ya mucho tiempo en Estados Unidos no existe una milicia como en los años de la Independencia, sino un ejército cada vez más poderoso y mejor armado, lo mismo que una policía brutal especializada en reprimir protestas y en masacrar población negra. Y esas fuerzas militares no siguen matando indios, como hacían en el siglo XIX, porque casi los hicieron desaparecer. De modo que el armamento de la población no tendría cabida, al menos con esa justificación. Por otra parte, la enmienda no establece límites a ese derecho a portar armas, lo que ha contribuido a que en un país amante, cultivador y promotor de la violencia más brutal y cotidiana como es Estados Unidos, además acostumbrado a servirse de ella a cada paso para resolver a tiros cualquier diferencia, toda la población pueda disponer incluso de armas de guerra, y que una institución

de extrema derecha surgida para defender ese derecho como es la Asociación Nacional del Rifle salga en defensa de las armas y del derecho sin límite a portarlas cada vez que ocurre una de esas horrendas matanzas que tienden a ser también cotidianas en el país.

La Tercera Enmienda prohíbe a militares en tiempo de paz alojarse en casas de ciudadanos sin el expreso consentimiento de sus propietarios.

La Cuarta establece la inviolabilidad del hogar, salvo cuando las autoridades deban violarlo para impedir un delito.

La Quinta establece entre otras cosas los juicios por jurados y el derecho de todo ciudadano a no declarar contra sí mismo. Esto a veces funciona, sobre todo entre los blancos y los ricos. O cuando además se es de extrema derecha. Pero hay que señalar que en los frecuentes períodos de auge de esa extrema derecha en Estados Unidos, como ocurriera en tiempos de la Guerra Fría y del mccarthismo protagonizado por McCarthy, ese derecho ha sido conculcado muchas veces en forma abierta por reaccionarios comités del Congreso, imputando por desacato a quienes se aferraban a él para evitar responder a acusaciones de ser comunistas que consideraban sin base o cuando no querían verse forzados a delatar a presentes o anteriores camaradas de lucha.

Las enmiendas Sexta y Séptima detallan el derecho de los acusados de algún delito a ser juzgados por jurados imparciales. El Sur, por cierto, fue especialista en estos «jurados imparciales» cuando se trataba de juzgar a acusados negros, empezando de hecho el linchamiento de estos por obra del jurado y de los jueces en las mismas salas de los tribunales mientras la vociferante turba de linchadores profesionales desesperaba afuera gritando, armada de cuerdas, revólveres y bidones de gasolina y contando siempre con la complicidad o con el abierto apoyo de la policía.

La Octava prohíbe infligir a los acusados penas crueles o infamantes, algo que es violado con frecuencia en estos tiempos en que el manipulado y aterrorizante tema de la seguridad, en el que el poder actual funda su fuerza, ha servido para violarle todas sus libertades a ciudadanos acusados, despojándolos de sus derechos, secuestrándolos en forma indefinida, sometiéndolos de la manera más hipócrita a torturas calificadas por los torturadores de «moderadas» –como la de la bañera o *waterboard*–, e incluso envian-

do varios de esos imputados a países dictatoriales con gobiernos derechistas cómplices en que pueda torturárselos abiertamente y hasta desaparecerlos sin el menor problema.

La Novena afirma que no porque la Constitución enumere ciertos derechos debe entenderse que niega o menosprecia otros que retiene el pueblo.

Y la Décima y última señala que los poderes que la Constitución no delega a los Estados Unidos ni prohíbe a los estados quedan reservados a estos o al pueblo, algo que ha permitido que muchos de esos estados apliquen leyes contradictorias con las leyes federales, como ha sido el caso de las más brutales y racistas leyes del Sur.

Las siguientes enmiendas y la colcha de retazos

Pero a este primer bloque formado por las diez primeras enmiendas hay que sumarle las otras diecisiete promulgadas y aprobadas entre 1798 y 1992 para formar con las diez de la Declaración de Derechos un gran total de veintisiete enmiendas adosadas, cosidas o engrapadas al texto sagrado e inmodificable de la Constitución para cubrir innegables vacíos suyos, añadirle textos considerados necesarios por ser producto de presiones o cambios sociales ya imposibles de ignorar, o incluso para corregir los disparates propios de alguna enmienda promulgada y aprobada como válida con anterioridad. Me limito también en este caso a comentar con brevedad aquellas que me parecen más importantes.

Dejo de lado la Undécima Enmienda, aprobada en 1798, para comentar en cambio la Duodécima Enmienda, aprobada en 1804. Esta emienda se aprobó para evitar que se repitiera lo ocurrido con la elección presidencial de 1800-1801, en la que en medio de una serie de maniobras resultó electo presidente Thomas Jefferson. En pocas palabra, la enmienda, tan larga como el artículo de la Constitución al que corrige, separa la elección del Presidente de la del Vicepresidente e impide que se haga en la misma papeleta para evitar un empate entre ambos candidatos.

La Constitución establece en su Artículo segundo, sección 2, que en la elección presidencial, en que se escoge al Presidente y al Vicepresidente, elección que se hace por los Colegios Electorales de cada estado, estos electores tienen derecho a votar en la misma papeleta por dos candidatos distintos, es decir, a emitir dos votos,

de modo que reuniendo el Congreso las decisiones de todos los Colegios, es decir, de todos los estados, declare Presidente al candidato que haya obtenido más votos y vicepresidente al que le siga en cantidad de votos. Decidieron esto porque no existiendo entonces partidos políticos ni deseando ellos que existieran, querían empero que así los candidatos pudieran ampliar sus respectivas votaciones a escala nacional. Pero eso resultó un gran disparate porque para 1800 ya existían dos partidos: Federalista y Republicano, los cuales estaban enfrentados en una aguda lucha por el poder. El líder de los federalistas era John Adams, el Presidente, que optaba por la reelección; el de los republicanos, Jefferson, que quería ser presidente. Hubo pues cuatro candidatos, dos por los federalistas, Adams y Pinckney, y dos por los republicanos, Jefferson y Aaron Burr. Ganaron los republicanos, pero como los electores de cada partido habían votado por sus dos candidatos, Jefferson y Burr quedaron empatados con 73 votos, seguidos por los candidatos federalistas, Adams con 65 y Pinckney con 64. Es decir que no había forma de decidir cuál de los dos ganadores, Jefferson o Burr, sería presidente y cuál vicepresidente. La única manera de resolver el *impasse* era pasar a una segunda elección en la Cámara de Representantes, como establecía la Constitución. Pero esto no dio resultado porque esta segunda elección, para desempatar, también era por estados y en ella cada estado solo tenía derecho a un voto, de modo que se hicieron 35 votaciones y el resultado de todas fue siempre el mismo. La única salida era que los federalistas, que ya no podían ganar, votaran por alguno de los dos candidatos republicanos, Jefferson o Burr, para desempatarlos y permitir que quedara electo uno de presidente y el otro de vicepresidente. Jefferson tenía ocho estados ganados y solo necesitaba uno más. Los federalistas preferían a Burr, que era un político corrompido y manejable, mientras que le temían mucho a Jefferson, al que consideraban un peligroso jacobino. Y fue Alexander Hamilton el que, convencido de que Burr era más peligroso que Jefferson, indujo a sus compañeros federalistas a romper el empate a favor de este. Tres de ellos cambiaron de posición y Jefferson ganó la Presidencia, obteniendo así el voto de diez estados. Burr quedó como vicepresidente y al parecer de allí empezó su enemistad con Hamilton. Este apretado triunfo condujo además a que Jefferson fuera llamado por sus adversarios «presidente negro», no solo por haber triunfado con los votos esclavistas de su estado, sino con los de otros estados esclavistas opuestos a su partido.

Las tres enmiendas siguientes se aprueban más de medio siglo después, en 1865, 1868 y 1870, luego de la Guerra Civil, en tiempos de la Reconstrucción del Sur, y están todas relacionadas con la abolición de la esclavitud y los derechos de la población negra recién liberada de esta.

La Décimo tercera Enmienda, muy corta, dice que

> ni en Estados Unidos ni en ningún lugar sujeto a su jurisdicción, habrá esclavitud ni trabajo forzado, salvo como castigo de un delito del que el responsable haya quedado debidamente convicto.

(El texto, por cierto, es algo ambiguo porque lo que habría que inferir de él no es que puede reestablecerse la esclavitud como castigo, sino que puede aplicarse el trabajo forzoso a convictos de delitos. Sin embargo, no lo dice porque mezcla las dos cosas. De hecho, el trabajo forzoso se ha aplicado por mucho tiempo en las cárceles de Estados Unidos, igual que en otros países.)

La Décimo cuarta Enmienda, larguísima, trata de muchas cosas, pero lo principal es su primer punto, en el que se establece que todas las personas nacidas o naturalizadas en los Estados Unidos son ciudadanos del país y de los estados de la Unión en que residan y que ningún estado podrá aprobar leyes que limiten sus privilegios o inmunidades ni tampoco privarlos de la vida, la libertad o la propiedad sin el debido proceso legal. Tampoco podrá negar la protección de sus leyes a cualquier persona que se encuentre dentro de sus límites jurisdiccionales.

La Décimo quinta Enmienda, también corta, establece que

> ni en los Estados Unidos ni en ningún territorio sujeto a su jurisdicción podrá desconocerse ni menoscabarse el derecho al sufragio de sus ciudadanos por motivos de raza, color o de su condición anterior de esclavos.

Estas tres enmiendas fueron letra muerta durante un siglo por lo menos. Y solo empezaron a aplicarse a medias, y siempre sesgadas, sobre todo en el Sur, después que, como producto de intensas luchas civiles de la población negra, se aprobaran las leyes de derechos civiles de 1964 y 1965. A lo largo de ese siglo terrible para los exesclavos, en el Sur se aprobó la segregación racial, se aprobaron y aplicaron las Leyes Jim Crow y la Ley virginiana de esterilización, se aplicó el trabajo forzoso contra los negros, se los

discriminó, humilló, encarceló, apaleó y linchó a diestra y siniestra y se los despojó del derecho a voto mediante la llamada Ley del abuelo y otras leyes similares, sin contar con que el Ku Klux Klan y otras organizaciones racistas de igual signo se ocuparon directamente de impedirles por la fuerza que votaran. Incluso, la Décimocuarta Enmienda fue distorsionada por la Corte Suprema para convertirla, de enmienda protectora de los derechos de los negros, en una ley dirigida a defender los derechos de las grandes corporaciones capitalistas.

Las enmiendas Décimosexta y Decimoséptima se aprueban en 1913. La primera de las dos acuerda al Congreso el derecho a recaudar impuestos sobre ingresos, y la otra aprueba que los senadores, siempre dos por cada estado, sean electos por los habitantes de esos estados, eliminando la anterior elección elitesca por las legislaturas estadales.

La Enmienda Decimoctava, aprobada en 1919, es la de la Ley Seca o *Volstead Act*. El texto establece que un año después de que esa enmienda sea ratificada quedará prohibida la fabricación, venta o transporte de licores embriagantes dentro de Estados Unidos y de todos los territorios sujetos a su jurisdicción, así como su importación a los mismos o su exportación con el propósito de usarlos como bebidas. Esa enmienda absurda es producto directo de la euforia puritana que se impone en Estados Unidos como intento de mostrar al mundo su excepcionalismo y de oponerlo a la abierta liberación de costumbres que se estaba imponiendo en Europa después del fin de la Primera Guerra Mundial. Pero, conociendo la importancia del diario, arraigado y permanente consumo alcohólico propio de la población estadounidense, el texto de la enmienda establece prudentemente que esa prohibición del consumo de bebidas alcohólicas tendría que ser ratificada por las legislaturas de cada estado para que pudiera entrar en vigencia en ellos; y fijó para eso un plazo de siete años. De todos modos, la aprobación fue rápida y la enmienda entró en vigencia ese mismo año.

La Décimo novena Enmienda, aprobada en 1920, le acordó al fin el derecho a voto a las mujeres. Pero el texto de la Enmienda, para no mencionarlas de manera expresa, prefiere decirlo de esta forma:

> El derecho al sufragio de los ciudadanos de los Estados Unidos no será desconocido ni limitado por los Estados Unidos o por estado alguno por razón de sexo.

La Vigésima Enmienda, aprobada en 1933, precisa y limita con fechas exactas la duración del período presidencial estadounidense, siempre de cuatro años, y establece los mecanismos considerados necesarios para casos de ausencia o muerte del presidente y de su sucesión por el vicepresidente.

La Vigésimo primera Enmienda, aprobada también en 1933, derogó la Décima octava Enmienda, la de la Ley Seca. En los catorce años en que estuvo vigente, esa enmienda dio por resultado el aumento gigantesco del consumo de licores, convertido desde 1919 en actividad clandestina; el enorme incremento del contrabando y la adulteración de los mismos; el crecimiento y auge de la mafia, que pasó a controlar ese tráfico ilegal asociada con políticos, alcaldes, gobernadores y policías; y sobre todo, una incontrolable ola cotidiana de violencia, de atentados, asesinatos, matanzas y actos terroristas, asociados todos a la lucha de poderosos grupos mafiosos y delictivos por el control de ese riesgoso pero tentador tráfico, capaz de generar enormes fortunas en muy poco tiempo.

La aprobación de esta nueva enmienda para derogar catorce años más tarde la Décima octava Enmienda es la mejor muestra del disparate que había sido esa Ley Seca, de la espantosa violencia y corrupción que produjo en todo el país y del ridículo internacional en que cayó Estados Unidos por su prepotencia y su insistencia en mostrarse ante el mundo como un país excepcional y único. Y ese ridículo quedó estampado en una Constitución que debe aprobar enmiendas para derogar enmiendas anteriores, quedando ambas incorporadas a su sagrado texto.

La Enmienda Vigésimosegunda, aprobada en 1951, limitó el derecho de reelección presidencial a una sola vez, siempre con carácter inmediato. Esto se hizo para evitar que se repitiera el caso de Franklin Delano Roosevelt, que habiendo ganado la Presidencia en 1933 fue reelecto para el cargo tres veces –en 1937, 1941 y 1945–, de modo que ejerció la Presidencia por poco más de doce años, aunque de no haber muerto en 1945, a poco de ser reelecto por tercera vez, habría permanecido en ella por dieciséis años.

La Vigésimotercera Enmienda, aprobada en 1961, creó el Distrito de Washington como sede que era desde mucho antes del Gobierno de Estados Unidos.

La Enmienda Vigésimocuarta, aprobada en 1963, establece que ni los Estados Unidos ni ningún estado de la Unión podrá denegar o coartar a los ciudadanos estadounidenses el derecho a sufragar en cualquier elección por motivo de no haber pagado un impuesto electoral o cualquier otro impuesto. El objetivo de esta enmienda era evitar que, como se hacía en el Sur, se impidiera a los negros poder votar con el argumento de que no habían pagado un impuesto electoral o de cualquier otra clase. Hacerla aplicar de inmediato no fue fácil y solo las luchas de la población negra lograron que en la segunda mitad de esa década empezara a ser respetada.

La Vigésimoquinta Enmienda, aprobada en 1967, establece que en caso de que el presidente sea depuesto de su cargo, o de que muera o renuncie, el vicepresidente será nombrado presidente. La aprobación de esta enmienda fue consecuencia directa del asesinato de Kennedy en noviembre de 1963, pero de alguna manera se adelantó a la renuncia de Nixon en agosto de 1974, a raíz del escándalo de Watergate y ante la inminente amenaza de *impeachment* y destitución del cargo.

La Vigésimosexta Enmienda, aprobada en 1971, determina que el derecho de los ciudadanos estaounidensess de 18 años o más de edad, no será negado o menguado ni por los Estados Unidos ni por ningún estado a causa de la edad.

Y la última hasta ahora, la Vigesimoséptima, aprobada en 1992, establece que ninguna ley que modifique los sueldos de los representantes y senadores podrá hacerse efectiva hasta que no haya tenido lugar otra elección de representantes.

Como vemos, esas enmiendas se ocupan de diversos temas. Son todas correcciones de un texto intocable que, como también vemos, se conserva inmodificado a pesar de las enmiendas que se le han hecho. La confusión que eso genera entre ambos textos no deja de ser grande, porque carece de sentido que si un texto es modificado, a veces por completo, es decir, eliminado por considerarlo envejecido o superado, como ocurre en este caso, el texto original modificado o eliminado se mantenga en su sitio como si nada hubiese pasado. Quizá sea por ello que algunos editores de la Constitución convierten las enmiendas en artículos, con el resultado de que eso solo enreda más las cosas, porque al numerar las enmiendas como artículos, lo que sucede es que luego de sus

siete artículos originales, la Constitución así modificada empieza de nuevo a contar estos nuevos artículos que son enmiendas, no a partir de ocho, como debía ser, sino a partir de uno, repitiendo así el número de los siete primeros artículos, duplicados ahora no solo por las primeras siete enmiendas de la Declaración de Derechos, sino a continuación por la catarata de enmiendas ulteriores, las tres restantes de la Declaración de Derechos y las siguientes diecisite, lista que también se empieza a contar a partir de uno.

Pero volviendo al tema del carácter y contenido de las diecisiete últimas enmiendas, puede verse que la mayor parte de ellas se refiere a cuestiones administrativas, algunas importantes, como la Vigésimosexta, que otorga al Congreso el derecho a establecer y recaudar impuestos sobre los ingresos; otras en cambio menores, como la última, la Vigesimoséptima, que se refiere al sueldo de los congresistas, que hoy son todos una élite de multimillonarios. Las otras, las más importantes, son las que legalizan reformas políticas justas y modernizadoras como las Decimotercera, Decimocuarta y Decimoquinta, que declaran abolida la esclavitud y otorgan derechos civiles a los negros; la Decimoseptima, que establece la elección popular de los senadores; o la Decimonovena, que otorga el derecho a voto a las mujeres. Y otras, en fin, que por el contrario, caen en el ridículo, como la emienda Decimoctava, la de la Ley Seca, y la Vigésimoprimera, suerte de enmienda al cuadrado que rectifica la Decimoctava, es decir, que la elimina, trece años más tarde, porque es insostenible y ha hundido al país en una corrupción enorme y una violencia incontrolable.

La Constitución y los actuales Estados Unidos

Esta es, pues, la Constitución de Estados Unidos; la Constitución con todas sus enmiendas, remiendos y pegostes; la Constitución que supuestamente rige el sistema político del país. Y digo supuestamente porque para la sociedad norteamericana actual ella no deja de ser una vaga y lejana referencia, ya que mientras esa sociedad ultracapitalista e imperialista que son hoy los Estados Unidos conserva y venera esa Constitución arcaica, precapitalista, liberal-republicana, envejecida y remendada, como se hace con una reliquia, el actual sistema político del país funciona con bastante independencia de ella, pasándole por encima en muchas cosas siempre que no se trate de las más conservadoras, obviando, atropellando

y limitando derechos civiles establecidos en su texto, y haciéndolo sin necesidad de tenerle que añadir nuevas enmiendas.

Como acabamos de ver, el objetivo tanto de la Declaración de Derechos como de buena parte de las enmiendas que se fueron aprobando en los dos siglos siguientes, XIX y XX, era tratar de democratizar en cierto grado la Constitución republicana y elitesca aprobada en 1787. Y esto de democratizarla se logró también en cierto grado (abolición formal de la esclavitud, elección popular de senadores, voto femenino, derechos civiles también formales de la población negra), aunque sin que la Constitución así reformada perdiera por ello su carácter republicano-liberal y elitesco, ya que tampoco el objetivo era llegar a tanto. (De haberlo sido se habría hecho como en otros países que en esto y en muchas otras cosas son más modernos y democráticos que Estados Unidos: convocar cada cierto tiempo, cuando cambios sociales y presiones populares lo fueran exigiendo, convenciones realmente democráticas que aprobaran nuevas constituciones igualmente más modernas y más democráticas que la que ya había envejecido y seguía envejeciendo cada día, y a la que ya era hora de guardar con mucho respeto en un museo). Pero es claro que el objetivo de los grupos gobernantes estadounidense nunca fue ese.

El resultado es que esto dio origen a una creciente paradoja, porque sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, para alcanzar su cénit en el curso de la segunda mitad del siglo XX y de allí hasta hoy, mientras por un lado la Constitución se democratizaba en parte, por el otro, en cambio, la sociedad estadounidense, con el triunfo del institucionalizado, omnipresente y brutal capitalismo que la caracteriza y la domina, se fue haciendo (pese a varios vaivenes e inflexiones) una sociedad cada vez más y más cerrada desde el punto de vista del control de la riqueza y del ejercicio del poder, ambos en manos de minorías adineradas y elitescas que cada vez se hacían más poderosas, ricas y minoritarias hasta llegar a convertir la sociedad estadounidense en la plutocracia monstruosa que es hoy y al país en un imperio criminal y asesino, invasor, destructor y enemigo de todos los pueblos del mundo, y amenaza principal para la supervivencia de la vida en el planeta.

Y es que hay que aclarar lo que Estados Unidos entiende por democracia. Para ellos la democracia no es un sistema político, y menos aún sociopolítico; es decir, no es –como en este último caso– un sistema de gobierno y hasta de vida social en el que no

solo los propietarios son ciudadanos y gozan de derechos, sino que la sociedad misma y el Estado tienen obligaciones sociales para con todos sus integrantes; y en especial para con los miembros menos favorecidos de esa sociedad. Hablo de una sociedad cuyos integrantes, hombres, mujeres, niños y ancianos, tienen derechos no solo políticos sino sociales y económicos, es decir, no solo derecho a votar, a opinar con libertad y a no ser encarcelados sin juicio sino también derecho al trabajo, a la educación, a la salud, a la seguridad social y a vivir una vida humana y digna, esto es, una sociedad suscrita a lo que establece desde 1948 la Declaración Universal de Derechos Humanos de Naciones Unidas y en la que tanto la sociedad civil como el Estado tendrían que estar comprometidos.

Para Estados Unidos y su élite gobernante, un país es democrático cuando en términos políticos es como ellos o se parece en eso a ellos. Es decir, cuando tiene una conducta política como la suya. Para ellos un país es democrático cuando goza de libertad de prensa; cuando cuenta con partidos políticos, en particular con una pareja rival de partidos moderados dominantes; cuando hace con regularidad elecciones libres para elegir presidente y congresistas; y cuando esas elecciones permiten de algún modo que los dos partidos puedan alternarse en el poder y renovar así sus dirigentes. Es importante señalar, para no caer en ingenuidades, que «libertad de prensa» solo significa aquí que la clase dominante capitalista pueda expresarse con toda libertad por los medios siendo como es propietaria de ellos y que pueda utilizarlos para manipular y controlar a su población, en especial a las siempre inquietas y a menudo rebeldes capas del pueblo pobre. Y requiere también entender que las «elecciones libres» tampoco tienen que ser demasiado libres. «Elecciones libres» solo significa que se realicen sin trampas demasiado abiertas; total, pese a sus diferencias, los dos grandes partidos se parecen y en lo más sustancial están de acuerdo. Y significa, igualmente, que las clases dominantes gocen de todos los recursos, legales o no, que les permitan mantener sujeto al pueblo y hacerlo votar siempre por candidatos defensores del capital y del empresariado. Eso hace feliz a Estados Unidos, que ve imponerse en el mundo su auténtico modelo de «democracia».

Lo que se infiere de todo esto es que para Estados Unidos la democracia, no siendo en realidad un sistema de Estado o de gobierno, pues el suyo nunca ha dejado de ser republicano-liberal y elitesco como fue desde un principio, es simplemente un método

competitivo y elitesco que permite que los líderes de los (dos) partidos del sistema compitan por los votos del pueblo, por lo general voluble, emotivo y poco consciente, para así legitimar su dominio, su poder, y para que las élites de esos dos partidos puedan cada cierto tiempo alternarse en el gobierno porque en la competencia a menudo feroz por ejercer este, unas veces gana uno y otras veces gana el otro. Y esa democracia, reducida a un método competitivo en el que por medio de sucesivas elecciones dos partidos bastante similares se disputan el voto del pueblo y el ejercicio del poder, no está por supuesto obligada –como ocurre en otros países que tienen otro tipo de constituciones y visiones de la democracia– a garantizarle beneficios económicos y sociales al pueblo, el cual, en su caso, debe arreglárselas siempre por su cuenta y dentro de la ley para obtenerlos, pues en una sociedad «democrática, igualitaria, abierta y libre» como se define cínicamente a sí misma la estadounidense, habría oportunidades iguales para todos. De modo que el que no sabe aprovecharlas solo puede culparse a sí mismo de su fracaso, creencia esta que el calvinismo dominante en la mentalidad religiosa de los norteamericanos ayuda poderosamente a sostener.

Esa es pues la visión de la democracia que tienen los Estados Unidos; y esos son sus rasgos. Pero sería bueno tratar de detenerse en algunos de ellos e intentar precisar en detalle varias cosas. Por eso creo necesario hacer una indispensable referencia a lo que en su clásica obra *Capitalismo*, *socialismo y democracia*, publicada en Estados Unidos en 1942, expuso al respecto el conocido autor austríaco exiliado y naturalizado estadounidense Joseph Schumpeter.

Creo que el suyo es el mejor y más conciso examen de la democracia estadounidense y de sus rasgos, como podían verse a comienzos de la quinta década del pasado siglo XX. En su obra, Schumpeter examina, por supuesto, las relaciones entre los conceptos de capitalismo, socialismo y democracia tal como él los ve, y define lo que considera son sus perspectivas más probables. Pero no es eso lo que me interesa ahora. Me interesa solo su visión de la sociedad estadounidense. Claro que el objetivo de Schumpeter es elaborar otro concepto de democracia, que opone a lo que llama modelo clásico de esta, por considerar que ese modelo, viejo y deficiente, no se lleva bien con la realidad, y que por tanto debe ser reemplazado por otro más completo, moderno y realista: el que él describe. Por mi parte, no intento examinar ni criticar ahora ese modelo schumpeteriano al que se suele llamar «teoría competi-

tiva de la democracia». Ese examen lo han hecho ya varios brillantes teóricos y estudiosos de la democracia, como Robert Dahl, Giovanni Sartori, David Held y otros. Lo que sí me interesa comentar es el examen que, sin decirlo en forma directa, hace Schumpeter de la democracia de Estados Unidos porque es justamente ese examen el que le sirve de base concreta para dar forma a su teoría. Y además porque ese examen, producto no de un complaciente apologeta sino de un cuidadoso analista, aunque derechista y elitesco como es él, nos revela aspectos indiscutibles de esa cada vez más perversa y limitada democracia; aspectos que en décadas más recientes no han hecho sino profundizarse, haciéndola todavía más perversa y limitada y permitiéndole difundirse como modelo a otros países dependientes de su amplia órbita de dominación.

Schumpeter no cree en ninguna *voluntad general*, porque en sociedades de clases como son las actuales esa voluntad se halla fragmentada, y cuando más, se expresa como voluntad de ciertos grupos. Tampoco cree, como se afirma en teorías democráticas anteriores (en lo que él llama «teoría clásica de la democracia»), que el pueblo tenga opiniones que sean expresión de una conciencia clara de sus intereses ni que elija representantes para que, como políticos, esos representantes lleven sus opiniones a la práctica. Para él no es el pueblo el que en una democracia propone y condiciona la conducta de sus representantes, sino que por el contrario son estos últimos los que llevan sus ideas y propuestas al pueblo para que este vote por aquellas que prefiera entre las que se le ofrecen.

Define entonces el método democrático, como él lo llama, con estas palabras:

> Método democrático es aquel sistema institucional para llegar a las decisiones políticas en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo.

Hay que detenerse a analizar esto, pensando, por supuesto, en la democracia estadounidense que sirve de modelo. Pero creo que hay que explicar de una vez, para que el final de la frase pueda entenderse bien, que al hablar de «individuos» Schumpeter no se está refiriendo a cualesquiera individuos sino a los *políticos*, a los dirigentes de los partidos del sistema, políticos profesionales, que son los que hacen decidir al pueblo.

Examinemos, pues, esto. Empezaré con otra cita de Schumpeter. Este dice más adelante lo siguiente para precisar mejor sus ideas:

> Ante todo, con arreglo al criterio que hemos adoptado, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierne efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones «pueblo» y «gobernar». La democracia significa tan solo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar a los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por métodos no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado. Ahora puede expresarse un aspecto de este criterio diciendo que la democracia es el gobierno del político.

Y poco después añade que para que todo quede más claro debe insistir en que la competencia por el voto es comparable y equivalente a la competencia propia del mercado; y le atribuye esta frase a un político exitoso cuyo nombre no cita: «Lo que los hombres de negocios no comprenden es que yo opero con los votos exactamente igual que ellos operan con el aceite». La traducción española que uso es deficiente porque aquí *oil* lo que significa es *petróleo*, ya que en inglés el término se utiliza para ambas cosas. Y no hay duda de que el político que cita Schumpeter no estaba pensando en un pequeño comerciante vendedor de aceite de soya o de oliva, sino en un rico empresario petrolero.

En resumen, pues, la democracia elitesca y competitiva de Schumpeter tiene estos rasgos: es un método político y no un sistema. Su objetivo es permitir que el acceso al poder se obtenga por medio de elecciones. Si bien en democracia pueden lograrse ventajas sociales para el pueblo, eso no es obligación de la democracia, cuyo objetivo es solo político: lograr definir quién y cómo obtiene del voto mayoritario del pueblo el derecho a gobernar. Aunque lo parezca, porque se basa en existencia de partidos y realización de elecciones, *la democracia no es el gobierno del pueblo sino el gobierno de los políticos*. Estos son miembros de los partidos y de ellos los que tienen posibilidad de alcanzar el poder son los líderes de esos partidos. De estos debe haber al menos dos que compitan por el poder y tengan posibilidades de ganarlo. En cuanto a los políticos, se trata de profesionales que han hecho de la política su profesión, su forma de vida.

La política y el mercado se parecen mucho y puede incluso decirse que aquella es también un mercado en el que las mercancías que se negocian son los votos. En efecto, esos políticos compiten

por los votos del pueblo como compiten los empresarios y comerciantes en el mercado para promocionar y vender sus productos. Igual que en el mercado, en la política se usan todos los recursos, con mentiras y trampas incluidas, para obtener los resultados que se buscan: en un caso vender las mercancías o servicios, en el otro conseguir los votos populares. La única diferencia entre uno y otra es que puede haber reclamo exitoso de los compradores o consumidores en caso de que las mercancías adquiridas de los empresarios resulten defectuosas, mientras que si las promesas de los políticos resultan engañosas, como suele ocurrir, lo único que pueden hacer los votantes es esperar las próximas elecciones para votar por el otro partido con la esperanza de que no haga lo mismo. Esto, por supuesto, no sirve de mucho porque los programas de los partidos se parecen bastante, ya que ambos buscan obtener votos a cualquier precio y porque sus propuestas por lo general se centran en detalles y problemas menores, mientras que las grandes decisiones políticas se adoptan en conciliábulos, lejos del pueblo y lejos de las elecciones. Esto se justifica porque el pueblo no maneja –y a veces ni siquiera conoce– esos grandes problemas y porque los políticos, que son los que le imponen al pueblo los programas y temas electorales a discutir en elecciones, aprovechan su falta de conocimiento y preparación, así como su tendencia a dejarse llevar por emociones más que por razonamientos, para poder manipularlo con facilidad. El único poder del pueblo es que si reúne la fuerza suficiente para hacerlo, puede cambiar en una elección un gobierno por otro que en el fondo es igual aunque también algo distinto, ya que el que lo reemplaza tiene nombre, siglas y líderes diferentes y hasta uno que otro matiz de diferencia con el programa político del anterior.

Aunque Schumpeter no lo dice en forma expresa, esta descripción, diseminada en diferentes párrafos de la parte de su obra que dedica a lo que él llama «la otra democracia», la que propone como modelo, constituye un auténtico retrato, tal como podía verse en 1942, de la democracia estadounidense, de su sistema político, su funcionamiento y sus hondas limitaciones estructurales como democracia. Schumpeter era un hombre de derecha y como tal repite que el pueblo es ignorante, voluble e incapaz de razonar y de ver más allá de sus narices. Y es cierto que el pueblo estadounidense ya era entonces y lo es mucho más ahora, un pueblo mayoritariamente manipulado e ignorante. Pero eso tiene una explicación que habría estado al alcance de Schumpeter si su actitud

elitesca y despreciativa del pueblo no le hubiese impedido verla: el peso de la Iglesia, o mejor de las iglesias, de la xenofobia, del racismo, de la escuela, de los propios partidos y, sobre todo, de los medios de comunicación, que ya jugaban un rol fundamental en esto. Tampoco dijo Schumpeter una palabra acerca del dominio de los ricos y millonarios sobre los partidos y la política del país. En 1942 los Estados Unidos, que tenían ya un siglo por lo menos invadiendo y sometiendo a América Latina, estaban involucrados en la Segunda Guerra Mundial. Su poder imperialista y expansivo no era solo económico y financiero, sino también militar. Pero él no vio nada de eso ni de la forma en que todo ello incidía de modo directo sobre su limitada democracia. Estas tres ausencias le hicieron mucha falta a su retrato de la sociedad estadounidense y de su democracia. Y son especialmente graves esas fallas porque, como comentaré de inmediato, la sociedad estadounidense, en términos de su llamada «democracia» no ha hecho desde entonces más que profundizar esos elitescos rasgos schumpeterianos. Y los componentes ausentes en la lectura del autor austríaco: el creciente militarismo, el descomunal dominio de los medios y la monstruosa concentración de la riqueza y del poder cada vez más en pocas manos: las del gran capital y la alta finanza, los militares y políticos, han tenido un papel esencial en la profundización de esos rasgos.

Hoy el sistema político y económico imperante en Estados Unidos se aleja cada vez más no solo del republicanismo elitesco y racista que ha sido su sistema de gobierno desde la Independencia y que quedó plasmado en la Constitución de 1787, sino de la democracia plena que nunca han tenido y con cuyo nombre han tratado de cubrir las miserias y límites del sistema excluyente y segregacionista con el que las élites dominantes han mantenido sujeta a su población. Hoy esa élite es mucho más reducida, bastante más corrupta e infinitamente más rica. La falsa democracia estadounidense se ha convertido en oligarquía y en plutocracia. En una escandalosa plutocracia que, con la hipocresía que ha caracterizado siempre a la clase dominante estadounidense, mientras ostenta abiertamente su riqueza y su poder, se defiende de la acusación de formar parte de una plutocracia con el pobre argumento de que en Estados Unidos ninguna ley exige ser rico para ejercer cargos de gobierno. Claro que no, sería absurdo que lo hiciera, pero el hecho real es que todos los altos funcionarios: alcaldes, gobernadores, representantes y senadores, son desde millonarios hasta multimillonarios o billona-

rios, y que por una vía u otra el poder político se reparte entre las familias y los miembros de esa élite. El caso de los representantes y senadores es escandaloso. Se eternizan en los cargos como si fueran vitalicios, hacen jugosos negocios con los *lobbies*, que en cualquier otro país serían considerados instrumentos corruptores pero que en Estados Unidos son normales, y de reelección en reelección sus fortunas crecen y crecen. Los Bush y los Clinton son verdaderas dinastías. Unos más ricos que otros, los presidentes sirven a las grandes corporaciones que monopolizan el poder y que dan la pauta de sus líneas de acción. En 1959, al despedirse de la Presidencia, el general Eisenhower, fiel servidor de esas corporaciones, dijo que el verdadero poder en Estados Unidos lo ejercía lo que él llamó *complejo militar-industrial*. Tenía toda la razón, aunque lo descubrió demasiado tarde después de servirle por dos períodos de gobierno, pero hoy se habría quedado corto porque ese complejo, que es en la actualidad más grande y poderoso que nunca, es hoy no solo militar e industrial, sino además financiero y mediático. Es decir, que el poder en Estados Unidos está en manos de esa auténtica mafia que forman militares, gerentes de corporaciones, banqueros, financistas, grandes empresarios y especuladores, familias de la élite y políticos que le sirven, y que se hacen, igual que los otros, cada vez más ricos.

Hoy esa mafia, que salta de un alto cargo a otro, pasando así de gerentes de corporaciones, jefes militares, representantes o senadores a presidentes, ministros o secretarios de Estado, y de presidentes, ministros o secretarios de Estado a jefes militares, senadores, representantes, gerentes de corporaciones o jefes de la CIA o de la ANS, organismos de seguridad que por cierto se han convertido, con la manipulada amenaza antiterrorista, en lo que algunos consideran con razón como un cuarto poder, tan grande e importante como los otros tres. Pero esto dejando de lado a los medios, que son en realidad el primero y principal de los poderes. La represión interna, permanente y sistemática, ha cobrado protagonismo en Estados Unidos desde que la prepotencia gubernamental emprendió nuevas invasiones y nuevas guerras contra el islam y el mundo árabe, aliado siempre Estados Unidos con el sionismo israelita, y de que en respuesta a los brutales crímenes y matanzas llevadas a cabo por las tropas norteamericanas en varios países musulmanes, diversos grupos islámicos, en su mayor parte creados por los propios Estados Unidos para que los controlaran o dividieran –enfrentados ahora a ellos por motivos diversos–, han

respondido con acciones terroristas que han facilitado a la élite militarista e imperialista dominante ofrecerle en forma interesada seguridad a su población a cambio de que esta acepte pasivamente que se le vayan reduciendo uno tras otro sus derechos y llevándolos a vivir sometidos al miedo, a la sospecha y a la represión.

Estados Unidos es hoy un imperio autoritario y militarista que poco a poco está entrando en franca decadencia. Conserva un enorme poder financiero, militar y mediático y controla aún la mayor parte de los organismos internacionales que manejan el planeta, pero su economía y su sociedad están en crisis, dominadas por el descontento, la desigualdad y la pobreza. Y mientras estas aumentan, también lo hace la concentración del poder y la riqueza en manos de una escasa minoría; concentración que ha alcanzado niveles escandalosos porque aunque el fenómeno es mundial y propio del parasitismo que tipifica al mundo capitalista desarrollado actual, lo cierto es que en ese capitalismo especulador y de casino, que premia a los grandes empresarios por aumentar sus ganancias mientras echan a diario a la calle a decenas de miles de trabajadores, los Estados Unidos continúan siendo los primeros. Así, en los Estados Unidos de hoy el 1 % de la población concentra en sus manos cerca de los 2/3 del PIB mientras el otro 99 % debe repartirse el tercio restante. La desigualdad social se intensifica y así el coeficiente de Gini muestra que la sociedad estadounidense es la más desigual entre las de todos los países ricos. La pobreza ha crecido y sigue creciendo, y ya se acerca a los 50 millones de personas en una población de 320 millones de habitantes. También aumenta el desempleo, debido a que la globalización ha deslocalizado industrias estadounidenses que pagaban altos salarios porque las grandes corporaciones, en su mayor parte estadounidenses, buscan incrementar sus ganancias pagando bajos salarios con reducido empleo, lo que pueden hacer con mayor facilidad y menos problemas en países extranjeros, por lo general pobres y dependientes.

El descontento crece, pero carece de medios de expresarse porque con el existente sistema electoral de elecciones de segundo grado con Colegios Electorales y en el que compiten solo dos partidos grandes que –como decía Schumpeter– expresan políticas distintas en la necesaria competencia por los votos del pueblo pero están totalmente de acuerdo en la inmodificable defensa del sistema, es poco o nada lo que se puede hacer. Por eso la concurrencia a las elecciones es tan baja. En fin, que hablar en estos tiempos de de-

mocracia en Estados Unidos para referirse a esa sociedad desigual, racista, xenófoba, plutocrática, elitesca y militarizada que es la suya, resulta cada vez más difícil y más inconsistente. Y eso si se habla solamente de democracia representativa, la única que un estadounidense corriente admite y para la que se cree preparado porque le han dicho tantas veces que así es la suya. Pero habría que imaginarse cuál sería su reacción de asombro si se le hablara no solo de que su Constitución es una arrugada momia jurídica dieciochesca, republicana y oligárquica, y de que sería necesario y urgente convocar una nueva Convención como la de 1787 pero que no fuera elitesca, machista y racista como aquella, para discutir y aprobar una nueva Constitución que sea realmente democrática. Y ni qué pensar de lo que opinaría si, para remate, se le explicara que la democracia no es, como seguramente cree, un mero método electoral (además censitario) como el que existe en su país, sino un sistema de gobierno que está obligado a asumir compromisos económicos y sociales para enfrentar la pobreza y la desigualdad y a incrementar la participación del pueblo en la vida política diaria, lo que la convertiría en una real democracia, en una democracia participativa y protagónica.

Notas

1 Entre muchos otros, los textos principales utilizados para este capítulo son la *Magna Carta*, el Pacto del *Mayflower*, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, la Constitución de los Estados Unidos y las constituciones de Virginia, Pennsylvania y Massachusetts. Asimismo he contado con una importante bibliografía crítica: Robert Dahl, *¿Es democrática la Constitución de los Estados Unidos*?; Thomas Paine, *El sentido común y otros escritos*; A. Hamilton, J. Madison y J. Jay, *El federalista*; Ch. Beard, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*; Ch. Beard *et al.*, *Storia degli Stati Uniti d'America*; James W. Loewen, *Lies My Teacher Told Me*; Wiliam Bradford, *History of Plimouth Plantation*; Lewis H. Morgan, *La sociedad primitiva*; Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*; Bruce Johansen y R. Maestas, *Wasi'chu. El genocidio de los primeros norteamericanos*; A. Tocqueville, *La democracia en América*; Daniel Boorstin (comp.), *Compendio histórico de los Estados Unidos*; Samuel E. Morison, *Historia del pueblo americano* (t. I); S. Morison, H. Commager y W. Leuchtenburg, *Breve historia de los Estados Unidos*; E. Ginzberg y A. Eichner, *El negro y la democracia norteamericana*; Howard Zinn, «Nous, le peuple des États-Unis…» y *La otra historia de los Estados Unidos*; Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo*; Claude Fohlen, *Histoire de l'esclavage aux États-Unis*; Edmund Morgan, *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*; Winston Churchill, *Historia de los pueblos de habla inglesa* (tt. I, II y III); G. M.

Trevelyan, *La Revolución inglesa: 1688-1689*; Édouard Laboulaye, *Histoire des États-Unis*; Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*; David Held, *Modelos de democracia*; y Marie-France Toinet, *El sistema político de los Estados Unidos*. También se ha utilizado información diversa accesible en Internet.

2 La principal y más completa información sobre los iroqueses y su confederación se encuentra en el clásico libro de Lewis Morgan, *La sociedad primitiva*, del cual extrajo Engels los datos que utiliza sobre el tema en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. En su libro *Wasi'chu. El genocidio de los primeros norteamericanos*, sus autores, Johansen y Maestas, examinan en detalle tanto lo relativo a la Confederación iroquesa, la Gran Ley y la importante y subestimada influencia de las ideas y formas organizativas de los iroqueses en el pensamiento de los líderes independentistas estadounidenses, así como su influencia sobre el proyecto del Plan de Albany presentado por Franklin en 1754. De *Wasi'chu* tomo mucho de lo que expongo acerca de la Confederación Iroquesa. Por cierto, B. Johansen y R. Maestas señalan acertadamente que el hecho de que Franklin opusiera el que unos «salvajes ignorantes» fueran capaces de crear y mantener por siglos una Confederación, mientras que trece colonias de americanos europeos fuesen incapaces de crear una unión para defenderse de una amenaza de guerra, lo decía como sarcasmo, porque Franklin, que había vivido y trabajado con los iroqueses y que publicó varios de los tratados acordados con ellos, expresó en un brillante ensayo titulado «Observación sobre los salvajes de Norteamérica» su admiración por los iroqueses, por su vida sencilla, su sentido de hospitalidad y su sana costumbre de compartir las cosas (véase *Wasi'chu*, ob. cit., pp. 35-42; y también J. Loewen, ob. cit., pp. 111-112, que, hablando acerca de los iroqueses, de Franklin y del Plan de Albany, se apoya también en el texto de B. Johansen y R. Maestas). Sobre este hecho me extiendo a lo largo del presente capítulo.

3 Para los puntos dudosos acerca de por qué el *Mayflower* no llegó a Virginia sino a Nueva Inglaterra me baso en la valiosa información de Loewen (ob. cit, pp. 77-79 y 87-90), pero el análisis crítico que hago del *Pacto del Mayflower* es mío. La copia aceptada como válida del perdido texto original inglés del *Pacto* está en la obra citada de Bradford, pero es más fácilmente accesible en internet.

4 Pero creo que antes de examinar en detalle la Declaración de Independencia convendría destacar el papel que en el contexto de su redacción y del giro decisivo que esta representó para la lucha de las trece colonias contra el dominio de Inglaterra desempeñaron un personaje y un texto importantes que la historia oficial norteamericana tiende a subestimar, aun cuando incluye al personaje entre los Padres Fundadores de Estados Unidos. Se trata de Thomas Payne y de su decisivo panfleto *Common Sense* (*El sentido común*). Thomas Payne, o Tom Payne como se lo conocía usualmente, fue un revolucionario inglés que participó tanto en la Revolución de Independencia norteamericana como en la ulterior Revolución francesa. Era hombre de la Ilustración, filósofo, pensador y activista político, y fue invitado por Benjamin Franklin a Norteamérica, donde el conflicto con Inglaterra estaba ya estallando. Payne llegó a Filadelfia en noviembre de 1774 y en poco tiempo percibió las claves de la situación y los problemas del conflicto en

toda su magnitud y sus alcances. La lucha, iniciada en Massachusetts, se va extendiendo a todas las colonias a lo largo de 1775, cuando se producen las primeras batallas y los rebeldes, encabezados por Washington, llevan a cabo la lucha militar mientras el Congreso Continental dirige desde Filadelfia la política. Pero Payne nota que los revolucionarios americanos no osan enfrentar al rey Jorge III (al celebrar sus primeras victorias, los revolucionarios, empezando por Washington, seguían brindando por el rey), y toda su rebeldía la canalizan contra el Parlamento. Es que dependen demasiado de Inglaterra, de su historia y sus valores. Siguen creyendo que un acuerdo con la metrópoli es posible y conveniente y por tanto, salvo unos pocos de ellos que empiezan a dudar, como Franklin, no se atreven a romper con aquella y a darle a su lucha como meta la ruptura definitiva con Inglaterra y con su rey y el logro de la Independencia. Y es eso lo que plantea Payne en su folleto *Common Sense*, en el que, en lenguaje tan claro y sencillo como contundente, denuncia a la monarquía inglesa, acusa al rey, llama a los revolucionarios a enfrentarlo y a declarar la Independencia, a reconocer que su país es rico y que con la Independencia alcanzarían la libertad de comerciar con todo el mundo sin seguir atados al dominio inglés y sujetos a que la monarquía inglesa les imponga sus intereses. El folleto de Payne fue un auténtico *best seller*, leído por miles de personas y aun sin ser la única causa, es innegable que contribuyó en forma poderosa a que los revolucionarios que dudaban en proclamar la Independencia se atrevieran a hacerlo y a que los otros, los más fieles al rey, se vieran forzados a definirse. Washington fue uno de los que se sumó pronto a las propuestas de Payne. Lo mismo sucedió con Jefferson, en cuya Declaración de Independencia se siente la huella del revolucionario inglés. Y John Adams, segundo presidente de Estados Unidos, llegó a decir más adelante que «sin la pluma del autor de *Common Sense* la espada de Washington se habría levantado en vano».

5 En mi criterio, el mejor y más completo análisis de esta polémica entre ingleses y colonos rebeldes acerca de propiedad, libertad, esclavitud y trata, y de sus contradicciones –que son inseparables del liberalismo– es el que hace Domenico Losurdo en su excelente *Contrahistoria del liberalismo*, que he citado antes varias veces, sobre todo en los dos primeros capítulos del libro, y especialmente en pp. 17-26.

6 Mason, uno de los Padres Fundadores, es sin duda un hombre contradictorio. Hombre de larga ascendencia aristocrática, es uno de los principales plantadores esclavistas de Virginia, se dice que solo inferior a su amigo George Washington, el más rico de todos, en cuanto a cifra de esclavos. Pero Mason se declara enemigo de la esclavitud, a la que califica de «veneno lento que está contaminando a diario las mentes y la moral de nuestra gente», y también enemigo de la trata de esclavos y pide que se la condene. Pero uno no sabe si lo hace porque en verdad la rechaza o porque Virginia, su estado, ya no la necesita pues es autosuficiente en esclavos y hasta los cría para exportarlos a estados esclavistas vecinos como Maryland. Además, pese a su oposición a la trata y a la esclavitud es de los que se oponen a que se las nombre en la Constitución. Y su decisión de no firmarla (fue uno de los tres que no lo hizo) se debió a que el texto de esta no incluyó Declaración de Derechos, como la que él había redactado para Virginia en 1776, algo que

solo se hizo, como veremos, en 1791. En todo caso, Mason, que murió en 1792, no liberó a ninguno de sus numerosos esclavos, y en su testamento los repartió entre sus hijos.

7 Como señalo más adelante, la Convención fue secreta, nadie salvo los delegados tuvo acceso a los debates y los convencionistas, que querían discutir y expresar sus opiniones con toda libertad, solo informaron de los resultados a la prensa al concluir los debates en septiembre de 1787. Pero Madison, quien fue además uno de los principales protagonistas, tuvo la prudencia de tomar apuntes de todas las intervenciones y discusiones que tuvieron lugar en esos meses entre los convencionistas. Publicado años más tarde –y a partir de entonces reeditado muchas veces–, el texto de esos apuntes es la principal fuente de que se dispone acerca de los temas abordados en la Convención y de las intervenciones y posiciones asumidas por los convencionistas al respecto. Para este apartado he utilizado la edición en digital disponible en Internet [James Madison, *The Journal of the Debates in the Convention which Framed the Constitution of the United States. May-September 1787*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 2 vols., 1908].

8 Hamilton era, sin duda, un hombre conservador muy temeroso de cualquier forma de democracia y partidario de una estabilidad política que solo creía posible mediante un gobierno similar o cercano a la monarquía. Eso le restó prestigio en la Convención. De todas formas es útil recordar su argumentación al respecto, porque esa visión no es exclusiva suya; y si se excluye el régimen monárquico y se lo reemplaza por el republicano elitesco y censitario, el que aprobó la Constitución, su visión de la sociedad y sobre todo del pueblo no deja de ser la misma recogida en esta. El 17 de julio de 1787 Hamilton dijo en la Convención: «Todas las colectividades se dividen, en el interior de sí mismas, en una élite y una multitud. La primera son los ricos y la gente de buena cuna, la segunda está formada por la masa del pueblo. Se dice que la voz del pueblo es la voz de Dios y sin embargo, aunque esta máxima se cita y adopta con frecuencia, no corresponde de hecho a la verdad. El pueblo es turbulento y cambiante; muy rara vez juzga o decide razonablemente. En consecuencia, dese a la primera clase un lugar claro y permanente en el gobierno; esto va a contrarrestar la inseguridad de la segunda; y como de hecho no ve ninguna ventaja en el cambio, lógicamente mantendrá siempre un buen gobierno (…). Nada mejor que un cuerpo inmutable para contrarrestar la imprudencia de la democracia. Sus disposiciones turbulentas y sin freno exigen un contrapeso».

9 No obstante, los *Framers* apenas trataron acerca del Poder Judicial y dejaron demasiados cabos sueltos. No está claro cómo veían en concreto la relación entre el Ejecutivo y el Poder Judicial y apenas parecen haberse paseado por temas como hasta dónde debía llegar la capacidad de la Corte Suprema para decidir sobre la constitucionalidad de las leyes y si su condición de más alto tribunal le confería a sus jueces facultades para vetar leyes aprobadas por el Congreso, habiendo seguido este para ello los procedimientos establecidos en la propia Constitución. En su excelente libro *¿Es democrática la Constitución de los Estados Unidos*?, estudio crítico de la Constitución estadounidense muchas de cuyas ideas he seguido en buena parte, Robert Dahl se pregunta acerca de este problema y hace una

reflexión que es necesario tener en cuenta. El autor afirma que los *Framers* «no limitaron los poderes de la judicatura para declarar inconstitucionales leyes que habían sido adecuadamente aprobadas por el Congreso y firmadas por el presidente» y que «nunca quedará del todo claro qué se proponían los delegados al instaurar la revisión judicial» aunque es probable que no lo discutieran y que como ocurrió con otros temas, tuviesen criterios distintos al respecto. En todo caso, lo que sí se sabe es que en el Plan de Virginia se proponía que el Ejecutivo y un grupo de magistrados conformaran un Consejo de revisión de las Leyes. Pero aunque defendida por Madison, esa propuesta fue rechazada por clara mayoría en forma radical. Lo que Dahl quiere plantear es que, como él mismo dice, «un veto judicial es una cosa, mientras la legislación judicial es otra totalmente distinta», porque una cosa es vetar una ley por colidir con la Constitución, tarea propia de magistrados, y otra muy distinta convertir la Magistratura en legisladora que interviene en forma directa en la política y que veta leyes y decisiones por razones que son políticas y no meramente legales. Es lo que él llama «legislación judicial o política judicial» (*cf.* R. Dahl, ob. cit., pp. 27-28).
Añado por mi parte que es esto lo que ha ocurrido con la Corte Suprema estadounidense, que de un poder que en la Constitución es en cierta forma dependiente del Ejecutivo ya que es este el que designa los magistrados, se ha convertido desde los mismos comienzos del siglo XIX en un auténtico poder político identificado por lo general con los partidos y causas más retrógrados para intervenir en política y aprobar leyes reaccionarias, racistas y xenófobas. De modo que los dos partidos del sistema político norteamericano intentan controlar esa Corte Suprema nombrando miembros identificados con sus políticas para poder impulsar estas sin que la Corte con sus decisiones se los impida a cada paso. El gobierno de Franklin Delano Roosevelt fue víctima de situaciones de ese tipo, saboteadoras del *New Deal,* hasta que logró en una de sus tantas reelecciones presidenciales reemplazar a varios de los jueces más retrógrados por otros menos reaccionarios. Y antes, en los años previos a la Guerra Civil, la Corte Suprema aprobó leyes a favor del Sur y llegó hasta declarar en 1857 que el esclavo Dred Scott era un objeto y que como tal no podía pedir a un tribunal que lo declarara libre por haber vivido algunos años en un estado en el que no existía la esclavitud. Posteriormente, después de la Guerra Civil y de la abolición formal de la esclavitud, en el largo siglo que va desde 1865 hasta 1965, esa Corte Suprema desconoció las enmiendas favorables a los negros y aprobó todo tipo de leyes racistas a favor de la segregación racial y en contra de los vulnerados derechos de aquellos.

10 En la actualidad, dos estados, Maine desde 1972 y Nebraska desde 1992, han flexibilizado ese cerrado sistema electoral de «caída y mesa limpia» propio de los Colegios electorales, con una cierta apertura democrática al voto popular. Pero eso no cambia nada porque el sistema se mantiene en los otros 48 estados y porque Maine y Nebraska solo reúnen entre ambos nueve votos colegiados. La cifra total de votos de los Colegios electorales es de 538, porque Estados Unidos tiene cien senadores (2 por cada uno de los 50 estados) y 435 representantes o diputados, electos por cifras de población y a los cuales hay que sumarles los tres votos correspondientes a Washington DC, que forman parte del Colegio Electoral Federal. Por ello, para ganar la

elección presidencial el candidato ganador debe reunir al menos 270 votos obtenidos en los Colegios estadales, cifra que constituye la mitad más uno de la cifra total de votos de Colegios. La separación entre la votación estadal en los Colegios con el «sistema del primero que cruza el disco», o «de caída y mesa limpia», y la votación popular nacional es tan clara que teóricamente un candidato presidencial, con independencia de los votos populares que obtenga en la elección, puede resultar ganador y ser electo Presidente aun en el caso de que perdiera la elección de Colegios en 39 de los 50 estados y la ganase en solo 11 estados, siempre que estos fuesen los más poblados, los que tienen las cifras más altas de votos en los Colegios. Es decir que si gana los Colegios de California (55 votos), Texas (38), Florida (29), Nueva York (29), Pennsilvania (20), Illinois (20), Ohio (18), Michigan (16), Georgia (16), Carolina del Norte (15) y Nueva Jersey (14), reuniría así los 270 votos electorales que necesita para ganar la elección y podría desentenderse de su derrota en los otros 39 estados, en los que podría incluso darse el lujo de no haber obtenido ni un solo voto popular.

11 Cf. Doménico Losurdo, *Contrahistoria*, p. 102. Losurdo cita allí la *Histoire des États-Unis* de Édouard Laboulaye. Se trata de un viejo pero excelente estudio en tres sustanciosos tomos acerca de los Estados Unidos desde la Colonia hasta la Guerra Civil. Se editó en París en 1868. Datos completos en la bibliografía. Está disponible en internet.

12 Cf. Fohlen, ob.cit., pp. 108-112.

Capítulo V

Estados Unidos: Sociedad expansiva e imperialista

Destino Manifiesto, Doctrina Monroe y fundamentalismo maniqueo

Si hay algo que está cada vez más a la vista de todos, incluso de las gentes más despistadas e ingenuas, que por desgracia no son pocas, es que el expansionismo (y la vocación de dominio mundial que lo acompaña) es, sin duda, el más explosivo y evidente de los rasgos estructurales y permanentes de la sociedad estadounidense. Para constatarlo, sin necesidad de estudiar en detalle su historia a fin de mirar su inmenso crecimiento territorial ni tampoco de dedicarse a examinar complicados datos estadísticos que nos muestren su influencia mundial, sobre todo en lo militar, y cuántas son las guerras, invasiones y golpes de Estado que han promovido contra países cercanos o distantes para mantener su hegemonía sobre ellos y apropiarse de sus riquezas, bastaría con hacer algo más sencillo: echarle una rápida mirada a dos mapas de Estados Unidos, uno de hoy y otro del siglo XVII, y comparar la enorme dimensión actual de su territorio con el minúsculo tamaño de las trece colonias inglesas de la América del Norte con las que se inicia su historia. Podría por cierto aprovecharse también para comparar esos dos mapas de Estados Unidos con dos de México, uno de 1821, cuando el país logró su Independencia contando entonces con todo su territorio, y otro de 1850, después de terminadas la guerra y la invasión estadounidenses que sufriera poco antes, para ver así lo que le quedó de territorio, pues la mitad del mismo se lo apropiaron los Estados Unidos. O incluso se puede hacer algo todavía más fácil y revelador: buscar en Internet la cifra de bases militares que Estados Unidos tiene instaladas hasta hoy en el mundo, y ver cómo se distribuyen esas bases, varias de ellas disfrazadas de modo hipócrita con nombres «humanitarios» más digeribles, por todos los continentes del planeta. Los datos

disponibles varían un poco según las fechas y las fuentes, pero de acuerdo con las más confiables o moderadas de estas son más de novecientas bases militares y están distribuidas entre unos ciento treinta países. Después de tener ante los ojos estos hechos nadie, por ingenuo que sea, dejará de preguntarse cómo hicieron los herederos de esas modestas trece colonias para convertirse en amos y policías del mundo y cuánto debió pagar en invasiones, guerras, golpes de Estado, saqueos, dolor y sangre el resto del planeta para que ellos lograran imponerle su insaciable objetivo expansionista.

El expansionismo (asociado a una insaciable sed de dominación) es pues rasgo estructural permanente y dominante de la sociedad estadounidense; ya sea en su forma territorial inicial y más directa, apropiándose de territorios vecinos; ya sea en su ulterior forma imperial marítima, apoderándose de islas o archipiélagos, cercanos o distantes, situados en los dos océanos que desde la segunda mitad del siglo XIX marcan el limite geográfico de sus costas, atlántica y pacífica; ya sea, como ocurriera en fechas más recientes, sin necesidad de apropiarse de nuevos territorios y países, solo sometiéndolos de forma sutil y disfrazada pero a menudo también más brutal y violenta, imponiendo su dominio económico, político, cultural y militar sobre países soberanos, tanto de este continente americano al que pronto convirtieron en su patio trasero y cuyos países han invadido y hasta fraccionado a voluntad desde el mismo siglo XIX, como en los otros continentes en los que desde fines de ese siglo y sobre todo a lo largo de la segunda mitad del recién finalizado siglo XX han impuesto, con «ayuda económica», presiones, chantajes, golpes de Estado, invasiones y guerras asesinas que últimamente disfrazan de humanitarias, su dominación mundial imperialista y neocolonizadora.

Los Estados Unidos son pues expansionistas desde su misma fundación. O mejor dicho, desde mucho antes de esta, porque su expansionismo, estimulado por la religión y el racismo y sostenido por diversas ideas que lo justifican, toda ellas manipuladoras, hipócritas o cínicas, empezó desde su origen colonial con la expansión indetenible de las colonias británicas de los siglos XVII y XVIII que son su punto de partida y que tras obtener su Independencia del colonialismo inglés en 1783, se unieron y organizaron en 1787 para constituirse como Estados Unidos de América.

Corazón de ese insaciable proyecto expansivo es la idea o concepto de Destino Manifiesto. Es verdad que esa idea solo se

hace pública como tal poco antes de mediar el siglo XIX, en 1846, en el contexto de la disputa estadounidense con Inglaterra por el territorio de Oregon y el enfrentamiento con México, dado el proclamado e inminente proyecto de Estados Unidos de anexar Texas y de invadir a su vecino sureño para despojarlo de California y otras partes de su territorio. Pero no es menos cierto que esa política expansiva, aun sin ser todavía sacralizada con el nombre de Destino Manifiesto, es la que ha sustentado la expansión territorial estadounidense desde los tiempos iniciales de la Colonia hasta culminar en la segunda mitad del siglo XIX con su control de todo el territorio de la América del Norte. Por supuesto, con la ostensible excepción de Canadá, a la que al cabo, sin necesidad de apropiarse de su extenso y poco habitado territorio, han terminado convirtiendo en una suerte de amistoso y dócil protectorado.

Y lo cierto es que, aunque luego envuelta en nuevos y más modernos discursos expansionistas que comparten protagonismo con ella, la idea del Destino Manifiesto siguió alimentando desde entonces la expansión territorial de Estados Unidos. Expansión que desde las últimas décadas del siglo XIX ya no fue solo terrestre sino también marítima porque se hizo a base de poder naval en abierta forma imperialista, y a distancia, igual que hacían los imperios coloniales rivales como Inglaterra, Francia y Alemania. Y fue así porque ya no se trató más de apropiarse de territorios lindantes con su masa continental, sino de territorios y de países independientes o coloniales situados fuera de sus mal adquiridos límites continentales y que eran islas o archipiélagos relativamente cercanos de su costa atlántica, como en el caso de la siempre ansiada Cuba y como Puerto Rico, o absolutamente distantes de su costa del lado del Pacífico, como fue por el contrario el caso de Hawaii o del archipiélago filipino.

Cierto también que con el sostenido crecimiento del poderío estadounidense a lo largo del siglo XX, tanto en lo económico, político y financiero como en lo militar (terrestre, naval y luego aéreo) la consagrada expresión Destino Manifiesto va dejando de ser usada y es reemplazada de ordinario por nombres más modernos, más laicos y más a tono con las nuevas realidades imperiales, neocoloniales, y con los conflictos ideológicos y políticos que Estados Unidos libra desde entonces por el dominio del planeta, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. Ya antes de esta, en la primera mitad del siglo XX, se habló de geopolítica, de poder naval, de imperialismo («imperialismo protector» lo llamaron ellos, mensajeros

como dicen ser siempre del bien, de la democracia y la libertad). Pero se habló también en forma cruda de política del Gran Garrote y Diplomacia del Dólar, aunque poco después se prefirió hablar hipócritamente de política de Buena Vecindad. Y más tarde, ya en la segunda mitad del siglo, se pasó a hablar de Guerra Fría, «amenaza de agresión soviética», «defensa de la democracia y la civilización occidental cristiana». Y con ellos, siempre superiores, únicos, excepcionales, indispensables, encabezando esa «desinteresada defensa de la humanidad» de la que a pesar de su desinterés salían cada vez más poderosos y más ricos, y dejando tras ellos una reguera de ruinas y de muertos. Se crearon diversos organismos imperiales: económicos, financieros, políticos y, sobre todo, militares, para imponer la hegemonía estadounidense sobre el mundo y se difundieron las sucesivas *doctrinas* que iban proclamando los presidentes de Estados Unidos uno tras otro en medio de las guerras, golpes de Estado e invasiones que promovían (y siguen promoviendo) para abrirle camino y justificación a su lucha por el poder mundial, primero para alcanzarlo, y después para conservarlo. Y por supuesto, se habló con insistencia luego de 1945, y los neoconservadores republicanos lo pusieron de moda en tiempos del segundo Bush, de «Nuevo Siglo Americano», es decir, de dominio final y definitivo de Estados Unidos sobre el mundo; reaccionario sueño imperial, suerte de versión *yankee* del Tercer Reich nazi disfrazado en forma hipócrita de imperio democrático, que para suerte del planeta, la creciente decadencia estadounidense hace cada día más improbable y más difícil.

Pero en el fondo de este océano de propaganda, que se prolonga hasta hoy con nuevos términos y nuevos enemigos, el Destino Manifiesto, de vuelta hacia el silencio original o ya raramente mencionado, no solo sobrevive en el fondo de todas esas políticas estadounidenses dirigidas a conservar la hegemonía mundial que han conquistado y que empieza a tambalearse sin que ellos quieran verlo, sino que sigue alimentando, aunque tratando de no mostrarlo en forma tan abierta como antes, esa creciente sed imperial norteamericana de dominio a la que llevó a su alcance máximo, a su dimensión planetaria en la segunda mitad del pasado siglo XX. Algo que apenas pudieron plantear, y más bien como sueño que como realidad cercana y posible, los más fanáticos expansionistas entre sus tempranos dirigentes del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX, concentrados como estaban por ese entonces en apoderarse del territorio de toda Norteamérica.

Voy entonces a tratar de examinar ese proceso. Y lo examinaré en sus sucesivas fases y en su diversidad a partir del concepto de Destino Manifiesto. Pero antes debo precisar ciertas cosas. En primer lugar que, como acabo de explicar más arriba, debido a que ese tema abarca toda la historia de Estados Unidos, exponerlo dando cuenta de toda su riqueza y su complejidad exigiría un extenso libro y no un corto ensayo, que es lo único factible en este caso. En segundo lugar, que mi exposición tendrá entonces por necesidad que ser muy concisa, por lo que deberá dejar de lado referencias útiles e ilustrativas sobre diversos detalles, temas, momentos importantes, citas de documentos, diarios y textos, y también significativas declaraciones de líderes religiosos y políticos que contribuyeron a darle forma a ese proceso. Pero, en tercer término, que de cualquier manera mi exposición, que tratará de centrarse en lo que considero esencial, será como todo este libro, un examen crítico y nada complaciente de ese proceso expansivo y de esa sed de dominio continental y mundial que ha llenado la historia de Estados Unidos.

Mostraré que se trata de un proceso saturado de fundamentalismo religioso, de xenofobia y desprecio racista, y sustentado en un auto-otorgado y sacralizado derecho que las clases dominantes del país han utilizado a su real saber y entender, adaptándolo en cada caso a las variantes circunstancias, y siempre en función de sus intereses, para atropellar los despreciados derechos de todas las otras personas, gobiernos y pueblos que se fueran atravesando unos tras otros en el camino que podía (y que debía) irlos conduciendo a ese dominio mundial con el que sus líderes políticos y religiosos soñaban desde su mismo origen.

Así pues, daré una panorámica más bien rápida de la expansión territorial de Estados Unidos y del proceso dirigido por sus líderes políticos, económicos y religiosos a fin de que fuese el país más rico y poderoso del mundo; y solo me detendré a examinar más a fondo algunos de sus momentos decisivos. Hay aquí algo más que debo señalar. Porque más allá de la descripción favorable que los Estados Unidos hacen de sí mismos, usando para ello todos los poderosos medios de manipulación de que disponen, probablemente lo que los no estadounidenses conocen mejor acerca de ese país es lo relativo a sus intervenciones en otros países y en otros continentes, lo que forma una larguísima cadena de golpes de Estado, guerras e invasiones que en forma directa o disfrazada han terminado por cubrir casi todo el mundo. Lo que quiero decir es que el tema de

las invasiones y sometimiento de otros países por Estados Unidos es bastante bien conocido, sobre todo por nosotros los latinoamericanos, que hemos sido sus víctimas desde hace casi dos siglos, y que ese conocimiento es el resultado de que sobre el tema exista una extensa y rica lista de libros, ensayos, documentales, películas y videos muy completos y valiosos, algunos en verdad invalorables, de muchos de los cuales doy referencias en la bibliografía.

De modo que ese conocimiento es una de las razones, la principal, por la que evito detenerme demasiado en el tema de las invasiones estadounidenses contra una larga lista de países, tema bien conocido y bien expuesto en obras notables y además fácilmente disponibles. Pero hay también otra razón no menos importante por la que evito hacerlo aquí. Se trata de que, salvo muy contadas excepciones, los mejores de esos libros, escritos en su mayor parte por latinoamericanos o europeos de izquierda, hacen la lectura de esa expansión desde la perspectiva de los países o continentes agredidos, es decir, de las víctimas, y constituyen denuncias muy valiosas del agresivo imperialismo estadounidense. Pero no entran a examinarlo desde adentro ni tampoco a explorar los argumentos usados por los líderes de ese imperialismo para justificar ante el mundo y ante sí mismos esos procesos de robos de territorios ajenos, de colonización de islas estratégicas, de destrucción de pueblos e imposición de su dominio económico, militar y cultural sobre continentes enteros. El resultado de ello es que ese aspecto clave, el de la visión y justificación del agresor imperialista hecha por él mismo, resulta muy poco conocido, salvo por la obra no siempre bien difundida de algunos valiosos sociólogos e historiadores estadounidenses críticos.

Y es este justamente el aspecto que más me interesa examinar y denunciar aquí. Es decir, que en este estudio crítico de la sociedad estadounidense y de sus principales rasgos estructurales que vengo haciendo, lo que más me interesa descubrir y señalar son esas ideas y argumentos: religiosos, ideológicos, políticos, jurídicos y hasta morales, todos ellos construidos o utilizados por reconocidos líderes políticos y religiosos del expansionismo estadounidense para justificar su expansión y para hacer que su propio pueblo la digiera haciéndose cómplice de ella. Esto por cierto, junto con las sistemáticas y reiteradas mentiras que a diario distribuyen al mundo los medios controlados por el Imperio, es uno de los más sólidos pilares ideológicos que hacen que ese imperialismo, apo-

yado en esos argumentos y raras veces criticado por ellos desde dentro, sea tan arraigado, tan fuerte y tan difícil de vencer.

Una última cosa previa antes de entrar propiamente en materia. Creo conveniente dividir el proceso expansivo de Estados Unidos en varias etapas, dado que hay claras diferencias en las formas que va asumiendo. Y para ser consecuente con lo que apunté más arriba, trataré en cada etapa de describir en forma rápida el proceso expansivo o de dominio que corresponda e iré exponiendo cada vez, esto con más detalle, las teorías religiosas, políticas o jurídicas que los dirigentes religiosos y políticos estadounidenses usaron como argumentos teóricos o ideológicos para justificar o encubrir moralmente tanto la expansión territorial del comienzo como las ocupaciones de países que siguieron, o el dominio planetario ulterior a la Segunda Guerra Mundial.

Comenzaré, pues, por la primera de esas etapas, la tocante a la expansión territorial, que cubre buena parte del siglo XIX y que los hace dueños de todo el continente norteamericano, exceptuada Canadá, pero que exige una suerte de corta introducción histórica ella misma porque, como hemos visto a lo largo de este libro, la expansión territorial estadounidense y su sed de dominio mundial empiezan mucho antes, en tempranos tiempos coloniales, siglos XVII y XVIII, es decir, antes de la existencia de Estados Unidos como nación independiente, lo que solo se materializa a fines de ese último siglo. De manera que debería comenzar por ese largo período colonial que va desde el siglo XVII, pasando incluso por la Independencia, hasta el inicio del siglo XIX. No obstante, como en capítulos anteriores, en particular en el primero y el tercero, me he ocupado ya con cierto detalle de esa expansión al hablar del papel de la religión puritana en la sociedad colonial norteamericana y del racismo, el excepcionalismo y las guerras y matanzas indígenas que fueron acompañando esa primera expansión, creo que me bastará con recomendar la lectura o relectura de esos capítulos, que nos dan el contexto cultural, político y religioso necesario para entender mejor lo que se expone ahora.

Primera etapa: Siglo XIX. Rapiña y reordenamiento de un continente

La primera etapa, que es la de la gran expansión territorial, tiene a su vez dos dimensiones. La primera dimensión, la principal y más

evidente, es externa y constituye la expansión propiamente dicha, es decir, la apropiación por diversas vías de nuevos territorios continentales vecinos o cercanos despojando de ellos a sus dueños, ya fuese mediante compras, compras bajo presión o mediante guerras e invasiones. La segunda, menos notoria, es la división interna de territorios apropiados, división con la cual la cifra de estados crece porque no solo los territorios apropiados dan origen a más de un estado, sino también porque varios de los estados originarios y de los que resultaron de la primera expansión, la colonial o en todo caso la previa al comienzo del siglo XIX, son también divididos por decisión del Gobierno y dan lugar también a otros estados. Pero justamente para evitar la confusión buscada por quienes mezclan ambas cosas, dejo esto para el final, una vez hayamos revisado la verdadera expansión, la que corresponde a la compra casi siempre forzada o al robo directo de territorios continentales vecinos o cercanos. Lo que sí hay que señalar desde ahora es que esa misma primera etapa de expansión territorial correspondiente al siglo XIX se reduce, en realidad, a la primera mitad de ese siglo porque las décadas siguientes están más bien dominadas por la Guerra Civil, la ocupación militar y Reconstrucción del Sur y el impresionante desarrollo industrial del país, que empieza ya a anunciar la etapa colonialista e imperialista que cobra forma en la última década del mismo siglo.

Masiva expansión territorial y doctrinas de la primera mitad del siglo xix

Así pues, es en la primera mitad del siglo XIX, hasta algo después de mediados de ese siglo, que Estados Unidos se apodera de toda Norteamérica de costa a costa, mediante la continuación acelerada de la expansión terrestre iniciada en la etapa colonial. Y lo logran, como dije, mediante una excepcional compra directa; dos compras forzosas resultado de presiones y guerras menores; un permanente proceso de expulsión de pueblos indios de sus tierras ancestrales del este del Mississippi; una ocupación territorial de una extensa provincia de un país vecino seguida de un referéndum separatista y luego de una anexión; una guerra criminal contra ese país vecino, al que se despoja de más de la mitad de su territorio y al que luego se le compra un fragmento adicional para redondear la nueva frontera que debe separarlo de él; una aguda presión anterior contra una poderosa potencia colonial que acaba por cederles un nuevo y ansiado territorio hasta entonces compartido; y una

afortunada oferta de venta de otro territorio lejano hasta entonces poco apreciado, el cual viene a completar así su apropiación del continente norteamericano.

En pocas palabras, la secuencia concreta de los hechos es esta. En 1803 el joven país que es Estados Unidos tiene la increíble fortuna de conseguir por venta un territorio inmenso que ansiaba para su expansión hacia el Oeste y que le permitió duplicar su tamaño pasando a ser dueño de la mitad de América del Norte sin necesidad de ir para ello a una guerra. En efecto, la Louisiana, territorio descomunal que había pasado de manos francesas a españolas y de manos españolas a francesas y que se hallaba legalmente en poder de la Francia napoleónica, les fue vendido por Napoleón a cambio de diez millones de dólares (¿sesenta millones de francos?) porque el emperador francés, que quería reconstruir parte del imperio colonial americano que Francia había perdido en la Guerra de los Siete Años, al ser ahora derrotadas y humilladas sus tropas coloniales por los heroicos revolucionarios haitianos –que para mayor vergüenza de su racismo y su arrogancia eran negros y exesclavos– abandonó la idea imperial americana y decidió venderle a Estados Unidos el territorio de Louisiana que estos tanto ansiaban. Y el precio era un auténtico regalo[1].

En la década siguiente decidieron expandir su territorio a las Floridas, que eran todavía españolas, como lo habían sido desde la Conquista del siglo XVI, para llevar su frontera al Golfo de México y controlar el puerto de Nueva Orleans, desembocadura del Mississippi. Estados Unidos ansiaba esa expansión que les daría salida al mar Caribe. Tenían que arrancarle pronto esos territorios a España. Había estallado la rebelión de las colonias españolas en Sudamérica. España había caído en poder de la Francia napoleónica y les preocupaba que los territorios españoles, sobre todo las Floridas, pudieran cambiar de manos, pasando a las de la poderosa Francia. Sentían que debían apresurarse. Y el Congreso aprobó en enero de 1811 la Ley de No Transferencia, suerte de avance de la futura Doctrina Monroe, en la que planteaba que cualquier cambio de propiedad que hiciera pasar parte de esas colonias a manos de potencias extranjeras sería considerado por Estados Unidos como una amenaza a su seguridad. E iniciaron de una vez su avance político y militar contra las Floridas, empezando por la Occidental. Así, mediante presiones, chantajes, amenazas y virulentas guerras lograron que la asustada España, sabiendo que iba a perderlas si no

las vendía, decidiera venderles las dos Floridas, la Occidental, que ocupaban desde 1811, y la Oriental, la de la península, mediante el Tratado Adams-Onís, firmado en 1819.

En 1820 se inicia el tema de Texas, extenso territorio mexicano poco habitado y de límites no siempre claros (al menos para Estados Unidos, que querían, sin tener base para ello, hacer de Texas una parte de Louisiana). El gobierno mexicano comete el error garrafal de atraer migrantes estadounidenses, sudistas para más señas, y de ofrecerles todo tipo de ventajas para instalarse en territorio texano. Los Austin, padre e hijo, y luego Sam Houston, fueron los líderes de ese proceso colonizador que pronto enfrentó a los habitantes mexicanos con los cada vez más numerosos y arrogantes colonos estadounidenses, esclavistas, racistas y llenos de desprecio por los mexicanos, y por México y sus leyes. El previsible resultado (previsible para cualquiera salvo para el ingenuo gobierno mexicano) fue que los colonos, que habían restablecido en Texas la esclavitud abolida antes por México, decidieran en 1835 organizar un referéndum en el que por aplastante mayoría se aprobó separar a Texas de México, declararse república soberana y solicitar que esta fuera anexada a Estados Unidos. El gobierno mexicano intervino militarmente y terminó perdiendo una corta guerra que lo obligó a reconocer la secesión texana. Pero Texas se quedó como la República de la Estrella Solitaria porque Estados Unidos se negó a anexarla, en parte para evitar una previsible guerra con México, pero también porque Texas era esclavista y Estados Unidos quería mantener el delicado equilibrio que había aprobado en 1820, mediante el llamado Compromiso de Missouri, entre estados esclavistas y no esclavistas para no poner en peligro la supervivencia de la Unión.

Así, Texas se mantiene como república independiente hasta 1845, momento en que el gobierno de Estados Unidos decide finalmente anexarla como nuevo estado, dándose cuenta de que el descontento texano por el rechazo estadounidense a la anexión podía hacer que Texas se sometiera a países europeos como Inglaterra y Francia –compradores del algodón que Texas producía con mano de obra esclava–, porque esos países querían aliarse con ella manteniendo formalmente su condición de Estado independiente a objeto de limitar de algún modo, mediante esa alianza y esa formal independencia texana, el desbordado y peligroso crecimiento territorial de Estados Unidos.

En un intenso clima de agitación xenófoba y racista alimentado por políticos y por diarios, el presidente estadounidense James Polk, con apoyo del Congreso, decidió promover la anexión de Texas en 1845, aun sabiendo que ello conduciría a una guerra con México porque si bien este había aceptado a la fuerza en 1835 la independencia texana, no estaba dispuesto de ninguna manera a aceptar que Texas, a la que los mexicanos todavía consideraban como un estado rebelde, fuese ahora anexada a Estados Unidos.

Sin embargo, no es México el que declara la guerra a Estados Unidos. Son estos los que agreden e invaden a México. A la invasión la precede una virulenta agresión racista de sus líderes y sus medios contra el pueblo mexicano, contexto en el que se formula, al fin con su nombre, en 1846, la doctrina del Destino Manifiesto. Doctrina que también se usa contra Inglaterra, ya que Estados Unidos quiere tener ahora en el noroeste el control de todo el territorio de Oregon que venía compartiendo con aquella, despojándola de su mitad; pero por supuesto, en el caso de los ataques contra los ingleses no hay insultos ni racismo. Solo se le recuerda a un país europeo, esto es, extracontinental, que este continente es territorio americano, es decir, de ellos. Ante claras amenazas de guerra acompañadas de ocupación del territorio en disputa, Inglaterra termina cediendo y Estados Unidos se apodera de Oregon. En cuanto a México, Estados Unidos sabe que este se halla hundido en una profunda y perpetua crisis y que el gobierno federalista mexicano ni siquiera controla todo el país. La idea del gobierno de Estados Unidos es aprovecharse de ello expandiendo los límites de Texas al sur del río Nueces, que era la frontera aceptada por ambos países y llevarla hasta el río Grande, situado más al sur. Se organiza una provocación que genera un inevitable choque con los mexicanos, pues estos se oponen a la invasión de su territorio; y el resultado del choque es que quedan varios estadounidenses muertos. Estalla en todo Estados Unidos la más grande histeria patriotera. Se acusa a México de haber derramado sangre estadounidense en tierra estadounidense, horrendo crimen doblemente inaceptable. Y mientras los líderes de Estados Unidos y su opinión pública manejada por los medios exigen castigo para el miserable México, las tropas estadounidenses desencadenan la guerra y la invasión en 1846. No voy por supuesto a describir ni analizar aquí esa guerra criminal y alevosa. México defendió su territorio, combatió con tropas inferiores y guerrillas pero fue aplastado por la superioridad del ejército

estadounidense y de su marina. Las tropas *yankees* bombardearon Veracruz, tomaron California y entraron a Ciudad de México. La guerra terminó en 1848. México capituló, y Estados Unidos lo despojó de todas sus provincias norteñas, casi dos millones y medio de kilómetros cuadrados, lo que constituía más de la mitad de su territorio. Y todavía insatisfechos con la nueva frontera pautada, Estados Unidos logró que en 1850 el gobierno del país le vendiera mediante el Tratado de La Mesilla (que ellos asépticamente prefieren llamar *Gadsden Purchase)* otros miles de kilómetros cuadrados para redondear esa frontera hacia el suroeste.

Esta fue la agresión más grande cometida por Estados Unidos contra el territorio de un país vecino. Pero su sed de dominio y control de nuevos territorios en Centroamérica y el Caribe no cesaba, y en la década de los cincuenta de ese siglo XIX fueron los estados sudistas los que emprendieron, por su cuenta, pero contando con la indiferencia o la tolerancia del gobierno de Washington, expediciones anexionistas contra tierras e islas centroamericanas. Las expediciones del aventurero William Walker le permitieron, con la complicidad de los liberales nicaragüenses, apoderarse de Nicaragua, asumir la Presidencia del país entre 1856 y 1857, reestablecer en él la esclavitud y repartirle tierras a sus soldados invasores. Walker terminó capturado y fusilado por los hondureños en 1860. Las expediciones de otro aventurero, Narciso López, militar realista español nacido en Caracas, antiguo enemigo de la Independencia venezolana, ulterior agente de los anexionistas cubanos y de sus mentores los propietarios y militares esclavistas del Sur de Estados Unidos, y partidario declarado de la anexión inmediata de Cuba a Estados Unidos, terminaron fracasando y López acabó también derrotado y ejecutado, en este caso en La Habana por los españoles, amos de la isla. Y ya dueños de California, donde la aparición de oro produjo una enorme avalancha humana, Estados Unidos, viendo todavía lejana la posibilidad de construir un canal interoceánico en Panamá, que entonces era provincia de la Nueva Granada, firmaron un tratado con esta (el Mallarino-Bidlack, en 1846), construyeron un ferrocarril para facilitar el paso hacia California y comenzaron a atropellar y a despreciar a los panameños.

Hermoso cuadro este, el de la expansión territorial de Estados Unidos. Teorías justificadoras de su insaciable sed de nuevas tierras. Ataques, agresiones y guerras contra territorios vecinos. Anexiones seguidas, por lo general, de tratados tramposos que las con-

vertían en forma hipócrita en asépticas compras de tierras como si se tratase de mercancías que se hubiesen adquirido en un supermercado y pagado con limpios dólares. En todas sus variantes eso incluye Louisiana, las dos Floridas, Texas, México hasta California, y Oregon, es decir, todo el continente norteamericano excepto Canadá, que se salva porque además de ser inglesa es demasiado importante para Inglaterra. Estados Unidos termina decidiendo que apoderarse de Canadá no valía una peligrosa guerra contra Gran Bretaña y acaba en el siglo XX convirtiendo a Canadá, de hecho, en una suerte de protectorado estadounidense.

Falacia tras falacia: primeras teorías y argumentos usados para justificar la expansión y el robo de tierras

Vale la pena exponer estas teorías y estos argumentos que Estados Unidos va desplegando a lo largo del siglo XIX para justificar su expansión. Para hacerlo voy a seguir a Albert Weinberg, que es quien en su obra *Destino Manifiesto* hace en mi opinión la mejor y más completa exposición del tema. Como bien señala Weinberg en el primer capítulo de su libro, el primero de los argumentos que ya desde el período colonial emplean los entonces futuros Estados Unidos como justificatorio de su expansión territorial es el del *derecho natural*. La idea del derecho natural viene de lejos, de la Antigüedad misma y el cristianismo temprano lo asoció a la voluntad de Dios, a la llamada ley natural. Con su envoltura religiosa, esa idea sirvió de justificación para la temprana expansión de los colonos blancos, puritanos y anglosajones de la América del Norte en el siglo XVII y para iniciar, como ya mostré en un capítulo anterior, el reiterado robo de tierras a los indígenas americanos acompañado de las primeras matanzas y guerras indias, todas alimentadas por virulentos y renovados discursos religiosos legitimadores de esas matanzas y robos de tierras, obra de reconocidos predicadores calvinistas como Cotton Mather, John Winthrop y otros; discursos en los que se insiste en la condición excepcional del pueblo americano, en su calidad de pueblo favorito de Dios y en que ese pueblo superior, nuevo Israel, que a diferencia del viejo, no peca contra Dios ni lo traiciona, es lo que ellos a menudo llaman «la Ciudad en la Colina».

Para el siglo XVIII el pensamiento ilustrado europeo, habiendo despojado a ese *derecho natural* de su envoltura religiosa, lo usa para darle consistencia y sustento al nacionalismo entonces en ascenso. Weinberg añade con razón que el núcleo de esa idea es que

toda población homogénea tiene derecho a formar una asociación política independiente, a organizar su forma de gobierno y a promover los derechos de la humanidad. Es cierto, como él dice, que esa lectura fue asimilada por los Padres Fundadores de los Estados Unidos, pero en mi criterio eso no excluyó que estos siguieran pensando en ese asunto clave en que pensaban los puritanos de la Colonia y que hacía de Dios (es decir, de la Providencia, como ellos preferían decir, pues eran deístas), promotor y protector del proyecto expansivo de los recién creados Estados Unidos. En particular, John Adams y Alexander Hamilton lo declararon así varias veces; y por su parte Jefferson compartió a su manera esa misma idea. Todos ellos coincidían en que la Independencia estadounidense era no solo obra de esa Providencia, sino también punto de partida de la emancipación de toda la humanidad. Esa tarea quedaba asociada desde entonces, en forma directa, a la expansión tanto espiritual como territorial de Estados Unidos, encargados por la Providencia de llevar democracia y libertad al mundo. Y esto es algo en lo que yo veo claramente, junto con la anterior idea puritana de la Ciudad en la Colina, las dos primeras expresiones claras y directas de la idea de Destino Manifiesto, antes de que esta adquiriera nombre, lo que como veremos, solo ocurrió a mediados del siglo XIX.

Pero Weinberg señala a continuación algo aún más importante: la idea de Estados Unidos de expandirse «llevando democracia y libertad al mundo» se cruza y se funde pronto con el anhelo de garantizar su propia seguridad. Y esta va pasando también pronto al primer plano. La seguridad futura de Estados Unidos priva sobre todo, y por tanto es superior incluso a los derechos legales de cualquier otra nación. Hamilton es el primero en proclamarlo al decir que hay otro derecho natural que complementa el derecho a la libertad y que es el *derecho a la seguridad*. Ese nuevo derecho natural se convierte desde entonces en derecho justificador del expansionismo estadounidense. Y pronto deviene en derecho prioritario por sobre cualquier derecho natural. Weinberg lo muestra en dos valiosas citas: en una carta escrita en 1778, en fecha bien temprana; carta en la que Samuel Adams habla de su esperanza de que los futuros Estados Unidos se apoderasen de Canadá, Nueva Escocia y Florida. Adams escribía: «No tendremos una base sólida hasta que Gran Bretaña nos ceda lo que por designio de la Naturaleza debemos poseer, o hasta que se lo arrebatemos». Y Franklin, tanto en 1760 como en 1782, fechas igualmente tempranas, había

exigido la anexión de Canadá como necesaria para la seguridad de los futuros Estados Unidos.

Este derecho a la seguridad, base legal de la primera etapa de la expansión estadounidense, de su Destino Manifiesto todavía sin nombre propio, se convierte en prioritario no solo porque se constituye en argumento principal para justificar la expansión e intervenciones de Estados Unidos sobre territorios vecinos sino porque en las décadas siguientes a la Independencia, luego de comprada Louisiana, cuando surgen sus ambiciones sobre el Mississippi, Nueva Orleans y las Floridas, ese derecho natural y divino a su seguridad le sirve, incluso, de base para cuestionar los derechos naturales que a su propia autodeterminación poseen también los pueblos que igualmente por decisión de la misma Providencia tienen además la mala suerte de ser sus vecinos. Dicho en palabras de Weinberg, que «esos pueblos solo deben escoger para sí mismos lo que conviene a Estados Unidos». El derecho a la seguridad de estos está pues por encima de esa autodeterminación. Y la excluye si la seguridad estadounidense, es decir, su imparable expansión territorial, así lo exige.

Incluso, en función de eso Estados Unidos va a manipular las cosas con su acomodaticio leguleyismo. Ocurre así después de la compra a Francia de Louisiana en 1803, con lo cual el país logra duplicar su territorio y llegar al Mississippi como nueva frontera occidental. Porque Estados Unidos quiere seguir ampliando su territorio. La expansión no se detiene y su ambición hace que los argumentos para sustentarla en forma legal se modifiquen a su favor cada vez que le sea necesario. Así, cuando ellos solo tienen el puerto pero no el río, que es el caso de Nueva Orleans, exigen el control del río, y cuando solo tienen parte del río pero no el puerto, exigen la posesión del puerto, como es el caso de las Floridas. La idea, declarada por diversos políticos y expresada ya en numerosos editoriales de grandes diarios, es que por decisión de la Providencia el continente norteamericano está destinado todo a pertenecer a Estados Unidos. Así de simple. Y es claro, como insisto, que aunque sin recibir todavía ese nombre, la idea sustentadora de esa insaciable ambición territorial, idea que viene desde la Colonia, no es otra que la del Destino Manifiesto.

Pero como también señala y desarrolla Weinberg (capítulo II, páginas 52-78), la creciente expansión que sigue a la adquisición de Louisiana requiere de nuevos argumentos porque la idea del derecho natural ya no resultaba apropiada. Cierto que se le siguió

atribuyendo a la naturaleza carácter de divinidad, pero los expansionistas ya no la leyeron simplemente como ley de la naturaleza sino que la encontraron en la propia configuración de la Tierra. A la idea de frontera natural se le añadió el dogma de la predestinación geográfica. Era la naturaleza o el orden natural lo que fijaba los límites naturales a las naciones, en particular a Estados Unidos. Es lo que Weinberg llama *predestinación geográfica*, que a mí me parece una suerte de calvinismo, de predestinación calvinista aplicada a la geografía. Estados Unidos quería apoderarse por las buenas o por las malas de toda la Florida, dividida entonces en dos partes, la Occidental y la Oriental. Se empezó así a mostrar que en términos geográficos Florida pertenecía a Estados Unidos pues la frontera entre ambos territorios y Estados Unidos era falsa y sin base. La imprecisa frontera establecida no podía servir de límite porque el límite tenía que ser natural, *geográfico*; es decir, «predestinado». Y en ese caso debía ser el océano, permitiéndole a Estados Unidos llegar hasta sus playas. Eso sí sería una frontera verdadera, una *frontera natural*. Destaco entre muchas opiniones de este corte que se produjeron en esos años la de Andrew Jackson, entonces senador, quien proclamó en el Congreso que Dios y la naturaleza habían decidido que Nueva Orleans y las Floridas pertenecían a Estados Unidos, al que él calificaba ya de «grande y naciente imperio». En el caso de las Floridas, Madison utiliza otro argumento, el de las ventajas, por supuesto de Estados Unidos, cuando en una respuesta a Monroe le dice que las Floridas no son muy importantes para España y que sí lo son en cambio, para la seguridad estadounidense.

Pero lo declaraban así porque en ese caso les convenía pues, como mostraré en los casos de fronteras ulteriores, los Estados Unidos rechazaron luego ese argumento, defendido a propósito de Florida, porque aunque se trataba también en esos casos de fronteras geográficas, naturales, bien definidas, como son un río, una cadena montañosa o un océano, todos ellos «predestinados», Estados Unidos quería continuar su expansión por encima de esos límites y ya el argumento de las barreras naturales como fronteras no les resultaba útil. Para los dirigentes políticos estadounidenses el deseo de apoderarse de todo el continente estaba tan claro que en fecha tan temprana como 1823, cuando Estados Unidos apenas había incorporado las Floridas y su límite occidental real era el Mississippi, el representante Baylies dijo en el Congreso, hablando del obstáculo representado por límites naturales como eran las montañas:

> Si llegamos a las Montañas Rocosas, sería insensato que no cruzáramos el angosto espacio que separa dichas montañas del océano para obtener ventajas mucho mayores (…). Nuestra frontera natural es el océano Pacífico. La marea de nuestra población debe avanzar, y así lo hará, hasta que ese poderoso océano interponga sus aguas y limite nuestro imperio territorial.

Añado de una vez por mi parte que esta ambiciosa profecía solo se equivocó en una cosa: en que resultó bastante modesta, pues no pensó que una vez que la indetenible expansión territorial estadounidense llegase a la costa del Pacífico, tampoco iba a detenerse allí sino que continuaría por vía marítima, ya que a partir de entonces Estados Unidos, convertidos en nueva potencia imperialista, se apoyarían en la posesión de una poderosa flota para apoderarse de Hawaii y de las Filipinas y ampliar así lo que me atrevería a llamar los infinitos límites de su seguridad.

De todas formas, lo que privaba todavía en esa tercera década del siglo XIX era que el único límite que los Estados Unidos estaban decididos a aceptar como válido para definir sus fronteras no era otro que el océano, es decir, que el continente norteamericano todo debía ser suyo. Es la doctrina del Destino Manifiesto en marcha, pero sin que reciba todavía ese nombre. De hecho, esa idea está presente en una declaración del juez David Campbell en fecha tan temprana como 1786, en un discurso de Joseph Chandler en 1804 y en varios textos de John Quincy Adams, todos traídos a colación por Weinberg. En todos ellos se dice que el continente americano está destinado a ser dominio único y consolidado de Estados Unidos, tomando como base las palabras del juez Campbell.

Pero una vez más la ambición territorial estadounidense se revela como desmesurada. En la polémica contra Inglaterra por Oregon, al comenzar la década de los cuarenta del siglo XIX, John Quincy Adams afirmó que «el dedo de la Naturaleza» apuntaba a la exclusiva colonización de la costa noroeste por Estados Unidos. Y en el debate de 1846 sobre ese tema, el representante Stanton afirmó que la Doctrina Monroe coincidía con este principio:

> La ley que convierte al océano en barrera opuesta al comercio instantáneo entre las naciones –la Ley de la Naturaleza que ha separado a los continentes interponiendo vastos abismos– prohíbe que las naciones de un continente posean derechos en otro por implicación, extensión, contigüidad, o por aplicación de otros principios invisibles, intangibles y metafísicos (Weinberg, p. 70).

Y aquí tiene cabida mencionar el increíble uso de la teoría de la *predestinación geográfica* en el caso del interés de Estados Unidos por apoderarse de Cuba. Porque ese interés, ya planteado desde muy temprano por Jefferson al iniciarse el siglo XIX, se intensifica en el curso de ese siglo por medio de sucesivos argumentos concretos a partir de la manipulación de esa acomodaticia y manipulable idea que era la *predestinación geográfica*. John Quincy Adams, creador con respecto a Cuba de la imagen de la fruta madura, cuya caída en poder de Estados Unidos había que esperar con paciencia dejándola en poder de la decadente España hasta que esta se pudriera, usó también en este caso un poderoso argumento visual al afirmar que Cuba estaba predestinada a pertenecer a los Estados Unidos porque se hallaba tan cerca de ellos que se la veía desde la punta de la Florida. Y porque aun estando separada por un «brazo de mar» (como si justamente ello no mostrara que la Providencia, en la que él creía, los había separado), Estados Unidos era sin discusión el continente del que estaba más cerca. Este argumento además de visual era geográfico, pues dio pie a decir además que Cuba era simplemente una prolongación inmediata de la península de la Florida. Y sin embargo, el más increíble de los argumentos en este sentido fue el que utilizó en la segunda mitad del siglo XIX William Seward, entonces representante y luego incluso secretario de Estado de los presidentes Lincoln y Andrew Johnson. Su argumento era mucho más sólido, pues se basaba en la historia geológica del planeta, llevando hasta sus límites más remotos el tema de la *predestinación geográfica*: Cuba debía ser anexada por Estados Unidos porque –según él– la naturaleza la había amasado con la tierra, la arena, las piedras y los sedimentos arrastrados al mar por el Mississippi, que desembocaba en el Golfo de México y era el mayor río de Estados Unido.

Ya veremos más adelante cómo hubo que abandonar estos falaces argumentos reemplazándolos por otros igualmente falaces para poder justificar que Estados Unidos, a finales de ese mismo siglo XIX, se apoderara de Hawaii y de las Filipinas. Por ahora me basta con señalar que, como siempre, en todo esto de encontrar justificaciones para la expansión estadounidense campean la más manipuladora leguleyería y el más descarado oportunismo. En cada coyuntura se inventan o se utilizan y manipulan leyes o principios que sirven a los intereses expansivos de Estados Unidos, pero que en etapas ulteriores ya no les sirven más porque de usarlos de nuevo

esa expansión debería limitarse o detenerse por carecer de argumentos válidos. Entonces se inventan otros argumentos u otras supuestas leyes válidas para esta nueva etapa de la expansión, las cuales serán pronto desechadas igual que ocurriera con las anteriores, dando paso a la necesidad de buscar nuevos argumentos o apelar otra vez a alguno de los viejos, que en este nuevo cuadro ha recuperado vigencia. Ocurre aquí algo parecido a los tratados que Estados Unidos firma en el siglo XIX con sus pueblos indígenas, tratados para ser válidos «mientras crezca la hierba y corra el agua», es decir, definitivos e inviolables, pero que pocos años más tarde, o a veces a poco de ser firmados, son violados de la manera más abierta y brutal por los colonos estadounidenses y por sus autoridades y soldados porque sus intereses expansivos así lo exigen de forma perentoria.

A partir de lo antes expuesto habría que pasar a exponer y analizar la doctrina del Destino Manifiesto en sus dimensiones concretas y en sus contenidos. Lo haré, sin duda, pero antes, para no perder la secuencia cronológica y tomando en cuenta el enorme interés intrínseco que tiene, me es indispensable detenerme previamente a exponer y analizar el discurso del presidente James Monroe ante el Congreso estadounidense el 2 de diciembre de 1823, fuente y punto de partida de la llamada Doctrina Monroe, la cual también, aunque laica y carente al menos de referencias a la Providencia y a la excepcionalidad estadounidense, está estrechamente relacionada con la expansión y dominación de Estados Unidos sobre todo nuestro continente americano, es decir, sobre lo que es el propio tema del Destino Manifiesto. De modo que voy a hacer primero algunas necesarias referencias a la Doctrina Monroe antes de retomar por fin el tema concreto del Destino Manifiesto, que se expresa ya con nombre propio en 1846, en el contexto de la presión de Estados Unidos sobre Inglaterra por el dominio de Oregon y, más aún, de la amenaza de guerra con México una vez anexada Texas a la Unión norteamericana.

El discurso y la Doctrina de Monroe[2]

Los presidentes de Estados Unidos, como los de muchos otros países, presentan mensajes anuales a su Congreso. Y como ocurre con los presidentes de esos otros países, en esos mensajes, además de temas de política interna se tocan temas de geopolítica o de política internacional. Pero dado que Estados Unidos ha sido desde su creación un país de cierta importancia y que esa importancia ha

ido creciendo sin parar hasta alcanzar niveles mundiales, los mensajes de sus presidentes, no importando lo mediocres o incapaces que puedan ser o haber sido, tienen una especial repercusión, sobre todo en lo tocante a su política internacional porque esta suele afectar en forma directa a otros países. Como otra demostración de su «excepcionalidad», Estados Unidos ha ido convirtiendo en «doctrinas» las líneas de política internacional que han definido sus presidentes en algunos de esos mensajes al Congreso, sobre todo cuando las consecuencias de esas propuestas, como ha sido casi desde un principio, conducen a enfrentamientos o amenazas contra diversos territorios o países, sean estos vecinos o lejanos.

La lista de esas«doctrinas», asociada cada una de ellas al nombre de un presidente, es más o menos larga porque el peso de Estados Unidos en la política internacional ha sido cada vez mayor hasta culminar con los niveles alcanzados por ese país después de la Segunda Guerra Mundial, por lo que desde entonces esa secuencia de «doctrinas» coincide con la lista de los presidentes, como mostraré al final de este capìtulo. Pero lo más curioso de esto es que más allá de la importancia real de Estados Unidos en la actualidad y del peso de las «doctrinas» más recientes de sus presidentes (Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Carter, Reagan, Bush I, Clinton, Bush II, Obama), todas ellas expresivas en términos de amenazas, guerras, invasiones, golpes de Estado y cifras crecientes de destrucción de países y muerte de miles de seres humanos, es bastante raro que el común de las gentes de este hemisferio asocie esas políticas imperialistas actuales con nombres concretos de presidentes, quizá porque todas se parecen demasiado y porque todos esos presidentes han hecho siempre lo mismo para imponer y defender esa secuencia de crímenes, dominación, muertes y guerras. Y el llamativo resultado de todo esto es que la única «doctrina» estadounidense que casi cualquier habitante de este lado del mundo, y en especial de esta nuestra América Latina tan sometida, saqueada y humillada por los Estados Unidos, conoce y ha oído hablar de ella con frecuencia es la primera de todas, la mal llamada Doctrina Monroe, la «doctrina» que resumiría la política internacional delineada por James Monroe, quinto presidente de Estados Unidos, en su mensaje al Congreso estadounidense del 2 de diciembre de 1823. Si digo falsa doctrina es porque ni fue considerada como doctrina cuando se la propuso en 1823 (solo se lo hizo siete décadas más tarde y en otro contexto que le dio un

alcance imperial que al principio no tenía), ni el autor y redactor de la propuesta fue el presidente Monroe (porque lo principal de ella fue obra de su secretario de Estado, John Quincy Adams, y Monroe dudó mucho antes de aceptar leerla como suya ante el Congreso).

Pero esa familiaridad, al menos nominal, que tiene la mayor parte de los latinoamericanos con la Doctrina Monroe no es del todo casual, porque el hecho que contribuye a explicarla es que esa fulana doctrina, presentada además en forma edulcorada y engañosa tanto por los políticos expansionistas estadounidenses como por políticos e intelectuales latinoamericanos cómplices de ella, ha sido una de las más poderosas herramientas ideológicas que han servido al imperialismo estadounidense para imponer su dominio sobre esta América Nuestra, convirtiéndola en su patio trasero. Por ello, en esta corta panorámica del expansionismo norteamericano que intento hacer, creo que conviene examinar y aclarar varias de las muchas mentiras y manipulaciones y de los interesados olvidos que han rodeado el origen, desarrollo y papel de esa tan famosa como falsificada Doctrina de James Monroe y John Quincy Adams.

Empecemos entonces por examinar el contexto y los objetivos del discurso de Monroe, convertido más adelante en doctrina. Para mediados de 1823, a poco de haberse apoderado de las Floridas, Estados Unidos se ve enfrentado en lo internacional a tres grandes asuntos o problemas que lo afectan o pueden afectarlo. Esos asuntos o problemas se refieren a Rusia, esto es, al Imperio ruso zarista; a Europa Occidental, en especial a España y Francia, pero también a su relación con Inglaterra; y a América, tanto a ellos mismos como al resto del continente americano que, con la excepción de Brasil, excolonia portuguesa convertida en imperio, se ha ido liberando del colonialismo español y está a punto de culminar su lucha independentista a nivel continental.

El problema con la Rusia zarista es que esta, dueña entonces de Alaska, territorio escasamente poblado, se ha aprovechado de la indefinición de límites de ese territorio norteño hacia el Sur para ir extendiendo esa vaga frontera hasta la California mexicana que Estados Unidos ambiciona y sobre la cual tiene previsto que su indetenible expansión hacia el Oeste la convierta –y eso no tardará mucho– en territorio estadounidense. Los rusos han llegado hasta Bodega, en el norte de California. Además de ello, en 1821 un ú*kase* o decreto del zar ruso Alejandro I ha establecido que el límite de sus territorios americanos llega hasta cien millas italianas

en sentido horizontal a partir de cualquier punto de la costa marítima y que abarca en sentido vertical desde el llamado estrecho de la reina Carlota hasta el paralelo 51 de latitud norte, prohibiendo en esa extensa área marítima todo comercio y navegación de barcos y ciudadanos no rusos pues Rusia consideraba esas aguas como territoriales. Y como es de suponer, ese decreto fue impugnado con firmeza por el gobierno estadounidense.

Los otros dos problemas, el tocante a Europa Occidental, es decir, en este caso a España y Francia, y el relativo a la América no estadounidense, reducida para Estados Unidos sobre todo a Centroamérica y el Caribe, constituyen en realidad, como es fácil comprender, un solo problema. La razón de ello es triple.

En primer lugar porque esos países se han ido independizando de España, de modo que o son ya independientes o están a punto de serlo, y Estados Unidos, después de una interesada fase de neutralismo hipócrita que le permitió comerciar al mismo tiempo con los independentistas y con sus enemigos los españoles, ha terminado por ir reconociendo esas independencias.

En segundo lugar porque lo que domina en Europa desde la derrota final de Napoleón en 1815 es la alianza absolutista de las tres potencias que contribuyeron a vencerlo: Austria, Prusia y Rusia, mejor conocida como la Santa Alianza. En realidad, el principal protagonista de la derrota de Napoleón ha sido Inglaterra pero esta, pensando en sus propios intereses comerciales y políticos, se ha mantenido lejana de las políticas reaccionarias propias del absolutismo de las otras tres potencias, a las que pronto se ha unido la nueva Francia borbónica y absolutista que ha reemplazado a Napoleón. Inglaterra, que es la potencia más poderosa de Europa y del mundo para esos años, y que sigue en ascenso, se ha mantenido al margen de esa alianza reaccionaria tratando de sostener relaciones comerciales con los recién independizados países hispanoamericanos, pero sin reconocer aún su Independencia debido a que quiere conservar su amistad con los liberales españoles que desde 1820 gobiernan España y que le han impuesto al reaccionario Fernando VII la Constitución liberal de Cádiz. Pero justamente, desde la primavera de ese año de 1823, con el apoyo de la Santa Alianza, el imperio borbónico francés ha invadido España con un enorme ejército de cien mil soldados (los llamados Cien Mil Hijos de San Luis, conducidos por el duque de Angulema) para imponer de nuevo en el país el absolutismo del Borbón Fernando VII. Y en pocos meses lo han logrado.

Y en tercer lugar, por lo que más preocupa entonces al gobierno de Estados Unidos. Se trata de que de esa estrecha alianza absolutista entre Borbones franceses y Borbones españoles salga, como se sospecha, una invasión promovida por Francia y España para que esta última reconquiste sus antiguas colonias y acabe con la Independencia de esos nuevos países republicanos y liberales que han derrotado o están derrotando a España. Para Estados Unidos esa amenaza representa un serio y prioritario problema, básicamente porque quiere evitar la presencia de Europa, de esa poderosa Europa monárquica, absolutista y colonialista en América, en una América republicana y liberal que los incluye a ellos y a los nuevos países americanos. Y ellos, Estados Unidos, quieren conservar a esa América separada y distante de Europa no solo porque sus Padres Fundadores –como Washington y Jefferson– se lo recomendaron, temerosos como eran ambos de esos poderes colonialistas europeos, sino también porque ellos, los Estados Unidos, que todavía no tienen fuerza suficiente para poder enfrentar las peligrosas ambiciones territoriales europeas sobre la otra América, también tienen ambiciones similares sobre ella, en particular sobre el resto de la América del Norte que quieren anexarse, y sobre Centroamérica y el Caribe. Cuba es clave en todo esto porque Estados Unidos, que sueña con apoderarse de la isla más adelante y se opone a que se intente cambiar su condición de colonia española, sospecha, a partir de ciertas informaciones, que Francia, a cambio de su ayuda para hacerle recuperar sus colonias, pueda exigirle a España que le entregue Cuba y otras islas del Caribe.

Pero para entender mejor cómo evolucionan estos problemas en los meses finales de ese año de 1823 y en qué grado influyen sobre el discurso de Monroe es necesario precisar mejor algunas cosas.

El punto de partida de todo esto es la propuesta que en agosto de 1823 le hace el ministro de Relaciones Exteriores inglés George Canning a Richard Rush, representante diplomático de Estados Unidos ante el Gobierno de la Gran Bretaña hablándole de la conveniencia de emitir un documento común, o bien dos declaraciones coincidentes, con el objeto, entre otras cosas, de frenar las previsibles amenazas de la Santa Alianza (convertida en Cuádruple Alianza porque Francia se ha unido a ella) contra territorios americanos; y más concretamente contra las naciones recién independizadas de la América española. Inglaterra no solo muestra estar en ruptura con la Santa Alianza sino dispuesta a frenar sus planes

americanos, contando para ello con el apoyo de Estados Unidos. Rush no se atreve a tomar una decisión a ese respecto y prefiere consultar primero con su Gobierno. La carta de Rush provoca una intensa discusión en el seno del Gobierno estadounidense presidido por Monroe. La mayoría del gabinete ejecutivo, incluido Monroe, parece estar convencida de esa amenaza, de que la Santa o Cuádruple Alianza autorizaría y apoyaría a España en la reconquista de sus colonias rebeldes. España está ocupada en 1823 por tropas francesas que han liberado a Fernando VII del poder de los liberales y restaurado su absolutismo en el territorio español. Y lo más probable sería que fuesen tropas francesas las que constituyeran la fuerza principal de esa inminente invasión franco-española y borbónica de territorios independientes sudamericanos, algo que preocupa seriamente a Estados Unidos, decididos desde mucho antes a ejercer la hegemonía exclusiva sobre el continente americano y a no aceptar tener que competir por esa hegemonía con poderosos invasores colonialistas europeos. Sus apetitos sobre Texas y sobre California son claros y una de las cosas que más teme el Gobierno estadounidense es que Francia termine apoderándose de Cuba, cedida por España a cambio de su ayuda.

Convencido de que esa amenaza es real (y en su conversación original con Rush, Canning le ha señalado su inminencia), el gabinete, con John C. Calhoun a la cabeza, se inclina por la idea de aceptar la declaración conjunta con Inglaterra. Solo John Quincy Adams, que es el secretario de Estado, disiente, convencido como está de que aunque momentáneamente asume perfiles de aliado, el verdadero y más peligroso enemigo de la hegemonía estadounidense sobre América es justamente Inglaterra, primera potencia del mundo, dueña de la marina más grande y poderosa, competidora de Estados Unidos en el comercio con esas excolonias sudamericanas y sospechosa de querer apoderarse de nuevos territorios isleños o continentales en Centroamérica y el Caribe, pese a que Canning le había asegurado a Rush que eso no era interés suyo. A Quincy Adams le cuesta mucho convencer de esto a los otros miembros del gabinete, incluido Calhoun, el más intransigente, y Monroe, que duda. Adams intuye incluso que la amenaza de invasión franco-española no es real y así lo manifiesta con seguridad (Él no lo sabe todavía porque Canning se tardó mucho en informarle a Rush de que había hablado con el príncipe de Polignac, embajador francés ante el Gobierno británico y de que este le había mostrado que no había

tal amenaza). Llega el mes de noviembre y el Gobierno aún no sabe qué hacer. Adams no logra todavía convencer al gabinete y Monroe sigue vacilando, por lo que decide consultar la opinión de Jefferson y Madison, los dos respetados presidentes anteriores que aún viven, porque Washington, el primero, había muerto en diciembre de 1799.

La respuesta de Madison a la carta-consulta de Monroe solo aporta dos ideas: aceptar la propuesta de Canning y advertir a la Santa Alianza que una amenaza europea contra América llevaría a Estados Unidos a apoyar militarmente al pueblo griego en su lucha independentista contra Turquía. Pero eso era involucrarse en los asuntos europeos, además de que Estados Unidos no tenía entonces fuerza para ello. La respuesta de Jefferson es más sustanciosa: propone aceptar la propuesta de Canning, que considera de suma importancia porque eleva a Estados Unidos al mismo nivel de Inglaterra y dar a conocer que una intervención de potencias europeas en América contra las colonias sería considerada por Estados Unidos como un ataque contra ellos mismos. Insiste en su idea matriz de que Estados Unidos no debe mezclarse en los conflictos europeos ni dejar que Europa se mezcle en los asuntos americanos. América, tanto la del Norte como la del Sur, tiene intereses peculiares y distintos a los de los europeos. Por ello debe tener un sistema separado, propio y distinto al de Europa. Europa va siendo asiento del despotismo. El hemisferio americano debería ser asiento de la libertad. Solo Inglaterra estaría en capacidad de hacerle daño a Estados Unidos, pero con ella de su parte Estados Unidos no tiene que temer a nadie. Eso sí, se debe cultivar su amistad pero sin implicarse en sus guerras. Con Inglaterra separada de la Santa Alianza, la amenaza de esta se disuelve. Pero aprovecha para compartir con Monroe la pregunta de si Estados Unidos quiere adquirir algunas provincias españolas: «Siempre he considerado a Cuba –dice– como la adición más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de estados». Eso, con la punta de la Florida, le daría a Estados Unidos el dominio sobre el Golfo de México y «llenaría la medida de nuestro bienestar». Pero como eso provocaría una guerra y en el futuro puede obtenerse Cuba sin forzar a ello, lo más prudente es esperar.

Teniendo las respuestas de Jefferson y Madison, Monroe reúne de nuevo el gabinete el 15 de noviembre para reanudar la discusión. En ella, Adams logra al fin convencer a Calhoun de que sus temores carecen de base y su propuesta al fin se impone. Monroe sigue temiendo la amenaza de la Santa Alianza, pero dos días después

recibe correo de Rush con la información que Canning le diera semanas antes. No hay peligro de invasión. Así, a fines de mes Adams le responde a Canning rechazando la propuesta de declaración conjunta y poco después, el 2 de diciembre, Monroe lee su discurso ante el Congreso, esto es, expone lo que luego va a ser la Doctrina Monroe. En ese discurso –por cierto, en buena parte redactado por Adams, aun sabiendo que no hay ya amenaza de invasión– se sigue sin embargo hablando de ella como una posibilidad real. Eso podría significar que Estados Unidos quería aprovecharse de esa amenaza ya descartada para señalar su oposición a toda injerencia de Europa en el hemisferio americano. Pero también podría significar que lo hacían por suponer que conociendo a Europa y en particular a Inglaterra, de la que tanto desconfiaba Adams, no descartaban que hubiese más adelante amenazas similares.

En el discurso, su séptimo mensaje ante el Congreso estadounidense, Monroe comienza diciendo que quiere informar en detalle sobre las relaciones de Estados Unidos con poderes extranjeros y de las negociaciones y transacciones que se vienen haciendo a ese respecto.

El primer tema que trata en detalle es el del problema de límites con Rusia, señalando que se resolverá con conversaciones y búsqueda de acuerdos, pero dejando claro que es

> …un principio en el que están envueltos los derechos e intereses de Estados Unidos que los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han asumido y mantienen, no pueden desde ahora ser considerados como sujetos para futura colonización por ningún poder europeo.

Luego de extenderse largamente sobre temas diversos, que ahora no interesan, y de mencionar que Estados Unidos apoya la causa de los griegos deseando que logren su independencia, Monroe entra a examinar los problemas europeos que le interesan, concretamente refiriéndose a Francia y España y a las posibles amenazas suyas contra nuestro continente. Ratifica que el sistema político de esos poderes europeos aliados es en esencia diferente del de la América toda. La diferencia deriva de sus respectivos gobiernos, y el de Estados Unidos. En defensa de su sistema, gracias al cual su pueblo disfruta de una felicidad sin igual que hace que toda la nación sea devota de él, manifiesta que el gobierno y el pueblo de Estados Unidos quieren por ello, para tratar de mantener relaciones amis-

tosas con esos poderes europeos, declarar que consideran cualquier intento de parte suya, de los europeos, para extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como un peligro para la paz y la seguridad estadounidenses. Añade que con las existentes colonias o dependencias de cualquier poder europeo no han interferido ni van a interferir. Pero con los gobiernos americanos que han declarado su independencia y la mantienen, independencia que Estados Unidos tiene en gran consideración por sus reconocidos y justos principios, cualquier tentativa por parte de cualquier poder europeo que se proponga oprimirlos o controlar de alguna manera su destino solo podría ser vista por el gobierno estadounidense como manifestación de una disposición inamistosa contra este. En la guerra entre esos nuevos gobiernos y España, Estados Unidos declaró y mantuvo neutralidad hasta el tiempo de su reconocimiento. Estados Unidos ha adherido a esa política y va a seguir haciéndolo, salvo que ocurra algún cambio en el juicio de las autoridades competentes de alguno de esos gobiernos, capaz de producir por parte de Estados Unidos el correspondiene cambio, indispensable para su seguridad.

Los últimos eventos en España y Portugal muestran que Europa está aún inestable. La política de Estados Unidos acerca de Europa sigue siendo la misma: no interferir en los asuntos internos de ninguno de esos poderes, considerar un gobierno *de facto* como legítimo, cultivar relaciones con él y preservar esas relaciones con una política franca y firme. Pero lo que Estados Unidos no acepta es que esos poderes pretendan extender su sistema político a cualquier porción de este continente, porque eso pone en peligro su paz y su felicidad. Y advierte que nadie crea que los países hermanos del Sur, dejados a su voluntad, puedan adoptar por acuerdo propio ese sistema europeo. Estados Unidos no podría aceptar eso con indiferencia. Ve que España no tiene cómo dominar a esos nuevos gobiernos americanos. Y es política suya, de Estados Unidos, dejar que ellos decidan por sí mismos en la esperanza de que los otros poderes harán lo mismo.

Eso es, pues, lo esencial del discurso de Monroe.

Es un discurso lleno de arrogancia y cargado de medias verdades, de mentiras y de hipocresía. Los Estados Unidos le dicen a Rusia que no aceptan colonialismo europeo en tierra americana, pero es porque se trata de un territorio de América del Norte del que quieren apoderarse. Han aprovechado su «neutralidad» en la lucha de los países hispanoamericanos para liberarse del yugo

español para venderle armas a ambos. Y el que señale que consideran inamistosa toda intervención europea contra países hispanoamericanos no significa en absoluto que estén dispuestos a enfrentarse a Europa por ello, lo que en cambio sí harían en el caso de Rusia con California porque en esto sí se sienten perjudicados directamente y no están dispuestos a tolerarlo. La arrogancia estadounidense para hablarle a la poderosa Europa de 1823 es prematura y por eso el discurso de Monroe apenas fue tomado en cuenta en ella. Ahora bien, como señalan en sus brillantes estudios tanto Carlos Pereyra como Ramiro Guerra y también Samuel Flagg Bemis, el objetivo del discurso de Monroe, luego convertido en doctrina, es claramente defensivo para el país norteño. Estados Unidos quiere mantener su derecho a continuar el proceso de expansión territorial que le permita apoderarse de toda la América del Norte. Y también quiere mantener su abierto rechazo declarativo a toda interferencia europea sobre el continente americano y a todo nuevo proyecto colonizador por parte de potencias europeas. Pero, eso sí, sin pasar de allí. Los tres autores demuestran, apoyados en declaraciones subsiguientes de varios importantes líderes estadounidenses, representantes, senadores y secretarios de Estado –como Henry Clay, Daniel Webster o John C. Calhoun–, que el discurso de Monroe era solo para defender a Estados Unidos y garantizar el derecho a su expansión y que no intentaba en absoluto comprometerse a defender a ningún país centro o sudamericano de alguna amenaza de agresión europea.

En su libro, Pereyra reproduce los discursos políticos de gobernantes o representantes de Estados Unidos ante el Congreso norteamericano que demuestran, sin ningún lugar a dudas, lo antes señalado. De modo que apenas tres años más tarde, en 1826, quedaba claro que la Doctrina Monroe carecía ya de vigencia porque sus objetivos habían sido logrados, no existiendo ninguna amenaza europea (de hecho tampoco existía en 1823) que interfiriera en los proyectos estadounidenses de expansión territorial. Y con conocimiento de causa, esos políticos afirmaban que no había existido en el discurso de Monroe ningún compromiso de que Estados Unidos fuese a defender a algún país sudamericano ante cualquier posible amenaza europea que pudiese afectarlo. En caso de presentarse, ellos mismos deberían defenderse sin contar con Estados Unidos, ya que estos no tenían ninguna obligación de intervenir en su favor ni se habían comprometido antes a hacerlo.

Así, el 24 de marzo de 1826, siendo secretario de Estado del nuevo presidente, John Quincy Adams, sucesor de Monroe, Henry Clay declaró ya inútil la doctrina de este, dado que los objetivos perseguidos por ella habían sido logrados. Dijo:

> Han cesado todas las aprehensiones del peligro a que alude Mr. Monroe, de una intervención por parte de las potencias aliadas de Europa con el fin de introducir sus sistemas políticos en este hemisferio.

Y el 29 del mismo mes, a propósito de las instrucciones dadas al embajador de Estados Unidos en México, Joel Roberts Poinsett, dice Clay en documento enviado al Congreso que

> los Estados Unidos no han contraído ningún compromiso ni han hecho ninguna promesa a los gobiernos de México y Sudamérica, o a alguno de ellos, garantizándoles que el gobierno de los Estados Unidos no permitiría que una potencia extranjera atentase contra la independencia o la forma de gobierno de esas naciones, ni se han dado instrucciones autorizando tal compromiso o garantía.

Esto fue reiterado por Daniel Webster dos semanas después en un discurso ante el Congreso de fecha 14 de abril de 1826. Para que no quedaran dudas, Webster dijo que el mensaje de Monroe no tenía en mira defender intereses continentales sino solo los de Estados Unidos y que de ningún modo se trataba de brindar protección gratuita a otros pueblos de América. Menos aún se trataba de crear alguna Unión fraternal o Liga con ellos.

Empero, el discurso más franco fue el del sudista John C. Calhoun, quien afirmó que ni siquiera se trataba de que la intervención de una potencia europea para oprimir gobiernos de este continente ya reconocidos por Estados Unidos como independientes o para dirigir sus destinos pudiese ser considerada como manifestación poco amistosa de alguna de esas potencias europeas para Estados Unidos. Lo principal del mensaje de Monroe había sido impedir que Francia se apoderara por conquista o por cesión de las provincias internas de México, incluida Texas; oponerse a que Rusia extendiera sus dominios hasta California; defender la Florida y la Louisiana; y cuidar de que Cuba no cayera en manos de una gran potencia. Lo demás era solo un apéndice.

Y es claro que en esto también tienen Pereyra, Guerra y Bemis toda la razón. Sin duda, el discurso de Monroe es defensivo en la medida en que trata de advertir a la poderosa Europa que

cualquier nuevo intento colonizador europeo contra territorios americanos sería considerado por Estados Unidos como amenaza contra su seguridad. Pero también resulta claro que en la medida en que Estados Unidos quiere mantener su política de expansión territorial sobre territorios vecinos o cercanos, esa actitud defensiva no solo no implica mera defensa pasiva de su parte, al menos en los territorios que a ellos les interesan, sino que tampoco logra ocultar o soslayar del todo otra actitud que es por el contrario ofensiva y que el discurso de Monroe, consciente de las limitaciones políticas y militares de los Estados Unidos de ese entonces, desea disimular. Porque como he venido mostrando, Estados Unidos, en textos y declaraciones de esos años y de años anteriores había puesto en evidencia tener planes que no eran secretos; planes que a corto, mediano o largo plazo tenían como objetivo apropiarse de territorios americanos de países vecinos, como era el caso de Cuba, colonia española, la fruta que querían esperar que madurase, o como Texas y California, territorios pertenecientes al mismo México independiente de 1823, año del discurso de Monroe, para los que tenían planes más agresivos e inmediatos.

Solo algunos ingenuos gobiernos latinoamericanos de entonces se ilusionaron con la idea de que la propuesta estadounidense formulada en el discurso de Monroe era impedir, aunque solo fuese en términos declarativos, que Europa interviniera en esta América y que Estados Unidos estaba dispuesto a defendernos de toda agresión colonialista europea, idea que derivó en la famosa frase «América para los americanos», que no es parte del discurso de Monroe pero que pronto se convirtió en una síntesis tan simple y pegajosa como ambigua de lo que era la fulana Doctrina.

Resulta curioso que ningún gobierno hispanoamericano de entonces mostrase reticencia ante la Doctrina Monroe y en concreto contra la ambigüedad de la engañosa frase «América para los americanos». Al parecer, el chileno Diego Portales, quien entonces era solo un comerciante acomodado pero que una década más tarde, aunque sin ser ministro, se convirtió en la figura protagónica y más influyente del gobierno conservador chileno, fue el único que viera claro, porque al menos en una carta que le envió en esa temprana época a un amigo, a propósito de la citada frase, que este consideraba positiva, le respondía: «Sí, pero hay que tener mucho cuidado: para los americanos del norte los únicos americanos son ellos mismos»[3].

Es decir, que en lo esencial, y pese a su carácter un tanto prepotente, el famoso discurso de Monroe no es más que una arenga defensiva estadounidense que tuvo escasa incidencia europea en su momento, dada la apreciable diferencia existente entre el consolidado poder de las grandes potencias europeas de entonces, como Inglaterra y Francia, y el reciente y todavía modesto poder de los ascendentes Estados Unidos de 1823. El objetivo central del discurso de Monroe era tratar de limitar las amenazas de injerencia de Europa en América que afectaban en forma directa a Estados Unidos, tanto las del cercano lado del Atlántico y del Caribe como las del lejano lado del Pacífico.

Realmente, en las décadas que siguen a 1823 y por lo menos hasta las décadas finales del siglo XIX no hay Doctrina Monroe (solo el presidente Polk hizo referencia a ella en 1849 ante la petición de la clase dominante yucateca de que se anexionara Yucatán a Estados Unidos, algo que el Congreso rechazó) ni hay tampoco acciones materiales que vayan en la dirección que usualmente se le atribuye, la de impedir la presencia colonialista de Europa en el continente americano; y menos aún, la de defender o proteger a los países latinoamericanos del dominio europeo porque América, es decir, el continente, fuese de los americanos –sea que se entienda esto en el sentido de que «americanos» eran todos los países del continente–, sea –como terminó siendo más tarde– que «americanos» fuesen solo los Estados Unidos y que es a ellos a quienes pertenece nuestro continente, como va a empezar a poner en claro desde mediados de la década de los cuarenta de ese mismo siglo XIX la doctrina, y esta sí nació como tal, del Destino Manifiesto.

Dejo para más adelante el examen de la ausencia de la Doctrina Monroe en esas décadas que van desde 1826 hasta por lo menos los años sesenta y setenta del siglo XIX y de cómo se la resucita y reformula desde la Secretaría de Estado de Estados Unidos en 1895. Me basta por ahora con decir que en esas décadas anteriormente mencionadas las potencias europeas, en especial Inglaterra y Francia, pero más adelante hasta España, intervienen en América Central y del Sur sin que los Estados Unidos se opongan, sin que ninguna Doctrina Monroe les moleste ni cuente para nada, no solo porque en su definición original esa doctrina no era para proteger a ningún otro país americano que no fueran ellos mismos, y así lo dicen sus líderes, sino también porque los Estados Unidos no estaban todavía en condiciones de frenar esa expansión europea

que no dejaba de chocar con sus intereses de dominio sobre el resto de América.

Pero nada de eso impide la expansión territorial estadounidense en Norteamérica y su presencia en Centroamérica y el Caribe. En la década de los cuarenta la expansión territorial de Estados Unidos reanuda su paso, dirigiéndose esta vez al mismo tiempo hacia el extremo noroeste del continente americano porque quieren apoderarse de todo Oregon, y contra el territorio mexicano del que quieren apropiarse aun a costa de una guerra de rapiña. Y es en este contexto que la política territorial expansiva de Estados Unidos, basada en su excepcionalismo providencial, recibe al fin un nombre propio, en 1846, el nombre de Destino Manifiesto. Pero es bueno señalar de una vez que esta doctrina no va a limitarse solo a eso y que en una segunda etapa, de fines del siglo XIX a mediados del siglo XX, en la que va a fundirse con la renovada Doctrina Monroe, se propondrá invadir países de Centroamérica y el Caribe y dominar toda América Latina. Y en una tercera, en la segunda mitad del siglo XX, ya sin necesidad, salvo ocasional, de ninguno de estos dos nombres, su objetivo será el de dominar el mundo, como tendremos ocasión de mostrar más adelante.

El Destino Manifiesto

La expresión *Destino Manifiesto* aparece por primera vez a mediados de los años cuarenta del siglo XIX. Su aparición se produce en el contexto del proyecto inmediato de Estados Unidos por ocupar el territorio de Oregon, hasta entonces compartido con Inglaterra; de la inminente anexión de la República de Texas, separada una década antes de México; y de la inevitable guerra con México que esta anexión va a provocar. Pero como he mostrado antes, su idea y su contenido son muy anteriores y en su primera forma remontan al período colonial.

El autor de la expresión es John L. O'Sullivan, conocido abogado y periodista, director de la influyente *Democratic Review*, hombre vinculado al Partido Demócrata liderado por Andrew Jackson, quien por cierto ya en 1839, sin hablar todavía de Destino Manifiesto, había escrito entonces un artículo en el que proclamaba:

> el destino divino de los Estados Unidos, basado en valores como la igualdad, los derechos de conciencia y de libertad personal para establecer en la tierra la dignidad moral y la salvación del hombre.

Es en 1845 que O'Sullivan emplea la expresión dos veces. La primera, en julio-agosto, en un artículo publicado en la *Democratic Review* de Nueva York. Aludiendo a Inglaterra por lo de Oregon y a México por lo de Texas, O'Sullivan hablaba allí de que algunas naciones trataban de coartar un proceso natural como era la expansión territorial de Estados Unidos. Esas naciones, decía, se habían entremetido

> con el objetivo declarado de sofocar esa política y limitar nuestro poder, constriñendo nuestra grandeza y frenando el cumplimiento de nuestro *destino manifiesto* de cubrir el continente asignado por la Providencia al libre desarrollo de nuestros millones [se entiende que se trata de habitantes], que se multiplican cada año.

Y añadía:

> El cumplimiento de nuestro *destino manifiesto* es extendernos por todo el continente que nos ha asignado la Providencia para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene el árbol de obtener el aire y la tierra que le son necesarios para el pleno desarrollo de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino.

Esa primera mención, que le servía de base para llamar a la anexión de Texas, no tuvo repercusión. Pero sí la tuvo la segunda, ese mismo año, en diciembre, en una columna publicada en el *New York Morning News*, en este caso en defensa de la ambición de Estados Unidos de enfrentarse con la Gran Bretaña para apoderarse de Oregon:

> Y este reclamo se basa en el derecho de nuestro *destino manifiesto* a difundirnos y a poseer todo el continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno federado que ha sido confiado a nosotros.

Destino Manifiesto significa que Estados Unidos, que son el nuevo Pueblo Elegido de Dios, son un pueblo excepcional, único, perteneciente a una raza superior, suprema cumbre de la humanidad, y que ese pueblo está destinado por la Divina Providencia a expandirse por todo el mundo ocupando territorios en un principio vecinos, pero luego más distantes e imponiendo a otros pueblos, todos inferiores por supuesto, su dominio, que es el de la democracia y la libertad que ellos, los Estados Unidos, dicen

encarnar. Y aunque no se lo designe actualmente con ese nombre, es el mismo discurso que el país norteamericano sigue empleando para justificar sus guerras asesinas, sus invasiones y su destrucción o sometimiento de pueblos que se niegan a aceptar su dominio.

Hay aquí integrados en uno, como ocurre en la Trinidad cristiana, tres componentes. Y más que la confusa Trinidad cristiana, se trata en este caso de componentes muy claros, componentes que han sido y siguen siendo propios y estructurales, profundos e inseparables de la sociedad estadounidense que he venido describiendo en capítulos anteriores: un componente religioso, un componente racista y un componente expansionista pronto convertido en imperialista-colonialista logrando alcance mundial. Es de señalar que esos tres componentes los hemos encontrado también antes, al examinar los temas religiosos y el racismo, para citar solo lo que quizás son los dos componentes estructurales más poderosos y arraigados de la sociedad estadounidense. Pero lo más importante de este Destino Manifiesto es que en él esos componentes religiosos, racistas y expansionistas alcanzan su verdadera y absoluta plenitud. La doctrina del Destino Manifiesto muestra a Estados Unidos ante el mundo como Pueblo Elegido de Dios, como pueblo excepcional y único, pueblo de impecable raza blanca, superior a todos los pueblos y razas de la Tierra. Y no solo proclama el derecho de ese pueblo superior a reclamar el dominio de la Tierra toda, sino que le sirve de arma ideológica (apoyada por supuesto en poderosas armas materiales) para impulsar y llevar a cabo el objetivo que lo ha conducido, primero, a expandirse ocupando territorios vecinos, cercanos y hasta lejanos, y luego, a ser dueño del planeta, a controlar y dominar el mundo.

Veamos, pues, en lo que sigue, lo que esos tres componentes nos revelan.

I. El componente religioso viene, como ya dije, de los tiempos coloniales, de los primeros colonos británicos. Es de origen protestante y no solo concibe a los colonos, europeos blancos, británicos, puritanos, calvinistas, como pueblo superior sino como el nuevo Israel, como el nuevo Pueblo Elegido de Dios. John Winthrop, calvinista, abogado, temprano colonizador, segundo gobernador de Massachusetts y connotado predicador laico, impuso en 1630 la imagen de la «Ciudad sobre la Colina», derivada del Sermón de la Montaña en la versión del Evangelio de Mateo, y repetida por los predicadores religiosos puritanos desde entonces. Uno ellos fue el reverendo Peter Bulkeley, predicador calvinista, quien a mediados

de ese mismo siglo XVII, recreando la idea de la «Ciudad sobre la Colina» de Winthrop/Mateo, le dice al pueblo puritano de los futuros Estados Unidos: «El Señor espera más de ti que de los otros pueblos (…) tú serás un pueblo especial, un pueblo único y no habrá como tú en toda la tierra». Más que en la imagen evangélica de Winthrop, aquí está en germen el futuro Destino Manifiesto.

Aunque la imagen de la «Ciudad sobre la Colina» es de Mateo, conviene recordar que todas las corrientes protestantes rescatan el Antiguo Testamento hebreo; y más que en el Nuevo Testamento cristiano, tienden a basarse en él, en ese mundo israelita tribal, racista, guerrero, teocrático, invasor, destructor y masacrador de pueblos; y que son esos el mundo y la sociedad que les sirven de modelo. Su acción racista, belicosa y expansiva se ejerce desde el comienzo contra las poblaciones indígenas norteamericanas, a las que ya en esa temprana etapa de expansión se las va despojando de sus territorios y masacrándolas cuando se resisten.

Hay por supuesto excepciones, como siempre, todas ellas de muy corto alcance, pero lo que domina claramente entre los colonos que inician la historia de Estados Unidos es que los indígenas americanos sean tenidos como pueblo inferior, que se cuestionen su humanidad y sus derechos y que se los trate desde entonces como obstáculo a la expansión y progreso de ellos, de los colonos blancos, puritanos, que encarnan la civilización, la nueva Humanidad, y que buscan establecer un nuevo Paraíso en esta Tierra. Tal como vimos antes, abundan en ese campo de odio y desprecio las agresiones y matanzas, la descalificación de toda resistencia indígena y las declaraciones de clérigos protestantes como Cotton Mather y otros, justificando esas matanzas, esa descalificación de los indígenas y condenando la resistencia de esas poblaciones. Así, todos los métodos son válidos para expulsarlos y para matarlos, incluso el de regalarles frazadas contaminadas con viruela para provocar epidemias que los exterminen. De modo que ellos, el nuevo Israel, también se parecen en esto al antiguo pueblo israelita descrito en su Biblia, es decir, en el ulterior Antiguo Testamento cristiano, porque así como los israelitas antiguos, según cuenta su Biblia, exterminaban a los pueblos paganos que eran el obstáculo a vencer para poder apropiarse de la Tierra Prometida, así ellos, nuevo Pueblo Elegido, debían expulsar y exterminar las tribus indígenas para conquistar su Tierra Prometida e ir expandiendo sobre esta su dominio.

Las referencias bíblicas les son fundamentales en este sentido para compararse ellos mismos con el antiguo Israel en su ocupación de territorios ajenos, en su destrucción de pueblos no israelitas, y para justificar con esas citas cada crimen que cometían. He dado algunas referencias en capítulos anteriores y daré algunas otras en este mismo capítulo. Y esas citas de la Biblia hebrea, es decir, del Antiguo Testamento cristiano, siguen siendo usadas en los Estados Unidos de hoy por los líderes religiosos, políticos y militares norteamericanos. De esta manera, en esos Estados Unidos, los de ayer, de hoy y de siempre, todo crimen, invasión, guerra y masacre que el poder norteamericano lleve a cabo se justifica siempre con citas bíblicas, sacadas sobre todo del Antiguo Testamento.

II. El componente racista remite a la condición de raza superior como propia del pueblo anglosajón. También viene de lejos, pero se fortalece y define en la primera mitad del siglo XIX. Los primeros colonos, protestantes, puritanos, se consideraban una raza superior, algo que está implícito en la idea de Pueblo Plegido y en la imagen de la «Ciudad de la Colina».

Esos primeros colonos, como ingleses y protestantes que eran, consideraban su religión como una purificación del cristianismo, como una vuelta a los orígenes cristianos que el protestantismo había logrado al romper mediante la Reforma con la corrupta teocracia papal. Esto estuvo claro desde el siglo XVI, desde el inicio de la Reforma protestante que sus padres o antepasados habían dirigido en Europa. Pero en el siglo XVIII, también tomando ideas europeas, de la Europa nórdica, germánica, anglosajona y protestante, esos colonos protestantes americanos empezaron a considerarse en términos raciales como producto de una ruptura no solo religiosa con el corrupto y autocrático poder papal, sino también racial e ideológica con la Inglaterra normanda y feudal, como una vuelta a la vieja pureza racial de sus lejanos orígenes germánicos, anglosajones. Algo que les venía, empero, de la propia Inglaterra.

Así, desde la segunda mitad del siglo XVIII por lo menos, varios de sus líderes religiosos y políticos veían, igual que los radicales ingleses, al antiguo mundo germánico que empezaron a llamar anglosajón como un mundo que había sido democrático y libre y al que la conquista normanda de 1066 había feudalizado y corrompido. Esa idea dominó entre los independentistas como Jefferson, y a partir de ello se empezó a considerar a la Inglaterra del siglo XVIII, que en muchos sentidos les servía de modelo pese

a que querían sacudirse su dominio, como una sociedad que no obstante sus avances hacia un régimen constitucional como había sido la Revolución Gloriosa de 1688, no había roto del todo con la Inglaterra normanda y no había recuperado esa vieja democracia germánica anglosajona. Y como Pueblo Elegido que eran, se convencieron pronto de que esa tarea les correspondía a ellos.

Como señala Horsman, a quien sigo en esto, ese argumento religioso y racista fue para la élite colonial uno de los argumentos justificadores de la lucha por la Independencia. Horsman añade que en Jefferson había una suerte de fusión del excepcionalismo israelita, de su condición de Pueblo Elegido por Dios, con la glorificación del viejo mundo sajón y sus guerreros. Y todo esto se funde con el racismo que viene desarrollándose entonces en la Europa ilustrada del siglo XVIII, desde Alemania como racismo ario, germánico o germánico-escandinavo, y desde Inglaterra como racismo anglosajón. Ese racismo nórdico se difunde a Estados Unidos, donde encuentra un clima favorable, y se va imponiendo en ellos, entre sus élites, desde las décadas finales del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX. Y en Estados Unidos ese culto lingüístico y racista a la raza aria como raza superior, ese racismo desarrollado y difundido por los alemanes, lo que se expresa como superioridad de los pueblos germánicos, se centra en destacar dentro de la admitida superioridad racial de esos pueblos germánicos a los que empiezan a llamar anglosajones, de los que la población blanca dominante de Estados Unidos desciende o se considera descendiente. Horsman señala, incluso, el papel desempeñado en la difusión de esas ideas en Europa, sobre todo en Inglaterra, y en América, en Estados Unidos, por la famosa novela *Ivanhoe*, de Walter Scott, publicada en 1820, novela histórica situada por el autor en la Inglaterra del siglo XII y en la que los democráticos sajones, o anglosajones, enfrentan y vencen a los brutales señores feudales normandos. Horsman considera con razón que *Ivanhoe* (que fue un verdadero *best seller* en casi toda Europa, además de revivir el interés romántico europeo por el mundo medieval) fue una obra esencial para difundir e imponer el anglosajonismo sobre todo en Inglaterra y en Estados Unidos.

Pero debo añadir, por mi parte, que lo que me parece el aspecto central de todo este asunto es el papel que en él juega el racismo, tenido entonces como científico, que se impone en Europa con el pensamiento ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII y con su difusión y aceptación intelectual desde esa fecha hasta la

primera mitad del siglo XIX. Porque se olvida muchas veces que si bien el pensamiento ilustrado es universalista y como tal, humanista, antifeudal, crítico del absolutismo y del poder de la Iglesia, no es menos cierto, como he tenido ocasión de señalar en otros textos, que ese universalismo progresista, que apunta a la Europa en la que nace, se ve en forma contradictoria limitado y refutado porque en lo tocante a su mirada hacia el mundo extraeuropeo, hacia Asia, África y América, lo niegan su colonialismo, su asociación con la trata negrera, su indiferencia ante la esclavitud negra y su abierto racismo, y sobre todo su clasificación «científica» de la humanidad en razas superiores e inferiores, clasificación que constituye una frontera insuperable para cualquier visión universalista.

Como he dicho y escrito antes, el pensamiento ilustrado del siglo XVIII europeo, tan crítico de la Iglesia y del feudalismo, tan universal en muchas cosas, es el patrocinador del colonialismo, y el autor de una clasificación de la humanidad basada en la división en razas y en el racismo más abierto[4].

No es este el espacio para detenerme en ello, por lo que me limitaré aquí solo a mencionar a los principales representantes defensores del racismo: Linneo, Blumenbach, Buffon, De Pauw y Kant. Hay matices y pequeñas diferencias entre ellos, pero ya varíen los nombres, ya sea que se divida a la humanidad en cuatro o en cinco razas, esas razas se ordenan mediante una jerarquía humana racial única e inmodificable. La raza blanca europea es el modelo paradigmático, es la raza superior, además inalcanzable. Ninguna de las otras se le compara, son todas inferiores a ella. Pero entre esas razas inferiores hay yambién una jerarquía, porque bastante lejos de los blancos siguen los amarillos, luego mucho más abajo estarían los negros y al fondo, en la frontera misma entre lo humano y lo animal estarían los rojos, los indios americanos.

Ahora bien, como señala Horsman, a los Estados Unidos, auténticos precursores y abanderados prácticos del racismo más radical contra indios y negros, estas teorías racistas, «científicas» o tenidas por tales, les cayeron como un regalo del cielo para fortalecer sus ideas, para apuntalar su expansionismo y para dar más fuerza a lo que décadas más tarde proclamarían como su Destino Manifiesto[5].

Pero lo que interesa más ahora es señalar que esa teoría no se limitó a definir a la raza blanca europea como la única totalmente humana, superior, paradigma de toda la humanidad, sino que de ella se derivó pronto por obra de alemanes, británicos y franceses,

la afirmación de que dentro de esa raza blanca los germánico-escandinavos, y con ellos los sajones o anglosajones, representaban a los supremos grupos humanos y lingüísticos. Se empezó a hablar de los arios o indoeuropeos, grupo humano del que habrían derivado los germano-escandinavos y entre ellos los anglosajones. Ellos, los arios, habrían encarnado desde su lejano origen asiático la fuerza de la democracia y de la civilización, es decir, todo el progreso humano. Y esa marcha desde el Asia originaria hacia Europa, marcha histórica del progreso, de la civilización, había sido una marcha de Oriente a Occidente como es la marcha del sol, de la luz y de la vida.

Y uno de los países en los que esta teoría tuvo mayor aceptación fue Estados Unidos. Esto fue así básicamente por dos razones fuertemente entrelazadas. La primera, porque ellos eran el extremo Occidente que recibía, enriqueciéndola, la civilización aria procedente de Europa (de la que Estados Unidos es una extensión). La segunda, porque a su vez, los Estados Unidos extendían esa civilización europea blanca recibida, y dado que su expansión territorial iba más y más hacia Occidente, esa expansión, siendo la Tierra esférica, podía llegar incluso hasta el mismo Oriente que había sido el punto de partida de la civilización, logrando así cerrar ese círculo y haciendo de Estados Unidos la potencia más civilizada, más grande y poderosa del planeta. Pero esto sin olvidar que su aceptación por los estadounidenses tuvo que ver, sobre todo, con algo más material y más concreto: porque alimentaba y justificaba su racismo contra los indígenas, pueblo inferior, irreductible obstáculo al progreso que había que aniquilar por ello. Y su mayor apoyo lo obtuvo sobre todo en el Sur esclavista, porque esas ideas servían de sostén científico a la esclavitud y al consiguiente racismo contra el negro[6].

III. El componente expansionista. El tercero de esos componentes, de hecho el principal de los tres, dirigido a ocupar nuevos territorios para incorporarlos como nuevos estados a los Estados Unidos, o en caso de que razones de tipo racial les impidieran hacer esto, ejercer simplemente dominio directo sobre ellos. Por eso es el principal, pues de no ser por él, los otros componentes –condición de Pueblo Elegido, excepcionalismo y superioridad racial– se quedarían cortos. Es solo la expansión territorial la que le da verdadero sentido y verdaderos contenidos a ese Destino Manifiesto, a esa tarea que la Providencia le habría asignado a Estados Unidos. Para la década de los cuarenta del siglo XIX la expansión territorial estadounidense hacia el Oeste había podido realizarse sin necesidad

de apelar en forma expresa al Destino Manifiesto, aunque su discurso justificador de la expansión había empleado, como vimos antes, expresiones, términos y teorías que lo sugerían claramente. Para el inicio de los años cuarenta del siglo XIX, Estados Unidos, que ha duplicado su territorio inicial, el de 1789, ha podido crecer sin asaltar a un país vecino y amigo para robarle territorio por medio de una gran guerra. Mantiene la esclavitud en el Norte y el Sur y siguen matando indios mediante pequeñas pero virulentas guerras que son, sobre todo, masacres llamadas «mudanzas». Ha comprado nuevos territorios como la inmensa Louisiana en 1803; ha presionado a potencias como Francia y España para pagarles por territorios ocupados antes por la fuerza, como Nueva Orleans y las Floridas entre 1812 y 1819; ha hecho una corta guerra en 1835 contra México para apoderarse de Texas, aunque no se ha atrevido a incorporarla, por esclavista, como estado de la Unión para no romper el equilibrio entre estados esclavistas y no esclavistas y porque sabe que anexar a Texas implicaría una segunda guerra con México; y ha seguido su expansión hacia el Oeste presionando a Inglaterra para que le cediera Oregon.

La guerra contra México y la explosión del Destino Manifiesto[7]

Fueron muchos los argumentos que se emplearon por parte de Estados Unidos para justificar la guerra contra México, para mostrar a los mexicanos como un pueblo degradado y despreciable y, una vez alcanzada la victoria que le costó a México la mitad de su territorio, para decidir si a Estados Unidos, que estaba militarmente en capacidad de hacerlo, le convenía o no apoderarse de la otra mitad del país vencido para anexarlo todo a la Unión norteamericana pese a su población mestiza e inferior.

En su excelente obra *Destino Manifiesto*, que he utilizado mucho en este capítulo, Weinberg analiza las que él considera son las principales de esas razones, buscando, como otras veces, el fundamento jurídico, moral o ideológico en que se apoyan. Pero en mi opinión, los capítulos que dedica a analizar la agresión contra México en nombre del Destino Manifiesto no son los mejores del notable libro. Weinberg omite los textos y discursos más racistas de esos años contra México y prefiere centrarse en aquellos que hablan de que uno de los objetivos principales perseguidos por la élite norteamericana al apoderarse de México era el de regenerar

su población. Aunque hay textos de prensa y opiniones de dirigentes que hablan de ello, y él se encarga bien de citarlos, no creo que ese acomodaticio objetivo moralizador haya tenido otro peso que no sea complementario y hasta marginal. Lo que en esos años, entre 1846 y 1850, dominó en este cuadro de violencia abierta contra México fue el racismo y desprecio más rotundo contra su población. Periódicos, congresistas y altos funcionarios del gobierno estadounidense vomitaron todo tipo de textos y discursos racistas y despectivos contra México y, sobre todo, contra su población. Y es justamente esto lo que pone en cambio en evidencia el magistral libro de Horsman *La raza y el Destino Manifiesto*, que he citado varias veces en este capítulo y que ha sido mi principal guía en lo tocante al papel del Destino Manifiesto en la guerra de Estados Unidos contra México y en sus expresiones de racismo y de desprecio por medio de los numerosos textos y documentos contemporáneos que cita, en especial artículos, editoriales de prensa y discursos de congresistas estadounidenses en esos años, aunque los hay también anteriores, de tiempos de la separación de Texas y el choque entre texanos y mexicanos en 1835-1836.

De modo que lo que me interesa ahora no es limitarme a reproducir alguno de esos textos o discursos «regeneradores» del pueblo mexicano, a los que atribuyo escasa importancia, sino que lo que quiero es poner en evidencia cómo funcionó esa doctrina del Destino Manifiesto, cuáles fueron las más nauseabundas manifestaciones de racismo contra los mexicanos que se expresaron en ese contexto, y cuáles fueron las razones, también racistas, por las que Estados Unidos, pudiendo apoderarse prácticamente de todo el territorio mexicano, renunciaron a hacerlo y se conformaron con los territorios poco poblados del norte de México, desde Texas –anexada poco antes, hecho que fue el desencadenante de la guerra– hasta California y Nuevo México. Para esto, el invalorable libro de Horsman es fundamental. (En lo que sigue acerca del racismo y el desprecio estadounidenses contra el pueblo mexicano, los ejemplos que doy son todos tomados de su libro, salvo algo que añado en el caso de Walt Whitman y la referencia que hago acerca de Mark Twain) Veamos:

El senador virginiano Benjamin Leigh, ya en enero de 1836, antes de la guerra con México, había dado la pauta del supremacismo blanco, manifestando en esta ocasión:

> Es peculiar al carácter de esta raza anglosajona a la cual pertenecemos que nunca se ha contentado con vivir en el mismo país con

> ninguna otra raza distinta, en condiciones de igualdad; invariablemente cuando se ha encontrado en esta situación ha procedido a exterminar o a esclavizar a la otra raza en una u otra forma; o, de lo contrario, ha abandonado el país.

Hablando de California, cuando todavía era mexicana, T. J. Farnham escribió que los californianos «eran una raza de hombres imbéciles y pusilánimes, incapaces de gobernar los destinos de esa bella región». Añadiendo a esto que las razas mezcladas blanca e india de California y México debían desaparecer, mientras que la mezcla de diversas ramas de la familia caucásica de Estados Unidos produciría una raza que se extendería para cubrir todas las provincias septentrionales de México y, más aún, todo el continente.

Rufus Sage, por su parte declaró lo siguiente acerca de los mexicanos: «Con una o dos excepciones, no hay pueblo en el continente de América, civilizado o incivilizado, más miserable en su condición o más despreciable en su moral que la raza mezclada que habita Nuevo México».

William J. Brown, de Indiana, hablando ya en términos de Destino Manifiesto, rechazó en enero de 1845 que el río Grande pudiera ser una frontera natural entre la raza anglosajona y la raza mestiza de México, añadiendo que no transcurriría medio siglo antes de que la raza anglosajona cubriera todo México ni transcurriría un siglo antes de que llegara a las extensiones nevadas de la Patagonia.

Y un texto de *American Whig Review*, de julio de 1846, afirmaba:

> México era pobre, perturbado, en anarquía, casi en ruinas, ¿Qué podía hacer para contener la mano de nuestro poder, para impedir el avance de nuestra grandeza? Nosotros somos anglosajones americanos; era nuestro destino poseer y gobernar este continente; ¡estábamos obligados a hacerlo! Éramos un Pueblo Elegido y esta era la herencia asignada a nosotros; ¡habíamos de empujar a todas las demás naciones ante nosotros!

Walt Whitman, que además de poeta era articulista y editor de diarios, no solo apoyó la invasión de México por Estados Unidos acusando a los mexicanos de haberla provocado sino que además escribió varios virulentos editoriales cargados de desprecio por el pueblo de México y por su gobierno. Como editor de la *Brooklyn Daily Eagle*, trata a los mexicanos con desprecio racista: «¿Qué tiene que hacer el ineficiente y miserable México con la gran misión de poblar al Nuevo Mundo con una raza noble?» Pero hay

más, porque en *The Gathering of the Forces*, una recopilación de editoriales, ensayos, artículos y otros textos suyos escritos entre 1846 y 1847, Whitman se muestra aún más agresivo contra México. Ejemplo de ello es el artículo «The Mexican War Justified», del 11 de mayo de 1846, en el que dice cosas como estas:

> ¡Sí, México debe ser castigado a fondo! (...). Las noticias de ayer demuestran la necesidad de una inmediata declaración de guerra contra ese vecino del Sur. (…) Estamos justificados ante el mundo porque hemos tratado a México con mucha más indulgencia que la que debimos tener con ese enemigo, porque México, aunque despreciable en muchos aspectos, es un enemigo que merece una vigorosa lección. (…) Que nuestras armas sean empuñadas con un espíritu capaz de *mostrarle al mundo que América sabe cómo* aplastar tan bien como sabe expandirse.

Mark Twain, por el contrario, condenó la guerra como injusta y criminal. Junto con el también escritor y además filósofo Henry David Thoreau, quien fue encarcelado en 1846 por negarse a pagar impuestos a causa de su oposición a la guerra contra México y a la esclavitud, Twain fue una de las pocas y dignas excepciones que se produjeron, en medio de la avalancha de racismo, desprecio y agresividad contra México dominante en esos años, y de la que aún faltan varios representativos ejemplos por citar.

Un poema anónimo publicado en Boston en junio de 1846, titulado «Nos aguardan», describía a las bellas mujeres mexicanas decepcionadas de la frialdad, el desinterés amoroso y la pereza invencible de los mediocres hombres mexicanos y esperando ansiosas la llegada de los soldados norteamericanos, verdaderos hombres, de sangre pura y brazos valientes, los únicos dignos de su belleza y sus encantos.

Uno de los artículos más asquerosamente racistas lo publicó, en julio de 1846, *The State Journal Register* de Illinois. Allí se decía:

> Los mexicanos son reptiles atravesados en el camino de la democracia progresista, la cual con las botas puestas habrá de atravesar de Portland a la Patagonia, y ellos habrán de reptar o ser aplastados.

Para terminar el tema, trataré en lo que sigue de dar una idea sintética de la discusión, examinada también por Horsman con lujo de detalles, que tuvo lugar en la prensa y el Congreso de Estados Unidos entre 1846 y 1848, es decir, mientras se desarrollaba la guerra contra México y crecía el avance de las tropas norteamericanas,

discusión que versó sobre el territorio mexicano, sobre si los Estados Unidos debían o no apoderarse de todo México, si debían o no incorporar esos territorios a la Unión y en qué condiciones debería hacerse en caso de que conviniera hacerlo.

En esa discusión tuvo protagonismo la prensa de los diversos estados, pero como era de esperarse, fue en el Congreso donde el polémico y complicado asunto se resolvió en medio de discusiones entre *whigs* y demócratas. Después de mucho discutir y de enfrentar opiniones y propuestas de diverso signo, lo que se impuso por clara mayoría en ese Congreso fue el rechazo a apoderarse de todo México. Y la razón de ello fue doble, a un tiempo abiertamente racista e hipócritamente anticolonialista. Es que a diferencia de la parte de México de la que se habían apoderado como botín de guerra, la parte norteña, que estaba poco habitada, con escasos indios, y que podía ser colonizada por ellos con población blanca (y por supuesto, también con esclavos negros), el centro y sur del país, que eran sus zonas más habitadas, estaban ocupados por una población mestiza, india, mulata y hasta negra. Y en ellas los blancos españoles eran escasos. De modo que ocupar este territorio le planteaba a Estados Unidos serios problemas.

Creo que vale la pena revisar, en la medida de lo posible en palabras de sus propios autores, para que podamos apreciar el racismo y desprecio que mostraban por los mexicanos, varios textos que circularon en la prensa estadounidense en esos años y algunos fragmentos de discursos de representantes o senadores expuestos en sesiones del Congreso. También de las opiniones de los miembros del gabinete del presidente Polk. Los tomo, igualmente, de Horsman.

Diversos periódicos se oponían rotundamente a mezclar la población blanca estadounidense con ocho millones de mexicanos inferiores y mestizos; hablaban de que esos ocho millones, que constituían en ese entonces la población total de México, eran seres mezclados, degradados y supersticiosos que nada tenían que hacer en Estados Unidos y que lo único que harían sería degradar sus instituciones políticas y enlodar su pureza racial. El temor a la presencia masiva de esa población extranjera en Estados Unidos podría haberle dado la impresión a un observador despistado de que eran los mexicanos los que estaban invadiendo Estados Unidos y no estos los que invadían a México.

En el Senado, Jabez W. Huntington, de Connecticut, argumentó que la Constitución de Estados Unidos no era para gente de

cualquier color, lengua y hábitos. Era solo para blancos. El demócrata William Wick, de Indiana, se negaba a aceptar a ninguna raza mixta en Estados Unidos ni a hombres de otro color que no fuera el blanco, a menos que fuesen esclavos.

En la Cámara Baja el representante James Pollock, de Pennsylvania, se oponía a apoderarse de todo México por temor a esa población degradada y multicolor entre la que podía verse desde el negro profundo de los negros hasta el blanco pálido del indio. Era imposible convertirlos en ciudadanos y se preguntaba si habría entonces que esclavizarlos. Además suponía que los españoles (se entiende que hablaba de los mexicanos blancos) eran tercos y lucharían, por lo que habría que exterminarlos para poder apropiarse de sus tierras y esto le parecía poco prudente.

En el gabinete de Polk también había oposición a ocupar todo México y por las mismas razones. James Buchanan, secretario de Estado, era partidario de apoderarse «solo» de toda California y Nuevo México, dejando la frontera en el río Grande. No quería una raza mestiza en Estados Unidos ni aceptaba que esos mestizos inferiores como ciudadanos estadounidenses pudiesen ser representantes o senadores, algo solo reservado a los blancos. John C. Calhoum se oponía a apoderarse de todo México por igual motivo. En su opinión, incorporar a la Unión ese pueblo mestizo incapacitado para el gobierno libre y popular destruiría las instituciones políticas estadounidenses. Añadía que nunca Estados Unidos había querido incorporar en la Unión sino a blancos caucásicos: «El nuestro es un gobierno de raza blanca». Y Lewis Cass fue aún más contundente:

> No queremos al pueblo de México ni como ciudadanos ni como súbditos. Todo lo que queremos es una porción de territorio que nominalmente ocupan, generalmente deshabitado o, cuando está habitado, muy escasamente y con una población que retrocedería o bien se identificaría con la nuestra[8].

En fin, que para apoderarse de esa otra mitad de México los Estados Unidos tenían solo dos caminos. El primero de ellos era el de incorporar esos poblados territorios mexicanos como nuevos estados de la Unión, lo que significaba que no menos de ocho millones de individuos, casi todos mestizos, mulatos, indios y negros, considerados por ellos como seres degradados incapaces de vivir en libertad, se convertirían automáticamente en ciudadanos estadounidenses dotados de los mismos derechos que la población blanca,

anglosajona y superior propia de Estados Unidos. Esto es, que esos seres inferiores pasarían a elegir representantes para incorporarse al Congreso del país, a participar de sus decisiones políticas y a pretender ser electos para asumir importantes cargos de poder. Esto era algo inaceptable que Estados Unidos no estaba dispuesto a hacer, ya que solo aceptaba nuevos estados de población blanca y anglosajona o de escasa población india fácilmente exterminable. Pero el segundo camino tampoco era viable porque era el de convertir esos nuevos territorios del centro y sur de México en territorios coloniales, en colonias, ya que no podían aceptarlos como nuevos estados. Y esto era algo que tampoco podía hacerse porque ellos no querían colonias, al menos en su propio territorio, o en territorios limítrofes. Justamente para evitar convertirse en potencia colonial, a la manera de países como Inglaterra y Francia, fue que aprobaron en 1787 la Ordenanza del Noroeste, la que abrió camino a su expansión con el fin de convertir en nuevos estados de la Unión los territorios anexados, todos de escasa población, poblados por blancos asimilables o por indios que pudieran ser exterminados. Y había además en este rechazo no solo una cuestión de imagen ante el mundo europeo, de imagen de país libre e igualitario, algo que la posesión de colonias echaría por tierra. Había también un problema de opinión pública interna, porque esa opinión pública, al tiempo que rechazaba que Estados Unidos se mezclara con esos despreciables mexicanos, tampoco estaba dispuesta ni preparada, al menos para ese tiempo, en que estaba aún fresca la lucha independentista que les había permitido dejar de ser colonia británica, para sentirse parte de unos Estados Unidos convertidos en imperio colonialista como producto de una exitosa guerra. Y puede decirse que fue por esto que México solo perdió la mitad de su territorio, la parte fronteriza, la del norte, extensa y poco poblada, con mayoría de habitantes indios a los que no era difícil exterminar, y que no se convirtió (ni se trató de convertir) a la otra mitad, la más poblada, la que quedó siendo mexicana, en territorio colonial de los expansivos y racistas Estados Unidos.

Fantasías racistas del Destino Manifiesto y parálisis de la Doctrina Monroe

Creo que aquí, una vez examinada en toda su crudeza racista la doctrina del Destino Manifiesto, habría que volver a hablar de su otra cara, su cara laica, que es la Doctrina Monroe, la cual, como

veremos, va a brillar por su ausencia a lo largo de las décadas siguientes del siglo XIX. En realidad ninguna de las dos doctrinas se manifiesta dando verdaderos resultados concretos en esas décadas siguientes, aunque la doctrina del Destino Manifiesto sí tiene mucho protagonismo mediático en los años cincuenta de ese siglo XIX.

En efecto, la doctrina del Destino Manifiesto sigue en auge después de la anexión de la mitad de México. Y las expresiones de racismo y expansionismo basadas en nuevos planes de expansión territorial dirigidos a ocupar países vecinos dominan en buena parte la prensa de Estados Unidos, lo mismo que la opinión de los partidos, incluidos nuevos grupos que nacen al calor de esa euforia racista y, sobre todo, una parte importante de las discusiones que tienen lugar en el seno del Congreso. La euforia racista alcanza en esos años cincuenta sus más altos niveles y como resultado de ella se publican libros y se promueven esos nuevos planes de conquista. En este nuevo contexto, la doctrina del Destino Manifiesto se enriquece con la idea biológico-política del necesario crecimiento y expansión natural que es propio de todo cuerpo joven y lleno de vida, como es esa nueva nación llena de vida y juventud que es Estados Unidos. Es lo que Weinberg llama «teoría del desarrollo natural», dominante en esa década de los cincuenta. Los presidentes que suceden a Polk así lo proclaman en lo que podríamos llamar sus «doctrinas». Franklin Pierce proclama el engrandecimiento territorial de Estados Unidos como objetivo de su gobierno. Y su sucesor, James Buchanan, lo ratifica diciendo que la expansión territorial es la futura política del país. Esta idea se muestra en diversos discursos y declaraciones de congresistas y políticos. Se argumenta que así como crecen las plantas y los animales, una nación joven y saludable como es Estados Unidos está llamada por la Naturaleza a crecer; y que crecer significa expansión territorial y ocupación de nuevos espacios porque ya empieza a proclamarse que esa expansión debe buscar los mares, los dos océanos que sirven de límite provisorio a Estados Unidos. El secretario de Estado Edward Everett así lo proclama, mostrando el crecimiento demográfico del país y la indetenible marcha de los pioneros hacia territorios vecinos. La advertencia a otros países es que nadie puede detenerlos. Solo que a pesar de su virulencia, esa lectura biológica de la doctrina del Destino Manifiesto, justificadora de un indetenible crecimiento natural, resulta en esa década más declarativa que otra cosa y solo en décadas ulteriores cobra forma.

Se habla en esos años cincuenta de una expansión inmediata hacia el Sur. William Walker lo intenta sin mucho éxito en Nicaragua. De todas formas, algunos expansionistas sueñan con que los Estados Unidos puedan adueñarse a corto plazo de toda Centroamérica y el Caribe para construir un imperio invencible y eterno en que la raza aria anglosajona que ellos encarnan domine por completo. Es cierto que esos territorios están poblados por «razas inferiores» y que abundan en ellos los negros. Pero estos últimos no son problema, pues esos proyectos de expansión tienen su mayor arraigo en el Sur esclavista, el cual se encargaría de esclavizarlos (No hay que olvidar por cierto que el extremo supremacismo blanco no excluye convivir con negros, siempre que estos sean sus esclavos y estén sometidos, como en el Sur estadounidense, al dominio absoluto de la raza blanca. Lo que el supremacismo blanco no admite es el mestizaje y tampoco al negro libre). En cuando a las poblaciones indias, mestizas y mulatas, que son la mayoría, pues en los países centroamericanos y caribeños los blancos son escasos y además de raza española inferior, esto, al menos teóricamente y a mediano o largo plazo, no debería constituir tampoco un problema grave porque las «razas inferiores» no solo estarían sometidas al dominio de la población aria anglosajona superior, sino que están destinadas ineluctablemente a desaparecer, de modo que en cualquier convivencia forzosa y temporal con ellas solo los blancos arios, anglosajones, los superiores, más aptos y más fuertes como son, pueden sobrevivir y dominar, ya que esa es la ley de la Naturaleza y el destino mismo de la humanidad.

No obstante, como muestra Horsman, la realidad colocó al supremacismo blanco asociado a la doctrina del Destino Manifiesto frente a varios problemas inmediatos que no eran siempre fáciles de resolver. El primero de ellos, que resolvieron de la forma más inhumana y más brutal, fue el de la asimilación de los territorios arrancados a México, es decir, el de su población. De ellos, el de Nuevo México tenía en efecto poca población, pero esta, exceptuando a una minoría de blancos, era toda indígena o mestiza, y hasta mulata o negra. Los negros, repito, no eran problema: se los convertiría en esclavos y listo. O se los enviaba a otros países. El problema eran los otros. ¿Cómo aceptar a esos seres inferiores como ciudadanos de los Estados Unidos con los mismos derechos que los blancos arios superiores? En julio de 1848 el senador de Florida James D. Westcott fue uno de los tantos que proclamaron

su rechazo abierto a eso. En esa ocasión, Westcott ratificó que el Gobierno de Estados Unidos era gobierno de la raza blanca y que la inferioridad política de indios y negros era uno de los principios fundamentales en que ese gobierno se basaba. Dijo que en todo caso Estados Unidos podía aceptar como ciudadanos a los hombres blancos de California y Nuevo México, pero que no se podía obligar a los estadounidenses como él a que aceptara como tales

> a los peones, negros e indios de todas clases, a la tribu salvaje de los comanches, a los «excavadores» que comen escarabajos y lagartijas y a otros semimonos salvajes de esas tierras como si fueran ciudadanos de Estados Unidos.

Al final, en el nuevo territorio de Nuevo México esos derechos quedaron limitados a los blancos.

Peor aún fue el caso de California. Sus nuevos amos querían lo mismo: excluir a las «razas inferiores», esto es, tener desde ahora una sociedad californiana nueva en la que solo los blancos anglosajones tuvieran derechos ciudadanos, a diferencia de sus tiempos mexicanos cuando mestizos, mulatos, indios y hasta negros tenían acceso a ellos. California fue declarada estado libre de esclavitud. Y en California vivían además numerosas tribus y pueblos indígenas. De modo que los nuevos amos debían enfrentar ambos problemas. Los norteamericanos más progresistas, unos pocos, estaban dispuestos a aceptar que los mestizos tuviesen derecho a voto. Pero no los negros. De hecho, el resultado fue que indios y negros quedaron desprovistos de derechos. La política del nuevo gobierno, el de «los promotores del progreso y de la libertad» se dirigió a exterminar a las tribus indias como era norma en Estados Unidos. Comisionados del Gobierno federal intervinieron a favor de los indios para que al menos se les reservaran tierras. Pero el racismo dominante se impuso. El Senado rechazó el acuerdo. El gobierno californiano pidió que las tribus indígenas fueran expulsadas del estado y en vista de que eso no era fácil ni posible se dedicó a perseguirlas y exterminarlas. En su mensaje anual de 1851 el gobernador californiano Peter H. Burnett dijo:

> Ha de esperarse que continúe una guerra de exterminio entre las dos razas hasta que la raza india se haya extinguido. Aunque no podemos menos que esperar con dolor este resultado, el destino inevitable de la raza está más allá de los poderes y de la sabiduría del hombre.

En realidad, estas políticas sobre Nuevo México y California no eran extensión territorial del Destino Manifiesto. Se trataba simplemente de aplicar esa doctrina sobre territorios ya ocupados que había que organizar dentro de patrones racistas estadounidenses. La verdadera idea de expandir el Destino Manifiesto se planteó en esa década de los cincuenta hacia territorios ambicionados y todavía no anexados u ocupados, ya fuesen vecinos o lejanos, que llevaron a los expansionistas estadounidenses a mirar y a programar proyectos hacia los cuatro puntos cardinales. Y aquí aparecieron los problemas, porque una cosa era proclamar la superioridad racial de los blancos anglosajones americanos y la inferioridad de unas razas llamadas a ser subyugadas por aquellos y a desaparecer debido a su inferioridad, y otra cosa bastante diferente era ocupar nuevos territorios para aplicar esas ideas.

La expansión hacia el Sur era problemática. El problema era el mismo que había planteado la posible anexión del centro y sur de México. Los territorios ansiados de Centroamérica y el Caribe tenían demasiada población «inferior»: mestizos, indios, mulatos y negros. Esos seres inferiores no iban a desaparecer solos ni en poco tiempo. Exterminarlos no resultaba fácil y tendría un costo político elevado para el prestigio norteamericano. En junio de 1855 un escritor anónimo ofreció en el *The Merchant's Magazine* una solución para esto. Dicho de manera cruda proponía hacerlos morir de hambre, aunque él no podía decirlo de ese modo. En su artículo escribió que para hacer desaparecer a esas razas inferiores no harían falta guerras de exterminio. Las razas superiores tenían ya el poder y el pleno control del comercio, lo que les permitía asegurarse la mayor parte de los medios de subsistencia. Haciéndolo, esto es, reduciendo la cantidad de bienes indispensables que llegaran a las razas inferiores, todas esas «razas bárbaras» se extinguirían en tiempos futuros no muy lejanos. Anotó que en su opinión los mexicanos ya estaban condenados. Y concluyó diciendo: «Mejor es que una raza inferior se extinga así, que impedir el desarrollo de una raza superior». Esta no fue, por supuesto, una posición oficial del Gobierno de Estados Unidos, pero en el contexto racista y expansivo en que se produjo, sí fue una propuesta para que el Gobierno pudiera considerarla. Si se intentaba aplicarla con cierta sutileza, ir vaciando el continente centro y sudamericano de «seres inferiores» podría permitir que la raza estadounidense blanca y superior lograra controlar esos nuevos territorios sin tener que masacrar militarmente a sus habitantes.

La expansión hacia el Este (o Sureste) tenía la misma dificultad. Aquí se trataba de Cuba. Hubo un fuerte movimiento a favor de comprarla en esos años, pero pronto se difirió la idea hasta tiempos futuros más favorables. Se temía que la isla pasara a poder de Inglaterra o Francia, pero los intentos estadounidenses de comprarla chocaron con la rotunda negativa española y así comprobaron que España no quería venderla. Y el problema real con la adquisición o anexión de Cuba era también su población. Cuba no era, como Texas, un amplio territorio poco poblado. Era una mediana isla muy poblada. Muchos esclavos, lo que no era problema, pero también una densa población mezclada, blanca española, mestiza y mulata, bastante homogénea en términos culturales, esto es, muy difícil de asimilar. Cuba no podía ser convertida en un nuevo estado de la Unión, no importando que Seward hubiese dicho que su tierra y cada una de sus piedras habían sido formadas con los sedimentos arrastrados por el Mississippi. En fin, que la fruta tardaba en madurar.

La expansión hacia el Oeste, es decir, por el océano Pacífico, más allá de California y Oregon, a pesar de la distancia parecía ser algo más sencilla. Misioneros puritanos se habían establecido desde los años treinta en Hawaii y en 1854 una pequeña flota norteamericana forzó a abrir al comercio los puertos de Japón. Además, en este caso no se trataba de anexar territorios para formar nuevos estados, sino más bien de apoderarse de islas o archipiélagos, no importando por lo tanto la raza ni el color de sus poblaciones, imitando en esto a las potencias coloniales europeas. Y en 1867 el Imperio ruso les vende Alaska[9]. Pero esa expansión también tendría que esperar, por lo menos hasta que Estados Unidos se convirtiese en una gran potencia industrial y dispusiese de una poderosa flota marítima.

De modo que la expansión territorial más natural, sencilla y adecuada era hacia el Norte, hacia Canadá. Y las ambiciones expansionistas apoyadas en la doctrina del Destino Manifiesto cobraron mucha fuerza en esa década de los cincuenta. Canadá era el campo ideal de expansión y los Padres Fundadores habían ya hablado en el siglo XVIII de apoderarse de ella. Canadá era un territorio inmenso, más grande que Estados Unidos, poco poblado y, sobre todo, de población blanca anglosajona como la estadounidense. Había, sí, una minoría de pobladores franceses en el Este y algunas tribus indias, pero eso no era problema. Las tribus eran pocas y los colonos franceses asimilables o expulsables. Pero también esa

expansión tenía peligros. Uno de ellos era que así como la expansión hacia Centroamérica y el Caribe era impulsada por los estados sudistas, interesados en ampliar el área de dominio de la esclavitud, cosa que preocupaba a los del Norte, así también la dirigida hacia Canadá era impulsada por los estados del Norte, en los que no existía esclavitud, lo que llevaba a los estados esclavistas a mostrar cierta reticencia porque veían el peligro de que el Sur perdiera peso en el gobierno del país. Sin embargo, este problema era menor. El verdadero y mayor problema consistía en que Canadá era colonia inglesa, y no cualquier colonia. Inglaterra, primera potencia del mundo, la consideraba fundamental y Estados Unidos no estaba dispuesto a enfrentar una nueva guerra con Gran Bretaña.

Resultó así que también ese furor expansionista se apagó pronto y todos los planes inmediatos de aumentar el territorio de Estados Unidos en nombre del Destino Manifiesto que tan exitoso había sido en el caso de México, debieron ser abandonados o en el mejor de los casos diferidos para mejores tiempos.

Aunque hay que añadir que cuando la expansión estadounidense se reanuda, en el último tercio del siglo, se hace sobre otras bases; y más que de anexión territorial de países vecinos de Centroamérica y el Caribe se trata de ejercer dominio sobre esos territorios, considerados como estratégicos por Estados Unidos. Y eso hace que la expresión Destino Manifiesto, sin desaparecer del todo porque el plan de Estados Unidos sigue siendo dominar América y a continuación el mundo para cumplir con la tarea que le ha impuesto la Providencia, se vaya convirtiendo en una referencia más bien ocasional.

Aquí debo hacer una digresión que quizá resulte un tanto larga, pero es necesario detallar la otra parte del crecimiento territorial estadounidense, la que apunta a lo interno, ya que a medida que Estados Unidos se apropiaba de nuevos territorios, que por lo general eran muy extensos, como Louisiana, Texas y otros, una vez que alcanzaban la cifra de población establecida los fue dividiendo en estados no tan grandes, de un tamaño más cercano al de los estados promedio. Esto es, que el Gobierno federal fue dividiendo cada uno de esos grandes territorios para dar origen a más de un nuevo estado. Siempre dentro de esta misma idea, llegó a dividir o recortar el territorio de varios de los estados resultantes de la primera expansión, la que no pasaba del este del Mississiippi. E incluso lo hizo con varios de los trece estados originarios que habían sido antes las primeras

colonias, como Massachusetts, Pennsylvania, Nueva York, Nueva Jersey, las Carolinas, Georgia y Virginia, tratando en esos casos de resolver disputas territoriales o fronterizas existentes entre ellos y buscando asimismo reducir la desproporción originaria o temprana entre esos estados porque algunos, como Pennsylvania, Nueva York, Nueva Jersey, Carolina del Norte, Virginia o Georgia, eran bastante extensos, en tanto que otros, como Connecticut, Nuevo Hampshire, Rhode Island o Maryland, eran bastante más pequeños. El Gobierno federal a veces lo hizo obligándolos a ceder territorio a cambio de saldar deudas de la Independencia o bien forzando simplemente la rectificación de fronteras a partir de decisiones del Congreso.

El resultado de esto fue que incluso después de terminada la expansión territorial que los condujo a mitad del siglo XIX a las Rocosas y luego a las ansiadas playas del Pacífico, la cifra de estados de los Estados Unidos siguió creciendo en el otro medio siglo y en los primeros años del siglo XX, todo como producto de divisiones de esos grandes territorios y del aumento sostenido de sus poblaciones. Así, la división de esos nuevos territorios, combinada con la división previa de varios estados anteriores y también de algunos de los originarios, y sumándole además la ulterior compra de Alaska y su tardía conversión en estado, seguida por la del antes anexado Hawaii, terminó elevando la cifra de estados de la Unión estadounidense hasta cincuenta, que es la cifra actual.

Podemos ver aquí la fecha de ingreso de los estados en la Unión. Los trece estados originarios ingresan entre 1787 y 1790. En 1791 lo hace Vermont, antes separado de Massachusetts. Luego siguen: Kentucky (1792), Tennessee (1796), Ohio (1803), Louisiana (1812), Indiana (1816), Mississippi (1817), Illinois (1818), Alabama (1819), Maine (1820), Missouri (1821), Arkansas (1836), Michigan (1837), Florida y Texas (1845), Iowa y Wisconsin (1846), California (1850), Minnesota (1858) Oregon (1859), Kansas (1861), Virginia Occidental (1863), Nevada (1864), Nebraska (1867), Colorado (1876), Dakota del Norte, Dakota del Sur, Montana y Washington (1889), Idaho y Wyoming (1890), Utah (1896), Oklahoma (1907), Nuevo México y Arizona (1912), Alaska y Hawaii (1959), siendo este el último, el número cincuenta.

Por cierto, algunos historiadores norteamericanos, basándose en que la expansión territorial estadounidense se hizo ocupando territorios vecinos, presentan ese enorme crecimiento territorial como «crecimiento hacia adentro», contraponiéndolo al de

potencias coloniales como España, Portugal, Francia, Holanda o Inglaterra, cuyo crecimiento territorial se hizo en cambio ocupando e invadiendo territorios y países de otros continentes, crecimiento al cual ellos llaman «crecimiento hacia fuera». Pero esto no es más que hipocresía o cinismo. De entrada, porque en realidad ningún país crece hacia adentro. Una cosa es que un país, que tiene ya fronteras definidas, se desarrolle o se urbanice internamente sin ampliar esas fronteras a expensas de sus vecinos, como han hecho muchos países, y otra muy diferente es que pueda «crecer hacia adentro». Ello es imposible porque aquí no hablamos de desarrollo interno sino de ampliación física, de tamaño del país, de aumento de su territorio. Eso significa que se ha crecido territorialmente de la única forma en que esto es posible: ocupando, por las buenas o por las malas, nuevas tierras que por lo general ya están ocupadas y tienen dueño, lo que lleva a someter, expulsar o masacrar a sus habitantes anteriores. Y eso fue justamente lo que hicieron los Estados Unidos: apoderarse de tierras ajenas por compra, compra forzosa, contratos engañosos con las poblaciones indígenas que las ocupaban desde siglos antes, o por invasiones y guerras, como en los casos de las Floridas y de México.

De modo que esta descripción del expansionismo territorial de Estados Unidos como «crecimiento hacia adentro» no es sino una versión renovada, aparentemente laica y «científica» de la doctrina del Destino Manifiesto, porque solo tendría sentido si se admitiera que Dios, que la Providencia Divina les había reservado ese continente a ellos, a los Estados Unidos, antes de que existieran, esto es, desde el comienzo mismo de los tiempos. O, dicho en otras palabras, que esto es una versión laica del mito hebreo de la Tierra Prometida, argumento religioso con el que los sionistas dueños actuales del Estado de Israel quieren, de matanza en matanza, expulsar de su tierra al pueblo palestino porque según su libro sagrado, esa tierra se las prometió a ellos su dios, Yahveh, que es también el Dios Padre de los cristianos. Las «tierras prometidas» y los «destinos manifiestos», lo mismo que el *Lebensraum* nazi, solo pueden engendrar robos, invasiones y saqueo de territorios ajenos, servidumbre, expulsión de poblaciones, matanzas, guerras raciales y horribles genocidios. Empero, no es descartable que algunos ingenuos o despistados puedan creer que sí hubo un «crecimiento hacia adentro» al ver que buena parte de los estados actuales de Estados Unidos fueron producto de divisiones de grandes terri-

torios, olvidando que esos grandes territorios habían sido robados antes, apropiados por la fuerza o como producto de guerras e invasiones. Por eso creo necesario insistir en que las sucesivas divisiones internas que dieron origen a varios de esos estados no fueron más que un subproducto interno de la expansión y robo de territorios ajenos, porque es de esa previa expansión y robo de territorios ajenos de donde salieron, a fin de cuentas, todos los nuevos estados del país desde la incorporación de Kentucky en 1792. Ni este ni ninguno de los que le siguieron eran parte del territorio inicial ocupado por las colonias originarias. En fin, que esta ulterior división de territorios previamente robados o comprados a la fuerza para hacer de ellos varios estados fue simplemente un proceso motivado por fines diversos, derivados todos de la política interna estadounidense. Y que lo único que cuenta aquí para poder medir ese proceso de expansión por compra, por robo o por saqueo territorial, es lo que puede apreciarse con facilidad, como señalaba al comienzo de este capítulo, comparando un mapa del siglo XVII, en el que se ve la escasa franja de territorio continental que ocupaban entonces las trece colonias originarias, con otro de la segunda mitad del siglo XIX en el que se evidencia cómo los Estados Unidos se fueron apoderando de toda la América del Norte, excepto Canadá pero incluyendo en cambio la mitad de México.

Aclarado esto, volvamos ahora a la hasta entonces casi olvidada Doctrina Monroe.

El olvido temporal de esta doctrina es más complicado porque aunque en Estados Unidos se prefiere no mencionarla desde 1826, como ya vimos, la realidad que se vive en el resto de América, aludido de alguna forma por ella, y en especial en Centroamérica y el Caribe, tan cercanos a Estados Unidos y tan considerados por ellos como parte de su área de dominio inmediato y de su seguridad, hace imposible que en América Latina no se piense en el discurso de Monroe o que no se lo traiga a colación, porque en las décadas entre los años treinta y los setenta-ochenta del siglo XIX la presencia y agresiones de países europeos colonialistas contra países americanos se intensifican, llegando hasta a generar nuevas colonias, sin que Estados Unidos se atreva a ser consecuente con su declarado y arrogante rechazo a esa injerencia extracontinental proclamada por Monroe en 1823. Esto sin olvidar que esas intervenciones y ocupaciones coloniales de territorios americanos por países europeos también afectaban el concepto estadounidense de

Destino Manifiesto, porque se trataba de países sobre los que Estados Unidos quería ejercer dominio.

No voy a examinar ahora en detalle estas agresiones, intervenciones y proyectos colonialistas de países europeos contra países americanos a las que he hecho referencia. Pero sí deberé al menos mencionarlas. Son casi siempre intervenciones inglesas y francesas, pero también las hay luego españolas. En 1831 los ingleses despojan a la República Argentina de las islas Malvinas en el Atlántico Sur y las convierten en territorio colonial. Inglaterra es demasiado poderosa, las Malvinas están muy lejos de Estados Unidos y estos no se dan por aludidos. Pero en 1838 los franceses atacan a México, país vecino de Estados Unidos, bombardeando con su flota el puerto de Veracruz y reclamando pagos supuestamente adeudados a un súbdito francés. Es la llamada Guerra de los Pasteles, porque el súbdito francés es un panadero al que en medio de un alboroto interno unos soldados le han robado unos pasteles o le han quemado su pastelería. México es humillado y debe satisfacer los arrogantes y arbitrarios reclamos franceses. Estados Unidos tampoco se da por aludido frente a esta cercana agresión europea. De hecho, ya habían declarado que la Doctrina Monroe no era para defender a nadie salvo a ellos mismos. También en 1838, en marzo, una escuadrilla de la marina de Francia bloquea el puerto de Buenos Aires y la costa argentina, bloqueo que dura más de dos años, hasta octubre de 1840 y que concluye con una negociación. En noviembre de 1845 es una enorme flota anglo-francesa la que bloquea ahora el puerto de Buenos Aires y la costa argentina. El bloqueo inglés termina con una negociación en 1847, mientras el francés se mantiene hasta 1848. El dictador argentino Juan Manuel de Rosas defiende con dignidad a su patria frente a esos dos bloqueos colonialistas. Por fortuna, Estados Unidos tampoco se dan esta vez por aludidos.

La negación o inversión abierta de la Doctrina Monroe se produce en esos mediados de la década de los cuarenta, porque el supuesto defensor de los países americanos contra las agresiones europeas que algunos hispanoamericanos suponían era Estados Unidos se convierte ahora en agresor e invasor de un país americano, de México, anexándose Texas en 1845, declarándole la guerra en 1846, invadiéndolo y arrancándole California y Nuevo México en 1848. De esta manera, combinando o fundiendo en una sola la Doctrina Monroe invertida con la del Destino Manifiesto, Estados Unidos no solo no se ocupa, como habrían esperado algu-

nos ilusos, de defender a México de una posible agresión europea sino que se encarga él mismo de agredirlo, invadirlo y robarle la mitad de su territorio.

Lo que sí se produce en ese año de 1848 es que estando por terminar la guerra de Estados Unidos con México, estalla en Yucatán, provincia del sur mexicano, una poderosa rebelión del pueblo maya (es la llamada Guerra de Castas de Yucatán), y aterrorizada ante ella, la clase dominante yucateca, blanca o mestiza, pide a Estados Unidos que Yucatán sea anexado a la Unión Norteamericana. Sin vacilar, el presidente estadounidense James Polk, anexionista de Texas e impulsor de la guerra contra México, se manifiesta de acuerdo y envía un mensaje al Senado pidiendo que autorice invadir Yucatán y apruebe la anexión. Pero el Senado se niega. Yucatán está muy lejos, como estado carecería de frontera con Estados Unidos, no se quiere una provincia distante y menos si está en medio de una gran rebelión india. De manera que se deja que Yucatán decida anexarse a quien lo quiera. No pasa nada y poco después la provincia se reintegra por su propia voluntad a México.

Lo que sigue, pasando por encima de la arrogante y abandonada Doctrina Monroe, es la apropiación por Inglaterra de territorios e islas pertenecientes a países de América Central y son sus planes de construir el futuro canal centroamericano. El tema de la necesidad de un canal en Centroamérica, idea que ha sido expuesta desde tiempos coloniales como un sueño futurista, se activa en el siglo XIX, sobre todo desde mediados de siglo. El crecimiento del comercio internacional lo exige y empiezan a moverse los intereses de varias naciones por construirlo. Como se entiende, Estados Unidos tiene enorme interés en ello. Consideran a Centroamérica como su área de expansión y quieren que el Caribe sea pronto su lago privado. Han llegado a California, al Pacífico y hacen planes de dominio asiático. La apertura de un canal en Centroamérica es urgente, sea por Tehuantepec, Nicaragua o Panamá, que es la parte más indicada por lo estrecha. Han negociado en 1846 un tratado (el Mallarino-Bidlack) con Nueva Granada en previsión de una futura construcción del canal, que por lo pronto ellos no están en capacidad de construir. Piensan en Panamá, y a cambio del libre derecho de navegación le garantizan a Nueva Granada la neutralidad de la parte de territorio en que se construya ese canal. Con autorización de Nueva Granada empiezan a construir un ferrocarril en Panamá para facilitar el cruce hacia California. Construido en

enero de 1855, el ferrocarril facilita el paso de los norteamericanos por Panamá, pero su grosero racismo sudista provoca en abril de 1856 la Guerra de la Tajada de Sandía (o de Melón).

Pero tan o más interesada que ellos en el canal está Inglaterra, primera potencia mundial, dueña del comercio internacional y de la principal flota marítima, presente en todos los países hispanoamericanos cuyo comercio controla y en los que tiene inversiones mineras y casas comerciales. Estados Unidos quiere impedir que Inglaterra controle y domine el canal. No tiene cómo hacerlo, pero sí le es posible llegar a un acuerdo con los ingleses, al menos para asociarse con ellos a cualquier futura construcción del canal, garantizando su acceso a todas las naciones y evitando cualquier militarización de la zona. De allí surge el Tratado Clayton-Bulwer en 1850. Este garantiza a Estados Unidos que ninguna de las dos naciones, ni ellos ni Gran Bretaña, ejercería dominio sobre territorios de América Central pero Inglaterra, que pese a la Doctrina Monroe está allí metida de lleno, considera que la firma de ese tratado es un reconocimiento de Estados Unidos sobre la apropiación que han hecho de costas y territorios a expensas de países centroamericanos.

El tratado resulta ser una clara negación de la Doctrina Monroe, que Estados Unidos se traga, como lo es la aceptación simultánea por ellos en esa década de los cincuenta de la penetración inglesa en la costa atlántica de Honduras y Nicaragua, en la que Inglaterra desde 1848 ha creado un protectorado en el extenso territorio de los indios miskitos, convertidos en súbditos británicos y sometidos al dominio político, económico, cultural, lingüístico y religioso de Gran Bretaña. El territorio, como protectorado inglés, se convierte en la Mosquitia o Costa de Mosquitos. También debe Estados Unidos aceptar que Inglaterra despoje en 1859 a Honduras de las llamadas Islas de la Bahía y que luego, entre 1860 y 1862 cree, apropiándose de territorio costero de Guatemala, del lado del Atlántico, al sur de Yucatán, una nueva colonia, Honduras Británica, luego llamada Belice, en la que se habían venido infiltrando desde lejanos tiempos coloniales, y pase a ejercer claro dominio sobre ella.

Lo que sigue es la primera mitad de la década de los sesenta, en la que cualquier expansión territorial estadounidense se ve paralizada. No hay posibilidad alguna de hablar de Doctrina Monroe ni de Destino Manifiesto. Entre 1861 y 1865 Estados Unidos se ve envuelto en la terrible Guerra de Secesión o Guerra Civil que debe decidir el destino de la Unión y el de la esclavitud, guerra

sangrienta y destructiva que termina con el triunfo del Norte dejando al Sur sometido y en buena parte destruido, pero salvando a ese precio la Unión del país. Y esos años sesenta son años de amenazas, ataques e invasiones europeas sobre territorios americanos, no solo de Inglaterra y Francia sino también de España. Esta, en 1861, asume el protectorado de República Dominicana a petición del presidente dominicano Pedro Santana, aunque ese anexionismo es derrotado poco después por una rebelión popular y España se retira. Pero en 1866 el conflicto del guano lleva a la guerra de España contra Perú y Chile. En esa guerra las flotas españolas, por un típico reclamo colonialista, bombardean el indefenso puerto chileno de Valparaíso en marzo de 1866 y dos meses más tarde atacan el puerto de El Callao en Perú. Y no solo eso, sino que España ha participado antes, en 1860, al lado de los franceses en la primera etapa de la invasión francesa de México.

Pero esta es fundamentalmente obra francesa y corresponde al plan del emperador francés Napoleón III de aprovecharse tanto de la Guerra Civil estadounidense como de la que libran liberales y conservadores en México para ocupar con sus tropas este último país, vecino de Estados Unidos, e instaurar en su territorio un imperio francés capaz de constituirse como un poder latino en América y de rivalizar con el poderío anglosajón representado por la entonces debilitada potencia estadounidense, cuya expansión territorial futura ese imperio latino debería detener. Ante esta invasión, fronteriza con su territorio sureño, y ante la presencia del Imperio francés, no hay por lo pronto Doctrina Monroe ni mucho menos Destino Manifiesto que valgan. Se trata no solo de un imperio europeo, latino, en América, sino de un imperio grande y fronterizo con Estados Unidos. Pero estos nada hacen ni pueden hacer frente a ese rival europeo que les ha salido en la lucha por el dominio de Hispanoamérica, desplazando a un gobierno republicano como el del liberal Benito Juárez para imponer a la fuerza una monarquía, extranjera por lo demás, y a cuya cabeza han colocado a un emperador austriaco. Se mantienen neutrales, le brindan cierta escasa, solapada e interesada ayuda en armas a los liberales de Juárez y esperan, moviéndose solo con mucha timidez en el plano diplomático. Y solo al terminar la guerra, cuando el imperio se está derrumbando ante la lucha de los patriotas liberales mexicanos liderados por Juárez y este está por capturar y hacer fusilar a Maximiliano, el emperador, entonces intentan negociar y colocan

tropas en la frontera mexicana para presionar y acelerar la retirada de los franceses. Estos, vencidos, se retiran y Estados Unidos vuelve a respirar, porque su Guerra Civil ha concluido y porque ese grave peligro que para ellos era el sueño imperial francés de cerrarle el paso a su expansión se ha evaporado pronto.

En la segunda mitad de esa década de los sesenta la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto asoman sus narices de nuevo, pero solo dentro de ciertos límites. Después de terminada la Guerra Civil, Estados Unidos intenta imponer un protectorado sobre República Dominicana con apoyo de un sector de su clase política, dividida entre quienes quieren ser protectorado español y quienes prefieren ser protectorado estadounidense. Y ya que luego de la guerra se ha producido la liberación formal de los esclavos, el gobierno del presidente Grant intenta aprovechar la crisis dominicana no solo para anexar el país, sino también para enviar a él a los negros recién liberados. Pero el proyecto no obtiene ningún resultado y pronto se lo abandona, por las mismas razones surgidas cada vez que se intenta anexar países poblados por una mayoría de mestizos, mulatos y negros, y porque la clase dominante dominicana considera que ya tiene suficientes negros. Es lo mismo que sucede con Venezuela en esos años, cuando el gobierno de Estados Unidos propone enviarle negros libres. Venezuela, interesada solo en emigración blanca europea, no los acepta. Aunque sí permite la instalación de varias colonias negras que al poco tiempo terminan fracasando.

En junio de 1866 el secretario de Estado del presidente Andrew Johnson, William H. Seward, le recordaba al embajador estadounidense en Chile, país latinoamericano enfrentado entonces a una agresión española, que no había que hacerse ilusiones con la Doctrina Monroe y que en una guerra entre un país europeo y una república hispanoamericana como esa, lo único que podían hacer los Estados Unidos era mantenerse neutrales y mostrar solidaridad y apoyo moral con el país americano. Y en agosto de 1874 el secretario de Estado del presidente Grant, Hamilton Fish, le ratifica al embajador estadounidense en Lima que las esperanzas que pudo suscitar en alguna oportunidad la Doctrina Monroe de auxilio a países hispanoamericanos no tienen base para realizarse.

Todo esto generaba la impresión de que la Doctrina Monroe estaba muerta. Pero lo curioso de ello es que apenas una década más tarde, esa doctrina será resucitada y reformulada por los gobernantes estadounidenses como recurso efectivo y no meramente

declarativo para enfrentar las ambiciones europeas sobre el resto del continente americano; y un poco más adelante, como instrumento dirigido no a seguir alimentando la vieja y fantasiosa idea de que Estados Unidos defendería en esos casos de agresión a los países hispanoamericanos, sino para que el país del Norte, contando ya con la fuerza necesaria para ello, pudiera imponer al fin su dominio absoluto, político, económico y militar sobre los países de Centroamérica y el Caribe. Esto es, para llevar a la práctica la otra idea, la verdadera y no fantasiosa que se derivaba de la Doctrina Monroe, la de que América era, sí, para los americanos, pero porque los «americanos» eran ellos, los Estados Unidos, mientras que estos otros países del continente, como lo preveía la otra doctrina hermana de la de Monroe, la del Destino Manifiesto, estaban destinados por la Providencia a caer bajo su influencia y su dominio.

Panamericanismo y resurrección de la Doctrina Monroe. Nueva expansión del poder estadounidense

Antes de resucitar la Doctrina Monroe, Estados Unidos pone en marcha un nuevo mecanismo emparentado con ella para empezar a ejercer su hegemonía sobre América Latina, esta vez no solo sobre Centroamérica y el Caribe sino sobre todo el continente. Ese recurso es el *panamericanismo*, recurso que a la larga les resultará más útil que la Doctrina Monroe para ejercer y consolidar ese dominio desde el último cuarto del siglo XIX hasta la actualidad. No es mi intención hacer un examen del panamericanismo, tema sobre el cual existe una abundante bibliografía. Me limito a insertarlo en este contexto, el de su aparición, apadrinado por el gobierno de Estados Unidos para facilitar su expansión y hegemonía, y a señalar algunos de sus aspectos básicos. Con el vigoroso crecimiento industrial estadounidense se intensifica desde fines de la década de 1870 el intercambio mercantil entre Estados Unidos y América Latina. Estados Unidos ve llegado el momento de obtener de esos intercambios beneficios no solo económicos, sino también políticos. James Blaine, secretario de Estado del presidente James Garfield, encabeza esa política. Su idea era involucrar a América Latina en un movimiento *Pan*, como los que estaban de moda entonces en Europa, pero carente de su misma base, pues aquellos (pangermanismo, paneslavismo) se basaban en que todos los países que se integraban en ellos compartían la misma lengua y la misma cultura, lo que no era el caso entre Estados Unidos y América Latina.

Pasando por encima de ese detalle, Blaine propuso la creación de una Unión Aduanera Panamericana con tarifas uniformes y preferencia para los productos estadounidenses. Para ello, en 1881 programó una Conferencia Panamericana convocada para 1882, a la que invitó a todos los países de Latinoamérica. Pero el presidente Garfield, quien apoyaba la idea, fue asesinado en julio de 1881, poco después de la convocatoria. Hubo que suspender la reunión y el nuevo presidente, Chester Arthur, mostró su desacuerdo con ella, por lo que con su llegada al poder la idea fue abandonada y Blaine, por supuesto, reemplazado como secretario de Estado.

Hubo que esperar ocho años para llevarla a cabo. Al ganar Benjamin Harrison la Presidencia en 1889, designó de nuevo a Blaine como secretario de Estado y este retomó su proyecto. Convocó así la Primera Conferencia Internacional Americana en 1889, invitando a participar en ella a toda América Latina. La Conferencia se reunió en 1890 en Washington. Asistieron dieciocho países latinoamericanos y se paseó a los delegados para mostrarles el poder de Estados Unidos. La propuesta de Blaine era crear una unión aduanera y un mecanismo de arbitraje de disputas y conflictos entre países de América Latina, dándole a Estados Unidos el papel de árbitro. Argentina rechazó de plano la idea y los otros países hermanos apoyaron su posición. Los países de América Latina mostraron no confiar demasiado en Estados Unidos y no estar muy de acuerdo con someterse dócilmente a su hegemonía. Pero de todos modos aceptaron que se creara en Washington una Unión Comercial de Estados Americanos que fue convertida en 1910 en Unión Panamericana. De esta manera empezó el panamericanismo y mediante él se fue imponiendo la hegemonía estadounidense sobre nuestros países. Ese panamericanismo dio origen, en la primera mitad del siglo XX, a sucesivas reuniones o Conferencias Panamericanas y en 1948, en Bogotá, la novena de estas conferencias se convirtió en la OEA, la colonialista e inefable Organización de Estados Americanos.

A ese inicio del panamericanismo le sigue la resurrección y reformulación de la Doctrina Monroe. Esta resucita, reformulada y repotenciada, en 1895 como política asumida por el presidente estadounidense Grover Cleveland y su secretario de Estado, Richard Olney. Y lo hace en la coyuntura suscitada por la situación conflictiva planteada desde años antes entre Venezuela y la Gran Bretaña como producto de la creciente agresión territorial de esta contra aquella y por su declarada ambición colonialista de despo-

jar de la desembocadura del Orinoco y de parte de su rico territorio guayanés a una Venezuela empobrecida y hundida en una perpetua crisis económica y social.

Para 1895, Estados Unidos, una vez salidos de la Guerra Civil en 1865 –y logrado el gran despegue de su desarrollo capitalista que los ha convertido en tiempo *record* en una dinámica y poderosa potencia industrial capaz de competir con países desarrollados europeos como Inglaterra, Alemania y Francia– están dispuestos a frenar todo nuevo proyecto de expansión territorial colonialista de Europa y, sobre todo, de la Gran Bretaña, y pronto también de Alemania, en territorios, islas o países de Hispanoamérica, en especial de Centroamérica, el Caribe y el norte de América del Sur, las áreas hasta donde llega con más fuerza su poder efectivo y su ansia de dominación. Y la grosera amenaza colonialista de Inglaterra contra Venezuela les brinda la ocasión de matar dos pájaros de un tiro, frenando en seco al colonialismo británico y pasando a convertirse al mismo tiempo en «protectores» de la débil Venezuela. Sería al fin la ansiada resurrección de la Doctrina Monroe después de décadas de que esta recibiera en resignado silencio, uno tras otro, todo tipo de tortazos europeos, y también la ocasión de mostrarla ahora con orgullo ante el mundo a un tiempo en sus dos dimensiones, la antieuropea y la solidaria con América Latina; y además con el vigor que no podía tener en 1823, cuando no pasaba de ser una declaración arrogante, pero formal y carente de importancia.

La tensión entre Venezuela y Gran Bretaña estalla en 1895 pero, como ya dije, venía de mucho antes. Desde mediados del siglo XIX los colonialistas ingleses venían extendiendo arbitrariamente la frontera de su colonia guayanesa desde el Esequibo, que servía de límite aceptado entre la Guayana Inglesa y Venezuela, hacia las bocas del Orinoco y parte del territorio del actual estado Bolívar venezolano. Los sucesivos reclamos de Venezuela fueron ignorados por los ingleses y ante la incapacidad de detener la agresión, el gobierno venezolano, que había solicitado desde 1876 el respaldo de Estados Unidos para que el diferendo limítrofe, en el que Venezuela tenía toda la razón, fuera sometido a un arbitraje internacional que Gran Bretaña se negaba a aceptar, rompe relaciones con esta y busca el respaldo de Estados Unidos invocando la Doctrina Monroe. En febrero de 1895 el Congreso estadounidense autoriza al presidente Cleveland para exigir a Gran Bretaña que su diferendo con Venezuela sea sometido a arbitraje. Y es en ese contexto

que Richard Olney, el secretario de Estado de Cleveland, envía el 10 de julio a Thomas F. Bayard, embajador estadounidense en Gran Bretaña, para que este se lo lea a *lord* Salisbury, el ministro inglés de Relaciones Exteriores, un memorándum en el que embellece y resucita la Doctrina Monroe manifestando la firme oposición de Estados Unidos a todo intento inglés o europeo de ampliar territorios coloniales a expensas de una república americana soberana.

El texto de Olney es largo y arrogante, pero lo esencial del mismo puede resumirse en unos pocos párrafos. Olney repite parte del texto del discurso de Monroe pero le atribuye unos alcances que no tuvo entonces y algunos de los cuales son francamente mentirosos. Llega casi a atribuir el logro de las independencias hispanoamericanas al peso de la Doctrina Monroe. Ignora además todas las agresiones europeas de décadas anteriores contra países y territorios hispanoamericanos ante las cuales Estados Unidos nada hizo, aunque algunas de esas agresiones comprometían sus proyectos hegemónicos sobre el continente. Omite la agresión de Estados Unidos contra México y atribuye ridículamente a la Doctrina Monroe la derrota del imperio francés en ese país y la retirada de las tropas francesas en 1866. De todas formas, lo más importante no son estas mentiras y falsas muestras de una arrogancia que Estados Unidos en décadas anteriores no estaba en condiciones de demostrar ante el poderío de Inglaterra y de Francia. Lo más importante es que ahora, en 1895, sí está en condiciones y en disposición de oponerse a cualquier amenaza o agresión territorial contra algún país americano por parte de cualquier país europeo, empezando por Inglaterra, porque esas amenazas o agresiones representan un reto para la hegemonía que ya están al fin en condiciones y disposición de ejercer sobre América Latina. Es decir, que desde ahora sí puede funcionar de verdad la Doctrina Monroe como parte de un proyecto imperial y renovarse al mismo tiempo la doctrina del Destino Manifiesto porque Estados Unidos está en capacidad de impedir cualquier injerencia europea que considere amenazante para su seguridad y de imponer sin competidores su dominio sobre el resto del continente americano.

Hay ciertas frases de Olney que así lo declaran sin ambages. Tras manifestar su apoyo a la posición venezolana, señala que

> el gobierno de los Estados Unidos ha dejado claro ante Gran Bretaña y el mundo que en esa controversia están implicados su honor y sus intereses y que no puede ver con indiferencia su continuación.

Más adelante añade que la intrusión de poderes europeos en la política americana debe ser desaprobada y como tal resistida y prevenida. Tal resistencia y prevención deben provenir de Estados Unidos no solo en caso de que el atacado sea él mismo, sino también en el caso de que los atacados sean otros países americanos, porque solo Estados Unidos tiene la fuerza suficiente para rechazarlos. En el caso del ataque de Gran Bretaña contra Venezuela, Olney admite que se trata de una disputa limítrofe, pero también que de ella uno de los dos países (obviamente es Venezuela) saldría perjudicado al perder parte de su territorio. Y además que están en juego las bocas del Orinoco, algo que tendría inmensas consecuencias en relación con la navegación interior de los ríos de Sudamérica, lo que no puede dejar indiferente a Estados Unidos. Pero antes ha expresado de la manera más abierta, cínica y arrogante, lo que es el párrafo central, el corazón, del largo memorándum:

> Hoy Estados Unidos es prácticamente el soberano de este continente y su *fiat* [vale decir, su voluntad, su decisión] es Ley en todos los asuntos en los que decida interponerse. ¿Por qué? No por su mera amistad o buena voluntad. Tampoco en razón de su elevado carácter como Estado civilizado ni a causa de la sabiduría, justicia y equidad que han sido las invariables características del trato de Estados Unidos [De haber alguna duda habría que preguntarle a los mexicanos]. Es simplemente, además de todo ello, porque sus infinitos recursos combinados con su posición aislada [se entiende por dos océanos, uno de cada lado] lo hacen dueño de la situación y prácticamente invulnerable contra cualesquiera otros poderes[10].

El memorándum de Olney y la respuesta de *lord* Salisbury provocaron una abierta polémica en Europa. En esta se criticó la arrogancia norteamericana y se insistió con razón en que la Doctrina Monroe era una declaración estadounidense antieuropea, carente de valor fuera de ese país porque nada tenía que ver con el derecho internacional. En Estados Unidos hubo manifestaciones populares antieuropeas y Cleveland dio a entender que el país iría a la guerra si no se aceptaban sus propuestas, lo que al cabo hizo ceder a Gran Bretaña. Esta aceptó el arbitraje, que tuvo lugar en París en 1899, pero sin que Venezuela tuviese representantes venezolanos en el mismo, ya que el racismo inglés se oponía. Venezuela debió hacerse representar por dos juristas estadounidenses. Los otros dos eran británicos y se aceptó como presidente del tribunal a un ruso o ruso-inglés supuestamente neutral, pero que resultó ser un agente

británico. El laudo arbitral emitido fue fraudulento. Venezuela protestó, pero fue en vano. Perdió casi todo el territorio usurpado por Inglaterra en la Guayana Inglesa al oeste del Esequibo, pero gracias a los juristas estadounidenses salvó el territorio guayanés amenazado, esto es, la zona de El Callao en el estado Bolívar, rica en minas de oro, y sobre todo las bocas del Orinoco. Y si los estadounidenses impidieron que Gran Bretaña se apoderara de las bocas del Orinoco no fue tanto por defender a Venezuela. Lo impidieron, ante todo, porque no podían aceptar que el control de ese estratégico río pasara a poder de una potencia poderosa y extracontinental como Inglaterra, lo que habría sido además una nueva negación de la Doctrina Monroe. Pero también porque para ellos era más fácil dominar a la empobrecida Venezuela, que quedó agradecida por ello (en Venezuela se había celebrado desde 1895 la Doctrina Monroe y el embajador de Estados Unidos se había convertido en esos años en un personaje popular). Y no tardaron mucho en demostrarlo.

1898: Estados Unidos se declara nueva potencia imperialista

A partir de esta fecha Estados Unidos entra en una nueva etapa expansiva y empieza a definirse ya sin más ambigüedades como una potencia imperialista que requiere por un lado, hacia el oeste, expandirse hacia el Pacífico, controlando u ocupando nuevas islas y países; y por otro, aun más importante, hacia el este, estableciendo de una vez su dominio sobre Centroamérica y el mar Caribe con sus principales países isleños para convertir este mar en una suerte de lago privado, todo con la intención de asumir, ahora que está en condiciones de hacerlo, la construcción del cada vez más necesario canal centroamericano, ya sea por Nicaragua o por Panamá, para entonces provincia colombiana. Desde 1880 una empresa francesa había iniciado la construcción del canal, aunque para esa última década del siglo la empresa había quebrado en medio de un enorme escándalo de ineficiencia y corrupción salpicando al famoso Ferdinand de Lesseps, el constructor del canal de Suez, que sehabía embarcado en la construcción del de Panamá; y la construcción panameña había sido suspendida después de su fracaso.

1898 es un año decisivo para esa asunción por Estados Unidos de su abierta condición de potencia imperialista capaz, además, de competir con ventaja con las viejas y poderosas potencias imperiales europeas. No obstante su enorme poder económico y sus ventajas territoriales, Estados Unidos debía resolver a toda prisa dos

fallas serias producto de que hasta entonces su expansión había sido toda territorial, comprando, atacando y ocupando territorios contiguos, todos de países o poblaciones débiles. O de países colonialistas lejanos no interesados en ellos. Por eso no había necesitado hasta entonces disponer de un numeroso ejército como los de los países imperialistas europeos, aunque la Guerra Civil había dejado la armazón, la técnica y la experiencia suficientes. Y sobre todo le faltaba lo principal, lo que sí debía ser atendido y resuelto de inmediato: aunque tenía ya una flota comercial y una armada que se movía por los dos océanos y había forzado en 1854 a Japón a abrir sus puertos al comercio y también había penetrado Hawaii desde décadas antes, siendo incluso su dueño desde 1893, lo cierto es que Estados Unidos carecía aún de una poderosa marina militar, suficientemente grande, moderna, bien armada y entrenada, capaz de competir con las de países colonialistas europeos como Inglaterra y Alemania. Disponer muy pronto de esa flota le resultaba indispensable para una expansión colonialista como la que se planeaba, la que ya no se haría para apropiarse solo de territorios contiguos o vecinos sino para moverse por los dos océanos y por sus mares, sometiendo países cercanos o distantes, dominando gobiernos y creando bases de abastecimiento y reparación necesarias para sus naves. Y habría que añadir una tercera cosa, tan indispensable como las anteriores: la preparación mental de su población para esa nueva tarea, para lo cual contaban al menos con toda la fuerza que les daba su arraigada visión de Ciudad en la Colina, de Nuevo Israel, de Pueblo Elegido, de pueblo excepcional y único destinado por la Providencia, como proclamaba la doctrina del Destino Manifiesto, a ser el dueño de toda América y a expandir luego su poder y su forma de vida por el mundo.

El tema del ejército no es después de todo tan urgente. Estados Unidos sigue orgulloso de su escasa tropa permanente, de su recluta voluntaria en los casos de emergencia militar y creen que con ello basta. En todo caso, confían en que el cuerpo de *marines* que es parte de la armada, con apoyo de tropas de tierra y artillería complementaria, resulte suficiente para amenazar e invadir países débiles, asiáticos o americanos, o para invadirlos en grupo cuando son más grandes, como en el caso de China en 1900 o de la recién creada Unión Soviética en 1918. Como veremos, Estados Unidos resuelve a plenitud más adelante la necesidad de disponer de un enorme, moderno y bien armado ejército permanente, de tierra y

mar, y luego de tierra, mar y aire, ya en pleno siglo XX; y las dos guerras mundiales serán claves para esto. De la Segunda de ellas Estados Unidos sale convertido en la primera potencia mundial no solo en lo económico, sino en lo militar. Y disponiendo, por lo pronto ellos solos, de armas nucleares.

El tema de la armada sí se empieza a enfrentar, incluso desde antes, como ya apunté. Y en esto de disponer a corto plazo de una verdadera flota militar de primer orden, el papel de Alfred Mahan es esencial. Mahan, estadounidense, nacido en 1840 y muerto en 1914, oficial marítimo en la Guerra Civil, capitán de marina y luego almirante, es sin duda el gran teórico del poder naval y uno de los personajes que mayor influencia tuvo en esos Estados Unidos de las últimas décadas del siglo XIX. Historiador y notable estudioso de la influencia del poder marítimo en la historia, Mahan, profesor egresado de la Universidad de Columbia, racista y supremacista blanco declarado, convencido de la superioridad de los anglosajones sobre todas las razas y pueblos de la Tierra, defensor del cristianismo como esencial arma ideológica de la civilización occidental, llamada a dominar el mundo, escribió varios libros sobre su tema favorito, destacando entre ellos *The Influence of Sea Power upon History*, publicado en dos volúmenes entre 1890 y 1894, y *The Interest of America in Sea Power*, *Present and Future*, editado en 1897. Esos y otros libros suyos sobre temas más concretos, fueron leídos y estudiados en forma masiva en Estados Unidos –sobre todo por su clase dominante política y militar– porque no solo eran estudios históricos sino auténticos programas dirigidos a desarrollar el poder marítimo de Estados Unidos, es decir, a proyectar hacia el mundo la doctrina del Destino Manifiesto estadounidense, ahora por medio del creciente dominio de los mares, para acelerar de esta forma su carrera hacia la dominación mundial, que todavía estaba en manos de la Gran Bretaña, la gran potencia marítima de entonces. Mahan toma como referencia ese modelo, el británico, caracterizado según él por cinco rasgos clave: próspero comercio exterior marítimo; marina mercante para llevarlo a cabo; poderosa marina de guerra capaz de apoyar a la mercante y de imponer respeto, ayudando con su fuerza militar a resolver previsibles conflictos; bases marítimas en sitios estratégicos a lo largo de los océanos para garantizar a ambas marinas combustibles y reparaciones; y territorios coloniales capaces de garantizarle a la metrópoli las materias primas necesarias a su industria y de ser su mercado seguro para los bienes elaborados por estas.

En el caso de Estados Unidos, Mahan recomendaba que dado que aún era temprano para superar el poder británico, lo principal era comenzar por desarrollar una marina de guerra capaz de garantizar que el país tuviera el control de las zonas del Caribe y del Pacífico en las que ejercía dominio, impidiendo, de ser necesario por la fuerza, que otros países imperiales o coloniales penetraran en esas zonas. Las otras cosas se irían logrando en la medida en que se ampliara la expansión estadounidense; y más que la toma de colonias, que debería producirse en una fase ulterior, lo esencial, por lo pronto, era que Estados Unidos se abriese con su presencia camino en esos mares y océanos a objeto de controlar islas estratégicas como en el caso de Hawaii, creando bases marítimas en ellas. Y la otra, como afirma en *The Interest of America in Sea Power*, era el control del todavía futuro pero ya inminente Canal de Panamá por Estados Unidos, única forma de que estos unieran sus intereses marítimos en el Caribe con los del Pacífico. Y si para ello en el Pacífico era urgente poseer Hawaii, controlado desde 1893 para anexarlo ahora como territorio estadounidense, en el Caribe era indispensable controlar Cuba, y más en particular la bahía cubana de Guantánamo, sin lo cual el control real de ese estratégico canal era imposible. Con ello se entraría en la nueva y necesaria fase del Destino Manifiesto de que él hablaba, de modo que la posesión de Cuba era indispensable y urgente para Estados Unidos, así fuese necesario para ello llegar a la guerra para arrancársela a la decadente España.

El tema ideológico también se resuelve entonces; y con facilidad. En esos mismos años, por lo menos desde la década anterior, ha surgido y ha venido creciendo en el país un poderoso movimiento expansionista que ya no tiene miedo de hacerse llamar imperialista, calificativo que el usual puritanismo propio de Estados Unidos había evitado emplear hasta entonces. En esa década de los noventa empiezan a destacarse los nombres de Theodore Roosevelt, Henry Cabot Lodge, Mark Hanna, Albert Beveridge y otros como líderes de ese nuevo expansionismo imperialista. Para ellos es claro que no habiendo ya más límite territorial para la expansión de Estados Unidos, estos, que no pueden parar su expansión y sed de dominio, deben por fuerza buscar nuevos territorios e islas estratégicas en los océanos y mares vecinos, lo que los ha llevado en el Pacífico a apoderarse de Hawaii y en el Caribe a aumentar las presiones sobre España para comprarle Cuba.

El caso de Beveridge, que luego fue senador, es típico. En el discurso, suerte de proclama imperialista, que pronunció en Indianápolis en septiembre de 1898, rechazaba los argumentos de quienes se oponían entonces al expansionismo, y reiteró la misión de expandirse que Dios había dado a Estados Unidos: había que ocupar nuevos mercados y nuevos territorios como Hawaii, Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Y desdeñando el viejo argumento de la contigüidad, que había terminado por convertirse en un freno a la expansión, añadió:

> El océano no nos separa de las tierras que son nuestro deber y nuestro deseo: los océanos nos unen, los ríos nunca serán dragados, los canales nunca serán reparados. El vapor nos une, la electricidad nos une: los elementos mismos están ligados a nuestro destino. ¡Cuba no es contigua! ¡Puerto Rico no es contiguo! ¡Hawaii y las Filipinas no son contiguos! Los océanos los hacen contiguos. ¡Y nuestra marina los hará contiguos![11]

Otros imperialistas justificaron su defensa del imperialismo con argumentos menos brutales y más hipócritas, no religiosos sino «científicos» y «humanistas»: había que ocupar esos países y esas islas porque sus pueblos, mestizos, inferiores, no eran capaces de gobernarse solos y la tarea de los Estados Unidos era la de educarlos y cristianizarlos para luego poder darles la libertad. Y el presidente McKinley, mientras las tropas estadounidenses llevaban a cabo un auténtico genocidio contra el pueblo filipino que luchaba contra la brutal ocupación *yankee*, llegó a declarar, como señalé en un capítulo anterior, que Dios le había ordenado mantener el control de las Filipinas para educar y cristianizar a su pueblo (olvidando que los colonialistas españoles lo habían estado cristianizando desde que ocuparon las islas en el siglo XVI y que buena parte de los filipinos que luchaban contra el imperialismo estadounidense, y que habían luchado antes armas en mano contra el colonialismo español, habían sido aculturados por la España cristiana dominante hasta entonces).

También aparece en 1898, mucho más limitado, un movimiento antiimperialista que cuenta con intelectuales, políticos y hasta un expresidente y un rico empresario. Formaron parte de ese movimiento: Mark Twain, Charles Francis Adams, Carl Schurz, William Jennings Bryan y otros, entre ellos el expresidente Grover Cleveland, los hermanos William y Henry James, Samuel Gompers y Andrew Carnegie. Mark Twain fungió de vicepresidente. El movimiento se inicia con la creación de la primera Liga Antiimperialista en Boston, luego surgen otras en Chicago, Washington y otras

ciudades, siendo la principal la de Nueva York, la que más se mueve organizando conferencias y mitines y editando folletos y libros. Es un movimiento heterogéneo con un corto período de auge, pero sin incidencia política real ni duradera y carente de influencia entre los obreros. La presencia de Gompers, reaccionario y racista líder de la AFL, no compromete al movimiento obrero porque es a título personal. El movimiento antiimperialista, formado por la unión libre de esas diversas ligas, es sobre todo publicitario y de corte moral, condenando los criminales excesos imperialistas, principalmente en Filipinas y se basa en la defensa de principios constitucionales y republicanos que han sido violados por el imperialismo, como la expansión territorial armada y la imposición de dominio político y militar a países en contra de la voluntad de sus pueblos (claro que esas violaciones no eran nada nuevas, solo que las anteriores habían sido encubiertas por hipocresía y mediante complicidades, como ocurriera con la invasión de México).

La visión más humanista y sincera la tenía Mark Twain, pero Twain carecía de visión económica y social. Salvo por el valor de sus denuncias y por ese confuso valor moral, la Liga no tuvo verdadera influencia política porque no era ningún partido sino una unión libre de clubes de intelectuales, aunque entre 1898 y 1900 logró reunir una elevada cifra de miembros, unos 30.000, calculándose que cerca de medio millón de personas colaboraba en ella apoyando sus actos y contribuyendo a organizarlos y promocionarlos. Empero, varios de sus líderes la abandonaron o traicionaron, como Bryan, ardiente denunciante de la agresión militar de Filipinas que terminó apoyándola en el Congreso con el argumento de que se trataba de una misión civilizatoria. Otros eran meros nombres reconocidos o prestigiosos como Cleveland, opuesto a la conquista militar de nuevos territorios; Schurz, que era un republicano progresista; los famosos hermanos James, William y Henry, uno filósofo y el otro novelista; Gompers, sindicalista derechista, cuyo papel fue solo nominal; o como Carnegie, multimillonario y gran empresario explotador, que debió colaborar con las finanzas. Aunque pronto perdió influencia y militancia, y en 1917 apoyó la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, la Liga sobrevivió hasta 1920, cuando se declaró disuelta.

Otro punto clave es que Inglaterra, aunque renuente, deja de enfrentar a Estados Unidos en América, rindiéndose de hecho a la Doctrina Monroe que tanto ha despreciado antes y hasta hace poco,

tanto de palabra como de hecho. De esta manera se mantiene neutral, es decir, favorable a Estados Unidos, en la guerra de estos contra España en 1898. Estados Unidos derrota a España, se apodera de Filipinas, Guam y parte del archipiélago de Samoa (un tercio de las islas); en Filipinas, para enfrentar la resistencia patriótica, lleva a cabo entre 1899 y 1904 un verdadero genocidio[12], y en el Caribe se apodera de Cuba, convirtiéndola en una semicolonia o protectorado (sometimiento de los patriotas independentistas cubanos, ocupación militar del territorio, montaje de un poder cipayo, aprobación de la Enmienda Platt, apropiación de la bahía de Guantánamo para disponer de la base estratégica de que hablaba Mahan) y también se apodera de Puerto Rico, donde no hay por lo pronto resistencia. Al fin su control del Caribe está asegurado y ahora se prepara para emprender la urgente construcción del canal centroamericano.

Y la alianza con Inglaterra le permite al fin a Estados Unidos abandonar el Tratado Clayton-Bulwer de 1850 y reemplazarlo por el Hay-Pauncefote, firmado el 5 de febrero de 1900, en el que Inglaterra se somete y le deja las manos libres para construir el canal, sea por Nicaragua o Panamá. Por el tratado, Inglaterra aceptaba que Estados Unidos construyera el Canal y mantuviera el control del mismo. Solo exigió que el pago de derechos por el uso del Canal fuera igual para todas las naciones, incluido Estados Unidos. Pero el Congreso estadounidense lo rechazó porque reclamaba para Estados Unidos el derecho a fortificar el Canal. En consecuencia, luego de negociaciones que se tomaron más de un año, el tratado fue corregido añadiendo lo que Estados Unidos quería, el control absoluto del Canal, y fue firmado ahora en noviembre de 1901. El Congreso lo aprobó y de inmediato el gobierno estadounidense inició las acciones conducentes a la construcción del ansiado Canal.

No puedo examinar aquí en detalle lo tocante al Canal de Panamá y a su construcción por Estados Unidos. Existe al respecto una variada y muy rica bibliografía que cubre todos los temas relacionados: el proceso que lleva a Estados Unidos a asumir la construcción del mismo; las maniobras que lo acompañan y el golpe de Estado que separa a Panamá de Colombia creando la República de Panamá, protectorado estadounidense cuyo complaciente nuevo gobierno le permite a Estados Unidos hacer todo lo que este quería[13]. Y me basta, por tanto, con señalar unos puntos clave. La Compañía francesa del Canal quebró en 1889. En 1894 la reemplazó una nueva Compañía encabezada por su principal accionista, un tal Philip-

pe-Jean Bunau-Varilla. La Compaigne Nouvelle du Canal de Panamá (Nueva Compañía del Canal de Panamá) tenía un contrato con Colombia, había heredado la chatarra sobrante de la compañía anterior y de la compañía ferrocarrilera asociada, y quería vendérsela a Estados Unidos. Ese era su solo objetivo. Bunau-Varilla consiguió como representante en Estados Unidos a William N. Cromwell, un prestigioso abogado neoyorquino, tan tramposo como él y además conectado con el gobierno estadounidense y en particular con el secretario de Estado, John Hay. Hasta 1902 la idea del Congreso norteamericano era construir el Canal por Nicaragua, pero entre Cromwell y Bunau-Varilla lograron que se cambiara la ruta de Nicaragua por la de Panamá. Cromwell sobornó a varios representantes clave y Bunau-Varilla puso a circular en el Congreso norteamericano una foto reciente del Momotombo, principal volcán nicaragüense, en erupción, justo en el camino de la ruta nicaragüense del Canal. Ese mismo año había tenido lugar la mortífera erupción de la *Montagne Pélée* en Martinica. En 1903 el Congreso decidió elegir la ruta panameña. Pero aún faltaba precisar varias cosas. Una era la compra de la chatarra a la Nueva Compañía del Canal. La otra, llegar a un acuerdo con Colombia. La Compañía evaluó su chatarra en 109 millones de dólares. El gobierno de Estados Unidos dijo no estar dispuesto a pagar más de 40. Bunau-Varilla, que sabía que esa maquinaria valía mucho menos, le dijo a Cromwell que aceptara. Y Theodore Roosevelt, que era el nuevo presidente, pues el anterior, McKinley, había sido asesinado en septiembre de 1901, quedó autorizado para comprar los bienes de la Compañía.

Pero para ello faltaba acordar con el gobierno colombiano. El traspaso o venta de esos bienes no podía hacerse sin su autorización. Colombia estaba dispuesta a aceptar la construcción del canal en Panamá a cambio de 10 millones de dólares que le tocaban del arreglo entre la Compañía y el gobierno de Estados Unidos y exigía que se le pagaran 250 millones anuales una vez el Canal entrara en funcionamiento. Se firmó al respecto en 1903 un tratado (Herrán-Hay) entre Colombia y Estados Unidos con participación de la nueva Compañía. Colombia exigía a la Compañía el pago de esa parte de los 40 millones a cambio de autorizar la transacción. Pero la Compañía, de acuerdo con Cromwell y contando con el apoyo del secretario de Estado, John Hay, se las arregló para dejar afuera a Colombia, acordando que los 40 millones se le entregaran a ella. Estados Unidos se lavaba las manos como siempre

afirmando que si la Compañía excluía a Colombia y no le pagaba los 10 millones que esta quería, ese problema no le competía pues era un diferendo entre Colombia y la Compañía. Pero además de que no era cierto pues el pago, aunque sin cifra, sí estaba previsto en el Tratado, Hay, humillando sin necesidad a Colombia, participaba de la estafa al dar su consentimiento a Cromwell sabiendo que con razón Colombia iba a reclamar sus derechos.

El gobierno colombiano se indignó y empezó a reclamarle a Cromwell y a Hay, que no le hicieron caso. Pero igual que en Estados Unidos, en Colombia todo tratado internacional debía ser aprobado por el Congreso para que adquiriera validez y fuera ejecutado. El país había rechazo al Tratado, que lo despojaba de parte de su territorio, de lo que sería la Zona del Canal, al convertirla en territorio estadounidense. De modo que en el Congreso colombiano empezaron, en torno al Tratado y a sus condiciones, las intrigas y rivalidades entre congresistas liberales y conservadores (no olvidemos que el país seguía viviendo las secuelas de la Guerra de los Mil Días, una guerra civil tremendamente destructora). Después de discutir el Tratado, el Congreso terminó rechazándolo y exigiendo que se redactara uno nuevo. El gobierno de Estados Unidos, encabezado por el agresivo y furibundo Roosevelt, imperialista declarado y racista, estalló en cólera insultando a los colombianos, a los que trató de «monos», «ladrones» y «bandidos», lo que no hizo sino envenenar más las cosas.

Trancado como estaba el juego, ya que por su parte no había la menor disposición a revisar la situación y de discutir un nuevo tratado que lo menos que implicaba era invertir en ello unos años, algo que no estaba dispuesto a aceptar porque quería que la construcción del Canal empezara sin más demora, Roosevelt decidió usar la fuerza e invadir Panamá con sus tropas y su marina. Pero luego lo pensó mejor, porque eso podía golpear el prestigio de Estados Unidos mostrándolo como potencia invasora y militarista, y entonces prefirió preparar en forma solapada e hipócrita un golpe de Estado para lograr la secesión de Panamá, al parecer enterado de que la oligarquía panameña dominante había intentado varias veces antes la secesión, dado que tenía muchas quejas contra el Gobierno central de Bogotá, se sentía abandonada por Colombia y ahora con más razón, decepcionada por el retardo en la construcción de un canal que debía mejorar su situación económica. Aquí se unieron todos los afectados para tramar y organizar

el golpe y la secesión: Roosevelt y Hay del lado estadounidense; Cromwell y Bunau-Varilla del lado de la Compañía del Canal, que en la práctica era el mismo lado de Estados Unidos; y del lado panameño, Manuel Amador, líder de la oligarquía panameña partidaria de la secesión, esto es, de entregarse a Estados Unidos. Y así, en medio de varias peripecias y maniobras, el golpe, pacífico y sin derramamiento de sangre, se produjo el 3 de noviembre de 1903. Reconocido de inmediato por Estados Unidos, el nuevo gobierno panameño llegó en cosa de días a acuerdo pleno con estos, de modo que las tareas de construcción del Canal pudieron empezar poco después y Roosevelt, tras varios hipócritas intentos de negar su participación y la de Estados Unidos en el golpe, pudo más adelante proclamar con el mayor cinismo: «mientras ellos discutían, I took Panamá». El Canal se inauguró, como es sabido, en 1914.

Pero antes de apoderarse de Panamá, Roosevelt, siempre en función de fortalecer el naciente poder imperial estadounidense, ha debido ocuparse de un repentino problema que lo amenaza; problema que resuelve, aun a riesgo de desencadenar una verdadera guerra para la que su país no está preparado, haciendo que ese poder imperial salga fortalecido. El objetivo que se plantea Roosevelt es darle un carácter cada vez más agresivo y absoluto a la resucitada Doctrina Monroe y por ello mismo enfrentar sin vacilación toda nueva tentativa imperialista europea de injerencia en el Caribe, sobre todo si se sospecha de ella que intenta adueñarse de territorios caribeños, dado que ambas cosas amenazarían tanto el control que ejerce ya sobre Centroamérica y el Caribe como el monopolio que desea imponer sobre el inminente canal centroamericano, ya sea que se lo construya por Nicaragua o por Panamá. En efecto, a fines de 1902 estalla en el Caribe otra crisis que –aunque no lo parece– cuestiona el dominio absoluto de la Doctrina Monroe y amenaza otra vez que potencias europeas intenten, en forma solapada o sorpresiva, hacerse con territorios caribeños vecinos del inminente Canal de Panamá. Y de nuevo Venezuela va a estar en el centro del problema[14].

El bloqueo de los puertos venezolanos desde el 9 de diciembre de 1902 por acorazados alemanes e ingleses (a los que se suman días después cruceros italianos) es sorpresivo para Venezuela, pero no para Estados Unidos. Una vez que, semanas antes, ambos gobiernos invasores, el alemán y el británico, llegan a acuerdos previos para ejecutar el bloqueo cuyo objetivo declarado sería

hacer que la endeudada y empobrecida Venezuela pagase la enorme deuda que venía arrastrando desde años antes con ambos gobiernos y que estos han fijado en una cifra inflada de más de 350 millones de bolívares, los dos gobiernos informan de su plan de bloqueo al gobierno de Estados Unidos. Roosevelt da su asentimiento siempre y cuando el bloqueo se limite a exigir el pago de la deuda, algo a lo que no puede oponerse. Alemania e Inglaterra manifiestan que ese es su único objetivo. Pero todo hace pensar que tras ese acuerdo se ocultan varios problemas.

El primero de ellos es que Roosevelt no confía en Alemania, con la que Estados Unidos mantiene una sorda rivalidad desde hace décadas. Roosevelt sabe que Alemania, que ha llegado tardíamente a convertirse en una moderna potencia industrial y que está en camino de desplazar a Inglaterra como primera potencia industrial del mundo y de alcanzarla en lo tocante a la marina mercante y militar, carece de colonias importantes por haber llegado tarde a los repartos coloniales del siglo XIX entre Francia e Inglaterra. Eso ha llevado a Alemania a ir penetrando con sus productos y su influencia varios territorios del Caribe. Tiene estrechas relaciones económicas con el vecino México de Porfirio Díaz y está metida a fondo en Venezuela, ya que controla el proceso productivo y la exportación de café de los Andes, principal producto de exportación venezolano, ha construido el Gran Ferrocarril de Venezuela y le ha hecho préstamos a sus gobiernos, como el del Disconto-Gessellschaft en 1896. Estados Unidos sabe también que esas inversiones y préstamos son la fuente de la enorme deuda venezolana con Alemania y además que esta controla prácticamente toda la región andina y cafetalera de Venezuela, la vecina región colombiana de los Santanderes y el puerto venezolano de Maracaibo, segunda ciudad del país.

Y a eso viene a sumarse que en medios políticos bien informados corre el rumor de que, convencido de que el gobierno venezolano de Cipriano Castro no tiene cómo pagar la deuda, el proyecto alemán quiere forzarlo a entregarle como pago la isla de Margarita. Esto, al parecer, carecía de todo sentido porque además Alemania no tenía interés ni intereses en Margarita. Lo que sí podía tener sentido era que Alemania estaba interesada en una secesión colombo-venezolana que le permitiera ejercer un protectorado unificado sobre la región andina de Venezuela, los Santanderes en Colombia, y el lago y puerto de Maracaibo. En todo caso, Roosevelt sospechaba que más allá de cobrar la deuda venezolana, Ale-

mania ocultaba un proyecto de ocupación territorial, ya fuese de Margarita o con mayor probabilidad del occidente de Venezuela.

Lo otro que suscitaba duda era esa alianza de Alemania y Gran Bretaña para cobrar sus deudas agrediendo a Venezuela, porque estas eran potencias rivales y la explicación que parecía más probable de esta extraña alianza era que el emperador alemán Guillermo II había convencido al reciente rey inglés Eduardo VII, sucesor de la reina Victoria, de que juntos ambos países podían retar la Doctrina Monroe, y así como Alemania podía apoderarse del occidente de Venezuela, Inglaterra, que soñaba con la Guayana venezolana desde los tiempos de Walter Raleigh y que había sido frustrada por Estados Unidos, que le impidió lograrlo al imponerle el Laudo de París en 1899, podría ahora apoderarse de todo: de la Guayana, del oro del Caroní y de las bocas del Orinoco. El proyecto parecía harto probable y además del desmembramiento de Venezuela que implicaba, y que en sí mismo no le importaba demasiado a Roosevelt dado su virulento enfrentamiento con Cipriano Castro, sí le preocupaba por las graves consecuencias que ello tendría para Estados Unidos y su política. Porque se trataría de un ataque frontal contra la Doctrina Monroe que, de tener éxito ese proyecto, quedaría prácticamente destruida y con ello generaría la aparición de dos territorios clave arrancados a un país americano y pasados a poder de dos grandes potencias europeas rivales suyas: el occidente de Venezuela en poder de Alemania bajo forma de algún protectorado provisorio, y la Guayana y el río Orinoco en manos de la Gran Bretaña, seguramente bajo forma de otro protectorado provisorio, de esos que son para toda la eternidad. De allí que Estados Unidos decidiera movilizarse de inmediato.

El bloqueo se convierte pronto en violenta agresión armada en el mejor estilo colonial. Los principales puertos venezolanos están tomados. La pequeña y débil marina venezolana es capturada o destruida. El puerto de La Guaira es cañoneado. Se amenaza a Puerto Cabello. La respuesta de Castro es inmediata. Antes, al iniciarse el bloqueo el 9 de diciembre, aniversario de la gran victoria de Ayacucho, lanza una sonora proclama patriótica que empieza declarando que «La planta insolente del invasor extranjero ha hollado el suelo sagrado de la Patria» y termina llamando a defenderla invocando a los Libertadores y a los nuevos Sucres que deberían recrear la victoria de Ayacucho. Libera a los presos, llama a la unidad de todos. Hay recluta masiva y esta vez es espontánea,

no forzosa. El pueblo en su mayoría responde y se desata una ola de encendido patriotismo. Venezuela solo dispone de un pequeño ejército pero este está bien armado, fogueado y dispuesto al combate. Sin embargo, después de esta primera reacción patriótica, Castro vacila. Por un lado, le teme a una rebelión popular que se desborde y no pueda controlar y al hecho de que los restos sobrevivientes de la recién derrotada Revolución Libertadora se incorporen a esa rebelión. Por otro lado, está consciente del poder armado de los invasores y de los costos de una sangrienta e impredecible guerra popular contra ellos. El resultado es que decide negociar. Pero no con los invasores sino buscando el apoyo de Estados Unidos, de los mismos Estados Unidos contra los que mantiene un fuerte enfrentamiento. Decide pedir un arbitraje y en nombre de la Doctrina Monroe pide al Encargado de Negocios estadounidense, Herbert W. Bowen, que le solicite a su gobierno exigirle a los agresores ese arbitraje y que Estados Unidos sirva en él de árbitro.

Esta solicitud resulta providencial para Roosevelt porque pone en sus manos un arma decisiva. Por supuesto, él no ha estado de brazos cruzados. Se ha movido sin descanso. Desde el principio, sospechando que Alemania declarase que solo pretendía cobrar la deuda, ordenó al almirante Dewey, el vencedor de Manila, reunir toda la flota militar norteamericana del Atlántico en el Caribe, en aguas internacionales cercanas a las aguas territoriales venezolanas, mientras la poderosa flota alemana estaba dispersa por el Atlántico y el Pacífico. Así, Estados Unidos cuenta con más de cincuenta acorazados en el Caribe mientras los alemanes solo disponen de veintinueve. Un punto a su favor. El otro es que su gobierno ha estado tratando de romper la alianza de Alemania e Inglaterra, separando a esta de aquella. Y lo logra. E Inglaterra vuelve a someterse a la Doctrina Monroe aunque no abandona el bloqueo. Otro beneficio para Roosevelt: que no tiene nada contra el bloqueo. Y el tercer punto a favor, que le cae del cielo, es que su enemigo Cipriano Castro, al que odia y trata de «mono» y de «enano», le pida que llame a un arbitraje y sirva en él de árbitro.

Roosevelt se concentra en esto; y, ya rota la alianza germano-británica en cuanto a planes de ocupación territorial de Venezuela, le exige a Alemania que acepte un arbitraje ya aceptado por Inglaterra, arbitraje en el que Estados Unidos sería el árbitro. Alemania se niega rotundamente, por supuesto, y entonces Roosevelt da a los alemanes un ultimátum amenazando con la guerra. El

gobierno alemán mantiene su negativa hasta última hora, pero un día antes de vencerse el plazo, capitula y acepta el arbitraje (17 de diciembre de 1902). El triunfo de Roosevelt es total. Ha salvado la Doctrina Monroe y ha impedido la desmembración de Venezuela (Estados Unidos la prefiere entera para dominarla. Es menos costoso y más sencillo). Lo que sigue son los Protocolos de Washington, el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe y la política del Gran Garrote (sin olvidar por supuesto la Doctrina Drago, aunque esta, pese a su valor jurídico, no pasó de ser una mera declaración de buena voluntad).

La aceptación forzada del arbitraje por parte de Alemania no significó el fin del bloqueo. Por el contrario, declarado oficialmente como tal el 22 de diciembre, se intensificó; y de hecho duró hasta el 13 de febrero de 1903. El arbitraje pedido por Venezuela había dado por resultado para ese entonces que en los llamados Protocolos de Washington de 1903 –aunque Bowen incumplió su acuerdo con Castro de defender con documentos los intereses de Venezuela y se le impusieron a esta pagos indebidos–, al menos la deuda venezolana quedó reducida a menos de la mitad de la cifra enorme y tramposa que habían intentado imponer los alemanes y, sobre todo, los ingleses; y que por su parte Venezuela quedó comprometida, siendo garante Estados Unidos, a pagarla a corto plazo, dedicando a ello el 30 % de sus ingresos de aduana. Solo que Castro, luego de verse forzado a aceptar la por muchas razones injusta decisión, respondió poco después aumentándole el 30 % de arancel a los productos importados, que en su mayor parte eran ingleses o alemanes, encarecimiento de estos que generó una nueva protesta de sus acreedores, pero que no pasó de allí pues ya no les era posible a ninguno de ellos iniciar un nuevo bloqueo de Venezuela[15].

En América Latina hubo cierta solidaridad con la Venezuela bloqueada y agredida, pero esta no pasó de lo declarativo. El país más solidario fue Argentina, cuyo canciller, Luis María Drago, envió en 1903 al Gobierno de Estados Unidos una declaración oficial, que luego se llamó Doctrina Drago, en la que condenaba como ilegal todo intento de cobrar deudas de países por vía armada y le reclamaba a los acreedores invasores de Venezuela que luego de aprovecharse de la debilidad de esta, igual que la de cualquier otro país pobre y débil para arrancarle contratos leoninos, esos mismos países no aceptaran someterse a las leyes de sus países deudores para satisfacer sus pagos de acuerdo a ellas y quisieran arrancarle esos pagos

por la fuerza. Pero como ya dije, esta Doctrina Drago no pasó por lo pronto de ser una mera declaración de buena voluntad, aunque Estados Unidos la aceptó como tal en 1907, al parecer sin compromiso, porque años después su gobierno, que tenía ya entonces por presidente a Woodrow Wilson, invadió en 1915 y 1916 Haití y República Dominicana, ocupándolos a ambos por motivos similares.

Lo que sí se impuso y se convirtió en doctrina fue el llamado Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe. Una vez suspendido el bloqueo de Venezuela, el presidente norteamericano formuló ese corolario en su Discurso del Estado de la Unión el 6 de enero de 1904. Despojándolo de sus adornos edulcorantes, lo que Roosevelt planteó y Estados Unidos aplicó desde entonces fue que las naciones americanas que quisieran pasar por civilizadas estaban obligadas a cumplir los compromisos firmados por ellas con otras naciones, y que si no lo hacían, estas tenían todo el derecho a reclamar por la fuerza el pago de las deudas (que era lo que habían hecho Alemania e Inglaterra con Venezuela, contando con su apoyo). Pero como Estados Unidos, ceñidos como estaban a la defensa rigurosa de la Doctrina Monroe, no estaban dispuestos a tolerar a partir de esa fecha ninguna injerencia de países europeos en el continente americano, ellos, muy a disgusto, pues no querían convertirse en policías, tendrían sin embargo que hacerlo, esto es, ser los que, utilizando todos los medios a su alcance, incluido el uso de la fuerza, coaccionaran a esos países americanos deudores a honrar sus deudas, o sea, a comportarse como países civilizados. En pocas palabras, que serían desde entonces los Estados Unidos los que ocuparían los puertos y aduanas de aquellos países americanos que adquirieran deudas que luego declarasen no estar en condiciones de pagar, o que tendrían incluso que ser invadirlos y ocuparlos en forma provisoria si caían en graves crisis económicas que generaran serios desórdenes políticos, para encargarse de restablecer el orden necesario en ellos[16].

De esta manera la Doctrina Monroe no solo quedó fortalecida, sino que pasó a adquirir alcances policiales y militares. A partir de entonces, ya ni siquiera a los políticos latinoamericanos más serviles con Estados Unidos les resultaría fácil seguir repitiendo que la misión de la Doctrina Monroe era la de defender a sus países de reales o hipotéticas amenazas europeas. Desde ahora debía estar claro para todos los países latinoamericanos que la única amenaza que pesaba sobre ellos era la de una invasión o una ocupación militar a cargo de los Estados Unidos. Armados con esa versión

militarizada de la Doctrina Monroe, los Estados Unidos pasaron a convertirse en los policías de América y a imponer su voluntad, por las buenas o las malas, sobre todo por las malas, a los otros países americanos, empezando por los del Caribe, convertido al fin lago privado estadounidense, y por los del norte de Sudamérica. Y sin excluir la ocupación de países centroamericanos y caribeños por problemas relacionados con pago de deudas, también empezaron pronto a cobrar peso los golpes de Estado y las invasiones y ocupaciones militares que obedecían a crisis políticas o a intentos de rebelarse contra el dominio estadounidense por parte de gobernantes y pueblos de ese mundo centroamericano y caribeño.

Esta fue la política que llevó a cabo Roosevelt, política a la que se conoció como del *Big Stick* o Gran Garrote, debido a un proverbio africano que solía emplear con frecuencia. Roosevelt había sido cazador, participando en varios safaris africanos, y había traído del África Occidental el proverbio que sirvió de base para bautizar su política en contra de nuestros países. Ese proverbio recomendaba a todo aquel que quisiera imponer su opinión a un grupo o ganar una discusión dentro del mismo que lo que debía hacer era hablar suave pero llevando un gran garrote, ya que así llegaría lejos, proverbio que él tradujo correctamente al inglés como «speak softly and carry a big stick, so you will go far», con lo que se convirtió así en el *slogan* de su «suavísima» política latinoamericana.

Segunda etapa: Siglo XX, Destino Manifiesto y dominio mundial de Estados Unidos

Creo que con esto puede decirse que queda montado todo el cuadro del imperialismo de Estados Unidos y la descripción de las bases sociales, políticas, religiosas y culturales que le dan forma. Lo que sigue es su continuidad expansiva en el siglo XX y las políticas dirigidas a la imposición de su dominio ya no solo en América Latina sino en el mundo entero. Y por supuesto, esto da para bastante. Pero como lo que intento no es escribir un libro sobre el imperialismo norteamericano en el siglo XX, me limitaré en lo que sigue a mencionar algunos hitos y hechos principales de esa expansión imperialista estadounidense.

Roosevelt interviene con sus *marines* en República Dominicana en 1905-1907, asumiendo el control de sus puertos hasta haber cobrado la deuda del país con una empresa estadounidense.

Interviene en Cuba en 1907 para imponer orden, y en Centroamérica (El Salvador y Honduras) en 1906 y 1907 con el mismo objetivo. Por último, en diciembre de 1908, a petición del amistoso vicepresidente venezolano Juan Vicente Gómez, que quiere dar un golpe de Estado contra el presidente Cipriano Castro, que ha salido del país para hacerse operar un riñón en Europa, envía dos acorazados para apoyar el golpe gomecista y los mantiene cerca de aguas venezolanas para impedir el regreso del odiado Castro.

Con el sucesor de Roosevelt, el presidente William Taft, la política del Gran Garrote, sin cambiar su forma de actuar, cambia de nombre y se prefiere bautizarla como Diplomacia del Dólar, por las maniobras y presiones de Estados Unidos para ir llenando Centroamérica y el Caribe de empresas norteamericanas y haciéndole la vida difícil a las europeas que aún subsisten. El gobierno de Taft participa, desde 1909, en la agresión contra el gobierno liberal de José Santos Zelaya en Nicaragua y en el bombardeo de Managua en julio de 1912. Preocupado desde antes por el estallido de la Revolución Mexicana en 1911, el gobierno de Estados Unidos, en la persona de su embajador en México, Henry Lane Wilson, participa en febrero de 1913 en el brutal golpe de Estado de Victoriano Huerta contra el presidente legítimo, Francisco I. Madero, y es cómplice del horrendo asesinato de Madero y del vicepresidente Pino Suárez. Criminal, corrompido y borracho, Huerta monta una brutal dictadura derechista que es enfrentada armas en mano por Emiliano Zapata y Pancho Villa, y en forma más moderada por Venustiano Carranza.

El gobierno siguiente, el del hipócrita y racista Woodrow Wilson, ya sin ocuparse del nombre que reciba su política agresiva y criminal contra América Central y el Caribe, mientras predica paz y democracia en Estados Unidos y aumenta la segregación racial de la población negra, continúa en el Caribe la agresión contra Nicaragua, en la que su secretario de Estado, William Jennings Bryan, el mismo ulterior protagonista del famoso Proceso del Mono en 1925, hace firmar en 1916 el Tratado Bryan-Chamorro, modelo de relación neocolonial impuesto al humillado país centroamericano, en el que tropas estadounidenses entran y salen por períodos hasta los años treinta. Wilson invade y bombardea el puerto de Veracruz en México en 1914 e invade, en 1915, Haití con sus *marines*, que toman Port-au-Prince, la capital, asaltan el Banco Nacional haitiano y se roban las reservas de oro del país para lle-

várselas como botín a Estados Unidos. Invade también República Dominicana ese mismo año, y sus tropas de ocupación se quedan hasta los años treinta. Y vuelve a invadir Haití en 1916, esta vez para quedarse también hasta los años treinta, convirtiendo a los tres países, Nicaragua, Haití y República Dominicana, en auténticos protectorados estadounidenses en los que sus tropas reprimen brutalmente toda forma de rebelión, organizan ejércitos cipayos asesinos, y cuando se retiran al fin de los tres países, dejan instaladas en ellos dictaduras criminales y anticomunistas que permanecerán en el poder también por varias décadas.

Ese mismo Wilson, agresor e invasor de países latinoamericanos, es el respetado personaje académico, religioso y pacifista que –como veremos en un próximo capítulo– involucra en 1917 a Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, rompiendo así con la histórica tradición norteamericana de no involucrarse en los conflictos y guerras europeos. Y aquí los Estados Unidos entran con esto en otro plano espacial, pues con esa intervención en la Gran Guerra europea de 1914-1918 empiezan a conformarse como una nueva, dinámica y ambiciosa potencia mundial, abriendo así nuevos horizontes a su doctrina del Destino Manifiesto.

En efecto, hasta 1917 el naciente Imperio estadounidense ha tenido límites. Los Estados Unidos han centrado su dominio y ambiciones sobre América Latina, y de hecho más bien sobre Centroamérica, el Caribe y el norte de Sudamérica, porque en el sur del continente todavía domina claramente Gran Bretaña. También se han metido en el área del Pacífico y dominan ya Hawaii, las Filipinas y una serie de pequeñas y estratégicas islas de Oceanía. Tuvieron incluso tempranas ambiciones sobre Japón, pero debieron también abandonarlas pronto. Japón no era colonizable: era demasiado grande, libre, soberano, homogéneo, bien armado y contaba con una enorme población, además de que una vez abiertos sus puertos al comercio entró en un rápido proceso de crecimiento y desarrollo capitalista que lo había convertido en cosa de décadas en una potencia industrial expansionista capaz, en 1905, de derrotar en una guerra al extenso y endeble imperio ruso, de apoderarse de la península coreana en 1910 y de empezar desde entonces a amenazar a China.

Prefirieron entonces involucrarse en las agresiones contra esta, que parecía una presa fácil pese a su inmenso tamaño. La ventaja en este caso era que las agresiones contra el enorme pero débil y corrompido imperio chino eran agresiones todas colectivas,

encabezadas por las grandes potencias imperialistas europeas como Inglaterra, Francia y la propia Alemania. De modo que se sumaron a ese proyecto de despedazamiento de la pobre China como buitres, buscando apoderarse de un trozo marítimo de su extenso territorio, como hicieron participando en la brutal, destructiva y saqueadora invasión de China en 1900 con el pretexto de enfrentar la rebelión interna y nacionalista de los *boxers*. Pero, en cambio, estaban todavía fuera del África (exceptuando a la insignificante Liberia), fuera del Medio Oriente, territorio imperial turco que ambicionaban Gran Bretaña y Francia, y por supuesto fuera de Europa, que era el poder dominante en el mundo de entonces. Y habían seguido en este último caso la propuesta testamentaria de Washington de no inmiscuirse en las guerras y asuntos europeos.

Pero están viendo que es tiempo de intervenir y la Primera Guerra Mundial les brinda la ansiada ocasión que Wilson supo aprovechar. En un principio se han mantenido «neutrales» para sacar como siempre beneficios económicos de las guerras de los otros. Pero Wilson y su gobierno saben que el resultado de esa guerra va a incidir sobre el reparto y el dominio del mundo y que Estados Unidos, que es ya una verdadera potencia industrial de primer rango, no puede quedarse afuera como ha ocurrido hasta entonces. No importa si el piadoso Wilson ha prometido que no llevaría al país a la guerra. Los Estados Unidos deben participar. Y la tensión con Alemania a causa de la guerra submarina de esta contra sus convoyes marítimos que querían pasar por civiles mientras solían estar cargados de armas para Inglaterra, los deciden a participar. Lo hacen a partir de abril de 1917, cuando la guerra está cerca de terminar, enfrentándose a Alemania y a los otros imperios centrales y aliándose con la Triple Entente formada por Gran Bretaña, Francia y Rusia, aunque esta última ha quedado fuera porque ha estallado la Revolución, su gobierno imperial ha caído en febrero, y en cosa de meses el poder terminará pasando en noviembre (octubre en Rusia) a manos de la alianza obrero-campesina de bolcheviques y eseristas que proclamarán la primera revolución proletaria y comunista de la historia.

La participación de Estados Unidos en la Gran Guerra es corta pero importante. Ayudan a la victoria sobre Alemania. Son ya una gran potencia, cada vez más rica, que de deudores de Europa están pasando a ser sus acreedores. Wilson se convierte en un personaje de primera importancia. Participa en la firma de la paz en la Conferencia de Versailles y propone sus famosos Catorce

Puntos, cargados de hipocresía y medias verdades. Y mientras se discuten, proclaman y manipulan esos Catorce Puntos como fugaz esperanza democrática que lleve al fin de las guerras, los países europeos vencedores reorganizan Europa, disuelven imperios derrotados pero no sus imperios vencedores, mantienen el colonialismo, se reparten territorios de los imperios vencidos, le imponen a la derrotada Alemania el pago de unas reparaciones que solo acentuarán su crisis, estimulando el revanchismo que contribuirá años más tarde al triunfo de los nazis; y reúnen de inmediato ejércitos de ocho países capitalistas vencedores para invadir a Rusia, a la recién creada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, con el objetivo declarado de aplastar el comunismo, invasión a la que el siempre hipócrita Wilson contribuye con un contingente estadounidense.

Pero aún es temprano. Hará falta otra guerra, está vez más mundial que la primera, más destructiva y más terrible, para que Estados Unidos, después de participar en ella, y esta vez desde más temprano y con mayor protagonismo, logre que su ambición de dominio mundial pueda expresarse con más éxito; para que se convierta en la primera potencia mundial; y para que su imperio, envuelto con tanta habilidad como hipocresía en todo tipo de disfraces democráticos, se vaya entrometiendo e imponiendo en buena parte del territorio del planeta.

Por lo pronto, en 1920, la política de Wilson fracasa en Estados Unidos. Los gobiernos republicanos que siguen al suyo y que mantienen el poder hasta 1933 se oponen a asumir protagonismo en Europa, rechazan el Tratado de Versailles y se niegan a entrar en la recién creada Sociedad de las Naciones y a participar de la tambaleante paz europea. Los republicanos vuelven a la vieja tradición «americana» de ceñirse al puritanismo más estricto y más hipócrita y al llamado «aislacionismo». Aunque debe tenerse en cuenta que en lo tocante a Europa este se refiere solo a no involucrarse en las tensiones y conflictos políticos europeos, lo cual no excluye en absoluto que las empresas norteamericanas aumenten y diversifiquen sus actividades en Europa, sobre todo ayudando a la reconstrucción económica alemana. Y tampoco excluye la continuación del intervencionismo más descarado en América Latina y el Caribe. Aquí Estados Unidos mantiene las amenazas, las intervenciones, los golpes de Estado, la ocupación de países y el imperialismo colonial. El dominio *yankee* se apoya en empresas como la United Fruit, inmenso monopolio bananero que domina desde

Guatemala hasta Ecuador y al que los latinoamericanos llaman «la Frutera»; y cobra fuerza en las primeras grandes empresas petroleras, como las que con la complicidad de la férrea y entreguista dictadura gomecista son dueñas de la economía venezolana. Así pues, continúan y aumentan en América Latina y el Caribe el saqueo de materias primas, los intercambios desiguales, el poder omnímodo de sus embajadas y las complicidades y presiones de todo tipo que se ejercen contra los débiles gobiernos latinoamericanos.

El segundo Roosevelt, Franklin Delano, demócrata, que gana el poder en noviembre de 1932 y lo conserva por cuatro períodos, hasta su muerte, en abril de 1945, va a desempeñar en cambio un papel fundamental en el relanzamiento definitivo del proyecto norteamericano de dominación mundial. Pero eso, por supuesto, va a tomarle muchos años y, sobre todo, va a depender de nuevas coyunturas favorables que él mismo no podía prever pero que sí supo aprovechar.

En América Latina y el Caribe, Roosevelt introduce algunos cambios formales que mejoran las relaciones del resto del continente con Estados Unidos, pero que en el fondo imperialista lo que hacen con mucha habilidad es fortalecer ese dominio.

Roosevelt practicó con América Latina y el Caribe una nueva política a la que se llamó del Buen Vecino o de Buena Vecindad. No hubo más golpes de Estado ni más agresiones o invasiones directas. Pero en buena parte porque no eran necesarias. Y no lo eran porque Roosevelt se aprovechó de las políticas anteriores –del Gran Garrote y de la Diplomacia del Dólar–, que habían impuesto regímenes dictatoriales, antipopulares y serviles de Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe, como en Cuba, Nicaragua, Haití, República Dominicana y en otros países centroamericanos, para mantener en el poder a esos gobiernos. Lo que hizo fue retirar, a mediados de los años treinta, sus tropas de esos países ocupados, pues ya no eran necesarias. El poder estaba bien seguro en manos de esos dictadores, todos ellos cipayos de Estados Unidos. De ello los mejores ejemplos, pero no los únicos, son el dominicano «Chapita» Trujillo y el nicaragüense Anastasio Somoza, asesino de Sandino. A propósito de Somoza, es bien conocido el hecho de que cuando uno de sus cercanos colaboradores le reclamó que apoyara a Somoza, que era «un hijo de puta», Roosevelt le replicó diciéndole: «Sí, es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta». Ante esto no había más nada que decir y su interlocutor se quedó callado.

Pero además de esto, es el largo gobierno de Roosevelt el que establece las nuevas bases del dominio hegemónico y militar de Estados Unidos sobre América Latina. Y lo va logrando con mucha paciencia y mucha sutileza. Roosevelt siguió con esa sutileza aplicando la política garrotera de su tío político Theodore Roosevelt. Él habló siempre con mucha suavidad y también llevó oculto su pequeño garrote, aunque casi no tuvo ocasión de utilizarlo. Parece que el proverbio africano se había convertido en herencia de la familia. En efecto, desde temprano Roosevelt va utilizando todas las sucesivas Conferencias Panamericanas que se reúnen bajo hegemonía estadounidense en varios países latinoamericanos para imponerle a estos sujeción a normas y organismos creados por Estados Unidos para ello. En 1938, ya su gobierno, en un documento secreto del Departamento de Estado, establecía que su objetivo para América Latina era llenar el continente de bases militares norteamericanas «para asegurar la estabilidad política de la región», para crear en ella un clima favorable a los objetivos de Estados Unidos y para «controlar toda libertad de acceso a sus fuentes de materias primas estratégicas»[17]. Y es bajo los gobiernos de Roosevelt que, sobre todo con el pretexto de la Segunda Guerra, América Latina se va llenando de bases militares norteamericanas y que se crea en 1942 la Junta Interamericana de Defensa.

Por lo demás, en casos difíciles Roosevelt apeló a recursos más sutiles y hasta conciliadores. Lo hizo en el caso de México, donde respetó la nacionalización petrolera mexicana llevada a cabo en 1938 contra empresas estadounidenses por el gobierno revolucionario de Lázaro Cárdenas, pero solo lo hizo luego de muchas dudas y porque pensó que invadir otra vez a México le crearía a Estados Unidos un serio problema, mientras que aceptar la soberana decisión mexicana mejoraría su prestigio entre los latinoamericanos y el de su política de Buena Vecindad. En Puerto Rico, en cambio, verdadero protectorado norteamericano desde 1900, tropas de ocupación estadounidenses, por orden del gobernador *yankee*, habían hecho una matanza en Ponce en 1937.

Pero a fin de cuentas, esto es más de lo mismo: de la criminal opresión de América Latina y el Caribe por Estados Unidos, algo ya usual. Lo más importante es cómo estos materializan con la Segunda Guerra Mundial su proyecto de dominio planetario. En 1938 se cruzan para el país norteño dos fenómenos, uno propio y el otro europeo. El *New Deal* que ha aplicado Roosevelt desde 1934 y que

ha logrado sacar al país de la profunda crisis económica iniciada en 1929 comienza a mostrar su agotamiento. Hay otra vez crisis económica en Estados Unidos, aunque no de la magnitud de la del inicio de los años treinta. Al mismo tiempo, en Europa, también golpeada por la crisis, empieza a verse que la guerra es inminente y que las amenazas de expansión hitleriana sobre el continente, iniciadas años antes, están resultando indetenibles. De hecho la Segunda Guerra Mundial ha empezado, aunque se suele fijar como fecha de su inicio la invasión nazi de Polonia el 1 de septiembre de 1939. Y en Estados Unidos, Roosevelt sabe que debe intervenir en esa nueva guerra, que va a ser más terrible que la Primera, la de 1914-1918, en la que intervinieron tarde. Esta vez es necesario intervenir temprano, no solo porque la guerra es la vía para salir de la crisis que el *New Deal* solo ha logrado resolver a medias, sino también porque los expansivos planes de Alemania en Europa y Asia (el *Lebensraum* o Espacio Vital), y de Japón en Asia Oriental (la llamada Esfera Superior de la Coprosperidad del Asia del Este) amenazan poner en peligro el proyecto imperialista de los propios Estados Unidos (la llamada Gran Área), proyecto que choca territorialmente con los otros dos, el alemán el japonés.

Pero Roosevelt sabe también que entrar en la guerra no será fácil, no solo porque hay en el país leyes vigentes de neutralidad, sino también porque la mayoría del pueblo de Estados Unidos no quiere meterse en otra guerra, repitiendo la experiencia de la Primera; en otra guerra que esta vez sería más terrible y más destructiva que la anterior, y que va a ser en verdad mundial. Además, Roosevelt sabe que su país no está suficientemente preparado en el plano militar para entrar en esa guerra y que la Alemania nazi, a la que tanto han ayudado los empresarios norteamericanos con préstamos, inversiones e instalación de empresas, es un enemigo terrible en el plano militar; y que en el Pacífico el Japón no lo es menos.

Desde 1939 Roosevelt empieza a participar activamente en la Segunda Guerra, sin entrar aún en ella. Se trata de vender armamentos y alimentos a los aliados, en realidad a quien pague por ellos. Empieza, además, a militarizar el país, a desarrollar una industria de guerra, creando empresas, buscando nuevas tecnologías militares, preparando tropas: ejército, armada y aviación. En 1940 envía abastecimiento y recursos militares a Inglaterra, a la que empieza a someter en el plano económico, y desde la segunda mitad

de 1941 inicia también envíos de recursos militares a la Unión Soviética, invadida por los nazis.

Y finalmente, el 7 de diciembre de 1941 Estados Unidos entra en la guerra. En respuesta al ataque japonés a Pearl Harbor (Hawaii) declara la guerra a Japón y poco después, alemanes e italianos, aliados de Japón, le declaran la guerra a Estados Unidos. Lo de Pearl Harbor tiene aristas sospechosas y la explicación oficial que habla del sorpresivo ataque japonés ha generado muchas dudas bien fundadas. El gobierno de Roosevelt, que había provocado a Japón impidiéndole el acceso a fuentes necesarias de energía, esperaba el ataque. Estados Unidos conocía la clave secreta de los mensajes japoneses, el Código Púrpura, y había descifrado con antelación lo del ataque a Pearl Harbor. Pero Roosevelt y sus cercanos colaboradores permanecieron toda la noche anterior al ataque en la Sala Oval de la Casa Blanca, dejando correr el tiempo; y así el mensaje informando del ataque a los jefes de Pearl Harbor se hizo llegar a destino muy tarde, en la mañana del día 7, ya comenzado el ataque. El pueblo estadounidense se oponía rotundamente a que el país entrara en la guerra y Roosevelt necesitaba una catástrofe como esa para hacer que, al conocerla, el pueblo, indignado, aceptara entrar en la guerra contra los japoneses de inmediato.

No voy a contar la Segunda Guerra Mundial. Me basta con decir que esta vez el papel estadounidense no fue tardío ni secundario sino temprano y de primera importancia, hasta el punto que Estados Unidos se convirtió en el líder absoluto de los aliados, encabezando la lucha de estos y abriendo el Segundo Frente reclamado por los soviéticos; pero eso sí, lo más tarde posible, como quería Churchill, para debilitar a rusos y alemanes y tratar de llegar los primeros a Berlín.

Donde sí fueron los únicos vencedores fue en el Pacífico y allí derrotaron y aplastaron con costos muy elevados al Japón. Pero cometieron uno de los crímenes más terribles y monstruosos de la guerra. Sin necesidad, porque los japoneses estaban ya derrotados y decididos a rendirse (solo pedían que se respetara al emperador, el miserable e hipócrita Hirohito), los Estados Unidos lanzaron dos bombas atómicas contra poblaciones civiles japonesas. No solo para vengar lo de Pearl Harbor (en lo que Roosevelt estuvo implicado) sino porque debían probar los dos tipos de bombas, una de uranio y la otra de plutonio. Y además, mostrar así a los rusos (como se lo habían mostrado con otro feo crimen, el bombardeo

espantoso e innecesario de Dresde en febrero de 1945, cometido en alianza con los ingleses) que ellos, los Estados Unidos, eran la primera potencia militar del mundo, además de ser la más grande potencia económica y política.

Pero el verdadero vencedor y héroe de la guerra fue el pueblo soviético encabezado por Stalin y Zhúkov, el pueblo que más sufrió, que más resistió y combatió, que tuvo 27 millones de muertos, más de la mitad de las víctimas de la guerra; que vio su país destruido, que soportó y venció a centenares de las mejores divisiones militares alemanas; que ganó las más grandes y decisivas batallas, las de Stalingrado y Kursk, y cuyo ejército fue el primero en llegar en medio de enormes sacrificios a Berlín y acabar con el nazismo.

Los Estados Unidos fueron el otro vencedor de la guerra, pero su plan era ser el único. Y el tener que compartir la victoria con una Unión Soviética comunista les complicó todo y los hizo pronto iniciar la Guerra Fría, echándole por supuesto la culpa a su adversario, que estaba más interesado en reconstruir su devastado territorio y en proveerse frente a Alemania de un área de seguridad que en involucrarse en una nueva guerra, en este caso nuclear, siendo además Estados Unidos la única potencia que poseía la bomba atómica. Como no pienso describir ni analizar aquí la Guerra Fría, me limitaré solo a presentar en lo que sigue las llamadas «doctrinas» de los presidentes estadounidenses que sucedieron al segundo Roosevelt a partir de 1945. Estas otras doctrinas presidenciales, las que se producen desde poco antes de la segunda mitad del siglo XX, luego de terminada la Segunda Guerra Mundial, son particularmente importantes no tanto por su valor intrínseco (escaso, porque todas repiten más o menos lo mismo y con la misma prepotencia), sino porque corresponden al período aún no cerrado del todo en el que Estados Unidos se convierte en la primera potencia mundial y en el que su ambición de dominio se extiende a casi todo el mundo. Veamos entonces lo que plantean esas doctrinas, todas ellas expansivas, todas ellas expresivas del Destino Manifiesto.

Harry S. Truman. Demócrata (abril de 1945-enero de 1953)

La Doctrina Truman, proclamada por el presidente Harry S. Truman –lanzador de bombas atómicas, iniciador de la Guerra Fría, creador de la CIA y la OTAN– en un discurso pronunciado ante el Congreso de Estados Unidos el 11 de marzo de 1947, es la primera de estas doctrinas que se produce en el contexto de la

Guerra Fría. Es más, es una clara proclamación de la misma. Su contexto inmediato es el de la Guerra Civil griega, contexto en el que los patriotas griegos, mediante un frente muy amplio (ELAS) dirigido por los comunistas, están derrotando a la derecha reaccionaria de su país; contexto combinado además con la declaración del gobierno británico de que no está ya más en condiciones de seguir enfrentando a la poderosa guerrilla popular de ELAS ni ayudando con dinero a la derecha griega, y que ha decidido pedirle a Estados Unidos, como primera potencia del mundo, que asuma esa tarea, asumiendo con ello la defensa de la «democracia» frente al «peligro comunista». En nombre de Estados Unidos, Truman lo acepta, una vez que el gobierno británico firma un documento en el que deja constancia de la solicitud por escrito, y en ese discurso de marzo de 1947 asume ese papel. Lo esencial del discurso es esto:

> Creo que la política de Estados Unidos debe ser apoyar a los pueblos libres que están resistiendo la amenaza de ser subyugados por minorías armadas o por presiones exteriores. Creo que debemos ayudar a esos pueblos libres a forjar sus propios destinos. Creo que cada nación debe escoger entre dos modos de vida opuestos. Uno de ellos se basa en la voluntad de la mayoría y se caracteriza por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantía de conservar sus libertades individuales y ausencia de cualquier forma de opresión política. El otro reposa sobre la voluntad de una minoría impuesta a la mayoría por la fuerza, se apoya en el terror y la opresión, en prensa y radio controladas, en elecciones trucadas y en supresión de libertades personales. Y creo que nuestra ayuda debe ser, ante todo, económica y financiera, esencial para su estabilidad económica y para que se ordenen sus procesos políticos.

De acuerdo con esta lectura sesgada y simplificadora de ambos supuestos modos de vida, se trataría de que los pueblos deberían escoger entre democracia, es decir, en este caso capitalismo, y comunismo. Pero es claro que la Doctrina Truman no está dispuesta a dejarles escoger realmente, pues la tarea de Estados Unidos es la de «ayudarlos» a realizar esa escogencia, es decir, imponérsela. Y no simplemente con recursos económicos y financieros que los aten al carro estadounidense sino, como justamente ocurre en el caso griego y el de otros que le siguen, con invasiones, guerras y asesinatos masivos para hacer que permanezcan en el modo de vida de la «libertad».

La continuación y el fin de la guerra griega, que concluye en 1949, van a demostrar con la mayor claridad el carácter de esa «desinteresada ayuda», poniendo en evidencia sus hermosos resultados. La «democrática» invasión estadounidense derrota al movimiento popular, aplasta y masacra a los revolucionarios, destruye y arruina pueblos enteros, crea democráticos campos de concentración, militariza el país, llena las cárceles, y como resultado de su victoria, la derecha monárquica griega recupera el poder e impone su dictadura al pueblo griego. (Y cuando en 1967 un golpe de Estado derechista derriba a la monarquía griega para imponer en el país una dictadura militar de corte fascista, Estados Unidos no interviene, simplemente porque esa dictadura asesina es anticomunista, es decir, buena, y por tanto, servil amiga suya).

Además de ello, la Doctrina Truman le abrió a Estados Unidos las puertas de Europa para intervenir en sus países, en los que las izquierdas y partidos comunistas, protagonistas de la lucha antifascista, habían crecido contando con gran apoyo popular. Le facilitó, asimismo, empezar a llenar Europa de bases militares, aliarse con las derechas europeas, como en Francia y en Italia, donde además se habían aliado desde antes con la mafia, ayudando con recursos y dinero a hacer que se impusieran en esos países las derechas. Y los ayudó también a poner en marcha el conocido Plan Marshall para que la «generosa ayuda económica» brindada a los arruinados países europeos les permitiera recuperar sus economías destrozadas por la guerra, alejando así cualquier peligro revolucionario y endeudándolos (los Estados Unidos no regalan, prestan y cobran con creces) para someterlos a su hegemonía política y militar.

Dwight D. Eisenhower. Republicano (enero de 1953-enero de 1961)

En el caso de Eisenhower puede hablarse de dos doctrinas «suyas», ambas en el cuadro cada vez más tenso de la Guerra Fría. Eisenhower, firme anticomunista, fue promotor por cierto de dos golpes de Estado movidos por la CIA. El primero, en 1953, derribó en Irán al ministro nacionalista Mohamed Mossadegh para devolverle el poder al autocrático shah Reza Pahlevi, servidor y cómplice de Estados Unidos. El segundo, en 1954, derrocó por medio de una invasión mercenaria al progresista presidente Jacobo Arbenz, de Guatemala, para montar un gobierno derechista, dictatorial y asesino de esos que Estados Unidos siempre ha necesitado para frenar

las luchas progresistas o revolucionarias de los pueblos. Su gobierno intervino en el Congo y en el asesinato de Patrice Lumumba y fue el que empezó a preparar en 1960 la invasión de Cuba.

La primera de esas doctrinas asociadas a su Presidencia fue proclamada en realidad el 12 de enero de 1954 por su poderoso y reaccionario secretario de Estado, John Foster Dulles. En ese discurso, Dulles, que meses después estuvo en Caracas, en la X Conferencia Interamericana, para condenar a Guatemala y abrir paso a su invasión, usó la expresión «represalias masivas» diciendo que los Estados Unidos responderían cualquier agresión o provocación militar que considerasen amenazante de su poder y seguridad en cualquier parte del mundo con esas represalias, que podían incluir el uso de armas nucleares. Las denunciadas «amenazas», que no eran en realidad otra cosa que luchas de pueblos del entonces llamado Tercer Mundo por su soberanía y por lograr su independencia del imperialismo estadounidense, eran atribuidas siempre a la Unión Soviética por el gobierno del Norte, embarcado como estaba en la Guerra Fría y en su objetivo de dominio universal. De hecho, como siempre, eran los Estados Unidos los que amenazaban al mundo entero con esta doctrina de uso indiscriminado de armas nucleares, decididos como estaban a imponer al planeta por cualquier medio su doctrina madre, la del Destino Manifiesto.

La otra doctrina, la que se atribuye más directamente a Eisenhower es resultado del discurso que pronunció el 5 de enero de 1957 ante el Congreso norteamericano. El contexto del discurso es la situación de Egipto y en general del Cercano y Medio Oriente, en los que Estados Unidos viene remplazando por la suya la hegemonía colonial de las decadentes potencias coloniales que son Inglaterra y Francia, y evitando de paso que el líder nacionalista egipcio Gamal Abdel Nasser, cuyo gobierno controla el estratégico Canal de Suez, llegue a acuerdos de colaboración económica y política con la Unión Soviética. Las ambiciones *yankees* sobre el control del mundo árabe y sobre el petróleo del Medio Oriente están en juego y Estados Unidos está dispuesto de cualquier forma a mantener y ampliar allí su hegemonía. El hipócrita discurso de Eisenhower deforma por supuesto las cosas para encubrir sus planes hegemónicos. Estados Unidos, el único amenazador, considera amenazante la presencia soviética rusa y la idea del mensaje de Eisenhower es que cada país del Medio Oriente que se considere amenazado por los rusos o por otros países calificados por Estados

Unidos de comunistas puede solicitar no solo asistencia económica norteamericana, sino directa ayuda militar, lo que permitiría «asegurar y proteger la integridad territorial y la independencia política de esas naciones «contra agresiones armadas de cualesquiera otras naciones controladas por el comunismo internacional». Las naciones árabes del Medio Oriente pueden así solicitar cuando quieran ayuda militar estadounidense para frenar toda «amenaza» contra ellas que su generoso amigo Estados Unidos califique de comunista. Al año siguiente Estados Unidos estaba invadiendo el Líbano, llamado por el reaccionario presidente libanés.

John F. Kennedy. Demócrata (enero de 1961–noviembre de 1963)

No hay en realidad una Doctrina Kennedy. Se ha tratado de ensamblar una doctrina reuniendo trozos de varios de sus discursos, todos engañosos, llenos de frases aparentemente idealistas que en realidad tratan de encubrir los sempiternos objetivos imperialistas de Estados Unidos, los mismos de Truman y de Eisenhower y de quienes le sucedieron a él luego de su asesinato. El anticomunismo y el expansionismo están siempre en el fondo, adornados con propuestas de solidaridad, democracia y libertad. En su primer discurso declaró estar dispuesto a todo para apoyar a los otros países a conservar y defender su libertad contra cualquier enemigo que los amenazara, un enemigo que solo podía ser el comunismo en cualquiera de sus formas y manifestaciones. En sucesivas ocasiones insistió en que el comunismo debía ser contenido a toda costa y a cualquier precio. Y también insistió en que Estados Unidos, que tenía poder para controlar todo lo que pudiera ocurrir en el plano internacional, debía ejercerlo para luchar por la libertad contra quienes la amenazaran (entiéndase que se trataba de los comunistas). Kennedy habló de contener la Guerra Fría, pero lo que quería decir era que había que contener el comunismo. Lo había proclamado en su campaña electoral en 1961: «El enemigo de Estados Unidos es el sistema comunista, implacable, insaciable en su apetito de dominación mundial», discurso en el que sin querer parecía más bien estar retratando a Estados Unidos más que a la Unión Soviética.

Por eso, por contener el comunismo, invadió Cuba en 1961, siendo sus mercenarios batisteros derrotados en forma rápida y humillante por el liderazgo popular de Fidel Castro y la lucha del pueblo cubano en defensa de su libertad y su soberanía. Por

eso desencadenó la agresión contra Vietnam, enviando asesores y tropas militares a implicarse en esa lucha del lado de los dictadores sudvietnamitas asesinos y derechistas que se oponían a la independencia y reunificación del país. Por eso también inventó en América Latina la llamada Alianza para el Progreso, que no era sino una suerte de modesta caricatura del Plan Marshall en América Latina, dirigido a impulsar cambios de fachada en los países latinoamericanos, capaces de frenar las luchas populares y el peso y prestigio de la Revolución cubana sobre el resto del continente y de estrechar más los lazos que ataban a nuestro continente al poder imperial estadounidense y a sus políticas de Guerra Fría.

Lyndon B. Johnson. Demócrata (noviembre de 1963–enero de 1969)

Lyndon B. Johnson, sudista, sucesor de Kennedy, verdadero genocida del pueblo vietnamita, no solo aprobó y patrocinó todo tipo de mentiras y crímenes en Vietnam sino que en América Latina y el Caribe ordenó la invasión de República Dominicana en 1965 para aplastar a sangre y fuego la lucha del pueblo dominicano por restaurar la democracia que los militares, apoyados dos años antes por el gobierno de Kennedy, habían suprimido con un golpe de Estado contra el gobierno electo y progresista de Juan Bosch.

En Vietnam, Johnson solo dejó una larga estela de mentiras, sangre y espantosos crímenes que, disfrazados y justificados en nombre de la democracia y la libertad como hacen siempre los Estados Unidos, podrían haber dado origen no a una sino a varias doctrinas. Pero al respecto, Johnson no proclamó ninguna.

En cambio sí proclamó una al ordenar la invasión de República Dominicana. El golpe de los militares ultraderechistas contra Bosch entró en crisis en dos años y el pueblo dominicano se alzó para restablecer la democracia. Pero la lucha se hizo armada, masiva, popular, y bajo el mando de un valiente militar patriota, Francisco Caamaño, se radicalizó a fondo exigiendo cambios sociales y económicos. Estados Unidos tembló imaginando que de esta lucha saldría otra Cuba, producto de una segunda Revolución cubana, esta vez en Santo Domingo y decidió enviar de inmediato sus *marines* a someter la rebelión. La resistencia heroica del pueblo dominicano fue aplastada. Hubo una masacre espantosa y otra vez del apoyo estadounidense surgió una nueva dictadura de derecha. Y fue entonces cuando Johnson, para justificarse, proclamó su Doctrina, declarando que a partir de ahora

> toda revolución doméstica que ocurriera en el hemisferio occidental dejaría de ser como hasta entonces un asunto solo local cuando su objetivo fuese [como Estados Unidos aseguraba que era el caso en República Dominicana] el establecimiento de una dictadura comunista.

Es decir, que aunque ya a Estados Unidos le resultaba imposible erradicarlo de Cuba, el comunismo seguía siendo una ideología extraña al continente americano y no estaba dispuesto a permitir el establecimiento en este hemisferio de otro país comunista, de una segunda Cuba.

Richard Nixon. Republicano (enero de 1969-agosto de 1974)

Es cierto que se admite que hay una Doctrina Nixon, proclamada por él en una conferencia de prensa en Guam el 25 de julio de 1969. Allí Nixon declaró que a partir de esa fecha esperaba que los aliados de Estados Unidos empezaran a asumir responsabilidades primarias en lo tocante a su propia defensa militar. En el contexto de la cada vez más terrible y costosa guerra de Vietnam, esa doctrina era el punto de partida de la «vietnamización» del conflicto vietnamita por Estados Unidos, haciendo que el gobierno satélite de Vietnam del Sur empezara a afrontar su propia defensa contra los revolucionarios vietnamitas. Pero creo que la Doctrina Nixon va más allá de eso y que sería posible sintetizarla en cuatro aspectos en los que su secretario de Estado, el criminal de guerra Henry Kissinger, jugó un papel central.

El primero, haber reconocido a China (y ya no más a Taiwán) para fortalecer con su presencia el bloque antisoviético encabezado por Estados Unidos.

El segundo, viendo que estaba por perder la guerra de Vietnam, algo que no estaba dispuesto a aceptar, lanzarse a disfrazar su inminente derrota con el bombardeo salvaje y genocida de países como Laos y Camboya, a los que su gobierno les lanzó más bombas y más napalm y agente naranja que los usados por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, matando varios millones de personas, dejando las ciudades y campos destruidos; y de paso lanzar al mismo tiempo una brutal ofensiva aérea para destruir las ciudades, puertos y carreteras de Vietnam del Norte también con varios centenares de miles de muertos.

El tercero, decidir «hacer ladrar la economía chilena» para castigar al pueblo de Chile por haber cometido la irresponsabilidad

de votar por un candidato socialista como Salvador Allende para Presidente de la República, y lanzarse de una vez a preparar un brutal golpe militar de corte fascista para derrocar a ese gobierno.

Y el cuarto, montar un torpe operativo secreto de espionaje en la sede del Partido Demócrata, torpeza que le costó el poder porque debió renunciar a la Presidencia antes de que el Congreso lo destituyera.

James Carter. Demócrata (enero de 1977-enero de 1981)

El Carter que luego de ser presidente de Estados Unidos se fue convirtiendo en un hombre respetado, partidario de la paz y reiterado defensor en discursos de los derechos humanos, se parece muy poco al Carter que entre 1977 y 1981 fue presidente de Estados Unidos, aunque su agresividad fue de hecho y no siempre de palabra. Tuvo como principal asesor político a Zbigniew Brzezinski, furibundo anticomunista. Su política de derechos humanos fue hipócrita. Hizo reducir la venta de armas a las dictaduras centro y sudamericanas pero permitió que Israel se las proporcionara y entrenara sus ejércitos. En Afganistán y Pakistán armó a los talibanes. Inició con ellos la guerra de Afganistán, buscando y logrando provocar así la intervención soviética como quería Brzezinski. Apoyó al odiado shah de Irán y su gobierno le dio asilo al triunfar la revolución islámica de Jomeini, lo que llevó a un abierto enfrentamiento de Estados Unidos con Irán. En Centroamérica apoyó a la dictadura de Somoza y trató de evitar hasta el final el triunfo de los sandinistas. Por eso no es nada raro que su doctrina fuera una de las más arrogantes y belicosas, siempre en la abierta defensa de la hegemonía mundial de Estados Unidos, de su Destino Manifiesto.

El texto de su doctrina, proclamada por Carter en su discurso ante el Congreso sobre el Estado de la Unión, pronunciado el 23 de enero de 1980, dice:

> Que nuestra posición quede absolutamente clara: un intento de cualquier fuerza exterior para tomar el control del Golfo Pérsico será asumido como un asalto contra los intereses de los Estados Unidos de América y un asalto semejante será repelido por nosotros por todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar.

Aquí el tema central, no hace falta decirlo, es el petróleo, su control, la necesidad por Estados Unidos de controlar el Medio Oriente, que es su principal productor, en beneficio de sus intereses.

Se trata de una verdadera declaración de guerra contra cualquier intento de modificación de las relaciones de poder en esa parte clave y estratégica del mundo. Se sigue en el campo ideológico del Destino Manifiesto, del dominio del planeta por Estados Unidos, y se continúa en el centro de la Guerra Fría, más allá de todos los discursos y acuerdos en los que se hablaba de controlarla y reducirla.

Ronald Reagan. Republicano (enero de 1981-enero de 1989)

Reagan es el más furibundo anticomunista de todos los presidentes de Estados Unidos. Ignorante, lleno de un odio visceral contra el comunismo, califica a la Unión Soviética de «imperio del mal», culpable de todos los problemas del mundo; y plantea la necesidad de provocarla y confrontarla en todos los terrenos hasta hacerla reventar. Solo la realidad lo obliga a matizar un poco esa política y ya al final de su segundo mandato a llegar a varios acuerdos con Mijaíl Gorbachov, el conciliador e ingenuo líder soviético, en el sentido de ir dando fin formal a la Guerra Fría. Su política se dirige a imponer el modelo neoliberal en Estados Unidos y en América Latina utilizando para ello el llamado Consenso de Washington.

Pero en cuanto a su doctrina, la llamada Doctrina Reagan, esta deriva de ver comunismo por doquier. Y se propone apoyar y armar guerrillas anticomunistas contra los gobiernos comunistas o de izquierda. En enero de 1985, en su discurso sobre el Estado de la Unión ante el Congreso norteamericano declaró:

> Debemos mantener nuestra confianza en todos los que arriesgan sus vidas en cualquier continente, desde Afganistán hasta Nicaragua, desafiando la agresión soviética [esto es, aplastando las luchas populares] y defendiendo derechos como los que nosotros hemos defendido desde nuestro origen. Apoyar a esos defensores de la libertad es autodefensa.

Su idea matriz era culpar de todos los problemas sociales y políticos del mundo no a la explotación, la desigualdad y la miseria, sino a la Unión Soviética y al comunismo. Reagan abandona la ambigua política de derechos humanos de Carter, considerada blandengue y predica la guerra contra los pueblos rebeldes por doquier. Coloca como su representante en la ONU a la reaccionaria Jeanne Kirkpatrick, apoya, financia y arma a todos los gobiernos autoritarios de derecha que se declaran anticomunistas (Mobutu, Pinochet, Suharto, Duvalier, Marcos y otros), invade Libia, trata de matar a Gadafi,

derriba un avión iraní de pasajeros como algo normal («Eso no me quita el apetito», declara) e intenta armar a Japón contra China.

Convencido de que aplastar las luchas populares en América Central y acabar con el sandinismo era vital para la seguridad de Estados Unidos, se dedicó a imponer en ella dictaduras y regímenes asesinos, a aplastar las luchas de sus pueblos y a tratar de derrocar por la fuerza al gobierno sandinista, financiando y armando a la «Contra» nicaragüense, alentando el terrorismo, bloqueando puertos y desconociendo leyes internacionales. Esa política centroamericana arrojó un centenar de miles de muertos y la derrota final del sandinismo en 1984. Otro de los grandes éxitos de Reagan fue la invasión de la minúscula isla de Granada, declarada por él peligrosa amenaza contra la seguridad estadounidense.

Reagan, admirado por el pueblo estadounidense, es en pocas palabras un genocida como Nixon, uno de los más siniestros criminales que hayan gobernado Estados Unidos.

Su sucesor, George Bush (o Bush I), no tuvo tiempo o interés en dejar una «doctrina», ocupado como estaba invadiendo Irak en medio de todo tipo de patrañas justificadoras, y luego invadiendo y bombardeando Panamá. Más de lo mismo: Doctrina Truman, Doctrina Carter y Destino Manifiesto.

Bill Clinton. Demócrata (enero de 1993-enero de 2001)

Tampoco hay exactamente una Doctrina Clinton. Lo más parecido a ella sería un párrafo de un discurso suyo del 26 de febrero de 1999 en el que dijo de otra forma algo ya presente en «doctrinas» anteriores: que era fácil decir que Estados Unidos no tenía interés en quienes vivían en sitios lejanos como Bosnia, el Cuerno de África o las vecindades del río Jordán, pero que la medida de los intereses de Estados Unidos no dependía de dónde vivían esas gentes ni de si era difícil pronunciar sus nombres. Lo decisivo para Estados Unidos era saber si sus conflictos amenazaban o no los intereses norteamericanos y que aun si no podía estar en todas partes, Estados Unidos debía estar –y estaba– preparado para defender sus intereses en cualquiera de esos casos en que esos intereses estuvieran amenazados.

En fin, nada nuevo. Más de lo mismo. Siempre lo mismo. Por lo demás, las tareas más importantes que se propuso Clinton en sus dos mandatos, combinadas con buscarle una salida al incómodo *affaire* Lewinski, fueron: 1) Bombardear en Sudán su única fábrica

de medicinas, aspirinas en este caso, acusándola de ser una fábrica de armas de destrucción masiva; 2) Mantener el bloqueo de Cuba alentando ataques armados contra ella y haciendo aprobar la Ley Helms-Burton, que lo acentuaba, amenazando con sanciones a otros países y empresas por comerciar con la isla; 3) Promover y organizar la disolución de lo que quedaba de la antigua Yugoslavia bombardeando Bosnia y sobre todo Serbia, a la que sometió a más de un mes de bombardeos masivos que causaron una enorme destrucción y mataron a miles de personas; 4) Bombardear Irak en alianza con la aviación británica, mientras que su secretaria de Estado, la sionista Madeleine Albright, declaraba que si la guerra y los sucesivos bombardeos habían causado la muerte de cerca de medio millón de niños y niñas iraquíes eso era parte del «precio que había que pagar» para someter a Irak. Doble disparate criminal por cierto, pues era claro que ese «precio« no lo pagaban los estadounidenses que estaban sometiendo a Irak, ya que los niños y niñas asesinados no eran suyos, y que si ese monstruoso precio debían pagarlo los iraquíes, como lo estaban pagando día tras día, tendría que haber sido en todo caso para lograr su independencia de Estados Unidos y no para aumentar su sujeción a ellos.

George W. Bush. Republicano (enero de 2001-enero de 2009)

Los sospechosos y nunca bien aclarados atentados del 11 de septiembre de 2001 convierten, una vez que sale de su prudente escondite, al presidente George W. Bush de fraudulento vencedor de la elección de noviembre de 2000 y de personaje ridículo víctima de frecuentes burlas por sus torpes e ignorantes declaraciones, en un auténtico héroe norteamericano, en un presidente enormemente popular. Y esto se logra gracias a los virulentos y vengativos discursos que le escriben sus asesores *neocons*, teóricos y promotores del llamado «Nuevo Siglo Americano», esto es, del dominio mundial y único del imperialismo estadounidense sobre el planeta entero.

Son discursos religiosos, calvinistas, maniqueos, mccarthistas, de esos que se identifican con la esencia del pensamiento del pueblo de Estados Unidos, conmovido por la para ellos insólita agresión. Las palabras del nuevo Bush son: «Esta es la lucha del Bien contra el Mal», «Dios está con nosotros porque nos apoya y no es neutral en esta lucha». Se leen como apoyo versículos bíblicos del Antiguo Testamento, cargados de excepcionalismo israelita y de beligerancia divinizada contra todo real o posible enemigo.

Porque quien no se ha declarado a favor es sospechoso. Y a fin de cuentas, se advierte a todos los países y gobiernos del mundo: «O están con nosotros o están con los terroristas».

Esos discursos pronto se convierten en decisiones ejecutivas y en leyes políticas y militares que se ponen de una vez en práctica, tanto dentro como fuera de Estados Unidos. Lo que a fin de cuentas deriva del sospechoso atentado, en el que cada vez parece más clara la participación del poder estadounidense, es un plan de dominio político y militar de este sobre el resto del mundo, basado en su fuerza armada, en una única definición de democracia y de terrorismo que es la suya, establecido en el pensamiento único, el de la derecha neoliberal, en la represión, el miedo, el chantaje, la sumisión a ese poder ilimitado que Estados Unidos estaría en capacidad de ejercer sobre el mundo; en el dominio, en fin, de la derecha neoliberal y globalizadora y en el sacrificio de derechos y libertades.

Idea clave de esto es que la seguridad priva sobre los derechos humanos y sobre las libertades. En pocas palabras, para garantizar la necesaria seguridad hay que aceptar sacrificar la libertad, subordinando lo que sobreviva de esta a la necesidad de la seguridad. Lo que no se le dice a la gente es que la inseguridad es provocada por los propios gobiernos de Estados Unidos, que atacan e invaden países y que los destruyen y arruinan para robarles sus riquezas, causando centenares de miles de muertos y de refugiados y provocando inevitables respuestas terroristas que –una vez que se silencian sus causas reales– se convierten en la mejor razón para limitar las libertades. Y es en este pavoroso cuadro derechista, en que cada vez resulta más difícil distinguir democracia de fascismo, que se inscriben los componentes centrales de lo que va a ser la Doctrina Bush.

Distribuida entre discursos, órdenes ejecutivas y nuevas leyes, esa doctrina constituye el *summum* de la arrogancia, prepotencia y disposición de Estados Unidos para tratar de asumir sin más remilgos ni disfraces el poder mundial, creyéndolo a su alcance. En la medida en que el desencadenante de ese proyecto fueron los sospechosos atentados de septiembre de 2001, solo parecen caber dos posibilidades para interpretarlos. Los ingenuos, los manipulados, los fanáticos religiosos, que por desgracia son muchos, y que por haberlo escuchado decir toda su vida creen en la Providencia Divina como protectora de Estados Unidos, podrían pensar, una

vez superado el dolor sincero o hipócrita por los muertos, que Dios le envió a su país esa prueba para que superándola pudiera hacer a partir de ese momento lo que quisiera con el mundo. Es lo que de manera más elegante les dicen a diario los dueños del poder. Los que por el contrario piensan y se informan, si toman en cuenta las crecientes dudas suscitadas al respecto, no tendrían otra alternativa que sospechar de la complicidad del gobierno estadounidense o de algún decisivo sector suyo en ese siniestro plan, ya fuese por haber participado en él o simplemente porque lo conocieron y no hicieron nada por evitarlo.

La doctrina se inicia con la declaración de Bush de que desde ahora Estados Unidos no distinguirá más entre los terroristas que cometen los crímenes y aquellos países que los albergan y acogen. Una vez que se identifica a los agresores de septiembre de 2001, que son por cierto yemenitas y saudíes, Estados Unidos lanza en 2002 la invasión de Afganistán, no la de su estrecha aliada Arabia Saudita. Y mientras se empantana en Afganistán, el gobierno estadounidense pasa a decretar la insólita *guerra preventiva*. El excepcional Estados Unidos, seguramente capaz de leer el pensamiento de sus posibles enemigos, puede desde entonces atacar e invadir cualquier país que represente, en su criterio, una amenaza potencial contra sus intereses aun si esa amenaza no es inminente y si ni siquiera hay el menor indicio de ella. Y como eso no parece suficiente a organismos como la ONU, le basta entonces con inventar unas cuantas patrañas a fin de ganar el apoyo de otros países cómplices para ejecutar la invasión. Así se invade y destroza a Irak desde marzo de 2003, acusándolo de disponer de unas armas de destrucción masiva que nunca aparecieron porque no existían. Estados Unidos elaboró entonces una definición de democracia y la impuso en diversos organismos internacionales para justificar con ella la invasión de cualquier país al que calificara de no ser democrático, apoyado en eso por sus países serviles y satélites.

Pero no solo impuso su definición de democracia sino también la de terrorismo, lo que le permitió desde entonces acusar de terrorista a todo país al que deseara invadir para saquearlo. Obtuvo muchas veces la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU para hacerlo hablando en forma hipócrita de proteger derechos humanos, pero cuando no lo logró, como en el caso de Irak y sus inventadas armas de destrucción masiva, Estados Unidos dejó claro que llevaría a cabo su política con la ONU, cuando esta coinci-

diera con su criterio, o solo, de no obtener ese consenso. Estados Unidos justificó, además, en forma abierta la tortura, el asesinato de todo sospechoso, y empezó a ensayar los mortíferos y arteros ataques con drones.

Lo principal de esta doctrina, la más agresiva y criminal de todas las que sus presidentes han proclamado, y que no solo afectó a otros países sino a sus propios ciudadanos, como es el caso de la Patriot Act o Ley Patriota y otras del mismo corte, se encuentra recogido en un documento del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos publicado el 20 de septiembre de 2002 y revisado más adelante varias veces.

Barack Obama. Demócrata (enero de 2009-enero de 2017)

Para decirlo en pocas palabras, Obama es la hipocresía y la doblez hechas presidente. Con un Premio Nobel de la Paz que le fue dado por adelantado, y que de haber tenido un mínimo de dignidad tendría que haber devuelto, mintió, vendió más armas que el gobierno abiertamente guerrerista de George W. Bush y mantuvo a su país en permanente estado de guerra mientras hablaba de paz y eludía responsabilidades. En su gobierno, los asesinatos impunes de ciudadanos y ciudadanas negras por la policía se hicieron otra vez cotidianos en Estados Unidos. Envuelto en un manto progresista y tolerante y con la prensa de su país mintiendo a diario en su favor, hizo calumniar, invadir y destruir por la OTAN a países como Libia y Siria, en los que espías, asesores y soldados estadounidenses actuaron en forma solapada en la guerra de destrucción cometiendo diversos crímenes. Mientras los condenaba de boca, armó y apoyó en la forma más hipócrita a Al Qaeda, a Al Nusra y a los asesinos del ISIS, Daesh o Estado Islámico, algo que sus sucesivos secretarios de Estado, Hillary Clinton –la misma que celebró la horrenda muerte de Gadafi– y John Kerry, terminaron reconociendo y diciendo al menos que había sido un error mientras él en cambio guardaba absoluto silencio. Organizó la aparatosa y confusa muerte de Osama ben Laden, al que había que silenciar para que no hablara. Espió a países y gobernantes aliados y a políticos estadounidenses. Apoyó con su usual hipocresía, en 2009, el golpe de Estado contra el presidente hondureño Manuel Zelaya y en 2010 el golpe contra el presidente paraguayo Fernando Lugo. Declaró a Venezuela «peligro inusual para Estados Unidos» mientras su gobierno gastaba millones financiando a la oposición venezolana, incluidos

sus grupos de derecha más violentos. Promovió y financió el golpe de Estado de corte fascista en Ucrania y su embajadora fue descubierta con las manos en la masa. Asesinó impunemente a miles de civiles afganos y pakistaníes, hombres, niños y mujeres, usando para ello sus drones, cuya cantidad creció enormemente y que él mismo solía dirigir, y ordenó asesinar sin juicio a ciudadanos estadounidenses acusados por su policía de terroristas.

Con estos ingredientes, Obama pudo también haber proclamado una doctrina. Pero prefirió no hacerlo. Y desde 2009 declaró que le disgustaba hacer acercamientos doctrinarios a la política internacional. Le parecía algo rígido ante un panorama tan diverso y tan complejo. No obstante, con su hipocresía usual declaró que creía «que los Estados Unidos debían ver su seguridad en términos de una seguridad común y una común prosperidad con todos los otros pueblos y los otros países». Todo un poema. Aquí su hipocresía ronda el cinismo porque Obama, como acabo de señalar más arriba, continuó llevando a cabo la misma política agresiva y criminal propia del imperialismo norteamericano y cometiendo los mismos crímenes, solo que tratando de ocultarlos con sus silencios o de envolverlos en ese lenguaje edulcorado capaz de disimularlos. Obama repitió varias veces lo del excepcionalismo estadounidense, insistió en que Estados Unidos era un país único, en que era la nación indispensable, el modelo de país sobre todo en su calidad de defensor y difusor de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad. En fin, tan solo cinismo y más cinismo, basura y más mentiras. Otro asesino serial como Kissinger, y que como él, exhibe un premio Nobel de la Paz.

Donald Trump. Republicano (enero de 2017-?)

Es demasiado temprano para definir una posible Doctrina Trump, recién llegado como está este al poder en medio de la profunda crisis que sacude a Estados Unidos. De Trump, además de todo tipo de escándalos y chismes, tenemos solo sus declaraciones políticas y económicas durante la reciente campaña electoral, en las que hay bastantes temas, en su mayor parte conflictivos, que podrían servir para ello. Y, sobre todo, tenemos el contenido de su discurso de toma de posesión en enero de este mismo año. Pero es bueno esperar para ir viendo cómo se desenvuelven las cosas. Bastaría por lo pronto con señalar lo que ha sido su idea o propuesta central, proclamada en ese discurso de toma de posesión:

«To Make America Great Again» («Hacer otra vez grande a Estados Unidos»). Todo indica que se trata de una idea que se propone recrear a los Estados Unidos de la década de los cincuenta del pasado siglo XX cuando era la potencia más poderosa y rica del mundo, dominaba a plenitud la economía y las finanzas mundiales, tenía un enorme poder militar y disfrutaba de un prestigio internacional engañoso que desde entonces no hizo sino disminuir a medida que sus crímenes, agresiones y crecientes ambiciones de dominio se fueron expandiendo por el mundo en medio de guerras y violencia. Lo que a primera vista puede apreciarse de esto es que se trataría de una suerte de imposible regreso al viejo «sueño americano» en un nuevo y conflictivo contexto mundial como el actual, de crisis y descomposición por doquier, y en el que no obstante el poder militar, mediático y financiero que conserva Estados Unidos, su decadencia innegable e inocultable se acentúa a diario, mientras se va perfilando al mismo tiempo un nuevo mundo multipolar que poco a poco le hace frente, y en el que varios países, como China, están por alcanzarlos o por superarlos en medio de crecientes amenazas de guerra y de inminentes desastres ambientales. En su campaña electoral Trump planteó muchas confusas ideas, unas de un signo y otras de signo contrario, pero cuyo rasgo común era que todas significaban cambios y hasta ruptura con normas y líneas políticas, económicas, financieras y militares que dominan y determinan la política imperialista estadounidense tanto en lo nacional como en lo internacional. Y no parece haber duda de que el verdadero poder estadounidense, el formado por ese complejo militar-industrial-financiero y mediático al que han estado subordinados sus predecesores en la Casa Blanca, hayan sido republicanos o demócratas, va a tratar de someterlo para hacerle seguir las mismas líneas de siempre. Todo esto está por verse, de modo que por ahora, repito, lo más prudente es esperar.

La clave de todo: fundamentalismo calvinista y maniqueísmo

Creo que habría que añadir algo para concluir.

Porque, ¿qué es lo que a fin de cuentas nos muestra este largo proceso que he tratado de resumir, siguiéndolo desde sus orígenes hasta el presente? Pues simplemente lo mismo, o mejor, sucesivas variantes de lo mismo, más allá de inevitables matices y de coyunturas que aceleran o retardan por momentos su evolución indetenible

hacia el destino que a ese país, Estados Unidos, le trazaron sus líderes prácticamente desde sus inicios en tiempos coloniales, mucho antes de su Independencia y de que se unieran las trece provincias fundantes para crearlos. Y lo que vemos expresado en sus acciones, en los discursos políticos y religiosos de esos líderes, de ayer y de hoy, y en las llamadas doctrinas de sus presidentes más recientes para imponer su dominio al mundo, es siempre lo mismo: un expansionismo territorial creciente y un ansia de dominación política, militar, económica y mediática que es insaciable y que ha sido hasta ahora casi indetenible. Y con ella y sirviéndole de sustento, se muestra a veces una doblez o hipocresía que intenta cubrir agresiones con mentiras y falsos argumentos, y sobre todo –con más frecuencia– se muestra una arrogancia inconmensurable que hace del excepcionalismo y del carácter único que ellos mismos se otorgan como pueblo, su carta de presentación. En fin, una política que siempre se muestra envuelta en argumentos religiosos, una voluntad de expansión territorial y de dominio universal que se presenta como Destino Manifiesto, trazado para ellos «por la Providencia Divina», por esa Providencia judeocristiana para la que serían el Nuevo Pueblo Elegido, pueblo cristiano heredero y sucesor del viejo Israel, encarnación del Bien frente al Mal que personifican sin excepción sus adversarios. Porque ellos, los Estados Unidos de ayer, de hoy y de siempre, son los eternos defensores del Bien, de la Justicia, de la Libertad y de la Democracia. Y se sienten autorizados por ese Dios en cuyo nombre siempre actúan, con el que conversan sus presidentes, Dios al que adoran, y en el que confían (*In God we trust*, proclama el sagrado dólar), a atacar, agredir, invadir o destruir a los países opuestos a someterse a sus intereses y a masacrar a los pueblos que se atrevan a cuestionarlos o a enfrentarlos.

De todas formas, creo que cabe resumir más lo dicho arriba, reduciéndolo a dos ideas clave que son las que creo que lo determinan todo, que están en el fondo y al mismo tiempo son apreciables también en la superficie de toda la política interna estadounidense y de igual manera en su política internacional, en cuanto Estados Unidos fue desde su inicio un país expansionista con ulteriores apetencias de dominio del planeta, como lo es al menos desde hace cerca de dos siglos.

Y esas dos ideas matrices son fundamentalismo calvinista y maniqueísmo. Esas ideas, ambas de carácter religioso y más cercanas o emparentadas entre sí de lo que parecería a primera vista

(y Estados Unidos son, como creo haber mostrado antes, la sociedad más religiosa de Occidente), han movido desde el principio y siguen moviendo hoy a la sociedad estadounidense tanto en lo interno como en lo exterior, esto es, en lo político, en lo social y en sus relaciones internacionales.

Creo también haber mostrado eso a lo largo de este libro, en especial al hablar del peso de lo religioso en todos los grandes temas que han llenado la historia de Estados Unidos, penetrando y moldeando sus principales manifestaciones: en su influencia sobre las diversas corrientes religiosas presentes y activas en la sociedad estadounidense; sobre el racismo contra indígenas y negros y contra otros pueblos o razas; y, como vimos en este capítulo, de su influencia sobre su proceso de expansión territorial y sus planes de dominio latinoamericano y universal. Pero me gustaría para terminar hacer un corto examen de lo que a este respecto expone el sociólogo noruego John Galtung en un interesante y reciente estudio sobre el fundamentalismo religioso presente en la política internacional de Estados Unidos[18]. Coincido en buena parte con el esquema que hace Galtung, aunque debo señalar también lo que considero sus fallas, pero lo que quiero destacar aquí es la forma clara y concisa, y sobre todo gráfica, en que ha logrado resumirlo.

Galtung presenta su visión de conjunto del fundamentalismo religioso (y a la vez maniqueo, diría yo) que mueve la política exterior estadounidense mediante un doble esquema, pues puede vérselo como una jerarquía plana o como un sistema de círculos concéntricos. Y habría que hacer notar que ya sea que se lo vea como jerarquía plana o como sistema de círculos concéntricos, lo fundamental es tener en cuenta que se trata de un sistema vertical que va de arriba abajo o, dicho en pocas palabras, del cielo hasta el infierno, como en las visiones cristianas medievales, o de Dios hasta el Diablo.

En la lectura plana como sistema jerárquico la secuencia de arriba abajo es:

I. Dios.
II. Estados Unidos.
III. los países aliados de Estados Unidos.
IV. Los países de la periferia (es decir, del tercer mundo).
V. Los países malos.
VI. Satanás.

En el sistema de círculos concéntricos la secuencia es la misma, pero vista simultáneamente en extensión y en profundidad, es decir:

I. Dios, que ocupa el círculo central, el de más arriba.
II. Estados Unidos, que ocupa el círculo inmediato, el más cercano a Dios.
III. Los países aliados de Estados Unidos, que ocupan el círculo siguiente, el tercero.
IV. Los países periféricos o del tercer mundo, que ocupan el cuarto círculo.
V. Los países malos, ubicados en el quinto círculo.
VI. Satanás, que ocupa el sexto círculo, el más exterior, que es también el que se encuentra más abajo.

Aceptando el esquema como modelo, habría que precisar que genera una serie de problemas y que habría que corregirle varias cosas. Arriba está Dios, por supuesto; le siguen Estados Unidos, su país favorito, encarnación del Bien, elegido por la Providencia, y a ellos siguen los países amigos de Estados Unidos. Esta zona, diría yo, conforma el área del Bien, encabezada por Estados Unidos, y debo decir que de sus tres integrantes, los dos primeros son fijos e inmodificables, pues Dios y sus amados Estados Unidos forman una suerte de unidad casi divina en tanto los países aliados pueden cambiar: unos podrían entrar a ese tercer círculo viniendo de abajo y otros salir de él para caer en el cuarto círculo o incluso más abajo, y esto sería siempre decisión de Estados Unidos, ejecutantes de la voluntad de Dios, como ellos mismos se encargan de decir a diario.

Además, Galtung complica las cosas porque define a esos países aliados de Estados Unidos como desarrollados y dice que se caracterizan por tener una economía de mercado, creer en el Dios judeocristiano y realizar elecciones libres, con lo que mezcla varias cosas no siempre compatibles. Y tratando de enriquecer su esquema, lo que hace es dañarlo y volverlo muy confuso porque olvida que así como el Dios calvinista escoge a sus elegidos, los Estados Unidos escogen a sus aliados, lo que en efecto suele incluir a países desarrollados como los que señala Galtung pero que no necesariamente permanecen a su lado, pues si uno de ellos abandona alguno de los rasgos que señala el autor, adoptando otro sistema económico o político, ese país dejaría de ser aliado de Estados Unidos y saldría del círculo, pero no perdería por ello su condición de país desarrollado.

Pero también porque buena parte de los países aliados de Estados Unidos, en realidad súbditos suyos, son países periféricos, países del llamado tercer mundo, la mayor parte de ellos sin la menor posibilidad de desarrollarse mientras sigan atados al poder imperialista norteamericano.

El círculo que sigue, el cuarto, el de los países periféricos, es también bastante confuso en el modelo de Galtung porque en este caso él no define a los países que lo ocupan por su alianza o escasa amistad con Estados Unidos, sino por su escaso desarrollo. Y el hecho real, como acabo de decir, es que buena parte de esos países son aliados, es decir, súbditos, de Estados Unidos, aun permaneciendo en ese cuarto círculo como subdesarrollados o pobres.

En mi opinión, ese cuarto círculo es una suerte de Purgatorio un poco raro porque en el Purgatorio cristiano que sirve de modelo, las almas que lo ocupan son las que requieren castigo ígneo pero no permanente y al cabo terminan saliendo para el cielo aunque sea un poco chamuscadas. En este caso, en cambio, se trata de un Purgatorio casi permanente, suerte de semiinfierno *light*, y si alguno de los países que lo ocupan quisiera salir de él, al menos en teoría, para entrar al círculo de más arriba, en realidad esto es prácticamente imposible, y lo que sí puede ocurrir es que si alguno de ellos logra sacudirse el dominio de Estados Unidos saldría de inmediato de ese círculo, pero no para ascender al de arriba sino para caer en el de abajo, en el quinto. O incluso, directamente para el sexto, en el caso de que su cambio político sea demasiado radical o revolucionario.

El círculo siguiente, el quinto, el de los países malos, está también construido desde otra perspectiva completamente diferente y aquí, según Galtung, no importa si son ricos y desarrollados o subdesarrollados y pobres. Lo único que cuenta es que son adversarios o enemigos de Estados Unidos o que estos los califican como tales. Y en términos concretos, en el esquema de Galtung, que este elaboró para intentar recrear la política internacional estadounidense de tiempos de la Guerra Fría, y más exactamente de los años de gobierno de Ronald Reagan, hoy resulta totalmente desfasado si se lo mide en términos de comunismo. Ya no hay países comunistas, ni Rusia ni China lo son, ni lo es tampoco ninguno de los otros países comunistas de entonces. Tan solo podría calificarse así a Corea del Norte y dentro de ciertos parámetros a Cuba. Pero Estados Unidos no puede vivir sin enemigos. No deja nunca de fabricarlos, y ahora los fabrica y los mete en ese sexto círculo por las razones más

variadas y arbitrarias. Y a veces saca a alguno de ellos para negociar y de no quedar satisfecho con la negociación lo vuelve a sepultar en él, lo que por cierto no atemoriza tanto como antes porque Estados Unidos se encuentra en lenta pero creciente decadencia y porque países como Rusia y China, ahora no en calidad de países comunistas sino como potencias capitalistas, siguen rivalizando con Estados Unidos, y China, que les disputa ya el puesto de primera potencia económica mundial, está incluso a punto de alcanzarlos.

En el fondo de todo, ya sea abajo o en el círculo más exterior y más profundo sigue estando el Diablo, Satanás, que continúa representando para Estados Unidos el Mal Absoluto y que sobrevive controlando o, mejor dicho, tratando de controlar ese sexto círculo que parece estársele yendo de las manos porque los países que están allí encerrados no son grandes potencias (aunque Rusia y China entran y salen de él como de visita) y porque el mundo, de bipolar que era se está volviendo multipolar, con lo que al menos para él, para el Diablo, esa tan cómoda bipolaridad maniquea de antes no es que haya desaparecido (Estados Unidos viven de ella y la necesitan), sino que sus polos son más y resulta cada vez más difícil ubicarlos.

De modo que creo que el modelo de Galtung me sigue pareciendo valioso como esquema que muestra en forma gráfica el fundamentalismo y el maniqueísmo estadounidense que he descrito por mi parte, pero que es útil, como creo, solo si se lo mantiene como esquema. Como un esquema general, abierto y flexible y no como un modelo en el que pueda meterse cada detalle y cada componente de una realidad que es siempre más compleja que cualquier modelo, más variable y más llena de peculiaridades y de cambios, lo que hace que cuando se trata de meterlos a todos en ese esquema lo deforman, lo hinchan, le restan parte de su validez, y en algunos casos hasta lo revientan.

En síntesis, fundamentalismo calvinista y maniqueísmo absoluto. Estados Unidos, una sociedad que se define a sí misma como pueblo eelegido de Dios, del Dios único, de su Dios judeo-cristiano, y que se muestra ante el mundo como exclusiva encarnación del Bien mientras califica a los que no se someten a su dominio o que se atreven a enfrentarlo, como encarnaciones del Mal, como agentes del Demonio a los que hay que destruir. ¿Y qué es lo que queda en el fondo de todo esto, de esta Doctrina Monroe y este Destino Manifiesto, de este tramposo y manipulador fárrago

ideológico, de toda esta interminable sarta de teorías y mentiras, religiosas y políticas, pseudocientíficas, dirigidas todas a defender y justificar un implacable proyecto de expansión territorial y de dominación planetaria, decidido, como podría haber dicho Simón Bolívar, el Libertador, a cubrir el mundo entero de sangre y de miserias en nombre de una democracia que a menudo destruyen a su paso y de una libertad que le roban a otros pueblos? ¿Qué es lo que queda? A la mayor parte de los pueblos del mundo: elegir entre sometimiento o rebelión. A los Estados Unidos: dominio, riqueza y poderío, un dominio que se ha mantenido a sangre y fuego y a base de saqueos, una riqueza que en una época pudo llegar a buena parte de su pueblo pero que cada vez se concentra más en una plutocracia, en una estrecha minoría dominante de poderosos multimillonarios que escasamente representa el 1 % de su población, y en un poderío que pese a toda la arrogante prepotencia armada que exhibe a diario, se viene reduciendo lenta pero implacablemente porque como a todos los imperios del pasado, a Estados Unidos le están llegando los tiempos de la decadencia.

Notas

1 Pero incluso esta venta, que pasa por legal y simple, y en la que no hubo agresiones directas ni guerras ni matanzas, estuvo llena de todo tipo de irregularidades y de violación de leyes. Aunque España le había cedido la Louisiana a Francia, esta no había tomado aún posesión física de ella. Además, condición central de esa cesión era que Francia, es decir, Napoleón, no podía venderla ni transferirla a ninguna otra potencia o país, algo que este violó abiertamente. De modo que España le reclamó por disponer de un territorio que todavía era español y por haber dispuesto de él para venderlo sin tener derecho a ello. De todas formas, de haber sido patrimonio francés tampoco Napoleón podía haberlo vendido sin autorización de la Asamblea. Pero Jefferson no fue menos tramposo, pues para comprar la Louisiana debía violar la Constitución que él defendía y que tenía apenas dieciséis años de aprobada. En efecto, el Gobierno Federal, y Jefferson como presidente, carecían de atribuciones constitucionales para aumentar el territorio de Estados Unidos porque esto en todo caso habría sido atribución de los estados y sometido por estos a votación popular. Y tampoco podía disponer de los recursos para comprar la Louisiana porque el uso de esos recursos para un fin distinto de lo pautado solo debía ser autorizado por la Unión. Jefferson entendió que había que proponer y hacer aprobar una enmienda a la Constitución, pero esto era complicado y no había tiempo para diferir la decisión. Decidió entonces, con la complicidad de los congresistas necesarios, eludir la discusión del tema; y así la compra se llevó a cabo pasando por sobre la Constitución. De modo que el defensor de la Constitución que

era Jefferson fue también el primero en violarla. De hecho, la ambición territorial de Estados Unidos estaba por encima de cualquier ley. Para esto puede consultarse el Capítulo III de *La expansión territorial de los Estados Unidos*, de Ramiro Guerra, y la principal fuente que usa para su exposición: el volumen II de la *History of the United States during the First Administration of Thomas Jefferson, 1801-1805*, de Henry Adams. Ver Bibliografía.

2 Para la Doctrina Monroe he utilizado las fuentes históricas esenciales y los libros y ensayos más importantes dedicados al tema. El volumen 8 de las *Memoirs* de John Quincy Adams; el volumen VI de *The Writings of James Monroe*, editado por Stanislaus Murray Hamilton; los volúmenes concernientes a Jefferson y Monroe de los *Messages and Papers of the Presidents* editados por James D. Richardson; y «The Olney Memorandum» o «Letter of Richard Olney to Thomas E. Bayard» del 29 de julio de 1895, incluido en John Bassett Moore (editor), *A Digest of International Law*, vol. VI, pp. 535-559. Y en cuanto a análisis y estudios sobre la Doctrina misma: de Carlos Pereyra, *El mito de Monroe;* de Ramiro Guerra, *La expansión terrritorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*; de Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*; de Dexter Perkins, *History of the Monroe Doctrine* en tres volúmenes; de Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto*; de Frank Fletcher Stephens, *The Monroe Doctrine. Its Origin, Development and recent Interpretation*; de Sylvia L. Hilton, *La nueva Doctrina Monroe de 1895 y sus implicaciones para el Caribe español*; de Worthington Chauncey Ford, *John Quincy Adams and the Monroe Doctrine*; de Mark T. Gilderhus, *The Monroe Doctrine: Meanings and Implications*, y de William L. Scruggs, *The Venezuelan Question. British Agressions in Venezuela or the Monroe Doctrine on Trial*.

3 La cita es de Armando Uribe (*El Libro Negro de la intervención norteamericana en Chile*. Siglo XXI, México, 1974). No obstante, la cita es muy vaga porque el autor hace la referencia al comienzo del libro, como de paso, y no da ninguna fuente. Más importante que eso es que llama sobre todo la atención el hecho de que Bolívar, el más grande de los libertadores hispanoamericanos, no hiciera ninguna declaración directa sobre el discurso de Monroe, aunque sí manifestó su creciente desconfianza sobre Estados Unidos. En realidad, en ese año 1824 Bolívar estaba en Perú, enfrentando todo tipo de dificultades paa lograr la independencia peruana. Dedicado en pleno a esa lucha, que culminó con las gloriosas victorias de Junín y Ayacucho, apenas se enteró, aunque sin mucho detalle, del Discurso de Monroe. Quien sí lo celebró fue Santander. Pero desde antes, conocedor de sus planes expansionistas y su hipocresía, Bolívar sentía mucha desconfianza por Estados Unidos. En 1825, promovido por él, Colombia y México emprendieron un proyecto marítimo para independizar Cuba y Puerto Rico. Pero por intermedio de Henry Clay, entonces secretario de Estado, los Estados Unidos le hicieron saber a ambos países su oposición a esos planes y que estaban dispuestos a impedirlos porque afectaban sus intereses y su seguridad, ya que ellos querían que Cuba y Puerto Rico permanecieran como colonias españolas. Era una clara amenaza de guerra y por supuesto, la expedición no se realizó y Bolívar nada pudo hacer. Por eso trató de impedir su presencia en el Congreso Anfictiónico de

Panamá en 1826, que era su proyecto para crear una confederación fraternal de los países recién liberados de esta América nuestra, por supuesto sin Estados Unidos. Y fue Santander quien los invitó. Ellos mismos no estaban muy interesados en participar, de modo que salieron con retardo para Panamá. Y de los dos delegados enviados, uno murió en el camino, víctima de fiebre amarilla, y el otro llegó tarde, ya terminado el Congreso, cuando este se trasladaba a México, a Tacubaya. Lo que sí escribió Bolívar, años después, el 5 de agosto de 1829, en una carta al diplomático inglés Patricio Campbell, en el contexto de los planes de monarquía grancolombiana que algunos de sus más cercanos colaboradores venían tramando, fue que «los Estados Unidos parecían destinados por la Providencia para cubrir a América de miserias en nombre de la Libertad».

4 Cf. Vladimir Acosta, *Ensayos radiales*, Tomo II, Monte Ávila Editores, Caracas, 2013. En especial los dos primeros ensayos, de diciembre de 2004, pp. 7-78.

5 Sin embargo, estas teorías racistas pronto dieron origen a un conflicto religioso con la Iglesia cristiana en cualquiera de sus formas, ya fuese católica o protestante. El tema del conflicto era esta vez la creación del hombre. En efecto, la Biblia, considerada infalible palabra de Dios, hablaba de una sola y única creación y de una humanidad única y perfectible que abarcaba a todos los seres humanos, aun admitiendo que el proceso de su multiplicación había dado origen a las razas (pero sin explicar el origen de los indios americanos). Pero el cientificismo racista, en la medida en que hacía de las jerarquizadas razas humanas entidades originarias, irreductibles, radicalmente distintas y separadas unas de otras, condujo a varios científicos a postular no una sino varias creaciones, una para cada raza: blanca, amarilla, negra e india, algo que la Iglesia no podía aceptar, no solo porque contradecía al texto bíblico, que no establecía fronteras rígidas entre las razas, sino porque de aceptar esas diversas creaciones, es decir, ese poligenismo en lugar del unigenismo bíblico, se degradaba al propio Dios al suponer que este hubiese podido crear con sus divinas y perfectas manos razas humanas definidas como inferiores y no perfectibles, esto es, como poco humanas. De modo que la teoría poligénica tuvo que buscar la forma de contornear, eludiéndola, la confrontación con la Iglesia en este asunto. El tema se fue dejando de lado mientras se llevaba más lejos en el tiempo el origen de la humanidad y en nombre de la ciencia se imponían el racismo y la jerarquización absoluta de las cuatro razas.

6 Horsman hace un detallado y sólido análisis de este asunto en su obra citada, especialmente en el capítulo III, pp. 72-92. Muestra que aunque los principales científicos, autores y defensores de la clasificación jerárquica de razas humanas mantuvieron la idea de la monogenia o no se pronunciaron contra ella, una gran lista de científicos: naturalistas, filósofos, juristas, biólogos, médicos e historiadores, fueron en cambio poligenistas justamente por ser los más persistentes racistas. Tuvieron mucha importancia en Alemania, Inglaterra, Francia y en Estados Unidos entre fines del siglo XVIII y mediados del siglo XIX. Entre los mencionados por Horsman destacan el médico inglés John Atkins, que defendía la idea de que blancos y negros habían derivado de unos primeros padres de colores diferentes; el filósofo alemán Christoph Meiners, que dividió la humanidad en «blancos

hermosos y negros feos», pronto copiado por el francés Jean Joseph Virey, quien añadía que los blancos, por ser superiores, estaban llamados a dominar el mundo, mientras que los demás formaban «una mísera horda de bárbaros» destinados a ser sometidos por los blancos. Por su parte, el historiador inglés Edward Long, autor de una *Historia de Jamaica,* colonia de elevada cifra de población negra, hablaba de los negros diciendo que eran una especie diferente de los blancos e inferior a ellos y afirmaba que esa inferioridad era tan inmutable como sus rasgos físicos: el color de su piel, la lana crespa que tenían como cabello, sus cuerpos negros llenos de piojos negros, y su olor bestial.

7 Los libros y estudios sobre la guerra de Estados Unidos contra México, obra en su mayor parte de mexicanos y norteamericanos, son numerosos y entre ellos hay muchos excelentes, críticos y bien documentados. He utilizado varios de esos libros y los menciono en la bibliografía. Pero si bien esos libros, valiosos, centrados en la historia del conflicto, suelen examinar en detalle el contexto de la guerra, su desarrollo y sus consecuencias políticas y militares, ninguno de ellos se ocupa del tema central que aquí me interesa: el del furibundo y abierto racismo estadounidense contra México y el papel de la doctrina del *Destino Manifiesto* en esa guerra y en ese repugnante racismo. Es más, ni siquiera lo mencionan. Afortunadamente existe un libro que llena ese vacío. Se trata de *La raza y el Destino Manifiesto*, extraordinaria y excepcional obra del estudioso estadounidense Reginald Horsman, que me ha servido de punto de apoyo para esta parte de mi trabajo y de la que he sacado la mayoría de los textos y declaraciones que cito. El valioso libro de Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*, tantas veces citado y utilizado en este y en otros capítulos, examina también por supuesto el papel de la doctrina del Destino Manifiesto en la guerra con México. Pero, como señalo en el texto, creo que la parte que dedica a ello, el capitulo IV de su libro, está por debajo de la calidad y la profundidad con que analiza los otros temas.

8 Reginald, Horsman, ob. cit., pp. 325, 327 y 328-329.

9 A los Estados Unidos, que tanto hablan de que la Providencia está con ellos, esta oferta, más que la de Louisiana, tendría que haberles resultado providencial. Solo habría que imaginarse que en tiempos de la Guerra Fría, Alaska, además rica en petróleo, hubiera seguido siendo rusa y que los soviéticos hubiesen instalado una estación nuclear o una base de misiles en ella. Pero los estadounidenses de 1867 no podían imaginar estas cosas y no querían comprar Alaska. De modo que todo el mérito de la compra es del secretario de Estado de entonces, Willian Seward. Los rusos estaban casi regalando Alaska, y solo la terquedad de Seward logró que al fin el Congreso aceptara pagar los poco más de siete millones de dólares que Rusia quería a cambio de ella.

10 El texto completo del Memorandum de Olney junto con otros documentos y reflexiones diversas sobre la Doctrina Monroe y sobre el conflicto entre Venezuela y Gran Bretaña se encuentra, en inglés por supuesto, en John Bassett Moore (editor), *A Digest of International Law*, volumen VI, capítulo XX: «The Monroe Doctrine», Governmet Printing Office, Washington, 1906, pp. 368-604; y para el Memorandum de Olney, pp. 535-538.

11 El texto completo del discurso de Beveridge, titulado «La marcha de la bandera», puede leerse en Daniel J. Boorstin (compilador), *Compendio histórico de los Estados Unidos*, ed. cit, pp. 502-509.

12 Hay muy buena bibliografía, rica en testimonios, acerca de este genocidio. Mostrando un racismo brutal ante esa «despreciable raza inferior» que eran los filipinos, Estados Unidos mató entre 1898 y 1902 a centenares de miles de ellos, hombres, mujeres y niños, realizando espantosas matanzas. Uno de sus jefes militares, Jacob H. Smith, feroz y cobarde asesino cuya tropa masacró unos 50.000 civiles, ordenó ejecutar a todo filipino mayor de diez años y convertir «la isla» en un desierto que gritara. El Ejército norteamericano creó sórdidos campos de concentración, suerte de «aldeas estratégicas» precursoras de las empleadas por ellos en la igualmente genocida guerra de Vietnam. En esas aldeas estratégicas los filipinos, en su mayor parte campesinos, acusados de rebeldes y encerrados, morían de hambre y de enfermedades. Las zonas rebeldes fueron arrasadas. Y en cosa de tres años de imponer esta barbarie criminal disfrazada de operación cristianizadora y civilizatoria se logró derrotar la heroica rebelión de unos patriotas como los filipinos que se negaban a cambiar el colonialismo español contra el que habían iniciado su lucha, por el imperialismo colonialista y racista de Estados Unidos. Pero lo único que intento recordar aquí es el miserable apoyo que un famoso escritor y poeta británico como Rudyard Kipling, defensor del colonialismo y del imperialismo, dio a esta horrenda masacre con su famoso poema, publicado en 1898, «The White Man´s Burden» («La carga del hombre blanco»), poema que se convirtió en bandera hipócrita de los colonialistas e imperialistas blancos que disfrazaban su saqueo de países débiles y ricos con el falaz argumento de que estaban asumiendo la pesada carga de civilizarlos y educarlos.

13 Remito a la bibliografia esencial: en primer término a los libros ya varias veces citados: de Weinberg, *Destino Manifiesto*; de Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*; de Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*; de Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*. Y añado varios estudios esenciales limitados al tema o centrados en él: Gregorio Selser, *El rapto de Panamá*, Gránica, Buenos Aires, 1975; Eduardo Lemaitre, *Panamá y su separación de Colombia*, Banco Popular, Bogotá, 1972; David McCullough, *The Path between the Seas. The Creation of the Panama Canal (1870-1914)*, Francis Parkman Prize edition, Nueva York, 2002; Enrique Santos Molano, *1903. Adiós Panamá. Colombia ante el Destino Manifiesto*, Villegas editores, Bogotá, 2004; Jean Bouvier. *Les deux scandales de Panama*, Archives Julliard, París, 1964; Ivan Musicant, *The Banana Wars*, Macmillan Publishing Company, Nueva York, 1990. Todas estas obras contienen bibliografía y la mayor parte de ellas hace referencia directa a sus fuentes.

14 También existe una buena bibliografía sobre el bloqueo de Venezuela en 1902, sus antecedentes y posibles lecturas. Destaco entre las obras que se ocupan del tema estas: de Miriam Hood, *Diplomacia con cañones*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1975; de Nikita Harwich Vallenilla, *Asfalto y revolución. La New York and Bermúdez Company*, Monte Ávila-Funres, Caracas, 1995; de Herwig Holgen, *Sueños alemanes de un Imperio*

en América, 1871-1914, Monte Ávila, Caracas, 1991; y de Manuel Rodríguez Campos, *Venezuela 1902. La crisis fiscal y el bloqueo*, UCV, Caracas, 1977; lo mismo que las biografías de Cipriano Castro de Mariano Picón Salas (*Los días de Cipriano Castro*, Primer Festival del Libro Venezolano, sin fecha ni pie de edición) y Enrique Bernardo Núñez (*El hombre de la levita gris,* Caracas, Tipografía Garrido, 1943), y en particular el segundo tomo del libro de Jerónimo Pérez Rescaniere, *De Cristóbal Colón a Hugo Chávez Frías*, Palabroria, Caracas, 2011, en el que, al tratar de Cipriano Castro, el autor resalta con clara exposición e información abundante el panorama internacional y las contradicciones interimperialistas (entre Estados Unidos y Alemania), indispensables para entender los alcances y consecuencias de este bloqueo.

15 En internet está disponible un ensayo histórico (venezolano, anónimo, 2008) sobre los Protocolos de Washington (1903) en el que, basado en documentos, se hace un cuidadoso examen de esos protocolos, de la esperada traición de Bowen como agente norteamericano, y de las decisiones arbitrarias y sin base a que se sometió a Venezuela, que una vez más, como antes ocurriera en el Laudo de París de 1899, se vio obligada a ceder su representación a juristas o a diplomáticos extranjeros, en ambos casos estadounidenses. Mejor y más completo es el excelente ensayo de Moravia Peralta, «Los Protocolos de Washington como antecedente del establecimiento de una política hegemónica de los EE. UU. de Norteamérica», que es el capítulo primero del libro colectivo *La conspiración internacional contra Cipriano Castro (1903-1924),* MPPRE, Caracas, 2009, pp. 13-99, excelente y bien documentado. Ver bibliografía.

16 El texto casi aséptico del «Corolario» (Dexter Perkins, *History of the Monroe Doctrine*, tomo I, Harvard University Press, 1927, p. 404) es este: «El mal proceder crónico, o una impotencia que desemboca en un aflojamiento general de los lazos de una sociedad civilizada, pueden en América, como en cualquier otra parte del mundo, exigir la intervención de algún país civilizado, y en el hemisferio occidental el apego de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligar a los Estados Unidos, con gran renuencia de su parte, en casos flagrantes de tal mal proceder o de impotencia, a ejercer un poder de policía internacional».

17 Simón Sáez Mérida, «El mito Roosevelt», en *Ensayos venezolanos*, Editorial Ateneo, Caracas, 1979, p. 131.

18 Se trata de *Fundamentalismo USA. Fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*, un libro corto pero sustancioso publicado en español por Icaria, Barcelona, en 1999.

Tercera parte

Estados Unidos
Sociedad mccartista

Capítulo vi

Definición. Componentes y antecedentes del mccarthismo. Siglo XIX

Americanismo, nativismo, racismo y xenofobia

Comienzo por una explicación y una aclaratoria. En las historias de Estados Unidos, de su sociedad y su política se describe el mccarthismo como una corta etapa, excepcional y lamentable, de la política del país; etapa por lo general explicable como un exceso comprensible producto de las tensiones de la Guerra Fría, caracterizada por el dominio de una excesiva intolerancia política. Y se la califica de mccarthismo porque su protagonista principal habría sido el tristemente célebre senador Joseph McCarthy. Es decir, que según esa visión usual, tradicional, complaciente y aceptada corrientemente en forma acrítica, en la historia de los Estados Unidos no habría habido nunca, ni antes ni después de esas fechas, nada parecido o similar a eso que se llama mccarthismo.

Pero esto es falso y hay aquí una doble mentira o impostura.

En primer término porque esas lecturas ubican el mccarthismo entre los años 1947 y 1957, esto es, que este habría durado solo una década. Pero ocurre que el dominio y poder absoluto de McCarthy, senador desconocido desde 1947, solo duró desde 1950, cuando empezó a hacerse famoso con una de sus escandalosas denuncias falsas, hasta 1954, cuando el Senado de Estados Unidos lo sancionó, condenó y redujo prácticamente al silencio, con lo que McCarthy, aunque siguió en el Senado hasta 1957, volvió al anonimato, y borracho como era, murió en ese año, en 1957.

Así, las fechas del mccarthismo se hacen coincidir con las de la permanencia de McCarthy en el Senado, aun cuando su protagonismo sólo empieza en 1950 y termina en 1954. Y 1955, 1956 y 1957, años en que la histeria represiva se mantuvo a sus niveles más altos, habrían sido paradójicamente años de mccarthismo sin McCarthy, o mejor dicho, *después* de McCarthy, aunque este seguía en el Senado pero reducido prácticamente al silencio. Pero es

que en esos terribles años de histeria reaccionaria y anticomunista no solo hubo mccarthismo *después* del dominio de McCarthy, sino que lo hubo también *antes* de que el propio McCarthy llegara al Congreso y alcanzara figuración en él. Porque la verdad es que el mccarthismo propiamente dicho se había iniciado bastante antes de McCarthy, por lo menos en 1938 con la creación por el Congreso estadounidense de la HUAC (Comisión de Actividades Antiamericanas), dirigida a detectar y perseguir lo que se llamó desde entonces «la amenaza comunista». Y más aún, el hecho es que ese mccarthismo antes de McCarthy se desató y alcanzó su nivel más alto con el gobierno de Harry Truman, desde 1947. Es decir, que los que reducen el mccarthismo a los tiempos de dominio de McCarthy se ven forzados a reconocer que el mccarthismo comenzó por lo menos en 1938; que se desató con todo su furor desde 1947 con Truman, presidente demócrata sucesor de Roosevelt; que continuó y alcanzó luego su cénit con McCarthy en la primera mitad de los años cincuenta del siglo XX; y que luego de la sanción de este se habría mantenido, de hecho, con igual fuerza hasta los años sesenta –y en muchos aspectos, renovado por la guerra de Vietnam y la aparición de la Sociedad John Birch–, por lo menos hasta 1973.

De modo que McCarthy no es más que el personaje que promovió y encabezó durante unos pocos años (entre 1950 y 1954) la feroz ola de histeria anticomunista que se había iniciado por lo menos con la creación de la HUAC en 1938 y que se mantuvo viva a lo largo de los años sesenta, al menos hasta 1973.

Pero esto no es todo, porque lo que he señalado se refiere solamente al breve período que los historiadores oficiales estadounidenses, repetidos por analistas acríticos de todo el mundo, casi siempre admiradores ciegos de Estados Unidos y embellecedores fieles de su historia y su política, califican de mccarthismo, el que reducen a unos pocos años (1950-1954), al período en que McCarthy domina los medios estadounidenses, impone su voluntad y sus calumnias y llega hasta a acusar a los propios presidentes de entonces, como fueron Truman y Eisenhower, de ser cómplices activos o pasivos de la Unión Soviética y de lo que tanto él como ellos calificaban de «gravísima penetración comunista en el país».

Y esto no es todo, porque no fue la única ola de histeria derechista y xenófoba, y ni siquiera de histeria anticomunista, que se haya vivido en Estados Unidos. En lo que sigue voy a mostrar que en la historia estadounidense hubo otras olas histéricas de corte y

contenido similares, unas que remontan por lo menos al período independentista, al siglo XIX y a las primeras décadas del siglo XX, y otras, más recientes, que son ulteriores al llamado mccarthismo de mediados de ese último siglo y de las cuales somos todos testigos en la actualidad. Lo que quiero y voy a mostrar es que el mccarthismo no está limitado a McCarthy y que antes y después de él ha sido y sigue siendo un componente estructural de la sociedad estadounidense a lo largo de su historia, una historia que está llena de fabricación de enemigos exteriores y de diversas histerias derechistas, racistas y xenófobas. Ese componente estructural y permanente de la sociedad de Estados Unidos se va conformando en el período colonial, cobra forma poco después de la Independencia, pasa por períodos ulteriores en que su protagonismo es evidente, saltando así al primer plano, y por otros períodos en los que se repliega un poco y se mantiene latente o con manifestaciones de menor alcance hasta que una nueva coyuntura favorable le permite volver otra vez a ocupar ese primer plano. Pero, activo o latente, lo cierto es que está presente siempre y siempre listo para pasar al primer plano y asumir protagonismo. Esas olas de histeria xenófoba, racista y reaccionaria son todas expresión de lo mismo, de ser un componente estructural de una sociedad como la estadounidense en la que esos rasgos, por lo general unidos, son a un tiempo rasgos estructurados y estructurantes usados por la clase dominante y, en buena parte de los casos, por las iglesias protestantes para tratar de impedir cambios sociales o políticos que les parecen peligrosos a una y otras, por lo general actuando juntas, y para fortalecer con ello el dominio que ejercen sobre las pasivas y embrutecidas masas.

Es justamente por ello, por el carácter similar de esas olas de histeria con la ola propia del mccarthismo, que creo que en lugar de distinguirlas de este último, haciendo con ello del mccarthismo una excepción, lo que hay que hacer es reunirlas todas bajo un mismo nombre para poder en evidencia su unidad, sus rasgos comunes, su continuidad. Y dada la fama alcanzada por el mccarthismo asociado a McCarthy y al hecho de que esa ola de histeria reaccionaria es la más conocida de todas, mientras que las otras parecen olvidadas o son solo conocidas de unos pocos, voy a usar el nombre de mccarthismo para referirme a todas ellas sin dejar por supuesto, al describirlas, de mostrar sus contextos históricos y sociales propios y las especificidades que las caracterizaron.

De manera que voy a conservar, repito, solo por comodidad, el nombre de mccarthismo para este rasgo estructural de la sociedad de Estados Unidos y para sus diversas manifestaciones, a fin de no tener que caer en el error de los que analizan esos fenómenos y sus manifestaciones como si fuesen cosas diferentes, perdiendo de vista su unidad y sus rasgos y objetivos comunes o similares y también para no tener que inventar un nombre específico que pueda reunir en una idea concreta y preferiblemente bajo un solo nombre todas esas diversas manifestaciones, incluyendo en ellas al mccarthismo propiamente dicho, el cual, por cierto, constituye una de las más claras y conocidas manifestaciones de esa histeria.

Varios estudiosos del mccarthismo, conscientes de que este no es un fenómeno excepcional sino que tiene estrecha relación con esas otras olas de histeria propias de la sociedad estadounidense, han propuesto ya nombres distintos a mccarthismo para tratar de abarcarlas. En tal sentido, Cedric Belfrage publicó en los pasados años setenta un excelente libro que dedica al estudio del mccarthismo luego de un rápido examen de sus antecedentes. Belfrage, víctima de mccarthismo, fue expulsado de Estados Unidos en los años cincuenta y vivió muchos años en México, de modo que su libro sobre el mccarthismo fue publicado primero en español que en inglés y lleva por ello dos títulos distintos: la edición en español, mexicana, la única que he utilizado, es de 1972 y se titula *La inquisición democrática en Estados Unidos,* mientras que la edición estadounidense, en inglés, que no pude encontrar, es de 1973 y lleva por título *The American Inquisition*. Por su parte, Marie-France Toinet, investigadora francesa, buena conocedora de la sociedad estadounidense y autora de un lúcido libro sobre el mccarthismo en que también hace corta referencia a sus antecedentes, tituló su obra *La chasse aux sorcières* (*La caza de brujas*). El libro fue publicado en 1984 y reeditado en 1995. Lo que quiero hacer., a propósito de lo que vengo diciendo sobre el mccarthismo, es un corto comentario sobre los títulos de esas obras, porque aunque los libros mismos son excelentes y por mi parte comparto casi todos sus planteamientos, lo que no me parece del todo muy adecuado son esos títulos. En el caso de Belfrage, no he podido averiguar si fue él quien le puso título a la edición mexicana o si fue la editorial la que lo hizo, porque lo que yo hallo cuestionable es ese carácter «democrático» que se le atribuye en él al mccarthismo, mientras que esa suavizante idea desaparece en la edición norteamericana del libro, que fue presen-

tado por el propio Belfrage, quien ya estaba autorizado para volver a Estados Unidos. Lo de *inquisición democrática* es un contrasentido porque ni siquiera esta última palabra lleva al menos comillas capaces de llamar la atención del lector sobre esa contradicción terminológica. El mccarthismo es una clara negación inquisitorial de cualquier visión, por favorable y por complaciente que sea, que pueda tenerse de la democracia estadounidense, cuyos límites hemos examinado en varios de los capítulos anteriores de este trabajo. En el caso de Marie-France Toinet, la conocida expresión «caza de brujas» parece ser solo una impactante referencia que nos recuerda cualquier período dominado por el terror y la indefensión. De hecho, lo de «caza de brujas» se usó mucho en tiempos de McCarthy, y podría ser adecuada si no fuera porque es una expresión demasiado genérica y gastada que viene del Renacimiento europeo y bajo cuyo cómodo empleo tienden a disolverse las especificidades propias del mccarthismo estadounidense que, por cierto, no perseguía mujeres acusadas de brujas sino hombres y mujeres acusados de comunistas o de espías soviéticos y que aunque no estaba en capacidad de entregar sus víctimas a las llamas (pero sí en algún caso a la silla eléctrica, como sucedió con los esposos Rosenberg), podía condenarlos al escarnio público, dejarlos sin trabajo y sin amigos, arruinarles la vida y hasta conducirlos al suicidio.

Hay un tercer autor, Seymour Martin Lipset que, en mi criterio, de los tres que menciono aquí es el más importante y riguroso en el tratamiento del tema. En su magistral estudio, en este caso compartido con Earl Raap y titulado *La política de la sinrazón. El extremismo de derecha en los Estados Unidos*, *1790-1977*, libro que me ha servido de base y de permanente referencia y fuente informativa para este análisis crítico del mccarthismo, Lipset examina en todo detalle y con enorme riqueza de información y notoria lucidez ese extremismo de derecha a lo largo de la historia estadounidense, incluido, como corresponde, el mccarthismo como una de sus principales manifestaciones y no como un fenómeno excepcional y único. *Política de la sinrazón* me parece un título bastante correcto, solo que creo que diluir dentro de una definición genérica como esta al mccarthismo, que es su manifestación más conocida y una de las más impactantes muestras de esa sinrazón a que hacen referencia Lipset y Raab, le hace perder fuerza. Pienso que la fama del mccarthismo, conocido de todo el mundo como expresión modélica de los peligros y crímenes que es capaz de generar una

terrible ola de extremismo derechista como esa, en lugar de quedar disuelto en medio de la sinrazón que ha caracterizado las políticas de la extrema derecha estadounidense (y a cualquier política de extrema derecha en otras partes) merece, por el contrario, seguir siendo mantenido como primera referencia en este campo; y que lo que creo más adecuado, dado que es el caso más conocido de esa política y uno de sus más terribles ejemplos, es utilizar su nombre para referirse a todas sus otras manifestaciones, tanto anteriores como ulteriores, y así caracterizar como formas y expresiones de mccarthismo a eso que tan bien Lipset y Raab llaman «política de la sinrazón». Por eso, sin negar del todo la validez de los títulos que emplean los cuatro autores, prefiero por mi parte seguir usando el ya consagrado y siempre útil término de mccarthismo y aplicarlo a todas las olas de histeria religiosa, xenófoba y reaccionaria que precedieron al protagonismo de McCarthy y que luego de este han dado origen a ulteriores manifestaciones de lo mismo, incluso más irracionales y asesinas, en períodos más recientes, que incluyen por cierto los que se viven en estos últimos tiempos en Estados Unidos.

Eso sí, comenzaré por supuesto por explicar los rasgos comunes de esos procesos que me permiten afirmar que más allá de sus matices y aspectos concretos, son todos ellos expresiones de un mismo fenómeno social estructural propio de la sociedad estadounidense y que el mccarthismo de McCarthy y de los tiempos de la Guerra Fría no es sino su manifestación más brutal, aunque creo que lo que ocurre actualmente en Estados Unidos luego del 11 de septiembre de 2001 y de la aprobación de la Ley Patriota y de otras medidas similares de histeria represiva, xenófoba, racista y antimusulmana, alcanza niveles de brutalidad e histeria derechista comparables a la que dominó Estados Unidos en tiempos del mccarthismo clásico. Solo que este nuevo mccarthismo, impuesto por ese militarizado Estado policial que es hoy el Estado norteamericano con el supuesto pretexto de garantizar seguridad a sus ciudadanos, ha ido acabando con las libertades y derechos de la población estadounidense y amenazando a los extranjeros, a los que se acusa de sospechosos de terrorismo. Esto se ha aceptado como normal y se ha integrado a la sociedad estadounidense como lo que es: como un componente estructural y permanente de ella. De modo que lo que impera en los Estados Unidos de hoy es un mccarthismo sin McCarthy, un neomccarthismo estatal, institucionalizado, encabezado por el presidente, quienquiera que este sea, expresado mediante asesinatos

masivos que se llevan a cabo en todo el mundo y legitimado por medio de leyes represivas que se basan en el miedo que el Estado y los medios de manipulación a su servicio difunden como amenaza para así tener controlada y atemorizada a la población. A fin de cuentas, se trata de un neomccarthismo aceptado por ella, sea con apoyo franco, con pasividad o simplemente con mera resignación.

El mccarthismo estructural de la sociedad estadounidense

Ese mccarthismo estructural tiene en mi opinión tres dimensiones estrechamente relacionadas: la racial, la religiosa y la política o político-ideológica, algo que es común, como hemos visto antes, en todos los componentes estructurales de la sociedad estadounidense, aunque, como también ocurre en esos otros casos, siempre en sus manifestaciones uno de esos rasgos domina sobre los otros. De modo que ese rasgo predominante no es el mismo en todos los casos, o mejor dicho, en todas las etapas en que se desenvuelve ese componente.

1. La dimensión racial o racista

Una característica estructural y al mismo tiempo paradójica de la sociedad estadounidense es que siendo como es, y como ha sido siempre, una sociedad formada por flujos permanentes de inmigrantes, aunque de diversa procedencia (solo europeos nórdicos en su época colonial y europeos nórdicos en su absoluta mayoría al menos hasta después de mediado del siglo XIX), esa sociedad es y ha sido siempre profunda y abiertamente racista. Y por cierto ha tratado de ocultar ese racismo antiinmigratorio tras el complaciente y falso mito del llamado *melting pot* del que hablamos en un capítulo anterior.

Esa sociedad ha sido desde la Colonia una suerte de trasplante poblacional europeo, de la Europa nórdica, una sociedad blanca que no solo ocupó el territorio inicial de la América del Norte en el que se instaló en un principio, allá por el siglo XVII, sino que siguió ampliando el territorio ocupado por medio de nuevas olas de inmigrantes blancos europeos a lo largo de los siglos siguientes.

Esa creciente población blanca europea, caracterizada por su convicción de superioridad racial y cuidadosa de mantener su condición de población blanca pura, se caracterizó pronto por su racismo profundo y porque, por un lado, evitó mezclarse con la población indígena originaria, a la que definió como inferior, salvaje

y primitiva y a la que por considerar un obstáculo a la expansión de la civilización encarnada en ellos se dedicó a expulsar de sus tierras y a matar y exterminar de manera sistemática mientras, por el otro, importaba población negra africana para explotarla y usarla como mano de obra esclava, población definida por ellos como absolutamente inferior, cuya condición humana se cuestionaba o negaba, con la que se evitaba toda mezcla y a la que se consideraba formada por meros objetos o propiedades mercantiles.

Así pues, esa población blanca creció en medio de su blancura europea y de su racismo, expulsó y masacró a la población indígena originaria y mantuvo a la población negra como inferior y sometida a la esclavitud, condenando y evitando, hasta donde le fue posible, toda forma de mestizaje físico, racial.

Pero hubo algo peor, porque dentro de esa misma población blanca exclusivamente europea hasta el segundo tercio del siglo XIX, población que por su condición europea y por su blancura no sólo se consideraba superior a indios y negros sino que, como lo establecían las pseudocientíficas clasificaciones raciales dominantes en ese entonces en Europa, que hacían a alemanes y anglosajones, como arios, la cumbre de la pureza racial y de la superioridad de la raza blanca, se fue también definiendo pronto entre la población de Estados Unidos un núcleo superior a los restantes blancos que también hacían hasta entonces parte, aunque minoritaria, del territorio estadounidense. Ese núcleo superior, muy amplio, absolutamente mayoritario, lo formaban los descendientes de europeos nórdicos no mezclados, que eran fundamentalmente anglosajones y germánicos, sobre todo anglosajones. Todos ellos, además, de religión protestante dominada por el puritanismo calvinista, pero no importando mucho la pertenencia a otras corrientes o sectas protestantes ya que todas o casi todas estaban influidas por el calvinismo. Ese núcleo era muy amplio porque como dije antes, la mayor parte de la población estadounidense era justamente de esa procedencia europea nórdica y por tanto, también germánica o más exactamente anglosajona. Es lo que, por lo general y por comodidad, suele llamarse población *wasp*, esto es, blanca, anglosajona y protestante (*White, Anglo-Saxon and Protestant*).

Eso significó pronto, y sobre todo más adelante, que la población estadounidense blanca originaria de otras zonas de Europa, aun sin perder reconocimiento como blanca y europea, quedase considerada como inferior a la que procedía o descendía de la Eu-

ropa germánica y, sobre todo, anglosajona. Ese fue desde temprano el caso de los irlandeses, que representaban una cuota importante de los inmigrantes, y desde las décadas finales del siglo XIX también el de italianos y polacos, a los que pronto se añadieron otros inmigrantes procedentes del mundo eslavo europeo como rusos, búlgaros, serbios y rumanos, sí como judíos europeos y los inmigrantes griegos. Luego fue el caso de turcos, sirios y libaneses cristianos, de armenios y otros, que aunque blancos, ya no eran europeos, o que aun siéndolo eran de religión judía, católica u ortodoxa. Y hasta de unos pocos árabes blancos de religión musulmana (a los que por lo menos en esa época a nadie se le ocurría, como ahora, acusar de terroristas).

Como mostraré más adelante, todo esto no solo los hacía algo inferiores como europeos y como blancos, sino también seres extraños y sobre todo sospechosos de no ser o de no poder llegar a ser auténticos y plenos «americanos», es decir, auténticos y plenos estadounidenses capaces de compartir los valores propios de esa sociedad y dominantes por completo en ella. Y hay aquí, en este racismo, una primera dimensión de esa visión que hacía y hace de todos los no anglosajones y no protestantes, individuos que por ser procedentes de culturas o sociedades extrañas por sus lenguas, usos y costumbres son vistos como sospechosos de traer aportes indeseados o condenables a esa sociedad superior anglosajona y protestante que en su pureza es, a fin de cuentas, la única que puede considerarse como expresión pura de la «americanidad», un concepto peculiar que examinaré más adelante en sus detalles e implicaciones.

Y no hay que olvidar que una peculiaridad del idioma inglés es que en él *stranger* significa tanto extranjero como extraño o raro. De allí a considerar extraño y sospechoso, o peligroso, a todo extranjero no hay más que un paso; paso que la sociedad estadounidense dio con mucha frecuencia sin vacilar y sigue dando, sobre todo en esos reiterados y frecuentes períodos de histeria xenófoba que han llenado su historia y en los que los primeros sospechosos siempre son justamente esos extranjeros que no califican como americanos plenos sin importar cuántos años de residencia y de integración puedan tener en el territorio del país. Ese racismo afecta a europeos mediterráneos y orientales, a españoles, portugueses, italianos, griegos e irlandeses, y también a rusos, búlgaros, turcos y a otros inmigrantes blancos de origen asiático.

Aquí, empero, debo precisar algo importante. Es claro que el racismo estadounidense, el racismo *wasp*, que ya se manifestaba desde un principio contra otras poblaciones llegadas al país, blancas y europeas como ellos pero no anglosajonas ni protestantes, se manifiesta con mayor fuerza no solo en el caso de los negros estadounidenses, que una vez liberados de la esclavitud se niegan a seguir siendo tratados como seres inferiores o como ciudadanos de tercera o cuarta clase, sino también, aunque por lo general con menor brutalidad, en el caso de poblaciones inmigrantes que además de no ser anglosajonas ni protestantes tampoco son blancas (o totalmente blancas) ni europeas, esto es, con todas las otras poblaciones que como inmigrantes legales o como pacíficos invasores vecinos han llegado a ser parte de los Estados Unidos, como es el caso de los chinos y de otras poblaciones asiáticas: japoneses, indios, pakistaníes, indonesios, vietnamitas y otros; y también de árabes y africanos subsaharianos, de poblaciones latinoamericanas como mexicanos, centroamericanos, caribeños y sudamericanos de piel bronceada u oscura, esto es, que en los términos clásicos del racismo colonial hispanoamericano serían calificados de mestizos, mulatos y negros.

Porque lo que deriva de ello es que los Estados Unidos, por cierto bastante a disgusto de su racista población blanca, han terminado por convertirse hoy, de hecho, en una sociedad multiétnica, multirracial y multicultural, cosa que esa mayoría blanca racista se niega en forma rotunda a aceptar y en la que ese mismo racismo blanco, anglosajón y puritano sigue dominando como antes sin darse cuenta de que cada vez los *wasp*, aun siendo clara mayoría, están más lejos de continuar siendo la mayoría aplastante que eran hasta fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX, lo cual acentúa a diario el conflicto racial y xenófobo que esa sociedad estadounidense arrastra desde sus orígenes y que se ha traducido por siglos en tanta explotación, tanta violencia, tantas masacres raciales y tantas muertes monstruosas y absurdas.

Pero lo que intento examinar ahora no es el racismo estadounidense contra poblaciones inmigrantes que no reúnen la condición plena de ser blancas, anglosajonas y protestantes, asunto que ya toqué en uno de los capítulos anteriores y que no intento volver a examinar ahora. Lo que ahora me interesa es otra cosa en relación a ese racismo que he señalado antes como una de las dimensiones que considero que de manera usual se han asociado con el mccarthismo. Se trata de la asociación que la clase dominante

estadounidense, según sean las circunstancias que privan en esas diversas y sucesivas olas de histeria xenófoba, ha establecido contra determinadas poblaciones ya instaladas en el país y del racismo que como componente suele acompañar esas olas de histeria mccarthista. Y para ello basta con lo señalado hasta ahora, porque en el curso de la exposición relativa a cada una de esas olas de histeria tendremos ocasión de ver a cuáles poblaciones ha afectado ese racismo al calificarlas de enemigas del país y cuáles han sido los argumentos utilizados para intentar justificarlo.

2. La dimensión religiosa

Como ya ha empezado a mostrarse en el examen que hemos hecho del racismo, la dimensión racial está relacionada de manera estrecha con la religiosa porque en una sociedad tan dominada por la religión como es la estadunidense, eso resulta inevitable. Y raza y religión tienden a formar un todo. Veamos. Los blancos mayoritarios y dominantes en la sociedad estadounidense son todos de religión protestante, puritana o calvinista, y el hecho de que ese protestantismo se exprese en numerosas corrientes o sectas (baptistas, adventistas, mormones, episcopalianos, anglicanos, Testigos de Jehová y otros) no afecta esa tendencia, salvo en el caso de que sus practicantes sean negros, porque por más protestantes que sean se los persigue, encarcela y mata igual y sin cargos de conciencia. Y cuando sí ha afectado esa tendencia por tratarse de blancos europeos, como en el caso de los estadounidenses de origen germánico, es porque la situación política o militar entre Estados Unidos y Alemania ha entrado en crisis y esa crisis ha conducido a la guerra y a provocar racismo interno en Estados Unidos contra los habitantes que tienen ese origen, algo que ocurrió durante la Primera Guerra Mundial entre 1917 y 1919 y durante la Segunda entre 1941 y 1945.

Católicos y ortodoxos

De modo que la mayoría blanca originaria y dominante en Estados Unidos es protestante y en ella imperan el puritanismo y el calvinismo, que son el núcleo fundante de todas o casi todas esas corrientes del protestantismo. Y así, el racismo contra irlandeses, polacos e italianos tiene también mucho que ver con que unos y otros son católicos. El catolicismo ha sido considerado desde temprano en Estados Unidos como una religión poco confiable desde

el punto de vista clave de la «americanidad», esto es, de la fidelidad absoluta a los Estados Unidos y al sistema político, económico y social estadounidense. Al menos a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX, la sospecha acerca de la infidelidad de los católicos a Estados Unidos tiene que ver con el papado romano, aspecto central de la Reforma Protestante y tema principal de sus luchas. Pero en este caso tiene sobre todo que ver con varias cosas clave.

En primer término con el hecho de que el catolicismo es una religión intolerante, que se considera también superior y única y que ha tenido por siglos al protestantismo como enemigo, como religión herética, disidente, condenable y hasta diabólica; religión a la que ha perseguido además con ferocidad por medio de la Inquisición española y la papal.

En segundo lugar con que la religión católica conforma una estructura jerárquica, cerrada, vertical, que tiene a su cabeza al Papa, un personaje, con frecuencia italiano, el cual es una suerte de soberano divino y absoluto que dispone de un enorme poder espiritual y también –y sobre todo– temporal porque además incide sobre los gobiernos católicos y sus políticas y a veces hasta las determina; un Papa que se considera superior a todos los hombres, y que se proclama a sí mismo como infalible representante de Dios en la Tierra, algo totalmente inaceptable para el protestantismo, que nació justamente de ese frontal enfrentamiento de Lutero, Calvino, Knox y otros con el papado.

Y en tercer término, con que los católicos son fieles súbditos del Papa, al que consideran una suerte de Dios único encarnado y al que obedecen ciegamente, lo que los hace sospechosos de servir a un poder político-religioso extraño, distinto a los Estados Unidos, en los que domina el protestantismo, y de poner los intereses del Papa y de la Iglesia católica, que no son los propios de los Estados Unidos y que suelen ser distintos u opuestos a ellos, por encima de los intereses estadounidenses a los que se suponía que habrían jurado fidelidad. La Iglesia católica es además, como los Estados Unidos, expansionista, imperialista misma, por sus planes de dominio universal. Y en Estados Unidos fue fácil, dentro de los parámetros religiosos, racistas y políticos dominantes ya señalados, que se pensara a menudo en las terribles guerras de religión de los siglos XVI y XVII vividas por la Europa de entonces, en las que católicos y protestantes se masacraban unos a otros sin piedad, y que se atribuyera a la Iglesia católica y al Papa siniestros

planes conspirativos contra Estados Unidos, planes en los que los católicos que pasaban por ciudadanos estadounidenses serían los ocultos o abiertos ejecutantes.

Esto hacía a los católicos sospechosos de servir a un poder distinto a Estados Unidos y a menudo opuesto a él; y como tales, resultaban no solo poco confiables como estadounidenses auténticos, sino también como sospechosos de ser probables enemigos de Estados Unidos. Y en el siglo XIX se habló mucho en el país norteño de conspiraciones papales y de la Iglesia católica, unidas para amenazar a los Estados Unidos, lo que convertía a los católicos en agentes de un poder extraño y enemigo al que todo verdadero «americano», es decir, todo estadounidense, debía espiar, denunciar y enfrentar llegado el caso.

Empero, debo precisar algo. Cuando digo que esto que describo es el cuadro dominante durante todo el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, como pronto tendremos ocasión de ver, lo hago porque es necesario señalar que desde entonces eso ha cambiado sustancialmente. Aunque los protestantes no simpatizan en absoluto con el Papa, quienquiera que este sea y cualquiera sea su conducta, lo cierto es que en estos tiempos más recientes ya no creen que desde el Vaticano se esté conspirando contra el poder en Estados Unidos y que los católicos sean parte activa de ese complot para imponer por la fuerza el catolicismo en el país.

Además, los católicos se han convertido en una minoría religiosa muy importante. Actualmente representan más de 25 % de la población y en tal sentido serían, como corriente religiosa cristiana, la religión más importante de Estados Unidos. Pero en verdad no es cierto, porque los protestantes los duplican con facilidad, pues son más del 54 % de la población, solo que no forman un único bloque como los católicos, ya que están divididos en numerosas corrientes. Pero en todo caso, los católicos son una auténtica fuerza religiosa en Estados Unidos, se hallan en constante crecimiento poblacional y económico en el país (la inmigración llamada latina es una de sus bases), y ya en 1961 lograron con John Kennedy que la nación estadounidense tuviese un primer y hasta ahora único presidente católico (aunque este debió escoger a un sudista protestante como Lyndon Johnson para la Vicepresidencia, y superó solo por un escaso margen a su contendiente Richard Nixon, aunque todo indica que hubo un fraude a favor suyo, organizado por Sam Giancanna, el jefe de la mafia, que era amigo y cómplice de

su padre, Joseph Kennedy, exsimpatizante nazi y antiguo traficante de licor en los tiempos de la Ley Seca).

El hecho es que los católicos tienen hoy un gran poder económico, social y cultural en Estados Unidos. Es decir, que paradójicamente hoy habría más base para sospechar de ellos que cuando se los tenía por peligrosos enemigos, como en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando, aunque ya poderosos, eran apenas una aceptable minoría. Pero como ocurre siempre, los tiempos y condiciones socioeconómicas y políticas cambian y las relaciones de poder lo hacen también con ellos.

Mucho menos favorable ha sido la evolución de los cristianos ortodoxos, que eran y siguen siendo una reducida minoría. Hubo también en el siglo XIX y parte del siglo XX problemas con estos cristianos de religión ortodoxa, es decir, rusos, búlgaros y serbios, que emigraron a Estados Unidos en las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX. El cristianismo ortodoxo no tiene Papa como los católicos, solo patriarcas, pero estos son varios y ninguno de ellos tiene el poder autoritario y absoluto del Vaticano y de los papas. Por este motivo no podía considerarse que fueran súbditos y servidores de un poder extraño. Aquí se trataba más bien de que la religión ortodoxa era y es un cristianismo bastante lejano del protestantismo y, sobre todo, de que sus ritos y costumbres resultaban extraños para los protestantes, además de que rusos, búlgaros y serbios hablaban, y hablan, lenguas eslavas distantes del inglés y el alemán, y de que esos inmigrantes eran pobres, atrasados y salvo excepciones, no muy cultos.

Contra ellos se manifestó la xenofobia, basada en las dudas y temores que causaban esos extranjeros. Y esto es algo que, como veremos pronto, se acentúa en la tercera década del siglo XX cuando empiece a sospecharse que muchos de esos eslavos podían ser socialistas, anarquistas; o lo que es peor, peligrosos comunistas bolcheviques seguidores de Lenin y de Trotsky.

Judíos

El caso de los judíos es algo diferente. La estrecha identidad entre la plutocracia que ejerce el poder en los actuales Estados Unidos y los judíos estadounidenses, esto es, con el Estado sionista de Israel, con el que una y otros se identifican, es un fenómeno reciente, ulterior a la Segunda Guerra Mundial y que comenzó venciendo cierta resistencia interna poco después de la creación del Estado

de Israel en 1947. Antes de eso existió mucho antijudaísmo en Estados Unidos; antijudaísmo que se manifestó en forma abierta y agresiva muchas veces.

Ahora bien, no es difícil que las poblaciones judías susciten cierta xenofobia en los países en que han existido y existen comunidades judías, sobre todo si son mayoritariamente poderosas y muy ricas, como ocurre en Estados Unidos.

Esto obedece a varias razones:

La primera de ellas es que los judíos constituyen, por lo general, comunidades muy cerradas, con clara tendencia a la endogamia, y muy convencidas de su superioridad racial y religiosa. Lo primero, a lo que suele calificarse de «espíritu de gueto», deriva del antijudaísmo cristiano medieval y renacentista ejercido durante siglos contra ellos, que los tenía por enemigos de la fe cristiana y los acusaba de asesinos de Jesús su Dios, que los mantenía encerrados en guetos y que daba lugar a acusaciones sin base que los hacían responsables de todo tipo de males, como plagas y epidemias, lo que se traducía cada vez en conversiones forzosas, en expulsiones del territorio, o peor aún, en horribles *pogroms* y matanzas.

La segunda, en lo que el judaísmo se asemeja al cristianismo que derivó de él y que se convirtió en su peor rival y enemigo, es que los judíos (me refiero en este caso a judíos creyentes en los que fácilmente domina la intolerancia, como ocurre con frecuencia entre los católicos), además de tenerse por racialmente superiores, consideran, también como los cristianos, que su religión, superior a todas por ser la del pueblo que su Biblia llama *Elegido*, es la única verdadera, lo que les permite, igual que hacen los cristianos, considerar como inferiores a las otras religiones y a quienes las practican (los *goyim,* que es la forma despectiva con que se los llama entre los judíos), algo que no genera mucha simpatía, sobre todo entre los cristianos, sean estos católicos, ortodoxos o protestantes. Otra razón por la que es posible que susciten cierta xenofobia, algo en lo se ha apoyado el antijudaísmo más furibundo, es que las comunidades judías suelen generar con facilidad élites notables capaces de llegar a controlar en cualquier país importantes sectores del poder, como son el económico y el cultural, lo cual no deja de suscitar contra ellos el rechazo cargado de xenofobia y de racismo de muchas gentes no judías.

Estas razones desempeñaron ese mismo papel en Estados Unidos, generando inevitable rechazo contra la minoría judía que reu-

nía, sí, la cualidad de ser blanca y europea aunque no siempre nórdica. Los emigrantes judíos, casi siempre víctimas de persecuciones racistas, solían ser en su mayoría askenazíes y no sefardíes, esto es, que procedían más del mundo europeo desarrollado, el nórdico, que del más tradicional y pobre, el mediterráneo. Pero, por supuesto, para ser considerados como americanos plenos carecían de la cualidad de tener el protestantismo como religión. Y aunque algunos de los llamados Padres Fundadores, como Thomas Jefferson, fueron admiradores del judaísmo y del mundo bíblico hebreo, lo cierto es que a lo largo del siglo XIX, a medida que aumentaba la presencia judía, el antijudaísmo fue cobrando forma y fuerza entre la población estadounidense, que consideraba que por su religión los judíos no podían ser americanos plenos. Y los histéricos grupos de extrema derecha empezaron a atacarlos. La cifra de inmigrantes judíos aumentó, sobre todo a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX cuando en Europa se desataron fuertes campañas de feroz antijudaísmo y en la Rusia zarista los monstruosos asesinatos masivos de judíos a los que se llamaba *pogroms* se convirtieron en hechos frecuentes. Aunque la mayor parte de los judíos que emigraban a Estados Unidos eran pobres o de sectores no muy acomodados, un sector importante de esa inmigración la formaban en cambio escritores, intelectuales y sobre todo ricos comerciantes y gentes de vocación empresarial que muy pronto aprovecharon las condiciones favorables que les ofrecía el incontrolado crecimiento económico en curso entonces en el país para enriquecerse en poco tiempo Y pronto pasaron a formar parte de su élite de implacables empresarios, representativos del capitalismo salvaje que dominó la acelerada industrialización capitalista estadounidense entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX.

Pero hubo una tercera razón que tuvo incidencia en los Estados Unidos en las suspicacias contra los judíos y en la conversión de esta suspicacia en rechazo abierto. Rechazo abierto que en este caso no se encarnaba en el pueblo sino en la clase dominante, entre sus ricos políticos y empresarios, todos ellos puritanos, derechistas, antisocialistas y anticomunistas. Esa razón es que en las décadas finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, tanto dentro como sobre todo fuera de Estados Unidos, en especial en Europa, entre las poblaciones judías tenían mucho peso las ideas revolucionarias, socialistas y comunistas. Y no solo entre los sectores trabajadores de esas poblaciones judías sino también entre los intelectuales, pro-

fesionales y gentes de la cultura, por lo general pertenecientes a la clase media. Eso hizo que el antijudaísmo fuera asumido, en este caso, por la poderosa y asustada clase dominante estadounidense. Y como luego veremos, se llegó a acusar a los judíos de estar asociados a las amenazas revolucionarias que esa asustada clase dirigente estadounidense veía cernirse sobre el país. Se habló entonces de una conspiración judeo-masónica-bolchevique que quería tomar el poder en todo el mundo (*Los protocolos de los Sabios de Sión*) y, por supuesto, primero que nada en Estados Unidos.

De todas formas, ese antijudaísmo se manifestó en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX casi siempre en forma solapada, sin llegar, salvo en un caso, al crimen directo y al linchamiento como era en cambio usual tratándose del racismo contra la población negra. Y las veces en que se expresó en forma abierta fue en los ataques de los grupos de extrema derecha que retomaban el tradicional odio cristiano contra los judíos, en denuncias de que el poder de los judíos dominaba entre los odiados banqueros explotadores de Wall Street, y en referencias frecuentes a *Los protocolos de los Sabios de Sión*, libro de moda que era entonces de obligatoria lectura para todos los antijudíos. Fue solo a partir de la cuarta década del siglo XX que las manifestaciones abiertas de antijudaísmo se hicieron más frecuentes y directas en la medida en que crecía en Estados Unidos y en sus élites la admiración por fascistas y por nazis. Y fue algo más tarde, en tiempos del mccarthismo clásico de los años cuarenta y cincuenta que se atacó también con fuerza a muchos judíos, pero en estos casos no se los atacó por ser judíos sino porque se los acusaba de comunistas, pues, aunque en estos nuevos tiempos derechistas eso parece extraño, lo cierto es que la mayor parte de los intelectuales y artistas judíos de esas pasadas décadas eran revolucionarios o simpatizantes de la izquierda.

Pero también veremos, al analizar la mayor parte de esas olas de histeria mccarthista vividas por Estados Unidos, que en ellas resulta frecuente ver acusados a los judíos, tanto por su poder económico y comercial como por ser militantes o dirigentes revolucionarios, socialistas o comunistas. Y en efecto, como dijimos antes, un sector de notable peso y figuración entre los judíos estadounidenses pronto formó parte de la minoría económica rica y explotadora, lo que dio origen a denuncias por parte de sectores de izquierda, pero igualmente por grupos de derecha. El otro sector de los judíos, formado por intelectuales, artistas, cineastas,

escritores y líderes políticos también apareció pronto ligado a las luchas de la izquierda y tanto en Estados Unidos como en Europa una elevada cifra de los teóricos y dirigentes políticos socialistas y comunistas fueron judíos. Como era de esperarse, eso provocó que en Estados Unidos, tanto en los años veinte como en los cuarenta del pasado siglo, las olas derechistas de histeria mccarthista los tuvieran por blanco de sus acusaciones. Solo que esos tiempos han cambiado en forma rotunda. Hoy en Estados Unidos, en Europa y en otras partes del planeta, la mayor parte de los judíos son sionistas y derechistas (la AIPAC [American Israel Public Affairs Committee] es uno de los más poderosos *lobbies* que controlan la política derechista y prosionista de Estados Unidos, y la población judía del país rebasa con facilidad los cinco millones de habitantes, casi tantos como la población judía del Estado de Israel), de modo que los judíos revolucionarios, socialistas y comunistas, que pese a todo siguen existiendo, son solo una clara y reducida minoría, para no decir que se trata de una valiosa y recordada especie amenazada de pronta desaparición.

Árabes y musulmanes

El caso del racismo y la xenofobia contra árabes y musulmanes y de su relación con las histerias mccarthistas de extrema derecha en Estados Unidos es diferente. Contra católicos y judíos ese racismo y esa xenofobia se manifestaron desde temprano; y unos y otros estuvieron presentes de algún modo en todas las olas de histeria derechista del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Los árabes y musulmanes, en cambio, estuvieron hasta entonces excluidos de presencia y de protagonismo en esas expresiones de mccarthismo. Nadie en Estados Unidos los acusó hasta entonces de terroristas ni de ser enemigos frontales del pueblo «americano». La razón de esto es muy sencilla. Hasta la segunda mitad del siglo XX, y aún más hasta el último tercio de ese siglo, la presencia árabe y musulmana en Estados Unidos es casi nula, y no hay tampoco hasta entonces motivos para asociarlos con sistemáticas acciones terroristas capaces de servir de fundamento a nuevas olas histéricas de extremismo derechista, y de convertirlos a ellos, o a parte importante de ellos, en fundamentales enemigos de la sociedad estadounidense y de su sagrado sistema de valores.

Ese racismo y esa xenofobia antiárabe y antimusulmana es pues un proceso tardío, bastante reciente. Y su aparición y desa-

rrollo están, en mi criterio, estrechamente asociados a dos hechos claves: a la conversión de Estados Unidos, en las décadas siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, en la primera y principal potencia capitalista del mundo, decidida a imponer en todas partes su política imperialista y neocolonizadora, en particular en los llamados Cercano y Medio Oriente, de cuya riqueza petrolera ansiaba apoderarse; y al mismo tiempo a su decisión, simultánea con la anterior, de identificarse con los intereses del Estado sionista de Israel y con su política de enfrentamiento con el mundo árabe e islámico.

De modo que se trata de un fenómeno en el que desde un primer momento la dimensión político-ideológica, que en este caso es de corte internacional, es decir, exterior al territorio estadounidense, priva sobre la xenofobia y el racismo; esto es, sobre la dimensión interna, la tocante al interior de ese territorio en el que los árabes y musulmanes, aunque han ido aumentando luego de la Segunda Guerra, siguen siendo una reducida y poco significativa minoría. O sea que sigue sin que haya, en los tiempos inmediatamente ulteriores a la Segunda Guerra, ninguna amenaza interna representada por esa presencia árabe y musulmana en el territorio estadounidense ni posibilidad o necesidad alguna de que se la inventase; y que hubo que esperar tiempo, unas cuantas décadas, en las que por cierto la población árabe y musulmana aumentó un tanto en Estados Unidos, para que esa política exterior abiertamente pro-israelita, antiárabe y antimusulmana empezara a alcanzar proyección interna y a dar base a las primeras expresiones de histeria antiárabe y antiislámica como las que aparecieron a partir de la última década del recién terminado siglo XX.

Al principio, en los años cuarenta y cincuenta, inmersos como estaban en la ola de histeria derechista que fue el mccarthismo de McCarthy, los Estados Unidos intentaron hacer conciliar ambas cosas contradictorias: su expansión imperial y su alianza con Israel, a objeto de no acentuar su inevitable enfrentamiento con el mundo árabe y musulmán. Por un lado matizaron un poco su apoyo a Israel y, por el otro, en cuanto a su expansión imperial sobre el Cercano y Medio Oriente, en que estaban reemplazando como potencia hegemónica al decadente imperio británico, quisieron hacerse ver también como amigos de los árabes, prometiendo que no repetirían con ellos las prepotentes brutalidades colonialistas a que los habían sometido ingleses y franceses.

Pero como es fácil de entender, esa política fracasa por insostenible: su apoyo a Israel aumenta; a comienzos de los años cincuenta encabezan el golpe petrolero en Irán contra Mossadegh y reponen en el poder al depuesto shah iraní; en los años que siguen conspiran en Egipto contra el gobierno nacionalista de Nasser y contra la unión de Egipto y Siria; y en 1958 invaden el territorio libanés. Y mientras tanto, como era de esperar, el descontento árabe no deja de crecer. En las siguientes guerras de Israel contra sus vecinos árabes el apoyo estadounidense se incrementa en lo político y militar, impulsado por la poderosa minoría judía sionista que ya empieza a dominar la política exterior de Estados Unidos. Inútil sería intentar detallar aquí la lista de agresiones del imperialismo norteamericano contra pueblos y gobiernos árabes, de los que entonces muchos eran laicos y progresistas. Esas agresiones también aumentaron y cuando, fracasados esos gobiernos laicos y decepcionadas las masas árabes del progreso modernizador que los propios Estados Unidos, aliados con Europa, habían hecho fracasar con sus intrigas y sus políticas neocoloniales, fueron entonces gobiernos religiosos y fundamentalistas los que los reemplazaron. Y para atacar a la Unión Soviética en esos años finales de la Guerra Fría y desorganizar a los países árabes, y en busca siempre de mejores condiciones para apoderarse de sus riquezas petroleras, los Estados Unidos promovieron el terrorismo fundamentalista y apoyaron, financiaron y armaron, secundados por sus cómplices Arabia Saudita e Israel, a grupos árabes fundamentalistas y terroristas como los talibanes, Al Qaeda y otros, a los que calificaron entonces de *Liberty Fighters* («luchadores por la libertad») y a los que solo ahora, cuando esos grupos se han vuelto contra ellos, se atreven a llamar terroristas y fundamentalistas.

La población árabe y musulmana se incrementó en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XX, aprovechando cierta flexibilidad de las leyes de inmigración, aunque después de 2001 y del atentado de las Torres Gemelas, al hacerse la legislación particularmente rigurosa en su caso, esa inmigración se ha reducido al mínimo. De todas formas, no es fácil disponer de cifras precisas, pese a que hablamos de Estados Unidos, que es el país de las estadísticas y en el que se encuentran con facilidad cifras exactas de cualquier cosa que se busque, desde la evolución del producto interno bruto hasta el promedio de bateo de un pelotero que solo pasó un día en las llamadas Grandes Ligas de beisbol. Las razo-

nes de esta deficiencia son varias. La primera y principal es que el primer censo que tomó en cuenta a la población árabe se hizo en 2003 y por tanto solo hay datos medianamente confiables antes de esta fecha. La segunda es que los censos no identifican la filiación religiosa (católicos y judíos la llevan por su cuenta, algo que al parecer no han hecho los árabes). La tercera, en fin, es que abundan los árabes y musulmanes que son estadounidenses de nacimiento y educación, y que por temor no se confiesan como árabes, sobre todo después del ataque contra las Torres. En todo caso, la población árabe se calculaba en 610.000 personas en 1980, en 860.000 en 1990 y en 1.200.000 en 2000 aunque, por las razones anotadas, cálculos no oficiales hablan de cifras que oscilan entre dos y siete millones. Esa población árabe se concentra en estados como California, Nueva York e Illinois, y en ciudades como Los Ángeles, Nueva York y Chicago. En realidad están distribuidos por todo el país. Pero conviene precisar varias cosas. Como es sabido, no todos los árabes son musulmanes pues los hay cristianos libaneses, coptos e iraquíes. Los turcos, bosnios, iraníes y afganos son musulmanes pero no árabes. Y una gran parte de los musulmanes son pakistaníes, indios, indonesios, senegaleses, somalíes o nigerianos.

Otra cosa esencial a señalar es que la mayor parte, la casi totalidad de esos árabes y musulmanes que habitan Estados Unidos son ciudadanos estadounidenses de nacimiento o de segunda generación, igual que ocurre con los católicos y los judíos; y que, salvo contadas excepciones, nada tienen que ver con actividades terroristas de las que el solo hecho de ser árabes o de tener rasgos árabes los hace sospechosos, convirtiéndolos a menudo en víctimas de ataques histéricos por parte de otros grupos de la envenenada población estadounidense. Pero lo que cuenta es que hoy, en esos Estados Unidos que tienen décadas destrozando el mundo árabe y asesinando impunemente a cientos de millares de sus ciudadanos, hombres, mujeres y niños casi siempre civiles e inocentes, y a los que el poder estadounidense mantiene aterrorizados con la amenaza de respuestas terroristas, que en caso de darse las provocaron ellos mismos, las últimas olas de histeria mccarthista tienen a los árabes estadounidenses o extranjeros como blancos de tiro, y los consideran tan enemigos de Estados Unidos como se consideraba que lo eran en décadas y siglos anteriores los *Illuminati*, los masones, los católicos, los judíos, o los comunistas. Pero de eso hablaremos en lo que sigue.

3. La dimensión político-ideológica

Esta dimensión es la que unifica todo el tema del mccarthismo estadounidense en cualquiera de sus etapas y manifestaciones porque a fin de cuentas es la que domina el conjunto y la que le da su verdadero alcance. Pero conviene señalar que al principio eso no parece estar tan claro y que lo que en mi opinión lo explica es que, como suele ocurrir antes de que se imponga el capitalismo como sistema, lo usual en sociedades en que todavía este no domina por completo, es que lo político-ideológico aparezca envuelto, disfrazado y dominado por lo religioso; y en este caso, en el estadounidense, lo que domina claramente sobre lo político-ideológico es lo religioso y lo racista, algo que pese a su poderoso desarrollo capitalista ulterior, sigue siendo un rasgo dominante dentro de esa sociedad norteamericana.

Esto es lo que sucede durante el período colonial, sobre todo en el siglo XVIII, cuando los colonos europeos blancos, casi todos puritanos y anglosajones, enfrentan como su enemigo a la población indígena americana. Población a la que, dentro de la visión que tienen de sí mismos como raza superior y de su religión como única verdadera, consideran absolutamente inferior en términos raciales y religiosos; población a la que falsifican describiéndola como salvaje, primitiva y brutal; población, en fin, a la que, basados en esos argumentos justificadores de su agresividad, quieren expulsar de sus tierras y exterminar si se les resiste.

Pero antes me gustaría precisar algo.

Algunos destacados estudiosos del mccarthismo, como Cedric Belfrage y Marie-France Toinet, cuyas importantes obras he utilizado, hacen remontar su manifestación más temprana justamente a fines del siglo XVII e identifican esa primera manifestación con el proceso de las llamadas brujas de Salem, en Massachussets, que tuvo lugar en 1692. Por cierto, quien resucitó ese casi olvidado proceso fue el dramaturgo estadounidense Arthur Miller con su famosa y excelente obra teatral conocida como *Las brujas de Salem*, montada y publicada en 1953, que fue pronto un éxito mundial. La obra, que en su inglés original se llama *The Crucible* (*El crisol*) fue escrita por Miller como una denuncia indirecta del mccarthismo del que él mismo había sido víctima, acusado de comunista. Pero no creo que haya que remontarse hasta ese proceso en que tuvieron papel protagónico la religión puritana y su racismo, porque procesos y quemas de brujas como ese tenían lugar casi a diario

en ese mismo siglo en toda Europa: en Francia, Suiza, Alemania y otros países (y también en Inglaterra, donde no se quemaba a las mujeres acusadas de brujas sino que se las ahorcaba). Y sin embargo, lo que domina en esos otros casos es solo el antifeminismo más sádico y brutal, sin que haya racismo porque todas las mujeres condenadas y ejecutadas son europeas blancas y porque en los casos de países católicos lo que domina es el catolicismo y no está presente, por supuesto, el puritanismo protestante. Además, en ninguno de esos países se produjeron en los siglos siguientes procesos semejantes a los que han sido componente estructural de la sociedad estadounidense y cuya monstruosidad veremos en lo que sigue. Por eso, sin subestimar la importancia del proceso de caza de brujas de Salem, que además de ser producto de la intolerancia puritana estuvo condimentado por la condena de una esclava que de manera tradicional se ha supuesto negra de origen africano, pero que más probablemente pudo ser mujer de origen indígena sudamericano comprada por su propietario en Barbados, prefiero descartar como punto de partida ese ejemplo y comenzar mejor por el desprecio racista y religioso de los puritanos de ese mismo Massachussets por la población indígena, que me parece un antecedente o punto de partida más comparable y más preciso.

Así pues, voy a examinar en lo que sigue el derechismo extremo propio de los siglos XVIII y XIX y me referiré en especial a las Alien and Sedition Acts, al antimasonismo, al nativismo, a los Know Nothing y a las mayores manifestaciones de intolerancia, anticatolicismo y antijudaísmo que dominan en el pensamiento estadounidense de esos tiempos y buscan el apoyo de la mayor parte de la población.

Uno de los motores permanentes de la historia de Estados Unidos, desde el período colonial hasta el actual presente de podredumbre imperial, es que siempre sus clases o grupos dominantes (y los ideólogos al servicio de estas) han definido un enemigo fundamental al que la sociedad estadounidense debe enfrentar con todos sus recursos. Y es el enfrentamiento societal con ese enemigo, que muchas veces es ficticio, y que en todo caso, en las ocasiones es que es real, sería enemigo de la clase dominante mas no necesariamente del pueblo, lo que unifica y anima a esa sociedad estadounidense a movilizarse dócilmente con todas sus fuerzas detrás de sus clases o grupos dominantes en la lucha por vencerlo y descartarlo. Así se neutraliza o reduce al mínimo la lucha de clases. Y se trata

de una lucha societal y manipuladora que no da tregua, porque una vez vencido o descartado ese enemigo, fabricado –repito– las más de las veces, quizá tras una corta pausa, sus gobernantes ya tienen listo el próximo, por lo general más amenazante y más terrible.

Segunda mitad del siglo XVIII, fase final del período colonial

La expansión de los colonos norteamericanos hacia el Oeste y hacia el Sur encuentra pronto, sobre todo en el siglo XVIII, un obstáculo que debe superar porque los franceses y los españoles, dueños coloniales de esos territorios vecinos que ellos quieren, les cierran el paso. Franceses y españoles son pues sus enemigos, mientras Inglaterra, de la que dependen como colonias, es en cambio su Madre Patria y su amiga. Y en el enfrentamiento que empieza entonces contra los franceses y algo más tarde contra sus aliados españoles, unos y otros, que tienen, sobre todo los franceses, buenas relaciones con los indios, apoyan a estos frente a la agresión de los colonos de los futuros Estados Unidos y a la amenaza de que estos los despojen de sus tierras o los exterminen. Por supuesto, los indígenas se alían con los colonos franceses y españoles y combaten así a su lado, defendiendo con las armas sus tierras ancestrales contra la apetencia y el racismo de los colonos ingleses.

El enfrentamiento feroz con los indígenas cobra así desde temprano un carácter político-ideológico; y en la lucha que sigue, que es una lucha política y militar por territorios necesarios para la expansión indetenible de los colonos ingleses, esos pueblos indígenas, además de lo que ya eran para ellos (paganos irreductibles y seres primitivos de raza inferior), pasan ahora a constituir –como en la lectura racista de John Locke que les sirve de modelo ideológico– un verdadero obstáculo a la civilización y al progreso que ellos, los blancos europeos, representan. Se ve y presenta a todos esos pueblos indígenas como un peligroso enemigo político y militar al que se descalifica como humano y al que se describe como formado por pueblos monstruosos capaces de cometer todos los crímenes. En un capítulo anterior hemos hablado de esa violencia racista y de esos crímenes y no es cosa de repetir ahora lo antes dicho.

Las guerras que emprenden los colonos británicos, en la segunda mitad del siglo XVIII, contra las poblaciones indígenas ocupantes del suelo que ellos ambicionan no son una guerra particu-

lar sino que constituyen la parte americana, la que se libra en el territorio del norte de América, de la suerte de temprana guerra mundial que en Europa y Asia protagonizan ingleses y franceses en lucha por la hegemonía europea y por el dominio colonial de la India, de la que Gran Bretaña quiere expulsar a Francia, que es entonces la potencia colonial dominante. Pero ambas potencias tienen además colonias en América, tanto en el continente norteamericano como en el Caribe. Los ingleses, dueños de las Trece Colonias, quieren reducir o liquidar el dominio de los franceses sobre ese continente, pues Francia es dueña de Canadá, de la zona de los Grandes Lagos y del inmenso territorio de Louisiana. De modo que los colonos británicos americanos son, con los ingleses, los protagonistas de esa guerra colonial americana, porque el interés de los ingleses en arrancarle territorios coloniales a los franceses es el mismo que tienen ellos de abrir camino a su expansión territorial contribuyendo a la derrota de los franceses, dueños de esas tierras, y venciendo a los pueblos indígenas que los apoyan, para expulsarlos de ellas y garantizar así su incesante crecimiento territorial.

Esas guerras coloniales se convierten en guerras indias. Y en ellas varios de esos colonos, como George Washington, se destacan al frente de sus milicias batallando contra los franceses, conquistando territorios y matando y masacrando indios. Los jefes de esos colonos se convierten así en líderes militares que muy pronto en las décadas siguientes van a encabezar la lucha de esos mismos colonos por la Independencia contra Gran Bretaña.

De esa lucha independentista hemos hablado antes con cierto detalle y lo que vale la pena recordar de ella aquí y ahora es que, por cierto, se trata de una lucha en la que los ingleses, hasta poco antes amigos y defensores de los colonos, pasan ahora a convertirse en enemigos suyos a los que hay que derrotar, curiosamente con el apoyo de los antiguos enemigos coloniales, como son Francia y España, que ahora, por su abierta rivalidad con Inglaterra, pasan a ser amigos de esos colonos rebeldes a los que antes enfrentaron, y van a ayudarlos mucho, en términos políticos y militares, en su lucha por la Independencia. Todo con el objetivo común de una y otra de debilitar ahora a su enemiga Inglaterra, que en el caso de Francia no solo la había forzado en 1763 a renunciar a la India sino que la había despojado de sus territorios coloniales americanos en Canadá y en el extenso territorio de Louisiana, que Francia se vio obligada a cederle a su aliada España.

Solo que en el ulterior contexto de la Revolución francesa la Louisiana pasó de nuevo a manos francesas y que Napoleón, que tenía un ambicioso plan de reconstrucción de una nueva potencia colonial francesa en América contando con Louisiana y con Saint-Domingue, al verse derrotado en este, actual Haití, por los esclavos negros revolucionarios, perdió interés en ese plan y decidió venderle la Louisiana a Estados Unidos. Así Jefferson, ya para entonces presidente, la compró en 1803 pagándole a Francia diez mil dólares. De esta forma los franceses perdieron todo su territorio colonial americano, quedándoles solo un trozo insular de Terranova y varias islas del Caribe. Por su parte, los ingleses se reservaron Canadá, y los colonos estadounidenses, vencedores de Inglaterra en 1783, se quedaron con los Grandes Lagos comprando luego Louisiana, de modo que habiéndose garantizado con el control de Louisiana el camino hacia el oeste, solo les quedaba en lo inmediato la tarea expansionista de buscar la forma de apoderarse de la Florida española, ya fuese por las buenas o por las malas.

Después de la Independencia: la teoría conspirativa y las Alien and Sedition Acts de 1798

Pero es después de obtenida la Independencia en 1783, ya a fines del siglo XVIII, cuando en ese permanente buscar, fabricar, encontrar y enfrentar nuevos enemigos que ha llenado toda la historia de Estados Unidos, lo político-ideológico empieza a pasar al primer plano por sobre lo racial y lo religioso, aunque sin descartarlos en absoluto. Y en este caso que sigue, luego de la puesta en primer plano de la xenofobia y el racismo contra la población indígena, el principal, el nuevo enemigo vuelve a ser Francia, la antigua aliada. Solo que se trata ahora no de la Francia borbónica, monárquica, que los ayudó en su lucha independentista, sino de la Francia antimonárquica de la Revolución Francesa.

El punto de partida del conflicto es que poco después de lograda la Independencia, los Estados Unidos han vuelto a tener buenas relaciones con Inglaterra, a la que favorecen desde 1794 con un tratado que le otorga la condición de nación más favorecida, algo que se le niega a Francia. En los años que siguen hay choques navales entre franceses y estadounidenses y la relación del recién independizado país norteamericano con Francia llega al borde de la guerra. Es que esa Francia le inspira un profundo rechazo, mezcla de miedo político y odio social, a los Padres Fun-

dadores próceres de la Independencia, sobre todo a los plantadores esclavistas de Virginia, que son los que controlan el poder por medio del gobernante Partido Federalista.

Todos ellos han sido antes admiradores, al menos en cierto grado, de algunas ideas políticas de la Ilustración francesa, pero no sienten en cambio la menor simpatía por la Revolución misma, esto es, por unos revolucionarios franceses que atacan a la Iglesia, decapitan reyes, entregan tierras a los campesinos y declaran abolida la esclavitud. Y no importa si el período más radical de la revolución, el de los jacobinos y Robespierre, ha dado paso para los últimos años del siglo XVIII al reaccionario Directorio que está a punto de ser sustituido por la autocracia napoleónica. Es que la abolición de la esclavitud y la revolución social de los negros haitianos son temas demasiado delicados y peligrosos para la élite que dirige el país. Los racistas y esclavistas estadounidenses, empezando por sus gobernantes, no soportan esto. Y si han hecho su moderada revolución de Independencia es justamente para evitarlo. De modo que Francia se convierte en su nueva enemiga. Para ellos, esa Francia sigue siendo revolucionaria. Y un senador estadounidense, George Cabot, la ha calificado en el Congreso de nación inmoral y atea.

Y para colmo, a ese enemigo exterior que es ahora Francia el gobierno que encabeza el presidente John Adams cree haberle descubierto cómplices solapados y peligrosos en el interior del país, a los que (sin serlo, porque en realidad no los hay) es posible perseguir y sancionar como extranjeros en el caso de que lo sean, o como traidores a su patria, en el caso de que se trate de ciudadanos estadounidenses; y aprovechar para despojarlos como tales de la nacionalidad estadounidense que en Estados Unidos se llama «americana». Hay aquí, en fecha tan temprana como 1798, una suerte de ensayo de histeria reaccionaria y xenofóbica que tiene semejanza con histerias ulteriores porque sin haber llegado a generalizarse, esboza y hasta define algunos de sus rasgos.

Esa histeria, alentada por los federalistas gobernantes, toma como su principal bandera derechista y xenófoba el tema entonces de moda de los *Illuminati* y los masones. Los *Illuminati* o Iluminados son una secta nacida en Baviera, Alemania, en 1776. Su creador fue Adam Weishaupt, un intelectual masón; y la secta fue organizada como una sociedad secreta, igual que los masones, cuyos objetivos declarados eran oponerse a la superstición religiosa y a la influencia de la religión cristiana y de sus prejuicios sobre la

sociedad, denunciar el poder absoluto del Estado, defender el anticlericalismo de la Ilustración y enfrentar sobre todo a la Iglesia católica, la más reaccionaria, y en especial a los jesuitas, que dominaban entonces el papado y controlaban sus políticas.

La secta fue prohibida pronto, en 1785, pero organizaciones secretas similares y del mismo nombre se extendieron con rapidez a otros países de Europa y también a Estados Unidos y continuaron en ellos sus actividades. El sentido y los alcances de esas organizaciones nunca estuvo muy claro, pero su carácter secreto facilitó que sus enemigos, sobre todo los jesuitas, pero también los conservadores de todo tipo, los calumniaran acusándolos de patrocinar y organizar siniestras conspiraciones dirigidas a derrocar gobiernos y a tratar de controlar el poder mundial. Se los acusó de jacobinos y de ateos y de haber sido los promotores de la Revolución francesa y de todos sus excesos.

Y aquí, en esos años de fines del siglo XVIII, cobra especial importancia un científico escocés llamado John Robison, quien publica en inglés en 1797 un libro con el provocador título de *Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa, adelantada en las reuniones secretas de francmasones,* illuminati *y sociedades de lectura*. Ese libro fue reimpreso en Estados Unidos al año siguiente y tuvo una enorme influencia en el país; o en todo caso, fue bien conocido de su clase dominante. Encabezados por su ministro Jedidiah Morse, los congregacionalistas, que constituían una de las corrientes religiosas protestantes más importantes de Estados Unidos, se encargaron de difundir esas ideas para condenarlas, hablando en púlpitos e iglesias de que esa conspiración mundial tenía claras ramificaciones en el país, que había muchos estadounidenses y extranjeros, sobre todo franceses e irlandeses, que estaban implicados en ella y llegando hasta a añadir que los republicanos demócratas, el partido de Jefferson y Madison, dos respetados y reconocidos Padres de la Patria, eran sus cómplices en el país.

Esa idea de la peligrosa conspiración fue retomada y repetida hasta la saciedad por casi todas las corrientes y sectas protestantes de Nueva Inglaterra y difundida por ellas utilizando todos los recursos propagandísticos que estaban a su alcance. El rector de Yale, un tal Timothy Dwight, acusó en forma directa a Jefferson, que de todos esos Padres Fundadores era el de pensamiento más avanzado, de ser un peligroso jacobino, hijo dilecto de la Ilustración y enemigo de su país, por lo que el intento del partido de Jefferson y Madison

de ganar las elecciones de 1800, algo que resultaba bastante probable, debía ser considerado como parte central del plan iluminista de apoderarse del gobierno de Estados Unidos para ejecutar sus siniestros proyectos. El ministro congregacionalista, el tal Morse, declaró que tenía en sus manos las pruebas de esa conspiración, pruebas que por supuesto no existían. Y Seymour Lipset (de quien tomo la mayor parte de estas informaciones sobre la histeria contra el iluminismo en Estados Unidos y a quien sigo, aunque con libertad y añadidos propios sobre buena parte de los temas siguientes relativos a las histerias xenofóbicas del siglo XIX estadounidense) no deja de señalar con toda razón que esta amenaza de mostrar pruebas que no existen hace pensar de inmediato a cualquier conocedor de la historia estadounidense, y en concreto del mccarthismo, en el senador Joseph McCarthy que, como veremos más adelante, comenzó su carrera con una declaración similar. Es difícil, añado aquí por mi parte, no encontrar similitudes entre esta histeria y la del mccarthismo de tiempos de McCarthy. Y es que no es posible olvidar que esta agresión y estos delitos infundados iban dirigidos en esa fecha tan temprana nada menos que contra Thomas Jefferson, después de Washington el más prestigioso de los llamados Padres Fundadores, redactor de la Declaración de Independencia, en 1776, y a James Madison, redactor del *Bill of Rights* o Declaración de Derechos, en 1791, que contiene las diez primeras enmiendas a la Constitución.

Es en este contexto que el presidente John Adams, sucesor de Washington, hace aprobar las Alien and Sedition Acts, un grupo de leyes para reprimir con dureza a extranjeros y a sospechosos de estar implicados en conspiraciones o sediciones para derrocar el gobierno del país. Esas leyes permiten al Presidente deportar por decreto «a todo extranjero que resulte peligroso para la paz y la seguridad de los Estados Unidos o del que pueda sospecharse que está implicado en maquinaciones secretas que constituyen una traición contra el Gobierno de Estados Unidos». Y una orden presidencial permite capturar, encarcelar y expulsar a los súbditos de naciones hostiles. Esto en cuanto a los extranjeros. Y en cuando a los sospechosos de sedición que se opongan a las leyes de los Estados Unidos o que publiquen escritos falsos o malintencionados que tratan de difamar o ultrajar al gobierno, se los puede multar o encarcelar hasta por cinco años. Otra de las leyes aprobadas en el mismo contexto y con los mismos objetivos alargó de cinco a catorce años el período necesario para que los extranjeros pudieran nacionalizarse.

Esto provocó persecuciones, multas, encarcelamientos y expulsiones. Y aunque es pequeña la cifra de los acusados y sancionados, entre los que se encontraban irlandeses católicos que eran antibritánicos y, sobre todo, refugiados franceses que no eran precisamente revolucionarios, tampoco era entonces muy grande la población de los Estados Unidos, lo que explica que esas limitadas cifras represivas fueran importantes para la escala demográfica del país. Cuenta también mucho en ello que esas leyes chocaban contra la Constitución y contra la Declaración de Derechos recientemente aprobadas, esta última, obra de Madison, algo que no dejaron de señalar los opositores al gobierno, como este y Jefferson, dirigentes del recién fundado Partido Republicano Demócrata, que estaba por competir por la Presidencia con los federalistas en las inminentes elecciones de 1800.

Además, en el fondo de estas tempranas leyes represivas, que al menos no tuvieron entonces graves consecuencias, se encuentra una profunda desconfianza no solo ante los estadounidenses sospechosos de simpatizar con los franceses, es decir, de simpatizar con cualquier posible pensamiento revolucionario y con cualquier país extranjero definido por el gobierno como enemigo de los Estados Unidos, y con su ideología, declarada peligrosa por el poder no obstante la libertad de expresión pautada en la Declaración de Derechos, sino también contra todos los inmigrantes, blancos por supuesto, que no fuesen anglosajones y puritanos, condición *sine qua non* para que esos inmigrantes pudieran ser buenos «americanos». Esa fue una de las razones de que se persiguiera y expulsara no solo a los franceses sino a los irlandeses, pues unos y otros, encima de sospechosos eran también católicos.

Lo que me parece lo más importante de esta Alien and Sedition Act y de las leyes anexas aprobadas en 1798 por el presidente Adams, apenas segundo presidente de Estados Unidos, cuando la Constitución tenía solo once años de aprobada y la Declaración de Derechos solo siete, es que constituye el punto de partida oficial y legal de la creación de enemigos por el Gobierno de Estados Unidos y de la asociación de esos enemigos así declarados con la xenofobia y el racismo. Y hasta con la intolerancia religiosa. Sería más que difícil negar que se trata de una ley de corte mccarthista y que constituye en fecha tan temprana como 1798 el inicio oficial en Estados Unidos de las explosiones de mccarthismo que se han sucedido desde entonces a todo lo largo de su historia, aunque por supuesto cada

una de ellas con diverso nombre, diversos protagonistas y enemigos declarados, diversas leyes y en medio de contextos diferentes.

Otra cosa muy importante a retener es que esas leyes, nunca derogadas, siguieron vigentes desde entonces, y que en los siglos siguientes fueron aplicadas en situaciones similares, con modificaciones que les daban más fuerza represiva o que sirvieron para que a partir de ellas se aprobaran nuevas leyes tanto en el siglo XIX como en el XX (y en el XXI). Una de ellas es la Ley Smith, aprobada en 1940, basada en la Alien and Sedition Act de 1798, la cual establecía que era un delito «conspirar para propugnar y enseñar el derrocamiento del Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza», ley que fue aplicada por el gobierno del presidente Truman en 1948 para acusar y encarcelar a varios estadounidenses sospechosos de ser comunistas (solo de esto, no de haber intentado derrocar al Gobierno de Estados Unidos, porque no estaban intentando hacerlo y ni siquiera se intentó probarlo, ya que era inútil e innecesario). Otra, la más reciente, es la Patriot Act o Ley Patriota aprobada en 2001 por el segundo presidente Bush en medio de la histeria antimusulmana desencadenada por el cada vez más cuestionado y confuso ataque aéreo contra las torres del World Trade Center neoyorquino en septiembre de ese año y que ha servido para desencadenar la permanente ola mccarthista y represiva que hoy domina en el país. De ambas cosas hablaré en detalle más adelante. Pero antes seguiré el curso cronológico de esas sucesivas olas de mccarthismo y examinaré con atención las peculiaridades e importancia de las principales de ellas.

Siglo XIX. Antes de la guerra de secesión

Los antimasones, el nativismo y los Know Nothing

Dado que la Guerra Civil de 1861-1865 dividió la historia de Estados Unidos en dos partes, conviene para muchas cosas ceñirse a ese decisivo corte. Y eso es lo que haré en este caso. Veamos entonces. Pasada esta primera crisis de xenofobia e intolerancia agudas de 1798 puede decirse que, en la primera mitad del siglo XIX, esa xenofobia y esa intolerancia se mantienen solo latentes, pero no porque no generen manifestaciones que a veces pudieran calificarse incluso de masivas sino porque aun siendo conflictivas, ninguna de esas manifestaciones alcanza la virulencia y la conflictividad política, racial y religiosa de la que acabamos de examinar.

Los antimasones y el partido antimasónico

La primera de esas manifestaciones es la que va dirigida contra los masones y que llega hasta a dar origen a un partido antimasónico. El movimiento antimasónico cobra forma y organización en la segunda mitad de la década de 1820. Es, por supuesto, un movimiento de derecha, conservador, bastante confuso, que logra apoyo entre las masas más tradicionales, pobres y atrasadas del país, las más dominadas por la religión, en este caso por el puritanismo protestante, por su fuerte tradicionalismo y su arraigado conservatismo. El movimiento antimasónico provoca, crece, agita, mueve masas y se convierte en una fuerza con alcances políticos, hasta el punto de dar origen a ese partido antimasónico en 1828. Con razón Seymour Lipset lo considera movimiento precursor del Ku Klux Klan y del mccarthismo. Y por cierto, añado por mi parte, el partido antimasónico fue el primer intento de crear un tercer partido en Estados Unidos, vinculado al para entonces decadente Partido Federal o Nacional Republicano de John Quincy Adams, al que vendría así a reforzar, y a oponerse al partido Demócrata, que para esos años estaba en pleno crecimiento, encabezado entonces por Andrew Jackson, reconocido líder popular y héroe militar de la guerra anglo-estadounidense de 1812-1814 que por cierto, además de rico terrateniente esclavista y asiduo masacrador de indios, era también, paradójicamente, un connotado masón.

Pero lo principal en este caso es otra cosa.

Porque no es casual que ese movimiento antimasónico de corte reaccionario surgiera en esa década de 1820 en Estados Unidos. Es que se trata de una década en que empiezan a despertar, a moverse y a activarse ideas progresistas en Europa, ideas anticlericales, democráticas y republicanas procedentes de la Ilustración y de la Revolución francesa, o que entroncan de alguna forma con ellas. Esas ideas repercuten en los Estados Unidos, los cuales reciben esa influencia europea porque no están todavía en condiciones, como lo lograrán en cambio en el siglo XX, de imponer su poder y su pensamiento al mundo. Y Europa, que está en ese siglo XIX a la cabeza del planeta, vive entonces bajo el dominio del Congreso de Viena y de la reaccionaria Santa Alianza, esto es, bajo la reacción monárquica y religiosa de corte absolutista y represivo que derrotó en Waterloo en 1815 lo que sobrevivía de la Revolución francesa y que para esa fecha tenía por representante al debilitado Imperio napoleónico, el cual había derribado las viejas monarquías

absolutas y modificado el mapa de Europa. Pero desde la década de los veinte de ese siglo XIX Europa está empezando a despertar y a superar esa situación. Nuevas fuerzas intelectuales de la clase media burguesa y nuevas luchas de las masas populares europeas por rescatar sus derechos conculcados por la Santa Alianza, luchas que cobrarían forma desde 1830, estaban empezando a alborotar el somnoliento cuadro social imperante y a causar la inquietud del reaccionario poder dominante en el viejo continente europeo.

En Estados Unidos, pese a su conservatismo estructural, comienzan a cobrar cierta forma y a difundirse entre capas burguesas insatisfechas e intelectuales progresistas algunas de esas ideas de cambio. Pero antes de que puedan madurar, la derecha dominante en el poder y las iglesias protestantes que ejercen con ella la hegemonía sobre las masas deciden adelantarse a esas peligrosas tendencias y a actuar, moviendo para ello la reacción de los grupos políticos y las capas sociales más tradicionalistas, conservadoras y atrasadas del país, a todos los cuales se les hace ver desde diarios, libros, folletos, púlpitos y escuelas que su modo usual de vida está seriamente amenazado por algunas de esas ideas que cuestionan, corrompen o ponen en duda aspectos importantes del sistema político y socioeconómico «americano» y que sobre todo se atreven a criticar a la religión y el dominio de la Iglesia, lo que las hace sospechosas de promover el ateísmo y la violencia, ideas ya asociadas desde 1798 por lo menos al movimiento masónico. Esto es, que se acusa a esas ideas de compartir el ya condenado pensamiento de los masones, asociados por esa misma Iglesia protestante a siniestros planes de derrocamiento del gobierno «americano». La masonería es, pues, el enemigo a combatir.

Y una cosa que contribuye a aumentar esa inquietud entre el poder dominante, concentrado en las manos de abogados de Boston, y sobre todo de plantadores esclavistas virginianos que se turnan y se suceden en la Presidencia del país (Washington, Adams, Jefferson, Madison, Monroe y Quincy Adams), es el movimiento que tiene lugar en ese entonces en el Oeste, movimiento que crece a diario con las nuevas colonizaciones de territorio y que cuestiona el dominio de las minorías elitescas que controlan el poder presidencial desde la misma Independencia. Se trata del proceso conflictivo de incorporación del Oeste a la política estadounidense, que con la rotunda victoria de Jackson en 1828 sacude el sistema hasta entonces dominante, el monopolio de bostonianos y virginianos en

el poder. Pero no para implantar la democracia, como se repite en la lectura mítica y oficialista de la historia estadounidense, porque la esclavitud negra se mantiene y Jackson es un negrero, y porque el exterminio de los pueblos indígenas se acentúa durante sus dos presidencias por la expansión indetenible de esos colonos hacia el Oeste. Pero sí se propone ampliar el marco de participantes blancos en ese régimen republicano y censitario disfrazado de democracia. Por otra parte, uno de los temas discutidos en Estados Unidos en esa década y en la anterior es el tocante a la religión tradicional. Y hubo entonces, en nombre del progreso humano y de la ciencia, muchas críticas y cuestionamientos a la religión toda, críticas que no podían menos que provocar la inmediata reacción del conservatismo puritano y movilizarlo contra esos peligrosos cuestionamientos.

Así pues, la idea central del movimiento antimasónico es la defensa de la religión, de su puritanismo dogmático y xenófobo y de las formas de vida conservadora propias de una sociedad tradicional que se siente amenazada por cualquier cambio social, político o religioso que afecte las relaciones y formas de vida por ella establecidas y aceptadas, siendo la masonería la encarnación más poderosa de esa amenaza. Y se trata, en principio, de una amenaza exterior, extraña a la sociedad «americana» pero que ya ha empezado a penetrarla porque no solo sus protagonistas son masones extranjeros, sino que hay masones ocultos en Estados Unidos y cada vez son más, según los políticos tradicionalistas y la Iglesia. De ahí la fuerza que adquiere el antimasonismo entre los sectores populares más atrasados y conservadores, que como suele ocurrir, son, no obstante las condiciones difíciles en que viven, los que más le temen a los cambios.

De cualquier forma, hay una confusión en este terreno religioso del antimasonismo porque una de las fuentes que alimentan al Partido Antimasónico y que lo conectan en buena forma con las Alien and Sedition Acts de 1798 es que sus líderes apelan otra vez al ya conocido texto de Robison y al hasta entonces menos conocido pero más importante del abate Barruel para fundamentar a partir de ellos sus ataques y condenas de la masonería. Pero al mismo tiempo que lo hacen, asocian de manera absurda a la masonería con los jesuitas, olvidando que Barruel era un abate católico, jesuita para más señas, y que en su extensa e interesante obra en cuatro tomos ataca en forma virulenta a la masonería, a la que responsabiliza de ser la promotora de la Revolución francesa y de todas las revoluciones y amenazas conspirativas y violentas contra el poder

tradicional constituido. Es decir, que su obra era parte esencial de la oposición frontal de la Iglesia católica a la masonería. De modo que asociar la masonería con los jesuitas, además de deformar la realidad, implicaba de alguna forma un ataque también a la Iglesia católica, aunque lo que cobró realmente forma entonces fue el furibundo ataque a la masonería como el principal peligro externo que amenazaba la estabilidad del tradicional sistema «americano» y de su religión puritana protestante. Pero la crítica contra la Iglesia católica y contra el papado romano estaba ya implícita en esta confusión entre masonería y jesuitismo, y no se sabría bien si se trataba de un error o de una confusión buscada, aunque todo indica que esto último es lo más probable dado que, más allá de cualquier aclaratoria, la confusión se mantiene a todo lo largo del siglo XIX y durante parte del siglo XX, involucrando como a un solo enemigo a esas dos corrientes político-ideológicas opuestas que eran y siguen siendo el catolicismo (o católico-papismo) y la masonería.

Los ataques a la masonería son terribles y movilizan a mucha población, sobre todo en las áreas rurales, lo mismo que a trabajadores de las ciudades grandes. Y Boston es uno de sus centros. El primer ataque, en 1826, que sirvió para denunciar a los masones como asesinos, se apoyó en el caso William Morgan, un albañil que había sido masón, había renunciado a la masonería y estaba por publicar un libro denunciando los secretos de la Orden. La imprenta que iba a imprimir el libro fue quemada. Morgan desapareció y todo hizo sospechar que lo habían matado y que sus asesinos (aunque nunca se los descubrió) no podían ser sino masones preocupados por las revelaciones que el resentido albañil iba a hacer públicas, algo que la masonería como orden secreta quería evitar a toda costa. Y fue grande la lista de libros y folletos que se publicaron en esos años para denunciar a los masones y a la masonería.

Pero esto fue solo el comienzo. A la masonería se la acusó de haber penetrado toda la sociedad al controlar la prensa y las instituciones públicas, de estar preparando una conspiración satánica para asaltar el poder en Estados Unidos. Para enfrentarlos se creó con participación de varios grupos religiosos el mencionado Partido Antimasónico en 1828, el cual empezó pronto a ganar apoyo y a disponer de una apreciable cifra de representantes y senadores en varios estados de la Unión.

Pero además se le atribuyeron a los masones, asociados de nuevo con la secta de los *Illuminati*, todos los crímenes imaginables.

Basados en fuentes contemporáneas, Lipset y Raab nos ofrecen en su citada obra una lista de esas acusaciones y de sus autores. La masonería era descrita como un horrible monstruo oculto y se denunciaba que su plan secreto era extenderse por todo el mundo y someterlo a su siniestro dominio. Los masones profanaban la religión, cometían todos los pecados imaginables y practicaban todas las abominaciones. Amenazaban el honor de las familias y hacían peligrar la honestidad de esposas, madres e hijas. Además, como, según esos declarados enemigos suyos había puesto en evidencia el caso Morgan, no se arredraban ante el crimen y para mostrarlo se ofrecían listas fantasiosas de sus crueles asesinatos y de la forma brutal en que mataban a sus enemigos. En pocas palabras, los masones eran el instrumento del demonio para acabar con la religión, con la verdadera, la protestante, porque no solo había masones ateos o incrédulos, que por supuesto eran la mayoría, sino también otros que eran católicos papistas o judíos.

No se tardó así en asociar a la masonería con el catolicismo romano y con ocultos planes del papado romano para imponer su dominio sobre el mundo atacando y destruyendo las instituciones republicanas, que eran las que constituían el entramado social de Estados Unidos. Los antimasones hicieron crecer entre el pueblo de antigua cepa «americana» las sospechas contra los extranjeros, se condenó y persiguió a las sociedades secretas y se exigió de las leyes de la Unión que desenmascararan a los masones internos, ya fuesen estos estadounidenses nativos o naturalizados y que se despojara a estos últimos de su adquirida nacionalidad «americana». Se pidió además que se los sacara de sus ocultos escondites y se los encarcelara, expulsando del país a todos aquellos que fuesen extranjeros. La verdad es que el antimasonismo provocó una gran ola de histeria y de xenofobia política y religiosa y que en esas décadas de los años veinte y treinta del siglo XIX se constituyó en una poderosa fuerza de masas presente y activa en buena parte del país. Pero al integrarse en el partido Whig o Federal que estaba entrando en decadencia frente al auge del partido Demócrata, el Partido Antimasónico, que era su motor y núcleo principal, fue perdiendo fuerza y, como veremos, solo la volvió a recuperar más adelante.

El nativismo y los Know Nothing

El antimasonismo se fue identificando en las décadas siguientes como expresión de una fuerza mayor dentro de Estados Unidos: la

fuerza del nativismo. En efecto, el sustento de ese movimiento antimasónico y del que a continuación se amplió como expresión del llamado *nativismo* no era otro que el ya viejo tradicionalismo conservador, xenófobo, atrasado y religioso (anticatólico) que domina entre las grandes masas de la población estadounidense. Se lo llamó nativismo no porque se refiriese a la población indígena originaria o la incluyera a ella, puesto que a esa población no solo se la excluía de toda vida política sino que se la tenía como un obstáculo a destruir para continuar con la indetenible expansión territorial hacia el Oeste y hacia el Sur. Aquí los verdaderos nativos son los «americanos» de vieja cepa, las gentes que se tienen a sí mismas como los «americanos» más antiguos, es decir, como los descendientes de los colonos europeos blancos, anglosajones y protestantes más viejos, que son por eso mismo defensores firmes de la cultura y la religión tradicionales y más conservadoras, opuestos a todo cambio, algo que consideran peligroso; y además, siempre de sospechosa procedencia extranjera, siempre procedente de enemigos del auténtico americanismo que solo ellos encarnan y representan.

Ese es, en pocas palabras, el nativismo estadounidense, un movimiento conservador, atrasado, xenófobo y racista que desde hace siglos se mantiene vivo entre las masas de ese país y que representa una poderosa fuerza masiva y retrógrada que se moviliza con vigor en cada estallido de mccarthismo, de furor, rechazo y odio contra todo cambio que afecte de algún modo la estructura más rígida y tradicional de la conservadora sociedad estadounidense y sus valores, cambio al que se ve siempre como un producto extranjero y enemigo dirigido a destruir lo que ellas consideran como la esencia de la cultura «americana», esa que los define y con la que ellas se identifican.

Y queda claro, en este caso, que esa descendencia de los colonos más antiguos (blancos, anglosajones y protestantes) no se refiere a las élites dominantes, que también lo son y que son además igualmente conservadoras en su gran mayoría, sino que se refiere a la masa por lo general pobre o más pobre y atrasada de la población, la que constituye la mayoría poblacional de Estados Unidos y que en esa sociedad todavía rural, agrícola, de no muy elevado desarrollo urbano que son los Estados Unidos de antes de la Guerra de Secesión, es decir, durante la primera mitad del siglo XIX, se concentra en el campo y en los pequeños centros urbanos. Sus representantes son la clase media pobre, los pequeños granjeros,

los obreros por lo general pobres, los desempleados y los pequeños productores urbanos o rurales.

En esas décadas de 1830 y 1840 la sociedad estadounidense sigue aumentando su población, en buena parte gracias a una creciente masa de inmigrantes de diversa procedencia que aumenta año tras año y en la que empezaron a cobrar peso irlandeses y alemanes católicos, por lo general muy pobres. De allí la fuerza masiva, la religiosidad puritana y la abierta xenofobia de ese nativismo que pronto cobra forma y expresión políticas en asociaciones de *native americans* (americanos nativos), las cuales crecen bastante en los años cincuenta, ganando incluso elecciones estadales, como en Massachusetts, y cuyos blancos xenófobos son la masonería, el catolicismo y todo lo que huela a extranjero, porque con la nueva inmigración hay competencia por los puestos de trabajo y se culpa a los extranjeros, a los recién llegados, del desempleo de los nativos. Porque son esos extranjeros, sobre todo los irlandeses católicos, los que, ya sea como obreros calificados o incluso como pobres y sirvientes, se apoderan de puestos de trabajo que deberían tocarles a ellos como «americanos primigenios» que son, y no a esos extraños y sospechosos recién llegados, católicos y papistas, a los que la xenofobia protestante acusa de delincuentes y de llenar también las cárceles. Algo que no es del todo falso, pero que se exagera por racismo y porque ningún nativista intenta encontrar una explicación plausible en la pobreza y miseria que esos inmigrantes recién llegados sufren y en la difícil vida urbana en la que intentan sobrevivir. Pero no solo se culpó a esos irlandeses católicos de competidores y de delincuentes, sino que también se los acusó de ser parte de una conspiración encabezada por los jesuitas para destruir las tradiciones del país y adueñarse del poder estadounidense a fin de ponerlo al servicio del papado.

El nativismo y el anticatolicismo unidos fueron cobrando cada vez más fuerza, diversificados en esas asociaciones de americanos nativos. Y en la década siguiente, la de 1850, dieron origen a un movimiento de conservatismo y xenofobia aún más radical, suerte de mezcla de partido político con orden secreta religiosa, el Native American Party o Partido Nativo Americano, que en 1855 se cambió el nombre por el de American Party (Partido Americano), cuyos líderes fueron Nathaniel Banks y Lewis Charles Levin, y que a pesar del gran apoyo de masas pobres, rurales, tradicionales, protestantes todas, que obtuvo en su corta existencia durante esa

década y que le permitió ganar elecciones locales o regionales y apoyar candidatos a la Presidencia, asumió también (habría que pensar que por absurda precaución, porque a sus miembros nadie los perseguía) cierta forma de conducta pública de lo más rara por lo misteriosa. Esto fue lo que hizo que a sus militantes se los conociera como los Know Nothing porque a toda pregunta que se les hacía respondían siempre en forma abreviada «I Know Nothing», es decir, «Yo no sé nada«». De modo que en forma paradójica y algo ridícula, su real o supuesta intención de permanecer como militantes secretos de un partido al que nadie perseguía se venía abajo solo con interrogarlos, ya que bastaba oírlos responder «Know Nothing» a cualquier pregunta para descubrir que lo eran. De todas formas, en su intolerancia xenófoba los Know Nothing fueron protagonistas de varios actos violentos porque su anticatolicismo furibundo los llevó a enfrentamientos con católicos de los que derivaron iglesias incendiadas, como ocurrió en Bath en 1851, y católicos muertos, como en Louisville, Kentucky, en agosto de 1855, en la que veintidós católicos resultaron muertos y muchos otros quedaron heridos de cierta seriedad.

Pero hay que señalar que a pesar de su fuerza y apoyo de masas y pese a su nada desdeñable representación parlamentaria tanto regional como nacional, esos movimientos antimasónicos, anticatólicos y nativistas no llegaron a causar una histeria general ni a controlar el poder federal para llevar a cabo sus propósitos. Y el hecho que cuenta es que aunque renacerían más tarde con mayor fuerza, lo cierto es que en esta ocasión se mantuvieron activos solo por dos o tres décadas y pronto se vieron forzados a definirse ante los grandes partidos dominantes o en ascenso. El partido Whig, esto es, el conservatismo elitesco que había reemplazado desde 1833-1834 al viejo partido Federalista, ya decadente y en plena crisis, lo mismo que los demócratas, que luego de su primer auge jacksoniano ahora se identificaban con el Sur y defendían la esclavitud, trataron de ganarse a nativistas y Know Nothing, pero estos últimos, que al menos condenaban la esclavitud, prefirieron emigrar hacia el naciente Partido Republicano, que era partidario de la inmediata abolición.

La principal razón de todo esto es que en esos años inmediatamente anteriores a la Secesión, años en que los temas que cobraban cada vez mayor peso entre los políticos y entre el pueblo mismo eran los relativos a la esclavitud y al abolicionismo todo en medio de un creciente conflicto que amenazaba al país de división

y guerra civil, esos movimientos nativistas, antimasónicos, anticatólicos y Know Nothing perdían fuerza como tales en medio de esa conflictividad nueva o renovada entre partidarios y críticos de la esclavitud. Pero solo desaparecieron como corrientes autónomas, porque en realidad se integraron a las fuerzas dominantes. La mayoría de ellos, los Know Nothing, se integraron como fuerza a los nuevos republicanos, partido en el que contribuyeron en forma poderosa a fortalecer el anticatolicismo. Este proceso de absorción concluyó poco antes del inicio de la Guerra Civil en 1861, al ganar el republicano Abraham Lincoln el poder en unas elecciones presidenciales muy reñidas.

Siglo XIX. Después de la guerra de secesión

Nuevas expresiones anticatólicas, antimasónicas y antijudías

Después de la Guerra Civil (1861-1865), en la que a un alto costo vencen los republicanos, el Sur esclavista es derrotado y queda abolida la esclavitud. Pero los vencidos demócratas, que han apoyado al Sur y a la esclavitud, siguen conservando bastante fuerza y poder no solo en este territorio, sino incluso en el Norte y siguen disputándole el poder a los vencedores, los republicanos. Así que los agudos enfrentamientos políticos continúan. Por otra parte, o como cuadro de fondo de ello, a lo largo de las décadas siguientes se producen grandes cambios sociales y económicos en todo el territorio estadounidense, sobre todo en el Norte y el Oeste, aumentan la inmigración y las cifras de inmigrantes y con todo ello los Estados Unidos, a un acelerado ritmo se van convirtiendo de país predominantemente rural en gran potencia industrial capitalista. Los emigrantes católicos (y ahora a los irlandeses se suman los italianos y también los polacos) apoyan a los demócratas. Y a los republicanos se les complica la situación, lo que le da un carácter aún más virulento a la lucha política.

En este nuevo contexto el «americanismo», la xenofobia y el conflicto religioso como componentes clave del enfrentamiento político renacen con nuevas fuerzas. Y son esta vez los republicanos los protagonistas de toda esta política conflictiva, acusando a los demócratas de «antiamericanos» por sus estrechos vínculos con los católicos y ejerciendo todo su poder para acusar a estos últimos de ser agentes del papismo y de formar parte de un poder

extraño a los intereses de Estados Unidos capaz de comprometer su independencia y su soberanía. Esta nueva histeria cobra muy pronto fuerza y alcances nacionales, dados el carácter territorial de la lucha y el peso de los dos partidos enfrentados.

La prensa republicana acusó a los demócratas de haber apoyado la esclavitud y de haberse opuesto al gobierno de la Unión, es decir, de haber querido la secesión del país. Y los acusó, luego de perdida por ellos la guerra, de colocar en cargos partidistas o públicos a católicos que durante esta, mientras estadounidenses morían de lado y lado, se habían declarado pacifistas o neutrales y se habían opuesto a la liquidación de la esclavitud. Hasta se les inculpó de haber formado parte de la conspiración para asesinar a Lincoln. En campañas políticas ulteriores se acusó a los católicos de querer controlar las escuelas para ponerlas al servicio del Papa (en efecto, controlaban muchas escuelas primarias) y a los demócratas de ser títeres conscientes o inconscientes de esos planes.

Los republicanos editaron y difundieron folletos anticatólicos, hubo enfrentamientos en el Congreso y se produjeron debates acerca de la enmienda propuesta por el republicano James Blaine para prohibir la entrega de fondos estatales a escuelas parroquiales, las cuales solían estar controladas por la Iglesia católica. La enmienda no prosperó. Y por otro lado, el presidente Ulyses Simpson Grant, republicano, celoso protestante, héroe militar norteño de la Guerra Civil, que había sido militante de los Know Nothing y era declarado enemigo de los católicos y los judíos y había apoyado la Enmienda Blaine, llegó a declarar en 1875 que Estados Unidos debía prepararse para una nueva guerra civil, esta vez entre protestantes y católicos. Lo que evitó que esta nueva ola de anticatolicismo llevara a enfrentamientos mayores fue que los católicos tenían suficiente poder escolar, económico, mediático y político para defenderse y que los demócratas, que los apoyaban, eran un partido que seguía siendo poderoso, de modo que el espectro político se encontraba más o menos equilibrado y la división entre las masas estadounidenses no se acercó a la guerra civil que pronosticara Grant.

Lo que sí se va a producir durante y después de la década de los setenta de ese siglo XIX estadounidense es que surgen diversas organizaciones o sociedades secretas anticatólicas y nativistas. Esas sociedades secretas trataron de revivir el antimasonismo, pero lo que ocurrió con varias de esas organizaciones es que argumentaban que los masones se habían convertido en una poderosa

fuerza secreta en el país, lo cual no era del todo falso, añadiendo por su parte que por sus siniestras ideas y proyectos de poder seguían constituyendo un gran peligro para la sociedad «americana» y para sus valores tradicionales, lo que sí era en cambio una típica especulación calumniosa y reaccionaria asociada a la visión que la Iglesia católica seguía sosteniendo acerca de la masonería. Y bastaría para ello recordar la candente polémica alimentada de todo tipo de insultos que en la Europa de esos mismos años sesenta, setenta y ochenta del siglo XIX se llevó a cabo entre la Iglesia católica encabezada desde el Vaticano por el Papa, ya fuese este Pío IX o León XIII, y los grupos masones, sobre todo franceses, acusados de todo tipo de crímenes por ella.

Lo que ahora debo señalar es que en 1873 se fundó en Estados Unidos una asociación nacional cristiana, conservadora, nativista y por supuesto protestante, que atacó con mucha agresividad a católicos, masones y hasta a protestantes liberales. El Partido Americano se había disuelto en 1860 y en 1874 se creó un nuevo partido antimasónico con el mismo nombre, American Party (o Partido Americano), heredero del anterior, que abiertamente llamaba a destruir a los masones para salvar a Estados Unidos e hizo campaña contra Albert Pike, el jefe de la masonería estadounidense, a quien satanizó en forma virulenta y cotidiana. Por cierto, en Europa el antimasonismo del papado y de la Iglesia católica estaba también en su apogeo y Albert Pike también fue implicado en la famosa conspiración masónica universal que expuso en Francia el famoso estafador Leo Taxil, antiguo líder y prolífico escritor masón pasado para ese entonces con armas y bagajes al catolicismo papista más ultramontano.

Pero lo más importante es que en 1876 esas asociaciones antimasónicas y anticatólicas se unen para formar la American Alliance (Alianza Americana), a la que sucedió en 1887 la aun más amplia y poderosa American Protective Association (Asociación Protectora Americana). Como puede apreciarse, la histeria antimasónica y anticatólica seguían vivas, ya se manifestasen juntas o separadas. La Asociación Protectora Americana (APA) se creó en Iowa y para mediados de los años noventa pasaba de dos millones y medio de miembros. La APA atacaba con furia a la Iglesia católica y al Papa, a los que acusaba de promover una conspiración para poner a Estados Unidos al servicio de este. La APA llegó incluso a falsificar y difundir en 1893 varias cartas y encícli-

cas papales, en este caso de León XIII, en las que este desligaba a los católicos estadounidenses de sus juramentos de fidelidad a Estados Unidos y los llamaba a masacrar a todos los protestantes, considerados herejes por el catolicismo. Acompañadas de grandes movilizaciones y crudas amenazas de la APA, esas acusaciones lograron aterrorizar no solo a muchos protestantes sino también a muchos católicos. A aquellos porque se sentían amenazados, y a estos porque temían que grupos protestantes, creyendo en la existencia de esa amenaza de parte suya, los mataran a ellos antes de que la agresión fuera llevada a cabo. El fantasma de la terrible noche francesa de San Bartolomé pareció planear ahora sobre varias atemorizadas ciudades estadounidenses.

En varias de esas ciudades el verano de 1893 fue terrible porque los protestantes estaban convencidos de que los católicos se hallaban organizados, armados y preparados por orden del Papa para masacrarlos a todos el 5 de septiembre. Muchos de ellos, aterrorizados, se escondieron, pero otros se dedicaron a comprar armas y a prepararse para enfrentar a los católicos. Hubo alta tensión y agudo ambiente de guerra religiosa como en la Europa de la Reforma. El terror se impuso. En Toledo el alcalde llamó a la Guardia Nacional para que protegiera la ciudad, en particular a los amenazados protestantes, y en otras ciudades hubo tensiones y situaciones similares. Por suerte para todos, la amenaza de agresión y de masacre resultó tan falsa como las cartas y encíclicas papales. Pero el miedo, en cambio, sí se quedó instalado en el país por mucho tiempo.

Además de esto, la APA era una organización secreta que proclamaba su americanismo puro y absoluto y cuyos miembros hacían reuniones clandestinas, practicaban ritos misteriosos y vestían en ellos trajes peculiares. En esto de tener ritos y reuniones secretas la APA no se distinguía mucho de sus enemigos los masones y en todo lo tocante a sus ideas asociadas con sus ritos se asemejaba, como ha sido dicho muchas veces, al famoso y contemporáneo Ku Klux Klan, al primero, fundado en 1865, aunque este actuaba entonces solo en el Sur, mientras que la APA se movía por todo el país.

Ya para fines de siglo, a estas arraigadas expresiones de xenofobia y de racismo contra masones y católicos vienen a añadirse formas iniciales de antijudaísmo. Comienzan de una forma xenófoba en el campo de la inmigración, porque son muchos los judíos que llegan a Estados Unidos con toda la carga de rechazo cristiano de siglos que los acompaña. Pero pronto esta xenofobia racial

y religiosa se carga de contenido económico y social, porque los judíos no son solo inmigrantes pobres de Europa central y oriental, como ocurre con la mayoría de ellos, sino que pronto surge de entre esa importante masa de migrantes una serie de grupos prósperos de clase media asociados a la cultura, a los medios, a las profesiones liberales, y, sobre todo, al comercio y a la intermediación económica entre la que descuella, en las décadas siguientes, una poderosa minoría rica asociada a los préstamos, a las finanzas y a la banca, que se desarrollan, sobre todo en el Este, como una de las expresiones centrales de ese capitalismo salvaje, brutal e insaciable que encarna y encabeza con los grandes sectores industriales el nuevo poder económico dominante en la sociedad estadounidense.

Así, el rechazo a los inmigrantes judíos tiene dos expresiones centrales. Una la constituye el clásico rechazo racial y religioso asociado a los diversos mitos y calumnias que por toda Europa y América los cristianos de todo pelo han creado y difundido contra ellos a lo largo de muchos siglos de condenas, matanzas y persecuciones. La otra, la que tiende a dominar sin que se descarte la primera, es la que toca lo económico y se concentra en esa minoría rica y poderosa que viene a unirse y a reforzar a los explotadores protestantes de cepa anglosajona. Los banqueros del Este, de Wall Street, entre los que hay muchos de origen y apellidos judíos, pasan a ser llamados los judíos de Wall Street y se convierten en verdaderos símbolos de explotación capitalista, dejando de lado el hecho de que buena parte de los inmigrantes judíos son trabajadores y de que muchos de ellos participan de ideas socialistas y revolucionarias. Pero esto tampoco les ayuda porque para el poder y sus miedos ancentrales eso los hace sospechosos. De modo que para los granjeros del Oeste, que denuncian a los banqueros, explotadores e intermediarios del Este, los cuales les imponen el patrón oro y les chupan la sangre comprándoles a bajo precio sus cosechas y ofreciéndoles préstamos leoninos que no les permiten mantener sus granjas, esos aborrecidos banqueros son asociados por ellos casi siempre con judíos. Y por otro lado, para los trabajadores de cepa anglosajona y protestante del Este, por lo general pobres, atrasados y dominados por sus prejuicios raciales y religiosos, los judíos pobres que buscan empleo no pueden ser sino competidores a los que se descalifica y teme no solo porque los desplazan a ellos de sus trabajos sino porque se los tiene por enemigos de su religión, deicidas y practicantes de ritos extraños y criminales.

Por cierto, algo más adelante, ya en la segunda década del siglo XX, se produce una temprana explosión de antijudaísmo que voy a examinar de una vez. Sale del Partido Populista, que es el partido de los granjeros del Oeste, los denunciantes del Wall Street judío. Y tiene por protagonistas a dos individuos: Tom Watson y Leo Frank. Watson había sido uno de los líderes más importantes del Partido Populista en las dos últimas décadas del siglo XIX. En esos tiempos era un hombre progresista que junto con el Wall Street judío denunciaba también con energía el racismo antinegro y el anticatolicismo. Pero luego fue decantándose hacia la abierta derecha y el racismo, y para la segunda década del siglo XX había pasado a atacar con frontal odio a negros y a católicos, mientras aumentaba su virulencia contra los judíos.

Y aquí entra Leo Frank, que se convierte en cierta forma en la víctima de Watson.

Frank fue un joven judío acomodado del estado de Georgia que fue acusado –todo indica que sin pruebas suficientes– de haber violado y asesinado a Mary Phagan, una niña blanca pobre de trece años, empleada de la empresa que regentaba. Hubo un escándalo y un juicio, y la acusación se basó en el testimonio del conserje de la empresa, que al parecer había sido el verdadero culpable. Frank fue condenado a muerte y sus defensores apelaron sin éxito. Pero el gobernador del estado le conmutó la pena por prisión perpetua. El caso generó una ola de antijudaísmo y uno de los promotores de la campaña por ejecutar a Frank fue Tom Watson, que habló de un crimen de los ricos judíos como Frank para los que nada valía la vida de una niña pobre a la que ellos descalificaban como gentil o pagana. Habló también de tribunales de ricos que apoyaban a los ricos, es decir, a los suyos, tapando y perdonando sus crímenes y despreciando las vidas de chicas pobres como la niña asesinada. Watson publicó al respecto folletos, libros y artículos de prensa. Y trajo incluso a colación las acusaciones de asesinatos rituales que en la Edad Media europea se atribuían con frecuencia a los judíos. Lo cierto es que el resultado de esta campaña, en la que hubo otros promotores además de él, fue que una turba de hombres blancos borrachos, histéricos y armados sacó a Frank de la cárcel y lo linchó, ahorcándolo, en junio de 1915.

Este crimen, horrible como lo es todo linchamiento, merece varios comentarios. Es cierto que el caso, nada hermoso, la violación y asesinato de una adolescente de trece años, provocó un gran

repudio de la prensa y de las gentes de Atlanta y en medio de él una ola de muestras de antijudaísmo, por ser Leo Frank judío, aunque hasta entonces Atlanta no había sido ningún centro de odio a los judíos. Cierto también que el juicio dejó muchas sospechas y que quedaron dudas sobre la culpabilidad de Frank, aunque no de que hubiese alguna forma de complicidad suya en los hechos. Pero creo que pasado ya más de un siglo del linchamiento del joven judío, resulta posible señalar varias cosas.

Sobre el caso del asesinato de la niña y el juicio y linchamiento de Frank se han publicado muchos libros, se han hecho varios filmes y difundidos numerosos programas o series de televisión, por lo general con el objetivo de defender a Frank y condenar el antijudaísmo. Y por cierto, fue a raíz de su linchamiento que los dirigentes judíos estadounidenses crearon la conocida Liga Antidifamación. (Además, también fue 1915 el año en que junto con la famosa película de David Griffith, *El nacimiento de una nación*, apareció el segundo Ku Klux Klan).

Lo primero que resalta de todo esto es que el impacto causado por el crimen se ha mantenido a lo largo del siglo transcurrido después de los hechos. Y esto no tiene que ver solo con la fealdad del asesinato, pues crímenes similares o mucho peores llenan la historia de Estados Unidos y luego de escándalos similares a que dieron origen en su momento han terminado pasando al olvido, de modo que hoy nadie los recuerda. Lo que esto significa es que la trascendencia del caso Frank es producto de una publicidad sostenida y financiada con grandes recursos. Es decir, que detrás de esta denuncia del antijudaísmo a que el juicio de Frank dio curso, se halla el enorme poder económico y mediático de la rica comunidad judía estadounidense, que hizo de la dudosa culpabilidad de Frank y de su linchamiento por el grupo de defensores de la niña muerta que lo sacaron de la cárcel para ahorcarlo, una permanente bandera de lucha contra cualquier manifestación de antijudaísmo que pudiera presentarse en territorio estadounidense, aun sin llegar a esos extremos.

Pero también destaca otro hecho resaltante. Y es que en toda la secuencia de explosiones de xenofobia racista e intolerancia religiosa que llena la historia de Estados Unidos, el único judío estadounidense linchado ha sido Leo Frank. Frente a él hay que decir que los negros estadounidenses condenados sin culpa, apaleados, torturados, linchados, quemados vivos, son decenas de miles y que

salvo contadas excepciones no pasan de ser meros números que forman parte de largas listas innominadas. Son negros y basta. Como los palestinos de hoy, ninguno de ellos tiene cara ni nombre ni historia personal, ninguno de ellos es recordado y en ese país dominado por el racismo contra la población negra que era y es Estados Unidos, nadie, salvo contadas excepciones, edita libros o paga publicidad para resucitar al menos los nombres de esos negros muertos o linchados ni financia películas o series de televisión capaces de mantener vivo su recuerdo.

Esto debe asociarse a un tercer aspecto. Y es que esos negros, que por siglos han sido torturados y linchados, y que la policía estadounidense actual sigue asesinando impunemente a diario, son asesinados simplemente por ser negros. Eso solo basta para que sean sospechosos, para que cualquier policía los apalee o los mate a tiros con la mayor impunidad. A ninguno de ellos se lo acusa de un delito, verdadero o falso, ni se lo somete a un juicio así este pueda ser tachado de defectuoso como el de Leo Frank. Se los mata o se los lincha simplemente por ser negros, y luego se los olvida. Y son tantos que no hay manera de recordarlos. En el caso de Frank, que no fue juzgado por ser judío sino porque la policía que investigaba el asesinato de la chica violada y muerta lo consideraba sospechoso del crimen, hubo un juicio, una condena a muerte y una inmediata conversión de la pena capital en cadena perpetua porque el gobernador del estado consideraba insuficientes las pruebas que intentaban probar su culpabilidad.

Y es solo aquí que se inserta y cobra peso el antijudaísmo, no antes. La especialidad de Atlanta era linchar negros y quemarlos vivos. Nunca antes habían pensado sus habitantes en linchar también a un judío que, por lo demás, era blanco como ellos, como los usuales linchadores. El rechazo a Frank deriva de que es acusado de un feo crimen, el de violar y asesinar a una adolescente de trece años. Él era un empresario rico y ella una niña pobre que debía trabajar como obrera. Él formaba parte de una élite judía que las gentes corrientes de Atlanta y de otras partes de Estados Unidos rechazaban porque la asociaban con los grandes banqueros de Wall Street a los que odiaban por su condición de explotadores. Y los judíos ricos eran parte de ese grupo.

De modo que el antijudaísmo que se desata y se desborda llevando al linchamiento de Frank, en buena parte como producto de las persistentes y difundidas denuncias de Watson, tiene en su

origen un carácter más social, de odio de clase, de odio de pobres y clase media contra ricos, que racial, que de odio de raza. Solo que ambas cosas se funden porque la acusación de que además de asesino de una niña que es su empleada, Frank es además judío, despierta viejos y arraigados odios; porque el cristianismo de que están todos imbuidos proclama a diario el odio de los judíos a los que acusa de haber crucificado a Cristo su Dios y de negar su divinidad. La fealdad del crimen de que se acusa a Frank (y Watson ha puesto a circular de nuevo la idea de que los judíos medievales asesinaban niños en sus ritos) se encarga de hacer el resto. En fin, un horrible crimen, un juicio de resultados dudosos, una condena a cadena perpetua y no a muerte, rechazada por buena parte de la población de Atlanta, y como resultado el criminal linchamiento de un hombre que al parecer no fue el verdadero asesino de la chica pero que reunía las condiciones económicas, sociales, religiosas y raciales para convertirse en víctima de todos esos odios. En todo caso, el antijudaísmo cobró fuerza en los siguientes años, pero por fortuna no volvió jamás a ocurrir algo parecido.

Capítulo VII

Los veinte del siglo XX. Histeria anticomunista, xenofobia, racismo, el juez Palmer y el Gran Espantajo Rojo

Es en el curso de la primera mitad del siglo XX que va a acentuarse el mccarthismo en sus tres dimensiones: racista, religiosa y político-ideológica, con claro predominio de esta última pero sin que a menudo dejen de integrársele para formar un todo con ella lo religioso y lo racial, esto es, la prepotencia puritana y la abierta xenofobia.

De la Primera a la Segunda Guerra Mundial

Veremos en lo que sigue la aparición, desarrollo y principales manifestaciones de ese mccarthismo *avant la lettre* entre las dos guerras mundiales, básicamente entre 1917 y el fin de la década de los treinta, en que además de anticomunista asume rasgos nazis. Pero por su necesaria extensión debo dividir el estudio en dos partes, una para cubrir el período que va desde la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra mundial, en 1917, hasta el fin de la década de los veinte; y otra para examinar la evolución de esa extrema derecha mccarthista desde el inicio de los treinta hasta 1941, cuando el país entra en la Segunda Guerra Mundial.

Veremos entonces en este capítulo solo el período que cubre desde 1917 hasta el término del decenio de los veinte, período particularmente interesante por la fuerza y los alcances de la histeria mccarthista y antibolchevique que lo llena casi todo.

La represión e histeria mccarthista que se desata durante la Primera Guerra Mundial y el inicio de la década de los veinte

El pueblo estadounidense, cuyos dirigentes políticos y religiosos, centrados en imponer su dominio sobre América Latina y el Caribe, lo habían mantenido lejos de las frecuentes guerras y conflictos europeos, no quería por ningún motivo involucrarse en forma di-

recta en la mortífera guerra europea de 1914-1918, la que llamamos Gran Guerra o Primera Guerra Mundial. Y aquí, cuando digo el pueblo, hablo no solo del pueblo propiamente dicho, que es siempre la carne de cañón de las guerras, esto es, de obreros, campesinos (*farmers*, en este caso), jóvenes y trabajadores en general, sino también de clases medias y hasta de la mayor parte de los empresarios, banqueros y comerciantes, que ya tenían inversiones en Europa (monopolios incluidos) pero no querían involucrarse en una guerra terrible como la que estaba teniendo lugar en los campos europeos, prefiriendo permanecer a la expectativa esperando el resultado de la misma para tomar convenientemente posición en función de sus intereses y buscando como siempre obtener de esta cómoda forma los mejores beneficios; o en todo caso, como pensaban sus grandes empresarios, declarando una absoluta pero falsa neutralidad mientras colaboraban a distancia no con ambos contendientes, como habían hecho en otras ocasiones, sino solo con uno de ellos, en este caso Inglaterra, vendiéndole armas y alimentos.

Y esto porque los grupos más poderosos de la burguesía estadounidense, grandes empresarios monopolistas, comerciantes y banqueros, estaban ya muy involucrados en la exportación de bienes industriales y de capitales a Europa, dado que Estados Unidos estaba ya dejando de ser deudor de esta, como había sido en el siglo XIX, y pasando ahora a ser su acreedor. De modo que esos empresarios exportadores, en nombre de la libertad de comercio, querían comerciar sin trabas con Inglaterra y sacar beneficios oportunistas de ese comercio, algo que para los militaristas alemanes, enfrentados a Inglaterra, Francia y Rusia, constituía una clara provocación apoyada en una hipócrita política de falsa neutralidad.

En efecto, mediante la política del Gran Garrote del primer Roosevelt, la Diplomacia del Dólar de Taft y la doblez hipócrita del presidente de entonces, Woodrow Wilson, Estados Unidos había estado involucrado desde fines del siglo XIX hasta 1916-1917 en todo tipo de agresiones, intervenciones descaradas e invasiones imperialistas directas en Centroamérica y el Caribe (apropiación neocolonial de Cuba y Puerto Rico desde 1898; apropiación de hecho de Panamá en 1903 tras la creación de una colonizada república que les entregó el espacio para construir el ansiado Canal; ataques reiterados a Nicaragua en 1912, a México en 1914; invasiones y ocupaciones sucesivas de Haití y de República Dominicana en 1915 y 1916), todas las cuales les permitieron hacerse con el

dominio pleno del mar Caribe. Y también habían llevado a cabo agresiones e intervenciones militares exitosas en el Pacífico (temprana amenaza del comodoro Perry al Japón en 1854 para forzarlo a abrir sus puertos al comercio mundial; apropiación de Hawaii en 1893 mediante un golpe de Estado y de Filipinas en 1898 por medio de otra intervención militar que, rechazada por los patriotas filipinos, los llevó a cometer a lo largo de los años siguientes una secuencia de espantosas masacres contra su población; y participación en la brutal y saqueadora agresión llevada a cabo por varias potencias europeas contra la debilitada China imperial en 1900). El imperialismo estadounidense estaba ya, pues, bien activo, pero en cambio había querido hasta entonces mantenerse fuera de la guerra europea, de las luchas de sus potencias imperialistas por el poder colonial asiático y africano y de sus insolubles y reiterados conflictos territoriales.

Esa es la opinión claramente dominante en Estados Unidos y compartida por la gran mayoría de su población hasta abril de 1917 cuando el presidente Wilson declara la guerra a Alemania y a sus aliados los imperios centrales, esto es, a Austria-Hungría y al Imperio turco. De esta forma Estados Unidos se ubica militarmente del lado de las potencias coloniales llamadas democráticas (la Triple Entente, formada por Gran Bretaña, Francia y la Rusia zarista). En consecuencia, empieza a prepararse para enviar de inmediato tropas a fin de ayudar con ellas y con el necesario suministro de armas y equipos militares al triunfo de sus aliados europeos y contribuir así a la derrota de sus enemigos, encabezados por Alemania. Y la crisis y derrumbe de la Rusia zarista, en la que estallan ese año 1917 en febrero y octubre dos sucesivas revoluciones que derriban al zarismo y que terminan a fines de ese mismo año por llevar al poder a los comunistas bolcheviques liderados por Lenin y Trotsky, agudizan la necesidad de incrementar esa presencia, en alianza con Inglaterra y Francia, y de acelerar esa decisión, al mismo tiempo que se define para el «pacifista» gobierno de Wilson, hipócrita, racista, admirador del Ku Klux Klan e invasor de América Latina, la urgencia de prepararse para enfrentar y aplastar, también por las armas, al lado de diversos países europeos, esa peligrosa revolución comunista, una vez que se diera fin a la Gran Guerra.

La historia oficial de Estados Unidos, siempre en apoyo de estos y de sus políticas «defensivas», acusa a Alemania de haber provocado con sus reiteradas agresiones la declaración de guerra del

gobierno estadounidense de Wilson en abril de 1917, y a ese respecto han hablado del hundimiento del *Lusitania* y del «Telegrama Zimmermann».

El *Lusitania* era un enorme y moderno trasatlántico británico construido por la línea Cunard para transporte de pasajeros y hacía viajes regulares entre Nueva York y los puertos británicos (pero era un secreto a voces, conocido por la inteligencia alemana, que la nave estaba fuertemente artillada y que en sus últimos viajes solía transportar escondidos cargamentos de mercancías, armas y municiones enviadas por Estados Unidos para Gran Bretaña). Esa nave de paz convertida en nave de guerra salió del puerto de Nueva York el 1.º de mayo de 1915 en dirección a Gran Bretaña y fue hundida por un submarino alemán, un *U-Boat*, en el atardecer del 7 de mayo en el Atlántico Norte, cerca de la costa sur de Irlanda. El ataque alemán, al disparar un certero y potente torpedo que hundió el barco en cosa de dieciocho minutos, produjo casi dos mil muertos, entre ellos ciento veintiocho estadounidenses (la cifra oficial, que incluye pasajeros y tripulación, es de 1 198 víctimas). El ataque, sin advertencia previa y capaz de producir esa enorme mortandad de pacíficos viajeros, tuvo enorme repercusión, generó un escándalo mayúsculo en los medios y en las cancillerías y se condenó mundialmente a Alemania por su injustificable crimen. Pero Alemania se defendió de la acusación diciendo que Estados Unidos venía desde hacía meses trasladando armas y municiones en barcos de pasajeros, que ellos habían advertido por vía diplomática al gobierno estadounidense de que no iban a tolerar en el Atlántico la continuación de ese comercio de armas disfrazado. Y mostraron que el *Lusitania*, lleno de pasajeros civiles, estaba armado como nave militar y transportaba varios miles no declarados de cajas de munición para ser entregadas a Gran Bretaña, lo que debía hacer imposible que Estados Unidos pudiera hablar en este y en los casos precedentes de pacifismo y de ataque contra el libre comercio y la neutralidad.

El otro caso citado es el del tan famoso como sospechoso Telegrama Zimmermann, mediante el cual el gobierno de Alemania ofrecía ayuda al México de la Revolución para recuperar los territorios que los estadounidenses le habían robado en 1848, a cambio de que declarara la guerra a Estados Unidos.

El telegrama habría sido enviado el 16 de enero de 1917 por Arthur Zimmermann, ministro de Exteriores del Imperio alemán al embajador de Alemania en México, pero haciéndolo por inter-

medio del embajador alemán en Washington, que fue quien habría recibido el telegrama con instrucciones de retransmitirlo de inmediato, por razones de seguridad, por tres vías distintas, al embajador alemán en México. Lo que el telegrama ordenaba era llevarle al gobierno mexicano una propuesta de alianza militar contra Estados Unidos, la cual incluía ayuda para recobrar los territorios perdidos por México en la guerra de 1846-1848 contra su vecino del norte. El telegrama empero habría mencionado solo a Nuevo México, Texas y Arizona, dejando fuera a California.

Los británicos habrían descifrado el telegrama enviado al embajador alemán en Washington porque en su ruta por cable desde Berlín hacia Estados Unidos el telegrama habría pasado antes por Copenhague y por Londres, donde su servicio de espionaje lo habría interceptado y sus criptógrafos lo habrían descifrado en gran parte. Pero el problema que se les presentaba era que no podían revelarle al gobierno estadounidense cómo se habían enterado del telegrama, porque ello pondría en evidencia que Gran Bretaña estaba espiando a Estados Unidos interceptando los mensajes que les eran dirigidos, lo que causaría un choque con su aliado y amigo norteamericano, además de que este podría pensar, con razón, que el telegrama, solo conocido por los británicos, era producto de una maniobra de estos para involucrarlos en una guerra en la que hasta entonces habían sido neutrales aunque ayudando a Gran Bretaña.

De modo que debieron buscar una vía indirecta. Tuvieron que suponer, con la inteligencia de Sherlock Holmes que los caracteriza, que las copias del telegrama recibido por el embajador alemán en Washington habían sido enviadas a México, encriptadas por supuesto, pero por telégrafo ordinario. De manera que se trataba de obtener pronto una de esas copias. Y para obtenerla usaron a un espía que tenían en la capital mexicana, un tal Mister H, y este la obtuvo registrando papeles y archivos en la Oficina Central de Correos y Telégrafos de Ciudad de México, algo realmente insólito porque por muy buen espía que fuese el fulano Mister H, resultaba difícil entender que pudiera meterse en una oficina estatal como esa a revolver telegramas o a pedir una copia de un telegrama cifrado dirigido a un embajador como si él fuese el «mero mero», esto es, el jefe de la misma.

Además, para mayor suerte de los británicos, la copia cifrada del telegrama que obtuvo o encontró Mister H había sido enviada a México usando un código alemán viejo que ellos ya conocían y

habían descifrado y no el nuevo, que no conocían y que por tanto no habrían podido descifrar. ¡Fue un verdadero milagro! Así que los afortunados ingleses, una vez obtenida la copia del mensaje que les había entregado Mister H, lo «descifraron» sin ninguna dificultad. No obstante, el problema seguía, porque el mensaje descifrado estaba en México y no podían enviarlo desde allí al gobierno de Estados Unidos para no quedar en evidencia; y menos aún como un mensaje directo de Mister H al presidente Wilson. De modo que lo hicieron llegar primero al gobierno de Gran Bretaña en Londres, cuyo ministro de Relaciones Exteriores (que era por cierto *lord* Balfour, el autor de la famosa Declaración Balfour de ese mismo año) lo envió a su vez al embajador de Estados Unidos en Londres, el cual lo hizo llegar por fin a las manos del presidente Wilson en Washington.

Al parecer, este fantástico relato de suspenso no se ha investigado bien para averiguar cuál fue el papel real de los ingleses en todo ello, si hubo Telegrama Zimmermann o si se trató de una falsificación británica, y sobre todo quien era ese tal Mister H. Ha circulado la información de que Alemania reconoció haber enviado el telegrama aprovechando las buenas relaciones que tenía con México y muchos son los que siguen dando la historia así relatada como cierta, incluidos algunos historiadores, pero la verdad es que el relato tiene todos los rasgos de ser una auténtica novela de espionaje, de esas buenas novelas de espías en contexto de guerra en las que son expertos los ingleses. Eric Ambler o John LeCarré no habrían podido escribir una mejor.

En fin, que todo esto del *Lusitania* carece de base y lo del Telegrama Zimmermann suscita demasiadas dudas. Alemania, combatiendo en dos frentes, no tenía ningún interés en provocar la intervención de Estados Unidos en una guerra que se había estancado como mortífera guerra de trincheras y le estaba produciendo tanto a ellos como a sus adversarios anglo-franceses y rusos un desgaste creciente. El *Lusitania* fue hundido en mayo de 1915 y Estados Unidos le declara la guerra a Alemania en abril de 1917 (casi dos años más tarde, aunque se ha argumentado que Wilson no lo hizo antes porque su país no estaba todavía preparado para entrar en guerra). El Telegrama Zimmermann, que al menos se produjo en enero de 1917, siempre fue sospechoso de formar parte de una manipulación británica para llevar a Estados Unidos a declarar la guerra a Alemania. Y, como vimos, fueron los servicios británicos de espionaje los que habrían interceptado el telegrama

y en una rocambolesca operación lo habrían descifrado y hecho llegar finalmente al presidente Wilson, poniéndolo al tanto de la real o supuesta maniobra alemana.

Lo único cierto de todo esto es que los alemanes, aun combatiendo en dos frentes, llegaron a estar hartos de que Estados Unidos siguiera defendiendo la neutralidad de sus barcos (y también de buques británicos de pasajeros como el *Lusitania*) mientras los usaban para venderle armas y municiones a Gran Bretaña, que era su principal enemiga, y hartos de que esos barcos siguieran pasando por inocentes transportes de pasajeros, cuando en la mayor parte de los casos estaban artillados y portaban materiales de guerra y alimentos para los ingleses. En 1916 Alemania había decidido declarar la guerra submarina total y atacar no solo cualquier nave de guerra sino todo barco mercante armado, es decir, todo trasporte marítimo sospechoso de aprovisionar bajo bandera neutral a sus enemigos, básicamente a los ingleses, lo que aludía en esencia a Estados Unidos. Los submarinos alemanes empezaron a hundir decenas de barcos estadounidenses, ya fuesen acorazados o mercantes, y Wilson amenazaba con declararle la guerra a Alemania, pero no por el *Lusitania* ni por el sospechoso Telegrama Zimmermann.

Las verdaderas razones son otras.

Porque además de esta provocación, que llevó directamente a la declaración de guerra, o más probablemente que estuvo asociada con ella, lo cierto es que Wilson, lo mismo que los poderosos grupos económicos, financieros y militares que controlaban el poder en Estados Unidos, tenían desde antes de 1917 el proyecto de involucrarse en la guerra. Desde 1916, Wilson, siempre diciendo que no lo haría, venía preparando al país para entrar en ella. Con apoyo del Congreso creó un Consejo Nacional de Defensa, hizo aprobar también por el Congreso medidas para reforzar las fuerzas militares del país, tanto terrestres como marítimas. Hizo lo mismo con la Guardia Nacional y aprobó medidas para construir una cifra enorme de acorazados y numerosos barcos mercantes para servir a la exportación de productos a los aliados.

En fin, más allá de esto, lo central de esa política que llevaba a Estados Unidos a entrar en la Guerra Mundial es que Wilson y el poder militar, financiero y mediático gobernante en el país habían empezado a prever el alcance mundial de esa guerra europea y estaban convencidos de que el Destino Manifiesto de Estados Unidos, que era ya una ascendente potencia industrial capaz de

trascender el espacio en que se había mantenido hasta entonces, el del dominio de Centroamérica y el Caribe, debía abrirse más claramente hacia un proyecto de dominio mundial que debía necesariamente empezar por incidir de manera directa sobre la política europea, y que para hacerlo tenía que jugar un papel importante en el desenlace de una guerra como la que tenían enfrente, en la que las potencias capitalistas e imperialistas de Europa estaban decidiendo por las armas cuáles de ellas conservarían o impondrían la hegemonía, una hegemonía en la que Estados Unidos quería también tener su parte entrando como promotor del fin de la guerra y del logro de la paz, de una paz justa, basada en los llamados Catorce Puntos que Wilson lanzó al mundo ya en enero de 1917.

Así que una vez declarada la entrada en la Gran Guerra en abril de 1917, y mientras se toman decisiones estatales para control y promoción de las medidas económicas, financieras y militares consideradas como urgentes o prioritarias, lo primero que se propone el gobierno de Wilson es ganarse a la opinión pública del país para apoyar la entrada de Estados Unidos en la guerra europea (un conflicto bélico en el que el «pacifista» Wilson había jurado antes que no entrarían, algo que además había ratificado en la reciente campaña electoral de 1916, en la que volvió a ganar la Presidencia). Y lo que su gobierno lanza es una costosa e impresionante operación de propaganda para conquistar el apoyo masivo de la población, ya que esta se revela opuesta en su enorme mayoría. La prueba es que apenas declarada la guerra se producen por todas partes protestas antibélicas masivas protagonizadas por los socialistas, los miembros del IWW (los Industrial Workers of the World), los más diversos grupos pacifistas, y también por estadounidenses alemanes o irlandeses. Igualmente protestaron por doquier los granjeros, los indios y los negros; y además de reiteradas y masivas, muchas de esas protestas fueron asímismo violentas.

Definitivamente, la guerra era una causa impopular. Muchos de los que se oponían traían a colación el discurso de despedida de Washington cuando, al dejar la Presidencia en 1797, pidió a los estadounidenses mantenerse al margen de las rivalidades y conflictos europeos. Otros, más radicales o revolucionarios, se oponían denunciando la Gran Guerra como una lucha entre potencias colonialistas europeas por imponer su dominio y en la cual los capitalistas de cada país mandaban a combatir y a matarse entre ellos a sus trabajadores que nada, salvo la invalidez o la muerte, tenían que buscar en ella.

El Congreso creó de inmediato un Comité de Información Pública y se gastaron millones de dólares contratando artistas, publicistas, poetas, cantantes, músicos, escritores e historiadores para que hicieran propaganda a favor de la participación de Estados Unidos en el conflicto europeo. Debían hacerlo apareciendo de pronto ante cualquier grupo humano, en calles y avenidas, en centros de reunión o diversión como teatros y cines y dirigirse a los presentes en cortos discursos de solo cuatro minutos. De modo que 75.000 de esos oradores de cuatro minutos inundaron todo el país y hablaron, gritaron y cantaron por todas partes. Se hicieron documentales y películas para mostrar la barbarie de los alemanes y sus horribles crímenes de guerra. Hubo reiteradas declaraciones y frecuentes llamados de Wilson a la guerra y se difundieron por doquier los Catorce Puntos. En fin, se hizo de todo para promover la participación.

Sin embargo, el resultado de esto fue muy pobre. La guerra era francamente impopular. La gente no quería participar. Estados Unidos no tenía entonces un verdadero ejército permanente, de modo que en caso de guerra debía reclutar voluntarios en masa para incorporarse a los cuerpos militares existentes o para integrarse a los nuevos que deberían formarse. Lo hizo, acompañado de una masiva y reiterada propaganda. El famoso afiche del Tío Sam señalando con el dedo a quien mirara su cara y espetándole la imperativa frase: *I want you for the American Army*!, fue distribuido y pegado por doquier. Pese a ello, los llamados a la recluta solo obtuvieron una pobre respuesta. Se necesitaba reunir un millón de hombres pero pese al bombardeo de propaganda patriótica y el apoyo de los medios, en las primeras semanas del llamado la cifra alcanzada estuvo aún lejos de cien mil.

Y entonces empezó la compulsión abierta y la represión más brutal.

Wilson hizo aprobar una Ley de Espionaje en 1917 que más que contra reales o supuestos espías, estaba dirigida a reprimir y acallar toda protesta interna contra la guerra y la recluta. La Ley permitía condenar a veinte años de cárcel y a multas de 10.000 dólares a quienes se opusieran de cualquier forma y por cualquier vía a la guerra y el reclutamiento. Hacerlo se consideraba deslealtad, antiamericanismo y traición a la patria. Cualquiera que proclamara, escribiera, publicara o difundiera algún discurso o escrito contra la guerra podía ser enjuiciado y condenado por la justicia como enemigo declarado del país y traidor a sus ideales.

La Ley empezó a aplicarse de inmediato y cayó sin tardanza contra pacifistas, socialistas, miembros del IWW y contra todo aquel que manifestara cualquier disgusto con la recluta y con la participación de Estados Unidos en la guerra. Por ello se entiende que la represión y los encarcelamientos hayan sido muchos. Me limito a mencionar dos de ellos, que tuvieron bastante repercusión. Charles Schenck, un conocido publicista socialista, fue condenado a diez años de cárcel por publicar y repartir quince mil folletos contra el reclutamiento. Y entre las más famosas víctimas estuvieron Eugene Debs y Victor Berger. Debs, brillante líder socialista, cuatro veces candidato a la Presidencia de Estados Unidos, era ya un hombre viejo, pero seguía siendo un luchador infatigable por las causas y derechos populares y un extraordinario orador de masas. En junio de 1918 Debs visitó a varios socialistas presos; y al salir de la cárcel en que los acababa de visitar, las gentes del pueblo lo rodearon mostrando que querían escucharlo. Debs habló y lo que se produjo fue un mitin masivo en el que denunció el conflicto como una guerra capitalista promovida por la clase dominante para que la clase explotada fuera a morir en las trincheras; y denunció el reclutamiento. Por ello fue apresado, sometido a juicio y condenado a diez años de cárcel. El odio de la clase dominante era grande contra él. La guerra concluyó en noviembre de ese año de 1918 cuando se firmó el armisticio, pero Debs siguió preso. Apeló en vano en 1919. El rencoroso y falso humanista que era Wilson se negó a indultarlo y se lo mantuvo preso hasta 1921 cuando el nuevo presidente, el republicano Warren Harding, ordenó ponerlo en libertad. Debs tenía entonces sesenta y seis años.

También se aprobó en 1917 una Ley de Comercio con el Enemigo, que permitía censurar todas las publicaciones internacionales por sospechosas y autorizaba al correo para que supervisara la prensa extranjera, e incluso para que registrara la correspondencia de los ciudadanos. El Comité de Información Pública llamó a denunciar a todo el que difundiera ideas pesimistas o se opusiera a la guerra. Las denuncias, persecuciones, encarcelamientos y juicios estaban a la orden del día y fueron muchos miles los encarcelados. En las universidades se persiguió a la disidencia. Muchos profesores críticos fueron expulsados y se estimuló a los alumnos a denunciarlos.

En ese mismo 1917 se creó la American Defense Society (Sociedad Americana de Defensa), que debía formar patrullas vigilantes para la defensa contra los oradores críticos, a los que los pa-

triotas miembros de esa Sociedad impedían hablar, capturándolos, golpeándolos y entregándolos a las autoridades. Se creó también una nueva Liga Protectora Americana que con el apoyo del gobierno y de grandes empresarios se fue difundiendo por todo el país. Sus miembros, que por lo general eran hombres ricos y poderosos, servían de delatores, acusando a cualquier presunto sospechoso y se dedicaban en persona a allanar casas y oficinas para capturar traidores o desleales.

Los periódicos socialistas fueron perseguidos y clausurados por oponerse a la guerra. Y lo más increíble ocurrió cuando un cineasta estadounidense produjo y exhibió en Los Ángeles un documental, recién hecho, sobre la Revolución de Independencia de Estados Unidos, documental al que tituló *The Spirit of Seventy Six* (*El espíritu del 76*), y que fue dirigido por Frank Montgomery. Como todo el país sabía, la Revolución, iniciada en 1776, se había hecho contra los ingleses; y el documental mostraba los crímenes cometidos entonces por estos contra los patriotas estadounidenses, entre quienes figuraban por supuesto los llamados Padres de la Patria. Pero Inglaterra era en ese momento no la enemiga sino la aliada de Estados Unidos, de modo que la justicia condenó al productor de la película, Robert Goldstein, a diez años de cárcel porque en ese inoportuno documental se ofendía a un aliado y porque ello podía suscitar o alimentar peligrosos sentimientos antibritánicos.

Otra política aplicada fue la dirigida a golpear y tratar de destruir al Partido Socialista, que había alcanzado para ese entonces cierta fuerza y ganado alguna representación, y por supuesto lo mismo trató el Estado de hacer con los miembros de la IWW, mejor conocidos como *wobblies*.

Las manifestaciones contra la guerra que organizó el Partido Socialista fueron perseguidas y atacadas y a sus organizadores se los castigó con diez o veinte años de cárcel. Y esto no fue nada comparado con lo que, como veremos, siguió contra ese partido y contra el Partido Comunista nacido de su izquierda, durante el Gran Espantajo Rojo que estaba ya por venir.

La agresión contra la IWW fue permanente y violenta y casi logra destruir la organización. La IWW, vinculada a las ideas socialistas y a la lucha de clases, organizada como central obrera no racista cuyo objetivo era reunir a los trabajadores por ramas de producción (y no por profesiones o por pericia personal como era el caso de la excluyente, patronal y racista AFL, la American Federation of

Labor, Federación Americana del Trabajo), era la sola organización obrera clasista y revolucionaria existente en Estados Unidos, y venía sobreviviendo en medio de permanentes amenazas patronales y gubernamentales. Por eso, por su posición clasista y revolucionaria, se la acusaba de todo, se la perseguía sin parar, se saboteaban sus actos y se intentaba por todos los medios liquidarla. Como dije antes, la IWW se opuso desde el principio a la guerra imperialista; y la histérica represión oficial contra los pacifistas, apoyada en las leyes de espionaje y similares sirvió para perseguirla y casi lograr ese objetivo. En septiembre de 1917 el Departamento de Justicia organizó redadas masivas contra los locales de la IWW en todo el país. Y en abril de 1918, ya a fines de la guerra y cuando empezaba a cobrar forma en el país el Gran Espantajo Rojo, se llevó a juicio a ciento un dirigentes de la organización. Todos ellos fueron declarados culpables de antipatriotismo y condenados, prácticamente sin defensa, a largas penas de prisión. El líder principal de la IWW, Willian Dudley Haywood, mejor conocido como Big Bill Haywood, que era socialista, fundador y secretario general de la IWW, fue condenado a veinte años de cárcel junto con otros líderes. (Por cierto, Haywood estuvo preso solamente tres años, pero esto fue porque en 1921, durante una de las apelaciones que hizo contra su condena, logró escaparse y huir a la Unión Soviética, donde trabajó y permaneció hasta su muerte, a causa de un infarto, en 1928).

En otro proceso, esta vez contra los anarquistas, a la vieja líder anarquista Emma Goldman y a su compañero Alexander Beckman, otro reconocido dirigente, se los encarceló durante años por oponerse al reclutamiento y a la guerra. Y luego, ya terminada esta, se los expulsó a la Unión Soviética en 1920 por orden del juez Palmer, personaje del que hablaré pronto.

En fin, que lo que produjo la declaración de guerra de Wilson fue un gran rechazo de la población, aunque poco a poco el gobierno se fue imponiendo y logrando apoyo a medida que las tropas estadounidenses intervenían en ella, lo que fue alimentando el patriotismo. Y con una de esas volteretas que se producen con frecuencia entre las masas, el rechazo inicial a la guerra, una vez que esta culminó y estalló el Gran Espantajo Rojo, dio paso a una verdadera explosión histérica de ultrapatriotismo y de persecución y castigo de toda disidencia, siempre alimentada por el poder y por el empresariado. Como veremos de inmediato, se trató de un momento más, en este caso muy importante por sus alcances, de

esas frecuentes explosiones de mccarthismo, de histeria patriótica y xenófoba que llenan la historia de Estados Unidos.

El Gran Espantajo Rojo (1918-1921)

La histeria ultrapatriótica y antisocialista iniciada en los años de la guerra de 1914-1918 se entronca o se continúa sin solución de continuidad en 1918 y en los años siguientes con esta nueva manifestación de histeria ultrapatriótica, reaccionaria, xenófoba, racista y anticomunista que profundiza y amplía el panorama anterior y que es el llamado *Big Red Scare* o Gran Espantajo Rojo, una manifestación masiva de mccarthismo *avant la lettre* tan terrible y espantosa como la de los tiempos de dominio absoluto del propio McCarthy o quizá incluso peor en sus alcances y manifestaciones y, por supuesto, mucho menos conocida por las historias corrientes, historias oficiales complacientes de Estados Unidos, que suelen ignorarla por completo o, si acaso, limitarse a mencionarla en dos o tres breves líneas o en un corto y acomodaticio párrafo.

Al terminar la Guerra Mundial el clima económico y social en Estados Unidos es realmente explosivo. Por una parte están la situación y las luchas de los trabajadores organizados que reclaman pronta respuesta a las dificultades por las que atraviesan. Por la otra, la intolerancia y el miedo de los grupos más conservadores y reaccionarios frente a ese cuadro inestable y sus diversas manifestaciones, que ellos asocian con una inminente amenaza comunista, bolchevique. La guerra ha significado, por fuerza, un mayor peso del Estado en el control de la economía, de las empresas estratégicas de todo tipo, que ha asumido con motivo de la guerra, y también mayor organización de los trabajadores porque se buscaba eficiencia y productividad de estos para mantener y ampliar la producción. Así, los obreros de las grandes empresas, como ferrocarriles, siderurgia, carbón y otras ramas igualmente importantes, están mejor organizados que antes de la guerra, pero en forma paradójica se encuentran controlados, sometidos a salarios bajos justificados por la necesidad imperiosa de soportar los sacrificios que exige el patriotismo, y se les han hecho promesas de que su situación va a mejorar al concluir el esfuerzo de guerra porque la economía va a prosperar, aumentando sus ganancias y los patrones pagarán mejores sueldos y salarios. Pero se trata de un cuento que es ya para entonces viejo; y la promesa, por supuesto, no se cumple. Al terminar la guerra, durante la cual se ha priorizado la producción de determinados productos

sobre otros, porque armas, tanques y municiones son más importantes que vestidos y alimentos, se siente la escasez de muchos bienes de consumo. Y una vez terminado el conflicto, cuando las empresas se van liberando de los controles del Estado y aumentan la producción de esos bienes diferidos, los precios de estos aumentan muy por encima de los salarios, que pese a las reiteradas promesas estatales siguen estando reducidos, debilitándose más con la inflación.

De allí que los obreros empiecen a reclamar sus derechos y apelen con frecuencia en esos años, 1918 y 1919, a la huelga. Y se trata esta vez de huelgas frecuentes, poderosas y muy bien organizadas, algunas de ellas con propuestas de corte socialista, como la de la Unión Minera, porque cuentan con organizaciones obreras como la IWW que, aunque golpeadas, sobreviven y han recobrado fuerza. Y también cuentan con dirigentes clasistas y revolucionarios como William Z. Foster, líder de los obreros metalúrgicos. Pero además hay muchos inmigrantes recién llegados de Europa Oriental, Irlanda y, sobre todo, de Italia, que buscan trabajo como sea, y entre los cuales tiene cierto peso la ideología anarquista.

En fin, que se trata de un cuadro social muy conflictivo, y esta conflictividad y lucha social abierta atemorizan a patronos y a grupos de derecha, a ultrapatriotas nacionalistas, xenófobos y racistas, enemigos frontales de toda ideología y pensamiento revolucionario que para ellos es por definición antiamericano y antipatriota, es decir, digno de ser enfrentado por la violencia, actitud tradicional estadounidense en este caso reforzada por la reciente conflagración y por su brutalidad deshumanizadora. Abundan en el país los exsoldados que han estado regresando, envenenados por el patrioterismo y el mensaje de la derecha. Esos hombres, acostumbrados a la violencia, después de años de guerra, no se adaptan a la vida civil y encuentran un clima bastante favorable para seguir la vieja tradición estadounidense de resolver todo conflicto mediante las armas y la violencia. El clima existente de inestabilidad, reclamos, huelgas y protestas, de miedos y sospechas, y de activa pero no declarada lucha de clases, está servido para la explosión de una nueva ola de histeria patriotera, xenófoba, racista, antisocialista y anticomunista, que es lo que va a caracterizar esos terribles años que corren entre 1918 y 1921, los años del Gran Espantajo Rojo.

Hay pues de un lado, protestas, huelgas y también bombas. Y del otro, manifestaciones brutales de patrioterismo racista y anticomunista. Y esa histeria que acompaña al actuar de la derecha

conservadora se va imponiendo en la medida misma en que el conflicto cobra fuerza y le parece más amenazante a esa derecha.

La clave de este miedo y el desencadenante de este Espantajo que va a imponer una terrible ola de mccarthismo temprano en el país no es otro que el triunfo de la Revolución comunista rusa en noviembre (octubre) de 1917. Este hecho, que es la culminación de la lucha revolucionaria de los comunistas o bolcheviques rusos encabezados por Lenin y por Trotsky, es algo que sacude al mundo entero, que logra el apoyo de todos los explotados del planeta y que se gana, al mismo tiempo, el odio feroz y el miedo irreductible de todos los políticos de derecha, de todos los líderes religiosos, católicos o protestantes; de todos los capitalistas, terratenientes, colonialistas y explotadores del mundo. Y hay que imaginarse por un momento lo que esa revolución podía significar para Estados Unidos, para las clases dominantes y para buena parte de la población embrutecida y domesticada de una sociedad como la estadounidense para la que su sistema político y económico capitalista e imperialista, como se le inculcaba a su población desde la primera infancia, era componente sustancial y absolutamente inseparable de su propia identidad, hasta el punto de que fuera posible designar como *un-American*, esto es, como antiamericano, a toda idea, programa o persona que se opusiera a ese sistema irremplazable e inmejorable del que su excepcionalismo y su condición de nuevo Pueblo Elegido daban a diario irrefutables pruebas.

Y nada podía ser más opuesto a ese sacralizado sistema capitalista estadounidense que el comunismo, que el bolchevismo que encarnaban Lenin y Trotsky. Lo que esos dos hombres, y con ellos los otros líderes comunistas rusos, estaban proclamando ante el mundo era el triunfo de la primera revolución socialista de la historia, la derrota del capitalismo en Rusia y la victoria de la clase obrera, aliada con el campesinado, para iniciar juntos y dirigiendo un nuevo Estado, la construcción de un modelo social cuyo objetivo era expropiar a los explotadores, cambiar a favor de los explotados las relaciones sociales de producción y propiedad, enfrentar la injusticia social, la pobreza y la miseria, la explotación de los trabajadores y lograr la creación de un nuevo mundo que debería conducir a la construcción de una sociedad socialista o comunista con el inminente triunfo de otras revoluciones del mismo signo, todo como parte de la lucha de todos los obreros y explotados del mundo por derrotar y superar en forma

definitiva al capitalismo como sistema y hacer desaparecer todas sus miserias e injusticias.

Hay choques tempranos entre ultrapatriotas y socialistas al apenas terminar la Primera Guerra Mundial. Los socialistas organizan reuniones y mítines. En marzo de 1919 se funda la American Legion (Legión Americana), que reúne a todos los exsoldados y veteranos de guerra, en particular de esta última. La idea con la que se crea esa legión es la del patrioterismo, el americanismo y el antibolchevismo más absolutos. La Legión, según su secretario temporal, Eric Fisher Wood, tiene como misión ser el principal baluarte de lucha contra el bolchevismo. No es difícil imaginar la virulencia y el odio irracional que puede mover a un cuerpo paramilitar semejante, que de paso cuenta con millones de afiliados, buena parte de los cuales son exsoldados que pronto regresan de la guerra. De modo que la principal tarea de esos exsoldados y ex *marines* superpatriotas y anticomunistas es la de enfrentar por la violencia y con las armas toda reunión o marcha obrera, socialista o comunista. Esos «patriotas» asesinos se dedican a sabotearlos y a golpear y apalear a los militantes.

Uno de esos enfrentamientos tuvo lugar en Centralia, Illinois, en el norte de Estados Unidos, el día 11 de noviembre de 1919, justo un año después del armisticio que puso fin a la Gran Guerra. Los legionarios atacaron el club del sindicato local de leñadores, afiliado a la IWW, que celebraba una asamblea. Como era su costumbre, entraron al club a apalearlos y a disolver a golpes y tiros la reunión, que era legal. Los leñadores se resistieron y en el violento enfrentamiento hubo heridos y muertos de lado y lado. Los muertos fueron dos leñadores y cuatro legionarios. La policía intervino, pero solo para encarcelar a los leñadores agredidos y no para apresar a los legionarios agresores. Uno de los detenidos fue el sindicalista Wesley Everest, miembro del IWW y exsoldado en la Gran Guerra. Los legionarios lo acusaban de haber matado en la refriega a dos de sus camaradas. Esa noche, en el mejor estilo del Sur, una turba de legionarios armados y borrachos atacó la cárcel y llegó hasta la celda de Everest. La policía les entregó al prisionero para que lo lincharan. La multitud de linchadores lo golpeó, le quebró los dientes a culatazos y lo castró. No satisfechos con eso, lo sacaron luego de la cárcel, lo lincharon en tres sitios distintos y lo colgaron del puente del ferrocarril. Todo un espectáculo para la turba de legionarios.

Pero Everest aún estaba vivo. Desesperado, se balanceó y trató de agarrarse con una mano a la baranda del puente. A machetazos, uno de los legionarios le cortó varios dedos de la mano. El cuerpo de Everest quedó balanceándose y a continuación otros legionarios lo apuntaron con varios reflectores y empezaron a dispararle como en una cacería, acribillándolo a tiros hasta verlo muerto. Hubo luego un proceso, pero ninguna «justicia» iba a culpar a los legionarios, héroes de la patria. El juez decidió que había sido un suicidio. Acusó a los sindicalistas de ser culpables de todo y ocho de ellos recibieron penas que iban desde veinticinco hasta cuarenta años de cárcel. (Nicolai Iakovlev, tomo I, pp. 60-61, basado en Justin Gray, *La verdad sobre la Legión Norteamericana* [edición en ruso], Moscú, 1949, p. 102. El relato del asesinato está también disponible en internet).

No obstante, lo que más sacude a la opinión pública no son cosas como este horrible crimen sino las bombas. Por cierto, las bombas eran muy frecuentes, mucho más frecuentes de lo que se piensa, en esos años de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Se producían a menudo atentados con bombas tanto en la Europa mediterránea y en Rusia como en Estados Unidos. Las bombas eran el arma favorita y usual de los anarquistas. Y los anarquistas tenían mucho peso en Italia, España, Francia y Yugoslavia. Enfrentados en forma abierta al odiado poder capitalista, los anarquistas atacaban con bombas todos los sitios representativos de ese poder (casas de gobierno, ministerios, juzgados, cuarteles de policía) lo mismo que a los gobernantes, reyes, príncipes, presidentes, ministros, jueces o policías que se pusieran a su alcance. Y de no ser con bombas, era por medio de atentados personales. Algunos anarquistas se hicieron famosos en Francia, como Ravachol, en Italia, y, décadas más tarde, también en España. Y en Estados Unidos el presidente McKinley fue asesinado en 1901 por un anarquista.

Lo cierto es que en 1919 explotan muchas bombas y se sospecha de varios atentados. Se asocian esas bombas y atentados con anarquistas, por lo general obreros, y de estos se sospecha en especial cuando son rusos, polacos, europeos orientales y, sobre todo, italianos. Todos ellos resultan sospechosos porque de entrada son extranjeros, inmigrantes llegados no hace mucho al país; porque ninguno es anglosajón ni protestante, lo que los hace doblemente sospechosos; y porque para el estadounidense blanco corriente como para las autoridades administrativas y judiciales (jueces, fiscales y funcionarios administrativos), que comparten similares

prejuicios, miedos e ignorancia, lo usual es confundir como un solo peligro, como una sola amenaza, a terroristas, anarquistas, socialistas y comunistas, sobre todo si son obreros y extranjeros. En abril se frustra por casualidad un atentado contra el alcalde de Seattle al encontrar entre su correspondencia una bomba capaz de volar buena parte del edificio de la municipalidad. Ese alcalde, un tal Ole Hanson, venía de recorrer el país llamando a las gentes a defenderse de la amenaza bolchevique. (Por cierto, no es usual que un alcalde local recorra un país, y menos aún un país del tamaño de Estados Unidos, llevando un mensaje político mientras deja abandonada su alcaldía. Y lo que explica todo esto, como dice Red Murray en su obra *Red Scare* (pp. 65-66), es que su *tour* del país dando conferencias sobre la necesidad de parar lo que él llamaba «el bolchevismo interno» no era una campaña gratuita, ya que Hanson recibía por este «servicio al país» 35.000 dólares semestrales que se añadían a su sueldo como alcalde. Por ello, la prensa liberal lo llamaba «el payaso de Seattle»). Al día siguiente otro sobre estalla, esta vez en Atlanta, Georgia (en la casa de un senador llamado Thomas Harwick, presidente de la Comisión de Inmigración del Senado, partidario de limitar la inmigración para impedir la amenaza bolchevique; la bomba mata a la pobre criada negra que lo abre). Y al tercer día se descubre por casualidad en Nueva York, por obra de un curioso empleado de correos, que el sobre explosivo descubierto en Atlanta es similar a una colección de sobres que se encuentran en la Oficina Central de Correos neoyorquina esperando ser repartidos y que están cariñosamente dirigidos a Morgan, a Rockefeller, al fiscal Palmer y a otros encantadores personajes. Así todos se salvan; o al menos sus criadas o sus secretarios. Por cierto, en mayo de ese mismo año hay nuevos atentados con explosivos, y una potente bomba estalla, aunque sin consecuencias, frente a la casa del fiscal Palmer. Se sospechaba que todas estas bombas eran un regalo de los galleanistas, anarquistas seguidores de Luigi Galleani, al que se capturó y deportó de Estados Unidos en junio de ese mismo año. Abril y mayo fueron, pues, meses muy animados y un total de treinta y seis sobres con bombas de dinamita fueron enviados a lo largo de ellos por el correo. Pero más que de amenaza anarquista, la prensa empieza a hablar de amenaza bolchevique y a aterrorizar a diario a las gentes. Empieza la histeria colectiva. Pero a fin de cuentas es más ruido y amenaza que otra cosa, y es posible pensar que la explosión de

estas casi siempre desafortunadas bombas solo sirve de pretexto para que los medios creen la histeria que buscan y para que desde el poder la derecha desate la represión contra obreros e inmigrantes extranjeros, en especial si son italianos.

Pero lo más importante y preocupante para las clases dominantes y para el conservatismo tradicional y reaccionario son las huelgas. Los trabajadores y las trabajadoras están en pie de lucha y reclaman por doquier mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. En 1919 hay huelgas en las empresas textiles, tabacaleras, de camioneros y otras. Son muchas, pero tres de ellas resultan fundamentales por su gran importancia y por su alcance dentro de este cuadro de histeria mccarthista: la huelga de la policía de Boston y las poderosas huelgas siderúrgica y del carbón. Voy a detenerme un poco en ellas.

La huelga de la policía de Boston

Una huelga de policías es en cualquier parte una huelga excepcional. La huelga de la policía de Boston, que estalló el 9 de septiembre de 1919, fue un acontecimiento que conmovió a todo el país. Y en medio de la histeria mccarthista dominante entre el gobierno, las clases dominantes ricas, los grandes empresarios y los medios de comunicación, se la calificó pronto de peligrosa conspiración bolchevique que amenazaba gravemente a América, es decir, a Estados Unidos. Sus promotores, unos desesperados policías, fueron denunciados como discípulos directos de Lenin y de Trotsky, que intentaban crear el caos (en Boston) para imponer luego el comunismo.

Por supuesto, nada más lejos de la verdad.

Los policías de Boston eran una suerte de subproletariado armado, pero no estaban armados para defender sus intereses sino para servir de perros guardianes a los propietarios. Esos policías carecían de derechos, trabajaban como esclavos, vivían en condiciones vergonzosas y sus salarios eran realmente miserables. Su jornada de trabajo oscilaba entre setenta y noventa y cinco horas semanales, es decir, entre diez y doce horas diarias. Se los obligaba a entregar citaciones, a vigilar actos electorales y a cuidar y proteger todo tipo de locales lujosos sin recibir paga adicional. Las condiciones higiénicas en que trabajaban daban vergüenza. Debían compartir lecho y se quejaban de la falta de sanitarios y baños en las Casas de Estación en las que debían

dormir de noche o permanecer por horas. En una de ellas había cuatro *toilettes* deterioradas y una bañera rota para 135 hombres.

Sus mezquinos salarios estaban prácticamente congelados desde 1913, mientras el costo de la vida entre ese año y 1919 había aumentado más de 76 %. Además, tenían que pagar de su ingreso sus uniformes y las municiones de sus armas. Cuando debían asistir a un juzgado a declarar en una causa se les descontaban del salario las horas que permanecían allí. Estaban todos hartos de esas duras condiciones de vida y de trabajo y, sobre todo, de la voraz inflación que se comía a dentelladas sus miserables salarios. Reclamaban un aumento salarial y una mejora de esas condiciones. Para esto debían convencer al comisionado de Policía. Esto era así porque desde 1906 la legislatura estatal había designado a ese comisionado, dependiente del gobernador de Massachussetts, como funcionario responsable del departamento policial. Y aquí conviene señalar tres cosas. La primera, que Boston, la ciudad más elitesca de Estados Unidos, estaba como siempre gobernada por funcionarios protestantes, ricos integrantes de esa élite conservadora, derechista, racista y enemiga frontal de los obreros y sobre todo de los sindicatos. La segunda, que la policía de Boston, como la de otros estados de la Unión, estaba formada casi en su totalidad por irlandeses, por supuesto católicos, pobres y además despreciados por esa élite bostoniana que se creía y cree exquisita y tan excepcional como los propios Estados Unidos. Y la tercera, que el precio del carbón, que era entonces el combustible empleado para la calefacción, estaba subiendo, lo que, dada la cercanía del frío invierno, amenazaba gravemente la salud y la vida de los policías y sus familias a menos que mejoraran de inmediato sus salarios de hambre.

Para lograrlo, los policías deciden crear un sindicato, considerando con toda razón que el organismo creado en 1906 para protegerlos, un tal Boston Social Club, no había servido para nada y que las ofertas de mejoramiento salarial y de condiciones de vida que se les habían hecho hasta el año anterior no habían sido cumplidas. Desde ese año, 1918, tenían un nuevo comisionado, un abogado llamado Edwin Upton Curtis. Este era un arrogante miembro de la élite protestante bostoniana y como tal, enemigo de sindicatos; y más aún tratándose como en este caso de un sindicato de policías que, además, en su mayoría eran irlandeses católicos. Curtis, con apoyo de su jefe, el gobernador del estado, el republicano Calvin Coolidge, les prohíbe, a mediados de agosto, formar el sindicato,

haciéndoles una mísera oferta a cambio de aceptar su irrevocable decisión. Los policías, indignados, rechazan la oferta. Crean entonces el sindicato y para protegerse de la previsible reacción de Curtis, el grupo que lidera la lucha se dirige a la AFL, la American Federation of Labor, para inscribir el sindicato y pedirle a apoyo en caso de probables amenazas o sanciones de parte del comisionado.

La AFL, que ha aceptado antes la entrada en la federación de sindicatos policiales de otros estados, los acepta sin problemas y les ofrece su apoyo. Al enterarse, Curtis expulsa a los policías que han sido promotores de la creación del sindicato y los priva de sueldo. En solidaridad con sus líderes, prácticamente la totalidad de los policías decide declarar la huelga. El voto en la asamblea que así lo aprueba es de 1 134 a favor y solo dos en contra. De todas maneras, por responsabilidad y por prudencia, antes de declararla vuelven a intentar conversar con Curtis. Pero la intransigencia de este es total, se trata de una posición de principio que él asegura tiene base legal, no hay ninguna posibilidad de acuerdo. De modo que con apoyo total de sus miembros, la huelga de la policía de Boston estalla al anochecer del 9 de septiembre de 1919 y la ciudad se queda esa noche sin policía.

Coolidge asume entonces el control de la situación. Ordena esa misma noche al centenar de miembros del Departamento de Policía del Parque Metropolitano que reemplacen a los agentes en huelga. Más de la mitad de ellos se niega a hacerlo y Coolidge los despide en el acto. Con los pocos que quedan no puede hacer gran cosa. Lo único que se le ocurre es empezar a organizar una improvisada fuerza voluntaria de policía a la que incorpora incluso a jóvenes de clase media. Pero esta fuerza carece de experiencia. Esa noche empieza la violencia en la ciudad, pero aunque la prensa la exagera para acentuar la histeria antibolchevique que ya se manifiesta, en verdad no es muy grande. Parece como si el hampa local también hubiese sido sorprendida por la huelga. Por supuesto, hay algunos saqueos, vándalos que rompen vitrinas de almacenes para robarlos, jóvenes que voltean carros de vendedores ambulantes en la calle o que le tiran piedras a los automóviles. Pero la mayor parte de la ciudad permanece tranquila y así se mantiene, incluso durante el día siguiente.

Es durante la noche de ese segundo día que la cosa empeora, pese a que Coolidge ha preparado ya una nueva guardia más numerosa integrada por veteranos, que de una vez entra en acción. Esa noche hay más robos, atracos, arrebatones, rotura de vidrieras

y saqueo de almacenes. Además, empiezan los tiroteos entre guardias y delincuentes en varias zonas de la ciudad. Y esa violencia produce varios muertos y heridos, lo que aterroriza a la clase media, la cual exige reprimir a los delincuentes, garantizar pronto la seguridad ciudadana y recuperar la paz social.

En medio de este cuadro, la Unión Central del Trabajo, filial de la AFL, informa que prepara una huelga general en apoyo a la policía de Boston. Ante esto actúan sin tardanza el gobernador Coolidge y el fiscal federal Palmer. Coolidge amenaza a la AFL si declara la huelga y Palmer se declara dispuesto a aplicarle la ley. Gompers, viejo fundador y presidente eterno de la AFL, derechista, racista, y dado como siempre a la colaboración de clases, se asusta, recula y la amenaza de huelga se detiene. Éxito total de Coolidge. La gran prensa y la opinión pública lo aclaman como un héroe. Coolidge, que es un hombre mediocre, casi desconocido hasta entonces fuera de Massachusetts, pero que se ha mostrado en este caso activo, capaz de enfrentar la difícil situación y que ha tomado una decisión firme para quebrar la huelga, lo que le gana el apoyo de la población de Boston y el de toda la derecha estadounidense, se hace famoso en todo el país. Como antes dije, Coolidge es republicano, y aunque son los demócratas los que gobiernan con Wilson, que también lo felicita, esa victoria le abre el camino a la Vicepresidencia y a la Presidencia de Estados Unidos. Pero por lo pronto, el nuevo héroe de la derecha no se contenta con detener la huelga policial, que a poco termina fracasando. Coolidge ha decidido crear una nueva fuerza policial para reemplazar a los policías en huelga, que han sido todos despedidos, la selecciona, la organiza, le garantiza a sus integrantes las ventajas salariales y las condiciones de trabajo que él y su subordinado, el comisionado Curtis, han negado tercamente a los policías llevándolos a asumir la huelga. Lanza de inmediato esa nueva policía a la calle a garantizar la seguridad y a enfrentar y controlar la delincuencia, tranquilizando así a la atemorizada población de la ciudad. Los policías huelguistas son derrotados, pierden juntos el sindicato y el trabajo, y mientras tanto, por obra de la nueva policía que los reemplaza, el hampa se repliega y «el orden vuelve a imperar en Boston».

Para terminar el examen de esta huelga quiero señalar dos cosas. Una es la firmeza de los policías huelguistas frente a todas las fuerzas que se desatan contra ellos y que contribuyen a su derrota. La otra, el papel que en esa derrota desempeña la gran prensa y la

forma en que esta contribuye a incrementar la histeria mccarthista que forma parte del Gran Espantajo Rojo.

Indignado con los policías por la huelga, Coolidge los califica de desertores y traidores. Pero los policías, en un mitin de masas en la Boston Police Union, le dan una respuesta contundente. Le recuerdan que cuando ellos regresaron meses antes a Estados Unidos como miembros del ejército de su país después de combatir en la guerra en Europa, se los saludó como a héroes y salvadores de su patria. Que se habían reintegrado a cumplir otra vez sus tareas en la fuerza policial de Boston. Y que ahora, apenas unos meses después, se los denuncia como desertores, como traidores a su ciudad, violadores de su juramento ante la policía bostoniana. Se quejan de que quienes los atacan son aquellos que siempre se han opuesto a pagarles salarios decentes a los trabajadores, lo mismo que diarios poco interesados en decir la verdad. Le recuerdan a Coolidge que ellos son los mismos hombres que han luchado en el frente francés, que incluso muchos de ellos combatieron en la Guerra de España en 1898, y que les gustaría que ahora él le dijera al pueblo de Massachusetts en cuál de esas guerras ha servido.

El papel de la gran prensa es cardinal en esta derrota de los policías huelguistas y en el incremento de la histeria derechista que transforma la huelga de mera lucha sindical en una conspiración bolchevique y a los huelguistas, de policías desesperados por los bajos salarios y las pésimas condiciones de vida y de trabajo a que se encuentran sometidos, en siniestros agentes o seguidores de Lenin y de Trotsky. Se trata de un concierto a muchas voces y todas repiten lo mismo, con ligeras variantes. Ese falso diario liberal que es el *New York Times* encabeza el linchamiento. Sin analizar las causas de la huelga ni la intransigencia del comisionado Curtis y del gobernador Coolidge, empieza el primer día de huelga acusando a los huelguistas de estar inspirados por ideas antisociales, porque por el carácter de su trabajo carecen de todo derecho a declararse en huelga, al precio de poner en peligro la vida y las propiedades de los ciudadanos que han confiado en ellos para que protejan sus vidas y su seguridad. Pero pronto acusa a los policías de comunistas y afirma que la huelga es «un ensayo bostoniano de bolchevismo». Un periódico de Filadelfia, el *Philadephia Public Ledger*, dice, tras condenar la huelga, que con ella se está mostrando que el bolchevismo ya no es más un amenazante espectro en Estados Unidos y que el caos que esa huelga ha desatado en

Boston ha puesto en evidencia la siniestra esencia de ese bolchevismo. Y un informe de Washington señala que varios senadores declaran que con esa huelga bolchevique se ha iniciado un proceso dirigido a sovietizar al Gobierno de Estados Unidos. Total, más fuego para la hoguera del anticomunismo más irracional.

Tres grandes huelgas: la portuaria, la siderúrgica y la del carbón

Pero casi coincidiendo con la huelga policial de Boston hubo otras tres huelgas en 1919, menos sorprendentes que la de la policía pero mucho más poderosas e importantes: la huelga del puerto de Seattle, la siderúrgica, y la del carbón.

La huelga de Seattle, el importante puerto pacífico, se declaró antes, en febrero de 1919. Fue una huelga excepcional aunque no terminó bien. Los primeros en declarar la huelga, que era solo por aumento salarial, fueron los obreros de los astilleros del puerto. Eran 35.000. Pidieron ayuda al Consejo Central de Trabajadores de la ciudad, que era parte de la AFL, y este, en apoyo a los huelguistas, llamó a una huelga de toda Seattle. Y así la huelga se hizo general, los huelguistas pasaron de 60.000 y la ciudad quedó paralizada. Por supuesto, el comité de huelga se encargó de garantizar la paz mediante brigadas y piquetes, y de que funcionaran los servicios indispensables, como bomberos y hospitales. Como era de esperar, el alcalde y las autoridades urbanas decidieron enfrentar la huelga por cualquier medio, fuese legal o ilegal, como era costumbre en Estados Unidos en el caso de huelgas y protestas obreras. El alcalde era el mismo Oleg Hanson que, como vimos antes, recorría el país dictando conferencias contra el bolchevismo interno por las que recibía una paga de 35.000 dólares semestrales. Al parecer, esta vez estaba de visita en Seattle. Se llamó a la Guardia Nacional y a los *marines* mientras se acusaba a los huelguistas de querer asaltar el poder para imponer en la ciudad el bolchevismo, siguiendo órdenes de Lenin y de Trotsky y aprovechar para «*nacionalizar*» a las mujeres. La amenaza militar asustó a una parte de los dirigentes sindicales, que abandonaron la lucha traicionando a los huelguistas. La combinación de acción militar y defección interna hizo fracasar la huelga. Los líderes que se mantuvieron firmes fueron apresados. Las autoridades allanaron la sede del Partido Socialista, hicieron redadas y capturaron a treinta y nueve integrantes de los IWW, a los que condenaron a años de cárcel por ser «líderes anarquistas».

La huelga de los obreros del acero sigue inmediatamente a la de la policía de Boston, habiendo comenzado el 21 de septiembre de 1919. Y como esta, es también una huelga por mejoras de salarios y de condiciones de trabajo. Los salarios de los obreros son mezquinos y en su mayor parte deben trabajar doce horas diarias, todo en medio de condiciones laborales duras y de escasas medidas de seguridad. La huelga es clara consecuencia de la intransigencia patronal. Los siderúrgicos tienen a su favor que son muchos, varios centenares de miles, y que hay solidaridad entre ellos, aunque por pertenecer a la AFL están organizados por profesiones y no por ramas de industria. Además, cuentan con un líder como William Z. Foster, capaz, dinámico, inteligente, que es ya un experimentado dirigente obrero con militancia en el Partido Socialista y en los IWW, y que tiene años luchando por reemplazar los casi inútiles sindicatos de la AFL, organizados por oficios, por sindicatos organizados por industrias, por ramas de producción. Y que logra, en medio de la huelga, en diciembre de 1919 crear el Sindicato de Obreros del Hierro y del Acero, que es el primer sindicato por industria creado en Estados Unidos.

Pero los trabajadores siderúrgicos tienen en contra dos serios enemigos. Uno de ellos es que su asociación, dependiente de la AFL, se ve debilitada y fragmentada por el carácter conciliador de esta y por su racismo ante los obreros extranjeros. La AFL está en desacuerdo con la huelga, se opone a declararla, y una vez que se inicia intenta sabotearla. El otro enemigo es el enorme poder del adversario al que deben enfrentarse, pues se trata nada menos que de la USS, la United States Steel, el superpoderoso monopolio del acero, verdadero monstruo corporativo formado en 1901 por John Pierpont Morgan y el abogado Elbert H. Gary mediante la fusión de las tres mayores empresas estadounidenses del acero: la de Carnegie, la de William Moore y la del propio Gary, y que tiene todo el apoyo legal, estatal, policial y militar que requiere para enfrentar y derrotar cualquier huelga. Pero pese a todo eso, los obreros la declaran y logran que los apoyen casi todos los trabajadores siderúrgicos del país, el 98 % del total.

Al principio, la US Steel apela a lo usual: a la violencia y a la represión abierta contra los huelguistas. Cuenta para ello con el apoyo de la policía y con decenas de miles de espías y de matones armados y pagados, repartidos entre las diversas acerías. También cuenta con la activa participación de los tristemente célebres

Pinkerton's, policías privados apoyados por las autoridades y especializados en acabar las huelgas agrediendo y matando a los huelguistas a golpes, garrotazos y, sobre todo, a tiros de revólver y fusil. Con la huelga empiezan los crímenes de estos asesinos a sueldo del gran capital. Hay obreros muertos y heridos y un ejemplo brutal de esa violencia (Iakovlev, I, pp. 45-46) es lo ocurrido en West Natron, Pennsylvania, donde esos matones armados asesinan y masacran a una obrera, una mujer de cuarenta y ocho años de apellido Zillings, que formaba parte de un piquete de huelga y que, agredida a cachiporrazos por un matón, al tratar de levantarse, herida como estaba, fue asesinada de tres disparos. Pero no contentos con eso, los asesinos a sueldo la remataron literalmente y masacraron su cadáver. Un *sheriff* le disparó al cadáver y a continuación su ayudante le destrozó el cráneo con un fuerte golpe de su cachiporra.

Pero los patronos del acero, los dueños de la US Steel, tenían una carta clave en la manga y la sacaron: acusar a los trabajadores siderúrgicos de bolcheviques y decir que la huelga era parte de una horrible conspiración comunista incluso peor que la de los policías de Boston. Surgieron los nombres de Lenin y de Trotsky y los metalúrgicos fueron denunciados como agentes suyos, en especial sus combativos líderes. La gran prensa apoyó por supuesto a los patronos, difundiendo en primera plana sus calumnias. Y la pobre opinión pública, en particular la clase media, una y otra temerosas y crédulas como siempre, domesticadas y embrutecidas por esa prensa y por el reiterado discurso de sus políticos, se tragaron la fábula de la conspiración bolchevique y se pusieron en contra de los obreros, aunque al principio muchas gentes del pueblo parecían haber simpatizado con la huelga. Los medios atacaron a Foster; y en un allanamiento encontraron un folleto suyo que hablaba de organizar a los obreros por industrias y no por profesiones. Ello bastó para acusarlo inmediatamente de comunista y de infiltrado rojo en el sindicalismo. De todos modos, aunque perdiendo apoyo, la huelga continuaba.

Y en esos mismos días ocurrió algo muy importante que, por un lado, vino en ayuda de los trabajadores del acero y por otro, dio nuevas armas a los medios y a los patronos que aterrorizaban al pueblo con la conspiración comunista. El 1.º de noviembre estalló la huelga del carbón, otra enorme huelga movida por los mismos justificados reclamos obreros e intereses clasistas. Los mineros del carbón, que eran más de medio millón de hombres, reclamaban la semana de trabajo de treinta horas y un aumento salarial del 60 %.

Los metalúrgicos se sintieron más fuertes, pero pronto se repitió la historia. Los magnates del carbón y la gran prensa enfrentaron la huelga, como estaban haciendo los amos de la United States Steel, y acusaron igualmente a sus promotores de ser también bolcheviques y de formar parte del mismo horrible plan comunista en que estaban metidos los metalúrgicos y los policías de Boston. Ya no había la menor duda: «América», es decir, Estados Unidos, estaba seriamente amenazada y el bolchevismo preparaba ya la inminente toma del poder. Difundidas por la gran prensa, la imagen de los obreros y soldados bolcheviques asaltando el Palacio de Invierno en Petrogrado se hicieron tan populares como aterrorizantes. Había que hacer algo. Y pronto.

La actuación del fiscal Palmer: autoritarismo y Palmer Raids

Y es aquí cuando aparece y pasa a primer plano el fiscal general de Estados Unidos, Alexander Mitchell Palmer. Palmer se hacía llamar *the Fighting Quaker* (el Cuáquero luchador) porque pretendía ser una suerte de luchador por la libertad (seguramente identificada con el dominio pleno de su clase y de su raza). Lo cierto es que su máscara de pureza intransigente ocultaba a un hombre hipócrita y corrupto. Ya en 1917, al declararle Estados Unidos la guerra a Alemania, Palmer, como fiscal general, actuando en nombre del Estado y apoyado en las leyes represivas aprobadas por Wilson, secuestró seiscientos millones de dólares propiedad de alemanes y austríacos calificados de enemigos del Estado. Las propiedades de esos acusados fueron vendidas por la Fiscalía, y Palmer se las arregló para que buena parte de ellas fuera adquirida por varios de sus amigos cercanos. Pero sobre todo era un hombre profundamente reaccionario, autoritario, racista, xenófobo, antiobrero y un furibundo anticomunista. Su anticomunismo era una auténtica obsesión. Estaba convencido de que todo lo que ocurría en esos años en Estados Unidos era el desarrollo de una peligrosísima conspiración comunista, bolchevique, que debía ser enfrentada por el Estado con todos los recursos represivos a su alcance, fuesen estos legales o ilegales. Y eso es lo que decidió hacer apenas le fue posible. Ya lo vimos actuar con el gobernador Coolidge en el combate legal contra la policía de Boston. Y al ver, como veremos en lo que sigue, lo que hizo y cómo lo hizo, no debería quedar duda de que Palmer fue un personaje peor y más atropellador y brutal que su histórico discípulo y continuador Joe McCarthy.

Comenzó con la huelga del carbón. Un día antes de que esta se declarara, desempolvó una ley wilsoniana aprobada durante la guerra, la Lever Food Act o Food and Fuel Control Act (Ley de Fiscalización de alimentos y combustibles), que entre otras cosas prohibía que se restringiera o afectara la producción de carbón durante la Gran Guerra. Pero la guerra había terminado en 1918 y un senador, Husting, había declarado que según el secretario de Trabajo del gobierno de Wilson, ya no tenía ningún sentido intentar aplicar esa ley y que en todo caso el Gobierno entendía que ella no prohibía ninguna huelga ni piquete pacífico. Pero en forma autoritaria, Palmer, aprovechando su condición de juez, la hizo aplicar como fiscal federal que era, y prohibió la huelga dándole a los trabajadores tres días para que la suspendieran. El líder máximo de los mineros, el presidente de la United Mine Workers of America (UMWA), John L. Lewis, traicionó a los huelguistas aceptando la arbitraria decisión de Palmer con el argumento de que aunque esta era ilegal, él la aceptaba. Y concluyó lanzando en nombre de los obreros esta triste parrafada, que vale la pena recordar por lo que representa viniendo de un líder obrero: «Nos sometemos a la decisión del juez. No estamos de acuerdo con ella, pero somos americanos [es decir, estadounidenses] y no podemos [o sea, no debemos como tales] luchar contra el gobierno. Y asunto concluido». Por eso llamó a los trabajadores a suspender la huelga. Lo que logró con ello fue solo dividir a los trabajadores porque la mayoría de estos, unos 400.000, continuó la huelga sin él.

Pero con esa decisión de Palmer, que era el fiscal general, de declararla ilegal, la huelga estaba condenada y no podía mantenerse mucho tiempo. Para rematarla se produjo la acusación de patrones y de prensa de que solo podía ser una acción criminal promovida por bolcheviques que recibían instrucciones y financiamiento de Lenin y que querían afectar las condiciones de vida de las gentes para crear un clima favorable a sus siniestros planes. Pero aunque en todo esto la AFL se lavó las manos, los obreros eran muchos y todo concluyó con el nombramiento por el Estado de una comisión gubernamental y con una nueva negociación, en la que los obreros lograron un aumento del 27 % de sus salarios, lo que satisfacía al menos parte de sus reivindicaciones.

La que sí fracasó por completo fue la huelga del acero. Pese al esfuerzo de los trabajadores, la represión, la pérdida gradual de apoyo y las divisiones internas la fueron debilitando sin parar. La

represión fue brutal y en un momento la alianza del gobierno y la corporación se vio forzada a hacer intervenir al Ejército. Fue llamado el conocido general Leonard Wood, auténtica joya militar imperialista que después de participar en la guerra de Cuba en 1898 contra los patriotas cubanos y en la de Filipinas en 1902, en la que los crímenes genocidas contra la población fueron la norma, había sido gobernador ocupante de Cuba entre 1899 y 1902, donde fue responsable de crímenes de guerra; y de la provincia de Moro en Filipinas entre 1903 y 1906, donde reprimió a sangre y fuego una rebelión patriótica musulmana. No obstante todas sus medallas, manchadas de sangre de pueblos y de apetitos coloniales pero al menos ganadas en guerra, Wood, llamado a reprimir a los obreros estadounidenses del acero, no tuvo escrúpulos en rebajarse a hacerlo, en septiembre y octubre de 1919, embistiendo con sus tropas a los huelguistas en Gary, Indiana, acusados por los patronos y por la inteligencia militar de ser revolucionarios al servicio del comunismo ruso.

Además de eso, las empresas del acero fueron rompiendo la huelga empleando en masa a los usuales esquiroles. Trajeron entre 30.000 y 40.000 trabajadores negros y mexicanos, pobres y desempleados, y los metieron en los sitios de trabajo pagándoles salarios inferiores. Conocían el racismo de los obreros blancos y se burlaron de ellos diciéndoles que ahora los negros ganaban sus salarios y ocupaban sus puestos de trabajo. Por su parte, la AFL, más patronal que nunca, se dedicó a sabotear la huelga en todas las formas posibles. Ya en octubre y noviembre muchos de los huelguistas, desmoralizados, volvieron al trabajo; y esa tendencia no hizo más que crecer en diciembre. Al final, la huelga colapsó en los primeros días de enero de 1920 y para el día 8 había sido derrotada. Fue un triunfo rotundo del poder capitalista estatal y empresarial y una completa derrota del movimiento obrero estadounidense.

Así, envalentonado por su éxito, Palmer pasa en forma abierta a la ofensiva y se lanza a infiltrar las organizaciones populares y sindicales con soplones y espías pagados y a organizar redadas para capturar comunistas, reales o supuestos, encarcelarlos, y de ser extranjeros o inmigrantes recién llegados, expulsarlos del país rumbo a la recién creada Unión Soviética, que entonces estaba enfrentando la brutal invasión de ocho potencias europeas y de los Estados Unidos y pasando por una escasez de alimentos que pronto se convertiría en verdadera hambruna. Estas *razzias*, agresiones,

atropellos, encarcelamientos y expulsiones es lo que en la historia estadounidense se conoce como *Palmer Raids*.

Y vale la pena traer a colación esto porque su sola mención echa por tierra todo el conjunto de patrañas difundidas por los medios estadounidenses y la justificación de las decisiones que estaba tomando Palmer al hablar de conspiración bolchevique promovida por Lenin y Trotsky desde Rusia para apoderarse de los Estados Unidos e imponer en ellos el comunismo, algo que por cierto y dentro de condiciones parecidas, fue lo mismo que esa derecha, representada por tipos como McCarthy y otros, repitieron después de la Segunda Guerra Mundial al declarar Estados Unidos la Guerra Fría. De modo que, volviendo a Palmer, queda claro que ni siquiera atribuyéndole a los comunistas rusos los planes expansionistas que la derecha estadounidense les atribuía, era posible creer y decir que un país que estaba pasando entonces por una guerra civil y una terrible invasión extranjera como esa y sufriendo además saqueos de su disminuido territorio, acompañados de escaseces y de hambrunas, pudiera estar promoviendo y financiando proyectos de invasión de un país grande, rico y próspero como era Estados Unidos. Y eso no era todo, porque lo que ocurría en ese año de 1919 era justamente lo contrario: era Estados Unidos el que junto con esas potencias europeas (y asiáticas, porque Japón también andaba buscando su tajada), todas ellas ricas y capitalistas, estaba invadiendo a la Rusia comunista para derribar su gobierno y reestablecer en ella el capitalismo. E igual que esas potencias europeas, las tropas de Estados Unidos, ubicadas en el territorio siberiano y en alianza con Alexander Kolchak, uno de los líderes más asesinos de los rusos blancos, estaban cometiendo crímenes espantosos contra el pueblo ruso, quemando sus aldeas y asesinando en masa a sus habitantes. Esa era entonces la realidad. Plantear las cosas al revés era puro cinismo. En forma sencilla, la situación planteada recordaba aquello del ladrón que para disimular el robo que acaba de cometer corre por la calle gritando: «¡Al ladrón, al ladrón, agarren al ladrón!». Pero la tarea de la histérica extrema derecha estadounidense, en la que tenía papel destacado un hombre como Palmer, no era la de analizar esa situación en forma racional para descubrir la verdad, sino la de difundir a los cuatro vientos sus calumnias sin base, y la de estimular el miedo entre las dóciles y manipulables masas populares estadounidenses, para hacer que apoyaran todas las arbitrariedades y violaciones constitucionales que él, Palmer, estaba

cometiendo o dispuesto a cometer a fin de derrotar y encarcelar, acusándolos de comunistas o terroristas, a todos aquellos que, no importando que lo hicieran con la ley en la mano, se atrevieran a enfrentar el poder de los grandes empresarios capitalistas y a afectar sus intocables intereses reclamándoles a ellos sus derechos.

Las redadas de Palmer atropellaron todos los derechos, allanaron reuniones legales, casas de partidos legales, casas de posibles comunistas, casas de obreros y de sindicalistas. Las gentes fueron sacadas de sus residencias de madrugada y llevadas a retenes en los que fueron hacinados violando su derecho al *habeas corpus*. Los detenidos fueron miles, de los que la mayoría resultó inocente y debió ser puesta en libertad. Pero Palmer quería deportar a los extranjeros sospechosos de ser comunistas o socialistas. Para hacerlo se apoyó en la Ley de Espionaje de 1917, aprobada durante la Primera Guerra Mundial pero que en realidad remitía a la vieja Alien and Sedition Act del presidente Adams, aprobada en 1798. Esa ley le permitía al secretario del Trabajo mandar a encarcelar a estadounidenses sospechosos de querer derrocar al gobierno por la violencia; y sobre todo deportar a todo extranjero sospechoso de lo mismo o contra el que hubiere acusaciones o denuncias al respecto.

Palmer envió a los diarios propaganda anticomunista con dibujos que representaban a supuestos comunistas como seres horrendos para que los estadounidenses vieran lo que les esperaba si el país caía en manos de esos monstruos. Hizo deportar a unos quinientos extranjeros, que en realidad eran ciudadanos estadounidenses, que habían vivido por décadas en el país y que tenían en él casa, familia y trabajo. Se los deportó en dirección de la Unión Soviética; y para expulsarlos se fletó un barco especial. En ese contexto, el senador William Borah tradujo con simplicidad las ideas de Palmer. Dijo que si se quería detener el bolchevismo y el anarquismo lo que había que hacer era «predicar una sola fe, un solo camino de salvación: difundir el americanismo hasta los más remotos rincones del país». Y un tal Gary Empey lo expresó todavía mejor, en forma más directa y brutal. Empey lanzó entonces la consigna S.O.S. (*Ship or Shoot*, barco o balazo) para indicar que esos comunistas solo tenían en Estados Unidos esa alternativa: la de embarcarse para salir del país o la de que se los matara a tiros si se quedaban. Y para que no quedara duda de que en verdad la alternativa era más nominal que real porque lo que esos comunistas merecían era solo la muerte, añadió que el barco que debía llevárselos debería ser de piedra con

velas de plomo y que debía tener el infierno como primera escala (Iakovlev, i, p. 62 y Allen, pp. 75-76).

Y es importante señalar que Palmer no trabaja solo, sino que cuenta desde el principio con un aliado poderoso movido por la misma xenofobia y por el mismo anticomunismo que lo mueve a él. Ese poderoso aliado está representado por el FBI, que es creado en esos mismos años, en 1918, para ser más exactos, y con su principal líder, que es J. Edgar Hoover. Dedicado a perseguir los delitos internos de alcance federal, el FBI, motorizado por Hoover, va a ser desde el principio el ejecutor de las persecuciones y allanamientos que Palmer como fiscal planifica y ordena. Hoover, que entonces es un prometedor policía de veinticuatro años, actúa como lugarteniente de Palmer. Había logrado ascender pronto en el cuerpo policial desde su modesto inicio como perseguidor de prostitutas callejeras, a lo que sería su objetivo principal para las décadas siguientes: convertirse en el principal policía del país y dedicarse al frente del FBI, que cumplía diversas otras funciones, a perseguir y hacer encarcelar a socialistas y comunistas, reales o supuestos, y a todo el o la que a su juicio así lo pareciera.

Lo visto hasta ahora sucedió en 1919, pero en 1920 continuó la histeria y se tomaron nuevas medidas del mismo corte. La principal por sus alcances antidemocráticos fue la expulsión, en abril de ese año, de cinco miembros socialistas de la Asamblea del Estado de Nueva York. Se los expulsó del organismo no por pertenecer a un partido ilegal, pues el Partido Socialista era legal, ni por haber cometido algún delito, pues no habían cometido ninguno, sino solamente por ser socialistas, es decir, «por ser miembros de una organización desleal integrada por traidores perpetuos», como dice la decisión, y porque el socialismo era «absolutamente hostil a los mejores intereses del estado de Nueva York y de los Estados Unidos».

Hubo protestas y una aguda polémica por estas medidas. De todos modos, los socialistas fueron expulsados. Pero el hecho de que no hubiese existido unanimidad al respecto y de que hubiese habido personas importantes, como el hijo de Theodore Roosevelt y sobre todo el juez Charles Evans Hughes, futuro presidente de la Corte Suprema, que elevaran su voz indignada contra este atropello, mostró al menos que la ola de histeria fascista estaba empezando a disminuir.

Algo que contribuyó, además, a que disminuyera fue que Palmer anunció al país que los bolcheviques tenían preparado un te-

rrible complot revolucionario para asaltar el Gobierno de los Estados Unidos como habían hecho en 1917 en Rusia y hacerse con el poder. Ese complot debía estallar el 1.º de mayo de ese año de 1920, aseguró. Hubo cierto escepticismo ante el anuncio, pero Palmer usó todo su poder para lograr que se decretara una alarma general, que se llamara a la Guardia Nacional y se acuartelara a la Policía del estado de Nueva York durante todo ese día. Por supuesto, nada ocurrió ese día ni ninguno de los siguientes, porque no había ningún complot. El feliz resultado de esto fue que Palmer quedó en ridículo y que su prestigio, en el que se apoyaba para llevar a cabo sus arbitrariedades y atropellos, se vino por completo abajo.

De todas formas, las medidas histéricas siguieron, lo mismo que las huelgas, pero para la segunda mitad del año, aunque todavía una poderosa bomba estalló en Wall Street, era evidente que el Espantajo Rojo perdía fuerza, que cada vez estaba más claro que no había ninguna amenaza comunista contra la sociedad capitalista estadounidense y que otros temas, políticos, culturales y deportivos, tendían cada vez más a ocupar las primeras planas de los diarios. Y sin embargo, hubo asuntos que es necesario señalar porque forman parte del cuadro social o sociopolítico de esos mismos años.

El primero es *la limitación de la inmigración*

La idea estaba planteada desde antes, se venía exigiendo limitarla y controlarla, pero cobró forma de ley en 1921 en medio de este cuadro de intolerancia, xenofobia e histeria anticomunista y antiterrorista. La Ley de Inmigración que se aprueba en 1921 reduce de plano la aceptación de inmigrantes en Estados Unidos. El argumento que se usa para justificarla es que ya los inmigrantes no son necesarios porque han contribuido a dar forma al país y a aumentar las cifras de su población. Pero lo que en realidad provoca esta ley restrictiva son otras razones. Ya no hay mucha inmigración germánica y anglosajona que acuda a Estados Unidos, y la que llega en forma masiva resulta peligrosa, despreciable y problemática porque procede de países del este y sur de Europa: rusos, polacos, italianos, serbios, griegos y otros. Y también de Irlanda. De modo que se trata de limitar al máximo esta inmigración no solo por razones raciales, sino por motivos políticos, ya que es probable que buena parte de esos inmigrantes sean anarquistas, socialistas y hasta comunistas.

El segundo es *el caso Sacco y Vanzetti*

Es bastante conocido y no voy a tratarlo aquí en detalle. La detención y juicio de Sacco y Vanzetti se convirtieron a mediados de la década de los veinte en un fenómeno popular, polémico y mediático de alcance verdaderamente mundial, pero en su primer momento no tuvo ninguna repercusión y no pasó de ser visto como un crimen corriente que habría tenido lugar en abril de 1920, en la plenitud del Gran Espantajo Rojo y de su histeria antianarquista, racista, xenófoba y antiobrera.

Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti eran dos obreros italianos, ambos anarquistas, que vivían y trabajaban en South Braintree, Massachussetts, y se los acusó de haber atracado para robarlo al contador de una empresa de zapatos. En el enfrentamiento hubo dos muertos. Y según el informe de la policía, ellos dos habrían huido en un automóvil luego del hecho. Una vez capturados, en mayo de 1920, los dos se declararon inocentes. Las pruebas contra ambos eran muy débiles y sospechosas. No pudo probárseles ninguna culpabilidad. El juez, un individuo racista y xenófobo llamado Webster Thayer, los condenó de todas formas a muerte en un juicio claramente amañado.

Y fue en los años siguientes, cuando desde la cárcel y mientras esperaban la ejecución ambos apelaron muchas veces siendo sus apelaciones rechazadas una tras otra, que el asunto trascendió a la prensa y se convirtió no solo en noticia y en creciente fenómeno mediático sino en demostración de la xenofobia, racismo e injusticia que era la norma en los juicios contra obreros extranjeros en Estados Unidos. El juicio había sido amañado y el veredicto, claro producto de la xenofobia y el racismo. Hubo grandes protestas mundiales por años, exigiendo que se los liberara porque eran inocentes, pero la justicia estadounidense fue sorda y ciega, y agotadas todas sus apelaciones, los dos hombres fueron ejecutados en agosto de 1927. Ambos murieron con valor y dignidad.

El tercero es *el nuevo auge del racismo contra negros, judíos y católicos*

El incremento del racismo contra los negros fue un renovado combustible en los años siguientes para el segundo Ku Klux Klan. En los años finales de la segunda década del siglo XX buena parte de la población negra, hasta entonces concentrada en su aplastante

mayoría en el Sur del país, empieza a movilizarse en forma masiva hacia el Norte, el Centro y el Oeste no solo para huir del virulento racismo sudista y del terrible y humillante sistema segregacionista de las Leyes Jim Crow, sino también y sobre todo en busca de mejores salarios y de nuevas expectativas de vida. El enorme crecimiento industrial y urbano que viven los Estados Unidos requiere mucha mano de obra barata y la población negra está dispuesta a ofrecerla a cambio de que se la trate no como a antiguos esclavos inferiores, sino como a ciudadanos estadounidenses que exigen disfrutar de iguales derechos que los blancos.

La población negra aumenta así grandemente en ciudades como Nueva York, Boston, Washington, Filadelfia, Pittsburgh, Detroit, Chicago y también en Los Ángeles y San Francisco. Y hasta en ciudades del Centro-Oeste, casi tan conservadoras y racistas como las del viejo Sur. Pero el arraigado racismo estadounidense está presente en todas partes, en el Norte, el Oeste y el Sur, de modo que la presencia de una creciente cifra de población negra que busca trabajo, vivienda y que desea que se la trate con respeto no hace sino incrementar ese racismo, que parecía menor en el Norte que en el Sur, pero solo porque la presencia negra era mucho menor en aquel que en este. Para los racistas blancos, que lo son casi todos, convivir en las mismas zonas urbanas y en las fábricas con los negros resulta algo insoportable. Y las crudas explosiones de racismo y de agresiones violentas contra esa población negra van a convertirse en esos años del fin de la Primera Guerra y del comienzo de los veinte en auténtico drama cotidiano.

Pero a diferencia de lo que pasaba en el Sur, en el que los negros casi siempre eran humillados, despreciados y linchados sin que hicieran resistencia, eso ya no va a ocurrir en el Norte. Y no ocurre porque esos negros, más y mejor organizados, están decididos a resistir al racismo y a responder con igual violencia a agresiones armadas de racistas y supremacistas blancos. Muchos de esos negros han combatido en la guerra europea en las tropas de Estados Unidos y aunque discriminados como negros en el Ejército, no están dispuestos a que ahora que han combatido por la libertad y aprendido a manejar armas se los pueda atacar y matar sin que se defiendan.

No obstante, el racismo blanco está allí, y como en el Sur, cuenta con apoyo no solo social y mediático sino policial para sus agresiones. O con la simple complicidad de las autoridades, que miran para otro lado. Y la de la justicia, que da siempre razón a los blancos y

hace que sus crímenes racistas parezcan meras inocentadas. Los negros son denunciados como invasores por pretender vivir en zonas ocupadas por blancos y como enemigos por los obreros blancos con los que deben competir en fábricas y empresas por el trabajo y el salario. Y el racismo y la violencia se nutren a diario de ese cuadro.

De modo que el resultado de todo esto es que sin desaparecer para nada en el Sur, el racismo sudista se anima e incrementa ahora en el Norte; que las amenazas y linchamientos encuentran nuevo espacio favorable que el Ku Klux Klan, el cual ya no está limitado solo al Sur, va a aprovechar; y que los numerosos estallidos de violencia racial que van a llenar esa década en todas esas ciudades de presencia negra serán enfrentamientos en los que los negros se defienden y atacan y en que no solo los blancos usan armas, lo que lleva a los blancos racistas a apelar a medios más violentos y brutales. Los ejemplos son muchos, pero me limito a citar solo varios de los más terribles.

Uno de esos casos, descrito por Frederick Lewis Allen en *Apenas ayer* (pp. 81-82), ocurrió en Chicago en el caluroso verano de 1919.

Un joven negro de diecisiete años nadaba en el lago Michigan junto a una playa de Chicago. Mediante un convenio previo entre blancos y negros se había decidido que una parte de la playa con su trozo de lago fuera utilizada por los blancos y la otra por los negros, habiéndose establecido una frontera convencional entre ambas partes. El joven negro nadaba aferrado a un durmiente de ferrocarril que flotaba en el agua del lago, pero al parecer se adormeció a causa del intenso calor y sin darse cuenta, flotando, cruzó la invisible frontera. Un grupo de blancos racistas que lo vigilaba desde su lado del lago empezó a insultarlo y a arrojarle piedras. Es obvio que varias de ellas lo golpearon en la cabeza. El muchacho soltó el durmiente y se hundió en las aguas, ahogándose. Desde su lado, los indignados negros acusaron a los blancos de asesinos y se inició un combate entre ambos grupos. Pero la cosa no quedó allí y en forma cada vez más violenta el enfrentamiento se trasladó a la ciudad, en la que los barrios negros habían crecido en forma rápida y sustancial. Durante casi una semana se mantuvo la batalla racial, que pronto tomó rasgos de guerra civil. Los blancos con palos, armas blancas y armas de fuego se lanzaron sobre los vecindarios negros. Quemaron casas, destruyeron propiedades, golpearon, apuñalaron y mataron a todos los negros que estuvieron a su alcance. Pero los negros también tenían armas y respondieron al ataque disparándo-

le a los blancos y matándolos. Cuando la policía logró restablecer la paz se encontraron quince blancos y veintitrés negros muertos, 507 heridos y alrededor de un millar de personas, todas negras, que habían perdido sus incendiadas casas y ahora no tenían dónde vivir.

El más terrible, sin embargo, es el que describe James W. Loewen en *Lies my Teacher told me* y del que hablé ya en el tercer capítulo. Se trata de un increíble y monstruoso hecho ocurrido en 1921 en Tulsa, Oklahoma, en el que brutales racistas blancos atacaron el gueto en que vivían los negros, usando aeroplanos para bombardearlo con dinamita. En este caso, los sorprendidos negros no tuvieron tiempo ni modo de defenderse del ataque aéreo. El criminal bombardeo mató a 75 negros, que murieron quemados y despedazados por las bombas y destruyó más de 1.100 hogares por medio del fuego provocado, que se extendió a todo el gueto. Este horrible crimen racista en el que una parte de la población de una ciudad, los blancos, atacan y masacran con aviones y bombas de dinamita a sus vecinos negros solo porque son negros y no los quieren como vecinos, no se mencionaba nunca hasta fecha reciente, ya fuese por ignorancia o por complicidad racial, en los libros de historia de Estados Unidos.

Un tercero, también brutal, es relatado por Cedric Belfrage en *La Inquisición democrática en Estados Unidos* (no dice fecha, pero debió ser a principios de los años veinte). El hecho ocurrió en Saint Louis, Missouri, donde con la complicidad o indiferencia de la policía y de una multitud de blancos insensibles que veían todo como un espectáculo, un grupo de racistas blancos asesinos atacó con armas a los negros de un miserable gueto cuyas chozas habían sido ya incendiadas poco antes por ellos. Los negros trataban de huir de las llamas, pero cuando salían de las ardientes chozas, los blancos, que los estaban esperando cerca armas en ristre, les disparaban y los mataban a tiros como a animales de caza mientras la policía miraba y nada hacía. Varios testigos relataron que vieron como un niño negro que logró escapar de las balas fue capturado por un hombre blanco, el cual lo arrojó a las llamas de una de las chozas incendiadas. El niño murió allí quemado, gritando, sin que eso conmoviera a los insensibles espectadores blancos.

También hay manifestaciones en esos años de abierto racismo contra los judíos. Un papel importante en ese racismo lo desempeña Henry Ford, el conocido y poderoso gran empresario de la industria automovilística, quien en su prensa y en sus discursos

proclama en forma abierta ese racismo antijudío. Ford considera a los judíos como partícipes o protagonistas de una conspiración de corte masónico y comunista que, tal como afirman *Los protocolos de los Sabios de Sión*, tiene como objetivo el poder mundial. De modo que la población judía constituye para él una amenaza contra Estados Unidos. Ford disfruta de mucho apoyo popular entre los grupos conservadores de extrema derecha y en los años veinte esos grupos promocionan su candidatura a la Presidencia de los Estados Unidos, algo que Ford rechaza porque eso no parece entusiasmarlo mucho. En todo caso, más adelante, en la década de los treinta, Ford se mostrará, también en forma abierta, como un ferviente admirador de Hitler y del nazismo.

Pero no hay que sobreestimar a Henry Ford, porque no es el único ni el más importante promotor o componente del importante racismo que en esos años de Gran Espantajo Rojo y de su sucesor en este campo, el segundo Ku Klux Klan, actúa con fuerza en Estados Unidos. Hubo en esos años varias agresiones a judíos. La Universidad de Harvard estuvo estudiando una ley interna para limitar el acceso de estudiantes judíos a sus aulas. Hubo denuncias de escuelas que se negaban a inscribir niños judíos y de propietarios de casas que se negaban a alquilarlas a judíos. De todas formas, ese racismo fue más latente que otra cosa, no es comparable en absoluto al brutal racismo que acosaba y asesinaba a los negros, y no produjo nada parecido a agresiones brutales o a tentativas de linchamiento. El caso Leo Frank, que ya vimos, había sido, como dije antes, algo realmente excepcional.

El racismo contra los católicos es el mismo de antes y no habría aquí mucho que agregar a lo dicho y examinado ya en el capítulo anterior. El conservatismo protestante seguía considerando que los católicos no podían ser «americanos plenos» porque debían fidelidad a un poder extranjero que era el del Papa, y que no podían ser ni siquiera «americanos confiables» porque se seguía sospechando que formaban parte de una taimada conspiración para tomar el poder en Estados Unidos a fin de ponerlo al servicio de su Iglesia.

Los años veinte y el segundo Ku Klux Klan

Es en este cuadro de anticomunismo, racismo y xenofobia que resucita, cobrando presencia y enorme fuerza, el prácticamente desaparecido Ku Klux Klan. Y este segundo Klan se convierte pronto en un verdadero fenómeno de masas que se mueve por todo el país

y en principal protagonista de la continuación de esta histeria anticomunista, xenófoba y racista en lo que sigue de los años veinte.

El contexto general de esos años en los que, ya pasada la histeria del Gran Espantajo Rojo, se expande el Ku Klux Klan, es el del triunfo electoral de los republicanos, que gobiernan Estados Unidos toda la década. Y se trata de una década que en medio de una aparentemente sólida prosperidad económica y un nuevo crecimiento urbano acompañado de grandes movimientos de población interna, inevitables cambios sociales en las ciudades y aparición de nuevas costumbres y formas de vida que escandalizan a los sectores más tradicionales y derechistas, va a estar dominada por una visión excepcionalista y reaccionaria. En esa visión dominan la llamada política aislacionista de los republicanos y su culto al excepcionalismo estadounidense, las nuevas formas y manifestaciones del eterno nativismo y la reaccionaria histeria puritana que estimula el fundamentalismo religioso y da origen en 1925 al famoso Proceso del Mono. Y por supuesto, está también marcado el decenio de los veinte por la absurda imposición de la Ley Seca convertida en enmienda constitucional, con el conflicto inevitable que su aplicación produce, dividiendo a la población del país entre los *dry* y los *wet*, secos y húmedos, acompañado todo ello del incremento de la corrupción policial y el auge de la mafia y de toda la carga de podredumbre social y de violencia que deriva y se nutre a diario de ese auge.

Y creo importante resaltar, por la importancia que tiene para las políticas de la extrema derecha, y en particular del Ku Klux Klan, lo que resulta, en términos nativistas y conservadores, de ese cuadro de crecimiento urbano, financiero, industrial y comercial, de la imposición creciente en ese mundo urbano de nuevos valores y formas de conducta, distintos y hasta contrarios a los propios del puritanismo tradicional característico del mundo rural que sigue dominando sobre todo en los pequeños pueblos y entre los grupos blancos más atrasados que conforman la mayoría del país.

Porque esos grupos blancos cargados de valores conservadores y nativistas no solo ocupan ese mundo rural tradicional del campo, las granjas y las pequeñas ciudades del Sur y del Centro sino que en parte, igual que la población negra a la que desprecian y con la que ahora deben competir, se van trasladando a esas grandes ciudades del Norte, modernas, industriales, llenas de una modernidad y unas nuevas formas de vida que les parecen pecaminosas, que les inspiran mucho miedo y les generan un gran rechazo, pero en las que creen

que es también más fácil encontrar trabajo mejor pagado e incluso mejorar socialmente; algo que no siempre resulta verdadero porque no todos lo logran; y en esos casos, el fracaso incrementa en ellos su rechazo por ese nuevo mundo urbano de ocio, de pecado, de libertades femeninas y de consumo clandestino de drogas y licores, mundo con cuyos nuevos valores siguen estando en pleno desacuerdo.

Y aunque no en forma exclusiva, es sobre todo con el apoyo de esa población conservadora, blanca, puritana, nativista, mediocre y frustrada, habitante tanto de zonas rurales y pequeñas ciudades del Sur tradicional como de las grandes ciudades modernas e industriales del Norte, del Este, del Centro y del Oeste que se va a alimentar el surgimiento y el crecimiento rápido y masivo de ese segundo Ku Klux Klan que tanta fuerza va a cobrar y tanta gente va a reunir en esa tercera década del siglo XX.

El segundo Ku Klux Klan (*KKK*)

El segundo Ku Klux Klan fue, después del Gran Espantajo Rojo, la expresión más masiva, poderosa y mejor organizada de la extrema derecha histérica, racista, xenófoba y anticomunista de la década estadounidense de los veinte. Pero como se trata de un renacer del prácticamente desaparecido primer Ku Klux Klan, que había sido creado en el contexto de la Guerra de Secesión en el siglo XIX, y del hecho de que este segundo Klan fue seguidor y amplificador de las ideas y políticas del primero dentro de un territorio geográfico, político y cultural más amplio, creo que conviene, antes de examinar el segundo en detalle, recordar algunas cosas importantes relativas a ese primer y más limitado, pero no menos violento Ku Klux Klan.

Como es sabido, el primer Ku Klux Klan fue fundado en el Sur, en Pulaski, Tennessee, entre diciembre de 1865 y agosto de 1866, al terminar la Guerra de Secesión. Lo fundó un grupo de seis derrotados racistas blancos que habían luchado en el ejército confederado. No está muy claro cómo y quién del grupo ideó el nombre, pero todo indica que fue el resultado de combinar círculo, en griego κύκλος con *Klan*, porque eran todos de origen escocés y pensaron en constituir una suerte de círculo o clan secreto. Fue algo más tarde, en 1866-1867, en tiempos de la ocupación militar del Sur por los nordistas, que el Klan define con claridad sus políticas y que empieza a cobrar cuerpo como organismo, aunque se trata en este caso de un organismo múltiple, porque aparecen en otras partes del Sur, sin depender del Klan, otros movimientos con similares formas y

objetivos. El principal y mejor conocido de ellos fue The Knights of the White Camelia (los Caballeros de la Camelia Blanca), virulenta organización terrorista y supremacista blanca que creó en 1867, en Louisiana, Alcibíades De Blanc, otro exmilitar confederado.

Las políticas del Klan iban dirigidas contra los recién liberados negros, para «ponerlos de nuevo en su sitio»; contra los republicanos, militares y civiles, a los que consideraban como ocupantes de su territorio; y contra los blancos sudistas que los apoyaban y colaboraban con ellos. A los militares nordistas ocupantes no podían agredirlos y atacarlos porque eran poderosos y estaban armados, pero sí a los nordistas blancos que venían a colaborar con la población negra como asesores políticos o como educadores, y sobre todo a los blancos del Sur que colaboraban con los ocupantes republicanos. A los primeros los llamaron *carpetbaggers*, diciendo que eran trepadores, aventureros muertos de hambre que venían a saquear el Sur y a aprovecharse de la ingenuidad e ignorancia de los negros. *Carpetbagger*, expresión despectiva, alude a *carpetbag*, un miserable bolso de viaje hecho de un trozo de alfombra vieja cosida, que era lo que, sostenido con un palo, llevaban al hombro los pobres y vagabundos en sus viajes o vagabundeos a falta de mejor maleta. A los otros también los descalificaron con una palabra de origen y significado algo oscuro, pero despectiva, al parecer indígena, *scalawags*. El término, bien conocido en el Sur, se usaba para designar a animales menores de granja y a individuos sucios y de baja ralea. *Carpetbaggers* y *scalawags* fueron agredidos a menudo en términos físicos, aunque la tarea principal del Klan y de sus similares, dado que los negros se negaban «a volver a su sitio», fue la de amenazarlos, darles palizas, torturarlos, quemarles las casas, lincharlos y quemarlos vivos.

El Klan recibió pronto el apoyo de la población blanca del Sur, partidaria de la esclavitud, y ahora que esta había sido abolida, de volver al menos a sujetar a los negros a un régimen parecido al anterior. Lo apoyaron tanto los blancos ricos, antiguos plantadores esclavistas exdueños del poder, como las masas de blancos pobres, que no estaban dispuestas a soportar que los negros, ahora libres, se les igualaran en derechos en lugar de cederles como antes las aceras echándose a la calle para saludarlos sombrero en mano e inclinados con respeto servil ante su paso. Y por supuesto, lo apoyaba el Partido Demócrata, dominante en todo el Sur, que era el partido defensor de los plantadores esclavistas y había sido el sostenedor de la esclavitud, eso que con hipocresía puritana típica de Estados

Unidos en lugar de recibir el feo nombre de esclavitud era llamado en el Sur *the Peculiar Institution*, es decir, la *institución peculiar*.

Varios de los fundadores y muchos de los militantes o seguidores del Klan eran miembros de ese partido. Y el Klan, cuyos primeros líderes fueron el exbrigadier general confederado George Gordon y el exgeneral confederado Nathan Bedford Forrest, participó en las luchas de los demócratas contra los ocupantes republicanos para tratar de echarlos pronto del Sur y recuperar ellos el poder. El KKK estableció una suerte de jerarquía militar interna con nombres peculiares, y Gordon elaboró un texto supremacista blanco y una serie de normas internas que no sirvieron de mucho porque con ellas no se logró que todos los grupos independientes que funcionaban como KKK se integraran en una sola organización. Ello, empero, no impidió que Forrest fuera el primer dirigente del Klan en hacerse llamar *Grand Wizard* (Gran Hechicero), que era el título supremo del organismo. Para lograr sus objetivos, los distintos grupos del Klan, que actuaban en los diversos estados del Sur y los demócratas sudistas que hacían lo mismo, necesitaban someter de nuevo a la población negra liberada, impedirle ejercer el voto y recibir educación, echarla de las legislaturas y organismos administrativos y mantenerla dominada por el terror. Y en los pocos años que siguieron a la fundación del Klan ese terror y esa violencia dieron como resultado palizas, incendios, asesinatos, linchamientos y matanzas de varios cientos de negros.

En ese campo, el éxito del Klan –que limitaba su actuación solo a los estados del Sur– fue sin duda grande. Pero lo cierto es que ese primer Klan no duró mucho. El Congreso estadounidense, dominado por los republicanos, cuya vanguardia era un sector de izquierda resuelto a perseguir el racismo y a defender a la población negra recién liberada, decidió enfrentar al Klan. A comienzos de 1871 John Scott, senador republicano de Pennsylvania, había reunido varios tomos de testimonios horribles sobre los crímenes del Klan y entrevistado a muchas víctimas negras de la violencia supremacista blanca. Y poco después, en octubre de ese mismo año, otro parlamentario republicano, Benjamin Franklin Butler, representante por Massachusetts, presentó ante el Congreso un proyecto de Ley de Derechos Civiles que fue aprobado por clara mayoría. Se trata del Civil Rights Act de 1871, mejor conocido como Ku Klux Klan Act, que el presidente Grant firmó y puso de inmediato en ejecución proscribiendo al Klan y empleando la

fuerza de la ley para disolverlo. Se aprovechó para ello que el Sur estaba ocupado militarmente por tropas del Norte, de modo que el Klan fue disuelto y varios de sus miembros fueron a dar con sus supremacistas huesos en la cárcel.

El KKK fue disuelto por ley, pero de todas formas sus objetivos racistas se impusieron. Y de hecho, poco después quedó en evidencia que ya no era necesario para imponer esos objetivos y que estos podían imponerse legalmente. En efecto, cinco años después se firmó el Acuerdo de 1876, que dio fin a la ocupación militar nordista y devolvió a los exesclavistas sudistas y a los demócratas racistas el control de los estados del Sur. Lo poco que aún sobrevivía oculto del Klan dejó de ser ya necesario y en adelante solo actuó en casos extremos de rebeldía negra, individuales o colectivos, que de hecho fueron pocos porque los grandes propietarios sudistas, de nuevo en el poder en sus estados, impusieron en estos por ley el supremacismo blanco, la abierta represión racista y la segregación total de la población negra haciendo aprobar las llamadas Leyes Jim Crow. Y a partir de entonces, sin necesidad de cuerpos clandestinos de encapuchados como el Klan, aunque estos por supuesto no desaparecieron y siguieron actuando con toda libertad, se encargaron ellos mismos o su policía y autoridades de amenazar, castigar y linchar legalmente y a voluntad no solo a los escasos negros que osaran oponerse a su dominio o que se negaran a aceptar las normas racistas y las Leyes Jim Crow, sino también a aquellos otros negros que por cualquier motivo les estorbaran. En consecuencia, el segundo Klan va a aparecer y a estructurarse como tal en 1915, dentro de un contexto distinto pero en esencia aún más favorable, casi cuarenta años después de la desaparición oficial del primero.

De modo que este segundo Klan se crea poco antes de la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra europea y se convierte en un movimiento masivo con difusión y presencia activa en todo el país en la primera mitad de los años veinte. Ese segundo Klan se crea, siempre en el Sur, pero esta vez en Georgia, y el año de su creación es importante porque su fundación guarda una relación estrecha con la aparición y el notable éxito, sobre todo en los estados sureños, de la famosa y polémica película racista de David Griffith, *The Birth of a Nation* (*El nacimiento de una nación*).

El nacimiento de una nación es sin duda una de las más grandes películas de la historia cinematográfica, una obra excepcional con la que el cine que, salvo por unas cuantas excepciones anteriores,

había sido hasta entonces mero espectáculo, se convierte ahora, gracias a la magistral película de Griffih, en creador de auténticas obras de arte. En ella, Griffith emplea todos los recursos cinematográficos que las películas siguientes utilizan y que puede decirse que siguen usando y desarrollando hasta el presente. Todo así lo muestra: las tomas tanto en grandes ambientes como íntimas, los diversos escenarios y las formas de abordarlos, los juegos y movimientos de cámara, la actuación de los actores y el indudable interés del argumento y de la forma de desarrollarlo, alternando los hechos históricos que marcan la pauta (a menudo manipulados por Griffith) con la evolución de los personajes y sus dramas personales. Y los cien años que cumpliera hace poco esa obra no la han envejecido en absoluto.

Pero lo que me interesa resaltar ahora es que la película, racista y reaccionaria, que por cierto comienza en su primer cuadro con un texto del presidente Wilson celebrando al Ku Klux Klan, es una abierta apología del Sur negrero, de su sociedad de plantadores esclavistas, de su heroísmo durante la Guerra de Secesión y, por supuesto, del viejo y añorado Ku Klux Klan, al que vemos nacer como auténtica milicia justiciera. Los plantadores sudistas son los héroes, víctimas de la prepotencia de los nordistas. Estos, además de ocupantes, son mostrados como una banda de aventureros saqueadores de ese plácido mundo que han destruido con la guerra. Por su parte, los negros, presentados antes de la guerra y de la prematura abolición de la esclavitud como dóciles y felices servidores de unos amos blancos que los trataban siempre en forma paternal, se convierten, al ser liberados por obra de los ávidos aventureros blancos venidos del Norte, en una fea turba de seres brutales movidos por los peores instintos y dedicados a atropellar y humillar a los blancos, a intentar violar a sus mujeres y a sus hijas y a dedicarse en las asambleas estatales en las que ahora dominan a preparar fraudes, a emborracharse, hacer escándalo, gritar, eructar y rascarse como monos y a montar sus patas sucias y desnudas sobre los sagrados curules. Llegan a organizar bandas armadas que cometen todo tipo de tropelías y robos, apoyados por los blancos del Norte, encabezados estos por un personaje que es una caricatura falsa y grotesca de Thaddeus Stevens, el progresista líder republicano del Congreso, y apoyados por un sórdido y ambicioso mulato que es su protegido y que quiere desplazarlo del poder y casarse con su renuente y bella hija blanca. A los indignados blancos sudistas, despojados de sus propiedades, sus tierras y su honor, viendo cómo los negros raptan

y tratan de violar a sus mujeres, no les queda entonces otro camino que organizar su propio ejército para defenderse y poner de nuevo las cosas en su sitio. Ese ejército liberador, entrenado y armado, es el Ku Klux Klan, formado por jóvenes hombres sudistas, valerosos excombatientes de la guerra, que usan capuchas y túnicas blancas y montan poderosos caballos enjaezados del mismo color, imitando una tropa de antiguos cruzados, pues bordadas en los pechos de sus túnicas llevan cruces, y que se encargan al término de la obra de rescatar a las jóvenes raptadas, matar a los violadores y restablecer el orden en una victoriosa cabalgata final que cuenta con el clamoroso apoyo de todo el pueblo blanco del Sur mientras al ver que se acercan, los negros sueltan las armas y huyen despavoridos.

El fundador de este segundo Klan fue un coronel, un tal William Joseph Simmons. Simmons, nacido en Alabama, exsoldado en la guerra hispano-estadounidense, exestudiante de medicina, exmaestro en una iglesia metodista y fracasado en todas estas profesiones, se sintió, como el sudista y racista convencido que era, llamado a reconstruir el Ku Klux Klan luego de ver la película de Griffith. En esto tuvo cierto éxito, porque logró con algunos amigos reconstruir el Klan y este empezó a crecer. Poco después sus miembros eran varios miles y en los años siguientes llegaron a rebasar los cien mil, cuando a los primeros miembros se unieron gentes procedentes de las ciudades industriales del Medio Oeste. Se trataba en su gran mayoría de trabajadores blancos, de fieles de corrientes protestantes y miembros del Partido Republicano. Y el Klan, como era de esperarse, amenazó y persiguió a los negros. Pero además, actuando en nombre de la «americanidad», defendiendo unos Estados Unidos basados en la pureza racial y religiosa, esto es, formados exclusivamente por blancos, anglosajones y protestantes como los únicos verdaderos y puros americanos, llamó a rechazar la inmigración procedente de los países del Este y Sudeste de Europa no solo por venir a competir con los trabajadores blancos americanos, sino por ser en su mayoría católicos o judíos.

De todas formas, bajo el mando de Simmons el crecimiento del Klan dejaba mucho que desear. Simmons no era un hombre muy activo, y fue en 1920, en pleno Espantajo Rojo, cuando decidió compartir el poder con un tal Edward Young Clarke, publicista profesional bastante dinámico y capaz, y fue este quien, con la colaboración directa de otra publicista, una tal Elizabeth Tyler, reorganizó el KKK, buscó nuevos miembros, creó eficaces

mecanismos publicitarios para atraerlos y para conseguir dinero, y el Klan empezó a crecer en forma acelerada y a atraer millones de militantes. Simmons le otorgó a Clarke el título de *Imperial Wizard* (Hechicero Imperial).

Acusado el Klan de promover la violencia, una comisión del Congreso interrogó a Simmons, que era su líder y fundador, y este, temeroso de alguna sanción legal, declaró que era una organización fraternal, lo que llevó a que se lo dejara de lado y a que Hiram Wesley Evans asumiera el control de la organización y se autodesignara *Imperial Wizard* en noviembre de 1922, desplazando del poder también a Clarke.

Pero el principal líder del segundo Klan fue David Curtiss Stephenson, que se proclamó Gran Dragón del Reino de Indiana. Stephenson, texano, se había alistado en el ejército de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial. No salió empero del país y no combatió, pero sí aprendió a organizar y dirigir tropas, lo que le fue muy útil cuando poco después ingresó en el Klan. Antes de ello se instaló en Indiana y militó en el Partido Demócrata. Y fue algo después que un dirigente del KKK, Joseph Huffington, lo reclutó, convirtiéndolo además en uno de sus íntimos. Huffington hizo crecer el Klan de Indiana, pero Stephenson, instalado en Indianápolis, pronto lo superó y el Klan de Indiana, con él a la cabeza, se convirtió para 1923 en el más poderoso del país. Y entonces Hiram Wesley Evans, que había reemplazado a Huffington como reclutador y como *Imperial Wizard*, designó al ya poderoso Stephenson como Gran Dragón de Indiana. Apoyado en su ambición por los muchos centenares de miles de *klansmen* que integraban el Klan de Indiana, Stephenson aprovechó para separar a este de la organización nacional del KKK, convirtiendo el Klan de Indiana en nuevo Ku Klux Klan, encabezado por él con su pomposo título de Gran Dragón. Y como en Indiana el partido más poderoso era el republicano, cortó lazos con los demócratas y se identificó con los republicanos, que entraron en masa en las filas del nuevo Klan, encabezados por Edward Jackson, el cual, con el apoyo de Stephenson y del Klan, ganó las elecciones estatales y se convirtió en 1924 en gobernador de Indiana.

Y puede decirse que apenas un año más tarde, en 1925, el KKK contaba con más de cuatro millones y medio de miembros definidos por su xenofobia y su racismo; estaba presente en todo el territorio de la Unión; mantenía excelentes relaciones con el

Partido Republicano, gobernante del país y con la policía; contaba con una amplia militancia formada por religiosos protestantes que apoyaban su política derechista y sus crímenes; y se había convertido en poco tiempo en una de las fuerzas políticas más dinámicas y poderosas del país.

Conviene ahora precisar algunos de los rasgos de este segundo Ku Klux Klan.

Como era de suponer, el segundo Klan se funda también en el Sur y allí alcanza mucho peso, pero esta vez no se limita solo a él y se difunde prácticamente por todo el país. Es decir, este segundo Klan conoce una expansión nacional y no solo regional, sureña, como fue el caso del primero.

Además, este nuevo Klan no se expande únicamente en zonas rurales y en pequeñas ciudades tradicionales sino que también lo logra en zonas urbanas y en grandes ciudades, en ciudades modernas e industriales. En esas grandes ciudades la mayor parte de quienes se convierten en miembros del Klan, todos blancos por supuesto, son individuos mediocres, puritanos, reaccionarios y de ideas tradicionales que han emigrado por necesidad a las grandes ciudades del Norte, el Este y el Oeste, siempre en busca de trabajos mejor remunerados y que están descontentos y decepcionados con lo que ven a diario como costumbres y formas de vida en esas ciudades, y con lo poco que han logrado en ellas en cuanto a la mejora de su ingreso y de sus condiciones de vida.

A propósito de esa membrecía, es decir, de la composición social del Klan, vale la pena precisar mejor las cosas porque, aunque como acabo de señalar, la mayoría de sus militantes la forman sectores populares, lo cierto es que el Klan le llega a todos los grupos y clases sociales de Estados Unidos y a todos ellos los atrae. En el Klan figuran importantes políticos, en su mayor parte del Partido republicano, pero también tras sus capuchas se ocultan muchos demócratas. En el Norte son más los republicanos del Klan, pero en el Sur, los demócratas, que son racistas, supremacistas blancos declarados y sostén de los explantadores esclavistas, representan por supuesto una cuota muy importante de su militancia. No escasean tampoco en él funcionarios administrativos, alcaldes, gobernadores y hasta miembros del Congreso, en especial republicanos. Papel fundamental, por el alto porcentaje que representan de la militancia del Klan, lo desempeñan los ministros protestantes de diversas corrientes y los policías de la mayoría de los estados, lo que le garantiza a la

organización tanto apoyo religioso como complicidad policial para sus atentados y crímenes. También hay muchos empresarios medianos o pequeños, comerciantes, tenderos, mecánicos, insatisfechos con sus escasos logros, y grupos de clase media más bien empobrecida o marginal, todos los cuales se sienten atraídos por el Klan. Y en fin, como dije, está la gran masa formada por una verdadera chusma blanca, xenófoba y racista, atrasada y pobre, formada por obreros urbanos y trabajadores rurales. A propósito de esto, Lipset y Raab (en ob. cit. p. 154), citando un artículo de Morton Harris, señalan que un observador de una gran marcha del Klan de Indiana le decía a otro que pensaba que la mayoría de los que desfilaban enmascarados y envueltos en sus túnicas blancas eran empresarios o gente rica, que se fijara en los zapatos de los marchistas porque las largas túnicas no se los tapaban. Así descubriría que no eran de ricos, sino de pobres. En efecto, los zapatos de la mayoría eran viejos, gastados, cuarteados y con los tacones en el límite del desgaste.

Otro punto clave tiene que ver con los objetivos declarados del Klan, que se refieren al respeto de la tradición «americana» y a la defensa de la moralidad amenazada por las nuevas costumbres, porque esos objetivos son –más allá de la xenofobia y el racismo– los que atraen a la mayoría. Por definición, el Klan es para hombres blancos, anglosajones y puritanos, y lo que quiere es defender la vieja tradición puritana y rural y enfrentar la destrucción de esa forma de vida amenazada por la que se está imponiendo en las grandes ciudades. Y es necesario tener en cuenta que este segundo auge del KKK se produce en los años veinte, década que en medio de la derechización religiosa, xenofóbica, puritana y racista que la domina, es también y sobre todo, década de modernidad y cambios sociales, de cambios de vida de la mayor parte de las gentes, cambios que se desarrollan ante todo en las grandes ciudades y que tienen como protagonistas y defensores a las gentes jóvenes. Y esas nuevas y cuestionadas costumbres, que quebrantan la tradicional e hipócrita moral puritana, se imponen gracias a la influencia que todavía Europa tiene sobre Estados Unidos. La mayor parte de esas nuevas costumbres vienen de Europa, sobre todo de Francia, en la que luego de la represión de la Primera Guerra Mundial se ha producido la quiebra de casi todos los valores tradicionales políticos y religiosos que dominaban antes de 1914.

En Estados Unidos lo que se produce en esa década de los veinte en que dominan el puritanismo, el excepcionalismo y la Ley

Seca, es una reacción de los más jóvenes contra este marco represivo y tradicional. En las grandes ciudades, en las que los controles sociales tradicionales son más difíciles de mantener frente a los inevitables cambios del modo de vida que imponen la urbanización acelerada y los cambios sociales y económicos, es tiempo de las *flappers*, esas mujeres rebeldes, sobre todo jóvenes, que ejercen nuevas profesiones, que estudian y trabajan en oficinas o en fábricas, es decir, que empiezan a escapar del encierro de sus casas y a liberarse del dominio de sus padres y hermanos. Mujeres jóvenes y no tan jóvenes que recortan el tamaño de sus faldas, que usan vestidos sexy ceñidos a las caderas para resaltar sus seductoras formas femeninas; mujeres que se cortan el cabello à la *garçon*, que fuman y hasta se atreven a hacerlo en plena calle; que están pendientes de la moda, de cosméticos, peluquerías, peinados y ropas; que leen novelas de moda, a veces escandalosas o prohibidas; que tienen citas con hombres lejos de sus padres y familiares; que tienen relaciones sexuales con ellos en los asientos traseros de los automóviles, los cuales son cada día más abundantes. Mujeres que asisten y beben escondidas en los *speakeasies* (bares clandestinos o camuflados en los que se consume el alcohol que la Ley Seca prohíbe y persigue); y, sobre todo, que están pendientes del sexo y se están liberando de la tradicional represión sexual impuesta por igual por puritanos y católicos.

La libertad de costumbres que los jóvenes de ambos sexos están conquistando, las fiestas, el *jazz*, el charleston, las orquestas y los bailes, y sobre todo los automóviles, que se popularizan y abaratan en esa década de deseos de libertad luego de la dictadura de la guerra, se prestan a las relaciones sexuales prematrimoniales, a los abortos clandestinos y al debilitamiento del dominio patriarcal y tradicional de las iglesias, sean estas católicas o puritanas. Enfrentar esto, castigando a pecadores y borrachos, defendiendo la pureza de costumbres de los hombres y la castidad de las mujeres contra ellas mismas, es una de las tareas primordiales que se autoasigna el nuevo Ku Klux Klan.

Pero la tarea central y definitoria del Klan es la supremacía blanca y la de la religión puritana, acompañadas de la sospecha y rechazo contra los extranjeros. De modo que en esencia el KKK es defensor de los blancos contra los negros, de los protestantes contra los católicos y de los gentiles contra los judíos, y en general de los americanos puros o verdaderos contra los otros, sean extranjeros o falsos estadounidenses y por tanto no-americanos (*un-Americans*).

Sin embargo, el Klan no se limita a defender la supremacía blanca. Cierto que persigue a los negros, sobre todo en el Sur, pero esto no es ya lo principal porque, como afirma Gunnar Myrdal en su conocida obra *An American Dilemma*, los negros del Sur están ya sometidos por las Leyes Jim Crow y la declarada segregación y no hace falta el Klan para mantener el orden. Por eso, sin dejar de atacar y si es el caso, para no perder la costumbre, de asesinar, linchar o quemar vivos a negros rebeldes, que ahora aumentan en el Norte, al que también se han trasladado en masa en busca de trabajo y mejores condiciones de vida, igual que los blancos pobres, el Klan ataca más a los católicos y luego a los judíos, y en general a todos los que considera como no americanos. Y por supuesto, también ataca a los borrachos, los *wet*, a los pecadores, los delincuentes y en realidad a todo el que desee atacar porque le estorba. No hay que olvidar ni un momento que la mayor parte de los miembros del Klan, frustrados y mediocres, son delincuentes y hasta asesinos, escudados siempre en la impunidad policial y en sus ridículos disfraces. Y que el Ku Klux Klan es, clara y fundamentalmente, una organización criminal.

Otra cosa importante a señalar es que, dado que el KKK es una organización secreta y misteriosa, sus rituales y disfraces (túnicas blancas, fantasmales, con largas y altas capuchas, signos de todo tipo, claves especiales para encontrarse y reconocerse, citas secretas urgentes e imprevistas, armas diversas, cruces de fuego y otras) sirven para atraer a sus filas a mucha gente frustrada y mediocre, a individuos dueños de esa mentalidad infantil poblada de superhéroes y seres excepcionales tan frecuente entre los estadounidenses de todos los tiempos y todas las edades. Esas gentes frustradas y mediocres, al ingresar al Klan se sienten como formando parte de un Gran Imperio secreto y poderoso y empiezan a disfrutar del poder ilimitado que como *klansmen* pueden ejercer sobre los otros, los que no son del Klan, los enemigos, los diferentes, los despreciables por ser negros, extranjeros, católicos, comunistas o judíos. Y lo hacen con total prepotencia e impunidad porque se saben protegidas por el gobierno y el secreto para gozar de su poder y cometer todo tipo de atropellos y de crímenes. No hay que olvidar que la policía y las autoridades son también del Klan o que, por lo menos, los apoyan.

En el organigrama del KKK hay por supuesto escalas, grados, compartimientos y títulos que alimentan grados de poder y niveles de ascenso dentro de una compleja y rigurosa jerarquía que no voy a analizar aquí. Me bastará con mencionar sus nombres:

Kleagles o *Klaverns*, que eran los reclutadores; *Reyes Kleagles o Klaverns, Night Hawk,* que era el responsable de la seguridad*; Goblins*, *Grands Goblins*, *Kleagle* o *Klavern Imperial* (Mago o Hechicero Imperial), y *Gran Dragón del Reino de Indiana*, el ridículo y fantasioso título que se autoadjudicó Stephenson.

El Klan adquirió en esos años una enorme fuerza, y como ya dije, llegó a tener entre cuatro millones y medio y cinco millones de miembros para 1925. Exhibió su poder con plena libertad en todo el territorio de Estados Unidos y el 8 de agosto de 1925, para mostrar su fuerza, realizó en Washington una gran marcha en la que entre 50.000 y 60.000 de sus miembros desfilaron a lo largo de varias horas por la gran avenida Pennsylvania. En la marcha, realmente imponente y muy bien organizada, solo se mostró la hipócrita cara legal del Klan. No hubo cruces de fuego ni abiertos signos de racismo, solo defensa de la «americanidad» y de los valores tradicionales americanos. Y en esa marcha participaron las *Klanswomen*, pues, signo de los tiempos, este nuevo KKK había incorporado a las mujeres a sus filas, aunque estas no participaban en linchamientos ni asesinatos. Su tarea se limitaba a lo legal. Además de participar en desfiles y reparto de biblias y folletos promocionales del Klan, defendían la prohibición al estilo de las Ligas Antialcohólicas, llamando la atención sobre el daño que el alcohol producía a los bebedores, a sus familias y a sus hijos. Pero también se involucraron en boicotear negocios pertenecientes a católicos y a judíos, y en exigir que se despidiera de sus cargos a los maestros y profesores católicos.

El Klan está claramente involucrado en la política y la ha asumido como objetivo porque quiere participar del poder. En esos años penetra el sistema electoral y ejerce cierto control sobre los dos grandes partidos, tanto sobre el republicano como sobre el demócrata, porque en el Norte su influencia es mayor sobre el republicano, ya que este es más popular, capaz de atraer mucha chusma pobre, mientras que el demócrata es más elitesco, además de que en él abundan los católicos, pero en el Sur es más bien lo contrario porque el demócrata sigue siendo el partido de los exesclavócratas y racistas sureños en tanto que el republicano todavía es recordado como el partido de la ocupación y de la liberación de los esclavos. De todos modos, lo que cuenta aquí es que el Klan logra tener representantes y hasta senadores en diversos estados y que en algunos de ellos sus miembros ejercen el gobierno por varios años. Pero todo esto es seriamente cuestionado al producirse en

Indiana, en los primeros meses de 1925, el escándalo y juicio del «Gran Dragón» Stephenson.

Había sospechas desde antes acerca de la doble conducta de Stephenson y de otros dirigentes del Klan. De Stephenson, declarado *dry*, esto es, abstemio y defensor de la Ley Seca, y defensor de la honra de la mujer estadounidense, se sospechaba que en realidad era *wet*, esto es, que bebía regularmente y que era un sádico y violador de mujeres jóvenes, de las que se aprovechaba gracias a su enorme poder como jefe del KKK, Gran Dragón de Indiana, y amigo íntimo del gobernador del estado, Edward Jackson, que en cierta medida era hechura suya. De otros dirigentes del Klan, varios de los cuales ejercían importantes cargos administrativos, se decía que también bebían en secreto como Stephenson, que se aprovechaban de las mujeres jóvenes y sobre todo que eran personajes corrompidos comprometidos a fondo en negocios sucios y en diversas actividades delictivas.

Pero la crisis y el escándalo estallan en 1925.

El detonante fue el caso Madge Oberholtzer, cuya muerte provocó Stephenson luego de haberla raptado, secuestrado y violado brutalmente varias veces. Madge Oberholtzer era una joven estadounidense, natural de Indianápolis e hija de padres alemanes. Era bastante atractiva, seria y estudiosa y estaba dedicada a la educación de adultos. Stephenson la conoció en un acto público presidido por el gobernador Jackson en enero de 1925 y se propuso seducirla. Ella se resistió al principio. Sin embargo, luego aceptó salir con él y se vieron varias veces, pero pronto decidió cortar la relación. Stephenson siguió insistiendo en verla. La noche del 25 de marzo, al regresar a su casa después de salir con un amigo, Madge recibió una llamada urgente de Stephenson. Este le dijo que debía salir esa noche para Chicago, pero que necesitaba verla antes por algo muy importante que tenía que ver con su trabajo, pues le habló de que estaba a punto de perderlo. Stephenson envió uno de sus hombres a buscarla para conducirla a su casa. Allí, este, el chofer de Stephenson y un cuarto hombre la estuvieron forzando a beber whisky hasta emborracharla por completo. La metieron a la fuerza en el auto de Stephenson y la condujeron a la estación del tren. Allí, de nuevo por la fuerza, la montaron en el vagón privado de Stephenson que partía para Chicago y la pusieron en manos de este. En el vagón, Stephenson la desnudó y la violó varias veces mordiéndola como un perro rabioso por todo el

cuerpo y dejándole profundas huellas de salvajes mordidas. Ella, indefensa y borracha como estaba, se desmayó. Despertó vestida y conducida por los tres hombres de Stephenson, en compañía de este, a un hotel en Chicago donde Stephenson la presentó como su esposa para poder alojarse con ella en la misma habitación.

Su tragedia no hacía sino empezar. Stephenson se durmió y ella empezó a recuperarse. Avergonzada, decidió suicidarse, pero no se atrevió a hacerlo con el revólver de su violador y prefirió ingerir un veneno. Pero no lo tenía, de modo que en la mañana convenció a Stephenson de que le permitiera, acompañada por el chofer, ir a comprar un sombrero de seda negra. Stephenson accedió y ella no solo compró el sombrero, sino que aprovechó para adquirir en un *drugstore* una pequeña caja de tabletas de clorato de mercurio. De vuelta a la habitación se sintió débil y solo pudo tomarse seis de las mortíferas tabletas, lo que por el momento le salvó la vida. Pero pasó todo el día vomitando sangre. Stephenson se asustó y decidió que el chofer que la había traído la devolviera a Indianápolis a su familia. Al ver el estado en que regresaba, sus padres llamaron a un médico. Este dijo que estaba envenenada y llena de heridas infectadas y purulentas y que era demasiado tarde para salvarla. No obstante, ella se recuperó parcialmente y contó todo lo que le había pasado. Sus escandalizados padres consiguieron un notario y ella le declaró todo a este. Su declaración notarial fue su testamento; y unas semanas más tarde, el 14 de abril, la desdichada joven murió.

Stephenson fue detenido y acusado del crimen. El juicio fue un acto que sacudió al país dado que se trataba del poderoso KKK y de su prestigioso Gran Dragón de Indiana, defensores de la Ley Seca y de la honra de la mujer estadounidense, y la acusación mostraba a su máximo líder como un mentiroso, borracho, sádico y violador de jóvenes e indefensas mujeres, que se aprovechaba de su enorme poder para cometer crímenes abominables como ese del que se le acusaba. Confiado en su poder, Stephenson se defendió diciendo que la joven se había suicidado y que él había tratado de salvarla. Pero la defensa y las declaraciones de los médicos lo hundieron. Mostraron que el suicidio había sido inducido y que era consecuencia directa de la brutal violación y de la humillación sufrida por su víctima; y de que la joven no recibió atención médica a tiempo por culpa de Stephenson. Y lo más grave de todo, no solo mostraron que el mercurio ingerido le había dañado mortalmente

los riñones, sino que las salvajes mordidas que la chica tenía en el cuello, en los senos, en las caderas, en las nalgas y hasta en la lengua se habían infectado con estafilococos de la saliva de Stephenson y que junto con el severo daño renal eran lo que le había provocado la muerte.Stephenson, descubierto y desprestigiado por completo, se salvó de la pena capital porque finalmente Madge Oberholtzer se había suicidado, pero como comprobado violador brutal y causante del suicidio fue condenado a prisión perpetua el 16 de noviembre de 1925.

El juicio de Stephenson tuvo consecuencias graves para el KKK. Stephenson estaba convencido de que el gobernador de Indiana, que además de hechura suya era dirigente del Klan como él, le conmutaría la pena. Pero temeroso de hacerlo ante la gravedad del crimen, Jackson no se atrevió y Stephenson se quedó con su condena a prisión perpetua. Esto lo enfureció y amenazó a Jackson de sacar a la luz varias historias sórdidas en las que él, el Klan y varios de sus miembros eran protagonistas o cómplices. No obtuvo respuesta, y en septiembre de 1927 Stephenson se decidió a hablar. Y en una serie de entrevistas que le realizó a petición suya el *Indianapolis Times,* echó todo, o casi todo, para afuera. El diario obtuvo un Premio Pulitzer con las entrevistas y Stephenson dejó desnudo al KKK y a varios de sus principales miembros. Entre los denunciados aparecían, con pruebas irrefutables, el gobernador Jackson, el presidente local del Partido Republicano, George Coffin, el procurador Robert Marsh y el alcalde de Indianápolis, John Duval, sin duda el más débil y/o el más culpable, que al parecer fue el único que resultó condenado a largos años de cárcel. Otros de los acusados se vieron obligados a renunciar.

Las consecuencias fueron terribles para el Klan. Igual que lo que sucediera dos años antes con el fundamentalismo a raíz del escándalo del Proceso del Mono, que lo hizo entrar por lo pronto en clara decadencia, el Ku Klux Klan recibió un golpe grave con el juicio de Stephenson y, sobre todo, con sus ulteriores denuncias. El escándalo mediático y la gravedad de las denuncias y acusaciones provocaron una crisis profunda y la militancia se redujo con rapidez. De los casi cinco millones de miembros con los que contaba en 1925, la cifra bajó desde fines de ese año tope hasta llegar en los años siguientes a cantidades reducidas que alcanzaron sus niveles mínimos en el caso de Indiana. Los datos disponibles no son muy completos, pero se sabe que en Alabama, madre patria

del KKK, en 1930 sus miembros eran menos de 6.000 y como organización, el Klan declaró que por lo pronto se retiraba de la actividad política.

No obstante, Lipset y Raab parecen subestimar este escándalo como causa directa de la crisis del Ku Klux Klan y apenas lo mencionan. Señalan, en cambio, que la decadencia se debió más bien a que muchas de sus propuestas se habían impuesto con el dominio de los republicanos o habían perdido intensidad. Había pasado el *Espantajo Rojo*, se habían aprobado leyes limitando la inmigración, se mantenía en muchos estados del Sur, pese al Proceso del Mono, la prohibición de enseñar la teoría de Darwin y había disminuido un poco la intensidad del conflicto social entre blancos y negros. Esto es sin duda válido, pero no puede llevar a negar que el escándalo Stephenson incidió poderosamente sobre la crisis del Klan y que tanto la cifra de militancia como la incidencia política de este disminuyeron en forma apreciable en los años siguientes al escándalo causado por el caso Madge Oberholtzer.

De todas formas, hay que decir que en realidad la declinación fue muy lenta y que salvo en Indiana y en Alabama, no se trató de una debacle. Y porque muy pronto, en los años treinta, aparecieron nuevas organizaciones de extrema derecha xenófoba y racista que eran y se declaraban hijas y continuadoras del Klan con nuevos nombres. Lo cierto es que las cifras de militantes del KKK y su prestigio se vinieron abajo en los años que siguieron al juicio y a las denuncias de Stephenson. Y aunque no desapareció, pronto quedó reducido a las proporciones del principio, cuando se inició su auge, pero sin muchas posibilidades de crecer de nuevo, al menos por lo pronto, con ese nombre, en esas dimensiones y a ese ritmo. Pero el Klan no desapareció ni ha desaparecido; y en los próximos capítulos tendremos que volver a hablar de él, de sus hijos y de sus nuevos crímenes y fechorías.

Capítulo viii

Siglo XX. Histerias ultraderechistas la década de los treinta

La década estadounidense de los veinte fue muy distinta a la de los treinta. Y si aquella había sido de prosperidad, esta fue de crisis.

Los movimientos de extrema derecha en los años treinta

En efecto, en medio de su prepotencia excepcionalista y su hipocresía racista, puritana, anticomunista y xenófoba, la década de los veinte fue sin embargo un decenio de significativos cambios sociales y de creciente prosperidad económica en Estados Unidos. Y lo fue al punto que gobernantes y pueblo, convencidos de la excepcionalidad de su país, creyeran sin la menor duda que esa prosperidad económica en que vivían los ricos y multimillonarios que servían como modelo social, mediático y cultural, prosperidad de la que parte le goteaba también al pueblo, era algo irreversible e infinito. Porque no hay que olvidar que asimismo había bastante pobreza y miseria en esos prósperos Estados Unidos, pobreza encubierta por el manto engañoso de la borrachera (seca o clandestinamente húmeda) del sueño «americano» en que el país vivía, producto este de su fe ciega en su excepcionalismo y en su superioridad total comparados con el resto del mundo rico y desarrollado, representado por una vieja Europa dividida como siempre por rivalidades y amenazas de nuevas guerras y conflictos. Y tampoco conviene olvidar que la prosperidad económica estadounidense de la década de los veinte estaba asociada de modo estrecho al modelo económico capitalista imperante en el país, caracterizado por el dominio absoluto del gran capital, del gran empresario monopolista privado, caracterizado por la nula o escasa injerencia del Estado en la economía y por la ilimitada acción, supuestamente reguladora, de las sagradas leyes del mercado. Para la rica clase dominante estadounidense, y a fin de cuentas para todo el país, que así mal que bien lo aceptaba, toleraba o defendía, ese sistema imperante de capitalismo monopolista ilimitado y prácticamente

sin controles se correspondía a plenitud con el modelo perfecto e inmejorable de sociedad, propia de un pueblo excepcional, nuevo elegido de Dios y único entre todos los pueblos de la Tierra, como era el pueblo de los Estados Unidos.

Pero de la manera más sorpresiva esa prosperidad infinita que no iba a terminar nunca, se derrumbó bruscamente casi al concluir la década, al producirse el *crack* de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929. Hubo una suerte de recuperación parcial en 1930 que volvió a levantar las esperanzas de aquellos que creían que el modelo económico lograría recuperarse pronto sin la intervención de fuerzas distintas a las del propio mercado, que era lo que pensaban los gobernantes republicanos y sus asesores económicos. Pero los años que siguieron, 1931, 1932 y 1933, fueron años terribles en los que esa pasividad, indolencia e impotencia de gobernantes y asesores contribuyeron a profundizar la crisis, que se seguía agravando sin parar y sin controles, y la llevaron a todos los ámbitos económicos y sociales. Y no solo eso, porque empezó a quedar en evidencia ante el país que no se trataba de una crisis corriente y superable como las anteriores (es sabido y aceptado que el capitalismo vive y sobrevive en medio de crisis económicas periódicas). Esta era una crisis excepcional, única, que además de golpear a fondo a Estados Unidos afectaba con igual violencia a toda Europa. Y que de no tomarse pronto en forma decidida medidas extremas, amenazaba con arrasar con todo el sistema capitalista; o en todo caso con producir el derrumbe de esos Estados Unidos en los que los más escépticos estaban empezando ya a poner en duda su excepcionalidad y hasta su condición de Nuevo Pueblo Elegido.

De modo que la década de los treinta va a conducir a cambios profundos e insospechados en Estados Unidos. De entrada, porque la enorme magnitud de la crisis exige la toma de medidas desesperadas por parte de quienes controlan o tienen acceso al poder, básicamente de los dos grandes partidos rivales, esto es, de republicanos y demócratas, y junto con ellos de las fuerzas económicas, políticas y mediáticas que los sostienen. Pero los republicanos, que gobiernan desde 1921, esclavos como son de su fe ciega en la libre empresa y en el poder autorregulador de las fuerzas y leyes del mercado, no saben ya qué hacer. Y por ello no hacen nada.

La crisis es total, los más grandes monopolios han quebrado o se han visto forzados a reducir su actividad y a despedir miles y miles de obreros. La cifra de quiebras empresariales se acerca a 90.000. Los bancos que, salvo los de Wall Street, son entonces en su mayoría ban-

cos medianos o pequeños, han quebrado casi todos, y son ya más de 5.000 los que para 1932 se han declarado en quiebra. Los granjeros están desesperados, la agricultura está en crisis y el desempleo y el hambre acosan a la población, sobre todo a los trabajadores, a los empleados y a la clase media. Para ese mismo año de 1932, la creciente cifra de desempleados pasa ya de doce millones y abundan por todas partes las quejas, las protestas y las marchas masivas de descontentos y desempleados. Frente a ellas la respuesta es la represión policial y militar. Y hay hasta una protesta de exsoldados que reclaman un bono que se les adeuda. El general Douglas MacArthur los reprime con fuerza y uno de sus asistentes, un joven militar llamado Dwight D. Eisenhower, que se ha entrenado poco antes reprimiendo a caballo marchas obreras en Washington, se atreve ahora a recomendarle prudencia.

Los partidos y organizaciones de izquierda han empezado a crecer, entre ellos el Partido Comunista, que convoca mitines, hace propaganda, educa, distribuye folletos, acumula fuerzas y reúne en sus filas a decenas de miles de militantes. Otros miles de trabajadores, aún no preparados para asumir la rebeldía cotidiana, prefieren dedicarse solo a buscar pan y alojamiento, acudiendo por las noches a dormir en los albergues mantenidos por el Ejército de Salvación e incorporándose durante el día a las interminables colas que dan acceso a las sopas populares.

El Partido Demócrata gana en noviembre de 1932 las elecciones presidenciales con Franklin Delano Roosevelt como candidato y desde marzo de 1933 este empieza a ir precisando y poniendo en práctica sus planes para enfrentar la crisis. Se trata del llamado *New Deal* (Nuevo Trato). En pocas palabras, el proyecto de Roosevelt y su *Brain Trust*, su equipo de cuadros, intelectuales y asesores, no es ningún proyecto revolucionario anticapitalista o algo parecido, como piensa y denuncia pronto la derecha, sobre todo la más extremista. Todo lo contrario: el proyecto de Roosevelt es un plan realmente audaz dirigido a salvar al capitalismo estadounidense, pero que para que pueda resultar exitoso se ve forzado a quebrantar dogmas económicos, a romper con políticas liberales tradicionales y a apelar a cualesquiera medidas radicales que hagan posible ese objetivo; y que por supuesto atraen a apoyar a su gobierno y a participar en él como colaboradores, asesores o funcionarios a numerosos intelectuales y políticos que son desde liberales progresistas hasta socialistas y algunos comunistas.

Esas medidas, que Roosevelt y su equipo van definiendo y aplicando en medio de muchas dudas, avances, contradicciones y

problemas legales a lo largo de los años siguientes, implican, siguiendo experiencias europeas recientes y adoptando las proposiciones de un reputado economista británico como John Maynard Keynes, enfrentar la mayor parte de las ideas y dogmas dominantes entre las élites y empresarios del país, todos fieles defensores de la empresa privada, del llamado libre mercado y de la oposición abierta a que la intervención estatal sobrepase los límites moderados y específicos que esa visión liberal de la sociedad y de la economía le asignan casi bajo protesta.

El equipo de Roosevelt va a sacudir al país y a provocar el rechazo frontal de la derecha al adoptar esas medidas. Roosevelt devalúa la moneda, reestructura la banca y ayuda con recursos monetarios fabricados por el Estado a las grandes empresas para que estas puedan reanimar la producción y así vayan recuperando el mercado perdido. Pero para lograrlo también requiere, por otro lado, proporcionar recursos a los trabajadores a objeto de que puedan comprar los productos que necesitan y que las empresas están empezando a producir. Esos recursos salen de la inflación provocada por sus medidas monetarias y de la creación de suerte de planes de emergencia que le dan trabajo a los desempleados mientras la reanimación de las empresas les permite recobrar en ellas o en otras similares sus anteriores puestos de trabajo. Roosevelt promueve con recursos la recuperación de la decaída agricultura, ayudando a los granjeros a ir saliendo de la crisis; y hasta llega a hacerlo pagándoles por no sembrar y hasta por destruir o limitar sus cosechas, ya que la abundancia de productos de estas no encuentra mercado que las compre ni permite obtener ganancias de su venta. De modo que reducir la producción mientras los granjeros mantienen sus ganancias hace que los precios agrícolas suban y que la agricultura, y con ella los granjeros, puedan irse recuperando.

Pero esas medidas son demasiado heterodoxas, chocan con toda la economía liberal y a algunos empresarios empiezan a olerles a socialismo, y hasta a comunismo. De ahí que la reaccionaria Corte Suprema prohíba varias de ellas calificándolas de inconstitucionales, igual que hizo con otras medidas aplicadas por Roosevelt en la industria. Y Roosevelt se ve forzado, por lo pronto, a modificarlas o a disfrazarlas mientras como Presidente usa sus facultades para nombrar más adelante magistrados menos conservadores que reemplacen a algunos viejos carcamales de la Corte. Mediante la puesta en práctica de la llamada TVA, Tennessee Valley Administration (Administración del Valle del Tennessee), Roosevelt pro-

mueve el desarrollo de esa inmensa, pobre y atrasada región, que comprendía Tennessee, Kentucky, Alabama, Mississippi y zonas de Georgia, Virginia y Carolina del Norte. La región había sido seriamente afectada por la crisis; y la TVA, mediante apertura de vías fluviales, creación de empresas agrícolas y manufactureras y generación de electricidad estatal barata contribuyó al desarrollo de la zona y a abrirla al mercado de electrodomésticos (como cocinas, refrigeradoras, cafeteras, licuadoras, lavadoras y pulidoras), hasta entonces desconocidos o de precios prohibitivos para buena parte del pobre mundo rural de la atrasada región. Roosevelt reorganiza también el mundo del trabajo agrícola y, sobre todo, el mundo obrero industrial. Para ello crea y promueve en este campo el CIO, Congress of Industrial Organizations (Congreso de Organizaciones Industriales), que es una nueva y moderna central obrera, abierta en principio a todos los obreros sin distinción de profesión ni de raza, y estructurada por ramas de producción, la cual viene a competir con la vieja y conservadora AFL, American Federation of Labour (Federación Americana del Trabajo), una organización racista, excluyente y tradicional, estructurada por profesiones.

Roosevelt, que logra disponer de un poder absoluto y de un gran prestigio popular, lo cual le permite hacerse elegir presidente cuatro veces sucesivas (1932, 1936, 1940 y 1944), logra para sus planes el apoyo de la mayor parte de los intelectuales y grupos políticos progresistas y hasta revolucionarios. Así, progresistas liberales y simpatizantes o militantes comunistas defienden, colaboran o hasta tienen presencia en su gobierno. Visto esto, no resulta nada difícil entender que la derecha y la extrema derecha estadounidenses calificaran al gobierno de Roosevelt de socialista y, peor aún, de comunista; y que se declararan en abierta lucha contra él, contra sus sospechosas o escandalosas políticas y contra sus peligrosos aliados.

Y es esto lo que le da una interesante peculiaridad a esa década de los treinta en Estados Unidos. Esa peculiaridad consiste en que puede decirse que por primera vez en la historia del país el Gobierno federal no es abiertamente de derecha y que sin ser revolucionario puede pasar ante la derecha y la extrema derecha estadounidenses como un gobierno de izquierda al que ambas califican de socialista y, sobre todo, de comunista. Eso hace que la lucha de la extrema derecha se plantee, en este caso, en términos algo distintos a los usuales. Porque lo usual es que la extrema derecha, con su visión religiosa, xenófoba y racista, se organice con el apoyo o la tolerancia del Estado, al que controla, para luchar contra un casi

siempre peligro extranjero, masónico, izquierdista o comunista, al que se le atribuye un proyecto de dominación mundial y una amenaza de invadir Estados Unidos para imponer en ellos su proyecto. Pero en este caso, para la extrema derecha, reaccionaria e histérica como siempre, el peligro, que sigue siendo extranjero, pues se trata del comunismo, ya no es el de un enemigo que intenta como antes penetrar los Estados Unidos y apoderarse de su Gobierno, sino de un enemigo que lo ha penetrado ya por completo y que es dueño de su Gobierno porque para ella Roosevelt es, en fin de cuentas, comunista y está entregado al comunismo. Y la amenaza le parece entonces doblemente peligrosa, pues encima de que el Presidente de los Estados Unidos es comunista, la Unión Soviética es el único país del mundo que por tener un modelo societario socialista o comunista y no capitalista como el de Estados Unidos, al parecer no ha sido afectada por la crisis mundial del capitalismo y se encuentra en pleno desarrollo de sus planes quinquenales.

De modo que la lucha de esa derecha contra el enemigo le resulta más difícil que antes, puesto que para ella ese enemigo está ya gobernando Estados Unidos con Roosevelt y su *New Deal* y dispone de todos los recursos del poder: del Partido Demócrata, de la Fuerza Armada, de la mayoría del Congreso, de los medios, y de un enorme apoyo popular. Es decir, que en este caso, la pelea de la extrema derecha contra ese enemigo exterior que ya es más un poderoso enemigo interno que un enemigo externo amenazante, se encuentra con dos obstáculos que van a afectar su lucha histérica y reaccionaria: la credulidad a favor de su absurda política es bastante limitada y por eso no puede ni logra contar con mucho apoyo de masas. En realidad su apoyo es pobre. Y justamente por eso, y por contar con muy poco apoyo, no es ya capaz de generar una ola de histeria como la de los años veinte, como los años del Gran Espantajo Rojo del juez Palmer y J. Edgar Hoover, y del auge del segundo Ku Klux Klan. Y otro rasgo de esta extrema derecha histérica de los años treinta en Estados Unidos es su cercanía o identificación con el nazismo. Y es que aquí se produce una nueva paradoja, porque el único verdadero peligro externo que podía haber entonces contra Estados Unidos y estar en condiciones de penetrar su sociedad tradicional y derechista era el nazi-fascismo, que se estaba imponiendo en Europa a partir de Italia y Alemania y que contaba con grandes simpatías en el país, sobre todo entre la clase rica dominante por su oposición al comunismo. Varios de los miembros más destacados de la élite rica estadounidense así lo manifestaban. Pero a diferencia

de lo ocurrido con sus tradicionales fantasías anteriores acerca de *Illuminati*, masones, conspiraciones papales y judías o de inminentes amenazas comunistas, a la extrema derecha estadounidense de esos años treinta ese peligro nazi, que era un peligro real y no fantasioso, no le parecía tal dado que, por el contrario, simpatizaba con Mussolini y Hitler y apoyaba sus políticas. Y lo cierto es que en mayor o menor grado, todos los movimientos que organiza la extrema derecha en esa tercera década del siglo XX en los Estados Unidos o son amigos y simpatizantes declarados del nazismo alemán (algo más que del fascismo italiano) o son claramente nazi-fascistas y admiradores de Hitler.

Así pues, pese a tener tantos obstáculos en contra, la extrema derecha estadounidense no deja de intentar crear y difundir sus nuevos movimientos (no sería extrema derecha si no lo hiciera); y su política histérica, religiosa, racista y xenófoba, se centra ahora en denuncias en el plano interno. Y hay por lo menos cuatro fenómenos a señalar como parte de las políticas de esa extrema derecha durante los años treinta. El primero es el discutido y confuso intento de golpe derechista que se habría montado en 1934, el llamado Business Plot. Los otros son movimientos como la Legión Negra, de William Sheppard; los Defensores de la Fe Cristiana, de Gerald Winrod; los Camisas Plateadas, de William Pelley; y el poderoso movimiento masivo del padre católico Charles E. Coughlin. Con estos movimientos no solo se ataca al comunismo y al gobierno de Roosevelt como presunto comunista, sino que la derecha renueva sus temas ya tradicionales: nativismo, antimasonismo, anticatolicismo y antijudaísmo, y reaparece también el viejo tema de los *Illuminati,* masones y jesuitas. Y como centro de todo ello se desarrolla la simpatía o la franca admiración por los nazis y la imitación de sus políticas.

El *Business Plot* o intento de golpe de Estado fascista de 1934

Este es un tema muy confuso acerca del cual no hay conclusiones claras ni definitivas. Y no se sabe si es que el complot no existió o, lo que es más probable, que el Congreso haya subestimado el hecho, porque hay algunos documentos, investigaciones y declaraciones personales que hacen pensar que aunque no se llegó a nada concreto, sí existió el complot y hasta logró ciertos avances.

El hecho es que se produjo en Estados Unidos en 1934 una denuncia seria, y de muy buena fuente, ante el Congreso sobre una

conspiración de la extrema derecha promovida por varios grandes empresarios y por algunos grupos paramilitares para derrocar al gobierno de Roosevelt, acusado por ellos de comunista y para imponer en su reemplazo un gobierno militar-empresarial de extrema derecha y de cierta confusa influencia nazi.

La conspiración ha pasado a ser conocida como *Business Plot* (Conspiración de los negocios) porque su promotora habría sido parte de la élite industrial y financiera de Estados Unidos, contraria a la política del *New Deal* de Roosevelt y dispuesta a reemplazarlo mediante un golpe militar, a obligarlo a cambiar de política o a dejar el poder en sus manos.

La denuncia ante el Congreso la hizo el general Smedley Butler, militar prestigioso por su larga trayectoria como miembro de las tropas de Estados Unidos y admirado por todo el país por el gran valor demostrado en esas muchas guerras e invasiones. Butler, que era ya un general retirado, había participado en todas ellas desde 1898 (Cuba, Filipinas, China, Nicaragua, México, Haití, República Dominicana, y luego en la Primera Guerra Mundial) y era el militar más respetado y famoso de Estados Unidos. La opinión oficial y pública estadounidense admiraba precisamente a Butler por considerar esa dilatada trayectoria al servicio del imperialismo como prueba de su profundo patriotismo. Por el contrario, vista desde una perspectiva como la de nuestros pueblos, víctimas todos de ese sanguinario y rapaz imperialismo, la trayectoria de Butler, que contribuyó a imponer a sangre y fuego tanto en el Pacífico como en Centroamérica, México e islas del Caribe ese dominio, no era más que un vergonzoso prontuario criminal logrado en sanguinarias guerras de conquista y en criminales invasiones de pueblos débiles que luchaban por su libertad e independencia o a los que simplemente los Estados Unidos querían someter a su poder. Y lo más interesante de todo esto es que para esos años treinta en que aparece, llamado por la extrema derecha empresarial, a participar en esa conspiración casi fascista que luego denuncia, Butler se había ya dado cuenta, desde hacía años, de que ese valor y gloria suyos estaban todos manchados de sangre de pueblos y marcados por servidumbre mercenaria de su parte como agente armado que había sido de los capitalistas e imperialistas de su agresivo país.

Butler denunció que había sido contactado en varias ocasiones por Gerald MacGuire, un rico financista opuesto a la política de Roosevelt, el cual lo había puesto al tanto del complot y le había

pedido que se pusiera al frente del mismo porque él era el militar de más prestigio en el país. MacGuire le habría presentado a William Doyle, general también involucrado en la conspiración, opuesto a la política de Roosevelt, que era comandante en Massachusetts de la American Legion, reconocida y masiva organización paramilitar legal, derechista, patriotera y bien armada fundada en 1919, formada por exsoldados, ex*marines*, veteranos de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos, que contaba con centenares de miles de miembros, y que en este caso estaban descontentos con Roosevelt porque este había abandonado el patrón oro, lo que había afectado los bonos que se les adeudaban. Y MacGuire y Doyle le pedían a él como líder que encabezara una gran marcha militar en Washington al frente de la Legión para hacer que Roosevelt renunciara, confiados en que su prestigio haría de la marcha un éxito rotundo.

Butler informó en el Congreso ante el recién creado Comité de Actividades Antiamericanas que la Legión, interesada en el patrón oro, estaba financiada por altos intereses bancarios opuestos a la política de Roosevelt. Y señaló también a un tercer promotor financiero del golpe, Robert Sterling Clark, un multimillonario y coleccionista de arte que estaba al frente de la poderosa y rica Singer Corporation, la productora de las famosas máquinas de coser Singer.

Pero en la denuncia de Butler había varios puntos débiles. El primero de ellos era que hablaba de conspiración de financistas, banqueros y empresarios poderosos pero solo mencionaba a Sterling Clark, cuando se esperaba que señalara al menos a Ford, Carnegie, Morgan y Rockefeller. Sobre todo a Ford, que era abierto admirador de Hitler. El otro punto débil era que se le hubiese propuesto a él la dirección militar del movimiento. Y eso resultaba raro y hasta contradictorio porque, pese a su siniestro pasado militar al servicio del imperialismo, Butler estaba ya de vuelta de esa fea historia, estaba denunciando públicamente ese pasado, condenando su papel al servicio de los millonarios de Wall Street y criticando el carácter criminal e imperialista de todas las guerras en que había participado. Además acababa de proclamar su apoyo a Roosevelt y en 1932 había votado por él para Presidente. Sabiendo todo eso, ¿cómo iban los conspiradores de esa extrema derecha a escoger a Butler como jefe militar del golpe contra Roosevelt? ¿O es que pensaban solo usarlo para aprovechar su prestigio y descartarlo después de la victoria? ¿Y por qué Butler aceptó hablar y reunirse con los conspiradores? ¿Es que lo hizo solo para descubrir el complot y poder denunciar a

tiempo a sus promotores? Se trata de preguntas sin respuesta y de misterios que nunca se aclararon.

Ante estas dudas y en ausencia de información suficiente, el prudente Congreso descartó que hubiese habido una conspiración y no promovió ninguna investigación al respecto. Por su parte, el *New York Times* calificó de patraña increíble la denuncia de Butler y este al año siguiente publicó su más abierta condena de las guerras en que había participado: *War is a Racket*, traducida usualmente como *La guerra es una estafa*. (Traducir *racket* al español no es fácil, pero una traducción más correcta habría sido *La guerra es una acción de pandilleros o mafiosos*.) En esa corta pero demoledora obra, Butler se autocalificaba de bandido al servicio de los grandes negocios de Wall Street y sus banqueros y de pandillero (*racketeer*) al servicio del capitalismo. En fin, que la denuncia quedó en nada y buena parte de los historiadores actuales del tema piensan que sí se esbozó una conspiración entre varios de los grandes amos de la industria y las finanzas estadounidenses, pero que nunca se llegó a precisar nada concreto.

Sin embargo, parece que sí hubo algo más. Los Dupont, jefes de una de las más poderosas corporaciones de Estados Unidos, eran admiradores abiertos de Hitler, lo mismo que Henry Ford. Esos Dupont, junto con Alfred Sloan, uno de los jefes de la General Motors estuvieron financiando desde 1933 a grupos paramilitares de corte nazi que hacían prácticas militares y declaraban su abierta oposición a Roosevelt, al que acusaban de comunista y pro judío. El principal de esos grupos era la recién fundada American Liberty League (Liga de la Libertad Americana). Y los Dupont, que habrían sido los principales promotores del golpe, le habrían dado varios millones de dólares a la Liga, e incluso parece que habrían sido ellos los que habían pensado en Butler como jefe militar del *putsch* contra Roosevelt. Al parecer, de lo que se trataba era de que Butler, apoyado en la marcha militar, le hiciera llegar a Roosevelt la exigencia de crear una Secretaría de Asuntos Generales encargada de tomar las grandes decisiones políticas de corte nacional. Y fue ultimando detalles que MacGuire se habría reunido una última vez con Butler para presentarle ahora a Robert Sterling Clark, quien ofreció más dinero y habló de que otros financieros y bancos también estaban decididos a darlo. Imposible saber si esto era cierto. Las dudas se mantienen. Pero en todo caso, habría sido hasta este punto que Butler se habría mantenido en la conjura, habiendo decidido enseguida denunciarla ante el Congreso.

De todas formas, más allá de la posibilidad de que en el futuro sean descubiertos nuevos detalles, el resultado es el mismo: la conjura se planeó, se habló bastante de ella entre los grupos económicos más derechistas descontentos con la heterodoxa política económica de Roosevelt y hasta se llegó a algunas precisiones al respecto, pero lo cierto es que nunca se llevó nada a la práctica. No hubo golpe ni pasó nada. Solo cierto alboroto.

La Black Legion

La Black Legion o Legión Negra es una clara derivación del Ku Klux Klan. De hecho su fundador, William Shepard, la había creado en 1920 como una suerte de organización paramilitar dirigida a proteger a los oficiales del Klan. Se desarrolló en Indiana, Michigan y Ohio, estados en los que el KKK de los veinte tuvo mucho poder. Y al producirse la crisis del Klan en los últimos años veinte, la Legión empezó, al iniciarse los años treinta, a actuar como organización independiente, pero siempre seguidora de los objetivos del Klan: defender a Dios, a la Constitución de los Estados Unidos y a la propia Legión en su lucha contra católicos, judíos, comunistas, negros y extranjeros.

La Legión actuó siempre como sociedad secreta y misteriosa. Sus miembros usaban una vestimenta especial para causar terror: túnica y capucha como las del KKK, pero negras y adornadas en frente, pecho y brazos con calaveras y tibias cruzadas. Llegaron a alcanzar la cifra de 30.000 miembros en los años de auge de la depresión. No eran muchos. Esos miembros eran, sobre todo, obreros de escasa calificación que venían del Sur e intentaban sobrevivir en las fábricas en las grandes ciudades industriales del Norte, región a la que habían emigrado buscando mejores condiciones de vida y de trabajo y a la que consideraban una sociedad podrida, llena de vicios y pecados, suerte de Babilonia o de Sodoma. Por eso, como antes el Klan, la Legión los atraía con su mensaje depurador de todo lo extraño, lo no-americano, considerado siempre como concurrente y enemigo: negros, católicos, comunistas y judíos. Los legionarios actuaban siempre ocultos, sobre todo en las noches, y solían cometer sus crímenes amparados en el secreto y en la oscuridad y contando a menudo con la indiferencia o la complicidad de los cuerpos policiales.

En esos años treinta, al imponerse los nazis en Alemania, la Legión Negra, que los admiraba, se organizó al estilo nazi y se declaró en forma abierta su admiradora e imitadora. Pero esta última

fue superficial, pues los imitaba solo en la actividad criminal, en los asesinatos, porque era solo una organización paramilitar asesina, limitada a perseguir y matar, y nunca se planteó esbozar siquiera un plan de dominio político y militar del país.

Las hazañas de la Legión Negra, que tenía su dimensión puritana y sus vínculos con el Partido Republicano, fueron amenazas, agresiones, secuestros, incendio de casas y de locales de comunistas reales o presuntos y, sobre todo, palizas y asesinatos de negros, católicos y sindicalistas sospechosos de ser miembros del Partido Comunista, lo que les ganaba el apoyo de industriales de Detroit opuestos a los sindicatos y al comunismo. Esos crímenes quedaron, por lo general, impunes. Pero uno de esos asesinatos permitió golpear seriamente a la Legión y hacerla entrar en franca decadencia.

Fue el asesinato en Detroit, en mayo de 1936, de un obrero católico llamado Charles Poole, al que un grupo de legionarios, que eran sus amigos, incluido un cuñado suyo, invitaron a participar en un encuentro de béisbol y en lugar de eso lo mataron a tiros en una carretera y lo arrojaron a una cuneta. Lo acusaban, por intriga de su cuñado, de golpear a menudo a su esposa, que era protestante, y en una de esas ocasiones de haberla hecho abortar. Los asesinos fueron capturados y llevados a juicio y en este la esposa de Poole juró que su marido era incapaz de golpearla y que nunca lo había hecho. Esto ayudó a condenar a sus asesinos. La viuda de Poole era una hermosa joven rubia de ojos azules, una típica *wasp*. Solo que unos años más tarde se supo que pese a sus rasgos físicos descendía de un bisabuelo negro.

Los Defenders of the Christian Faith

Los Defenders of the Christian Faith (Defensores de la fe cristiana), de Gerald Winrod, también fueron creados en la década de los veinte, en este caso por este predicador protestante, baptista, y como organización fundamentalista cristiana opuesta a la enseñanza de la teoría de la evolución y partidaria de la segregación racial y de la prohibición del consumo alcohólico. Pero su importancia solo se manifiesta a partir de 1933, cuando Winrod y su secta concentran sus ataques contra Roosevelt acusándolo de ser instrumento de judíos y comunistas, declarando que la crisis económica de los treinta es obra de Satanás y que Roosevelt es su fiel servidor. Winrod, hijo de un barman, ejerció muchas profesiones, habiendo empezado su carrera como vendedor de sostenes y pantaletas. Pero más adelante se convirtió en predicador protestante y lo fue hasta el fin de sus días.

Además de anticomunista, el movimiento de los Defensores era abiertamente antinegro, anticatólico, antijesuita y antijudío. En este caso, aunque Winrod negó que su rechazo a los judíos se debiera a razones raciales o religiosas, se declaró seguidor de *Los protocolos de los Sabios de Sión* y enemigo de la conspiración internacional de banqueros judíos expuesta en ese texto y cuyo proyecto era dominar el mundo. Winrod declaró que el caos de los años treinta era la obra de trescientos banqueros, judíos casi todos ellos, y que el gobierno de Roosevelt y sus judíos formaba parte de esa conspiración y tenía como objetivo central llevar al país al comunismo.

Winrod viajó a Alemania en 1933 y regresó a Estados Unidos convertido en nazi, pero solo por su frontal odio a los judíos, ya que su movimiento nunca tuvo proyectos de organización social distintos al tradicional nativismo. Los Defensores sacaban un periódico llamado *The Defender,* que en esos años alcanzó una apreciable difusión, unos 100.000 ejemplares mensuales para 1937. Sus críticas a Roosevelt y a su «comunismo» no cesaron en toda la década y en 1942 el gobierno acusó a Winrod de conspirador y lo sometió a juicio. Su proceso duró hasta 1944, cuando quedó en libertad por muerte del juez que lo seguía.

Lo más curioso de los Defensores de la fe cristiana de Winrod, que nunca llegaron a tener gran influencia como corriente de extrema derecha, es la forma en que su fundador revivió el viejo tema de los *Illuminati* para enlazarlo con su absurda teoría conspirativa. Winrod descubrió a los *Illuminati* gracias a un compañero de secta que le habló de ellos. Pero se puso a investigar el tema y lo estudió a fondo, llegando hasta a escribir una biografía de Weishaupt, el fundador del movimiento. En ella describe a Weishaupt como un diablo humano que se apoderó de todas las logias masónicas europeas para ponerlas al servicio de la conspiración mundial que él alentaba. Describió en su obra a los *Illuminati* como los promotores y responsables de todos los movimientos revolucionarios modernos y contemporáneos, movimientos que él condenaba, que pasaban por la conspiración de los judíos descrita en *Los protocolos…* y que incluían por supuesto al enemigo actual, el principal, el bolchevismo. Pero a pesar de su estudio de los *Illuminati*, Winrod terminó reviviendo la vieja confusión que reúne a *Illuminati,* masones, judíos y jesuitas en una sola y disparatada conspiración mundial que remata en el comunismo, el cual viene así a ser el resultado final de esa siniestra reunión de masones, jesuitas y judíos.

The Silver Shirts

Su nombre oficial era The Silver Legion of America (La Legión Plateada de América) y por comodidad, a los miembros de esa Legión se los solía llamar Silver Shirts o Camisas Plateadas. Los Camisas Plateadas fueron una organización paramilitar de extrema derecha fundada en enero de 1933 en Asheville, Carolina del Norte, por William Dudley Pelley. La organización se derivaba en forma directa del Ku Klux Klan y se fundó con antiguos miembros suyos, continuadores de sus políticas.

La Legión Plateada se definía como supremacista blanca, antijudía, anticatólica e imitadora de los Camisas Pardas hitlerianos. La organización era claramente fascista y Pelley se proclamaba nazi, admirador de Hitler y propagandista de una dictadura nazi para Estados Unidos, que reemplazara al gobierno comunista y pro judío de Roosevelt. Era una organización paramilitar promotora de la violencia, que se declaraba enemiga de los sindicatos y llamaba a los industriales estadounidenses a apoyarlos en su lucha por conquistar el poder y establecer en el país un orden de tipo nazi.

Como la Legión Negra, la Plateada organizaba reuniones secretas y sus miembros usaban un uniforme que permitía identificarlos: sombrero o gorra de campaña semejante a la de las tropas de asalto nazis, camisa plateada con corbata y pantalones azules de corduroy. La camisa llevaba bordada una L roja en el lugar del corazón. Esa L identificaba a la Legión, pero además significaba lealtad a Estados Unidos y liberación del materialismo (!). Y su bandera era plateada, con una L roja en el cantón superior izquierdo.

Pelley era hijo de un predicador metodista errante cuya prédica puritana y fundamentalista lo marcó. Del espiritualismo derivó pronto hacia el nazismo. Pelley no se formó en ninguna escuela. Fue más bien autodidacta, escribió relatos cortos, se hizo periodista y como corresponsal de prensa viajó por Europa y Asia y estuvo en la Rusia comunista durante la Guerra Civil de 1918. Regresó a Estados Unidos en 1920, trabajó como guionista en Hollywood y en 1929 fue a parar a Carolina del Norte.

Allí se hizo activista político derechista con la crisis. Y en 1933 fundó su organización nazi de extrema derecha, que publicó revistas, folletos y periódicos, llegó a tener unos 15.000 miembros en 1934 repartidos entre el Sur, el Este, el Medio Oeste y sobre todo la costa del Pacífico, y que le permitió competir por la Presidencia de los Estados Unidos en las elecciones de 1936 contra Roosevelt.

Su militancia era la misma de todos esos grupos de extrema derecha, ahora sumados a la moda nazi: gente pobre y atrasada del Sur y del mundo rural, de pequeñas ciudades tradicionales, emigrada a las zonas más desarrolladas y urbanas de Estados Unidos, dispuesta a defender su modo de vida tradicional y sus prejuicios en ese nuevo y peligroso mundo urbano. Pero esta Legión Plateada no tuvo mucho éxito y no pasó de ser autora de algunas agresiones contra extranjeros, inmigrantes, judíos y católicos (contra estos algo menos), pero sus crímenes, o no fueron muchos o no tuvieron demasiada repercusión. Para 1938 su militancia había disminuido a cerca de 5.000 miembros; y para 1942, después de que Roosevelt declarara la guerra contra Japón y contra Alemania, los locales de la decadente Legión Plateada fueron allanados por la policía y la organización quedó disuelta.

El movimiento del padre Coughlin

De todos los movimientos masivos de extrema derecha racista o que rondaron la extrema derecha racista durante los años treinta en Estados Unidos, el más difundido e importante fue el del sacerdote católico Charles E. Coughlin, que se inició en 1926, se impuso desde 1930 y concluyó, clausurado por la Iglesia, en mayo de 1942. Habría que mencionar también, por supuesto, al movimiento encabezado por Huey Long, considerado con toda razón como uno de los más influyentes e importantes de esa década y que en verdad constituyó una auténtica sacudida popular. Pero el movimiento de Long fue un movimiento populista un tanto ambiguo y, en todo caso, no era derechista ni fascista. Además ese movimiento, iniciado por Long en 1932 y llamado Share Our Wealth (Compartamos nuestra riqueza), aunque para 1935 había ya reunido siete millones y medio de afiliados y contaba con una audiencia radial de más de veinticinco millones de seguidores, lo cierto es que no duró mucho porque Long fue asesinado en septiembre de ese mismo año y su movimiento se disolvió poco después. Y por cierto, Long, pensando en las elecciones presidenciales de 1936 estaba en 1935 buscando aliarse con el padre Coughlin para enfrentar juntos a Roosevelt. Así que, no obstante su importancia, prefiero dejar de lado el movimiento de Long para hablar del encabezado por el padre Coughlin, que me parece más interesante y resultó más duradero.

El padre Coughlin, sacerdote católico, nacido en Canadá e instalado en Estados Unidos, en Detroit, desde 1923, tuvo antes que

nada la originalidad de ser uno de los primeros líderes políticos que se sirvió de la recién creada radio para comunicarse con una audiencia masiva.

Coughlin, que se había dedicado desde su llegada a Estados Unidos a atender a los obreros católicos y a ayudarlos en sus problemas, inició su programa radial en 1926, lo que le permitió incrementar su audiencia, que se hizo así masiva, aunque en esos años no hacía política y solo se dedicaba a atender problemas sociales. Pero desde 1930 la crisis y la depresión lo llevaron a radicalizarse y comenzó a hacer política por la radio, lo que multiplicó enormemente su audiencia, al punto de convertirlo en un auténtico fenómeno radial porque su voz llegaba a buena parte del país, porque sus seguidores radiales llegaron a pasar de diez millones, y porque las cartas que recibía apoyándolo sumaban decenas y luego centenas de miles (o hasta varios millones).

Los temas centrales de ataque de Coughlin en sus programas semanales, que se transmitían los domingos, eran dos: el comunismo, al que criticaba a fondo; y la avaricia de los grandes empresarios y banqueros, que con su mezquindad, decía, conducían a los obreros al marxismo, al socialismo y, sobre todo, al comunismo. Se aprecia desde ya que esos son sus temas permanentes, pero también que en realidad se trata de un solo tema, el anticomunismo, porque sus ataques a los grandes empresarios se deben a que con su sed de ganancias llevan a los obreros a caer en las garras siniestras del comunismo, que es el verdadero enemigo. Pero pronto Coughlin revela, además, otra dimensión de su actitud política que apunta a lo mismo, y que es el antijudaísmo (al que también va a asociar muy pronto con el comunismo), porque en su opinión esos financistas y banqueros de Wall Street son todos ellos judíos; judíos que de algún modo están asociados al comunismo, comparten sus ideas o lo promueven.

En un principio, desde las elecciones de 1932, Coughlin, que había criticado a Hoover por no enfrentar la crisis, apoya a Roosevelt; y desde 1933 se identifica con el *New Deal* al ver que Roosevelt se está enfrentando con sus medidas a los grandes capitalistas, a los que él acusaba de haber provocado la crisis, y que con otras medidas tendía a defender a los obreros, afectados por esta. Pero Coughlin, que en 1934 había organizado un partido, la Unión Nacional por la Justicia Social, lo que quería para Estados Unidos era una suerte de capitalismo de Estado. Él decía, textualmente, que «el capitalismo estaba condenado y que no valía la pena tratar de

salvarlo» y proponía una nueva economía basada en el Sermón de la Montaña. Y como veía que Roosevelt no se atrevía a aplicar esas acciones radicales que él pedía contra la banca y la alta finanza, suerte de nacionalización o estatificación de ambas, ni tampoco a controlar el crédito para facilitar que beneficiara a todo el pueblo y este pudiera disponer de salarios decentes, empezó a decepcionarse de Roosevelt y a pensar que estaba más bien al servicio de los grandes capitalistas judíos y no del pueblo. Es decir, que dentro del pastel económico y político que se expresaba en su pensamiento y en su innegable preocupación por los obreros y por el pueblo, lo que priva por sobre todo son el anticomunismo y el antijudaísmo, fundidos en uno, como he señalado poco antes.

El resultado de todo esto es que en 1935 Coughlin rompe definitivamente con Roosevelt y empieza a condenar el *New Deal,* lanzando una virulenta campaña radial contra esa política y acusando al Presidente de ser un agente comunista de los grandes capitalistas y explotadores judíos. Y a partir de allí, en los años siguientes, va derivando poco a poco hacia el nazi-fascismo, hacia su identificación con Mussolini y Hitler.

El odio abierto al comunismo y la simpatía creciente por el fascismo y el nazismo dominan los años y los programas de Coughlin durante la segunda mitad de los treinta. En 1935, en la criminal guerra de la Italia fascista contra Etiopía, Coughlin apoya a Mussolini, ignora el genocidio que cometen las tropas italianas contra el pueblo etíope y se opone a cualquier decisión de la Sociedad de las Naciones contra Italia. En 1936 acusa al gobierno de Roosevelt de apoyar a los comunistas en la guerra civil española y permitir el envío de las Brigadas Internacionales a defender el comunismo encarnado en la República en España. En 1938 la revista de Coughlin, *Social Justice* (*Justicia Social*), puso en portada a Mussolini, al que exaltaba con orgullo, y empezó a proclamar que las ideas nazis servían de inspiración a sus propias ideas políticas. Cuando en 1938 se produjo en Alemania la terrible *Kristallnacht* contra los judíos, Coughlin, que solía citar a menudo a Goebbels mientras atacaba a Roosevelt y a los judíos, defendió a los nazis por lo hecho y llegó hasta a decir textualmente en noviembre de 1938: «Cuando pongamos las manos sobre los judíos de Estados Unidos pensarán que la forma en que se los trata en Alemania no es gran cosa». Y en 1939 *Social Justice* defendió la persecución de los judíos de Europa por los fascistas y los nazis.

Esa conducta y esas proclamas nazi-fascistas de Coughlin le fueron haciendo perder apoyo. Pero no al principio, porque su partido participó con candidato en las elecciones presidenciales de 1936 (el diputado derechista William Lemke) y aunque Roosevelt arrasó, la Unión Nacional por la Justicia Social de Coughlin obtuvo un millón de votos, muchos más que los obtenidos por socialistas y comunistas. Pero después fue perdiendo mucha audiencia, aunque esta seguía siendo grande y buena parte de los católicos, sobre todo los hombres de Iglesia, lo seguía apoyando. En los años siguientes varias radios decidieron sacar del aire su programa, y por lo pronto muchas de ellas se negaron a retransmitirlo. Al cabo fue el propio Roosevelt quien tomó algunas medidas contra los programas de Coughlin, basado en el argumento de que la Primera Enmienda, con la que Coughlin defendía su derecho a hacerlos y difundirlos, no se aplicaba a la radio por ser espacio público, por lo que el terco sacerdote se vio obligado a pagar por los espacios radiales que usaba. A partir de ahí varias estaciones se negaron a renovarle los contratos y en 1940 el Estado prohibió la circulación de su revista por correo.

Pero a todas estas la Iglesia no hacía nada y el arzobispo de Detroit, el padre Gallagher, lo apoyaba. Y fue solo después de la declaración de guerra de Estados Unidos contra Japón, Italia y Alemania cuando, en mayo de 1942, el nuevo arzobispo de Detroit, el padre Mooney, le ordenó, bajo amenaza de ser expulsado de la Iglesia, que suspendiera toda actividad política y que clausurara sus publicaciones y sus programas radiales. A Coughlin no le quedó otra alternativa que obedecer. Y no solo dejó la radio sino que se retiró de la política, aunque sin abandonar su fobia antijudía. Coughlin desapareció del mapa y murió olvidado en 1979.

Finales de los años treinta e inicio de los cuarenta: El mccarthismo de la HUAC

El inicio de la HUAC (Comité de Actividades Antiamericanas)

Y para cerrar este examen de las histerias mccarthistas de extrema derecha en Estados Unidos entre los últimos años treinta y el comienzo de los cuarenta es bueno señalar que a fines de la misma década de los treinta, aún bajo el gobierno en general progresista de Roosevelt en el que liberales, socialistas y hasta comunistas participaban, se vuelve a abrir campo en el poder, sobre todo en

el seno del Congreso, la idea de que si bien el nazi-fascismo puede representar un peligro para Estados Unidos, no puede caber ninguna duda de que el comunismo sigue siendo la amenaza principal para la sociedad estadounidense porque es, y no ha dejado nunca de serlo, la más clara y peligrosa expresión del antiamericanismo.

La HUAC propiamente dicha es resultado de un proceso creador de varios años. El Congreso estadounidense comienza en 1934 creando un primer comité especial precursor de la futura HUAC. Ese organismo recibe un nombre extenso: Comité Especial de Actividades Antiamericanas [es decir, antiestadounidenses] autorizado para investigar la propaganda nazi y ciertas actividades de propaganda. Eso significa que su tarea principal es investigar las actividades nazis, pero sin olvidar las de probables comunistas o sospechosos de serlo. Presidente y vicepresidente del Comité son John McCormack y Samuel Dickstein, ambos representantes demócratas. El primero es un abierto y furibundo anticomunista. Del segundo, que no lo es, parece incluso haberse descubierto en tiempos recientes, después del derrumbe de la URSS, que trabajaba en ese entonces para la NKVD rusa. En todo caso el Comité hace muchas audiencias públicas y privadas, interroga numerosos testigos, reúne diversos testimonios e investiga sobre propaganda extranjera considerada subversiva, sobre posibles actividades nazis y sobre el llamado *Business Plot,* el complot derechista denunciado ese año de 1934. Pero eso es todo. Las actividades del Comité terminan en 1937 y en ellas no hay nada especial que recordar.

Pero la cosa es radicalmente diferente con el nuevo comité que lo reemplaza en 1938 y cuyas actividades se prolongan hasta 1944. Este comité ya recibe el nombre de HUAC, esto es, House of Unamerican Activities Committee (Comité sobre actividades antiamericanas [es decir, antiestadounidenses]). El presidente del nuevo comité y primer presidente es Martin Dies, representante demócrata, un anticomunista más furibundo y activo que McCormack. Y aunque Dickstein permanece al principio en él como vicepresidente, es Dies quien por su actividad y por su fuerte personalidad lo controla desde el inicio, hasta el punto de que inicialmente se lo conoce como Comité Dies. De modo que Dies se las arregla para imponer su anticomunismo como línea prioritaria y casi única de conducta del organismo.

La misión del nuevo comité es seguir investigando sobre actividades nazis y sobre la participación de ciudadanos estadounidenses

de origen alemán o japonés en ellas. En verdad, muy poco es lo que hace el Comité en ese campo. Pese a la enorme importancia en esos años del nazismo y de su presencia clandestina en Estados Unidos, eso no era prioritario para Dies, mucho más capaz de tolerar el nazismo que el comunismo. También se le había asignado al Comité la tarea de investigar sobre las actividades del Ku Klux Klan, que se habían venido reanimando en esos años. Pero sobre esto el Comité nada hizo, justificando su inacción con dos argumentos: o bien, en palabras del representante Adamson, que no se disponía de suficiente información, como si la tarea del Comité no fuera precisamente la de buscarla; o bien, en palabras del representante Rankin, que no se debía investigar al KKK porque después de todo era una antigua institución estadounidense, es decir, que por ello merecía todo respeto. Lo que sí hizo el Comité, dedicando a ello la casi totalidad de su esfuerzo, fue investigar a los simpatizantes, amigos o militantes del Partido Comunista, argumentando que sus actividades eran sospechosas de antiamericanismo, aun cuando el Partido Comunista era entonces un partido legal que mantenía una actitud moderada frente al imperialismo estadounidense, actitud que bordeaba lo amistoso, y que muchos de sus miembros o simpatizantes apoyaban al gobierno de Roosevelt y hasta tenían algunos cargos menores en él.

De modo que al Comité, dedicado por ley a investigar actividades «antiamericanas» reales o presuntas, no fue el creciente peligro nazi lo que le preocupó sino el «peligroso antiamericanismo» representado, según él, por el comunismo, porque el Partido Comunista había crecido gracias a su anterior lucha antinazi y a su promoción de un frente popular antifascista; porque en Estados Unidos los comunistas eran más que los nazis y estaban mejor situados que ellos; y porque, en fin de cuentas, aunque el Partido Comunista era entonces una fuerza legal y no estaba conspirando, el hecho era que no por eso dejaba de ser una fuerza antiamericana muy bien organizada y relativamente grande, enemiga por principio del sistema económico y social propio de los Estados Unidos.

Y así empieza, al inicio sin escándalo, esta nueva y definitiva etapa del mccarthismo *avant la lettre*. Cuando apenas comienza a actuar, en 1938, el Comité considera sospechosa de comunista a la ya famosa niña actriz Shirley Temple, que entonces tenía diez años, solo por haberle enviado agradecidos saludos al periódico francés *Ce Soir*, al que se consideraba vinculado al Partido Comu-

nista Francés. Por medio de su secretario de Interior, el gobierno de Roosevelt se burló del insólito hecho declarando que el Comité «acababa de descubrir a un grupo de peligrosos radicales dirigido por Shirley Temple». Pero la cosa no era para reírse.

Ese mismo año de 1938 el Comité, es decir, Dies, acusó al gobernador de Michigan, Frank Murphy, de comunista, y luego se dedicó a investigar si el Partido Comunista se había «infiltrado» (ese era su lenguaje) en la Work Progress Administration y en el Federal Theatre Project (Proyecto de Teatro Federal), que había sido y era uno de los grandes logros culturales del *New Deal*. El Comité investigó a Hallie Flanagan, la reconocida dramaturga y educadora teatral que era directora del proyecto, acusándola de ser miembro del Partido Comunista. Flanagan lo negó, pero el Comité decidió clausurar de todos modos el exitoso proyecto y así se hizo de inmediato. Por cierto, en el interrogatorio que se le hizo a Hallie Flanagan acerca de las obras que montaba el Proyecto de Teatro Federal, todas sospechosas de comunismo, uno de los miembros del Comité, un tal Joe Starnes, representante demócrata por el estado de Alabama, que se ganó así una bien merecida fama de ignorante, puso en evidencia ante todo el país esa ignorancia supina al preguntarle a Hallie Flanagan si Marlowe (es decir, Christopher Marlowe, el famoso autor inglés de teatro, contemporáneo de Shakespeare) era o había sido miembro del Partido Comunista y si «el señor Eurípides» había sido un promotor de la lucha de clases.

El Comité siguió en acción. En 1939 investigó a los dirigentes del American Youth Congress (Congreso de la Juventud Estadounidense), porque lo acusaba de estar afiliado a la Internacional Comunista. El hecho de que estuviese afiliado a ella motivó su inmediata clausura. En 1940 el Comité empezó a investigar, como veremos más abajo, la «penetración comunista» en Hollywood, convocando audiencias secretas e interrogando a actores y a productores en el mejor estilo de las audiencias que tuvieron lugar después de terminada la guerra, ya en el contexto del mccarthismo propiamente dicho.

•

Excurso

Comunismo y pacto nazi-soviético

Y aquí se hace necesaria una corta digresión, porque desde fines de agosto de 1939 el panorama político se complica seriamente para los comunistas estadounidenses y para sus simpatizantes y amigos,

algunos de los cuales rompen con el Partido; y el anticomunismo de las derechas puede, al mismo tiempo, fortalecerse y encontrar buenos y sólidos argumentos en su favor. Al comité de la HUAC y, sobre todo a Martin Dies, derechista cristiano y furibundo anticomunista, la tarea de atacar y descalificar todo lo que tuviese que ver con comunistas y con comunismo se les hizo fácil, algo que supieron aprovechar al máximo a partir de entonces, por lo menos hasta mediados de 1941, y en realidad hasta bastante más adelante. El hecho que le complica el panorama a los comunistas estadounidenses es el pacto nazi-soviético, firmado por Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov, respectivamente ministros de Exteriores de la Alemania nazi de Hitler y de la Unión Soviética comunista de Stalin, el 23 de agosto de 1939 en Moscú. Por los casi dos años siguientes ese inesperado pacto convirtió a los dos más rotundos rivales, enemigos antagónicos como nazis y comunistas, en aliados, condición difícilmente sostenible en que se mantuvieron mal que bien desde el comienzo oficial de la Segunda Guerra Mundial el 1.º de septiembre de ese mismo año de 1939, es decir, apenas una semana después de firmado el pacto, cuando los nazis invaden Polonia e ingleses y franceses le declaran al fin la guerra a Alemania, hasta la madrugada del 22 de junio de 1941, cuando la Alemania hitleriana, al desencadenar la llamada Operación Barbarroja, rompe el pacto invadiendo en forma sorpresiva a la Unión Soviética.

Y aunque no es tema específico de este estudio de la sociedad estadounidense y de su mccarthismo, resulta indispensable para que se puedan entender mejor las cosas, decir algo acerca de ese pacto, de su incidencia sobre los partidos comunistas distintos del ruso-soviético, de las políticas que esos otros partidos asumieron, y de la política y argumentos con que las derechas los descalificaron y atacaron.

Enfrentada como estaba con todas sus fuerzas al fascismo italiano y sobre todo al nazismo alemán, la Unión Soviética, previendo la inevitable agresión alemana que se perfilaba contra ella, había venido haciendo a todo lo largo de los años treinta enormes esfuerzos políticos y diplomáticos para lograr un pacto, suerte de *entente* o nueva alianza, con los gobiernos burgueses democráticos de Inglaterra y Francia, en principio enemigos del nazismo, para frenar a Hitler, o en todo caso para forzar a los alemanes, si se lanzaban a la guerra como era de esperarse, a asumir la incómoda y peligrosa tarea de tener que combatir simultáneamente en dos frentes como

habían tenido que hacer en la Primera Guerra Mundial, en la que pese a todo su poder militar terminaron derrotados. Stalin y los soviéticos estaban seguros de que esa alianza entre las dos mayores democracias burguesas europeas y la ya poderosa Unión Soviética comunista podría esta vez parar a Hitler, y en caso de que pese a ello se lanzara a hacer la guerra en dos frentes, incrementaría las posibilidades de derrotarlo.

Pero esa no era la idea de los gobiernos inglés y francés, marcados ambos por su anticomunismo feroz y por su simpatía, temor y hasta complicidad con el fascismo de Mussolini y el nazismo hitleriano. Y lo que los gobiernos de ambos países venían maquinando contra la propuesta soviética era tratar de que Hitler le declarara la guerra a la Rusia comunista, su peor enemiga, para que así ellos pudieran contemplar desde una cómoda barrera cómo ambos enemigos suyos, nazismo y comunismo, se debilitaban y destrozaban mutuamente. Y en el caso, como suponían, de que las poderosas tropas de Hitler derrotaran a la Unión Soviética y se apoderaran del territorio ruso, estaban dispuestos a soportarlo porque se habría así eliminado el peligro comunista y porque la expansión hitleriana hacia el Este, lejos de Europa occidental, no era precisamente por lo pronto la mayor de sus preocupaciones.

De hecho, los gobernantes ingleses y franceses preferían claramente a Hitler, a quien habían estado haciendo concesiones año tras año y ofreciéndole para calmarlo territorios europeos de países aliados de menor importancia. Con su complicidad, Hitler se había apoderado del Ruhr, de Austria, y ahora con el pretexto de los Sudetes quería también Checoslovaquia para luego rectificar fronteras y territorios con Polonia.

La última muestra de esa política cobarde y cómplice ante Hitler fue el Pacto de Múnich, clara traición a todo principio democrático, por medio del cual Gran Bretaña y Francia, en las personas de sus cancilleres Chamberlain y Daladier y en presencia de Mussolini, le entregaron Checoslovaquia a Hitler el 30 de septiembre de 1938, creyendo que así iban a parar sus agresiones y esperando que, como medida recíproca, los dejara a ellos por lo pronto en paz y se lanzara ahora contra la Unión Soviética.

Y es esto lo que explica el pacto nazi-soviético, condenado como una traición por los mismos ingleses y franceses que hicieron todo lo posible por enfrentar a nazis y comunistas unos contra otros y que con su cobarde traición en Múnich acababan de mostrarle a

la Unión Soviética que se había cerrado para ella toda posibilidad de acuerdo con la alianza anglo-francesa y que no le quedaba otra alternativa que la de lograr un pacto provisional con los nazis para ganar tiempo, porque no había duda para los comunistas soviéticos de que Hitler iba a atacar Rusia más tarde o más temprano. Y para que Hitler, que pese a su fuerza no quería combatir en dos frentes, aceptara ese pacto y empezara la guerra por Occidente, enfrentando de inmediato a Francia e Inglaterra y, no como estas querían, iniciándola por Oriente invadiendo Rusia. Por eso, y no por razones morales de las que ambos cobardes y derechistas gobiernos carecían, fue que les dolió tanto el pacto nazi-soviético, algo que no se esperaban; y fue por eso que lo denunciaron con tanta fuerza, porque la avalancha nazi, la terrible *Blitzkrieg* que no se esperaban, cayó sobre ellas con toda su fuerza de inmediato.

De modo que en ese juego de intereses políticos y militares que de ningún lado tuvo que ver con la moral, en ese juego diplomático que rodeó y condicionó el inicio de la Segunda Guerra (y más aún si nos ubicamos más precisamente dentro del objetivo concreto de detener a Hitler), el momentáneo y oportuno pacto nazi-soviético resulta plenamente válido desde el punto de vista de la Unión Soviética y de sus intereses, porque ella había hecho todo lo posible por buscar una alianza con Gran Bretaña y Francia para detener a los nazis y estuvo decidida a defender a Checoslovaquia de la invasión hitleriana, y porque Gran Bretaña y Francia en respuesta prefirieron ofrecer todo tipo de concesiones a Hitler para calmarlo, ya que solo querían que nazis y comunistas se destrozaran mientras ellas se preparaban en calma para volver algo después a negociar con la Alemania nazi, ya que para ambas Hitler, aunque saliera bastante debilitado, lo que también les convenía, habría de ser el inevitable vencedor de ese apocalíptico combate.

El mayor problema resultante de este sorpresivo pacto fue el que se le presentó de inmediato a todos los partidos comunistas distintos del ruso-soviético. Porque estos partidos, que no estaban en el poder sino luchando en sus países, a menudo en forma clandestina, contra la burguesía y que por casi dos décadas habían venido denunciando el nazi-fascismo y tanto en Europa como fuera de ella batallando en todos los frentes contra él, incluidas violentas y costosas luchas de calle, ahora no sabían qué hacer. Su problema derivaba de que en verdad no eran partidos soberanos e independientes con capacidad para definir con libertad sus políticas y adaptarlas a sus pro-

pias luchas y necesidades. No lo eran. En sus políticas dependían por completo de la Unión Soviética, que era el modelo de sociedad por el que luchaban y del que recibían ya elaborada una línea política que estaban obligados a aplicar. De modo que ello los ataba a todos los vaivenes que en su propia política interna y exterior siguiera la Unión Soviética, lo que como no es difícil de entender, no siempre les convenía a ellos ni podía siempre adaptarse o hacerse coincidir con sus luchas, las de sus realidades, las de los países o sociedades en las que luchaban por ganar fuerza, establecer alianzas y tratar de hacer la revolución. Sus direcciones eran a menudo tan dogmáticas que no eran capaces de entender que lo que en forma coyuntural podía ser necesario para la inmediata supervivencia de la Unión Soviética y justificarse desde el punto de vista de sus intereses específicos no era necesariamente lo que convenía a sus luchas locales o regionales, ni menos aún a sus principios. O todavía peor, en el caso de que sí lo entendieran, como ocurrió otras veces, que no tenían otro camino que el de someterse de todos modos, justificando incluso ese contradictorio viraje y empezar a moverse en sus propias realidades dentro de esos mismos parámetros, algo que solo podía llevarlos a perder apoyo o incluso al debilitamiento mismo como partidos revolucionarios que querían ser de vanguardia.

No tenían otra opción. Criticar el pacto o decidir que no estaban obligados a mantenerse en sus países y luchas dentro de esa incómoda pauta les resultaba imposible porque habrían sido considerados traidores por el Estado y el partido soviéticos y expulsados como tales de la Tercera Internacional. Optaron entonces por tratar de someterse en forma más bien pasiva, a veces por tratar de explicar las razones de la URSS en firmar el pacto con los nazis, pero sin defenderlo más allá de lo indispensable. O a condenar la Segunda Guerra como nueva guerra imperialista. También intentaron desentenderse un poco de las consecuencias que el pacto tenía para ellos, atenuando sus luchas de calle contra los nazis, reduciendo esa lucha a la denuncia de los brutales crímenes del nazismo contra los pueblos ocupados y hasta haciendo insólitos llamados a la paz, una paz que ellos mismos sabían que era imposible sin aplastar antes a los nazis mediante una costosa guerra. Al menos los partidos comunistas de los países invadidos por los nazis al inicio de la guerra, como era el caso de los griegos o los serbios, podían reemprender por su cuenta la lucha armada contra los invasores, como en efecto lo hicieron. En todo caso, esa terrible y debilitante pesadilla de los partidos comunistas europeos

y americanos, incluyendo al estadounidense, concluyó a mediados de 1941 al producirse, con la Operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética por las tropas de Hitler, lo que envolvió al comunismo ruso en la guerra contra la invasión y desencadenó de nuevo la lucha mundial de los partidos comunistas al lado de todas las otras fuerzas antifascistas para aplastar al nazismo, lucha en la que pronto, y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, con su organización, su firmeza, su valor y su heroísmo, estuvieron desde entonces siempre en la vanguardia.

•

La HUAC desencadena el mccarthismo anticomunista

Pero la poderosa derecha estadounidense se aprovecha a fondo de esta coyuntura en todos los campos posibles; y en la HUAC, desde 1939 hasta 1941, tiempo de permanencia de Martin Dies al frente del Comité de Actividades Antiamericanas, las denuncias, persecuciones y ataques contra los comunistas o sospechosos de serlo y, en realidad, contra toda expresión de pensamiento y conducta progresista son la norma, y el Comité aplica métodos represivos de intimidación y obtiene resultados que no solo preludian, sino que nada tienen que envidiarle a los que va a poner en práctica el gobierno de Truman después del fin de la Segunda Guerra Mundial, al declarar la Guerra Fría, y con los que impondrá a continuación el senador McCarthy con su enorme poder en los primeros años de la década de 1950.

En esos años de pacto nazi-soviético, las críticas y agresiones que recibe el Partido Comunista estadounidense, las que más lo golpean no son tanto las que se le hacen desde la izquierda, como en otras partes y a otros partidos comunistas, es decir, aquellas que condenan a esos partidos por haber traicionado sus luchas al servicio de la clase obrera y su política revolucionaria al aliarse con los nazis, que son la fuerza más reaccionaria y criminal de la derecha. En los Estados Unidos de entonces, la crítica más nociva que se le hace al Partido Comunista es la que proviene de la derecha, crítica que se aprovecha en su beneficio de la profunda ignorancia política del pueblo estadounidense. Y quien hace esa crítica y la difunde por medio de la HUAC es precisamente Martin Dies, el presidente de esta, que por supuesto no acusa al Partido Comunista de haber traicionado a los trabajadores por haberse aliado con los nazis. No, de lo que acusa Dies al Partido Comunista y al comunismo es justamente de ser nazis, de que nazis y comunistas son lo mismo, de que

no hay diferencias entre ellos, de que con ese pacto criminal han puesto en evidencia ante el mundo lo que en verdad son: hermanos gemelos de los nazis, lo que de paso le sirve a la derecha para mostrar a los nazis como hermanos gemelos de los comunistas y a justificar la lucha contra ellos.

Dies, autor de un libro titulado *The Troyan Horse in America* (*El caballo de Troya en Estados Unidos*), suerte de manual inquisitorial centrado en denunciar el comunismo, declaró varias veces que nazi-fascismo y comunismo eran idénticos, que eran hermanos gemelos que se atacaban uno al otro para engañar al mundo, sobre todo a los Estados Unidos cristianos, el país excepcional, «elegido» de Dios, el cual era la verdadera y principal víctima de la que ambos querían apoderarse. Lo que en cambio no dijo fue que entre ambos gemelos el que él prefería atacar era el comunismo y no el nazismo. Pero el hecho innegable era que entonces nazis y comunistas estaban aliados, eso era imposible negarlo, y que nazis alemanes y comunistas rusos estaban repartiéndose Polonia. Era imposible que ese discurso no prendiera con facilidad en la mayor parte del pueblo de Estados Unidos. Y, como Dies, esa extrema derecha estadounidense, indiferente ante los nazis o simpatizante suyos, que había tratado hasta entonces de ignorar el peligro que estos representaban para el mundo, peligro innegable e incrementado en este nuevo contexto de 1939-1940 por el inicio de la Segunda Guerra y por el conocimiento que empezaba a difundirse en Estados Unidos de los crímenes que el nazismo cometía a diario contra los pueblos invadidos, se declara antinazi porque, entre otras cosas que empezaban a perfilarse ya en la política oficial de Estados Unidos, ser antinazi y denunciar los crímenes nazis equivalía a denunciar la innegable complicidad de los comunistas, hermanos gemelos suyos, idénticos a ellos, con esos espantosos crímenes.

Así Dies, con el apoyo total del comité que preside, inicia de hecho el mccarthismo más cercano en tiempo y métodos a McCarthy y convierte la denuncia y persecución de comunistas, reales o presuntos, en la tarea prácticamente única del organismo. Declara una vez más que la oposición que se le plantea al Gobierno de Estados Unidos y a su pueblo, y en la que se debe forzosamente elegir, es la de americanismo contra extranjerismo y que el enemigo a denunciar es el comunismo, porque es extranjero y plenamente opuesto al americanismo. Dies se dedica a denunciar y perseguir lo que llama *infiltración comunista*, esto es, la presencia y participación de miembros del Partido Comunista en cualquier organismo. Presencia que no es ninguna infiltración

porque es abierta, y participación que es totalmente legítima porque el Partido Comunista estadounidense es legal y no está implicado en ninguna conspiración contra el Estado o el Gobierno. Uno de los organismos investigados por la HUAC es el CIO, la moderna organización sindical producto del *New Deal*, para depurar a los sindicatos de infiltración, es decir, de presencia comunista. Pero no solo se trata del CIO, sino de cualquier instancia u organización política o cultural en la que se sepa o se sospeche la presencia de posibles comunistas. Se producen a diario audiencias para escuchar a los acusados responder a las acusaciones que les hacen los propios miembros del Comité. Y este empieza a violar el derecho de los sospechosos a apoyarse en las dos enmiendas constitucionales, la Primera y la Quinta, que los protegen de acusaciones sin base y de la obligación de delatar, lo que lleva al Comité a acusar de desacato a los acusados que tratan de defenderse o de protegerse con ellas.

Uno de esos tempranos acusados, en septiembre de 1939, a poco de ser firmado el pacto nazi-soviético, es Earl Browder, quien es desde 1930 líder y secretario general del Partido Comunista estadounidense. Dies aprovecha la situación de rechazo contra los comunistas para convocar a Browder al Comité. La convocatoria se basa en una vieja acusación delictiva actualizada para la ocasión. Se trata de que Browder viajó varias veces en los años veinte con un pasaporte falso, delito a punto de prescribir que se le quiere cobrar ahora. Browder acude y se defiende bien de los cargos. Pero el Comité, que lo ha convocado no para oírlo defenderse sino para condenarlo, lo acusa; y Browder debe acudir en enero de 1940 como imputado a una Corte Federal neoyorquina que lo condena a cuatro años de cárcel y a una fuerte multa en dólares. Browder solo se entrega en marzo de 1941 y se lo envía a cumplir su condena en la Penitenciaría de Atlanta. Apela varias veces sin éxito, porque es un preso político encarcelado a causa de unos manipulados detalles técnicos. Y solo es liberado tras catorce meses de cárcel, en mayo de 1942, casi un año después de iniciada la invasión nazi de Rusia, una vez que Estados Unidos y la Unión Soviética se han convertido en aliados, unidos en la lucha frontal contra el nazi-fascismo.

Año 1940. El caso Bertrand Russell

El año 1940, correspondiente al pleno período de gobierno de la HUAC por Dies (este solo termina en 1944), es particularmente

interesante y significativo para apreciar y medir la magnitud de este avance feroz del mccarthismo con el que se cierra la década de los treinta. Y me limito, entre otros, a detenerme en los hechos en mi opinión más notorios: el sometimiento de la ACLU, la respetada organización estadounidense de defensa de derechos civiles; el primer ataque directo de la HUAC contra Hollywood, precursor del mucho más brutal que se llevará a cabo en la segunda mitad de los cuarenta y en la primera de los cincuenta, ya en tiempo de McCarthy; la aprobación de la Ley Smith, versión actualizada y mejorada de la Alien and Sedition Act de 1798 y de la Ley de Espionaje de 1917 y dirigida a los mismos fines, pero esta vez contra nazis y, sobre todo, contra comunistas; y el vergonzoso ataque contra Bertrand Russell, que no es propiamente obra directa de la HUAC pero sí de la extrema derecha puritana y católica cuyo protagonismo agresivo es producto sustancial del clima irracional e histérico que esa ola inquisitorial ha venido creando e imponiendo en el país.

I. En 1940 Dies lanza a la HUAC a depurar, purgándola, a la ACLU, acusándola de estar plagada de comunistas y exigiendo la derrota y expulsión de estos para sanear, es decir, para «americanizar» la organización. La ACLU, American Civil Liberties Union (Unión Americana para la Defensa de las Libertades Civiles), ha sido desde su creación en 1920 una organización ciudadana amplia y no partidista dedicada a defender las libertades públicas en Estados Unidos y a denunciar violaciones y amenazas contra ellas. Se creó a partir de otra organización del mismo corte llamada CLB, Civil Liberties Bureau (Buró de Libertades Cívicas), creada en 1917 al entrar Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y cuya actividad se había centrado en defender la libertad de expresión, no la de los medios sino la de sus víctimas. La CLB defendía en especial la libertad de discurso antiguerra y el derecho de los objetores de conciencia a negarse a participar en ella. La tarea no era nada fácil porque el Estado federal estaba aprobando leyes que penaban esa oposición con largas penas de cárcel. La CLB defendió a Charles Schenck cuando fue condenado por editar folletos contra la guerra y a Eugene Debs, conocido y respetado líder socialista, por denunciarla en público en un mitin como guerra entre países imperialistas para decidir, mediante la matanza de trabajadores que se estaba llevando a cabo en Europa, cuál de ellos iba a vencer en ella y, en consecuencia, a dominar el mundo.

La ACLU heredó esa política y la mantuvo en las décadas siguientes, lo que no significa en absoluto que haya sido un instrumento comunista ni nada parecido. La ACLU, por supuesto, era una organización amplia en la que tenían cabida gentes de diversas posiciones ideológicas y políticas y siendo que su actividad era intentar frenar los abusos del poder, esto es, denunciar atropellos de derechos, apoyar trabajadores en huelga o encarcelados y brindarles defensa legal, no es de extrañar que entre sus miembros y dirigentes hubiese simpatizantes socialistas y comunistas. Pero la organización se había enfrentado varias veces a los comunistas, como cuando en 1925, mientras condenaba las agresiones del Ku Klux Klan contra negros y católicos defendía su derecho a hacer mítines y marchas públicas. Ese mismo año la ACLU, que defendía la separación de Iglesia y Estado y la libertad de enseñanza, fue la promotora de que el joven profesor John Scopes retara en clase, en la pequeña ciudad de Dayton en el sureño y atrasado estado de Tennessee, la prohibición estatal de exponer la teoría evolutiva de Darwin ante sus alumnos, tema que ya expuse en los primeros capítulos de este libro. En el escandaloso y manipulado juicio que siguió para juzgar a Scopes, conocido como el Proceso del Mono (The Monkey's Trial) su defensor fue Clarence Darrow, famoso abogado y connotado miembro de la ACLU.

La ACLU también defendió en los años siguientes los derechos de la diezmada población indígena y coincidió con la recién fundada NAACP en la defensa de los derechos de los negros. También se enfrentó a la Iglesia católica en los años treinta porque esta, cuyo peso e influencia política habían crecido, atacó a Hollywood por la excesiva libertad sexual expresada en sus películas y logró imponer la censura mediante la aprobación del moralista y pacato Código Hays y otros recursos. En 1937 la ACLU defendió con éxito ante la Corte Suprema al dirigente obrero comunista Dirk De Jonge, encarcelado a petición empresarial por llamar en una pacífica asamblea sindical a los trabajadores a constituir un sindicato y poco después se integró al Frente Popular que encabezaban los comunistas. Había, por supuesto, tensiones y amenazas de crisis en la organización. Se habían presentado problemas porque en 1937 la ACLU condenó a Henry Ford, afamado y rico empresario admirador de Hitler, por editar y difundir un folleto contra la Unión en la onda del Sur secesionista, y una corriente de miembros de la organización, aun rechazando el secesionismo abierto o solapado, se opuso porque apoyaban el derecho de Ford a publi-

carlo en nombre de la libertad de expresión que la organización defendía. Pero el problema iba más allá de eso; y se acentuó en los años siguientes porque algunos miembros y dirigentes de la organización eran moderados o de derecha y otros más bien radicales o de izquierda, y porque la crisis mundial y su proyección en Estados Unidos estaba llevando aceleradamente a enfrentamientos más abiertos. El pacto nazi-soviético fue en esto un momento clave porque la derecha se fortaleció desde entonces, asumiendo ahora como bandera la condena de los nazis y con ella el justificado rechazo al Partido Comunista por haberse convertido en cómplice de su política. Y fue ese el clima que aprovecharon Dies y la HUAC para depurar a la ACLU, que se sentía traicionada por los comunistas, que habían pactado con los nazis, y encuadrarla con la línea de franco rechazo del Partido Comunista. No obstante, se dio una intensa lucha en el seno de la organización. Los anticomunistas se impusieron con apoyo de los moderados, la ACLU fue depurada y se expulsó por sus posiciones izquierdistas ardientemente defendidas a la valiente luchadora Elizabeth Gurley Flynn, líder sindical, feminista, comunista desde 1936, que había sido una de las fundadoras de la organización en 1920.

II. También en 1940 la HUAC, preocupada por el número de destacados actores y estrellas de cine apreciados y admirados por el público que en los años anteriores más recientes, en relación con el *New Deal* y con la política en general progresista o tolerante de Roosevelt, han asumido posiciones progresistas o izquierdistas –calificables para cualquier histérico inquisidor derechista como Dies de comunistas o cercanas al comunismo–, decide iniciar medidas para intentar controlar a Hollywood. Y para ello comienza a convocar, investigar e interrogar a varios de esos importantes actores y actrices, sospechosos de ser comunistas o de simpatizar con el comunismo. Así, la HUAC convoca una tras otra a veintidós personas, entre ellas a Frederic March, James Cagney, Humphrey Bogart, Florence Eldridge, Louise Rainer, Francis Lederer y Jean Muir, para interrogarlos sobre sus simpatías políticas y sobre su solidaridad y contribución financiera con la República española y con las Brigadas Internacionales, y para examinar hasta qué punto se hallaban bien fundadas en sus casos las sospechas de estar vinculados a posiciones o a militancia comunista. No hubo en esta ocasión interrogatorios interminables ni brutales, tampoco escándalos o condenas por desacato, por negarse a delatar o por intentar acogerse a la Primera y a la Quinta enmiendas constitucionales. Solo insistentes

e incómodas presiones. Actores y actrices respondieron con dignidad y defendieron sus derechos. Eso sí, la indignada comunidad de actores hollywoodense protestó con un acto masivo. Pero comparados con el cercano futuro, podría decirse que los interrogatorios fueron soportables y que fue una simple advertencia y un primer ensayo, aunque el modelo inquisitorial quedó ya establecido, lo mismo que el procedimiento a seguir. Y en todo caso, más allá de sus preferencias políticas y por famosos que fueran, los actores eran solo eso, actores, y a quienes había que convocar e interrogar habría sido a los guionistas, que elaboraban los escenarios, y, sobre todo, a los productores y a los dueños de las empresas cinematográficas, que eran los que revisaban los guiones y autorizaban o prohibían el rodaje de las películas.

Por cierto, en esos mismos días en que interroga a los actores de Hollywood sospechosos de simpatizar con el comunismo y se trata de presionarlos para que declaren sus compromisos con ese «caballo de Troya», Dies, para mostrar que también convoca e interroga a sospechosos de ser simpatizantes o amigos de los nazis, convoca a declarar ante la HUAC a William Dudley Pelley, de quien hablé antes, fundador y jefe de los Camisas Plateadas, una organización terrorista, paramilitar y de declarado pensamiento nazi. Cedric Belfrage cuenta que la reunión fue, en cambio, un modelo de gentileza y respeto mutuo, toda una amistosa conversación entre caballeros. Que Pelley negó tener prejuicios contra los judíos, que pidió la bendición de Dios para el Comité y que felicitó por su intervención a J. Parnell Thomas, uno de los más feroces inquisidores de la HUAC, futuro colaborador de McCarthy, más tarde encarcelado por ladrón.

III. En junio de 1940 el Congreso de Estados Unidos aprueba la Alien Registration Act, mejor conocida como Ley Smith, que es una nueva ley contra el espionaje y contra todo individuo u organización (por lo general extranjeros o al servicio de una potencia extranjera y enemiga) convictos o sospechosos de realizar o planificar actos de violencia contra las propiedades, intereses o leyes de los Estados Unidos o de planificar o llamar al derrocamiento de su gobierno. Esta ley viene a sumarse a una serie de leyes anteriores sobre temas similares, todas vigentes, leyes que forman una pequeña y representativa colección y que revelan con claridad la auténtica obsesión del país con reales o supuestos enemigos externos que lo amenazan y el interés constante del Estado, los partidos y clases gobernantes en unificar a toda la población por encima de sus naturales diferencias, mante-

niéndola permanentemente unida bajo el terror de una agresión, de un enemigo externo, de un ataque letal de ese enemigo contra su sistema económico y político; y de una grave y solapada conspiración contra cualquiera de sus instituciones políticas o religiosas. La primera de esas leyes fue la Alien and Sedition Act aprobada y aplicada en 1798, reforzada por varias otras leyes dictadas durante el siglo XIX y, sobre todo, por leyes aprobadas a lo largo del siglo XX, entre ellas la terrible Ley de Espionaje de 1917, la Ley de Sedición de 1918, la Ley de Inmigración del mismo año, la Ley de Registro de Agentes Extranjeros de 1938 y la Ley Hacht de 1939, siendo la Ley Smith de 1940 algo así como la síntesis hasta el momento de todas ellas y de sus objetivos declarados u ocultos.

La Ley Smith, aprobada en un contexto de Guerra Mundial y de creciente probabilidad de que Estados Unidos entrase en ella, es producto también del incremento, estimulado por los medios de comunicación, del usual miedo estadounidense a que su país se vea agredido por enemigos externos o infiltrado por espías de diversa índole o procedencia. Se sospecha, como siempre, de los extranjeros, de los *extraños* (recordar que en inglés la misma palabra sirve para designar ambos conceptos), y de que muchos de ellos, que son ciudadanos estadounidenses por naturalización, puedan ser por su origen agentes de los países extranjeros de los que proceden, sospechándose de posibles espías nazis y, como siempre, de los comunistas, no importando mucho si son extranjeros, viejos estadounidenses o estadounidenses recientes. De la Guerra Civil española se ha heredado el concepto de *quinta columna*, que originalmente se refería a los franquistas, pero que la derecha de Estados Unidos y sus medios, en una de las cíclicas explosiones de histeria xenófoba del país como era esta, asociaron más bien con nazis y sobre todo con comunistas, en especial luego del pacto nazi-soviético. Por ello, aunque el texto de la ley amenazaba con veinte años de cárcel a los que intentasen la destrucción de propiedades gubernamentales, y a cualquier organización, sociedad o grupo que intentase derrocar al gobierno estadounidense por la fuerza o la violencia, muchos comunistas, reales o supuestos como siempre, que nada tenían que ver entonces con semejantes planes violentos, fueron también víctimas de su articulado, y perseguidos y enjuiciados junto con otros acusados, sospechosos de ser nazis, fascistas o anarquistas.

IV. Pero puede decirse que en este terreno de la histeria xenófoba y anticomunista de la extrema derecha el fenómeno más escanda-

loso y vergonzoso del año 1940 fue su ataque masivo contra Bertrand Russell, el reconocido y famoso filósofo, crítico social y pensador británico. En esto, como señalé antes, la HUAC de Dies no tuvo ninguna participación protagónica porque no fue ella la que convocó al linchamiento mediático, intelectual, moral y jurídico de Russell ni opinó al respecto, pero no hay duda de que un fenómeno masivo como este, cargado de irracionalidad, odio, insultos y descalificaciones personales, encontró su alimento, su caldo de cultivo, en el clima social, cultural, político y mental creado por la actividad de la HUAC y apoyado por la derecha extrema y por sus más recalcitrantes voceros intelectuales y religiosos. Y al respecto me interesa señalar dos cosas antes de comentar con más detalle el caso. La primera es que la HUAC, aunque aún no había tomado medidas concretas, no era ajena a la idea de depurar, de «americanizar» las universidades y, de hecho, estaba empezando a procesar lo que consideraba como preocupantes informaciones según las cuales en esas casas de estudio no escaseaban los enseñantes que eran agnósticos, no creyentes, ateos declarados y por supuesto comunistas. Y la segunda, que Russell, un pensador que no era un mero filósofo dedicado en forma exclusiva a la lógica matemática sino un hombre interesado en los problemas sociales y culturales, sobre todo bastante crítico de la religión y de la hipocresía religiosa, del cristianismo, del matrimonio burgués, de la falsa moral social y de la pacatería victoriana imperantes por doquier, de los problemas propios de la juventud y hasta de la existencia de Dios, pese a todo esto, motivo más que suficiente para escandalizar a la derecha y ganarle su odio, no era en ningún caso comunista ni simpatizante del comunismo, como él mismo había dejado en claro muchas veces, y lo que ocurre es que, como también he señalado antes, en la estrecha o sesgada opinión usual de la extrema derecha, sobre todo de la derecha estadounidense (aunque no solamente de ella), toda crítica social y religiosa, todo intento de denunciar injusticias sociales o de proponer formas de superarlas se convierte, sin excepción, de modo automático en comunismo y descalifica por completo a quien se exprese públicamente en esos términos, más aún si ha escrito reconocidos libros sobre ello, no importando la fama y respeto que estos le hayan proporcionado, como era el caso del polémico Bertrand Russell.

La ola de histeria estalla contra él en Nueva York en marzo de 1940. Russell, como profesor invitado, ha estado dando clases de filosofía en varias universidades estadounidenses y en ese momento se

encuentra dictando clases en la Universidad de California. Pero como dos veteranos profesores se jubilan en la universidad neoyorquina, el cuerpo de profesores de la Junta de Educación Superior de la universidad decide por unanimidad el 24 de febrero invitar a Russell a dictar cursos de filosofía y lógica matemática en su Departamento de Filosofía. Se le envía una respetuosa carta invitándolo y, dada su fama, la invitación se hace pública de inmediato. Pero al enterarse, el obispo William T. Manning, cabeza de la Iglesia Episcopal Protestante, empieza a enviar cartas a los diarios de Nueva York no solo oponiéndose a la decisión de la universidad sino insultando y descalificando a Russell, al que llama propagandista contra la religión y la moralidad y al que considera como un peligro para la juventud y los estudiantes que debe ser excluido de la educación y de las aulas. Esto desencadena una secuencia cada vez más agresiva e insultante de escritos contra Russell en diarios y publicaciones neoyorquinas, religiosas y de derecha. La lista es grande. Su presencia es considerada como un insulto a los neoyorquinos y a todos los verdaderos americanos. Se pide la urgente revocación del nombramiento, se lo llama profesor de paganismo, anarquista filosófico y nihilista moral. Se lo acusa de defensor del adulterio, lo que había hecho incluso que una de sus «amigas», ofendida, le diese una paliza. Vale la pena recordar que en 1940, Russell, nacido en 1872, es un hombre viejo, que bordea los setenta años. El semanario de los jesuitas va más allá y le dedica estos piropos: viejo reseco, divorciado, abogado decadente de la promiscuidad sexual que está adoctrinando a los estudiantes californianos en el relajo sexual, el amor promiscuo y el matrimonio errante. Se le califica de corruptor, profesor de inmoralidad e irreligión y de ser despreciable odiado por los ingleses decentes. Otro editorialista le pide al alcalde Fiorello La Guardia que proteja a la juventud de la ciudad de la influencia perniciosa de ese «ministro del Demonio» infiltrado entre los hombres.

Asustado, uno de los miembros de la Junta Universitaria, que es episcopaliano, le pide a esta que reconsidere el nombramiento pero por mayoría la junta lo mantiene. Mientras tanto, la campaña contra Russell sigue en la prensa y los insultos se incrementan. La prensa amarilla de Hearst dice que Russell es partidario de la nacionalización de las mujeres, de que los hijos sean criados fuera del matrimonio y de que se los eduque como propiedad de un Estado sin Dios. También lo acusa de ser comunista. La calumnia se difunde y muchos de los que siguen impulsando la avalancha de acusaciones contra Russell lo repiten. A la campaña se van sumando una tras otra las diversas y

numerosas organizaciones tradicionalistas y reaccionarias que abundan en Estados Unidos: los Abogados Católicos, la Central Católica Americana, la Sociedad del Sagrado Nombre de Santa Juana de Arco, los Caballeros de Colón, los Hijos e Hijas de la Revolución Americana y muchas otras del mismo signo. Un profesor católico pide que la policía encarcele a los integrantes de la Junta de Educación Superior de la Universidad, otros llaman a Russell campeón del amor libre, de la promiscuidad social entre los jóvenes y del odio hacia los padres. En una conferencia en la Sociedad del Santo Nombre en el Departamento de Policía de Nueva York, un prelado católico, monseñor Francis Walsh, explicó al público que Russell era partidario de los triángulos matrimoniales y que como estos solían terminar por la violencia y con al menos uno de los participantes muertos, había que considerarlo responsable de todas esas muertes. La histeria fue aumentando día tras día. El presidente de uno de los distritos neoyorquinos dijo que si Russell no era despedido se le cortaría el subsidio que se le daba a las Facultades municipales del Estado. Un concejal afirmó que Russell era un perro y se quejó de que el sistema estadounidense de inmigración fuera tan inadecuado porque de lo contrario «ese perro» no podría haberse acercado a menos de mil millas de la costa americana. Y aprovechando esta fina imagen, una señora, archivera del Condado de Nueva York, salió de su archivo para añadir en un acto público que si «ese perro» se atrevía a venir a la ciudad había que hacer con él lo que se hacía en el *Far West* con los seres indeseables: embadurnarlo de alquitrán, emplumarlo de arriba abajo y echarlo a patadas del país.

Empero, no todo fue insultos y descalificaciones. Prestigiosos presidentes de universidades respaldaron en su decisión a la Junta de la Universidad de Nueva York y salieron en defensa de Russell. Siguieron valiosos y reconocidos eruditos de diversos campos de la ciencia. También las sociedades científicas y filosóficas más respetadas del país defendieron a Russell, condenaron los injustos y falsos ataques contra él y proclamaron que el país debería sentirse orgulloso de contar con la presencia del gran filósofo británico y de que este dictase docencia en sus casas de estudio. Entre ese brillante mundo científico y académico que apoyó a Russell destacaban Albert Einstein, Alfred N. Whitehead, John Dewey, Harlow Shapley y Arthur O. Lovejoy. Igualmente apoyaron a Russell y defendieron sus derechos los jefes de diversas editoriales. En fin, esta fue la respuesta digna de la intelectualidad abierta a la libertad de pensamiento y a la libre y respetuosa discusión de las ideas. Pero este sector culto, desprejuiciado

y digno no era más que una reducida minoría, pronto acallada por el torrente de nuevos insultos que la extrema derecha ideológica y religiosa siguió lanzando por los medios contra Russell. Y no solo se trató de nuevos insultos mediáticos y de pedir a las autoridades de la ciudad que invalidaran la contratación de Russell, sino que pronto esa derecha decidió pasar de los insultos a la acción directa.

En este caso, la acción directa fue introducir ante el Tribunal Supremo de la ciudad de Nueva York una demanda judicial contra Russell para imputarlo de diversos delitos que no solo impedían que ejerciera la docencia en la universidad neoyorquina, sino que incluso podían ser motivo de condena penal en contra suya.

La maniobra legal fue obra de tres personajes o protagonistas.

La primera fue una mujer, una anónima señora llamada Jean Kay, salida no se sabe de dónde (dijo ser habitante de Brooklyn) y que jamás había tenido el menor interés en cuestiones públicas, la cual acudió al Tribunal Supremo de Nueva York a pedir que se anulara la contratación de Russell porque este era extranjero y además partidario declarado de la inmoralidad sexual. Ante la prensa, la angustiada señora declaró que, como madre, a ella le preocupaba lo que podía sucederle a su hija, llamada Glory, en el caso de que le tocase ser alumna de Russell, algo que por cierto era imposible pues en esa época en la Universidad de Nueva York, a cursos diurnos sobre temas de artes liberales y de filosofía, como debía ser el curso de Russell, solo podían asistir hombres, no mujeres. Además de ello, Glory no era ni siquiera estudiante de la mencionada universidad; o sea que el único peligro posible que la chica corría era que un día (o quizá una noche) se tropezara con el lúbrico monstruo caminando como un ciudadano corriente por la calle y que al verla, este, exhibiendo sus filosos colmillos de vampiro, se le abalanzara encima.

El segundo personaje fue el abogado que acompañaba a la señora Kay como su representante legal. Se trataba de Joseph Goldstein, anterior magistrado de la ciudad de Nueva York. Entrevistado por los periodistas, Goldstein, hablando de las obras de Russell, dijo que estas eran «lujuriosas, libidinosas, lascivas, venéreas, erotomaníacas, afrodisíacas (aunque parece que no dijo afrodisíacas sino afrodisias), irreverentes, estrechas de criterio, mentirosas y desprovistas de fibra moral». Después de respirar, acusó a Russell de dirigir una colonia nudista en Inglaterra, de que sus hijos se exhibían desnudos y de que él y su esposa habían aparecido desnudos en público. Además, lo acusó de que pese a su edad cercana a los setenta años

hacía «poesía salaz» y de que toleraba y hasta aprobaba la homosexualidad. Grotescas como eran todas, estas acusaciones manipuladas o sin fundamento eran, sobre todo, graves porque en los Estados Unidos puritanos de entonces por solo que pudieran probarse en el juicio unas pocas de ellas, Russell habría sido candidato firme a la prisión perpetua o a la silla eléctrica. Y para remate, Goldstein terminó alardeando de que él era un conocedor de la filosofía y de que en calidad de tal podía asegurar que Russell no era en realidad un filósofo sino un sofista, que no razonaba bien sino que se valía de subterfugios y sofismas para hacer pasar sus argumentos falaces por filosóficos. En su autorizada opinión, las propuestas filosóficas de Russell no eran otra cosa que proposiciones burdas y vulgares dirigidas a descarriar a las gentes. Goldstein no se atrevió a decirlo, pero lo que se derivaba de todo lo dicho por él es que a Russell no valía la pena someterlo a juicio, lo mejor era matarlo de una vez. (Por cierto, Edwards piensa que dada la terminología corriente usada entonces por los filósofos católicos, el informe sobre la filosofía de Russell presentado como propio por Goldstein, que se servía de esos mismos términos –y Goldstein era judío–, demuestra que quienes estaban detrás del proceso, pagándole a la señora Kay, siendo evidente que esta no actuaba por cuenta propia, y seguramente financiando los costes del mismo, porque esto nunca se aclaró, eran esos católicos; y que para encubrir el origen del ataque contra Russell o para hacer difícil llegar hasta ese origen, empleaban como acusadora a una mujer corriente, no se sabe bien si católica o protestante, que no era en fin de cuentas sino una mercenaria, y pagaban como su asistente jurídico a un hábil y desenfadado abogado judío, en un contexto en el que, ni como grupo ni como individuos, los judíos habían tenido nada que ver con la agresión que se llevaba a cabo contra Russell).[1]

El tercer personaje, sin duda el principal, era el juez de la causa. Este se llamaba John E. McGeehan y era un abogado católico de origen irlandés, algo que dada su condición católica militante y dados los temas de la demanda y la obra de Russell, notorio crítico de la religión y la moral cristianas, debía haberle forzado a inhibirse. Pero la idea de los promotores del juicio y del propio McGeehan no era otra que juzgar y condenar a Russell, de modo que nadie vio el menor impedimento legal o moral en que fuera él quien lo juzgara, sabiendo que no habría imparcialidad. McGeehan dijo de entrada que no juzgaría las opiniones de Russell y su cuestionada competencia filosófica, que solamente iba a juzgar si era legal que un extran-

jero como él fuera contratado como profesor en una universidad estadounidense y si en cuatro libros de Russell que aseguraba iba a leer: *La educación y la vida buena*, *Matrimonio y moral*, *Lo que yo creo* y *La educación y el mundo moderno*, había suficiente material que pudiese servir de apoyo a la demanda.

Debió devorar los cuatro libros en dos días, cosa más que difícil de aceptar, porque dos días después, en fecha 30 de marzo de ese año de 1940, apoyado en un extenso documento que no parecía del todo ser obra suya, presentó su veredicto. Y este era, por supuesto, condenatorio y en él se revocaba el nombramiento. McGeehan dividió su exposición en tres puntos. El primero de ellos era la condición de extranjero de Russell y el segundo, la ausencia de un examen de competencia. Y se lo condenaba por ser extranjero, por no haber solicitado hasta entonces la nacionalidad estadounidense y porque la universidad no le había hecho un previo examen de competencia. Todo esto era absurdo o carecía de base, lo mismo que la ausencia del examen de competencia porque en Estados Unidos, en las universidades había profesores extranjeros como en cualquier país; porque solicitar la nacionalidad estadounidense no era algo obligatorio; y porque un profesor reconocido en todo el mundo, con las calificaciones, la obra y el currículum científico de Russell no necesitaba en absoluto presentar un examen previo de competencia.

El punto clave y más escandaloso era el tercero, porque contra lo que había dicho antes del juicio, McGeehan sí se dedicó, seguramente con sus mentores católicos, a manipular, revolver, deformar y sacar de contexto citas y frases de las obras de Russell para fundamentar la acusación de la señora Kay, convirtiendo así a Russell en un verdadero monstruo moral, ateo, pervertido, enemigo de Dios y corruptor de la juventud. Aunque interesante, sería muy largo entrar a detallar esto como hace Edwards y me bastará con mencionar solo unas pocas cosas. McGeehan reacciona indignado al citar frases y párrafos de las obras de Russell y afirma que hay que defender la moralidad contra ese hombre capaz de propagar enseñanzas inmorales y doctrinas salaces como las que muestran sus libros. Lo acusa de promover la masturbación infantil, la desnudez y el adulterio y de considerar tolerable la homosexualidad. Sobre tal base inconsistente y calumniosa sustenta su decisión de dar razón a la acusación que hace la señora Kay, lo que incapacita a Russell para ser admitido como profesor. Y en consecuencia declara inválida la decisión en su favor de la Junta de Educación de la Universidad de Nueva York.

Antes de que se inicie el juicio, Russell, que hasta entonces ha guardado silencio, viendo que las acusaciones calumniosas que se le hacen han sido llevadas al plano judicial, decide al fin hablar en su defensa. Dice que no tiene ningún interés en responder al ataque del obispo Manning porque sabe que es inútil discutir con gente como él y defenderse de calumnias semejantes. Pero que no puede callar viendo que ataques de ese tipo contra él son llevados ante un tribunal. Afirma que nunca ha dirigido una colonia nudista, que ni él ni su esposa se han exhibido desnudos en público, que tampoco ha escrito poemas salaces y que le gustaría tener la ocasión de negar todas esas acusaciones y las otras bajo juramento. Pero Russell sabe que eso es inútil, que nadie va a convocarlo para defenderse y que el amañado juicio está en marcha y va a seguir.

La grotesca decisión de McGeehan es protestada por toda la opinión decente del país, por los mismos académicos, científicos e intelectuales que desde antes se habían solidarizado con Russell. La ACLU es uno de los organismos que protestan por la decisión del juez. Pero esa opinión decente es muy pequeña en número y de muy escaso peso Y una vez más, sus protestas son acalladas por la avalancha de aclamaciones de la extrema derecha política y religiosa a favor de McGeehan y su veredicto. Esa opinión derechista e histérica sí es en cambio pesada y numerosa. Las apelaciones que se producen contra la sesgada y tramposa decisión judicial de McGeehan, incluida la petición del propio Russell, no prosperan porque todas son bloqueadas o negadas con argumentos leguleyos o con presiones por las autoridades políticas y judiciales neoyorquinas, las cuales, por diversas razones, actúan en clara complicidad con la derecha religiosa, como es el caso del alcalde La Guardia, o bien porque ellas mismas, como es el caso de los abogados y jueces que se hallan en cargos judiciales, son parte sustancial de esa derecha.

Así pues, el resultado, aclamado por la extrema derecha, por los prelados católicos o protestantes, por sus medios de comunicación y por las masas embrutecidas a las que esa derecha lideraba, fue la anulación de la contratación de Russell hecha por la Universidad de Nueva York y hasta una tentativa de juzgar a la Junta de Educación Superior de la misma universidad. De modo que Russell, de la Universidad de California pasó a ser profesor en la de Harvard, porque la decisión judicial de McGeehan era solo estatal y no de alcance federal, y porque en Harvard, que se declaró orgullosa de tenerlo como profesor y así lo proclamó, nadie protestó contra su presencia

ni consideró que por causa de ella estaban en peligro la juventud y los estudiantes. Pero Edwards muestra otra cosa que conviene señalar para completar el cuadro de histeria derechista, de cobardías y de complicidades que fue parte esencial del caso Russell. Se trata de la conducta hipócrita y complaciente de un diario como el *New York Times*, que siempre se ha pretendido liberal y progresista, y que en este significativo caso asumió una actitud cobarde y cómplice manteniéndose neutro ante lo que sucedía en sus propias narices, y que cuando, luego del veredicto de McGeehan, se vio forzado a fijar posición, lo hizo sin calificar ni condenar la política de la derecha y culpando de todo a Russell por no haber renunciado a su designación profesoral antes de que estallara el escándalo que esta provocó.

La ruptura de la cobarde neutralidad del *Times* neoyorquino se debió a que el doctor Chase, canciller de la Universidad de Nueva York, publicó en el conocido diario una carta en la que escandalizado, se preguntaba si la demanda de un contribuyente podía legalmente echar por tierra la decisión soberana del cuerpo de profesores de una universidad pública, y si el avalar una decisión judicial como la tomada por McGeehan no amenazaba y ponía en peligro la seguridad y la independencia intelectual de los miembros del profesorado de todos los colegios y universidades de Estados Unidos, con consecuencias potenciales incalculables. El *Times* se vio obligado a responder y lo hizo con un editorial en el que lamentaba lo ocurrido y el gran daño que la polémica le había causado a la universidad. Pero afirmaba que aunque podía haber habido errores de ambas partes, no podía caber duda de que el nombramiento de Russell había sido impolítico e imprudente porque dadas las conocidas posiciones de este sobre religión y moral, la culpa principal de la crisis era suya, pues debió pensar que era inevitable que su nombramiento molestaría a una parte de la comunidad neoyorquina y por tanto debió haber renunciado al mismo desde el momento en que se inició la polémica.

Russell publicó como remitido una carta en el diario el 26 de abril, en la que refutó con elegancia y contundencia el pobre editorial del *Times*. Le dijo al diario que, en efecto, renunciar habría sido lo más prudente y agradable para él, pues le habría evitado tener que soportar insultos y sinsabores. Y que de haber pensado solo en sus intereses e inclinaciones se habría retirado de inmediato. Pero hacerlo así habría sido una cobardía y una prueba de egoísmo porque muchas eran las personas que comprendieron que esos ataques ponían en peligro no solo sus intereses sino, sobre todo, los principios de tolerancia

y libertad de palabra, razón por la que querían continuar la polémica. Retirarse habría desarmado a los defensores de esas libertades, cediendo el campo a los intolerantes, enemigos de toda discusión, lo que le parecía inmoral. Y concluyó recordándole al *Times* que lo que ponía en peligro la democracia no eran la discusión y la polémica sino su ausencia: «En una democracia –remató– es necesario que las gentes aprendan a soportar que se ofendan sus sentimientos (…)». Este baño de agua fría llevó al *Times* a decir en un nuevo editorial que apoyaba al canciller Chase, esperando que el fallo de McGeehan pudiera ser revisado. Pero cuando nada se hizo se quedó callado.

Y así, con el silencio, se dio fin a esta polémica. Hoy olvidada o silenciada, esta miserable agresión contra un hombre como Bertrand Russell constituye, sin duda, una de las páginas más repugnantes de la intolerancia ciega y autoritaria de la extrema derecha estadounidense y de su poder político y religioso ejercido a través de los medios sobre grandes masas embrutecidas, con el fin de imponer sus prejuicios y violar todas las normas democráticas que ella misma dice respetar. Y aprovechando para obtener sus objetivos y silenciar a sus adversarios la histeria que ella misma desata en esos contextos mccarthistas que llenan toda la historia del país, de un país que se pretende en estos campos de libertad y democracia, auténtico modelo y paradigma para el mundo. Esto ocurría en 1940 y aún faltaban por llegar, después del fin de la Segunda Guerra, los años tenebrosos en que, en medio de otra fase terrible de histeria anticomunista, los Estados Unidos y el mundo podrían ver a Joseph McCarthy y al mccarthismo más propiamente dicho por fin en plena acción.

Notas

1 Para el examen del llamado Caso Russell me baso, fundamentalmente, en el riguroso y detallado examen que del mismo hace el investigador y escritor Paul Edwards en su indispensable estudio titulado «Cómo se evitó que Bertrand Russell enseñase en la Universidad de la ciudad de New York». Ese texto está incluido como apéndice al libro del propio Russell *Por qué no soy cristiano* [Hermes, Buenos Aires, 1959, pp. 209-252]. Pero también he utilizado la información complementaria y útil al respecto que está disponible en internet.

Capítulo ix

Años cuarenta y cincuenta. La plenitud del mccarthismo. Truman, McCarthy y Eisenhower

El período más terrible, inquisitorial y virulento del mccarthismo estadounidense es el que quedó asociado estrechamente al nombre del inefable senador Joe McCarthy. Ese período tiene lugar al iniciarse oficialmente la Guerra Fría en 1947, y es la etapa más intensa e histérica de esta, involucrando en esa histeria inquisitorial a toda la población norteamericana y abarcando en lo esencial los años comprendidos entre 1947 y 1959-1960. Se lo circunscribe así a esos solos años y una vez que se lo asocia al nombre de McCarthy y al papel desempeñado por este en el mismo, se lo convierte en un momento excepcional y único de la historia estadounidense, momento nada hermoso sin duda y del que no cabe enorgullecerse, pero que habría sido simplemente una lamentable y corta excepción en la limpia y casi transparente historia intelectual y política de Estados Unidos, dirigida, como se nos repite a diario, a difundir al mundo la democracia y a defender la libertad. Y aun en el caso de que se llegue a considerarlo una vergüenza, como también ocurre, la exclusiva responsabilidad sería de McCarthy, quien ha servido para darle nombre, con lo cual se pretendería reducir todo a sus justas proporciones, de manera que el honor de esa auténtica patria de la democracia y de la libertad que es Estados Unidos quedase por completo a salvo.

Pero como siempre que se trata de la embellecida historia oficial estadounidense, aquí también hay varias cosas que decir y muchas mentiras que desmontar. La primera es que si bien es correcto y se atiene a los hechos señalar que ese llamado mccarthismo arranca con el inicio oficial de la Guerra Fría en 1947 y vive su fase álgida hasta 1959 o algo más tarde, ello no significa ni que a partir de esta última fecha ese mccarthismo haya desaparecido del panorama político e ideológico estadounidense, ni tampoco que se haya iniciado en 1947 con el protagonismo de McCarthy. Como he venido demostrando a lo largo de los tres capítulos anteriores, el llamado mccarthismo asociado a McCarthy, el de los años 1947-1959, o mejor dicho,

la histeria anticomunista y xenófoba que lo caracteriza, ni empieza con McCarthy ni concluye con él. La actividad y el protagonismo de McCarthy abarcan solo casi cinco años de ese período, los años que van desde 1950, cuando se inician, hasta 1954, cuando McCarthy queda anulado en el Congreso. De modo que ese específico mccarthismo de 1947-1959 empieza tres años antes de McCarthy y continúa también después de él. En realidad, ese macartismo se inicia en 1947, pero no con McCarthy, que aún no cuenta para nada y es un desconocido, sino con el Presidente de Estados Unidos, Harry Truman, demócrata, quien es su verdadero padre y promotor, aunque la aparición protagónica de McCarthy en 1950 opaca y a menudo desborda el protagonismo hipócrita de Truman; y ese mccarthismo sigue a continuación con el presidente Dwight Eisenhower, republicano, el cual, después de apoyarlo en forma más abierta que Truman, consigue controlar y anular a McCarthy cuando este se desborda atacando al Ejército, al que acusa de cómplice del comunismo, pero solo para que en los años siguientes el mccarthismo continúe vivo y actuando ya sin tener más necesidad de él.

Pero eso no es todo. El mccarthismo de McCarthy continúa, después de la contención y muerte de este, aunque algo atenuado por otros problemas relacionados con la interminable Guerra Fría que mantiene Estados Unidos en los años que siguen a 1959, esto es, en los períodos presidenciales de Kennedy, Johnson y Nixon, para no hablar de Reagan. Lo que desplaza de la primera plana de los medios al mccarthismo, en cierto grado atenuado, que continúa aún en Estados Unidos aunque quedándose otra vez sin nombre, son los problemas internos que estallan en el país y las nuevas expresiones de la Guerra Fría que impulsan sus gobiernos en el plano internacional. En el plano interno se trata de la lucha masiva de la población negra por sus derechos, conculcados desde 1865, lucha que mantiene incendiado el país en la primera mitad de los años sesenta; y en el plano externo se trata de la creciente intervención de Estados Unidos en la guerra de Vietnam y en varios países de América Latina y el Caribe, en los que enfrenta a la Revolución cubana fracasando en su invasión de Cuba, pero en los que también invade República Dominicana y promueve conspiraciones y golpes de Estado anticomunistas en otros países caribeños y latinoamericanos.

Y escribo otra vez «mccarthismo sin nombre» para referirme a las nuevas olas de histeria derechista y anticomunista que vive Estados Unidos después de 1959 porque en los tres capítulos anteriores he mostrado cómo eso que se llama mccarthismo, pero restringién-

dolo tan solo a los años 50 del siglo XX, es en realidad un fenómeno estructural de la sociedad estadounidense que viene de mucho antes, casi de los años inmediatos a la Independencia; que se ha ido conformando y cobrando claro protagonismo a todo lo largo del siglo XIX; que ha provocado ya un primer estallido de masiva histeria nacional en la década de los veinte del siglo XX; y que está desempeñando de nuevo un papel dominante en la política estadounidense, incluso bastante antes del gobierno de Truman, esto es, desde fines de los años treinta y, sobre todo, en los primeros años de la década de los cuarenta bajo el protagonismo de la recién creada HUAC y bajo otras manifestaciones colectivas de histeria ultraderechista. Es por eso que en el primero de esos tres capítulos, en su parte introductoria expuse las razones por las que llamo mccarthismo a todas esas olas de histeria colectiva ultraderechista que han llenado desde muy temprano la historia de Estados Unidos; y lo hago así porque todas ellas comparten rasgos comunes y objetivos similares con el llamado mccarthismo de los años 1947-1959, y porque mccarthismo es nombre ya impuesto y popularizado que permite integrarlas y englobarlas todas como formando ese gran movimiento reaccionario e histérico que ellas constituyen y que llena la historia política de Estados Unidos. Algo que el término mccarthismo aplicado por la historia oficial estadounidense solo a la gran histeria anticomunista de 1947-1959 trata de ocultar o de minimizar, aprovechándose para ello de la menor información que existe o que usualmente se maneja acerca de procesos anteriores de similar carácter que en capítulos previos he venido examinando.

He dicho que esa explosión de mccarthismo que alcanza su punto álgido entre 1947 y 1959 coincide con el comienzo oficial de la Guerra Fría y es expresión de la misma. Es cierto, pero habría que matizar estas afirmaciones, porque hay claros indicios estadounidenses anteriores de que al menos desde 1945, e incluso antes, en Estados Unidos se estaba por iniciar la Guerra Fría y de que empezaban a expresarse con más fuerza señales de corte mccarthista entre los grupos políticos y militares que dirigían el país. Entre esos indicios anteriores que prefiguraban la Guerra Fría o que apuntaban directamente a ella pueden destacarse los siguientes. El primero era que la clase dominante norteamericana, y en particular su sector más derechista y reaccionario, siempre tuvo claro que su principal adversario era el comunismo y no el nazi-fascismo, con el que simpatizaban y coincidían en muchas cosas, sobre todo en su permanente y feroz anticomunismo. Para ese sector dominante, representado por

políticos, militares, religiosos y empresarios, el período 1941-1945 no era sino un corto momento de alianza con la Rusia comunista que debía acabar pronto para volver al viejo enfrentamiento que venía desde 1917, porque también estaban claros en que si Estados Unidos iba camino de ser el vencedor de la guerra, o lo era ya de hecho, lo cierto es que debía a la fuerza –y al menos por lo pronto– compartir esa victoria con el comunismo ruso. Y había que enfrentar eso, y pronto. Otro fue el brutal e innecesario bombardeo de Dresde llevado a cabo por las fuerzas aéreas británica y norteamericana en febrero de 1945. Fue un claro ejemplo de ello porque no solo se trató con él de vengarse de los bombardeos alemanes sobre Inglaterra en años anteriores, objetivo de los ingleses, sino también, objetivo que compartía Churchill con los jefes militares estadounidenses, porque se quería advertir a los rusos, que avanzaban hacia Berlín, siendo ya claro que iban a llegar primero, que el cielo era de ellos, de Inglaterra y Estados Unidos, y que los rusos debían tener presente que así como ambos aliados bombardeaban entonces Dresde, también podían muy pronto bombardear Moscú. Un tercer ejemplo es el de las dos bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, en este caso para probar las bombas y de paso para vengarse de Pearl Harbor, bombardeo innecesario y criminal, pues de hecho Japón estaba ya vencido y dispuesto a rendirse. Y lo es porque ese bombardeo servía también para advertir a los rusos de los enormes alcances destructivos de esas terribles bombas, las cuales eran monopolio estadounidense. Algo que Truman, como presidente, declaró poco después que habían sido regalo de Dios a Estados Unidos para que este las usase en función de los planes divinos, que eran en fin de cuentas los mismos de su país. Y por cierto, en junio de 1941, cuando la Alemania nazi empezó la invasión de la Unión Soviética y se planteaba la incorporación de esta a los Aliados, a Estados Unidos e Inglaterra, Truman, que era entonces diputado, dijo en el Congreso estadounidense que la política de su país debía ser apoyar siempre entre ambos al que estuviera perdiendo porque la idea era que batallaran hasta que se destruyeran el uno al otro por completo. Y todavía más claro que Truman fue el general Patton, uno de los principales jefes militares de Estados Unidos en la guerra, quien llegó a decir en abril de 1945 en un mensaje radial a los militares de su Estado Mayor que el momento para empezar la nueva guerra contra esos «hijos de puta» que eran esos rusos comunistas, era ese mismo y no otro, porque los soldados estadounidenses estaban ca-

lientes, armados y en pie de guerra, mientras que si se esperaba un poco para enfrentar a Rusia la cosa iba a resultarles más difícil.

Sin embargo, había también en Estados Unidos fuerzas opuestas a ese temprano inicio de la Guerra Fría. Una de ellas era la actitud más bien flexible y tolerante de Roosevelt, opuesto por lo general al anticomunismo feroz de Churchill. Roosevelt mantuvo tanto en el país como fuera de él una conducta que si bien defendía los intereses de Estados Unidos, no era posible calificar de anticomunista. Otra es que el Partido Comunista, aunque siempre de muy escasa militancia, había crecido algo en los años de la crisis y de la depresión, y mantenía posiciones cercanas a las políticas de Roosevelt y, en algunos casos, hasta de cierta colaboración con ellas. No obstante, el crecimiento del Partido Comunista se vio afectado seriamente en los años del demoledor pacto nazi-soviético, y aunque hubo una muy moderada recuperación desde 1941, la verdad es que ese pacto alejó en forma definitiva de sus filas y de sus círculos culturales a muchos militantes y simpatizantes que, por cierto, fueron víctimas por ello de la ulterior ola de histeria anticomunista que el mccarthismo desató a partir de 1947. Ese mccarthismo se apoyó, exagerándola hasta provocar una verdadera histeria, en la relativa facilidad con que se decía que en oficinas del Estado habían entrado gentes de izquierda, incluidos en ellas uno que otro simpatizante comunista.

También contribuyó a retardar la explosión de histeria mccarthista el que la lucha común contra el nazismo había acercado a nivel político a Rusia y Estados Unidos, estableciendo entre ambos, por un corto tiempo, formales relaciones de amistad. Los medios de comunicación promocionaron en esos años de guerra al aliado ruso, mostrando abierta simpatía por la lucha que venía librando en el terreno contra el criminal invasor nazi, y esa simpatía se trasladó incluso a Stalin, a su figura y a su papel en la lucha contra el nazismo. Esas ideas e imágenes llegaban a buena parte de la población estadounidense y algunos norteamericanos pudieron por un corto tiempo ver a Rusia con otros ojos. Pero el papel fundamental en esto lo desempeñó el cine: se hicieron documentales y películas a favor de Rusia y de su lucha, se celebró la franca camaradería que unía a rusos y norteamericanos en la guerra, se llegó incluso en varias de ellas a celebrar los éxitos económicos de las granjas colectivas rusas. Pero muy pronto, en las décadas siguientes de mccarthismo y Guerra Fría, se le cobraría a directores y sobre todo a actores que habían participado en esas películas y documentales su participación, sus opiniones y su protagonismo. Hay algo que no debe olvidarse y es la estrecha

amistad que se forja desde 1941 hasta 1945 entre las tropas norteamericanas y rusas al compartir la guerra y el enemigo, por lo que los planes de Patton habrían sido de difícil aplicación en 1945. En fin, que todos estos elementos contribuyeron con diversos niveles de influencia a retardar un poco el estallido de la Guerra Fría.

Truman: inicio de la guerra fría y de la histeria mccarthista

Pero la Guerra Fría se inicia en 1947 y con ella esa fase del mccarthismo ¿Cómo comienza el mccarthismo y quién lo inicia? En el inicio de la Guerra Fría y del mccarthismo-trumanismo resultan fundamentales varias cosas. Una de ellas, sin duda la principal, es que la gigantesca Guerra Mundial (que se ha librado fuera y lejos del territorio estadounidense sin que este haya sido tocado en absoluto) ha sido la que ha logrado sacar a Estados Unidos de la crisis de la que no logró sacarlos el *New Deal*. La economía de guerra, que había alcanzado en esos años un gigantesco desarrollo, ha enriquecido a la clase dominante, militarizando la economía, solapando cualquier lucha de clases interna, permitiendo a la gran burguesía monopolista incrementar enormemente su poder empresarial y financiero y sus ganancias, y al militarismo convertirse en una fuerza poderosa que aumenta a diario su importancia y que no está dispuesto a ceder ningún terreno.

Ese complejo militar, industrial y financiero va a imponer desde entonces su dominio sobre Estados Unidos; y al país, ya potencia económica, lo va a convertir sobre todo en potencia militar, en una potencia que vive de la guerra y que la necesita no solo para seguir enriqueciéndose y para ampliar su dominio, sino incluso para mantenerse como la potencia más poderosa y más rica del planeta, como el auténtico policía del mundo. Consecuencia inmediata de esto es que la antigua recluta de voluntarios en caso de guerra, ya golpeada por Wilson durante la pasada Gran Guerra Europea, es reemplazada a partir de ahora en forma definitiva por una fuerza armada profesional y permanente, una fuerza armada cuyo armamento y personal no cesan de crecer. La población es movilizada de nuevo desde 1946 para la nueva guerra que se prepara; guerra que esta vez deberá librarse contra la Rusia soviética, convertida en enemigo no solo militar sino ideológico. Y así, la endeble amistad ruso-norteamericana de 1941-1945 da paso a esta nueva guerra, una guerra que llaman Fría pero que está siempre dispuesta a calentarse ante el menor problema que surja, y que se alimenta del odio visceral y

religioso contra todo lo que huela a comunismo, es decir, contra todo lo que la clase dominante estadounidense considere como amenaza contra su insaciable ambición de dominio universal.

Los Estados Unidos han encontrado al enemigo ideal, el que soñaban, un enemigo total, ideológico, realmente demoníaco, auténtica encarnación del Mal: el comunismo. Un enemigo concreto y de su talla, porque ocupa un vasto territorio y tiene alcance mundial. Un enemigo, en fin, contra el que van a luchar sin tregua por décadas y décadas. Pero salvo en el plano discursivo, no se atreven a enfrentarlo en forma directa (es demasiado grande y poderoso, ha crecido con la incorporación de China en 1949, y además se convierte pronto en potencia nuclear). Prefieren enfrentarlo guerreando contra todo cambio político progresista, soberano, democrático o revolucionario que en su opinión pueda beneficiar al campo comunista (es decir, perjudicarlos a ellos, a Estados Unidos, debilitando su poder). Lo harán hasta que al fin logren derrotarlo. Y para esa lucha ideológica el papel protagónico de los medios, recientemente enriquecidos por la presencia y creciente papel de esa avasallante fuerza de masas que es la televisión, resulta decisivo. Y también aquí, igual que ocurre con el poder nuclear del que tienen hasta 1949 el monopolio, la ventaja está, y esta vez permanentemente, del lado suyo, de Estados Unidos, cuyos potentes medios irán en las décadas siguientes apoderándose del mundo, controlando la información y el llamado entretenimiento; y dominando, mediante el uso manipulador de ambos recursos, «las mentes y corazones», como ellos suelen decir, de una parte cada vez más grande e importante de la humanidad.

Los otros elementos son ya parte misma del problema.

El cuadro sindical de los primeros años de posguerra es un cuadro francamente conflictivo. Porque si bien la guerra fue beneficiosa para los grandes empresarios y mandos militares, no lo fue en absoluto para el proletariado. Este estuvo sometido en esos duros años al orden militar impuesto por la guerra, a la permanente escasez económica dada la prioridad que tenían los productos militares, a salarios congelados y a la prohibición de toda posible huelga, condenada y reprimida como sabotaje antipatriota. Esa clase obrera se sentía explotada y mal pagada, esperaba que ese cuadro cesase, ahora que habían terminado la guerra y las razones de la escasez, y estaba exigiendo el cese de los controles estadales y empresariales, la plena libertad sindical y el ejercicio de sus derechos. Y sobre todo, buenos salarios para enfrentar la inflación y mejorar sus condiciones de vida.

En esa inmediata posguerra hubo también bastante desempleo (exsoldados que no fueron reenganchados en sus empresas o que no se adaptaron a la idea de volver a sus oficios anteriores), mucho descontento porque la economía no volvía al modelo productivo previo a la guerra y parecía que no quería salir del nuevo modelo bélico. Y lo cierto es que hubo una enorme secuencia de huelgas y protestas de masas en 1946 y 1947. La más importante de todas esas huelgas fue la de los trabajadores ferrocarrileros, que en la primavera de 1946 declararon una huelga ferroviaria a escala nacional, algo que no había ocurrido en el país hasta entonces. La huelga paralizó el transporte ferrocarrilero en todo Estados Unidos durante más de un mes. El gobierno tomó el control de los ferrocarriles y Truman amenazó con emplear las Fuerzas Armadas, como se había hecho en casos de grandes huelgas anteriores. Eso ayudó a que la huelga terminara. Como al final de la guerra anterior, este cuadro de huelgas y protestas fue presentado por los medios como un peligro asociándolo a izquierdismo y comunismo. Y la opinión mayoritaria de las clases medias y ricas, siempre de tendencia derechista y anticomunista, se manifestó en contra de esas huelgas y protestas obreras expresando sospechas contra los trabajadores. Con ese apoyo derechista y anticomunista los republicanos ganaron las elecciones legislativas de 1946 y pasaron a tener mayoría en el Congreso. La mayor parte de los estados de la Unión estaban aprobando leyes antisindicales. En junio de 1947 el Congreso, por su parte, aprobó la suya, de alcance nacional. Esta fue la reaccionaria Ley Taft-Hartley, cuyo declarado objetivo era reducir el poder de los sindicatos y eliminar la influencia comunista en el movimiento obrero. La Taft-Hartley era una ley reaccionaria, antiobrera y anticomunista que echaba por tierra buena parte de los logros garantizados por la progresista Ley Wagner, de 1935, que permitía a los trabajadores organizarse libremente en sindicatos y discutir sin coacción los contratos de trabajo con sus patrones. La Taft-Hartley, ley abiertamente mccarthista, limitaba o eliminaba esos logros, sometía a los obreros a la dictadura de los patrones y obligaba a todos los líderes sindicales a jurar por escrito ante el Departamento del Trabajo de los Estados Unidos que no eran «militantes ni simpatizantes del Partido Comunista y que no tenían ninguna relación con cualquier organización que tuviese como objetivo derrocar el Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza o por cualesquiera medios ilegales o inconstitucionales». Días después de su aprobación por el Congreso, la ley fue vetada por Truman, que andaba buscando el voto de los obreros y que con razón la condenó con el apoyo del poderoso Congreso de Organizaciones Industriales (CIO), y en general del

movimiento obrero, por violar el derecho constitucional a la libertad de expresión establecido en la Primera Enmienda. Pero el Congreso, aprovechando la mayoría republicana, pasó por sobre el veto y mantuvo la vigencia de la ley. Y no solo eso, sino que más adelante el propio Truman se sirvió de ella. La Ley tuvo plena vigencia hasta 1965 cuando al fin la Corte Suprema declaró inconstitucional lo relativo al juramento, pero fue bastante el daño que hizo con su vigencia plena en esas casi dos décadas de abierto mccarthismo.

Las primeras manifestaciones de ese abierto mccarthismo como producto de sospechas de espionaje comunista se producen en 1946 y vienen de Canadá, porque se habla de que se ha descubierto allí en febrero de ese año una red de espionaje soviético que busca apoderarse de secretos nucleares estadounidenses. Nunca quedó del todo claro qué había de verdad y qué había de propaganda en esa información, porque aunque era más fácil para los rusos espiar y contactar espías en Canadá, los secretos nucleares se hallaban en Estados Unidos. Y el espionaje ruso, que existía sin duda y que estaba ansioso de obtener informaciones acerca de la bomba atómica en poder de Estados Unidos, debía en todo caso actuar en ambos países. En fin, lo más importante, lo que cuenta de todo esto, es la primera oleada de histeria antirrusa y anticomunista que se desató a partir de esas informaciones y denuncias.

El FBI de J. Edgar Hoover, apoyado por Truman, viene trabajando en ese mismo año de 1946 con su aparato de espionaje interno a objeto de descubrir y denunciar, manipulando y exagerando por supuesto las cifras, la presencia de izquierdistas, comunistas o sospechosos de serlo en las altas oficinas de gobierno, en especial en el Departamento de Estado, porque se viene hablando de eso desde hace ya meses. Y algo importante a este respecto es que a partir de entonces todo el gobierno progresista de Roosevelt, criticado y acusado de comunista desde antes por la extrema derecha más histérica, tal como vimos en el capítulo anterior, se convierte ahora en sospechoso para el propio gobierno de Truman, que es demócrata como Roosevelt, que fue su último vicepresidente y que es, además, su heredero en la Presidencia del país. Y hecho clave aquí es que todos esos reales o supuestos infiltrados acusados de comunistas han ingresado a oficinas estadales y en particular al Departamento de Estado en tiempos del *New Deal* rooseveltiano, sobre todo en los años cuarenta y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, que es también el ahora sospechoso y cuestionable período de la alianza ruso-estadounidense contra el nazismo alemán.

En marzo de 1946 el FBI le hace llegar a Truman un informe secreto sobre esa presencia, descrita como infiltración y espionaje comunistas. Hoover contaba ya con las declaraciones de dos excomunistas, Elizabeth Bentley y Whittaker Chambers, que se habían convertido desde 1945-1946 en informantes del FBI, es decir, en delatores, y que muy pronto, como veremos más adelante, pasarían de delatores corrientes a delatores fantasiosos y bien pagados por su labor de delación a menudo calumniosa. Ambos, sobre todo Elizabeth Bentley, hablaron de grupos comunistas y redes de espionaje. Ella había sido, en efecto, dirigente comunista clandestina y había tenido papel importante en esas redes. Volveré pronto a mencionarla. Whittaker Chambers era, en cambio, un delator menos importante pero su delación se centró en el caso Alger Hiss, que cobró enorme importancia en años ulteriores, en 1948, y del cual hablaré también en lo que sigue.

La información del FBI se basa en esos y otros informes. Y poco antes de las elecciones legislativas de 1946, que se anunciaban feas para los demócratas, Hoover le había informado a Truman que estaba terminando de elaborar una lista de peligrosos infiltrados comunistas en los centros de poder de Estados Unidos, incluido por supuesto el Departamento de Estado, y le había recomendado hacer detener de una vez a muchos de ellos. Pero Truman, que no dudaba en lanzar bombas atómicas, dudó por lo pronto en tomar esa decisión y prefirió esperar. Y entonces ocurrió un hecho inesperado. En octubre la Cámara de Comercio de Estados Unidos publicó y difundió a todo el país, en una edición de más de seis centenares de miles de ejemplares, un folleto en el que denunciaba que los centros y secretarías del Gobierno, y sobre todo el Departamento de Estado, estaban llenos de infiltrados comunistas, señalando también su presencia en colegios, bibliotecas y medios de comunicación. La Cámara llamaba a denunciarlos y a expulsarlos de esos cargos antes de que lograsen apoderarse del Departamento de Estado. Como era de esperarse, la histeria anticomunista cobró fuerza y era claro que toda ella era obra de Hoover, porque no hay otra explicación para entender cómo ese documento secreto que estaba en poder del presidente Truman y que este vacilaba en difundir, pudiera llegar a poder de la Cámara de Comercio, ya que la información que esta echó a rodar no tenía otra fuente que no fuera el informe secreto entregado por Hoover al Presidente. Y Truman no hizo nada ni se atrevió a tomar ninguna medida contra el poderoso Hoover, cómplice suyo, responsable de haber puesto a circular lo que era un informe *Top secret* como ese. O quizá simplemente lo supo y dejó hacer.

Lo cierto es que los republicanos ganan con claridad las elecciones legislativas de 1946 y que esa mayoría republicana del Congreso empieza a acusar a Truman de timorato y blando con el comunismo. Truman se decide entonces a pasar a la ofensiva quitándoles sus banderas a los republicanos, buscando ser más reaccionario y anticomunista que ellos. Lo logra. Y el año 1947 es decisivo para esto. El 12 de marzo Truman proclama la Doctrina Truman, que es el inicio oficial de la Guerra Fría. Y menos de dos semanas más tarde, el 21 de marzo, emite una Orden Ejecutiva, la Orden 9835, en la que se impone un juramento de lealtad a todos los empleados y candidatos a empleados de oficinas y centros políticos y administrativos del Estado, empezando por el Departamento de Estado. Aunque tenía precedentes de los que he hablado en capítulos anteriores, un juramento de fidelidad de esa magnitud y esos alcances nunca antes se había producido en Estados Unidos. Se trataba de un juramento claramente inquisitorial, cosa que se aprecia con más claridad cuando se lo ubica en su contexto, ese contexto que estoy tratando de reconstruir. Esto era franco mccarthismo y el Truman que meses antes había vetado la Ley Taft-Hartley por violar la Primera Enmienda, impone ahora una ley que excluye toda democracia y libertad de pensamiento y que no se limita, como la Taft-Hartley, al campo sindical sino que abarca a todo el personal que trabaje en oficinas administrativas y políticas del Estado y que pronto dará lugar a la lista inquisitorial, auténtica lista negra propia de un régimen de absoluta intolerancia, que emite el año siguiente el procurador general (*Attorney General*) Thomas Clark en pleno acuerdo con Truman y con Hoover.

La Orden Ejecutiva 9835, que está disponible en Internet, parte de que el Gobierno estadounidense requiere (de sus empleados y funcionarios) la confianza y la absoluta fidelidad al proceso democrático (¡!) que constituye el corazón de los Estados Unidos. Por ello debe garantizar la máxima protección contra la infiltración de personas desleales (debe entenderse que se trata de comunistas, de sospechosos de ser enemigos del «corazón» de Estados Unidos, aunque el documento no lo dice). Y luego pasa a detallar las normas que rigen la investigación que debe hacerse a los candidatos a los cargos y a los funcionarios que están ya empleados en oficinas del Gobierno. Ordena la creación de una Comisión de Derechos Civiles que debe participar de esas evaluaciones, pauta las medidas de seguridad a las que esas investigaciones deben ceñirse y define lo que serían las principales razones, las más graves, para rechazar o remover de sus cargos a posibles candidatos o a antiguos funcionarios.

De toda formas, lo más grave no es tanto la Orden Ejecutiva sino la subsiguiente lista del procurador general Thomas Clark, emitida y puesta de inmediato en vigencia en 1948 (1948 Attorney General's List), lista elaborada entre el procurador general y el director del FBI, J. Edgar Hoover, con conocimiento y autorización plena de Truman. Este, por cierto, ese mismo año de 1947 le concede los más amplios poderes al FBI de Hoover, que ahora más que antes pasa a ser una terrible policía inquisitorial con poderes para espiar y chantajear a todo el mundo; crea también la Central Intelligence Agence, CIA (Agencia Central de Inteligencia), siniestro organismo criminal y asesino bien conocido de todos; ordena la creación del Consejo Nacional de Seguridad y autoriza al procurador general Clark para elaborar su lista negra, de hecho, bajo la dirección de Hoover.

Emitida en nombre del Gobierno de Estados Unidos, la lista de Clark y Hoover describe y permite perseguir a ciento dos organizaciones estadounidenses como comunistas o como ocultos frentes comunistas. La definición es de corte policial y entre ellas se incluye no solo a las organizaciones progresistas que podían oler a izquierdismo o comunismo, o que eran comunistas, como las que hablaban de paz, de amistad con la Unión Soviética, de la España republicana, de Brigadas Internacionales, de organización de trabajadores, de mujeres, de libertades y derechos civiles, de derechos de los negros y también otras que, pese a sus nombres inocuos o neutrales, eran conocidas de la policía por sospechosas de mantener vínculos con la izquierda o directamente con los comunistas, como por ejemplo Abraham Lincoln Brigade, American Peace Crusade, Labour Council for Negro Rights, Massachusetts Comitee for the Bill of Rights, American Rusian Institute, American Youth Congress, American Youth for Democracy, Civil Rights Congress, Photo Leage, Jewish People Fraternal Order, Congress of American Revolutionary Writers, Friends of the Soviet Union, Industrial Workers of the World, Syracuse Women for Peace, Washington Bookshop Association, American Women for Peace, y varias otras similares.

Pero eso no era obstáculo para que se persiguiera también a otras a las que resultaba difícil asociar con infiltración comunista o con infidelidad a la condición de estadounidense, como era por ejemplo el caso de Alabama People's Educational Association, American Jewish Labour Council, League of American Writers, Michigan School of Social Science, Natural Friends of America, Cervantes Fraternal Society, Chopin Cultural Center, People Institute of Applied Religion, School of Jewish Studies, Council on Afri-

can Affairs, George Washington Carver School, HellenicAmerican Brotherhood, Washington Pension Union, Walt Whitman School of Social Science, Samuel Adams School, League for Common Sense, North Philadelphia Forum y muchas otras.

El caso con esta lista, que está también disponible en Internet, es que no solo violaba todos los derechos civiles, sino que abría las puertas a todo tipo de persecuciones tanto por parte del Gobierno como de empresarios y particulares. Con la lista en la mano era posible sin juicio ni pruebas acusar de desleal y sospechoso de traidor a todo estadounidense del que pudiera sospecharse que era o había sido miembro o simpatizante de cualquiera de estas organizaciones, de haber colaborado en alguna de sus diversas actividades, de haber hecho donaciones para ellas o, incluso, de tener amigos o amigas que estuviesen inscritos en ellas o que compartiesen de algún modo sus ideas. Cualquiera de esos sospechosos quedaba amenazado de ser de inmediato despedido de su trabajo, acusado de traidor y condenado al desprecio público. La ya creciente histeria empezó a alcanzar nuevos niveles, cada vez más peligrosos, con la difusión de esa siniestra lista. Y el FBI y el procurador general se encargaron de investigar, espiar, allanar hogares y apoderarse de cualquier documento personal, una carta, una foto, un recibo que en su opinión inquisitorial comprometiera a cualquiera de esos sospechosos y permitiera justificar las medidas tomadas contra ellos. Dentro de esa oleada de histeria anticomunista el gobierno de Truman resucitó la Ley Smith de 1940, de la que hablé en el capítulo anterior, para que se la aplicara contra los acusados de pertenecer al Partido Comunista. La Ley Smith, culminación de una larga secuencia de leyes anteriores contra el espionaje, estaba dirigida a descubrir y denunciar posibles espías (para 1940 se trataba de alemanes o de japoneses) que trabajaran para potencias extranjeras enemigas de los Estados Unidos y que pudieran ser enjuiciados y condenados por ello. Pero eso tenía poco sentido en 1947, porque ni Estados Unidos estaba en guerra con la Unión Soviética ni el Partido Comunista estadounidense había sido ilegalizado. La propuesta legal de Truman no prosperó, pero de todas formas contribuyó a la histeria anticomunista.

En febrero de 1948 el procurador general Clark hace encarcelar a Gerhardt Eisler, un viejo dirigente comunista alemán de visita en Estados Unidos. Violando sus derechos, Eisler es sometido uno tras otro a dos procesos, uno de ellos porque su pasaporte lo mostraba como dirigente sindical y no como líder del Partido Comunista Alemán, y el otro a cargo de la HUAC por negarse a responder ante esta. Fue

condenado en uno de los procesos a un año de prisión y en el otro a tres años. Atropellado, fue encarcelado y enviado como prisionero a Ellis Island, la isla en que se revisaba a los emigrantes llegados a Nueva York para decidir si se los aceptaba o no en Estados Unidos. Permaneció allí como prisionero por varios meses hasta que finalmente se lo expulsó del país. Antes, como jefe del FBI, Hoover declara en el comité de la Cámara del Congreso y acusa al Partido Comunista de ser una quinta columna, expresión sacada de la entonces reciente Guerra Civil española. Otro comité de la Cámara acusa a diez empleados del Departamento de Estado de ser de dudosa lealtad y el general George Marshall, que era entonces secretario de Estado, los despide a todos sin dignarse siquiera escucharlos.

Por su parte, el Congreso dominado por los republicanos, que no quiere perder la iniciativa, se ocupa de reestructurar la HUAC poniendo a su frente a varios personajes clave: designa como jefe de ella a John Parnell Thomas, veterano republicano y furibundo anticomunista que poco después será denunciado, juzgado y encarcelado por corrupción y fraude; incorpora a Robert Strippling, otro activo republicano abiertamente anticomunista, y añade también a un joven representante republicano, anticomunista visceral, llamado Richard Nixon. Tres verdaderas joyas, tres personajes fundamentales del mccarthismo, en especial Nixon, que pronto se convertirá en una suerte de mentor o mano derecha de McCarthy.

Con esto queda montado en 1947-1948 el mccarthismo con todos sus instrumentos fundamentales de poder. De modo que ese mccarthismo se desata con toda su furia tres años antes de que McCarthy aparezca y pase a primer plano, cosa que veremos luego. Por ahora se trata de examinar esta primera fase, sus arbitrariedades, sus amenazas, sus delaciones y el miedo terrible que logra sembrar entre la población. Ahora bien, después de examinar esto, y todavía nos falta ver el papel de la renovada HUAC y su brutal ofensiva contra Hollywood, cualquiera tiene derecho a preguntarse si esta histeria anticomunista iniciada en 1947 que suele llamase mccarthismo no merecería mejor el nombre de trumanismo; y si el afortunado McCarthy no habría encontrado a su favor todo el terreno bien preparado para él por Truman, Hoover y Clark a fin de llevar la histeria anticomunista a su clímax, mas no para fabricarla pues esto ya no era necesario: estaba ahí esperándolo.

1947-1948: La HUAC desata la caza de brujas en Hollywood

Como vimos en el capítulo anterior, la HUAC fue creada por el Congreso en tiempos de Roosevelt, en mayo de 1938, para perseguir actividades «antiamericanas», esto es, deslealtad o acciones subversivas, ya se tratase de obra de fascistas, de comunistas o de miembros del Ku Klux Klan. Pero esa HUAC, en los años en que estuvo presidida por Martin Dies, esto es, entre 1938 y 1945, apenas tuvo trascendencia. La crisis y la Segunda Guerra copaban el interés de la opinión pública. La HUAC de Dies no hizo gran cosa: mostró indiferencia y hasta complicidad con las actividades del Ku Klux Klan y de otras organizaciones del mismo corte, que por lo demás habían perdido cierto peso; mostró poca preocupación por lo tocante al ascenso del nazi-fascismo, cuya influencia, en cambio, estaba aumentando a diario; y centró su interés exclusivo en perseguir toda sospecha de comunismo. Pero pese al pacto nazi-soviético, no resultó ser el mejor momento y ni siquiera eso logró darle suficiente proyección. Aunque no es menos cierto que inició en 1940 las investigaciones sobre la magnitud de la presencia e influencia comunista en Hollywood, como ya vimos antes.

Desde el principio, esta nueva HUAC, creada ya en ese contexto de creciente histeria mccarthista, fue otra cosa; y como tal dedicó todo su esfuerzo a incrementar esa histeria mediante una auténtica cacería de brujas. La HUAC tenía claro que los medios, en especial el cine, que cada vez tenían más influencia sobre la población, había desempeñado desde 1941 un papel esencial en fomentar y popularizar la alianza y amistad ruso-estadounidense. Era *vox populi* que en Hollywood tenían mucha influencia las ideas de izquierda, asociadas por los estadounidenses siempre con comunismo; que había muchos comunistas o *fellow travelers* de los comunistas en los estudios californianos y que tanto trabajadores y líderes sindicales como actores, actrices, directores y, sobre todo guionistas, jugaban un papel esencial en todo ello. E incluso ocurría que casi todos los dueños de las grandes empresas cinematográficas hollywoodenses eran judíos, lo que también podía hacerlos sospechosos. En fin, que en esa primera mitad de los años cuarenta se habían producido en Hollywood, con apoyo del gobierno de Roosevelt, documentales y películas favorables a la Unión Soviética, como *Mission to Moscow*, *Song of Russia* y *The North Star*. Y lo más grave para los anticomunistas de la HUAC era que esas películas y documentales no solo exaltaban la ya superada amistad ruso-norteamericana sino

que mostraban una imagen favorable y embellecedora de la realidad soviética, olvidando que aunque había sido aliada de Estados Unidos en la etapa final de la lucha antifascista, Rusia no era una democracia ni un país libre «como Estados Unidos»» sino una feroz dictadura comunista. Y olvidando además que esa misma Rusia era ahora el enemigo principal, el enemigo ideológico que Estados Unidos había decidido enfrentar y destruir.

Para la nueva HUAC, continuadora en esto de lo que había iniciado en 1940 su predecesora, había que actuar de inmediato y con la mayor energía, revisando la situación de Hollywood y tomando las medidas radicales indispensables para revertir allí las cosas. Sin olvidar que para la derecha estadounidense, como pasa por lo general con todas las derechas, cualquier crítica social de izquierda es para ella sinónimo de comunismo, o simplemente comunismo. Y Hollywood seguía haciendo películas de crítica social. De modo que en los histéricos Estados Unidos de 1947-1948, embarcados en la Guerra Fría y llenos de odio antirruso, defender la paz y condenar la guerra, apoyar la igualdad de negros y blancos y luchar por los derechos sindicales de los trabajadores no podían ser vistos como otra cosa que no fuera expresiones de ideas comunistas y de abierto o solapado comunismo. Y es a enfrentar esto que se dedicó sin perder un solo instante la nueva HUAC: a erradicar sin vacilar toda manifestación sospechosa de comunismo y de izquierdismo, así fuese liberal en esa vieja Babilonia que era Hollywood.

En mayo de 1947 John Parnell Thomas, presidente de la HUAC, acompañado por John McDowell, otro miembro de esta, viaja a Hollywood a comenzar la investigación que la HUAC ha decidido realizar. Se reúne con altos ejecutivos de la industria cinematográfica, les comunica las informaciones de que dispone acerca de la penetración comunista en Hollywood y les dice tener la convicción de que la Screen Writers Guild (Sindicato de Guionistas de Cine) está infiltrada desde hace años por los comunistas y que estos inciden en forma peligrosa con sus guiones, todos llenos de ideas comunistas, sobre la producción hollywoodense. Aun conscientes de que ninguna película salía de Hollywood sin su autorización o la autorización expresa del Gobierno, dados la censura y los controles existentes en la industria, los altos jefes ejecutivos aceptan la argumentación de Thomas y muestran su pleno acuerdo en que se adelante la investigación que él y McDowell tienen ya decidida, pues ambos miembros de la HUAC cuentan con informaciones brindadas por Hoower, quien por cierto les ha dicho que entre los actores que

difunden ideas comunistas se encuentran Charles Chaplin, Frederic March, Edward G. Robinson, John Garfield y Frank Sinatra. Y el 7 de ese mismo mes, instalados en el Biltmore Hotel de Los Ángeles, ambos inquisidores comienzan a realizar una serie de sesiones secretas de la HUAC con actores y escenaristas dispuestos a suministrarles informaciones concretas sobre lo que ellos califican de infiltración comunista; o mejor aún, que están encantados de hacerlo. A las reuniones asisten los actores Adolphe Menjou y Robert Taylor, el realizador Leo McCarey, los guionistas Howard Rogers, James McGuinness, Rupert Hughes y la madre de la actriz Ginger Rogers, todos reconocidos por su anticomunismo. Las delaciones espontáneas se desatan y todos ellos, inquisidores y delatores, se quejan de que Hollywood siga todavía haciendo películas críticas llenas de contenido social como *The Grapes of Wrath*, *Snake Pit*, *Gentleman's Agreement*, *Brute Force* y *The Lost Week-end*, y no haya empezado a producir películas anticomunistas. Y Menjou denuncia ante Thomas y McDowell que Hollywood es uno de los principales centros de actividad comunista de Estados Unidos.

No obstante, salvo chismes y explosiones de anticomunismo, no es mucho lo concreto que Thomas saca de la reunión. Y es en los meses siguientes, de vuelta a Washington, que obtiene esas informaciones precisas, que se las da el propio Hoover sobre comunistas que trabajan en Hollywood. Así elaboran entre ambos una lista de diecinueve personas que según ellos son indiscutibles miembros del Partido Comunista. Esa lista, conocida como de los «Diecinueve de Hollywoo», la forman los guionistas Alvah Bessie, Herbert Biberman, Lester Cole, Richard Collins, Gordon Kahn, Howard Koch, Ring Lardner, Albert Maltz, John Howard Lawson, Samuel Ornitz, Waldo Salt y Adrian Scott; los realizadores Edward Dmytryk, Robert Rossen, Irving Pichel, Lewis Milestone y Dalton Trumbo, quien también era guionista, el actor Larry Parks y el dramaturgo Bertolt Brecht.

Unos meses más tarde, en octubre de ese mismo año 1947, la HUAC llama a declarar a un primer grupo de altos ejecutivos y dueños de empresas cinematográficas, importantes directores y guionistas y reconocidos actores, entre los cuales, al lado de los llamados «testigos amistosos», es decir, de los serviles y anticomunistas declarados, se encontraban diez (en realidad once) de los «Diecinueve de Hollywood», todos sospechosos de ser miembros del Partido Comunista y, por supuesto, candidatos a recibir condenas que por las condiciones de la audiencia misma les resultaría muy difícil eludir. Esas

primeras audiencias tuvieron lugar en Washington, en la sede de la Cámara de Representantes del Congreso, entre los días 20 y 30 de octubre de 1947 y entre los convocados, todos ellos «testigos amistosos», estuvieron Jack Warner, Walt Disney, Louis Mayer, Eric Johnston, Ayn Rand, Adolphe Menjou, Robert Taylor, Ronald Reagan, Gary Cooper, Leo McCarey; y por supuesto, también estuvieron los «testigos inamistosos» que se hicieron famosos como los «Diez de Hollywood»: John Howard Lawson, Dalton Trumbo, Albert Maltz, Alvah Bessie, Herbert Biberman, Edward Dmytryk, Samuel Ornitz, Adrian Scott, Lester Cole y Ring Lardner, grupo al que fue añadido como último declarante el famoso dramaturgo Bertolt Brecht.

Casi todos los «Diez de Hollywood» eran o habían sido comunistas, pero varios de ellos no lo eran, aunque sí habían sido simpatizantes o amigos del Partido. Empero, sabiendo que esas sutiles distinciones no las harían los inquisidores de la HUAC, los «Diez» habían decidido utilizar un mismo mecanismo de defensa, comprometiéndose todos a leer una declaración y a acogerse a la Primera Enmienda de la Constitución, la que garantiza la libertad de palabra o de imprenta. Y no se acogieron a la Quinta, que es mucho más clara y radical al pautar que ninguna persona puede ser forzada a declarar contra sí misma en un juicio criminal, porque pensaron con toda razón que hacerlo haría que en respuesta la HUAC los condenase por desacato o por agravio al Congreso. En los meses anteriores a las audiencias hicieron campaña al respecto y encontraron apoyo en un comité de actores que se formó expresamente para ello: el Committee for the First Amendment (Comité de la Primera Enmienda), cuyos más conocidos miembros fueron los realizadores John Huston y William Wyler y los actores Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Frank Sinatra y Groucho Marx. Pero, aunque se mantuvieron firmes a su promesa, eso de nada les sirvió. Y vale la pena examinar por su importancia, así sea en forma somera, el desarrollo de esas primeras audiencias.

Lo primero que hacen los inquisidores, esto es, Thomas y el equipo de la HUAC que forma con él la comisión interrogadora, es hacer declarar ante la audiencia al personal de investigadores con el que cuentan, formado por varios agentes del FBI, entre los cuales el más importante es uno llamado Louis J. Russell. Este declara formar parte del personal del FBI desde 1937, habiendo ejercido diversas funciones en diferentes estados del país y en particular haber tenido a su cargo en agosto de 1945 una investigación criminal de tres semanas en Hollywood dirigida por la HUAC a fin de detectar y evaluar la influencia comunista en la industria

cinematográfica. También declara haber estado otra vez en Hollywood en mayo de 1947, enviado de nuevo por la HUAC (cuando Thomas y McDowell estuvieron igualmente en Hollywood), haciendo una nueva investigación sobre esa influencia comunista en el cine hollywoodense. Queda claro de todo ello que Russell es el principal y el más y mejor informado de los investigadores de la HUAC, y que va a encargarse a todo lo largo de las sesiones de mostrar, con las irrefutables pruebas documentales de que dispone, que los acusados, concretamente los «Diez de Hollywood», son todos ellos comunistas. Una vez juramentados los esbirros, se da inicio a la primera de las nueve sesiones.

Los altos ejecutivos y dueños de empresas dijeron todos, en general, lo que se esperaba de ellos. Defendieron la industria, reconocieron que había o podía haber influencia comunista en ella y estuvieron plenamente de acuerdo con el Comité en que Hollywood debía excluir esa influencia y empezar a hacer películas anticomunistas. La diferencia entre ellos fue de matices: unos fueron más ligeros y evasivos y otros, los más anticomunistas, fueron más agresivos, mostrándose más serviles con la comisión. Entre los realizadores y actores «amistosos» hubo también diferencias. El entonces actor Ronald Reagan, pese a su declarado anticomunismo, que no dejó de ratificar ante la comisión, debió mostrarse algo moderado dada su condición de presidente del Sindicato de Actores. Y aunque ganas no le faltaban, no llegó a dar ningún nombre. Gary Cooper se mostró entre moderado e indeciso. Condenó el comunismo y cuando Strippling, el fiscal de la comisión, mostró y leyó artículos y hojas volantes comunistas en las que se lo presentaba a él como comunista, Cooper mostró su indignación pero sin mucha fuerza. Se las arregló para condicionar todas sus respuestas aceptando de entrada que las propuestas del Comité le gustaban pero poniendo luego en duda sus probables resultados. Ejemplo de esto fue que cuando se le preguntó si le parecía bien que se ilegalizara al Partido Comunista o que Hollywood hiciera películas anticomunistas dijo de inmediato que sí, pero en ambos casos se mostró dudoso de que eso fuese efectivo o diese los resultados esperados. En fin, se mostró timorato y apoyó al Comité, pero dudando luego de las propuestas que apoyaba. No dijo, pues, gran cosa y salió bien parado del interrogatorio. En cambio el realizador Leo McCarey, bien conocido por su anticomunismo, se desató como un energúmeno condenando toda influencia comunista, mostrándose de acuerdo con el Comité y exigiendo exclusión de comunistas y producción de películas antisoviéticas.

Un comentario especial merece la entrevista hecha a la escritora Ayn Rand junto con la subsiguiente declaración del actor Robert Taylor; las agresiones y atropellos continuados del presidente Thomas y el fiscal Strippling contra los más firmes de los «Diez de Hollywood», en especial contra los guionistas Lawson, Trumbo y Biberman; la declaración del realizador Dmytryk; y la del dramaturgo Bertolt Brecht.

En realidad, Ayn Rand no fue convocada para interrogarla sino para que diera una conferencia contra el comunismo y contra la Unión Soviética. Los miembros de la comisión le hicieron, sí, preguntas pero ella pudo explayarse hablando del tema con toda libertad y sin ningún límite de tiempo. Ayn Rand era entonces una famosa y reconocida novelista, autora además de obras de filosofía. Había nacido en San Petersburgo (Petrogrado) en 1905, de modo que era rusa de nacimiento, y procedía de una familia judía de clase media acomodada. Aunque los negocios de su padre se vieron muy afectados por la Revolución rusa de 1917 y su familia se empobreció, ella vivió con toda libertad, estudió en la universidad y se graduó sin problemas. Pero su individualismo feroz y su odio contra una revolución socialista, colectivista y proletaria como la rusa, la hizo solicitar del Estado soviético en 1926 un pasaporte «para visitar familiares suyos en Estados Unidos», donde permaneció el resto de su vida, se naturalizó estadounidense y alcanzó éxito, riqueza y fama por sus novelas y sus obras filosóficas, unas y otras defensoras del individualismo más extremo. Mencionar esto es necesario porque Ayn Rand tenía en 1947 más de dos décadas fuera de una Unión Soviética en la que en ese período de tiempo habían ocurrido enormes cambios. De modo que su experiencia de Rusia era vaga y lejana, la de una chica corriente que no estuvo implicada en otra cosa que no fueran sus estudios y su apremiante deseo de alejarse de Rusia para siempre. Y que lo había logrado hacía más de veinte años. Su Rusia era la de la guerra civil y el inicio de la NEP. Lo que podía saber de Rusia, de la Rusia más actual, lo había sacado de lecturas de estudiosos, también de derecha, por supuesto, pero que al menos conocían la realidad soviética mucho mejor que ella. Claro que al Comité eso no le importaba. Le interesaba su testimonio anticomunista solo por el peso de sus opiniones, aunado al hecho de que ella también había sido guionista ocasional en Hollywood.

No obstante esto, su exposición sobre Rusia, aparte de prejuicios y proyecciones falsas, resultó por momentos coherente porque a petición del Comité ella se dedicó sobre todo a analizar y demo-

ler la película *Song of Russia*, en la que denunciaba propaganda comunista, como al principio del *film*, cuando el protagonista de este, que era Robert Taylor en el papel de un director de orquesta estadounidense de visita en la Unión Soviética, dirige el Himno de Estados Unidos y este se va disolviendo para convertirse en el Himno de la Unión Soviética, algo que le parecía intolerable. Pero aprovechó para descargar sus prejuicios anticomunistas al decir que había cosas irreales como mostrar escenas de bailes, restaurantes en los que abundaba la comida y, sobre todo, que se mostrara a los rusos con blusas limpias y que no se vieran niños harapientos en las calles como los había visto ella al comienzo de los años veinte. Todo esto que ella añadía era también propaganda, en este caso anticomunista, pero era esa justamente la propaganda a la que ella no daba ese nombre pues era la que le gustaba. En lo que sí tenía cierta razón era en criticar que en algunos casos la realidad de esa Rusia comunista entonces amiga de Estados Unidos había sido embellecida bucólicamente y hasta falsificada, como ocurría al presentar a un campesino de una cooperativa mostrando un tractor como si fuera su propiedad personal y no propiedad de la cooperativa; al presentar como si fuera una fiesta hollywoodense una boda que debió ser sobria; y al hacer que en la Rusia comunista, enfrentada a la Iglesia, esa boda, que tenía que haber sido laica, estuviese en cambio en la película oficiada por un sacerdote ortodoxo.

Donde el anticomunismo de Ayn Rand la llevó a decir disparates fue cuando se enfureció porque en la película se veía a un campesino ruso mostrándole unas calabazas grandes producto de su cooperativa al músico norteamericano, Robert Taylor, protagonista del film, y a este celebrándolas como espléndidas. Y el *summum* del disparate lo logró al criticar con indignación todavía más grande que en la fiesta de boda aparecieran todos los rusos alegres, felices y sonriendo porque en su criterio eso era absurdo, puesto que como Rusia era una dictadura, los rusos ya no reían. Al llegar a tal punto, John McDowell, otro miembro del Comité, se sintió obligado a preguntarle:

McDowell: Usted muestra una pintura muy lúgubre de Rusia. Insiste mucho en el número de niños que son infelices. ¿Ya no ríe nadie en Rusia?

Ayn Rand: Bien, si me pregunta literalmente, pues no mucho.

McDowell: ¿No sonríen ellos?

AYN RAND: No en esa forma, de esa manera no. Si lo hacen es en privado y accidentalmente. Ciertamente no en forma social. Ellos no sonríen en aprobación de su sistema.

MCDOWELL: Bien, todo lo que hacen es hablar de comida.

AYN RAND: Así es.

Hubo algún otro comentario final, pero con este diálogo surrealista digno del de los dos locos de *Chespirito*, se cerró la larga y sesgada exposición anticomunista de Ayn Rand[1].

Aunque tuvo lugar dos días después, el 22 de octubre, el testimonio del actor Robert Taylor está estrechamente ligado al de Ayn Rand tanto por sus referencias al film *Song of Russia,* en el que Taylor fue protagonista, como por el anticomunismo que ambas declaraciones destilan. Solo que a diferencia de la de Ayn Rand, que expresó su anticomunismo con toda libertad, en la declaración de Taylor domina el más abyecto servilismo; y aunque no es fácil distinguir lo que en ella hay de convicciones anticomunistas que el actor profesa y manifiesta y lo que hay de servilismo ante el Comité, al que adapta cada una de sus opiniones, es esto último lo que domina claramente.

Taylor proclama su anticomunismo y da pruebas del mismo. Cuando el fiscal Strippling le pregunta por la influencia comunista entre los actores, delata a Howard Da Silva y a Karen Morley, y cuando se le pregunta por la presencia de comunistas entre los guionistas de Hollywood delata a Lester Cole. En cuanto a *Song of Russia,* dice que detectó propaganda comunista en el *film*, que se opuso con fuerza a él y hasta logró que se modificaran cosas. Afirma que es una película que no debió hacerse, pero como es claro que se hizo y él fue el protagonista, dice que pudo en su momento constatar que el Gobierno estaba interesado en que se hiciera y que por tanto, dada esa situación, es que participó en él como protagonista.

Cuando Strippling le pregunta si participaría en una película en la que hubiera actores comunistas o sospechosos de serlo, responde no solo que no lo haría sino que habría que elegir entre él y el otro, porque le parece que la vida es demasiado corta para malgastarla rodeado de gentes que le molestan tanto como esos comunistas y esos *fellow travellers* suyos. Pero se mueve como una veleta ante el viento que sopla desde el Comité, porque al principio, para complacer a Strippling ha dicho que el cine es para entretener y no para hacer propaganda y que eso es lo que debe hacer Hollywood, películas de entretenimiento. Pero como más adelante Thomas, el presidente

del Comité, le pregunta si cree que Hollywood debe hacer películas anticomunistas que denuncien el comunismo, no duda en decir que sí, que es eso lo que el cine debe hacer, aunque trata de matizar su contradicción añadiendo que está seguro de que la industria lo hará cuando llegue el momento, que debería ser pronto.

Y al final, ante una pregunta de Richard Nixon acerca de si él siente que se justifica lo que ha declarado y si volvería a hacer lo que ha hecho, Taylor se gana un estruendoso aplauso de los domesticados asistentes al responder que él cree con todas sus fuerzas en el pueblo «americano» y en lo que el pueblo «americano» cree, y que eso que cree el pueblo «americano» se corresponde con lo que debe creer cualquiera que prefiera a América y a la forma «americana» de gobierno por encima de cualesquiera ideologías subversivas que pudieran presentarse y por las cuales él pudiese ser criticado. Y Garry Wills, que analiza y comenta esto, dice con razón en forma sarcástica que «Esta respuesta obtuvo y mereció un aplauso estrepitoso; [pues] cualquiera que pueda incluir el término [norte]americano cuatro veces en una sola frase merece nuestra admiración».

Lo más interesante de todo este ciclo de audiencias son las declaraciones de los «Diez de Hollywood» y de Bertolt Brecht, convocados a declarar entre el 27 y el 30 de octubre de 1947. De ellas comentaré las de John Howard Lawson, Dalton Trumbo, Albert Maltz, Alvah Bessie, Herbert Biberman, Edward Dmytryk, Adrian Scott, Ring Lardner, Lester Cole y Bertolt Brecht.

JOHN HOWARD LAWSON es el primero de los «Diez de Hollywood» en ser interrogado y aunque comete el error de dejarse envolver al principio por Thomas y por Strippling, logra recuperarse en lo que sigue y marcar así la pauta para las siguientes audiencias de los otros nueve con sus ulteriores respuestas y su, a fin de cuentas, valiente intervención. De entrada, Lawson le informa a Thomas que ha traído una declaración y quiere leerla, pero este le dice que no es pertinente y no será leída. Ordena identificar al testigo. Strippling se encarga de hacerlo y le pregunta a Lawson si es miembro del Sindicato de Guionistas. Lawson comete el error de responder, lo que le da pie a Strippling para empezar a exigir detalles que conducen a preguntarle luego si es o ha sido miembro del Partido Comunista. Lawson, que se ha dado cuenta del error que cometió al responder la primera pregunta, sabe que no puede responder esta otra, pero tampoco negarse a hacerlo. Responde que la pregunta rebasa las atribuciones del Comité, violando además sus derechos y empieza

a explicar cuáles son esos derechos. Esto produce un reiterado forcejeo y un agresivo cruce de palabras entre él, Strippling y Thomas, porque estos lo acusan de no responder la pregunta mientras él insiste en que la está respondiendo a su manera. En ese enfrentamiento él, Strippling y Thomas hablan y gritan al mismo tiempo, se interrumpen uno a otro y se oye sin parar la campanilla en manos de Thomas tratando en vano de imponer silencio y orden. Lawson llega a acusar al Comité de estar utilizando la vieja técnica usada en la Alemania de Hitler, creando un espantajo como la falsa atmósfera en que es conducida esa audiencia y someter cine, prensa y todo medio de comunicación violando la Carta de Derechos, aprobada para evitar justamente operaciones como la que ese Comité viene llevando a cabo para invadir los derechos básicos de los americanos. Stripplig le reclama a Thomas que el testigo no está respondiendo la pregunta, mientras Lawson sigue con su discurso y Thomas con sus campanillazos. Thomas ordena a Lawson abandonar la sala y como este sigue hablando, hace que los oficiales de seguridad lo saquen.

Strippling informa entonces a Thomas que el Comité ha venido haciendo una investigación sobre Lawson y hay varios testigos listos para declarar y demostrar que este es miembro del Partido Comunista. Autorizado por Thomas, Strippling llama al estrado a Louis J. Russell, el principal investigador del Comité, el cual se encarga con todo tipo de pruebas, como artículos de prensa, páginas del *Daily Worker*, el diario de los comunistas, y con otros testimonios orales, de demostrar que Lawson es miembro del Partido Comunista.

Con DALTON TRUMBO se produce una situación similar a la del interrogatorio a Lawson y con el mismo resultado, aunque en forma menos explosiva. Trumbo dice tener una declaración que desea leer. Thomas pide verla para decidir si es pertinente o no; y solo con verla la rechaza. Protesta Trumbo y pide a Thomas explicar qué hay en su declaración que el Comité teme leer ante el pueblo americano. Thomas no le responde y ordena a Strippling empezar a interrogarlo. A las preguntas de Strippling, Trumbo responde hasta que Strippling le pregunta si es miembro del Sindicato de Guionistas Cinematográficos. Hace en esto lo mismo que Lawton y empieza a defender sus derechos. Strippling le dice que su pregunta debe ser respondida con «sí» o «no» y no con un discurso. Él responde que solo un débil mental o un esclavo podría responder así esa pregunta y que él lo hará con sus propias palabras. La situación se tranca por completo, hasta el punto de que Thomas exige retirar al testigo.

Pero Strippling, viendo que aún no se ha preguntado a Trumbo si es comunista, pide autorización a Thomas para hacerle a este antes de que se retire, una última pregunta; y es esa. Pregunta que Trumbo ni siquiera intenta responder y se retira.

A continuación, Strippling invita al estrado a Russell, que viene una vez más a poner las cosas en claro con los resultados de su investigación demostrativa de que Trumbo es miembro del Partido Comunista. Nada nuevo bajo el sol.

A ALBERT MALTZ, al menos Thomas le permite leer completa su extensa y excelente declaración, en la que muestra su condición de estadounidense, su compromiso con los amenazados valores de libertad de Estados Unidos; muestra los premios oficiales recibidos por su abundante obra literaria y cinematográfica y defiende haber apoyado el *New Deal* al que Thomas, entonces congresista, acusaba de estar en las manos del Partido Comunista mientras secundaba al mismo tiempo los linchamientos. Al Comité que lo convoca como acusado, Maltz lo cuestiona por violar las libertades y derechos ciudadanos consagrados en la Constitución y en sus enmiendas. Y le niega todo derecho a hacer lo que está haciendo, es decir, promover en Estados Unidos actividades como las que llevaron a cabo en la Alemania nazi Goebbels y Himmler. El pueblo americano debe escoger, dice, entre la Declaración de Derechos y el comité que preside Thomas. No puede aceptar los dos. Uno de ellos debe ser abolido en el futuro inmediato.

Terminada su declaración, Strippling le pregunta si pertenece al Sindicato de Guionistas y Maltz le responde que la próxima pregunta va a ser a cuál grupo religioso pertenece. No acepta esa pregunta porque viola su libertad, los derechos que le otorga la Constitución, y porque es seguro que después de preguntarle cuál es su religión se le preguntará si pertenece al Partido Comunista. Eso es lo que ocurre. Strippling lo acusa de no responder la pregunta. Maltz le dice que la ha respondido y le niega a Strippling y a Thomas todo derecho a preguntarle a cuáles organizaciones pertenece. Eso es lo que hace Strippling al preguntarle si es miembro del Partido Comunista. Maltz repite su respuesta y Strippling su pregunta. Sabiendo que no habrá respuesta y no va a llegarse a nada, Thomas ordena retirar al declarante. Maltz se retira y Thomas llama a sus testigos para mostrar que Maltz es comunista. Primero a un tal Robert W. Kenny y luego a Louis J. Russell. Y ambos cumplen su tarea.

Con ALVAH BESSIE pasa lo mismo, le dejan solo leer unos cortos párrafos iniciales y finales de su declaración. A continuación, Bessie no acepta la pregunta que le hace Strippling, que si pertenece o no al Sindicato de Guionistas, porque esa pregunta viola su libertad y sus derechos y porque sabe bien que ella es el preámbulo para formularle, una vez que la haya respondido, la pregunta que sigue, la envenenada: que si es o no miembro del Partido Comunista. De modo que termina la audiencia sin respuesta y Bessie es invitado a abandonar la sala.

La audiencia de HERBERT BIBERMAN es, en cambio, conflictiva como las de Lawson y Trumbo porque al igual que ellos Biberman no se deja apabullar y se defiende con fuerza atacando al propio Comité. Después de identificarse, Biberman dice traer una declaración para ser leída. Al verla, Thomas la rechaza diciendo que es difamatoria. Biberman lo niega y añade que el rechazo a leerla por Thomas es un acto vergonzoso y cobarde de su parte. Strippling le pregunta si es miembro del Sindicato de Guionistas y Biberman le dice que responderá si se le deja exponer sin interrupción sus razones. Apenas empieza a hacerlo, Thomas lo corta diciéndole que no está respondiendo. Biberman lo interrumpe a su vez para seguir hablando y así se inicia un diálogo de sordos en medio de gritos de todos por hacerse oír, de frases que se cortan o que no se escuchan, y de campanillazos sucesivos por parte de Thomas. Mientras este sigue repitiendo lo mismo y Biberman continúa su discurso reiterando que esa pregunta niega sus derechos constitucionales, derechos que él está defendiendo, Strippling logra hacerle en un momento la pregunta que viene a continuación de la anterior, esto es, si es o no miembro del Partido Comunista.

Biberman oye a Strippling pero lo ignora y sigue leyendo su declaración. Este, que está pidiéndole a voces a Thomas que controle al testigo, logra al fin hacerse atender de Biberman, quien le repite otra vez que él está respondiendo a su pregunta. Al fin, Thomas exige a Biberman responder la pregunta de si es o no miembro del Partido Comunista diciéndole que es sencillo, solo decir «sí» o «no». Y como Biberman dice que no puede dar ninguna respuesta que satisfaga al Comité, Thomas le ordena retirarse y hace llamar a Louis J. Russell, comisionado para hacer también una investigación sobre Biberman a fin de demostrar que este es comunista. La declaración de Russell es complementada por otros testigos similares, sobre todo por un tal Emmet G. Lavery, escritor y guionista de cine, miembro y directivo

del Sindicato de Guionistas. Se citan y leen varios documentos y páginas de diarios como el *Daily Worker* y el resultado es el esperado: mostrar que Biberman es comunista.

El testimonio de EDWARD DMYTRYK fue corto y contundente. Cuando se identificaba como director de cine se le pregunta por sus películas y aprovecha para responder que los títulos de esas películas están incluidos en la declaración que trae y quiere leer. Thomas decide que no será leída y Dmytryk acepta. Strippling le pregunta si es miembro del Sindicato de Directores de Cine. Y cuando intenta hablar, Thomas le da un minuto para hacerlo. Como Dmytryk dice que a otros se les ha dado más tiempo, Strippling le ofrece cinco minutos. Y Thomas le dice que solo se trata de responder «sí» o «no». Dmytryk replica que no toda pregunta puede responderse de ese modo y que él quiere responderla «a su manera», pero Strippling lo corta para preguntarle de una vez por todas lo único que le interesa al Comité: que diga si es o no miembro del Partido Comunista. Dmytryk responde que la pregunta afecta derechos constitucionales. Como él es estadounidense naturalizado, Thomas lo corta para preguntarle en forma grosera cuándo estudió él la Constitución y qué aprendió acerca de ella. Dmytryk aprovecha para eludir la pregunta de Strippling y responderle a Thomas que estudió la Constitución en la universidad. McDowell interviene exigiéndole que responda a Strippling y este le reitera su pregunta: si es o ha sido miembro del Partido Comunista. Dmytryk insiste en responderle a Thomas y este le prohíbe que lo haga porque él retira su pregunta. Reitera entonces a Strippling que en esa pregunta están implicados derechos constitucionales, que la Constitución no permite hacer preguntas como esa y que él piensa que ni las organizaciones a las que él pertenezca, ni lo que piense o diga son asuntos sobre los que ese Comité pueda interrogarlo. Strippling lo acusa entonces de negarse a responder la pregunta y Dmytryk repite que la está respondiendo a su manera. Para terminar esta secuencia de repeticiones sin salida, Strippling se dirige al presidente diciéndole que el testigo, igual que los otros, se niega a responder y Thomas le ordena a Dmytryk abandonar la sala.

Pero igual que hiciera antes, el Comité sigue adelante y con la autorización del presidente, Strippling llama otra vez a declarar a Louis J. Russell, su delator estrella, que se encarga ahora de mostrar ante todos con la lectura de otros documentos que la investigación que ha hecho acerca de Edward Dmytryk revela sin duda que este, reclutado por Herbert Biberman, entró en 1944 en el Partido Comunista y continuaba en él en 1945.

Lo mismo sucede con el productor ADRIAN SCOTT, que elude responder con sí o no la pregunta sobre su pertenencia al Sindicato de Guionistas de Cine y con mayor razón la pregunta de si es o no miembro del Partido Comunista. Y el final de la encuesta es similar: Scott es acusado de no responder las preguntas y el super delator, Louis J. Russell, es llamado de nuevo a rematar la faena.

Igual ocurre en los casos de RING LARDNER y LESTER COLE. A Lardner no le dejan leer su declaración, le dicen que podrá hacerlo después de declarar. Elude, como los otros, responder si es miembro del Sindicato de Guionistas y si es miembro del Partido Comunista. Argumenta varias veces contra la pregunta y, al final, Thomas lo hace sacar por la fuerza de la sala para llamar a continuación a Russell. A Cole ni siquiera le dejan decir que trae una declaración. Le preguntan si es miembro del Sindicato de Guionistas y como pide entonces para responderla leer su declaración, Thomas y Strippling se lo niegan. A continuación se produce una discusión interminable entre Cole y Thomas hasta que este le ordena retirarse de la sala para que Russell acuda a cerrar con broche de oro su estelar *performance* de delaciones.

El testimonio de BERTOLT BRECHT fue peculiar. Estuvo incluido entre los «Diecinueve de Hollywood» como sospechoso de ser comunista, pero no entre los «Diez». A diferencia de estos últimos, que habían decidido apoyarse en la Primera Enmienda, exigir al Comité la lectura de las declaraciones que llevaban preparadas y no responder ninguna pregunta que pudiera incriminarlos, pero tratando de no caer en desacato, Brecht decidió declarar por su cuenta; no llevó ninguna declaración que cuestionara al Comité (llevó, sí, una pero que era solo autobiográfica y que Thomas, aunque la consideró interesante, no le dejó leerla); no se acogió a ninguna Enmienda; y respondió todas las preguntas que se le hicieron, incluida la relativa a si era o no miembro del Partido Comunista. Fue criticado por eso, por haber roto la línea común asumida por los «Diez», pero a diferencia de estos, que eran todos estadounidenses, él era alemán y quería volver a su país. En realidad, en su audiencia ante el Comité, Brecht se comportó a la altura, no implicó a nadie, evitó responder preguntas apoyándose en su falta de memoria y en su escaso conocimiento del inglés, y a partir de esto último logró con mucha habilidad hasta poner en ridículo en varios momentos al propio Comité. Brecht, por supuesto, no era estadounidense pues nunca se nacionalizó, había lle-

gado a Estados Unidos en 1941 después de recorrer media Europa huyendo del nazismo alemán desde 1933; estaba harto del creciente mccarthismo norteamericano y quería irse del país, lo que hizo al concluir su audiencia en el Congreso, abandonando ese mismo día el territorio estadounidense para no volver más nunca a él.

En la audiencia, Brecht contaba con la ventaja de que pese a ser marxista y tener vínculos estrechos con el pensamiento revolucionario alemán y europeo y con el Partido Comunista, era un hombre independiente, no era militante del Partido ni se había inscrito nunca en él. Eso le permitió responder la pregunta envenenada, pues no había forma de acusarlo de falso testimonio, ya que eso era verdad y no podía haber pruebas en contrario. Dijo, eso sí, que aunque sus colegas habían considerado esa pregunta como impropia, él, que no era estadounidense sino extranjero y huésped del país, no iba a entrar en argumentos legales y estaba dispuesto a responderla. Y dijo al respecto: «No soy ni he sido miembro de ningún Partido Comunista». A partir de allí respondió con cuidado y agudeza todo lo que se le preguntó. De los comunistas alemanes que le fueron señalados por ensayos suyos que habían sido publicados en sus libros o revistas, dijo que eran colaboraciones literarias y que, no siendo comunista, él no podía saber si ellos lo eran. Mostró muchos olvidos, reales o supuestos, pero en preguntas que ya no eran decisivas. Dijo, por supuesto, conocer a Gerhart Eisler, el militante y a Hanns Eisler el músico, pues había trabajado con este y, por lo demás, el gobierno sabía que ambos eran comunistas. Exigió un traductor para algunos textos suyos comprometedores (poemas o fragmentos de sus obras teatrales) y cuando se le leyeron dos de ellos en inglés dijo en un caso que se lo estaba interpretando mal y en otro que no lo reconocía como suyo en esa versión porque él lo había escrito en alemán y estaba mal traducido al inglés.

En fin, que salió bien de la prueba sin comprometer a nadie y que cuando después de su audiencia Strippling hizo comparecer a Russell, este se dedicó a hablar con datos de la influencia comunista en Hollywood, y mencionó las actividades de varios de los comunistas sobre los cuales se había interrogado antes a Brecht, pero este no fue mencionado para nada[2].

Valdría la pena, para terminar con esta primera explosión de mccarthismo, precisar algunas cosas. Lo primero es que mucha gente al leer esto podría preguntarse por qué los miembros de los «Diez de Hollywood» no podían responder la pregunta de si eran o no comunistas y ni siquiera la de si pertenecían a algún sindicato, cuando

la verdad es que en Hollywood y hasta en buena parte de Estados Unidos todo el mundo sabía, tanto que eran miembros de sus sindicatos como que eran comunistas o casi comunistas. Y también por lo principal: porque lo sabían los miembros del Comité de la HUAC que los interrogaba. En efecto, esto parece algo por completo surrealista, pero en realidad era mucho más que eso porque se trataba simplemente de una trampa sin salida. No había manera de escapar de ella. No podían negar que eran comunistas justamente porque había claras pruebas públicas de que lo eran, y el Comité y el FBI las tenían: documentos, recortes de prensa, fotos, datos de soplones y hasta carnets del Partido. El resultado de negar que eran comunistas habría sido que se los acusase de falso testimonio ante un comité del Congreso de Estados Unidos, grave delito federal, por el que serían condenados a años de cárcel firme.

Pero tampoco podían reconocer que eran comunistas, como todo el mundo sospechaba o sabía, porque entonces habría sido peor. Admitir ante el Comité que eran miembros del Partido Comunista le abría la puerta a la HUAC para preguntarles no solo o no tanto por el Partido, por sus reuniones, sus sitios de reunión y sus dirigentes, ya que esto era público puesto que el Partido era legal (otro elemento más de la paradoja) y porque el FBI de Hoover tenía por supuesto todo esto bajo control. El problema era que inmediatamente se les preguntaría por otros comunistas no fichados que necesariamente tenían ellos que conocer o haber conocido en reuniones, fiestas, colectas de fondos o actos públicos; y por tanto, al responder se convertirían de inmediato en delatores de sus amigos o amigas y de sus compañeros o compañeras, perdiendo así toda su dignidad. Y además, en el caso de que después de confesarse comunistas se negasen a dar nombres, serían entonces acusados y condenados por desacato al Congreso y enviados a la cárcel.

En fin, que no había ninguna salida para ellos, y lo más parecido a una salida era la que eligieron: responder la pregunta envenenada sin responderla realmente sino denunciándola como violatoria de derechos consagrados en la Constitución y específicamente en la Primera Enmienda. Pero esto tampoco les sirvió a los «Diez» de nada, porque un mes más tarde, el 24 de noviembre, todos fueron acusados de desacato al Congreso y condenados a penas de cárcel. Las condenas fueron variables, seis meses o un año, pero todas de cárcel firme, debiendo cumplir esas condenas en diversas prisiones del país. El proceso penal contra los «Diez» tuvo lugar en abril de 1948. Se los juzgó por separado. La condena más fuerte le fue impuesta a Lawson y a

Trumbo: un año de cárcel y mil dólares de multa. Empezaron a cumplirla en la cárcel de Ashland en junio de 1950. Los otros fueron juzgados en esa fecha, recibiendo condenas de entre seis meses de prisión y 500 dólares de multa (Biberman y Dmytryk), y un año de cárcel y 1.000 dólares de multa (Maltz, Bessie, Ornitz, Cole, Scott y Lardner) y fueron enviados a prisiones diferentes.

Por cierto, para seguir en este terreno surrealista, dos de ellos, Lester Cole y Ring Lardner, que pagaban su condena en la cárcel de Danbury, vieron un día de 1950 llegar como prisionero nada más y nada menos que a J. Parnell Thomas, el mismo furibundo presidente del comité del Congreso que los había interrogado y condenado a ellos por comunistas. Es que Thomas había sido denunciado ante la prensa en 1948 por su secretaria, Helen Campbell, porque a una de sus empleadas, llamada Myra Midkiff, la había incluido desde 1940 en una nómina de pago con un sueldo ficticio (1.200 dólares anuales) que la empleada, una vez cobrado, se lo entregaba a él, lo cual le permitía eludir pago de impuestos. Esto fue denunciado en la prensa, y el conocido periodista Drew Pearson hizo la denuncia el 4 de agosto de 1948. Thomas fue destituido más adelante del Comité y juzgado por fraude fiscal. Dato interesante es que rehusó responder a las acusaciones acogiéndose a la Quinta Enmienda, por lo cual había condenado a los «Diez de Hollywood». En el juicio por fraude fiscal fue condenado a año y medio de prisión, debiendo renunciar al Congreso en enero de 1950. De modo que el digno presidente del comité inquisitorial de la HUAC no solo era un anticomunista visceral sino también un estafador, y además muy torpe, porque en Estados Unidos estafar al fisco es un delito igual o peor que ser comunista, mafioso o asesino serial. El mejor ejemplo de ello no es el de este mediocre reaccionario, que más que ladrón resultó casi un ratero, sino el de un personaje como el famoso Al Capone, el conocido líder de la mafia, que logró salir impune de sus crímenes y asesinatos pero no de eludir pagar impuestos al fisco, lo que lo llevó a la terrible cárcel de Alcatraz y a salir años después de ella convertido en una ruina humana.

Una última cosa es que los acusados y condenados no solo fueron a la cárcel. Además pasaron, junto con muchos otros que siguieron su camino, a formar parte de las *listas negras* que se pusieron en práctica a partir de entonces en Hollywood, impuestas por el inquisitorial FBI de Hoover con la complicidad de los amos de la industria y apoyadas y alimentadas por el miedo, la cobardía y la complicidad de todos los delatores y anticomunistas que pasaron a dominar los sindicatos de guionistas y de actores. Y, siendo quizá

esto lo peor, eso significaba asimismo que sus antiguos amigos y camaradas de trabajo empezaran a evitarlos como a leprosos para no ser acusados de sospechosos o cómplices de comunistas; significaba también que perdían sus trabajos al quedar fuera de la industria por figurar en esas *listas negras*, las cuales seguían creciendo a diario a base de nuevas cobardías o delaciones; o que para sobrevivir o continuar ejerciendo sus profesiones quedaban obligados a humillarse ante los amos de la industria. Esto, por cierto, resultaba peor para los actores y directores que para los guionistas (y los «Diez de Hollywood», en su mayoría guionistas, se contaban entre los mejores). En efecto, actores y directores no podían ocultar sus rostros y sus nombres, cosa que sí podían hacer en cambio los guionistas. Pero esto era degradante para ellos, ya que en algunos casos pudieron continuar escribiendo guiones pero, eso sí, sin firmarlos como propios ni recibir por ello pagas ni reconocimientos dignos de su calidad profesional. Y muchos fueron los que, siguiendo el ejemplo de Brecht, se vieron forzados a emigrar a Canadá o a México, y sobre todo a Europa, donde en general fueron bien recibidos, en especial los directores, los cuales se incorporaron a los cines europeos.

Los dos mejores ejemplos de esto fueron los casos de JULES DASSIN y de JOSEPH LOSEY. Dassin, uno de los mejores directores del Hollywood de los cuarenta, había realizado varias excelentes películas como *Brute Force* (1947), *The Naked City* (1948), *Thieves' Highway* (1949) y *Night and the City* (1950), todas ellas grandes obras del cine negro. Pero era hombre de izquierda y la HUAC lo colocó en la lista negra. Tras sobrevivir dos años sin trabajo y con sus películas saboteadas, se fue a Europa y se incorporó al cine europeo. Losey era otro brillante director, hombre de izquierda, participante en causas progresistas, fue colaborador de Bertolt Brecht y amigo de Hanns Eisler. Inscrito en el Partido Comunista en 1946, fue puesto a prueba cuando Howard Hughes, rico empresario anticomunista y además cineasta, en su condición de nuevo dueño de la RKO, le propuso dirigir la película anticomunista *I married a Communist*, y por supuesto se negó. (Por cierto, esa película le fue ofrecida a varios directores para probarlos.) Delatado y puesto en la lista negra en 1951, Losey se negó a acudir a la HUAC y se fue a Europa, quedándose en Inglaterra, donde hizo varias películas, entre ellas tres excelentes, con guiones de Harold Pinter: *The Servant* (1963), *Accident* (1967), y *The Go-Between* (1971). Empero, algunos de ellos volvieron, como Dmytryk, y se doblegaron ante la HUAC, delatando a sus compañeros para lograr a ese triste y vergonzoso precio ser reintegrados a la industria.

No obstante, por importantes que fueron, Hollywood y el mundo del cine no eran el único espacio que el mccarthismo aún sin nombre quería dominar y «limpiar» de comunistas y sospechosos de serlo. Y el 30 de octubre de 1947, Thomas clausura las audiencias del comité de la HUAC sin haber interrogado hasta entonces a los restantes miembros de los «Diecinueve de Hollywood». Más adelante habría tiempo para ello. Las cosas se estaban desplazando en otra dirección. En efecto, había un espacio aun más importante que abordar: el espacio de la política, del Gobierno, sobre todo de sus altas esferas y del consiguiente poder político y militar. En una guerra contra el comunismo y la «infiltración comunista» como la que se libraba desde el Gobierno mismo, y sobre todo desde el Congreso, ese era –como se comprende con facilidad– el espacio privilegiado y decisivo. Allí se van a centrar no solo las nuevas actividades de la HUAC sino las de diversos tribunales y las de organismos de extrema derecha como la inefable Legión Americana, para denunciar el peligro comunista y para descubrir y perseguir a todos los sospechosos de ser o de haber sido comunistas, lo que para esa derecha histérica significaba ser no-americanos (*un-Americans*), y como tales, agentes o espías de la Unión Soviética, traidores a su país, supuestamente amenazado por una agresión rusa. De esta manera la histeria derechista va creciendo y con la ayuda de los medios, el miedo de buena parte de la dócil y domesticada población estadounidense también crece a diario, como tendremos ocasión de ver en lo que sigue.

Paradójicamente, una de las primeras víctimas mortales de esa histeria anticomunista en ascenso, de esa auténtica paranoia que empezaba a imponerse en el país, fue el secretario de Defensa de Estados Unidos, James Forrestal. El anticomunismo de Forrestal, secretario de Defensa de Truman entre 1947 y 1949, lo estaba haciendo ver comunistas y amenazas comunistas y rusas por todas partes, lo cual lo llevó a enloquecer hasta el punto de que debió varias veces ser tratado y hospitalizado. Luego de varias peripecias, que incluyeron su destitución por Truman, debió tratárselo en el National Naval Medical Center, en Bethesda, Maryland, donde fue ingresado en abril de 1949. En una ocasión se escapó y se lo vio en la calle, histérico, en pijamas, gritando que venían los comunistas. Se lo capturó y alojó en el décimo sexto piso del citado centro médico y de allí se suicidó lanzándose al vacío, ya tarde en la noche del 21 al 22 de mayo, habiendo dejado en su habitación una nota con un fragmento en inglés de la tragedia clásica de Sófocles, *Ayax*.

El tema que así se impone es el de la infiltración comunista en el Gobierno, sobre todo en el Departamento de Estado y en algunos ministerios. Y aquí, con el apoyo y los testimonios de una creciente cifra de delatores profesionales pagados que han sido años antes comunistas o espías del FBI infiltrados en el Partido Comunista, se van a producir juicios que alcanzan enorme difusión y que llevan a un plano más masivo la creciente histeria anticomunista. Emblemático es el interrogatorio y juicio del alto funcionario estadal Alger Hiss, acusado de comunista por el delator pagado Whittaker Chambers, juicio que contribuye al ascenso político del anticomunista Richard Nixon. Juicios como el de Hiss, que sacude al país, pasan sin transición del tema de la infiltración comunista al del directo espionaje comunista al servicio de la Unión Soviética. Y en este caso el juicio de mayor repercusión, tanto nacional como internacional, es el de los esposos Julius y Ethel Rosenberg que, acusados de ser espías soviéticos, terminan condenados a muerte y ejecutados a base de pruebas más que endebles y de la histeria anticomunista de los propios jueces. De esto hablaré más adelante. Por lo pronto vamos a examinar el llamado caso Hiss.

El juicio y condena de Alger Hiss

Dirigido por la derecha republicana y apoyado en declaraciones de excomunistas convertidos en delatores pagados al servicio del FBI, el proceso contra Alger Hiss, acusado de ser comunista y luego de espía, sacudió a los Estados Unidos y a su mundo político entre 1948 y 1950 logrando el doble objetivo de condenar el *New Deal* de Roosevelt y, sobre todo, llevar las sospechas y pruebas de infiltración comunista hasta los niveles más altos del poder, al propio Departamento de Estado, todo esto todavía en tiempos de Truman, antes de que Joseph McCarthy apareciera y cobrara protagonismo.

Para 1948, Alger Hiss, para la opinión de la población estadounidense que había escuchado hablar de él dada su importante figuración política y profesional, era lo que se dice un (norte) americano modelo: blanco, alto, de buena figura, de buena familia, inteligente y culto, y exitoso en las tareas políticas y profesionales que le había tocado desempeñar hasta entonces. Hiss había nacido en 1904 en Baltimore, estado de Maryland, en una familia de clase media acomodada, de origen alemán, y arraigada en ese estado desde comienzos del siglo XVIII. Popular entre sus camaradas de estudio, se había graduado de abogado en la Escuela de Leyes de Harvard en 1929,

era de pensamiento liberal igual que la mujer con la que se casó, y en su carrera profesional había trabajado en el campo judicial con importantes representantes de la élite del país como Oliver Wendell Holmes, miembro de la Corte Suprema, y Félix Frank Furter, futuro miembro de la misma. Había apoyado en los años 30 el *New Deal* de Roosevelt y ejercido diversos cargos políticos en ese programa, habiendo sido procurador gubernamental y funcionario en el Departamento de Agricultura en 1935 y desde 1936 alto funcionario del Departamento de Estado, dirigido entonces por Corder Hull. Y como director de la Oficina de Asuntos Políticos le había tocado, en 1944, organizar la Conferencia de Dumbarton Oaks, preparatoria de la creación de la Organización de Naciones Unidas. En noviembre de ese mismo año, habiendo Corder Hull renunciado a su cargo por razones de salud, su sucesor, Edward Stettinius, lo nombró subsecretario de Estado. Y ejerciendo ese cargo y en compañía de Stettinius, le tocó en febrero de 1945 participar en la histórica Conferencia de Yalta, en la elaboración de un proyecto de documento para ser discutido con Stalin relativo a la política a seguir por los aliados en Europa Oriental y, meses más tarde, ya en el contexto de la creación de la ONU, participar en las discusiones con los soviéticos acerca de su representatividad y en lo tocante al derecho de veto. Hiss había salido del Departamento de Estado en 1946 y había asumido la presidencia de la Fundación Carnegie por la Paz Internacional, cargo que ejercía en 1948.

Y recordar la trayectoria política de Hiss es importante porque acusar de comunista y luego de espía soviético a un hombre que contaba con semejante currículum no era cualquier cosa. Atacar a Hiss no solo era atacar al *New Deal* de Roosevelt para denunciarlo como procomunista, sino sobre todo mostrar que el Departamento de Estado de Estados Unidos había estado en manos de militantes comunistas disfrazados, como Hiss, que habían trabajado para los rusos en contra de los intereses de su propia patria, y que seguía infiltrado por agentes y espías al servicio de la Unión Soviética.

Personaje central del juicio contra Alger Hiss es Whittaker Chambers, un excomunista convertido en delator al servicio del FBI de Hoover. Chambers era todo lo contrario de Hiss. De origen más bien humilde, había nacido en 1901 en Filadelfia pero pasó su infancia, nada feliz por cierto, en Brooklyn y luego su juventud en Long Island, estado de Nueva York. Logró estudiar y pasó por la Universidad de Columbia sin graduarse. Tenía inquietudes intelectuales y pronto empezó a escribir. En 1925 empezó a militar en el

Partido Comunista y a colaborar en periódicos y revistas del Partido. Chambers resultó ser un personaje frustrado y lleno de complejos, psíquicamente inestable y mentiroso compulsivo, de modo que no es nada fácil deslindar la verdad de la mentira en sus declaraciones y escritos, sobre todo una vez que se convirtió en delator pagado del FBI. En todo caso, estuvo en el Partido Comunista hasta 1937, en el que luego dijo que había hecho labores de espionaje desde 1932. Desencantado del comunismo, dice haber roto con el Partido en 1938. Pero temeroso de que se lo asesinara, había guardado informaciones para protegerse y en 1939 se las arregló para hablar con el subsecretario de Estado, Adolph Berle, y para denunciar ante él la militancia comunista de Alger Hiss y de su hermano junto con otros funcionarios, pues habló de una red de espionaje llamada Red Ware por el apellido de su fundador, un norteamericano comunista que trabajaba en el Departamento de Agricultura en el que los hermanos Hiss, junto con otros comunistas, eran también funcionarios y proyectaban repartirle tierras a los negros.

Después de varias peripecias novelescas y de una subestimación inicial de sus informaciones por el FBI, este empieza a tomarlas en cuenta en 1942, pero sin hacer nada, y sobre todo las toma en serio en 1945, cuando a la lista de delatores se suma Elizabeth Bentley, excomunista que tuvo papel protagónico en otra red de espionaje soviético en esas décadas de los treinta y comienzos de los cuarenta, lo cual habría llevado al fin al FBI a empezar a actuar. Otro hecho se añade: en septiembre de 1945, apenas terminada la Segunda Guerra, Igor Gouzenko, joven funcionario comunista en la embajada rusa en Ottawa, Canadá, especialista en descifrar textos y claves, deserta pidiendo asilo en Canadá. Gouzenko habla de redes de espías soviéticos que operan tanto en Canadá como en Estados Unidos, entrega una serie de documentos secretos e informa que un asistente de Edward Stettinius, el secretario de Estado de los Estados Unidos, es agente soviético. No menciona nombre, pero cuando esa información llega a manos del FBI, Hoover piensa de inmediato en Alger Hiss. Entretanto, Chambers entra a formar parte del equipo editor de *Time Magazine* alcanzando reconocimiento como editorialista y escritor en él. Y es solo en agosto de 1948, ya en plena histeria anticomunista, que Chambers revive su acusación contra Hiss. Se ofrece como testigo voluntario («testigo amistoso») ante la HUAC, que se ocupa de investigar actividades comunistas y acude a declarar, instigado por el FBI de Hoover, que lo apoya.

El proceso, o los procesos, porque fueron varios, estuvieron llenos de dudas y contradicciones. Ante el comité de la HUAC, Chambers habla del grupo *Ware* y acusa a Hiss de haber sido miembro del Partido Comunista infiltrado en el Departamento de Agricultura en la década de los treinta, pero no lo acusa de espía. A su vez, Hiss pide ser convocado al comité para desmentir a Chambers, y allí niega conocerlo, aunque sin mucho énfasis, cuando se le muestra una foto suya; y niega también haber sido comunista. Pero Richard Nixon, que está haciendo una exitosa carrera política armado con el anticomunismo y que tiene informaciones que le suministra el FBI de Hoover, muestra sus dudas y el comité, compartiéndolas, hace coincidir poco después a Hiss con Chambers en un ascensor y Hiss admite que sí lo había conocido en la década anterior, pero como George Crosley, es decir, con otro nombre. El comité los convoca a ambos a una sesión y en la suerte de careo que se produce, Hiss dice haberle subarrendado en 1936 un apartamento suyo al tal Crosley, es decir, a Chambers, y este, luego de negarlo, se ve forzado a reconocer que sí le alquiló el apartamento pero sigue acusando a Hiss de comunista.

El asunto se va enredando cada vez más. Chambers acusa a Hiss de comunista en un programa radial. Hiss lo demanda en justicia y en respuesta Chambers lo acusa ahora de espía. Y en noviembre de 1948 presenta pruebas: copias a máquina de una serie de documentos del Departamento de Estado tipeadas por Priscilla, la esposa de Hiss, que este le habría entregado en 1938, y también unas notas escritas a mano. Los documentos no son gran cosa como pruebas de espionaje, pero de ser ciertos, lo serían al menos de infiltración comunista por parte de Hiss, que sigue negando haber sido comunista y pide autentificación de los documentos. Para esto se requiere encontrar la máquina de escribir en que fueron tipeados, aunque los expertos grafólogos consultados afirman que las notas a mano han sido escritas por Hiss. La máquina de escribir fue localizada más adelante por el FBI y pareció mostrar que los documentos en cuestión se habían tipeado en ella. Entonces, en diciembre de 1948, Chambers monta un último *show*: se hace acompañar del comité a una granja familiar que él tiene en Maryland y de un pequeño sembradío de calabazas que hay en ella, excava un agujero en que mantiene ocultas (él dice que desde 1938) unas últimas pruebas que estima decisivas. Se trata de un paquete escondido dentro de una calabaza que contiene varios rollos de película de 35 mm que él asegura le fueron

entregados también por Hiss ese año. Nadie pareció asombrarse de que esa calabaza fuera imputrescible y de que teniendo más de diez años enterrada estuviera fresca todavía. Por lo demás, los rollos tampoco contenían gran cosa. Pero de modo sospechoso esos documentos, conocidos pronto burlonamente como los *Pumpkin Papers* (los «Papeles de la calabaza»), se mantuvieron clasificados como secretos hasta la década de los setenta, guardados, al menos esta segunda vez, sin calabaza.

Había mucho para dudar, y las pruebas que no eran francamente dudosas eran poco contundentes. Pero el comité, que era históricamente anticomunista y estaba además presionado por Nixon, que había establecido una relación estrecha con Chambers, se inclinó por condenar a Hiss. El resultado de todo esto fueron dos condenas por perjurio contra él, pues había negado bajo juramento haber sido comunista y haber conocido a Chambers, al que según el testimonio de este había seguido viendo después de 1936. Chambers también había cometido perjurio varias veces, una de ellas negando que Hiss fuera espía para luego jurar que sí lo era, y así lo había reconocido él mismo, pero como era testigo amistoso del comité al que todo se le perdonaba y Nixon y Hoover lo protegían, no se le acusó por eso ni hubo condena alguna contra él. En los años siguientes, 1949 y 1950, Hiss fue sometido a dos procesos en el Tribunal del estado de Nueva York, de los que derivaron dos condenas firmes contra él, cada una de cinco años, pero pagaderas en forma simultánea. Hiss pagó solo tres de los cinco años de cárcel, pero quedó marcado por el proceso y por la acusación de haber sido comunista y probable espía soviético, aunque negó ambas cosas hasta 1996, cuando murió. Y su caso sigue rodeado de dudas y contradicciones que han hecho muy difícil a los investigadores poder dar un juicio histórico definitivo sobre los hechos. Pero lo más importante de todo esto, como sucede siempre, mucho más que el juicio histórico, que siempre llega tarde y es además bastante dudoso en este caso, es lo que el proceso generó en su momento, sembrando sospechas no siempre fundadas y sobre todo alimentando la histeria mccarthista que no hacía sino crecer y expandirse en esos años.

El juicio y condena del Partido Comunista

Algo que vino a acentuar esa histeria fue el largo y conflictivo proceso judicial que ese mismo Tribunal del estado de Nueva York que había condenado a Hiss inició en noviembre de 1948 contra el Parti-

do Comunista estadounidense, usualmente designado por sus siglas como CPUSA (Communist Party of the United States of America), y en particular contra once de sus principales dirigentes. Se trató de un proceso notoriamente irregular y carente de verdadera validez jurídica. Fue un proceso decidido de antemano a condenar *a priori* y a partir de una ley vigente contra el espionaje a los dirigentes del Partido Comunista y, de hecho, al Partido mismo. Pero no se los condenó por considerar que fuese ilegal la conducta o praxis política de este, de sus dirigentes y militantes, o porque estos fuesen espías de una potencia extranjera enemiga como la Rusia soviética, pues nada de eso podía ser demostrado ni se planteó de modo formal en el juicio, ya que el Partido Comunista era legal y no estaba proponiendo el derrocamiento del Gobierno estadounidense por la fuerza o la violencia. Se los condenó simplemente porque, como era de esperarse y como todos sabían, el Partido Comunista de Estados Unidos, igual que los otros partidos comunistas del mundo, se basaba en los principios teóricos del marxismo, de los cuales podía inferirse que en algún momento pudieran decantarse hacia esa idea de derrocar al Gobierno de Estados Unidos por la fuerza.

Lo primero y principal que habría debido considerarse, aun pensando en ese hipotético caso, era por un lado, las políticas seguidas por el Partido Comunista y por el otro, su tamaño mismo. De hecho, el Partido Comunista estadounidense había estado durante la guerra dirigido por la corriente llamada browderismo, corriente derivada del apellido de quien era entonces su líder principal, Earl Browder, y esa corriente propugnaba en nombre de la lucha antifascista la relación más estrecha, amistosa y complaciente con el poder imperial estadounidense. Y aunque los dirigentes del CPUSA de 1948 ya no eran browderistas y se habían ido situando en el contexto de la Guerra Fría, seguían defendiendo una línea legal y pacifista que les permitiera crecer y recobrar fuerzas perdidas o conquistar fuerzas por ganar. A ningún dirigente comunista norteamericano le habría pasado entonces por la mente la idea de derrocar al poderoso Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza, por una fuerza que estaban muy lejos de tener. El CPUSA era un partido pacifista que por más que apoyara y defendiera las políticas soviéticas intentaba parecerse más a un partido socialista que a una organización revolucionaria de corte leninista. Y eso tenía mucho que ver no solo con el medio y el contexto imperial y mccarthista en el que se movía, sino también con el reducido tamaño del Partido y su escasa influencia entre las masas. El

Partido, siempre pequeño, siempre imposibilitado de convertirse en partido de masas, tenía, sí, cierta incidencia sindical, y había crecido algo con la crisis de los años treinta y con la política del *New Deal*, pero había sido seriamente golpeado por el pacto nazi-soviético de 1939 (Browder, como candidato presidencial apenas obtuvo poco más de 40.000 votos en 1940). Y aunque se había recuperado después de 1941, al asumir la Unión Soviética un heroico protagonismo en toda Europa en la lucha contra el nazismo y al establecerse la alianza ruso-estadounidense entre 1941 y 1945-1946, lo más que había logrado era mantener su militancia entre 60.000 y 80.000 miembros para 1945. Y desde 1947 la Guerra Fría y las acusaciones de espionaje atómico lo estaban afectando a medida que la histeria antirrusa iba creciendo y ganando apoyo y credibilidad entre las masas y las capas medias. De modo que acusar, como se hizo en ese proceso, al Partido Comunista estadounidense de conspirar para derrocar al Gobierno de los Estados Unidos por la fuerza, era algo carente de toda base, pero que en ese clima de ciega histeria anticomunista podía fácilmente pasar por un peligro real.

El proceso judicial llevado a cabo por la Corte Distrital del Distrito Sur neoyorquino se inició en Nueva York en julio de 1948 con el arresto de once de los principales dirigentes del Partido Comunista, que fueron entregados luego a la Corte para ser juzgados. Se contaban entre ellos Eugene Dennis, secretario general; John Williamson, miembro del Comité Central; Gus Hall, miembro de la Junta Nacional, futuro secretario seneral y candidato presidencial del CPUSA; y Robert G. Thompson, combatiente en la Guerra Civil española al frente de la famosa Brigada Lincoln y condecorado como héroe de guerra por sus hazañas en la guerra en el Pacífico, el cual era para entonces jefe del Partido Comunista en el estado de Nueva York. Otro de los dirigentes comunistas acusados, pero al que no se procesó por su edad y mala salud fue Willian Z. Foster, reconocido líder obrero, organizador de la gran huelga del acero en 1920 y presidente del Partido. Los líderes comunistas fueron procesados con base en la Alien Registration Act de 1940, mejor conocida como Smith Act o Ley Smith por el nombre del legislador demócrata que la propuso, un tal Howard Smith, que por lo demás era un declarado racista antinegro. Ya hice referencia a esa ley en un capítulo anterior. Fue aprobada en tiempos de guerra contra el espionaje, y lo esencial de la misma es que su objetivo era prevenir y sancionar todo intento de promover el derrocamiento o destrucción del Gobierno de Es-

tados Unidos por cualquier vía que fuese: discursos, publicaciones, organización o reunión de grupos que enseñasen, proclamasen o estimulasen ese derrocamiento o destrucción. Las penas que la ley fijaba para los convictos podían ser de hasta veinte años de cárcel y cinco de impedimento a ser empleados en el Gobierno federal luego de esa convicción. Las penas podían ser también de deportación, además de que la ley exigía que todo extranjero solicitase visa para entrar al país y que a su llegada se registrase bajo juramento dejando huellas dactilares, respondiendo preguntas y llenando los formularios pertinentes. A los extranjeros ya residentes se les daba un plazo para cumplir con esos requisitos. Ya la calificación de extranjeros para esos residentes de muchos años que eran ciudadanos norteamericanos se prestaba a abusos, sobre todo en el caso de que fuesen de izquierda o comunistas. Por cierto, las primeras víctimas de esa ley habían sido, en 1941, los militantes del Socialist Workers Party (Partido Socialista de los Trabajadores), pequeño grupo trotskista que resultó arrasado por la represión del FBI y de los tribunales contra él. Lamentable en este caso fue que en esa ocasión, en esos tiempos de alianza ruso-estadounidense, el Partido Comunista, demostrando el más torpe de los sectarismos, celebró esa liquidación, sin pensar que siete años más tarde le tocaría el turno a él, en ulteriores tiempos de Guerra Fría.

El proceso del CPUSA se abrió el 1.º de noviembre de 1948, pero los preliminares y la escogencia del jurado se tomaron varios meses, de modo que el juicio vino a iniciarse solo el 17 de enero de 1949. Lo presidía el improvisado juez Harold Medina, que se mostró absolutamente parcializado en contra de los imputados. Y se empezó a interrogar a estos en marzo. Contaron con cinco abogados defensores, todos ellos cercanos al Partido Comunista; y su defensa, marcada por frecuentes objeciones, fue siempre entorpecida por el juez. Esto llevó a que los abogados le reclamaran y lo enfrentaran de palabra en forma agresiva denunciando su parcialización, y a que este los acusara de ofender a la Corte y de irrespetarlo. Por su parte, el fiscal no encontró cómo demostrar que los imputados estaban implicados en acciones dirigidas a derrocar por la violencia al Gobierno de Estados Unidos, porque no lo estaban y porque esa acusación carecía de toda base. De modo que de la praxis se desplazó a la teoría y se dedicó a leer textos de Marx, de Lenin y hasta de Stalin, para mostrar que el marxismo con el que se identificaba el Partido Comunista era una ideología violenta y que en textos como

el *Manifiesto comunista* y en varias obras de Lenin se hablaba de hacer la revolución derrocando por la violencia al régimen capitalista, debiendo inferirse de ello que los imputados, como comunistas que eran, compartían esas ideas. En fin de cuentas, que el juicio fue contra el marxismo, contra la teoría marxista y no contra los imputados. Solo que las penas se las impusieron a estos y no a Marx, Lenin y Stalin. Fue un proceso grotesco. Los imputados fueron condenados por sus ideas, no por haber cometido algún delito. Y cada uno de ellos fue sentenciado a cinco años de cárcel y a pagar diez mil dólares de multa, una cifra realmente astronómica para esa fecha. Solo a Thompson, por ser héroe de guerra se le redujo la condena a tres años, lo que motivó un sarcástico comentario de su parte.

Y un detalle curioso de ese peculiar juicio fue la sorpresiva aparición en el estrado de testigos del fiscal, de una joven mujer tenida hasta entonces por fiel militante comunista. Esa mujer se llamaba Angela Calomiris y se hacía llamar Angela Cole. Tenía treinta y dos años, era hija de griegos y fanática de la fotografía. En 1942, el FBI le había propuesto infiltrarse en el Partido Comunista como espía y ella había aceptado. Empezó a participar en actos organizados por el Partido, se mostró activa simpatizante, y los comunistas le propusieron entrar en él. Lo hizo, y mientras se convertía en una espía bien pagada por el FBI, en el Partido su dinamismo como «comunista» la llevaba hasta la secretaría local de finanzas; de modo que sin que sus líderes, que la apreciaban por su inteligencia y su disposición para el trabajo, sospecharan nada, pudo enterarse de los nombres de quienes ayudaban al Partido y pasarle la información al FBI. Pero en medio del proceso, el FBI decidió «quemarla» y le ordenó presentarse como testigo de la acusación. Obedeció, y en medio de la sorpresa de los imputados, ella se encargó de acusarlos de que aunque en público no hablaban de derrocar al Gobierno de Estados Unidos por la violencia, en privado, en las reuniones del Partido, sí lo hacían. Y luego otro espía pagado, en este caso un excomunista llamado Louis Budenz, que luego figuró como delator en otros juicios, fue convocado también por el fiscal como testigo y declaró que el CPUSA, que se basaba en una filosofía violenta como era el marxismo, sí apoyaba el derrocamiento por la fuerza del Gobierno estadounidense y que negarlo en público era solo el señuelo que usaban para tratar de evitar su ilegalización.

El juicio, muy largo, concluyó en octubre de 1949. Pero los once no fueron los únicos condenados, porque el juez Medina decidió

terminar el juicio condenando también a los cinco abogados defensores a penas de cárcel por ofender al tribunal. En fin, que hubo calabozos para todos. Y lo que pone en evidencia el grado de histeria anticomunista existente en el país es que aunque pequeños grupos protestaron contra la sentencia, ese absurdo juicio contó con el pleno apoyo de los medios y con el de la absoluta mayoría de la población. De más está decir que los condenados apelaron y que de apelación en apelación el caso llegó hasta la Corte Suprema, que como era de esperarse, ratificó la decisión del jurado neoyorquino en julio de 1951. Eugene Dennis, cuyo nombre real era Francis Waldrom, que se había defendido individualmente, perdió también su apelación ante la Corte. Del juicio además derivó de hecho la ilegalización del Partido Comunista y el desencadenamiento de persecuciones y encarcelamientos contra sus miembros y contra todo sospechoso de ser, así fuese solo simpatizante del mismo. No todos los once condenados se sometieron a la pena. Solo siete lo hicieron. Los otros cuatro, entre ellos Hall y Thompson, decidieron escapar o pasar a la clandestinidad. Hall huyó a México para tratar de pasar a la Unión Soviética, pero el FBI lo capturó en 1951 y lo llevó de México a la cárcel en la que permaneció ocho años. Thompson, que se había escondido en California, fue capturado por el FBI en 1952 y condenado a cumplir en la cárcel no solo los tres años que se le habían dado en un principio, sino cinco más. En la cárcel en la que se lo encerró estaba preso un grupo de fascistas yugoslavos que habían huido a Estados Unidos y esperaban por su próxima deportación. En el clima anticomunista reinante, los fascistas pensaron que matar a un comunista ayudaría a que no los deportaran. Y sabiendo que Thompson era un reconocido comunista, decidieron matarlo. Y un mediodía de octubre de 1952, en la fila que los presos debían hacer en el refectorio de la prisión para que se les sirviera el almuerzo, asaltaron por sorpresa a Thompson y uno de ellos le golpeó la cabeza a traición con un tubo de metal que llevaba oculto, fracturándole el cráneo. Thompson sobrevivió al ataque gracias a que fue operado de urgencia y le fue colocada una placa de metal en la cabeza mientras su agresor lograba su objetivo, pues se le cambió la deportación por tres años de cárcel y pudo quedarse luego en Estados Unidos. Thompson salió al fin de la cárcel años después, volvió a su militancia en el Partido Comunista y se opuso a la Guerra de Vietnam. Pero un infarto lo mató en octubre de 1965[3].

La ley McCarran

La decisión de perseguir al Partido Comunista era clara y persistente, dispuesta a superar cualquier obstáculo, y ya en 1948 se introdujo en el Congreso un proyecto de ley que exigía que todos los miembros del Partido Comunista se registraran ante el fiscal general. Ese proyecto fue conocido como Mundt-Nixon Bill porque lo presentaron Karl Mundt y Richard Nixon, ambos republicanos, miembros de la HUAC, furibundos anticomunistas y miembros del Congreso estadounidense, Mundt como senador y Nixon como representante. El proyecto de ley fue aprobado por aplastante mayoría en la Cámara de Representantes, pero no se convirtió en ley porque no logró ser aprobado en el Senado. Sin embargo, Mundt insistió en el tema y reintrodujo el proyecto en 1950 junto con el senador Homer Ferguson como Mundt-Ferguson Bill, también conocido como Mundt-Ferguson Communist Registration Bill, o Mundt-Ferguson Subversive Activities Bill. La situación se repitió y el proyecto fue aprobado en la Cámara de Representantes, pero no por el Senado. Y entonces el senador demócrata Pat McCarran, otro histérico anticomunista, tomó en sus manos el proyecto, lo reformuló y lo convirtió en nuevo proyecto de ley en ese mismo año de 1950. Y esta vez sí fue aprobado por el Congreso convirtiéndose así en la McCarran Act o Ley McCarran, también conocida como McCarrran Internal Security Act o McCarran Subversive Activities Control Act of 1950, nombres en los cuales queda claro cuáles eran sus objetivos.

La ley exigía que toda organización comunista o sospechosa de serlo se registrase ante el fiscal general, ordenaba crear una Oficina de Control de Actividades Subversivas para investigar a toda persona sospechosa de estar implicada en planes o acciones dirigidas a promover el establecimiento de una dictadura totalitaria en Estados Unidos, ya fuese fascista o comunista. Conviene precisar aquí que mencionar al fascismo no era más que una tapadera ridícula porque el nazi-fascismo había sido derrotado en 1945 y en consecuencia, en esa ley y en esos Estados Unidos de 1950 «dictadura totalitaria» quería solo decir dictadura comunista, pues con la creciente histeria mccarthista imperante en el país, Estados Unidos se parecía cada vez a una dictadura inquisitorial de claro corte fascista que la propia Ley McCarran estaba contribuyendo a instalar. La ley, además, establecía que miembros de esos grupos no podían pretender ser ciudadanos estadounidenses (eran todos *un-Americans*) ni entrar a Estados Unidos y que quienes eran ya ciudadanos y residentes no solo podían ser

juzgados y encarcelados, sino que perderían su ciudadanía americana (es decir, estadounidense) por cinco años. Para cerrar, la ley le daba al Presidente de la República el derecho preventivo a hacer detener y encarcelar a cualquier persona acerca de la cual hubiese suficientes indicios o probabilidades de que pudiese implicarse en actividades de espionaje o de sabotaje.

Y es evidente que esta Ley McCarran aprobada en 1950 tiene un estrecho parentesco con la Ley Patriota aprobada por Bush II a raíz del cada día más sospechoso ataque a las torres del World Trade Center neoyorquino. Y quizá la diferencia entre ambas es que mientras la Ley Patriota de 2001 fue propuesta por el Ejecutivo, es decir, por el presidente George W. Bush, la Ley McCarran fue en cambio vetada por el presidente Truman en septiembre de 1950 con los incuestionables argumentos de que ponía en grave peligro las libertades de palabra, de prensa y de reunión consagradas en la Constitución, de que se burlaba del Bill of Rights o Declaración de Derechos, y de que era un claro paso hacia el totalitarismo. De todas formas eso no sirvió de nada, porque el Congreso pasó por sobre el veto, rechazándolo por aplastante mayoría primero en la Cámara de Representantes y luego en el Senado. Y la Ley McCarran se impuso y empezó a operar. Y solo fue declarada inconstitucional en 1965 y 1967 por la Corte Suprema que la había estado apoyando durante década y media desde 1950.

De todo esto que he mostrado se ve que el ambiente estaba servido para que cualquier hábil y audaz demagogo que surgiera pudiese adquirir protagonismo, alentado por medios de comunicación, diarios, radios y sobre todo televisión, que compartían y alimentaban esa histeria. Ese hábil y audaz demagogo apareció ya en febrero de 1950 agitando en su mano una presunta lista de comunistas infiltrados en el Departamento de Estado. Y contando con ese terreno favorable que le habían venido preparando en los últimos años, se convirtió pronto en el hombre más influyente y poderoso del país, de un país la mayoría de cuya población parecía estar dispuesta a seguirlo en todo lo que dijese, no importando que se tratase de calumnias y de denuncias carentes de toda base. Ese hombre fue Joseph McCarthy, miembro reciente del Congreso de Estados Unidos, senador por el estado de Wisconsin. Y pronto el nuevo y omnipresente grado de histeria anticomunista que desató con sus acusaciones recibió de la prensa un nombre derivado del suyo, nombre que de inmediato se masificó, igual que todo lo que con él se relacionaba. Y así el trumanismo sin

nombre, imperante desde 1947, continuador de anteriores explosiones de histeria derechista y de feroz anticomunismo, pasó desde entonces a ser conocido como mccarthismo[4].

Los años de McCarthy

El desconocido Joe McCarthy salta de pronto a la fama el 9 de febrero de 1950 con su impactante y truculenta denuncia de que el Departamento de Estado de Estados Unidos sigue infiltrado por una gran cifra de comunistas. McCarthy es desde 1947 senador republicano por su estado natal, Wisconsin, pero hasta entonces, salvo en este estado, ha sido un personaje gris y casi desconocido. Nacido en 1908, es descendiente de irlandeses y por supuesto, católico. Es abogado, fue primero demócrata y luego republicano; fue juez en su estado, tuvo participación en la guerra aunque luego exageró sus escasos méritos en ella («el artillero de cola Joe»), y en el Senado, donde ha estado mezclado en negocios poco claros con la Pepsi-Cola y con varias empresas de bienes inmuebles ha sido incluso investigado por corrupción relacionada con esos turbios negocios, aunque sin que la investigación llegase a nada. Su anticomunismo hasta entonces no ha pasado del corriente, propio de cualquier estadounidense, y en todo caso, no se ha destacado por ello ni por más nada. Al parecer, su furor anticomunista brota a comienzos de ese año de 1950. Richard Rovere, su biógrafo más temprano, dice que viendo que estaba ya próxima la nueva elección senatorial y que carecía de un tema impactante que lo ayudara a ser reelecto, algunos de sus amigos, que Rovere nombra, le sugirieron tomar la bandera del anticomunismo. Debe ser verdad, pero lo que en todo caso resulta indudable es que la tomó, que a partir de ese febrero de 1950 McCarthy se convierte en el anticomunista más furibundo del país y que va a utilizar todo el poder y apoyo que pronto adquiere, y todos sus recursos y su enorme capacidad de maniobrar, escandalizar y mentir para llevar la histeria anticomunista dominante hasta sus niveles más elevados y brutales. Y a partir de entonces, el mccarthismo asume forma personal quedando asociado a su nombre. Y aunque McCarthy es condenado por el Congreso en 1954, lo que da fin a su carrera, esa histeria anticomunista, que viene de la segunda mitad de los años cuarenta, es decir antes de la aparición de McCarthy, seguirá sin cambios significativos en los años siguientes, siempre calificada de mccarthismo, nombre consagrado, pero ya sin necesidad de su sórdida figura.

El discurso del 9 de febrero es un discurso menor. Como McCarthy es entonces un hombre poco importante, el partido lo envía a Wheeling, pequeña ciudad de Virginia Occidental a hablarle a un grupo de damas: el Club Republicano de Mujeres del condado de Ohio, para luego pasar a hablar en actos en Salt Lake City, Utah, y en Reno, Nevada. Y es en ese discurso, en Wheeling, que McCarthy, sacudiendo un papel que sostiene en la mano, anuncia que tiene en él las pruebas de que en el Departamento de Estado hay 205 comunistas o sospechosos de serlo y que él está dispuesto a desenmascararlos. Nunca mostró ese papel, se dijeron al respecto muchas cosas, todas dudándolo, y algunos llegaron a afirmar en tono de burla que era solo un recibo de tintorería, pero parece que lo que McCarthy hizo, y eso fue lo mismo que siguió haciendo después, en sucesivas declaraciones, y más adelante en el Congreso, fue utilizar, manipulándolos a voluntad, documentos viejos, de 1946 o 1947, procedentes del propio Departamento de Estado o de la HUAC, que estaban en poder del Senado y a los que él tuvo acceso en su condición de senador. En un principio la denuncia no tuvo mucha trascendencia, total, se trataba de un modesto acto ante un grupo de damas en un pequeño pueblo de Virginia Occidental. Pero en los días siguientes la prensa habló de ello y además McCarthy retomó el tema en sus discursos de Reno y Salt Lake City, ciudad esta más importante que Wheeling o que Reno. Y aunque en esos discursos redujo la cifra de comunistas a cincuenta y siete, siempre sin mencionar nombre alguno, la repercusión en los medios fue mayor. El escandaloso tema empezó a circular. El Departamento de Estado le telegrafió pidiéndole los nombres. Y McCarthy, que no los tenía, se asustó; pero para ganar tiempo, retó al presidente Truman y al secretario de Estado, Acheson, a que lo llamaran al hotel en que se alojaba en Salt Lake City para darles los nombres.

Ni Truman ni Acheson lo llamaron, pero el escándalo, que era el objetivo buscado por McCarthy, estaba ya servido: la prensa se apoderó del tema, su figura empezó a cobrar importancia mediática, y aunque la cosa se le puso fea porque su denuncia era un *bluff*, lo cierto es que se desenvolvió con habilidad y logró salir fortalecido del mal paso. En esto hubo dos fases. Como el Departamento de Estado había cuestionado su denuncia y exigido nombres, el Senado lo convocó el 20 de febrero a una reunión en la que en su defensa habló durante cinco horas, leyendo y manipulando como quiso datos de los viejos informes del Departamento de Estado que guardaba en su portafolio aumentando esta vez la cifra de comunistas y espías

de 57 a 82. Usó para ello un documento del FBI y de la HUAC, el cual databa de 1947, y en el que se hablaba de esa penetración pero sin mencionar nombres. McCarthy dijo, incluso, que con su denuncia había penetrado con éxito en lo que llamó la «Cortina de Hierro del Departamento de Estado». Confundido, el Senado lo pasó entonces al Comité Tydings, subcomité del Senado encargado de la seguridad en las Relaciones Exteriores. Aquí McCarthy, republicano, se enfrentó al demócrata Tydings, que era el presidente del comité y en esa ocasión sí empezó a dar nombres. Acusó a nueve personas, entre ellas a Dorothy Kenyon y a Owen Lattimore.

Dorothy Kenyon era una mujer ya madura y muy respetada. Nacida en 1888, era abogada, feminista, activista social y consecuente luchadora por los derechos de los pobres y de las mujeres. Como abogada había sido asesora jurídica de Estados Unidos en la Conferencia de Paz de Versailles en 1919. Su condición de luchadora social la hacía sospechosa de comunista para un histérico anticomunista como McCarthy, que la acusó de haber pertenecido a una organización comunista. Pero ella no había sido nunca comunista. Le respondió a McCarthy, mostró su desprecio por él acusándolo de cobarde y recibió apoyo del *New York Times* y de personalidades como Eleanor Roosevelt. Dorothy Kenyon no fue imputada pero por prudencia o cobardía, desde entonces, el Gobierno estadounidense se mantuvo lejos de ella.

El caso de Owen Lattimore resultó mucho más complicado. Nacido en 1900, Lattimore era escritor, educador y reconocido especialista en China y Asia Central. Había editado y dirigido revistas sobre el tema y conocía a perfección la cultura y el idioma chinos. En los años cuarenta había sido consejero de Chiang Kai-shek y el Gobierno de Estados Unidos lo empleaba como su principal consultor en asuntos chinos y del Extremo Oriente. Pero en 1950 McCarthy lo acusa de ser «el principal agente del espionaje ruso en Estados Unidos», llegando incluso a decir que había sido el jefe o el maestro de Alger Hiss. Todo eso carecía de base. Lattimore no era comunista ni espía. No obstante, la acusación de McCarthy lo llevó a ser convocado a numerosas audiencias por comités del Congreso, en las que juró no ser comunista; y lo más que se halló en su contra fue que, antes del inicio de la Guerra Fría, como tantos otros funcionarios estadounidenses que tampoco eran comunistas, él había mostrado simpatía por Stalin y por la Unión Soviética. Con argumentos de ese tipo habría que haber acusado de comunista al propio presidente Eisenhower, que asistió como invitado de honor

a contemplar en la Plaza Roja desde la tribuna al lado de Stalin y Zhúkov el desfile victorioso de las tropas soviéticas triunfadoras de la Segunda Guerra en 1945. De todos modos, Lattimore quedó bajo sospecha, perdió su condición de consultor del Gobierno estadounidense en asuntos chinos y también se vio excluido desde entonces de sus tareas académicas.

El comité se enredó en violentos enfrentamientos y acusaciones. No hubo manera de llegar a un acuerdo, lo que solo sirvió para mantener el escándalo y hacer crecer la figura de McCarthy. El informe final del comité estableció que ninguna de las personas imputadas por McCarthy eran ni habían sido comunistas ni pro comunistas, que todo su informe era un fraude y una estafa (*a fraud and a hoax*) y que solo buscaba crear división entre los estadounidenses «ayudando a los comunistas». Los republicanos apoyaron empero a McCarthy, acusando al propio Tydings de ser parte de una traidora conspiración contra el país. El informe se votó tres veces sin resultados. Y McCarthy fue el vencedor. En cualquier otro país, normal y no enfermo como Estados Unidos, o en los mismos Estados Unidos en otro contexto un poco más sano, algo raro pero no imposible, la carrera de McCarthy habría terminado allí. Pero en unos Estados Unidos como los de 1950, enfermos como siempre de ciego anticomunismo, y en este caso moviéndose en medio de un creciente escenario de histeria antisoviética como el existente, la innegable audacia de ese hábil provocador que era McCarthy, apoyada por los republicanos, le permitió superar el trance pasando a la ofensiva y salir ganador de él, consiguiendo nuevos apoyos derechistas, de ricos y pobres, y todo gracias al respaldo de los medios.

En efecto, desde 1949 los rusos tienen la bomba atómica. En octubre de ese mismo año ha triunfado en China la Revolución comunista. En 1950 se inicia la Guerra de Corea; y la Guerra Fría se calienta con la intervención en ella de Estados Unidos, China y Rusia. El año anterior, 1949, el criminal de guerra Curtis LeMay, héroe militar de Estados Unidos, para entonces general y jefe supremo de la Fuerza Aérea, ha propuesto lanzarle 133 bombas atómicas a setenta ciudades de la Unión Soviética para destruirla por completo y acabar con ella de una vez por todas, matando millones de personas. Nadie cuestiona esto. En Estados Unidos crecen el miedo y la histeria anticomunista y con ellos McCarthy cobra cada día más peso. Y es en ese contexto que tienen lugar el juicio y la condena de los esposos Rosenberg.

El juicio de los esposos Rosenberg

Aunque McCarthy no tuvo ninguna incidencia directa en ello ni se ocupó de ese asunto, el juicio y condena de los esposos Rosenberg es clara y temprana expresión, letal en este caso, de esa etapa de transición entre el mccarthismo de Truman y el suyo, porque está directamente relacionado con la histeria y el terror que se desatan en Estados Unidos desde 1946 en adelante, asociados a las denuncias de espionaje soviético relacionado con los secretos de la bomba atómica. Y el juicio y condena de los Rosenberg tiene lugar en los primeros años cincuenta, cuando ya McCarthy ha asumido papel central en todo lo relacionado con la lucha contra el comunismo, que para él y para la mayoría de la población estadounidense que lo sigue no es sino condenable espionaje ruso; o peor aún, espionaje de estadounidenses traidores a su patria que se han puesto al servicio de la Unión Soviética. Y es por esto, y dentro de este histérico contexto, que se juzga y se condena a los Rosenberg.

Sometidos en Nueva York, el 6 de marzo de 1951, a un juicio penal por espionaje en beneficio de la Unión Soviética, Julius Rosenberg y su esposa Ethel Greenglass Rosenberg, acusados de entregar a los rusos secretos nucleares que les habrían ayudado a acelerar la construcción de su bomba atómica y convictos de ese delito, ambos fueron condenados a muerte el 29 del mismo mes, siendo el resultado de ello que después de casi dos años de cárcel firme, se los ejecutase en la silla eléctrica en la prisión de Sing-Sing el 19 de junio de 1953. Hijos de familias norteamericanas de origen judío, los dos nacieron en Nueva York, él en 1918 y ella en 1915, se hicieron comunistas desde jóvenes y se casaron en 1939. Mientras Ethel trabajaba como secretaria en una empresa, Julius, como ingeniero electricista, trabajó para un laboratorio de la Armada desde 1940 hasta 1945, cuando se lo despidió al descubrirse su militancia comunista.

No hay duda de que en esos años cuarenta hubo espionaje soviético en Estados Unidos ni de que existieron en el país varias redes dedicadas a ello, en especial a conseguir informaciones acerca de la bomba atómica. Los Rosenberg pertenecieron a una de esas redes e hicieron labores de espionaje en ella. Julius Rosenberg reclutó a varios jóvenes, como Morton Sobell, para el Partido Comunista, trabajó con un funcionario soviético, Alexandr Feklisov, al que le proporcionó algunas informaciones al parecer sin mucho valor estratégico, aunque en el juicio se habló de planos de aviones de combate. Pero todo el tema del espionaje empezó a cobrar forma

y a adquirir real importancia porque en julio de 1944 el hermano de Ethel y cuñado de Julius, David Greenglass, empezó a trabajar como maquinista en Los Álamos, en el supersecreto Proyecto Manhattan, el de la bomba atómica, y los soviéticos le pidieron a Julius que tratara de reclutarlo para obtener de él informaciones sobre la bomba. De modo que Julius reclutó a Ruth, la esposa de David y luego a este. O bien fue esta la que reclutó a su marido. En todo caso, David Greenglass comenzó a pasarle a los soviéticos algunos secretos nucleares sobre cuyo mucho o poco valor real se discutió bastante en los tiempos del proceso y aún se sigue discutiendo. Esos secretos fueron hechos llegar a la embajada rusa por intermedio de Harry Gold, joven judío estadounidense de origen ruso, militante comunista desde 1940, que le servía como correo y se las pasaba al cónsul general ruso Anatoli Yakovlev. Greenglass salió del Proyecto Manhattan en febrero de 1946. Y hasta allí llegaron las acciones de espionaje de los Greenglass y los Rosenberg.

El escándalo que conduce al juicio de los Rosenberg estalla cuatro años más tarde, en enero de 1950. Todo parte de Klaus Fuchs. Fuchs era un brillante científico alemán especializado en física teórica y en energía atómica. Tenía casi cuarenta años, era hijo de un pastor luterano pero había sido comunista desde su juventud. Huyó de Alemania en 1933 al triunfar Hitler. Desde 1941 trabajó en el proyecto nuclear británico. En 1942 obtuvo la nacionalidad inglesa y de Gran Bretaña se trasladó en 1943 a Estados Unidos, donde pasó a ser miembro destacado del Proyecto Manhattan, y en agosto de 1944 trabajó en Los Álamos. Al finalizar la guerra volvió a Gran Bretaña y desde entonces estuvo trabajando en el Establecimiento de Investigaciones de Energía Atómica de la Universidad de Harwell. Se sospechaba de él que en los años de la guerra y después de ella había estado pasándole información atómica a la Unión Soviética. Y en enero de 1950 Fuchs se declaró espía. Se lo enjuició, se lo condenó a catorce años de cárcel y se le despojó de la ciudadanía británica. Y fueron las declaraciones de Fuchs en el juicio que se le hizo lo que mostró la importancia de su colaboración con los soviéticos dado el valor de los datos científicos y técnicos que les había proporcionado, y lo que desató en Estados Unidos la nueva ola de histeria mccarthista que llevó a juicio a los Rosenberg y a David Greenglass. En efecto, en sus declaraciones, Fuchs implicó a Harry Gold, que le servía también a él de enlace. En Estados Unidos el FBI capturó e interrogó, en junio de 1950, a Gold y este señaló a David Greenglass, que era el otro que le proporcionaba a él informaciones para pasárselas

a los rusos. El siguiente paso del FBI fue capturar a Greenglass y a Ruth su esposa. Greenglass aceptó hablar a cambio de que el FBI perdonase a su esposa, que se ocupaba de sus hijos. Y entonces no solo contó todo lo que había hecho como espía y le describió en detalle al FBI las informaciones que le había pasado a los rusos, sino que además delató a su hermana Ethel y a su cuñado Julius, diciendo que ambos eran espías soviéticos. Los esposos Rosenberg fueron capturados de inmediato y acusados de espías soviéticos. Pero lo negaron y se negaron a delatar a nadie. Y de eso nada ni nadie pudo sacarlos.

El juicio contra ambos se inició el 6 de marzo de 1951 y con ellos fue juzgado Morton Sobell, que había tenido tiempo el año anterior de huir a México, pero que había sido secuestrado por el FBI y traído de vuelta a Estados Unidos. El principal testigo acusador fue Greenglass, que acusó a Julius de haberle sacado informaciones sobre la bomba para pasárselas a los rusos y a Ethel de ser su cómplice. Pero los Rosenberg se acogieron a la Quinta Enmienda y no se les sacó palabra. El juez, Irving Kaufman, también judío pero dispuesto a mostrar su patriotismo y su anticomunismo, se mostró intransigente y parcializado. Igual ocurrió con el fiscal y sobre todo con uno de sus ayudantes, Roy Cohn, otro judío dispuesto a mostrar ante todos su feroz anticomunismo. Así, salvo su defensor en el juicio, nadie más defendió a los Rosenberg y hasta la ACLU, dominada entonces por anticomunistas, lo más que hizo fue abstenerse en ese caso. El juicio no fue nada imparcial y quedó condicionado por la histeria anticomunista reinante y por el hecho de que Estados Unidos estaba combatiendo en la guerra de Corea, apoyando y armando a Corea del Sur, su especie de protectorado capitalista, mientras los rusos armaban y apoyaban a la comunista Corea del Norte, y China, comunista desde octubre de 1949, enviaba tropas a apoyar a estos. Se estaba al borde de una guerra nuclear y el tema de la reciente bomba atómica rusa, asociada al espionaje por el que se juzgaba a los Rosenberg, descartaba por completo que el juicio contra ellos pudiera ser un juicio justo. Aunque se discutió mucho al respecto, las informaciones que Greenglass le había pasado a los rusos no podían ser consideradas decisivas en la fabricación de la bomba atómica por estos. Quizá, en todo caso, lo había sido la información que les proporcionara Fuchs, pero esta no tenía que ver con los Rosenberg. Por lo más que podía condenarse a estos era por haberle proporcionado informaciones a Rusia, pero entonces no había ninguna razón para juzgarlos

como espías por la vieja Ley de Espionaje de 1917, que fue lo que se hizo. Esto carecía de base porque la pena de muerte pautada por esa ley para acciones de espionaje a favor de otro país solo era válida cuando el país receptor de la información estuviese en guerra con Estados Unidos, lo que no era el caso, porque en 1944 y 1945, cuando tuvieron lugar las actividades de espionaje de los Rosenberg, Rusia y Estados Unidos no solo no estaban enfrentados sino que eran más bien aliados desde 1941. Pero lo peor es que el castigo debía ser solo para ellos. La prueba de esto es que los otros acusados, convictos y confesos, fueron condenados solo a penas de cárcel, ninguno a la silla eléctrica. Y es que el juez Kaufman, aconsejado por Cohn, que poco después, recomendado por Hoover, jefe del FBI, se convirtió en asesor de McCarthy, hizo responsables a los Rosenberg de la bomba atómica rusa, de la guerra de Corea y de todos los muertos norteamericanos que esa encarnizada guerra estaba provocando. El discurso con el que Kaufman, después de pasar por la sinagoga a pedir que Yahveh lo iluminara, justificó la decisión del tribunal fue la mejor muestra de que, como ocurrió durante la histeria xenófoba de los años veinte con los obreros italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, los comunistas Julius y Ethel Rosenberg, que en este caso eran además judíos, estaban desde el primer momento condenados a muerte. Kaufman les dijo:

> Yo considero vuestro crimen peor que asesinato (…). Creo que vuestra acción de poner en manos de los rusos la bomba A años antes de que según la predicción de nuestros mejores científicos Rusia pudiera perfeccionar la bomba, ha causado en mi opinión la agresión comunista contra Corea, con un resultado de muertos que pasa de 50.000; y quién sabe cuántos millones más de gentes inocentes deberán pagar el precio de vuestra traición. De hecho, por esa traición, vosotros habéis cambiado el curso de la historia en perjuicio de nuestro país. Nadie puede decir que no vivimos en constante estado de tensión. Tenemos en torno a nosotros evidencia de vuestra infamia cada día de actividades defensivas por medio de las cuales nuestra amenazada nación está preparándose para un ataque de bomba atómica.

Por eso, todas las movilizaciones en diversas partes del mundo, sobre todo en Europa, en defensa de los Rosenberg, todas las numerosas solicitudes de reconocidas personalidades de diversos pensamientos políticos, resultaron inútiles. La decisión tomada era

irreversible. La Corte Suprema de Estados Unidos ni siquiera se molestó en escuchar solicitudes. Los llamados del papa Pío XII, que no era precisamente un amigo del comunisno, fueron ignorados; y Eisenhower, ya para entonces presidente, se negó a cambiar la condena a muerte por la de prisión perpetua. Para remate de todo, la ejecución de los Rosenberg no fue muy limpia porque si bien Julius murió a consecuencia del primer fuerte corrientazo, a Ethel, no obstante que era pequeña y frágil, hubo que aplicarle tres para constatar que a pesar de todo seguía viva, por lo que hubo que rematarla con otros dos fuertes corrientazos hasta que se comprobó, al fin, que había muerto y que de sus achicharrados cabellos salía humo.

Fortalecido por su triunfo en el Senado, McCarthy se dedica a seguir buscando, acusando e inventando comunistas infiltrados en el Departamento de Estado y en oficinas del Alto Gobierno y a acusar a los demócratas de blandos ante el comunismo. Ataca con insistencia a Truman, que se acerca al final de su período de gobierno, y cuando este destituye al general Douglas MacArthur, héroe de la Segunda Guerra, porque viendo cada vez más lejano el triunfo estadounidense en la guerra de Corea, en la que es jefe supremo de las tropas estadounidenses, exigía lanzarle bombas atómicas a China y a Corea del Norte, McCarthy, cuyo ídolo, no por casualidad, es MacArthur, califica en público a Truman de «hijo de perra». Pero, aunque contra Truman no puede hacer más nada que eso y a lo más a que puede llegar es a acusarlo de cómplice del comunismo, decide que ya basta de desenmascarar a figuras de segunda clase como Alger Hiss u Owen Lattimore, y que a falta del inalcanzable Truman puede, al menos, ocuparse de demoler a sus más cercanos colaboradores. Y para empezar se lanza a atacar con virulencia al general George Marshall, destacado líder militar y civil que era entonces uno de los más reconocidos y respetados norteamericanos vivos. Nacido en 1880, Marshall, militar de Escuela, participó al frente de una compañía en la guerra colonial de su país contra los filipinos, tarea nada limpia, pero luego tuvo participación en la Primera Guerra Mundial, desempeñó a continuación diversas tareas militares en Estados Unidos alcanzando el grado de general de cinco estrellas, tuvo papel destacado como militar en la Segunda Guerra Mundial siendo jefe de Estado Mayor de las tropas estadounidenses, estuvo después de acabada la guerra en China, donde intentó en vano entre 1946 y 1947 lograr un acuerdo entre Chiang Kai-shek y Mao Tse-tung. De regreso a Estados Unidos, Truman lo nombró secretario de Estado, cargo que

ejerció entre 1947 y 1949, y se hizo famoso en todo el mundo por el plan de recuperación de la economía europea después de la Segunda Guerra que llevó su nombre (Plan Marshall) y cuyo logrado objetivo era recuperar esa economía para frenar el ascenso del comunismo, abrir el mercado europeo para la floreciente economía de Estados Unidos y empezar a someter al Viejo Continente al dominio económico, político, cultural y militar del imperio estadounidense. Como parte de esto último, en 1949 Estados Unidos crea la OTAN. La carrera política de Marshall concluyó después de ejercer durante un año, entre noviembre de 1950 y noviembre de 1951, la Secretaría de Defensa en el gobierno de Truman.

Como puede verse en este currículum, el prestigio de Marshall era enorme, y descalificarlo y atacarlo no era cualquier cosa. Pero de todas formas, Marshall estaba por dejar la Secretaría de Defensa para jubilarse, y más que con su audacia, fue con su usual sentido de la oportunidad que McCarthy aprovechó la situación para atacarlo desde su posición de anticomunista feroz e histérico. En junio de 1951 McCarthy leyó en parte en el Senado y luego entregó el texto para edición, un informe que no era suyo sino de la Universidad de Georgetown, en el que se descalificaba a fondo, aunque sin insultos, la trayectoria y las políticas militares de Marshall. Pero luego, en los meses siguientes, añadió lo suyo acusando a Marshall de haber sido cómplice del comunismo ruso durante y después de la Segunda Guerra y también en China, habiendo contribuido con su complicidad a facilitar la victoria de Mao Tse-tung. Lo llamó incapaz, blando con el comunismo y dijo que tenía las manos manchadas de sangre estadounidense. Marshall, que dejó la Secretaría de Defensa meses más tarde para jubilarse, no estuvo en condiciones de defenderse y quedó marcado por esos virulentos ataques. Aunque no rotundo, porque muchos lo criticaron a él, este fue, en fin de cuentas, un nuevo triunfo para McCarthy, que a partir de él se sintió más fuerte y que pasó de inmediato a dirigir sus baterías contra el secretario de Estado de Truman, Dean Acheson, al que atacó en la misma forma virulenta.

1952 es año de elecciones presidenciales y con los republicanos decididos a ganarlas para recuperar el poder que perdieron en 1933, y con McCarthy como uno de los líderes del partido, la campaña electoral resulta de una agresividad enorme. Los republicanos han escogido como candidato a Dwight Eisenhower, su gran héroe militar de la Segunda Guerra Mundial. Eisenhower es un anticomunista furibundo pero hipócrita, que oculta ese anticomunismo feroz y

la visión imperialista y militarista que la acompaña y sostiene, con una figura de hombre bonachón, lo que incrementa el apoyo enorme con el que ya cuenta. No tiene mucho que decir y su programa se reduce a una simple y pegajosa consigna que es «I like Ike». Los demócratas no tienen ninguna posibilidad de ganar. Están muy desgastados por el poder y por las acusaciones de blandengues ante el comunismo que les disparan a diario los republicanos, acusaciones injustas porque Truman ha sido un firme y auténtico mccarthista *avant la lettre*. Solo que como es ya una vieja tradición, los republicanos son aún más derechistas y más anticomunistas que ellos. Truman no es candidato y el escogido para enfrentar a Eisenhower es Adlai Stevenson, civil, hasta poco antes gobernador del estado de Illinois. Su oratoria no le sirvió de nada. No solo los republicanos lo bautizaron como «cabeza de huevo» por su aire intelectual y su calvicie, sino que McCarthy lo convirtió en blanco de sus calumnias y agresiones, a las que respondió con fuerza pero sin éxito. La victoria de Eisenhower en noviembre de 1952 fue rotunda y los republicanos recuperaron al fin la Presidencia, ganando además el Congreso aunque por reducida mayoría. Y McCarthy, que había sido el héroe de la Convención republicana, salió fortalecido y fue reelecto senador por su estado. Por cierto, se dijo que durante la campaña electoral, Eisenhower, que respetaba mucho a Marshall, quien había sido su jefe en el ejército y que no sentía ninguna simpatía por McCarthy, cuando le tocó pronunciar un discurso (discurso leído) en el estado de Wisconsin, incorporó en él un párrafo para defender a Marshall, pero cuando vio el apoyo que tenia McCarthy entre los republicanos del estado, no se atrevió a hacerlo, tachó el párrafo y leyó su discurso omitiéndolo.

En los años que siguen, el mccarthismo alcanza la cumbre de su poder y el dominio de McCarthy se impone a plenitud. Pero al menos en el Congreso hay cierto temor y cierta resistencia sorda contra él, contra su estilo, sus escándalos y sus métodos más brutales. Y poco antes de las elecciones había concluido en el Senado la investigación sobre las grandes y sospechosas cantidades de dinero que McCarthy recibía. Pero el comité de investigación no se atrevió a condenarlo y se limitó a enviarle unas preguntas que él no se dignó contestar. En fin, que esa resistencia era muy débil e incapaz de frenar en absoluto su poder. Y lo que cuenta es que McCarthy, que ha ganado la elección de su estado, conserva su curul en el Senado y quiere aumentar su dominio ahora que el nuevo Congreso dispone en esta Cámara de mayoría republicana.

Pero los republicanos evitan ofrecerle un comité de peso con facultades para investigar sobre la política y la subversión. Los dos principales de esos comités son el de Seguridad Interna del Senado y, sobre todo, el de Investigación de Actividades Antiamericanas. El presidente de la Cámara, el senador Robert Taft, que no confía en McCarthy, le asigna al senador William Jenner la presidencia del Comité de Seguridad Interna del Senado y al senador Harold Velde la del Comité de Investigación de Actividades Antiamericanas. A McCarthy lo envía a presidir el modesto Comité de Operaciones del Gobierno, un organismo pesado y burocrático cuya tarea es revisar informes de contraloría. Taft, líder de la mayoría republicana en el Senado, dijo que su idea era poner a McCarthy donde no pudiera hacer ningún daño. Pero McCarthy logra la hazaña de convertir ese inocuo comité en un organismo de investigación de actividades comunistas y antisubversivas. Descubre que el comité del que es presidente dispone de un subcomité permanente del Senado para Investigaciones, con facultades para investigar actividades como las relativas a fidelidad y seguridad, esto es, a subversión comunista, y pronto convierte ese subcomité en el principal instrumento de su poder. Y manejándolo a voluntad, logra que el mccarthismo esté presente por doquier y que la histeria anticomunista alcance su nivel más alto.

La HUAC de nuevo contra Hollywood

Ahora bien, hemos visto ya que el mccarthismo, que viene de antes y está en todas partes, no se limita solo a la actividad directa de McCarthy. Y la más importante manifestación de esa omnipresencia del mccarthismo es que, moviéndose en ese ambiente de diaria histeria y estimulándolo, la HUAC, el Comité de Investigación de Actividades Antinorteamericanas, esto es, comunistas, de la Cámara de Representantes, ahora con nueva directiva (los sucesivos presidentes son John Wood y Harold Velde), reinicia la tarea que había dejado inconclusa desde 1949, y convencida como está de que Hollywood no está todavía limpio de comunistas, se propone abordar esa tarea. Reinicia así su ataque contra la infiltración comunista en el mundo del cine en 1950, actividad inquisitorial que se mantiene a lo largo de los años siguientes, sobre todo con las audiencias de 1951, 1952, 1953 y 1954 y que va a continuar incluso más adelante, luego de la caída de McCarthy a fines de este último año.

Por ello voy a examinar al menos algunos aspectos de esas audiencias en las que la inquisitorial investigación de la HUAC intentó, y de hecho logró, limpiar por completo a Hollywood de todo lo que pudiera olerle a comunismo, a pensamiento progresista, a crítica social, a posibilidad de expresar otro criterio que no fuera el impuesto por la histeria mccarthista dominante. Como resultado de las audiencias de esos tres fructíferos años, 1951, 1952 y 1953, la HUAC declaró haber interrogado a 324 acusados de comunistas, de sospechosos de serlo o de haber colaborado en actividades o grupos considerados comunistas o coberturas de las actividades del prácticamente ilegalizado CPUSA. La mayor parte de esos sospechosos y acusados se quebró ante la terrible presión ejercida contra ellos, ante las acusaciones y amenazas de los inquisidores y, sobre todo, ante la certeza de que no tenían salida, de que si se negaban a declarar acogiéndose a la Quinta Enmienda estarían demostrando con ello que eran comunistas y de que serían acusados y encarcelados por vilipendio, y de que si declaraban se verían entonces obligados a delatar a amigos o compañeros. No tenían salida. Delatando, como quería la HUAC, perdían su dignidad a cambio de conservar sus trabajos y los inquisidores los acogerían como ovejas vueltas al redil, como suerte de cristianos *renacidos* que habían abandonado al demonio para volver a acogerse al seno de la Madre Iglesia, siempre dispuesta a perdonar al pecador arrepentido. Negarse a declarar conservando su dignidad los llevaría a ser condenados a penas de cárcel por vilipendio al Congreso, a perder sus trabajos y a pasar a engrosar una creciente lista negra tan secreta como efectiva que los dejaría sin empleo, los expulsaría de Hollywood, arruinaría sus carreras y les cerraría todas las posibilidades de salir de ese terrible círculo vicioso.

Entre los interrogados por la HUAC en las tres secuencias de audiencias de 1951, me detendré un momento en los casos de Larry Parks, Howard Da Silva, Sterling Hayden, Richard Collins, Paul Jarrico, Anne Revere, John Garfield, Abraham Polonsky, Edward Dmytryk, Michael Wilson, Carl Foreman, Budd Schulberg y Frank Tuttle, todos personajes bien conocidos del mundo del cine[5].

Larry Parks, el primer interrogado en las sesiones de 1951, el 21 de marzo, era entonces un joven actor izquierdista. Había sido señalado en 1947 como sospechoso de comunista pero no se lo convocó. Ahora, en 1951, se le llamó a declarar acusándolo de ser comunista (de hecho lo había sido en los años cuarenta) y se lo amenazó

con incluirlo en la lista negra. Parks se quebró de entrada y rogó al comité que no lo obligara a testimoniar. Pero fue forzado a hacerlo y su testimonio fue larguísimo. Reconoció que había sido comunista y dio muchos datos; pero intentó no dar nombres. El comité, que, como siempre, conocía ya esos nombres, discutió si se le permitía no darlos habiendo Parks reconocido que había sido comunista, pero uno de los integrantes del comité, el republicano Donald Jackson, insistió en que era necesario que diera nombres porque esa era la única y verdadera prueba de que estaba arrepentido y de que rompía con el comunismo. Es decir, que había que quebrarlo. Ese era el objetivo de la HUAC. Y Parks les dio once nombres. Pero quedó avergonzado, víctima de un severo trauma moral. De hecho se retiró poco después del cine y terminó en el negocio de la construcción, aunque John Huston le dio un papel principal en su film sobre Freud, rodado en 1962.

Howard Silverblatt, conocido como Howard Da Silva, famoso actor norteamericano de teatro y cine y de obras musicales, hijo de padres judíos rusos, fue llamado a declarar ante la HUAC el 21 de marzo de 1951, después de Larry Parks, acusado también de comunista. Da Silva, hombre de izquierda, se negó de entrada a declarar acogiéndose a la Quinta Enmienda, lo que hizo que se lo incluyera en la lista negra de Hollywood y quedara fuera del cine hasta 1961, limitándose hasta entonces a actuar solo en el teatro en Nueva York. No hubo en este caso ningún drama personal y lo importante es que Da Silva se negó a declarar ante la HUAC.

El caso de Sterling Hayden, por el contrario, es triste. Testimonió en la HUAC el 10 de abril de 1951. Su testimonio, interesante al principio como autobiografía al relatar sus experiencias juveniles como marino y sus experiencias de guerra entre 1942 y 1944 colaborando con las guerrillas patriotas yugoslavas, experiencias que lo van acercando al comunismo, se va convirtiendo –en realidad lo es desde el principio– en una secuencia de solapadas delaciones porque en su larguísimo testimonio, que pronto pierde interés, Hayden va respondiendo todo lo que se le pregunta. Y el testimonio se parece más a una conversación entre amigos o a una entrevista periodística que a un interrogatorio judicial entre un inquisidor y su interrogado pues la ingenuidad y complacencia de este convierte al interrogador en una suerte de camarada que pregunta movido solo por la curiosidad. Hayden responde a todo lo que se le pregunta, dando todos los nombres que se le piden y algunos otros que añade por su cuenta.

El primero es el de Warwick Tompkins, el marino que lo forma, y los últimos son camaradas como Karen Morley y Abraham Polonsky, conocidos por él durante los seis meses de su permanencia en el Partido Comunista, entre junio y diciembre de 1946. Lo que creo que hay que destacar de este «testimonio favorable» de Hayden es que él adquirió luego conciencia de su ingenua conducta, escribió y publicó años más tarde un libro en el que se autocriticó con severidad y se arrepintió en forma sincera el resto de su vida de su triste declaración. En todo caso, perdonado por ella, Hayden continuó haciendo cine (el año anterior había protagonizado *Jungla de asfalto*, de John Huston) y protagonizó otras buenas películas, entre ellas *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray, en 1953 y *Doctor Strangelove*, de Stanley Kubrick, en 1962.

Richard Collins, productor, director y guionista, después de un corto apoyo a los «Diecinueve de Hollywood» en 1947 cambió su posición y el 12 de abril de 1951 al testificar en la HUAC, luego de declarar que había sido comunista en la década de los treinta, delató a 26 colegas y amigos cercanos suyos, manifestando que había roto con la doctrina comunista y que era un buen americano. El desprecio de sus examigos no le afectó y siguió su carrera como guionista. Es autor, por cierto, en 1956 del guión de la famosa película *Invasion of the Body Snatchers* (*La invasión de los ladrones de cuerpos*), de Don Siegel, cuya lectura más aceptada es que detrás del amenazante tema del peligro extraterrestre que en ella se describe lo que se revela es el peligro terrible de la amenaza comunista, aunque una lectura más plausible es la de que se trataría más bien de una denuncia velada del mccarthismo, lectura que cobra fuerza cuando se toma en cuenta la introducción y el final que la censura le impuso a la película para minimizar el alcance de su terrible y terrorífico mensaje.

Paul Jarrico, guionista y productor, que había sido coguionista de *Song of Rusia*, fue delatado en 1951 ante la HUAC. El anticomunista Howard Hugues, nuevo dueño de la RKO, lo despidió de la compañía. La HUAC lo llamó a declarar el 13 de abril de 1951 y Jarrico se negó a hacerlo acogiéndose a la Quinta Enmienda. Se lo añadió a la lista legra y se le despojó de pasaporte, quedando imposibilitado de trabajar tanto en Estados Unidos como en el exterior. Al menos pudo pasar a México y allí él y Herbert Biberman, uno de los «Diez de Hollywood», condenado por la HUAC desde 1947, hicieron en 1954 esa extraordinaria película que es *La sal de la tierra*, perseguida entonces y considerada como una de las obras

maestras del cine estadounidense. Al fin, en 1958 escapó a Europa y allí pudo trabajar sin mccarthismo.

ANNE REVERE, actriz de cine y teatro, descendiente directa de Paul Revere, uno de los héroes de la lucha por la Independencia, que era militante comunista desde los años treinta y dirigente del Sindicato de Actores, fue denunciada ante la HUAC. Asistió a la sesión del 17 de abril de 1951. Se negó a declarar, acogiéndose a la Quinta Enmienda. Fue añadida a la lista negra y debió abandonar el cine por veinte años, reapareciendo primero en la televisión desde 1960.

ABRAHAM POLONSKY, director, guionista y escritor, hijo de inmigrantes judíos rusos, comunista desde los años treinta, para 1951 había ya escrito el guión de *Body and Soul*, dirigida por Robert Rossen en 1947, y dirigido y escrito *Force of Evil* en 1948, ambas protagonizadas por John Garfield. Delatado como comunista por Sterling Hayden, Polonsky fue convocado por la HUAC para el 25 de abril de 1951. Asistió, se negó a testificar y Harold Velde, el presidente del comité, lo acusó de ser «un ciudadano especialmente peligroso». Incluido en la lista negra y cortada de este modo su carrera, Polonsky, para sobrevivir, se vio forzado a continuar escribiendo guiones con pseudónimos, por supuesto sin acceso a créditos, y recibiendo remuneraciones indignas de su talento. Solo volvió a aparecer en Hollywood con su nombre como director o guionista en la segunda mitad de los sesenta, pero siempre con limitaciones.

El caso de JOHN GARFIELD es uno de los más dramáticos y tristes. Garfield, nacido en 1913, hijo de modestos inmigrantes judíos rusos (su apellido real era Garfinkle), después de una infancia y adolescencia difíciles en barrios neoyorquinos (fue boxeador por un tiempo), se decidió por la actuación. Logró éxito teatral en los años siguientes en Broadway y entró luego al mundo del cine en Hollywood, convirtiéndose en un notable actor. La película más famosa entre las que había protagonizado antes de 1951 era *The Postman Always Rings Twice* (*El cartero siempre llama dos veces*), de Tay Garnett, en 1946, y había sido coprotagonista en *Gentleman's Agreement* (*Pacto de caballeros*), de Elia Kazan, en 1947. Garfield, hombre de izquierda y simpatizante o miembro del Partido Comunista en esos años cuarenta, defensor de los «Diez de Hollywood» en 1947, fue denunciado y convocado por la HUAC el 28 de abril de 1951. Se asustó mucho sabiendo que de la audiencia iba a quedar sancionado y que sería pasado a la lista negra, lo que arruinaría su carrera en el cine. Se quebró antes de acudir a la audiencia e hizo publicar en el *New York*

Times una declaración en la que afirmaba haber odiado siempre al comunismo por ser una tiranía que amenazaba a los Estados Unidos y a la paz del mundo, negaba haber sido miembro del Partido Comunista o simpatizante de cualquiera de sus doctrinas, y prometía cooperar gustosamente con el comité.

En la audiencia se le leyó el texto y declaró que era suyo y que ratificaba todo lo escrito. Negó haber sido miembro del Partido Comunista; y el interrogador, Tavenner, le pidió que informara al comité sobre la presencia de comunistas y actividades comunistas en Hollywood. Negó valor a las contundentes pruebas que lo vinculaban al Group Theater de Nueva York, grupo influido por el CPUSA, y a sus actividades. Negó conocer a las personas cuyos nombres le fueron mencionados en una larga lista. Reconoció haber conocido a Hanns Eisler y a Lester Cole, pero dijo ignorar que eran comunistas. Y llegó hasta negar haber conocido comunistas en Hollywood y a proponer que el CPUSA fuera ilegalizado para proteger del peligro que representaba su existencia a ingenuos como él. Lo que no pudo negar era que había sido parte del grupo que defendía el uso de la Primera Enmienda, asociado con la defensa de los «Diez de Hollywood» y por allí volvió de nuevo el comité a acosarlo. Al final le agradecieron su presencia, pero advirtiéndole que no quedaba exento de ser convocado en una próxima ocasión.

Garfield quedó marcado y desmoralizado por la audiencia, convencido de que iba a ser convocado nuevamente y acusado y condenado por perjurio. Entró en una profunda depresión y comenzó a vivir acosado por la angustia y el miedo. Se preparó para esa probable nueva audiencia y se puso a escribir un nuevo artículo titulado «I was a Sucker for a Left Hook» («Fui un idiota para un gancho de izquierda» (en mi opinión, una traducción mejor aunque un tanto libre sería «Fui víctima de un gancho de izquierda»). Ese ataque a la izquierda aludía a su experiencia juvenil como boxeador. Pero el artículo no fue publicado nunca porque antes de terminarlo, Garfield, a consecuencia de la angustia y el miedo terrible en que vivía, murió en mayo de 1952 al sufrir un violento infarto cardíaco que le segó la vida a los treinta y nueve años. Es decir, que en realidad no fue víctima de un gancho de izquierda como él intentó decir a fin de congraciarse con la HUAC, sino que lo que lo asesinó fue un mortal y previsible gancho de derecha.

Similar o peor que el de Garfield es el caso de EDWARD DMYTRYK, que además tuvo enorme impacto. Después del juicio a los «Diez de

Hollywood», todos miembros iniciales de la lista negra, se los siguió presionando para que delataran porque sin hacerlo no recuperarían su trabajo. Y Dmytryk, que había sido firme, igual que los restantes «Diez», pero solo por solidaridad con sus compañeros, poco después de testificar, ya desde la cárcel en la que cumplía los meses a que se lo había condenado, se declaró contrario al comunismo. Se comunicó con Roy Brewer, líder sindical anticomunista que trabajaba con Ronald Reagan, otro abierto anticomunista, en la dirección del Sindicato de Actores de Cine, para mostrarle su arrepentimiento. Contactó además a la Legión Americana y luego al propio FBI. Solicitó acudir de nuevo a la HUAC, que ya segura de su derrumbe se tomó su tiempo para citarlo, pero él logró de inmediato lo que más le interesaba: recuperar su trabajo como director de cine en Hollywood. Y fue el 25 de abril de 1951 cuando la HUAC lo convocó a una audiencia. Allí se declaró excomunista arrepentido y acusó de comunistas a varios compañeros y amigos: a Biberman, Maltz, Lawson, miembros integrantes de los «Diez de Hollywood» y ya interrogados y condenados por la HUAC, y también a dos otros directores: Jules Dassin, que estaba ya en lista negra y debió emigrar, y Frank Tuttle, que también se quebró al ser convocado poco después y dio otra lista de nombres. Después de ser perdonado de esta triste manera, Dmytryk siguió haciendo cine, incluyendo en su obra varias buenas películas, pero ya sin el contenido de crítica social de algunas de las que había dirigido antes de 1947; y jamás mostró la menor incomodidad por su comportamiento ante la HUAC. No hace falta decir que su conducta se convirtió en un modelo que la HUAC intentó hacerle seguir a actores, directores y escenaristas en ulteriores audiencias.

Otros casos interesantes son los de Michael Wilson, Carl Foreman, Budd Schulberg y Frank Tuttle.

Wilson, guionista, había sido en torno a esos años coautor de *A Place in the Sun* (1951), de George Stevens, basada en la novela *Una tragedia americana* de Theodore Dreiser, guionista de *Five Fingers* (1952), de Joseph Mankiewicz, excelente película negra, y había colaborado antes en *It's a Wonderful Life* (1946), hermosa película de Frank Capra. Preguntado si era o había sido comunista, Wilson se negó a responder acogiéndose a la Quinta Enmienda. La audiencia fue corta y salió de ella condenado como testigo hostil, y pronto fue incorporado a la lista negra. Wilson es autor del guión de *La sal de la tierra*, de Herbert Biberman y Paul Jarrico. Y con

pseudónimo hizo los guiones de *Friendly Persuasion* (*La gran prueba*), de William Wyler en 1956 y de *Lawrence de Arabia,* de David Lean, en 1962. Y en 1957 fue coautor con Carl Foreman del guión de *El puente sobre el río Kwai,* también de David Lean.

Foreman, guionista y productor, hijo de padres judíos, estuvo asociado desde su juventud a la causa del socialismo revolucionario y se hizo miembro del Partido Comunista de Estados Unidos. Había hecho en 1950 el guión de la exitosa película *Cyrano de Bergerac,* basada en la clásica obra teatral de Edmond Rostand y protagonizada por José Ferrer. La HUAC lo convocó a testimoniar el 24 de septiembre de 1951 cuando estaba trabajando en el guión de *High Noon*, *western* que protagonizarían Gary Cooper y Grace Kelly. En la audiencia, Foreman, que había dejado el Partido Comunista en 1939, se negó a dar nombres de comunistas y se acogió a la Quinta Enmienda. El comité lo declaró testigo hostil, lo que significaba que sería incorporado a la lista negra de Hollywood. Stanley Kramer, que era el productor de *High Noon*, aprovechó para forzar a Foreman a vender su parte de la compañía que habían fundado y decidió sacarlo del *film*. Pero el director, Fred Zinnemann, y el protagonista Gary Cooper se opusieron defendiendo a Foreman y Kramer se vio obligado a ceder. *High Noon* no solo es un *western* excepcional sino una obra maestra del cine y además, desde su estreno en 1952 fue vista por la crítica como una denuncia velada del mccarthismo. De todas formas fue un éxito de taquilla, no porque las gentes la vieran como crítica del mccarthismo (este estaba entonces en su apogeo) sino porque era un excelente *western*. Un famoso actor anticomunista de *westerns* como John Wayne, presidente de la Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals, a quien le había sido ofrecido el papel de protagonista antes que a Cooper, pero que lo había rechazado por parecerle que el *film* era una denuncia contra las listas negras que él apoyaba, condenó *High Noon* como no-americana. Mientras tanto, Foreman emigraba a Inglaterra para poder seguir haciendo cine. (Esta información puede leerse en los artículos de Wikipedia en inglés dedicados a Carl Foreman y a *High Noon*).

Schulberg, guionista cinematográfico y escritor de origen judío, hijo del primer presidente de la Paramount Pictures, fue en su juventud hombre de izquierda y desde fines de los años treinta miembro del Partido Comunista, aunque luego dejó de militar en él. Participó en la Segunda Guerra Mundial, en la Marina, y fue afectado a la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos), primer esbozo estadounidense

de la futura CIA. De regreso se incorporó a Hollywood como escenarista, pero Richard Collins, entre los veintiséis nombres de comunistas que proporcionó a la HUAC al ser llamado a declarar ante esta el 24 de abril de 1951, lo mencionó a él como antiguo miembro del Partido Comunista estadounidense. A Schulberg le correspondió acudir a la HUAC el 23 de mayo siguiente, y allí se quebró. Reconoció todo, dijo que había sido comunista desde fines de los treinta pero que había dejado el Partido porque quería entrometerse en los contenidos de sus guiones; habló de infiltración comunista en Hollywood y delató a numerosos amigos y camaradas suyos, varios de ellos muy cercanos. Mencionó a Lawson, Lardner, Cole, todos de los «Diez de Hollywood», y también a Paul Jarrico, a Gordon Kahn y a Herbert Biberman, saliendo de la audiencia purificado, renacido y convertido en testigo amigable de la HUAC. Schulberg es el autor del guión de *On the Waterfront*, película con la que en 1954 Elia Kazan, luego de delatar y declararse anticomunista en la HUAC en 1952, trató de justificarse encomiando la delación, aunque situándola en un contexto de denuncia contra una criminal corrupción sindical que sirviera para intentar justificarla.

Tuttle, director y guionista de Hollywood, nacido en 1892, tenía tras sí una larga trayectoria como director cinematográfico comenzada en los tiempos del cine mudo, y contaba en su haber con películas como *The Canary Murder Case* (1929), *The Glass Key* (1935) y *This Gun for Hire* (1942), cuando por la sospecha de que había sido militante comunista, sospecha bien fundada porque Tuttle se había inscrito en el Partido en 1937, la HUAC lo convocó a testificar. La convocatoria era consecuencia de la delación de Edward Dmytryk, que había dado su nombre en su reciente concurrencia ante el comité. Y no era la primera vez que se lo convocaba, porque la HUAC de 1947 ya lo había acusado y hecho entrar en las primeras listas negras. No hallando trabajo, Tuttle se fue entonces a Francia, donde hizo una película en 1950, pero había vuelto poco antes a Estados Unidos. En esta nueva audiencia, Tuttle, hombre viejo y cansado, cedió, confesó que había sido comunista, y le dio a la HUAC los nombres de 36 personas. Perdonado, volvió a hacer cine, y murió en 1963.

No obstante, a la extrema derecha mccarthista esta cacería de brujas no le parece suficiente. La mejor prueba de ello es que en diciembre de ese mismo año de 1951, en el entonces muy leído *Magazine de la Legión Americana* se publica un artículo de J. B. Matthews

en el que este conocido personaje, ultraderechista histérico de vieja data, se pregunta si Hollywood ha «limpiado» en verdad la casa y da una larga lista de comunistas como muestra evidente de que aún no basta con lo hecho. El artículo compara la situación de lucha contra el comunismo y la infiltración comunista en Hollywood en 1947 y en 1951. Para mostrar lo enorme que era esta en la primera fecha y años siguientes, cita organismos gremiales y listas de personalidades del cine que entonces criticaban y denunciaban a la HUAC, muestra la fuerza que tenían, cita sus publicaciones y detalla sus actividades, incluida la famosa Reunión Mundial por la Paz en el Hotel Waldorf-Astoria de Nueva York en 1949. Reconoce con satisfacción que los comunistas y sus amigos han perdido mucha fuerza gracias a la firme actividad de la HUAC y que tales demostraciones públicas contra ella ya no son posibles en 1951. En fin, le parece innegable que se ha «limpiado» la casa, pero cree que no es menos cierto que aún falta completar esa limpieza. Y lo que muestra a continuación son listas de comunistas y amigos del comunismo que todavía permanecen en Hollywood, diciendo que es necesario denunciarlos y que solo echándolos del mundo del cine, Hollywood habrá limpiado a plenitud la casa[6].

Y quizá convenga decir algo acerca de ese complejo y sórdido personaje que fue Joseph Brown Mattews, mejor conocido como J. B. Matthews. Nacido en 1894, Matthews fue educado en el fundamentalismo metodista, estudió luego varios idiomas clásicos, viajó a Oriente, donde siguió estudiando idiomas orientales antiguos y modernos y se convirtió en un experto y reconocido lingüista. De vuelta a Estados Unidos, siempre como fundamentalista cristiano, se graduó de teólogo y empezó a involucrarse en la política convirtiéndose paradójicamente en un hombre de izquierda, socialista y pacifista. Militó en el Partido Socialista de Norman Thomas desde fines de los años veinte, y a comienzos de los treinta se hizo comunista. Se inscribió en el CPUSA, se opuso al nazismo, participó en actos y congresos comunistas, escribió con frecuencia en el *Daily Worker* y publicó artículos y libros a favor de la Unión Soviética. Pero a fines de los treinta rompió con el comunismo y se convirtió de una vez y para el resto de su vida en anticomunista furibundo y belicoso. Su experiencia comunista y sus conocimientos acerca de la Rusia stalinista y del CPUSA lo llevaron a convertirse en investigador jefe de la primera HUAC, la de comienzos de los cuarenta. Se trataba del llamado Comité Dies, por el nombre de su presiden-

te, Martin Dies, que hemos examinado antes y que funcionó hasta 1944. Matthews recopiló los resultados de esas primeras investigaciones de la HUAC contra el comunismo y los publicó en varios volúmenes; y en un anexo, el *Appendix IX*, dio una lista con los nombres de unas veintidós mil personas acusadas de comunistas o de pertenecer a organizaciones subversivas asociadas con el comunismo. Es más, Matthews se sintió siempre orgulloso de ese *Appendix* y decía que era la contribución más importante que se hubiera hecho a la denuncia del comunismo.

Al cesar el Comité Dies, Matthews pasó a trabajar en la Corporación Hearst y en 1951 su artículo en el leído *Magazine de la Legión Americana* dando listas de nombres de comunistas lo devolvió a la fama. En fin, que Matthews era un verdadero McCarthy *avant la lettre* pero sin su fama y su poder. Y como era de esperarse, al imponerse McCarthy, Matthews terminó trabajando al lado de este, que lo admiraba. En junio de 1953 McCarthy lo designó director de Investigaciones del Comité del Senado que le había sido asignado. Pero esta vez no tuvo mucha suerte porque poco después, en la continuación de la locura anticomunista que lo dominaba, Matthews publicó en julio de ese año en *The American Mercury* un artículo titulado «Reds in our Churches» en el que afirmaba que el más grande grupo de apoyo al comunismo que había en Estados Unidos lo formaban los clérigos protestantes. Y esto no solo provocó el esperado escándalo y la protesta de las iglesias protestantes, sino que llevó a la ruptura del comité del Senado presidido por McCarthy porque los demócratas del mismo pidieron la salida de Matthews; y como McCarthy se negó a sacarlo, decidieron abandonar el comité. Debió intervenir Richard Nixon, ya vicepresidente de Eisenhower, para lograr un acuerdo y Matthews renunció con la garantía de que McCarthy tendría poder absoluto para contratar y despedir al personal asesor del comité. Desde entonces dejó de figurar y murió años más tarde, en 1966.

La Legión Americana, con la que ya nos tropezamos antes, al hablar del Espantajo Rojo y la histeria anticomunista de los años veinte, jugó un papel importante en esta nueva ola de histeria ultraderechista y anticomunista, la del mccarthismo propiamente dicho. Desde la segunda mitad de los años cuarenta la Legión se había dedicado a colocar piquetes en los teatros o cines en que se presentaban obras o exhibían películas que ella y sus miembros consideraban comunistas, y a tratar de sabotear la asistencia a esas

salas teatrales o cinematográficas. La Legión, otra de cuyas principales actividades era defender «los auténticos valores tradicionales americanos», la religión cristiana y «el regreso a Dios», se sumó a McCarthy al comenzar los años cincuenta. Y además de denunciar la presencia comunista en las oficinas del Gobierno y en el cine de Hollywood, los legionarios se ocuparon también de enfrentar la infiltración comunista en escuelas, colegios y universidades, denunciando a profesores y autoridades y exigiendo de unos y otras juramentos de fidelidad como los pautados primero por Truman y luego por la Ley McCarran. En su Convención de 1950 la Legión había exigido la ilegalización del Partido Comunista y desde entonces se convirtió en un sólido e invalorable apoyo para la HUAC en su labor de limpieza en Hollywood saboteando cines, condenando actores, guionistas y directores y publicando listas de comunistas o *fellow travelers* de estos, como en el caso del citado artículo de Matthews en su popular *magazine*.

En plena conjunción con la Legión Americana actuaron en esos años dos temibles organizaciones mediáticas estrechamente relacionadas: Red Channels y *Counterattack*. Creado en mayo de 1947 por Alfred Kohlberg, empresario judío anticomunista, y dirigido por tres furibundos exagentes del FBI, Red Channels –cuyo nombre completo era Red Channels: the Report of Communist Influence in Radio and Television– se dedicó desde su fundación a denunciar con sus nombres a todos los sospechosos de ser comunistas, simpatizantes o amigos del comunismo en esos medios; y pronto se apoyó en *Counterattack*, un diario de extrema derecha fundado en junio de 1950, para delatar día tras día a escritores, actores, guionistas, músicos, artistas, profesores y periodistas de radio y televisión que trabajaran en esos medios informativos y audiovisuales y a los que ambos acusaban de manipular y controlar todo el mundo del entretenimiento y la información en beneficio del comunismo. Esos dos agresivos medios de ultraderecha mccarthista se dedicaron desde entonces a generar el miedo y la histeria anticomunista más intensos en el país, publicando a diario listas negras y llamando, de hecho, al rechazo y a la violencia contra esos peligrosos enemigos de Estados Unidos, de su sistema, su seguridad, su religión y de todo lo que era verdaderamente «americano», que eran los comunistas y sus simpatizantes. Definitivamente, McCarthy no estaba solo ni era el único responsable de la espantosa ola de histeria ultraderechista y anticomunista que llena esos terribles años de la historia y la vida estadounidense.

Es en este contexto que tuvieron lugar las audiencias de la HUAC de 1951 y que tienen lugar las de 1952. Los llamados a testificar en estas fueron muchos y con ellos también se llamó a varias valiosas mujeres. Igual que hice antes, en esta oportunidad me limitaré a mencionar unos pocos nombres. Entre los llamados a declarar destacan Elia Kazan, Edward G. Robinson, Clifford Odets, Roy Huggins, Lillian Hellman, Judy Holliday y Marsha Hunt. Y vale también la pena recordar a otros y otras, condenados a las listas negras sin ser convocados. Son, entre otros, los casos de Paula Miller y Dorothy Parker y, por supuesto, el de Charles Chaplin.

El de Elia Kazan es el caso más famoso y de mayor repercusión. Kazan, nacido en 1909, director cinematográfico, productor y escritor, griego de origen, hijo de padres que emigraron pronto a Estados Unidos, es sin duda uno de los más grandes directores del cine estadounidense. Compartió en Estados Unidos el ambiente intelectual progresista neoyorkino de los años treinta, en 1934 se inscribió en el Partido Comunista aunque lo abandonó en 1937 y fue, hasta sus convocatorias a testimoniar ante la HUAC en 1952, un hombre de izquierda y un comprometido director de cine, autor de buenas películas de crítica social como *Gentleman's Agreement*, sobre el antijudaísmo (1947), y *Pinky*, sobre el racismo contra la población negra (1949), además de *Panic in the Streets* (1950), *A Streetcar named Desire* (1951), y ¡*Viva Zapata*! (1952).

Las audiencias de Kazan fueron dos. La primera, ejecutiva, es decir, secreta, el 14 de enero de 1952, nunca fue publicada aunque según él mismo dijo al comienzo de la segunda, en ella reconoció que había sido comunista y que estaba arrepentido y dio unos pocos nombres, pero seguramente hubo mucho más. La segunda, también secreta pero publicada al día siguiente, tuvo lugar el 10 de abril. Esta segunda sesión había sido solicitada por él para completar su declaración inicial porque sabía que debía dar nombres. A ella trajo, como se había comprometido a hacerlo, una relación-delación escrita, minuciosa, en la que cuenta en tres partes su vida política y artística desde 1934, cuando entró al Partido Comunista, hasta 1952. En la primera parte reitera su militancia comunista, su salida del Partido y su arrepentimiento. Dijo haber entrado al Partido en 1934 como forma de enfrentar a Hitler y porque creía que luchaba por los pobres y por las causas justas. Pero también porque él ignoraba que ese partido era agente de una potencia extranjera como la Rusia soviética, aunque esta entonces no era enemiga de Estados Unidos.

Describió los objetivos del Partido, entre ellos controlar el Group Theater, lo que nunca logró, y entre quienes delata, que son muchos, menciona a Paula Miller (luego Strasberg) y a Clifford Odets, y también a Michael Gordon, pero dice no haberse reunido nunca con él. En la segunda parte, la más larga pero menos importante, relata con detalles su vida política desde entonces hasta 1952. Dice que después de dejar el Partido no estuvo en ninguna otra organización subversiva. Que solo prestó su nombre a documentos de izquierda para apoyar causas que le parecían justas. Declara odiar a los comunistas pero haberlos seguido porque cree que aunque ellos son falsos, esas causas son justas. Continúa narrando diversos hechos a lo largo de décadas y dando nuevos nombres. Y en la tercera hace un rápido resumen de sus películas en el cual trata de reducir el contenido crítico y social de estas y de suavizar todo lo que pudiera molestar a los inquisidores de la HUAC.

En descargo de Kazan habría que decir que, al menos, antes de sus comparecencias ante la HUAC avisó de sus intenciones a algunos de los que iba a denunciar y que casi todos los nombres de estos eran, como solía pasar, ya conocidos por el comité. Dijo también que algo que había incidido en su ruptura con el Partido Comunista había sido la dictadura que este quería ejercer sobre su obra, sobre su conducta y hasta sobre su pensamiento. Pero también hay que señalar en su contra que dos días después de su segunda *testimonianza* apareció en el *New York Times* una página pagada por él en la cual trataba de justificar su delación ante el pueblo norteamericano. Y la justificaba diciendo haber llegado a la conclusión de que se había equivocado no delatando antes, dando esos nombres que había dado, porque el secreto era útil a los comunistas y porque era eso lo que ellos deseaban. Según él, el pueblo americano debía conocer los hechos acerca de todos los aspectos referentes al comunismo para que pudiera tomar así todas las previsiones sensatas y eficaces necesarias. Y añadía que su obligación como ciudadano era decir todo lo que sabía sobre el comunismo (¿A quién sino a la HUAC?). Con su conducta y sus declaraciones, Kazan se convirtió en modelo del delator que se sentía orgulloso de su delación y que así lo proclamaba. Experimentó mucho rechazo por ello y perdió muchos amigos, siendo el más cercano Arthur Miller, con el que había trabajado y mantenía una estrecha relación amistosa y política. Y poco después, en 1954, intentó justificarse con su siguiente película, *On the Waterfront* (*En los muelles*), titulada en español *Nido de ratas*, basada en un guión de Budd Schulberg, otro testigo que había delatado, y en la

que como señalé antes, se promovía la delación situándola para justificarla en un contexto obrero de corrupción y de violencia asesina en la que esta aparecía como la única actitud posible para enfrentarlas.

A la declaración de Kazan siguen las de Edward G. Robinson, Clifford Odets, Lillian Hellman, Roy Huggins, Jules Dassin y Joseph Losey.

Robinson, nacido en Bucarest en 1893 como Emmanuel Goldenberg, era hijo de padres judíos que emigraron a Estados Unidos en 1903, cuando él tenía diez años. Se crió y educó en Estados Unidos. Se hizo estadounidense. Cambió su nombre por Edward G. Robinson, siendo la G la inicial de Goldenberg. Se convirtió en un notable actor de cine y apoyó siempre causas progresistas como eran el antinazismo y la alianza ruso-norteamericana, defendió los derechos civiles de los negros, condenó la discriminación racial y firmó numerosos documentos apoyando causas como la defensa de la paz y de los derechos democráticos. Todas esas causas eran promovidas por grupos de izquierda y, sobre todo, por organizaciones comunistas o cercanas al CPUSA. No es de extrañar entonces que Robinson fuera convocado a testificar ante la HUAC, lo que ocurrió el 30 de abril de 1952. Lo raro es que no lo hubieran convocado antes. Y Dmytryk lo había mencionado el año anterior. En la audiencia Robinson se comportó como Kazan, complaciente con el comité, rendido ante él y dispuesto a responder a todo lo que se le preguntara. Para su fortuna no había sido nunca comunista y podía jurarlo ante el comité. Se definió como demócrata liberal. Y a diferencia de Kazan, no tenía por qué delatar a nadie, aunque al final debió reconocer que conocía a algunas personas aunque insistió que no como comunistas. Eso sí, el comité lo cuestionó acerca de los sospechosos documentos que había firmado, las reuniones a que había asistido y las causas que había apoyado. Él se defendió apelando a su ingenuidad, ingenuidad lindante con la idiotez y dijo y repitió que había sido engañado como un tonto, como un imbécil. Lo más que hizo para defenderse fue decir que esas causas que había defendido le parecían justas aunque las hubieran defendido los comunistas, a los que odiaba porque él era un auténtico americano y amaba a su país por sobre todo. Salió de la audiencia feliz e ileso y pudo continuar sin problemas su carrera.

Odets, nacido Gorodetsky en 1906 en Nueva York, hijo de emigrantes judíos, de padre ruso y madre rumana, fue sobre todo actor de teatro, guionista y director en Broadway, pero también guionista y director de cine en Hollywood. Militó en el Partido Comunista en-

tre 1934 y 1935. Se dice que sospechando que serían convocados por la HUAC, él y Kazan, como amigos cercanos que eran, quedaron en delatarse solo el uno al otro.

Convocado primero ante el Comité de la HUAC, Kazan lo delató, pero no a él solo; y convocado él a su vez, colaboró, habló también, y dio los nombres que había dado Kazan. Evitó con ello ser incluido en la lista legra, pero entre sus amigos las reacciones a su testimonio fueron negativas, aunque no tanto como en el caso de Kazan.

Huggins, novelista, guionista y director de cine, fue comunista en los años treinta. Pero abandonó el Partido en 1939 por rechazo al pacto nazi-soviético. Fue llamado a testificar en 1952 y dio los nombres de 19 camaradas que al menos ya habían sido delatados ante el comité e interrogados en él. Después de esto dejó el cine y se pasó a la televisión.

En esta secuencia de miedos y delaciones destaca la digna y valiente declaración de Lillian Hellman en su comparecencia ante el comité de la HUAC el 21 de mayo de 1952. Lillian Hellman, nacida en Nueva Orleans en 1905, hija de padres judíos de clase media, brillante dramaturga y guionista de cine, autora de una serie de obras teatrales que la habían convertido en la dramaturga estadounidense más importante de su época, no era en verdad activista política ni militante comunista. Era, sí, una intelectual comprometida a fondo con la izquierda y firme defensora de las mejores causas.

Había asistido a actos y reuniones organizadas por el Partido Comunista, aunque sin ser militante; fue una de las promotoras y organizadoras de la famosa polémica Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial que tuvo lugar en el Hotel Waldorf-Astoria de Nueva York en 1949; y mantenía desde los años treinta una relación amorosa con Dashiell Hammett (Samuel Dashiell Hammett), destacado escritor de novelas policiales, uno de los creadores de la novela negra norteamericana. Hammett sí era, en cambio, un comprometido y activo militante comunista y había sido colocado en la lista negra de Hollywood, con cuyo cine había colaborado, y además condenado y encarcelado por desacato en julio de 1951 por acogerse a la Quinta Enmienda en un juicio promovido por la extrema derecha neoyorquina contra un fondo de finanzas del Congreso de los Derechos Civiles (Civil Rights Congress), organización vinculada al Partido Comunista de la que Hammett era miembro directivo, habiéndose negado a dar los nombres de otros camaradas que se le exigía que diera.

La declaración de Lillian Hellman fue un modelo de inteligencia y rectitud. Ella había pensado acogerse a la Quinta Enmienda porque si bien estaba dispuesta a hablar de sí misma, no iba a caer en la actitud indigna de delatar a alguien. Pero su abogado, Joseph Rauh, le desaconsejó hacerlo de ese modo usual, que la haría sospechosa y conllevaría además una condena por desacato. Lo pensaron mejor y entre ambos encontraron la solución. Así, ella decidió no acogerse de entrada a la Quinta Enmienda y responder acerca de sí misma a todo lo que pudiera preguntarle el comité porque en realidad no había estado inscrita en el Partido Comunista y no tenía nada que ocultar sobre su conocida vida pública. Si tenía que acusarse a sí misma no vacilaría en hacerlo. Pero no delataría a nadie. Y en consecuencia con eso, solo se acogería a la Quinta Enmienda cada vez que se le preguntara sobre otras personas tratando de implicarlas. De modo que a diferencia de todos los que antes de ella se habían acogido a la Quinta Enmienda para protegerse evitando reconocer que habían sido comunistas (y no tener que delatar a otros), ella la usaría no para protegerse a sí misma sino para proteger a los demás, de los que diría que nunca le habían propuesto nada ilegal y a los que por dignidad y respeto de sí misma no iba a dañar por ningún motivo. Antes de concurrir a la cita para testimoniar, le envió una carta diciendo eso a John S. Wood, el presidente del comité, e informándole que se atendría a lo señalado en ella. Eso fue lo que hizo en su audiencia, y aunque el comité le informó que había rechazado su carta, ella se mantuvo en sus trece, se comportó con la mayor dignidad y los inquisidores no se atrevieron a condenarla por desacato y enjuiciarla, pero la mantuvieron en la lista negra de Hollywood. Lillian Hellman regresó al mundo del teatro.

Otras mujeres valiosas, comunistas o progresistas, algunas luego de pasar por el comité, otras sin hacerlo, fueron pasadas a la lista negra. Son los casos de Paula Miller, Dorothy Parker, Judy Holliday y Marsha Hunt. Paula Miller, luego Paula Strasberg por el apellido de su segundo marido, actriz de cine, militante del Partido Comunista desde los años treinta, fue denunciada por Elia Kazan como comunista y pasó a la lista negra. Dorothy Parker, poeta, crítica de arte, escritora reconocida, izquierdista, defensora de derechos humanos, fue acusada en 1950 de comunista por *Red Channels*, el FBI hizo un *dossier* de mil páginas acerca de sus actividades y estuvo desde 1951-1952 en la lista negra de Hollywood. Judy Holliday, actriz, comediante y cantante, delatada y acusada de comunista en 1950 fue investigada por el FBI aunque la investigación no llegó a

nada. Pero en 1952 debió testificar ante el Subcomité de la HUAC porque su nombre aparecía relacionado con organizaciones vinculadas al Partido Comunista. Marsha Hunt, actriz de cine, estuvo entre quienes apoyaron, defendieron y acompañaron a Washington a los «Diez de Hollywood» en 1947 por su comparecencia ante la HUAC ese año. Enfrentó desde entonces a la HUAC y fue acusada de comunista en 1950, apareciendo denunciada por *Red Channels* en una lista de 151 actores, guionistas y directores de Hollywood. A consecuencia de ello se la incluyó en la lista legra de Hollywood, y habiendo quedado sin trabajo se fue a Nueva York a actuar en el teatro, en Broadway.

Otro caso sonado tuvo que ver con Charles Chaplin.

Pese a su genialidad como actor, guionista, director y autor de la música de sus propios filmes, pese a la calidad y variedad de ellos y pese a su enorme fama, Chaplin no era un personaje bien visto por la derecha y la ultraderecha norteamericanas. Estas le criticaban que habiendo vivido casi toda su vida en Estados Unidos, habiendo ganado en él tanto dinero y conquistado tanta fama, jamás hubiese mostrado interés en adquirir la nacionalidad estadounidense; le criticaban su escandalosa vida sexual y su preferencia por chicas menores de edad, como habían sido tres de sus esposas (Mildred Harris de 18 años en 1918, Lita Grey de 15 en 1924 y la cuarta y última, Oona O'Neill, de 18 en 1943); criticaban sus últimos filmes por no ser suficientemente «americanos», *Tiempos modernos* (1936) por ser una crítica del sistema industrial, *El Gran Dictador* (1940) porque atacaba a Hitler y a Mussolini pero no a Stalin, y *Monsieur Verdoux* (1947) porque comparaba los asesinatos de mujeres por el protagonista con los cometidos por los militares en las guerras; y sobre todo, le criticaban sus posiciones políticas porque Chaplin era un hombre de izquierda, que sin ser comunista defendía causas como la paz, los derechos de los negros y la igualdad racial, y condenaba la guerra, la explotación de los pobres y el antijudaísmo. Aunque la idea de interrogarlo venía madurando desde los años cuarenta, el auge del mccarthismo en esa primera mitad de los cincuenta constituía una preciosa oportunidad para hacerle pagar todas estas deudas políticas. En el Senado, algunos republicanos habían hablado contra él y en la primavera de 1952 el Comité de la HUAC decidió convocarlo a testificar y a responder preguntas sobre su sospechosa cercanía ideológica con posiciones comunistas.

En realidad, no pudieron hacerlo porque la convocatoria llegó tarde. Chaplin acababa, a mediados de 1952, de terminar su más re-

ciente filme, *Limelights* (*Candilejas*), y por el contenido y ambiente del film había decidido que la *première* tuviera lugar en Londres, de modo que acompañado de su familia abordó en Los Ángeles el trasatlántico británico Queen Elizabeth el 18 de septiembre de 1952. Lo único que ocurrió fue que el pasaporte le fue revocado al día siguiente y las autoridades le informaron que para renovarlo y volver a entrar a Estados Unidos debería someterse a un interrogatorio sobre su conducta política y su moral. Chaplin, que venía ya pensando en irse, decidió no volver más a Estados Unidos. Se quedó en Europa, en Gran Bretaña, y luego se estableció en Suiza continuando su trabajo de cineasta. Y por cierto, su siguiente película fue *Un rey en Nueva York*, estrenada en 1957 y condenada en Estados Unidos, la cual de cómica pasa a dramática y es una profunda y demoledora crítica del mccarthismo.

En las siguientes audiencias de la HUAC, entre 1953 y 1956, no es que escaseen los casos, sino que con la represión de los años anteriores las principales figuras del cine hollywoodense han sido ya quebradas, sometidas, condenadas o expulsadas por defender su dignidad y sus derechos. Me limito a citar en las audiencias de 1953 a Lionel Stander, Robert Rossen y Lee J. Cobb; en las de 1955 a Zero Mostel; y en las de 1956 a Paul Robeson y Arthur Miller.

De las audiencias de la HUAC de 1953 es necesario, primero que nada, recordar a LIONEL STANDER por la forma valerosa en que la enfrentó. Hijo de inmigrantes judíos rusos, Stander, actor de cine y de teatro, participante como figura secundaria en numerosas películas de los años treinta y cuarenta, había sido ya acusado de comunista en 1937 y 1938 junto con otros cineastas más conocidos, siendo uno de los primeros actores sancionados por la HUAC de 1940 y luego por la de 1947. En marzo de 1951 Larry Parks lo mencionó ante la HUAC y luego en abril, Marc Lawrence, en su comparecencia ante el comité lo acusó de militante comunista. Stander lo demandó ante un tribunal de Los Ángeles y Lawrence se escapó a Europa. Stander negó ser comunista y pidió a la HUAC que lo llamara a testificar.

La HUAC lo convocó finalmente en mayo de 1953 y allí se enfrentó al comité negándose a cooperar y a declarar, acogiéndose a la Primera Enmienda y acusando al comité de ser una nueva versión de la Inquisición española. Se burló de ese comité por tener quince años acusándolo en vano de querer derrocar al Gobierno de Estados Unidos por la fuerza. Afirmó que él estaba a la izquierda de la izquierda, que nunca se había inscrito en el Partido Comunista

pero que había participado en actividades con los comunistas en los años treinta. Y les dijo que eran fanáticos como ellos, los del comité, los que estaban enfrentando la Constitución, acabando con la libertad, persiguiendo a los artistas y destruyendo el país. Añadió que él no iba a dar nombres de comunistas pero que sí podía darles los de fascistas y antisemitas norteamericanos que odiaban a todo el mundo, a los judíos, a los negros y a todos los grupos minoritarios. Les dijo que él no tenía ningún parecido con la banda de delatores, psicópatas y expolicías que acudían ante ese comité a darse golpes de pecho, a declararse arrepentidos de lo que habían hecho y a rogar ser absueltos para volver a trabajar en el cine. Y cerró diciéndoles que su apreciación del comité era que se arrogaba poderes judiciales y punitivos de los que carecía.

De más está decir que Stander siguió en la lista negra hasta 1965, debiendo asumir diversos empleos para sobrevivir fuera del cine, trabajando de corredor de bolsa, participando en teatro de calle y actuando hasta como rey de Carnaval en Nueva Orleans. En 1964 pudo irse a Londres y actuó en la versión cinematográfica de *Santa Juana de los Mataderos,* de Bertolt Brecht, dirigida por Tony Richardson; y después se fue a Roma a participar en *westerns spaghetti*. Volvió al fin a Estados Unidos, hizo algunos otros papeles menores y murió de cáncer en 1994. Como víctima del mccarthismo, Stander es hoy un personaje olvidado, pero merece ser recordado por su valentía y por las verdades que se atrevió a decirles a los inquisidores de la HUAC en 1953[7].

No es el caso de los otros dos que siguen. De ellos hay poco que decir.

Robert Rossen, nacido en 1908, hijo de padres judíos rusos emigrados a Estados Unidos, dirigió teatro en Broadway y luego hizo cine en Hollywood, donde trabajó como guionista y como director. En 1949 dirigió la notable película *All the King's Men* (*Todos los hombres del rey*), basada en la novela de Robert Penn Warren, que ganó diversos premios. Roosen, hombre de izquierda comprometido con causas populares, fue miembro del Partido Comunista desde 1937 hasta 1947 y terminó su relación con el Partido en 1949. Pero fue convocado por la HUAC en 1951 a testimoniar. Se acogió a la Primera Enmienda y rehusó colaborar y decir si había sido o no miembro del Partido Comunista. Fue puesto en la lista negra y se le anuló su pasaporte, de modo que no pudiera trabajar ni tampoco salir del país. Luego de dos años acosado y sin trabajo, pidió ser convocado de nuevo al comité. Este lo llamó a declarar en 1953; y esta

vez reconoció haber sido comunista, delatando además a cincuenta y siete personas a las que acusó de haber sido también comunistas. Cubierto de vergüenza, salió de la lista negra y pudo continuar haciendo cine.

Lee J. Cobb, nacido en Nueva York en 1911 como Leo Joachim Jacoby, hijo de emigrados judíos ruso-rumanos, se formó como actor de teatro en el Group Theater neoyorquino y luego pasó al cine en Hollywood, en el que destacó como actor y trabajó en muchas películas. Fue también hombre de izquierda, habiendo apoyado causas progresistas en los treinta y los cuarenta y militado en el Partido Comunista entre 1941 y 1946. Pero en su declaración ante la HUAC en 1951, el actor Larry Parks lo delató como comunista. Convocado a su vez a declarar, Cobb se negó a hacerlo durante dos años y medio, en los que estuvo en la lista negra y, de hecho, imposibilitado de seguir trabajando en el cine. Desesperado, decidió asistir al comité y allí colaboró admitiendo que había sido miembro del Partido Comunista y delatando a veinte personas, a las que acusó de haber sido también militantes del Partido. Cobb fue de inmediato sacado de la lista negra, reasumió su carrera de actor y lo primero que hizo fue participar como uno de los principales personajes, el del jefe asesino, corrupto y mafioso del sindicato portuario, en la película *On the Waterfront* (1954), que dirigía Elia Kazan con guión de Budd Schulberg para justificar mediante un argumento tramposo y hábil, unos escenarios excelentes y una actuación de primera calidad, la conducta nada digna que él, Schulberg y Cobb habían asumido en sus comparecencias ante la HUAC.

Cobb trató luego de explicar y justificar las razones de su delación y hay cosas interesantes en lo que dijo. Lo primero fue que la situación más difícil vivida por las víctimas del mccarthismo era la que le tocaba a los actores. Cierto que todos la pasaban mal, pero había diferencias. Los guionistas, al menos, podían sobrevivir trabajando con pseudónimos para eludir la lista negra. Los directores no podían hacer siempre eso, pero algunos de ellos lograron irse a México o a Europa, aunque eso ocurrió solo con los primeros porque a los que siguieron se les despojó de sus pasaportes. Pero los actores, salvo que pudieran huir, y no todos estaban dispuestos a ello o en condiciones de hacerlo, no tenían salida, porque no podían ocultar sus nombres y sus rostros. Su destino era el abandono de sus carreras en el cine, la ruina y el fracaso. En una entrevista que le hizo Victor Navasky unos veinte años después de su delación, en 1974, Cobb describió el cuadro terrible que le había tocado vivir en los dos años y medio en

que después de ser delatado se mantuvo sin concurrir a la HUAC. La entrevista, que muestra la situación desesperada en lo personal y en lo familiar que debió vivir, es demasiado larga para reproducirla, pero sí quisiera citar al menos el comienzo:

> Cuando el Gobierno de Estados Unidos toma como blanco a un individuo, eso puede ser mortal. La lista legra es solo el inicio. Después se pierde el empleo. Luego es confiscado el pasaporte. Pero eso es todavía nada. Lo peor es no poder dar un paso sin ser vigilado. Las escuchas telefónicas pasan, pero es que se controlan hasta los pagos al abasto. Al cabo de cierto tiempo las amenazas, tanto las directas como las camufladas, se vuelven insoportables, y uno colapsa. Eso le sucedió a mi esposa, que debió ser internada. Y yo tenía dos hijos de corta edad en ese entonces. Soy, sin embargo, de los que resistieron más tiempo: dos años y medio sin sucumbir a ese régimen de terror (…) yo estaba ya al borde, sin dinero, sin poder pedir prestado, y tenía que cubrir las necesidades de mis hijos (…).

Cobb, ya desmoralizado y quebrado, se rindió y se puso a la orden de la HUAC. El cuadro que describe hasta aquí llama a la solidaridad, pero a continuación, tras describir su paso por la HUAC, se vuelve cínico con los argumentos que añade para justificarse[8].

De las audiencias de la HUAC en 1955 me limito a mencionar a Zero Mostel, judío, izquierdista, sospechoso de comunista, actor cómico de teatro y cine. En enero de 1952, Martin Berkeley lo acusa ante la HUAC de ser miembro del Partido Comunista y a partir de entonces se lo coloca en la lista negra. Pero solo fue convocado a la HUAC en 1955. En su audiencia se acogió a la Quinta Enmienda, se negó a dar nombres, defendió su derecho a la privacidad y sus ideas políticas. Enfrentó al comité en temas ideológicos y descalificó a la Twentieth Century Fox diciendo que debería llamarse *Eighteenth* Century Fox por su atraso de dos siglos. Siguió en la lista negra y se le hizo imposible volver al cine hasta entrados los años sesenta. Hizo después, en 1976, con Woody Allen, *The Front*, traducida como *La tapadera* o *El testaferro*, una película de Martin Ritt en la que se denunciaba al mccarthismo. Murió poco después, en 1977.

Y para terminar con la HUAC destaco, de sus audiencias de 1956, los testimonios de esas dos grandes figuras de música y teatro estadounidense que fueron respectivamente Paul Robeson y Arthur Miller.

Paul Robeson, nacido en 1898, hijo de un padre pastor presbiteriano y una madre cuáquera, ambos negros, deportista en su juventud, abogado que dejó de ejercer la profesión por su rechazo al

racismo dominante en el foro, se dedicó al canto y a la actuación. Fue un extraordinario bajo operático. Cantó, grabó exitosos discos, actuó como Othelo con varias famosas compañías de ópera y fue intérprete de una serie de películas filmadas en Estados Unidos y en Europa. Como negro que era, denunció el racismo: luchó, aunque en vano, contra los linchamientos; y se mantuvo firme en la defensa de los derechos civiles de la población negra y de las libertades mediatizadas de su país. Fue defensor de las fuerzas republicanas en la Guerra Civil española, condenó el nazi-fascismo y denunció siempre las desigualdades e injusticias sociales. Crítico del imperialismo, mantuvo excelentes relaciones con la Unión Soviética, y sus posiciones políticas de izquierda y su antirracismo preocuparon a la extrema derecha estadounidense, defensora del capitalismo y del supremacismo blanco. Robeson participó en el llamado Council on African Affairs (Consejo de Asuntos Africanos) que el FBI de posguerra y del inicio del mccarthismo bajo Truman incluyó entre las organizaciones subversivas dependientes del Partido Comunista. Desde fines de los cuarenta la HUAC lo declaró sospechoso de comunismo y al comenzar los cincuenta lo incluyó en la lista negra, despojándolo de su pasaporte. En 1956 la HUAC lo convocó formalmente a testificar. Robeson se negó a colaborar, declaró que no era comunista y se acogió a la Quinta Enmienda, rehusando revelar sus simpatías y afiliaciones políticas. Al preguntársele por qué, dada su afinidad con la ideología política soviética, no se había quedado en Rusia, que había visitado varias veces, respondió que porque su padre había sido esclavo, porque el pueblo negro al que pertenecía había construido Estados Unidos y porque él era parte de Estados Unidos, de ese su país. Siguió años en la lista negra y sin pasaporte. Este solo le fue devuelto después de una decisión judicial en 1958 y así pudo viajar de nuevo, en esta ocasión a Europa y a Australia a participar en óperas y conciertos. Regresó a Estados Unidos en 1963. Estaba ya enfermo, se retiró a la vida privada y murió en 1976 a los setenta y siete años.

Arthur Miller nació en 1915, hijo de una familia de judíos polacos emigrados a Estados Unidos. Egresó de la Universidad de Michigan como periodista y se convirtió en autor de teatro, alcanzando en los años cuarenta fama y premios con obras como *All My Sons* (*Todos eran mis hijos*) (1947) y *Death of a Salesman* (*Muerte de un viajante*) (1949), todas ellas críticas de la sociedad norteamericana, de sus valores conservadores y sus arraigados prejuicios. Mantuvo siempre posiciones progresistas y participó en los años

treinta y cuarenta en actos y reuniones en apoyo a los republicanos españoles, en contra del nazi-fascismo y, luego de acabada la guerra, en actos a favor de la paz mundial. En esas reuniones, a lo que parece sin ser militante del Partido Comunista, coincidió y estuvo cerca de las luchas y propuestas de este, lo que lo hizo sospechoso de comunista ante la HUAC. Además, fue crítico del mccarthismo desde los tiempos de Truman. Rompió su amistad con Elia Kazan luego de la delación de este ante la HUAC en 1952 y de que Kazan lo acusara de comunista. Y ese mismo año escribió y presentó en enero de 1953 *The Crucible*, usualmente traducida como *Las brujas de Salem,* que se convirtió de inmediato en su obra teatral más conocida y popular. En ella recreaba una historia de caza de brujas ocurrida en la Nueva Inglaterra puritana en 1692 –que todos entendieron era una abierta crítica del mccarthismo imperante en el país–. Pero Miller era hombre popular, había recibido muchos premios y se había casado con Marilyn Monroe, el impactante símbolo sexual de esos años. De modo que la HUAC se limitó a quitarle el pasaporte en 1954 y solo cuando Miller fue a renovarlo en 1956 lo llamó a testimoniar para interrogarlo sobre sus posiciones políticas.

Miller aceptó ir, pero le pidió al presidente del comité, Francis Walter, que no le exigiera dar nombres, y Walter accedió a ello. Pero cuando acudió a la audiencia, por cierto acompañado de Marilyn Monroe, y respondió a todo lo que se le preguntó sobre sus actividades políticas, el comité, violando la promesa de Walter, comenzó a exigirle nombres. La respuesta de Miller fue negarse a responder porque no quería perjudicar a nadie, y acogerse a la Quinta Enmienda para dar fin a la sesión. La HUAC lo acusó de desacato al Congreso y en mayo de 1957 un juez le impuso una multa, le negó el derecho a obtener pasaporte y lo condenó a meses de cárcel. Miller apeló y en una Corte de Apelaciones la decisión del juez fue revocada, de manera que logró salir victorioso de la convocatoria.

La HUAC entra en lenta decadencia en los años sesenta y setenta y dura formalmente hasta enero de 1975. Desde esa fecha sus archivos y su personal fueron transferidos al House Judiciary Committee. Pero esos organismos mccarthistas nunca mueren del todo en Estados Unidos. Y en junio de 2016, el senador Newt Gingrich, uno de los líderes más ultraderechistas de Estados Unidos, pidió en el Congreso la creación de una nueva HUAC, ya no para denunciar al debilitado o desaparecido comunismo sino para enfrentar al terrorismo islámico, declarado nuevo enemigo principal de su país[9].

El Hollywood de los cincuenta: Anticomunismo y «cine de distracción»

El resultado de todas esas audiencias, incriminaciones, quiebras y expulsiones de actores, directores y guionistas de cine fue que este entrara en abierta decadencia como cine crítico, capaz de mostrar y denunciar algunas de las numerosas lacras del país, como eran la desigualdad social, la xenofobia, el racismo, la discriminación y las restricciones a las libertades impuestas por el propio mccarthismo. A pesar del inicio del mccarthismo en la segunda mitad de la década de los cuarenta, a lo largo de esta, Hollywood, todavía lleno de directores, actores y guionistas plenos de ideas y movidos por un ambiente mundial favorable a la derrota del nazismo, a la alianza ruso-estadounidense y al avance de la democracia y la lucha contra las discriminaciones, las desigualdades y el racismo, había realizado, en medio de la mediocridad usual, muchas películas valiosas de diverso género, incluidas las de un cine negro que alcanzaba en ese entonces su apogeo.Acabada ya la guerra, fue la época de películas valiosas como *The Lost Weekend* y *Mildred Pierce* (1945); *The Best Years of Our Lives* y *Gilda* (1946); *Out of the Past*, *Body and Soul*, *Crossfire*, *Brute Force* y *Monsieur Verdoux* (1947); *Call Northside 777*, *The Snake Pit*, *The Naked City*, *Gentleman's Agreement*, *The Treasure of the Sierra Madre* y *Red River* (1948); *Home of the Braves*, *Pinky*, *White Heat*, *The Set-Up*, *Intruder in the Dust*, *Criss Cross* y *All the King's Men* (1949); y *The Asphalt Jungle*, *Night and the City*, *Panic in the Streets*, *Sunset Boulevard* y *All about Eve* (1950).

Pero ese cine fue colapsando en los cincuenta. Y J. B. Matthews fue complacido: la limpieza de Hollywood fue total. Se rindió frente al anticomunismo, buscando como siempre mantener los elevados ingresos de que depende. Por un lado, se dedicó a hacer películas anticomunistas y a promover «documentales» del mismo corte. Pero al comprobar que, pese al mccarthismo imperante, esas películas, salvo excepción, no eran éxitos de pantalla, lo que se impuso en esa década, más que en décadas anteriores, fue la banalidad, la distracción inocua o cargada, ya fuese de su exposición de los valores más tradicionales del conservatismo «americano»; o bien de mensajes anticomunistas indirectos o disfrazados, envueltos en otros temas que, aunque diferentes, hacían que pudieran ser leídos como tales. En todo caso, las tres más directas y promocionadas películas que eran abiertamente anticomunistas fueron *The Iron Curtain*, *I was a Communist for the FBI* y *My son John*.

The Iron Curtain, dirigida por William Wellman en fecha tan temprana como 1948 y protagonizada por Dana Andrews, es la precursora del género, y se basa en el caso Igor Gouzenko, desertor soviético en Canadá en 1946, que comentamos antes. *I was a Communist for the FBI*, dirigida por Gordon Douglas en 1951 y protagonizada por Frank Lovejoy, se basa en la serie de relatos publicados previamente en *The Saturday Evening Post*, obra del infiltrado comunista húngaro Matt Cvetic, convertido luego en delator pagado por el FBI. La película tuvo cierto éxito ayudada por la publicación previa de los relatos de Cvetic y porque se completó con una serie radial de setenta y ocho programas con igual título protagonizados por Andrews, que al parecer deseaba proclamar su anticomunismo a diario y por todos los caminos. Y la tercera película, la más falsa y dañina de todas, fue *My son John*, dirigida en 1952 por Leo McCarey, anticomunista furibundo, creador de la Motion Pictures Alliance for the Preservation of American Ideals, película en la que narra la historia de un joven, hijo de un padre de la Legión Americana y una madre extremadamente religiosa, cuya traición a la patria, es decir, su comunismo, descubre su madre para hacerlo regresar arrepentido al redil luego de hacerle jurar con la mano sobre la Biblia que ha abandonado el comunismo. Como estas películas no hicieron suficiente daño alentando el mccarthismo, Hollywood se dedicó también a producir pseudodocumentales dedicados a describir una burda caricatura del comunismo para que fuesen difundidos en las escuelas, universidades y centros de formación del Ejército. Y hubo otras películas asimilables en diverso grado al tema, como *Pickup in South Street* (1953), de Samuel Fuller, un bodrio en el que los comunistas son solo una banda de rateros, o *The Invasion of the Body Snatchers* (1956), de Don Siegel, película de ciencia-ficción de mucha calidad, que ya comentamos antes. Lo principal del cine hollywoodense de los años cincuenta lo conformaron banalidades, musicales, comedias, espectáculos y cine de distracción en grandes formatos como el recién creado cinemascope. Películas como *The Greatest Show on Earth*, *Ben-Hur* y *Los Diez Mandamientos*, y obras de ciencia-ficción, de platillos voladores, marcianos, invasores de otros mundos, dirigidas a mantener vivo el miedo. El cine del Oeste nos dejó un *western* imborrable como *High Noon*. El camino que le quedó a los cineastas para hacer un cine de cierta denuncia y crítica social fue sobre todo el policial, el cine negro, en el que todavía se produjeron películas, varias de ellas excelentes, como *The Big Heat* (1951), *The Harder they Fall* (1956), *The Killing* (1956), *Touch*

of Evil (1958) y *Anatomy of a Murder* (1959). Pero a Hollywood le costaría mucho recobrarse, así fuese parcialmente, del mccarthismo.

La histeria y el miedo

Si bien los Estados Unidos, como hemos tenido ocasión de ver leyendo los capítulos anteriores, han vivido siempre en medio de la histeria y del miedo, siempre teniendo o inventando un enemigo que los amenaza y los lleva a mantener y desarrollar ese miedo y esa histeria como formas de supervivencia, tiempos como los de este auge del mccarthismo son los que llevan ese terror a sus peores y más altos niveles y a sus más terribles expresiones. Con más fuerza que histerias derechistas anteriores, el mccarthismo convierte al extranjero en enemigo hasta que no se demuestre lo contrario, hace del miedo la forma cotidiana de vida o de sobrevivencia de las mayorías y transforma a una parte de la población en enemigo solapado que quiere apoderarse del país destruyendo su Gobierno, y al que hay que denunciar, acosar, perseguir y encarcelar porque de otra manera no es posible recuperar la paz y la normalidad que ese enemigo amenaza con su sola presencia. Y en este contexto no solo es que todo se vuelve sospechoso y que de todo y de todos es necesario desconfiar, sino que incluso cosas que se daban por inofensivas o que se consideraban como parte de la cotidianidad y de las normales diferencias entre seres humanos que conviven, ahora se vuelven signos peligrosos o se convierten en falsas verdades que el enemigo quiere seguir difundiendo como verdaderas. El comunismo es proteico y puede asumir diversas formas para confundir y dominar. La vida se hace difícil de vivir, dominada como está a diario por la inseguridad y el miedo, y por el odio y la histeria permanente.

Expresiones y ejemplos a un tiempo cotidianos y terribles de esa histeria son las reacciones contra los sospechosos de comunistas y contra los acusados de serlo. Las gentes los eluden, los agreden, les arrojan basura en los patios de sus casas; algunos, tarde en las noches, les lanzan piedras a las habitaciones en que duermen ellos y sus hijos. El mismo acoso se produce en las escuelas contra los hijos de los sospechosos o acusados de comunistas. Y no solo son los niños, sino también los maestros y las maestras quienes los acosan, haciéndoles la vida imposible a hijos, hijas, padres y madres. A estos les resulta difícil conseguir un abogado que los defienda porque este teme que, como en los viejos tiempos de la Inquisición, se termine viéndolo a él más como cómplice que como defensor. Y

son raros los casos en que algunos vecinos acuden a manifestarles su solidaridad, porque temen lo mismo: que se los acuse a ellos también de comunistas. Igual sucede con las causas progresistas, que pasan todas a ser vistas como causas comunistas. Todo lo referente a igualdad, derechos de los negros, condena del racismo, apoyo a la paz mundial o al desarme resulta sospechoso de comunismo. Y hasta la misma Constitución de los Estados Unidos se hace sospechosa de serlo, como nos muestra Albert Kahn a propósito de una encuesta que intentaba hacer John Hunter acerca de la Declaración de Independencia y de la Carta de Derechos.

Dice Albert Kahn en su libro *Notes on a National Scandal* (traducido al español como *Escándalo en los Estados Unidos. El maccarthysmo al desnudo*, Platina, Buenos Aires, 1960, p. 12, nota) que el escritor John Hunter, el 4 de julio de 1951, día aniversario de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, le propuso a un grupo de ciento doce personas que se hallaban reunidas en una plaza en celebración de la fecha, firmar un petitorio que reproducía fragmentos del texto de la Declaración de Independencia y del Bill of Rights o Carta de Derechos. Solo una persona se atrevió a firmarla. Las otras se negaron, y la mayoría de ellas declaró que tenía mucho miedo de firmarla. Muchas le preguntaron si él era comunista. Una señora, indignada, le gritó: «¡Váyase al demonio con esas proclamas comunistas!». Y cuando él le explicó a otra mujer que los textos eran parte de la Declaración de Independencia, ella le respondió: «Puede que esa sea la Declaración de Independencia de Rusia, pero no creo que sea la nuestra!».

Los delatores y su papel

El auge del mccarthismo estadounidense se alimentaba de las delaciones y estas de los delatores. Delación y delatores desempeñaron un papel protagónico en esos terribles años. Y en este campo sí es verdad que los Estados Unidos fueron excepcionales, como a su élite tanto le gusta proclamar. Porque si bien es cierto que todos los países y gobiernos usan informantes y delatores profesionales y pagados, en ellos unos y otros son personajes tristes o vergonzosos y en el mejor de los casos son secretos, como sucede con los informantes de los servicios de inteligencia. En ninguno de esos países se exhibe y promociona a informantes y delatores como modelos de conducta ni se los convierte en héroes de la patria. Y las gentes corrientes no solo no simpatizan

con ellos, sino que los rechazan. Pero el caso estadounidense es francamente excepcional. Estados Unidos es el único país del mundo en el que la profesión de delator, de delator abierto y pagado, se convierte en profesión no solo honrosa sino heroica, y los delatores son exhibidos como modelos a seguir, como verdaderos héroes, como ejemplo de «auténticos americanos». Algunos de ellos se hacen ricos con el dinero que el FBI y el Gobierno les pagan por cada nueva delación; y son capaces de hacer de todo, de mentir y perjurar sin pizca de vergüenza y de acusar a quien sea a cambio de obtener el dinero que el Estado les ofrece generosamente y sin dudar.

Como dice también Albert Kahn (op. cit.p.13-14), en esos Estados Unidos mccarthistas muy pocas profesiones gozaban de un prestigio comparable al de los delatores. Y añade:

> Las declaraciones de los delatores que se presentaban en los tribunales federales y ante las comisiones del Congreso como «testigos expertos en materia de comunismo» aparecían en los titulares periodísticos como noticias de trascendental importancia. Millones de dólares se derrocharon en la difusión de sus hazañas por medio de películas cinematográficas, programas de televisión y radio, libros y artículos de revistas. Los delatores fueron festejados en banquetes de gala, invitados a hablar en reuniones municipales, y recibieron recompensas por su patriotismo. Uno de los más célebres miembros de la profesión, un comunista renegado llamado Louis Budenz, fue nombrado profesor en la Universidad de Fordham y recibió en una ceremonia las llaves de la ciudad de Boston. El estado de Pennsylvania dedicó un día especial a honrar al delator Matthew Cvetic. El estado de Massachusetts rindió un tributo similar al delator Herbert Phillbrick y el *New York Herald Tribune* lo presentó orgullosamente como firmante de una de sus columnas regulares El representante Charles Potter, de Michigan, declaró que los delatores merecían «una medalla por su valentía, como la mayoría de los hombres honrados en el campo de batalla». Y dijo J. Edgar Hoover, director del FBI: «Estos hombres merecen el respeto de la nación (…) el informante confidencial es (…) una institución, una parte indispensable en todas las esferas de la vida.

La mayor parte de esos delatores profesionales bien pagados por el Gobierno, convertidos así en empleados gubernamentales y exaltados y homenajeados por medios y autoridades como héroes de la patria no eran sino espías infiltrados, delincuentes, borrachos,

drogómanos, convictos y pandilleros capaces de mentir y perjurar con la mayor impunidad a cambio de complacer a los inquisidores del Congreso y de recibir sus sustanciosas pagas. Entre esos delatores los principales y más famosos fueron Elizabeth Bentley, Whittaker Chambers, Louis Budenz, Matt Cvetic, Harvey Matusow y Manning Johnson, todos ellos exmilitantes comunistas pasados al FBI. Y además de la paga que recibían, algunos de ellos escribieron libros autobiográficos celebrados por los medios y que en muchos casos se convirtieron en *best sellers* con los que aumentaron su fama y engordaron sus ingresos. Chambers, el de los *Pumpkin Papers*, escribió uno de esos libros, que fue promocionado por el propio Richard Nixon. Elizabeth Bentley contó su vida, sus amores y sus traiciones en otro auténtico *best seller*. El libro de Matt Cvetic, *I was a Communist for the FBI,* no solo fue otro *best seller* sino que, como vimos, sirvió de guión para la película del mismo nombre que terminó de enriquecerlo. Matusow, famoso delator excomunista, escribió un libro muy vendido en el que al menos describía y reconocía su sucia labor de delator pagado, lo que lo convirtió en un texto de denuncia del mccarthismo.

Y lo peor de todo es que la delación no solo era el sórdido negocio que enriquecía y hacía famosos y respetados a los delatores profesionales y pagados, sino que se convirtió en una tendencia en aumento entre buena parte de la población corriente. Las gentes, asustadas y convencidas de que la delación era honorable y patriótica, delataban a las autoridades todo rostro, gesto y movimiento que les pareciera sospechoso. Y de nuevo, como en los tiempos de la Inquisición medieval, ayudados ahora por esa nueva versión de la Iglesia que era el FBI, era posible delatar sin cargos de conciencia a la propia familia, los padres a los hijos, los maridos a las esposas o los hijos a los padres. Ejemplos hubo y a los niños se los estimulaba en la escuela a acusar y denunciar a sus padres. Chaplin imagina un caso terrible en su película *Un rey en Nueva York*.

Apogeo y fin de McCarthy

Pero es necesario volver a quien es el centro y motor de todo, es decir, a McCarthy, al que dejamos a comienzos de 1953 reestructurando el Subcomité del Senado que debía permitirle mantener su poder y exponer sus nuevas denuncias contra la infiltración comunista y el espionaje soviético, y contra las complicidades y peligrosa ineficiencia existentes en las altas esferas del Gobierno. Para reor-

ganizar el Subcomité, McCarthy consigue a dos individuos que van a jugar papel protagónico en el mismo y que se convierten en los principales y más feroces ejecutores de su política anticomunista. El primero de ellos es Roy Cohn, el mismo que venía de jugar papel central en la condena a muerte de los Rosenberg. Cohn es un joven y dinámico abogado egresado de las mejores escuelas del país, pero tan agresivo y grosero como el propio McCarthy. Es judío, pero anticomunista, es decir, tolerable para el entonces arraigado antijudaísmo de la extrema derecha estadounidense, y le es recomendado a McCarthy por J. Edgar Hoover, el jefe del FBI, lo que constituye para él la mejor de las recomendaciones. De modo que McCarthy sin vacilar lo contrata con el cargo de Asesor Principal del Subcomité. El segundo individuo se llama Gerard David Schine y es en verdad todo un personaje. Íntimo amigo de Cohn, que es quien se lo recomienda a McCarthy, Schine, también judío y aún más anticomunista que Cohn, es un joven *dilettante,* rubio, de buena presencia y con cierto aspecto de SS, pero que es hijo de una riquísima familia dueña de una extensa cadena de hoteles de primera clase, y su currículum político e intelectual se reduce a que ha escrito y hecho publicar un corto e improvisado folleto de seis páginas titulado *Definición del comunismo* al que Rovere describe como una colección de disparates: una ignorante y grosera confusión de fechas, nombres y personajes. El folleto se consigue en esos años en todas las habitaciones de la cadena de Hoteles Schine, del que el joven Schine es gerente general; y Cohn y McCarthy solían decir que se trataba de un admirable trabajo. Schine es contratado como segundo de Cohn, y con McCarthy como supervisor y líder, el equipo de trabajo queda constituido.

McCarthy da amplios poderes a sus dos acólitos. Y en ese año de plenitud mccarthista, año realmente terrible que es 1953, son ellos dos, supervisados por McCarthy y contando con un equipo de funcionarios, los que pasan a primer plano, igual que la HUAC que como comité investigador de actividades comunistas de la Cámara de Representantes venía por su parte, como ya vimos, rematando con sus inquisitoriales audiencias, delaciones y condenas, su tarea de aplastar en Hollywood todo lo que le oliera a comunismo, ya fuese este parte del pasado o del presente de sus acusados.

Dedicado a denunciar y perseguir toda sospecha de comunismo en oficinas y dependencias del Estado, ya se tratase de funcionarios permanentes de estas, o de intelectuales, escritores, profesionales,

músicos, periodistas u otro tipo de propagandista que de algún modo hubiesen tenido relación con cualquiera de esas dependencias, en especial con las asociadas a la seguridad, el Subcomité desarrolla en ese año de 1953 una enorme actividad. Siempre presidido por McCarthy, realiza audiencias a todo lo largo del año, desde el 15 de enero hasta el 8 de diciembre. Los indiciados son muchos centenares y los cuatro volúmenes oficiales editados que recogen los resultados de esas numerosas audiencias alcanzan las 3.642 páginas. Por lo general, es decir en casi todos los casos, McCarthy preside las audiencias, participando en forma activa en ellas. Tiene de segundo al senador Karl Mundt, que sirve de interrogador principal, pero también lo acompañan y ayudan los senadores John McClellan, Henry Jackson, Charles Potter, Everett Dirksen y Stuart Symington, todos de un anticomunismo feroz y agresivo, aunque los demócratas, como McClellan, se retiran de la Subcomisión el 20 de julio de 1953 y solo se reincorporan el 25 de enero de 1954. Robert Kennedy es consejero asistente. Roy Cohn, que no es miembro del Congreso, es el asesor principal, consejero jefe, investigador, y a menudo actúa como interrogador. Por su parte David Schine, que tampoco es miembro del Congreso, figura como investigador jefe consultante. Uno de los problemas de las audiencias del Subcomité es que muchas de ellas fueron secretas y solo una parte fue pública. Eso hizo que no fuesen publicadas en esos años, a diferencia de las audiencias de la HUAC. Por eso se hizo difícil durante muchos años referirse a ellas y solo en 2003, es decir, medio siglo más tarde, se las publicó todas, incluyendo las de 1954, que en cambio sí fueron todas públicas, abiertas, televisadas y grabadas[10].

Imposible y creo que además innecesario sería referirse a todos los casos examinados. Me referiré solo a algunos entre los más importantes o interesantes porque hay para escoger. En el volumen I del *McCarthy Hearings* se lee el interrogatorio de Howard Fast, uno de los más grandes y brillantes novelistas estadounidenses, quien era comunista desde su juventud y solo se separó del Partido en 1956, luego de la invasión soviética de Hungría. Fast, neoyorquino, prolífico escritor, hijo de padres judíos, había publicado una serie de novelas en las que, por lo general, domina el interés social o histórico. En tiempos de Roosevelt y de la alianza soviético-estadounidense Fast fue contratado por la *Voz de América* para hacer varios programas. A partir de esta corta colaboración y de la sospecha de que sus novelas, muy leídas, eran todas comunistas, el Subcomité lo

interrogó con agresividad tratando de hacerle confesar lo que ya sabía: que era comunista. Fast se acogió a la Quinta Enmienda y se atuvo a ella cada vez que se intentó hacer que diera nombres. No mencionó a nadie y hasta denunció al Subcomité por sus métodos, que comparó con los de los nazis. Se le acusó de desacato, se lo envió a la cárcel por dos años y en ella escribió *Espartaco*, la más famosa y vendida de sus novelas.

En el volumen II hay varios casos interesantes. Uno de ellos es el interrogatorio de Dashiell Hammett, el famoso escritor de novelas negras. Hammett, reconocido como comunista, se acogió también a la Quinta Enmienda, evitó todas las trampas del Subcomité, se negó a dar nombres y fue reconvocado. Condenado por desacato, pasó tres años en la cárcel y quedó en la lista negra por diez años. También en ese volumen puede leerse el interrogatorio de James Aronson, intelectual comunista, y el de su camarada Cedric Belfrage, igualmente intelectual comunista, escritor, cineasta, periodista y corresponsal de guerra que se acogió a la Quinta Enmienda, pero que como ciudadano inglés que era, debió soportar un agresivo interrogatorio del que logró salir indemne y dignamente sin mencionar a nadie al que pudiera dañar. Belfrage fue expulsado luego de Estados Unidos y escribió años después un notable trabajo sobre el mccarthismo, *La inquisición democrática en Estados Unidos*, que he utilizado en este libro y que menciono en la bibliografía. También aparecen en ese segundo volumen los interrogatorios de Eslanda Goode Robeson, Leo Huberman, Harvey O'Connor y Aaron Copland. La señora Eslanda Robeson –activista social que era esposa del famoso músico, cantante y también activista Paul Robeson– no se acogió a la Primera o Quinta Enmienda sino a la Décimaquinta. A los inquisidores les llamó la atención esto y ella respondió que era negra y que por eso se acogía a una de las enmiendas aprobadas a favor de los negros en tiempos de la Reconstrucción del Sur, en 1865, enmiendas olvidadas desde entonces. En las páginas siguientes se lee el interrogatorio de Huberman, escritor e historiador, hombre de izquierda pero no comunista, que pudo defenderse sin acogerse a ninguna enmienda. Huberman escribió años más tarde una hermosa historia un tanto embellecida de Estados Unidos titulada *Nosotros, el pueblo*, muy leída en América Latina, y fue colaborador de Paul Sweezy, notable escritor estadounidense marxista, en varios de sus estudios económicos sobre el capitalismo. A continuación se interrogó al economista norteamericano Harvey O'Connor, que se acogió a la Quinta Enmienda y mantuvo

su dignidad a lo largo de todo el interrogatorio al que fue sometido. O'Connor se hizo famoso años más tarde como autor de *El imperio del petróleo*, un notable estudio crítico de los monopolios petroleros, sobre todo estadounidenses, muy leído y citado también en América Latina y en Venezuela. El último sospechoso al que menciono de este segundo volumen es Aaron Copland, famoso músico estadounidense, progresista pero no comunista, que pudo declarar que no lo era sin acogerse a ninguna enmienda, pero al que Mundt sometió a un minucioso interrogatorio.En el volumen III, dedicado a la infiltración comunista en empresas y dependencias gubernamentales relacionadas con la seguridad, la única «celebridad» que aparece declarando es el excomunista convertido en delator profesional tarifado Louis Budenz. Interesante, aunque no viene ahora al caso, es el largo y sesgado examen que el Subcomité hace de lo que llama «Atrocidades en la guerra de Corea]» y que se refiere, sobre todo, a la denuncia de que los comunistas coreanos le habían estado lavando el cerebro con aplicaciones de corriente eléctrica a soldados norteamericanos capturados, para devolverlos a Estados Unidos convertidos en comunistas. Esa acusación servía para tratar de tapar las verdaderas atrocidades, el monstruoso genocidio (más de dos millones de norcoreanos asesinados, esto es, la quinta parte de la población del país) cometido por las tropas estadounidenses en esa guerra mediante matanzas indiscriminadas, asesinato de mujeres y niños, lanzamiento de todo tipo de bombas, destrucción de ciudades y campos arrojando sobre ellos napalm y agente naranja, y uso de diversas armas químicas y biológicas contra la población.

En el volumen IV, dedicado también a la infiltración comunista en oficinas del Gobierno, la figura más destacada es Elizabeth Bentley, la famosa exmilitante comunista convertida en delatora profesional y tarifada de la que he hablado antes. Elizabeth Bentley retoma su relato anterior acerca de su conocida y declarada pertenencia a la red Silvermaster, organización de espionaje comunista de los años treinta y cuarenta en Estados Unidos, para acusar a varios de los imputados de haber pertenecido a ella.

Importa ahora señalar que la labor de Cohn y Schine como investigadores al servicio del Subcomité es a un tiempo agresiva y ridícula. Su primera gran misión la dirigieron a investigar a *La Voz de América*, la gran emisora radial que estaba a cargo de la Agencia de Información del Departamento de Estado, y que difundía (y aún difunde) a punta de propaganda y de diversas manipulaciones la visión

política, ideológica y cultural que los Estados Unidos muestran de sí mismos para el mundo. Encontraron que no todo les parecía muy claro y que había en ella programas sospechosos y personajes infiltrados. A partir de audiencias secretas y de chismes menores sin base decidieron «limpiar» la radio. En eso gastaron los primeros meses de 1953, creando gran desconcierto entre directores, locutores y productores de muchos programas. Hubo más escándalo que otra cosa; y después de marzo de 1953 la investigación fue abandonada.

La razón principal para hacerlo fue que ambos, Cohn y Schine, se iban juntos a Europa. Allí iban a cumplir una tarea más interesante, siempre en nombre del Subcomité. A propuesta de McCarthy, en abril de 1953 los dos íntimos amigos se fueron a Europa, en la que permanecieron unos dos meses recorriendo juntos ciudades capitales y registrando en ellas las embajadas de Estados Unidos en busca de todo lo que pudiera olerles a comunismo o infiltración soviética en lo tocante a funcionarios y, sobre todo, a bibliotecas. Y el «experto en comunismo» que era Schine debía tener papel central en esto último. Antes de su partida, McCarthy, ante la prensa, había leído la lista de autores sospechosos de comunistas o procomunistas cuyos libros podrían estar contaminando esas bibliotecas. En el llamado de Cohn y Schine a destruir esos libros comunistas quedaron incluidos como sospechosos autores clásicos estadounidenses como Thoreau, Dos Passos y Hemingway. Y en su viaje europeo se enteraron también de que los rusos leían a Mark Twain. Y a propósito de esto, ocurrió que después de su regreso, el 14 de junio, el presidente Eisenhower, que estaba lejos de McCarthy y de sus torpes excesos pero no del mccarthismo, en un discurso que pronunció en el Dartmouth College llamó a los norteamericanos a no quemar libros y a atreverse a leer los que encontraran en sus bibliotecas, lo que indignó a McCarthy, a Cohn y a Schine provocando sus protestas. Y no resultaría descabellado pensar que hasta podrían haber empezado a sospechar que Eisenhower era comunista. Lo cierto es que Eisenhower se vio forzado a explicar el sentido de sus palabras. Retomando frases de su discurso en el que había afirmado que no era posible derrotar al comunismo sin conocerlo y sin enfrentar su fuerza de atracción, dijo: «Yo soy el enemigo más incondicional que pueda haber de la teoría comunista, pero sería una tontería pretender que el comunismo no existe o que no tiene una inmensa fuerza de atracción». Y McCarthy empezó a comentar que ya no se trataba de «veinte años de traición» (los de los gobiernos demócratas de Roosevelt y Truman entre 1932 y 1952) sino de

veintiuno, esto es, que había que incluir ahora al primer año de gobierno de Eisenhower[11].

Pero volviendo al viaje de Cohn y Schine, este resultó un fracaso. Visitaron París, Bonn, Fráncfort, Múnich, Viena, Belgrado, Atenas, Roma y Londres. El ridículo que hicieron en todas partes cobró alcances internacionales, porque si su gira buscaba mejorar la imagen exterior del mccarthismo en una Europa en la que todavía dominaba el pensamiento progresista y de izquierda y que tenía ideas propias y aún pensaba por su cuenta, este par de burdos y sospechosos personajes, que eran la auténtica cara del mccarthismo, no podían lograr otra cosa que no fuese empeorar esa ya deplorable imagen. Y eso fue lo que lograron. En esos meses empieza, por cierto, a correr el rumor de que entre ambos amigos hay mucho más que amistad. En realidad, Cohn es homosexual, aunque lo oculta y niega, no solo porque el rechazo a la homosexualidad es entonces absoluto tanto en la sociedad estadounidense como en otras, sino porque el mccarthismo la perseguía denunciando que los comunistas y los espías rusos se aprovechaban de la homosexualidad oculta de varios funcionarios del Departamento de Estado y del Ejército para chantajearlos y sacarles información estratégica en provecho de la Unión Soviética. Tanto era o parecía ser esto así, que Eisenhower exigió investigaciones rigurosas para descubrir y expulsar de las oficinas del Gobierno ya no solo a los posibles comunistas o espías rusos (si es que aún quedaban) sino a todos los funcionarios no comunistas pero sí sospechosos de ser homosexuales. No obstante, a Cohn, cuyo íntimo amigo no era un comunista sino un mccarthista como él, no se le investigó ni le pasó nada hasta que murió de sida años después, en 1986.

Sin proponérselo, Cohn y Schine, fieles seguidores de McCarthy, van a ser en buena medida los responsables indirectos de su caída una vez que el poder de su jefe alcance su efímera cima. El punto de partida de todo esto es que en el segundo semestre de 1953 Schine es reclutado por el Ejército porque debe cumplir su servicio militar en él. Cohn, que es la mano derecha de McCarthy, no quiere separarse por ningún motivo de Schine tanto por la íntima amistad que lo une a él como porque el servicio militar de su amigo le exigiría que abandonara su trabajo en el Subcomité. Schine es reclutado y empieza a cumplir su servicio. Después de hacer gestiones poco exitosas para lograr que su amigo vuelva, Cohn, que está por ello a punto de abandonar el Subcomité, decide presionar entonces a

McCarthy pidiéndole que intervenga para hallar la forma de reducir al máximo las tareas militares de Schine en el ejército a fin de que este pueda continuar actuando con él en el Subcomité. McCarthy interviene y habla con el secretario de Defensa Robert T. Stevens y le pide que no ponga a Schine en servicio y le permita regresar al Subcomité. Stevens termina accediendo a buena parte de lo solicitado por McCarthy, es decir, liberando a Schine de algunas obligaciones, pero sin desincorporarlo del todo del ejército.

De modo que las audiencias sobre el Ejército, que en los documentos publicados y en las audiencias televisadas cubren la primera mitad de 1954, en realidad empiezan antes, en el otoño de 1953, es decir que coinciden con la convocatoria de Schine a hacer su servicio militar y con las gestiones de Cohn (y de McCarthy a petición de este) ante el secretario del Ejército Robert T. Stevens para lograr que Schine siga en el Comité.

Porque ocurre que el infatigable McCarthy, cuya actividad como investigador anticomunista del mundo militar se había limitado hasta entonces a calumniar al general Marshall, ha empezado a investigar a la Fuerza Armada. En ese otoño de 1953, McCarthy ha empezado a husmear en la situación de Fort Monmouth, importante instalación militar situada en Nueva Jersey, dedicada a investigaciones secretas sobre radares, comunicaciones, señales y misiles. Fort Monmouth sirve de sede al principal laboratorio del Cuerpo de Señales del Ejército, organismo secreto definido como esencial para la seguridad del Estado; y McCarthy abre una investigación contra ese laboratorio, que tiene allí su sede, porque tiene serias sospechas de que en el Fuerte hay muchos comunistas. Lo hace porque ha descubierto además que Julius Rosenberg, ejecutado en marzo de ese año junto con su esposa, acusados ambos de haber sido espías al servicio de la Unión Soviética, trabajó en Monmouth como inspector de radares en 1942-1943. Y en octubre de ese año 1953 denuncia en la Subcomisión que desde esa base, Rosenberg habría empezado a montar su red de espionaje. Pero lo más importante y fantasioso es que afirma que esa red sigue todavía activa, aunque no halla ningún indicio que pudiera dar sustento a su alegre acusación. Lo único que era cierto y además archisabido de todo eso es que Joel Barr y Alfred Sarant, dos de los científicos estadounidenses que habían trabajado en Monmouth, habían sido espías soviéticos y habían huido de Estados Unidos a Europa, Barr desde 1947 y Sarant en 1950 al iniciarse el proceso Rosenberg con la captura de David Greenglass.

Pero de las varias audiencias que convoca McCarthy sobre el asunto no saca nada porque, salvo vagas sospechas y chismes, en realidad no hay nada concreto.

Sin embargo, McCarthy tiene otro dato que le lleva a mantener la investigación. Se trata de que Mary Stalcup Markward, una espía infiltrada en el Partido Comunista estadounidense y pagada por el FBI, que se mantuvo como miembro del CPUSA desde 1943 hasta 1950, que fue interrogada por la HUAC en 1951 y que delató a 240 personas como miembros del CPUSA en los años cuarenta, acusó entre ellos de comunista a una mujer negra, Annie Lee Moss (a la que luego reconoció que no conocía en persona), la cual había pasado de atender la cafetería de Monmouth a empleada de oficina ocupada de recibir y entregar documentos relativos a señales del Ejército. El marido de Annie Lee Moss, que era viuda desde hacía años, debió ser simpatizante del CPUSA a principios de los cuarenta, pero luego fue soldado en la Segunda Guerra Mundial y murió (en ella o después). En realidad, lo más probable es que siendo negro como su esposa, sin ser militante, hubiese simpatizado con el CPUSA, muy activo en los años cuarenta, porque esste luchaba por la igualdad y los derechos civiles de los negros y que por ello recibía o compraba el *Daily Worker.* Pero ella, sometida al juramento de fidelidad trumaniano en 1949 y a otro interrogatorio similar del Ejército algo después, aunque con algunas dudas de los interrogadores, salió bien parada de ambos y así pudo conservar su trabajo como empleada de oficina en Monmouth. Annie Lee Moss era una mujer de escasa cultura, simple, muy religiosa, dedicada por entero a su casa, a su nieto, a su iglesia y a su biblia. Aun si hubiese sido antes simpatizante del CPUSA a principios de los cuarenta, los papeles que ahora manejaba eran oficios corrientes (en realidad, «mensajes codificados que ella no podía entender») y era más que difícil que pudiera ser espía. Además, el testimonio de la delatora Markward y su cifra de 240 comunistas, igual que otros testimonios similares, resultaron al cabo poco confiables y en su caso así lo estimó el Ejército. Pero McCarthy acosó a Annie Lee Moss. Ella insistió en que no era ni había sido comunista; que aunque el *Daily Worker* seguía apareciendo en el porche de su casa, ella no lo leía y lo usaba para envolver a veces comida o desechos caseros; que su nombre era corriente y que la delatora la confundía con otra. Aunque grupos de extrema derecha defensores recientes de McCarthy insisten en que ella sí era comunista, lo cierto es que Annie Lee Moss era una mujer

humilde bastante ignorante, sin idea de la situación internacional y que al final el propio McCarthy reconoció que ni ella ni su declaración eran importantes.

Por su parte, Schine, que ha sido incorporado al ejército pese a las gestiones de Cohn, que llegaron hasta Washington, y a la solicitud de McCarthy a Stevens, pero que en realidad ha sido liberado de casi todas sus tareas de recluta, lo que le permite seguir en el Subcomité como él y sus dos jefes querían, tiene la ocasión de conversar con el secretario Stevens, al que invita a uno de los hoteles Schine y lo felicita por su condición de firme anticomunista y porque una vez enterado de la investigación iniciada por McCarthy para el Subcomité, está dispuesto a que este adelante lo que viene explorando en la base de Monmouth. Y así McCarthy sigue su investigación. Los oficiales de seguridad de Monmouth suspenden a cuarenta y dos empleados como riesgosos para la seguridad y McCarthy los llama al Subcomité para interrogarlos. Lo de Annie Lee Moss no le ha servido de nada, pero él se aprovecha de este nuevo regalo e insiste en que la red de espionaje montada por Rosenberg aún funciona y en que en Monmouth hay más de veinte sospechosos sobrevivientes a esa fantasiosa red, añadiendo que no solo incluye a civiles sino también a militares. Convencido de esto, se mete de lleno a buscar y a revisar fuentes y documentos militares secretos. El secretario Stevens y el consejero militar de Seguridad, John G. Adams, colaboran al principio con él. Pero la presencia de sus subordinados hurgando en estos papeles molestó a Eisenhower y como presidente, este –tan anticomunista como McCarthy pero nada simpatizante suyo ni de sus métodos, y además celoso de los secretos del Ejército–, temiendo que informaciones secretas pudieran caer en manos de un incontrolable provocador como McCarthy, ordena suspender la investigación. Y por orden suya el secretario Stevens, cuidando mucho de no malquistarse con McCarthy, la suspende pero sin decírselo a este. Y fue en uno de los interrogatorios ulteriores que el indignado McCarthy lo forzó a reconocer que la investigación había sido suspendida.

De manera que el caso de Monmouth no duró mucho y por orden de Eisenhower el Ejército cortó la investigación. Las pesquisas de McCarthy solo sirvieron para generar disgusto entre los altos mandos militares al ver que se los acusaba de ser blandos con el comunismo y que se sospechaba de que algunos de ellos fuesen incluso posibles cómplices del espionaje ruso. Además, tampoco los altos mandos militares querían que salieran a flote manejos burocráticos,

favoritismos e ineficiencias administrativas como las que existían y son usuales en oficinas del Estado.

Así que el punto central del auge y caída de McCarthy son las audiencias del Subcomité en la primera mitad de 1954. McCarthy ha estado investigando al Ejército y descubriendo aspectos cuestionables en su funcionamiento que para él son clara demostración de infiltración comunista, pero que más parecen ser pruebas de burocratismo e ineficiencia. Lo que McCarthy no sospecha es que los servicios secretos del Ejército lo han estado investigando a él y descubriendo algunos de los muchos abusos de poder y comprometedoras complicidades de que ha dejado huella. El terreno va quedando servido para un duelo de titanes en el Senado entre McCarthy y la Fuerza Armada, duelo en el que aunque parece no pensarlo, es él quien lleva todas las de perder. Ese duelo va a cubrir buena parte del año 1954 mediante una larga y explosiva secuencia de virulentas audiencias públicas, transmitidas por radio y sobre todo televisadas y seguidas en vivo por no menos de veinte millones de estadounidenses, cifra descomunal para esa época de inicio de la masificación de la televisión en Estados Unidos[12].

Las audiencias mccarthistas de 1954 cubren los meses que van de enero a junio de ese año. No puedo ni me interesa examinarlas en detalle. Son demasiado largas, enrevesadas, confusas, caóticas y conflictivas, tocan además demasiados temas que se repiten, y se refieren a demasiados personajes que tratan infinitos aspectos de lo mismo. Solo me interesa aquí lo esencial, en lo que McCarthy se centra: en la sospecha de infiltración comunista en Monmouth, que ya examinamos; en el caso de Irving Peress, dentista asimilado cuyo ascenso de capitán a mayor considera irregular y al que acusa de comunista; y en las denuncias no solo de blandura y complicidad con el comunismo que denuncia en el Ejército, sino de la ineficiencia y corrupción que asegura haber descubierto entre sus altos rangos y que le permite atemorizar al secretario de Defensa en persona y agredir, descalificar y humillar en público a varios generales. Estas dos últimas cosas se funden en una sola y se centran en el interrogatorio de Peress y en las acusaciones contra el Ejército y contra algunos de sus altos mandos. Es en esto que se centra la batalla y es de ello que derivan todas las discusiones, sospechas, agresiones e insultos que McCarthy reparte por doquier.

Por cierto, es de notar que en el Subcomité se ha generado desde antes una sorda crisis interna porque los tres inquisidores de-

mócratas que lo integran: McClellan, Jackson y Symington, se han retirado abandonando las sesiones y acusando a McCarthy de excederse en sus atribuciones. Su retiro, que para nada impide el funcionamiento y las audiencias del Subcomité, se produce el 10 de julio de 1953 y solo se reincorporan el 25 de enero de 1954, de modo que en las audiencias de la segunda mitad de 1953 estuvieron ausentes y en una de esas audiencias, como no siempre las presidió McCarthy, la presidencia fue ejercida por Schine, que no era miembro oficial de ella (ya que era apenas asesor), e igual que Cohn ni siquiera era integrante del Senado. Y es en esas audiencias del otoño e invierno de 1953 que comienza el enfrentamiento de McCarthy con el Ejército y en concreto los interrogatorios de Irving Peress y del general Zwicker y otros altos mandos militares, interrogatorios que continúan en la última semana de enero de 1954[13].

El caso Irving Peress y la presencia del comunismo en el Ejército

Irving Peress, estadounidense nacido en el Bronx neoyorquino en 1917, dentista de profesión y descendiente de judíos, casado y de profesión dentista, militar asimilado, es un personaje corriente, carente de interés y de toda significación hasta que la denuncia de McCarthy lo saca del anonimato en que vive y lo lleva al primer plano convirtiéndolo en tema de la política, del mundo militar y de la guerra mccarthista contra el comunismo.

Peress se gradúa de dentista en 1940 y se casa con una profesora inglesa, joven mujer progresista que es terapeuta y trabajadora social. Se convierte en votante del American Labor Party, un partido socialista de corte sindical comparable al Partido Laborista británico. No es un partido comunista pero, como es de esperar, la derecha y el FBI lo consideran influido por el Partido Comunista o como prolongación suya. Peress intenta entrar al Ejército estadounidense como militar asimilado y no es aceptado en tiempos de la Guerra Mundial pero sí en 1950 al iniciarse la guerra de Corea. Destinado a Japón, logra permanecer en Estados Unidos porque su esposa e hija están enfermas. Entra a formar parte de la base de Camp Kilmer en Nueva Jersey y debiendo hacer por escrito un juramento de fidelidad, afirma no haber sido ni ser miembro de ninguna organización que se propusiera derrocar por la fuerza al Gobierno de los Estados Unidos. Pero en cuanto a si ha sido o es miembro del Partido Comunista, se acoge a no responder en nombre de lo que él llama un privilegio constitucional federal, pero que no es sino una alusión a

la Quinta Enmienda. Con ello empieza a abrirse un espacio de sospechas en torno suyo, pues aunque su conducta como profesional y como militar son correctas, subsiste el hecho de que se sospecha que sea o que haya sido comunista.

Peress obtiene el grado de capitán asimilado y en octubre de 1953 le toca su ascenso o promoción a mayor. Esta le es concedida sin problemas por el jurado de oficiales al que le toca decidir, aunque su oficial superior de inteligencia militar ha recomendado separarlo del servicio por las sospechas a que habían dado lugar sus respuestas a anteriores encuestas en lo tocante al comunismo.

Y aquí estalla el escándalo.

A McCarthy le llega una denuncia anónima, al parecer enviada por un general o un alto oficial de Camp Kilmer, informándole acerca de la promoción de Peress y de que este es comunista. ¿Qué más podía querer McCarthy para armar un escándalo a partir de este amasijo de contradicciones, dudas y sospechas? Aquí hay algo confuso porque (según afirma el preámbulo al volumen V de las audiencias de McCarthy) fue el comandante de Camp Kilmer, el general Ralph W. Zwicker, el que urgió a que Peress fuera relevado como oficial activo. De modo que el 18 de enero de 1954 se acordó en el mando de Camp Kilmer dar a Peress de baja, pero sin que se tratase de una destitución ni expulsión. No se lo acusó de comunista y se acordó darlo de baja con los honores correspondientes.

El preámbulo al volumen V de las audiencias dice que al enterarse de esto, el Subcomité contacta al general Zwicker, pero no da más detalles, lo que es una lástima; y a continuación añade que Zwicker afirmó que Peress era comunista. Pero esto resulta muy confuso porque todo indica que quien autoriza más adelante dar de baja a Peress con honores y sin ninguna acusación es él, lo cual es contradictorio, y también porque en su audiencia ulterior ante el Subcomité, Zwicker de esto nada dice, ni siquiera de que Peress fuese comunista. En todo caso, lo que cuenta es que Peress es llamado a testificar ante el Subcomité de McCarthy el 30 de enero de 1954 y frente a la avalancha de preguntas que se le hace se acoge, esta vez sí, a la Quinta Enmienda. Y lo hace muchas veces, unas veinte. Y luego, de regreso a Camp Kilmer, Peress se mueve con rapidez. Su baja había sido fijada para el 31 de marzo pero él pide adelantarla y se la dan el 2 de febrero con los honores ordinarios mencionados. Justamente el día anterior, el 1.º de febrero, McCarthy ha escrito a Stevens solicitando corte marcial para Peress y para el alto oficial que había aprobado la promoción.

Peress vuelve a testificar el 18 de febrero, pero no hay corte marcial, además de que ya está fuera de la Fuerza Armada. A quien le toca ahora afrontar la virulencia de McCarthy es al general Zwicker. Ya no está más en Camp Kilmer pues lo han trasladado a Japón, pero se lo hace volver a Estados Unidos para interrogarlo. McCarthy exige saber quién aprobó la promoción de Peress y quién adelantó la fecha de su baja. «Who promote Peress?» es su pregunta. Ya ha acosado y agredido al coronel Chester Brown, que no le da respuesta, y le sigue el general Zwicker. McCarthy le exige en forma perentoria el nombre del militar que aprobó la promoción y la baja honorable de Peress. Zwicker, que es un militar reconocido, se niega a dar esos nombres porque una Orden Ejecutiva le prohíbe como soldado hacer públicas esas decisiones. En respuesta, McCarthy le dice que habría que destituirlo a él de todo mando porque no es confiable y que un general protector de comunistas como es él, es indigno de portar ese uniforme que lleva.

El testimonio de Zwicker es publicado el 22 de febrero y aumenta el malestar y el disgusto existente contra McCarthy en los mandos del Ejército. Varios cuarteles, el Alto Mando Militar y hasta el presidente Eisenhower manifiestan su molestia contra el grosero trato que McCarthy ha dado a un hombre como Zwicker, que había sido condecorado como héroe de la Segunda Guerra, y el secretario Stevens ordena al general rechazar cualquier otra convocatoria del Subcomité. La agresividad, descalificaciones e insultos de McCarthy, que actúa como un energúmeno, a quien hace perder apoyo y prestigio no es a Zwicker sino a él mismo porque McCarthy está olvidando no solo que en Estados Unidos el Ejército es el poder o parte central de él, sino que al que está agrediendo e insultando en las personas de esos coroneles y generales como Brown, y sobre todo como Zwicker, es al Ejército mismo. Al Ejército como institución sagrada. Sí, al Ejército, que es uno de los fetiches más adorados por el pueblo estadounidense, capaz en su ceguera y en su domesticación mediática de embellecer, olvidar o tapar todos sus defectos burocráticos y en especial todas sus guerras de conquista y saqueo, y todos los crímenes y genocidios cometidos en ellas por sus tropas. Y ciego de confianza en su poder, McCarthy parece además olvidar que está insultando y descalificando al admirado Ejército de su país no en privado sino ante el enorme público que sigue esas audiencias por radio y por televisión, lo que, repito, empieza a hacerle perder apoyo no a Zwicker sino a él, a su equipo y a su Subcomité.

Empero, el principal perjudicado por este proceso es Peress, quien no tiene ninguna protección ni forma de defenderse de lo que le espera después de salir del Congreso cargado de acusaciones. Peress tiene su consultorio y su casa en Queens, tranquila zona de Nueva York, y vive allí con su esposa y con sus hijos. Peress es judío, ahora está acusado de comunista, y las esperadas agresiones contra él y su familia se van a alimentar de ambos odios, del anticomunismo y del antijudaísmo. Su buzón de correo se llena a diario de cartas y mensajes cargados de insultos antijudíos groseros y amenazas de muerte. Se lo fuerza a quitar la placa de su consultorio. Su esposa, Elaine Gittelson, también judía, que dirige el periódico de la Asociación de Padres y Maestros de la escuela de sus hijos, es atacada en forma violenta, insultada y destituida de su cargo. Algunos de los agresores le señalaron a gritos que lo hecho a los Rosenberg, la silla eléctrica, era la única justicia válida para serle aplicada a los judíos como ella y su marido. Un periodista escribió en esos días que sería un placer colgarla a ella y a «sus ratitas», es decir, a sus hijos, del árbol más cercano. Salvo alguna excepción, sus vecinos los rechazaban, insultaban o eludían y su casa fue apedreada muchas veces por las noches, con peligro para ellos y sus hijos, que eran además agredidos e insultados en la escuela. Es la peor y más fea cara del mccarthismo la que se muestra desnuda en este caso. No en balde Peress, años más tarde, cuando tuvo al fin oportunidad de hablar y declarar en paz, recordó estas histéricas agresiones y las comparó con las agresiones propias del nazismo[14].

Ahora bien, en la continuación de un proceso de audiencias públicas como este, que cuenta con el rechazo abierto del Ejército y la condena del presidente Eisenhower, por supuesto no por su fondo ni por sus objetivos anticomunistas –que ellos comparten– sino por el estilo agresivo, brutal y torpe de McCarthy, la situación empieza poco a poco a volverse contra él. Algo que golpea temprano a McCarthy y empieza a darle forma a su derrumbe es el programa televisivo de Ed Murrow, conocido periodista de radio y televisión, productor y director de *See It Now*, un programa televisivo de enorme audiencia. Murrow le dedicó el 9 de marzo de 1954 uno de esos programas a McCarthy, utilizando para criticarlo textos y fragmentos de sus discursos. Y el programa, que alcanzó difusión nacional, tuvo un resultado demoledor para McCarthy. Furioso, este respondió en la prensa a Murrow; y Murrow lo invitó a su programa para que respondiera a las sólidas críticas que le había hecho en *See It Now*. McCarthy aceptó la

invitación y asistió al programa el 6 de abril siguiente, pero no refutó las críticas ni habló de ellas sino que se dedicó a agredir a Murrow y a acusarlo de comunista, diciendo que usualmente no creía que valía la pena responderle a gente como él, pero que ahora lo hacía porque gracias a su programa había descubierto que Murrow era el líder y más inteligente integrante de la jauría de chacales que se lanzaba a estrangular a todo aquel que se atreviera, como él, a denunciar comunistas y traidores. La ya desgastada y torpe respuesta de McCarthy solo sirvió para incrementar las dudas y el rechazo sobre su agresiva conducta y para contribuir a la disminución de su ya declinante cuota de popularidad.

Otro ingrediente clave de ese viraje es que el Ejército ha estado por su parte investigando a McCarthy y que cuenta además con un abogado defensor muy capaz y experimentado, Joseph Nye Welch. Este, veterano fiscal, juez y viejo y reconocido abogado, actúa en esas audiencias como jefe consejero del Ejército de Estados Unidos. Y su misión, acompañado en esto por el consejero militar John G. Adams, es defender al Ejército de las acusaciones de McCarthy contraatacando con la exposición de algunas de las muchas irregularidades cometidas por este que el servicio de investigación militar ha estado descubriendo. Welch se enfrenta a McCarthy en esas audiencias públicas que, dado que se trata de responder en forma contundente a su virulencia, se convierten a menudo en desordenadas batallas campales. Y para cortar en seco la agresividad de McCarthy, el defensor del Ejército saca a colación que tanto este como su principal asesor, Roy Cohn, estuvieron presionando a Stevens, el secretario del Ejército, para que este, violando las normas de disciplina que lo rigen, aligerara el servicio militar de Schine y creara un régimen especial para su servicio. El hacer público esto agrega más interés y conflictividad al ya tenso enfrentamiento.

Welch y sus colaboradores ponen a McCarthy a la defensiva. Se descubre que un colaborador suyo no identificado ha sacado del FBI sin autorización, es decir, robado, una carta secreta con informaciones delicadas en poder de J. Edgar Hoover para entregarla a McCarthy, que no estaba ni está autorizado para recibirla. McCarthy pasa ahora de acusador a ser interrogado. Como le recuerda Welch, ha jurado «decir la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad», pero se niega a decir quién le entregó la carta. Welch le recuerda que está bajo juramento, pero McCarthy se niega en forma rotunda a dar la información que se le exige. Welch

le pregunta entonces en forma irónica si es que va a acogerse a la Quinta Enmienda y McCarthy, enfurecido, le responde que él no reconoce esa enmienda y en la forma más prepotente le reitera que no insista porque nada ni nadie le sacará esa información.

El mismo Welch tiene otro enfrentamiento con McCarthy, que trata de acusar de comunista sin tener ninguna base para ello a un joven abogado bostoniano del equipo de Welch. Este defiende al joven abogado y como McCarthy en forma agresiva insiste en acusarlo, Welch, tras decirle que no va a discutir más con él, lo acusa de tener una conducta indigna y carecer de toda decencia. Los asistentes aplauden a Welch y McCarthy empieza a sentir en carne propia lo que es verse arrinconado, aunque a diferencia de lo ocurrido con muchas de sus víctimas, en este caso las acusaciones contra él no son mentiras ni calumnias. Se trata de sus abusos y excesos, los cuales empiezan a ser condenados por voces equilibradas de la propia derecha y que justamente se están mostrando en público delante de millones de televidentes.

Resultado de todo esto (las audiencias terminan sin llegar a nada en junio de 1954) es que McCarthy sale de ellas muy golpeado; que su apoyo empieza a desmoronarse (salvo en el caso de los mccarthistas más histéricos y agresivos, porque esos lo siguen defendiendo y respaldando); y que la principal consecuencia de todo ese largo, desordenado y gigantesco *show* mediático televisado es que el Senado decide abrirle un juicio a él.

Al concluir las audiencias, republicanos y demócratas en el Senado se enfrascaron en discusiones acerca de los resultados planteados y de la responsabilidad de McCarthy en su fracaso. Se publicaron cuatro informes inútiles. Sobre el fracaso hubo acuerdo porque era obvio, pero sobre la responsabilidad de McCarthy y sus abusos hubo inevitables diferencias.

Muchos republicanos lo defendieron, algunos de ellos dudaron, mientras los demócratas, incluidos los más anticomunistas, lo condenaron. No habiendo decisión, el asunto pasó al Comité General del Congreso. El 30 de julio se propuso una censura, se discutió mucho al respecto y finalmente, el 2 de agosto, una votación de 75 a 12 decidió investigar a McCarthy y se nombró una comisión presidida por el viejo senador Arthur Watkins. Las discusiones fueron prolongadas y tomaron varios meses. Se leyó una larga y cruda lista de los abusos e insultos de McCarthy. Este consiguió un joven abogado defensor que lo hizo leer un documento muy educado en el que reconocía

algunos excesos, aunque luego de ese costoso esfuerzo moderador volvió a su lenguaje usual y a insultar a los miembros de la comisión que lo juzgaba. En esta, unos republicanos minimizaron los insultos diciendo que McCarthy no había sido el único en cometerlos, pero debieron reconocer que en los casos de los otros se trataba solo de ocasiones únicas o raras y en el suyo de acciones reiteradas, de una forma permanente de conducta. La decisión a tomar debía optar entre censura y condena. Se descartó la censura, la más grave, y se optó por la condena. La decisión de condenar a McCarthy se produjo el 2 de diciembre de 1954 y los cuatro cargos iniciales previstos quedaron reducidos a dos, el principal de los cuales lo condenaba por esos insultos y agresiones porque configuraban una conducta indigna de un senador y porque con ella había obstruido procesos constitucionales y menoscabado el prestigio del Senado.

En fin, que lo que McCarthy obtuvo fue una victoria (o una derrota) a medias, lo cual le permitió seguir en el Senado y en el Subcomité pero ya no como presidente de este y pasando en todos los terrenos, tanto en el Senado como ante los medios, a un claro segundo plano, lo que resultaba realmente algo mortal para él. Sin embargo, al menos al principio, aunque no tan grande como antes, seguía contando con un gran apoyo entre los grupos más histéricos y anticomunistas del país. Estos, que eran bastantes, se movilizaron y lo defendieron y aclamaron en la calle. Un comité que se hacía llamar «de Diez Millones de Americanos» (es decir, de mccarthistas) recogió firmas en su defensa diciendo que había entregado al Congreso más de un millón de ellas. Hubo grandes marchas en su apoyo al grito mccarthista de «Who promote Peress?». Diversos personajes lo defendieron, entre ellos algunos exembajadores, exgobernadores, exmilitares, varios grupos religiosos católicos, y por supuesto las inefables Hijas de la Revolución Americana. Y reapareció por un momento, en uno de esos actos de calle, Roy Cohn, que había abandonado el Subcomité en agosto de 1954 al iniciarse el proceso de McCarthy. Pero luego no volvió.

En realidad, esos movimientos eran inconsistentes y demasiado heterogéneos. Resultaron efímeros y McCarthy, si bien había sido un fenómeno mediático, no había sido nunca un líder político, un líder de masas; y no se puso al frente. De hecho, había entrado en franca y acelerada decadencia. Seguía, sí, en el Senado, pero se movía en él como una incómoda sombra, la prensa había empezado a sacarle el cuerpo o a huirle y los senadores aprovechaban

para abandonar la sala de sesiones apenas solicitaba la palabra o empezaba a hablar, ya sin la fuerza de antes. McCarthy estaba enfermo y aunque había sido siempre un bebedor, ahora se estaba convirtiendo en un borracho consuetudinario y tambaleante. Solo sobrevivió dos años y medio a su derrota. Mantuvo algunos de sus sospechosos negocios, pero debió hospitalizarse con frecuencia, y el 2 de mayo de 1957 murió, a los cuarenta y ocho años de edad, en el Centro Médico Naval de Bethesda, en Maryland, víctima de graves complicaciones producto de cirrosis y hepatitis[15].

De todos los grandes anticomunistas, incluso abiertos o solapados mccarthistas, que dominaron el panorama político estadounidense en esa terrible década que va de 1947 a 1957, década la más virulenta y amenazante de la recién iniciada Guerra Fría, esto es, entre dirigentes como J. Edgar Hoover, John Foster Dulles y los mismos presidentes Truman y Eisenhower –igual que el de mccarthistas de conducta algo más moderada, inteligente o más hipócrita–, es innegable que McCarthy fue el más grande, furibundo, destacado y poderoso. Superó claramente al viejo juez Palmer, su implacable precursor de la década del veinte, la del Espantajo Rojo. Como ya dije, encontrando un campo abonado favorable que solo parecía estar esperándolo, McCarthy se lanzó a cabalgar sobre esa creciente ola de histeria anticomunista, y con la más irresponsable audacia la impulsó hasta convertirla en un auténtico maremoto de odio, miedo y violencia que dejó atrás anteriores ataques de histeria derechista y anticomunista vividos por esa sociedad políticamente histérica y derechista que es la sociedad estadounidense.

Pero al cabo la ola terminó tragándoselo. A McCarthy le pasó, en esencia, lo mismo que a esos furibundos inquisidores cristianos medievales, como Conrado de Marburgo o Robert Le Bougre, que en un clima abonado de persecución de «herejes» y con apoyo del Papado iniciaron la Inquisición en varios países europeos de la primera mitad del siglo XIII, persiguiendo, torturando y quemando en hogueras de la forma más brutal a centenares de hombres y mujeres, pero cuyos excesos llevaron a rebeliones o a condenas y terminaron siendo víctimas de su propia violencia: Conrado de Marburgo asesinado y Robert Le Bougre juzgado y encarcelado de por vida. Todo de modo que la Inquisición siguiera sin ellos y pudiera continuar cometiendo los mismos horrendos crímenes, pero con menos escándalo, con mayor apoyo y con más calma, casi con normalidad, convertida en actividad rutinaria e instituida, sujeta a un aparato jurídico promotor

de la delación y legalizador de la tortura establecido por la propia Iglesia y contando con el apoyo del Estado que, como la Iglesia tenía «horror de la sangre», era el encargado de quemar vivos a los hombres y mujeres que ella condenara.

En el fondo, McCarthy era un problema para el mccarthismo, para el propio anticomunismo visceral que él intentaba llevar a sus extremos. Su poder desmesurado e incontrolable era una amenaza para el verdadero poder. McCarthy amenazaba a los presidentes. Para muchos, parecía tener más poder que Truman, al que insultó, y que Eisenhower, al que como republicano había apoyado en un principio.

Pero McCarthy no formaba en realidad parte del poder, del poder que domina en Estados Unidos. Y sin ser revolucionario ni nada parecido, lo cierto es que en su anticomunismo furibundo a ultranza, sin límites, McCarthy atacó en forma frontal a ese poder, el poder de su país, acusándolo de ser blando con el comunismo o cómplice de él y de estar infiltrado en todos sus niveles por comunistas y espías rusos. McCarthy creó odio y miedo por doquier. Atacó de entrada al *New Deal* de Roosevelt, lo que a esas alturas no era grave; pero luego atacó con más fuerza al Departamento de Estado, lo que sí era grave; y amenazó y acusó a Truman y después de un corto e incómodo apoyo inicial enfrentó también a Eisenhower. Y lo más grave e insostenible de todo fue que se lanzó de frente a atacar en forma grosera y en público, ante millones de personas, al sacrosanto Ejército de Estados Unidos, auténtico sostén de su poder imperial, acusando a sus generales y oficiales de cómplices del comunismo. Terminó como un inquisidor medieval, arrogante, incontrolable y enloquecido, considerando que todo el poder norteamericano era sospechoso de comunista y que el único auténtico patriota y verdadero anticomunista era él. Y esto era algo que el poder estadounidense, el verdadero poder del país, de *su* país, no podía ni estaba dispuesto a soportar.

Por eso, conscientes del peligro en que McCarthy se había convertido para el país y para su sistema de gobierno, republicanos y demócratas, tan anticomunistas como él, terminaron, aunque con dudas, condenándolo y forzándolo a pasar a un segundo plano (lo que hizo que se derrumbara a corto plazo) para poder mantener ellos el anticomunismo, el mccarthismo mismo, pero sin él, sin llevarlo a los peligrosos extremos a que él lo había llevado. McCarthy era un estorbo para su propia causa; y el Congreso, que lo había

soportado con miedo, dejó que la ola en la que cabalgaba se lo llevara lejos, para seguir sin él.

Y eso fue lo que ocurrió. La ola no solo se tragó a McCarthy, sino que el maremoto provocado por él perdió cierta fuerza luego de su muerte porque al terminar la década de los cincuenta y comenzar los años sesenta las tensiones internacionales entre Estados Unidos y la Rusia comunista descendieron en cierto grado, con lo que disminuyeron las amenazas de guerra y los terrores y se empezó desde ambos lados a buscar formas de acuerdo. Y así como había comenzado antes de que McCarthy apareciera, el mccarthismo pudo ahora continuar sin él con más tranquilidad, como una persistente marea alta que pudiera resultar normal para los estadounidenses, acostumbrados como están a convivir con formas corrientes y algo menos virulentas de histeria mccarthista creadas por sus gobiernos y de las que de ordinario y en su gran mayoría ellos mismos forman parte. Cierto que el mccarthismo perdió fuerza años después, pero eso, como veremos en el próximo y último capítulo, constituyó el cierre relativo de un ciclo más, y lo que hizo fue hacer que reapareciera en formas más ligeras en las décadas siguientes, que fuera creciendo como una nueva ola pero sin nuevos McCarthy y que reapareciera y estallara al comenzar el siglo XXI como un nuevo maremoto neomccarthista, pero que esta vez lo encabezó el propio poder en la persona del Presidente de la República. Y que con el chantaje de la lucha contra el terrorismo, un terrorismo que en fin de cuentas es respuesta a las políticas invasoras, saqueadoras y asesinas del propio imperialismo norteamericano contra otros pueblos, ese neomccarthismo, esta vez sin nombre, encabezado por el poder estadounidense y no actuando contra él, como ocurriera en el caso de McCarthy, lograse que sus recursos ultraderechistas y sus leyes represivas basadas en el miedo se integrasen dentro del propio sistema «democrático» estadounidense, convirtiéndolo cada vez más en un sistema autoritario y ultraderechista sujeto a histerias sucesivas provocadas por él mismo que le permitan, creando siempre nuevos miedos y nuevos enemigos, fortalecerse y militarizarse día tras día.

Notas

1 Toda la información sobre estas audiencias las tomo de *Hearings Before the Committee on Un-American Activities*, *House of Representatives,*

Eightieth Congress, First Session [United States Government Printing Office, Washington, 1947], que contiene las audiencias que tuvieron lugar entre los días 20 y 24 y del 27 al 30 de octubre de 1947. La audiencia de Ayn Rand se lee completa en pp. 82-91 y el diálogo que cito y traduzco se halla en la p. 90. Para los que no recuerdan o no conocen el diálogo entre dos locos, de *Chespirito*, es este:

–¡Oye, Chaparrón!
–¿Dígame, licenciado?
–Licenciado.
–Muchas gracias.

La distribución de las audiencias en el texto es la siguiente: Robert Taylor (pp. 164-171); Ronald Reagan (pp. 213-219); Gary Cooper (pp. 219-225); Leo McCarey (pp. 225-229). Las de los ejecutivos y dueños de grandes empresas cinematográficas se reparten a lo largo del texto y por predecibles interesan menos. Las de los «testigos inamistosos», es decir, de los «Diez de Hollywood», las señalaré a medida que vaya comentándolas. Igual haré con las que se leen en otros tomos de la misma colección. El excelente prólogo de Garry Wills a la obra de Lilian Hellman (*Tiempo de canallas*, FCE, México D. F., 1984, pp. 9-14) hace una serie de sarcásticos e interesantes comentarios que comparto, tanto a la intervención de Ayn Rand como, sobre todo, a la de Robert Taylor, intervención de la que me ocupo en lo que sigue.

2 Las audiencias de los «Diez de Hollywood» y de Bertolt Brecht están incluidas en el tomo antes citado del *Hearings Before the Committee on Un-American Activities* en el que aparecen las audiencias de Ayn Rand y Robert Taylor (véase nota n.º 1). Para las audiencias de John Howard Lawson, del 27 de octubre, véase pp .290-296; las de Trumbo, Maltz y Bessie –que corresponden al 28 de octubre– están en pp. 329-341, 363-367 y 383-398 respectivamente; las de Biberman, Dmytryk y Scott, del 29 de octubre, corresponden en el mismo orden a pp. 412-415, 459-462 y 466-468. Para las de Lardner, Cole y Brecht, del 30 de octubre, véanse respectivamente las pp. 479-483, 486-489 y 491-504.

3 En su hermosa y reconocida novela *La historia de Lola Gregg*, publicada en 1956, en la que describe con una gran riqueza el pesado ambiente de histeria anticomunista propio de los Estados Unidos de fines de los años cuarenta, el famoso novelista estadounidense Howard Fast recrea en gran medida la heroica figura de Robert Thompson en el valiente, perseguido y asesinado esposo de la heroína de la novela.

4 El término mccarthismo fue creado en fecha temprana por el conocido caricaturista norteamericano Herbert Block, mejor conocido como Herblock. El 29 de marzo de 1950, apenas aparecido McCarthy, Herblock lo usó en forma crítica en su caricatura de ese día. La caricatura puede verse en internet. Muestra una torre inclinada formada por diez tachos de basura en cuya cima hay un barril al parecer lleno de excrementos y que lleva el nombre MCCARTHYSM. La torre está por derrumbarse y el barril a punto de caer sobre varios políticos que están tratando de acercarle un pesado elefante.

Como se aprecia, el término tenía un carácter claramente despectivo y se lo vio al principio como un peligro, pero McCarthy se lo apropió muy pronto con orgullo, proclamando que mccarthismo no era otra cosa que «americanismo en mangas de camisa».

5 Los interrogatorios de los cineastas mencionados, y muchos otros más, se leen en los tres volúmenes que contienen las audiencias de la HUAC celebradas en 1951: *Hearings before the Committee on Un-American Activities House of Representatives*, ob. cit. Para otras informaciones sobre los interrogados me he servido también de otras fuentes, entre ellas Giuliana Muscio, *Lista nera a Hollywood. La caccia alle streghe negli anni'50* [Feltrinelli, Milán, 1979, *passim*]; Marie-France Toinet, *La chase aux sorcières. Le maccarthysme* [Complèxe, Bruselas, 1995, *passim*]; Lillian Hellman, *Tiempo de canallas* [ob. cit., *passim*]; Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en Estados Unidos* [ob. cit., *passim*]; y sobre todo, de lo disponible acerca de ellos y de algunos de sus filmes en Wikipedia en inglés.

6 El *Magazine de la Legión Americana* del 6 de diciembre de 1951 que contiene el artículo de Mattews está disponible en internet.

7 Junto con muchos otros que hemos citado y otros que no citamos, el testimonio de Lionel Stander puede leerse en el utilísimo libro de Eric Bentley (ed.), *Thirty Years of Treason* [National Books, Nueva York, 2002, pp. 634-653], del cual hay varias ediciones. En Wikipedia, en inglés y en español, hay buenos resúmenes de su vida y de su declaración ante la HUAC.

8 La declaración de Lee Cobb a Victor Navasky puede leerse en versión francesa en Marie-France Toinet, *La chasse aux sorcières. Le maccarthysme*, ob. cit., pp. 136-138. En la biografía de Cobb en Wikipedia en inglés se lee el párrafo que he citado en su versión original. La obra de Navasky se titula *Naming Names* [Viking Press, Nueva York, 1980], y ha sido reeditada varias veces.

9 Algo interesante y además curioso y digno de ser recordado, es que en la última etapa de su existencia oficial, esto es, desde fines de los pasados setenta, los cambios que se estaban dando en el país con las luchas de los negros y la guerra de Vietnam habían hecho que a esa terrible HUAC de la década de los cincuenta se le perdiera cada vez más el miedo. Y el mejor ejemplo de ello son las audiencias o interrogatorios de los *yippies* Jerry Rubin y Abbie Hoffman, íconos de la contracultura estadounidense, sobre todo el primero de ellos. Estos dos jóvenes personajes, que se oponían a la guerra de Vietnam, apoyaban el *Black Power* y el consumo y legalización de la marijuana, y que habían encabezado protestas de calle en defensa de los derechos de los negros, fueron acusados de conspiradores por la HUAC en 1968. Convocado a una audiencia, Rubin se presentó ante el comité no acogiéndose a ninguna enmienda, sino provocando un verdadero *show* mediático. Asistió varias veces y cada una de ellas llegó con un disfraz distinto. La primera vez fue disfrazado de policía. Obligado a quitarse el disfraz, se despojó de él pero debajo del uniforme policial vestía un uniforme de soldado de la guerra de Independencia norteamericana y se paseó por la sala gritando que nada era más americano

que la Revolución. Los miembros del comité no estaban preparados para eso. Además, Rubin se puso a soplarle bombas de espuma jabonosa al presidente y luego a fumar marijuana en plena audiencia. En la segunda ocasión llegó disfrazado de guerrillero vietnamita esgrimiendo un fusil M-16 de juguete. Y en la tercera, porque hubo una tercera, ya en señal de paz, llegó vestido de Santa Claus. Todo terminó en una condena tan absurda como el juicio. Pero este merecido final, cargado de ridículo, es poco para las enormes deudas contraídas por sus crímenes por ese siniestro comité.

10 La edición es *McCarthy Hearings. Executive Sessions of the Senate Permanent Sub Committee on Government Operations, 1953-1954*. Son seis volúmenes –uno introductorio– que incluye cortos artículos y análisis de contexto e índice de los cinco volúmenes siguientes. De estos, el volumen I cubre las sesiones desde el 15 de enero hasta el 18 de marzo; el volumen II desde el 23 de marzo hasta el 9 de septiembre; el III desde el 14 de septiembre hasta el 22 de octubre y el IV desde el 23 de octubre hasta el 8 de diciembre, es decir, todo el año 1953. Del volumen V, dedicado a las sesiones de 1954, es decir, a las audiencias en las que se investigó al Ejército y las dependencias militares, hablaré luego. Los cinco volúmenes fueron impresos por la United States Government Printing Office, Washington, 2003. Todos los textos están disponibles en Internet.

11 Véase N. Iakovlev, *Historia contemporánea de Estados Unidos*, ob. cit., t. II, pp. 297-298.

12 El volumen V de las citadas audiencias de McCarthy está dedicado a las del año 1954, esto es, al enfrentamiento de McCarthy y su Subcomité con el Ejército. Ese volumen es útil, porque contiene el texto escrito de esas audiencias aunque faltan los importantes interrogatorios de Irving Peress y del general Zwicker. Estos habrían sido publicados antes por separado y los editores dicen que por ello no se los incluyó en esa edición. Pero no es posible conseguirlos ni siquiera en Internet. De todas formas, las audiencias de 1954 eran conocidas porque, como acabo de señalar, a diferencia de las de 1953, fueron todas abiertas, públicas y sobre todo televisadas. Pero actualmente lo que se puede conseguir de esas audiencias en Internet son apenas unos pocos y desordenados fragmentos.

13 Lamentablemente, los principales interrogatorios –los de Peress y Zwicker– no aparecen incluidos en los correspondientes volúmenes publicados de las audiencias (IV y V). Y no es porque esas audiencias fueran secretas, como muchas otras, porque en el preámbulo al volumen V se señala que esos interrogatorios, secretos o no, fueron publicados en su momento, es decir, en 1953-1954, de modo que eran públicos. (El principal testimonio de Peress, el del 30 de enero de 1954, en el que se acogió varias veces a la Quinta Enmienda, fue publicado por el Subcomité el 4 de marzo de ese año.) Y lo cierto es que no aparecen en los libros y materiales de que dispongo, entre ellos, por supuesto, los volúmenes de las audiencias de McCarthy en los años antes señalados, y que pese a mis esfuerzos tampoco he logrado encontrarlos en Internet. Solo se halla un volumen con documentos y textos del proceso de interrogación de Peress

publicado por el Subcomité en 1955, pero extrañamente tampoco aparecen en él sus declaraciones ni tampoco las del general Zwicker. De todas formas dispongo de buenas síntesis, fragmentos concretos y resúmenes parciales de los interrogatorios de Peress y de Zwicker que creo resultan suficientes para exponer lo esencial de los mismos.

14 Cedric Belfrage, testigo cercano de las agresiones contra los Peress, las describe en *La inquisición democrática en los Estados Unidos*, ob. cit., p. 318. Añado por mi parte que Peress y su familia no solo soportaron los ataques, sino que vivieron muchos años. Él mantuvo su consultorio hasta 1980. Murió en noviembre de 2014, con noventa y siete años, siempre en Queens, precedido dos años antes por su esposa Elaine. Entrevistado por la prensa en 1976 y en 2005, ratificó siempre que no había sido comunista aunque, igual que antes, lo que dijo dejó dudas. En todo caso, lo que cuenta es que si estas subsisten ya no hay forma de aclararlas.

15 Los datos sobre los movimientos y grupos que apoyan a McCarthy luego de su juicio los tomo de R. Rovere, ob. cit., pp. 246-247.

Capítulo x

Después de los años cincuenta: NeoMcCarthismo, fundamentalismo, plutocracia y decadencia

Como hemos dicho ya varias veces, el mccarthismo, así como empezó mucho antes de McCarthy, tampoco desaparece después de él; y volvemos a encontrarlo en las décadas siguientes, empezando por la que le sigue, la de los sesenta del siglo XX. Estados Unidos no puede vivir sin mccarthismo, sin sus ultraderechas activas, sin fundamentalismo, sin guerra, sin enemigos reales o fabricados, y sin amenazas de nuevas histerias anticomunistas o anti lo que sea. Pero lo que es necesario señalar de una vez es que ese mccarthismo de los sesenta y setenta que vamos a examinar ahora no es por supuesto igual del todo al que acabamos de examinar, el propio de esa década cimera que para la ultraderecha fue la de los cincuenta, década en la que el propio McCarthy tuvo un papel protagónico como no había llegado a alcanzar ningún otro líder anticomunista o ultraderechista que lo precediera. Y ese mccarthismo no es igual en todo al anterior porque así como conserva sus rasgos esenciales ultraderechistas, los que lo definen, también atenúa o modifica algunos de ellos, incluso exagerándolos y llevándolos a extremos aún más derechistas, además de que resucita viejos rasgos, añade rasgos nuevos y se adapta en cierta medida, como ha hecho otras veces, al contexto en el que le toca actuar aunque, como corresponde, tratando de modificarlo, incidiendo con todos sus recursos sobre él.

Siglo XX

Años sesenta y setenta

El mccarthismo de los sesenta y setenta presenta, pues, algunas especificidades importantes. Vive un cierto repliegue, sobre todo en los setenta. No obstante, se manifiesta y hasta cobra fuerza mediante nuevos o viejos grupos. Pero lo hace sin alcanzar niveles históricos, al menos por lo pronto, ni tampoco gran fuerza de masas. La paranoia de los años cincuenta es rechazada; y dentro del anticomunismo

inevitable que la sociedad estadounidense requiere, lo que se busca es un anticomunismo más efectivo y menos escandaloso, un anticomunismo un tanto más ligero, como el que esa clase dominante necesita, el que querían los líderes demócratas y republicanos algo menos ultraderechistas que se opusieron a McCarthy por sus métodos, no por sus ideas. Lo esencial de todo esto es que los rasgos principales del mccarthismo, como el anticomunismo, van siendo asimilados por la sociedad estadounidense como parte normal y sustancial suya. Ya sin el escandaloso provocador que fue McCarthy, ese anticomunismo necesario se integra a la sociedad sin necesidad, al menos en lo inmediato, de desatar de nuevo una histeria conflictiva como la provocada por el entonces recién muerto senador de Wisconsin.

Pero la integración no deja de ser parcial y hasta contradictoria. Ese mccarthismo no se integra del todo al sistema porque una de las herencias que le ha transmitido McCarthy es su oposición a él, por las dudas que a los mccarthistas les suscita el hecho de que el sistema se está adaptando a los nuevos tiempos, debiendo por ello asimilar cambios políticos, sociales y económicos, como fortalecer el Estado federal a expensas de los derechos de los estados, reconocer por fin los derechos civiles de los negros, que se están rebelando contra la insoportable segregación; asumir ciertas inevitables políticas sociales y llegar a acuerdos con los rusos dentro de la Guerra Fría para evitar una guerra nuclear. Los mccarthistas no entienden que esos cambios no afectan lo esencial de la estructura derechista del Estado. A ellos, imbuidos como están del más rotundo anticomunismo, que en realidad es rechazo a todo cambio social progresista, todos esos acuerdos les huelen a comunismo, a complicidad o entrega de Estados Unidos al enemigo comunista. Y eso les resulta intolerable. Pero es que para ese mccarthismo ya no se trata, como en tiempos de McCarthy, de acusar a presidentes o funcionarios del Estado de ser comunistas o cómplices del comunismo, sino de algo mucho más grave. Lo que los mccarthistas afirman e intentan demostrar es que todo el Estado, todo el poder estadounidense, detrás de un anticomunismo ficticio y engañoso, está entregado por completo al comunismo. Y no solo es que está entregado al comunismo, sino que se trata de algo peor: de una amenaza mundial, de una conspiración planetaria. Y esta verdadera amenaza, de la que el comunismo es apenas parte importante, persigue crear un Gobierno Universal que con la complicidad de los gobernantes estadounidenses, sean estos demócratas o republicanos, debe someter a los Estados Unidos acabando con sus libertades, con su identidad

blanca misma, con sus tradiciones y valores y con todo lo que es verdaderamente «americano».

El mccarthismo de estas décadas incorpora, pues, viejas y nuevas ideas a su anticomunismo estructural, ideas que sirven de base a esta argumentación o que son resultado de la urgencia de defenderse contra la conspiración universal que amenaza a Estados Unidos. Y se trata, por un lado, de resucitar a los *Illuminati* del siglo XVIII como padres y forjadores de esa conspiración universal que quiere adueñarse del mundo y de la que han derivado la masonería, la Revolución francesa, el marxismo, la Revolución rusa, el comunismo y la alianza judeo-masónica y comunista de que se habla en *Los protocolos de los Sabios de Sión*. Ese es el enemigo. Y por otra parte, se busca defender la libertad individual contra la dictadura en que se ha convertido el Gobierno de Estados Unidos como cómplice y parte activa de esa conspiración. De modo que la histeria de McCarthy se queda corta, comparada con la que este nuevo mccarthismo encarna y proclama abiertamente, aunque sin tener el impacto masivo y la fuerza de McCarthy.

Como veremos pronto, en esta década de los sesenta se reanima un tanto el Ku Klux Klan y cobra fuerza la Christian Crusade, movimiento anticomunista de corte religioso liderado por Billy James Hargis. Pero el movimiento mccarthista que alcanza mayor proyección e influencia en Estados Unidos esa década es la John Birch Society (Sociedad John Birch), fundada en 1958 por Robert Welch.

John Birch era hasta entonces un casi ignorado e insignificante personaje de la historia estadounidense. Nacido en 1918 en un medio muy religioso, había sido en vida un misionero y ministro baptista instalado en China desde los años treinta y al mismo tiempo un oficial de inteligencia, es decir, un espía, del Ejército norteamericano que en esa China, sumida tanto en la Guerra Mundial y la invasión japonesa como en la lucha armada entre el gobierno entreguista de Chiang Kai-shek y las fuerzas revolucionarias comunistas encabezadas por Mao Tse-tung, colaboraba con las tropas de Chiang para enfrentar a las de Mao, y que al final de la guerra en el Pacífico, en agosto de 1945, frente a los avances del Ejército de Liberación de Mao había terminado apoyando no solo a los mal llamados nacionalistas de Chiang, sino a los invasores japoneses. En esa guerra, Birch alcanzó el grado de capitán del Ejército de Estados Unidos. En China la guerra se dio por terminada el 14 de agosto de 1945, luego de los bombardeos atómicos norteamericanos de Hiroshima y Nagasaki y ante la inminente rendición japonesa. Pero en una escaramuza que

tuvo lugar el 25 de agosto entre un pequeño grupo de guerrilleros comunistas y un grupo también pequeño (apenas once individuos) formado por soldados estadounidenses aliados con «nacionalistas» chinos e invasores japoneses, los patriotas chinos fueron los vencedores. En el acto de rendirse los vencidos hubo dos muertos, uno de los cuales fue Birch, que como capitán del Ejército de Estados Unidos era el jefe militar del grupo. Birch fue fusilado por negarse, con una actitud racista y grosera, a entregar sus armas a los comunistas. Welch, urgido de encontrar un héroe anticomunista para dar nombre a la organización mccarthista que estaba creando, decidió que Birch había sido la primera víctima estadounidense de la Guerra Fría y le dio a su sociedad el nombre de John Birch.

Welch, nacido en 1899, había sido hasta 1958 un próspero empresario dueño de una gran compañía productora de caramelos y había sido desde siempre un furibundo enemigo del comunismo, convencido de que este era parte de una poderosa conspiración internacional y de que en Estados Unidos había más comunistas y cómplices del comunismo de lo que se sospechaba. Miembro del Partido Republicano desde 1952, fue fanático seguidor de McCarthy y en diciembre de 1958 decide crear y organizar la Sociedad John Birch. Integrada inicialmente por doce personas, la Sociedad, bajo la dirección de Welch y organizada por capítulos, tratando siempre de distinguirse de otras sociedades anticomunistas, crece pronto, define perfiles propios, difunde sus ideas y en los años siguientes afirma contar con más de cien mil miembros seguidores. La Sociedad publica un *magazine* mensual que se llama *American Opinion* y el propio Welch escribe y difunde varios libros, en especial *The Politician,* que analiza los gobiernos de Roosevelt y Truman, y sobre todo el de Eisenhower; y *The New Americanism*, una colección de ensayos en los que se exponen las ideas de la Sociedad John Birch, que son en lo esencial las ideas del propio Welch.

Además de anticomunista, esa Sociedad se define como antiestatista y antielitista, como señalan Lipset y Raab, a los que sigo en lo esencial en este caso. Es enemiga del Estado, de su poder y de las élites que gobiernan. El Estado es siempre corrupto, mientras más grande y poderoso sea, más lo es, y es urgente reducir su poder y tamaño en bien de toda la sociedad. Frente al Estado, la Sociedad John Birch defiende el individualismo extremo y en todo caso lo más que acepta es el gobierno local. Se opone al Seguro Social, al Impuesto sobre la Renta y a todo tipo de subsidio del Gobierno.

La Sociedad John Birch es antielitista. En su libro *The New Americanism*, Welch acusa al comunismo de elitista por presentarse como movimiento en defensa de los pobres y explotados cuando en verdad es y ha sido siempre impuesto desde arriba por élites de ricos, hombres educados y políticos poderosos. Los jefes del comunismo vienen siempre de las clases ricas y educadas. Existe, sí, un Partido Comunista de los pobres, pero su función es solo mantener a estos engañados. La conspiración comunista se halla ya –concluye– en los más altos círculos sociales, económicos, educativos y políticos de Estados Unidos. El antielitismo John Birch se declara radical. Denuncia a los intelectuales y hombres cultos como clase que desde los *Illuminati* del siglo XVIII hasta el presente dirigen la Gran Conspiración. Los dirigentes de Estados Unidos son parte de esa clase. Y Welch menciona a Galbraith, Rostow, Kennan, Bundy, Littel, Lippman y otros como parte de la conspiración para adueñarse del mundo. Son parte central de la élite del momento. Y junto con ellos incluye a los políticos, a la élite de los negocios, a los grandes banqueros y empresarios. Afirma que la mejor representación de esa alianza elitesca que se está apoderando del mundo y que amenaza a Estados Unidos está constituida por el Grupo Bildelberg, la Comisión Trilateral y el Council on Foreign Relations, sin olvidar por supuesto a las grandes empresas petroleras.

La Sociedad John Birch (SJB) trató de definir políticas en esos temas centrales que para la sociedad norteamericana son los que tienen que ver con el fundamentalismo religioso, los católicos, los judíos y los negros. Sin estar cerrada a los fundamentalistas (y mccarthismo y fundamentalismo suelen ir de la mano), la SJB atrajo a fundamentalistas protestantes y también católicos; y de hecho, Welch en algún momento llegó a decir que estos últimos constituían el 40 % de sus miembros. Pero hubo curas y escritores católicos que criticaron a la SJB, mientras otros la defendían justificando que como anticomunistas, patriotas y enemigos del ateísmo comunista que eran, los católicos pudiesen verse representados en una sociedad como la John Birch. De todos modos, Welch trató siempre de eludir los temas religiosos directos para lograr que la SJB creciera sin verse envuelta en los delicados problemas que esto trae.

Con los judíos y los negros la cosa fue más complicada.

De entrada, con los judíos había una situación contradictoria. Welch y la dirección de la SJB trataron de evitar el antijudaísmo y Welch afirmó que se oponía a él, llegando a declarar en un folleto,

The Neutralizers, que el comunismo no era una conspiración judía. Pero aquí la contradicción era suya porque, como explicaré más adelante, el fundamento central de la Sociedad era la creencia en una conspiración universal de la que judíos y comunistas eran parte estructural. Por eso, otros miembros de la SJB fueron más coherentes que él y atacaron a los judíos en forma virulenta asociándolos con el comunismo y con esa conspiración mundial. «Revilo Oliver», uno de los fundadores de la Sociedad en 1958, destacado dirigente de esta y consejero del propio Welch, en un artículo publicado en marzo de 1964 en *American Opinion* decía que entre los integrantes de la conspiración interna contra Estados Unidos se contaban (se suponía que además de los comunistas) los *Illuminati*, los satanistas, los Bilderberger, los sionistas, los fariseos, los kázaros, los socialistas fabianos, los banqueros internacionales, los Rockefeller, los Rothschild y los materialistas mesiánicos. Oliver escribió muchos artículos similares e hizo frecuentes declaraciones de carácter antijudío. En un discurso suyo, el 15 de agosto de 1966 dijo que si todos los bolcheviques, todos los *Illuminati* o todos los judíos se evaporaran al amanecer del día siguiente no habría nada de qué preocuparse. Al fin, Welch tuvo que expulsarlo de la Sociedad en 1968. De todos modos la contradicción era evidente y no era, por supuesto, la única de la Sociedad John Birch.

Con los negros había otra contradicción, porque aunque Welch se opuso siempre al prejuicio racial contra ellos y dijo varias veces que eran un porcentaje importante de los miembros de la SJB, el hecho es que tanto él como la SJB eran opuestos a toda legislación sobre derechos civiles para la población negra. La razón dada era que aprobar esas leyes era extender el Poder federal, el dominio del Gobierno, y que era principio de la Sociedad que los negros solo podían mejorar su situación mediante su iniciativa individual. No debía dárseles un trato discriminatorio favorable (al parecer desfavorable sí, porque los negros estaban sometidos por leyes a la segregación) porque ese trato preferencial ponía a la nación en peligro. Los negros debían conseguir sus mejoras como individuos, no como grupos. Y aquí el racismo se desencadena. La Sociedad se enfrenta a la lucha de los negros por sus derechos civiles y más aún cuando esta asume formas violentas; y no solo la condena porque estaría dominada y dirigida por los comunistas, «los *Illuminati* de dentro», sino que se refiere a los negros en forma despectiva. A los que causan motines se los llama animales salvajes, se los califica de bantúes con lanzas y de caribes con pies como árboles. Y hablando acerca de

los Black Panthers en mayo de 1964, el propio Welch escribió que los *Insiders*, los «de dentro», es decir, los comunistas, los usaban, y que ellos, los negros, se golpeaban el pecho mientras hacían fuertes ruidos, como los gorilas a los que tanto se parecían.

Pero la idea central de la Sociedad John Birch es la de la conspiración. Y en este caso se trata de una conspiración universal, comunista o de la que los comunistas forman parte; de una conspiración que viene de lejos en el pasado y cuyo objetivo es el dominio del mundo y en particular de Estados Unidos, ya que este es el país más rico y poderoso del planeta. Esa idea conspirativa le sirve a la Sociedad para explicar todas las luchas, movimientos y conjuras del pasado, al menos desde dos siglos atrás, y por supuesto también las principales, las del presente, dirigidas al logro de ese dominio mundial por los conspiradores a los que Welch llama *the Insiders*, «los de dentro», porque están ya metidos en el corazón del sistema, en el centro del poder. Pero esa idea, difícil de sostener, como todas las que intentan explicar desde un máximo secreto conspirativo unificador todas las grandes revoluciones, luchas sociales y conflictos del presente y del pasado, no es idea exclusiva de Welch, que lo que hace de ella es un primer esbozo limitado, sino que este debe compartirla con uno de sus asesores, el ya mencionado Revilo Oliver, que fue quien luego le hizo descubrir a los *Illuminati*, ya descritos y denunciados desde el mismo final del siglo XVIII por la derecha europea de entonces (sobre todo por Robison y Barruel), derecha que los acusó de ser los organizadores de la Revolución francesa. Y lo más importante y significativo de todo esto es que esa acusación y esos argumentos casi olvidados y desconocidos por Welch no eran nada nuevo en Estados Unidos porque, como ya vimos en capítulos anteriores, habían sido usados en forma insistente por la derecha estadounidense al menos desde 1798 y luego a todo lo largo del siglo XIX para explicar las supuestas conspiraciones masónicas, jesuitas, católicas, papistas y judías que amenazaban apoderarse de la sociedad «americana» sometiéndola y destruyendo todos sus valores.

En su libro *The President*, del que existe una versión privada de 1956 y una pública de 1963, Welch empezó por acusar a Roosevelt, a Truman y a Eisenhower de comunistas. En el caso de este último, su conducta en la Guerra Mundial, la paz firmada en Corea en 1953 y la deposición de McCarthy en 1954 eran pruebas contundentes de que Eisenhower o era comunista o era un pelele (*a stooge*) de los comunistas. La obsesión anticomunista de Welch y de la Sociedad se expresa en *American Opinion*, su vocero mensual, repitiendo y

amplificando el discurso de McCarthy: todo está penetrado por el comunismo, los presidentes, los altos funcionarios, los sindicatos, las universidades. Las listas de comunistas por países que *American Opinion* publica cada mes muestran que la penetración comunista en Estados Unidos llega al 80 %. Es por eso que se han perdido o entregado las guerras, la de Corea en los cincuenta y la de Vietnam en los sesenta, porque no se combatió para vencer sino para que los comunistas vencieran.

Aunque no tuvo el alcance de las ideas de McCarthy, a las que desarrollaba, esta teoría de Welch ya bordeaba la locura. Y lo que lo llevó a la insania absoluta fue el aporte sustancial de Revilo Oliver una vez que Welch lo conoció y se lo asimiló: el tema de los *Illuminati* y la gran conspiración mundial de masones, comunistas y judíos. Oliver publicó un primer artículo sobre el tema en *American Opinion* en junio de 1962 hablando de los *Illuminati* y de su creador, Adam Weishaupt, y Welch lo leyó y asimiló pronto. En 1964 habló y escribió sobre el tema y profundizó en él. Acusó a Marx y a Engels de haber sido agentes de los *Illuminati* en el siglo XIX y al comunismo de ser una de sus más poderosas expresiones. Emocionado, llegó a reunir una lista de sus agentes más modernos, todos comunistas: Trotsky, Lenin, Stalin, Malenkov, Degaulle, Fidel Castro, Nehru e ¡insólito! Rómulo Betancourt. Llegó a la conclusión de que el movimiento comunista era una rama actual de los *Illuminati* que desde el siglo XVIII estaban metidos en todos los movimientos revolucionarios y que además de la Revolución francesa habían sido responsables de las dos guerras mundiales, de la Revolución rusa, de la expansión del comunismo luego de la Segunda Guerra, del derrumbe de los imperios coloniales y de la creación de las Naciones Unidas. En Estados Unidos los *Insiders* habían sido responsables del crecimiento del Estado federal a expensas de los derechos de los estados, de las leyes de Seguridad Social, de la aprobación del Impuesto sobre la Renta y de la elección directa, popular, de los senadores. Después, Welch los acusó también de ser los responsables de que se hubiera aprobado el Medicare en el gobierno de Lyndon Johnson. Y no satisfecho con esto, además de mostrar que Truman y el general Marshall habían sido comunistas y de probar que Eisenhower había sido agente secreto de los comunistas, también demostró que su secretario de Estado, John Foster Dulles, había sido otro solapado comunista. Y en los años siguientes, que Kennedy, Johnson y hasta Nixon habían sido ingenuos engañados por los comunistas, por los inefables *Insiders* que están en todas partes, siempre moviéndose en torno al poder e imponiendo en él sus líneas.

Vista a distancia, tanto en el tiempo como en el espacio, esto es, a años de la década de los sesenta norteamericana y a leguas del territorio de ese país, esta secuencia de disparates podría suscitar la risa. Pero no era risa lo que suscitaba en su momento, porque la Sociedad John Birch gozaba de un importante apoyo entre los embrutecidos norteamericanos de esos años, muy parecidos a los norteamericanos de antes y a los de ahora. Y lo que en verdad asombra es que un hombre como Welch, que en cualquier otro país habría sido llevado a un manicomio quizá estrenando una apretada camisa de fuerza, fuese por el contrario en esos Estados Unidos una figura pública, un político seguido, leído, creído y respetado por una parte de la población. Porque quizá el examen de la SJB y del pensamiento de su líder Robert Welch sea una de las más claras muestras no solo de que el mccarthismo no termina con McCarthy, sino de que –como vengo diciendo– es uno de los componentes estructurales de la sociedad estadounidense.

De todas formas, los tiempos estaban cambiando. Welch nunca tuvo la influencia de McCarthy, la Sociedad John Birch apoyó en 1964 al candidato ultraderechista republicano Barry Goldwater contra el demócrata Lyndon B. Johnson. Pero Goldwater fue derrotado en forma aplastante e incluso rompió con la Sociedad por sus ataques a Eisenhower. La SJB poco a poco fue perdiendo peso; y aunque sigue existiendo, hoy no deja de parecer una organización reaccionaria de un pasado muy distante. Como veremos, la poderosa ultraderecha norteamericana encontró más productivos caminos.

Los otros movimientos de la ultraderecha en esa década de los sesenta son de menor alcance o de menos peso. Otros cobran peso más adelante. Uno de los que mencioné antes fue el Ku Klux Klan, el otro la Christian Crusade de Billy James Hargis. Esta última es un movimiento fundamentalista protestante. Hargis, cristiano evangélico nacido en 1925, la funda con éxito en 1950 pero ella alcanza su mayor fuerza en la década de los sesenta. En esos años Hargis publicaba una revista llamada también *Christian Crusade* que al parecer vendía 100.000 ejemplares por edición; sus programas se transmitían en más de quinientas estaciones radiales y en unas doscientas cincuenta estaciones de televisión. Hargis era por supuesto un furibundo anticomunista y en los cincuenta se había mostrado en varias publicaciones como abierto antijudío, algo que trató de evitar más tarde, pero aunque decía que el comunismo era obra de Satanás, no se centró nunca en denunciar una conspiración internacional comunista ni habló de los *Illuminati* como Robert Welch y la Sociedad John Birch, sino que

se dedicó a atacar al comunismo como enemigo interno; y sobre todo al liberalismo, a la conspiración liberal de la que él hablaba, conspiración interna y no externa, como enemigo principal de Estados Unidos. Del liberalismo proclamó que amenazaba las libertades del país y que quería esclavizar a todos los estadounidenses. Lo acusaba de haberse apoderado de la educación, de la religión, de la política, de la administración y del trabajo. Afirmaba que los liberales odiaban a las masas menos educadas que ellos y trabajaban para esclavizar a todo el mundo. Hargis creó su propia estación de radio y fundó una universidad religiosa, la American Christian College. Su cruzada perdió fuerza en los años setenta y en 1974 estalló un escándalo en su universidad porque un grupo de estudiantes lo acusó de haber violado a dos de ellos, una chica y un chico. Él lo negó, pero aunque el delito no fue probado del todo, debió abandonar la universidad y se fue replegando de la vida pública. En fin de cuentas, la cruzada tuvo su período de auge, pero no fue un movimiento realmente importante.

El KKK es por supuesto el mismo de siempre trabajando por los mismos objetivos de ultraderecha, pero centrado por sobre todo en el racismo antinegro. Y lo que ayudó a su reanimación en los sesenta, sobre todo en el Sur pero no solo en él, fue el auge de las luchas de la población negra por sus derechos civiles y por terminar con la segregación y las Leyes Jim Crow. Pero el KKK encontró competencia en el Sur en el protagonismo de George Wallace, el gobernador de Alabama, que con el apoyo del poder militar y policial de su estado y del enorme peso del supre-macismo blanco en todo el Sur, se puso al frente de la lucha contra la integración de los negros en las escuelas, universidades, sitios públicos y en la sociedad. Apoyado en la Guardia Nacional, el Estado federal de los tiempos de Lyndon Johnson se encargó de someter a Wallace, aunque a un alto costo de represión y de varias respuestas asesinas obra de grupos de supremacistas blancos que, aunque no se los pudiera conectar con Wallace (debían ser de algunas secciones del KKK), apalearon, lincharon y quemaron negros como en sus mejores tiempos.

Eso llevó a que muchos sudistas que eran supremacistas blancos y se oponían a la desegregación, pero también a las prácticas violentas del KKK y se hacían llamar «ciudadanos blancos respetables» empezaran a organizar unos llamados Consejos de Ciudadanos Blancos para expresar su posición política supremacista pero no demasiado violenta. Aparecieron en los estados del Sur y también en algunos estados norteños y tuvieron cierta fuerza en un comienzo. Se ha calculado que para 1964 esos consejos reunían un millón de miembros.

Pero sus diferencias con el KKK eran mínimas. Los integraban plantadores, pequeños granjeros blancos, comerciantes, alcaldes, banqueros y policías; y pronto pasaron de oponerse solo a la integración a oponerse a los derechos civiles de los negros, a las leyes liberales y al Estado de beneficencia, denunciando que eran todos obra de los comunistas. Su respetabilidad se fue perdiendo y terminaron pareciéndose cada vez más al KKK. Al principio crearon un periódico quincenal en el Sur llamado *Councilor,* pero este de moderado medio de expresión sudista se convirtió pronto en un medio racista y ultraderechista de alcance nacional dedicado a criticar todo avance social como comunista, a denunciar no solo a negros sino a comunistas, a atacar a la Revolución cubana y hasta a mostrar sus temores frente a esos avances comunistas que se estaban apoderando de Estados Unidos, resucitando a los *Know Nothing* del nativismo del siglo XIX para protegerse de esas ficticias amenazas negando sus identidades. También habló *Councilor* a menudo de la conspiración de los *Illuminati* y hasta de las misas negras. En fin, que una vez más nos encontramos con otro claro ejemplo de que es difícil, si no imposible, que en Estados Unidos un movimiento que empiece como moderado de derecha (porque en realidad no lo es) no termine en poco tiempo convertido en un activo defensor de la ultraderecha más anticomunista, racista, histérica e irracional.

Años setenta y ochenta

En estos años aparecen o se desarrollan nuevos movimientos de ultraderecha y alcanzan mayor apoyo y proyección. Algunos de esos movimientos venían de los años cincuenta, cuando habían sido creados, pero su influencia se nota es a fines de los setenta o en el curso de los ochenta. Uno de los rasgos más importantes de esta década es el renacer y despliegue del fundamentalismo cristiano protestante, que se decide a asumir formas y proyectos políticos de alcance nacional y que muestra compartir, adaptándolas a su visión particular, las mismas visiones conspirativas del mccarthismo desarrolladas por la Sociedad John Birch.

En efecto, como vimos en el capítulo correspondiente, después de la derrota sufrida con el Proceso del Mono en 1925, el fundamentalismo, debilitado pero no desaparecido, se refugió en las iglesias y en las universidades, creando muchas de ellas y dedicándose a formar nuevos cuadros y a conquistar miles de jóvenes militantes y a embrutecerlos con sus ideas reaccionarias. Pero su visión

premilenarista y su temor a incursionar directamente en la política lo mantuvo alejado de ella. Varios fenómenos recientes le ayudaron a cambiar de opinión, a hacer que los fundamentalistas se abrieran a la política, dándole incluso flexibilidad a su premilenarismo pues si el fin del mundo estaba cerca, había que actuar para retardarlo. Los cambios operados en la sociedad estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo los ocurridos en los años sesenta, todos atemorizantes para ellos, resultaron decisivos y llamaron al fundamentalismo a actuar: la rebelión de la juventud y su oposición creciente a la guerra de Vietnam; el movimiento *hippie* con su rebeldía, su música, su forma de vida y de vestirse, su llamado a hacer el amor en lugar de la guerra; la irreligiosidad creciente; la abierta liberación sexual; el feminismo, las luchas de las mujeres por sus derechos, incluido el del aborto; el despertar de los homosexuales exigiendo su reconocimiento y sus derechos; todo esto constituía una suerte de horrendo cataclismo, de fin de mundo anunciado con trompetas que exigía de ellos actuar para impedirlo. Y esa actuación no podía ser sino política.

Y no eran ellos los únicos que se oponían a esa amenaza, sino que contaban para enfrentarla con el apoyo de toda esa enorme población norteamericana, sobre todo blanca, embrutecida, atrasada, enemiga de todo cambio, defensora intransigente de su mundo tradicional, religioso, nativista, paternalista y machista, y asustada ante cambios que amenazaban con hacer desaparecer pronto su mundo. Ese miedo les resultó favorable y supieron crecer con él, porque una de sus mayores expresiones era el temor de que la religión cristiana estaba amenazada. Para una población más de cuya mitad consideraba infalible cada palabra de la Biblia, ello era una ventaja para el fundamentalismo, que compartía ese miedo, que creía todo eso y mucho más. A ello se añadió un fenómeno estimulante: el televangelismo del que también hablamos en ese mismo capítulo anterior. Ese televangelismo fue la obra exclusiva de pastores, clérigos o fieles fundamentalistas y había logrado desde fines de los cincuenta o comienzos de los sesenta que aumentara enormemente el peso de la religión entre millones y millones de estadounidenses embobados con esos programas televisivos, y también que esos televangelistas, los más importantes de los cuales eran Pat Robertson y Jerry Falwell, recaudaran con sus milagros televisados millones y millones de dólares, necesarios, en Estados Unidos más que en cualquier otro país, para poder enfrentar con posibilidad de éxito cualquier campaña electoral. Y el hecho que

hacía aún más favorable para el fundamentalismo ese masivo éxito de los televangelistas era que todos eran miembros del Partido Republicano, el partido de ellos, de los fundamentalistas. La mesa estaba así servida para que el fundamentalismo intentara involucrarse en una campaña electoral.

Para eso se necesitaba encontrar y definir un enemigo, un enemigo de alcance mundial como exigían los nuevos tiempos. Y el fundamentalismo tenía claro cuál era ese enemigo, porque lo había ido definiendo al examinar la sucesión de decisiones políticas y jurídicas de gobierno, legislaturas y Corte Suprema, aprobadas desde los años sesenta a favor de los derechos de negros, mujeres y homosexuales; y más aún las dirigidas a impedir la enseñanza obligatoria de la religión en las escuelas públicas. De modo que la religión, la tradición y los valores de la familia, todos estaban claramente amenazados. Y ese enemigo, que había penetrado ya al Gobierno estadounidense, era lo que ellos llamaban *humanismo laico*. Como muestra Karen Armstrong, ese humanismo laico, definido en 1983 (en realidad caricaturizado) por el fundamentalista Foro Profamilia, era la síntesis de todos los odios y temores de los fundamentalistas: según ellos negaba la inspiración de la Biblia, la divinidad de Dios y de Jesucristo, la Creación bíblica, la existencia del alma, la vida después de la muerte, la necesidad de salvación y la existencia del Paraíso y del Infierno. Negaba también la verdad y los valores absolutos y con ello los papeles propios del hombre y la mujer que la Biblia y los Padres de la Iglesia cristiana habían definido desde siempre. Y sus creencias eran iguales o peores que sus negaciones: defendía el aborto, la eutanasia y el suicidio, la plena libertad sexual, la homosexualidad y el lesbianismo. Defendía el control del medio ambiente, apoyaba la paz y el desarme, proponía la desaparición del sistema de libre empresa, exigía la justa distribución de la riqueza para reducir la pobreza y la desigualdad y era partidario de instaurar en el mundo un gobierno socialista. Ahora bien, además de lo que señala Karen Armstrong, lo que yo veo en este enorme pastel ideológico, en la descripción caricaturesca de este enemigo, es cómo coinciden en lo esencial el fundamentalismo y el neomccarthismo de la Sociedad John Birch en describirlo como una conspiración y en darle a esta alcances mundiales.

Algunas declaraciones de líderes fundamentalistas permiten apreciar esto. Por ejemplo, en su libro *The Return of the Puritans*, publicado en 1976, la escritora fundamentalista Patricia Brooks

habló del humanismo laico como una conspiración planetaria, como una red conspiradora enorme que estaba creando un Nuevo Orden Mundial para someter al mundo a la esclavitud mediante la imposición de un gobierno planetario de ese corte. Afirmaba que ese enemigo estaba presente en todas partes: en la Unión Soviética, en el sionismo, en Wall Street, en el Fondo Monetario Internacional, en el Banco Mundial y en la Reserva Federal estadounidense. Mencionaba a los principales líderes de esa conspiración: los Rockefeller, los Rothschild, Kissinger, Brzezinski, y añadía entre esos líderes al shah de Irán y a Omar Torrijos. Por su parte, Tim La Haye, ministro cristiano, escritor y uno de los principales teóricos y publicistas de ese fundamentalismo, insistía en que esa conspiración representada por el humanismo laico era opuesta a Dios, a la moral y a todo lo verdaderamente americano. La veía en todas partes, en el Gobierno, en el Congreso, en los medios, en las universidades y en las escuelas. Tim La Haye, egresado de la Universidad fundamentalista Bob Jones de Carolina del Sur, fue organizador del movimiento Christian Voice desde fines de los setenta y en 1979 ayudó a Jerry Falwell en la creación de Moral Majority. Luego, en 1981 fue creador del Council for National Policy, un robusto *think tank* fundamentalista, y en el curso de los ochenta fundó la American Coalition for Traditional Values y la Coalition for Religious Freedom. Aunque más centrado en la religión que en la política propiamente dicha, su visión de la conspiración mundial que amenazaba a los Estados Unidos era muy similar a la de la mccarthista Sociedad John Birch. La Haye, que murió no hace mucho, en 2016, a la edad de noventa años, hablaba mucho de los *Illuminati,* en cuya presencia y acción contemporáneas creía. Y en uno de sus textos (*Rapture under Attack*) afirmó tener cuarenta y cinco años estudiando la satánica conspiración de los *Illuminati,* que seguían existiendo después de más de dos siglos provocando las peores acciones humanas. Esa conspiración se servía del Gobierno, de la educación y de los medios para destruir todo vestigio de cristianismo en la sociedad americana y establecer en el planeta un nuevo orden mundial. Pero en consenso con los *Illuminati* operaban otras organizaciones que eran parte sustancial de esa conspiración mundial decidida a destruir el cristianismo. Entre ellas La Haye mencionaba a la Comisión Trilateral, la ACLU, la NAACP, la National Organization for Women, Planned Parenthood, a la mayor parte de la prensa escrita y a las principales redes de televisión; y por supuesto, a las grandes fundaciones: la Rockefeller, la Carnegie y la Ford, lo mismo que al ala izquierdista del Partido Demócrata, a Yale y a otros dos mil *colleges*

y universidades. Con líderes como Tim La Haye el fundamentalismo superaba al mccarthismo usual, rozando las cumbres de la locura. Y es indudable que declaraciones como estas convertían comparativamente a la Sociedad John Birch en una organización derechista de corte moderado.

No obstante, en medio de su locura derechista tuvieron algunos raptos de lucidez, y así varios fundamentalistas dijeron verdades que chocaron a los fieles seguidores de la historia oficial norteamericana, a los liberales embellecedores de los hechos sacralizados que esos críticos fundamentalistas cuestionaban. Una de las cosas cuestionadas fue el carácter democrático de los llamados Padres Peregrinos y de la sociedad que estos crearon en Nueva Inglaterra. Así Rus Walton, segundo director de la Plymouth Rock Foundation, fundamentalista, excolaborador del gobierno californiano de Ronald Reagan y autor de varios libros sobre el tema de los Peregrino*s*, negó en uno de esos libros, *One Nation under God*, publicado en 1987, que el proyecto de aquellos hubiese sido fundar una democracia. Jamás se les habría ocurrido semejante idea. No estaban interesados en la libertad y su único objetivo era crear un gobierno adecuado de Iglesia y Estado que obligara a los hombres a seguir el buen camino. Y por su parte Pat Robertson, el famoso predicador televangelista, negó igualmente en uno de sus libros que los Padres Fundadores de los Estados Unidos, influidos como estaban por el calvinismo, tuvieran otra idea distinta a la de crear una república; y mucho menos que pensaran instaurar en el recién fundado país una democracia directa en la que la mayoría pudiera hacer su voluntad.

En este proceso de hacer del fundamentalismo protestante una fuerza política decidida a incidir sobre el poder o a conquistarlo mediante un triunfo electoral para reformar a unos Estados Unidos que los fundamentalistas quieren salvar de las garras del humanismo laico y de la conspiración mundial en la que ellos creen, la Moral Majority desempeña un papel central. Y la década de los ochenta es el tiempo de esa lucha.

La Moral Majority es la creación del rico y famoso televangelista Jerry Falwell, del que hemos ya hablado, predicador baptista asociado, como todo fundamentalista protestante, al Partido Republicano, a su sector más conservador, derechista cristiano y neomccarthista.

La idea de crear la Moral Majority es de Falwell, que empezó a trabajar en ella desde 1976, pero en su creación, que cobra forma en junio de 1979, contó con la participación colectiva de grupos cristianos de derecha como Christian Voice y la Heritage Foundation

y de personajes de igual corte cristiano derechista como el ya nombrado Tim La Haye y cuatro dirigentes del Partido Republicano, el principal de los cuales es Paul Weyrich, que por cierto es judío mientras dos de los otros cuatro dirigentes son católicos. Esto llevó a que Moral Majority tratara de evitar toda forma de antijudaísmo y a que intentara ganarse el apoyo de la extrema derecha católica, todo ello sin perder su perfil fundamentalista protestante. Falwell aprovechó para la creación de Moral Majority todo el prestigio que tenía en el Partido Republicano y aportó a ella dinero y recursos, es decir, la influencia de su iglesia, de su universidad y de su popular programa televisivo. Moral Majority se convirtió pronto en una poderosa organización que contaba con un apoyo masivo, y Falwell empezó a pensar en ser el candidato de los republicanos en una de las próximas elecciones presidenciales.

Esto no resultó nada fácil y el proyecto de Falwell fracasó en conducir a Moral Majority al poder. De entrada porque en la Convención Republicana de mediados de 1980 el candidato con mayor apoyo era Ronald Reagan, gobernador de California. Falwell y Moral Majority promocionaron y apoyaron a Reagan y su apoyo fue muy importante para el triunfo de este. Por cierto, James Carter, el presidente demócrata y sudista que como candidato de su partido optaba por la reelección, denunció a Falwell y a su Moral Majority por haber gastado diez millones de dólares en publicidad para acusarlo de traidor al Sur y haberle hecho perder la elección. Reagan agradeció el apoyo de Falwell y premió a Moral Majority dando a uno de sus dirigentes un cargo importante en la Secretaría de Educación, lo cual no era gran cosa.

Moral Majority mantuvo cierta influencia en los años siguientes, pero esta empezó a resquebrajarse pronto. Falwell, como era natural, apoyó a Reagan para la reelección en 1984 y este ganó de nuevo, pero su peso en el triunfo republicano fue escaso, porque el ambiente fundamentalista se había debilitado, las rivalidades entre los fundamentalistas eran grandes, en particular con Pat Robertson, y Moral Majority ya no era la fuerza de 1980. El derrumbe se produjo en 1988. Cumplidos sus dos períodos presidenciales, Reagan no era candidato pero el enfrentamiento de otros fundamentalistas con Moral Majority se había intensificado. La Universidad Bob Jones, prestigioso centro del fundamentalismo protestante, se oponía en forma abierta a Falwell afirmando que Moral Majority era un instrumento de Satanás. Por su parte, el otro gran líder televangelista, Pat Robertson, rival de Falwell, se presentó en la Convención Republicana como precan-

didato y Falwell se negó a apoyarlo y prefirió dar su apoyo a George Bush, quien ganó la candidatura y la elección presidencial. Los críticos de Falwell acusaron a Moral Majority de no ser moral ni tampoco mayoría; y Falwell, en medio de problemas políticos y económicos, declaró disuelta la organización en 1989.

A fin de cuentas, el proyecto político del fundamentalismo, iniciado con tan buenos augurios, terminó hundido en el fracaso. Pero no significó en absoluto que el fundamentalismo dejara de ser una fuerza poderosa, principalmente porque Moral Majority no era ni representaba a todo el fundamentalismo, ya que era solo una de sus corrientes, que intentó asumir un papel político directo, sino también porque, como ya he señalado repetidas veces, el fundamentalismo es parte estructural de la sociedad, la religión y la vida norteamericanas.

Años ochenta y noventa

Las décadas de los ochenta y noventa, décadas de imposición y dominio del neoliberalismo y de la globalización, de creciente arrogancia del poder imperialista estadounidense, de nuevas ambiciones y planes de dominio y de aumento de su ya enorme poderío mediático y militar, son décadas de reformulación del mccarthismo y de nueva reanimación de la ultraderecha fundamentalista interna, que no solo asume diversas formas organizativas, políticas y religiosas, sino que por medio de algunas de ellas y a partir de propuestas variadas y hasta contradictorias, empieza a enfrentarse en forma violenta, incluyendo choques armados y operaciones terroristas, al cada vez más omnipresente y apabullante gobierno militarizado de Estados Unidos. La Guerra Fría, cuya temperatura había seguido descendiendo en los últimos años ochenta, termina en forma sorpresiva: la Unión Soviética se derrumba en 1991, el comunismo empieza a desaparecer del mapa y Estados Unidos, rebosante de orgullo al verse convertido al fin en la única superpotencia del planeta, se muestra sin embargo preocupado porque eso no le basta. En realidad está urgido de encontrar sin tardanza un nuevo enemigo que sustituya al desgastado comunismo. Y ese nuevo enemigo tiene que ser planetario como era el comunismo, amenazante como se decía del comunismo y por ello ser capaz de suscitar en el pueblo estadounidense los mismos miedos, odios y olas de histeria derechista que suscitaba el viejo comunismo; miedos, odios y olas de histerias sin los cuales el poder norteamericano sentiría que pierde el control de esa sociedad domesticada que es la suya, la embrutecida y dócil sociedad estadounidense, a la que

domina calmándole los miedos que le ha provocado, y al ofrecerle seguridad a cambio de que acepte ir cediendo en forma pasiva viejas conquistas, libertades y derechos.

Para la clase dominante norteamericana encontrar ese nuevo e indispensable enemigo no fue fácil. Al primero al que trataron de calificar como tal fue a la droga y al narcotráfico, sobre todo de cocaína y heroína. Pero eso no resultó convincente ni efectivo. Ayudó, sí, a su imperialismo a aumentar, justificándolas, sus intervenciones en los países latinoamericanos productores y exportadores clandestinos de la droga hacia Estados Unidos. Y con el pretexto de evitar el tráfico de drogas (en realidad para controlarlo mejor) los llevó a meter más a la corrompida DEA en la política de nuestros ya sometidos países. Pero ocurría (y sigue ocurriendo) que Estados Unidos se beneficiaba (y se beneficia) del negocio de la droga por ser el principal consumidor de esta y por tener a sus bancos implicados en el lavado y blanqueo del dinero que la droga produce. Es decir, que buena parte de la minoría rica estadounidense, que sacaba (y saca) dinero del negocio por medio del tráfico y del lavado bancario, y buena parte de sus jóvenes, que eran (y siguen siendo) ansiosos consumidores, difícilmente podían ser atemorizados con ese fantasma, amigo de unos y proveedor de los otros, y que los tenía ya sometidos en forma voluntaria a su poder. En Estados Unidos jamás se ha encarcelado a un banquero acusado de lavar dinero de la droga ni se ha expulsado a un dictador del tercer mundo, ladrón y asesino, que huye a refugiarse en América del Norte cargado de dinero mal habido, y solo se captura en los barrios pobres de sus grandes ciudades a negros pobres o a mafiosos que se ocupan de las ventas al detal.

Había que buscar y encontrar pronto otro enemigo y pronto se lo halló: el terrorismo. Este sí era un excelente candidato capaz de producir el miedo, el odio y la histeria necesarios para encubrir las crecientes contradicciones sociales del sistema y para mantener a la población dispuesta a hacer sacrificios para enfrentarlo bajo la protectora dirección de su gobierno. Pero al comienzo, en esos años noventa, aunque el terrorismo resultaba en principio un enemigo más efectivo que la droga, lo cierto es que en la práctica tampoco tuvo la necesaria capacidad de convencer ni la necesaria contundencia. Por un lado, porque los Estados Unidos estaban también implicados en él a fondo. Tenían décadas aplicando medidas y ejecutando actos terroristas contra la vecina Cuba y armando y protegiendo a

sus autores. Estaban, además, saqueando y arruinando al mundo islámico: árabe, persa, afgano o pakistaní, tratando de dividir sus países, promoviendo el terrorismo en ellos y creando organizaciones terroristas (talibanes, Al Qaeda y varias otras) que en cualquier momento podían írseles de las manos. Y por otra parte, porque solo un ataque destructivo y por sorpresa contra Estados Unidos podía hacer del terrorismo el enemigo que la élite deseaba. Hubo incluso un primer atentado en 1993 contra las torres del World Trade Center en Nueva York, pero no fue nada grave ni tuvo repercusión. Se necesitaba algo como un nuevo Pearl Harbor que sacudiera y llenara de odio antiterrorista (manipulable por la élite gobernante) a todo el pueblo estadounidense.

Pero Pearl Harbor era ya historia, los japoneses eran ahora dóciles y serviles amigos, el terrorismo estaba lejos, y Estados Unidos parecía ser invulnerable.

El fin de los ochenta y el curso de los noventa corresponden en Estados Unidos al gobierno republicano de George Bush y a los dos gobiernos demócratas de Bill Clinton. Y es un contexto que se caracteriza porque ha caído el comunismo, y el neoliberalismo sigue avanzando; un contexto en el que se habla del *fin de la Historia* porque al parecer no habría para la humanidad otro destino que no fuese el de vivir en un planeta regido por el poder creciente y único del capitalismo triunfante; un contexto, en fin, en el que los gobiernos estadounidenses continúan acentuando su militarismo y su carácter plutocrático. En ese cuadro confuso y desordenado, en que se derrumban sueños y se mezclan y confunden ideas y propuestas de diverso signo, la ultraderecha norteamericana que, como siempre, sigue siendo poderosa en su conjunto, pareciera debilitarse y andar dispersa porque le hace falta el comunismo como enemigo unificador al que ahora trata de reemplazar con el Estado y porque se presenta fraccionada en diversos grupos ideológicos, políticos, religiosos, y hasta militares.

Son muchos, y aunque mencionaré a buena parte de ellos, me limitaré a examinar rápidamente los principales y a dar una ligera idea de sus perfiles. Aunque dada la confusión no es fácil clasificarlos, los he dividido *grosso modo* en tres grupos: I) partidos o grupos mccarthistas fundamentalistas políticos, aunque algunos son también conspirativos y terroristas; II) grupos fundamentalistas maccarthistas religiosos, varios de los cuales son también terroristas; y III) grupos ultraderechistas militaristas terroristas.

I. De los primeros destaco a los siguientes: American Nazi Party, National Alliance, National Socialist Movement, Aryan Nations, Council for National Policy y Concerned Women of America. Nótese la cifra de grupos nazis.

El *AMERICAN NAZI PARTY* (PARTIDO NAZI AMERICANO) fue fundado por George Lincoln Rockwell, un declarado nazi admirador de Hitler, como World Union of Free Enterprise National Socialists, pero Rockwell le cambió pronto, en el mismo año 1960, el nombre por American Nazi Party y sus militantes empezaron a usar uniformes nazis y a colocar en sus sedes retratos de Hitler y de otros líderes nazis alemanes. En enero de 1967, Rockwell le cambió otra vez el nombre, reemplazándolo por el de National Socialist White People's Party (Partido Nacional Socialista del Pueblo Blanco), para oponerlo a la NAACP de los negros, y su saludo usual, que hasta entonces había sido «Sieg Heil!», fue reemplazado por «White Power!». Después de un primer intento fracasado, Rockwell fue asesinado dos meses más tarde, en agosto de 1967. Lo sucedió como líder otro nazi declarado, Matt Koehl, que introdujo algunos cambios, pero poco después el partido sufrió una división. En 1970 uno de sus dirigentes, llamado Frank Collin, que había descubierto que no era ario sino judío y que en realidad se llamaba Frank Cohen, rompió con el partido pero solo para fundar una organización llamada National Socialist Party of America. Otros problemas llevaron a la separación de otro grupo, encabezado por William Luther Pierce, que fundó en 1974 la National Alliance. En noviembre de 1979 un grupo del National Socialist White People's Party aliado con miembros del Ku Klux Klan atacó una marcha comunista de protesta en Greensboro, Carolina del Norte, y mató a cinco marchistas, lo que condujo a un juicio sin resultados. El grupo dirigido por Koehl cambió su nombre en 1983 por el de New Order y el partido, cada vez más reducido por las deserciones, fue retirándose de la arena pública pero sin desaparecer, y se ha limitado desde entonces a realizar actos privados y a celebrar cada 20 de abril el día del natalicio de Hitler.

La *NATIONAL ALLIANCE*, organización política de extrema derecha, separatista blanca, antijudía y partidaria de la violencia contra el Gobierno de Estados Unidos, fue fundada en 1974 por William Luther Pierce. Se creó a partir de la National Youth Alliance, remanente de los grupos jóvenes que apoyaron al ultraderechista sudista George Wallace en 1968 y tomó mucho del American Nazi Party.

La National Alliance giró siempre en torno a Pierce, que murió en 2002. No llegó a ser nunca una organización de muchos militantes, y en 2002 estos se calculaban en apenas 2.500 miembros, pero su influencia fue grande entre los grupos ultraderechistas de las últimas décadas del siglo XX.

Pierce, nacido en 1933 en Atlanta, Georgia, hijo de una aristocrática familia sudista, presbiteriano, militar, universitario, escritor, físico de profesión, apoyó en su juventud la guerra de Vietnam y se opuso al movimiento de los negros por sus derechos civiles. Su derechismo lo hizo condenar el comunismo y su racismo oponerse a negros y a judíos y a asumir posiciones de claro corte nazi. En los años sesenta, por cierto, se había asociado a George Lincoln Rockwell, el fundador del American Nazi Party. Pero aunque conservando sus vínculos con este, en los setenta Pierce crea su propio partido, la National Alliance. Esta, síntesis de todas sus ideas, es fundada con el objetivo no tan secreto de derrocar en nombre del absoluto supremacismo blanco y del antijudaísmo al Gobierno de Estados Unidos, dominado según Pierce por liberales y judíos. Para los ochenta y noventa Pierce se ha convertido en uno de los principales ideólogos de esa extrema derecha que está en busca de caminos; y usa su prestigio para orientarla hacia la fusión del racismo extremo, la vuelta al segregacionismo y el empleo de la violencia terrorista a fin de alcanzar el poder pleno.

Bajo el pseudónimo de Andrew Macdonald, Pierce escribe dos novelas, perseguidas pero exitosas, leídas por centenares de miles de personas, vendidas y difundidas por diversas vías. En las novelas muestra cuál es ese camino. La primera es *The Turner Diaries* (*Los diarios de Turner*), editada en 1978; y la segunda, aún más violenta, dedicada a un tal Joseph Paul Franklin, un asesino serial supremacista blanco encarcelado y ejecutado por haber asesinado a tiros a veintidós personas, es *Hunter* (*El cazador*), editada en 1984. En *Hunter*, su protagonista, Oscar Yeager, veterano de Vietnam, dedicado a asesinar a tiros a negros, judíos, blancos o negros involucrados en relaciones sexuales interraciales y a periodistas y políticos defensores de los derechos civiles o defensores de esas relaciones, se asocia con un disidente del FBI que acusaba a esta de estar dominada por judíos; matan a varios de esos agentes projudíos del FBI y a algunos miembros del Mossad que se mueven con libertad por Estados Unidos y logran que el amigo disidente del FBI sea nombrado jefe de una nueva agencia secreta que expulsa a todos los judíos de los medios y del Gobierno, al que tenían colonizado. Los asesinatos terroris-

tas de Yeager combinados con la crisis económica nacional y con el incremento de la violencia social y racial ayudan a que la conspiración organizada por su grupo, encabezada por él y el exagente del FBI, se imponga y derroquen al Gobierno de Estados Unidos. Pero el exagente se conforma con aplastar a negros rebeldes y a judíos, mientras que Yeager quiere llevar la lucha por la supremacía blanca a todo el mundo. Así que se enfrenta a su aliado y lo mata. Y luego se lanza, al frente del nuevo gobierno blanco de Estados Unidos, a una batalla mundial para imponer al fin la plena supremacía blanca sobre el mundo.

Pierce muere en 2002. Como veremos, desde el atentado contra las Torres del World Trade Center neoyorquino en septiembre de 2001 el panorama político estadounidense cambia. Resultado menor de ello es que National Alliance deja de tener influencia como grupo terrorista, y la rivalidad entre los sucesores de Pierce en el mando de la misma, Erich Gliebe y Kevin Strom, conduce a la rápida decadencia del grupo, que se divide y se declara disuelto como tal en 2013.

El *NATIONAL SOCIALIST MOVEMENT* es otra derivación del American Nazi Party y fue fundado por Robert Brannen y Cliff Harrington, dos antiguos militantes de este, en 1974. El movimiento se niega a ser catalogado como neonazi, afirma no ser racista y se autodefine como una organización política que lucha por los derechos civiles de los blancos. En realidad sí es un partido de extrema derecha, neonazi y supremacista blanco. Es el mayor partido neonazi existente en Estados Unidos, haciéndose notar con regularidad con actos públicos y con su presencia en treinta y cinco de los estados de la Unión. Y se ha movido con mucha habilidad, de modo que su racismo y sus actos terroristas no han provocado demasiado escándalo.

ARYAN NATIONS es una organización religiosa y supremacista blanca fundada en 1970 por Richard Girnt Butler. Butler, nacido en Denver, Colorado, en 1918, presbiteriano, antiguo miembro de Silver Shirts, organización fascista activa en los años treinta de la que hablamos antes, fue después miembro de Christian Identity, organización religiosa ultraderechista y antijudía, y luego fundó Aryan Nations, su propio grupo. Aunque Butler fue uno de los líderes de la extrema derecha de los ochenta y noventa y Aryan Nations subsiste hasta la actualidad, lo cierto es que ese grupo nunca tuvo mucho peso ni mucha militancia y que fue denunciado varias veces por agresiones supremacistas blancas, racismo y terrorismo.

El *COUNCIL FOR NATIONAL POLICY,* fundado por Tim La Haye en 1981 es la tapadera de un poderoso grupo de activistas ricos de extrema derecha, políticos, empresariales y religiosos, grupo casi secreto que ha sido definido como una versión conservadora del Council on Foreign Relations. El CNP organiza foros privados y se sirve de las redes para difundir e imponer sus ideas derechistas. Sus miembros son pocos, pero muy poderosos y varios de ellos estuvieron ligados a la Moral Majority de Jerry Falwell.

CONCERNED WOMAN OF AMERICA es una organización femenina cristiana fundada en 1979 por Beverly La Haye, esposa de Tim La Haye, el líder fundamentalista asociado con Jerry Falwell en la creación de Moral Majority. Se trata de una organización fundamentalista dirigida a hacer participar a las mujeres en luchas sociales y políticas, pero manteniéndolas alejadas del feminismo y sometidas al conservatismo cristiano más ceñido a las normas bíblicas.

II. De los grupos fundamentalistas-mccarthistas que se declaran religiosos, entre los cuales, por cierto, algunos son también terroristas, señalo los siguientes: Christian Voice, Christian Identity, Christian Reconstructionism y Phineas Priesthood.

CHRISTIAN VOICE (VOZ CRISTIANA) fue la primera de una serie de organizaciones y grupos de extrema derecha cristiana que fue llenando el espacio político-religioso de Estados Unidos desde los años ochenta. La fundó en 1978 el reverendo Robert Grant contando con apoyo financiero del conocido televangelista Pat Robertson, creador de Christian Coalition, organización del mismo corte. Aunque definida como organización religiosa, Christian Voice ha estado siempre involucrada en política defendiendo posiciones ultraderechistas. Estuvo asociada desde su origen con la reaccionaria Heritage Foundation republicana y con su líder Paul Weyrich. Simpatizó al principio con el presidente James Carter, que buscaba apoyo de la derecha cristiana, pero cuando Carter aceptó negociar con el presidente panameño Omar Torrijos sobre el Canal de Panamá, Christian Voice lo acusó de comunista y en la elección de 1980 apoyó a Ronald Reagan, candidato sin duda más seguro, contribuyendo a su victoria. Empero, desde 1986 empezó a perder fuerza y muchos de sus principales líderes rompieron con el grupo para fundar la American Freedom Coalition y terminar poco más tarde integrados a la poderosa Unification Church del coreano Sun Myung Moon. De todos modos, Christian Voice, aunque apenas se oye, sobrevive como organización.

CHRISTIAN IDENTITY no es exactamente una iglesia cristiana organizada. Tampoco es una organización política o un partido concreto. Es una ideología religiosa cristiana de extrema derecha, supremacista blanca y antijudía, que se difunde por diversos medios y se ofrece a quien la quiera, siempre que el receptor no sea judío y que sea blanco puro de origen europeo. Su influencia ha sido enorme, porque en Estados Unidos son muchos los grupos religiosos y políticos de extrema derecha cristiana que actúan siguiendo sus pautas, y en su notable estudio *Religion and the Racist Right: the Origins of the Christian Identity Movement*, publicado en 1994, Michael Barkun calcula que sus seguidores podrían rondar la cifra de cien mil estadounidenses. El fundamento de esta llamada Identidad Cristiana se nutre de dos ideas centrales. Una, la más conocida (de ella hablamos antes), es la del mito ario, la de que los pueblos germánicos europeos, incluidos entre ellos los anglosajones, que son parte central de esa raza, y los descendientes directos de unos y otros, constituyen la raza superior, expresión suprema de la humanidad, la única raza plenamente humana. La otra, también vieja, forjada en la Inglaterra del siglo XIX, es la del llamado *israelismo británico*, esto es, la de que esos pueblos arios anglosajones son los verdaderos descendientes de los patriarcas hebreos antiguos, de Abraham, Isaac y Jacob por medio de las Diez Tribus Perdidas de Israel, de las que ellos derivan directamente y que por lo tanto son ellos el único y verdadero Pueblo Elegido de Dios, llamado por Él a dominar el mundo. Así se funden el racismo ario y el antijudaísmo. Y a partir de ello, Christian Identity describe y desprecia a los judíos como pueblo inferior, maldito, como derivado de la relación sexual de Eva con Satanás, que dio origen a la estirpe maldita de Caín. Pero en la visión de Identidad Cristiana esa maldición se extiende a todos los otros pueblos, a todos los no-blancos. En algunos casos se llega a afirmar que esos pueblos no derivan de Adán sino que son preadamitas, es decir, que derivan de otra estirpe anterior, inferior, apenas humana y que nada tiene en común con Adán. Esos pueblos no irán al paraíso. El futuro es de la raza blanca aria, no judía, de origen europeo. A ella pertenece el mundo. Y para imponer y ejercer ese dominio cristiano sobre el planeta deberá esclavizar o exterminar a todos los judíos y a todos los no-blancos que desde el comienzo del mundo están condenados por Dios al fuego del infierno.

Esta monstruosa ideología –que viene del pasado británico y estadounidense y que surge como tal en Estados Unidos en las

pasadas décadas de los veinte y treinta, para alcanzar su plenitud desde los ochenta– está presente y tiene enorme influencia en el mundo religioso de la extrema derecha cristiana estadounidense. Wesley Swift fue uno de sus principales promotores en sociedad con un coronel llamado William Potter Gale. En sus rasgos esenciales Christian Identity es la religión de los principales partidos nazis y grupos religiosos de extrema derecha de Estados Unidos. En su importante libro *Christian Identity. The Aryan American Bloodline Religion,* Chester Quarles muestra que es la religión militante de organizaciones como el Ku Klux Klan, Aryan Nations, The American Nazi Party, The Army of God y The Order, la organización terrorista derivada de la National Alliance. Y agrega además que ha sido la religión de Wesley Swift de la Christian Defense Ligue, de Girnt Butler y de Louis Beam Jr., ambos de Aryan Nations; de Sam Bowers, Mago Imperial del KKK; de Jim Ellison de The Covenant, the Sword and the Arm of God; y que hasta habría influido sobre Timothy McVeigh, el autor del atentado de Oklahoma en 1995. Y aunque no lo menciona en forma expresa en ese recuento, también William Luther Pierce, fundador de National Alliance, muestra igualmente en sus novelas compartir esa visión. Los antes mencionados Wesley Smith y George Lincoln Rockwell, promotor y fundador respectivamente del American Nazi Party, compartieron las ideas de Christian Identity y el primero de ellos llegó a repetir lo afirmado por esta: que los pueblos no-arios carecían de alma y que por tanto no podían salvarse. De estos datos puede inferirse con facilidad la increíble influencia de esta criminal y absurda ideología reaccionaria en el seno de la actual sociedad estadounidense.

Christian Identity es una de las más monstruosas creaciones del extremo racismo supremacista blanco y antijudío puesta al servicio de individuos, iglesias o grupos religiosos que compartan o quieran compartir con ella el antijudaísmo más extremo y el más racista supremacismo blanco. De modo que la ideología de Christian Identity se encuentra difundida en Estados Unidos y en menor grado en varios países europeos entre diversos grupos políticos y religiosos, iglesias e individuos; y el hecho de no pertenecer a ninguno de ellos y de no estar organizada como partido o iglesia hace que sea difícil (en el caso de Estados Unidos, el principal, el que me interesa) contabilizar después de 1994 la cifra actual de adherentes y seguidores de esta ideología reaccionaria y racista de extrema derecha. Pero Christian Identity no es la única.

CHRISTIAN RECONSTRUCTIONISM es la otra monstruosa ideología ultraderechista que ha influido en décadas recientes en el pensamiento de la ultraderecha cristiana estadounidense; y que a diferencia de Christian Identity no es una mera ideología sino también una organización, una verdadera iglesia físicamente constituida, basada en el calvinismo extremo y en el texto de la Biblia hebrea. Christian Reconstructionism (Reconstruccionismo Cristiano) empieza a definirse como movimiento en los pasados años setenta del siglo XX, pero es en los siguientes años ochenta y noventa que cobra verdadera forma orgánica, programa, fuerza e incidencia sobre otras corrientes religiosas fundamentalistas norteamericanas; y aunque luego esa influencia se ha visto algo disminuida, lo cierto es que parte de ella se mantiene viva hasta el presente.

Los dos promotores y organizadores de ese movimiento, es decir, sus líderes principales, son Rousas Rushdoony y Gary North. Rushdoony, muerto en 2001 a los ochenta y seis años, había nacido en Nueva York, hijo de inmigrantes armenios de vieja estirpe religiosa, y fue un ministro protestante, teólogo, misionero, historiador y pensador presbiteriano, calvinista radical, cuyas ideas religiosas y políticas sirvieron de base para la creación de Christian Reconstructionism. Rushdoony creó en 1965 una fundación religiosa, la Chalcedon Foundation, que empezó a publicar un *magazine* mensual titulado *Chalcedon Report*, vocero de sus ideas fundamentalistas y cuyo tiraje creció en las décadas siguientes. Rushdoony publicó varias obras, entre ellas *The Institutes of Biblical Law*, grueso mamotreto en tres tomos, de cerca de mil páginas, redactado a lo largo de varios años y editado en 1973, en el que reproduce y comenta favorablemente toda la legislación hebrea mosaica del Pentateuco bíblico y que es la principal fuente en la que se basa Christian Reconstructionism. En esos mismos años sesenta conoce al economista fundamentalista Gary North, que se casa con su hija Sharon, se convierte en su más cercano colaborador y es el otro ideólogo de Christian Reconstructionism. Gary North, texano, mucho más joven que Rushdoony, nació en 1942 hijo de un agente del FBI, se educó en California y se hizo calvinista. Se graduó en economía y se familiarizó con la obra de economistas de la Escuela Austríaca como Eugen Böhm von Bawerk, liberal; Ludwig von Mises, liberal libertario; y Friedrich Hayek, teórico del neoliberalismo; y también con los escritos de varios teólogos calvinistas y, en particular, con los de Rushdoony. Con ellos conformó su pensamiento económico

y dio forma a su pensamiento religioso. Casado años más tarde con la hija de Rushdoony, North se convirtió en el otro teórico de Christian Reconstructionism, a cuya idea de reconstruir el cristianismo en Estados Unidos y en el mundo sobre la base de la aplicación literal de la moral y la legislación bíblicas judías le incorporó la suya de la Teonomía o Teocracia Cristiana como fundamento del nuevo orden social que se buscaba construir.

La base del pensamiento reconstruccionista es la idea de recrear el mundo bíblico y aplicar en forma estricta en este nuevo orden social su moral y su legislación religiosas. Como calvinistas rigurosos que son, los reconstruccionistas creen que la salvación depende de la fe, de la predestinación, no de las buenas obras. Creen por supuesto en la inerrancia de la Biblia, pues toda ella es verdad y no hay en ella error. Y son posmilenaristas, pues creen en la Segunda Venida de Cristo pero no en que sea inmediata, porque aún falta para que se den las condiciones favorables a esa venida. Las escrituras mosaicas de la Biblia que ellos quieren aplicar contienen 613 leyes divididas en dos clases: morales y ceremoniales. Estas últimas eran válidas para los hebreos, pero no lo son para los cristianos. Las leyes morales, como leyes divinas, sí son todas válidas para los cristianos, salvo las que fueron canceladas por ulteriores revelaciones como las del Nuevo Testamento; o por nuevas condiciones, sanitarias, por ejemplo. Los matrimonios o coitos interraciales están prohibidos por Rushdoony, igual que lo estaban para los hebreos, y aun, salvo excepción, para los judíos modernos, pero al parecer no todos los reconstruccionistas aceptan esa prohibición, al menos de palabra. Lo mismo pasa con la esclavitud, que debería ser reestablecida para volver al modelo hebreo antiguo, pero que no todos la aceptan, quizá para no complicarse con años sabáticos cada medio siglo.

El programa religioso es la rigurosa aplicación de la moral bíblica antigua y de la ley mosaica. Eso significa, por un lado, eliminar las cárceles porque los delitos menores serían castigados con latigazos; y, por el otro, restablecer la pena de muerte para los delitos definidos como graves, porque una vez comprobados en juicio deben conducir a la ejecución de los culpables sin posibilidad de medidas de clemencia. La lista de individuos condenables a la pena capital es grande: asesinos, prostitutas, homosexuales masculinos (porque Dios es homófobo, dice North), blasfemos, falsos profetas, adúlteros, incestuosos, violadores, idólatras, apóstatas, secuestradores, brujos, individuos incursos en bestialismo, testigos falsos en juicios capitales y niños que irrespeten

o agredan a sus padres. Y North dice que para las ejecuciones debe seguirse al pie de la letra el modelo bíblico, que es la lapidación, esto es, matando a los culpables a pedradas, añadiendo que a fin de cuentas ese sistema, que es el mejor, resulta además más barato que el de electrocutar, fusilar o ahorcar, porque las piedras no cuestan nada y se encuentran en todas partes. Por cierto, un número de *Chalcedon Report* de marzo de 1999 decía que era justo aplicar la pena capital a jóvenes rebeldes a la autoridad de sus padres.

El programa económico es obra de North. Para él, todo análisis económico que no parta de la Biblia es falso. El análisis económico debe partir de la historia bíblica de la Creación y de que Dios maldijo la Tierra, por lo que la escasez es la base de la economía y el hombre no puede eludirla ni acabarla. Idea principal de North es que la única forma de reconstruir la sociedad humana es volviendo a la Biblia hebrea e imponiendo con rigurosidad sus normas, esto es, creando un nuevo orden social que sea una teocracia bíblica. Esa teocracia es lo que él llama *Teonomía*. En ella debe reestablecerse la esclavitud, como dice la Biblia hebrea, y eliminar los controles de natalidad, porque Dios le ordenó a Adán y Eva: «creced y multiplicaos». También habría que eliminar los bancos, el impuesto sobre la renta, los subsidios y programas de bienestar social (porque son un estímulo a la holgazanería y a la promoción del mal), y el dinero de papel, para reemplazarlo por pagos en efectivo, en oro, porque Dios rechaza el papel moneda. La sociedad debe ser libremente capitalista y el socialismo y el izquierdismo deben ser condenados como inaceptables pecados.

Para llegar al poder, Christian Reconstructionism dice excluir la violencia y asegura que el camino es la estricta y masiva educación religiosa de niños y jóvenes de uno y otro sexo para convertirlos en seguidores de esa reconstrucción cristiana. Una vez adultos, esos jóvenes llegarían al poder y desde él la impondrían. Para eso es indispensable la libertad religiosa y North la defiende en forma cínica pues dice que se la necesita para alcanzar el poder, pero que una vez que se lo alcance y que se imponga la única verdad, que es la verdad bíblica que ellos defienden, debe eliminarse la libertad religiosa junto con toda disidencia y empezar a matar tanto internamente como en el resto del mundo a todos los herejes, críticos y practicantes de cualquier otra religión o forma de pensamiento. Eso equivale a masacrar a unos dos tercios de la humanidad solo porque no es cristiana y porque tiene y defiende sus propias religiones. Es esta la teocracia bíblica. Lo que le falta señalar a ese programa criminal y

absurdo es que cualquier parecido con el nazismo hitleriano sería mera coincidencia.

Para concluir con este segundo grupo habría que decir algo sobre el confuso movimiento llamado *PHINEAS PRIESTHOOD*, un grupo criminal que justifica los crímenes que comete en un personaje y un texto bíblicos. Se trata de Fineas, personaje bíblico descrito en el Pentateuco (Números, 25) como autor de uno de esos muchos feos crímenes alevosos y racistas celebrados por la Biblia hebrea. Estando en Setim, los israelitas, siempre acusados por Yahveh de serle infieles, habrían empezado a descuidar su religión, a dejar de lado el racismo estricto que esta les impone y a acostarse con las hermosas y seductoras mujeres madianitas, que por supuesto no eran hebreas y que además de ser hermosas eran idólatras y paganas, adoradoras de Baal Fogor. Furioso, Yahveh les habría enviado una terrible plaga que los estaba diezmando sin que cambiaran su conducta. Por orden de Yahveh, Moisés empezó a tomar medidas represivas radicales. Pero sin atender a ellas, un joven israelita se presentó delante de Moisés y de todo el pueblo acompañado de una joven madianita y se metió en su tienda con ella. Al ver esto, Fineas, sacerdote, hijo de Eleazar y nieto de Aarón, el hermano mayor de Moisés, se enfureció, tomó una lanza y entrando en la tienda del israelita, que estaba haciendo el amor con la madianita, los ensartó a ambos con la lanza matándolos. Yahveh celebró el asesinato, suspendió de inmediato la plaga, le dijo a Moisés que había decidido premiar a Fineas y le ordenó informarle que su sacerdocio sería eterno y que luego de él se transmitiría a sus hijos de generación en generación. Basándose en ese crimen racista celebrado por la Biblia, popularizado en 1990 por un libro de Richard K. Hoskins dedicado al sacerdocio de Fineas, titulado *Vigilants of Christendom: the Story of the Phineas Priesthood* (Vigilantes de la cristiandad: la historia del sacerdocio de Fineas), surgió en Estados Unidos en los años noventa un pequeño pero selecto grupo de criminales que tomó ese nombre y se autocalificó de Vigilantes de la Cristiandad, proclamando su condena de las relaciones interraciales, de toda mezcla de razas, de la homosexualidad y de las prácticas abortivas, y dedicándose a perseguir, y en algunos casos a matar, a todo sospechoso de incurrir en ellas. En realidad no llegaron a hacer ninguna matanza, eran pocos y no eran un grupo estructurado, sino que practicaban lo que se había llamado en esos años noventa *resistencia sin líderes,* de la que hablaré en el punto siguiente. De modo que el libro les servía de base y los que querían actuar, lo hacían por

su cuenta. Los Vigilantes cometieron varios crímenes y pronto prefirieron dedicarse a asaltar pequeños bancos y a realizar atentados terroristas con bombas caseras.

III. De los grupos ultraderechistas militaristas-terroristas voy primero a decir algo sobre Army of God y Human Life International, los antiabortistas; y luego sobre The Covenant, the Sword and the Arm of the Lord; Stormfront, The Order, y las milicias, para terminar examinando lo ocurrido en Waco, Texas, en 1993 y el atentado terrorista de Oklahoma en 1995.

THE ARMY OF GOD (Armada de Dios) es una organización secreta estadounidense, cristiana, fundamentalista y terrorista, que condena el aborto y se dedica a perseguir, agredir y hasta matar a quienes lo practican, y a atacar e incendiar las clínicas en que se realizan abortos y las organizaciones parentales en que se planifican procedimientos de control de natalidad. La organización fue creada en 1982, o en todo caso fue ese el año en que se hizo notar con la primera actividad suya que tuvo alcances mediáticos. Dada su ilegalidad y su existencia clandestina, Armada de Dios es una de las primeras organizaciones terroristas de derecha de Estados Unidos que llevó a la práctica el sistema de *resistencia sin líderes* que se puso de moda en los años siguientes entre organizaciones del mismo tipo.

Acerca de la *resistencia sin líderes*, Louis Beam –considerado el padre de la idea–, en su artículo «*Leaderless Resistance*», publicado en 1992, dice que el concepto no es suyo sino del ya muerto coronel Ulius Louis Amoss, fundador del International Service of Information Incorporated. Amoss, anticomunista infatigable durante toda su vida, explicó por primera vez lo que era *resistencia sin líderes* en un artículo suyo, «Leaderless Resistance», que había publicado el 17 de abril de 1962. Beam añade que la diferencia entre el empleo de la idea por Amoss y el que él propone es que Amoss la propuso para enfrentar al comunismo, al que con razón temía, mientras que él, Beam, que ha sido testigo del reciente derrumbe del comunismo, piensa que este no es más una amenaza para Estados Unidos y que lo que sí amenaza, en cambio, la libertad estadounidense en los nuevos tiempos en que se vive, es la tiranía que ha venido imponiéndole a los norteamericanos el Gobierno federal. Ese es el enemigo y es contra este que debe impulsarse esa *resistencia sin líderes*, «para defender la libertad». La *resistencia sin líderes* es la más sencilla y eficaz forma de enfrentarse mediante actos violentos al poder porque

para hacerlo, los terroristas, en lugar de tener que estar organizados en un grupo o partido que puede ser apresado o infiltrado, dependiendo además de una cúpula dirigente clandestina que planifica y controla las acciones a ser ejecutadas, en esta resistencia sólo basta con saber cuál es el enemigo a atacar (y hay muchas formas de saberlo) y así cada grupo o célula fantasma se encarga de preparar, organizar y realizar por cuenta propia las acciones pertinentes. Debiendo enfrentarse al FBI y a las fuerzas policiales y militares estadounidenses, ese fue justamente el modo de operar adoptado por la mayor parte de los grupos terroristas de extrema derecha que ejecutaron atentados, asesinatos y actos terroristas en Estados Unidos en la década de los noventa.

Por cierto, dado que todos los cristianos opuestos al aborto y dispuestos a enfrentarlo mediante la violencia comparten las mismas ideas y los mismos objetivos, la Armada de Dios le deja a sus seguidores las manos libres para actuar y por seguridad les prohíbe discutir con alguien sus planes antes de ejecutarlos. La lista de acciones violentas de la Armada de Dios es larga. Su primera operación, en 1982, fue un secuestro, el de un médico llamado Héctor Zevallos, practicante de abortos, y de su esposa. Una semana después los liberaron a ambos sanos y salvos. Pero eso fue un aviso. Estos cruzados que proclaman que todo aborto es un asesinato, se dedican simplemente en nombre de Dios, como armada suya, a «asesinar a los asesinos», a quienes son sus asistentes, y a incendiar las clínicas en las que trabajan. Todos los ataques en años siguientes fueron para eso o para enviarles sobres contaminados con ántrax y otras enfermedades.

No obstante, la verdadera promotora mundial del antiabortismo terrorista cristiano, del que la Armada de Dios es solo un ejecutante, es Human Life International**.** Esta es una activa organización antiabortista católica, fundada en Estados Unidos en 1981 por el sacerdote católico Paul Marx, que tiene por sede Front Royal en Virginia y que se autodefine como la mayor organización por la vida que existe en el mundo actual. Y Human Life International proclama esto porque, aunque fundada y teniendo su sede principal en Estados Unidos, cuenta con ramificaciones en todo el mundo, al menos en unos ochenta países, y por supuesto cuenta con la bendición del Papa, el apoyo del Vaticano y el de toda la Iglesia católica, que ha hecho de la condena absoluta del aborto uno de sus temas principales. Human Life International se asigna como tarea central la de formar

líderes antiaborto en todo el mundo porque afirma que su misión es defender el derecho divino que Dios ha dado a los humanos a la vida, derecho que los abortistas quieren pisotear y que el papa Pablo VI ratificó en su encíclica *Humanae vitae*.

Pero tras este discurso, Human Life International se revela como organización terrorista virulenta. El padre Marx, su fundador, muerto en 2010 a los noventa años, hombre primitivo, intolerante y sectario, enemigo de toda modernidad y todo cambio, era además un furibundo antijudío que proclamaba que eran los médicos judíos los que habían difundido el aborto entre los cristianos para reducir su crecimiento y su poder. Resucitó muchas de las acusaciones de tiempos medievales contra los judíos, a los que en esos siglos se acusaba de hacer rituales criminales con niños cristianos. No solo repetía que el aborto era un asesinato sino que dada la proporción en que aumentaba, estaba convencido de que la raza blanca, dominante en Europa y en América, se estaba suicidando en forma masiva mientras las otras razas, asiáticas y africanas, entre ellos los árabes, que eran musulmanes, seguían incrementando su población, amenazando de esta forma el dominio de la raza blanca. Así, de la condena de los judíos en nombre de la supuesta defensa de toda vida humana el padre Marx pasaba, sin transición, al racismo supremacista blanco porque ya no se trataba para él de proteger la vida de todos los fetos, sino en especial la de los fetos blancos, para impedir así que las razas no blancas pudieran desplazar a la blanca del poder y pasar a controlar el mundo.

THE COVENANT, THE SWORD AND THE ARM OF THE LORD (El Pacto o Convenio, la espada y el brazo del Señor) fue una organización política y religiosa de extrema derecha estrechamente influida por Christian Identity, y cuya actividad se desarrolló en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX. Fue fundada y dirigida por James Ellison, que tuvo como sumo sacerdote a Kerry Noble y por consejero espiritual a Robert G. Millar, quien fue además el fundador de Elohim City. Pero Ellison tuvo también otros consejeros, como Richard Butler, el fundador de Aryan Nations, y Robert Milles, el fundador de Mountain Church. Todos ellos, incluido Ellison, eran hombres de extrema derecha y seguidores de Christian Identity, de cuya poderosa influencia en la extrema derecha religiosa estadounidense hablé antes. Y para completar el cuadro habría que señalar que Ellison mantuvo estrechas relaciones con Aryan Nations y con el KKK. Todo esto prometía una seria virulencia político-religiosa y una inminente violencia te-

rrorista de extrema derecha. Y de hecho fue en esa dirección que The Covenant se orientó desde temprano.

Ellison, que acababa de salir de la cárcel, se instaló en Elohim City, donde se casó con la nieta de Millar, pero de Elohim City salió a fundar The Covenant. Esta, definida desde el inicio como radicalmente supremacista blanca y antijudía, adquirió para instalarse un vasto terreno vecino de un lago en el estado de Arkansas y pronto se construyó allí una suerte de amplio recinto o búnker. El objetivo era la adquisición por cualquier vía de todo tipo de armas de fuego y la preparación militar de sus miembros para enfrentar al Gobierno de Estados Unidos, al que acusaban de estar dominado por los judíos y al que llamaban ZOG, Zionist Occupied Government (Gobierno Ocupado por los Sionistas). El Covenant no logró reunir un grupo muy numeroso de militantes, pero en cambio estos parecían bastante aguerri dos. Lograron acumular un parque bastante respetable tanto en tamaño como en variedad de armas: fusiles, ametralladoras, un cohete antitanque y una buena cantidad del explosivo C-4. Algunas de esas armas fueron adquiridas legalmente, pero la mayor parte se obtuvo en compras ilegales y asaltos a armerías. Se entrenaban, salían a cometer atracos y contaban con varios pequeños refugios para defenderse de un ataque. Pero todos, Ellison y los otros, se derrumbaron sin pelear. El FBI y la ATF, Bureau of Alcohol, Tobacco and Firearms (Oficina de Control de Alcohol, Tabaco y Armas de fuego), les habían venido siguiendo la pista, tenían información de que disponían de un parque de armas ilegal y de que preparaban acciones terroristas contra el Gobierno. De modo que empezaron por capturar a uno de ellos que había matado a un policía negro y asaltado una armería, matando también a su dueño, todo para conseguir armas. Lo capturaron, obtuvieron permiso de la Gobernación de Arkansas para registrar el recinto, le pusieron sitio el 19 de abril de 1985 y después de un forcejeo de cuatro días los sitiados se rindieron, terminando sometidos a juicio, imputados y condenados a penas diversas. Comparado con los terroristas de extrema derecha que los siguieron en los noventa, The Covenant, que de paso quedó disuelto, resultó un auténtico *bluff*.

STORMFRONT es un foro digital, radical supremacista blanco, neonazi y proclamador de odios raciales que habiendo empezado en Estados Unidos en 1990 como un simple boletín en línea se ha convertido en la actualidad, en esta segunda década del siglo XXI, en el portal racista, supremacista blanco y proclamador de odio

racial más seguido en Internet. Fue fundado y sigue dirigido por Don Black (curioso apellido para un supremacista blanco), que fue antes líder, *Grand Wizard* del Ku Klux Klan y miembro del National Socialist White People's Party, de modo que no habría modo de ocultar sus simpatías políticas, algo que él por supuesto no hace. La tarea inicial del foro, en 1990, fue promover la candidatura para senador por Louisiana del supremacista blanco David Duke, dirigente del KKK durante los años sesenta y setenta y defensor de la segregación racial; y al foro se le puso el nombre de *Stormfront* en honor a las *Sturmtruppen* nazis. En 1996 se convirtió en sitio web y en 2000 emitió un documental promotor del odio titulado *Hate.com*. El portal ha sido prohibido en Francia, Alemania e Italia, pero se mantiene en Estados Unidos.

THE ORDER fue una organización supremacista blanca de corta duración que funcionó en Estados Unidos entre 1983 y 1984. Fue fundada por Robert Jay Mathews, un supremacista blanco, mormón y creador de una milicia anticomunista formada por mormones y llamada Sons of Liberty (Hijos de la Libertad). Pero además de anticomunista, Mathews era también antijudío y al fundar The Order su objetivo principal pasó a ser organizar una revolución para derrocar al Gobierno de Estados Unidos, al que acusaba, no de ser comunista por supuesto, sino de estar controlado por poderosos y notorios judíos. Y Mathews, igual que otros grupos de derecha, llamaba ZOG al gobierno estadounidense. The Order fue llamado así porque Mathews era seguidor de William Luther Pierce y lector de su novela *The Turner Diaries*, y The Order era el nombre del grupo terrorista de Turner y también de Yaeger, el héroe de *Hunter*, la otra novela de Pierce. Siguiendo en esto a Turner, Mathews hizo su lista de candidatos a ser asesinados, pero no en una ficción novelesca sino en la realidad. Y esa lista la encabezaba un periodista llamado Alan Berg, que dirigía un programa radial participativo y de amplia audiencia en el que criticaba el racismo y el supremacismo blanco. Dos miembros de The Order, David Lane y Bruce Pierce, se encargaron de liquidar a Berg matándolo a tiros. Los dos fueron acusados por el crimen, juzgados y condenados, Lane a 190 años de cárcel y Pierce a 252. Ambos murieron en prisión unas cuantas décadas antes de cumplir la pena, uno en 2007 y el otro en 2010. Mathews se escondió, pero la policía, que lo acusaba de instigador del asesinato, lo persiguió, lo localizó y rodeó la casa en que se ocultaba, intimándolo a rendirse. Él se negó. Hubo un violento enfrentamiento a tiros,

se produjo un incendio y Mathews resultó muerto. The Order fue proscrito, pero algunos supremacistas blancos han honrado desde entonces a Mathews como uno de sus mártires.

Estas muestras de violencia que hemos examinado hasta ahora son todavía limitadas. No pasaban de ser amenazas, ataques individuales, asesinatos de individuos aislados o de pequeños grupos, y que podrían pasar por normales o, en todo caso, ser vistos como menores en un país como Estados Unidos en el que todo el mundo está armado y en el que impera por doquier la más brutal violencia. Pero el panorama era cualquier cosa menos tranquilizante. Y preocupado por ella y por la existencia de grupos armados que lo consideraban el enemigo a enfrentar, el Estado y sus cuerpos represivos intentaban prepararse para prevenir posibles ataques. La cosa se complicó porque las raíces de esa violencia, que es componente estructural de la sociedad norteamericana, son profundas y porque en ese cuadro de creciente autoritarismo y militarismo del Estado, la respuesta gubernamental fue también demasiado violenta y bastante torpe, ya que el poder estatal se encontraba un tanto desconcertado porque hasta entonces no había logrado unificar esa violencia y ese odio contra un enemigo exterior creíble, como había podido hacer siempre, en coyunturas anteriores comparables en cierta medida con la de esos confusos e inestables años noventa. En ese contexto, la amenaza interna contra el Gobierno se materializó con la formación de preocupantes milicias armadas en diversos estados del país, con el torpe ataque militar del Estado contra los fundamentalistas armados concentrados en su refugio de Waco, Texas, y con el terrible atentado terrorista que tuvo lugar en Oklahoma City dos años después. Es eso lo que intentaré examinar con brevedad en las páginas siguientes.

LAS MILICIAS. A mediados de los años noventa los Estados Unidos empezaron a llenarse de milicias, milicias paramilitares bien armadas que se autocalificaban de libertarias y que pese a diferencias concretas o de énfasis existentes entre ellas, eran todas de extrema derecha, supremacistas blancas y derivadas de pequeños grupos fundamentalistas, militaristas y neonazis, pero pretendiendo ser todas herederas directas de las milicias de la Independencia. Y en esto las ayudaba la Constitución. Porque en Estados Unidos las milicias tienen sustento constitucional asociado al derecho del pueblo a portar armas. Lo tienen porque la Segunda Enmienda a la Constitución dice textualmente que «siendo necesaria una milicia bien ordenada

para la seguridad de un Estado libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas». Y aquí nada importa que ese texto haya sido publicado y aprobado en 1791, en un contexto completamente diferente al actual y que Estados Unidos cuente hoy con el más grande, poderoso y mejor armado ejército del mundo, lo que, si se sigue el razonamiento mismo de esa Segunda Enmienda, haría innecesario que el pueblo poseyese y portase armas. Pero como ese es un texto sagrado e inmodificable, ya que el pueblo tiene derecho a poseer y portar armas (y el que lo dude que le pregunte a la Asociación Nacional del Rifle), sería cuestionable por inconstitucional que se le negase el derecho de formar milicias. Además de ello, los nuevos milicianos de los años noventa podían incluso escudarse en que la Segunda Enmienda habla de la defensa de un Estado libre y que según ellos el Gobierno de Estados Unidos se había convertido en una tiranía, por lo que ellos, los milicianos, se estaban organizando, preparando y armando, justamente para defender contra el Gobierno esa sagrada libertad.

La primera milicia fue la de Montana, fundada en 1994 por un peculiar personaje, antiguo nazi con barba de profeta llamado John Trochmann. La segunda fue la de Michigan. En abril de 1995 tuvo lugar el ataque terrorista de Oklahoma City y los medios acusaron, al parecer sin razón, a Timothy McVeigh, el autor del atentado, de haber estado vinculado a la milicia de Michigan. En forma paradójica esta denuncia estimuló la creación de nuevas milicias; y en los años siguientes, 1995 y 1996, aparecieron las de Virginia, Virginia Oriental, Georgia, Washington, Arizona, Nevada, Colorado, California, Florida, Missouri, Pensilvania, Ohio y Texas. Para ese entonces, mediados de los noventa, había milicias en todos los estados y se calculaba que sus miembros oscilaban entre veinte mil y sesenta mil individuos. Las milicias no eran ilegales, solo que no estaban sometidas al Gobierno y que se pronunciaban contra él. Eran organizaciones paramilitares que se entrenaban en sus sitios de concentración y que reunían diversos tipos de armas porque uno de sus declarados temores era que el Congreso prohibiera la posesión y porte de armas. Y de hecho se había aprobado en 1994 una ley, la Ley Brady (Brady Handgun Violence Prevention Act), que establecía algunos límites y controles al uso, adquisición y transporte de armas de fuego y prohibía a los particulares fabricar armas de guerra.

Las milicias fueron acusadas de cometer delitos, de adquirir armas ilegales y de atacar a personas cometiendo asaltos. Pero siguie-

ron siendo delitos menores. En algunos casos el Gobierno tomó medidas, como en 1996 contra un grupo cercano a la milicia de Montana, los Montana Freemen, seguidores de Christian Identity, pero después de un forcejeo se llegó a un acuerdo y los milicianos se rindieron. Al final, en 1999, el Departamento de Justicia estadounidense declaró que las milicias eran reactivas y no proactivas y que no representaban un peligro serio para el Gobierno federal. El punto más alto de las milicias se alcanzó en 1996, cuando contaban con 858 grupos. Disminuyeron desde 2001 (el 11 de septiembre cambió a fondo las cosas), pero muchas de ellas se mantienen activas y al parecer se reanimaron en tiempos del gobierno de Obama, muy probablemente porque ver un negro en la Presidencia no era precisamente uno de sus sueños.

Lo que sí sacudió al pueblo norteamericano fueron los dos hechos más violentos de la década de los noventa. En el primero de ellos, el sitio de la sede de la secta davidiana en su refugio de Waco, en Texas, la violencia –por cierto de una torpeza y brutalidad asombrosas– la pusieron los grupos armados del Gobierno, aunque luego trataron de encubrir o eludir sus responsabilidades. El segundo, el de Oklahoma City, ocurrido exactamente dos años más tarde, fue en cambio un brutal atentado terrorista como no había ocurrido nunca antes en Estados Unidos no obstante su rica historia de violencia, y el descubrimiento de quiénes habían sido sus autores causó tanta conmoción al país como la que había causado la enorme magnitud del hecho.

EL SITIO Y TOMA DE WACO duró cincuenta y un días, del 28 de febrero al 19 de abril de 1993 y dejó como resultado ochenta y dos muertos, incluidos veintidós niños. El objetivo del sitio y ataque fue someter a la llamada Branch Davidians, la rama davidiana derivada de dos divisiones sucesivas de los Adventistas del Séptimo Día, iglesia protestante, calvinista, fundamentalista y premilenarista de que hablamos antes. Los davidianos formaban una comunidad religiosa establecida en un recinto rodeado de un área rural al que habían bautizado como Monte Carmelo y que estaba situado cerca de Waco, en Texas. Había experimentado recientes luchas por el liderazgo y en esas luchas había vencido un hombre de treinta y tres años, cuyo nombre real era Vernon Howell, pero que se hacía llamar David Koresh (David por el rey bíblico, y Koresh derivado del nombre en hebreo de Ciro, el rey persa que había permitido el regreso de los hebreos a Palestina). Formada por un grupo de hombres, mujeres

y niños, la comunidad se dedicaba a estudiar textos bíblicos, reunir armas y esperar el cercano fin del mundo. Pero como profeta, Koresh la convirtió en poligámica en su beneficio, pues decidió que los hombres de la comunidad se hicieran castos y que las mujeres, adultas y adolescentes, fueran suyas, para engendrar así muchos niños puros, quedando su modesto harén formado por ciento cuarenta mujeres: sesenta reinas y ochenta concubinas, decisión que no siempre fue acatada, aunque a los hijos de otros padres, por no ser suyos, Koresh los hacía llamar bastardos.

Pero por medio de la ATF, el Gobierno –que sabía de la poligamia de Koresh y su relación con chicas adolescentes– dijo sospechar (y esto le interesaba más) que la secta, que seguía acumulando armas, estaba adulterando varias de ellas para convertirlas de semiautomáticas en automáticas, lo que estaba prohibido. Ese fue el pretexto que usaron el FBI y el ATF para decidir hacer un registro del recinto. Un grupo armado del ATF rodeó Monte Carmelo el 28 de febrero de 1993 para hacer la requisición. Eso produjo ya el primer choque. Armada la ATF y armados los davidianos, entre discusiones y búsquedas de acuerdo se produjo, como suele suceder, un disparo no se sabe de quién y ello derivó en un tiroteo. Cuatro ATF y varios davidianos murieron, y el conflicto se agravó. El sitio se mantuvo sin solución semana tras semana con nuevos intentos frustrados de acuerdo y nuevos choques, heridos y muertos. El ATF solicitó apoyo del FBI. La procuradora federal, Janet Reno, obtuvo del renuente presidente Clinton autorización para enfrentar con violencia a los davidianos porque el Gobierno necesitaba imponer su autoridad frente al reinante clima de tensiones. Se preparó el ataque, que se inició la mañana del 19 de abril. Algunos davidianos, incluidos varias mujeres y niños, se rindieron antes de que empezara, pero la mayor parte se atrincheró, armada y dispuesta a resistir. Contra ellos la brutalidad policial fue absoluta. La sede davidiana fue atacada con furia. Además de constantes ráfagas de ametralladora se la inundó de bombas lacrimógenas que causaron la muerte por asfixia a varios adultos y a muchos niños. Un helicóptero militar sobrevoló la casa disparando y matando a varios davidianos. Luego, los atacantes dispararon contra la sede cohetes incendiarios que provocaron un incendio. Todo indica que apenas iniciado este, un comando de élite del FBI o del ATF entró por sorpresa en la casa y mató a varios rebeldes porque, entre otros, el cadáver de Koresh apareció luego entre quemado y muerto a tiros. El incendio causa-

do por los cohetes fue pavoroso. En una hora la casa quedó reducida a humeantes escombros. En total hubo ochenta y dos víctimas, de las cuales setenta y seis eran de davidianos, incluidos Koresh y los veintiún niños antes mencionados.

La matanza de Waco provocó un escándalo nacional y hubo varias demandas contra el Gobierno por su brutalidad. Pero no había testigos de los medios porque el Gobierno les había impedido estar presentes en la batalla final. Las comisiones nombradas y el Congreso silenciaron el hecho clave de que no se habían encontrado armas reconvertidas, dejaron de lado que el uso en esos casos de un helicóptero militar estaba prohibido y trataron de imponer, sin mucho éxito, su versión de que las muertes no habían sido producto del incendio causado por los cohetes incendiarios lanzados sino que el incendio había sido provocado por los propios davidianos para suicidarse en forma masiva. Esa más que dudosa versión oficial fue a fin de cuentas la que se impuso, pero la polémica al respecto se ha mantenido viva desde entonces tanto en libros publicados, como en abundantes análisis, videos y documentos accesibles en Internet.

La respuesta a la matanza de Waco se produjo exactamente dos años después, el 19 de abril de 1995, en Oklahoma City. Ese día a las 9:02 de la mañana tuvo lugar el descomunal atentado terrorista que hizo volar mediante una impresionante explosión toda la fachada norte del edificio federal Alfred P. Murrah, situado en el centro de la ciudad. El amplio edificio, de nueve pisos, alojaba oficinas del United States Secret Service, el FBI, la ATF, la DEA y unas oficinas de reclutamiento de Ejército y Marina norteamericana. En el edificio trabajaban más de quinientos cincuenta empleados y en uno de los pisos inferiores había una guardería infantil. El autor del atentado terrorista fue un joven exsoldado estadunidense de veintisiete años, llamado Timothy McVeigh, premiado años antes como héroe en la primera Guerra del Golfo y convertido luego en declarado enemigo del Gobierno de Estados Unidos. Por estar situado en una avenida céntrica y ser muy concurrido, había facilidad para estacionarse frente al edificio sin llamar la atención. De modo que McVeigh, manejando un gran camión Ryder de carga, alquilado días antes en Kansas City y cargado con más de dos toneladas de un explosivo casero fabricado por él a base de una poderosa mezcla de nitrato de amonio, nitrometano y diésel había estacionado el camión frente al edificio poco antes de las nueve, había puesto en marcha el proceso de detonación del explosivo, que tardaba cinco minutos en producir la explosión, y había

salido del camión contando con el auto que había estacionado antes cerca del sitio para alejarse lo más pronto posible de allí. Dos minutos después de las nueve, la espantosa detonación del explosivo destruyó casi toda la mitad frontal del edificio arrancándole de cuajo la fachada y dejando un cráter de nueve metros de diámetro por 2,4 de profundidad. Como resultado de la explosión murieron ciento sesenta y ocho personas, entre ellas ocho agentes del Gobierno y diecinueve niños; hubo más de seiscientos ochenta heridos, todos los edificios cercanos sufrieron serios daños y ochenta y seis autos resultaron quemados o destruidos por completo.

McVeigh había actuado solo, como le gusta al individualismo estadounidense, pero en la preparación del acto y en la del explosivo había contado con ayuda de dos de los amigos que había hecho en el Ejército: Michael Fortier y Terry Nichols. Fortier despreciaba al Gobierno y compartía ideas con McVeigh, pero se negó a participar en el atentado y una vez capturado negoció con el FBI convertirse en testigo de cargo en el juicio y así logró ser condenado a solo doce años de prisión. Nichols era el más radical, odiaba al Gobierno, se negaba a pagarle impuestos y quería renunciar a su nacionalidad estadounidense. Además era un experto en explosivos y en preparar bombas y sabía cómo adquirir y mezclar los componentes. Este aprendizaje fue esencial para McVeigh, que sabía mucho de armas pero poco de explosivos. No obstante, después de ayudarlo en todo, hasta en preparar la bomba, Nichols se negó también a participar en el atentado. McVeigh era el más firme de los tres. Compartía posiciones con las milicias y aunque no formó parte de ninguna, había leído *Los Diarios de Turner* y se los recomendó a sus dos amigos. Y habiendo visto en TV, en abril de 1993, en compañía de Nichols lo ocurrido en Waco, se comprometió, igual que su amigo, a vengar ese crimen volando un edificio que sirviera de sede al FBI y al ATF, que fue exactamente lo que él hizo (pero solo) justo dos años después en Oklahoma. Los tres individuos fueron capturados pronto y sometidos a juicio. Restablecida desde 1976 –luego de una suspensión federal de cuatro años– la pena de muerte, abolida en muchos estados, estaba vigente en Oklahoma, pero el jurado decidió no emplearla contra Nichols, de modo que este escapó a ella, pero solo para ser condenado en otros dos juicios a 161 años de prisión sin posibilidad de que esa pena le fuera reducida. A McVeigh, en cambio, se lo condenó a muerte. Para ello no se lo juzgó en Oklahoma ni se le imputó la muerte de los ciento sesenta

civiles muertos en el atentado, porque eso era delito estatal. Para condenarlo a muerte se trasladó el juicio a Colorado, con un jurado más seguro, y allí se lo juzgó solo por los ocho agentes del Gobierno muertos en la explosión, lo que era delito federal. Y luego de seis años de cárcel, McVeigh fue ejecutado por inyección letal en junio de 2001. De modo que se perdió el atentado de septiembre de ese año contra las torres del World Trade Center neoyorquino, que por cierto le quitó al suyo el récord de ser el más mortífero realizado en el país, como había sido hasta ese día.

A propósito de este terrible atentado creo importante señalar dos cosas. La primera de ellas es que la sacudida que significó para el Gobierno y para la población de Estados Unidos este crimen y esta terrible mortandad, que incluía no solo a ciudadanos corrientes sino a diecinueve niños inocentes, solo resultaba comparable con la indescriptible sorpresa que constituyó para ambos, Gobierno y población, el descubrir que los autores de esa monstruosa operación criminal no habían sido unos árabes barbudos, musulmanes de rostros torvos, piel bronceada, turbantes y chilabas, esto es, un grupo de esos siniestros terroristas extranjeros que a diario el Gobierno denunciaba como el nuevo enemigo del país, sino tres ciudadanos norteamericanos corrientes, iguales a casi cualquiera de ellos: todos blancos, de ojos claros, arios, anglosajones, jóvenes y cristianos, que además habían servido en el Ejército de Estados Unidos y uno de los cuales, justo el que había puesto el explosivo, había sido condecorado como héroe militar.

Y la segunda es que en esos años noventa, aparte del débil primer intento de ataque contra las torres del World Trade Center de Nueva York en 1993 ya mencionado, el atentado de Oklahoma no fue el único incidente asociado con terrorismo, aunque los otros que hubo fueron todos confusos, individuales o de poco alcance. El primero de esos atentados fue el de Frank Eugene Corder, que en septiembre de 1994 estrelló una avioneta Cessna robada contra la Casa Blanca, muriendo en el intento. El segundo fue el de Francisco Martín Durán, que un mes después descargó veintinueve disparos de rifle contra la Casa Blanca creyendo haber visto en el prado al presidente Clinton. Fue condenado a cuarenta años de cárcel. El tercero fue el de John Salvi, extremista cristiano, contra una clínica de planificación familiar en Brooklin, Massachusetts, en diciembre de 1994, en el que mató a tiros a dos personas e hirió a otra. Encarcelado poco después, murió en la cárcel. El más grave fue el atenta-

do terrorista contra los Juegos Olímpicos de Verano que se celebraban en Atlanta en julio de 1996. Eric Robert Rudolph, un terrorista cristiano de extrema derecha cercano a Christian Identity, colocó en el Centennial Olympic Park lleno de miles de espectadores una bomba cuya explosión, habiendo sido detectada poco antes de que explotara, provocó solo dos muertes. Rudolph, hombre de treinta años, opuesto al aborto y a la homosexualidad, no siendo capturado entonces, lanzó en enero siguiente otra bomba contra una clínica de abortos en Georgia, un mes más tarde una tercera contra un bar de lesbianas en Atlanta y luego una cuarta en enero de 1998 en Birminghan, Alabama, contra otra clínica abortiva. Fue capturado finalmente en 2003 y condenado a cuatro cadenas perpetuas. Definitivamente, algo andaba mal en el país y el Gobierno estaba urgido de hacer algo para tratar de frenar el caos.

Siglo XXI: Las dos primeras décadas. Bush II y Obama

El 11 de septiembre de 2001 transformó por completo ese panorama. El de los Estados Unidos en primer término, por supuesto. Pero dada la influencia y el poder de estos, también el de la mayor parte del resto del planeta. Los atentados terroristas realizados ese día contra las torres del World Trade Center neoyorquino, uno de los más soberbios símbolos del dominio mundial del imperio estadounidense, fueron los indiscutibles causantes de ese cambio radical.

Los atentados provocaron de inmediato un profundo estado de miedo colectivo seguido de una ola histérica y ultraderechista de patrioterismo intolerante y ciego que el poder político y militar y los medios de comunicación (que fueron más que nunca medios de manipulación) se encargaron de promover sin dejar el más mínimo resquicio para la crítica sensata o la prudente disidencia. Sin embargo, apenas pasada esta etapa de miedo y atenuada la ola de histeria patriotera, la polémica sobre el atentado, sobre su contexto, sus causas y protagonistas, empezó a ganar espacio y a suscitar cada vez más serias dudas sobre la explicación oficial que se le diera a los estadounidenses casi desde el primer día, desde el inicio mismo de la histeria patriotera y arrogante. Esa explicación oficial ha ido quedando demolida en lo esencial, y las investigaciones y críticas realizadas con esfuerzo y corriendo riesgos han logrado incrementar cada vez con mayor fuerza y con más elementos probatorios la terrible sospecha de que el poder profundo, político y militar que

gobierna Estados Unidos estuvo implicado en ese acto terrorista, ya fuese en forma directa o por complicidad para dejar que se llevara a cabo. Solo que esa indispensable discusión ha perdido importancia con las medidas represivas tomadas por ese poder político para cerrarle legalmente el paso a las investigaciones y también con el mismo transcurso de los años, que han hecho pasar a segundo plano el atentado, desplazado de los medios por los nuevos crímenes, guerras e invasiones «antiterroristas» de Estados Unidos contra diversos gobiernos y países. Pero lo que sí es indiscutible es que a ese poder profundo que gobierna Estados Unidos ese criminal atentado terrorista le cayó literalmente del cielo, como una suerte de bendición divina, porque nada podía ayudarlo más a imponer con facilidad sus objetivos autoritarios y guerreristas que un terrible atentado terrorista como ese.

En efecto, los atentados sirvieron para resolver los principales problemas que ese poder profundo veía con razón como peligros graves para el gobierno imperial, tan fuerte en el exterior y tan controvertido y amenazado en el conflictivo y violento plano interno.

El primero fue convertir a George W. Bush en el presidente más poderoso y popular de la historia reciente de Estados Unidos. A ese mismo Bush que había ganado el año anterior la Presidencia mediante un fraude descarado; al que el país veía como un personaje ridículo, burlándose a diario de su ignorancia y de los disparates que decía; que además estaba esa mañana del 11 en una escuela de párvulos en Florida leyéndole un libro volteado a unos alumnos, y al que el poder profundo prefirió esconder por más de un día en un refugio secreto antes de presentarlo ante el país con su nuevo perfil de guerrero vengador y de estadista.

Los otros fueron los más importantes, los de mayor alcance. El gran éxito fue poder convertir, al fin, al terrorismo islámico en el enemigo buscado, el enemigo de alcance mundial que el poder estadounidense necesitaba con urgencia para superar la confusa e incontrolable conflictividad interna que se vivía en el país. El atentado de las torres mostró ante el mundo que ese enemigo, que se había atrevido a golpear a unos Estados Unidos hasta entonces tenidos por invulnerables, era un enemigo mortal no solo de ellos sino de todo el mundo cristiano occidental; un enemigo que estaba en todas partes y al que en todas partes, fuera o dentro de Estados Unidos, había que enfrentar y derrotar. A Estados Unidos, primera potencia del mundo, le correspondía como tal encabezar, con ayuda de todos los países

de Occidente, la lucha contra ese terrorismo, sabiendo que la única respuesta válida contra su amenaza era la prevención y cada vez que fuera necesaria, la guerra contra todo gobierno o país que lo apoyara. En esos Estados Unidos conmocionados por el ataque revivió el mccarthismo, con su carga de histeria derechista y xenófoba, pero ya no contra el fenecido comunismo sino contra un terrorismo que era peor que él, porque pese a todo, el comunismo había sido un enemigo frontal, localizado y no indefinido, oculto, sinuoso, disfrazado, ubicuo y alevoso como este nuevo y sanguinario monstruo al que era necesario enfrentar y aplastar sin la menor pizca de piedad.

Como era de esperarse, el terrible atentado provocó el natural rechazo del país, generándose una suerte de unidad popular contra el terrorismo, la cual a su vez se tradujo de inmediato en un contundente respaldo al Gobierno del resucitado y maquillado presidente Bush. Pero también empezaron a surgir incómodas dudas y preguntas acerca del atentado y de sus causas y esto era algo que el Gobierno no podía aceptar. El Gobierno quería poder absoluto, no nuevas dudas y disidencias.

Lo que querían y empezaron a imponer de inmediato el Gobierno y los medios era una unidad plena, monolítica, cerrada, que no dejara espacio a ninguna crítica ni disidencia. Lo que alentaron e impusieron fue el patrioterismo ciego, de modo que de nada podía culparse a Estados Unidos. El ataque era simplemente producto del odio y de la envidia de los terroristas musulmanes contra Estados Unidos, contra ese faro exitoso de libertad y democracia, contra esa luz del mundo que esos fundamentalistas islámicos ansiaban destruir. Los estadounidenses debían estar todos unidos contra esa amenaza siguiendo fielmente a su Gobierno. Todos los que manifestaron alguna duda, que osaron insinuar que los atacantes habían sido criminales pero no cobardes, o que se preguntaron por las razones de ese odio árabe contra el país fueron amenazados, callados o expulsados de los medios. Susan Sontag fue una de esas víctimas por su artículo de septiembre 24 en *The New Yorker*. Y desde una perspectiva opuesta, reaccionaria, hasta el televangelista Pat Robertson, fundamentalista, hombre de la extrema derecha cristiana, que dijo que lo del 11 de septiembre había sido castigo de Dios contra Estados Unidos por estar lleno de drogómanos, de homosexuales, feministas y lesbianas, se vio forzado de inmediato a rectificar. El lenguaje debía ser otro, lenguaje firme de patriotas. Rudy Giuliani, alcalde de Nueva York, en una de sus muchas declaraciones de esos días aseguró ante las ruinas

del World Trade Center que todo sería reconstruido, que los Estados Unidos iban a ser aún más fuertes y que él quería que el pueblo de Nueva York fuese un ejemplo para el país y para el mundo; y el ahora sí renacido presidente Bush sintetizó todo el asunto en una simple frase, dirigida el 20 de septiembre desde el Congreso estadounidense a todos los gobiernos del planeta: «El que no está con nosotros está con los terroristas».

Por su parte, el Estado tenía ahora un poderoso argumento para reforzar y ampliar su ya enorme poder militar, para gastar más en armas y en defensa, para aumentar sus efectivos militares y para emprender nuevas guerras, algunas de las cuales estaban desde antes en preparación como parte sustancial del proyecto imperial neoconservador para el Nuevo Siglo Americano (Project for the New American Century). El pueblo tendría que armarse de patriotismo y prepararse para participar y dar su sangre en esas nuevas guerras. En fin, que otro resultado clave de ese ataque terrorista caído del cielo fue que el militarismo y el autoritarismo del Imperio pudieron desde ahora reforzarse, contando con apoyo de la gran mayoría de los estadounidenses.

La unidad del país quedaba dirigida por el Gobierno, que recuperaba así su protagonismo, con el apoyo de todo o casi todo el pueblo. La violencia, el fundamentalismo cristiano, el racismo, la xenofobia y el odio derechista convertidos ahora en un solo y potente odio patriótico, se desplazaban hacia el exterior, porque el enemigo de la derecha política o cristiana no era ya el Gobierno estadounidense sino el terrorismo islámico. Pero también era indispensable revisar el interior, vigilando y previendo todo peligro, porque ese enemigo, solapado, también estaba adentro, y la seguridad de la ciudadanía estadounidense estaba también amenazada.

El terrorismo era un enemigo oculto e impredecible, podía estar en todas partes, y como acababa de mostrar el 11 de septiembre, estuvo agazapado en Estados Unidos, por lo que no era nada descartable que siguiera oculto en su interior, preparando nuevos planes. De modo que otros ataques eran muy posibles y hasta previsibles. Había que prepararse. Para prevenir y evitar esos ataques y garantizar la seguridad de los ciudadanos, estos debían dar al Gobierno todo el apoyo patriótico necesario para que este les garantizara a cambio la seguridad que tanto necesitaban. Y eso significaba que había que permitirle al Estado controlar y limitar libertades y derechos consagrados en la Constitución y otras leyes, las cuales podían ser aprove-

chadas por los terroristas para sus siniestros planes. De manera que el Gobierno, apoyado en la campaña patriótica mediática, y sin tomarse la molestia de consultar a la ciudadanía porque su apoyo era obvio, se ocupó con gusto de tomar pronto esas medidas policiales represivas. Y la aplastante mayoría del asustado y siempre manipulado pueblo del país las apoyó y hasta las aplaudió.

Las medidas se formularon y aplicaron desde el mismo año 2001 en adelante y acabaron conformando un plan diseñado para desmontar buena parte del orden constitucional estadounidense en cuanto a derechos civiles y libertades públicas consagradas en el texto de la Constitución y sus enmiendas. El plan fue dirigido a convertir al gobierno de Estados Unidos, con el argumento de que se trataba de hacer de ellos una nación segura, en un auténtico régimen autoritario, policial y militarizado que le permitiera imponer su voluntad reduciendo la oposición y la crítica a su mínima expresión. Así fortalecido, el Gobierno se encargó de inmediato de aumentar su poder en términos legales y políticos, desarrollando su autoritarismo y su militarismo, y de hecho desmontando a punta de leyes represivas supuestamente antiterroristas, la mitad de las enmiendas del Bill of Rights de 1791 y haciendo aprobar por el Congreso o mediante decisiones ejecutivas nuevas leyes o disposiciones que redujeran los derechos civiles de los ciudadanos a cambio de garantizarles mayor seguridad. Esto fue tarea del equipo de gobierno de Bush y su vicepresidente Dick Cheney, y en particular del procurador general John Ashcroft, otro republicano de extrema derecha que se encargó con su equipo de abogados de redactar los proyectos de esas leyes siempre previamente consultadas con Bush y Cheney y con sus más cercanos asesores como Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz.

De esas leyes y disposiciones legales las principales son la Ley Patriota, la Ley Patriota II, las leyes del Programa TIPS y una serie de disposiciones incluidas en diversas leyes y normas ejecutivas que daban a la NSA (Agencia Nacional de Seguridad), al FBI y a otros organismos represivos del Gobierno poderes extraordinarios para enfrentar el terrorismo. Y la secreta FEMA /Agencia Federal para el Manejo de Emergencias) seguía en el fondo de todo esto.

Con la ley represiva conocida como Ley Patriota, aprobada por el presidente Bush el 26 de octubre de 2001, a menos de mes y medio del ataque contra el World Trade Center, se empieza a dar plena forma al proceso conducente a convertir a Estados Unidos en una sociedad policial militarizada en la que la seguridad sir-

ve de argumento o de pretexto para demoler buena parte de los derechos civiles consagrados por la Constitución estadounidense y sus diez primeras Enmiendas. La ley se titula USA Patriot Act y su nombre se conformó con la ridícula secuencia de iniciales de las palabras que constituyen su nombre completo: Uniting and Strenghtening America by Providing Appropiate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism Act of 2001 (Ley de 2001 Uniendo y Fortaleciendo a América Proporcionándole Apropiadas Herramientas para Interceptar y Obstruir el Terrorismo).

La ley, identificada como H. R. 3162, es un mamotreto de 342 páginas, obra del equipo de abogados de Ashcroft. Se le entregó al Congreso a toda prisa y se aprobó apenas dos días después, de modo que los congresistas no tuvieron ni siquiera tiempo de leerla y la aprobaron a ciegas. Solo se opusieron varios de ellos: sesenta y tres representantes demócratas y tres republicanos en la Cámara Baja y un senador demócrata en el Senado. La ley es un brutal instrumento represivo definido así desde el inicio. Su encabezamiento dice que es una ley para impedir y castigar actos terroristas en Estados Unidos y en todo el mundo, para ampliar las herramientas investigativas legales *y para otros propósitos*. Propósitos que no se definen, pero cuyo objetivo era permitir al Gobierno hacer cualquier cosa y atropellar con absoluta impunidad cualquier derecho. Además, al hablar de perseguir y castigar actos terroristas en Estados Unidos y en todo el mundo, la ley asumía poderes extraterritoriales que nadie le había conferido. La ley establece control de toda forma de comunicación: reuniones, teléfonos, correos electrónicos; ordena la vigilancia de los extranjeros, en principio sospechosos; impone un riguroso control de cuentas bancarias y transferencias de sumas de dinero; autoriza el registro de casas de habitación; y promueve las delaciones ofreciendo elevadas recompensas a los delatores. Serias críticas a la Ley Patriota hechas por analistas políticos y publicadas en libros, lo mismo que el texto de la ley, así como varias de esas críticas, pueden encontrarse con facilidad en Internet.

Se le dio el nombre de Ley Patriota II a un borrador de ley que ampliaba más las medidas represivas establecidas en la Ley Patriota de 2001, pero que no se convirtió en ley porque no llegó a ser discutido y aprobado en el Congreso. En el borrador se llamaba Domestic Security Enhancement Act of 2003 (Ley de Ampliación de la Seguridad Doméstica de 2003). Su objetivo era fortalecer aún más los poderes del Gobierno de Estados Unidos en materia de seguridad y repre-

sión y había sido elaborado por el equipo de Ashcroft en enero de ese año. Un ejemplar del proyecto llegó a manos del Center for Public Integrity y este lo publicó con un comentario en su portal de Internet el 7 de febrero. El borrador contenía una serie de monstruosidades represivas, de las cuales las principales eran: autorizar a las agencias de policía para espiar a grupos de ciudadanos; crear una urgente base genética de datos (DNA database) de ciudadanos sospechosos de ser terroristas; prohibir hacer públicos los nombres de los acusados de terroristas; obligarlos a demostrar que no lo eran en lugar de que fuese el Gobierno el que debiera demostrar su culpabilidad, esto es, invertir lo que en derecho se llama la carga de la prueba; aumentar la lista de crímenes punibles con pena de muerte, y poder deportar o revocarle la nacionalidad a ciudadanos estadounidenses a quienes se les demostrara complicidad con actos terroristas. Varios miembros del Congreso negaron haber recibido el borrador, pero sí les llegó al *speaker* de la Cámara de Representantes y a Cheney. La ACLU y el Comité de Defensa de la Declaración de Derechos denunciaron el proyecto y oficialmente este no pasó al Congreso, o en todo caso no fue discutido en su seno. Pero el Gobierno logró que buena parte de las proposiciones que contenía se incorporaran a otros proyectos de ley que sí fueron aprobados. Es decir, que sí pasaron. No en balde este monstruoso proyecto que violaba todos los derechos civiles de los sospechosos, a los que se les exigía demostrar que no habían incurrido en los delitos de los que se les acusaba, fue comparado con la Inquisición y con las leyes nazis.

En esta avalancha de leyes y normas represivas la llamada Operación TIPS estableció el espionaje colectivo. TIPS era el acrónimo de Terrorism Information and Prevention System (Sistema de Información y Prevención de Terrorismo), un programa de espionaje (que se prefería llamar de «inteligencia interna») diseñado por Ashcroft y el presidente Bush en 2002 para llevar a los estadounidenses a denunciar toda actividad sospechosa que pudiera ser relacionada con terrorismo. El programa iba dirigido, sobre todo, a los trabajadores cuya actividad implicaba visitas a residencias ajenas, como era el caso de carteros, plomeros, electricistas, carpinteros y reparadores de objetos domésticos como televisores, computadoras, cocinas, neveras, duchas, problemas de gas doméstico, cañerías y otros. Mientras realizaban su trabajo, esos trabajadores debían hacer labores de espionaje en las casas o apartamentos y denunciar a las autoridades todo lo que les pareciera sospechoso. Hubo protestas y denuncias en

los medios, diciendo algunos que se estaba volviendo al mccarthismo y otros que Estados Unidos se parecía ya al régimen comunista de Alemania Oriental. Bush y Ashcroft negaron que se tratara de un plan de espionaje y buscaron otros caminos para mantenerlo. Uno de ellos fue privatizarlo, esto es, promover la creación de organizaciones de voluntarios encargados de vigilar y espiar a todo el mundo y de denunciar ante las autoridades cualquier conducta que les pareciera sospechosa.

Bush, que en octubre de 2001 acababa de hacer invadir Afganistán, supuesto escondite de Osama ben Laden, líder de la organización terrorista Al Qaeda, acusado por su gobierno de ser el autor intelectual y organizador del atentado contra las Torres, había dicho que Estados Unidos estaba en guerra, que esta iba a ser una guerra de larga duración y que por tratarse de enfrentar a un enemigo sin rostro y sin ataduras exclusivas a determinados estados o países tendría que librarse en todo momento y en todo el mundo, sin descuidar a los propios Estados Unidos, donde los terroristas podían tener aún guaridas no descubiertas luego del 11 de septiembre. Todo valía contra ese enemigo en una guerra que no necesitaba ser aprobada más que por el presidente estadounidense. Por eso, también Bush facultó a la NSA, lo mismo que al FBI, para vigilar y controlar los medios y para registrar las bibliotecas públicas y sus ficheros. También las universidades fueron registradas para controlar docencia, reuniones, críticas y conducta de profesores y estudiantes, lo que dio origen a protestas pero de escaso peso.

Lo más escandaloso, lo que sí generó denuncias y protestas no solo en el exterior sino en los propios Estados Unidos, fueron las leyes y las normas que facultaban al Gobierno para efectuar detenciones secretas de ciudadanos extranjeros y sobre todo de norteamericanos, detenidos sin derecho a *habeas corpus* y sin juicios civiles; ciudadanos secuestrados en cárceles secretas no se sabía dónde ni por cuánto tiempo y sometidos a una justicia militar no identificada que podía decretar en secreto, y sin apelación posible, penas de muerte contra cualquiera de ellos o mantenerlos encarcelados sin juicio por tiempo indefinido. Para esos prisioneros capturados en Afganistán y enviados a la base de Guantánamo, algunos de los cuales eran estadounidenses, se inventó el nombre de «combatientes ilegales», lo que los privaba de todo derecho y permitía aplicarles torturas y hasta hacerlos morir en medio de ellas. Y cosas peores se hicieron cuando Estados Unidos invadió Irak, con los pri-

sioneros capturados y encerrados en cárceles iraquíes ocupadas por las tropas norteamericanas invasoras. Esas torturas y asesinatos, difundidos en videos que circularon en las redes, escandalizaron al planeta entero. Y con ellas los Estados Unidos revelaron abiertamente su cara más criminal y más horrenda, la cara que en tiempos anteriores solían ocultarle al mundo.

Eso significó para la población norteamericana volver a vivir en medio del miedo a todo posible ataque terrorista y en una permanente histeria derechista; a revivir en forma plena el mccarthismo, su angustioso clima, pero ahora no de miedo al comunismo sino de terror a ese proteico terrorismo que podía surgir en cualquier parte y en cualquier momento, con cualquier paquete en el piso o cualquier maleta abandonada y, sobre todo, en la persona de musulmanes sospechosos, de extranjeros de rara conducta y hasta de sobres enviados por correo que podían estar contaminados de ántrax. La paranoia era total y con frecuencia el Gobierno la intensificaba aumentando la intensidad de los colores de la alarma pública que advertía del grado de peligro. El miedo y la histeria contra todo lo sospechoso eran ahora más grandes, más masivos que los vividos en tiempos de McCarthy. Y la amenaza real de este neomccarthismo recientemente instalado era mayor que aquella porque no se reducía como en la década de los cincuenta al espacio político delimitado por unas comisiones inquisitoriales del Congreso autorizadas para perseguir y condenar a grupos que eran relativamente pequeños y concretos de estadounidenses acusados de comunistas.

En el contexto de inicio del siglo XXI, de ese «Nuevo Siglo Americano», ese neomccarthismo desatado por la extrema derecha republicana podía extenderse aún más que antes. Y se extendió. Varias eran las razones que lo ayudaban a encontrar amplio apoyo y sin muchos escándalos ni resistencias. Una de ellas porque el protagonista de este nuevo mccarthismo era el Gobierno, el cual encabezaba, encarnaba y ratificaba a diario su lucha a muerte contra el terrorismo, de modo que sospechar de inconsecuencia suya en esta lucha carecía por completo de sentido. En nombre del patriotismo y la seguridad, había que darle al Gobierno todo apoyo. En segundo lugar, porque la lucha planteada era contra todos los sospechosos de ser potenciales o reales terroristas, lo que ponía en primer plano el tema de la xenofobia, siempre apreciado por los estadounidenses, tema que incluía primero que nada a los extraños, los extranjeros, todos ellos sospechosos, y principalmente a árabes y emigrantes o visitantes pro-

cedentes del Medio Oriente. Era una tarea difícil, pero indispensable. Y vigilarlos a todos sin el menor descanso y denunciarlos a la autoridad ante cualquier gesto o movimiento sospechoso se convertía en la actitud que todo verdadero patriota americano debía asumir sin vacilar. De modo que acusar y delatar volvió a ser de nuevo una conducta cívica encomiable como en los viejos tiempos de McCarthy. Y en tercer término, porque con todo el apoyo y todos los poderes que le fueron otorgados al Gobierno, o que él mismo asumió por su cuenta en nombre de esa lucha, pudo integrar como nunca antes ese neomccarthismo, sus propuestas e ideas, a las estructuras legales del Estado convirtiéndolo no en algo comparable al conflictivo mccarthismo de McCarthy, que escandalizaba a muchos o que al menos producía entre ellos escozores, dudas y rechazos, sino en una serie de leyes y patrones de conducta del Estado –y de los ciudadanos– que le cedían derechos y libertades o aceptaban cederlos a cambio de la supuesta seguridad que éste les brindaba. Así, esas leyes y normas fueron integradas al sistema político estadounidense, mostrado siempre como una democracia pero que con estas nuevas leyes que pisoteaban los derechos civiles consagrados en la Constitución y en sus primeras enmiendas, estaba cada día más lejos de ser una verdadera democracia y mucho más cerca de convertirse en una sociedad autoritaria, militarizada, derechista, represiva, racista y elitesca disfrazada de democracia. Y lo peor: que era aceptada como tal por una ciudadanía cada vez más embrutecida, manipulada, asustada y dócil.

Hay que reconocer que ese clima de terror rebajó en los años siguientes y que algunas de esas leyes perdieron vigencia, fueron reformadas o dejaron de aplicarse, pero no es menos cierto que también se aprobaron luego otras leyes menos brutales pero de contenidos y objetivos similares; y sobre todo, que el aparato de seguridad y control de la ciudadanía quedó montado y no se desmontó ni desapareció en absoluto porque el poder lo necesita y no está dispuesto a volver atrás. Y porque, como señalé más arriba, ese neomccarthismo se había integrado por completo a la normativa legal estadounidense y entrado a ser parte de la vida cotidiana de los norteamericanos. Esa fue, a fin de cuentas, la obra de los *neocons* de Bush, de Cheney y de Ashcroft, de modo que después de tantas guerras y crímenes y cuando ya al final de su segundo mandato el prestigio de Bush y de su gobierno asesino se habían venido abajo, incluso en los pasivos y complacientes Estados Unidos, ya ese sistema político estaba todo impregnado de neomccarthismo sin que hubiera protesta alguna con-

tra ello. La sociedad tomaba ese cotidiano aparato represivo como algo normal y hasta necesario para garantizarle seguridad a cambio de ceder libertades y derechos. Y no solo eso sino que, siempre en forma solapada, el hipócrita gobierno de Barak Obama, presidente de Estados Unidos entre 2008 y 2016, sucesor demócrata de Bush, continuador de sus guerras y sus crímenes, reforzados ahora con escuadras de drones cobardes y asesinos dirigidos por él mismo desde la Casa Blanca, creó nuevos organismos de seguridad y de control que vinieron a sobreponerse a los anteriores o a asimilarlos a sus actividades de vigilancia policial. Esas temibles agencias de seguridad son más poderosas que nunca, empezando por la omnipotente y casi desconocida FEMA, que viene de años anteriores pero que ha sido reforzada en estas últimas décadas; y esos controles antiterroristas están presentes en Internet, en las computadoras y tabletas, en las mal llamadas redes sociales; en las cuentas bancarias, en los teléfonos celulares, en los documentos de identidad y pasaportes; en las calles, en los edificios, en las estaciones de buses y de trenes, en los aeropuertos, en las compras digitales por Internet o en tiendas y supermercados, esto es, en todas las formas y componentes de la vida cotidiana. Hoy la sociedad estadounidense, más que cualquier otra, porque por supuesto no es la única, está toda vigilada y controlada por ese régimen policial, militarista y autoritario impuesto desde 2001, lo que por cierto no impide que la sociedad se siga llamando a sí misma democrática, algo que, como he tratado de mostrar en este libro, nunca lo ha sido realmente ni del todo, pero que con toda seguridad lo es hoy menos que nunca.

Dos últimas cosas para terminar. Un breve comentario sobre de qué manera, en este autoritario y militarizado panorama belicista de lo que sería el Nuevo Siglo Americano, sobrevive ese republicanismo elitesco y atrasado que es su forma de gobierno y al que los estadounidenses siguen llamando democracia; régimen que de la pseudodemocracia que era en décadas pasadas, se ha convertido en la actualidad en una oligarquía abiertamente plutocrática. La otra, también asociada a ese nuevo cuadro político y económico, es un breve comentario final acerca de la crisis estructural que vive Estados Unidos tanto en lo político, lo económico y lo social como en sus relaciones internacionales dada su calidad de potencia mundial. Y de cómo, en medio de usuales altibajos, cada vez más bajos que altos, esta crisis estructural constituye el comienzo, lento pero irreversible, de su decadencia. De la irreversible decadencia de esa sociedad y de ese impe-

rio estadounidense, racistas y arrogantes, que tanto daño le han hecho al mundo con su prepotencia, su saqueo de pueblos, sus crímenes, sus invasiones y sus interminables y destructivas guerras.

El republicanismo elitesco que en Estados Unidos se llama democracia vive una profunda crisis que ha debilitado además el férreo apoyo logrado por el gobierno norteamericano a raíz del atentado de las Torres. Vale la pena partir de los últimos cuatro procesos electorales, de los que dos, los de presidentes que se hacen reelegir, han sido normales, es decir, válidos dentro de los parámetros usuales, pero de los que el primero y el último, los dirigidos a elegir Presidente de Estados Unidos, han sido escandalosos y de una conflictividad casi explosiva. El de 2000, el que dio la Presidencia al republicano George W. Bush, fue un descarado fraude en que se le robó la victoria a su rival, el demócrata Al Gore, que al final terminó aceptando fraude y derrota. Por el escándalo que provocó ese fraude, digno de una oscura dictadura tercermundista de las peores, la reñida elección de 2000 y el tramposo recuento manual de votos en el estado de Florida (pues quien ganara ese Colegio Electoral completaba los votos colegiales necesarios para ganar la Presidencia), mostraron al mundo las ya inocultables llagas purulentas del sistema electoral estadounidense y no solo revelaron ante los muchos que lo ignoraban, el carácter no democrático del sistema, sino también todas las trampas y artimañas que impusieron en ese conteo manual el fraudulento triunfo de Bush.

En Texas, gobernada por el propio Bush, se hicieron trampas y exclusiones arbitrarias en favor suyo, pero las principales y más sucias se hicieron en Florida, gobernada por su hermano. Personajes clave de ese fraude fueron Katherine Harris, republicana, secretaria de Estado de Florida; y William Rehnquist, presidente de la Corte Suprema del país.

Katherine Harris organizó el fraude desde antes de la elección, despojando con diversos artilugios a una cifra importante de ciudadanos negros de su derecho al voto, sabiendo como se sabía, que esa población de color votaba en forma aplastante por los demócratas. Y Rehnquist, mediocre abogado republicano racista y reaccionario, designado como miembro de la Corte por el republicano Richard Nixon y convertido en presidente de esta por el republicano Ronald Reagan, ordenó suspender el conteo manual de votos que estaba dando la ventaja requerida a Gore para decretar, en consecuencia, el triunfo del republicano Bush. Así este obtuvo la suma de votos

colegiales necesarios, lo que cuenta; aunque de todas formas Gore siguió ganando la elección popular, inútil si no se gana en los Colegios, que son los que deciden, los que dan la Presidencia en esa pseudodemocracia de segundo grado que se le vende como modelo de democracia al mundo.

La última elección, la de 2016, aunque no fue fraudulenta o al menos nadie pudo demostrarlo, resultó de hecho aún más conflictiva que la de 2000, porque provocó más escándalo y más protestas populares y de diversos grupos. En esa elección, la más reciente, el ya conflictivo candidato republicano Donald Trump, que había logrado imponer su candidatura contra el rechazo de buena parte de su partido, de una parte importante del país y de la mayoría de los poderosos medios de comunicación, venció en los Colegios Electorales a la candidata demócrata Hillary Clinton, aunque esta ganó la elección popular con dos millones y medio de votos sobre él. De nuevo se puso en evidencia que la estadounidense es una democracia de Colegios y no de pueblo ni de voto popular. Varias expresiones de crisis reveló esta elección. Trump, reaccionario, ignorante y prepotente, era una suerte de marginal al sistema político, pues aun siendo un empresario exitoso y un poderoso multimillonario, no era hasta entonces hombre integrante del sistema. Este estaba representado en cambio por la Clinton, mujer derechista y belicista, ex secretaria de Estado, continuadora, también poderosa y millonaria, de las políticas derechistas, guerreristas, neoliberales y globalizadoras de la élite dominante. Y mientras el llamado progresismo estadounidense, más elitesco que popular, apoyaba a la derechista Clinton, la empobrecida clase obrera blanca y hasta algunos grupos de la población negra daban su voto a Trump atraídos por sus ambiguas promesas antineoliberales de traer de vuelta a las empresas idas de Estados Unidos y por la utópica idea de recuperar la perdida grandeza del país: *Make America great again*. Y aunque no era integrante de la oligarquía política, Trump, integrante, sí, de la oligarquía económica, al ganar la elección se convertía en el primer empresario, multimillonario por supuesto, en asumir directamente como tal la Presidencia del país.

Pero esa es solo la punta visible del iceberg. Como he mostrado antes, Estados Unidos, país gobernado por los ricos desde hace ya mucho tiempo, se ha convertido en estas últimas cinco décadas en una verdadera plutocracia. Pero como algunos lo niegan diciendo que en Estados Unidos no son los ricos los que gobiernan en forma directa el país, conviene refutar esa acomodaticia afirmación

calificando a Estados Unidos más que de mera plutocracia, de auténtica oligarquía plutocrática. Porque si plutocracia es el gobierno de los ricos y oligarquía el gobierno de unos pocos (pero que son siempre los mismos), Estados Unidos es a un tiempo oligarquía y plutocracia. Oligarquía, porque gobiernan pocos, que son siempre los mismos, como parte que son de una élite exclusiva; y plutocracia, porque esa élite gobernante es rica, millonaria y constituye parte de una minoría cada vez más reducida y poderosa de superricos, de oligarcas multimillonarios.

Según datos de la revista *Forbes* del 12 de marzo de 2015, de los diez hombres más ricos del mundo, ocho son multimillonarios estadounidenses: Bill Gates, Warren Buffett, Jeff Bezos, Mark Zuckerberg, Larry Ellison, Michael Bloomberg y los hermanos Charles y David Koch. La suma de sus capitales alcanza la cifra de 387.900 millones de dólares. En total, ellos tienen más dinero que la mitad de la población del mundo. No son directamente políticos ni necesitan serlo. Son dueños de la computación y de las redes, de grandes empresas, de enormes negocios de diverso tipo, y aunque parecerían ser independientes lo cierto es que tienen opiniones políticas de derecha; que financian campañas electorales de presidentes y congresistas; y que los corrompen para que aprueben leyes que beneficien o protejan sus intereses con ayuda de esos *lobbies* que controlan la política de Estados Unidos, sobre todo el poderoso *lobby* sionista que es la AIPAC. Pero es que en Estados Unidos los políticos son millonarios o multimillonarios: los presidentes y secretarios de Estado, los ministros, los congresistas, los gobernadores y los miembros de la Corte Suprema. En Estados Unidos hubo en el siglo XIX presidentes pobres o de origen humilde, como Abraham Lincoln, pero eso ya es historia y hoy más bien resulta un mito porque nadie se acuerda de eso ni lo considera posible o útil. Los presidentes Carter, Reagan, Bush I, Clinton, Bush II y también Obama, han sido todos ricos o muy ricos, aunque no todos multimillonarios; y el actual, Trump, ya lo era antes de ser presidente. Los secretarios de Estado son altos mandos militares enriquecidos o bien dueños o altos ejecutivos de grandes corporaciones, que vuelven a sus cargos empresariales al dejar la Secretaría de Estado en la que han contribuido a la mayor prosperidad de sus empresas. Lo mismo pasa con los secretarios, es decir, con los ministros del Ejecutivo, aunque estos suelen ser menos multimillonarios que los secretarios de Estado, lo cual no les impide aprovechar las conexiones establecidas

con empresas a las que benefician o su pertenencia anterior a ellas, todo para aumentar sus riquezas. Con los gobernadores ocurre algo similar: son todos muy ricos, al menos ninguno es pobre, y los más ricos son los que gobiernan los estados de mayor tamaño y riqueza. Y algunos de ellos se convierten luego en candidatos presidenciales o en presidentes, como Reagan, Clinton o Bush II.

El caso de los congresistas se hace notar porque aunque son electivos, es decir, que deben ganar elecciones para obtener sus curules o conservarlos, lo cierto es que de electivos se convierten en vitalicios y las elecciones, es decir, las reelecciones, no pasan de ser un mero ritual. Para ser candidatos necesitan ser ya ricos o contar al menos con un buen mecenas empresarial que de hecho los compra al financiarlos. Luego deben conectarse con los *lobbies* empresariales haciendo aprobar leyes que los beneficien y que les dejen también a ellos beneficios. Si se someten a los *lobbies*, en especial a la AIPAC defendiendo a Israel, no importando los crímenes que el sionismo cometa contra los palestinos, y si son capaces de captar la dirección en que sopla el viento, algo nada difícil en Estados Unidos, donde siempre sopla hacia la derecha, tienen la reelección casi asegurada. Pero la elección de representantes es popular y la de senadores lo es también desde 1913. Y como el pueblo es voluble y puede cambiar de opinión –no en balde los Padres Fundadores desconfiaban tanto de él–, para estar más seguros de que podrán eternizarse en sus cargos tienen la posibilidad de modificar a su favor los territorios electorales o distritos de su estado. Modificar los distritos se hace en muchos países porque la población crece, pero por lo general se contratan comisiones independientes que lo hagan. En Estados Unidos esos cambios o reestructuraciones territoriales los hace en cada estado un Comité de la Asamblea Legislativa, que está controlada por el partido gobernante en el estado y sus decisiones son aprobadas por el gobernador, que es también del partido gobernante en el estado. De modo que en los estados ganados por los republicanos los cambios se hacen a favor de los representantes republicanos, para que sean reelectos, y en los estados ganados por los demócratas se hacen a favor de estos últimos con similar objetivo. Esto garantiza que los representantes se hagan prácticamente vitalicios. Pero el precio de esto es dar origen a unos territorios caricaturescos cuyo trazado persigue reunir en distritos electorales las zonas controladas por el partido, no importando su ubicación. Los distritos adquieren así las formas más curiosas. Y en un famoso artículo publicado el 25 de abril de 2003

con el título de «How to Rig an Election», disponible en Internet, *The Economist* se burlaba de este acomodaticio y nada democrático sistema mostrando algunas de esas absurdas formas en diversos estados, como un cangrejo en Illinois y una larguísima carretera costera y casi recta en Florida.

Tenemos así un sistema político en que un selecto grupo de empresarios supermultimillonarios incide con sus empresas estratégicas y sus recursos sobre el poder; unos presidentes, secretarios de Estado, ministros y gobernadores que son millonarios, multimillonarios o supermultimillonarios; unos altos mandos militares que son también millonarios; unos grandes empresarios multimillonarios que mediante *lobbies* o financiamientos (y desde 2010 estos son ilimitados y sin control alguno) controlan el poder político al que financian; unos congresistas millonarios que son vitalicios y se enriquecen en sus cargos; y una Corte Suprema nombrada por el Presidente e integrada por abogados derechistas ricos y prósperos que también son millonarios y vitalicios. Y es a esta congregación de millonarios y multimillonarios que gobierna el país a la que los estadounidenses siguen llamando democracia. Porque esos estadounidenses, ignorantes, dóciles y embrutecidos, siguen estando manipulados como siempre por unos medios que son la parte clave de ese gran poder; unos medios que pertenecen a los grandes empresarios del mundo comunicacional, que son ellos mismos parte de la oligarquía plutocrática gobernante y que le sirven día tras día a ese gran poder empresarial, financiero y militar, guerrerista y mentiroso. La mayor parte del pueblo de Estados Unidos es esclava de su ignorancia, de su indiferencia y de su credulidad, a menudo cómplice, ante esos medios que le llenan a diario la cabeza de banalidades, mentiras y basura.

Pero no es menos cierto que cada vez le resulta más difícil a la clase dominante y a los mismos medios manipuladores ocultar la dura realidad. Y que, aunque todavía es pequeña, parte de ese pueblo, que antes adoraba a sus gobernantes y celebraba a los ricos empresarios como a héroes, ha empezado a desconfiar, a dudar de ellos y hasta a considerarlos enemigos porque son una minoría explotadora que a todos aplasta mientras se enriquece en forma escandalosa. Y porque, en fin, la realidad de la crisis y de la creciente decadencia interna de Estados Unidos es cada vez más difícil de esconder. Para las clases de abajo el sueño americano, que al menos en décadas anteriores alimentaba fantasías casi siempre inalcanza-

bles, ha terminado por convertirse no solo en una mentira sino en una burla y una macabra pesadilla. Los de abajo empiezan ahora a descubrir que la igualdad de oportunidades en la que creían era ya entonces casi siempre un mito y que ahora lo es mucho más; que la desigualdad alcanza tasas escandalosas; que la pobreza y la desocupación aumentan mientras se hunden con ambas los salarios; que las escuelas de los pobres no sirven; que los seguros médicos no existen y que el Gobierno actual está reduciendo lo poco que tenían; que sigue creciendo el desempleo, y que junto con él aumentan la desesperación, la pobreza y la miseria. Y que alcohol, droga y suicidios han reducido la esperanza de vida de la empobrecida clase obrera blanca, abandonada como nunca antes por el poder, engañada, carente de trabajo, sindicatos y esperanzas.

Los datos que apuntalan esos hechos son muchos y me limito aquí solo a mostrar algunos de ellos. Señalé antes que de los diez hombres más ricos del mundo ocho eran estadounidenses y que su capital, de 387.900 millones de dólares, era mayor que el dinero de que disponía la mitad de la población mundial, que llega a 3.600 millones de personas. En Estados Unidos la concentración de la riqueza en pocas manos –que empezó a crecer desde 1980– es desde hace décadas la mayor del mundo, y ha aumentado después del ligero bajón que produjo la crisis financiera de 2008. La supraminoría de ricos que es el 1 % de su población concentró el 95 % del crecimiento que siguió a la crisis financiera. Y para 2014 controlaba el 42 % de toda la riqueza, cifra inmensa que ha seguido creciendo. La enorme desigualdad social en Estados Unidos se expresa en su Coeficiente de Gini (que pasa de 0,40), prueba de una desigualdad mayor que la de cualquier país desarrollado. Los países europeos lo mantienen todos entre 0,20 y 0,30. Esa desigualdad se percibe en toda comparación de ingresos. También en la inmensa pobreza. La cifra estadounidense de pobres superaba en 2012 los 46,5 millones de personas. Dentro de ese cuadro el ascenso social disminuye cada vez más. En Estados Unidos no es solo que los ricos se hacen cada día más ricos y los pobres más pobres, porque eso es uno de los más terribles resultados del capitalismo actual en todos los países desarrollados (y también en los más pobres). Lo destacable es que ese fenómeno es más brutal en Estados Unidos que en los otros países ricos[1].

Es el lento comienzo de la decadencia estadounidense. Y esta no se reduce a los componentes de la decadencia interna de la que hemos intentado dar una rápida idea (plutocracia, militarismo, des-

igualdad, pobreza, miseria, deuda impagable, moneda debilitada), sino que también abarca la decadencia externa, la principal, la relacionada con su pérdida de liderazgo mundial, con la disminución de su prestigio, de su peso en el comercio planetario, en las finanzas mundiales y con el aumento del peso creciente de China, Rusia, India y otros países capitalistas que lo van desplazando poco a poco de la hegemonía mundial y esbozando una sociedad multipolar opuesta a su dominio exclusivo. Es China, con Rusia, India y también Irán, la que va asumiendo el liderazgo de ese poderoso bloque en formación y en el que se han ido creando amplias alianzas entre pueblos y países y también nuevos organismos como el Banco de Infraestructuras, la Organización para la Cooperación de Shanghái y el ambicioso y prometedor proyecto de la Nueva Ruta de la Seda. Entretanto, la fuerza de Estados Unidos se concentra en su enorme poder militar, su control de organismos internacionales y su dominio de los medios y las finanzas mundiales, pero disponiendo solo de una economía cada vez menos fuerte, más endeudada y más parasitaria. Estados Unidos es un país imperial desprestigiado, odiado en buena parte del mundo, envuelto en guerras insolubles que no gana y terminan en el caos, y en lenta pero franca decadencia. Se trata, una vez más, de la inevitable decadencia de los imperios, que siempre se creen definitivos, destinados a durar milenios y que en el mejor de los casos para ellos y para su ambición, apenas duran siglos. Siglos que en cambio les parecen milenios a los pueblos que padecen su dominio.

Como cualquier otro imperio del pasado, los Estados Unidos se niegan a aceptar su lenta decadencia porque aún son una economía grande y poderosa y capaz de amenazar a todo rival real o posible con la única respuesta que conocen: con la agresividad y la amenaza militar; porque se siguen considerando la primera potencia militar del mundo, la nación indispensable, y el nuevo y definitivo Pueblo Elegido. Pero aunque se nieguen a reconocerlo, todo indica que han empezado el recorrido de la decadencia, un recorrido que puede durar mucho tiempo y en el que es probable que ese decadente pero arrogante imperio recobre nuevas esperanzas y cree nuevas y desesperadas amenazas militaristas que pongan en peligro la paz mundial y la supervivencia de la vida en el planeta. El mundo tendrá que buscar la forma de enfrentarlo e impedirlo.

Notas

1 Resumo aquí el texto de una reciente investigación del *New York Times,* de junio de 2017, que utiliza los datos de la Comisión Federal Electoral y de Hacienda, y muestra que Estados Unidos no es –como se dice críticamente– la democracia del 1 % sino la del 0,00014 %, porque Estados Unidos según el último censo de población tiene 117 millones de familias, pero son 158 familias las que controlan el Gobierno. Esas 158 familias representan solo 0,00014 % de familias del país, y fueron las que aportaron 45,3 % de las donaciones recibidas por los candidatos presidenciales en la pasada elección del 8 de noviembre de 2016. El resto –116 millones de familias– aportaron el 54,7 %. La donación a los dos candidatos, Trump y la Clinton, fue de 338 millones de dólares, de los que 176 millones los proporcionaron las 158 familias. De ellas, 138, o sea el 87 % del total, aportaron al Partido Republicano y solo 20 familias, el 13 %, aportó al Partido Demócrata. De modo que Michael Bloomberg, dueño de la Agencia Bloomberg y uno de los ocho hombres más ricos del país –y que se había planteado en 2012 ser candidato a la Presidencia pagándose él mismo la campaña– declaró que los aportes a la Clinton no pasaron de un millón de dólares. Es claro que cuando Bernie Sanders dijo que no era el Congreso el que regulaba a Wall Street, sino Wall Street el que regulaba al Congreso, tenía toda la razón. Todos esos ricos que aportan donaciones buscan apoyo para sus intereses, que van desde petróleo, finanzas, sanidad, industrias de entretenimiento y nuevas tecnologías hasta azúcar, cítricos o carne de pollo. Esta posibilidad de donaciones sin límites la aprobó el Tribunal Supremo (es decir, la Corte Suprema) en 2010. Pero como esos aportes no garantizan del todo el triunfo del candidato, lo más seguro es apelar también a la trampa. Y David Siegel, el gran propietario de Westgate, una superempresa de apartamentos que tiene su sede en Florida, el estado en el que se decidió en 2000 el triunfo de Bush, que era su candidato, dice en un documental premiado sobre su familia que en ese caso hizo que los supervisores efectuaran un sondeo de toda la plantilla y si iban por Bush los registraban para votar, y si iban por Gore, no. Y el día de la elección se aseguraron él y los supervisores de que todos los que apoyaban a Bush votaran.

Bibliografía

La bibliografía de un trabajo extenso y complejo como este es, inevitablemente, también extensa y diversa. Por eso, para no alargarla de manera excesiva, me he limitado a incluir las principales fuentes y los principales libros, ensayos y artículos que he utilizado en el estudio, investigación y redacción de este trabajo. Como sucede siempre, algunos son más importantes que otros para la investigación que se hace, pero de algún modo todos resultan útiles aunque sea solo para criticarlos. Creo disponer de una aceptable biblioteca sobre Estados Unidos, reunida con mucho esfuerzo a lo largo de muchos años, sin olvidar que al menos parte de los libros y textos necesarios para esta investigación he logrado obtenerlos desde Internet. No tanto los libros más recientes (que por supuesto se consiguen también pero hay que pagarlos en dólares, algo más que difícil en la Venezuela de hoy), pero sí otros menos recientes disponibles en bibliotecas digitalizadas de Estados Unidos y de Europa y, sobre todo, artículos siempre actualizados y a veces bastante completos que son accesibles en Wikipedia en inglés y en diversos portales digitales que se ocupan de Estados Unidos. Pero siempre hay ausencias que se notan. Señalo al menos dos de ellas en esta bibliografía. He dividido esta última en tres partes. La primera es la principal y más extensa, la referente a la sociedad estadounidense propiamente dicha, que es el tema central del libro. Pero añadí otras dos, que creo también útiles, la segunda, sobre las agresiones de Estados Unidos contra América Latina y otras partes del mundo y la tercera sobre el tema del imperialismo, relacionado de la manera más directa con Estados Unidos.

I. Sociedad estadounidense

ACKERMAN, Bruce (2015). *Nosotros, el pueblo I. Fundamentos de la historia constitucional estadounidense,* Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales.

ADAMS, Charles F. (1899). *Imperialism and The Tracks of Our Forefathers,* Boston, Dana Estes & Company. Edición digitalizada disponible en internet.

ADAMS, Henry (1921). *History of the United States of America. During the First Administration of Thomas Jefferson*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, vol. II. Edición digitalizada disponible en internet.

ADAMS, John Quincy (1874-1877). *Memoirs of John Quincy Adams. Comprising portions of His Diary from 1795 to 1848*, Charles Francis Adams (ed.), Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 12 vv. Edición digitalizada disponible en internet.

ADAMS, Willi P. (1979). *Los Estados Unidos de América*, México D. F., Siglo XXI.

ADLER, Tim (2008). *Hollywood y la mafia*, Barcelona, Ma Non Troppo-Robinbooks.

AGEE, Philip (1975). *Inside the Company: CIA Diary*, Harmondsworth (Ing.), Penguin Books.*

ÁGUILA, Rafael del, Fernando Vallespín *et al.* (1998). *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza.

AGUIRRE, Mariano, Phyllis Bennis (2003). *La ideología imperial*, Barcelona, Icaria.

ALEXANDER, W. D. (1896). *History of Later Years of the Hawaiian Monarchy and the Revolution of 1893*, Honolulu, Hawaiian Gazette Co. Edición digital disponible en: [https://archive.org/details/historyoflaterye00alexrich/page/n3/mode/2up].

ÁLVAREZ PUGA, Eduardo (2006). *Abajo la democracia. El triunfo de la tiranía neoliberal*, Barcelona, Ediciones B.

ALLEN, Frederick L. (1964). *Apenas ayer. Historia informal de la década del 20*, Buenos Aires, Eudeba.

——— (1972). *Since yesterday. The 1930's in America,* Nueva York, Perennial Library-Harper & Row Publishers. Edición (1939) digitalizada disponible en internet.

ALLMAN, T. D. (2004). *El hombre más peligroso del mundo*, Barcelona (Esp.), Urano.

ANDERSON, Edward H. (1863). *The Life of Brigham Young*, Salt Lake City (Utah), George Q. Cannon & Sons Co. Publishers.

APTHEKER, Hebert (1960). *The American Revolution*, Londres, Lawrence & Wishart.

——— (1961). *The American Civil War*, Nueva York, International Publishers. [*Historia de la Revolución norteamericana*, Buenos Aires, Futuro].

ARISTÓTELES (1988). *Política,* Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, Gredos.

BARKUN, Michael (1994). *Religion and the Racist Right. The Origins of the Christian Identity Movement*, Chapel Hill (Carolina del Norte), Library of Congress.

BARNET, Richard J. (1974). *Guerra perpetua. Los hombres y las instituciones responsables de la política exterior de los Estados Unidos*, México D. F., FCE.

BARRUEL, Abbé (1798-1799). *Memoirs Illustrating the History of Jacobinism* (trad. del original en francés), Londres-Nueva York, Hudson & Goodwin for Cornelius Davis, 5 vv.

BAYARD, Samuel J. (1856). *A Sketch of the Life of Commodore Robert F. Stockton With an Appendix comprising His Correspondence with the Navy Department respecting his Conquest of California and Extracts*

from the Defense of Col. J. C. Fremont in relation with the same Subject together with his Speeches in the Senate of the United States and His Political Letters, Nueva York, Derby & Jackson. Edición digitalizada disponible en internet.

BEAM, Louis (1992, 12 de febrero). «Leaderless Resistance», en: *The Seditionist*. Disponible en [http://www.louisbeam.com/leaderless.htm].

BEARD, Charles A. (1962). *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, Nueva York, The Macmillan Company. La edición original es de 1913. Edición digitalizada disponible en internet.

——— (1914). *Contemporary American History 1877-1913*, Nueva York, The MacMillan Company. Edición digitalizada disponible en internet.

——— *et al*. (1963). *Storia degli Stati Uniti d'America*, Roma, Capelli.

BELFRAGE, Cedric (1972). *La Inquisición democrática en los Estados Unidos*, México D. F., Siglo XXI.

BELLAH, Robert N. *et al*. (1989). *Hábitos del corazón*, Madrid, Alianza.

BEMIS, Samuel Flagg (1944). *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*, México D. F., FCE.*

BENTLEY, Elizabeth (1951). *Out of Bondage. The History of Elizabeth Bentley*, Nueva York, The Devin-Adair Company.

BENTLEY, Eric (2001). *Thirty Years of Treason. Excerpts from Hearings Before the House Committee on Un-American Activities 1938-1968*, Nueva York, Nation Books.

BERNSTEIN, B. J. *et al*. (1976). *Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos,* Barcelona, Península.

BILLINGTON, Ray A. (1958). *La conquista del Far West (1830-1860),* Milán, Arnoldo Mondadori Editore.

BLACK, Gregory D. (1998). *Hollywood censurado*, Barcelona, Akal.

——— (1999). *La cruzada contra el cine (1940-1975),* Barcelona, Akal.

BLOOM, Harold (1994). *La religión en los Estados Unidos*, México D. F., FCE. [Edición más reciente de Taurus, 2009].

BLOUNT, James H. (1912). *The American Occupation of the Philippines 1898-1912,* Nueva York-Londres, G. P. Putnam's Sons. Edición digitalizada disponible en internet.

BLUM, William (2005). *Estado villano*, La Habana, Abril.

BOORSTIN, Daniel (comp.) (1997). *Compendio histórico de los Estados Unidos,* México D. F., FCE.

BORON, Atilio (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo,* Caracas Ministerio del Poder Popular para la Cultura.*

BOSSI, Fernando (2004). *Estados Unidos vs. Derechos humanos*, Buenos Aires, Emancipación.*

BOUSQUET, G. H. (1949). *Les mormons*, París, Presses Universitaires de France.

BRAWLEY, Benjamin (1921). *A Social History of the American Negro. Being a History of the Negro Problems in the United States. Including a History and Study of the Republic of Liberia,* Nueva York, Macmillan Co. Edición digitalizada disponible en internet.

BRODIE, Fawn M. (1995). *No Man Knows My History. The Life of Joseph Smith,* Nueva York, Vintage Books.

BROWN, Dee (2009). *Bury My Heart at Wounded Knee* (ed. revisada e ilustrada), Nueva York, Sterling. [*Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, Barcelona, Bruguera, 1973. Para una edición más reciente: Turner, 2012].

BRZEZINSKI, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos*, Barcelona, Paidós.
BURNS, W. Haywood (1964). *Voces de protesta de los negros en Estados Unidos*, Buenos Aires, Eudeba.
CALDWELL, Robert G. (1915). *The Lopez Expeditions to Cuba 1848-1851,* Princeton, Princeton University Press. Edición digital disponible en internet.
CALLAHAN, James M. (1899). *Cuba and International Relations. A Historical Study in American Diplomacy,* Baltimore, John Hopkins Press. Edición digitalizada disponible en internet.
CAMACHO, Santiago (2004). *Las cloacas del imperio. Lo que Estados Unidos oculta al mundo,* Buenos Aires, El Ateneo.
CAMPBELL, A. E. (1971). *Théodore Roosevelt. Le colosse américain entre en lice,* Lausanne (Suize), Éditions Rencontre.
CARRERO, Manuel (2000). *Cipriano Castro. El Imperialismo y la soberanía nacional venezolana 1895-1908*, Caracas, Biblioteca de Temas y Autores tachirenses.
CATTERALL, Hellen (1926-1936). *Judicial Cases concerning American Slavery and the Negro*, Washington, D. C., Carnegie Institution of Washington, 5 vv. (He consultado solo el vol. I publicado en 1926. Edición digitalizada disponible en: [http://432thedrop.com/NewDrop/wp-content/uploads/2018/06/Jews-and-Negro-Slavery-in-the-Old-South-1789-1865.pdf]).
CATTON, Bruce (1975). *La guerra civile americana*, Milán, CEPIM.
CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY (s/a). *KUBARK*: *Counterintelligence Interrogation* (*Manuales de tortura de la CIA*). Documentos desclasificados disponibles en internet.
CEPLAIR, Larry - Steven Englund (1983). *The Inquisition in Hollywood. Politics in the Film Community 1930-1960*, Berkeley, University of California Press. (Libro importante obtenido demasiado tarde para poder utilizarlo).
CHOMSKY, Noam (1992). *El miedo a la democracia*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
——— (2000). *El beneficio es lo que cuenta*, Barcelona, Crítica.
——— (2000). *Rogue States. The Rule of Force in World Affairs*, Londres, Pluto Press.
——— (2004). *Hegemonía o supervivencia. El dominio mundial de EE. UU.*, Bogotá, Norma.
——— (2007). *Estados fallidos. El abuso de poder y el ataque a la democracia*, Barcelona, Ediciones B.
CHURCHILL, Winston (1960). *Historia de los pueblos de habla inglesa*, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 4 tt.
CLARENS, Carlos (1981). *Giungle Americane*, Venecia, Arsenale Cooperativa Editrice.
CLEMENTI, Hebe (1974). *La abolición de la esclavitud en Norteamérica*, Buenos Aires, La Pléyade.
COOK, Fred J. (1961). *Historia de la CIA*, México D. F., ERA.
Communist infiltration of Hollywood Motion Picture Industry. Hearings of Un-American Activities House of Representatives. United States Government Printing Office. Washington. Se trata de una colección

de diez volúmenes editados y disponibles en internet. Contienen las audiencias y declaraciones de numerosos personajes del mundo estadounidense del cine convocados a declarar por la HUAC. He utilizado varios de ellos: el de octubre de 1947, editado ese mismo año, que contiene, entre otras, las declaraciones de Ayn Rand, Adolphe Menjou, Robert Taylor, Ronald Reagan, Gary Cooper, Leo McCarey, Walt Disney, los Diez de Hollywood y Bertolt Brecht.; el de marzo y abril de 1951, editado ese año, el cual contiene, entre otras, las declaraciones de Harry Parks, Howard Da Silva, Sterling Hayden y Waldo Salt; el de abril y mayo de 1951, editado ese año, que, también entre otras, contiene las declaraciones de John Garfield., Abraham Lincoln Polonsky y Edward Dmytryk; el de enero, febrero, marzo y abril de 1952, editado ese mismo año, que contiene entre otras las declaraciones de Elia Kazan y Edward G. Robinson; y el de mayo de 1952, editado también ese año, que contiene, entre otras, las declaraciones de Clifford Odets y de Lillian Hellman.

CORNEAU, Alain (1979). *Le Film Noir American*, París, Éditions Henri Veyrier.

CURTIN, Philip D. (1969). *The Atlantic Slave Trade. A Census*, Madison, University of Wisconsin Press.

DAHL, Robert (2003). ¿Es democrática *la Constitución de los Estados Unidos?*, Buenos Aires, FCE.

——— (1991). *La democracia y sus críticos*, Buenos Aires, Paidós.

DAVIS, Kenneth (2001). *Don't know much about History? Everything you need to know about American History but never learned*, Nueva York, Harper Perennial.

DEBOUZY, Marianne (1974). *El capitalismo salvaje en los Estados Unidos 1860-1900*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

——— (1989). *La classe ouvrière dans l'histoire américaine*, Nancy (Fra.), Presses Universitaires de Nancy.

DELARÜE DE BEAUMARCHAIS, Maurice (1898). *La Doctrine de Monroe*, París, Librairie de la Société du Recueil Général des Lois et des Arrêts et du Journal du Palais. Edición digitalizada disponible en internet.

DEWEY, John (1952). *En busca de la certeza*, México D. F., FCE.

DIETERICH, Heinz (2005). *Las guerras del capital. De Sarajevo a Irak*, Caracas, Monte Ávila Editores.

DIETL, Wilhelm (2007). *Los secretos de la Casa Blanca*, Barcelona, Star.

DOUGALL, Lily (1899). *The Mormon Prophet*, Nueva York, B y D Appleton and Company. Edición digital disponible en internet.

DOUGLASS, Frederick (1845). *Narrative of the Life of Frederick Douglas, an American Slave.* W*ritten by himself*, Boston, Published at The Anti-Slavery Office. [*Vida de un esclavo Americano escrita por él mismo*, Madrid, Capitán Swing, 2010]. La edición digitalizada en inglés se encuentra disponible en internet.

——— (1855). *My Bondage and my Freedom*. *With an Introduction by James MC Cune Smith,* Nueva York, Miller, Orton & Mulligan.

DUNN, John (ed.) (1992). *Democracia. El viaje inacabado (508 a. C-1993 d. C.)*, Barcelona Tusquets.

EISENHOWER, John S. D. (2000). *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México 1846-1848*, México D. F., FCE.*

ELIOT, Charles W. (ed.) (1910). *American Historical Documents 1000-1904*,

Nueva York, P. F. Collier & Son.
EVERETT, Suzanne (1979). *Les* esclaves, París, Fernand Nathan.
FAULKNER, Harold U. (1956). *Historia económica de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Nova.
FOHLEN, Claude (1965). *Les noirs aux États-Unis*, col. Que sais-je?, n.º 1191, París, PUF.
——— (1976). *La América anglosajona de 1815 a nuestros días*, Barcelona, Labor.
——— (2007). *Histoire de l'esclavage aux États-Unis*, París, Perrin.
FONER, Philip S. (1973). *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 4 tt.*
——— (1976). *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Madrid, Akal.*
FONTAINE, Andre (2006). *La guerre froide 1917-1991*, París, Éditions de la Martinière.
FORD, Worthington Ch. (1902, octubre). «John Quincy Adams and the Monroe Doctrine», en: *The American Historical Review*, vol. 8, n. º 1. Edición digitalizada disponible en internet.
FRATTINI, Eric (2001). *La CIA*, Madrid, EDAF.
GALBRAITH, J. K. (1984). *La sociedad opulenta*, Barcelona, Ariel.2**
GALTUNG, .Johan (1999). *Fundamentalismo USA*, Barcelona, Icaria.
GENOVESE, Eugene D. (1970). *Economía política de la esclavitud*, Barcelona, Península.
GILDERHUS, Mark T. (marzo, 2006). «The Monroe Doctrine: Meanings and Implications», en: *Presidential Studies Quarterly*, vol. 36, n.º 1.
GINZBERG, Eli - Alfred Eichner (1968). *El negro y la democracia norteamericana*, México D. F., Uteha.
GODWYN, Morgan (1680). *The Negro's and Indian's Advocate Suing for their Admission into the Church*, Londres, ed. del autor.
GOLDING, Gordon (2006). *Le procès du singe. La Bible contra Darwin*, Bruselas, Complèxe.
GOODELL, WILLIAM (1853). *The American Slave Code in Theory and Practice: its in Distinctive Features shown by its Statutes, Judicial decisions and illustrative facts*, Nueva York, American & Foreign Anti-slavery Society. Edición digitalizada disponible en internet.
GOODMAN, Edward (1963). *La epopeya del Oeste*, Madrid, Tesoro.
GRANT, Ulysses S. (1885). *Personal Memoirs of U. S. Grant*, Nueva York, Charles L. Webster & Company, 2 vv. Edición digitalizada disponible en internet.
GUERIF, François (1979). *Le film noir américain*, Prefacio de Alain Corneau, París, Veyrier.
GUERIN, Daniel (1972). *Estados Unidos 1880/1950. Movimiento obrero y campesino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
GUERRA, Ramiro (1975). *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.*
HACKER, Louis (1937). *United States. A Graphic History*, Nueva York, Modern Age Books Inc.
HAMILTON, Alexander *et al.* (2001). *El Federalista*, México D. F., FCE.
HAMILTON, Stanislaus M. (ed.) (1902). *The Writings of James Monroe* (*vol. VI*

1817-1823), Nueva York-Londres, G. P. Putnam's Sons.
HARRIS, Marvin (1984). *La cultura norteamericana contemporánea*, Madrid, Alianza.
——— (1973). *Raza y trabajo en América*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
HELD, David (2001). *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza.
HELLMAN, Lillian (1984). *Tiempo de canallas*, México D. F., FCE.
HERNÁNDEZ ALONSO, Juan J. (1996). *Los Estados Unidos de América: historia y cultura*, Salamanca, Colegio de España.
HERSTGAARD, Mark (2002). *L'Amérique expliquée au monde entier*, París, Stock.
HILTON, Sylvia L. (1998). «La "nueva" Doctrina Monroe de 1895 y sus implicaciones para el Caribe español: algunas interpretaciones coetáneas españolas», en: *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 55, n.º 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Edición digital disponible en internet.
HINKELAMMERT, Franz J. (2005). *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*, Heredia (Costa R.), Universidad Nacional.
HOOD, Miriam (1975). *Diplomacia con cañones*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
HORSMAN, Reginald (1985). *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, México D. F., FCE.
HUBERMAN, Leo (1977). *Nosotros el pueblo. Historia de los Estados Unidos*, México D. F., Nuestro Tiempo.
HUDSON, Michael (1973). *Súper Imperialismo, La estrategia económica del Imperio Norteamericano*, Barcelona, Dopesa.
HUNTINGTON, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.
——— (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidense,* Barcelona, Paidós.
IAKOVLEV, Nikolai (1965). *Historia contemporánea de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial Futuro, 2 tt.
JACKSON, Helen H. (1881). *A Century of Dishonor*, Nueva York, Harper & Brothers. Edición digitalizada disponible en internet.
JACOBS, Wilbur (1973). *El expolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza.
JAMES, Edward T. (comp.) (1966). *Vidas paralelas*: *18 vidas seleccionadas del Dictionary of American Biography*, Introducción de Howard Mumford Jones, México D. F., Letras.
JAMES, William (2017). *El pragmatismo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
——— (1957). *El significado de la verdad*, Buenos Aires, Aguilar.
JEFFERSON, Thomas (1829). *Index of the Memoirs, Correspondence and Miscellanies from the Papers of Thomas Jefferson*, Boston-Nueva York, ed. del autor. Edición digitalizada disponible en internet.
——— (1830). *Memoirs, Correspondence and Miscellanies from the Papers of Thomas Jefferson*, Boston-Nueva York, ed. del autor, 4 vv. Edición digital disponible en internet.
JOHANSEN, Bruce - Roberto Maestas (1982). *Wasi'chu. El genocidio de los primeros norteamericanos*, México D. F., FCE.
JULIEN, Claude (1970). *El imperio Norteamericano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.*
KAHN, Albert (1960). *Escándalo en los Estados Unidos. El maccarthysmo al desnudo*, Buenos Aires, Platina.

KEFAUVER, Estes (1960). *El crimen en América*, Barcelona, Luis de Caralt Editor.

KENNEDY, Stetson (1955). *Ku Klux Klan. La persecución racial en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Freeland.

KIENZLER, Klaus (2000). *El fundamentalismo religioso*, Madrid, Alianza.

KIRKLAND, Edward C. (1947). *Historia económica de Estados Unidos*, México D. F., FCE.

KOHLER, Charles (comp.) (1903). *The Monroe Doctrine. A complete History*, Savannah, s/e. Edición digitalizada disponible en internet.

LABOULAYE, Edouard (1866). *Histoire des États-Unis*, París, Charpentier Libraire-Éditeur, 2 tt. Edición digitalizada disponible en internet.

LAWS, Curtis Lee (1922, 19 de julio). «Baptist Fundamentals», en: *Herald and Presbyter*, vol. 92, n.º 29, Cincinnati, Monfort & Company.

LEFFLER, Melvyn P. (2008). *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría,* Barcelona, Crítica.

LENOIR, Fredéric - Marie-France Etchegoin (2010). *La saga de los masones. Ritos, pensamientos y leyendas*, Barcelona, Ediciones B.

LEUCHTENBURG, William E. (1976). *Roosevelt e il New Deal*, Bari, Laterza.

LINCOLN, Abraham (1911). *Noted Speeches of Abraham Lincoln*, ed. de Lilian Marie Briggs, Nueva York, Moffat, Yard & Company.

——— (1907). *Speeches and Letters of Abraham Lincoln 1832-1865*, ed. de Mervin Roe, Nueva York.

LIPSET, Seymour Martin (2000). *El excepcionalismo americano. Una espada de dos filos*, México D. F., FCE.

——— - Earl Raab (1982). *La política de la sinrazón. El extremismo de derecha en los Estados Unidos (1790-1977)*, México D. F., FCE.

LOCKE, John (1990). *Segundo Tratado sobre el Gobierno* Civil, Madrid, Alianza.

LOCKEY, Joseph B. (1976). *Orígenes del panamericanismo*, Caracas, Gobierno de Venezuela.

LOEWEN, James W. (1996). *Lies My Teacher Told Me. Everything your American History Textbook got wrong*, Nueva York, Touchstone, Simon & Schuster.

LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto (2015). *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos: manuales, mentalidades y uso de la antropología*, 3 ra. ed., Guatemala (Cd.). Edición digital disponible en internet.*

LOSURDO, Doménico (2007). *Contrahistoria del liberalismo*, Barcelona, El Viejo Topo.

LUTTWAK, Edward (2000). *Turbocapitalismo*. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización, Barcelona, Crítica.**

MADISON, James (1908). *The Journal of the Debates in the Convention which framed the Constitution of the United States May-September 1787*, ed. de Gaillard Hunt, Nueva York- Londres, G. P. Putman's Sons, 2 vv. Edición digitalizada disponible en internet.

MAHAN, Alfred T. (1890). *The Influence of Sea Power Upon History 1660-1783*, Boston, Little, Brown & Company. Edición digitalizada disponible en internet.

——— (1897). *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, Londres, Sampson Low, Marston & Company. Edición digital disponible en internet.

MANNIX, P. Daniel - M. Cowley (1970). *Historia de la trata de negros*, Madrid, Alianza.

MARTIN, Jean-Pierre (1989). *La religion aux États-Unis,* Nancy (Francia), Presses Universitaires de Nancy.

——— (2002). *La vertu par la loi. La prohibition aux* É*tats-Unis: 1920-1933*, Dijon, Éditions Universitaires de Bourgogne.

MATUSOW, Harvey (1955). *False Witness*, Introducción de Albert Kahn, Nueva York, Cameron & Khan Publishers.

MAZA ZAVALA, D. F. (1994). *Hispanoamérica-Angloamérica. Causas y factores de su diferente evolución,* Caracas, Grijalbo.

MEARSHEIMER John J. - Stephen M. Walt (2007). *El* lobby *israelí y la política exterior de los Estados Unidos*, Madrid, Taurus.

MELLÓN, Joan A. (ed.) (1998). *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid, Tecnos.

MEYSSAN, Thierry (2002). *La terrible impostura*, Buenos Aires, El Ateneo.

MILLS, C. Wright (1993). *La élite del poder*, México D. F., FCE.

MOLNAR, Thomas (1980). *El modelo desfigurado. Los Estados Unidos de Tocqueville a nuestros días*, México D. F., FCE.

MOORE, John Basset (ed.) (1906). *A Digest of International Law*, Washington, Government Printing Office, 8 vv. El vol. VI contiene casi toda la documentación relativa a la *Doctrina Monroe* durante el siglo XIX y en especial los documentos estadounidenses y británicos relativos al enfrentamiento entre Venezuela y la Gran Bretaña por la Guayana Esequiba con la mediación de Estados Unidos en nombre de la *Doctrina Monroe* (cap. XX, pp. 368-604).

MOORE, Michael (2003). *Estúpidos hombres blancos*, Barcelona, Ediciones B.

——— (2004). *¿Qué han hecho con mi país*?, Barcelona, Ediciones B.

MONTOYA, Roberto (2003). *El Imperio global*, Buenos Aires, El Ateneo.

MORGAN, Edmund S. (2006). *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

MORISON, Samuel Elliot (1972). *Historia del pueblo americano*, Barcelona, Luis de Caralt Editor, 2 tt.

——— - Henry S. Commager - W. Leuchtenburg (1999). *Breve historia de los Estados Unidos*, México D. F., FCE.

MUNRO, Dana G. (1964). *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921*, Princeton, Princeton University Press.*

MURRAY, Robert K. (1955). *Red Scare: A study in national hysteria 1919-1920*, Mineápolis, University of Minnesota Press.

MUSCIO, Giuliana (1979). *Lista nera a Hollywood. La caccia alle streghe negli anni '50*, Milán, Feltrinelli.

MYRDAL, Gunnar *et al*. (1944). *An American Dilemma. The Negro Problem and Modern Democracy*, Nueva York-Londres, Harper & Brothers Publishers. Edición digitalizada disponible en internet.

NASH, Gary (1989). *Pieles rojas, blancas y negras. Tres culturas en la formación de los Estados Unidos*, México D. F., FCE.

NEARING, Scott (1921). *The American Empire*, Nueva York, The Rand School of Social Science.*

——— - Joseph Freeman (1925). *Dollar Diplomacy. A Study in American Imperialism*, Nueva York, The Viking Press. Edición digital disponible en internet.

NÉRÉ, Jacques (1985). *La guerra de Secesión*, Buenos Aires, Eudeba.

NEVINS, Allan (ed.) (1952). Polk: *The Diary of a President, 1845-1849. Covering the Mexican war, the Acquisition of Oregon, and the Conquest of California and the Southwest*, Londres-Nueva York-Toronto, Longmans, Green & Co.

NOUAILHAT, Yves-Henri (1973). *Les États-Unis. L'avénement d'une puissance mondiale, 1898-1933*, París, Richelieu.*

NUN, José (2000). *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, México D. F., FCE.

O'CONNOR, Harvey (1958). *El imperio del petróleo*, Buenos Aires, Platina.*

O'SULLIVAN, John (1845, jul.-ago.). «Annexation», en: *United States Magazine and Democratic Review*, 17, n.º 1, pp. 5-10. Artículo digitalizado disponible en internet.

OLNEY, Richard (1896). «"The Olney Memorandum", Letter of Richard Olney to Thomas F. Bayard, 29 de julio de 1895», en: *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, Washington DC, Governing Printing Office, t. I, pp. 545-462. (También puede leerse el texto en John B. Moore, *A Digest of International Law*, t. VI, pp. 535-558, citado más arriba).

ORTEGA Y MEDINA, Juan A. (1976). *La evangelización puritana en Norteamérica*, México D. F., FCE.

PAINE, Thomas (1990). *El sentido común y otros escritos*, Madrid, Tecnos.

PAUWELS, Jacques R. (2004). *El mito de la guerra buena. Los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

PEELLING, Henry (1961). *El sindicalismo norteamericano*, Madrid, Tecnos.

PEREYRA, Carlos (1959). *El mito de Monroe*, Buenos Aires, El Búho.*

PERKINS, Dexter (1927-1937). *History of the Monroe Doctrine*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 3 vv.

PERKINS, John (2005) .*Confesiones de un gánster económico. La cara oculta del imperialismo norteamericano*, Barcelona, Urano.*

PETIT, D. Pastor (1996). *Diccionario enciclopédico del espionaje*, Madrid, Editorial Complutense.

PLATÓN (1972). *Obras completas: La República* y *Las Leyes*, Madrid, Aguilar.

PRICE, Glenn W. (1974). *Los orígenes de la guerra con México*, México D. F., FCE.*

PRIETO, Fernando (1996). *Manual de historia de las teorías políticas*, Madrid, Unión Editorial.

POLIBIO (1968). *Historia Universal bajo la República Romana*, Barcelona, Iberia, 3 tt. (Para una edición reciente: *Historias*, Madrid, Gredos, 1981, 3 tt.).

POLMAR, Norman - Thomas B. Allen (1997). *The Encyclopedia of Espionage*, Nueva York, Gramercy Books.

QUARLES, Chester L. (2004). *Christian Identity. The Aryan American Bloodline Religion*, Carolina del Norte-Londres, McFarland & Company Inc., Publishers Jefferson Inc.

QUISENBERRY, Anderson C. (1906). *Lopez's Expeditions to Cuba 1850 and 1851*, Louisville (KY), John P. Morton & Company. Edición digitalizada disponible en internet.

RAMONET, Ignacio (2009). *La catástrofe perfecta*, Barcelona, Icaria.**

RANDEL, William P. (1965). *El Ku Klux Klan*, Barcelona, Bruguera.

RAYNAUD, Éric (2010). *11-S. Las verdades ocultas*, Madrid, Foca-Akal.

RÉMOND, Rene (1959). *Histoire des États-Unis*, col. Que sais-je?, n.º 38, París, PUF.
RHODES, James F. (1899-1906). *History of the United States from the Compromise of 1850 to the final Restoration of Home Rule in the South in 1877*, Nueva York, MacMilland Co., 7 vv.
RICHARDSON, James D. (1917). *Messages and Papers of the Presidents*, Washington, Government Printing Office, 20 vv.
RICHET, Isabelle (2001). *La religion aux États-Unis,* col. Que sais-je?, París, PUF.
ROBISON, John A. M. (1798). *Proofs of a Conspiracy against all the Religions and Governments of Europe, carried on in the Secret Meetings of Free Masons, Illuminati and Reading Societies, collected from good authorities*, 3.ra ed., Nueva York, T. Dobson. Edición digital disponible en internet.
ROCHE, James Jeffrey (1891). *The Story of the Filibusters*, Nueva York, MacMillan Co. Edición digitalizada disponible en internet.
ROOT, Elihu (1914, jul.). «The Real Monroe Doctrine», en*: Proceedings of the American Society of International Law at Its Annual Meeting*, vol. 8, n.º 3. Artículo digital disponible en internet.
ROVERE, Richard H. (1987). *El senador Joe McCarthy*, México D. F., FCE.
(S. A.) (1951-1952). *Communist Infiltration of Hollywood Motion-Picture Industry. Hearings of Un-American Activities House of Representatives*, Washington, United States Government Printing Office, 10 vv. Edición digital disponible en: [https://catalog.hathitrust.org/Record/010826651].
(S. A.) (2003). *Executive Sessions of the Senate Permanent Subcommittee on Investigations of the Committee on Government Operations,* Washington, U. S. Government Printing Office, 5 vv. Las sesiones fueron hechas públicas por el Senado en enero de 2003 y se encuentran disponibles en: [https://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/Volume1.pdf]; [https://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/Volume2.pdf] [https://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/Volume3.pdf] [https://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/Volume4.pdf] [https://www.senate.gov/artandhistory/history/resources/pdf/Volume5.pdf]
(S.A) (1948). *Hearings regarding Communist Espionage in the United States Government*, Washington, United States Government Printing Office.
(S. A.) (1950). *Hearing regarding Communism in the United States Government, Part 1*, Washington, United States Government Printing Office.
(S. A.) (1938). *Indian Treaties, 1736-1762, made between the Six Nations of the Iroquois Confederation and the Province of Pennsylvania printed by Benjamin Franklin*, (Introducción de Carl van Doren; notas históricas y bibliográficas de Julian P. Boyd), Filadelfia, The Historical Society of Pennsylvania. Edición digital disponible en internet.
SÁEZ MÉRIDA, Simón (1979). «El mito Roosevelt», en VV. AA., *Ensayos venezolanos*, Caracas, Ateneo.
SABINE, George H. (1972). *Historia de la teoría política*, México D. F, FCE.
SARTORI, Giovanni (1997). *Teoría de la democracia*, Madrid, Alianza, 2 tt.
SAUNDERS, Frances S. (2001). *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Debate.
SCHLEIFER, James T. (1984). *Cómo nació* «La democracia en América» *de Tocqueville*, México D. F., FCE.
SCHRECKER, Ellen (1998). *Many are the Crimes. Mccarthyism in America*, Nueva

York, Little, Brown & Company.
SCHUMPETER, Joseph A. (1983). *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Orbis, 2 tt.**
SCOWEN, Peter (2003). *El libro negro de América*, Barcelona, Ediciones B.*
SCRUGGS, William L. (1896). *The Venezuelan Question. British aggressions in Venezuela or the Monroe Doctrine on Trial*, Atlanta, The Franklin Printing & Publishing Co.
SEARS, Clara E. (1924). *Days of Delusion. A History of the Millerites*, Boston-New York, Houghton Mifflin Company. Edición digitalizada disponible en internet. Traducción del texto al español (*El extraño error de William Miller*) disponible en internet].
SEBASTIÁN, Luis de (1998). *La pobreza en Estados Unidos*, Barcelona, Cristianisme i Justicia.
SELSER, Gregorio (1962). *Diplomacia, garrote y dólares en América Latina*, Buenos Aires, Palestra.*
——— (1975). *El rapto de Panamá*, Buenos Aires, Granica.*
——— (1993). *La violación de los derechos humanos en los Estados Unidos*, Caracas, Centauro.
SENCIÓN, César Augusto (2008). *Declive de la hegemonía de los Estados Unidos*, Santo Domingo (R. Dominicana), Mediabyte.
SILVER, Alain y Elizabeth Ward (1979). *Film Noir*, Londres, Secker & Warburg.
SIMPSON, Christopher (1988). *Blowback. The first full account of America's recruitment of Nazis and its disastrous effect of our domestic and foreign policy*, Nueva York, Weidenfeld & Nicholson.
SPRAGUE DE CAMP, L. (1968). *The Great Monkey Trial*, Nueva York, Doubleday.
STAMPP, Kenneth M. (1968). *La esclavitud en los Estados Unidos*, Barcelona, Oikos-Tau.
STEPHENS, Frank Fletcher (1916). *The Monroe Doctrine. Its Origin, Development and Recent Interpretation*, Columbia, University of Missouri.
STOCKTON, Robert F. (1850). *Letter of Commodore Stockton on the Slavery Question*, Nueva York, S. W. Benedict Printer. Edición digitalizada disponible en internet.
STONE, Oliver - Peter Kuznik (2012). *The Untold History of the United States*, Nueva York, Gallery Books. [*La historia silenciada de Estados Unidos*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015]. (A partir del libro, Stone y Kuznick hicieron una serie televisiva de diez programas de alrededor de una hora cada uno con el mismo nombre, *The Untold History of the United States*. Está disponible en Internet. Es de lamentar que, a diferencia del libro, la serie no abordó la primera mitad del siglo XX, sino que se inició a partir de la Segunda Guerra Mundial ignorando esa primera mitad, fundamental para entender la segunda y el presente).
TAIBO II, Paco I. (2011). *El Álamo. Una historia no apta para Hollywood*, México D. F., Planeta.*
TANNENBAUM, Frank (1968). *El negro en las Américas: esclavo y ciudadano*, Buenos Aires, Paidós.
TARBELL, Ida M. (1904-1905). *The History of the Standard Oil Company*, Nueva York, McClure, Phillips & Company, 2 vv.
THOMAS, Hugh (1998). *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, Planeta.

THOMAS, Gordon (2001). *Las torturas mentales de la CIA*, Barcelona, Ediciones B.
TOCQUEVILLE, Alexis de (2001). *La democracia en América*, México D. F., FCE.
TOINET, Marie-France (1994). *El sistema político de los Estados Unidos*, México D. F., FCE.
——— (1995). *La chasse aux sorcières. Le maccarthysme*, Bruselas, Complèxe.
TORREY, R. A., (ed.) (2000). *The Fundamentals. A Testimony to the Truth. The Ages*, Wisconsin, AGES Software Rio. Edición digital completa en 4 vv. disponible en internet.
TREVELYAN, George M. (1951). *La Revolución inglesa: 1688-1689*, México D. F., FCE.
TRÍAS, Vivian (1977). *Historia del imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 3 tt.*
TURNER, Frederick J. (1961). *La frontera en la historia americana*, Madrid, Ediciones Castilla.
VALANTIN, Jean-Michel (2005). *Hollywood, il Pentagono e Washington. Il cinema e la sicurezza nazionale dalla seconda guerra mondiale ai giorni nostri*, Roma, Fazi
VIDAL, César (2010). *Los masones*, Barcelona, Planeta.
VINCENT, Bernard (2002). *Le Sentier des Larmes. Le grand exil des indies cherokees*, París, Flammarion.
VLADIMIROV, L. (1958). *La diplomacia de los Estados Unidos durante la guerra hispanoamericana de 1898*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras.*
VEILLON, Olivier-Rene (1984). *Le cinéma américain. Les années cinquante*, París, Seuil.
WALLERSTEIN, Immanuel (2005). *La decadencia del imperio. Estados Unidos en un mundo caótico*, Caracas, Monte Ávila Editores.
WEINBERG, Albert (1968). *Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Paidós.*
WEINER, Tim (2008). *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Caracas, Debate.
WHITMAN, Walt (1920). *The Gathering of the Forces*, Nueva York-Londres, G. P. Putnam's Sons, 2 tt. Edición digitalizada disponible en internet.*
WIEVIORKA, Michel (1992). *El espacio del racismo*, Buenos Aires, Paidós.
WILLS, Garry (1981). «Introducción», en Lillian Hellman, *Tiempo de canallas*, México D. F., FCE.
WISE, David- Thomas B. Ross (1966). *El Gobierno invisible. ¿Quién manda en los Estados Unidos?*, Buenos Aires, Hemisferio.*
WOOD, Ellen Meiksins (2000). *Democracia contra capitalismo*, México D. F., Siglo XXI.
ZINN, Howard (1999). *La otra historia de los Estados Unidos*, México D. F., Siglo XXI.
——— (2004). «*Nous, le peuple des États-Unis…*», Marsella, Agone.

II. Agresiones estadounidenses

AGEE, Philip (2005). *Estado villano. Una guía sobre la única superpotencia del mundo*, La Habana, Abril.
BLUM, William (2004). *Les Guerres scélérates. Les interventions de l´armée américaine et de la CIA depuis 1945*, París, Parangon.
BOERSNER, Demetrio (1996). *Las relaciones internacionales de América Latina*,

Caracas, Nueva Sociedad.
CALLONI, Stella (2006). *Operación Cóndor, pacto criminal*, La Habana, Fondo Cultural del Alba.
CASTOR, Suzy (1971). *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*, México D. F., Siglo XXI.
CLEMENTI, Hebe (1972). *Formación de la conciencia americana*, Buenos Aires, La Pléyade.
CONNELL-SMITH, G. (1977). *Los Estados Unidos y América Latina*, México D. F., FCE.
DIETERICH, HEINZ (1998). *Chomsky habla de América Latina y México. Entrevistas con Heinz Dieterich*, México D. F., Océano.
DINGES, John (2004). *Operación Cóndor. Una década de terrorismo internacional en el Cono Sur*, Santiago de Chile, Ediciones B.
DOWNEY, Fairfax (1974). *Messico o morte!*, Milán, Cepim.
DUROSELLE, Jean-Baptiste (1965). *Política exterior de los Estados Unidos* (*de Wilson a Roosevelt*), México D. F., FCE.
ESPINOZA GARCÍA, Manuel (1971). *La política económica de los Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961*, La Habana, Casa de las Américas.
FONTANA, Joseph (2011). *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente.*
FRANKEL, B. (1976). *Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1888*, Caracas, Fundación Boulton.
FREIDEL, Frank (1958). *The Splendid Little War*, Boston, Little, Brown & Co.
GÉRARD, Pierre-Charles (1987). *El Caribe contemporáneo*, México D. F., Siglo XXI.
GILL, Lesley (2005). *Escuela de las Américas*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos.
GLEIJESES, Piero (1984). *La crisis dominicana*, México D. F., FCE.
——— (2004). *La esperanza destrozada. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
GOLINGER, Eva (2005). *El Código Chávez. Descifrando la intervención de Estados Unidos en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores.
GONZÁLEZ, Mónica (2000). *Chile, La Conjura. Los mil y un días del golpe*, Santiago de Chile, Ediciones B.
GOUREVITCH, Philip y Errol Morris (2009). *La Balada de Abu Ghraib*, Bogotá, Debate.
GRAZIANO, Walter (2004). *Hitler ganó la guerra*, Caracas, Random House Mondadori.
GUERRA, Ramiro (1974). *En el camino de la independencia. Estudio histórico sobre la rivalidad de Estados Unidos y Gran Bretaña en sus relaciones con la Independencia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
JONAS, Susan (1994). *La batalla por Guatemala*, Caracas, Nueva Sociedad.
HALL, Mitchell K. (2003). *La guerra del Vietnam*, Boloña, Il Mulino.
KARNOW, Stanley (2000). *Storia della guerra del Vietnam. Come e perché il piu potente esercito del mondo conobbe la sua prima sconfitta*, Milán, Bur.
KEPNER, Ch. D. - J. H. Soothill (1957). *El Imperio del banano*, Buenos Aires, Triángulo.
KREHM, William (1957). *Democracia y tiranías en el Caribe*, Buenos Aires, Editorial Parnaso.
LAUNAY, J.-M. Charlier (1985). *Histoire secrète du pétrole*, París, Presses de la Cité.**

LEE, Steven Hugh (2003). *La guerra di Corea*, Boloña, Il Mulino.
LEMAITRE, Eduardo (1972). *Panamá y su separación de Colombia*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.
MANIGAT, Leslie (1973). *L'Amérique Latine au XXe siècle, 1889-1929*, París, Richelieu.
MARTORELL, Francisco (1999). *Operación Cóndor. El vuelo de la muerte*, Santiago de Chile, LOM.
MCCULLOUGH, David (2002). *The Path between the Seas. The creation of the Panama Canal: 1870-1914*, Nueva York, History Book Club.
MUSICANT, Ivan (1990). *The Banana Wars. A History of United States Military Intervention in Latin America from the Spanish American War to the Invasion of Panama*, Nueva York, MacMilland Publishing.
NAVARRO JIMÉNEZ, Guillermo (2004). *Geopolítica imperialista, De la «Doctrina de los dos Hemisferios» a la «Doctrina Imperial» de George W. Bush*, Zitra, Quito.**
NEALE, Jonathan (2003). *La otra historia de la guerra de Vietnam*, Barcelona, El Viejo Topo.
NIETO, Clara (2005). *Los amos de la guerra. Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina. De Eisenhower a G. W. Bush*, Bogotá, Debate.
PINO-SANTOS, Oscar (1964). *Historia de Cuba. Aspectos fundamentales*, La Habana, Editora Universitaria.
PRATT, Julius W. (1964). *Expansionists of 1898. The Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*, Chicago, Reprint Quadrangle Paperback.
ROJAS, Armando (1979). *Las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Venezuela 1810-1899*, Caracas, Presidencia de la República.
ROMAÑA ARTEAGA, José M. (2005). *Tempestad sobre Vietnam*, Barcelona, Inédita Editores.
ROUQUIÉ, Alain (1994). *Guerras y paz en América Central*, México D. F., FCE.
(S. A.) (1980-1981). *Historia de las intervenciones norteamericanas*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 2 tt.
(S. A.) (1903, mar.). *The North American Review*, «The Venezuela Affair and the Monroe Doctrine. By a Jeffersonian Democrat».
SANTOS MOLANO, Enrique (2004). 1903, *Adiós Panamá. Colombia ante el Destino Manifiesto*, Bogotá, Villegas Editores.
SELSER, Gregorio (1958). *El pequeño ejército loco. Operación México-Nicaragua*, Buenos Aires, Triángulo.
——— (1959). *Sandino, general de hombres libres*, Buenos Aires, Triángulo, 2 tt.
——— (1984). *USA, cinco años de agresiones a Centroamérica y el Caribe*, Caracas, Centauro.
SUAREZ SALAZAR, Luis (2001). *Los rostros de Abel. América Latina y el Caribe. Medio siglo de crimen e impunidad (1948-1988)*, La Habana, Zambón Iberoamericana-Editorial José Martí.
——— (2003). *Madre América. Un siglo de violencia y dolor, 1898-1998*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
——— (2006). *Un siglo de terror en América Latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la Humanidad*, s/c, Ocean Sur.
THURBER, O. E. (1955). *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto (1884-1907)*, Barquisimeto, Nueva Segovia.
URIBE, Armando (1974). *El libro negro de la intervención norteamericana en*

Chile, México D. F., Siglo XXI.
VALDÉS UGALDE, José Luis (2004). *Estados Unidos. Intervención y poder mesiánico. La Guerra Fría en Guatemala 1954*, México D. F., UNAM.
VV. AA. (1972). *1928. La masacre de las bananeras*, Bogotá, Los Comuneros.
VV. AA. (2009). *La conspiración internacional contra Cipriano Castro (1903-1924)*, Caracas Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores.
VV. AA. (1980). *Puerto Rico: historia y desarrollo contemporáneo*, Moscú, Academia de Ciencias de la URSS.
VERDUGO, Patricia (2003). *Salvador Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*, Buenos Aires, El Ateneo.
VILLEGAS, Ernesto (2009). *Abril, golpe adentro*, Caracas, Galac.
WALKER, William (1975). *La guerra de Nicaragua*, San José Editorial Universitaria Centroamericana.
YERGIN, Daniel (1992). *La historia del petróleo*, Barcelona, Javier Vergara.

III. Imperialismo estadounidense

AGUIRRE ROJAS, Carlos (2001). *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista. Estudio y entrevista*, México D. F., ERA.
AMIN, Samir (2012). *El capitalismo contemporáneo*, Barcelona, El Viejo Topo.
BARRAT BROWN, Michael (1974). *The Economics of Imperialism*, Penguin, Harmondsworth (Ing.).
——— (1976). *Después del imperialismo*, Buenos Aires, Siglo XX.
BIGOTT, Luis A. (2010). *Otra vez y ahora sí. Bolívar contra Monroe*, Caracas, Trinchera.
BORON, Atilio (2002). *Imperio e imperialismo*, Buenos Aires, Clacso.
BREWER, A. (1980). *Marxist Theories of Imperialism. A Critical Survey*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
BUCHANAN, K. (1972). *The Geography of Empire*, Nottingham (Ing.), Spokesman.
BUTLER, Smedley (1935). *War is a racket*. Edición digital disponible en: [https://ratical.org/ratville/CAH/warisaracket.html].
BUJARIN, Nicolai (1971). *El imperialismo y la economía mundial*, Córdoba (Arg.), Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 21.
CECEÑA, Ana Esther *et al.* (2010). *Un Continente bajo amenaza. El águila imperial se despliega*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
FIELDHOUSE, David K. (1984). *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Historia Universal Siglo XXI, t. 29, Madrid, Siglo XXI.
HARDT, Michael - Antonio Negri (2002). *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
——— (2004). *Multitud*, Barcelona, Random House Mondadori.
HILFERDING, Rudolf (1973). *El capital financiero*, Madrid, Tecnos.
HOBSBAWM, Eric (1998). *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica.
——— (1998). *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori.
HOBSON, John A. (1981). *Estudio del imperialismo*, Madrid, Alianza.
KEMP, Tom (1969). *Teorie dell'imperialismo. Da Marx a oggi*, Turín, Einaudi.
LENIN, Vladimir I. (1916). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Existen numerosas ediciones en español.
LUXENBURG, Rosa (1969). *L'accumulation du capital*, París, Maspéro.
MÉSZÁROS, István (2009). *La crisis estructural del capital*, Caracas, Ministerio del

Poder Popular para la Comunicación y la Información.
OWEN, Roger - Bob Sutcliffe (eds.). (1977). *Studi sulla teoria dell´imperialismo. Dal analisi marxista alle questioni del'imperialismo contemporáneo*, Turín, Einaudi.
PETRAS, James - Morris Morley (1998). ¿Imperio o República? Poderío mundial y decadencia nacional de Estados Unidos, Madrid, Siglo XXI.
——— - HENRY VELTMEYER (2002). *El imperialismo en el siglo XXI*, Madrid, Editorial Popular.
ROBINSON, William I. (2007). *Una teoría sobre el capitalismo global*, Bogotá, Desde Abajo.
SANTI, Paolo *et al.* (1973). *Teoría marxista del imperialismo*, Córdoba (Arg.), Cuadernos de Pasado y Presente, n.º 10.
SCHUMPETER, Joseph A. (1986). *Imperialismo y clases sociales*, Madrid, Tecnos.
STRACHEY, John (1962). *El fin del Imperio*, México D. F., FCE.
TAYLOR, Peter J. y Colin Flint (2002). *Geografía política. Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama.
TUGENDHAT, Christopher (1973). *Las empresas multinacionales*, Madrid, Alianza.
VIDAL VILLA, J. M. (1976). *Teorías del imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
WALLERSTEIN. Immanuel (1988). *El capitalismo histórico*, México D. F., Siglo XXI.
——— (2006). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid, Siglo XXI.
ZINN, Howard (2007). *Sobre la guerra. La paz como imperativo moral*, Caracas, Mondadori.

NOTAS

* También útil para el estudio de las agresiones estadounidenses.

** También útil para el estudio del imperialismo estadounidense.

BIBLIOTECA
Vladimir Acosta

El monstruo y sus entrañas:
un estudio crítico de la sociedad estadounidense

¿Es Estados Unidos un país verdaderamente democrático? ¿Qué tan factible es alcanzar el «sueño americano» en la autoproclamada «tierra de la libertad»? ¿Es Estados Unidos el nuevo pueblo elegido? Esta extensa obra está dedicada a responder estas preguntas sobre la sociedad estadounidense, un estudio en el cual, el autor ha invertido largos años de investigación, según sus propias palabras. Expresiones de la realidad del país del Norte como su fundamentalismo religioso, la histeria anticomunista y un sistema político en manos de la plutocracia más reaccionaria quedan aquí en evidencia. Asimismo, el casi total exterminio de los indígenas, los linchamientos de los negros y el desprecio hacia otros inmigrantes «de raza no blanca» nos hacen preguntarnos: ¿es Estados Unidos el país más racista del mundo?

Vladimir Acosta

Historiador, EPHE de la Sorbona, París, (1973); licenciado en Filosofía por la UCV (1979); doctor en Ciencias Sociales, EHESS, Sorbona, París (1986); profesor titular de la UCV, donde fue jefe del Departamento de Historia, director de la Escuela de Sociología y Antropología, coordinador académico de FACES, entre otras actividades. Entre los numerosos premios que se le han otorgado podemos mencionar Premio a la Trayectoria como Investigador (Asociación para el Avance de la Investigación Universitaria, 2000); Premio Nacional de Cultura, mención Humanidades (2010); y Premio Nacional de Historia, 2018. Ha sido conductor, guionista y creador de varios programas radiales y de televisión, y ha publicado, entre otros trabajos, los ensayos *El continente prodigioso: mitos e imaginario medieval en la conquista americana* (1993); *Animales e imaginario: la zoología maravillosa medieval* (1997); *El Bolívar de Marx* (2007); *Independencia y emancipación: élites y pueblo en los procesos independentistas hispanoamericanos* (2010). En narrativa son de su autoría *La hija de la bruja o el agua roja del río* (2013) y *Los cadáveres tatuados* (2014), más recientemente retoma el ensayo con *Venezuela Rebelde: rebeliones y conspiraciones venezolanas previas al 19 de abril de 1810* (2016) y *El monstruo y sus entrañas: un estudio crítico de la sociedad estadounidense* (Editorial Galac 2017).







Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura